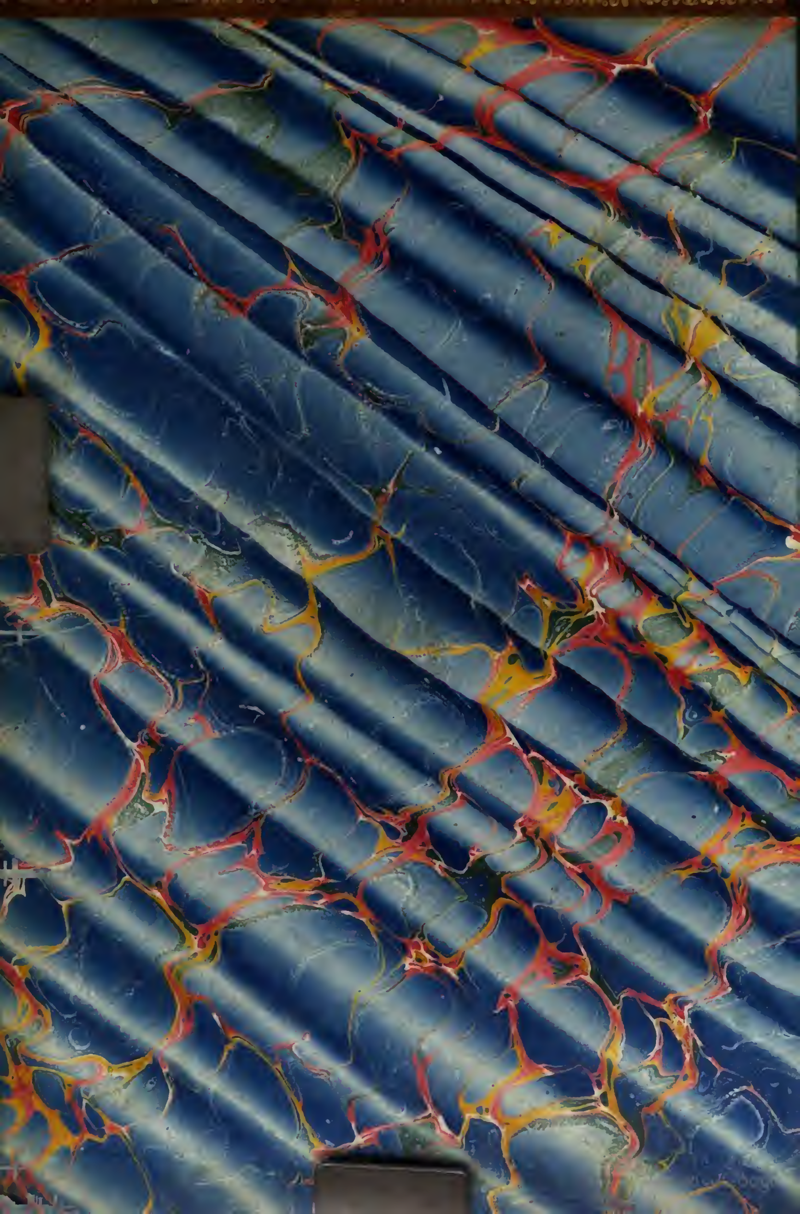
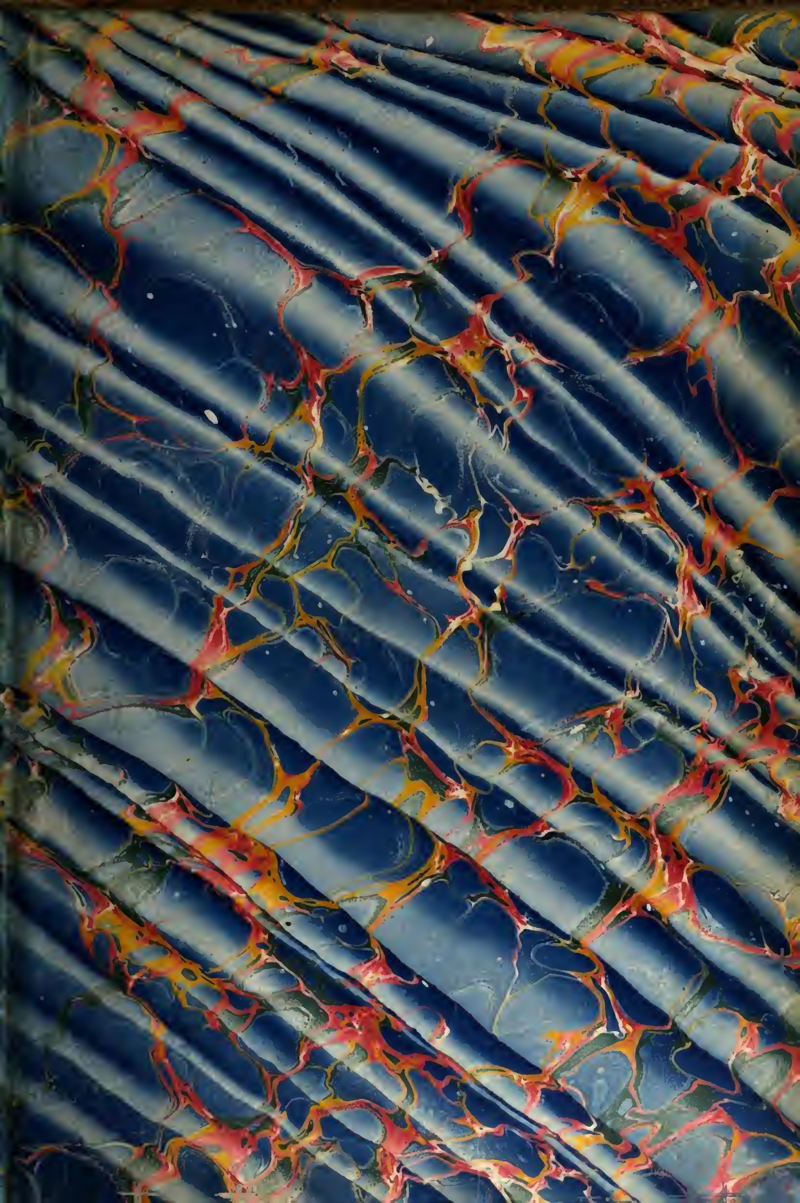






VIDA MARAVILLOSA
DE LA
VENERABLE VIRGEN
DOÑA MARINA
DE ESCOBAR,
NATURAL DE VALLADOLID:

SACADA DE LO QUE ELLA MISMA escrivió de orden de sus Padres Espirituales.

ESCRITA

POR EL P. LUIS DE LA PUENTE, de la Compañia de Jesus, su Confessor.

PARTE SEGUNDA.



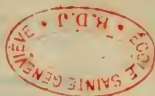
VIDA MARAVILLOSA
DE LA
VENERABLE VIRGEN
DOÑA MARINA
DE ESCOBAR,
NATURAL DE VALLADOLID,

SACADA DE LO QUE ELLA MISMA
escribiò de orden de ſus Padres
Eſpirituales.

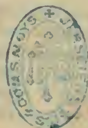
ESCRITA

POR EL V. P. LUIS DE LA PUENTE,
de la Compañia de Jeſus, ſu Confeſſor.

PARTE SEGUNDA.







Con las Licencias neceſſarias.

MADRID: En la Imprenta de JOACHIN IBARRA, calle de las Uroſas.
Año M.DCC.LXVI.

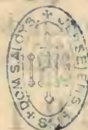


TABLA
DE LOS LIBROS, Y CAPITULOS de esta segunda Parte de la maravillosa Vida de la esclarecida Virgen Doña Marina de Escobar, y de los extraordinarios caminos por donde Dios guiò à su Sierva.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

Cap.

LIBRO TERCERO.

PRO-

PROTESTA DEL PROVINCIAL.

OBedeciendo à los Decretos de la Santidad del Papa Urbano VIII. cerca de los que escriben, y imprimen vidas, revelaciones, milagros, y profecias de personas que vivieron, y murieron con fama de santidad, protesto, que ninguna de las cosas que se refieren en esta segunda Parte de la Vida de la Sierva de Dios Doña Marina de Escobar, natural de Valladolid, dispuesta por el Padre Andrès Pinto Ramirez, de la Compañia de Jesus, tienen hasta ahora autoridad alguna de la Santa Sede Apostolica, ni las que tocan à dicha Doña Marina, ni à otras personas de quienes en ella se trata, sino tan solamente la autoridad humana, de los quales escriben, y refieren, sin tener otra mayor. Ni es mi intencion calificar la persona de dicha Doña Marina, ni otra alguna por Bienaventurada, ò Santa, hasta que la Santa Iglesia la declare por tal; ni disponer en ninguna manera para la Beatificacion, Canonizacion, ò Comprobacion de milagros de dicha Sierva de Dios, ni de otra alguna persona, dejandolo todo en el estado que tenia antes de escribirse, y imprimirse esta Historia, la qual protesta hago en nombre del Autor, Padre Andrès Pinto Ramirez, el qual la hiciera si viviera, despues de dichos Decretos, como hijo tan obediente de la Santa Iglesia; y tambien en mi nombre, haciendo propria en quanto à esto dicha Obra, à cuyo principio, y fin vá puesta esta Protesta.

PROTESTA DEL AUTOR.

DEſpues que la Sagrada Congregacion de Ritos sacò el Breve de nueſtro muy Santo Padre Urbano VIII. del modo que ſe debe obſervar, acerca del eſcribir las Vidas de perſonas inſignes en ſantidad, ſacaron en Eſpaña Autores graves, y pìos, no pocas Vidas de ſemejantes perſonas, deſcribiendo muy à lo largo los milagros, que el Señor havia obrado por ellas, las noticias, y revelaciones que de ſu Mageſtad havian recibido: con proteſta, que no le daban mas fé, que la que la piedad Chriſtiana, y la humana verdad, expueſta à comunes engaños, pide en ſemejantes materias, haſta que paſſen por el criſol del infalible juicio del Vicario de Chriſto; y con eſta Proteſta juzgaron los Varones mas doctos de las Univerſidades de Eſpaña podian correr dichas Hiſtorias, ſin contravenir en el menor punto à la Bula Pontificia, como de hecho corren, con provecho, y univerſal edificacion de los Fieles.

No es otra mi intencion en la Hiſtoria preſente de la Virgen de Chriſto Doña Marina de Eſcobar: humildemente me ſometo à la miſma cenſura: con la miſma cautela quiero que ſe entienda, rindiendome en todo, y por todo à lo que ordena la Santa Igleſia Catholica Romana. Qualquiera titulo honorifico en materia de ſantidad, con que algunas veces la nombro, no es mas que exprimir mi ſingular afecto, y el juicio comun, que innumerables perſonas graviſsimas, y de todos eſtados tuvieron de eſta Virgen, ſin que por aqui pretenda recabarle mas credito, que el que pide una Hiſtoria, antes que la Autoridad Sagrada del Romano Pontifice la califique.

LI-

LIBRO PRIMERO.

HEROYCA HUMILDAD DE ESTA VIRGEN, y la altissima perfeccion à que llegò por este medio su alma.

„ EL espiritual edificio que levanta „ Dios en el alma, tiene siempre su „ fundamento en la humildad; pe„ro hay entre mil otras esta gran diferen„cia entre los espirituales, y materiales edi„ficios: que en estos, abiertas una vez las „zanjas, y puestos los fundamentos, và „creciendo la obra sin que se toque mas à „ellos. No es assi en los edificios espiritua„les: à una vàn creciendo los altos, y los „cimientos; y no se pone piedra labrada en „lo mas levantado de sus torres, sin que „juntamente se ahonde de nuevo la zanja, „y mas, y mas se fortifique el fundamento. „Veràse claramente en esta Esposa de Chris„to; pues à una iba este gran Señor la„brando los chapiteles de su perfeccion, y „ella humildissima, abriendo siempre mas, „y mas hondas las zanjas de la propria vi„leza.

CAPITULO I.

Quán arraigado estaba en ella el proprio conocimiento de su bajeza.

„ SAca el alma santa el oro preciosissimo „ de la humildad, de las minas de su „proprio conocimiento; y fue este singular, „y continuo en esta Esposa de Christo; „pues en mas de trecientos papeles que „tengo suyos, hay poquissimos adonde no „ponga por basis del favor que recibia de „Dios, la consideracion de su nada, en que „actualmente estaba. Era esta tan fuerte, y „arrebatada, que haciendola salir de sì, le „hacia decir contra sì misma mil injurias, „y baldones, con tanto encarecimiento, „que juzgando por una parte decia verdad, „temia por otra, que se levantaba à sì mis„ma testimonios, sin ser en su mano re„primir estos afectos de su desprecio. Ad„mirarà esto à quien lee la pureza de su „conciencia. Es provechosissima la doctri„na, que acerca de este punto le enseñò su „Angel: la qual ella nos dejò escrita por „estas palabras.

Con la luz superior, que nuestro Señor comunica muchas veces à mi alma, dandome à conocer mi bajeza, y miseria, me juzgo un abysmo hondissimo, y un pozo sin suelo de horrura, persuadiendome soy nada; y por mas que ahonde en esto, siempre queda el juicio repitiendo: aun eres menos; aun eres peor de lo que piensas: mas, y mas hay que ahondar. Con este sentimiento crece vehementissimo el afecto de mi desprecio, y sin poder mas, me digo mil afrentas, y no sè cómo aprendo, que todos quantos males digo de mì, son ciertos, sin poder advertir, que por la misericordia de Dios, no hice yo nunca aquellas culpas que me imputo. Estando, pues, assi una vez, entre otras muchas, y haviendose passado algunas horas despues de haverse acabado aquella luz del Señor, y mis afectos, decia yo: Valgame Dios, en qué fundo yo quando estoy con aquella luz, el parecerme una gran verdad la de que tengo aquellas maldades, de que me hago entonces cargo, las quales por la bondad de Dios no cometì nunca? Cómo explicarè esto à mi Confessor? Pues no querria decir lo que no es: ni dejar de decir, que merezco toda reprehension. Estando assi dudosa, me mirò el Santo Angel de mi Guarda con semblante grave, y di-

dixo imperiosamente: Qué es lo que discurres, alma, que ni acabas de entenderlo, ni sabes declararlo? Señor Angel, respondì yo toda encogida, no sè mas que esto, ni puedo explicarme: y con esso quedaba como muda. Apretabame otra vez mi Señor el Angel à que le dijesse mi sentimiento. Yo, aunque deseaba obedecer, no podia, ni sabía responder mas que lo dicho. Dì siquiera, replicò el Santo Angel, algo, por mas que te parezca que no atinas con cosa. Entonces, algo mas animada, dije: Lo que solo puedo decir, es, gemir con David, pidiendo: Librame, ò Dios mio, de mis pecados ocultos; porque yo, miserable, Señor Angel, què sè de mì? Poco has dicho, dijo el Angel, poco has entendido: atiendeme tù ahora, y sabràs el sueño, y la soltura de este espiritual enigma. Aquella preciosissima luz que Dios nuestro Señor en semejantes ocasiones infunde en el alma, con que ella conoce su nada, y su miseria, ni procede por discurso, ni estriva en razones que entonces se perciban; sino que por junto, pero sin confusion alguna, le muestra al alma lo que tiene de suyo, y lo que recibe del Señor. Vè, que todo lo bueno de virtudes, de gracia, de talentos naturales, lo tiene como prestado, y pendiente de la Divina Providencia: y como no pudo de suyo merecer bien alguno, assi no puede conservarlos por sì; y que si Dios alzáre la mano, bolverà à la miseria de su nada: y como acontece à una doncella pobre, à quien para el dia de sus bodas prestò alguna persona rica galas, y joyas, que en passando la fiesta, buelve à su dueño las preseas, y se halla tan menesterosa como de antes, assi conoce claramente el alma, que le puede acontecer à ella. Vè mas à la luz de aquellos rayos, que no solo se quedaria mendiga, despojada yà de aquellos dones, sino quanto es de suyo expuesta à todo genero de males, sujeta, y capàz de cometer abominables culpas, hasta despeñarse ultimamente al infierno. De aqui nace, que como tù ves lo que fuera essa alma tuya, si Dios no la guardára; con verdad, y justamente la ultrajas por lo que tiene de su corrompida naturaleza; y los vituperios que la dices, no tanto reprehenden las culpas que no hizo, quanto abominan las que hiciera, si el Señor piadosissimo no la guardára. Sacase un grande bien de esta luz, y de aquellos afectos generosos, con que mientras assi se conoce, se desprecia el alma à sì misma; y es esse quedar despues con un deseo ardiente de que todos la confundan, y desprecien, y tengan por digna de quanto mal tratamiento puede imaginarse. Es como espuela à este deseo de sus desprecios, à este sentimiento, con que el alma se juzga quando sale de aquella luz uno como espiritual olfato, que entonces le comunicaron; con que sin discurso, ni razones percibe de sì misma un abominable olor, como de un muladar de pestilenciales hediondeces. Este es, alma, el secreto del proprio conocimiento, que se saca à los rayos de aquella luz Divina, explicado al modo que tu capacidad pueda entenderlo. Percibì lo que el Santo Angel me enseñò: quedè suspensa en el espiritu de sus palabras, y consolada en la resolucion de mis dudas. Sea el Señor bendito por todas sus obras, y misericordias. Amen.

„Grandes fueron las mercedes que el „Señor hizo à esta Esposa suya, como en „toda esta historia se manifiestan; pero en„tre ellas fuè singular la luz dicha, para co„nocer tan altamente su bajeza. Profun„dissimos mysterios la enseñò su Mages„tad; pero darla tan vivo el proprio cono„cimiento, fué darle la llave de todos sus „thesoros. Assi lo dejò ella escrito en un „membrete, que dice:

Estando el otro dia con nuestro Señor, deseando con todo el hipo de mi corazon acertar en todo con su santissima voluntad, y comenzar de nuevo à servirle, como quien empieza, à nuestro modo de hablar, por el Christus, y la Cartilla, dije llevada de este afecto: Señor, Dios mio, quièn me enseñarà esto que deseo? Dame de tu mano quien lo haga. Respondiòme el Señor piadosissimo: Yo desde tus principios soy tu Maestro: Yo te he enseñado todo lo que sabes, y te he dado siempre

pre Ministros mios muy à tu proposito, que hagan esse oficio. Pues, Señor mio, replicaba yo, cómo estoy tan mala, tan perdida, tan llena de miserias, y con tantos socorros tan mal aprovechada? El Señor me dijo entonces: No eres tan mala discipula, que por lo menos esse conocimiento proprio con que vives, Yo te le enseñè, de mì lo has deprendido: esse es la llave, y fundamento de toda la vida espiritual: por él has venido ahora à conocerme, y vendràs despues à gozarme eternamente.

„Ello es asi comunmente en las almas „que llegan à tan familiar trato con nues„tro Señor, que al recibir algun favor de „nuevas noticias de su Magestad, preceda „un conocimiento proprio de nuestra ba„jeza, que sea como escalon para subir à „aquel Trono. Esto es lo que aqui la dijo „el Señor, quando dice, que por cono„cer su miseria, havia llegado à conocer „al mismo Señor. Esto mismo hallo por „experiencia la Sierva de Dios otras mu„chas veces; y de una en particular escri„be asi:

Hallème el Viernes con alguna tibieza en los afectos, que tan fervorosos havian estado los dias atràs; aunque en lo intimo del alma los sentia bien fijos, y arraigados. Comencè à rezar como pude una Letanìa, y deciale à mi Señor: Dios mio, como quiera que me trates, me hallo bien contigo. Con esto de repente se encendieron vehementes los afectos de amor Divino, y toda transportada, dije: En verdad, Señor, que pues sè yà el camino para hallarte, y subir à la Celestial Jerusalén, tengo de subir por la escala que otras veces, hasta llegar à tus puertas, y llamar. Pero si sale algun Angel con espada de fuego à impedirme la entrada, qué tengo de decirle? Que le dirè? Parè con esto, sin poder, ni saber passàr adelante: solo pude repetir, que le dirè? Dimelo tu, Dios mio. A este punto me diò el Señor una luz grande, y un profundo conocimiento de mi miseria, y total inhabilidad para todo bien. Y tràs él, respondiendo à mi pregunta, dijo: Qué le diràs, alma, à esse Angel de la espada? No lo sè, bolvì yo: Señor mio, enseñamelo Tù. Que me place, dijo el Señor. Diràsle, que te deje entrar, que llevas licencia mia. Al punto me vì subiendo por la escalera que suelo; y en llegando à la puerta, sucediò todo como el Señor me lo havia puesto antes en la mente. Vì un Angel con espada de fuego, que me decia: Detente, alma, à donde vàs? Y respondiendo yo, traygo licencia de Dios, que me mandò subir acà, me desambarazò la puerta. Apenas entrè, quando encontrè luego toda la Beatissima Trinidad, conociendo con admirable claridad la distincion de tres Personas en una sola Essencia. Diòseme esta noticia debaxo de unas figuras Espiritualissimas, y Divinas. Engolféme en aquel inmenso bien, adonde con apretadissima union gocè à mi modo el sèr Divino. Despues parece se apartò algo el Señor, y me quedè en un sueño espiritual suavissimo, en que descansaron un rato las potencias. Bolviòme à unir consigo segunda vez el Señor, adonde me quedè, y estoy hasta ahora, y juntamente me hallo acà.

„Este es de los mas altos modos que „en esta vida hay de contemplacion, adon„de unida estrechissimamente la porcion „superior con su Dios, y como conver„sando en el Cielo, deja desembarazada „la inferior porcion, para acudir à las co„sas exteriores. Esto quiere decir esta Santa „Virgen, quando en esta, y otras muchas „ocasiones dice, que quedando en el Cie„lo con Dios, se hallaba juntamente acà. „A ésta llegò de esta vez por el conoci„miento de su nada. Mas doctrina tiene „otro favor, que por el mismo camino „recibiò en otra ocasion, y ella cuenta asi:

Estaba ahondando en el abysmo profundo de mi miseria, reconociendo en mì muchas faltas, y en muy varias materias persuadiendome las tenia todas. Inclinabame mucho à desear, que nuestro Señor, para mayor confusion mia, me manifestasse era ello asi verdad, que todos estos defectos me afeaban. Dando, y tomando en esto con un afecto vehemente, que su Magestad moviò en mi alma, prorrumpì diciendo: Estas son, Señor, mis faltas, y

Tù ſabes que tengo todas las que digo. El Señor entonces, con Mageſtad Divina, pero ſuave, me reſpondiò diciendo: Yo no digo eſſo. Digalo vueſtra Megeſtad, ò no lo diga, repliquè yo arrebatada de mi afecto, bien ſabe que la verdad es eſta. Bien eſtà, reſpondiò el Señor, aſsi conviene que lo ſientas de tì; pero mis juicios, que lo penetran todo, ſon diferentes de los humanos. Eſtando en eſto, reparè que mis Santos Angeles ſe movian con aquellos paſſos graves, y myſterioſos que ſuelen: tomaban entre todos una Cruz hermoſiſsima, y grande, compueſta como de rubìes finiſsimos, con cabos como de oro acendrado: hallème luego veſtida de una tunica azul, que llegaba haſta la garganta de los pies, y ſus mangas haſta las muñecas. Cogieronme luego los Angeles con gran preſteza, y ſuma decencia, y me tendieron ſobre aquella Cruz; y eſtendidos los brazos, los ataron por las muñecas con unos cordeles hermoſiſsimos. Del miſmo modo el Angel menor ſolo me atò los pies. Puſieronme luego en la cabeza una corona, que con ſer de eſpinas, eran ſu hermoſura, y reſplandor admirable. En poniendomela, ſe me inclinò la cabeza ácia abaxo. Aqui me diò el Señor un ſueño eſpiritual: via, y entendia algunas coſas, que el Señor ſe ſirviò de moſtrarme. A eſte tiempo levantaron los Angeles la Cruz en pie, eſtando yo pendiente de ella, y deſtilando ſangre de las heridas de la corona, que me corria por frente, y roſtro, y juntamente por manos, pies, y coſtado deſtilaba tambien ſangre. Aſsi eſtaba, quando vì baxar del Cielo la Mageſtad de Dios, Trino, y Uno, acompañado de un numero innumerable de Angeles, y llegando à mì, me mirò con grande benignidad, cantando entretanto ſuaviſsimamente aquellos Soberanos Eſpiritus mil alabanzas à eſſe miſmo Señor. Vì luego, que en la forma que eſtaba la Mageſtad Divina, y toda aquella Angelical compañia, y yo con ella, nos ſubiamos à la Celeſtial Jeruſalen, adonde aſsi crucificada como eſtaba, me puſieron delante del miſmo Señor. Oì entonces, que los Angeles que havian quedado en el Cielo, preguntaban à los otros: Quièn es eſta alma? de dónde viene? Y daban mil glorias al Señor por ſu bondad, por las miſericordias que hace à las almas, dandolas particulariſsimos ſocorros para adelantarlas en ſu ſervicio. Deſpues de haver eſtado aſsi, me tendieron boca abaxo mis Santos Angeles ſobre el ſuelo de aquel Cielo, que me parecia liſo, y de aquel color azul con que le vemos de la tierra quando eſtà mas ſereno, y ſin raſtro de nubes. Alli ſentì que me hundia, quedando como ſepultada en eſſe Cielo con la Cruz ſobre mis eſpaldas, y cuerpo. Tendieron luego ſobre eſta como ſepultura un paño, que aunque era riquiſsimo, conocia yo era de difuntos, y empezaron à cantar los Angeles, como ſi celebrátan mis exequias. Paſſado eſto, y ſacandome de aquel myſterioſo ſepulcro, veſtida de una tela riquiſsima, y celeſtial, me puſieron en pie delante del Señor, el qual, con mueſtras benigniſsimas de amor grande, me dijo en latin: *Tota pulchra es amica mea.* Pareceme cierto, que aun eſtando tan abſorta en el arrobo, ſentia eſtraña confuſion en oìr eſtas palabras; y aſsi le dije: Señor mio, no me digas eſſo, que penſarè no eres Tù el que me hablas. Haviendote Yo purificado, reſpondiò el Señor, como has viſto, y de otro modo interior, que tù no conoces, bien te puedo decir aquellas palabras. Tràs eſto, aquellos Santos Angeles me ſentaron en una ſilla baxa, y me ſubieron por unas gradas à un lugar alto, adonde el Señor me diò un conocimiento grande de ſu Divino sèr. Vì tantas grandezas, y maravillas, que aunque las conoce el alma, no puede, ni por pequeña viſlumbre declararlas. Luego por otras gradas fuì llevada à otro lugar mas alto, adonde recibì otro modo de conocimiento, ſuperior al primero, del miſmo sèr, y atributos de Dios en sì meſmos, enſeñandome algo del modo con que ſe comunica à ſus criaturas ultimamente por otras gradas, à otro pueſto mas alto que los paſſados, adonde me enſeñò el Señor con mas claridad ſu eterna duracion, y aquel ſiempre, y para ſiempre. Aqui quedè tan anegada, que totalmente quedaron abſor-

tas

tas las potencias del alma, perdiendome de viſta à mi meſma, y ſin ſaber de mì, haſta que deſpues me hallè en el miſmo lugar; del qual, baxando por dichas gradas, y poniendome delante del Señor, adonde antes havia eſtado, ſu Mageſtad me hechò ſu ſanta bendicion; y poniendome en los brazos de aquellos Santos Angeles, ellos con grande ſuavidad me traxeron à mi rincon. Sea el Señor bendito. Amen.

„Creo quiſo el Señor ſignificar en „aquella Cruz precioſa, quán agradable le „era la que eſta Virgen padecia de enfer„medades, dolores continuos, y terribles „tormentos del demonio, como en la pri„mera parte queda dicho, y proſiguieron „haſta la muerte: y en aquel ſepulcro myſ„tico declarar, ò quán muerta eſtaba yà à „todo lo que no era Dios, ò que ſu cruz „le duraria haſta la ſepultura, que fuè aſsi, „como acabo de decir. Eſtas ſon congetu„ras; que lo que el Señor quiſo obrar en „tan altos myſterios, quando él no lo de„clara, apenas puede raſtrearſe.

CAPITULO II.

Vè en algunas figuras ſu propria vileza, y recibe alegre el caſtigo de ſus faltas.

„COmo era tan grande el bien que eſ„ta Eſpoſa de Chriſto recibia, hu„millandoſe con ſu proprio conocimiento, „no ſolo excitaba de ordinario el Señor en „ſu puriſsimo corazon eſtos afectos, ſino „que tambien algunas veces en figuras ſym„bolicas, le repreſentaba ſu propria vile„za; para que humillandoſe mucho con „verſe tal, ſe hicieſſe digna de mayor exal„tacion: que es traza propria de eſte Di„vino Amante abatir la prenda querida, „para ſublimarla con merito à mayor glo„ria. Eſcribiò algunos favores de eſtos eſta „Virgen, y en uno dice aſsi:

„ El Domingo paſſado eſtaba en el modo ordinario de oracion; y haviendo tenido un alto conocimiento de mi grande miſeria, y de la tibieza con que amo, y ſirvo à tan buen Señor, ſentì en mi alma vehementes afectos, y deſeos ardientes de agradarle, y ſervirle con toda perfeccion. Llevada de ellos, le llamaba, y rogaba, que por las entrañas de ſu miſericordia me enſeñaſſe cómo, y en qué guſtaba que yo le ſirvieſſe. Creciò el hipo de ſuerte, que eſtaba como fuera de mì, y parece ſe me partia el corazon. Eſtando aſsi, oì que decia el Señor à ſus Angeles (como quien diſsimulaba el conocerme, al modo que otras veces ſuele hacerlo), quién es eſta que me dà voces, y con tanto afecto me llama? qué tiene? qué quiere? Y bolviendoſe à un Angel en particular, le dijo: Anda, mira que es lo que quiere eſſa alma. Al punto ſe puſo delante de mì un Angel belliſsimo, y me dijo: Qué es lo que quieres, alma? que el Señor me embia para que te lo pregunte de ſu parte. Yo comencè à decirle muchos males, y faltas, que de mì conocia, y los deſeos que tenia de agradar al Señor, y á preguntar, qué haria para conſeguir eſte fin? No me reſpondiò el Santo Angel à mi pregunta, ſino antes diſſimuladamente procuraba irme divirtiendo à otras coſas; y concluyò diciendo: Ahora bien eſtà: qué quieres embiar à aquel Divino, y Soberano Eſpoſo? En oyendo eſta palabra, le interrumpì; y corrida, como ſuelo, quando la oygo, dije: No, Señor Angel, no me trate aſsi, ni me diga tales palabras; ſino digame qué harà eſta miſerable pecadora para ſervir, y agradar à Dios. Bien eſtà eſſo, bolviò el Angel; pero qué me dás que lleve, que no es razon buelva con las manos vacias, ſin que lleve alguna coſa tuya. No tengo, repliquè yo, nada, que à tener algo, todo ſe lo ofreciera á mi Señor. Yo te darè un don, reſpondiò él, que puedas embiarle. Y diciendo eſto, reparè que tenia en ſu mano un ramo hermoſiſsimo, lleno de flores, de belleza, y olor excelente, cargado por otra parte de una frutilla ſemejante á perlas precioſas. Puſolo en mi mano, y en tocandolo yo, todas las flores, y fruta cayeron ſobre mì, quedando el ramo deſpojado de toda aquella hermoſura, no como quiera marchito, ſino tan ſeco, como ſi huviera muchos años que eſtaba corta-

tado del arbol. Causòme grande admiracion esta mudanza repentina, y dije al Santo Angel: Qué es esto? cómo se ha buelto tan vistoso ramo, en un palo tan resequido? cólo passa? Respondiò el Angel: Veamos. Y bolviendole à tomar en su mano, bolviò el ramo à cubrirse de las mismas flores, y frutos que antes tenia. Al punto volò con suma presteza al Cielo, y vì que presentaba aquel ramo à la Sacratissima Persona del Espiritu Santo; y que este Señor, que estaba en forma humana, le tomaba en su mano, y olia, como complaciendose en su fragrancia. Y significando à los Angeles que le assistian, el gusto, y complacencia que tenia en el ramo, lo entrego à uno de ellos, mandandole que lo guardasse: éste le diò à otro, y este segundo à otro tercero; de suerte, que passando por mano de tres Santos Angeles, el ultimo le fuè à guardar, aunque no vì, ni pude entender adonde. Acabada la vision, me diò el Señor à entender lo que significaba, y que me enseñaba con aquella figura, quánta verdad era lo que yo ahondaba en mi proprio conocimiento. Entendì, que yo de mi cosecha era aquel palo seco, sin tener mas que miserias, pobreza, y fealdad, y que si su Magestad pone en el alma algunos dones, con que à manera de ramo la adorna de flores, y frutos, todos ellos son suyos, y que à él solo, como à unico dueño, se deben ofrecer.

„En otra ocasion, aunque la figura „symbolo fuè diverso, la enseñaron lo mis„mo, y ella cuenta por estas palabras:

Assisteme, como otras veces he dicho, despues que muerto vive en el Cielo, el Santo Padre Luis de la Puente, con el mismo cuidado, y mas frequencia, que quando vivia en esta vida mortal. Haviendose, pues, ofrecido dos ocupaciones en que havia gastado algun tiempo, pareciendome havia sido demasiado, y temiendo havia hecho alguna falta, lo tratè con el P. Luis, que estaba entonces conmigo. Y resultando de su santa comunicacion el afervorizarse los afectos de mi alma, comencè à hablar con nuestro Señor, y à pedirle, que como à tan pobre, me hiciesse alguna grande limosna espiritual. A esta sazon dijo el Santo Padre Luis: A buen tiempo acudes, ahora puedes pedir. Fuè à este punto llevada mi alma por el Angel de su Guarda; y me hallè presente à unos grandes, y hermosos Palacios, à la puerta de los quales estaba Dios nuestro Señor sentado con grande magestad, repartiendo limosna á grande multitud de gente, que llegaba à pedirla. Fuè singular el gozo que tuvo mi alma viendo este espectaculo; porque la gente era de todas edades, viejos, mozos, y niños, y todos llegaban à pedir con grande reverencia, respeto, y agradecimiento; y el Señor les iba dando limosna con grande gusto, y particular agrado. Diòseme à entender, que toda aquella gente representaba à los que vivian acá, y con humilde oracion piden al Señor bienes espirituales para sì, y para otros. Estaba Yo presente à todo, vestida de una ropa muy vieja, y hecha pedazos, aguardando à que me diessen mi limosna; y à mi lado perseveraba el Santo Angel de mi Guarda. Pero en acabando de darla à toda aquella gente, el Señor se retirò, y cerraronse las puertas, quedando Yo sin nada. Saliò luego un Santo Angel con grande priessa, preguntandome: Que haces aqui, alma? què buscas? Respondìle: Señor, buscaba limosna. Dios te provea, dijo él; y luego se bolviò á entrar en el Palacio. Quedème muy contenta con aquella respuesta, y decia dentro de mì: Bueno està esto, si Dios me provee, no me falta nada, y su Magestad me proveerá como el Angel me ha dicho. Dissimulaba á todo esto el Santo Angel de mi Guarda; y dijo luego: Anda acá, alma, vamonos, y caminando con él por aquel Cielo, se nos hizo encontradizo Jesù-Christo Señor nuestro; y hablandome con grande piedad, y compassion, dijo: Adonde vás, alma? Cómo vienes assi tan pobre, y mal vestida? Yo, con grande simplicidad, como si el Señor no lo supiera mejor, le contaba puntualmente todo lo que me havia passado. Oyòlo el Señor, y dijome: No prosigas assi, sino buelvete conmigo, que Yo te entrarè en la recamara del Esposo, donde te adornarán de ricos vestidos, y con

ellos

ellos podrás pedir limoſna, y te la darán. Bolvìme con el Señor, y entrando en el Palacio, me llevò à un rico apoſento, y entrando yo tràs el Señor con el Angel de mi guarda, ſe cerrò la puerta, quedandoſe fuera eſtos otros mis Señores Angeles, que iban conmigo. Eſtaba dicho apoſento lleno de riquiſsimas veſtiduras, y joyas precioſiſsimas, y pareciame que aſsiſtia en él el miſmo Dios, y particularmente la Sacratiſsima Perſona del Eſpiritu Santo. Luego algunos Santos Angeles, que alli eſtaban, me puſieron una veſtidura mas blanca, y reſplandeciente que la nieve; y ſobre éſta otra de carmesì, ſembrada de eſtrellas muy lucientes; y ſobre eſta ſegunda otra, quajada toda de riquiſsima pedreria. Luego, poniendome un collar viſtoſo al cuello, una hermoſa corona en la cabeza, y un baculo en la mano, me dijeron: Anda ahora, y vete à pedir tu limoſna. Salí de aquel apoſento, y vì un trono de ſu Mageſtad, en el qual eſtaba el Eterno Padre: recibiòme con ſingulares caricias, moſtrando grande agrado del adorno con que iba veſtida: pedíle humildemente limoſna, y con ſuaviſſima benignidad me diò un grande tejo de oro. Era éſte por todas partes quadrado, y en las tres eſtaban como eſculpidas las tres Divinas Perſonas, y en cada una todas tres, repreſentandome muy à lo vivo la Unidad de la Eſſencia con tres Perſonas. En la quarta ſe eſculpia la Santiſsima Humanidad de Chriſto Señor nueſtro, con las inſignias de ſu Vida, Paſsion, y muerte, repreſentandome tambien la union al Verbo Divino. Recibido eſte don, me deſpidiò el Eterno Padre con grandes mueſtras de benignidad; y el Santo Angel de mi guarda, con los demàs Angeles mis Señores, me trajeron por aquel Cielo, adonde ſegunda vez ſe nos hizo encontradizo Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, el qual me dijo: Qué llevas, alma? qué te han dado? Moſtréle entonces el tejo de oro; y ſiendo aſsi que me le pedia eſte Señor, por otra parte él miſmo me eſtaba interiormente enſeñando lo que yo havia de hacer, que era ſuplicarle lo guardaſſe el Santo el de mi guarda. Su Mageſtad lo aprobò, y tuvo por bien, y mandò ſe repuſieſſe en el theſoro donde eſtaban los dones, que Dios por ſu miſericordia me havia dado. Deſapareciò con eſto el Señor; y mis Señores los Angeles me trajeron à mi apoſentillo. Conocì alli, que el baculo que me havia dado, era la amoroſa, y paternal providencia de Dios, à la qual con ſeguridad, y firmeza ſe arrima el alma, que de ſuyo es pobre, y miſerable, y alcanza el remedio de ſus neceſsidades, ſiendo admitida, y deſpachada con preſteza, quando llega à pedir adornada con las virtudes, ſignificadas por las veſtiduras, y joyas, que en la Sagrada Recamara del Eſpiritu Santo me havian dado. Sea él eternamente bendito. Amen.

„El hacerſe encontradizo Chriſto Bien „nueſtro, quando ella andaba como deſ„amparada en las calles del Cielo, pare„ce dà à entender, que en el camino eſpi„ritual, y trato de Dios, el camino ſegu„ro, la guia cierta es Chriſto, y ſus Myſte„rios, para llegar à los dones mas altos del „eſpiritu: y que los demàs, ò ſon veredas „inciertas, ò deſcaminos con que nunca ſe „llega al fin deſeado. A lo menos ſer Chriſ„to quien la entrò en aquella Divina Reca„mara, donde la enriquecieron, mueſtra „bien claro, que ſolo por los meritos de „eſte dulciſsimo bien nueſtro Jeſus, comu„nica Dios los bienes à las almas, que de „ſuyo ſon pobres mendìgas, y veſtidas con „la librea viliſsima del hombre viejo, que „toda es miſeria.

„Careaſe eſta viſion con otra que tu„vo en orden à eſta miſma enſeñanza, y „ella refiere aſsi:

El Miercoles, dia de Todos los Santos, veìa con luz del Señor, deſde mi apoſento, el feſtejo que todos ellos hacian à Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, por cuyos merecientos gozaban de aquel bien infinito. Cantabanle mil alabanzas todos los Angeles, y almas bienaventuradas. Bolvìme à mi meſma, y no sè con què afecto comencè à dàr voces, y à quejarme, diciendo: Ay, ay, ay. Entonces el Señor, con aquella diſsimulacion amoroſa que ſuele otras veces, dijo allà en el Cielo à unos Santos Angeles: Quién

Quién es aquella criatura que se queja? Mirad quièn es. Miraronme algunos de ellos; y bueltos al Señor, le dijeron quien era. Luego por orden del mismo Señor, bajando á mi aposento, cubriendome con una como manta vieja, con suma presteza me subieron al Cielo, poniendome tendida á la misma puerta por donde entraban, y salian algunos; y aunque parecia que hacia estorvo, me dejaban alli. Vì, estando en aquella postura, que allà dentro de aquella soberana Ciudad caìa de lo alto, como si lloviera, un maná divino, como granizo menudo, sobre todos aquellos Celestiales Cortesanos, con grande suavidad, y regalo suyo. Dabaseme à entender era figura de la asistencia de Dios, su proteccion amorosa, y de la gloria con que los beatificaba. Sobre mì tambien caìa, hasta cubrirse de aquella celestial lluvia la manta vil en que estaba embuelta, significando las misericordias, que sin merecerlas yo, quanto es de mio miserable, y falta de todo bien, recibia de la generosa mano de nuestro gran Dios. Notè, estando asi, que por una escalera angosta, que descolgaba desde el Cielo à la tierra, comenzaban à subir algunas personas, y que en llegando à verme, caìan como alteradas: no supe quienes eran; pero entendì de nuestro Señor, que por su soberbia eran arrojadas à lo bajo. Sea èl bendito, y dénos humildad, para que entremos por aquella puerta. Amen.

„Pero no solo la enseñaba el Señor „con tan soberanas figuras, quán vil, y „miserable era de suyo, sino tambien, que „à los defectos, y descuidos ligerisimos „(que apenas eran culpas, y que en esta vi„da mortal nunca del todo evita el alma „mas perfecta) se los daba à conocer à esta „Virgen de suerte, que humillada, los sin„tiesse amargamente, y los exagerasse de „suerte, que no podia descansar hasta que „el Señor le diesse el castigo que merecia. „Vèse esto en lo que de esta materia nos „dejò escrito, y dice asi:

El Martes à veinte y seis de éste (era Mayo de mil y seiscientos y veinte y seis, dos años, y mas despues de muerto el Padre Luis de la Puente) haviendome visitado el Santo Padre Luis, me avisò, que aquel dia no despidiesse à ningun proximo que viniesse à consolarse conmigo: yo, olvidada de este mandato, no admitì à dos de las personas, que entre otras vinieron aquel dia: despues, examinando lo que havia hecho, conocì mi falta, y descuido; pedì corrida perdon à nuestro Señor, y le supliquè afectuosamente castigasse esta culpa: admitiò piadosisimo el Señor mi peticion, y me mandò postrar: asistia à todo el Santo Angel de mi guarda: representabaseme, que estaba yo à vista de todo el mundo, y que todos conocian mi culpa; causandome este juicio, y castigo una confusion tan grande, que no se puede explicar. Mandaronme luego poner en pie, teniendome asi como à la verguenza un buen rato: despues me hizieron postrar segunda vez. Hecha esta penitencia, se llegò el Santo Angel de mi guarda con semblante compasivo, y me bolviò à mi lugar, adonde me dijo: Estoy muy contento de este sucesso, porque con este acto de humildad has agradado al Señor mucho mas que le desagradò tu falta, porque ésta fuè casi natural, y sin advertencia; pero el acto de ahora ha sido muy meritorio. Sirvase el Señor de mì, y sea la gloria para su Magestad.

„El año de seiscientos y veinte y nue„ve, por Septiembre, cargandola de las „mas terribles cruces de dolores, y aflic„ciones, que havia passado en su vida, „muy semejantes à las que quedan dichas „en la primera Parte, para que como victi„ma agradable, ganasse con su pena favor „para estos Reynos, y haviendole manda„do hacer otras cosas en bien de los mis„mos; acabado el termino de padecer, à „seis de Octubre siguiente, dice lo que „luego le sucediò por estas palabras:

Haviendose cumplido el tiempo que nuestro Señor havia determinado padeciesse por el mayor bien de las almas de estos Reynos, como yá referì en los papeles de Septiembre, Viernes à seis de este Octubre me llamò nuestro Señor para que subiesse à un lugar muy alto, adonde su Magestad se me representaba: no via por donde havia de subir, ni hallè la escalera que otras veces sue-

ſuelo; y dijele: Señor, no podrè ſubir, porque no hay por donde. Dijo el Señor: Por donde pudieres, que Yo te ayudarè. Vì luego dos paſſos de eſcalera, y poniendo el pie en el primero, ſe me repreſentò una eſcalera, que ſiendo ancha por abajo, pero que iba eſtrechandoſe mas, y mas proporcionalmente haſta ſu fin: tenia de la una parte ſu paſſamano con valauſtres, y de la otra una pared. Empecè à ſubir, y como iba ſubiendo, ſe me iba poco à poco juntando la pared; por modo, que deſpues de haver ſubido buenos trozos de la eſcalera, ſe coſiò conmigo, y eſtrechò el paſſo de ſuerte, que no me era poſsible paſſar adelante, ni bolver atràs, quedandome aſsi como en prenſa. En eſte aprieto mirè al Cielo, y vì un Santo Angel, que ſaliendo por una puerta, paſſaba de largo; dìle voces, y bolviendo él la cabeza, y viendome atorada, me preguntò: Qué es eſſo, alma? quién te ha pueſto aì? El Señor Dios me puſo aqui, reſpondì yo. Si el Señor te puſo aì, dijo el Angel, él te ſacará; y con eſto paſsò adelante. Luego vì, que ſalia otro Angel, llaméle como al primero, bolviò, miròme, y no haciendo caſo de mì, ſin hablarme, proſiguiò ſu camino. Saliò otro tercer Angel, à quien dì voces como á los demàs; éſte tuvo mas compaſsion de mì, llegòſe cerca, hablòme con blandura, diciendo: Qué es eſto, alma? cómo eſtàs aſsi? quién te redujo à tan gran eſtrecho? Señor Angel, reſpondì yo, Dios me redujo à eſto. Pues llamale, replicò él, y pidele ſu favor, que él miſmo te le dará, y ſacará de aì. Llamè al Señor inſtantemente, y haciendo fuerza para evadir aquel apreton, al fin vine á ſalir de él. Subì luego por otra eſcalera, la qual, al paſſo que yo iba ſubiendo, ſe iba ella como recogiendoſe, y embebiendoſe en sì meſma. Lleguè á la ultima grada, y me hallé á las puertas del Cielo: vì alli muchos Angeles, á quienes mandò el Señor que me llevaſſen delante de ſu Trono: hicieronlo aſsi, y pueſta alli, me dijo ſu Mageſtad: Vèn acá, alma, cómo has hecho lo que te mandè que hicieras, y padecieras por el bien público? Repondì, ſin poder negarlo: Señor, ò por los achaques que padezco, ò por la flaqueza, y falta mia, con mucha tibieza he cumplido con la obediencia de vueſtra Mageſtad. Pues qué te parece, replicò el Señor, parecete mereces penitencia? Sì, mi Señor, bolvì yo: penitencia merezco por mi deſcuido. Dénſela, dijo el Señor. Al punto ſe llegaron á mì algunos de aquellos Señores Angeles, y deſcubriendome los ombros, y parte ſuperior de las eſpaldas, me dieron en preſencia del Señor, como veinte golpes, poco mas, ò menos, haſta que el Señor que lo via, hizo ſeñal, y dijo que baſtaba. Entonces el Santo Angel de mi guarda me echò un velo, cubriendome con él; y por mandado del Señor me bolviò á mi rincon: eſtando en él un poco, oì un eſtruendo vehemente, un ruido grande en el Cielo, y luego barruntè lo que ſería, porque conozco por larga experiencia, que caſi ſiempre que la Tercera Perſona de la Santiſsima Trinidad hace demonſtracion de ſu Mageſtad, y grandeza, obrando en la tierra algunos de los efectos, que á eſte Soberano Eſpiritu con cierta particularidad ſe ſuelen atribuir, procede un ruido, y conmocion tal, que parece que los Cielos ſe mueven, y inclinan ſu grandeza, y peſo à la tierra. Bajò, pues, (que aſsi ſe le repreſenta al alma) aquel Divino Eſpiritu, haciendo admirable obſtentacion de ſu Mageſtad, y poder, rodeado de muchos Angeles, y cogiendome con un modo inefable, me llevò conſigo al Cielo, y poniendome à viſta de aquellos Celeſtiales moradores, dijo: Aſsi ſerà enſalzado quien ſe humilláre de corazon. Entonces, cubriendome por miniſterio de los Santos Angeles con un velo muy reſplandeciente, obrò el miſmo Señor en mi alma un amor intenſiſsimo, uniendome à sì con eſtrecha union. Acabada éſta, me infundiò una noticia ſemejante à la que otras veces ſiento, quedando el alma como anegada en el Divino sèr, adonde no ſe repreſenta, ni ſe vè otra coſa ſino un aybſmo de las perfecciones, y atributos de Dios, particularmente de ſu eternidad, inmenſidad, y infinidad, y conociendo muchiſsimo de ellas, ſegun ſu capa-

pacidad, no ſabe entonces (menos ſabrà deſpues) decir otra coſa ſino: Mas es que eſto, mas es; porque ſi bien es tanto lo que conoce, le dàn à entender juntamente, que le queda infinito mas por conocer; y anegada en eſta infinidad, ſe pierde el alma ſin ſaber de sí. Aſsi me ſucediò à mì, haſta que trahida como el Señor ſabe, me hallè en mi rincon. Sea ſu Mageſtad bendito para ſiempre. Amen. Deſpues me manifeſtò nueſtro Señor, que aquella eſtrechura en que eſtuve ſignificaba, que es neceſſario padecer, y vencer dificultades para llegar à recibir grandes mercedes de ſu Divina mano.

„Lo demàs de eſta viſion, por sí miſ„mo puede facilmente entenderſe: ſolo pa„rece queda dificultad en lo que ſignifica„ba aquella ſegunda eſcalera, por la qual „llegó al Cielo, que como la Virgen iba „ſubiendo, ſe recogia, y embebia en sí „meſma: algo ſe me ofrece, pero no me „llena: hago oficio de Hiſtoriador, y no „de Interprete de eſtos myſterios, y ſolo „me corriera obligacion declararlos, quan„do pareciera que tenian alguna dificultad, „ò en Dogmas de Fè, ò en opiniones aſ„ſentadas de la Igleſia, ò en pureza de coſ„tumbres; pero en eſtas tres coſas apenas „hay palabra, ò ſentencia en los eſcritos „de eſta Santa Virgen, que pida declara„cion: tan conforme eſtà todo, no ſolo „en la ſubſtancia de la coſa, ſino tambien „en el modo de hablar con lo que ſiente, „y enſeña la Igleſia Catholica Romana, „Madre de toda verdad. Por eſſo en algu„nos myſterios, que, ò el Señor no le „declarò à la Virgen, ò ella no nos dejò „declarados (quizà porque los declaraba „deſpues à boca à ſu Confeſſor) entonces, „ſolo pondrè alguna declaracion, quan„do por una parte fuere llanamente pro„bable, que pueda parecer legitima à los „doctos, y por otra à los ignorantes, que „por sí miſmos no ſupieran ſacarla, pue„da ſer provechoſa. En los otros ſimbolos, „como dije, mas obſcuros, quiero mas „venerarlos con reverencia, que explicar„los ſin acierto.

CAPITULO III.

La exaltacion glorioſa con que el Señor pagaba la humildad de eſta Virgen.

„AUnque de la viſion paſſada ſe cono„ce bien claramente, que por el „miſmo tenor que eſta Virgen ſe humilla„ba, y deshacia mas, la enſalzaba mas ſu „Mageſtad; pondrè aqui aparte otros favo„res, que prueben quán de ordinario, aun „en eſta vida mortal, confirma el Señor ſu „evangelica verdad, de que ſolo el abati„miento humilde de nueſtro corazon, es „cauſa proporcionada de una exaltacion „glorioſa. Dice, pues, aſsi en uno de ſus „ultimos papeles eſta Sierva de Dios:

Eſtaba mi alma en una terrible confuſion, porque me parecia havia eſtado algunas horas, no con aquella tan viva, y actual preſencia de Dios, que ordinariamente ſu Mageſtad por ſu miſericordia le comunica. Con eſta aprehenſion, y afecto, que era bien vehemente, juzgaba yo mis faltas por muy graves: ſentialas amargamente: teniame yá por indigna de aparecer en el acatamiento de eſte gran Señor: deſeaba con eſto, y procuraba formar con mi natural imaginacion alguna figura de lo que yo merezco, y repreſentarme à mí miſma, que los Santos Angeles me cogian de los brazos, y me echaban fuera de la caſa, y preſencia de ſu Dios. Y aunque el afecto era tan ardiente, mi imaginativa eſtaba tan lerda, y embotada, que no atinaba à formar las imagenes que yo queria, y con cuya repreſentacion mas me confundieſſe. Eſtando en eſto ſe me puſo delante de los ojos del alma una Cruz muy grande, de reſplandor admirable; y aunque era Cruz, me parecia eſtaba toda enſamblada de oro fino, y luces hermoſiſsimas. Mandaronme que la adoraſſe, hicelo luego con grandiſsimo afecto, poſtrandome juntas las manos, y coſida la boca con el ſuelo. Eſtuve aſsi con un viviſsimo ſentimiento de mi propria miſeria, y vileza. Ví luego que me ponian encima aquella Cruz, que me co-

gia

gia todo el cuerpo de pies à cabeza. Pareciòle peſadiſsima à mis flacas fuerzas, y oprimiòme de manera, que me fuè ſepultando, y entrañando en la tierra en que yo eſtaba tendida, haſta cubrirme toda de eſſa miſma tierra con una fatiga, y ahogo indecible: ſolo me ſervia de conſuelo vèr ſiempre junto à mí el Santo Angel de mi guarda. Deſpues de eſto ſentí ſe quitaba de ſobre mí aquella Cruz, y que por miniſterio de Angeles era llevada à la Celeſtial Jeruſalen: y á la cabecera de aquel como ſepulcro en que yo eſtaba enterrada, ví ſe ponia una calavera fea, y deſcarnada; pero juntamente coronada con una corona de oro de precio ineſtimable. Dioſeme à entender, que aquella Cruz era figura de los trabajos, dolores, y aflicciones, que con la ayuda del Señor padezco, y ſufro por todo el diſcurſo de mi vida; y que el oro, y reſplandores de ella ſignificaban los merecimientos que correſponden al padecer con paciencia por virtud de la Cruz, y Sangre de Chriſto Señor nueſtro. Entendì tambien, que aquel modo de entierro, y calavera repreſentaba nueſtra naturaleza, el polvo, y nada de que fuimos formados, y como nos havemos de bolver à reducir al miſmo barro, y polvo de que nacimos; pero que con todo eſſo, por la miſericordia de Dios, y merecimientos de ſu Hijo Chriſto Jeſus, à eſſe polvo, y calavera la ſublìma Dios à tan alto eſtado, que ſe hace capàz de reynar con él, y de alcanzar corona de precio, y valor infinito. Mientras yo entendia eſtos myſterios, con que reconocia mi miſeria, y quán digna era de eſtàr cubierta de polvo, mi Santo Angel abriò el ſepulcro, quitò la tierra, y me ſacò fuera de él: miréme, y aunque me vì en mi miſma forma, y figura natural, eſtaba eſſa tan cubierta de una inefable luz, que me parecia à mi meſma uno como Sol Divino, y de reſplandores tales, que no hay como explicarlos. Llegaron luego muchos Angeles, eſpecialmente aquellos mis Señores, que ſiempre me acompañan en el apoſento, y me llevaron à la Celeſtial Jeruſalèn, cantando con ſuaviſsima, y admirable conſonancia alabanzas à Dios nueſtro Señor por lo que es en sì miſmo, y por la bondad infinita con que tan liberalmente ſe comunica à tan pobres criaturas. Poſtréme delante de la Divina Mageſtad con grandiſſima confuſion mia, porque no ſe havian entibiado un punto los afectos de mi deſprecio, con que, como dije, havia empezado la oracion, juzgandome merecedora que ſu Mageſtad me aborrecieſſe, y arrojaſſe de delante de ſus divinos ojos; pero el benigniſsimo Señor me recibiò con amor, y caricia, diciendo: Seas bien venida, alma, y cuentame ahora todo lo que te ha paſſado, que lo quiero oír de tu boca. Yo temblando no oſſaba reſponder, y miraba al Angel de mi guarda para que hablaſſe, y reſpondieſſe por mì. Viendome tan turbada el Santo Angel, tomo él la mano, y con un modo myſterioſiſsimo, y breve, refiriò, como por mayor, todo lo que me havia acontecido, que ſu Mageſtad tanto mejor ſabia; pero uſa ſuaviſsimamente de eſtos rodeos, para acomodarſe à la ignorancia, y bozal comercio del alma con quien trata. Oyò el Señor la relacion del Angel con agrado; y buelto à mi me dijo: Alma mia, dime tù ahora tambien lo que entiendes en eſta parte. Entonces ſe me llegò mi Santo Angel, diciendo: Reſponde, alma, à tu Dios, qué haces? obedece al punto. Yo, como eſtaba tan ſeñoreada de mi propria confuſion, no ſupe otro lenguage, y dije como lo ſentia: Señor mio, y Dios mio, yo ſoy aquella miſerable criatura, pobre, y deſnuda de todo bien; llena haſta los cabellos de la cabeza de faltas, defectos, culpas, y pecados; tèn miſericordia de mì, ſegun la grandeza de tus miſericordias. Levantate, alma, dijo el Señor, que has deprendido yá la mas alta, y neceſſaria ciencia de la vida eſpiritual; y echandome ſu ſanta bendicion, mandò à los Angeles me llevaſſen à otro lugar mas ſublìme, que el que haſta alli havia tenido. Obedecieron ellos, y puſieronme en un aſſiento de inmenſa altura, deſde donde puſe los ojos en la luz clariſsima del Divino sèr de nueſtro gran Señor, y uniendome con él, me perdì del todo en aquel mar inmenſo, ſin que pueda decir quánto tiem-

po durè en aquel dichosissimo abysmo; y quedandose en él la parte superior de mi alma, fui traida mysteriosamente por los Santos Angeles à mi rincon, adonde buelta en mì de tan mysteriosa suspension, estoy como abobada, considerando las obras de este gran Dios, y dandole las gracias que puedo, de que à tan viles criaturas se comunique asi.

„En otro papel dice lo que le sucediò „à veinte y tres de Octubre del año de „629. adonde tambien se muestra clara „aquella suave contienda que esta purisi„ma Virgen traia con su Dios, porfiando „ella por abatirse, y prosiguiendo siempre „el Señor en sublimarla. Dice, pues, asi:

El Lunes passado se transformò mi pobre aposento en una pieza, que parecia toda fabricada de rubìes, porque tal parecia la color, aunque mucho mas fina. En ella pusieron los Santos Angeles, con la presteza, y primor que suelen en semejantes obras, una rica silla, cubierta con sus cortinas, todo ello del mismo color, que tenia el aposento, y que representaba grande pompa, y magestad. Mandaronme luego que me sentasse en ella; pero fuè tan grande el encogimiento, y verguenza que tuve, comparando mi pobreza, y mi nada, con la riqueza magestuosa de la silla, que de ninguna manera pude hacerme fuerza para obedecer à aquellos mis Señores Angeles. Al fin, despues de larga porfia, tomandome con gran modestia, y decencia, (que es singularissima la que resplandece con estos fidelissimos, y bienaventurados Ministros del Señor) y con sus mismas manos me compusieron, y sentaron en aquella silla; y luego todo el aposento como estaba, y yo, acompañada de aquellos mis Señores Angeles, fuimos levantados hasta las puertas del Cielo. Alli me bolviò à ocupar tan grande verguenza de vèr, que siendo quien soy havia de entrar con obstentacion tan grande à la presencia de aquel Soberano Rey, y de aquellos Santos Principes que asisten à su Magestad, que comencè à hacerme fuerte, y à pedir à los Señores Angeles, que me acompañaban, que me dejassen bolver, porque de ningun modo me atrevia à entrar. Pararon, por condescender con mi flaqueza; y suelo yo en semejantes casos quedarme admirada de vèr el modo tan suave con que nuestro gran Dios, y estos Soberanos Espiritus, Ministros suyos, se acomodan à nuestra natural inclinacion, hasta que el Señor, con la virtud de su sabiduria, y omnipotencia, dispone la voluntad para que suavemente se rinda à su Divina ordenacion. Fueron, pues, los Angeles à su Magestad, dieronle cuenta de mi repugnancia, como si su Magestad no la viera. Mandò con todo, que me llevassen à su presencia: fui luego llevada con harto empacho mio, y postrandome delante de aquella tremenda Magestad, con todo el afecto de mi alma, comencè à decir: Aqui viene, mi Señor, aquella pobre llagada, mendiga, llena de pecados, y faltas; por las quales, pocos dias hà fuè azotada en vuestra Divina presencia. Oìame el Señor, y haviendo acabado, con muestras de grandissima benignidad, me dijo: Bien està esso, alma, ahora descansa en mì. Y acabando estas palabras, me quedè suspensa en un sueño espiritual, que yà he dicho otras veces como es; y aunque lo explico con nombre de sueño, no es porque estèn ligadas las potencias, sino por la suavidad, y delicadeza con que perciben lo que entonces el Señor obra en ellas. Alli estaba su Magestad manifestando à mi alma, segun la corta capacidad de este estado mortal, su Divino sèr, sus atributos, y perfecciones, como otras veces; pero huvo aqui de particular, que juntamente oìa una musica de muchos Angeles, que juntamente tañian, y cantaban; y reparè, que me hacian estorvo para atender à lo que estaba viendo, y gozando en Dios: debe de ser, que no cabe tanto en tan estrecho vaso. Con esso el Señor, que todo lo alcanza, mandò parar aquellos Celestiales Musicos: quedéme asi en su Magestad, y à la manera que un pez en el rio yà se entra en lo profundo, yà sube à la superficie del agua, yà se llega à las orillas; asi yo en el pielago de aquel Divino Sèr, quedaba unas veces como absorta, y anegada, otras como quien sale àcia la orilla; y podia reparar

rar algo en las grandezas que Dios me mostraba en sí mesmo, hasta que bolviendo otra vez los Santos Angeles à proseguir su musica, el Señor me uniò consigo, arrebatando mi voluntad con una fuerza de amor tan vehemente, que del todo me perdì en aquel profundo, y amabilissimo golfo de la Divinidad. De aqui me bolvieron à mi rincon, aunque no supe cómo, ni por dónde, sino que passado lo que referi, me hallè en él. Sea su Magestad bendito.

„Como esta Virgen havia padecido „tan terribles dolores, y aflicciones desde „el Septiembre passado del año de seiscien„tos veinte y nueve, hasta los seis de Octu„bre siguiente, por el remedio de sus pro„ximos, que Dios le havia encomendado; „fueron tambien singulares las gracias, que „passado aquel duro turbion recibiò de la „Divina mano; y mayor que todos los di„chos, el favor que recibiò el Martes de la „semana siguiente, ultimo de Octubre, à „quien pongo en este lugar, porque de la „misma suerte que en los passados, res„plandece en él la humildad profundissima „de esta Virgen, y la grandeza à que su „Magestad la sublimò. Dice, pues, assi:

Martes, postrero de Octubre, estando bien ocupada en reconocer mis grandes faltas, y ahondar en mi miseria, cotejando mi mucha pobreza, y la nada que tengo de mio, con la grandeza de los beneficios que debo à mi Señor, oì su Divina voz, que me decia: Vèn, alma, vèn, y descansaràs en mì. Yo, llevada de la noticia con que estaba de mi poquedad, y de lo poco bueno que conocia en mí, respondí luego: Señor, no puedo ir, ni parecer delante de vuestra soberana presencia tan sola. Pero este Señor, usando de su misericordia, por ministerio de los Santos Angeles, me llevò al Cielo, adonde me recibiò la Beatissima Trinidad, con grandes muestras de amor, y con unas palabras, que dirè con harta verguenza mia; porque (como muchas veces he apuntado) siempre la he tenido de hablar á nuestro gran Dios, y Señor, ò à la Persona de Jesu-Christo nuestro bien, y Redentor, con titulo de Esposo; pareciendome, que no dice tal lenguage con la bajeza de tan vil criatura como yo. En efecto, el Señor, que por su inmensa bondad humilla su grandeza para nuestra exaltacion, en llegando à su presencia me dijo: Vèn, amiga mia, esposa mia, paloma mia. Postrème delante de aquella Soberana Magestad, corrida, y confusa de lo que havia oido, y diciendo de mí todos los males, que con verdad sentia. Levantaronme, y quedè sentada, y como arrimada à una grande montaña, toda ella mysteriosamente fabricada de inmensos thesoros, de varias, y riquissimas piezas: no se puede decir, ni imaginar la hermosura, y riqueza que en ellos se me representaba, significadores de las gracias, dones, y beneficios que Dios hace à sus criaturas. Estando yo mirando la luz, y gloria que alli se me descubria, fui unida à toda la Santissima Trinidad con una union de estrechissimo amor, donde se me diò conocimiento de aquel Divino Mysterio, y me entraron tan adentro, digamoslo assi, de los inefables secretos de la Divinidad de sus perfecciones, y atributos, que jamàs havia conocido, ni entendido tanto como esta vez, y aunque es limitado lo que conocí, en comparacion de lo que hay que conocer en Dios; porque aun aqui se le representaba à mi alma lo que otras veces: Mas es que esto, mas es que esto. Con todo esso, de lo que en esta ocasion conocí, à lo que en otras havia conocido, hallo yo la diferencia que hace el buelo de un pajaro, atado por el pie de un cordel, por largo que sea éste, al que tiene quando del todo està suelto, porque se conoce la limitacion, y le ponen termino; y suelto se despliega tanto, que parece que no tiene ninguno. Assi me sucediò à mí esta vez, que parece me alejè de mi mesma con un genero de inmensidad, metiendome en aquel abysmo del sér infinito de Dios. Y aunque es verdad, que en semejantes ocasiones suele estàr el alma tan elevada, y absorta, tan perdida de sí misma, que sin particular concurso del Señor, no puede hacer reflexion, ni atender à otra cosa, ò entender mas de lo que le muestran; parece que esta vez la hice, porque

que me parecia eſtaba tan inmenſa diſtancia de donde otras veces ſolia, que juzgaba no ſeria poſsible bolver al lugar que antes. Mas el Señor, à cuya ſabiduria, y omnipotencia eſtà todo ſujeto, me bolviò por los miſmos paſſos (digamoslo aſsi) que me havia llevado, repitiendo las miſmas palabras de caricia que dije al principio, y añadiendo otras, que no me cauſan menos confuſion. Dijome, pues, que me eſtuvieſſe en mi rincon, haſta que llegaſſe el tiempo, que con poſſeſsion eterna gozaſſe de aquellos bienes, y que entre tanto eſtos mis Señores Angeles me ſervirian, (con eſtas miſmas palabras lo dijo ſu Mageſtad) y que él eſtaria ſiempre conmigo. Sea millares de veces bendito, y alabado Señor tan bueno, y miſericordioſo, que tan liberal es en hacer tales mercedes à tan viles criaturas como yo.

„Si Chriſto Bien nueſtro, Rey de Re-„yes, Señor de los Señores, Dios, y „Hombre, dice de sì, que vino à ſervir, y „miniſtrar à los hombres, con mucho me-„nor maravilla pudo decir, que los Ange-„les ſervirian à eſta alma. Aſsi hablan los „Santos Padres de los Angeles de la Guar-„da con grande fundamento en la Divina „Eſcritura.

„Un dia de San Franciſco, el año de „ſeiſcientos veinte y ſiete, que el Señor la „tenia con terribles dolores, conociendoſe „digna de ellos, y de ſer tratada como „perra, cuenta luego lo que le paſsò en eſ-„ta forma:

Viendome con tantos dolores, y tan impoſsibilitada por entonces de tratar à mis proximos, y aprovecharles en algo, daba amoroſas quejas à mi Señor, y entre otras coſas, dije: En verdad, Dios mio, que con mucha razon me tratas como à perra, que como tanto te importuno, y clamo ſiempre à tì, aſsi como quando un perro ahulla mucho, manda ſu amo que le echen de alli, aunque ſea à palos; tambien tù, Señor mio, como enfadado, à palos, y dolores me arrojas de tì; pero yo, Señor mio, qué tengo de hacer? No pienſo, con tu buena licencia, ni dejar de clamar, ni huir de tì, que eres ſolo unico bien, y deſcanſo mio. Oyò el Señor mi gemido, y con ſuaviſsimo amor, y benignidad me reſpondiò, diciendo: No digas eſſo, que no eres perra, ſino alma querida mia: vèn ahora conmigo à las eternas moradas, y deſcanſaràs: Yo te ſubirè con mi poder. Llevòme el Señor conſigo; y aunque de eſta vez me parecia à mì que iba ſola, conocia una virtud ſecreta, que me llevaba. En llegando, dijo ſu Mageſtad: Entra, alma, en tu Ciudad, y lugar de tu morada eterna. Entrè, y mandòme el Señor ſentar en una ſilla, añadiendo: Tiende, alma, la viſta, y mira lo que paſſa. Vì mucha multitud de Angeles, unos que parecian Eſtrellas reſplandecientes, otros unos Soles tan grandioſos, y bellos, que cauſaban grande admiracion: luego ſentì uno como ayrecico ſutìl, y ſuaviſsimo, y por él volaban unas como eſtrelluelas, à manera en la color de oro finiſsimo, con una luz belliſsima. Eſtas eſtrellitas iban cayendo ſobre aquellos Soberanos Eſpiritus; y á mí, aquel ayrecico, y marea ſuave, no ſolo me regalò, y alentò el alma, ſino que tambien esforzò, y diò nuevos brios à la naturaleza. Eſtando aſsi gozando de eſtos bienes, oì al Señor, que decia: Ea, alma, ſube mas alta; y al punto me puſo el Señor en aquellas alturas de los dias paſſados, adonde todo lo que en ellas contemplaba, eran grandezas de Dios, y mas Dios, con aquella noticia que juntamente ſe dà, de la qual, llevada el alma, no ſabe dejar de decir: Mas es que eſto, mas es que eſto. A eſte tiempo vì la perſona de Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, y ſu Mageſtad me llevò à poſtrarme delante de la Beatiſsima Trinidad: vìla, no como los dias paſſados, ſino debajo de una Divina obſcuridad, que ſiendo la miſma luz, no sè cómo llamo obſcuridad, ni ſe me ofrecen palabras, como eſto de mil leguas ſe puede explicar. Alli, unida à eſte gran Dios, Trino, y Uno, me aneguè, y perdì del todo, ſin ſaber mas de mì, ni ahora sè otra coſa mas, ſino que aun eſtoy alli, ſegun la parte ſuperior. Gracias à eſte gran Señor. Amen.

„Eſta obſcuridad Divina, de que tanto „ſe halla eſcrito en los Doctores myſticos,

y

„y tan poco ſe entiende ſin experiencia, y „deſpues de experimentada ſe ſabe explicar „menos; es uno de los modos mas altos „con que Dios ſe comunica al alma, re- „preſentada en aquella obſcuridad en que „Dios ſe moſtrò à Moysès, y en aquella „niebla que llenò el Templo el dia que Sa- „lomòn le conſagrò. Alli, dice Salomon, „que el Señor habita en la niebla; y San „Pablo dijo deſpues, que habita en una luz „inacceſsible; y dicen lo miſmo, porque „como acà el Sol, quando mas claro, hie- „re nueſtra flaca viſta, le parece à ella me- „nos lucido, quanto queda mas deslum- „brada, haſta que cegatona del todo, la „miſma luz le parece obſcuridad; aſsi el „humano entendimiento en eſte grado de „contemplacion, como dichoſamente deſ- „lumbrado de los Divinos rayos, parece „que queda en una obſcuridad, ſiendo ſua- „viſsima, y belliſsima la luz que entonces „goza. Toſquiſsima es la comparacion; pe- „ro à mi rudeza no ſe le ofrece otra mas „acomodada.

CAPITULO IV.

Proſigue la miſma materia: cuentanſe otras viſiones maravilloſas.

„EL deſeo ardiente que eſta ſanta alma „tenia de ahondar mas, y mas en „el conocimiento de ſu miſeria, juzgando, „como era verdad, aſſeguraba mas el par- „tido de ſervir con tanto mayor fineza, y „rendimiento à ſu Dios, y Señor, quanto „mas profundamente ſe ſepultaſſe en el „polvo de ſu bajeza; y el amoroſiſsimo „cuidado que eſte gran Señor tenia de ſu- „blimarla mas por eſſe proprio camino; „eran ocaſion de que ſu Mageſtad le dieſſe „en eſta materia tan altos ſentimientos co- „mo havemos viſto, y le moſtraſſe muy „ordinariamente nuevos myſterios, con „cuya noticia crecieſſe mas en la humildad „que deſeaba. Para eſto es ſingulariſsima „la viſion que tuvo una vez, y ella nos de- „xò eſcrita por el tenor ſiguiente:

Puſoſe mi alma en un profundo conocimiento de ſu miſeria; y con la luz grande que ſu Mageſtad iba en eſta parte, y para eſte fin, aumentando por puntos, me parecia que era caſi infinita mi baxeza, ni ſe podia hallar ſuelo en eſte pozo hondiſsimo. Movieronſeme con eſto unos afectos, y deſeos vehementes de verle, como de quien hipaba por inquirir, haſta donde podia llegar. Entonces me dijo el Señor: Alma, ſi tanto deſeo tienes de vèr eſſo, baxa por eſſas gradas, que eſtàn cerca de tì. Mirè, y vì junto à mì un pozo profundiſsimo, en quien no podia yo deſcubrir ſuelo, y en èl unos eſcalones de piedra, que deſde el brocal deſcendian haſta ſu abyſmo. Arremetì à toda prieſſa à querer baxar por ellas; pero el Angel de mi guarda, y los demàs Santos Angeles mis compañeros me dieron voces, diciendo: Eſpera, alma, adónde vàs con tanto ímpetu, llevada de la vehemencia de tus afectos? Eſperate, que no podrás baxar ſin nueſtra compañia. Llegaron con eſto, puſieronſeme al uno, y otro lado, y comencè à baxar con ánimo, y fortaleza grande por los eſcalones, arrebatada de mi deſeo, ſin reparar en la hondura, y obſcuridad, y no veia à los Santos Angeles, que me acompañaban, ni reparaba en ello, como ſi eſtuviera traſcordada. Lleguè ultimamente al paradero de tantos eſcalones, y vìme al principio de un eſpacioſo campo; y apenas anduve algunos paſſos adelante, quando bolvì à vèr à mis Señores los Angeles, que me havian acompañado, algo apartados de mì; y junto adonde yo eſtaba, un ato copioſo de perros, y alanos disformes de diverſas figuras: eſtos, con endemoniado ſemblante, encararon en mì, y con igual furor, crugiendo los dientes, me embiſtieron; parecia que unos pretendian tragarme viva, aſſaltaban otros las manos, otros los brazos, otros los pies, ſin haver parte de mi cuerpo, que no tuvieſſen aſida; algunos, aſidos del veſtido, forcejaban por romperlo, ladrando, y ahullando algunas veces terriblemente. Era coſa maravilloſa, que en todos eſtos malos tratamientos eſtaba yo caſi ſin ſentir pena, ni fatiga, porque nueſtro Señor no les daba licencia para que en medio de tan furioſa ra-

rabia pudiessen dañarme. Miraba entre tanto à mis Señores los Angeles, los quales con grande paz, y dissimulacion se estaban sin moverse, y parecia que ningun caso hacian de lo que estaban viendo. Dexaronme con esto aquellos fieros alanos, y se fueron por diversas partes con espantosos ahullidos, y rabias; pero tràs breve rato bolvieron à juntarse entre sì, mordiendose, y comiendose los unos à los otros: luego se tornaban à ir por diversas partes, llevando todos las bocas corriendo sangre: y esto de juntarse, morderse, y apartarse, sucediò por tres veces del mismo modo; dandoseme à entender, que estos repetidos mordiscos, con que se encarnizaban unos con otros, nacian de las rabias, y despechos que padecian, por no haver podido executar en mí lo que desean; hasta que ultimamente se metieron en un caudaloso rio, cuyas aguas pestilenciales eran de color de tinta, y de un olor abominable.

Consideraba yo tan raro sucesso, el aprieto en que me havia visto, quán expuesta estuve à que aquellos perrazos me tragassen, si la misericordia Divina no me defendiera. Hallabame contentissima, y decia con grandes veras, fortaleza, y consuelo en el Señor: Esto sì, Dios mio, y Señor mio, esto sì que es lo que yo merezco muy merecido por mis culpas, y pecados, y poco aprovechamiento en la virtud. Llegaronse entonces mis Señores los Angeles à mì, diciendo con grande agrado: Qué te parece, alma, de lo que has visto, y padecido? estàs ahora contenta? No del todo, mis Señores, respondí yo, porque aun no me han tratado tan mal como yo merezco. Bien està esso, dijeron ellos, vente ahora con nosotros: llevaronme à la orilla de aquel rio triste, y espantoso, que dije arriba, y vì, que debajo de sus negras aguas, que ondeaban mezcladas entre fuego abrasador, havia una grande confusion, griteria, y ahullidos de infinitos demonios. Causòme grande admiracion tan horrible espectaculo, y alumbrada con la luz, que el Señor me daba para conocer mi miseria grande, y mi poca virtud, impelida del mismo afecto, con vehemente fuerza interior decia: Este es, alma pecadora, el lugar adonde mereces estàr, por ser quien eres, por tus pecados: esto es lo que te viene muy à proposito, y muy à la medida de tu maldad. Estuve asi un rato con un modo de fatiga: entonces me dijeron mis Señores los Angeles: Anda acà, alma, que te hemos de passar por una puente, que hay en este rio: y diciendo, y haciendo, me llevaron à una puente angosta, por donde se passaba à la otra parte. Tenia esta puente el suelo cubierto de pestilenciales sabandijas de muchas, y diversas formas. Tèn buen animo, alma, me dijeron entonces aquellos mis Señores Angeles: alientate, que por aqui has de passar, y nosotros iremos contigo. Sentì, confiessolo, grande pena, y temor; pero con aquel afecto grande, y eficàz, que tenia de verme tan maltratada, como merezco, me decia à mí misma con gran corage: Por aqui has de passar, aunque temas, y tiembles, que estos duros passos son los que tù mereces. Añadì muchas cosas à este modo, con que quanto mas me culpaba, me animaba mas à sufrir el rigor de aquel passo. Al fin, con la Divina gracia, entrè en la puente, que fuera de ser angosta, no tenia petriles: oìa quando la iba passando ahullidos terribles de los demonios; pero como llevaba en mi compañia à mis Señores Angeles, proseguì con animo, y fortaleza hasta passarla toda. Apenas havia salido de la puente, quando dì en una cuesta, que bajaba derecha, y profundissima: parecia hecha aposta para servir de un horrible despeñadero. Aqui me bolvieron à hablar los Santos Angeles, diciendo: Criatura del Señor, tèn animo, y esfuerzo, que por aqui has de bajar: y luego se me desaparecieron, ausentandose, ò por lo menos quedandose encubiertos, sin que yo pudiesse verlos.

Quedème como sola en tan terrible aprieto: bolvìme à nuestro gran Dios, y Señor, y dijele lo mismo que en los otros passos, y quán digna era de verme tratada asi; y con la fuerza de los afectos que dije, (estaban siempre en un sèr) me resignaba en su Divina voluntad, determinandome à hacer todo lo que se me ordenaba.

Em-

Empecè, pues, à bajar la cueſta con harto temor, y trabajo, y al fin de ella me hallè en una llanura: alli me bolvieron à aparecer mis Señores Angeles: diles humildes quejas, de que en tan grande tribulacion me huvieſſen dejado: conſolaronme con grande caricia, diciendo: Nunca Dios te faltarà, ni noſotros, por ſu Divina ordenacion: vamos ahora, alma, andando por eſte campo, y llegarèmos à otro myſterioſo lugar, que te falta por vèr, y tambien has de paſſar por él. Caminamos un trecho, y llegamos à una grande laguna del tamaño de una Ciudad: parecióme profundiſsima: ſus aguas eſtaban reveſtidas de un fuego ardientiſsimo, y terrible. Vì que eſtaban alli penando innumerables almas, con tan terrible dolor, y anguſtia, que no hay lengua humana para explicarlo; y con ſer tales las penas de aquel lugar, entendia, que una de las mayores era otra interior, que padecian de no vèr à Dios. Entre tantas almas, conocì ſolo una, que me causò notable compaſsion, porque me parecia havia de eſtàr mucho tiempo en aquel Purgatorio. Yo eſtaba como admirada, viendo aquellas maneras de tormentos; y entonces me dijeron los Angeles mis Señores: Animate, alma; que por medio de eſte lago has de paſſar de la otra parte. Comunicòme entonces ſu Mageſtad grande ánimo, y fortaleza, y con grande conſuelo mio, de verme reducida à aquel paſſo, reſpondì las miſmas palabras que en los paſſados, profeſſandome digna de todas aquellas penas; y añadì: Norabuena, mis Señores, aqui eſtà la eſclava de mi Dios: hagaſe en mì ſu ſantiſsima voluntad. Miraba yo entre tanto el lago de parte à parte, y buelta à mis Señores les dije: Y ellos, mis Señores Angeles, han de ir conmigo? Sì irèmos, alma, reſpondieron ellos, que aſsi lo tiene ordenado el Señor de la Mageſtad. Yo, con afecto de padecer mas, bolvì à preguntarles: Y, mis Señores, tengo de quitarme los zapatos, que parece mas à propoſito ir deſcalza, que de otra manera? Y aquellos mis Señores, conformandoſe con mi afecto, me dijeron: Sea norabuena, criatura del Señor, como tù quiſieres. Deſcalcème, y comencè à paſſar aquellas aguas de fuego; pero no ſentì ningun raſtro de pena, ni dolor; y en compañia de mis Santos Angeles lleguè à la otra parte. Hallème luego en un ameno, y muy hermoſo campo; y alli el mas pequeño de aquellos mis Señores Angeles (aunque como en otras partes he dicho, es grandiſsimo en virtud, y fortaleza) me diò los zapatos, diciendo: Cubre tus pies, criatura del Señor, è iràs con noſotros un poco mas adelante por eſte campo.

Hicelo aſsi, y haviendo andado algun eſpacio, lleguè à un prado belliſsimo, y todo èl florido, adonde eſtaban muchos Angeles del Señor, que con dulces inſtrumentos, y voces celeſtiales, alababan, y bendecian al Señor de la Mageſtad. Era la materia de ſu canto engrandecer lo que nueſtro gran Dios, y Señor es en sì miſmo, y lo que es para con ſus pobres criaturas, haciendoles ſingulariſsimos beneficios. En medio de eſte glorioſo prado eſtaba una ſilla myſterioſa, y admirablemente adornada, à cuya viſta quedè en una profunda ſuſpenſion; y buelta deſpues de un rato algo mas en mì, oì aquellos Santos Angeles, que me decian: Alma, anda acà con noſotros, que tenemos orden del Señor de llevarte à aquel lugar myſterioſo que vès. Fui con ellos, y en llegando, me mandaron ſentar en la ſilla que dije. Sentì notable dificultad en acetar aquella honra, de que era tan indigna: eſtaba con grandiſsimo encogimiento, reſignada sì, pero eſcuſandome con la humildad que me cauſaba mi proprio conocimiento. No acetaron aquellos Señores Angeles mis eſcuſas; ſentaronme en la ſilla, y luego myſterioſamente, con toda aquella ſagrada compañia, fui llevada à la Celeſtial Jeruſalèn. En llegando, dexè la ſilla, y me poſtrè delante de la Inmenſa Mageſtad de nueſtro gran Dios, y Señor Trino, y Uno, que con amor, y benignidad me dijo: Seas bien venida, alma, à eſte lugar: quièn te ha trahido aqui? Quàles ſon tus afectos, y deſeos? Eſtas palabras del Señor cauſaron de nue-

vo en mì, y con grande luz, un alto conocimiento, y profunda noticia de mi miseria, y de mi nada, y de como haviendo recibido de este gran Dios tantas, y tan grandes misericordias, estaba vacìa de todo bien, y estaba llena de toda maldad. Conocì vivamente la obligacion que tenia à este Señor, por haverme preservado por sola su bondad de culpas mas graves, siendo yo por mi miseria capáz de todas ellas. Consumiame este claro conocimiento, y con fervoroso afecto me sumia en el muladar de mi vileza: gemia, lamentabame, y doliame de todo corazon de aquellos pecados grandes que pudiera haver hecho, si la divina misericordia no me preservára: parece que al mismo modo que entonces me doliera, si viera que los havia cometido; y esto mismo le respondì à mi Señor, diciendo, que estos eran los afectos que sentia. Estuve asi un grande rato, y pareciame que estaba su Magestad oyendome con gusto, y agrado; y entonces con grande benignidad me dijo: Bueno està, alma, tu exercicio, bien me has contentado con essos afectos: vente ahora conmigo, y descansaràs. Como yo estaba con la misma luz que de antes, y vivisimo el conocimiento de mi grande miseria, repliquè, diciendole al Señor: No, no, Dios mio, y Señor mio, no, en ninguna manera, que no soy digna de llegarme à Ti, y con esto me retiraba quanto me era posible. Pero el Señor Dios nuestro, con muestras de suavisima blandura, me bolviò à llamar, diciendo: No te encojas, ni huyas, alma, de mí; y con fuerza suave me atrajo à sí, à quien me sentí unida con estrechissima union; y aunque al principio de ella parece que pude usar algo de mi afecto, y como corrida de mí misma, procuraba retirarme, poco despues no me diò el Señor lugar à mas. Unida, pues, del todo con este gran Dios, me llevò su Magestad à unas alturas inmensas, y quedè anegada en el mar inmenso de aquel Divino Sèr, adonde se me descubrieron altisimas grandezas suyas; y despues de estàr aqui no sè quánto, con sumo amor, y caricia me fuè sacando el Señor, como à la orilla de aquel inmenso golfo, adonde ví unos Angeles, que como admirados, decian: Asi levanta Dios à los humildes de corazon. Fuè poco à poco, y como por sus gradas, baxandome el Señor de aquellas alturas; y de trecho en trecho como iba baxando, los Angeles del Señor me decian las mismas palabras que al principio. De esta manera el mismo Dios, acompañado de infinitos Angeles, me bolviò à este destierro, hasta ponerme en mi rinconcillo, con que no sentí tanto la baxada. Aun aqui quedè en una grande suspension, y quando bolví del todo à mí, yà no ví al Señor en aquella forma mysteriosa que antes. Díle como pude las gracias, por su bondad, y por las misericordias que usa con tan viles criaturas. Sea bendito para siempre millares de millares de veces. Amen.

„Es mucho de advertir en esta vision, „que con ser el mas horrible de sus passos „el haver de passar aquel encendido lago „del Purgatorio, aqui solo es adonde, ni „tuvo temor, ni padeciò el menor trabajo, dolor, y fatiga, que los antecedentes. Creo fuè la causa, porque con mayor aliento deseò, descalzandose, padecer mas, y ser peor tratada. Porque es „asi verdad, que quanto el espiritu mas „denodada, y gallardamente se resuelve à „humillarse, y padecer por Dios, tanto „siente menos la pena; y lo que es mas, „llega à sentir consuelo en el mismo trabajo.

„Mas suave, y no de menor mysterio, es otra vision que tuvo à este mismo proposito, y ella cuenta asi:

Con la luz ordinaria, que su Magestad me dà en esta parte, se me excitò el otro dia un vivo conocimiento de quán natural lugar, y quán aproposito me era el muladar de mi vileza, y estarme muy de asiento escarbando en la corrupcion de nuestra naturaleza, y en mis faltas, y defectos: esto amaba, esto deseaba. Fuè creciendo la luz, encendiòse el afecto, y suspendìme del todo. Alli me pareciò, que an-

andaba por un grande campo con grande ligereza, y que con mucha solicitud buscaba un muladar el mas hediondo, adonde hiciesse mi morada; y decia entre mí, con extraordinarios afectos: Veamos si puedo hallar este muladar profundo, y asqueroso, que es mi proprio lugar; y si nuestro Señor me mandáre algo, ò quisiere algo de mí, alli me hallarà. A este tiempo me dijo su Magestad: Vèn acà, alma mia, vente conmigo. Pero yo, como estaba tan señoreada del afecto de mi baxeza, sin mas miramiento, respondì: No Señor, no Señor mio, no tengo de ir ahora contigo, que voy con toda priessa à buscar mi proprio lugar. Pues díme alma, bolviò el Señor, qué lugar es esse tuyo tan proprio, como dices? Señor, repliquè yo, el muladar de mis miserias: alli me quiero estár de asiento: si algo quisieres mandarme, buscame, que alli me hallaràs. Y como quien deseaba concluir con el Señor, y seguir mi camino, añadì: Voyme, Señor, voyme. Parece que mostraba el Señor benignisimo singular agrado, y gusto en oìrme, y dijome: Anda, alma, en hora buena, vete adonde vàs. Tornè, pues, con suma ligereza à buscar aquel lugar mio tan deseado, y andando asi por aquel campo, descubrì algo lexos de donde yo estaba un grande muladar. Corrì à èl con suma velocidad, y con grande gusto, y consuelo mio, subì à lo mas alto de èl, y puesta de rodillas, las manos juntas, y los ojos clavados en el Cielo, afervorizado el afecto, sentì grandisimo consuelo en mi alma. Passè asi un rato; no podrè decir qué tanto serìa; y vì luego, que venian unos Santos Angeles con un asiento muy mysterioso, y resplandeciente, y que poco à poco llegaban à las faldas de aquel monton hediondo de mi muladar. Dabame esto pena, y congoja, y rehusaba quanto podia el atender à ello, y estabame con mi Dios à la manera dicha. Llamabanme aquellos purisimos espiritus con un modo cariñoso, diciendo: Alma, y criatura del Señor, què haces? Vente, vente con nosotros en el nombre del Señor, y repetian esto algunas veces. Pero yo hallabame muy bien allí: tenia gran dificultad en responderles, y ni me daba por entendida, ni quisiera pensar que me llamaban; solo decia alguna vez: Quién llama? Quién llama? A quién buscan? Y quedabame como antes con nuestro Señor, prosiguiendo en los afectos de mi oracion. Respondianme ellos: Alma, mira que somos Angeles del Señor de la Magestad, y venimos à ti por su divina ordenacion, para que te vayas con nosotros. Yo callaba un poco, y decía luego: Yo no entiendo esso, Señores, passen adelante, que no me buscan á mì: passen adelante.

Estando en estas demandas, y respuestas, me hallè en un grande enagenamiento, y como adormecida en Dios. A este punto los Santos Angeles llegaron con aquel mysterioso asiento, y cogiendome con la admirable decencia que suelen, con blandura, y suavidad, me sentaron en èl. Sentialo yo algo, aunque poco, por estàr tan anegada. Luego me subieron à la Celestial Jerusalèn, y me postraron delante de la Divina Magestad, diciendo: Señor Dios nuestro de la Magestad, aqui te trahemos esta alma, y criatura, que nos has mandado traher: grande por cierto fuè su dificultad, grande la repugnancia que ha tenido de venir con nosotros: no lo podiamos acabar con ella, y escusabasenos mucho. Oyò el Señor lo que los Santos decian, y con magestuosa gravedad respondiò: Bien està. Y buelto à mì, que estaba como dije postrada delante de su divino acatamiento, me dijo: Alma, cómo has hecho tu esto? Cómo has resistido à mi ordenacion, escusadote, y no obedecido luego à mi mandato? En oyendo estas palabras, parece que temì. Prosiguiò el Señor: Tomad, Angeles mios, esta criatura. Aqui fué donde me vì temerosa, juzgando, que sin duda queria el Señor ordenar à aquellos Ministros suyos hiciessen en mì un exemplar castigo. Acabò el Señor la razon comenzada, diciendo: Y pondreisla en aquel lugar eminente que veis alli, sobre el qual pondreis un letrero, que diga: Asi levanta Dios à los humildes de corazon, y pequeñuelos en su estima. Hizose todo asi, y en aquel lugar me que-

quedè en una apretadiſsima union con nueſtro gran Dios, y Señor, perdída del todo, y como anegada en el Divino Sèr. No sè qué tanto durò. Salí de eſta union, y quedème como en un ſueño eſpiritual, con grande conſuelo, y raras noticias de coſas muy ſuperiores. De aqui poco à poco me fuè deſpertando el Señor, y me volviò à mi rincon, adonde ſentì con grande conſuelo de mi alma haver recibido en eſta ocaſion de mi Dios extraordinarios bienes. Plegue à ſu Divina Mageſtad no los pierda yo por mis grandes faltas, y ſepa ſer agradecida à tantas miſericordias. Sea èl bendito para ſiempre.

„El querer Dios nueſtro Señor tantas veces, que eſta ſanta alma le refirieſſe, y contaſſe los afectos de ſu corazon, que el miſmo Señor le daba, y tanto mejor conocia, que ella miſma, es muy conforme al modo con que habla el Eſpiritu Santo en los Cantares. Y ſignificaſe con eſto vivamente el agrado, y guſto con que ſu Mageſtad eſtiende à los afectos de contentarle con profunda humildad, por quien es mejor, y mas dulcemente ſe explica, que por quantos diſcurſos fabrica el entendimiento. Es ſabroſiſsimo à eſte propoſito, y muy de la materia en que eſtamos, lo que una vez le paſsò con ſu Mageſtad, y ella refiere aſsi. Fuè el año de ſeiſcientos y veinte y cinco.

Haviendome dicho nueſtro Señor, (eſtaba yo en oracion con varios afectos, que brotaban del conocimiento de mi bajeza) que le dijeſſe yo todo mi ſentimiento; y comenzando yo à referille lo mucho malo, que de mì ſentía, yendo proſiguiendo en ello, me arrebatò al Cielo, ſubiendo como por una lluvia muy eſpeſa; pero muy blanda, y apacible. Parecian ſus gotas de oro, como unas ojuelas menudicas. Con ellas quedò todo mi veſtido dorado, y muy reſplandeciente, y en la cara, y manos donde caìan hacian el miſmo efecto de reſplandor. Fui preſentada aſsi delante de nueſtro Señor; y mandandome ſu Mageſtad que proſiguieſſe en contarle lo que de mì ſentia, y haciendolo con todas las veras de mi ardiente afecto, me dijo el miſmo Señor: Pues cómo, ſi eres la que dices, vienes tan hermoſa, y reſplandece tu veſtido tanto? Señor, reſpondí yo, eſto no es mio, recibidolohe, que nada de eſto tenia yo: tuyo es, que tù me lo diſte. Pues ſi es mio, volviò el Señor, ofrecemelo todo. Comencè luego con grande promptitud à ejecutar lo que ſu Mageſtad mandada: quitème todo aquel ornato, y galas, y ofrecílas al Señor con toda mi voluntad. Su Mageſtad lo aceptò todo con grandes mueſtras de guſto, y agrado; y luego me lo volviò todo notablemente mejorado, y con grande aumento de valor. Encubriòſeme entonces ſu Mageſtad, como deſapareciendoſe, y mis ſeñores los Angeles, que eſtaban conmigo, me llevaron por unas gradas muy eſpacioſas. Deſde alli comencè à oìr muſica de Angeles, que con celeſtial harmonia, y voces ſobre manera admirables, cantaban alabanzas à Dios. Acabando de ſubir las gradas en un lugar anchuroſo, como un anchuroſo Presbyterio, ví un Altar riquiſsimamente adornado, y en èl á la Mageſtad de Dios nueſtro Señor, y una Hoſtia pequeña como una forma: no con la groſſura de las de acá, ſino delgadiſsima, y en un modo muy eſpiritual; y eſtando yo alli de rodillas, el Señor ſe llegò à mì, y me puſo en la boca aquella forma; y aunque conocí que era el Señor, no le vì todo en figura corporal, ſino ſolos los dedos de una mano. Sintiò mi alma grandiſsima dulzura; y cayendome con un deliquio en los brazos de los Angeles, me quedè alli en un ſueño eſpiritual; y deſpues, volviendo en mì, me hallè en mi apoſentillo. Sea el Señor bendito por ſiempre. Amen. Amen.

CAPITULO V.

Recibe otros favores ſingulariſsimos de Dios, por medio de ſu profunda humildad.

„SI han ſido ſingulares los favores, que eſta Virgen recibiò de la liberaliſsima mano de nueſtro gran Dios, y Señor

„ñor por medio de ſu humildad, como „haſta aqui havemos viſto; el que agora „nos ha de contar tiene tan particula„res circunſtancias del conocimiento pro„prio con que ella ſe juzgaba por viliſsi„ma, de la ternura, y familiaridad con que „Dios la trataba, que ſe puede, á mi „pobre juicio, tener por ſingulariſsimo. „Y ſolo aquellas almas, que profunda„mente han ahondado en la conſideracion „de quál ſerà el amor de un Dios hecho „Hombre, y nacido por ellas en un pe„ſebre, azotado, y muerto en una Cruz, „expueſto de continuo en el Diviniſsimo „Sacramento del Altar à los ſacrilegios „de malos Fieles, á los ultrages del here„ge, porque el corazon devoto ſe apro„veche de los inmenſos teſoros de ſu gra„cia, y ſu caridad inmenſa, ſe una mas eſ„trechamente á los Juſtos, con quienes el „miſmo Señor confieſſa en la Eſcritura tiene „todas ſus delicias, y à quienes tiene por „niñas de ſus ojos: Solo digo, las almas „que profundamente meditan eſtas verda„des, que tan obligados eſtamos à creer, „y por quienes con grande guſto dieramos „la vida, no quedarán aqui dudoſas al cre„dito de lo que leyeren, ſino antes confor„tadas en la fé, en la benignidad infinita de „un Dios tan bueno. Dice, pues, aſsi la „Virgen en un papel á ſu Confeſſor:

No ha mucho que eſtaba conociendo mi flaqueza, y miſeria, ſintiendo amargamente mis faltas, y defectos; porque me parecia que aquel dia havian ſido muchos. Deciale yo á nueſtro gran Dios, y Señor muchas coſas conforme á la vehemencia de mi afecto; y entre ellas, yá medio ſuſpenſa, y toda abraſada, decia muchas veces: Dios mio, y Señor mio, unas cuentas tengo, yo tengo unas cuentas. Era mi intencion, conforme al profundo conocimiento que tenia de mis culpas, ajuſtar las cuentas de mi alma con eſte Divino Juez: pedílle miſericordia, y perdon, y que eſto quedaſſe ajuſtado de la manera que el Señor queria. Entonces, con un modo ſingularmente cariñoſo, me dijo ſu Mageſtad: Aſsi, alma, que tienes cuentas, pues que quieres agora, ſacalas norabuena, que de muy buena gana te las bendecirè, para tu conſuelo, y provecho de muchos, á quien las repartieres. Yo, que ví que eſte gran Señor, como entreteniendoſe ſuele un padre con una hija chiquita, ò como divirtiendo mis anſias, hacia del diſsimulado, y del que ſe equivocaba en la palabra; reſpondí con un modo notable: Que, no, Señor mio, y Dios mio, no ſon eſſas cuentas las que yo digo: ni por penſamiento quiero nada en eſte particular, ſino que en todo ſe haga tu voluntad. Las cuentas que yo digo, Señor mio, ſon las que yo deſeo hacer contigo, en pago de mis culpas, y pecados, y de mis naturales defectos, que he cometido delante de tu Divina Mageſtad, para que ajuſtadas éſtas, tù quedes contento, y ſatisfecho, y pagando yo las debidas penas, quede en tu amiſtad. Eſtas ſon, Dios mio, las cuentas, que con todo el afecto de mi alma, poſtrada ante tu divino acatamiento, vengo á hacer contigo. Oyò el Señor lo que yo decia, y con el miſmo agrado cariñoſo que antes, (pero en todas ocaſiones ſe mezclò éſte con una mageſtad graviſsima, que igualmente pone reverencia, y engendra amor, que ſiempre, quanto en ſemejantes ocaſiones el Señor mas ſe ablanda, y humana à regalar el alma, tanto, en medio de unos afectos tierniſsimos, le cauſa mayor reſpeto) me dijo: Bien eſtà eſſo que dices, alma, bien eſtá eſſo; pero mira ſi tienes algunas cuentas, que como te dije, Yo te harè merced de darles mi bendicion, y les concederè muchas gracias, è indulgencias, y ſerán triaca contra toda ponzoña eſpiritual, y natural, ſi conviniere, á quien beſáre con devocion las tales cuentas, cruces, ò medallas, y otras coſas de devocion. Eſto decia ſu Mageſtad, y con efecto lo hizo aſsi, bendiciendo algunas coſas de eſtas, que de nuevo me havian dado. Fuème eſto de mucho conſuelo; y con afecto grande le dije al Señor: Dios mio, y què han de decir quando las beſáren? Y ſin aguardar la reſpueſta ſuya, añadí con gran preſteza: Dirán, Señor mio: Bendita ſea la bondad de nueſtro gran Dios, y Señor. En diciendo eſ-

esto, quedè confusissima, reconociendo, que de mi proprio espiritu havian salido estas palabras, sin aguardar la respuesta del Señor. Entonces su Mageſtad, como quien no hacia caso de ello, me respondiò: Sì, alma, bien està esso, y heme holgado de que hayas conocido el habla de tu espiritu entre las mias. No te dè pena esso que dijiste; porque te ha acaecido lo que à una criatura pequeña, que hablandola su padre à su modo, ella antes que su padre acabe de hablar, sale con alguna cosilla conforme à su edad, y afecto, de que su padre gusta, y se rie, diciendole: Sea norabuena, hijo, como quisieres, y dices. Con estas suavissimas palabras del Señor, volvì à quedar con grande paz, y quietud.

Proseguì en los afectos de mi oracion, sintiendo siempre la presencia, y assistencia de su Magestad, que de quando en quando me decia: Què haces, alma? Mira si quieres alguna cosa, que Yo algo te tengo de dàr esta noche. Yo bien lo oìa, y procuraba divertir la atencion de estos favores, quedandome con el mismo Señor por el camino ordinario de mis afectos. Passè en esto mas de una hora, quejandome en ella à mi Señor de verme con tantas culpas, y defectos: pediale, que pues estaba enferma, llagada, y leprosa mi alma, que la curasse, y sanasse. Añadi, que tambien el pobre cuerpo estaba enfermo, y dolorido veinte y cinco años havia en una cama, sin haver en ellos visto la luz del Sol, ni cosa que le pudiesse aliviar de los dolores; pero que esta era misericordia, de que yo estaba consoladissima, y que todo me parecia poco quanto padecia. Tràs esta hora, y mas, gastada en lo que acabo de decir, me dijo su Magestad: Cierto, alma, que me has contentado en lo que has dicho en este segundo punto de tu ejercicio; porque has confessado la verdad del martyrio prolongado de tu cuerpecillo; y assi, no te maravilles, ni se te haga novedad que use contigo de mis acostumbradas misericordias; pues es justo las haga à quien (como tù inspirada por mì dices) tengo en estado de cruz, y dolores tan prolongados, tantos, y tan grandes como Yo sè, y tengo como escritos en mi mente divina.

Passado esto, en cumplimiento de lo que el Señor havia dicho, que me havia de dàr algo aquella noche, mirando al Angel de mi guarda, y à los demàs Santos Angeles mis compañeros, les significò su voluntad divina, la qual era, que me levantassen, y postrassen à sus pies. Hicieronlo assi con la decencia, y presteza que suelen, y me postraron delante del divino acatamiento. Mandòme luego el Señor levantar, y puesta yà de rodillas, me dijo: Toma, alma, en tus manos el tesoro, que te quiero dàr. Yo estaba toda turbada, y encogida oyendo esto, y no hacia sino mirar à una parte, y à otra, adonde estaban aquellos mis señores Angeles, en especial el de mi guarda, por vèr si me decian algo de lo que debia de hacer en aquel caso. Ultimamente, abrí las manos, como el Señor mandaba, y su Magestad comenzò à echarme en ellas muchas doblas, como de oro finissimo, y resplandeciente, y èl mismo hermoseaba, y esclarecia la mano del Señor. Fuè echando su Magestad muchas, muchas, de manera, que à mí me parecian eran infinitas, mas de las que podian caber en mis cortas manos. Viendome tan rica con aquel divino tesoro, y no sabiendo adónde echarle, miraba al Santo Angel de mi guarda, y él, con un mysterioso ademàn, me hizo advertir tenia yo ceñida una tohalla, y levantandola por las puntas, echè en ella el tesoro: abracèle conmigo con gran consuelo, y no reparando en mas, me levantè en pie con presteza para irme. Entonces, con grande benignidad, me dijo el Señor: Aguarda, vèn acà, alma, adónde vás tan aprisa, sin mas hablar? Vuelvete à humillar ahí, y mira el tesoro que llevas. Hicelo assi, y volviendolo à mirar, hallè, que en medio de aquellas ricas doblas havia muchas flores de olor suavissimo, y de mucho valor. Diòseme à entender significaban la buena correspondencia à las divinas inspiraciones. Entendido este mysterio, abrazada con mi tesoro, me quedè en una muy grande suspension.

Es-

Eſtando en ella, ſe me llegò el Angel de mi guarda, y deſprendiendome la tohalla, y tomando aquel teſoro, le guardò en sì miſmo. Quando deſembeleſada volvì de la ſuſpenſion, y me hallè ſin el teſoro, quedè admirada, y con algun poco de deſconſuelo.

A eſte punto, el Señor de la Mageſtad, como divirtiendome de eſte cuidado, me comenzò à enjoyar, diciendo entre tanto algunas palabras myſterioſas, que yo no pude percibir, y ſobre una veſtidura muy precioſa, me puſo una cadena de oro lucidiſsima, un riquiſsimo collar, cintura, manillas, y ſortijas en los dedos; y ultimamente, una corona precioſa en la cabeza. Viendome aſsi adornada por la miſma mano de aquel gran Dios, y Señor, no podrè explicar con palabras los afectos que de mi bajeza, y nada, à la luz de un proprio, y profundo conocimiento, ſe excitaron: ſumiame ſin duda, y ſepultabame en el abyſmo de mi miſeria. Acabado eſto, mandòme el Señor poſtrar, y me echò ſu ſantiſsima bendicion; y dijo luego al Angel de mi guarda, y à los demàs que alli eſtaban, que me llevaſſen aſsi como eſtaba al lugar que les havia mandado. Llegaron à mí aquellos mis ſeñores Angeles, y me levantaron, admirada de tantas miſericordias del Señor. Puſieronme un cirio encendido en las manos, que eſtaba labrado de blanco, y oro; y acompañada de eſtos mis ſeñores, y otros muchos Angeles, fui llevada myſterioſamente por unos caminos admirables, por los quales me parecia nunca havia yo ido. Llegamos à unas gradas de inmenſa altura, y deſpues de haverlas ſubido, nos hallamos en una anchura grande, y quadrada. Aqui empezaban otras infinitas gradas, que volvian como à otro lado diferente del adonde eſtaban las primeras; y ſubiendolas todas, me hallè en la preſencia de nueſtro gran Dios, y Señor, delante de cuyo acatamiento, mis ſeñores los Angeles me poſtraron. Trás eſto, ſe llego à mì el Angel de mi guarda: levantòme, y dejòme de rodillas, poniendome en las manos la tohalla con el teſoro que antes dije. Alli me enſeñò la Mageſtad Divina la ſignificacion del myſterio paſſado, y conocí, que Chriſto, Dios, y Hombre, Señor, y Redemptor nueſtro, debajo de aquellas figuras, por ſola ſu bondad, y miſericordia, me aplicaba el teſoro de la virtud de ſus ſantiſsimos merecimientos, y precioſiſsima Sangre, derramada por noſotros. A eſte miſmo punto me comunicò ſu Mageſtad de nuevo una luz grande, para conocer mi nada, y mi gran miſeria, y como todo lo que podia tener bueno, era dòn liberaliſsimo de la divina mano, comunicado de ſu bella gracia, y por ſer èl tan benigno como es. Conocia lo mucho, que conforme à todo eſto debia yo à eſte gran Dios; y lo infinito que èl miſmo, por ſolo ſer quien es, merecia ſer amado, y ſervido de todas ſus criaturas, y glorificado en ellas, y no era en mì el afecto menor, que el conocimiento.

Dijome entonces el Señor: Seas bien venida, alma, á eſte lugar: ſeas muy bien venida, que me contentas mucho, y el adorno, y joyas con que te ha enriquecido el Divino Eſpoſo. Yo, llevada del afecto, que acabo de decir, deſcogiendo la tohalla con el teſoro, lo puſe à ſus divinos pies, ofreciendoſelo como coſa propria ſuya. Fui deſpojandome una á una de las joyas todas, que el Señor me havia dado, y hice lo miſmo; y ultimamente, quitandome la corona de la cabeza, la puſe con lo demás, con un afecto tan eficáz, y ardiente, que ſi toda la gloria de los Bienaventurados, y todos los Angeles fuera mia, me deſpojára de toda, y ſe la ofreciera haſta quedar pobre, y deſnuda, porque fuera el Señor mas glorificado. Quando me quitè el ropage precioſo, que el Señor me havia veſtido, y ofrecí con lo demàs, vìme que me quedaba con una tunica blanca como la nieve, la qual ſe ceñia con un cordon de oro: iba yà à quitar el cordon para ofrecerlo tambien à mi Señor. Quando oì al Señor, que con grande amor me dijo: Alma, no te deſciñas el cordon, ni te quites eſſa tunica blanca, que aunque es dada por mì, tienes

nes tù buena parte en ella con la correspondencia à mis inspiraciones de tu libre alvedrio. Conociendo tan soberanos, y altos mysterios, puestas las manos, levantè los ojos, dando gracias à este gran Señor, y me quedè en una grande suspension. Quando volvì de ella, ví uno como Sol Divino, y Soberano, que con unos rayos bellisimos de fuego abrasador, igualmente fuerte, que suave, esclarecia, y beatificaba à aquel lugar soberano en que assiste. Tocada, pues, de estos rayos toda mi alma, se uniò, y como transformò en aquel Divino Sol, quedando como entrañada en èl. Perdíme de vista á mí misma: ni puedo explicar con palabras: (ni las hay para esto) no puedo decir de ninguna manera, ni por ningun caso, los bienes infinitos, las cosas tan divinas, que ví en Dios, y conocí en aquella luz de sus divinos obscuros, que es termino de que suelo usar, quando no sè, ni puedo explicar cosa. No sè què tanto estuve aqui en esta union profundisima. Quando volví de ella, me hallè en mi rinconcillo, sin haver visto, ni entendido quien me havia trahido. Pero el Santo Angel de mi guarda, y los otros Angeles, mis Señores, me dijeron, como el mismo Señor Dios, acompañado de ellos, y de otros Santos Angeles, me havia trahido alli. Estoy con la admiracion que se puede pensar de tales obras de este gran Señor Dios nuestro. Sea èl bendito millares de millares veces, por quien es en sì mismo, y por quien es para nosotros, sus pobres criaturas.

„En la primera parte de esta vision, „adonde nuestro gran Dios, y Señor à „lo de tiernisimo Padre trataba esta alma „santa, se exprime vivamente lo que el Es„piritu Santo dice por el Sabio: Que no „solo tiene Dios sus delicias en morar en „las almas puras, sino que parece que jue„ga, y se entretiene con ellas, al modo „que con sus hijos, quando criaturillas, „suelen entretenerse los padres amorosissi„mos. Pero notese entretanto la suma ma„gestad con que conserva el respeto, y ve„neracion que recaba en sus ternuras este „gran Dios, como con la verdad de su „gran espiritu lo dice, y experimentaba „esta dichosa Virgen.

„Adonde dice, que con las doblas de „oro preciosissimas, se juntaban flores de „la humana correspondencia à las divinas „inspiraciones, se explica altisimamente lo „que en nuestras obras hay de parte de la „gracia, y de nuestra parte. La gracia se „nos dà por los preciosissimos mereci„mientos de Christo. Estos, como dice: „despues, son doblas de oro finisimo „nuestra cooperacion es como flores de „tanto menos estima, quanto es de suyo, „aunque de olor suave, y de gran precio.

„Adviertase tambien lo que dijo el Se„ñor quando la ordenò, que no se des„ciñesse el cordon, ni se quitasse la tunica „blanca, (en que sin duda se representaba „la santidad purisima, y meritos de aque„lla alma) porque no es decir, que no „quiere su Magestad que le ofrezcamos „tambien esta parte, que cooperando con „las divinas inspiraciones, pone el alvedrio „nuestro, que por tantos titulos se le de„be à quien nos diò esse mismo alvedrio, „y concurre con èl á lo que hace, ayuda„do de la gracia, sino solo fuè enseñarnos „contra la heretica falsedad, que en las „buenas obras tiene nuestra libertad su bue„na parte.

„Harto parece que està dicho de las „hondas raìces que nuestro Señor echò „en esta alma de humildad, y proprio „conocimiento, moviendole tan fervoro„sos afectos, y mostrandola para lo mis„mo tan mysteriosos symbolos, y figu„ras. Con todo esso, una vez, sin el apa„rato de estas visiones, le diò el Señor „una noticia mucho mas alta, que todas „las passadas, tan nueva en el modo, tan „singular en los afectos, que confiessa ella „ser la mayor merced, que en esta materia „de proprio conocimiento havia recibido „de su Dios. Dice, pues, assi:

Estando una mañana de estas con nuestro Señor, y haviendo passado mi alma con su Divina Magestad algunas cosas bien grandes, y mysteriosas, me quedè suspensa en el mismo Señor, el qual me diò entonces

ces un sentimiento, y conocimiento altissimo, que no hay lengua que pueda explicarlo, de la grandeza inmensa de su sèr infinito, y de mi miseria, bajeza, y poquedad. Pareciòme que nuestro gran Dios, y Señor havia hecho en mi alma, con su poder, y sabiduría iufinita, una comprehension grandissima de su grandeza, y sèr inmenso, y de mi pequeñèz, y miseria, y la dejò como impressa, y estampada en lo mas hondo, y superior de essa misma alma: de suerte, que no se podia quitar, ni borrar de alli; porque estaba como unida con ella por la gracia, y poderosa mano de su Dios. Esto es lo poco que yo puedo decir de este mysterioso favor, que me causò tal admiracion, y afecto, que le dije al Señor: O Dios mio, y Señor mio! à buena dicha tengo haver llegado à tanta edad, y passado, y padecido por el discurso de ella lo que tù sabes, à trueque de haver alcanzado por tu bondad, y recibido de tu misericordia una cosa tan grandiosa como la que me has dado agora à conocer de tu grandeza, y de mi miseria. Es assi verdaderamente, que no fuè esta merced que el Señor hizo à mi alma, como las ordinarias de luz, y conocimiento de sus grandezas, y sèr infinito, sino en otro mucho mayor, y superior, y diferente grado, como si dijessemos: Danle á uno un plato de algun manjar precioso, conocele, sabe lo que es, percibe su olor, y no hace mas que gustarle, y pára alli sin comerle; y assi, aunque le es de algun regalo, pero no le sustenta, porque no le llegò al estomago. Esta diferencia hay, á su manera, en los dos modos de comunicarse Dios, y el alma. En el ordinario parece que se le dà Dios al alma á probar, y vèr. En el segundo, y singular, que digo, hace una total entrega de sì, y parece que se le une, sustentandola; ò digamoslo assi, es como si à uno le mostrassen una riquissima joya para que la viesse, y conociesse su valor, y se alegrasse con ella, prestandosela por algun tiempo, quanto al uso, y sin la possession; ò si à este mismo, no solo le mostrassen dicha joya, para que se alegrasse viendola, y conociesse su estima, sino tambien le diessen la possession de ella, y quedasse como cosa suya. Sea el Señor eternamente alabado. Amen.

„Como es altissimo el modo con que „su Magestad le comunicò à esta Virgen „en esta ocasion el conocimiento de la „divina grandeza, junto con la noticia de „la bajeza humana; assi fuè tambien tier„nissimo otro modo con que en seme„jante ocasion la diò luz para los mismos „dos efectos, y ella nos dejò escrito en esta „forma:

Deshaciase mi alma con unos afectos raros, que su Magestad le havia comunicado, de amor de sì mismo, y de los projimos. Deseaba ardientemente unirme en todo, y por todo con el Señor, como èl mismo me inspiraba; y sin poder mas, daba voces en lo intimo del alma, diciendo: Hasta quándo, Señor mio, me has dejado? Hasta quándo te has alejado de mì? Repetia esto muchas veces, y llamabale con unas ansias tan grandes, que me parece, que si el Señor no respondiera rebentaria. Oyòme por su infinita bondad, y misericordia, y dijome: Alma, què has? Què quieres? Yo no te dejo, ni me aparto de tì: dime, què es lo que quieres? Señor mio, respondì yo, nada quiero sino à tí; y mira, Señor, lo que quiero es, abrazarme contigo con gran fuerza, y abrazarte, y apretarte mucho con mis brazos. Volviò entonces el Señor con grande afabilidad, diciendo: Què dices, alma? No sabes que soy grande, que soy inmenso, y tù un gusanillo, y una nada? Pues cómo quieres abrazarme? Sì, mi Señor, porfiaba yo, abrazarte quiero, y entrarte en mis entrañas dentro de mì. Mira, alma, replicò el Señor, que no podràs, no cabrè en tì. Sì, mi Señor, dije yo, sì podrè. Alterquè un buen rato; y su Magestad, con suavissima mansedumbre me sufria, porque veìa el ardor de mis deseos, que èl mismo me estaba inspirando, y dijo entonces: Sea norabuena, alma; prueba à vèr si podràs. Y en diciendo esto, se me diò una luz grande, con la qual conocì su infinito sèr, su inmensa grandeza.

Quedè admirada, y fumida en el conocimiento de mi miferia, y poquedad; y arrojandome en el fuelo de rodillas, pueftas las manos, y cofida la tierra con la frente, dije: Ay, Señor mio, qué grande eres! Confieffo mi cortedad, y vileza. No me atrevì con efto à mirar, ni hablar mas palabra, fino que en filencio adoraba la grandeza de nueftro gran Dios, y Señor, y me confundia en el polvo de mi bajeza; folo de quando en quando decia: Yà, Señor, no hay que tratar mas de effo. Entonces me mandò el Señor levantar, y con grande caricia, añadiò: Ea', alma, prueba como pudieres, y abrazame. Con efta licencia que él Señor me diò, probè, y comencè à procurar abarcar lo que podia: comprehendí quanto pudo mi capacidad; de fuerte, que quedè tan llena de mi Dios, hafta mas no poder, al modo que un vafo quando fe hinche de agua en una gran fuente, hafta que no cabe mas. De efta vez me hallè harta, y llena de mi Dios, y defcansè en él con una fuerte, y eftrechifsima union, que durò grande rato. Quando falì de ella me hallè en mi rincon, y con grande alivio de mis males. Sea él bendito. Amen.

„Los afectos que fe dicen de efte fa„vor al principio, nacen de la vehemencia „del alma, quando eftà en aquel grado „que los Santos Padres llaman fobria em„briaguèz de la caridad; hablafe de éfta „mucho en los Cantares. No eftà el alma „entonces, tanto para vèr lo que dice, „quanto para fignificar lo que ama: no re„para en impofsibles, porque le parece en„tonces, que folo le es impofsible vivir fin „lo que defea, de que fe dice algo en los „Capitulos figuientes.

„Concluyamos efta materia de la hu„mildad, fundada en el proprio conoci„miento de efta Virgen, con un favor „grande que fu Mageftad la hizo en el „Cielo, quando ella, para fu humilde con„fufion, y reformacion de vida, defeaba „vèr el lugar, que por fus pecados podria „haver merecido en el infierno. Sucediò el „año de 629. à veinte y cinco de Junio, y „efcribelo ella por eftas palabras:

Eftaba con mis ordinarios dolores de tan prolongada enfermedad; y aunque afsi, ocupada en el conocimiento de mis faltas, y miferias, quando me dijo el Señor: Vèn, alma, y defcanfaràs un poco de tus fatigas. Yo, que me hallo fiempre bien en el exercicio que dije, refpondì à fu Mageftad: Señor mio, fi me quieres llevar à alguna parte, llevame al Infierno, ò al Purgatorio, para que vea el lugar que merezco, y para que la vifta de fus penas me incite à mejorar, y reformar mi vida, yà que tu amor, y beneficios, por culpa mia, no recaban lo que Tù quieres de mì. Bolviò el Señor como difsimulando, y dijo: Bien eftà effos pero vente ahora conmigo à la Celeftial Patria. Repliquè fegunda vez lo mifmo; y haciendo tercera inftancia, fu Mageftad añadiò: No conviene ahora, alma, effo que pides, porque veràs alli cofa que te darà mucha pena. Acabando el Señor de decir efto, fe llegò à mì el Angel de mi Guarda, y con refolucion me dijo: Ea, alma, obedece, y haz lo que fe te manda; y diciendo, y haciendo, me pufo la mano en las efpaldas, y me levantò; y los demàs mis Señores Angeles, con la prefteza, y modeftifsima decencia, que fuelen, me pufieron las veftiduras myfteriofas que otras veces, y me llevaron à la Celeftial Jerufalèn, adonde en llegando, y puefta de rodillas, aquel Señor que me havia llamado, dijo: Vèn, Efpofa de Chrifto, y recibe la corona, que defde la eternidad te eftà aparejada. Yo oì con harta verguenza eftas palabras, porque como otras veces tantas he dicho, nunca me he atrevido à tratar à nueftro Señor con efte nombre de Efpofo; pero executandofe lo que fu Mageftad havia dicho, me pufo en la cabeza una corona de oro muy grande, y muy refplandeciente, con mucha pedreria: al ponermela, dije yo: Señor mio, la corona no fe dà fino defpues de los merecimientos, y yo aun eftoy en la vida mortal. Refpondiòme fu Mageftad: En mi mente todos los terminos eftàn cumplidos, y de prefente fe te puede dàr efta corona, por lo que hafta aqui has hecho, y padecido. Eftabame afsi; pero muy corrida, de verme tan honrada.

Man-

Mandò el Señor en eſto al Angel de mi guarda, que me quitaſſe la corona, y la guardaſſe, y aſsi lo hizo. Quedéme luego en una ſuſpenſion, y ſueño eſpiritual, adonde el alma con ſuma quietud, y ſuavidad deſcansò en ſu Dios, conociendo, y gozando lo que el Señor la enſeñaba. Eſtando aſsi, oì una ſuaviſsima muſica de voces Angelicas, que eſtaban cantando alabanzas à Dios: y aunque era tan apacible al oido interior del alma, parece que por otra parte deſeaba que ceſsàra, porque me divertia algo de la ſuavidad, que en la contemplacion del sèr de Dios gozaba. Eſtuve aſsi algun tiempo, no sè qué tanto; pero sè, que ſintiendo que nueſtro Señor queria que me bolvieſſen à mi rincon, decia con grande afecto à ſu Mageſtad: Señor mio, dejame aqui, no me buelvas al deſtierro: y repetia eſto algunas veces; pero ſu Mageſtad, conſolandome, mandò que me bolvieſſen. Obedeciendo los Santos Angeles, me trajeron por otro modo, ò camino diferente del que por donde haviamos ido, porque me llevaron al Cielo, levantandome como por linea derecha, y me bajaron por bueltas, y rodeos, haſta que me hallè en mi pobre apoſentillo. Sea bendito el Señor por ſus miſericordias. Amen.

CAPITULO VI.

Comienzaſe à tratar el heroyco grado de perfeccion à que llegò eſta Virgen.

„QUien atentamente huviere leído lo „que haſta aqui dijimos de las pro„fundas zanjas de humildad, que „nueſtro gran Dios, y Señor ahondò en „el alma de eſta querida Eſpoſa ſuya, yà „no ſe eſpantarà de que el edificio hermo„ſo de ſus virtudes ſe levantaſſe tan alto, „que ſe pueda tener por uno de los mas „ſeñalados, que no ſolo en el preſente, ſi„no tambien en los paſſados ſiglos, la „benigna, y poderoſa mano de eſte Señor, „por los meritos de Jeſu Chriſto, Bien „nueſtro, formò en ſu Igleſia. Véſe eſto „bien claro en el exercicio de todas ſus vir„tudes, que tan ſeveramente examinadas „nos cuenta el Venerable Padre Luis de la „Puente, en la primera Parte de eſta Hiſto„ria. Fueron continuandoſe, y creciendo „los nueve ultimos años de ſu larga, y „bien gaſtada vida, y à eſſe paſſo fueron „creciendo las mueſtras que ſu Mageſtad „le diò del grado de perfeccion, en que „por ſola ſu bondad infinita la havia pueſ„to, y para que deſde ſu eternidad la ha„via predeſtinado. El año de ſeiſcientos „veinte y ſiete, por Enero, tràs grandes „penas, y dolores, la regalò el Señor con „la viſion ſiguiente, de la qual ſe prueba „bien el punto que vamos tratando. Dice „la Virgen aſsi:

A ocho de eſte mes me dijo el Señor reſueltamente: Vèn, alma, conmigo, y veràs una fieſta que ſe hace. Fui llevada del Señor al Cielo, adonde lo primero que vì, fueron mis padres, y mis quatro abuelos, eſpectaculo que me causò grandiſsimo conſuelo: vì tambien algunas tias, y deudos, que conocì acá, y otros, que no conocì: todos eſtaban contentiſsimos: iba el ultimo mi padre, llevando en los brazos una criaturilla. Fueron en eſta forma andando por aquel Cielo, haſta llegar al Trono de la Santiſsima Trinidad, à cuya Soberana Mageſtad, y grandeza hizo mi padre gracias, por haverle dado aquella criatura, y la dedicò à ſu ſervicio, ſuplicandole, que la recibieſſe por ſuya. Oyò ſu Mageſtad el ofrecimiento, y con mueſtras de grande agrado, echò ſu bendicion à la niña, diciendo: Yo la eſcogì para Mì deſde mi eternidad: para Mì la quiero, y la guardarè. Enſeñòme ſu Mageſtad que yo era éſta. Sea él bendito.

„Pero quál fueſſe eſta glorioſa elec„cion, à quánta dicha de eſta alma, à „quánta gloria del Señor, le moſtrò ſu „Mageſtad à veinte de Febrero del miſmo, „y refiere ella por eſtas palabras.

Halléme eſte dia muy abraſada del deſeo que ſiempre tengo, por la bondad del Señor, de acertar en todo con ſu voluntad ſantiſsima. Vì entonces la Perſona de Chriſto Salvador nueſtro, que llegandoſe à mí, y tomandome del brazo con aquel mo-

modo efpiritualifsimo, que otras veces he dicho, me llevò configo al Cielo. No me pareciò que veìa, quando lleguè en aquellas Reales Plazas, fino aquel ayrecico que fuelo llamar dorado, de color de nube arrebolada, y llena de refplandores: de alli me llevò fu Mageftad à otro lugar mas alto, donde eftaban aguas profundifsimas, que parecian un inmenfo mar: navegaban por él muchas perfonas, que iban en unos barcos, en compañia de Angeles: eftaba la mar en leche, y quietifsima, y ellas muy alegres, y regocijadas: pafsòme el Señor de la otra parte, no en barco, fino fuftentada de fu virtud: luego me fubiò à un alto monte, donde eftaba tambien mucha gente, acompañada de otros muchos Angeles, toda ella alegre, y con grandes mueftras de confuelo. De alli me fubiò à otro lugar mas alto, donde vì à la Beatifsima Trinidad, que me recibiò con grandes caricias, y mueftras de amor, preguntandome: Qué es efto, alma? quién te ha trahido acà? qué bufcas? Yo eftaba como admirada; y mirandome à mì, ví que eftaba en habito de Peregrina, con mi efclavina, y bordon, y dije luego: Señor, foy eftrangera, foy pobre, y vengo à pedirte una limofna: damela, Señor mio. De muy buena gana, dijo fu Mageftad, toma de las ricas piezas, que eftàn en effà mefa todas las que quifieres. Bolví los ojos adonde el Señor feñalaba, y ví una mefa, llena de riquifsimas preféas, y piezas preciofifsimas, que todas fignificaban varios dones de aquel gran Señor, como don de profecía, don de milagros, don de lenguas, y otros femejantes. Eftaba entre ellos el don de acertar con la voluntad de Dios, y hacerla en todo: en viendo éfte, fe me fuè el corazon tràs él, y como fi los demàs no fueran tan grandiofos, à éfte folo me aficionè, y de él echè mano. Apenas le tomè en la mia, quando de aquel Señor Trino, y Uno falieron rayos hermofifsimos de luz, que inviftiendo, y iluftrando todos mis fentidos, y potencias, me penetraron toda, de fuerte, que regalando con grande fuavidad mi alma, parece que me transformaron en el mifmo Dios. Viendome afsi, dije: Qué es efto, Dios mio? qué haces? qué liberalidades fon eftas tuyas? Refpondiò el Señor: No te efpantes, alma, que no es mucho, que pues tù me dàs todo quanto tienes, y no bufcas otra cofa que à mì, y el cumplimiento de mi voluntad, Yo te me dè del todo.

Fuè éfta grandifsima mifericordia del Señor, y parece que no cabia yò en mì, y que eftaba como del todo aufente de efta vida mortal, y decia entre mì: Yà de efta vez aqui me quedarè, porque no fabrè bolverme. Pero fu Mageftad, que penetraba mi penfamiento, dijo entonces: Alma, quien te trajo, te bolverà, y te irà guiando por el camino. Es de advertir, que en efte tiempo que eftuve con la Santifsima Trinidad en lo que he referido, fe me havia encubierto la Sacratifsima Humanidad de Chrifto Señor nueftro, de fuerte, que yo no lo veía. Eftaba, pues, conociendo yo como aquel Dios Inmenfo, y Omnipotente beatificaba à los Efpiritus, y almas fantas, que afsiftian en fu prefencia, y decia: Quiero mirarlo bien, y cómo paffan acà eftos foberanos myfterios, para decir algo de efto. A efte punto vì otra vez à Chrifto Señor nueftro, que me dijo: Bolvamos, alma, vente à tu lugar. Bien quifiera yo quedarme alli; pero fu Mageftad me refpondiò: No es ahora tiempo, vente conmigo. Bajamos, pues, aquel monte, que arriba dije, donde eftaba aquella gente muy contenta, y dijome fu Mageftad: Mira, en la vida mortal no tengo à mis juftos fiempre en el fuego de la tribulacion: tambien les doy guftos, y entretenimientos con la compañia de los Angeles. Entramos defpues en aquel mar, vìle foffegado, y los navegantes alegres como de antes; pero luego fe alterò con unas tormentas terribles: corrian fortuna los paffageros, mas no peligraban; y dijome el Señor: Mira, en el mar de la vida mortal hay de todo, bonanzas, y tormentas; pero quien eftà conmigo, y navega fiado en mì, no perecerà. Bajamos ultimamente hafta mi rincon, adonde me dijo efte gran Señor: Quedate ahora, alma, en paz: Yo no me voy, que contigo me quedo. Con efto def-

desapareciò: quedéme llena de suspension, hasta que del todo bolvì en mí. Quise despues decir aqui algo del modo con que Dios beatifica à los Santos en el Cielo; pero ni hallo lenguage, ni me ha sido posible. Sea bendito por toda la eternidad.

„No parece que se pudo explicar mas „vivamente la perfeccion à que esta alma „dichosa havia llegado, que con decirla el „Señor, que se le comunicaba del todo, „porque ella en todo buscaba la gloria de „esse mismo Señor, y el cumplimiento de „su santissima voluntad. Pruebase esto mis„mo con lo que le sucediò à diez y ocho „de Mayo de seiscientos veinte y seis, des„pues que este Señor, à bien de los proxi„mos, la havia llevado à muy remotas „Provincias, (de que tratarémos en otra „parte) y ella escribe assi:

Llevòme el Señor, y dijo: Vèn, alma, y descansaràs, que te traygo cansada por estos mares, y tierras. Fui llevada à la Celestial Jerusalèn, adonde puesta delante de la Beatissima Trinidad, me recibieron los Santos Angeles con grande alegria: rodeaban aquel Divino Trono, y eran infinitos en numero, y à la manera que suelen tomar un niño pequeño, unas, y otras, quando le llevan adonde hay muchas señoras juntas, que le regalan, y acarician; assi me trataban à mì aquellos Espiritus Angelicos. Sentabame delante de aquel gran Dios, y estaba harto corrida: preguntabanse entre tanto aquellos Santos Angeles unos à otros: Quién es ésta, à quien Dios hace tanta merced, y se le comunica tanto? Bolvìme yo à los que estaban cerca, y deciales: Digan, que es una mala Christiana. Bueltos ellos al Señor de la Magestad, le preguntaron: Por què, Señor, has dado tanto à esta criatura? Y respondiò el Señor: Porque quise, y porque en todas sus obras, palabras, pensamientos, y deseos, ha buscado siempre mi beneplacito, y el hacer mi voluntad; y assi le he dado la llave de mis thesoros, y puesto en su mano la paz, y la guerra: y en todo harà conforme à mi voluntad, y segun mis inspiraciones, y las mociones que la darè para todo. Estaba yo oyendo como atonita estas palabras, que mi Dios hablaba, y dijele: Señor, quién creerá esso que dices? Y respondiò con una Magestad Soberana: No tendrà fundamento para dejar de creerlo, quien creyere que soy bueno, y Omnipotente, y que son mis juicios justos, y mis caminos, y sendas secretissimas. Acabadas estas palabras del Señor, me subieron los Santos Angeles à un lugar muy alto de aquel Cielo, donde me hallè con una corona en la cabeza, y una saeta en la mano derecha: hallabame juntamente como indignada, y queria arrojarla contra una persona. Estando assi, subiò un Santo Angel adonde yo estaba, y con grande cortesía me quitò la saeta de la mano, y en su lugar me puso un ramico de oliva: bajò luego de alli, y puso la saeta à los pies del Señor: luego me bajaron à mì, y puse delante de los mismos el ramo. Entonces se me descubriò alli la Sacratissima Persona de Jesù-Christo nuestro Redemptor, con las Llagas de sus Santissimos Pies, dignandose de darme licencia para que besasse el uno: luego me quedè suspensa; y bolviendo en mì, me hallè en mi rincon. Sea el Señor bendito. Amen.

„Rara sin duda fuè la perfeccion con „que mereciò esta sierva de Dios ser The„sorera de su Magestad, y con sus oracio„nes arbitra en los sucessos de la paz, y de „la guerra de sus tiempos. Quánto en esta „materia ayudasse à nuestros Reynos, y à „los extraños Catholicos, se dijo en la pri„mera Parte, y en otro lugar de ésta se „dirà harto. A lo mismo se endereza la „saeta de venganza, con que revestida „del zelo de la Divina Justicia, quando pa„rece que havia de solicitar castigos, se „sentia luego trocada en afectos de miseri„cordia, y la recababa para aquellos con„tra quienes el Señor estaba enojado. Pero „prosigamos con los grados de su perfec„cion, que el Señor en otra ocasion le „mostrò symbolicamente à siete de Di„ciembre de seiscientos veinte y siete, y „ella refiere assi:

Ocupabame orando, y estaba en el ordinario exercicio de considerar mi vileza, quando el Señor me llamò, diciendo: Vèn, al-

alma, ſube por eſſas eſcaleras. Hice la reſiſtencia que otras veces (quando ſe me dà lugar para ello); pero no baſtando, diſpuſeme à obedecer à ſu Mageſtad, y queriendo ſubir por la eſcalera que veìa junto à mì, vì al rededor de ella muchos perros, que aunque pequeños, moſtraban en los ojos, y dientes grande fiereza. Temì; pero llegòſe à mì un Angel del Señor, y dijo: No temas, alma, que no hay que temer; y tomandome por ambas manos, bueltas las eſpaldas à la eſcalera, y el roſtro ácia mì, me fuè guiando haſta lo alto de ella; y alli, abriendoſe los Cielos, me entrò dentro de ellos, diciendo: Entra en los gozos de tu Señor. Entrè en aquella Celeſtial Ciudad, y andaba mirando los gozos de ella, que eran el miſmo Dios, ſu Omnipotencia, ſu Inmenſidad, y los demàs atributos, y perfecciones divinas. A eſte punto la virtud del miſmo Señor me rodeò, y me encerrò en sí miſmo, diciendome: Alma, entra en la recamara de mis teſoros. Alli me enſeñò ſu Mageſtad coſas que no ſabrè decir: pero entre otras, vì unos como ſoles hermoſiſsimos, y muy reſplandecientes, que eran de verdad los teſoros de Dios; en los quales, con mayor diſtincion, ſe me repreſentaban las divinas perfecciones, como ſi viera cada una por sí dividida de la otra. Mirabalos mi alma con grande admiracion, y gozo. Viendome aſsi el Señor, dijome: Toma, alma, alguna pieza de eſſa recamara, qual de eſſas quiſieres. Yo, como ando ſiempre temeroſa de mí miſma, y deſeoſa de acertar con las verdades de Dios, reſpondí: Señor, quiero luz; y diciendo, y haciendo, me abracè con uno de aquellos ſoles, del qual me reveſtí de ſuerte, que toda yo en lo interior, y exterior quedè llena de luz. Miraba deſpues todo lo demás, que en aquella dichoſa morada havia; y ví en un lienzo unas letras muy grandes, y muy hermoſas, y en cada remate de un renglon un grande punto. No las entendia, ni aun ſabia leerlas; pero declarandomelas, ví en ellas eſtampada toda mi vida, y los eſtados que en ella havia tenido mi alma, y como havia paſſado de uno á otro, y lo bajos que havia hecho, y como por la divina bondad, de aquellos bajos havia ſubido mas alto; como ſi el bajar huviera ſido para ſubir; y como ví tantos efectos de la caridad, y miſericordia de Dios, dijele: Señor, eſto es lo que tú has hecho conmigo; pero no eſtá lo que yo he hecho, porque no eſtàn aqui, ni mis pecados, ni mi ingratitud, ni lo mal que me aproveché, y ſupe lograr tus beneficios, y miſericordias. Diſsimulaba el Señor, y haciendo yo inſtancia en la pregunta, reſpondiò: Eſſo, alma, yà eſtà acabado, y quando el pecador hace penitencia, no me acuerdo mas, ni hago mas caſo de ſus pecados. Luego ſu Mageſtad me uniò conſigo en una eſtrechiſsima union de amor, moſtrandomele tan grande, que me perdí de mí miſma, haſta que buelta, me hallé en mi rincon. Sea el Señor eternamente alabado. Amen.

„Aunque no ſea cierto que la permiſſion de culpas ligeras, quanto mas la de „las graves, ſea efecto de la divina predeſtinacion; pero es ciertiſsimo, que de las „humanas caidas, qualeſquiera que ſean, „ſuele el Señor por ſu ſola bondad tomar „ocaſion de aventajar las almas, y que „por la penitencia ſe levanten mas humildes, y fervoroſas de lo que fueran, „ſi no huvieran caido. Y eſto es ſolo lo „que eſta Virgen parece que quiere ſignificar, quando dice que los bajos de „ſu vida, y las faltas (que fueron bien „menudas, y veniales) le havian ſervido „para ſubir mas; y à mi pobre juicio, eſtos „defectillos ſe ſignificaban en aquellos perrillos menudos, que le impedian ſubir „la eſcalera; porque eſtos, aunque chicos, „ſon poderoſos á detenernos para no ſubir à la perfeccion, haſta que con la „divina gracia, y ayuda de nueſtro Angel, nos libramos de ellos. Quán ſublíme fueſſe el grado de perfeccion adonde ſubiò eſta Virgen, ſe vè bien claro „en el eſtrechiſsimo lazo de amor con „que el Señor la uniò à sí tras moſtrarle los paſſos por donde havia ſubido.

CA-

CAPITULO VII.

Quán fiel, y rendido compañero fuè el cuerpo de esta Virgen à su espiritu para proseguir el camino de la perfeccion.

„PIA, como verdadera, es la doctri„na que los Santos Padres prueban „con eficaces testimonios de la escritura, „en que nos enseñan, que como en pe„cadores perdidos, parece que el espiritu „cobra condiciones de carne, y en cier„to modo se brutaliza, con que el mi„serable hombre viene à reducirse todo „à un estado de bestia desenfrenada; assi „en los justos yà perfectos, viene el cuer„po (mas, ò menos, conforme el gra„do de la virtud) à tener afectos tan de „espiritu, à rendirse tanto à la razon, que „parece se espiritualiza, quedando el hom„bre tan sujeto del todo à su Dios, que „està la carne yá tan fuera de impedir al „alma en el camino de la perfeccion, que „antes en su modo parece que la ayuda, „y sirve para correr mas denodada. Esta „divina Filosofia nos enseñò altissimamen„te esta Virgen, sacada assi de su propria „experiencia, como de las visiones con „que el Señor se sirviò de declararsela. „Dice, pues, assi, en un papel que es„cribiò en Septiembre de seiscientos y „veinte y quatro:

Aunque la carne trahe su lucha con el espiritu, y la naturaleza, inficionada con la culpa, hace estorvo à las acciones de la gracia, por el continuo peso con que el cuerpo, y sus sentidos tiran de la pobre alma para abatirla al amor, y pretension de las cosas terrenas; pero alguna vez, previniendo nuestro gran Dios, y Señor à un alma con las bendiciones de su dulzura, y adornandola, y fortaleciendola con los dones de su gracia, và juntamente espiritualizando la misma naturaleza, y hermanando con tan soberana providencia, disposicion, y destreza el cuerpo con el espiritu, que no quitando à la naturaleza nuestra el sér que tiene, parece que la transforma de tal manera, que segun es grande el rendimiento con que lo natural sirve à lo sobrenatural, yà en cierto modo se conoce aquel como convertido en éste. Sì que el hierro no dexa de serlo, quando se penetra, y reviste de fuego; y con todo yá no parece el que antes era, sino mudado en la naturaleza de fuego, y con las mismas condiciones suyas, quanto se compadecen en tan diversos sugetos. En este dichoso estado, no solo no impide el cuerpo al espiritu, sino que antes parece que le sirve, y ayuda en las acciones, como la vista flaca se aprovecha de unos anteojos para vèr con mas facilidad, y claridad, lo que sin ellos no pudiera. Esta es la dicha de este estado; pero no es facil el conseguirlo, porque supone un exercicio largo, y continuo de una viva mortificacion en todas cosas, un continuo, y muy fiel trato, y comunicacion con nuestro Señor.

Esto me enseñò una vez la Magestad de Christo bien nuestro; porque llevandome à un prado hermosissimo, y cubierto de vistosissimas flores, y passeandose por èl conmigo, me dijo: Mira què bello, y ameno prado! Aqui se me dio juntamente luz interior, y conocì, que aunque como aquel prado era de naturaleza de tierra, y engendrado de ella; pero en la belleza, amenidad, y vista, parecia muy diferente, y superior à todo lo que es tierra: assi nuestro terreno natural, unido à un espiritu, que ha servido mucho tiempo à Dios, y se ha exercitado en muchos, y varios actos de todas las virtudes, no perdiendo su natural sèr, parece que le ha perdido, y que por la union, y hermandad que tiene con esse espiritu, se ha transformado en èl, y que yà no ama, ni aborrece de todas las cosas de acà, sino las que aborrece, y ama esse mismo espiritu. Estando conociendo esta verdad, quiso enseñarme el Señor, que en este mismo estado hay mas, y mas perfeccion, y và creciendo la semejanza de el cuerpo al espiritu, adonde aquel con mayor promptitud le sirve à éste; y assi vì, que de repente convirtiò su Magestad aquel prado en unas aguas claras, y transparentes, semejantes à finissimos

mos cryſtales. Diòſeme nueva luz, y conocí, que aunque eran de la miſma materia de tierra, con ſu poderoſo brazo havia dado à eſſa miſma tierra tales accidentes, haciendola tan tranſparente, y ſutil, que al parecer yà no era tierra, ſino cryſtales. Aſsi tambien, deſpues de largo exercicio de virtudes, con que el alma ſujeta, y rinde aun mas el cuerpo con ſus potencias, y ſentidos al ſervicio del eſpiritu, lo dexa tan unido, y hermanado conſigo, que no ſolo no le impide, ni eſtorva para ninguna accion eſpiritual, ſino que le halla tan deſembarazado para todas, que puede decir en aquel eſtado, que tiene ſu converſacion en los Cielos; porque de ninguna coſa de la tierra ſe halla prendado, antes con encendidos afectos, ſin reſiſtencia ninguna de la naturaleza, ama ſolo lo eterno, y deſea unirſe con ſu Dios.

A eſte punto oì una dulce muſica de Angeles, que con ſuavisſima melodía cantaban alabanzas al Señor. De alli me llevò el Señor al Cielo, y me uniò perfectiſsimamente con ſu Divino Sèr, acompañando la parte inferior à la ſuperior del alma, dandome muy levantado conocimiento de los atributos, y perfecciones divinas. Y haviendo eſtado aſsi, al ſalir (à nueſtro modo de hablar) de aquella eſtrechiſsima union, me vì à mí miſma toda, con la parte ſuperior, è inferior del alma, con el sèr ſobrenatural, y natural; y pude advertir, que eſte es el perfectiſsimo eſtado adonde el cuerpo, no ſolo no impide el alma en las acciones eſpirituales, ſino que en cierto modo, por la hermandad que entre sí tienen, y por la perfecta obediencia con que ſe le ha rendido, participa, ſegun ſu capacidad,de los bienes, y gozos del Eſpiritu, quedando la naturaleza enriquecida con los bienes eſpirituales, que del alma ſe derivan. A la manera que ſi un Rey ſe quitaſſe el Toyſón, que tenia al cuello, pendiente de un collar de ricas perlas, y pedreria, y le puſieſſe en alguna caja de oro, podiamos decir, que no ſolo quedaba la caja con una nueva dignidad, por tener en sí tan rica pieza, que havia eſtado pendiente de un cuello, y hecho aſsiento en un pecho Real; ſino que podria quedar mas rica, deſgajandoſe, y cayendo en ella alguna de aquellas perlas, y piedras precioſas. Aſsi, aunque el alma ſe queda con todos ſus bienes eſpirituales; pero de tal manera por divina diſpenſacion los comunica à la naturaleza del todo rendida, y ſujeta al eſpiritu, que la dexa con ellos enriquecida, y tan aficionada à los bienes de Dios, que parece que ſe và tràs ellos, y los ama en ſu proporcion como el miſmo eſpiritu. Eſtas verdades, que el Señor me enſeñò en eſta viſion, he experimentado por ſola ſu bondad en los eſtados que ha tenido mi alma. Sea ſu Mageſtad alabado.

„Para que mejor ſe entienda la doc„trina dicha, y la perfeccion grande en que „eſtaba eſta alma, cuyas gracias recibidas „del Señor, tan rendida tenian à la natura„leza, y cuyo eſpiritu caſi havia buelto à ſu „cuerpo de la miſma condicion; pondrè „aqui otro papel, en que por mayor dà „cuenta à ſu Confeſſor del eſtado en que ſe „hallaba. Es del ſiguiente de ſeiſcientos y „veinte y cinco, por fines de èl. Servirà „tambien para entender el modo con que „en las viſiones paſſadas, y las que ſe di„ràn, era llevada al Cielo, ù otras partes. „Eſcribelo, pues, aſsi con admirable com„prehenſion.

El eſtado de mi alma al preſente, es el que dirè. Parece que nueſtro gran Dios, por ſolo ſu infinita bondad, quiere que las grandes mercedes, y miſericordias que ha comunicado à mi alma, ſe deriven, participe, y goce de ellas el cuerpo, al modo poſsible, en eſta vida mortal; porque del alma parece que ſe comunica al cuerpo cierta virtud, que le eſpiritualiza, y en cierto modo le proporciona con eſſa miſma alma; para que de eſta manera tengan entrambos una hermandad muy ſuperior, y que no ſolo el cuerpo no impida al alma para recibir dichas miſericordias, antes le ayude; y las potencias, y ſentidos del cuerpo aſsi eſpiritualizados ſirvan como de anteojos para mejor gozar el alma de ſu Dios, y vèr, y conocer ſus verdades.

Ahora que el cuerpo eſtà mas enfermo, y debilitado, ſiente el alma, que le fal-

falta su ayuda: no solo por la enfermedad corporal, que de ordinario, dexada à su naturaleza, impide el mejor obrar del alma, sino porque tambien el mismo cuerpo, permitiendolo asi el Señor, no acude por su mucha flaqueza à ayudar al alma con la virtud que de ella ha recibido, como solia ayudarla de antes.

Quando esto passa asi, el alma se està unida, y abrazada con su Dios gozando, y no passa à otras cosas mayores, à que passàra, si tuviera el socorro del cuerpo: y este queda como si fuera de ayre, ò fantastico, pero obrando todas las acciones humanas con el favor divino.

De aqui nace, que quando el Señor, conforme à su divina disposicion, y bondad inmensa, me levanta à cosas mayores, que por su calidad havian, y solian causar extasis, y arrobos, no los tengo, antes entonces està el cuerpo muy vivo, usando de todos sus sentidos, y potencias, sin impedir lo uno à lo otro.

Tambien quando el Señor me llevò à la Celestial Jerusalèn, ò à otras partes ò à los mares, donde estos dias passados huvo borrascas, peleas, y armadas de infieles, algunas veces voy en solo espiritu, y me siento quedar en mi lugar: otras no lo siento asi, y parece soy llevada toda; y por los efectos diversos que causan en mì, y claramente experimento, los diversos modos de estas idas, juzgo ser asi lo que digo. El Señor sea siempre bendito. Amen.

„Mucho havia que decir; pero de tal „calidad, que los doctos, y mucho me„jor los experimentados, facilmente lo en„tenderàn por sì mismos; y asi para „ellos fuera superflua la explicacion: à los „demàs fuera inutil, pues nunca la pu„dieramos entender; y asi nos debe bas„tar el percibir por mayor, y sencillamen„te, y edificar nuestras almas con lo que „leemos; sacando humilde confusion de „quán inferiores estamos à lo que el Se„ñor comunica à sus amigos.

„Adviertase, que asi en estos pape„les, como en otros muchos, entiende „esta Virgen por nombre de *naturaleza*, „ò natural, solo aquello que toca al cuer„po, à sus potencias, y sentidos mate„riales, que son organos, è instrumen„tos, para que el alma con las poten„cias espirituales obre en las noticias, y „afectos sobrenaturales. Y de esta natura„leza dice, que con el favor divino esta„ba yá dispuesta para ser aptissimo instru„mento del espiritu. Y aunque esta sig„nificacion del nombre *naturaleza*, es „limitado (porque tambien en lo racio„nal hay sus acciones naturales) pero en „materias mysticas, es muy apta, y usual.

„Adviertase tambien, que aunque la „virtud heroyca, y compañia de una al„ma santa, con la divina gracia, suele „reducir un cuerpo à estos dichosos ter„minos, por duro, y rebelde que sea el „natural, y por mas que su natural, com„plexion de humores, y particular tem„peramento le inclinen à vicios, con to„do esso la suave disposicion de nuestro „gran Dios, y Señor, que con suavidad, „y fortaleza encamina las cosas à sus fi„nes, suele ordinariamente à las almas, „à quien destina à estado altissimo de per„feccion, prevenirlas (y es muy singular „gracia, que nos mereciò Christo, y que „Salomon agradeciò à Dios) con un na„tural bueno, docil, y acomodado al es„piritu, desde los primeros alientos de „su vida. Què tal haya sido la providen„cia de Dios en esta parte para con esta „su regalada esposa, nos dice ella, des„pues de haver contado raros favores, que „en cierta ocasion recibiò del Señor, con„cluyendo asi:

Passadas todas las cosas referidas, decia yo à nuestro Señor: Dios mio, cómo siendo yo una criatura tan vil, y tan pecadora, me haces tantas, y tan extraordinarias mercedes, que à mì misma me causan encogimiento, y admiracion? El Señor me respondiò: Quando te criè, te dí el natural, y despues lo sobrenatural, dispuesto, y proporcionado para hacerte essas mercedes; y desde mi Eternidad determinè hacertelas, solo porque quise, y fuè mi voluntad. Causò en mi alma esta res-

respuesta grande admiracion, y grande agradecimiento de la bondad de este Dios, que sea bendito para siempre.

CAPITULO VIII.

Revelale Christo bien nuestro à este tiempo, que serìa particular Maestro suyo.

„COMO esta Virgen creciò tanto en „perfeccion propria estos ultimos „años, como vimos por los papeles del „capitulo passado, que son del año de „seiscientos y veinte y quatro, y seiscien„tos y veinte y cinco, fueron tambien cre„ciendo los favores divinos, (que parece que „en estos nueve años postreros son tantos, „como los que en los setenta passados ha„via recibido) comunicandose su Magestad „mas, y mas à un alma, que para tanta „gloria suya puso por exemplar de virtudes „à nuestro siglo, y por prodigio de las di„vinas misericordias à los venideros. En„tre estos favores es singularissimo el que „ella recibiò mediado de Enero del año „seiscientos y veinte y seis, que aunque to„ca otras muchas materias, es muy proprio „de la en que vamos tratando su alta per„feccion; porque ninguna cosa la indu„cia mas, que vèr, que nuestro gran Dios, „como si no bastáran tantos hombres san„tos, y doctos vivos, tantos yà difuntos, „y bienaventurados; y finalmente, tantos „Angeles supremos, que continuamente „la assistian, y enseñaban, la deputasse en„tonces por particular Maestro suyo à su „mismo Hijo Christo Jesus, Salvador nues„tro. Escribe ella esta admirable vision por „estas palabras:

Recogíme con nuestro Señor en unos muy fuertes deseos, y encendidos afectos de acertar con su santissima voluntad en todas mis acciones; y particularmente le pedia luz, y conocimiento de sus verdades; y haviendo passado otras cosas particulares con su Magestad, vì que Christo bien nuestro, en la forma que quando era niño de doce años, acompañado de muchos Angeles que le adoraban, y cortejaban, andaba, con un modo gravissimo, y afectuoso, passeandose por una como sala; y mirando à una parte, y à otra con semblante de cuidadoso, hizo un grave ademàn con sus santas manos, y dijo: No hallo, Padre mio, una criatura, un sugeto, que me quadre de todas maneras, para acudir à las necessidades, y consuelo de esta alma. No le hallo, Padre mio, ni puedo descubrillo! Oyendo estas palabras tan mysteriosas, y pareciendome que no me faltaba nada en aquel particular, que el Señor decia, y de que se quejaba, y que lo tenia todo muy cumplido en lo espiritual, y temporal, y aun sobrado, quedè admirada, y con mis acostumbrados temores iba, y volvia à nuestro gran Dios, suplicandole me alumbrasse, y diesse luz para conocer sus verdades. No cessaba aquel Sacratissimo Niño de repetir las palabras dichas, y hacer con suma magestad las mismas acciones. Ultimamente vì, que se subia mysteriosamente al Cielo, y postrado delante de su Eterno Padre con grande reverencia, le dijo lo mismo, con demonstracion de sentimiento por no hallar lo que deseaba. Miròle su Magestad con grande agrado, y amor, y echandole su santissima bendicion, le respondiò: Bien està esso, hijo mio muy amado: bien està esso, que dices; y vuelto à mí, me dijo: Ven acà tú agora, alma mia, vèn acà, y mira ácia aquel lugar de este Cielo mio. No pude yo resistirme, y mirè rendida à la parte que el Señor apuntaba: vì una persona gravissima, que estaba alli: entendì que tenia un espiritu superior, y de estraña virtud, grandeza, y sabidurìa, y no se me descubria quièn era. Quedè como suspensa, y dijome su Magestad: Alma, esse Personage que vès ahì, ha de ser tu guia, y tu Maestro, y el que te ha de ayudar en todas las cosas, y te enseñarà todas las lenguas.

Espantada yo de lo que oìa, respondì con humildad, y encogimiento: Señor mio, tù eres mi Dios, mi guia, mi luz, y mi Maestro, cómo me quieres entregar à otro? Y parecia hallaba mi alma en esto dificultad; pero este Señor Dios nuestro, me consolò, diciendo: Assi es, y serà como lo di-

dices, alma, y tú agora no entiendes lo que en esta parte hago contigo, hasta que Yo te lo descubra, y declare mas. Señor, Dios mio, repliquè yo, hagase en todo tu santissima voluntad. Hasme dado, Señor, tantos Angeles por sola tu bondad, como sabes; y estos me hacen merced, me ayudan, y acompañan por tu divina ordenacion tantos años há; y todo esto no debe de bastar, segun es grande mi miseria, y necessidad. Tù seas bendito por tus obras, misericordias, y altissimos juicios. Bien està esso, alma, dijo el Señor; pero mira, quando un Rey tiene un hijo Principe, y heredero de su Reyno, que le ama como á sí mismo, no se contenta con darle ama, que le crie à sus pechos, ni otros que le vistan, y calcen, otros que le traygan por los andadores, y que le recreen, y festejen: fuera de estos, señala Ayo, y Aya, que todo esto conviene à la grandeza del Rey, y de su hijo el Principe que se cria. Y tràs todo esto, siempre esse Rey queda como Superintendente de toda esta familia en el cuidado de criar al hijo; y con paternal solicitud, y amor mira su buena crianza, comodidad, y acrecentamientos. Pues assi es en su modo, alma, lo que Yo hago, y la providencia que tengo con aquellos mis escogidos, en quienes por mi bondad puse los ojos desde mi eternidad.

Admiròme el razonamiento de su Magestad, viendo aquella caridad infinita, con que atiende al bien de sus pobres criaturillas, y en todo me estaba siempre con un modo de natural encogimiento, y respeto al trato de aquella persona, que se me señalaba para Maestro; porque à mí me parecia debia de ser el Supremo de los Angeles, y de singularissimas calidades. Veìale yo con un modo mysteriosissimo, como vestido del Espiritu mas puro, y acendrado de todas las Religiones, que tiene Dios en su Iglesia; y como si por un modo inefable estuviera adornado de todos los habitos de ellas; y que este sugeto era capáz, siendo uno, de todas estas perfecciones juntas; y que sabiendo perfectissimamente todas las ciencias, y lenguas, podia hablar, y enseñar con todas ellas juntas: de suerte, que en una sola cosa, y una misma verdad lo comprehendiesse todo; y assi, podia ser perfectissimamente Maestro en todas materias superiores, espirituales, y extraordinarias, con virtud para alentar, y ayudar en lo natural, y ordinario à sus discipulos. Todo esto concebia yo (no podrè explicar el cómo) del espiritu, y propriede este Supremo Angel, que por tal le tenia entonces, perseverando siempre en mì el natural encogimiento de oìrle, y comunicarle, y estando como atajada, y suspensa en el mysterio.

Estando en este embelesamiento, llegò à mì un Bienaventurado Santo, Patriarca de cierta Religion, y me mandò, que de su parte dijesse ciertas cosas à unos Religiosos suyos, que nombrò. Reparè, que entre los otros vivos, havia tambien nombrado uno, que era yá difunto. Quedè turbada, y con mis ordinarios temores de si padezco engaño; y decia entre mì: Què es esto? Siendo yà difunta esta persona, cómo, ò para què me havia de decir el Santo Patriarca, que tambien le hablasse? Estaba en esta duda; pero siempre confiada en el Señor Dios, que me daria luz, como siempre lo hace por su misericordia, para salir de esta pena. A este punto se llegò à mì aquel Angel Supremo, y con un modo gravissimo, lleno tambien de caridad, me dijo: Alma, de què te afliges? Què es la causa de tu turbacion, reparando, en cómo te mandaba aquel Santo Patriarca hablar con aquel Religioso, que era yà difunto? Parecete à tì esso cosa nueva? Pues no lo es en la vida espiritual, ni el Santo te quiso decir diesses con el mismo modo aquellos avisos al difunto, que à los vivos, sino à éstos, como quien les advierte, para que se enmendassen; y al difunto, como quien le pregunta cómo le vá por las faltas, de que havia sido cómplice con los vivos. Y fuè assi, que luego se me apareciò el alma de aquel difunto, y me pidiò le encomendasse à nuestro Señor, porque padecia graves penas por aquellos mismos defectos, que el Santo Patriarca reprehendia

dia en los vivos. Con esto que el Angel Supremo (que por tal le tenia yo) me dijo, quedè enseñada, como tambien consolada, viendo, que lo que passaba el difunto, era lo que el Santo Patriarca havia querido significarme. Despues supe de nuestro Señor, que havia permitido la turbacion de mi alma en este caso, para ponerme en ocasion de oìr, y tratar al Angel Supremo, y habituarme à ello. Con todo esso, siendo asì, que poco despues me declarò este Mystico Angel otra dificultad grande con divino mysterio, como yo no acababa de conocerle del todo, tampoco acababa de perder del todo el encogimiento.

Passè de esta manera casi cinco dias; y luego una mañana de Domingo, dia de la Fiesta del Niño perdido, estando con nuestro Señor con los afectos ordinarios, y haviendo passado con èl algunas cosas bien mysteriosas, vì aquel personage de rara autoridad, que yo llamaba Angel Supremo, el qual, sentandose en un asiento mysterioso, me miraba con una magestad grande, y con igual caridad, y sin decirme palabra. Recorrì luego à nuestro Señor, y con ansia, y vehemente fuerza le supliquè me enseñasse, y diesse luz para conocer sus verdades, pues no queria, ni tenia afecto à cosa alguna otra. Estando asì, divirtiendome, y escusando quanto podia la vista de aquel Supremo Angel en una interior pelèa de mi espiritu, vì (porque yà no fuè possible el resistirme) que llegandose algunos Angeles, con grande reverencia, y respeto, le besaron la mano; y luego, con modestissima cortesìa le iban quitando unas vestiduras mysteriosas de que estaba vestido, las quales, como dije, me parecian à mí el habito de todas las Religiones, y de cada una de ellas; y como las iban quitando, las ponian en una grande fuente, que un Angel tenia en sus manos. Al quitar la ultima vestidura, que à mì me parecia mas blanca que la nieve, ví que aquel Señor, que yo hasta alli juzgaba por Angel Supremo, y tan mysteriosamente havia estado disfrazado, era la Persona de Jesu-Christo nuestro Señor, Dios, y Hombre verdadero. Quedòse este Señor con unas vestiduras Reales, y de grande Magestad: relumbraba como un Sol de divinos rayos, y tenia en su sacratissima cabeza una diadema preciosissima.

En conociendo à este Señor nuestro, con la luz que su piedad me comunicaba, me arrojè à sus sagrados pies, y con grande alegria, y consuelo mio le adorè. Entonces, levantandose el Señor de aquel asiento primero, y bajando unas pocas de gradas, se sentò en otro asiento igualmente mysterioso mas cerca de mì. Estaban delante de la Magestad de este Rey Divino muchissimos Angeles, otros con los que por su misericordia assisten en mi aposento; y yo aùn postrada, y mas cercana à aquellos divinos pies, sin hablar palabra. A este tiempo, con amor, y benignidad, me dijo: Yo soy, alma, tu Señor, tu guia, y tu Maestro: Yo soy el que veìas como disfrazado, que te causò tan grande admiracion, encogimiento, y pasmo. Lo que agora has de hacer, y quiero Yo que hagas, es, que respondas à todo lo que los projimos te preguntaren en mi nombre, y les digas lo que entendieres, y supieres ser mi voluntad, y mi mayor gloria, y servicio. Hablales con seguridad; porque Yo estarè siempre contigo en todas estas ocasiones, y te alumbrarè, y enseñarè interiormente; y quedate agora en paz, y descansa en tu Dios. Echòme con esto su santa bendicion, y à todos aquellos Santos Angeles, que alli estaban, y fuese su Magestad, quedando yo admirada, y consolada de tan divinas obras.

Despues supe de este mismo Señor, que aquel disfráz del habito de todas las Religiones, con que su Magestad se me havia mostrado, queria significar, que en este Señor nuestro estàn altissimamente, y se deriban de su divina virtud todas las perfecciones juntas de todas las criaturas, y todas en sumo grado, y que con aquella mysteriosa demonstracion de que buscaba, y no hallaba criatura cabal, y que del todo le quadrasse para cuidar de mì, quiso darme á entender, que solo èl es el Maes-

tro

tro perfectiſsimo de todas las ciencias, con infinita ſabiduria, y poder para comunicarlas, y que con inmenſa caridad queria ſer mi guia, y mi Maeſtro. Dijome mas, que el traherme aquellos dias ſuſpenſa, y encogida, ſin conocer quièn era aquella Perſona, que nuevamente me daban para Maeſtro, era por el guſto que tenia en vèr entretanto mis afectos, y oìr mis clamores, y ſuſpiros à Dios; como el padre, que por entretenerſe con ſu hijuelo, vèr lo que hace, oìr ſus quejas, y razones, ſe disfraza, y encubre; y deſpues, quitado el disfráz, le toma en ſus brazos, y regalandolo, y acariciandolo, ſe le dà à conocer, de lo qual, queda el niño alegre, y conſolado, abrazandoſe tiernamente con ſu padre. Sea eſte gran Señor eternamente bendito. Amen.

„No explica aqui la Santa Virgen cómo ſe ha de entender lo que el Señor „quiſo decir quando le prometiò, que eſ„te Divino Maeſtro la enſeñaria todas las „lenguas; porque lo havia explicado en „otro papel, que pondrèmos en ſu lugar, „adonde el Señor la declarò, que el dòn „de lenguas, que le comunicaba, era un „eſpiritu acertado, para que en diverſas „materias, y varias neceſsidades de los pro„jimos, que la conſultaſſen, reſpondieſſe „ſiempre con verdad, y con el lenguage, „modo, y razon mas util à la neceſsidad de „cada uno. Lo qual quán puntualmente ſe „cumplieſſe, prueba la experiencia de innu„merables perſonas, que con los conſejos, „y reſpueſtas de eſta Sierva de Dios, halla„ron paz en las dudas de ſu eſpiritu, y acier„to en los negocios, que conducian al „bien eſpiritual.

CAPITULO IX.

Del amor puriſsimo, y encendidiſsimo de eſta alma para con nueſtro Señor.

„COMO la perfeccion de un alma anda „eslabonada con el amor de Dios, „antes no es otra coſa ſer mas, y mas „perfecta, que ſer mas, y mas amante de „eſte Señor; porque al paſſo que la cari„dad, Reyna de todas ellas, và creciendo, „crecen tambien, y medran las demàs vir„tudes: pondrè en los capitulos que ſe ſi„guen algunos exemplos bien raros de la „caridad de eſta Virgen, los afectos de ſu „amor para con Dios, de donde ſe co„nozca el grado altiſsimo de eſte bien, „adonde con la divina gracia ſubiò. Algo „apuntè arriba de aquel ſagrado incendio „(que los Santos llaman ſóbria embria„guèz de amor) con que eſta Eſpoſa de „Chriſto, ſuſpenſa, y como atada la ra„zon, llevada ſolamente de la vehemen„cia del afecto, anhelaba à unos amoro„ſiſsimos impoſsibles, pareciendo, que „forjaba ſus palabras mas en el ardor de „ſu voluntad, que no en la luz de ſu en„tendimiento. Añadirè agora algo à eſte „propoſito, con que ſe vèa mas clara eſ„ta verdad. Dice, pues, ella en un pa„pel de veinte y ocho de Enero del año „de ſeiſcientos y veinte y cinco.

Eſtaba en oracion con grandes anſias de vèr, y gozar à nueſtro gran Dios, con unos afectos tan amoroſamente encendidos, que parece me abraſaba, y conſumia toda por una parte, y por otra ſe me ſalia el alma tràs lo que buſco. Dijele, ſin poder refrenarme, à ſu Mageſtad: Dios mio, y Señor mio, haſta quándo te has de olvidar de mì, y apartar de mì tu roſtro? Oyò el Señor mis clamores, y con grande piedad me reſpondiò: Para què dices eſſo, alma? y para què hablas de eſſa manera? Quándo Yo te he olvidado jamàs, ò quándo apartè mi roſtro de tì? Pero bien eſtà, embriagada eſtás de mi amor; porque te he entrado en la bodega de mis celeſtiales vinos: digna eres de perdon, dì lo que quiſieres.

„En ſemejante afecto ardia ſu alma à „veinte y dos de Enero de 626. quando „recibiò de Chriſto bien nueſtro un gran „favor, que ella cuenta aſsi:

Movieronſe vehementes los afectos en mi alma el Jueves, comenzando por un ardiente deſeo de hacer la voluntad de Dios perfectamente en todo, ſin hacer la menor falta en ſu ſervicio. Fueron creciendo de mane-

nera, que parece que el corazon se salia del pecho; y llevada del ímpetu arrebatado de este deseo, clamè al Señor, pidiendo su favor. Respondiòme su Magestad con grande suavidad, y muestras de amor, diciendo: Què quieres, alma? Què pides? Sossiegate. Dijele yo entonces: Señor mio, dame quanto hay, todo, todo. Dijelo por este modo, porque quando el alma està assi, mas se gobierna la lengua del alma por el afecto, que por la razon. Lo que yo quise decir era, que me hiciesse su Magestad merced de que en todo, y por todo hiciesse yo su voluntad, y que usasse de misericordia con su Pueblo Christiano, y con las personas, que suelo encomendarle. Mostrò su Magestad gusto, por su caridad inmensa, de inclinarse à mis ruegos; y preguntè luego: Mi Señor, cómo lo has de ejecutar? Y respondiòme su Magestad: Yo lo imprimirè en tu corazon, para que lo tengas guardado en èl. Luego vì dos Santos Angeles, que cada uno por su parte tenian con la mano de una fuente pequeña, en la qual estaba un corazon. Despues vì la Persona de Jesu-Christo Señor nuestro, que hasta entonces havia estado encubierto, que teniendo en la mano una plumita muy delicada, escribia en el corazon unas letras. Puseme muy atenta à mirar lo que escribia, y vì que las letras decian: Haráse como deseas. Miraba yo aquella mano de Jesu-Christo Señor nuestro; y pareciame tan diferente de las manos que suelo vèr en los Angeles quando toman figura de algun cuerpo humano, ò quando la toma alguna de las otras Divinas Personas, que se vè luego, y no se puede dudar, que aquella mano es verdadera carne, y mano de hombre verdadero; y representa el Señor de tal manera en aquella Soberana Persona la Divinidad, y Humanidad, que no le queda al alma rastro de duda de que aquel Señor es Verdadero Dios, y Hombre verdadero: y esto lo vè con tal claridad, y con tanta firmeza se le assienta, que jurarà que lo vè clara, y distintamente, y que es assi como lo afirma. Quedème alli con este Señor llena de admiracion, con la qual me suspendì de suerte, que quando bolví, yà su Magestad se havia ido. El sea por siempre bendito.

„Lo que la virgen dice, que en el „tiempo de estos afectos se sale el cora- „zon, aunque es con mayor vehemencia, „no es con la inquietud, y bullicio que „suele traher el que los Padres mysticos „llaman amor sensible, y se suele sentir al „principio que el alma empieza la via uni- „tiva sobrenatural; porque de quien habla „aqui la virgen, con tener los efectos tan- „to mas eficaces, passa en lo interior del „alma, y es sin comparacion mas noble, „quanto mas recogido; y los efectos que „parece causa en el cuerpo, son yà de otra „manera mucho mas levantada, y indeci- „ble; porque esse cuerpo, como arriba se „dijo, parece que tiene yà calidades de es- „piritu, y con un modo mystico de pare- „cer, coopera à los sentimientos vivissi- „mos del alma, en medio de un desassos- „siego serenissimo. Puede rastrearse esto „de los escritos de esta virgen, que en éste, „y en los siguientes Capitulos irè entrexe- „riendo. El primero dice assi:

Padecì estos dias algunas ausencias de nuestro Señor; y aunque por su misericordia me hallo bien de qualquiera manera que su Magestad me lleve resignada en su gusto, con todo esso se sienten. Procurè, viendome mas apretada, hacer actos de conocimiento proprio, de la grandeza de Dios, de total resignacion en su Divina voluntad, y amarle con todo mi corazon. De todos estos actos que havia hecho, prorrumpì en un quejido grande, y decia: Ay, mi Dios, y mi salud! ay, mi Dios, y mi salud! Oyòme el Santo Padre Luis de la Puente, que despues de muerto tan ordinariamente me acompaña, y dijome: Qué has, alma? de qué te quejas? qué buscas? Estoy enferma, respondì yo, busco à mi Dios, à mi Medico, à mi salud. Aì le tienes, replicò el Santo Padre, abre los ojos, y lo veràs. Mirè con los ojos del alma, y vì cabe mì à Jesu-Christo nuestro Señor, de la suerte que anduvo en la tierra despues de resucitado, con sus preciosas Llagas en Pies, Manos, y Costado. Dijome en-

entonces ſu Mageſtad: Llegate, alma, que aqui hallaràs lo que buſcas. Lleguème al Señor, y luego me hallè como engolfada en aquellas Divinas Llagas, y de ellas ſe comunicò à mi alma una Divina virtud, con que me hallè alentada, y ſatisfecha. Quedème alli de eſta manera ſuſpenſa buen rato, gozando de aquellos Divinos bienes, que de las Llagas del Señor ſe me comunicaban. Deſpertè de eſta ſuſpenſion tan intimamente abraſada en amor de Dios, que me pareciò tenia el corazon partido por medio, y que corrian de él arroyos de ſangre, con un dolor profundo, y vivo ſentimiento mio. Llegòſe entonces à mì un Santo Angel, y en un vaſo que trahia, recogiò la ſangre que mi corazon vertia, y deſpues de recogida, moſtraba el vaſo lleno à otros Angeles, que la miraban con admiracion, y reverencia. Volò luego aquel Santo Angel al Cielo, y preſentando aquel vaſo delante de la Beatiſsima Trinidad, dijo: Señor de la Mageſtad, vès aqui eſte vaſo de ſangre, que tu criatura ha derramado de ſu corazon, con gran ſentimiento, amandote, y deſeandote à tì ſolo. El Señor mirò la ſangre, y mandò la llevaſſen al theſoro de la Igleſia. Luego los Angeles del Cielo, y los Angeles mis Señores con ellos, comenzaron à cantar con grande melodìa, y celeſtial muſica: *Cantate Domino canticum novum, quia mirabilia fecit.* Y acabada la muſica, me hallè en mi rincon como de antes. Sea el Señor bendito.

„Siempre es digno nueſtro gran Dios, „y Señor de las muſicas, y alabanzas de ſus „Angeles; y ſiempre ſeràn cortas à ſu gran„deza quantas ellos le dieren; pero en „maravillas como éſta, regocijados los So„beranos Eſpiritus de vèr las finezas de „Dios en amar à un alma, y la fiel correſ„pondencia de éſta en amar à ſu Dios, pa„rece que deſean nuevos canticos para ce„lebrarlas; y aun tal vez, acomodandoſe à „nueſtra ruſticidad, componen humanos „verſos, con que regalen al alma, y en„grandezcan à ſu Señor. Eſto es lo que eſ„ta eſpoſa de Chriſto cuenta en otra oca„ſion, adonde dice aſsi:

Aunque mi larga enfermedad es ſiempre tan penoſa, algunas veces crecen notablemente los accidentes. Eſtando, pues, apretadiſsimo el natural de grandes dolores, y à un miſmo tiempo el eſpiritu con fuertes, y extraordinarios afectos de proprio conocimiento, deſeos entrañables de amar, y agradar mas à Dios, y poner ſobre mì, y como à cuenta mia las neceſsidades, y cargas de mis proximos; los Santos Angeles, con inſtrumentos muſicos de admirable harmonia, cantaron eſtos verſos:

Soberana Mageſtad,
Dios Eterno, y adorado,
Que à una pura criatura
La has en Tì transformado:
Yà abraſado el corazon,
Yà le tiene laſtimado
Con ſoberanos deſeos
De verſe ſiempre à tu lado.
Yà todo le cauſa pena,
Tienelo todo dejado:
Haſe olvidado de sì,
Por haverſe en tì quedado
En una perpetua union,
Y en tu Divino regazo;
Y llora duelos agenos,
Por proprios los ha tomado:
Y por la tu mayor gloria
En la Cruz ſe ha conſolado.

Eſto es lo que oì cantar à los Angeles. Sea el Señor ſiempre bendito. Amen.

„Todo lo que en eſte genero ſe me „puede acordar de verſos latinos, ò vulga„res, que en ſemejantes hiſtorias leemos „haver hecho los Santos Angeles, con la „verdad, y alteza de la ſentencia, guardan „eſte candor, y llaneza en el eſtilo, como „formados con la pureza de aquel eſpiri„tu, con que los Sagrados Apoſtoles, y „Evangeliſtas eſcribieron los Soberanos „Myſterios del Señor. Proſigamos en la „grandeza, y excelencia de afectos con „que eſta virgen amaba à ſu Dios, y quán „del todo le havia rendido el corazon.

„Es tierniſsimo el modo con que el „año de ſeiſcientos veinte y ſiete, en una

„visita que San Pedro, y San Juan Bautista „la hicieron, se prueba esta verdad. Cuen„talo ella assi:

Dia de los Apostoles San Pedro, y San Pablo, estando apretada de dolores, y bien congojada, me dijo el santo Padre Luis de la Puente, como reprehendiendome: Alma, y criatura del Señor, qué tienes? de que te congojas, y afliges? alientate, no estès assi: el Señor te quiere hacer merced de embiarte hoy à los Santos San Pedro, y San Juan, que te visiten, y alienten. Santo Padre, respondì yo, què les dirè à estos Santos quando vengan? Hablales tù à tu modo, dijo el Santo. No assi, santo Padre, bolvì yo, dime tù lo que tengo de decirles. Respondiòme el santo Padre Luis: Pideles por la salud del Pueblo Christiano, y que rueguen al Señor aplaque su ira; y para tì pide lo que te pareciere. Passado esto, vinieron los Santos San Pedro, y San Juan Bautista. Como yo estaba prevenida, no me hizo la visita novedad: en entrando, me saludaron, y San Pedro, en nombre de entrambos, hablò, diciendo: Alma, y criatura del Señor, venimos por la Divina ordenacion, y en nombre de nuestro gran Dios, y Señor, à visitarte, y traherte un recado suyo; y es, que en nuestra festividad pidas al Señor lo que quisieres, que todo se te concederà. Dí gracias à nuestro Señor por la merced tan grande que me hacia: reverenciè à los Santos, y aunque con encogimiento, les supliquè me hiciessen merced de ser mis intercessores con su Magestad, para que se apiadasse de su Pueblo Christiano, dandoles salud en lo temporal, en tiempo tan trabajoso, y aplacasse su justa ira contra nuestros pecados. Pedì otras cosas para mí, y que diesse su Magestad luz, y favor à mis Confessores, para acertar en todo con su santissima voluntad, y para que me governassen à mayor gloria del Señor. En el nombre del Señor, respondiò San Pedro, todo se te concede; y añadiò luego: Y tù, alma, qué has de dàr à tu Señor por esta merced que te ha hecho? Danos algo que le llevemos. Respondíles: Santos gloriosos, yo no tengo que dàr, soy una pobre criatura, y todo lo que tengo es suyo: yà se lo tengo dado, mi alma, mi voluntad, mi corazon; ni yo quiero mas que lo que su Magestad quisiere hacer de mì, y deshacerme toda en su amor, y servicio. Bien dices, alma, replicò San Pedro; pero mira, esse corazon tiene otro corazon dentro de sí, y esse nos puedes dàr. Quedè yo admirada oyendole decir esto; y bolviòme à decir el Santo: Alma, dàr al Señor el corazon, es darle la voluntad, y no querer otra cosa mas, que darle gusto, y agradarle, y en todo buscar su mayor gloria, y honra; pero todo esto està mas levantado, y mejorado en la parte superior del alma, y esto es el corazon del corazon, y esso nos puedes dàr, y llevarloha el Santo Precursor del Señor, que es (y señalòle con el dedo) el gran Bautista; el qual se abrasò en el amor puro del Señor mas que los mismos Serafines: y comenzò tràs esto à decirme alabanzas del Santo Bautista, muy extraordinarias, y grandiosas. En acabando San Pedro, llegòse à mì el Santo Precursor, y con el dedo me abriò el corazon, y me sacò de dentro de él otro corazon. Puesto éste en las manos del Santo, comenzò à resplandecer como una Estrella; y los dedos de la mano en que le tenia, comenzaron à resplandecer de la misma suerte. Despidieronse de mì los dos Santos, echandome San Pedro la bendicion, como Pontifice. En llegando al Cielo, ofreciò San Juan el corazon que llevaba à la Beatissima Trinidad, diciendo: Señor Dios de la Magestad, vès aqui el corazon que tu criatura te ofrece en agradecimiento de la merced que le has hecho: el Señor le mirò, y se agradò mucho, y lo guardò en sì mismo. Sea su Magestad bendito millones de millares de veces. Amen, Amen.

„Parece que lo que aqui dice el Prin„cipe de los Apostoles, quando dice, que „la perfecta entrega del corazon à Dios es„tà mas levantada, y mejorada en la parte „superior del alma, y que esso es el cora„zon del corazon, no se ha de entender „al modo que los mysticos distinguen una „parte superior, y otra honda en el alma, „sino al modo que los Theologos señalan ra-

„razon, ò porcion inferior, y superior en „el alma; y como el alma en la entrega „que hace de si à Dios, tanto obrarà me„jor, quanto el motivo de la razon supe„rior fuere mas noble, mas sincero, y me„nos interessadó; y aun con el mismo mo„tivo, tanto serà el amor mas fino, quanto „à mayor luz el afecto fuere mas intenso, „siempre le queda al corazon humano un „nuevo, y mejor corazon que ofrecer à „Dios, quanto mas realzáre el motivo, y „aumentáre el afecto de su amor. Enten„deráse esto mejor del Capitulo que se si„gue.

CAPITULO X.

De las saetas Divinas, que atravessaron el corazon de esta Virgen.

„TAmbien el Amor Divino tiene sae„tas con que traspassa purissimos co„razones, ò por decirlo como ello es, él „solo las tiene, que las que el vulgo pro„fano atribuye al amor torpe, fueron „delirios de su falsa creencia, trazas del „demonio, que desea en semejantes ma„terias contrahacer las maravillas de Dios „por desacreditarlas. De las saetas, pues, „del Amor Divino, y sus heridas, hay „no poca noticia en las Divinas Letras, „mucha en los Sagrados Doctores, y „singulares exemplos en las Vidas de los „Santos. Los que en esta materia nos dexò „esta sierva de Dios, son bien raros, de „los quales pondremos aqui algunos. Co„menzarè por el que mas frisa con el su„cesso que en el Capitulo passado acabo de „contar. Dice, pues, ella assi:

Tràs un tropel grande de varios, y fervorosissimos afectos, que el Señor excitò en mi alma, en lo muy hondo de ella, el que mas sobresalia, era el de acertar en todo con la Divina voluntad: éste me hacia repetir muchas veces, y con increible ansia: Cria en mì, Dios mio, un corazon nuevo, y agradable en tus ojos: infunde en mis entrañas un recto, y nuevo espiritu. Gastè un grande rato en el fervor de estos afectos; y de quando en quando, cansado el natural de la fuerza de ellos, descansaba yo un poquito en el Señor Dios mio. En este reposo crecia la luz, y con ella movianse otra vez los afectos mas vehementes. Entonces me dijo su Magestad: Qué haces, alma? qué fuerza tan grande es essa de tus afectos? no sabes que hice yà en otro tiempo lo que ahora me pides? Cómo no te acuerdas, que importunandome en otro tiempo con estos mismos deseos tù, Yo, por consolarte, con mi propria mano te saquè el corazon, y le tuve conmigo algunos dias, afirmando tù à tu Confessor andabas sin corazon; y mostrandolo tambien los mismos pulsos à juicio de los Medicos; y que despues Yo mismo te le bolvì renovado á su lugar? cómo no te acuerdas de esto? Yo, con admiracion de las benignas palabras del Señor, me acordè luego del caso, como puntualmente havia sucedido; y repliquè, diciendo: Assi es verdad, Dios mio, como lo dices; pero el thesoro que por tu sola bondad le comunicaste entonces, pareceme que sin duda le debo de haver perdido, y malvaratado: y quando, Dios mio, se pierde una joya preciosa, el remedio es bolver con humildad, confianza, y amor al rico que se la diò, que le dè al pobre que la perdiò, otra tal, y tan buena; y assi, yo, indigna, pobre, y miserable, vengo à Ti, rico, poderoso, y de infinita bondad, con la misma demanda, y peticion. Oiame el Señor con un modo, y semblante gravissimo de magestad inmensa, y deteniendose, como quien, á nuestro modo de hablar, reparaba en algo, me dijo luego con amor, y caricia: Grandes son, alma, por cierto tus afectos, y deseos: Yo los miro con benignos ojos, y tengo gusto en consolarte, y hacerte merced, y assi en esta parte deseo hacer lo mismo. Pero mira, alma, que si ha de tener efecto, por mayor bien, y consuelo tuyo, tu peticion te ha de costar pena, y dolor natural, aunque acompañada de mucho consuelo, y provecho tuyo, y de los venideros, à cuya noticia venga esta misericordia mia.

No es explicable el modo compuesto de suma magestad, y blandura con que el Señor decia estas palabras. Yo estaba con es-

estraña admiracion, y quedè un rato suspensa en el Señor: volvì brevemente en mì de este arrobo, y postrème delante de aquel gran Dios, diciendo con quanta humildad, y resignacion podia: Aqui està, Señor mio, tu esclava indigna: hagase en mí tu santisima voluntad, que no rehusarè ningun trabajo, ni cruz, à trueque de recibir de Tí tan gran misericordia, y beneficio, como el que te he pedido. En oyendo esto el Señor, puso sus Divinos ojos en uno que me parecia Angel superior, y de rara magestad, significandole con una seña gravisima executasse lo que se le mandaba. Al punto aquel admirable Angel (que por lo que en él reconocì de soberana grandeza, llamè yo entonces Angel del gran Consejo; porque en un secretisimo modo, que no sè decir, se representaba à mi alma, que era aquel la misma Persona de Jesu-Christo Señor nuestro) flechando un arco que tenia en sus manos, me tirò una saeta de fuego, igual en el ardor, y resplandor, con que me abriò el pecho, y llegò à traspassar el corazon con particularisimo dolor, y sentimiento de la naturaleza, aunque mezclado de dulzura, y suavidad. Mirè mi corazon, y ví, que dentro de él estaban escritos tres renglioncillos pequeños. El primero decia: *Aqui.* El segundo: *Mora.* El tercero: *Jesus.* Parecia el corazon en el color, y luz, al modo de un rubì finisimo: estaba en medio de él un Niño graciosisimo, muy pequeño, durmiendo, y recostado sobre su bracito. Causòme mucha admiracion; porque aunque en tiempo atràs vì lo proprio, y muchas veces, quando el Señor se dignaba de consolarme con manifestarse, veia yo mi corazon con letras, y el Niño dormido en la dicha forma, y durò el favor por mucho tiempo; pero como havia yà algunos dias, que del todo havia cessado, renovòse entonces mayor la admiracion. Afervorizada, pues, y tierna con esta vista, dije: Què haces, Dios, y Señor mio, ahì? Què haces, duermes? Pues agora es tiempo de dormir, estando el alma en la batalla, y en el campo con los enemigos? Despierta, bien, y Señor: despierta, no duermas, que si el Capitan duerme quando està en el Exercito, què haràn los pobres Soldados? Decia yo esto con grandisimo afecto; y luego, como arrepentida, poniendome el dedo en la boca, volvia à decir con la misma ansia: Duerme, Señor mio, duerme, Dios mio, duerme muy en hora buena, nadie te me despierte, callen todas las criaturas, y no te me hagan ruido, que à mì importame mucho que duermas, no sea que despertando mires la profundidad de mis maldades, y llevado de justa ira, y enojo, me castigues como merecen mis culpas. Duerme, Señor mio, norabuena, porque no me acaezca, si despiertas, lo que tan justamente temo.

En estas razones, y afectos estuve un grande rato, y ultimamente suspensa profundamente, me unì con el Señor; y quando volví en mì, me hallè con otro modo de presencia de la Divina Magestad en la Celestial Jerusalèn, y postrada delante de la Trinidad Beatisima, y vì aquel mi corazon en sus divinas manos, yà en las del Padre, yà en las del Hijo, yà en las del Espiritu Santo, y que todas las Divinas Personas le favorecian, regalaban, y se complacian en èl. Pareceme à mì, que estaba hasta alli el corazon cerrado; porque luego vì, que la Magestad de aquel Señor le abria, como quien queria vèr el mysterio, que tenia dentro. Apareciò, pues, en èl aquel Niño Divino despierto yà; y mirandolo el Señor con ojos benignisimos, con inefable amor, y caricia, le dijo: Bien estàs ahì, Hijo mio muy amado, bien estàs ahì mysteriosamente: mira por esse corazon, que te he encargado, regalale, fortificale de nuevo en mi nombre, y de toda la Trinidad. Aceptò aquel bendito Niño, y Señor nuestro la obediencia de su Eterno Padre, y prometiò hacerlo asi. Luego me pareciò se volvia á cerrar el corazon, y asi no le veia yà al Niño, que estaba dentro. Volvì otra vez à suspenderme unida al Señor Dios, y à perderme del todo en èl; y quando recordè de esta suspension, que creo durò mas largo tiempo que las passadas, que he dicho, me hallè en mi rincon, y sentì tenia yà el cora-

razon en su lugar; porque mientras durò la vision de mirarle en las manos de la Beatissima Trinidad, no sè cómo estaba, conociendo que el pobre cuerpo echaba menos, y sentia la falta de su corazon.

En mi rincon, pues, y vuelta del todo á mì, reconocia, y experimentaba en mi corazon las mercedes, y privilegios, que el Señor le havia comunicado de nuevo, con grande pasmo mio de vèr obras tan mysteriosamente misericordiosas; y reparaba particularmente en aquel modo de mostrarseme el Señor dormido. Dabame cuidado, y deciale al Señor en mi oracion ordinaria: Què es esto, Dios mio, y Señor mio? Que es esto? Què querràs significar con mostrarteme assi dormido? Passè con este cuidado, y sin entender el mysterio mas de una hora; pero como su Magestad por su infinita misericordia nunca en estas materias me deja à obscuras, passado esto, con suma benignidad, me dijo: Què tienes, alma? Què es lo que te fatiga? Mira, sabete, que quando un Señor muy rico de tesoros, ò un padre de familias tiene muy bien cercado su Palacio, y su casa muy bien fortalecida de murallas, guarnecida con muy buena guarda, este tal Señor no teme los ladrones, vive muy seguro, echase à dormir, y duerme à sueño suelto. Tambien el Capitan, quando tiene muy bien fortalecidos sus Puertos, sus murallas bien guarnecidas de Soldados, y aparato de guerra, duerme con quietud, y sossiego sus horas, porque no teme al enemigo, lo qual no hicieran, ni el rico, ni el Capitan, à hallarse desprevenidos, sin que estuvieran desvelados, y trasnochando, sin dormir sueño, hechos perpetuas atalayas, mirando à todas partes por librarse de ladrones, y enemigos. Assi es, alma, en su modo el mysterio que has visto: esta es su significacion, y con esto me havràs yà entendido. Consuelate, y no temas con demasìa, y confia en mì, que no te dejarè jamàs, como muchas veces te he dicho, aunque siempre tendràs algun temor, que es la señal que sabes, que te he dado, de que el camino de tu espiritu es verdadero, y seguro. Esto es en suma lo que passò, aunque tosquissimamente referido por mì. Quedè consoladissima oyendo estas ultimas palabras del Señor. Alabenle todas sus criaturas eternamente. Amen.

„El favor de haversele sacado, y renovado el corazon, à que alude el Señor „en el principio de esta vision, contiene „tambien otras materias, que tienen su lugar en otra parte, y assi le reservo entero para alli. Prosigamos ahora con nuestras saetas. Lo que aqui se dice, que le „causò dolor grande, y sentimiento à la „naturaleza, es tan cierto el ser assi en semejantes casos, como oculto el modo „por donde se excita este dolor, que à veces es tan grande, que enferma el cuerpo „con manifiesto peligro. No es de este lugar el disputar cómo esto sea: bastale por „agora al alma devota, que leyere esto, saber, que en dos ocasiones quedò Daniel enfermo tràs dos visiones que tuvo, „y que es mas peligrosa la enfermedad, y „langor, quando en los raptos se mezclan „afectos de amor ardiente, (de los quales „aqui tratamos) como se puede vèr en „los Sagrados Interpretes de los Cantares, „cap. 2. Veráse claro este peligro de la vida, „en lo que esta Virgen cuenta, que le passò en esta materia por el mes de Octubre del año de mil y seiscientos y veinte „y quatro, que es lo siguiente:

Haviendome dado nuestro Señor grandes deseos del bien, y salvacion de las almas, y en particular de la reduccion del Reyno de Inglaterra, y lo que falta por reducir en Francia, estandola pidiendo à su Magestad con grandes afectos, &c. el Miercoles dos de Octubre, ví delante de mì una Cruz, que tenia todos los brazos iguales, y era tan ancha como larga, y tenia en las puntas de los brazos otros madericos clavados, no à lo ancho, sino à lo largo. Apartè los ojos del alma, como otras veces suelo, de esta Cruz, rehusando el miratla, y divirtiendome de ella quanto podia, volviendome à la presencia de nuestro Señor; pero ella perseveraba siempre, hasta que el Jueves, à las dos de la mañana, su Magestad, con la blandura

que ſuele, me neceſsitò à que la miraſſe, ſin poder rehuſarlo. Mirèla, pues, y vì, que la Cruz era como de fuego, y acero; y que en medio de los quatro brazos eſtaba una punta, como ſaeta aguda, y detràs de la Cruz eſtaba Dios nueſtro Señor como eſcondido. Fuè ſu Mageſtad acercandoſe à mì con la Cruz, poniendome mas, y mas temor aquella ſaeta; y llegando adonde yo eſtaba, me enclavò aquella Cruz, hincandome la ſaeta por el pecho, haſta penetrar las eſpaldas, y diciendo: Heridotehe con la flecha de mi amor. Deſapareciò, dejandome clavada la Cruz, como he dicho. Luego el Santo Angel de mi guarda ſe llegò à mì con un ſemblante muy triſte, y compaſsivo, como quien moſtraba gran pena de lo que havia ſucedido. Tambien los mis Señores Angeles, que me aſsiſten aqui de ordinario, ſe movieron de ſus lugares, y andaban con una ſolicitud como ſi huviera ſucedido alguna coſa de gran cuidado. Llegaronſe todos à mì, y cubriendome con un pavellon, en un punto me llevaron al Cielo, y me poſtraron delante de la Beatiſsima Trinidad. Entonces el Santo Angel de mi guarda, pueſto de rodillas delante de aquella Mageſtad Soberana, con el miſmo ſemblante triſte, y como derramando lagrimas, dijo: Señor de la Mageſtad, y Dios Omnipotente, aqui os trahigo eſta criatura, de cuya vida yà no ſe puede tener eſperanza, pues la haveis llagado con vueſtra ſaeta de ſuerte, que no podrà vivir. Suplicoos Dios, y Señor nueſtro, por vueſtra bondad, y miſericordia, que pongais remedio en eſte caſo. A eſtas palabras del Angel reſpondiò el Eterno Padre con grande benignidad, diciendo, que aſsi ſe haria, y ſe pondria moderacion en el efecto de aquella ſaeta. Luego ſe volviò à Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, ſin decirle nada: el qual, como haviendo entendido la voluntad del Padre, ſe llegò à mì, y me arrancò la Cruz, y ſaeta del pecho, ſaliendo de la herida un borbollòn de ſangre, que parecia compueſta de fuego, y acero. Luego me puſo ſus ſagradas manos, una en el pecho, y otra en las eſpaldas, en las dos aberturas, que havia hecho la ſaeta, y levantando la que tenia en el pecho, vì, que del pecho del Eterno Padre ſalia un divino rayo reſplandeciente, con virtud de confortar, ſanar, y dár vida, el qual, dando en la abertura de mi pecho, penetrò haſta la de las eſpaldas, alentandome, confortandome, y dandome tal vigor, que me hallè con nuevas fuerzas, y convalecida de la flaqueza, que me havia cauſado la herida de la ſaeta. Paſſado eſto, dijo ſu Mageſtad à mis Señores los Angeles, que con ſuavidad me volvieſſen à mi rincon, y aſsi ſe hizo. Deſpues, en Noviembre ſiguiente, dia de San Andrès, me dijo el Señor, que aquella forma de Cruz quadrada con la ſaeta, era figura de las cinco llagas de Chriſto Señor nueſtro; deſpues de haverme hecho otra grande miſericordia en la forma ſiguiente, que agora dirè:

El dia de San Andrès, que dije, eſtando recogida con nueſtro Señor, me vino à la memoria la dificultad que tenia en eſcribir las coſas, que paſſaban por mi alma; y ſu Mageſtad, por ſu ſola miſericordia, me enſeñò, por faltar unas veces diſpoſicion para referillas á mi Confeſſor, y otra perſona conveniente à quien pueda dictarlas. Eſtando en eſte penſamiento, el mas pequeño de los Santos cinco Angeles, que eſtàn en mi apoſento, al lado derecho, me dijo: Hermana, ſi tú quieres, yo eſcribirè lo que ſe huviere de eſcribir. Yo eſtrañè mucho eſte ofrecimiento, y dije: No, Señor, por ningun caſo. Volviò à inſtar, diciendo, que alli tenia en que eſcribir; y en eſta porfia ſe paſsò algun rato, rehuſandolo yo con mayor fuerza, haſta que nueſtro Señor, como otras veces ſuele, con ſuave eficacia me neceſsitò à que vinieſſe en lo que el Santo Angel decia; y diciendole yo, que eſcribieſſe, le dictè una carta para ſu Mageſtad, que el miſmo Señor por palabras formales me dictaba à mí. Acabada la carta, que el Angel eſcribiò con letras de oro, y azul, me diò el papel para que le firmaſſe: rehuſabalo yo, eſtando como atonita; pero el Santo Angel me tomò la mano, y me hizo fir-

firmar. Las palabras formales de la carta, y el modo de firma, es puntualiſsimamente como la pongo aqui:

Es tan fuerte, y encendido el afecto de amor, que arde en mi alma, y abraſa mi corazon, deſpues que le heriſte con la punta fuerte, poderoſa, y eficáz del hierro, y y clavo de tu Cruz de quatro brazos, cruzadas ſus puntas, figura de tus cinco llagas, que muriendo, vivo, y viviendo, muero, y mi alma goza de Tì en unos divinos obſcuros, y eſtá en Tì en una perpetua union.

✠ *Eſclava de Jeſus, Marina.* ✠

Luegò doblò el Angel el papel; y haviendole dado à cada uno de los otros quatro Angeles, y tratado con ellos alguna coſa, la qual yo no entendì, ſe ſubiò à la preſencia del Señor, donde vì que ſe poſtrò delante de aquella Soberana Mageſtad, y beſando tres veces el papel, le puſo en ſus divinas manos. Tomòle la Mageſtad de Dios nueſtro Señor de mano del Angel, y haviendole leìdo, dijo: Eſclava de Jeſus ſe firma eſta alma, y Yo ſoy ſu Padre, y el Eſpiritu Santo ſu Eſpoſo. Y en diciendo eſto, ſe le entregò à la Sacratiſsima Perſona del Eſpiritu Santo, y en un modo eſpiritualiſsimo, y divino, en una materia muy ſutil, à modo de pergamino mas blanco que la nieve, porque era una coſa eſclarecidiſsima, que no hay en la tierra à que compararſe, eſtampò eſtas formales palabras, y tràs ellas la firma, que aqui vá.

Recibidohe, alma, tu carta, y heme alegrado con tus razones, afectos, y ſentimientos. Tus dolores ſe convertirán en gozos perpetuos, y tus divinos obſcuros en luz, y claridad eterna, y tu gozo, y union con tu Dios, en poſſeſsion del miſmo Dios, para ſiempre jamás.

EL QUE SOY.

Puſo luego en las manos del Angel aquella celeſtial materia en que eſtaba impreſſa eſta reſpueſta, el qual, poſtrandoſe, y beſando tres veces la carta, como lo havia hecho quando diò la mia, ſe partiò de la divina preſencia, y vino adonde yo eſtaba á darmela. Yo eſtaba cogida toda de una profunda, y reverencial admiracion de vèr eſtas grandezas, y afectos del amor divino: encogíme mas, y no me atrevì de ningun modo à tomar la reſpueſta, conociendome indigna de tocar coſa tan ſoberana; y aunque el Angel hacia inſtancia para que la recibieſſe, yo lo rehusè, y le pedì que la dieſſe al Santo Angel de mi guarda. Hizolo aſsi, y èl la tomò, y guardò. Sea ſu Mageſtad eternamente bendito por ſus miſericordias. Amen.

CAPITULO IX.

Proſiguеſe la miſma materia.

„Singulariſsimos ſon los favores recibidos, que por el mes de Octubre, „y Noviembre del año de mil y ſeiſcientos „y veinte y quatro recibiò eſta alma; pero „como nueſtro gran Dios, y Señor, amo„roſiſsimamente pródigo de ſus gracias, ſi „la criatura agradece las recibidas, y ſe „diſpone para otras nuevas, no pone taſ„ſa en comunicallas, no ceſsò en eſte miſ„mo genero de hacelle mayores miſericor„dias, como quien formaba en eſta Virgen „un ardiente bolcan de caridad, una celeſ„tial fragua de ſus divinos amores. Y aſsi, „à veinte y nueve de Diciembre de eſte miſ„mo año, la hiriò de nuevo por el mo„do, que ella cuenta en un papel del te„nor ſiguiente:

Pedia yo à nueſtro Señor, el Domingo veinte y nueve de éſte, entre tres, y quatro de la mañana, con anſia, y muy encendidos afectos, puſieſſe remedio en los males, que amenazaban las guerras, que ſe mueven entre Principes Chriſtianos; y llevada de eſte deſeo, con grande vehemencia, levantaba mi Alma la voz, llamandole à Dios, y decia: Ah, mi Señor! Ah, Señor mio! Su Mageſtad me reſpondiò: Qué quieres, alma, què pides? Eran eſtas anſias que entonces ſentia tan grandes, y tan encendidos los afectos de alcanzar eſta miſericordia de Dios, que me parece reventára el pecho en aquella ocaſion, ſi

si su Mageſtad no me reſpondiera. Reſpondiòme, pues, dos veces; pero en ninguna de ellas ſupe pedirle nada, porque me daba luego un modo de ſueño eſpiritual, con que me quedaba como deſcanſando de mi fatiga en el Señor. Haſta que à la tercera vez, llamandole, y reſpondiendome, qué queria, y moſtrandoſeme amoroſo, y benigno, yo, como ſi eſtuviera fuera de mì, le dije: (como tal vez en ſemejantes ocaſiones me acontece) Quiero, Señor, que me dès todo quanto hay. Significaba yo ſolo en eſtas palabras, aunque ſalian tan univerſales, el deſeo que tenia de que ninguna alma ſe perdieſſe, y que puſieſſe remedio en los males que de eſtas guerras ſe temen. El Señor con amoroſa gravedad me reſpondiò: Eſtà bien: y llevandome à sì, me quedè en él como adormecida. Bolvì deſpues en mí, y con los ojos del alma ví à Jeſu-Chriſto, Señor nueſtro, Crucificado, y difunto en una Cruz. Fuè extraordinaria la mocion que causò en mí eſta viſta, porque las veces que he viſto aſsi à ſu Mageſtad, ò en la Cruz, ò en el ſepulcro, queda mi alma atraveſada de dolor; y ſi eſte Señor no templaſſe la pena, y compaſsion que me cauſa, baſtaria ſin duda para acabarme la vida. Dijele, pues: Señor mio, eſte tiempo alegre de Paſquas es apropoſito para que te mueſtres aſsi? Y apartando la viſta interior de aquel eſpectaculo, me bolvì à mi oracion, pidiendo à Dios me dieſſe luz para conocer ſus verdades, y hacer en todo ſu ſantiſsima voluntad, que eſte era ſolo mi deſeo. Eſtuve algun tiempo en eſta peticion, con vehementes anſias, haſta que ſu Mageſtad me neceſsitò à bolver otra vez los ojos à Chriſto bien nueſtro crucificado.

Vì, pues, que las Sagradas Llagas de Manos, Coſtado, y Pies, eſtaban deſtilando ſangre, que causò en mi alma grande ternura, y compaſsion; y ví, que juntamente ſalian de ellas unos rayos como de oro, à la manera que ſe vèn en una luz encendida, quando la viſta corporal es flaca; y advertì, que aquellos rayos ſe quedaban en el eſpacio intermedio, ſin llegar à mì. Temí con eſta novedad, y tornè à ſuplicar à nueſtro Señor no permitieſſe fueſſe yo engañada. Luego los rayos de las manos, que eran como compueſtos de oro, ſangre, y luz, ſe fueron acercando à mí, y eſtando muy cerca, vì, que en medio de ellos havia una punta de acero aguda: hizo el natural ſu oficio, temiendo, y yo me eſtremecì toda: llegaron entrambas puntas de los rayos à herirme en mis palmas; y luego, retirandoſe rayos, y puntas, llegaron los rayos del Coſtado, y Pies, haciendo el miſmo efecto en mis pies, y coſtado; no en el derecho, adonde tiene Chriſto Señor nueſtro en el ſuyo la Llaga, ſino en el izquierdo mio. Luego como ſi me penetrára con los miſmos rayos, fuè mi eſpiritu por ellos, haſta entrar por la puerta del Coſtado de aquel Señor, adonde eſtrechamente quedè unida con Jeſu Chriſto bien nueſtro: aſsi unida me llevò ſu Mageſtad al Cielo, deſde cuyas puertas, antes de entrar, vì à la Beatiſsima Trinidad, que ſalia como à recibir à Jeſu Chriſto Señor nueſtro, el qual dijo eſtas palabras: Aqui la traygo unida conmigo: y entonces perdí la viſta de aquella figura de Chriſto Crucificado, y le vì en la forma ordinaria, que otras veces ſuelo. Alli me unieron conſigo las Tres Divinas Perſonas, y me dieron à conocer aquel altiſsimo Myſterio, viendo la diſtincion de las Perſonas, y la Unidad de aquella Divina naturaleza, y como ſiendo ellas tres, no es mas que un Dios. Ví luego mi alma en aquel sèr que otras veces, como entrañada en el miſmo Dios, aunque ahora en otro grado mas ſuperior: gocè à la medida de mi corta capacidad de aquel ſumo, y ſoberano bien, haſta que buelta en mí, me hallè en mi lugar. Sea el Señor por ſiempre bendito.

„Otros modos admirables con que el „Señor comunicò à eſta grande ſierva de „Dios ſus Llagas, aunque ocultas, quedan „en otro lugar referidos. Ahora ſolo tra„tamos de las amoroſas ſaetas, y puntas „como aceradas, con que el Señor traſ„paſsò aquel pecho, en quien fomentaba „nuevos, y nuevos incendios de amor, „que fueron en eſtos años que eſcribo

muy

„muy continuas. Dije lo que paſsò en eſte „genero el año de mil ſeiſcientos veinte y „quatro: luego del ſiguiente dice aſsi:

Diòme el Señor por ſu bondad una luz grande para conocer los enemigos que el alma tiene, y los eſtorvos para ſu aprovechamiento, y ſalvacion. Deſpertò con ella en mi corazon grandes afectos, y fervoroſos deſeos de vencerlos todos, y abrazarme con ſolo Dios, y buſcarle en todas coſas. Vì luego à la Sacratiſsima Perſona del Eſpiritu Santo, que con grandes mueſtras de amor me llamaba, y combidaba à que me fueſſe con ſu Mageſtad: fui ſin poder reſiſtir. De aí à un rato ſe llegò à mì un Santo Angel de ſingular modeſtia, el qual trahia en ſu mano un vaculo, como de Obiſpo, y me dijo: Toma, hermana, eſte vaculo, que la Soberana Perſona del Eſpiritu Santo te embia, para que con él, no ſolamente ſe aliente tu alma, ſino tambien tu naturaleza ſe esfuerce, y cobre aliento, y vigor, y poniendole en mis manos, ſe deſpidiò. Tenia el vaculo la virtud que el Angel dijo, y la experimentò bien mi alma, y la porcion natural, porque haviendo eſtado con las fuerzas caìdas, me hallè luego con mas aliento, y vigor. No ſabrè decir de qué materia era aquel vaculo, porque parece que eſtaba cubierto de roſas, y compueſto à una de precioſos metales, y confecciones oloroſas. Eſtando aſsi, fui llevada mas cerca delante de la Mageſtad del Señor, y no vì mas, que la Perſona Sagrada del Eſpiritu Santo, el qual me recibiò con grandes caricias, y mueſtras de amor; y me mandò, que le ofrecieſſe alguna coſa. Yo le ofrecì el vaculo que ſu Mageſtad me havia dado, y tenia en mis manos: recibiòle con grande guſto, y al modo humano le llegaba à ſu roſtro, y le olia. Luego vì à la Soberana Perſona del Verbo Eterno, que tambien me hablò con las miſmas mueſtras de amor, y me dijo le dieſſe tambien alguna coſa. Señor mio, reſpondì yo, no tengo coſa ninguna, que ſoy muy pobre, que à tener algo, de muy buena gana te lo ofreciera todo. Reſpondiòme benigno: Pues à mí no me has de dár nada, que me hice Hombre por tì, y ſiendolo, dì mi Sangre, y Vida por tu reſcate? Yo eſtaba confuſa, y reſpondì lo que antes. Ahora mete la mano, replicò el Señor, en tu ſeno, que algo hallaràs que darme. Metìla, y ſaquè una como media luna, ò diadema de oro: ofrecìla al Señor, el qual la recibiò con grandes mueſtras de guſto. Tràs eſto ſe me manifeſtò la Santiſsima Perſona del Padre, con quien paſsè los miſmos lances que con el Verbo Divino. Decia eſte gran Señor, que le dieſſe algo, pues él me havia dado ſu Hijo para que ſe hicieſſe Hombre por mi bien: mandòme meter la mano en el miſmo ſeno, adonde hallè una volita de oro, que le ofrecì, que aunque pequeña, tenia en sì dibujado todo el mundo, y quanto hay en él.

A eſte punto ſalieron de las Tres Divinas Perſonas unos rayos, à modo de flechas, que me penetraron el alma; y dijo el Señor: Heridotehe con mis ſaetas fuertes, poderoſas, y eficaces. Quedè con un deliquio, y con las fuerzas de la naturaleza quebrantadas, y aſsi me caí ſobre los brazos de eſtos mis Señores Angeles, que conmigo eſtaban en un ſueño eſpiritual, que tantas veces he dicho como es. Quando bolví de él, me hallè en mi rincon, donde ſe me diò à entender, que el vaculo, y adorno de él, ſignificaba la gracia del Eſpiritu Santo, y ſus dones, con que previene, y dà fuerza, y virtud al alma. La diadema, la Humanidad de Chriſto Señor nueſtro, y ſus merecimientos, y los frutos que de ellos nos redundan. La vola de oro, ò mundo abreviado, el sèr de Dios, que llena todas las coſas, y ſus Divinos Atributos, con que las gobierna, dandome tambien á conocer lo que en cada ofrecimiento de eſtos havia yo hecho por ſu Mageſtad, particularmente el afecto qne tuve de darle todo el mundo, ſi fuera mio. A quien ſuplico haya yo acertado, y acierte yo à ſervirle: y ſea bendito para ſiempre. Amen.

„Mas violenta fuè la flecha de amor „con que la hiriò el miſmo Señor à diez „y nueve de Enero del año de mil ſeiſcien„tos veinte y ſiete. Cuentalo ella por eſtas „palabras.

El

El Martes diez y nueve de éste, estando con ardientes deseos de agradar à nuestro Señor, y llamandole de lo intimo de mi corazon, ví la Beatissima Trinidad, de la qual salian grandissimos resplandores: de entre los quales saliò una saeta encendida, en cuya punta se descubria un color como de acero: venia derechamente flechada à mi corazon, y entrando por el pecho, me le atravesò hasta la espalda, con un dolor, y sentimiento tan grande, que se inmutò notablemente la misma naturaleza. Estuve con él todo aquel dia, y el siguiente, con grande tormento, estendiendose unos como rayos por todo el pecho, espaldas, y los brazos, que me causaban grande pena, hasta que lo noche del dia siguiente, que lo era de San Sebastian, ví la Magestad de Jesu-Christo, Señor nuestro, el qual, hablando con unos Santos Angeles, que le assistian, les dijo, que pusiessen blandamente sus manos debajo de mi cabeza, para que descansasse en ellas; y luego no sè cómo (porque no ví yo, que los Santos Angeles llegassen à mí) me hallè vestida, y delante de aquel Señor, que estaba apartado un buen espacio del lugar adonde yo havia estado. Alli me postrè delante de su acatamiento, y le adorè, y luego me caí como amortecida, al modo que se padece en un deliquio; y los Santos Angeles me pusieron las manos debajo de la cabeza. En ellas estuve descansando un poco, hasta que la Magestad de Jesu-Christo, Señor nuestro, levantandose de su assiento, me arrancò la saeta que tenia atravesada en el pecho; y tocandome en la cabeza, me dejò con aliento, y con fuerzas, quitada la agudeza del dolor que padecia, aunque quedaron algunas reliquias de él en las manos, y otras partes del cuerpo. Assi me quedè suspensa un rato, hasta que buelta en mí se havia acabado el mysterio. Sea el Señor eternamente bendito.

„Tambien en las enfermedades meramente corporales, como leemos en el „Evangelio, solia el Señor alguna vez dàr „salud, como poco à poco, no por falta „de omnipotencia, pues es Hombre Dios, „sino porque se conociesse mas claro el „beneficio, en el espacio que se dilataba la „cura del todo, ò por otros mysterios. „Entrambas razones son mas urgentes en „la cura de los mysticos de que aqui tratamos; y assi no es maravilla que el Medico Divino dexasse à esta Virgen con algunas reliquias del dolor passado.

„Es de advertir, que algunas veces estas divinas saetas mezclan, con el dolor „que causan, tan grande suavidad, que „siente el alma pena en verse libre de aquel „dulcissimo dolor, y de aquella dulzura „que le lastima. Hay de esto algunos exemplos en los libros mysticos; y de este genero es la que ahora veremos en el Capitulo siguiente.

CAPITULO XII.

Otros casos maravillosos del mismo genero.

„ESte mismo año, à veinte de Abril, la „hiriò el Señor otra vez: fuè la saeta mucho mas mysteriosa, y el caso de „circunstancias mas singulas. Refierelo ella „por estas palabras:

Algo alentada de los graves dolores que he padecido estos dias, estaba esta mañana con nuestro Señor, el qual me dijo: Vèn, alma, conmigo, y descansaràs. Oì luego un gran ruido en el Cielo, y ví bajar de él gran numero de Angeles del Señor, en dos hileras, muy galanes, de fiesta. A la postre venia uno como carro triunfal, rodeado de muchos Angeles: venia en él una persona de pocos años, que no conocì, muy gloriosa: estaba el carro distante de mì mas de ducientos passos: bajaban los Angeles del Cielo à la tierra por unas gradas, y de alli formaban una larga Procession, hasta mi rincon. En llegando los primeros adonde yo estaba, fueron muy bien recibidos del Angel de mi guarda, y de los demàs sus compañeros, que por la divina misericordia assisten en mi aposento. Llegòse entonces à mì el Angel de mi guarda, y los demàs compañeros, y me dijeron: Hermana, el Señor manda que te llevemos à la Celestial Patria en aquel car-

carro: vèn con noſotros. Y aunque yo con mis temores ordinarios lo rehuſaba, me llevaron por medio de aquellas dos ſagradas hileras de los Angeles, y me ſubieron en el carro.

Alli conocì la perſona, que dije venía en èl, ſer el alma de un hermano mio, que muriò de doce años con grande opinion de virtud; porque deſpues de ſaludarme, dijo: Hermana, no me conoces? Sabe, que ſoy hermano tuyo, y he tenido gran deſeo de verte, y conocerte, y ſaber las grandes mercedes, que el Señor te ha hecho, y vèr la gloria, que aun en eſta vida mortal gozas algunas veces, y el Señor me lo ha concedido: agora vengo por tì, para acompañarte en eſta jornada de hoy. Holguème mucho de verle tan glorioſo. Fuimos llevados haſta la puerta del Cielo con aquel acompañamiento de Angeles, que ſubian por las miſmas gradas que havian bajado. En llegando, me apearon del carro, y me preſentaron delante de la Beatiſsima Trinidad. Luego oì alli miſmo otro ruido, como terremoto, y de granizo, y lluvias celeſtiales: caìan piedras precioſiſsimas: Yo me alterè un poco, como medroſa, y los Santos Angeles parecia ſe reìan de mis temores. Caìan tambien rayos de fuego divino, que abraſaban aquellos Sagrados Eſpiritus. Recibiòme el Señor con grande caricia, y amor, moſtrandome coſas grandioſas de ſu Divino Sèr, y atributos, que no hay lengua, que pueda explicarlas, ni entendimiento, que ſin aquella luz pueda raſtrearlas. Eſtando gozando de eſtos bienes, oì otro mayor eſtruendo de truenos, y relampagos; y de en medio de ellos, y de los reſplandores de aquel divino roſtro de nueſtro grande Dios, ſaliò un rayo de fuego, y luz, à modo de una ſaeta de oro, que hiriendome el pecho, traſpaſsò el corazon, rompiendo haſta las eſpaldas, y me abrasò toda, como ſi me penetrára el miſmo Dios, que parece venìa disfrazado en ella. Caìme en el ſuelo de aquel Cielo, como amortecida con el dolor, y ſentimiento grande, que padeciò la miſma naturaleza; pero comunicando entretanto ſu Mageſtad á mi alma grandes noticias de sí miſmo. Y es de advertir, que aunque nueſtro Señor me hace muchas veces eſtas miſericordias, ſiempre hay alguna diferencia, y novedad en el modo de eſtas viſtas; porque ſiempre ſe enſeña mas al alma, y parece que ella lo percibe con mayor claridad, y mas perfecta noticia.

Deſeaban los Angeles deſpertarme de aquel ſueño ſecreto, pareciendoles me havia de morir alli; pero el Señor les dijo: No la deſperteis, dejadla gozar un poco mas de los bienes eternos, que agora poſſee. Señor, reſpondieron ellos, tememos que no ſe acabe, y ſe quede aqui. Dejadla con todo eſſo, replicò el Señor. De ahì à un rato, que no sè quánto fuè, les dijo el Señor: Agora deſpertadla, y llevadla à ſu rincon. Ellos ſe encogieron, diciendo: Señor, moriráſe. Entonces ſe llegò à mì Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, y me ſacò aquella ſaeta, con la qual, aunque ſe ſiente un genero de dolor, y no pequeño, es con todo eſſo de tal caſta, que ſe ſiente el carecer de èl; y aſsi, dando amoroſas quejas al Señor, le dije: Mi Señor, por què me quitas el bien que me has dado? Su Mageſtad reſpondiò: No, alma, no te le quito, ſino que aſsi como el Cirujano, deſpues de haver aplicado los unguentos medicinales, y paños, ſe los quita à ſu tiempo, quando yà han obrado, quedando en la mejoría, y ſalud de la llaga el efecto de ellos; aſsi queda en tu alma yà el buen efecto de eſta ſaeta. Su Mageſtad, que lo conoce todo, y ſabe quál fuè el efecto ſaludable, que alli ſe me comunicò. Lo que yo puedo decir, es, que la miſma naturaleza ſintiò trabajo, y que no fuè pequeño el de los dolores, que deſpues tuve los dias ſiguientes. Sea eſte Señor por toda la eternidad bendito. Amen.

„Otra manera de rayos uſa el Señor pa„ra aumentar el amor de las almas, à „quien levanta à tan ſoberano eſtado, que „aunque no hieran, à modo de flechas; pe„ro encienden, y abraſan de ſuerte al al„ma, que aun el miſmo cuerpo queda en„tre los dolores como aſturado, y que „parece le falta poco para reſolverſe en ce„niza. Tales eran los que experimentò eſta

„dichosa Virgen el año de seiscientos, y „veinte y ocho, de quienes dice asi:

Mandòme el Señor, que para descansar de lo mucho que havia padecido, me fuesse con él à la Celestial Patria: alli me hallè en presencia de uno como Divino Sol clarissimo, que despedia de sì bellissimos rayos de resplandor, de tal casta, que abrasaban, y deleytaban á todos los en quien daban. Parecia que tenia este Divino Sol un rostro, que miraba á todas partes; y que siendo uno solo, se hallaban en èl todas las cosas juntas. Comencè à temer, y como á quererme apartar, y esconder, por no poder mi pobre naturaleza sufrir la vehemente fuerza de tan divinos rayos. Estando con estos temores, me dijo un Santo Angel: Vèn acà, hermana, que yo te pondrè en parte donde puedas vèr este Soberano Sol mas à tu proposito; y aunque es verdad que me mudè de sitio, los rayos no mudaron de condicion. Hiriòme con ellos aquel Divino Sol, y poco à poco, llevandome à sì, me uniò consigo, como quien me incorporaba en sì. Quedè encendida, de suerte, que lo sentia la misma naturaleza. Estuvo el alma buen rato gozando de tan grande bien; pero es cierto, que me quedò el cuerpo, no solo dolorido, sino como asturado, y quemado.

Al otro dia, estando en mi oracion muy fatigada, y con grandes dolores, me dijo un Santo Angel imperiosamente: Vente, hermana, conmigo; y sin aguardar mas, ni mi consentimiento, me tomò por el brazo, y me llevò al Cielo por medio de unas nieblas, aunque apacibles. Alli ví, que la Magestad de Dios nuestro Señor echaba de sì unos resplandores de luz, y fuego divino, fuerte, abrasador, y con todo suave, que daba en los Bienaventurados, y los llenaba de todos los bienes en suma abundancia, y deleyte: de suerte, que no les faltaba nada; y aunque siempre gozaban de ellos, no les causaban hastio, ni cansancio, antes parecia, que en cada punto comenzaban à gozar. De quando en quando, salian de aquel mismo Señor unas llamas divinas, que tocandolos à ellos, los transformaba en aquel Dios. Viendo esto, comencè à temer no diessen en mì aquellos divinos rayos, y me abrasassen como el dia antes, y decia: Ay, Señor Angel, adónde me has trahido? Creciò mas el temor, y clamè: Què es esto, Señor Angel? El me respondiò: Ea, alma, calla, no temas, no temas. Estando asi, saliò del Señor un fuego fuerte, que invistiendome, al punto me uniò con aquel gran Dios estrechamente, toda transformada en èl, y quedandome, y estando alli aun agora, me hallo juntamente en mi rincon. Sea el Señor eternamente bendito por sus maravillas.

„Quiere decir, que quando la porcion „superior del alma, unida con su Dios en „aquella altissima contemplacion, de que „gozaba con un modo de representacion „de que se està en el Cielo, acá en la tier„ra la porcion inferior trata sin embarazo „las cosas que se ofrecen, como si toda „el alma estuviera desocupada de aquel „bien, que naturalmente havia de suspen„della. Este grado es de los mas supremos, „á que en esta vida llegò el espiritu, de „que se ha dicho yà en otras partes. Con„cluyo la materia de estos amorosos ra„yos, y saetas con otro sucesso, que cuen„ta del mismo año de seiscientos y veinte „y ocho, à veinte y quatro de Julio, don„de tambien se verá, què es lo que qui„so decir en el papel de arriba, quando „dice, que el Santo Angel imperiosamen„te, sin aguardar su consentimiento, la lle„vò al Cielo. Escribelo ella por el tenor si„guiente:

El Lunes por la mañana, à veinte y quatro de este, estando en la presencia de nuestro Señor, en el modo ordinario de mi oracion, me hablò su Magestad, diciendo: Vèn, alma, vente apriessa conmigo; y diòmela tan grande, que no estuvo en mi mano hacer la resistencia, que de ordinario hago à estas misericordias de Dios, con el conocimiento que tengo de mi indignidad, y la inclinacion al camino ordinario, llano, y seguro del ejercicio de la oracion, y virtudes. Fui, pues, de presto llevada à la Celestial Jerusalén, y puesta delante de la Magestad de

de Dios nuestro Señor, el qual me mandò sentar en un asiento aparte, de que en otros papeles he hecho mencion. Alli me quedè en aquel genero de contemplacion, que suelo llamar tantas veces sueño espiritual, por la quietud, dulzura, y reposo en que està entonces el alma, quedando suspensa, y como absorta en el Señor, que le dà à conocer con mucha hondura, y suavidad las perfecciones de su Divino Sèr. Gocè de este regalado sueño algun tiempo, despues del qual, volviendo en mì, como el Señor entonces lo dispuso, (que aunque se conoce bien, y se siente que la sacan de aquel sosiego al alma, para entender por otra manera, y con representacion de figuras, con todo esso, apenas se puede explicar, ni por mayor, què sea esto de estàr en el mismo arrobo, yà como dormida, yà como despierta) reparé en que de mi rostro, y pecho salian unos rayos grandes de luz, los quales, hiriendo en el pecho de aquel gran Dios, y Señor, que con grande magestad estaba sentado en su Real Trono, formaban en èl un globo de luz como un Sol; y haviendole formado, le dejaban como esculpido alli, yendose recogiendo los rayos, que de mì salian, hasta acabarse.

Luego vì, que muchos de aquellos Santos Angeles se postraron delante de aquel Divino Trono, adorando al Señor, y con sus alas (porque los vì al modo que acá se pintan) cubrian su rostro, como venerando sus juicios, y reconociendo no alcanzar la grandeza de sus mysteriosos secretos. Luego se levantò aquel Señor, y al modo humano diò algunos passos con aquel globo de luz en el pecho, como quien hacia obstentacion delante de los Angeles, que estaban presentes. Despues de esto, volviendose à sentar, y apartandose el globo, comenzò éste à echar de sì centellas; y parte se resolviò en ellas, parte se subiò à unas alturas inmensas, donde quedò como sumido en el sèr, y grandeza de Dios. Estaba yo mirando estas cosas desde aquel asiento donde me havian puesto al principio; y aunque no sabrè decir en què forma estaba alli, porque en tales ocasiones, sin particular dispensacion de Dios, no es poderosa el alma para conocer con libre reflexion todas las circunstancias; pero pareciame, que toda yo estaba alli, y como si mi alma fuera otra de la que me estaba dando vida, y de la con que estaba entendiendo lo que el Señor me mostraba: asi me parecia, que aquel globo de luz era mi alma, y no dudo sino que era representacion de ella, y que su parte superior es la que se quedò en Dios, haciendome su Magestad misericordia de darme à entender por alli, que la tenia consigo, respondiendo en este modo al deseo de hacer en todo, y por todo la voluntad de Dios, y acertar con sus verdades; porque me parece que este es mi unico deseo, y que no tengo otro en esta vida.

Y para assegurarme mas, por ser èl tan bueno, y misericordioso, despues de haver vuelto en mì, y quedado con aquellas ansias mismas, de ser toda de Dios, y acertar à servirle, y darle gusto en todo, embiò un rayo de luz, à modo de saeta, como un geme de largo, con que me atravesò el corazon, como quien confirmaba la possessión, que de èl tiene su Magestad. Y fuè con tanta fuerza, que la misma naturaleza hizo sentimiento con algun dolor en aquella parte. Volvime yo en esta ocasion al Señor, como deseosa de que no me tratasse asi, por estár siempre inclinada à servirle por el camino llano del ejercicio de las virtudes, y preguntèle: Señor, por què me tratas asi, y obras en una criatura tan vil cosas tan extraordinarias? Respondiò su Magestad: Porque quiero, y porque à mì no se me ha de preguntar otra razon. Pero porque pide mas tu deseo, digote, que lo hago, porque siempre te he hallado rendida à mi voluntad, sin hacerme resistencia en lo que he querido de ti. Con harta confusion digo esto. Sirvase el Señor, que yo haga siempre su voluntad, y sea bendito para siempre. Amen.

„Lo que dice esta admirable Esposa de „Christo, de quán inexplicable cosa es „el cómo en este genero de raptos des„piertan al alma de aquel sueño espiri„tual,

„tual, adonde son las noticias meramen„te intelectuales, y mas nobles, para que „como despierta, conozca por figuras en „què tiene su parte la imaginacion; es „comun sentir de los Padres, que aun„que por otras palabras tratan esta ma„teria, debe de ser la causa, porque no „passa alli lo que en su manera passa acá „quando naturalmente dormimos, como al„guno pudiera pensar, que como acà en un „sueño quieto, y suave, donde no bulle pen„samiento, ni cuidado alguno, se mue„ven à veces varias imaginaciones, y fi„guras bien ordenadas, que llamamos sue„ños: asi en aquel sueño espiritual, y „quieta serenidad del alma, representa Dios „por figuras algunos mysterios de suerte, „que en su modo se pueda decir, que du„rante aquel mystico sueño, sueña tam„bien el alma mysticamente. Pero real„mente no parece la comparacion acomo„dada; porque acà verdaderamente se duer„me mientras se sueña: acullà cessa el sue„ño espiritual, y aquella casta de gozo „sossegado; y parece que despierta el alma „de èl, para atender à las figuras, que „Dios le muestra; y aunque tal vez, jun„to con estas figuras imaginarias, se dàn „juntamente noticias intelectuales, que „excitan grande gozo en la voluntad; pe„ro este modo de oracion, y con esta „junta, no es lo que los Santos llaman pro„priamente sueño espiritual, de quien aqui „habla la Sierva de Dios.

CAPITULO XIII.

Revelale el Señor por varios modos, que estaba confirmada en gracia.

„TAnta fineza de amor como esta „bendita alma tuvo sirviendo à su „Señor, bien mostraba, que no era su „gracia, y santidad al quitar; pero por„que aun algunas almas justas, que se vieron „en estado de semejantes favores, por sus „culpas, y altisimo juicio del Señor, que „las permitiò, ò perdieron para siempre „la gracia, viendose ultimamente conde„nadas, ò por lo menos tal vez con ofen„sa grave, por algun tiempo se vieron des„pojadas de ella, quiso misericordiosisi„mo el Señor assegurar à esta Esposa su„ya (de quien sabìa no temia nada las pe„nas de mil infiernos por toda la eterni„dad, en comparacion de verse un solo „instante apartada de su Magestad) con „revelarle la tenia confirmada en su gra„cia, para que nunca gravemente le ofen„diesse. Hizole el Señor este favor por „varios modos. El primero fuè por un vi„llete, que à doce de Diciembre de seis„cientos y veinte y quatro le embiò: re„fierelo ella por estas palabras:

Estos dias muy de ordinario me visita el Santo Padre Luis de la Puente, y me dice, y enseña muchas cosas del Señor de grande consuelo. Y el dia doce de Diciembre le vì cabe mì: trahia en las manos un papel, comenzòle à leer en mi presencia, como solia hacer quando era vivo. En leyendole, lo entregò à uno de mis Señores Angeles para que me le entregasse. Recibiòle el Santo Angel con mucha reverencia, besandole. Dabamele; pero yo no me atrevì à recibirle por el respeto al Santo Padre Luis, y pedíle, que lo diesse en mi nombre al Santo Angel de mi guarda. No sabía yo lo que contenia el papel: solo notè, que asi el Santo Padre, como los Angeles, se holgaron mucho de verle; y muy en particular se holgò, y alegrò el Santo Angel de mi guarda, dando à entender, que entonces havia entendido lo que el papel contenia. Luego el Santo Padre Luis, me dijo: Alma, no te estreches, ni rehuses tratar con nosotros los Bienaventurados; pues sabes has de ser uno de ellos, y gozar eternamente de lo que gozamos: ni seas temerosa, pues no tienes de qué temer, y tus Confessores te aprueban los favores, que del Señor recibes. Bien hiciste agora en no recibir el papel, y darle al Santo Angel, que te le guarde. Yo te assistirè, enseñandote, alumbrandote, y encaminandote en todas tus acciones. Sola una cosa no podrè hacer, que es absolverte en el Sacramento de la Penitencia, porque esso està reservado à los vivos. Pare-

rece que deſeas ſaber lo que contiene aquel papel: Yà ſabes, que por dos veces te ha hecho merced el Señor de decirte en diverſas ocaſiones, como por ſu bondad eſtàs confirmada en gracia; pues agora, por eſte papel ha querido el Señor, que lo ſepa, y ſe le revele à tu Santo Angel de la guarda, y á mì tambien de nuevo.

En acabando el Santo Padre el razonamiento, en el qual me dijo otras muchas coſas, ſe llegò à mì el Santo Angel de mi guarda muy alegre, y regocijado de vèr el favor, que ſu Mageſtad me havia hecho, y dijo: Alma, grande es el favor, y merced, que te hizo el Señor, muy extraordinaria, y à pocos Santos concedida: es neceſſario, que les dès las gracias, y hagas dos coſas en agradecimiento, que le ames mas, y eſperes mas en ſu Mageſtad. Eſtas, y otras coſas me decia el Santo Angel; pero yo me divertia algo; porque ſe me iba la memoria à lo que poco antes me havia dicho el Santo Padre Luis, y el Santo Angel callaba, y me eſperaba. Luego yo volvia à oìrle, y en oyendo un poco, volvian las memorias paſſadas à divertirme. Eſtaba yo bien apeſſarada de eſta falta, y roguè mucho al Santo Angel la caſtigaſſe. Diſsimulaba èl; pero importunaba yo mas, que no dejaſſe ſin caſtigo eſta culpa, porque eſtaba corrida de havella cometido. Vencido èl de mis ruegos, me diò tres golpes en las eſpaldas, en preſencia de los otros Santos Anles. Pareciòme, que eſtos mis Señores Angeles ſintieron me huvieſſe caſtigado aſsi. Entonces, el Santo Angel de mi guarda, como ſi ſe encogiera, dijo: Ella lo quiſo, y me importunò. Sea el Señor bendito por ſus miſericordias. Amen.

„Parece que ſe colige de aqui, que el „Señor dejò en el arbitrio del Santo An„gel de la guarda el caſtigo, ò el perdon „de aquella faltilla tan ligera, y caſi na„tural. Eſte, llevado del ruego de la Vir„gen, y del afecto de ſu mayor aprove„chamiento, la caſtigò. Los otros, lleva„dos del afecto de piedad, quiſieran mas „la perdonaſſe. Y no es nuevo (como ſa„bemos de las Divinas Letras) que en „ſuma conformidad de voluntades, tengan „en algun negocio eſtos Sagrados Eſpiritus „diverſidad de juicios. En lo demàs del pa„pel ſe ha de advertir, que como fuè ſin„gulariſsimo el favor, que el Señor hizo „à eſta alma, no ſolo confirmandola en ſu „gracia, ſino tambien revelandole que lo „eſtaba; aſsi ſe infiere, que era tambien „rariſsima la perfeccion, y conſtancia en „el bien, que ſu Mageſtad reconocia en la „miſma, de quien eſtaba conociendo, que „por mas que eſtuvieſſe certificada, no „caerìa gravemente, no aflojaria un pun„to en el temor ſanto, recato, y cuida„do de no ponerſe à peligro de la me„nor falta, que pudieſſe deſagradar los „divinos ojos. Pruebaſe eſto con lo que „la paſsò el año de ſeiſcientos y veinte y „ocho; y ella eſcribe brevemente de eſta „manera:

Movieronſe en mi corazon grandes afectos de acertar à dàr guſto à Dios, y juntamente un temor de que me podian quitar à eſte gran Señor, y hacerme caer en alguna falta, que le deſagradaſſe. Comenzò con eſto mi alma à dàr voces, diciendo à ſu Mageſtad: Señor mio, ladrones: mi Dios, ladrones, que me quieren robar. Acudiò el Santo Angel de mi guarda, diciendome: Què tienes, alma? Què quieres? Señor Angel, reſpondì yo, ladrones, ladrones. Entonces èl, poniendome la mano ſobre la cabeza, y luego ſobre el hombro, me dijo: No temas, alma, no tengas pena, dentro de tu corazon tienes al Señor, y tù eſtàs dentro de ſu Mageſtad: alli no entran ladrones, ni el Señor te dejarà. Gracias à tan buen Dios, que ſea bendito. Amen.

„Aunque el alma quede cierta de que „la revelacion que tuvo de eſtàr confir„mada en gracia fuè verdadera, tal vez „ſe eſconde eſta luz, y el alma entre „afectos de amor embuelve tambien los „de un temor caſtiſsimo, y èſtos no deſ„acreditan la revelacion paſſada, ſino an„tes enſeñan el recato con que en eſta vi„da mortal ſe debe vivir. Y podemos creer, „que entre los motivos que la divina mi„ſericordia tiene para confirmar un alma

„en

„en este bien, es preveer los temores santos con que de quando en quando ha de „prevenirla. El año de seiscientos y veinte „y cinco le volviò el Señor à revelar de „nuevo la merced, que en ésto la havia „hecho. Refierelo ella entre otras cosas „por el tenor siguiente, (haviendo referido la vehemencia de afectos con que „se abrasaba de acertar en todo con el divino beneplacito) admirada, que es mas, „de que al mismo tiempo pudiesse estàr „segura, y temerosa.

Hablòme el Señor con mucha benignidad, diciendo: Qué es lo que tienes, alma? Què es lo que quieres? Señor mio, respondì yo, estoy llena de soberbia, de muchos pecados. Añadì en esta conformidad muchos males, que sentia haver en mì, y concluì diciendo: Estas culpas tengo, y otras muchas, que tù, Señor, conoces. El Señor, por su bondad, me respondiò: No conozco tal, y si las tuvieras, no podia dejar de verlas Yo. No las vès, repliquè yo, mi Dios, porque con tu caridad, y misericordia cubres las culpas de aquellos, que desean servirte. Bien dices, respondiò el Señor; pero no las cubro de suerte, que las deje en el alma, sino limpiandola de ellas, y dissimulando el castigo, que por ellas merecia; y para que veas, que en la tuya no las hay, vuelve acà los ojos, y veràs el estado de tu alma. Mirè, y vì la parte superior de ella metida, y entrañada en Dios, como otras veces la he visto; y dije entonces: Bien està, Señor; pero con todo estoy en estado mortal, en que puedo pecar, y ofenderte. Verdad es, dijo el Señor, que quanto es de tu parte pecar pudieras; pero en efecto no pecaràs, porque yo te tengo por todas partes defendida, y confirmada en mi amistad, y gracia.

Yo quedè con estas palabras por una parte muy consolada; pero por otra con los mismos temores, que siempre tengo; porque aunque yo no sabrè decir cómo es esto; pero vèo, que Dios nuestro Señor, con alta sabidurìa, y con tan soberana destreza, como suya, compone estas dos cosas, de darle al alma luz, y certidumbre de que es su Magestad el que la habla, y que son suyas palabras de tanto consuelo, con dejarla en sus mismos temores, y recelos, que ella misma, aunque no sabe explicarlo, experimenta claramente en sì lo uno, y lo otro.

El Lunes siguiente, nueve de Diciembre, despues de haver comulgado, volviò el Señor à decirme lo mismo que queda dicho arriba, confirmando por su misericordia el tenerme tan defendida, y tan de su mano, que no le ofenda. Yo le dije: Cierto, mi Señor, que no sè cómo componer estas dos cosas, mi ruin vida con tan grandes mercedes, y misericordias vuestras. Respondiòme el Señor: Quál es el fondo de tu alma? (bien entendì à su Magestad, que hablaba de los deseos, que por su bondad me dà de hacer en todo, y por todo su santissima voluntad) y añadiò: Què es lo mejor, y mas necessario del arbol? Claro es que la raìz, y lo mas provechoso el fruto; y como el arbol tiene hojas, assi tambien hay en el alma algunos defectos naturales, que no hacen daño à la raìz, ni quitan el sabor, ni el provecho del fruto. Sea este Señor bendito para siempre.

„Notese quán altamente aprobò Dios „nuestro Señor el modo de hablar de la Es„critura, quando usando de nuestro lengua„ge ordinario, dice, que el Señor cubre, y „dissimula los pecados de sus amigos; y por „otra parte, quán conforme à las dificiciones de sus Vicarios los Pontifices Romanos, y á la verdad, que contra los impíos „hereges tiene su Iglesia: enseña como aquello se ha de entender, que es dissimulando „tal vez la pena, y limpiando siempre al alma de las culpas con la gracia inherente que le infunde. Pero volviendo al beneficio de que el Señor la hizo, de que èl no „le faltaria jamàs, sin que todavia perdiesse ella aquel santo temor, es bien mysterioso lo que le sucediò por Julio de seiscientos y veinte y nueve, que ella escribe assi:

Apretabanme mucho mis dolores, y penalidades ordinarias; y estando bien fatigada, me dijo el Señor: Fatigada estàs, alma, vèn conmigo, y descansaràs. Llevòme

me su Mageſtad à la Celeſtial Jeruſalèn, y dijo: Deſcanſa aqui, eſta es tu Patria, tu deſcanſo, y tu morada perpetua. Eſtuve allí gozando à mi modo de aquellos eternos bienes. Eſto es mas antiguo. Ahora el otro dia ví al Señor acompañado de muchos Angeles, y dijele: Señor mio, mucho deſeo acertar eſtos caminos por donde me llevas, y no puedo dexar de importunarte ſiempre, que me dès tu luz para no errar. Entonces ſu Mageſtad llamò à uno de aquellos Señores Angeles, que parecia de los mayores, y mas graves, y dandole una llave de oro, le dijo: Toma éſta, y daſela à eſſa criatura. Tomòla el Santo Angel, y llegandoſe à mì, acompañado de otros muchos, me dijo: Toma, alma, eſta llave de los teſoros del Señor, con la qual podràs abrir, y ſacar eſſa luz que deſeas, que yà que te la ha dado, quiere que á tu voluntad entres por ella, como ſi no la tuvieras. Decia eſto con mueſtras de grande reverencia, por la que debia al Señor, cuyo mandamiento hacia; y llegando con la llave à mi pecho, me la gravò, y entrañò en él, y deſpidiendoſe, ſe bolvia. Yo, aunque eſtaba bien turbada, le dije: Señor Angel, aguarde, no ſe vaya; digame: Con eſto acertarè, y no padecerè engaño en eſtos caminos? Reſpondiò el Santo Angel lo que otras veces ſe me ha dicho: Tèn por ſeñal de tu acierto, que eſte temor ſanto de Dios no te faltarà: no te dexarà ſu Mageſtad faltar, porque te tiene eſcrita en el libro de la vida: y diciendo eſto, ſe fuè, y no vì mas por enconces al Señor que me havia hablado, ni aquellos Santos Angeles que le aſsiſtian. Quedò mi alma bien conſolada. Sea ſu Mageſtad bendito. Amen.

„Con ſer tan maravilloſos los favores „dichos, aun lo parece mas otro, que recibiò en la miſma materia; à lo menos „mueſtra mas tiernamente las ſuaviſsimas „entrañas de Chriſto Señor nueſtro: fuè „por el fin del año de ſeiſcientos y treinta, „ò poco mas. Refierelo la Santa Virgen „aſsi:

Moviò el Señor en mi alma un afecto vehementiſsimo, compueſto de otros muchos. Abraſada, y encendida con él, decia à ſu Mageſtad eſtas ſolas palabras, y las repetia muchas veces: Dios mio, y bien mio, Tù eres mi ultimo fin, mi herencia, y poſſeſsion eterna, mi Dios, y mi ſalud. Eſtando en eſto, en un punto me arrebatò el Señor, uniendome conſigo miſmo, y me parecia eſtaba como anegada en el Divino Sèr; pero de tal manera, que como el pez zabullido en el mar, anda paſſeando aquellas aguas por diverſas partes; ò como el ave, que engolfada en el ayre, vuela por todo él, y tal vez ſe poſa, yà en los arboles mas encumbrados, yà en las mas altas torres, yà en otras partes adonde la lleva ſu natural inſtinto: aſsi en ſu modo andaba mi alma en el pielago de aquel Divino Sèr, parando, yà en éſta, yà en aquella divina perfeccion de ſus atributos. Eſtuve en eſte profundo arrobo un grande rato, y buelta deſpues à mì, ſe me excitaron unos grandes, y extraordinarios deſeos de acertar en todo, y por todo con la divina voluntad, ſin que huvieſſe en mi alma el menor atomo que à eſto ſe opuſieſſe: y aunque por la divina miſericordia eſtos ſiempre moran en ella, como de aſsiento, junto con el fuego del amor de eſte gran Dios, y Señor nueſtro; eſta vez, como otras muchas, ſoplò el Divino Eſpiritu, y levantò una grande llama. En medio de eſto, ſalteaban à mi corazon mis ordinarios temores, y pedia al Señor, Dios nueſtro, ſu ſanta luz. Entonces, con grande amor, y caricia, me dijo ſu Mageſtad: Alma mia, qué es lo que temes? quál es la cauſa de tus temores? Dèxote en ellos, por la gran ſeguridad que obra en las almas el temor ſanto mio; y porque todos los myſterios, y miſericordias que obro en ellas, acompañadas con mi Cruz, ſon ſeguriſsimas, y de ineſtimable valor: pero no temas, alma mia, demaſiadamente, y eſtà cierta, que en las materias que ahora de preſente, y ſiempre tratáres, como no quieras voluntariamente bolver las eſpaldas à la luz, y ſantos afectos, que ſiempre te eſtoy dando, ſiempre eſtos perſeveraràn, y tù obraràs con fruto, teniendo por ſeñal de tu buen eſpiritu, no deſviarte un punto del or-

orden que te diere tu Confessor. Oìa yo estas divinas palabras con grande consuelo, y satisfaccion mia. Con todo esso me atreví à decir: Señor, y Dios mio, aunque creo firmemente todo lo que me dices; pero como deseo infinito, que estos afectos que me dàs de agradarte, y acertar en todo con tu santissima voluntad, no corran peligro en la mia, que de suyo es tan mudable; quisiera que los fijasses en ella de tal suerte, que como acà las Escrituras que tienen todas las clausulas necessarias, dicen que quedan fuertes, y irrevocables, para que no se pueda bolver atràs el que se obliga; assi no pudiesse mi alma bolverse atràs de estos entrañables deseos de tu mayor gloria, que por tu misericordia le has dado.

Oyendo el Señor de la Magestad mis deseos ansiosos, que él mismo movia, y ponia entonces en mi corazon,con grandissima benignidad, y modo de quien gustaba de darme gusto, me respondiò: Bien està, alma, bien està: muy bien me parece lo que dices con tanto afecto: digo que sea norabuena. Al punto se me descubriò, y vì presente la Magestad de Jesu-Christo, Señor nuestro, sentado en un rico, y mysterioso trono, con vestiduras Reales, y con diadema en su sacratissima cabeza, acompañado de innumerables Angeles, que le servian, y reverenciaban: y luego, haciendo un ademàn gravissimo con su santissima mano, como de quien llamaba à alguno, vì que llegaba San Juan Apostol, y Evangelista, el qual, humillandose, y haciendo una profunda reverencia à aquel Divino Señor, mysteriosamente comenzò à escribir lo que su Magestad le iba dictando. Acabado de escribir el papel, se postrò en tierra delante de aquel gran Señor el glorioso Apostol, y se lo puso en sus divinas manos para que le firmasse: y reparè, que el mismo Apostol, y otros dos Angeles de los mas superiores, tomaban en sus manos unas bellissimas luces, como Estrellas, y con grande reverencia hacian oficio como de criados que alumbran, aunque de lexos. Firmò su Magestad el papel, cuyo tenor, y palabras formales, y modo de firma, todo con letras de oro, era puntualmente como se sigue:

Yo, Jesu-Christo, Hijo de Dios vivo, digo, que quiero, y es mi voluntad, que todos los afectos, y deseos fuertes, que Yo comunico al alma de esta criatura mia, perseveren en ella con obras semejantes à ellos para siempre, y hasta la fin de su vida; y assi lo firmo de mi nombre.

Yo el Rey Jesu-Christo, Hijo de Dios.

Despues de haver firmado el Señor, bolviò à dàr el papel al bienaventurado San Juan, mandandole que lo cerrasse, y depositasse en mi pecho. Tomò el Santo el papel de mano de aquella suma Magestad con grande reverencia, y besandole; y luego se vino adonde yo estaba, y tocando espiritualissima, y mysteriosamente mi pecho con su mano, como quien quita el viril de un relicario, le abriò, y encerrò en él aquel papel, bolviendo à cerrar, y à dexar el pecho como de antes. Llenòse mi alma de grandissimo consuelo, à vista de tan rara misericordia; y quedòse un rato arrobada en una profundissima suspension; y quando bolvì en mì, vì que no se havia ido la Soberana Magestad de Christo Señor nuestro; y hablandome con grande amor, y caricia, y echandome su santa bendicion, me dijo: Quedate ahora, alma, en paz, y descansa en tu Dios. Quedè tiernissima, y como adormecida, descansando en el Señor. El sea bendito para siempre por todas sus obras, y misericordias. Amen.

„Siempre la liberalidad inmensa de „nuestro Criador, y Señor, es mas larga „en el dàr, que la criatura en pedir. Deseaba esta alma obligarse à Dios, como por „escritura irrevocable; y para el mismo „efecto, por escritura irrevocable se le obliga Dios à ella. Assi lo hizo este Señor „con Noé, y todos nosotros, que quando nos huvieramos de obligar à su servicio, él mismo, como dicen los Santos „Padres, se obligò con la escritura autentica de su arco, à no destruirnos mas con „otro diluvio.

CA-

CAPITULO XIV.

Tratase de otras escrituras como la passada, que prueban la perfeccion, y espiritu de esta Virgen.

„BIen se prueba la grande perfeccion de „esta Virgen en lo mucho que Dios „la fiò, revelandola el haverla confirmado „en gracia, confiado, que ni tanta seguri„dad le haria disminuir el cuidadoso recato „de vivir siempre en vela, para agradar „mas, y mas à su Señor. Pero porque es „bien particular, y tiernissimo el modo „con que en la vision precedente la favo„reciò el Señor para dicho efecto, pon„drè otros del mismo tenor, para que si no „con mayor fuerza, por lo menos con „mayor numero de testigos, se pruebe el „ansia que ella tenia de perseverar en el „bien, y crecer de nuevo en el mayor „agrado de este Dios, y la misericordia „suavissima con que su Magestad la fa„voreciò mas, y mas en esta pretension. „Sucediò lo que ahora digo el año de „625. y refierelo ella por estas palabras:

Con vehemente fuerza de afectos, que hipaban por acertar en todo con el divino beneplacito; de suerte, que parece que se consumia, y deshacia mi alma, y la misma naturaleza desfallecia, le dije al Señor: Dios mio, y Señor mio, por ser quien eres, y por tu infinita bondad, que me imprimas en mì misma, y en mi corazon, con letras escritas con mi sangre, que yo no quiero jamàs, ni es mi voluntad hacer la menor cosa, que te dè el mas minimo disgusto; antes deseo solo, en quanto pudiere, y supiere, darte la mayor gloria, y que solo en que Tù le tengas està todo mi contento. Esto, y otras cosas semejantes, decia yo al Señor, Dios nuestro, estando como fuera de mì, con la fuerza del amor, y toda en él, como en unico centro de mi deseo. Oiame el Señor, mostrando complacerse en verme assi; y dijome con una magestad blandissima: Sea norabuena, alma, como lo dices: Yo te quiero hacer essa escritura, y essa como obligacion, de darte esso que me pides; que como tú has dicho otras veces en semejante ocasion, me puedas executar al cumplimiento de mi palabra, à la qual Yo no puedo nunca faltar. En diciendo esto, mirò con suma magestad à un Santo Angel de los muy superiores que le assistian, y dijo: Angel mio, escribe lo que te dictáre Yo. Al punto este Santo Angel tomò de mano de otro una escribania, y uno como pergamino blanquissimo, y fué escribiendo lo que el Señor decia. En acabando, le diò con profunda reverencia la pluma à su Magestad para que firmasse: hizolo el Señor, cuya cedula, y firma es puntualmente la que pongo aqui:

Alma fervorosa, Yo aceto tu peticion, y me doy por contento, à toda mi voluntad, de todos tus deseos, propositos, y pensamientos para siempre, y recibo de buena gana tu ofrecimiento.

Yo el Rey Supremo, Criador de Cielo, y tierra.

Luego me mandò à mì la firmasse tambien, y se llegò à mì aquel Santo Angel con la cedula, y pluma, para que lo hiciesse; pero yo, viendo tan grandes prodigios de la bondad divina, estaba turbadissima, y me parece que temblaba toda. El Angel de mi guarda me animaba, y alentaba para que firmasse, y obedeciesse al Señor; pero como dije yo, estaba tal, que me parecia impossible poder hacerlo. Entonces el Santo Angel Secretario, cogiendome la mano, y poniendome en ella la pluma, me hizo firmar, y puse: ✠ *Yo, Esclava de Jesus, Marina.* ✠ Es de advertir, que quando me confirmaron, por no entenderse bien el nombre proprio de Marina (que tuve por el Bautismo) me llamaron Maria, y assi entendì la duda del Santo Angel en esta ocasion; porque acabando yo de echar la firma dicha, bolviendose al Señor, le dijo: Pondránse aqui los dos nombres? Pero su Magestad, haciendo à nuestro modo de hablar una como demonstracion de que miraba en ello, respodiò: No, porque por esse camino en algun tiempo no se perturben las cosas; demàs, que el primero es el principal que se le diò en el Bautismo.

Con esto doblò el Santo Secretario el papel, poniendo encima como sobreescrito: A una alma ansiosa, y deseosa de su Dios; y besandole con grande reverencia, le diò al Señor. En tomandole su Magestad en su sacratissima mano, comenzò luego el mysterioso papel à resplandecer de manera, qne parecia de oro purissimo, y fuego fuerte, y amoroso. Llegòse entonces aquel gran Dios, y Señor à mì, que estaba en aquel tiempo en una grande cruz de amor, temor, y admiracion; y pareciendome que me abria el pecho, me puso en él aquel papel, no yà doblado, sino abierto, con las letras, y firmas muy patentes, y legibles; y bolviòme à cerrar el pecho como de antes. El sea bendito para siempre, por todas sus obras admirables, y grandes misericordias, y se sirva por su bondad infinita de que esta miserable criatura esclava suya no pierda, y malbarate, por su gran negligencia, y miseria, las ayudas, dones, y beneficios, que de su liberal mano recibe. Amen.

„El mismo año recibiò otro favor semejante, con los mismos realces del amor „divino; pero con mayor doctrina para „nuestra enseñanza. Refierelo ella assi despues de otras cosas.

Conocia yo con la divina luz mi bajeza mas profundamente, quanto mas entendia de la grandeza del Señor. Deseabale à este gran Dios con grande ansia, y clamaba à él con algunos versos de David, que el mismo Señor me ponia en la memoria; en especial decia: *De profundis clamavi ad te Domine, &c.* Y por otros mil modos llamaba al Señor, deshaciendome de amor suyo, y deseando mi alma unirse con su Magestad. Y al fin dije: Ahora, Dios mio, yo me quiero concertar contigo: hagamos, mi Señor, un acuerdo. Oyòme su Magestad, y con grande amor me respondiò: Sea assi, alma, concertemonos: qué me daràs tù? Yo, mi Señor, bolvì yo à decir, qué tengo que pueda dar? Darète todo quanto Tù me dieres. En buen hora, replicò su Magestad: pues qué me daràs? Darète, Señor mio, respondì, mi alma, mi corazon, todas quantas mercedes me has hecho, y todo quanto me dieres de aqui adelante. Sea assi, alma, dijo el Señor, Yo lo admito: y Yo te darè, que me ames, y mucha luz, y conocimiento de mis verdades; y no me apartarè de tì, ni tù de Mì, y despues la vida eterna, que es el fin de todo esso. Aunque el Señor me dijo todo, y pudiera yo quedar muy consolada; pero en el fervor de mis afectos yo no sossegaba, y con esso dije: Bien sè yo, mi Señor, que de tu parte no faltaràs en lo que prometes; pero yo soy miserable, y faltarè à lo que debo, que, como vès, soy defectuosissima en todo quanto hago. Mira, alma, respondiò el Señor: Yo criè todas las cosas, y les dì el sèr que tienen: de Mí dependen en su conservacion: dìles todo lo necessario para que se conserven, y no las falto jamàs, ni ellas à Mì, porque todas hacen lo que deben, conforme à aquello para que las criè: solo al hombre criè en la tierra con libre alvedrio, para que con libertad me conozca, sirva, y ame, y le doy todo lo necessario para este fin. Pues si tù me amas, y buscas con veras, usando tan fielmente de mi gracia con tu alvedrio, tengo Yo de faltarte con lo necessario para que prosigas? No, no te faltarè.

Despues de todo esto, aun me quedaba yo algo temerosa de mi ruindad; pero callè, y no me atreví à replicar mas al Señor. Como su Magestad lo vè todo, conociò mis recelos, y con su acostumbrada benignidad, me dijo: Ahora bien, quieres una firma mia? En oyendo esto, me turbè toda, y me encogì, y comencè à temer mucho, si acaso havia aqui algun engaño de parte mia. Y el Señor me dijo: No sabes que te he dado por señal cierta de que soy Yo el que te hablo, que jamàs te faltarà temor santo en estas ocasiones de mi comunicacion? Con estas palabras del Señor me bolvì à aquietar. Luego trajeron los Angeles recado para escribir, y su Magestad escribiò tres rengloncicos por el orden, y palabras que aqui pongo:

Yo soy tu Dios, y Señor,
Y nunca te faltarè.
EL QUE SOY.

Veía

Veía yo todo esto con mucha ternura, y igual confusion mia, y deseaba que el Señor me la diera à mí aquella cedula, y no la diera à algun Angel, como otras veces ha hecho. Conociò su Magestad mi deseo, y mandò à los Angeles me llegassen donde èl estaba. Hicieronlo ellos assi; y entonces vì mas claramente, que quien me hablaba en esta ocasion, era la Sacratissima Persona de Jesu-Christo bien nuestro, y el mismo Señor me metiò dentro de mi pecho aquel papel. Quedème suspensa, y su Magestad me uniò consigo fuertemente, y me llevo assi à la Celestial Jerusalèn, donde gocè millares de bienes, que no se pueden explicar. Sea èl eternamente bendito. Amen.

„Aunque es tan regalado, y singular „el modo de estas divinas cedulas; pero „no lo es en las Divinas Letras, el que el „Señor se diga, que escribe, ni el que „en estas visiones imaginarias los Santos „Angeles aparezcan apercibidos de escri„banias, y todo recado necessario para es„te ministerio. En el papel, que agora pon„drè, aunque no se llegò à efecto de ha„cer esta Virgen, como lo deseaba, una „escritura nueva con su sangre de esclavi„tud à Dios, hay con todo esso mucho „para prueba de la materia que vamos „tratando, que es de los varios modos „con que el Señor la asseguro en su per„severante perfeccion; y por esso me pa„reciò ponelle en este lugar, tanto mas, „quanto por testimonio de los Santos „Angeles, ninguna merced havia recibi„do mayor en este genero. Cuenta esta „esclarecida Virgen el favor por estas pa„labras:

En el exercicio ordinario de mi oracion havia gastado un rato, y llevada del impetu de mis afectos, le dije à su Magestad: Señor, Dios mio, yo quiero agora darte cuenta de mi ruin vida, y de mis grandes faltas, que à mi parecer hago muchas en tu servicio por mi grande flaqueza, y miseria; y por otra parte deseo con todo mi corazon, con toda mi alma, y con todas mis fuerzas agradarte, y quisiera darte gusto perfectissimamente, sin mezcla de otra alguna cosa: Por lo qual, Dios mio, y Señor mio, te pido, y suplico con todo mi corazon, quan humilde, y encarecidamente puedo, que pues por sola tu bondad me has dado estos afectos fuertes, y vehementes deseos, que por mì nada puedo, nada soy, me dès de tu bella gracia el cumplimiento de todos ellos. Mira, Señor, mi pecadora, y pobrecilla alma, que es muy proprio de tu grandeza, y bondad infinita añadir mercedes à mercedes, y remunerar tus mismos dones con nuevos beneficios: de la misma manera, y con el mismo deseo te pido por Jesu-Christo, bien, y Señor nuestro, y por su Santissima Madre, que pues eres servido de llevar mi alma por caminos tan extraordinarios, la alumbres, y dès tu santissima guia para conocer, y acertar con tus verdades, y con tu divina voluntad, que en ella, con todo mi afecto, resigno yo la pobre mia, pisando, y consumiendo qualquiera cosa, por minima que sea, que en todo, y por todo no fuere conforme à tu santo beneplacito. Proseguia en esto con un fervor intenso, quando oí al Señor, que me dijo: Què haces, alma mia? què es lo que haces, y quál es tu ejercicio? Acercate mas à mì, que estás como lejos del mas supremo lugar, y veamos, què es esso que dices con tan grande afecto, y què cuenta es essa que me quieres dàr.

En diciendo esto el Señor, me hallè mysteriosamente, y sin saber cómo havia sido llevada, en la Celestial Jerusalén, y postrada delante del divino acatamiento, adonde con humilde, y ardiente afecto volví à repetir todo lo dicho, y añadì con un impetu, y eficacia grande: Dios, y Señor mio, yo te ofrezco, y doy todo mi corazon, toda mi vida, y alma, y todo quanto soy, y tengo, pues todo es tuyo, y Tù me le has dado; y esto hago con toda mi voluntad determinada para agora, y para siempre jamàs, mediante tu divina gracia. Supuesto esto, y tu piedad infinita, yo te pido, quán humilde, y encarecidamente puedo, por quien Tù eres, por Jesu-Christo tu Unigenito Hijo, por sus me-

recimientos, y por los de ſu Santiſsima Madre, que de todo lo dicho ſe haga una eſcritura firme, eſcrita con la ſangre de mi corazon, y de mi vida, para que eſto quede en mì firmiſsimamente para ſiempre jamàs con tu divina gracia, y miſericordia. Oyò el Señor de la Mageſtad con grande agrado lo que yo decia; y poniendo en mì ſus ojos, me dijo: No vèo, alma, en la cuenta, que me has dado de què te reprehender, ni caſtigar como tù deſeas. En lo demàs que pides con tanto afecto, ſe verà. Y volviendoſe aquel Señor de la gloria, y Padre Eterno à las Sacratiſsimas Perſonas del Verbo Divino, y del Eſpiritu Santo, eſtando preſente la Mageſtad de Jeſu-Chriſto nueſtro Señor, Dios, y Hombre verdadero, y como comunicandoſe aquellas tres Divinas Perſonas entre sì, decian: Verdaderamente que eſta alma, y toda eſta criatura tiene, quanto es de ſu parte, tan buena diſpoſicion para que ſe le haga la merced de lo que pide, mediante la gracia, que no ſe le puede negar. Y luego, como en eſta conformidad, ſe volviò aquel Señor de la Mageſtad à mì, y dijo: Oìdohemos, alma, tu fervoroſa, y humilde peticion, y por nueſtra bondad, y miſericordia, y tu buena diſpoſicion, te concedemos con guſto, y amor lo que nos has pedido para ſiempre jamàs; y en eſta conformidad, y que eſto ſerà aſsi, recibe, alma, nueſtra bendicion. Luego que ſu Mageſtad me la echò, quedè en una profunda ſuſpenſion, con grande conſuelo, y admiracion de las obras, y miſericordia ſuaviſsima de eſte gran Dios. Eſtuve en ella no sè quánto, y vuelta en mí, me hallè en mi rinconcillo.

Empecè à dàr muchas gracias à eſte Señor, y à penſar, qué efectos havia cauſado en mì aquella miſericordia, que havia recibido, y hallaba un gran conſuelo, y ſatisfaccion interior de que era verdad lo que havia paſſado, junto con un aprecio, y agradecimiento grande de tan ſingular beneficio. Hallabame ſumida en el muladar de mi miſeria, y con el temor ſanto de Dios ſiempre permaneciente. Eſtando en eſto, ſe me puſo delante un Angel del Señor, y me dijo: Què haces, alma? Quáles ſon agora tus penſamientos, y afectos? Yo, como eſte no era de los conocidos, volvìme al Santo Angel de mi guarda, para que me alumbraſſe. Hizolo èl aſsi; y enſeñada, reſpondì al Celeſtial Hueſped, diciendo: Angel del Señor, yo eſtaba con atencion, y cuidado, conſiderando los efectos, que havia dejado en mì eſta miſericordia del Señor; porque deſeo ſumamente acertar con las verdades de eſte gran Dios, y vivir, y morir en ſu ſanto amor, y temor. Oìame el Santo Angel, y con un modo de admiracion, me dijo: Por cierto, alma, que me has alegrado mucho, y de la miſma manera me contenta la verdad de tu buen eſpiritu, y camino ſeguro por donde tu Dios te lleva; pues haviendo recibido de eſte Señor una tan gran miſericordia, como agora recibiſte, en confirmacion de ſu verdad, te has quedado en la hondura de tu proprio conocimiento, y temor ſanto de Dios, que es el que permanece para ſiempre. Y tù, alma, quedate agora en paz, y en tu Dios, que yo fui embiado en ſu ſanto nombre para teſtigo de la verdad de tu buen eſpiritu, y conſuelo tuyo en el Señor Dios nueſtro. Deſpidiòſe con eſto el Santo Angel, y luego ſe llegaron à mì los Angeles mis Señores, que me acompañan, y todos, con grande gozo, y alegria, alabando al Señor, me daban mil parabienes de tan grande merced como el Señor me havia hecho; y añadieron: Mira, alma, aunque la Mageſtad de Dios nueſtro Señor te ha hecho otras muchas miſericordias en eſta materia, y de eſta calidad, ninguna te ha hecho en eſta forma, y modo. Sabes, alma, cómo ſe ha habido contigo agora tu gran Dios, y Señor? Mira, es como un Rey, que ſe huviera deſpoſado con una Princeſa auſente, à la qual, haviendola embiado grandes riquezas de joyas, y preſéas de oro, diamantes, perlas, rubies, y eſmeraldas, y otras piedras ſemejantes, deſpues de haverla enriquecido con todas eſtas joyas, la embia otra muy precioſa ſobre manera, que aunque hecha del miſmo metal de oro, y piedras pre-

precioſas, tiene la hechura, los eſmaltes, y primor, muy diferentes de las demàs joyas: de ſuerte, que la Princeſa hace de ella notable eſtima. Aſsi parece, alma, que en alguna manera ſe ha habido contigo tu Dios, y Señor: dale muchas gracias, y alabanzas. Yo me quede admirada en nueſtro gran Dios. Sea èl ſiempre bendito por ſus obras, y miſericordias. Amen.

„Aquel modo de concilio, y conſulta „entre las Divinas Perſonas, y el hablar „ſu Mageſtad en plural, para ſignificar la „diſtincion de ſupueſtos, no ſolo es co„mun en el lenguage de los Sagrados Doc„tores, ſino tambien de las Divinas Letras. „Acomodaſe aquel benigniſsimo Señor, „aſsi en la repreſentacion de las figuras „imaginarias, como en el tenor de las „razones, al modo toſco con que con„cebimos los mortales; y lo miſmo que „abeterno tiene decretado, parece que lo „conſulta, y conſidera quando llega la oca„ſion de ejecutarlo, para enſeñarnos, que „no acaſo, y como quiera, ſino con ſabi„duría divina, y conſejo incomprehenſi„ble, tratò de ſu eternidad el negocio, y „diſpoſicion de cada una de las almas.

CAPITULO XV.

Enſeñala Dios los grados diverſos de perfeccion à que iba ſubiendo ſu alma.

„COMO los favores, que la benigniſ„ſima miſericordia del Señor hizo à „eſta ſu querida Eſpoſa, tan deſde ſus prin„cipios, no ſe ordenaban à parar en el re„galo, ſino para animarla à abrazarſe con „las ſeveras cruces de dolor, y amor en que „él miſmo la ponia, por donde conſiguieſ„ſe un eſtado altiſsimo de perfeccion: aſsi „quiſo tambien para el miſmo efecto moſ„trarla por muchas maneras, y ſymbolos, „los eſtados diverſos, que ſu alma havia „tenido, los grados diferentes por don„de havia ſubido, el modo con que el Se„ñor la prevenia; y conforme à ſu coo„peracion de ella, la iba guiando por el „camino real de las virtudes; pero entre „particulares, aunque ſeguriſsimas ſendas „de ſu eſpiritu. En un papel del año de „ſeiſcientos y veinte y cinco dice aſsi:

Muchos meſes havia que nueſtro Señor me enſeñaba mi alma, que aſsiſtia en ſu divina preſencia; y deſpues de algun tiempo, vì al miſmo Señor como un Divino Sol, del qual ſalian tan divinos, y tan inacceſsibles rayos de luz, que no hay à que compararllos; y vì mi Alma, que no eſtaba yà como antes, ſino que eſtaba unida con aquella Soberana Mageſtad: aſsi la vì muchas veces; y haviendoſe paſſado algunos dias, que ni de eſta forma, ni de aquella, ni de otra la havia viſto, me vino al penſamiento el Miercoles diez y ſeis de Octubre, què ſerìa la cauſa de haver ceſſado aquel modo de viſion, haviendola tenido tantas veces, y por eſpacio de tanto tiempo. Eſtando en eſto, me dijo el Señor, que no me admiraſſe; porque eſtaba mi alma en otro grado muy ſuperior, adonde no podia llegar mi conocimiento, ſin particular favor ſuyo. Y queriendo hacerme éſte ſu Mageſtad, añadiò: Levanta los ojos, y mira. Y obrando en mì lo que mandaba, miré, y ví mi alma, no en figura ſemejante à las corporales, como de antes, ſino en un modo tan eſpiritual, que ni entonces ſupe, aunque reparè, ni deſpues acà, aunque lo he penſado, he podido hallar modo, ni palabras para explicar aquel modo eſpiritualiſsimo, y tan fuera de lo que podemos alcanzar, en que mi alma eſtaba: ſolo entendì, y vì, que fuera de eſtàr unida con Dios, y Dios en ella, eſtaba en poſſeſsion de aquel Divino Sèr con manera tan ſingular, y que de ninguna ſuerte sè explicarlo, ni ſupe, mas que quedar en un modo de paſmo, y admiracion extraordinaria. Volviendome con ella à ſu Mageſtad, le dije: Pues, Señor, què hace el alma, y què obra en eſſe lugar adonde la haveis pueſto? Reſpondiòme, que gozaba, deſcanſaba, y conocia; y yo miſma la experimentè aſsi. Repliquè: Pues què ſervicio, Señor, os ha hecho para que reciba mercedes tan grandes? Reſpondiò ſu Mageſtad: Si eſtàs olvidada de lo que has

has padecido, Yo no lo estoy: dandome à entender, que me hacia aquellas misericordias por lo mucho que havia padecido los meses passados. Assi me quedè sin preguntar otra cosa, porque ninguna otra apetezco, ni quiero, sino solo, que en todo, y por todo se cumpla en mí su divina voluntad.

Antes de esto, aunque en este mismo año, andaba yo muy ocupada, y en una contemplacion muy sobrenatural, y con luz grande que el Señor me daba para conocer la admirable, y total resignacion de Christo Señor nuestro en la santissima voluntad de su Eterno Padre, en orden à redimir el genero humano tan à costa suya, y à provecho nuestro. Despues, pensando en los temores, que de ordinario tengo, sin poder irme à la mano en ellos, aunque el mismo Señor, y mis Confessores me asseguran, me hablò el Señor, y me mostrò un gran montòn de joyas, y riquezas de grandissimo valor: parecian cosas muy raras, y sobrenaturales. Era el montòn muy grande, y muy alto: encima de èl apareciò una Cruz de plata muy resplandeciente, que echaba de sí grandes rayos de luz: representabaseme como guarda de todas aquellas riquezas, y mejor que millares de soldados. Vì muy lejos mucha mala gente en contorno de aquellas riquezas, pero muy apartada. Deseaban mucho robarlas; pero erales impossible por la fortaleza de aquella Cruz tan poderosa, y por ningun caso podian acometerlas. Dijome el Señor: Mira, alma, esse montòn de riquezas, que has visto, es tu espiritu, que recibe de mì essos tesoros, y la Cruz de plata, que los guarda, representa el santo temor, que yo te he dado por guarda de essos bienes tan grandes, que posees; y es esse tan poderoso, que todo el Infierno junto no podrà dañarte: vive con seguridad. Sea èl para siempre bendito. Amen.

„Otra vez, por este mismo tiempo, haviendola llevado el Señor para cierto mysterio à vèr el Santo Sepulcro de Jerusalèn, „de que hablarèmos en otra parte, dice „luego lo que despues de volver le passò „con el Señor, que es muy del punto „que vamos escribiendo.

El dia siguiente me dijo su Magestad, representando la Sacratissima Persona del Espiritu Santo: Vèn, alma, que te traygo fatigada por esse mundo; y diciendo, y haciendo, me llevò al Cielo, donde me vì delante de la Beatissima Trinidad, rodeada de innumerables Angeles, y almas bienaventuradas; y como me vì delante de aquellos bieneventurados Espiritus, que mostraban tanta magestad, y grandeza, reìme de mì misma, viendome tan pobre en su comparacion, como si un pobrecillo, cubierto de andrajos, se viera en la presencia de muchos Cortesanos, vestidos de gala. Luego parece que me levantò el Señor à la cumbre de un altissimo conocimiento de su Divino Sèr, adonde estaba como anegada, y me perdia. Despues, como templando el excesso de aquel alto conocimiento, me le diò como particular, yà de su justicia, yá de su misericordia, y de otros atributos, donde el alma parecia mas señora de sì misma. Dijele entonces: Solias tù, Señor, hacerme estas misericordias, enseñandome mi alma en tì, y yà dias ha que no lo haces. Mira, respondiò su Magestad, assi como una madre à un hijo, que pariò, le toma chicuelo en sus brazos, le fomenta, y alimenta, y hace otros beneficios, que el hijo recibe, aunque no los conoce: assi Yo no dejo de hacertelos grandes, aunque no todas veces los conozcas tan claramente; pero para que veas el estado de tu alma, mira. Luego me enseñò el Señor mi alma en figura de un pajarito muy hermoso, que estaba aleando, sin cessar un punto, y con la boca abierta, mirando à aquel gran Dios, el qual estaba como cebando, alimentando, regalando, y llenandole de bienes. Quedè admirada de esta vista, y suspensa en el Señor, y en una union estrechissima, hasta que volviendo en mì, me hallè en mi rincon. Bendito èl sea. Amen.

„Dispusose esta admirable Sierva de „Dios para estas, y otras mejoras de su „espiritu, que adelante dirèmos, con un „fervoroso acto de amor de Dios, y pure-

re-

„reza de corazon, que en este tiempo „ejercitò, como parece que se colige de „lo que le passò con San Francisco Xa„vièr à quince de Enero de este mismo „año de 625. que ella refiere de esta ma„nera:

A los quince de éste, estando bien apretada de dolores, vì al glorioso San Francisco Xavièr, que bajò del Cielo à mi aposento, acompañado de gran multitud de Angeles, los quales, en llegando, comenzaron à cantar dulcissimamente alabanzas al Señor; y el Santo me saludò, diciendo: El Señor sea contigo, hermana. De parte de su Magestad vengo à visitarte, y darte en su nombre una rica joya, que trahigo aqui. Mirè, y vì, que tenia en la mano una cosa de grande hermosura, blanca como la nieve, y en la forma semejante à un cogollo de azucena; porque tenia vueltas las hojas, como esta flor suele tenellas. Preguntèle: Què es esso, Santo bendito? Y respondiome: Esta es una flor, cuyo valor es preciosissimo, cuyo olor, y fragrancia conforta, y alimenta las almas, y como tal te la ofrezco en nombre del Señor. Encogìme como suelo, y rehusè el recibirla, suplicandole la diesse à uno de aquellos Santos Angeles, que con èl estaban. No, replicò el Santo, de mi misma mano la has de recibir; porque assi lo quiere el Señor; y diciendo esto, se fuè llegando à mì. Yo, como turbada, y confusa, por el grande respeto, y reverencia, que su presencia me ponia, me encogí mas; pero èl me la puso en la mano, y llegandomela al pecho, se me incorporò en èl la flor, dejandome el alma trocada, sintiendo grande dulzura, y muchos alientos, y fortaleza. Admirème mucho de estos afectos, y estaba pensando conmigo la significacion de aquel mysterio; y entendiendome el Santo, me dijo: Los dias passados hiciste unos actos heroycos, en que haciendo Dios prueba de tu amor, con grande fervor, promptitud, y resolucion de tu corazon, y alma, ofreciste de no hacer un pecado venial à sabiendas, aunque se interesasse lo criado; y aunque haciendolo se huviessen de salvar todas las almas, que ha criado Dios, à quien amasses tanto, que porque no fuesse ofendido, hiciste suelta de todo, y passaste tan adelante, que escogieras antes padecer las penas del Infierno, que hacer el menor pecado venial con advertencia. Por este acto, que fuè delante de Dios de grande estima, te ha embiado su Magestad esta preciosissima flor, la qual serà de las que mas campearàn en la corona que Dios te ha de dàr en el Cielo; porque con este acto se han realzado, y subido de punto en grande manera tus merecimientos. Y pues te ha hecho el Señor tan singular merced, es justo que me dès alguna cosa tuya, que presente yo à su Magestad en tu nombre. Respondìle: Què tengo yo, glorioso Santo, que pueda ofrecer à mi Señor? Porque su Magestad dà sus dones à quien tan poco los merece como yo, y encamina sus dulces aguas por este arcadùz de mal barro, donde se hacen amargas, y salobres. Bien està, dijo el Santo; pero con todo esso, dame un hilo de tu ropa; quiero decir, un afecto de tu voluntad, que esse estimarà mucho el Señor. Yo le doy infinitas gracias, respondì, por tan singulares beneficios, y le amo sobre todas las cosas. Mostrò el Santo estàr satisfecho; y diciendo, que me quedasse en paz, se volviò al Cielo, y con èl muchos de aquellos Angeles, quedandose otros en mi aposento por un largo rato.

Volvìme yo al Señor despues de haverse partido el Santo, y deciale: Què es esto, Dios mio? Cómo os podrè amar, y cómo os podrè dàr assiento, y morada gustosa en mi alma? Aqui estarè clamando, y no he de cessar hasta que me hagais esta merced, de que os tenga yo, y haga en todo vuestra santissima voluntad. Pero à quièn haceis, Dios mio, tan singulares mercedes? Cómo dicen éstas con una vida tan comun, y ordinaria como la mia? Para recibirlas tan grandes, havia de estàr en el tercer Cielo, y passar sin comer, como lo han hecho, y hacen algunos Santos. El Señor me respondiò con grande benignidad, diciendo: No son necessarios essos medios para estos fines: mios son

to-

todos los caminos de mi ſervicio, y ſi no fuera por darte pena, otras veces te lo huviera dicho; pero ahora te digo, que he dado à tu alma tal fortaleza, y ſuplido la flaqueza natural de tal ſuerte, que ſin eſſas ſuſpenſiones, y extraordinarios medios, puedas comunicar conmigo, y oìr, y vèr lo que te enſeño. Yo quedè harto confuſa; y de todas las miſericordias de Dios lo quedo tanto, y tan reconocida, que no hallo en mì ſino confuſion. Sea ſuya la gloria. Amen.

„Quán contento habitaſſe el Señor en „el corazon puriſsimo de eſta Virgen, y à „qué grandeza de merecimiento la ſublimò, ſe colige tambien de lo que le paſ„sò con ſu Mageſtad por fin de Marzo, „(que era tiempo de eſte año de ſeiſcien„tos veinte y cinco, en que la Igleſia cele„braba los myſterios de la Paſsion de Chriſ„to, bien nueſtro) y por mediado de „Abril. Refierelo ella aſsi:

Eſtos dias de Paſsion me ha trahido el Señor à la memoria muy de ordinario, y ſin diſcurſo mio, aquellas palabras del Evangelio: *Ecce aſcendimus Jeroſolymam, & filius hominis traddetur, &c.* y me deſcubriò con gran luz la mageſtad, y grandeza del Señor, que moria, y los agravios que le havian hecho, y causò en mì gran ternura, y compaſsion. Deſpues moviò ſu Mageſtad en mì unos afectos grandes, y deſeos de ſervirle, buſcarle, y poſſeerle; y deciale mi alma con vehementes anſias: Dios, y Señor mio, adónde eſtàs? adónde te hallarè? dónde te buſcarè? En verdad, mi Señor, que en algun tiempo que yo podia ſalir, te buſcaba yo por los rincones de la Igleſia de San Pablo, y al fin te hallaba en todos. Decia yo eſto con tal afecto, que reventaba, y parece que me acabaria, ſi el Señor no me reſpondieſſe. Hizolo ſu Mageſtad con ſuma piedad, y dijo: Bien dices, alma: aì me buſcaſte, y me hallaſte; pero ahora buſcame en los rincones de tu interior. Buſcaba yo à mi Señor en mi alma, y en los ſenos de ella, y le hallaba; y en particular le hallè en mi corazon, adonde eſtaba eſtampado el Santiſsimo nombre de Jeſus. Dijele yo entonces al Señor: O, Dios mio, que aſqueroſos eſtàn eſtos rincones de mi alma! Y reſpondiò ſu Mageſtad: En un eſtablo nacì, y eſtoy yà acoſtumbrado à eſtos rincones; pero en tu corazon me huelgo mas.

A diez y ſeis de Abril, por la mañana, tuve unos barruntos que el Señor me queria hacer alguna merced, como ſuele. Yo, con mis temores, y deſeos de acertar, ſupliquè con grandiſsimo afecto à nueſtro Señor me dieſſe luz; y entre otras coſas, dije à ſu Mageſtad: Dios mio, y Señor mio, por tu precioſiſsima Sangre, derramada por mí, y por tus cinco Llagas, te pido me hagas merced, y miſericordia de apartar de mì toda mentira, y engaño, y darme tu ſantiſsima luz para conocer tus verdades, y no ſer engañada. Luego, pareciendome que havia andado demaſiada en eſto que havia pedido con grandes afectos, poſtrème delante de nueſtro Señor, y pedíle perdon. Su Mageſtad me dijo: Levantate, alma, que no me has ofendido. Entonces alcè los ojos, y vì à nueſtro Señor Jeſu-Chriſto crucificado: no le ví cara à cara, ſino como de lado, porque fuera en aquella ocaſion dificultoſiſsimo para mì poder durar viendo de lleno al Señor en figura tan laſtimada. Vì mas, que de ſus cinco precioſiſsimas Llagas corrian cinco caños de ſangre muy copioſos, que cinco Angeles del Señor, en cinco myſterioſos vaſos, iban recogiendo. Levantaronme mis Señores los Angeles, y poniendome en pie, derramaron ſobre mi cabeza, y todo el cuerpo, aquella precioſiſsima Sangre, poniendo debajo de mis pies un Santo Angel una vacìa en que ſe recogieſſe la ſangre que ſobraba. Bañadas, pues, con ella yo, y mis veſtiduras todas, me bolvieron mis Señores los Angeles à mi pobre lecho, toda mojada, y como para ſecarme, quedando mis veſtiduras reſplandecientes como el oro. Luego me las quitaron, y quedè con una muy blanca.

Luego vì, que aquellos Santos varones, Joſeph, y Nicodemus, deſcolgaban el cuerpo del Señor de la Cruz, que eſtaba yà muerto, dando golpes en las puntas de los

los clavos para sacarlos, que casi sonaron en mis oídos; y bajando aquel Santisimo Cuerpo de la Cruz, le tendieron sobre una gran piedra, y limpiandole, le ungieron, y embolvieron en una blanquissima sabana; y puesto en uno como medio atahud sin cubierta, le llevaron à sepultar en sus ombros, acompañado de gran numero de Angeles, y de las santas mugeres, y otros Discipulos del Señor: à la Madre de Dios no la vi. Quedème en un rapto, y alli sentí al Señor, como sepultado quarenta horas, y como si passàran; y quando bolví en mì, hallè à su Magestad resucitado, como un Sol muy resplandeciente, sobre la piedra del Sepulcro.

De aì à un poco le ví à su Magestad en mi aposento, en el trage con que despues de resucitado andaba en la tierra, y dijo: Alma, quieres darme de comer? Bien entendí al Señor, que hablaba de comida espiritual, y respondile: Mi Señor, yo qué tengo que poder darte, siendo mi corazon sucio, asqueroso, y podrido? Bolvio el Señor diciendo: Sì tienes. En estas platicas estaba con el Señor, quando ví, que unos Santos Angeles ponian una mesa pequeña, mas larga que ancha, muy mysteriosa. Cubrieronla con unos manteles blanquissimos: pusieron servilletas, y unas ricas fuentes de cristal pequeñas, y una silla à la cabecera para el Señor. Llegòse su Magestad, y sentòse con un agrado gravissimo en la silla. Llevaronme à mì à la mesa con grande encogimiento mio, como à los pies, frontero del Señor. Comenzaron à traher los Angeles comida mysteriosa en fuentes: ponianlas en la mesa: miraba el Señor los manjares, y los probaba: llegandolos à la boca, mostraba que le sabian bien; y los Angeles significaban grande gusto en que el Señor le tuviesse. Entonces me dijo su Magestad: Este plato es de once Monjas que me has dado, y metidolas en Religion: éste, es de algunos niños que has acomodado: este otro, de los grandes trabajos que has padecido; y assi fuè diciendo el Señor cosas à este talle. Yo quedè muy admirada de que las obras que su Magestad mismo havia hecho, me las atribuyesse à mí. En acabando, dijo el Señor: Ahora, alma, yà tù me has dado de comer, y me has combidado; quiero Yo ahora combidarte à tí. Y tomando su Magestad en las manos una tortica de pan blanquissimo, redonda, y del tamaño de una forma: me parece la consagrò, y me la diò por Comunion, y realmente sentì en la boca el sabor natural de aquellos accidentes. Despues de haverme comulgado, dijo el Señor: Vente, alma mia, conmigo à la Celestial Patria. Llevòme consigo, y presentòme delante de la Beatissima Trinidad, y engolféme en aquel Divino Sèr, donde me quedè. Sea su Magestad por siempre bendito. Amen.

„Como es de Fè tener nuestras obras „valor, y merito, por la Sangre de nues„tro Redemptor, y Señor Jesu-Christo; „assi la figura de baño, en que esto aqui se „significa, no solo es conforme al lengua„ge de los Padres, sino al de San Juan en „el Apocalypsi, que dice, que en la Sangre „del Cordero labaron, y esclarecieron los „Santos sus vestiduras. La mesa mystica „que aqui se puso, es la misma, que tam„bien (segun la interpretacion de alguno) „en el Apocalypsi promete Christo al alma „vencedora, donde dice, que en una mis„ma cena, y à una misma mesa combidarà „el alma al Señor, y el Señor al alma; „porque al mismo tiempo que el alma se „sustenta de la Sagrada Eucharistia realmen„te, parece que se sustenta el Señor de los „afectos, y virtudes de aquella alma; y es „comun modo de hablar de los Santos „Padres, y muy particularmente usado en „los Cantares, llamar à nuestros actos vir„tuosos sazonadas frutas, y banquetes, „que se ofrecen à su Magestad.

CAPITULO XVI.

Prosigue lo mismo de la grandeza de merecimientos, y grados de perfeccion à que subiò su alma.

„NO comienza nuestro gran Dios, y „Señor à empeñarse con un alma, „que fielmente le corresponde, para cessar en

„en ſus miſericordias: continúalas haſta el „fin liberaliſsimo; y obligaſe ſu bondad „inmenſa de las que hizo, para hacer „otras de nuevo. Veràſe eſto en la miſ„ma materia que vamos tratando, por lo „que ſu Mageſtad, ſuaviſsimamente liberal, „obrò, poco deſpues de lo dicho, en eſta „ſu regalada ſierva, por el mes de Mayo „del miſmo año de ſeiſcientos veinte y „cinco, y nos dexò ella eſcrito por eſtas „palabras:

Domingo diez y ocho de Mayo, dia de Pentecoſtes, haviendo tenido aviſo de ſu Mageſtad, que me queria hacer una gran merced entre ocho, y nueve de la mañana, vì muchos Angeles que andaban como entre el Cielo, y la tierra, diſponiendo, y adornando todo aquel eſpacio, llenandole de luz, y reſplandores dorados, à la manera que ſi acà huviera de ſalir un grande Principe de ſu Palacio, ò como quando ſale el Santiſsimo Sacramento el ſagrado dia del Corpus, que limpian, aderezan, y cuelgan las calles, en reverencia de aquel gran Señor que las ha de paſſear. Aſsi andaban los Angeles diſponiendo, y bañando de hermoſura, y gloria aquel camino, que era todo lo que ſe me deſcubria entre Cielo, y tierra. Luego comenzò à oirſe un grande ruido, y aunque ſuave, y apacible, algo fuerte, y de grande virtud. A eſta ſazon eſtos mis Señores Angeles me dijeron: Vente con noſotros, hermana, adonde queremos llevarte. Y ſin aguardar mas reſpueſta, en un punto me llevaron à un grande, y eſpacioſo campo, adonde entonces ſentia yo que deſeaba llevar algunas perſonas conocidas, y particularmente à una compañera mia, à la qual tiraba del brazo para que ſe hallaſſe preſente à lo que nueſtro Señor queria hacer. Vì, que en aquel campo, lejos de donde yo eſtaba, havia una multitud de demonios: (y eran los miſmos que havia viſto el dia antes) eſtabanſe mordiendo unos à otros con grande rabia, dando mueſtras de algun grande ſentimiento, y pena que tenian.

Luego comenzò à caer un rocio del Cielo, como quando llueve alguna agua manſa, y menuda: fuè eſto creciendo, porque comenzaron à rebolverſe los ayres, y las nubes con una tempeſtad grande, y de grande ruido, cayendo del Cielo gran multitud de piedras, que parecian todas precioſas: havia muchos relampagos, que me paſſaban por delante de los ojos, llegandome muy cerca de la cara. Eſtaba, aunque muy ſegura, pero por otra parte como ſobreſaltada de oír toda aquella tempeſtad, y vèr tanta piedra, y coſas que del Cielo ſobre mì caìan, aunque todas muy ricas, y ſuaves, y de grande conſuelo. Eſtando aſsi, vino ſobre mì del Cielo un grande globo como de fuego, ò de oro muy encendido; y luego de entre aquel rico pedriſco, y celeſtial lluvia ſalieron dos rayos, uno de oro, y otro de plata, que penetraron los corazones de dos perſonas conocidas mias, que en eſpiritu ſe hallaron alli preſentes; y ſobre aquella mi compañera tambien cayò grande parte de aquella divina lluvia, y precioſas piedras que caìan del Cielo. Paſſada èſta como tempeſtad, luego inmediatamente huvo grande conmocion en los Cielos, y con una fuerza tan vehemente, que parecia que toda aquella maquina ſe deſgajaba para caer en la tierra. Significaba todo aquel ruido, y movimiento, la ſoberana virtud, y grandeza de Dios, que á nueſtro modo de entender, y como ſu Mageſtad entonces lo mueſtra, bajaba à aquel campo donde yo eſtaba, rodeado de infinita multitud de Angeles. Aſsi ſe me moſtrò la Soberana Perſona del Eſpiritu Santo, el qual me uniò conſigo con tan apretada, y eſtrecha union, que nunca jamàs havia ſentido coſa tan grande; porque me parece que me entrañò toda aquel Divino Sèr, y en aquel fondo incomprehenſible, y inmenſo, adonde con maravilloſa fuerza, y ſuaviſsima me tenia conſigo. Eſtando aſsi, por tres veces me ſoltò, hablando à nueſtro modo, de aquel ſagrado ñudo, y union, aunque quedando dentro de aquel Divino Sèr, para que pudieſſe en particular mirar, y conocer ſu infinidad, inmenſidad, y grandeza, y otros divinos atributos de aquel Soberano Dios, y Señor nueſtro. Alli eſtuve viendo, y gozan-

zando de aquellas riquezas, y hermosura, y suavidad, que la lengua no sabe explicar, ni aun el alma apenas sabe pensar cómo es. Y despues de algun tiempo (que no sè quanto fuè) me hallè en mi rincon con una admiracion grande de lo que alli havia passado.

Otro dia por la mañana, que era Lunes, vì unos Angeles, que andaban en en aquel campo cogiendo en unos ricos, y preciosos azafates las piedras preciosas, y aljofares, que del Cielo havian caìdo. Eran todas cosas muy hermosas, y ricas; y deciales yo: Señores Angeles, dénme esso, que estàn cogiendo. Repondieronme: Què pides, alma? Deja esto, que harto tienes, y harto te han dado. Volvì sobre mì, y pareciame que era mucha codicia la mia. Ultimamente vì, que haviendo llevado doce como fruterillos, ò canastillos de aquellas riquezas, se subieron con ellas al Cielo, y se las presentaron al Señor, el qual, agradandose de ellas, les mandò, que las llevassen al tesoro de la Iglesia. Sea el Señor bendito. Amen.

„Semejante al passado, y aunque igual„mente mysterioso, pero mas tierno, es otro „favor, que en esta misma materia le hizo „el Señor à veinte y quatro de Julio de este „mismo año de seiscientos y veinte y cin„co, y quenta ella assi:

Tuve yo este dia los prenuncios que algunas otras veces suelo, de que su Magestad me queria hacer alguna grande merced, y al punto vì, que mis Señores los Angeles aderezaron con gran presteza una mesa pequeña; y despues de havella compuesto con grande asséo, la llenaron de flores olorosas, y de fuentes de varias frutas. Vì luego, que la Sacratissima Persona del Espiritu Santo, con magestad gravissima, se sentò à la cabecera de ella, en figura humana, aunque de aquella sutileza, que otras veces he dicho, y con la diferencia que hay (y es esta grandissima) entre los cuerpos, que los Santos Angeles, y Almas Santas toman, para conversar con los hombres; porque el cuerpo fantastico en que el Señor aparece, es sin comparacion mas sutil, y delicado. En la misma figura se me descubrieron tambien las otras dos Divinas Personas, representandome en un modo mysteriosissimo; pero muy proprio, lo que la Santa Fè nos enseña de la Unidad de Essencia en Trinidad de Personas. Pero en esta accion, porque quiso el Señor, que se atribuyesse especialmente al Espiritu Santo, se manifestaba mas esta Divina Persona, que las otras dos. Estando assi, el Santo Angel de mi guarda, y los demàs mis Señores Angeles, me adornaron de las vestiduras que otras veces, y levantandome de donde estaba, me sentaron à la mesa, en frente de aquel Divino, y Soberano Espiritu, el qual, tomando en la mano aquellas flores, que en la mesa estaban, las olia; y como hallando en ellas grande suavidad, decia: O què lindas flores! Què regalado olor me dàn! Y tomando luego de la fruta, y llegandola à los labios, decia: Què bella fruta, y què apacible gusto tiene! Estas palabras decia el Señor con grandes muestras, y estima de aquellas flores, y fruta, las quales (aunque con grande confusion, y verguenza digo esto) significaban algunos pequeños servicios, que el Señor se digna de aceptar de mi mano. Entonces, para hacerme muchas mercedes, dijo: Pues tù me has combidado con tan suaves flores, y tan linda fruta, quiero Yo tambien regalarte. Y tomando una fuente rica, echò en ella preciosissimos dones, y joyas riquissimas; y admirandome yo de vèr tesoro tan grande, y de tamaña estima, me dijo su Magestad: Mira, alma, asi como en la tierra un padre, con grande diligencia, y afán, junta grande cantidad de hacienda, y haciendo de ella un mayorazgo, la pone en cabeza del hijo mayor, y à quien mas ama, para que goce de ella, comiendo, y vistiendo ricamente, encomendandole los demàs hermanos menores, para que con la sobra de aquella hacienda, los alimente, vista, y dè lo necessario para la vida; asi Yo reparto contigo liberalmente de estos bienes, para que tù estés rica, y repartas con todos los tuyos; y mostrandome yo agradecida à mercedes tan singulares, pareciendome, que me so-

brára qualquiera, por minima que fuera, ſu Mageſtad añadiò, diciendo: Quando un grande Principe en la tierra ſe caſa, no ſe contenta con dàr à ſu eſpoſa joyas, y galas limitadas, ſino que le hace una, y otra gala, y le dà una, y otra joya; aſsi quiero Yo moſtrar contigo mi liberalidad, ſin poner eſſos limites à mis beneficios. Luego los Santos Angeles puſieron delante aquella fuente à las otras dos Divinas Perſonas, que ſe me deſcubrian menos, cada una de las quales echò en ella tambien tanta riqueza, que no ſe puede decir; porque ſegun al alma ſe repreſentaba, no era la cantidad al modo de las de acà, ſino ſin comparacion mayor. Luego quatro Santos Angeles, tomando cada uno de la punta de un rico frutero, cubrieron con èl la fuente, y me la trajeron, dejandome llena de aquellos ricos bienes. Con eſto ſe levantò el Señor, y ſintiendo mi alma ſu auſencia, y deſeando ſeguirle, mandò ſu Mageſtad à mis Señores los Angeles, que me llevaſſen al Cielo; y haviendolo hecho, eſtuve en aquel Señor Trino, y Uno en una union eſtrechiſsima, haſta que volviendo en mì, me hallè en mi rincon. Sea el Señor bendito. Amen.

„Aunque es de Fé, que todo lo que „Dios obra fuera de sì, y todos los bienes „que comunica al alma, es con una miſ„ma accion de las tres Divinas Perſonas, to„davia en eſtas viſiones imaginarias, como „muchas veces otras havemos viſto, y ve„remos adelante, ſuele repreſentarſe, que „cada una de las Divinas Perſonas obra „de por sì, y comunica ſus dones par„ticulares, para ſignificarnos el Señor con „quánta verdad ſu Igleſia en los efectos, „que ſabe, ſon unos, è indiviſos del miſ„mo Dios; por cierta proporcion, y ſe„mejanza, atribuye unos à una, y otros à „otra Divina Perſona, como los efectos „del poder al Padre, de ſaber al Hijo, de „amar al Eſpiritu Santo. Mucho deſpues „recibiò ſu Sierva de Dios otro mayor fa„vor en la miſma materia; y para cono„cer el grado en que eſtaba ſu alma, aun„que lo pagò el cuerpo en los dolores gra„viſsimos (de que otras veces he hablado) „con que quedò, cauſarà demàs eſta mer„ced preſente ſingular admiracion à las al„mas devotas, que la leyeren, viendo aquel „Señor de la Mageſtad, que tan facilmen„te puede proveer à los pobres que quie„re remediar: tan ſuave por otra parte en „ſu gobierno, que parece que anduvo co„mo buſcando trazas para que por medio „de eſta Virgen ſe remediaſſen en tiempo „de hambre algunos pobrecillos, como ſi „neceſsitára èl de humanos inſtrumentos „para la ejecucion de lo que pretende. Eſ„cribiò ella el ſuceſſo por el tenor ſiguiente:

Haviamos eſtado un buen rato una compañera mia, y yo deliberando en la preſencia de nueſtro Señor, ſobre ſi convenia que quedaſſe en nueſtra caſilla mas trigo de lo preciſo para la familia aquel año, por algunas cauſas, que ſe ofrecian para ello. Eſtando aſsi, ſe ſuſpendiò mi alma en ſu Dios; y ſu Mageſtad me dijo con un modo graviſsimo, y ſuperior: (y tal, que en èl miſmo, ſi yo no me engaño, ſe ſignificaba mucho) Mira, recoge quanto trigo pudieres; porque cada grano ſerà de grande provecho, porque Yo le multiplicarè ſobre manera para el remedio de las neceſsidades. Turbòſe mucho mi alma oyendo eſtas palabras, y dijele à ſu Mageſtad: Dios mio, y Señor mio, mira, por quien eres, que parece ſerà de grande eſcandalo, que ſe entienda, llegando la ocaſion, tenia yo ahuchada eſſa cantidad, eſtando en nombre de pobre: toca eſto à tu honra, y gloria, que de la mia bien ſabes tù no ſe me dà nada, y te la ofrezco de muy buena gana. Volviò ſu Mageſtad con aquel modo, que arriba dije, diciendo: Deja eſſo, y fialo de mì. Yo eſtaba tal, que no ſupe dejar de replicar, y preguntè: Cómo ſerà eſto, Señor? Cómo ſe ha de hacer, que tiene las dificultades dichas? No me preguntes mas, dijo el Señor, haz lo que te he dicho. Ha quedado mi alma con afliccion, aunque reſignada en la voluntad divina, y digo, (no sè ſi es por conſolarme à mì miſma, aunque ſon verdades) que muchas veces ſignifica Dios nueſtro Señor à un alma alguna coſa que haga, la qual es fuera de las reglas or-

ordinarias, y de ſu inclinacion, para probar ſu humildad, ſu reſignacion, ſu fè, y confianza. Con eſta confuſion, y mis ordinarios temores, me paſſaba por el alma un ſecreto penſamiento, un reparo como de lejos: Mas ſi ſerà Dios el que me hablò eſto? Con todo eſſo yo no podia dudar que era habla ſuya. Procurò el demonio en eſta ocaſion urdir una maraña, que à mi parecer tiraba toda à que no dieſſe credito à aquella verdad; pero conociòlo bien mi alma, por mas que ſe diſimulaſſe, y con eſto ſe fuè. Entonces me dijo el Señor: Bien has conocido al demonio: conoceme á mì, pues te doy luz para ſemejantes conocimientos. He quedado con deſeo de ſuplicar à nueſtro Señor, ſi fuere ſu voluntad, no ſean eſtas veras, ſino pruebas, porque yo me conozca, y reſigne. Haga ſu Divina Mageſtad en ſu indigna eſclava aquello que fuere ſu guſto, y beneplacito.

Luego la noche ſiguiente volviò nueſtro Señor à repetir lo miſmo, diciendo: Recoge todo quanto pudieres para las neceſsidades de los pobres. Y reparando yo, y haciendo cuenta con mi alma, ſegun mis temores, (que al parecer ſon demaſiados, ſegun que ſu Mageſtad me lo ha ſignificado, y dicho muchas veces mis Confeſſores) de quán cierta eſtaba de que era Dios el que eſto me decia, hallaba ſin duda era aſsi verdad, que ſi me tomáran juramento, juraria que era aſsi todo quanto mi entendimiento con luz clara de nueſtro Señor podia juzgar; y con todo eſſo me he quedado con mi poco de dificultad en pedir la limoſna; pero con reſignation, ſin reprehenderme haſta agora nueſtro Señor mi dificultad, por verme reſignada, aunque me ha reprehendido algo, y con ſuavidad de la demasìa de mis temores.

Paſſado eſto, y eſtando en el modo ordinario con nueſtro Señor, me ſobrevino un deſeo, con modo poco uſado en mì, de vèr, y ſaber en què eſtaria ocupada la parte ſuperior de mi alma, y en què miniſterio la tenia entonces ſu Mageſtad; porque deſpues de algunas ſubidas myſterioſas, la ſentia yo como muy remontada de mì en ſu gran Dios, y en aquellos divinos obſcuros, donde conocia, amaba, y gozaba de aquella grandeza debajo de un ſecreto ſecretiſsimo; y aunque ſentia yo eſto por mayor, pero no veìa lo particular, que entonces havia; y eſto parece que era lo que yo agora deſeaba conocer. Sucediame, pongamos por caſo, lo que à un Caballero noble, que llevando à un hijo querido ſuyo á la Corte, deſpues de havelle acomodado en Palacio, y con grandes ventajas en el ſervicio del Rey, ſe vuelve contentiſsimo à ſu tierra, gozoſo de dejar el hijo tan bien empleado, y en pueſto de tantas medras; y aunque carece de ſu viſta; pero conſuelaſe con la verdadera, y fiel noticia que tiene de que el mozo eſtà, no ſolo en ſervicio, ſino tambien à la ſombra, y favorecido de ſu Rey. Pues eſte tal padre, aunque auſente, ſepa eſto por mayor, y viva conſolado, quando tal vez ſe acuerda de ſu hijo, por mas que lo deſee, nò puede ſaber en què accion, y miniſterio particular ſe ocupa de preſente acerca de la Real Perſona, como ſi le ſirve á la meſa, ſi le acompaña, ſi le ayuda à veſtir, ò le entretiene, y aſsi de otros miniſterios ſemejantes. No sè ſi vale algo la comparacion, que como el myſterio es tan ſecreto, ni sè, ni puedo explicarme como quiſiera.

Con eſte modo, pues, de inclinacion eſtaba yo de ſaber, què hacia entonces la parte ſuperior de mi alma, quando oì al Señor, que me decia: Alma, què es lo que quieres, y deſeas? Mira que no podràs con tan grande luz, como es neceſſaria, para vèr lo que deſeas. Creciò en mì el afecto, y reſpondì anſioſa: Què: sì, sì podrè, mi Dios, con tu gracia. Mira, volviò el Señor, que no podràs. Pues aunque no pueda, repliquè yo, Dios mio, hazme eſta merced. Entonces aquella Divina Mageſtad abriò un gran relampago de una luz, que por ſu grandeza llamè inacceſsible, (y con todo, no sè lo que eſta palabra inacceſsible quiere decir) y vì, que eſtaba aquella parte ſuperior de mi alma inflamada, embeſtida, y como transformada en aquella luz inacceſ-

cesible. Y luego la vì tambien en el secreto, y hondura del Divino Sèr, comunicandola su Dios altissimas noticias de sus divinas perfecciones, de su Eternidad, de su Omnipotencia, y Sabidurìa: de suerte, que parecia que andaba mi indigna, y pobre alma dentro de su Dios, como el pez, que anda, y se señorea de las aguas adonde puede llegar (que nunca puede à todas) del rio en que se cria. Estaria de esta manera como espacio de tres Credos, hasta que perdida, y anegada del todo en aquel mar inmenso del Sèr Divino, se quedò assi, como de ordinario lo està por la divina misericordia. De esta suspension quedaron en el pobre cuerpecillo efectos bien trabajosos; porque se me levantò el pecho, y estomago de manera, que los huessos hacian sentimiento. Estuve en grande aprieto, y graves dolores todo el dia, y à mi parecer, con señales de muerte; pero como no es llegada la hora, passò dentro de cinco horas, ò seis el apretòn en que pareciò me moria, quedando con los dolores grandes todo el dia. Gracias al Señor, que sea siempre bendito, y hagase en mì su santissima voluntad. Amen.

„Viendo esta Virgen à su alma en tan „sublime grado, no era maravilla que „deseasse verla yà de todo punto desata„da de la carcel del cuerpo, para gozar „de lleno el bien por quien suspiraba. „Pero el Señor, que aùn queria que subies„se mas alta su perfeccion, fortaleciendo„le la naturaleza contra tan fuertes impe„tus del espiritu, y otros mil dolores, y „trabajos, le iba prolongando la vida, has„ta llenar por sus passos el colmo de mere„cimiento, à que desde la eternidad esta„ba predestinada. Assi lo apuntò ella bre„vemente en un membrete de once de „Agosto de seiscientos y veinte y siete, que „dice assi:

A once de este, estando muy mala, y y con gravissimos dolores, me pareciò, que por un modo espiritualissimo, y que no sè explicar, se me salia el alma por los ojos, narices, y boca, como quien se deslizaba del cuerpo; como quiera que sea, ella se fuè à la Celestial Patria, y se presentò delante de la Magestad de Dios nuestro Señor. Fui bien recibida de este gran Señor, el qual me dijo: Seas bien venida, alma: vienes à tomar la possession de la eterna morada, donde has de habitar para siempre? Sì, mi Señor, dije yo; pero queria desde luego quedarme acà. No, alma, respondiò el Señor, agora no conviene, sino como otro Jacob, sirve siete años por la hermosa Raquèl; y agora ayuda à tu hermana la naturaleza flaca, y debilitada. No quiso el Señor decir, (que se me diò à entender muy claramente) que havia de vivir siete años, sino trajo solo la comparacion de que se havia de ajustar el tiempo, y servicio con el premio que pretendia, y que por agora ayudasse el alma al cuerpo, que estaba necessitado. Gracias al Señor, y sea bendito. Amen.

„Acabò este capitulo con una merced „grande, que el Señor la hizo, en que „parece se cifra todo lo que se puede de„cir de su perfeccion, que fuè concedelle „el Señor acertasse en todo con su divino „beneplacito. Sucediò el caso en Enero de „mil y seiscientos y veinte y nueve; y re„fierelo ella por estas palabras:

Trataba yo con nuestro Señor apretadamente, llevada de unos grandes afectos, y ardientes deseos de acertar en todo con su santissima voluntad: parece que me deshacia, y dijele à su Magestad con todo el conato de mi alma, y sintiendo intimamamente que decia verdad: Dios mio, si toda la tierra, y Cielo, con su gloria, fuera mia, te la diera toda, y de todo mi corazon, con que Tú me dieras, que acertára yo à hacer en todo tu divina voluntad. Daba yo, y tomaba en esto mismo con grande fervor, quando vì cabe mì al Santo Padre Luis de la Puente: alegrème de ello, y dijele: Santo Padre, has oìdo lo que decia? Sì, alma, bien lo oì, respondiò el Santo. Pues ruegale al Señor, dije yo, y pidele muy de veras me conceda esto que yo le pido. Alzò el Santo los ojos à el Cielo, puestas las manos, y rogòselo al Señor. A mì, como estaba con aquella ansia, me pareciò se lo pedia el Santo tibiamente, y dijele: Santo Padre, pidese-

lo

lo al Señor con grandes veras, si no rogarè à estos mis Señores Angeles se lo pidan. A este tiempo vì à mi Señor, que con grande amor, y caricia me dijo: En verdad, alma, que me has agradado, y contentado mucho en tu ofrecimiento, y peticion. Yo lo acepto, como si realmente me lo dieras; y digote de verdad, que te concedo lo que pides de acertar en todo con mi voluntad. Yo quedè admirada de la bondad inmensa de este gran Señor, oyendo estas razones; y mirando al Padre Luis de la Puente, le dije: Santo Padre, has advertido la gran bondad del Señor?

Passado esto, de ahì à un rato, me dijo el Señor: Alma, vente conmigo, sube por ahì. Havia alli uno como passamano, que sirve de arrimo en las escaleras, que subia hasta el Cielo; pero no havia escalera: con esso respondì: No podrè por alli, mi Señor. Què: sì podràs, replicò el Señor, sube. Volví yo: No vèo por dónde. Entonces un Angel del Señor, me dijo: *Angelis suis Deus mandavit de te, in manibus portabunt te.* Y diciendo, y haciendo, puso debajo de mis pies la palma de su mano, y me llevò al Cielo arrimada à dicho passamano. Alli me uniò el Señor consigo por tres veces, porque de quando en quando parece que salia un poco de aquel divino abysmo, hasta que perdída en èl, me aneguè dichosamente del todo: de donde despues, saliendo como poco à poco, me hallè en mi rincon. Sea el Señor alabado para siempre. Amen.

CAPITULO XVII.

De algunos sucessos mysteriosos que tuvo subiendo à la Celestial Patria.

„AUnque en todas las materias, que „atràs dejamos tratadas, yà vimos „que los mas de los divinos favores, que „esta purissima Virgen recibiò de la mis„ma liberalidad de nuestro gran Dios, y „Señor, fueron siendo arrebatada su al„ma (y tal vez tambien el cuerpo, co„mo arriba dijimos) à la Patria Celestial, „todavia me pareciò conveniente poner en „algunos capitulos aparte algunas de sus „subidas mas mysteriosas à aquel dichoso „monte, donde triunfa la Ciudad de Dios, „por quanto se exprimen en éstas mas „claramente las penalidades, y dolores en „que estaba, y el merito, que de ahì se „le recrecia (que es la materia que tra„tamos al presente) quando el Señor le ha„cia estas mercedes. Otras subidas semejan„tes, que restan, (y son muchissimas) „se iràn entretejiendo en otros lugares mas „acomodados, conforme á los diversos „puntos, que tratarèmos. La que agora es„cribo fuè por fin de Febrero de seiscien„tos y veinte y quatro, muy pocos dias „despues que muriò el Santo Padre Luis de „la Puente. Cuentalo ella assi:

Muchos dias hà que padezco muy grandes, y extraordinarios dolores en todos los principales miembros del miserable cuerpo, à causa de aquel mysterio, que en otro papel escribì largo, quando la Magestad de Christo bien nuestro crucificado, me comunicò, al modo que mi flaqueza, y pequeñèz era capáz, y segun èl fuè servido, los tormentos, y dolores de su Sacratissima Passion. Estando, pues, en lo aspero de esta Cruz, y bien afligida, vì al Señor, que con grande amor, y benignidad me dijo: Criatura, y alma mia, si en mì pudiera caber compassion, y pena, la tendria de verte padecer en essa Cruz en que te tengo puesta, lo qual hago para mayor bien tuyo, y gloria mia. Pero descansa agora un poco en mì, y sube por las gradas de aquella mysteriosa escalera, que alli veràs, y entra en mi Celestial Ciudad. Llenaronme estas divinas palabras de un grande consuelo. Ví la escalera, corrì à ella con mucha prisa: comencè à subir con velocidad, y fuè tanto, y no sè cómo mi apresuramiento, que no reparaba en si iban, ò no conmigo mis Señores los Angeles. Lleguè con el mismo afecto à lo sumo de la escalera, y queriendo entrar la puerta de la Celestial Jerusalèn, se me puso delante un Angel muy superior, y de grande autoridad, el qual, deteniendome, con semblante magestuoso, me dijo: Tente, alma,

ma, adónde vienes con tanto apresuramiento, y à què? qué es lo que quieres? Oyendo estas razones, que con peso grande, y señoril tenor, me dijo el Santo Angel, quedème como turbada, y encogida toda, y respondí como pude, diciendole: Señor Angel, yo vine aqui por mandado del Señor de la Magestad, y en su nombre me dè licencia que entre. El entonces, con el mismo modo que antes: Cómo quieres tù, dijo, que crea Yo, que lo que dices es asi verdad? Qué señal, ò qué recado me trahes del Señor para que Yo te admita, y dexe entrar en esta Celestial Patria, donde ninguna criatura que viene en carne mortal puede entrar? Quedè con esto mas turbada, y confusa que al principio. Mirème à las manos, y al pecho, por si trahía algo en éste, ò en aquellas, y no viendo nada, me encogì suspensa. Bolvìme à mirar segunda vez, y vì, que en manos, y pecho tenia escrito de la mano de Dios, con letras de oro, un mandato para que me dexassen entrar. Alegre, y consolada con esto, le dije à aquel Soberano Portero: Señor Angel, mireme à las manos, y al pecho, adonde traygo la licencia del Señor de la Magestad: este es un privilegio suyo, dexeme entrar por amor de este Dios. Entonces él, haciendo una demonstracion como de quien miraba, y se contentaba de lo que veìa, dijo luego: Bien està, alma, muy buenos recados trahes, entra con la bendicion del Señor. Diòme con esto lugar, y entrè luego adonde deseaba.

Apenas me vì dentro de la Celestial Jerusalèn, quando me vì rodeada de todos aquellos mis Señores Angeles, que asisten en mi aposento. Estaba yo como admirada, y suspensa viendo la gloria, y belleza de aquel dichoso sitio: tendia la vista por unas, y otras partes, y veía muchos Angeles, y espiritus bienaventurados; y conocia con la luz que el Señor me daba, como su Magestad los estaba beatificando con su vista. Entonces, llegandose à mi los Angeles mis Señores, me dijeron: Alma, no te has de quedar aqui, à otro lugar has de ir de esta Ciudad de Dios, como el Señor lo tiene ordenado. Mis Señor, respondí yo, no conozco yo essos lugares, ni sè por dónde tengo de ir. Vente con nosotros, dijeron ellos, y te llevaremos adonde conviene, que cursamos, y conocemos bien estos caminos. Al punto fuè llevada mi alma, por ministerio de estos mis Señores, por un camino llano, que todo parecia que rebosaba gloria. De alli me subieron por unas gradas à una altura inmensa, adonde parece que moraba, y estaba como de asiento la Magestad de Dios nuestro Señor, y toda la Beatissima Trinidad. Postraronme delante de este gran Señor, teniendome asi un grande rato: luego me levantaron, y mirando yo à una parte, y à otra de aquellas alturas inmensas, donde todo era Dios, y mas Dios, no veìa otra cosa ninguna, ni Angeles, ni almas bienaventuradas. Quedème en una suspensa admiracion: luego, fijando los ojos intelectuales (à quien el Señor llenaba de luz suya) en aquel Divino Sèr, y en la Beatissima Trinidad, vì, y conocì aquel sacratissimo Mysterio: y como entendiendose, y comprehendiendose à sì mismo la Sacratissima Persona del Padre, producia un concepto, ò palabra mental; y como esta palabra eterna, ò concepto, es, y llamamos la Persona de su Unigenito Hijo. Vì, como amandose estas dos Divinas Personas, producen un amor, y este amor producido, es, y llamamos la Persona del Espiritu Santo, tres Personas distintas, y un solo Dios, una Divina Essencia. Estuve asi buen espacio de tiempo; y dandome el Señor otra nueva, y superior luz, conocì como aquel Dios Trino, y uno, por su grandeza inmensa era incomprehensible, y que ninguna criatura le podia comprehender, y conocer del todo; pero que el mismo Señor con su sabiduria, y grandeza se comprehendia à sì mesmo, y que tenia dentro de su Divino Sèr la vena de su gloria, sin tener necessidad para esso de ninguna criatura; lo qual se significaba por aquel modo de soledad de todas las criaturas Celestiales, en que estaba aquella Soberana Magestad, conforme entonces se me representaba. Todo esto conocì con tanta luz, que no hay palabras que puedan explicarlo. Con estas divinas

nas ilustraciones estaba tan suspensa, que ni sabia de mì, ni me conocia: entonces el Señor con una estrecha union me uniò consigo.

Quando bolví en mì me cogieron en sus brazos mis Señores los Angeles, y cubriendome con un velo muy resplandeciente, me bajaron, casi sin sentirlo yo, por las gradas por donde havia subido, y poniendome en aquel primer lugar donde estuve quando entrè en aquella Ciudad de Dios, me quitaron el velo con que me havian cubierto. Mirè como de antes por todo aquel lugar à una, y otra parte, y conocì como todos aquellos Angeles, y bienaventurados vian à Dios, y le gozaban, conforme à la diversidad de los merecimientos que la divina gracia liberalissimamente les havia comunicado; pero que ninguno comprehendia aquel Sèr infinito del Señor: luego, aunque estaba en esta suspension, se mirò mi alma à sì misma, y se vio toda ella encendida, y apoderada de un divino fuego, como un hierro sacado de la fragua, que siendo hierro por naturaleza, tiene la apariencia, y efectos del mismo fuego. Viendome tal, quedè en un espiritual deliquio como desmayada: entonces mis Señores los Angeles me bolvieron à cubrir con aquel velo mysterioso; por el qual parecia que salia fuego, y rayos de luz; y cogiendome en sus brazos otra vez, me pusieron en mi rincon, casi sin que yo lo sintiesse, quitandome entonces segunda vez aquel velo. Quedè de todo este mysterio con una admiracion tan profunda, que durando algunos dias, con mucha dificultad podia bolver en mì.

De alli à cinco, ò seis dias hizo su Magestad à mi alma otra grande misericordia en esta forma que he referido, aunque por diferente modo, y con algunas otras circunstancias, que por no alargarme mas aqui, y estàr escritas en otra parte, no digo. Solo añado, que entonces quedè anegada en el mar inmenso del Divino Sèr; de suerte, que en muchos dias no pude bolver en mì.

Un dia de estos, despues de haver comulgado, se hallò mi alma en un instante como vestida de Jesu Christo nuestro Señor, y se le comunicò la divina virtud, y los dolores que aquel Señor padeciò en su Santissima Cabeza, Pecho, y Espaldas, conforme à mi corta capacidad, y flaca naturaleza. Esto me durò muchos dias. Sea su Magestad eternamente bendito, que él sabe la confusion con que por obediencia de mi Confessor refiero estas cosas. Hagase su santissima voluntad. Amen.

„Al pie de este papel, escrito de letra „de su Confessor el Padre Miguèl de Oreña, como explicacion que havia oido de „boca de la santa Virgen, que la licencia „que en manos, y pecho llevan las almas „justas para entrar en aquellas moradas „eternas, y tener su conversacion en el „Cielo, son obras virtuosas, y de caridad, „y afectos de amor, con encendidos deseos de agradar perfectissimamente à „nuestro gran Dios, y Señor.

„Fueron los dolores, y tormentos que „esta sierva de Dios en este tiempo padeciò „atrocissimos, como à quien se daba à „beber parte del Caliz de la Passion de „Christo Señor nuestro. Era grande la embidia que el demonio tenia de verla tal; „pero mayor el animo con que ella padecia, y suavissimo el agrado con que el Señor, acetando siempre su sacrificio, à veces la consolaba. Veráse por lo que à este tiempo, y en esta misma ocasion le sucediò, y refiere assi, poco despues del sucesso passado.

Estando en la fragua viva de mis dolores, y martyrios, me diò el Señor fervorosissimos deseos de actos intensos de resignacion, y rendirme toda, y para siempre à su santissima voluntad. Contradeciamelos el demonio, dandome cruel bateria sobre que no podria con tanto: Y qué sabes tù, decia èl, si quiere el Señor que padezcas assi largo tiempo? Que si gusta que sea una eternidad, muy bien sabrà, y podrà él hacerlo, pero tù no podràs sufrirlo. Ensartaba en orden à esto otras muchas razones, que à mì me fatigaban, y afligian mucho. Resistiale yo, y peleaba contra èl, reiterando mis actos de resignacion con grande fatiga, y trabajo. A este punto mis Señores

los Angeles me llevaron al Cielo, adonde hincada de rodillas delante de la Mageſtad de aquel gran Señor, Dios Trino, y Uno, rodeada de aquellos mis Señores que me havian llevado, y eſtando cabe mí la Sacratiſsima Virgen Señora nueſtra, en preſencia de toda la Corte Celeſtial, de Angeles, y Santos, hice un acto fervoroſiſsimo de reſignacion en la voluntad del Señor, con que le entreguè ſalud, vida, cuerpo, alma, y voluntad, y qualeſquiera otras coſas mias; y muy particularmente me reſignè acerca de mis dolores, y trabajos, y ſu duracion; deſeando muy de veras el divino beneplacito en todo eſto, aunque ſu Mageſtad quiſieſſe me duraſſen en ſu rigor el mas vivo eſtos males por una eternidad. Todo eſto propuſe, y abracè con la divina gracia lo mejor que yo ſupe. En acabando eſte acto, me poſtraron mis Señores los Angeles en aquel ſuelo del Cielo, y me cubrieron con un rico paño de oro, y negro: tocaronſe unas campanas, que con conocer yo que tocaban como à muerto, era el ſonido ſuyo como de una muſica alegre, y ſuaviſsima. En acabando me deſcubrieron, y echandome el Señor benigniſsimo ſu bendicion, me bolvieron à mi rinconcillo. Sea el Señor bendito. Amen.

„Luego à treinta de Marzo de eſte „miſmo año, contando particularmente „otro genero de tormentos con que el de„monio la afligiò, y el favor que ſu Ma„geſtad le hizo, dice aſsi:

Seis ſemanas de Quareſma he padecido graviſsimos, y extraordinarios dolores, y martyrios tan terribles, que quando ahora me acuerdo de ellos, me parece ſeria impoſsible llevarlos otra vez quedando viva, todos cauſados del demonio, haviendole Dios dado licencia para ponerme como à otro Job, como el miſmo demonio me lo dijo amenazandome. Y llamandole yo padre de mentiras, y haciendo burla de él, me reſpondiò: No me crees? pues tù lo veràs. Y es verdad, que lo he experimentado yo, y los que han acudido à curarme, y conſolarme, lo han viſto, y laſtimadoſe de verme. Eſtaba, pues, entonces fatigada, deſgobernada, y con un aprieto interior grande; con una ſoledad triſtiſsima por las acciones de nueſtro Señor, porque mientras paſſan eſtas coſas, aunque la parte ſuperior de mi alma ſiempre eſtà unida con ſu Dios; pero la parte inferior de ella, la naturaleza, y ſus potencias padecian deſamparadas, y ſolo les quedaban unas anſias de reſignarſe ſiempre en la voluntad de Dios, y eſto era lo que yo procuraba en medio de eſtos aprietos. Aſsi paſſaba, quando en las ſeñales que ſuelo, reconocì, que el Señor me queria hacer alguna extraordinaria miſericordia, como ſolia de antes; y realmente me causò ſentimiento (porque por ſu bondad me hallo bien con padecer por él) y procurè divertirme, por no atender à las ſeñales del conſuelo que ſe iban deſcubriendo.

Pero hoy Sabado, treinta de éſte, antes de amanecer, ſentì que mis Señores los Angeles, que eſtàn en la ſala dorada, abrian las puertas de ella, y ſentados como en un eſcaño todos quatro, y el Angel menor en un taburete, aquellos con inſtrumentos muſicos, y éſte con una flauta, comenzaron à tocar, y cantar alabanzas del Señor, gaſtando alguna parte de la letra en darle particular alabanza, por la victoria que en eſtos dias me havia dado del demonio: luego los otros mis Señores Angeles, que aſsiſten en mi apoſento, tocando ſus inſtrumentos, y cantando en correſpondencia de los otros de la ſala, formaron ſu capilla, y reſpondiendoſe como à coros de una, y otra parte, duraron un buen rato en la muſica, que era con todo extremo ſuave, admirable, y divina. En acabando, ſe llegò à mì el Santo Angel de mi guarda, con ſus cinco compañeros, y me dijeron: Hermana, el Señor te quiere hacer merced, diſponte. Sonò en eſto un ruido grande en el Cielo; y añadieron eſtos mis Señores: Hermana, el Divino Eſpoſo viene à viſitar à ſu Eſpoſa: yo me congojè, y dije: No, mis Señores, tengo de divertirme, que ſoy muy pecadora, y miſerable, indigna de tanta miſericordia: muy bien me hallo en mi muladar, adonde el Señor me tiene pueſta eſtos dias; no hay que tratar de eſſo. Era mi afecto tal en eſta par-

parte, que ensartaba otras muchas razones à este proposito, y no acababa. Pues, hermana, respóndieron ellos, no has de querer lo que el Señor quiere, y hacer su voluntad? Dexa al Señor que haga en tì lo que fuere servido. En oyendo esto, me resignè en la voluntad del Señor, aunque siempre me quedò un no sè qué de repugnancia.

A este punto ví en la puerta del Cielo un rico pabellon, que parecia llenaba todo el mundo, y dentro de él à la Sacratissima Persona del Espiritu Santo, sin figura, ni forma imaginaria, sino como debajo de unos divinos obscuros, acompañado de millares de Angeles, que se venia ácia mì: llegò à mi aposento con suma autoridad, y magestad entre dulcissima musica de aquellos Celestiales Cortesanos: en llegando, todos los Angeles mis Señores, dexando los instrumentos que tenian en las manos, se postraron por tierra, y le adoraron, y bolviendo à levantarse, prosiguieron en pie con la musica de antes. Yo comencè à temer, y encogerme, y aquel Divino Señor, mysteriosa, y espiritualissimamente se llegò à mì, y me levanto un poco de mi lugar, diciendome, que aunque estaba resignada, todavia era con alguna repugnancia, y assi me dexò. Llegòse segunda vez su Magestad, levantòme otro poco, y se apartò luego; y viendome yà del todo resignada en su divino beneplacito, se llegò tercera vez, y me levantò, y uniò consigo, y llevò à la Celestial Jerusalèn en compañia de todos los Santos Angeles. Alli me hallè presente delante de la Beatissima Trinidad, y en aquel mismo lugar adonde suele estàr la parte superior de mi alma. Aqui, con grande amor, y caricia, me dixo el Eterno Padre: Seas bien venida, hija mia; y el Verbo Divino me dijo: Seas bien venida, amiga mia; y el Espiritu Santo: Seas bien venida, Esposa mia: toma la possession de la bienaventuranza, que has de gozar para siempre. No se puede explicar con lengua humana qué bienes son los que alli ví, y gocè, al modo que en esta vida mortal es possible gozarlos. Durò esta vista, y gozo poco tiempo: luego el Divino Espiritu me uniò otra vez consigo al modo primero, y me trajo à mi lugar; y en llegando, echandome la bendicion, dijo: Seas bendita del Padre, y del Hijo, y y de Mì, tù, y todo lo que tienes en tí, y sobre tì. Tenia yo muy à caso sobre la cama unos Rosarios, y en particular los bendijo su Magestad. Quedème suspensa, y quando bolví en mí, se havia acabado el mysterio. Alaben todas sus criaturas à este gran Señor. Amen.

„Quál sea esta sala dorada, y quiénes „los Santos Angeles que estaban en ella, „queda largamente contado en la primera „Parte. Parecióme tràs esta subida, y la „passada, en que se apunta lo que esta ad„mirable Virgen padecia con el demonio, „poner una, en que la Reyna del Cielo, „Madre de Dios, y Señora nuestra, la dio „un fuerte defensivo contra este comun ene„migo. Sucediò mas de dos meses despues „de lo dicho, (porque fue en Junio del „mismo año) y assi, dexando otras visio„nes, y subidas intermedias para sus pro„prios lugares, juzgo que viene ésta mas „al proposito del tenor, con que en ma„terias tan uniformes vamos diversificando „assumptos para historia tan divinamente „prodigiosa. Escribela ella en la forma si„guiente:

Una mañana, estando en mi ordinaria oracion, ví, que de un Divino Sol, que era el mismo Dios, salian unos rayos divinos, que daban en mi alma, y que por ellos iba yo subiendo hasta hallarme en el mismo lugar, adonde habita la parte superior de mi alma, que, como en otros muchos papeles escribì, habita en Dios. Iban conmigo todos mis Señores los Angeles. En llegando, me postrè delante de la Santissima Trinidad, adorando aquel Señor, y gozando à mi modo de aquel Divino Sèr. La Sacratissima Persona del Espiritu Santo me dijo: Seas bien venida, alma mia, y querida mia; vèn, y descansaràs en la Celestial Patria. Y luego, hablando con mis Señores Angeles, les dijo: Angeles mios, llevadla por la Ciudad, y recreadla. Yo me hallaba tan bien à los pies de mi Señor, que no queria ir, ni vèr mas

de lo que gozaba, y daba como con el codo à mis Señores, que me querian llevar, para que me dejassen. El Señor volviò segunda vez à mandar me llevassen à recrear; pero yo me tenia en buenas, y rehusabalo, como de antes, clavada la vista en aquel divino bien, que tenia delante. Tercera vez mandò su Magestad lo mismo à los Angeles; y dijome à mì: Agora bien, alma, vete con mis Angeles: yà te entiendo, Yo me irè contigo, y no te dejarè. Llevaronme, pues, en contorno de toda aquella Celestial Jerusalèn por la parte de adentro, y vì unos campos amenissimos, llenos de grandezas de Dios, y unos divinos lejos, que eran una soledad divina, donde el alma descansaba, y gozaba muy à solas de su amado, y Divino Señor.

Aqui se me desapareciò aquel Divino Sol, y siendo llevada poco à poco por esta mysteriosa soledad, en llegando al fin del rodèo, y al lugar de donde havia salido, vì un Trono Real muy hermoso, y grandioso, en el qual estaba sentada la gloriosissima Virgen Señora nuestra, rodeada de gran multitud de Angeles, que la revereciaban con cierto genero de adoracion, como à Madre del Señor. Era admirable, y singularissima la belleza de esta grande Reyna, llena de gloria, y de Magestad. Tenia una riquissima cintura de oro, perlas, y piedras preciosas, symbolo de su Purissima Concepcion sin pecado original; y un collar grandissimo de inestimable precio, symbolo de su enterissima Virginidad. Colgabale una rica joya al pecho, symbolo de lo mucho que al pie de la Cruz havia merecido, y de lo mucho que su Santissimo Hijo la havia comunicado alli de la virtud de su preciosa Sangre. Tenia sus manos llenas de sortijas de oro, con piedras finissimas, y muy resplandecientes, symbolo de las grandiosas obras, que hizo viviendo en esta vida mortal. Llegaronme mis Señores los Angeles adonde estaba su Magestad, y hinquème de rodillas. Entonces esta grande, y amabilissima Señora se levantò, y bajando unas gradas del Trono, saludandome con grande caricia, con igual amor, me echò los brazos. Yo me abracè con sus sagrados pies. Mandòme levantar: levantè la cabeza, que tenia muy junta à los pies de mi Señora, y quedè de rodillas pasmada en aquella divina hermosura suya, que es indecible. Dijome su Magestad: Hermana, no quiero que te vayas, sin que lleves algo mio. Quitòse una sortija de su mano, y pusomela en la mia, diciendo: Toma este anillo, que te servirà de amparo, y defensa contra el demonio, para que no te pueda dañar, y le ahuyentes de tì. Tambien por èl participaràs de mis virtudes, assi como el que toca unos guantes de ambar, se le pega algo de aquel olor, assi tambien à tì, recibiendo este anillo, se pegarà algo de mis virtudes, y oleràs à ellas. Dile quantas gracias pude à mi Soberana Señora. Y echandome sus Magestades, primero el Señor, y despues su Santissima Madre, la bendicion, mandò el Señor me volviessen à mi rincon, adonde mis Señores Angeles me trajeron.

Un dia despues experimentè bien la virtud del anillo, de que la Madre de Dios me hizo merced; porque vino el demonio à quererme hacer mal, como suele. Saquè la mano, y en viendo el desventurado aquel anillo, no pudo sufrir la luz, que de la piedra resplandeciente que tiene, le deslumbraba los ojos, y assi rabiando echò à huir. Sea este gran Dios, y su Santissima Madre benditos para siempre. Amen.

CAPITULO XVIII.

Prosigue lo mismo de otras maravillosas subidas de su alma al Cielo, juntamente con el cuerpo.

„ESte mismo año, despues del sucesso passado, antes que el Señor la „arrebatasse otra vez al Cielo, viò à los „demonios, que atormentaban una figu„ra de su alma. Sospechò, que para sig„nificar, que yà que no podia entonces „en la persona, mientras la defendia el „anillo de la Madre de Dios, por lo me„nos mostraban su rabia en vengarse de su „retrato, como acà la Justicia al reo que pu-

„pudo escapar el cuerpo, le castiga en es-„tatua. Cuenta ella asi esto, como la su-„bida al Cielo brevemente, diciendo:

Un dia de estos, en mi aposento, frontero de mi pobre lecho, vì quatro demonios muy fieros, que tenian entre las manos una forma humana, que se parecia à mì, y la maltrataban, y atormentaban, revolviendola de una parte à otra. Y aunque yo procuraba apartar la vista de esta vision, y divertirme, no podia, porque me llevaba trás sì los ojos, y me daba gran pena. Un Santo Angel de los que asisten conmigo los mirò, y al punto huyeron con gran priesa, y aquella figura humana se deshizo como humo. Luego ví bajar del Cielo un Santo Angel muy poderoso. En llegando, conocì era San Miguèl, el qual, poniendose en frente de mì, me saludò, diciendo: Criatura del Señor, el Omnipotente Dios sea en tu ayuda, y te ampare. Oyendo este modo de saludarme, congojème, pensando hablaba asi, porque el demonio trataba de hacerme algun grande mal. Pero el Santo Angel me asegurò no lo decia por esso, y que antes venìa para llevarme à la Patria Celestial; y con imperio grande, sin darme lugar de réplicas, me tomò en los brazos, (à mi parecer alma, y cuerpo) y poniendome en sus hombros, en un punto, con suma ligereza, me llevò al Cielo, y me presentò delante de la Magestad de Dios, diciendo: Señor mio, esta es la criatura, que vuestra Magestad me mandò traher delante de su divino acatamiento. El Señor me mirò con gran piedad, y como sacando mi alma del cuerpo, la tomò en sus divinas manos, y me uniò consigo mismo, dejando el cuerpo à mi parecer sin el alma; pero ni penado, ni desflaquecido, antes como muy contento, y alentado. Yo miraba el mysterio, y decia entre mì: Cómo puede ser esto? Pero no lo preguntaba. Entonces me dijo nuestro Señor: Yo te lo dirè: no has visto traher un collar de oro, ò Toysón à un Rey metido en una rica caja: sacan el Toysón de ella, ponenle al Rey muy cabe sì; pero guardan la caja para volvelle à guardar? Pues esto te ha sucedido à tì: saquè tu alma de la caja del cuerpo, y agora te la vuelvo. Volviò el Señor mi alma à su cuerpo, y mis Señores los Angeles me trajeron à mi rincon. Sea su Magestad para siempre bendito. Amen.

„Es maravillosissimo este rapto por mu-„chas circunstancias, que los Doctos pue-„den observar de lo que los Santos Padres, „y Sagrados Interpretes dicen, acerca de „las palabras del Apostol 2. Corinth. 12. „vers. 1. No tienen mayor reparo; pero „tienen mas doctrina los que se siguen, y „prueban todos por diversos modos, qual „era la vida, y perfeccion de afectos de „esta Virgen, con los quales se disponia „à tan extraordinarios favores, el que se „sigue fuè por Julio de este mismo año „de seiscientos y veinte y quatro, y re-„fierelo por estas palabras:

En la oracion ordinaria de esta otra mañana estaba yo haciendo muchos actos de amor de nuestro Señor, y de otras virtudes: parece que estaba fuera de mì con el afecto, y como embriagada del divino amor; y asi dije con grandes ansias: Mi Dios, deseo darte algo mio. En diciendo esto, me respondiò el Señor: Sì, alma, en buen hora, dame algo tuyo, que Yo lo recibirè de buena gana. Luego caì en mi demasìa, y atrevimiento, nacido de la fuerza de mi amor, y dije: Ay, Señor mio, yo no tengo que te dàr, soy pobre criatura tuya: todo lo que tengo, si es bueno, tuyo es, y te lo he dado yà; y si es mio, es malo, pecados, y miserias. Volviò el Señor: Sí, alma, dame algo de esso, que tienes. Señor mio, respondì, toma mi corazon, renuevale, limpiale, purificale, y enderezale. Añadì otras razones, todas enderezadas à resignarme toda en la voluntad de este gran Dios. Acetò su Magestad este ofrecimiento. Entonces mis Señores los Angeles me levantaron, y me metieron en uno como pedazo de Cielo de color azul, como el que acà vemos, quedando fuera de él la cabeza, y brazos, y me dijeron: Disponte, alma, que viene el Divino Esposo. Luego oì un so-

ſonido de campanas muy bien ordenado, y entre ellas un eſquilon muy ſonoro; el qual me parecia que intimaba al mundo las mercedes que el Señor hacia à ſus criaturas. Vì luego grande numero de Santos Angeles en eſte eſpacio medio, que hay entre Cielo, y tierra, que aparejaban, como en otra ocaſion eſcribi, el camino para la venida del Señor. Preguntè yo à mis Señores: Qué neceſsidad hay, Santos Angeles, de aparejar camino al Señor, pues ſu Mageſtad no tiene neceſsidad de nadie, ſino de sí miſmo, y él tiene en sí toda la grandeza, y belleza de Cielo, y tierra? Y reſpondieronme: Aſsi es verdad, hermana; pero noſotros los Angeles ſignificamos la ſujecion, y adoracion que hacemos al Señor con eſſas coſas que vès. Bajò en eſto del Cielo la Divina Perſona del Eſpiritu Santo entre alegre muſica de aquellos Sagrados Miniſtros, con grande mageſtad, y grandeza, y llegòſe muy cerca de mì, no en forma, y figura alguna, ſino eſpiritualiſsimamente, que ſolo el entendimiento pudo ſentirlo, y conocerlo. Ví tambien, que eſtaba alli Jeſu-Chriſto Señor nueſtro.

Entonces me dijo el Señor Dios Eſpiritu Santo: Alma, vengo à que me cumplas la palabra que me has dado de darme tu corazon. Yo me rendì luego con grande gozo, y alegria al Señor, diciendo ſe hicieſſe en mì ſu ſantiſsima voluntad, que alli eſtaba rendida como eſclava ſuya. Llegòſe con eſto à mì Chriſto Señor nueſtro, deſcubriendome el pecho, que eſtaba cubierto con aquel pedazo de Cielo, y con el dedo de ſu ſacroſanta mano hizo una cruz encima del lado del corazon, y con grande ſentimiento, y dolor muy ſenſible ſe me abriò aquel lado: llegò la Sacratiſsima Perſona del Eſpiritu Santo, y me ſacò el corazon de ſu lugar, diciendo: Vèn, alma mia, y gozaràs conmigo de mis grandezas, y de los bienes eternos de mi Celeſtial Patria. Con eſto bolviò el Señor à ſubirſe al Cielo, llevando conſigo mi corazon, y à mì miſma, que iba trabada de eſſe corazon miſmo con unos rayos de luz; de ſuerte, que me parece fui llevada al Cielo toda yo, alma, y cuerpo dentro de aquel Divino Eſpiritu, y Señor nueſtro. De alli miſmo, y de aquel divino pecho adonde eſtaba, vì en llegando toda aquella Corte Celeſtial, y la Gloria de los Bienaventurados, de la qual yo tambien gozaba á mi modo. Mis ojos corporales vieron grandioſos efectos del Señor, aunque muy diferentemente, que el alma los via, porque éſta los via con una luz muy ſuperior, y grandioſa; aquellos con una luz muy inferior, y como de muy lejos, como quien raſtreaba por la belleza de aquel Palacio la Mageſtad del Rey Divino. Deſpues dijo ſu Mageſtad à mis Señores: Llevad, Angeles mios, eſta criatura à ſu lugar, haſta el tiempo que tengo determinado de ſacarla de la vida mortal. Bolvì en mí del rapto, y hallème en mi rincon. Deſpues entendí del Señor, que la cauſa de haverme abierto el lado Jeſu-Chriſto nueſtro Señor con la cruz, para que el Divino Eſpiritu me ſacaſſe el corazon, era porque todas las miſericordias, y bienes que del Señor recibimos, ſe dàn por todos los merecimientos de la Paſsion, Cruz, y Muerte de Jeſu-Chriſto, bien nueſtro. Sea él bendito para ſiempre. Amen.

„Eſtas ſubidas al Cielo en alma, y „cuerpo de eſta Virgen, fueron eſte año „de ſeiſcientos veinte y quatro muy fre„quentes: veràſe mas por el papel que ſe „ſigue, que es de Agoſto proximo, don„de refiere las coſas maravilloſas, que por „ſus palabras pondrè, y ſon las ſiguientes:

Eſtos dias me ha hecho el Señor merced de tres veces, en diferentes tiempos, arrebatarme con gran violencia, y unirme conſigo miſmo, ſiendo llevada, no ſolo en eſpiritu, y parte ſuperior del alma, ſino tambien en cuerpo, y la naturaleza, durando eſto buen rato, hallandome deſpues en mi lugar con el cuerpo muy quebrantado, y la naturaleza muy dolorida; pero el rato que duraba la union, gozaba yo de ſu Mageſtad con gran conſuelo, y aſsi al deſaſirme, ſentia dificultad, y grande repugnancia en dexar aquello, y bolver acà. Eſtaba yo penſando qué queria el Señor de mí en viſitas tan amenudo, y tan extraordinarias. El Jueves, Octava de la Aſſump-

ſumpcion de nueſtra Señora, me dijo ſu Mageſtad: Alma, quieres venirte conmigo, y gozaràs de mis eternos bienes? Señor mio, reſpondì yo, haſme llevado eſtos dias, y quedo muy quebrantada. En verdad, alma, replicò el Señor, que te ha de coſtar trabajo ſi quieres venir. Yo me reſignè en ſus divinas manos, y que ſe hicieſſe en mí ſu ſantiſsima voluntad. En dando mi conſentimiento, mirò mi Señor à todos mis Señores Angeles, como quien les ſignificaba lo que havian de hacer. Llegaronſe con eſto à mì, diciendome: Hermana nueſtra, havemoſte de adornar para que vayas con el Señor; y los cinco de ellos mas ordinarios, que eſtàn conmigo, me deſpojaron de las veſtiduras, que ordinariamente tengo, dexandome con una ſola blanca: luego cada uno me fuè adornando con lo que trahia; todo eſto con aquel modo eſpiritualiſsimo, y tocamiento Angelico de ſuma gravedad, y modeſtia, que otras veces he contado. El primero me echò aquel como manto azul, ricamente bordado, que me cubre toda, y ſuelen ponerme en otras ocaſiones. El ſegundo me puſo encima del manto una eſclavina corta, muy precioſa. El tercero me puſo un velo ſobre la cabeza. El quarto Angel me diò un lienzo en las manos, que él trahia colgado de una punta. El quinto ſe llegò à mì, y inclinado, me calzò unos ricos zapatos, beſandolos primero; de lo qual yo me encogì mucho, y el Santo Angel me dijo: Dexa hacer, hermana, que los beſo por havertelos dado el Divino Eſpoſo.

Adornada aſsi, el Eſpiritu Santo, Dios, y Señor nueſtro, que preſente eſtaba, me tomò en ſus divinos brazos, y me llevò à la Celeſtial Jeruſalèn, acompañada de mis Señores los Angeles. Pareceme ſin duda alguna fui llevada toda yo en cuerpo, y alma: no me podia tener en pie, y aſsi en llegando me puſieron en el ſuelo de aquel Cielo, que era de color azul, como el que acà vemos, teniendo el roſtro buelto al Señor Dios, Trino, y Uno. Puſo los ojos ſu Mageſtad en mì, y echòme ſu ſantiſsima bendicion: luego los Angeles comenzaron una celeſtial muſica, cantando alabanzas al Señor, dandole gracias por ſu bondad infinita primero, y luego por las miſericordias que hacia à ſus criaturas, en eſpecial à mì, como admirados de las que yo recibia. En acabando eſta muſica, me levantaron los Angeles; pero tampoco pude tenerme en pie, y aſsi me bolvieron à poner en el ſuelo, y me ſumí en el miſmo Cielo, quedando fuera de él ſola la cabeza, brazos, y pecho, buelto el roſtro como de lado. Preguntè à mis Señores, por qué me havia ſumido? Y reſpondieronme, que para darme à entender, que en aquella Celeſtial Patria nadie, viviendo en carne mortal, podia eſtàr del todo en ella. Eſtando aſsi, ví frontero de mì un Divino Sol, que era mi Señor: echaba de sì belliſsimos reſplandores, rayos divinos de luz: hiriòme con ellos, y trajome à sì, ſacandome de donde eſtaba metida, haſta unirme toda conſigo miſmo: gocè de ſu Mageſtad, y de ſu Divino Sèr gran rato, con gran conſuelo mio.

No me eſtorvò eſta union el poder hacer reflexion ſobre mì, y conſiderar tantas, y tan extraordinarias miſericordias, y favores como el Señor me ha hecho, y hace continuamente, y la intima comunicacion à que ſu Mageſtad por ſola ſu bondad inmenſa me admite. Viendome, pues, adornada de las galas que mis Señores me puſieron, y acordandoſeme la grande repugnancia que las otras veces (como dije al princio) de dexar aquel bien, y bolver à las miſerias de la tierra, le dije entonces con fervoroſo afecto à nueſtro Señor: Verdaderamente, Dios mio, me admiro mucho de tu divina bondad, de que uſes conmigo de tales miſericordias; pues, Señor mio, yo las renuncio de muy buena gana, y no quiero gozar de ellas, ſi Tù aſsi lo quieres; ni eſtàr aqui contigo, ſino bolverme à mi rincon, y à mi nada, y aſsi padecer todo el tiempo que fuere tu ſantiſsima voluntad, y dexarlo todo por Ti. Oyò el Señor mi ofrecimiento, hecho con las mayores veras, y reſignacion que yo pude, y dijome: Por cierto, alma, que me has agradado, y contentado en eſſo: Yo te doy

pa-

palabra de darte todas las coſas que renuncias al doblo, y à Mí miſmo eternamente, como otras veces te lo tengo ofrecido.

Tràs eſto, unida con el miſmo Señor, me trajeron à mi rincon, adonde bolvì en mì del rapto. Hallème deſpues cuidadoſa, y eſtaba como perplexa, rebolviendo en mi corazon eſte ſuceſſo; porque me parecia que havia ſido llevada al Cielo toda yo en cuerpo, y alma, eſpiritu, y naturaleza, y que me havia ſentido alli toda; y por otra parte tambien me parecia, que alguna vez me ſentia acà en mi rincon: con eſto no acababa de entenderme, ni de conocer myſterio tan ſecreto. Entonces me dijo el Señor: Vèn acà, alma, qué eſtàs vacilando, y dudando? Yo no eſtoy todo en el Sacramento del Altar, y en qualquiera parte de él, y en muchas Igleſias? Sì, mi Señor, reſpondí yo; pero eſſo es Fè, y aſſi lo creo; pero eſte otro punto mio es materia diferente. Tambien es Fè, bolviò el Señor, que ſoy Omnipotente, y hago lo que quiero Yo: ſin dexar la dieſtra de mi Padre, bajo, y aparezco à alguna alma, à quien quiero, y amo mucho, aunque raras veces, y por razones graviſsimas; y aſsi puedo hacer eſſo que tù dudas. Quanto, y mas, que Yo en ſer de Dios eſtoy en todo lugar, y adonde quiera que eſtoy, es Cielo para Mì, y puedo aqui obrar eſta obra, que ſoy todo poderoſo. Eſto me dijo el Señor, que ſea eternamente bendito. Amen.

„La reſpueſta del Señor, aunque bre-
„ve, eſtà como ſuya llena de myſterios.
„Sacanſe de ella la reſolucion de algunas
„dudas, que hoy altercan los Theologos,
„y Sagrados Expoſitores, con bien contra-
„rios pareceres unos de otros. Dudaſe ſi
„alguna vez, deſpues que Chriſto Señor
„nueſtro ſubiò al Cielo, (fuera del modo
„myſterioſo con que la Fè nos enſeña vie-
„ne realmente à la Euchariſtia) bajò ſu Ma-
„geſtad à la tierra en perſona, ò ſi tantas
„veces como lo vèn los Santos, es ſolo
„por imagenes, y figuras, que vivamente
„repreſentan al Señor, ò yà elevadas ſus al-
„mas le vèn allá en el Cielo, como ſi le
„vieran acá. Aqui dice el Señor, que aun-
„que raras veces, y por graviſsimas cauſas
„baja realmente en ſu propria Perſona; y
„es muy conforme à lo que los Santos Pa-
„dres, y ſagrados Interpretes dicen (lo
„qual à mi pobre juyzio no ſe puede ne-
„gar ſin hacer conocida violencia à mu-
„chas palabras del Sagrado Texto) de que
„aſsi bajò el Señor à la converſion de San
„Pablo. Dudaſe tambien, y mas conten-
„cioſamente, ſi yà que el Señor baja à la
„tierra, deja por entonces el Cielo, ò ſi
„realmente ocupa dos lugares circunſcrip-
„tivamente? Parece que ſignifica ſu Mageſ-
„tad aqui, que eſto no implica, y que real-
„mente ſu omnipotencia puede poner ſu
„Cuerpo en diverſos lugares con diverſas
„ubicaciones, no ſolo difinitivas, ſino tam-
„bien circunſcriptivas: y noteſe, que del
„poder que tiene, como la Fè nos enſeña,
„para aquellas, hizo ſu Mageſtad argumen-
„to para facilitarnos à creer eſtas otras. Y
„aſsi ſoſſegò à eſta Virgen, enſeñandola,
„que no era impoſsible, ſintiendoſe toda
„en el Cielo, tal vez juntamente ſe ſintieſſe
„en la tierra; pues podia El con ſu omni-
„potencia ponerla toda en dos lugares.
„Añadiò el Señor, para mayor conſuelo de
„eſta ſu querida Eſpoſa, otra maravilla de
„ſu poder, (que es ſin controverſia) enſe-
„ñandola, que como en quanto Dios eſtà
„en toda parte, donde quiera podria obrar
„como en el Cielo. Como quien la decia,
„ſi yo no me engaño, que no acontecia
„eſto ſiempre poniendola en dos lugares,
„ſino que teniendola realmente acà en la
„tierra, y en aquel rincon, alli le manifeſ-
„taba los ſecretos del Cielo, y à sì miſmo.
„De ſuerte, que podia parecerle à ella, que
„eſtando acà, eſtaba tambien allà.

CAPITULO XIX.

Refiere favores ſemejantes, de los quales ſe infiere ſu mucha perfeccion.

„Aunque no hallo el dia de eſte favor,
„que ahora eſcribirè; pero hállole
„en el miſmo año, y mes que el paſſado, y
„ſegun el numero de los papeles, debiò de
„ſer pocos dias deſpues. En eſte, pues, di-
„ce aſsi:

Una

Una de eftas mañanas eftaba en mi ordinaria oracion, y vì à Chrifto bien nueftro puefto en efta Cruz, muy dolorido. Yo con mis temores procurè divertir la imaginacion de efta vifta, y eftarme en mi exercicio; porfiaba piifsimamente el Señor en traerme à sì, y perfeveraba yo en mis encogimientos. Entonces me dijo fu Mageftad: Acaba alma, que me tienes laftimado: mira qual eftoy. Al fin, el Señor me traxo à sí mifmo fin mudarfe, y me pufo atraveffada encima de la Cruz, al modo que un Paftor pone fobre fus ombros una ovejita. Eftando afsi, entendì que fu Mageftad fe queria fubir al Cielo, del modo que eftaba, y decia entre mì: Què tiene que vèr Cielo con Chrifto crucificado? Allà refucitado, y gloriofo eftà efte Señor. Pero èl, como dueño de los penfamientos, que vè los mas ocultos, me refpondiò: No quieras averiguar mis juicios, ni juzgar mis determinaciones. Luego efte Señor por sì mifmo, poco à poco fe fué fubiendo al Cielo, llevandome como eftaba encima de fu Cruz. En llegando como à la puerta del Cielo, antes de entrar, fe rafgaron los Cielos, y faliò el Eterno Padre, que con grande amor, y agrado dijo: Efte es mi Hijo muy amado, en quien yo me agrado mucho. Ví mas, que el mifmo Padre Eterno le quitò de la Cruz, limpiòle las heridas, y fe las fanò, dexandole folas las feñales de las cinco llagas, y como allà dentro de èl mifmo, que no fabrè explicar, como la raíz de fu Pafsion, y muerte. Viftiòle ricas veftiduras Reales; pufole Corona Imperial en la cabeza, y tomandole por la mano, le entrò en el Cielo, llevandome Chrifto Señor nueftro à mì configo, y me pareciò que iba yo en figura de ovejuela, y quedème à fus fantifsimos pies.

Eftando de efta manera, prefentò el Eterno Padre aquella fantifsima humanidad, unida al Verbo, à toda la Celeftial Corte, diciendo: Efte es mi Hijo muy amado, en quien mucho me he agradado; es vueftro Dios, Rey univerfal de Cielos, y tierra, adoradle, y glorificadle para fiempre, y cantadle infinitas alabanzas; porque por èl, y fus divinos merecimientos, fe os ha dado la gloria que poffeeis; holgaos en èl, como en vueftro Salvador. Entonces, poftrados todos los Bienaventurados, hicieron lo que el Señor les mandaba. Defpues de efto, Jefu-Chrifto Señor nueftro, hablando con fu Eterno Padre, dijo afsi: Padre mio, aqui te traygo, y prefento efta ovejita, como la mueftra del paño de las almas que hay en el mundo, para que la hagas merced, y mifericordia. A efte punto me hallè en mi propia figura, hincada de rodillas à los pies del Eterno Padre, veftida, calzada, y adornada con los veftidos ricos, joyas, y corona, que en otra parte digo me dio el Soberano Efpiritu. Admiréme de verme afsi; y mirandome el Eterno Padre, dijo: O què buena mueftra! Por cierto que me agrada mucho; y añadiendo otras muchas razones à efte talle, mandò à fus Angeles me llevaffen à recrear por toda aquella Patria Celeftial. Hicieronlo afsi, y luego pufe los ojos en aquel Dios nueftro, que eftaba en un Divino Sol, el qual, enviftiendome con fus rayos, fe uniò conmigo eftrechifsimamente. Volvì defpues en mì, y hallème en mi rincon. Sea el Señor eternamente alabado. Amen.

„San Ambrofio, y otros Padres, en la „parabola de la oveja perdida, efcriben, „que los ombros en que el Divino Paftor „traxo fu ovejuela para reducilla al Celef„tial Aprifco, fon los brazos de la Cruz, „ò los brazos del Señor crucificado, por„que por ella nos ganò. Efta verdad à la „letra quifo el Señor enfeñar en la vifion „prefente. El decirfe que dentro de Chrif„to Señor nueftro, yà glorificado, queda„ba la raìz de fu muerte, y Pafsion, pa„rece que es fignificar, que aquella muer„te dejò en el Señor una raìz fiempre vi„va, no para volver à morir, fino para „fructificar fiempre, y producir cada dia „muchos frutos, como fi actualmente ca„da dia muriera por noforros. Semejante „es la vifion, que en efte mifmo capitulo „pondrè abajo, poniendo otras que fue„ron intermedias.

„Acabo con los favores, que en efte año „de feifcientos y veinte y quatro recibiò „en efte genero, con uno que tuvo por „me-

„medio de la Reyna del Cielo, y ella re-
„fiere asi:

Jueves diez y nueve de Diciembre, à las dos de la mañana, poco mas, ò menos, vì à la Santissima Virgen nuestra Señora, que llegandose à mì, me dixo: Vèn, hermana, conmigo, y llevartehe por un camino, por el qual no has ido hasta agora; y haviendolo rehusado con los temores que suelo, no pudiendo mas, volvì los ojos, y vì una escalera que iba al Cielo, semejante à la que otras veces he visto, por la qual comenzò à subir aquella Soberana Señora, llevandome contigo; pero con esta diferencia, que su Magestad iba por el cuerpo de la escalera, y yo por defuera de ella, à un lado de la misma. Ibame yo admirando de que me llevasse de esta suerte aquella gran Señora, sin que la escalera me sustentasse. En llegando à la puerta del Cielo, antes de entrar dentro de èl, me dixo: Quierote declarar el mysterio de haverte trahido por fuera de la escalera, hasta llegar aqui: significa esto, que asi como no es possible naturalmente que el cuerpo suba à lo alto sin escalera, ò cosa en que estrive, y sustente su peso, asi no es possible que haga ninguna alma estas subidas espirituales, y sobrenaturales, sin ser trahida por Dios, y con los favores de su gracia. Entramos dentro del Cielo, y luego me presentò delante de la Beatissima Trinidad, adonde el Santo Angel de mi Guarda, que nos acompañaba, me postrò. El Eterno Padre con muestras de amor me dijo: Alma, seas bien venida. Tras estas palabras, dijo la Virgen Señora nuestra otras, que yo no entendì; de las quales se siguiò, que cada una de las Personas Divinas, Padre, Hijo, y Espiritu Santo, cada una de por sì, me diò una como forma, à la manera que quando se comulga. Estando yo con grande admiracion mirando este mysterio, me dijo el Señor, que estas formas eran representacion de las tres Missas que se dicen el dia de Navidad, y de los Mysterios que en ellas se representan; conviene à saber, el Nacimiento eterno del Verbo Divino, en que nace de la misma substancia, y naturaleza del Padre, Dios de Dios: el Nacimiento temporal, en que naciò este Verbo hecho Hombre de las Entrañas Purissimas de la Virgen nuestra Señora: el nacimiento espiritual, en que por gracia, y caridad nace en las almas. Acabada la vision, me hallè en mi lugar. Sea por siempre alabado.

„Trae la explicacion del Mysterio de las
„tres Missas, que cada Sacerdote dice dia
„de Navidad, sobrescrito de Divina, y en-
„señada de nuestro gran Dios, y Señor.
„Alabenle sus criaturas, pues ama tanto à
„las almas, que por honrallas quiere que
„el mismo Sacramento, adonde Christo, ò
„se reproduce en sì mismo, ò en nuevo
„lugar, como es symbolo de los dos Na-
„cimientos suyos inefables, lo sea tambien
„del nacimiento con que nace por gracia
„en las almas que justifica. Luego à diez de
„Enero de seiscientos y veinte y cinco le
„sucediò otra mysteriosa subida, que es-
„cribe ella de esta manera.

El Viernes diez del presente me hallè toda la noche muy mala, con unos ardores, y fuegos, que me abrasaba todo el cuerpo, sin poder dormir, ni sossegar un breve rato. Vì entonces la Magestad de Dios nuestro Señor, que compadeciendose de mis dolores, me dixo: Què has, Alma? Què tienes? Señor mio, respondì yo, estoy como ves, dolorida, y tras esso, mis interiores temores tambien me afligen. Tu enfermedad, respondiò el Señor, no es de muerte, sino para que se manifieste mas mi gloria; dandome à entender, que su Magestad no me tenia por enferma en quanto al alma, aunque yo me tenia por tal. Mi Señor, volvì yo, quando me hallo con tantos dolores en el cuerpo, y fatigas en el alma, me parece que no me amas, pues te encubres. Y quando yo, dijo el Señor, entreguè à mi Hijo en manos de pecadores, que me le maltrataron, y dì licencia al demonio que le persiguiesse, queriale bien? Si por cierto; pues asi lo hago contigo, que si me aparto algunas veces, es para que puedas padecer, y me glorifiques padeciendo.

A todo esto estaba presente el Santo Padre Luis de la Puente, y como sonriendose, me dixo: Agora, alma, gana tienes

de

de irte con el Señor à la Celeſtial Patria: yo te llevarè, vente conmigo. Sì tengo gana, reſpondì yo, confieſſolo; pero no quiero, Santo Padre, que tù me lleves. Pues por què? replicò èl. Porque eres hombre, dije yo, y no acoſtumbro ir con ellos. Al punto que dije eſto, ſe apareciò el Marquès de Siete Igleſias muy regocijado, y dijo: Tambien yo la he combidado para lo meſmo algunas veces, y no ha querido. Añadiò entonces el Santo Padre Luis: Pues, y bien, los Santos del Señor, que te han viſitado, y algunas veces te han llevado, no ſon hombres como noſotros? Aſsi es verdad, reſpondí yo; pero como no los conocì en eſta vida mortal, no me han cauſado tanto encogimiento. Si el Señor ſe ſirve que yo vaya à la Celeſtial Patria, mis Señores los Angeles me llevarán, como ſuelen de ordinario. Aprobaron los Santos mi encogimiento.

Llegaron à mí luego mis Señores los Angeles, diciendo, que el Señor queria que ſubieſſe à la Celeſtial Jeruſalén, y ſentì, que la Sacratiſsima Perſona del Eſpiritu Santo bajaba à mi apoſento, no con el ruido, y grandeza que otras veces, ſino con ſilencio, y ſe uniò eſtrechamente à mi alma, llevandome conſigo, acompañada de mis Señores los Angeles. Sentì en el alma ſumo gozo, contento, y alegria por una parte, y por otra juntamente grandiſsimos dolores, y penalidades en el cuerpo. Cauſó eſto gran novedad en mì, porque caſi nunca lo havia experimentado. Dijome ſu Mageſtad entonces: De què te admiras? Eſte es un raſguño de lo que paſsò por el Alma del Hijo de Dios Jeſu-Chriſto, vueſtro Salvador. En llegando al Cielo, me preſentò el Divino Eſpiritu al Eterno Padre, el qual me dixo en latin: *Sede à dextris meis, donec ponam inimicos tuos ſcabellum pedum tuorum.* En oyendo eſto, me admirè, y encogì mucho, y ſu Mageſtad añadiò: No te lo digo como lo dije à mi Hijo, ſino digotelo como à uno de mis hijos adoptivos mas queridos. Vén acá, tú no tienes debajo de tus pies todo lo criado, pues todo lo has dejado por mì? Sì, mi Señor, reſpondì yo, todo quanto hay en el mundo, aunque con mil imperfecciones, lo tengo dejado; y querria antes padecer mil muertes, que hacer un pecado venial à ſabiendas, y de propoſito, y aunque fuera en ello la ſalvacion del mundo, no lo harè, ſabiendo que lo es. Pues ſiendo eſſo aſsi, dijo el Señor, de què te eſpantas de lo que te he dicho? Eſtuve allí un rato gozando de eſte bien, y quedème ſuſpenſa en èl, y deſpues, buelta en mì, en mi rincon. Sea el Señor bendito. Amen.

„Eſte Marqués de Siete Igleſias es Don „Rodrigo Calderon, cuya penitencia, y „mercedes, que el Señor le hizo en la pri„ſion, quedan larguiſsimamente eſcritas, „por mandado del miſmo Señor, en la pri„mera parte. El recato de eſta puriſsima „Virgen quando moza, en no vèr, ni con„verſar à hombres, ſe le entrañò tanto, „que aun quando anciana, ſentìa un modeſto „empacho, y ſanto encogimiento con ſo„la la ſigura humana de hombres, con que „los Santos ſe le repreſentaban; hay de eſ„to raros exemplos en la primera parte, y „reſtan algunos, que adelante en ſus luga„res ſe irán apuntando.

„Parecida en algo à la viſion con que „empecè eſte capitulo, en que eſta Virgen „ſe viò en forma de ovejuela, pero con „muy nuevas circunſtancias, es la que ago„ra eſcribe de eſta manera, y fuè por vein„te y ſeis de Febrero de ſeiſcientos y vein„te y cinco.

Miercoles à veinte y ſeis de Febrero vì venir à mi apoſento al Santo Padre Luis de la Puente, el qual ſe ſentò en aquella ſilla myſterioſa, como otras veces, y ſe eſtuvo aſsi un poco de tiempo en ſilencio: deſpues ſe levantò, maravillandome yo de que ſe fueſſe ſin decirme nada. Luego vì que venia gran multitud de Angeles, unos con cirios, otros con vanderillas, otros con otras inſignias. Eſtaba el Santo en pie mientras iban entrando todos, y eran en grande numero. Deſpues vì que ſe poſtraba el Santo Padre, juntando la cara con el ſuelo de aquel lugar adonde eſtaba, como haciendo profunda reverencia à alguna perſona que venia. Llegò en eſto uno que pare-

recia algun grande Principe, y era el ultimo que cerraba aquel gran acompañamiento. Paróse en llegando al Santo Padre, y mandóle levantar: se puso à hablar con èl, y no sè lo que le dijo; pero vì, que en oyendo aquellas palabras, el Santo Padre baxò unas como gradas, y acompañado de algunos Angeles, se llegò adonde yo estaba, y puesto à mi lado derecho, me dijo una oracion; y echandome su bendicion, se volviò al lugar que de antes. Luego aquel gran Principe que dije, en habito, y trage de Pastor se llegò à mí por el mismo lado, y con grande magestad me dijo en Latin: *Ego sum Pastor bonus, & cognosco oves meas, & cognoscunt me meæ.* Y luego con un modo espiritual, y decentissimo me arrebatò à sí, y puso mi alma sobre sus ombros, en figura de una ovejuela muy mansa. Teniendome assi aquel Divino Pastor, acompañado de aquellos Celestiales Espiritus, se subiò al Cielo, adonde delante de las Tres Divinas Personas, Padre, Hijo, y Espiritu Santo, la descargò, y puso sobre el suelo de aquel Cielo, adonde de repente aquella figura de oveja se mudò en la de un alma hermosa, al modo que se suele pintar acà.

Entonces le dijo este amabilissimo Pastor al Eterno Padre: Aqui, Señor, os traygo esta mi ovejuela, à quien redimí con mi Sangre, en quien me he complacido, y que tiene mis insignias en las manos, pies, y costado; y tomandome las manos, descubriò las señales que en ellas, y en las demàs partes tenia. Luego el Eterno Padrê, mostrando grande contentamiento, dijo: Vivo yo, no la he de dejar jamás. Luego, tomandome las manos, mirò su Magestad las señales que tenia en ellas, y de la misma manera el Hijo, y luego tambien el Espiritu Santo. Estaba yo atendiendo à estas cosas; y aunque quando suceden otras semejantes, rara vez hace reflexion sobre sí la persona à quien se muestran; pero en esta ocasion, de quando en quando la hacia, y sentí que algunas veces escupia con la fuerza de los achaques de estos dias, que los padezco grandissimos. Admirábame mucho de vèr, que parecia estaba yo allí casi toda, y que acà no havia quedado mas que sola la armadura del cuerpo (à la manera que quando acà exprimen mucho una naranja, no queda mas que la corteza, y armadura seca) con todo esso sentia que el alma estaba tambien animando acà el cuerpo, pues escupia, y sentia el efecto de sus achaques. Mysterios son, que apenas puedo comprehendellos, y de ningun modo sè explicarlos mas.

En efecto, yo me quedè con la Sacratissima Persona del Espiritu Santo, el qual me levantò à un lugar alto, donde ví à mi alma como partida en dos, una en la figura que dije en este papel, y otra en aquel modo espiritual, y mucho mas levantado, del qual he hablado otras veces. Y como si realmente fueran dos, aquella parte superior hablò con esta otra, y le dijo: Seas bien venida, amiga, que has de gozar para siempre conmigo de los bienes de acà: no puedes agora vellos; pero llega, y gozaràs lo que pudieres. Entonces cayò sobre mí una como nieve blanquissima, que me confortò, y parece que de aquella parte superior se infundiò en mí una secreta virtud, y aliento, para vèr de algun modo, y gozar de aquellos bienes á que no era possible llegar. Estuve assi un poco, y baxandome al lugar donde antes estaba, me enseñò Jesu-Christo Señor nuestro los coros de los Angeles, y los ordenes de los Bienaventurados. Y luego, mostrando su Omnipotencia, me tomò por un solo cabello de la cabeza, y con grande suavidad me volviò à mi rincon, donde me puso en manos de mis Santos Angeles: mandòles que me alentassen, y confortassen. Ellos lo hicieron assi, con la solicitud, y destreza que suele tratar un diestro, y caritativo enfermero à un enfermo muy flaco, y que està en punto de espirar.

Luego, como la vez primera, baxò de aquel su lugar que dije el Santo Padre Luis de la Puente, y me dijo una oracion, y se volviò adonde antes estaba. Y admirandome yo de estas cosas, y deseando saber la significacion de ellas, me dijo el Santo Padre: Sabete, que me ha dado Dios muy grande mano en tus cosas: y assi como vi-

vien-

viendo en vida mortal cuidè tantos años de tí, no solo en las cosas espirituales, sino tambien en las naturales, midiendo las penitencias, y disponiendo las materias de suerte, que no desfallecieste la naturaleza; assi tambien ahora, por divina ordenacion, tengo cuidado de las cosas de tu alma, y de las de tu cuerpo, para que la naturaleza no enflaquezca de suerte, que se acabe la vida; y diciendo esto, se despidiò de mí.

El dia siguiente vi à Jesu-Christo, Señor nuestro, en figura de un Sol hermosissimo, que viniendose acercando à mí, me embistiò fuertissimamente con sus rayos de suerte, que me hizo estremecer: luego me arrebatò à sí con tan grande fuerza, que sintiendola yo con notable extremo, dije: Señor, que me arrancas el corazon, y las entrañas. Quedè con esto en su Mageftad en una grande suspension; despues de la qual me hallè en las manos de mis Señores los Angeles, à quienes el Señor mandò me alentassen, y confortassen: ellos lo hicieron con el cuidado, y caridad que el dia antes. Su Mageftad sea bendito. Amen.

„Lo que dice esta admirable sierva de „Dios, que pareciendole que estaba en el „Cielo casi toda, quedando en la tierra „sola la armadura del cuerpo, todavia pa„recia que el alma estaba animando el „cuerpo, pues sentia en él los efectos de su „enfermedad; parece que sucediò, ponien„do Dios aquella bendita alma en dos lu„gares (como arriba filosofamos de alma, „y cuerpo) acà unida, y informando el „cuerpo acullà con una ubicacion, que „alli prescinde de estos efectos, aunque no „los niega en otra parte. A los doctos bas„ta esto: los demàs crean, pues el modo „de opinar es probable: y si se concede „omnipotencia para hacer Dios esto con „los cuerpos, en las almas serà evidente.

„La otra dificultad de que el alma se „habla à sì misma, como si fueran dos, se „suelta con el modo que en el estado na„tural nos acontece, adonde la porcion „superior de nuestra alma, alumbrada por „razones mejores de la divina gloria, se „enseña, y convence à sí misma, para de„jar las razones que tenia inferiores, con „que miraba su comodidad para no se„guir lo mas perfecto. Adviertase, que no „llamo aqui porcion inferior la que co„munmente tiene este nombre, y es sola la „imaginativa, y sus apetitos; sino que „entiendo tambien lo que toca al entendi„miento, y voluntad quando se rigen con „luz, y fervor nacido de ésta, menos per„fectos. Dice, pues, la Virgen, si yo no „me engaño, que el alma, esto es, su por„cion inferior, esforzada de la superior, „(la qual, como atràs dijimos, estaba en „aquel estado altissimo,que ella no alcanza„ba) gozò algunos relieves de aquel bien, „no porque al apetito, y imaginativa se le „pegasse algo, (si èn este gozo no havia „parte sensible, y aun assi era dificultoso „de explicar, como en orden à aquella „ubicacion celestial, podian gozar algo las „potencias sensitivas que no estaban alli) „sino porque el entendimiento, y volun„tad, con una luz mas templada que aque„lla otra habitual, y rarissima, gozaron al„go mas perceptiblemente. De otras ma„neras muchas se pudiera explicar esto; y „todas ellas probarian, que aunque es tan „admirable, que apenas, ni de mil leguas „se rastrea lo que esta gran muger conociò „de las cosas espirituales, y no hay con to„do esso ninguna que se desvie un atomo „de la verdad Catholica, y verdadera doc„trina.

CAPITULO XX.

Algunos secretos que le enseñò su Mageftad de la diferencia con que se comunica à los Bienaventurados, y otros favores semejantes.

„COmo esta Virgen era tan familiar en „aquella Celestial Casa del Señor, „que parece que à la letra tenia yà toda su „conversacion en aquella sagrada Corte; „no solo le concediò su Mageftad, que en „estas mysteriosas subidas gozasse los relie„ves de aquella gloria, sino que tambien „conociesse à su modo la diferencia con „que aquellos Celestiales Cortesanos, confor-

„forme à la diverſidad de ſus meritos, la „gozaban, moſtrando con eſto quál era la „perfeccion de eſta alma ſanta, à quien no „ſolo hacia merced, ſino tambien daba „parte, y trataba las mercedes que hacia à „los otros, como acà un Principe, no ſo„lo favorece al amigo intimo, ſino que le „comunica el orden con que favorece à „los otros. En veinte de Junio de ſeiſcien„tos veinte y quatro dice aſsi:

Llamòme el Señor eſta mañana, eſtando yo deſcuidada de eſſo, y me dijo: Vente conmigo. Quién me llama? reſpondì yo. Y quedème aſsi ſuſpenſa mas de un quarto de hora. Bolviòme ſegunda vez el Señor à llamarme, diciendo: Vèn, alma, conmigo, y enſeñartehe grandezas mias. Quién me llama? Bolvì yo à decir. Yo ſoy el Señor, Dios tuyo, reſpondiò ſu Mageſtad: no me conoces? Yà te conozco, Señor, dije yo. Ay, mi Señor! cómo te reſpondì con tanta groſſeria, ſiendo Tù mi Dios? Eſſo nace, dijo el Señor, de que tù eres terreſtre. Llevòme el Señor conſigo à la Celeſtial Patria, y moſtròme la Bienaventuranza de que gozan aquellos Soberanos Eſpiritus; y primero la de los niños que mueren con el Bautiſmo, ſin merecimientos proprios. Eſtaban belliſsimos: parecia cada uno un Rey Coronado: hacen infinitas ventajas à quanto hay, y ſe puede conſiderar en la tierra. Moraban en un campo grande, como apartados de los demàs; pero dentro de la Celeſtial Patria, viendo, y conociendo, y amando aquel Sèr inmenſo de Dios. Como fuè eſto lo primero que entonces vì, aſsi por el lugar que habitaban, como por lo que gozaban del Señor, me parecia coſa grandioſiſsima; pero quando lleguè à vèr los otros Bienaventurados, que con ſus proprios actos, ayudados de la divina gracia, havian adquirido lo que gozaban, echè de vèr la diferencia de unos à otros, que es grandiſsima. Entre eſtos niños dichoſos, con luz particular del Señor, conocí el alma del niño, hijo del Conde de Alva, que recien bautizado muriò poco hà dentro de tres horas: era lindiſsimo.

Deſpues de eſto vì un rio caudaloſo de grandiſsima recreacion: andaban encima de él muchas almas recreandoſe, como ſi anduvieran en barcos: cantaban éſtas, en compañia de gran numero de Angeles, alabanzas del Señor: era la muſica ſuaviſsima, y reſonaba con grandiſsima dulzura por aquel rio. Mirèlas muy deſpacio, y vì, que de quando en quando alzaban los ojos como al Cielo de aquel Cielo, y los ponian en una Luna llena muy reſplandeciente, y de rariſsima belleza, y que de ella recibian celeſtiales influencias, con que ſe alegraban, y regocijaban admirablemente. Quedème embeleſada mirando aquel myſterio, ſin ſaber lo que ſignificaba, y viendome aſsi, me dijo el Señor: Sabete, alma, que aquella Luna hermoſiſsima que vès, es ſymbolo de mi Santiſsima Madre, de cuya viſta, y amoroſa contemplacion participan los Bienaventurados particular, y grandiſsima gloria accidental.

De alli fui llevada mas adentro de la Celeſtial Patria, donde me moſtraron à todos los demàs Bienaventurados juntos. Miraban todos à un Sol Divino, lleno de inefables reſplandores, y de èſte ſe les comunicaba la gloria eſſencial de ſus almas: era ſymbolo de nueſtro gran Dios, y Señor. Vì, que conociendo, y amando las almas aquel Divino Sèr, ſe entrañaba aquel Soberano Sol en ellas, y ellas en él. Eſtuve aſsi buen rato viendo eſte gran myſterio, y gozando de él à mi modo, haſta que me ſuſpendì, y buelta en mì, me hallè en mi rincon. Sea el Señor ſiempre bendito.

„De eſtos dichoſos niños, de quienes „habla aqui, hace mencion en otras viſio„nes, que pondremos en otra parte. Proſi„guiendo en nueſtra materia, es muy no„table lo que viò à veinte y uno de Abril „del año de ſeiſcientos veinte y cinco, y „refiere ella en eſta forma:

El Lunes veinte y uno de éſte, eſtando en mi oracion, vì una eſcala que llegaba deſde mi apoſento al Cielo: era agria. Procurè divertirme quanto pude, como lo hago quando me dàn lugar; y fuè de ſuerte, que me dijo el Señor: Ea, alma, atiende, que te eſperoha mucho. Con eſto me quietè. Añadiò el Señor: Sube, alma, por eſta

eſta eſcalera al Cielo en mi compañia. Y veſtida con el habito que ſuelo, me ſubiò ſu Mageſtad por aquella eſcala con gran trabajo mio. Debajo de ella havia un campo grande, y en él mucho numero de demonios fieriſsimos, que peleaban unos contra otros, mordiendoſe como perros rabioſos; y en comenzando yo à ſubir, hicieron grandiſsima demonſtracion de pena. Llevòme ſu Mageſtad conſigo por la eſcala, acompañandome todos mis Señores los Angeles, y en llegando ſe abriò el Cielo: entrò el Señor, y yo tràs él. Alli me preſentò delante de la Santiſsima Trinidad: luego me llevò eſte gran Señor por una como ladera de aquella Santa Ciudad, y entròme por medio de dos hileras de Bienaventurados: vi que lo eran, que gozaban de Dios, y eſtaban contentiſsimos; pero no sè que veìa en ellos, que me pareciò que no tenian, ni poſſeìan aquella gloria con aquel modo que yo havia viſto en otros Bienaventurados. Gloria era, y eterna bienaventuranza; pero muy diferente de la que havia viſto en otros. Yo reparè mucho en eſto, y ſe me hizo novedad, porque aunque los veìa Bienaventurados, en reſpecto de la bienaventuranza de los otros, y mas de los muy Santos, parece, digamoslo aſsi, eſtaban como menguados; al modo que en la preſencia del Sol ſe obſcurecen las Eſtrellas. Luego me llevò ſu Mageſtad à un alto, donde me moſtrò la gloria de otros Bienaventurados, muy diferente: era muy grandioſa, llena de grandes luces, y reſplandores. Vì en particular algunos grandiſsimos Santos con diſtintas ventajas de gloria, que ſobreſalian mucho ſobre los otros; y à aquellos primeros que dije, parece los excedian infinitamente. De alli me llevò el Señor à otro alto mucho mas ſuperior, y divino, adonde moraba con modo mas eminente la Mageſtad de Dios Trino, y Uno. Alli vì la mas ſoberana, y colmada gloria. Uniòme el Señor conſigo, y quedè entrañada en aquel Sèr Divino.

Quando bolvì de eſta intima comunicacion del Señor, y me hallè en mi lugar, reparè mucho en lo que havia viſto: admirabame la gloria de aquellos que vì los primeros, como menguada en reſpecto de la de los otros. No entendia qué era lo agrio de aquella eſcala, por la qual ſubì con tanta dificultad; ni quál era la cauſa de la rabia que moſtraron los demonios. Y aunque yo por ſu miſericordia no deſeo ſaber mas, que lo que el Señor quiere, y ordena, eſtaba todavia como cuidadoſa, y el Señor diſsimulaba conmigo por entonces; pero como ſu Mageſtad es tan bueno, parece no pudo ſufrir verme penada con eſte cuidado, y me dijo de alli à una hora: Sabe, alma, que aquellos Bienaventurados que viſte en dos hileras, de quien tanto te admiraſte, ſon las almas de perſonas que vivieron en el mundo con una vida perdida, y eſtragada, llena de culpas mortales, y muy graves, levantandoſe, y cayendo muchas veces; al fin, por mi piedad, y miſericordia murieron en gracia mia, y deſpues de bien purificadas en las penas del Purgatorio, ſe les diò la gloria que viſte, que aunque gloria, pero reſpecto de la demàs es menguada. La eſcala que viſte, es figura de la dificultad grande con que la alcanzaron, por la perſecucion de los demonios, y ſu grandiſsima tibieza. La otra gloria que te fuè enſeñada, tan ſuperior à éſta, y de tanta grandeza, es el premio de las almas que me ſirvieron en eſta vida con perfeccion. Dijele yo entonces à ſu Mageſtad: Pues, Señor mio, para qué me mueſtras eſtos myſterios? Guſto Yo, reſpondiò el Señor, de deſcubrir à mis ſiervos mis ſecretos; y para que conozcas la merced que te hago en llevarte por el camino que vàs, y porque ſepan los hombres lo que pierden en no ſervirme como deben: y para que hagas oracion por ſemejantes perſonas. Eſto me dijo el Señor, que ſea por ſiempre bendito. Amen.

„Añade luego lo que por los ultimos „de dicho mes viò en orden à eſto miſ„mo, y dice aſsi:

Por los ultimos de Abril, precediendo unos afectos extraordinarios de amor del Señor, que me abraſaban alma, y corazon, me dijo ſu Mageſtad: Ahora, alma, canſada eſtàs: vente conmigo: llevarète, y ve-

veràs un jardin el mejor que jamàs has visto. Llevòme el Señor à la Celestial Patria, y mostròme un campo espacioso, y sobre manera bello, y en èl todos los Bienaventurados. Conocì allì el Sèr, y Essencia de los Angeles, y Arcangeles, y de todas las demàs Gerarquías, la de los Patriarcas, y Profetas, y demàs Bienaventurados, y de los Niños que otra vez dije, y de aquellos Bienaventurados, que pocos dias antes havia visto, que à nuestro modo de decir, parecia que tenian la gloria menguada. Fuè una vista admirable, donde vì tanta variedad de grandezas Celestiales, y Divinas. Dijele yo entonces à su Mageſtad: Señor, este es jardin? Llámole yo grandeza de bienes inmensos. Despues me mostrò el Señor à la Santissima Virgen, y à la Sacratissima Humanidad de Jesu-Christo nuestro Señor, y luego la Beatissima Trinidad, y la gloria de todos, con el modo possible, y acomodado à mi pequeñèz. Pero ví grandezas, y tesoros divinos, que me assombraron; y como este Señor, à modo de un Sol Divino, con sus rayos influìa en aquellos Santos, y los beatificaba, comunicandoles sus inmensos bienes.

Estaba yo muy admirada de estas grandezas, quando se llegò à mì el Santo Padre Luis de la Puente, y me dijo: Hermana, vente conmigo à tu rincon; que es yà tiempo. Yo, como estaba tan contenta, dije: Dejame, Santo Padre, y hiceme fuerte à no querer ir con èl, aunque porfiaba à llevarme. Entonces se llegò el Señor à mì, diciendo: Ea, alma, vente conmigo, que yo te llevarè. De ahì à un poco que lleguè à mi aposento, trayendome el Señor, le vì como un Sol lucidissimo, que echaba de sì divinos rayos, y era figura de la Persona Sacratissima del Espiritu Santo. Entonces se postrò delante de èl el Padre Luis de la Puente, y le suplicò suspendiesse su Magestad, si era servido, el mysterio que queria obrar, porque me haria daño à la salud, por mi flaqueza. Pero el Señor por entonces no quiso concederselo, y con aquellos divinos rayos me hiriò el pecho, y corazon, y uniendome con aquel Divino Sèr, me transformò en sì mesmo, donde me he quedado hasta agora, sin poder casi tratar con nadie, sino con grande dificultad. Sea bendito por todas las eternidades. Amen.

„Parece que dà à entender en esta ocasion la santa Virgen, que no solo viò à su manera la gloria de los Santos, sino tambien el ser natural de los mismos, pues dice, que conociò el Sèr, y la Essencia de los Angeles, y de los demàs Bienaventurados, y despues dice, que viò su gloria. Pero como quiera que esto sea, es mucho mas admirable el favor que recibiò en esta materia à tres de Julio de este año de seiscientos y veinte y cinco, adonde no como quiera viò la gloria de los Bienaventurados, sino que parece, que aunque brevissimamente, la probò. Oigamos el caso, que es singularissimo: refierelo ella por estas palabras.

El Jueves tres de Julio, estando con nuestro Señor, y moviendose en su presencia los afectos de mi alma, dije à su Magestad con uno muy intenso: Cierto, Señor, y Dios mio, que estimo en mas hacer vuestra voluntad, que quanto hay en el Cielo, y en la tierra: y ofrecieronseme en este afecto muchas cosas, y particularmente sentìa, que ninguna cosa fuera de Dios era para mì de mayor estima, ni de mayor gusto, que hacer su voluntad, aunque en esta empressa perdiera la vida, con todo lo demàs que hay. El Señor, haciendo grande aprecio de este ofrecimiento mio, y respondiendome con grandes muestras de amor, dijo: Muy bien has dicho, alma: mucho me has agradado con esse acto que has hecho. Yo te prometo, como quien soy, que por èl te he de hacer una singular merced. Havianme dicho el dia antes, que partia de Inglaterra una gruessa armada de Hereges contra los Reynos de España, y viniendome entonces esto à la memoria, dije: Pues, Señor mio, si me has de hacer essa merced, sea, que si aquellos Hereges no se han de convertir, antes te han de ofender, perseverando en sus errores, y en su viciosa vida, que los destruyas, y quites de este mundo, donde pretenden hacer tan grandes injusticias, y agravios à tus siervos, y

y à tu Igleſia Santa. El Señor con una manſedumbre graviſsima reſpondiò : Bien eſtà eſſo, alma, bien eſtà; dandome à entender, que no era aquella la merced que me havia de hacer.

Luego volviendoſe à mis Señores los Angeles, que aſsiſten en mi apoſento, les dijo : Tomad eſſa criatura, veſtidla, y adornadla como otras veces ſoleis, y ponedla en el Carro Triunfal, y trahedla adonde yo quiero que vaya. Reſpondieron á eſto, moſtrando humildad profunda los Santos Angeles : Señor, eſſas veſtiduras tu Divino Eſpiritu las tiene guardadas, como dueño ſuyo. Norabuena, dixo el Señor, èl embiarà ſu Recámara para eſte efecto. Oia yo eſtas palabras con admiracion de la inmenſa caridad de eſte gran Señòr nueſtro, que por moſtrarnos ſu encendido amor, ſe acomoda tanto à nueſtro modo de hablar, y al uſo comun de las coſas, que para que entendamos mejor ſu afecto, uſa de eſtos enſayes, como ſi ſu Mageſtad no ſupiera mejor donde eſtaban aquellas veſtiduras, y como ſi los Angeles ignoráran la voluntad de ſu Señor, ò penſáran que no ſabia ſu Mageſtad las coſas de que le daban cuenta. En efecto, mis Señores los Angeles me levantaron en alto, y embiando ſu Recámara delante, bajò del Cielo la Divina Perſona del Eſpiritu Santo, acompañado de infinita multitud de Angeles. Venia ſu Mageſtad en figura humana, con aquella forma de cuerpo ſutiliſsimo que otras veces veo. (que es ſin comparacion mas delicado, como en otros papeles dije, el cuerpo fantaſtico que toman las Divinas Perſonas, que no aquel en que ſuelen aparecer los Angeles) Y en llegando ſu Mageſtad con todo aquel Celeſtial acompañamiento, con un modo eſpiritualiſsimo me compuſieron con aquellas veſtiduras, y ornato, de que en otras ocaſiones he hecho mencion, los Santos Angeles, y me ſubieron en un Carro Triunfal. Era eſte pequeño, y todo deſcubierto por arriba: la materia parecia à la del Sol, y eran ſu belleza, y reſplandores extremados. Tiraban de èl quatro ſantos, animales (y llámoles animales, y ſantos; porque por un modo, que no sè explicar, me lo repreſentaba el Señor aſsi) y cada uno de ellos llevaba una ſeñal, y diviſa, uno de Luna, otro de Sol, otro de Aguila, y otro de Leon. En eſte carro, y con eſte acompañamiento fui llevada à la Celeſtial Jeruſalen, adonde aquel Divino Eſpiritu, y Dios nueſtro con grande Mageſtad, y grandeza me bajò del Carro, y con iguales mueſtras de amor me dijo : Vèn, Eſpoſa mia, y tomaràs poſſeſsion de los bienes de que has de gozar eternamente. Yà he dicho con quanta confuſion, y encogimiento, ſiendo viliſsima eſclava, oigo eſte nombre de Eſpoſa; aqui le padecì grandiſsimo.

Llevòme ſu Mageſtad à un lugar muy alto, adonde me parece, que de todas maneras llenò mi alma de gloria, dandome particular noticia del Sèr de Dios, de ſus perfecciones, y atributos. Y verdaderamente me parece que me comunicò de eſta vez, en un modo que yo no sè explicar, la Bienaventuranza de los que gozan à Dios; como ſi dijeſſemos, que uno guſta de un manjar, porque no hizo mas que llegarle à los labios, ſin que le comieſſe: aſsi ſin gozar mi alma de aquella gloria, que los Bienaventurados poſſeen, parece que al modo que digo la gozò, y tuvo uno como ſentimiento de ella. Acabada eſta viſta, y eſte gozo, toda la Beatiſsima Trinidad me uniò conſigo, donde quedò mi alma como anegada en el inmenſo pielago de la Divinidad, haſta que paſſado un breve eſpacio, me hallè en mi rincon; pero de una manera, que me parece me faltaba algo, y que eſtando viva, no eſtaba el alma en mi cuerpo.

Eſtando aſsi, me hablò otra vez el Señor, y dijo à los Santos Angeles, que me llevaſſen al Cielo, para que la parte inferior, y naturaleza gozaſſe tambien de aquellos bienes. Hallème luego otra vez en la Celeſtial Patria : no sè cierto, ſi con el cuerpo, ò ſin èl : lo que sè es, que causò particular novedad el modo con que entonces veìa todo lo que havia en aquella dichoſiſsima Ciudad; porque mirando la hermoſura, y reſplandor inefable de los Eſpiritus Bienaventurados, y de las almas glorioſas, que entre ellos eſtaban, tenia neceſsidad de ponerme la mano delante de los ojos, à la ma-

manera que la ponemos quando los hiere el Sol. La primera coſa que ſu Mageſtad me enſeñò, fue vèr à mi alma unida à aquel Señor, y como entrañada en aquel Sèr Divino. Deſpues puſe los ojos en toda aquella Celeſtial multitud de Angeles, y Almas Santas; y finalmente, aunque como de lejos, vì à la Soberana Virgen Maria, Señora nueſtra, cuya viſta me causó particular gozo. Paſſaronſe en eſtas coſas, ſegun hice deſpues la cuenta, tres horas, poco mas, ò menos; porque haviendo comenzado à las doce de la noche, quando del todo volví en mì, eran yà las tres de la mañana. Adverti, que eſtando gozando de aquella glorioſa viſta, no sè cómo, ò ſe me excitaba aquel mi antiguo afecto de tratar al Señor por camino ordinario, ò me parecia me decian que me volvieſſe. Adverti, digo, que yo, ò repugnando entonces aquel afecto, ò reſiſtiendo à quien me deſpedia, le decia al Señor, ſegun me hallaba de bien: Aguarda, Dios mio, aguarda un poco mas. Pero ultimamente, por miniſterio de mis Señores los Angeles fui trahida otra vez à mi rincon. Sea ſu Mageſtad eternamente alabado. Amen.

„Algunas dificultades de eſte papel que„dan baſtantemente allanadas arriba En lo „demàs que toca, no tanto neceſsita de ex„plicacion nueſtra, quanto ſolicita afectos „de agradecimiento à nueſtro gran Dios, „que por tan altos modos ſe comunica li„beral, y amoroſo à ſus criaturas. Los „animales myſticos, ſin duda ſerian Ange„les; y por eſſo con verdad Santos. Otras „coſas ſe podian decir, pero yà faciles en „los Sagrados Interpretes, ſobre el Carro „de Ezechiel.

CAPITULO XXI.

Concluyeſe la materia de eſtas ſubidas, con algunos caſos admirables.

„YA dije en el capitulo diez y ſiete, que „caſi todos los favores que eſcribia„mos, recibidos del Señor por eſta Virgen, „havian ſido ſubiendola ſu Mageſtad al „Cielo, y que en eſta parte, en la qual iba„mos diſcurriendo por los argumentos de „la perfeccion à que havia llegado, ſola„mente recogiamos aquellas ſubidas al „Cielo, de donde mas claramente ſe infi„rieſſe. Tales ſon las que agora dirè. La „que ſe ſigue es del año de ſeiſcientos y „veinte y ſeis, que ella refiere aſsi.

El ſegundo dia de Diciembre, deſde la media noche haſta las quatro de la mañana, eſtuve con nueſtro Señor con unos afectos grandes de mi deſprecio, ſacados del proprio conocimiento que ſu Mageſtad me comunicaba. Eran tan vehementes, que me deshacia; y pidiendo al Señor me ayudaſſe, y alumbraſſe, decia con la mayor devocion que me era poſsible el Pſalmo: *De profundis*. El Señor me conſolaba, y alentaba; y ultimamente me llevò conſigo à la Celeſtial Jeruſalen. Alli mis Señores los Angeles me reclinaron ſobre el ſuelo de aquel Cielo, y arrimè la cabeza ſobre un hacecico de flores muy lindas, y oloroſas, que alli havia, y me quedè adormecida. Soñè que me moſtraban, y veia la Divina Eſſencia, y ſus atributos, al modo que en eſta vida mortal ſe ſufre verlos debajo de figuras myſterioſiſsimas. Deſperté del ſueño, y pareciòme que no havia ſoñado, ſino viſto aquel bien, al modo que dije, y realmente fue aſsi. En deſpertando de eſte como ſueño, me llevaron mis Señores los Angeles delante de la Mageſtad de nueſtro gran Dios, el qual me dijo unas palabras, que otras veces, y ſiempre me corro mucho de referirlas; pero mandóme mi Confeſſor las eſcribieſſe, y fueron eſtas: *Toda eres hermoſa, amiga mia.* Oyendo ſemejante razon, ſalí de mí de corrida, y dije: Señor mio,no me digas eſſo,porque me darè à entender que no eres tú el que me habla. Diſsimulò à eſta réplica mia ſu Mageſtad. Luego me entraron los Angeles en uno como pozo de aquel Cielo, que todo èl era Cielo, y del color de Cielo. Entrè en èl haſta el pecho: aqui me renovè, no sè còmo, y parece ſali otra. Entonces el Señor, en figura de un Divino Sol, me inviſtiò con unos belliſsimos rayos de luz, de ſuerte, que yo tambien reſplandecia, y los rayos que de mis brazos, manos, dedos,

dos, y pecho salian, dandome à mì mesma en los ojos, me deslumbraban. De esta suerte he quedado estos dos dias, haviendome trahido à mi rincon. El Señor sea eternamente bendito. Amen.

„En un membrere de diez y nueve de „Agosto de seiscientos y veinte y siete es„cribe lo siguiente:

Casi todo este mes de Agosto he padecido gravissimos dolores de ojos, pecho, y espaldas: hanme abrasado unos grandes fuegos, que me duraron dias enteros con sus noches, y me eran un continuo martyrio, con tan grande flaqueza, y descaecimiento de la naturaleza, que me parece quiero acabar: hagase la divina voluntad. Estando assi, vi la Magestad de Jesu-Christo nuestro Redentor, el qual me dijo: Vèn, alma mia conmigo, y descansaràs de tus fatigas, que yà parece no puedo conmigo dejarte padecer tanto. Llevòme el Señor consigo à la Celestial Patria. Iba mi alma solamente, y la veìa yo en figura como de una criaturilla de quatro meses, blanquissima, y el cabello largo, y muy rubio. En esta forma me llevaba el Señor en sus santissimas manos, y me presentò delante de la Beatissima Trinidad. El Eterno Padre me recibio en sus brazos, y en ellos vì mi alma, no yà en aquella figura, sino en modo muy espiritual. Uniome este Señor consigo, y con las otras dos Divinas Personas, con una union fuerte, y suave: alli se quedò mi alma, y aun agora lo està quando escribo esto, gozando de aquellos dulcissimos bienes, y abrazos, y por otra parte la naturaleza acà padeciendo lo que antes. Bendito sea el Señor. Amen.

„En ocasion semejante como arriba „dijimos le dijo el Señor, que este modo „de gozar, y padecer juntamente, era un „rasguño de lo que en esta vida mortal pas„sò por Christo bien nuestro, que juntò „suma gloria con dolores terribles. Es ad„mirable el sucesso que se sigue: fue à diez „y seis de Mayo del año de seiscientos y „veinte y ocho. Escribelo ella por estas pa„labras.

Pediale yo à nuestro Señor en mi oracion me alumbrasse, y enseñasse para acertar con su voluntad; y deseando me hiciera merced como su Magestad fuesse servido, entrè luego en recelo, si acaso deseaba yo cosas extraordinarias, y dije luego con un fervor grande: No, mi Señor, no quiero, ni deseo mas que à tì, no pretendo mas que servirte, y buscarte por donde fuere tu voluntad: y si el Demonio me trajere alguna imaginacion de querer camino singular, no la admitirè por ningun modo: no tiene que meterse conmigo en esto, que le quemaré, y abrasarè. Oyòme benignissimo el Señor lo que le decia, y respondiòme con grande suavidad: Alma, qué dices? Còmo podràs tù quemar, ni abrasar al Demonio? Sì, mi Señor, dije yo, digo que le quemarè, y abrasarè, si se mete conmigo en esto. Mira lo que dices, replicò el Señor. Digo que sì, mi Señor, volvì yo, que yà sè cómo lo he de hacer; y lo que harè, Señor mio, es, darle higas quando me dijere algo, hacer burla de èl, y no hacer caso de quanto me hablàre, que no hay cosa que mas abrase al Demonio, que verse despreciado, y que no hagan caso de èl. Agora, alma, vente conmigo, que estàs cansada, y aliviartehas en mì.

Llevòme el Señor consigo à la Celestial Patria, y presentóme postrada delante del Eterno Padre, el qual echandome su bendicion, me mandò levantar. Y reparé, que haviendo yo visto à mi alma al subir en esta ocasion con la figura de una criatura pequeña, quando aqui el Señor me mandò levantar, me vì como una varica de humo, que sale del incienso, y sube muy derecha à lo alto. En esta forma, pues, quando me levanté fui llevada del Señor à una altura muy suprema, adonde, segun me parece, jamàs havia subido; porque son tales las grandezas del Cielo, que cada vez que se gozan, y ven, parecen nuevas. Subida à esta altura que dije, vì unas excelencias grandiosissimas del Sèr inmenso de Dios, que exceden à quantas he visto otras veces. En lo muy alto, y supremo de aquella altura, sobre los mas encumbrados Querubines, y Serafines, vì una Señora bellissima, y agraciadissima, que no hay lengua que pueda describilla. Estaba eminente con

Mageſtad admirable à quanto alli havia, y pareciòme que el miſmo Dios le ſervia de bracero. Quando la conocì que era la Soberana Virgen, Señora nueſtra, no cabia en mì de contento. Saludéla lo mejor que ſupe: pedila mercedes para el remedio de muchas perſonas, que ſe me han encomendado: ſupliquèla intercedieſſe mucho con ſu Santiſsimo Hijo. Oyòme con grande agrado, y dijome lo haria. Eſtando gozando de eſta viſta, me uniò el Señor conſigo miſmo, adonde perdiendo de viſta à la Virgen Santiſsima, gocè un buen rato bienes grandioſos, y deſcansé en aquel Divino Sér.

Buelta deſpues en mí, me dijo el Señor: Alma, yà es tiempo que te vayas à tu rincon, para que eſcribas las cartas en ſervicio mio, y bien, y conſuelo de tus proximos. No mi Señor, dije yo, no tengo de irme, ſi tu Mageſtad no và conmigo. Yo no ſé cómo eſtà en eſtas ocaſiones el alma, que reverenciando ſumamente al Señor, por otra parte ſe atreve à decir eſto. Sì, hermana, dijo ſu Mageſtad, vete, que yo te darè quien vaya contigo. Y enſeñandome una niña bienaventurada, y lindiſsima, como de ſeis años: Eſta,dijo, irà contigo. No Señor, volvì yo à replicar, no havré de irme, ſi tù no vas conmigo. Ea, pues, reſpondiò el Señor, vayanſe contigo tambien Luis de la Puente, y Marina Hernandez tu compañera. Al fin, aunque de mala gana,huve de volverme en compañia de las tres almas ſantas que el Señor me ſeñalò. En llegando à mi rincon, llegòſe à mì aquella belliſſima, y bienaventurada niña que dije, y me dijo: Tia mia, no me conoces? Y abrazòme apretadiſsimamente. Entonces la conocì, y reſpondila: Sì, mis ojos, bien te conozco. Pues ſabe, tia mia, dijo la niña, que me ocupo en el Cielo en aquello que dije en lo ultimo de mi vida, quando dije: Yo me voy al Cielo à bendecir, y alabar à Dios entre los Coros de los Angeles. Aſsi es, alli eſtoy agora haciendo eſte oficio. El Santo Padre Luis eſtaba preſente, como riendoſe, alegre de lo que yo paſſaba con la niña. Marina Hernandez eſtaba muy contenta, y me agradeciò el haver recibido el dia antes en caſa una doncella à quien ella en vida quiſo mucho por ſu gran virtud.

En eſto eſtabamos, quando oímos un grande ruido de truenos, y relampagos, y como de arcabuces, que ſonaban en lo alto muy cerca del Cielo. El Señor es, que viene, me dijo entonces el Santo Padre Luis, no temas. Deſpues de eſto ſe ſiguiò un ayrecito blando, y ſuave, que alentaba, y conſolaba. En eſte venia el Señor acompañado de gran multitud de Angeles; y uniendome conſigo eſtrechiſsimamente, me llevò otra vez à la Celeſtial Patria, y me ſubiò à aquellas alturas del Sér Divino, aun mas ſuperiores que las primeras, adonde me aneguè, y quedé perdida en el miſmo Dios: no sé ſi fui llevada toda yo, porque verdaderamente no me ſentia. Alli quedé, y deſpues me hallé en mi rincon, adonde pude luégo reſponder à quatro cartas de perſonas afligidas, que me havian eſcrito. Sea el Señor bendito.

„Eſta dichoſa niña, de quien aqui habla la Virgen, fue una ſobrinica ſuya, à „quien en la ultima enfermedad, con particular privilegio, acelerò Dios el uſo de „la razon, y mereciò mucho: muriò diciendo las palabras referidas. Y aſsi en „otra ocaſion, que abajo contarémos, ſubiendo la Santa al Cielo, y admirada de „no vèr entre las almas de los niños recien „bautizados, y que con la primera gracia „murieron ſin uſo de razon, el alma de „eſta niña, le dijo un Angel, que eſtaba „en coro ſuperior; porque havia con el „divino favor alcanzado luz adelantada, y „grangeado aumentos à la primera gracia.

„De Mariana Hernandez, criada, y compañera de eſta Virgen, muger de heroyca „virtud, ſe habla muchas veces en eſta Hiſtoria: fue bien conocida en Valladolid, „y aprobada de varones graviſsimos ſu „ſantidad. El caſo que agora eſcribirè, es „de veinte y ſiete de Junio, del año de „ſeiſcientos y treinta y uno, que por tener „tantos myſterios, y altiſsima doctrina, „le mandò ſu Confeſſor dijeſſe por menudo todas las circunſtancias que en èl havia notado. Tendràn las almas devotas „mucho que aprender aqui, y no poco „que admirar la perfeccion de varias vir-

„tu-

„ tudes, que practicò en èl eſta admirable „ Virgen. Cuentalo ella aſsi.

„ El Viernes, deſpues de la Octava del Santiſsimo Sacramento, haviendo comulgado, y eſtando mi alma con fervoroſos, y encendidos afectos, y eficaces deſeos de acertar en todo, y por todo con la divina voluntad, le decia muchas coſas à nueſtro Señor, particularmente eſto: No te dejarè, Señor Dios mio: no te dejarè, Beatiſsima Trinidad; no darè ſueño à mis ojos, ni à mi cabeza deſcanſo, haſta que mi alma hálle eſte Teſoro que deſea; que hálle yo en mi corazon morada para tì, y lugar para el Dios de Jacob, que vive, y reyna en los ſiglos de los ſiglos. Deſpues de decir eſto, y coſas ſemejantes, con increible anſia, añadia luego: Ay Dios mio, qué canſado eſtuvieras, à caber eſto en tì, de oir mis clamores, y mis importunaciones tan continuas! Oìa ſu Mageſtad eſtas razones, nacidas del afecto de mi corazon; y reſpondiòme con benignidad, y amor: No me canſo, alma, ni me puedo canſar de oirte, antes me gozo, y alegro.

A eſte punto vì, que venia bajando del Cielo una ſuprema grandeza, con tanta Mageſtad, que parece que el Cielo, y la Tierra ſe havian conmovido; y al miſmo tiempo vì, que el Demonio acà, procurando hacer un remedo del myſterio que bajaba del Cielo, me ponia delante otra ſemejante repreſentacion. Conocile luego con la luz Divina, que el Señor me daba, y congojéme notablemente de vèr, que en tal ocaſion ſe atrevieſſe el maldito à querer remedar algo de las verdades de mi Dios; y buelta à ſu Divina Mageſtad, quejandome, le decia: Cómo, Dios mio, y Señor mio, conſientes eſta abominacion, y deſverguenza del Demonio? Y con todo eſſo no ceſſaba èl, antes proſeguia en hacer los miſmos viſages, aunque como temeroſo de los Santos Angeles, que me aſsiſten. Eſtando con eſta queja, me dijo el Señor: No te fatigues, alma, ni te congojes, que para mayor gloria mia, y bien de las almas, y para que luzcan, y ſe deſcubran mas al alma mis verdades, permito muchas veces, y doy licencia al Demonio para que haga ſemejantes figuras, y falſedades. Luego mandò à dos de eſtos mis Señores Angeles echaſſen de allì al Demonio, el qual en viendolos mover, diò con tanta prieſſa à huir, que en un inſtante ſe deſpeñò al infierno. Llegòſe entonces el Santo Angel de mi Guarda, y tocandome el pecho, y la cabeza, me dejò del todo quieta, y ſoſſegada.

Yà aquella Divina Mageſtad, que bajaba, havia llegado muy cerca de mì, dandole à mi alma una luz clara, y conocimiento, de que era la Sacratiſsima Perſona del Eſpiritu Santo, de lo qual el alma ſe turbò algo, admirada grandemente de los myſterios de ſu Dios. Fueſe acercando mas, y mas en una forma, que no sè explicar; porque era eſpiritualiſsima, admirable, y divina: y llegando à mì, fuè toda mi alma llena de ſu Dios: de ſuerte, que le parecia eſtar metida en medio de aquella Inmenſidad, y Sèr Divino de ſu Señor. Luego con la miſma grandeza, y poco à poco, como havia bajado, ſe fuè otra vez levantando aquella Soberana Mageſtad, llevando mi alma conſigo, y diciendola eſtas palabras: Vèn, amada mia, amiga mia, eſpoſa mia, à las eternas moradas de tu Dios. Oyendo mi pobre alma eſtas palabras, aunque por una parte le fueron de mucho conſuelo, por otra fuè grandiſsima ſu confuſion, verguenza, y encogimiento; de ſuerte, que parecia me quiſiera meter en el profundo abiſmo de mi miſeria, y bajeza: y aſsi no pude tenerme, que llevada de eſte afecto, no le dijeſſe con grandes veras à mi Señor: Qué dices, Dios mio, y Señor mio? qué es lo que dices? que yo no lo entiendo, ni lo puedo entender. Soy tú indigna eſclava, y la mas vil, y baja criatura de quantas has criado, y por tal me tengo. Buelve, Dios mio, y Señor mio, ſi me quieres conſolar, y alentar, y dime: Vèn, miſerable criatura, enferma, y envejecida en tus culpas, haſta los hueſſos; leproſa, ſorda, y muda, para limpiarte, y darte orejas, con que oigas las inſpiraciones, y llamamientos divinos: vén conmigo por ſola mi bondad, que por mi ſola miſericordia te quiero curar de tu lepra, y ſanar tus llagas. Eſto has de decir, Dios

Dios mio, que de esto tengo yo necessidad. Diciendo estas cosas con singular afecto, y grandissima luz de mi propria vileza, yendo subiendo en aquella forma mysteriosissima que dije, se hallò mi alma en aquella Celestial Jerusalèn, como perdida, y anegada en mi Dios en unas inmensas alturas. Estuve assi algun tiempo, no sè què tanto fuè, y luego me hallè en mi rinconcillo; pero en mi Dios, al modo que me hallaba con el mismo Señor, quando aquella mañana le recibì Sacramentalmente, como dije al principio.

Entonces me dijo Jesu-Christo, Señor nuestro: Cómo estàs, alma? cómo te ha ido con la Sagrada Persona del Espiritu Santo? No respondì palabra, porque estaba como suspensa; y el Señor añadiò, diciendo: Buena estàs; pero mira, sabe que te quiero hacer un gran banquete, y combidarte à un divino manjar, con el qual quedaràs llena de mì, consolada, y satisfecha, segun tu capacidad. Oyendo mi alma estas palabras, despertò de aquella suspension, y contenta, y consolada, dijo con grande afecto: Dios mio, y Señor mio, pues por sola tu bondad me haces essa merced, un combidado bien puede llevar à otro. Sea norabuena, dijo el Señor: Yo te quiero dàr gusto, y consolarte en esso que me pides. Con esto, llevada mi alma de aquel afecto, comenzò à poner los ojos en todas mis compañeras, y amigas Religiosas, para llevarlas consigo. Vèn, alma, decia el Señor: vente conmigo; y iba subiendo mi alma con su Dios, que la llevaba otra vez à la Celestial Jerusalen; pero siempre con ojo à mirar si iban alli mis amigas, y compañeras, y haciales un modo de ademàn, y seña, como quien las decia se viniessen con ella. De este modo llegò el Señor al Cielo, y mi pobre alma con él. Entraron tambien en aquella Celestial Patria las amigas, y compañeras; pero quedandose algun tanto mas lexos. Fué mi alma presentada, y postrada delante de la Beatissima Trinidad, y su Magestad me diò su sagrada bendicion, y dijo: Levantate, alma. Hizolo ella assi, quedandose de rodillas, y en una grande admiracion.

Estando assi, viò que fabricaban los Angeles una mesa mysteriosissima, y la adornaban, y acabado de aparejar esto, la Beatissima Trinidad se sentò à la cabecera, y à su diestra la Magestad de Jesu-Christo, Señor nuestro, Dios, y Hombre verdadero. Mandò el Señor Dios à unos Santos Arcangeles trajessen à aquella sagrada mesa à la Santissima Virgen Maria Señora nuestra, y al glorioso San Joaquin, à la Bienaventurada Santa Ana, y à San Joseph. En llegando la Sacratissima Virgen con estos Santos, haciendo grande reverencia à aquella Divina Magestad, el Señor les mandò se sentassen: luego fueron trahidos en esta forma, por mandado del mismo Señor, muchos Santos Patriarcas, y Profetas, y otros Santos de los muy superiores, à los quales todos mandò su Magestad sentar. Despues de esto, poniendo este gran Dios los ojos en mi pobre alma, le mandò con benignidad se llegasse à aquella mysteriosa mesa, para que gustasse, conforme con su alta sabiduria lo havia dispuesto, de aquel manjar divino, de que se mantenian aquellos Celestiales Cortesanos, y que tambien les cabria parte à las combidadas que trahia conmigo. Entonces se llegò à mì el Santo Angel de mi guarda, y estos mis Señores Angeles que me assisten, y otros mas, y me llegaron en aquella forma que estaba à aquella sagrada mesa, y siempre con ojo à las compañeras, y amigas, para que llegassen conmigo.

El manjar que en aquella mesa se servia, era mysteriosissimo, y divino, y quanto mi alma alcanza, era el mismo Dios, el qual es sustento, y vida (digamoslo assi) de sì mismo, por el sèr que tiene, sin dependencia de nadie, y sustento, y vida nuestra, principio, y fuente de nuestro sèr, movimientos, y acciones, assi naturales, como sobrenaturales. Y advertì, que aquellas tres Divinas Personas, algunas veces se le representaban à mi alma como tres Angeles superiorissimos, que era à mi entender, para significar este oficio que hacen con las criaturas, ministrandoles el sèr, y movimientos; pero tambien advertia, que aun quando se me representaban como An-

Angeles, reconocia en ellas quienes eran; eſto es, una Divinidad con tres Perſonas realmente diſtintas. Y aſsi, aun en aquella forma de Angeles les adoraba, una vez como à un Dios, y otra como à tres Perſonas.

Eſtaba mi alma mirando todo eſto, por una parte con grandiſsimo conſuelo, por otra con grande ſuſpenſion, y tanto mayor, quanto no podia comprehender tantos, y tan altos myſterios como alli ſe le deſcubrian. El uno era, que de aquellos tres Supremos Angeles, que repreſentaban, como digo, la Santiſsima Trinidad, el del medio repartia el manjar; y en primer lugar diò un bocado à cada uno de los otros dos, que eſtaban à ſus lados, y luego à la Humanidad Sagrada de Jeſu Chriſto Señor nueſtro; en lo qual à mi entender ſe ſignificaba, como el Eterno Padre es primero en origen, y fuente, de quien ſe comunica la Eſſencia Divina al Hijo, y al Eſpiritu Santo, y que Chriſto Señor nueſtro, en quanto Hombre, (por eſtàr unido al Verbo Divino) tiene el primer lugar, y participa ſobre todas las criaturas, en grado incomparablemente perfectiſsimo, los dones de Dios. Deſpues fuè dando por ſu orden à todos los combidados, à cada uno ſegun ſu capacidad; y el efecto era, que en llegando con el manjar à los labios del combidado, quedaba él lleno de Dios, y de muchos dones que ſe le comunicaban, ſegun ſu medida, y la que havia diſpueſto la divina ordenacion. Reparè, que aquel Angel, que eſtaba en medio de los otros, y repreſentaba, como dije, la Perſona del Eterno Padre, quando iba repartiendo aquel divino manjar, lo tomaba con ſolos dos dedos de una como Patena; y entiendo, que eſtos dos dedos ſignificaban las otras dos Divinas Perſonas, que con el Padre obran en ſus criaturas eſtos myſterioſos dones; y la Patena de donde ſe tomaba el manjar, ſignificaba la Divinidad, y Naturaleza Divina, que eſtà en todas las tres Perſonas Sacroſantas, y es en ellas el principio de obrar, y de donde, como de cauſa, proceden todos los efectos que el Señor hace en ſus criaturas.

El modo con que eſto ſe hacia, aquel repartimiento, aquella comunicacion, con tan proporcionada diferencia, eran coſas tan ſoberanas, y divinas, que no ſolo no puede la lengua de ninguna manera raſtrearlas, pero ni el alma podia comprehenderlas. Sentì con todo eſſo en mi alma el efecto que causò en ella la porcion que me cupo, ſegun el eſtado eſpiritual en que Dios me tiene, quedando como llena de Dios, y de un conſuelo ſuaviſsimo. A las compañeras, y amigas, en un modo oculto à ellas, tambien las cupo ſu parte. El myſterio que mas ſe deſcubriò à mi alma, fuè un alto conocimiento, de cómo comprehendiendoſe Dios à sì meſmo, ſe ama, y goza à sì meſmo, ſin dependencia de ninguna criatura, porque es Supremo Dios, y Señor de todas, y de quien todas dependen en ſu sèr, y conſervacion, y à todas con ſuma, y amoroſa providencia, ſegun ſu bondad, y miſericordia, y la neceſsidad de cada una, juſtiſsima, y puntualiſsimamente las gobierna. Eſtuvo, pues, mi alma, viendo todos eſtos myſterios, muy elevada, y fuera de sì, con grande ſuſpenſion, aunque no sè quánto tiempo durò eſte rapto. Deſpues del qual me hallè en mi rincon, llena de confuſion de mi vileza, y admiracion de tales obras de mi Dios, que ſea bendito para ſiempre millares de millares de veces. Amen.

CAPITULO XXII.

Viſitas que le hicieron los glorioſos San Joaquin, Santa Ana, y San Joſeph.

„ERA eſta dichoſa Virgen tan familiar „à aquella Celeſtial Corte, y ſus „virtudes heroycas tan parecidas à las de „ſus Bienaventurados moradores, que no „ſolo quiſo el Señor para favorecerla que „ella tántas veces ſubieſſe à la Celeſtial Pa„tria, à verſe de quando en quando con „aquellos dichoſos Corteſanos, con quie„nes havia deſpues de vivir eternamente; „ſino que tambien los miſmos, mientras „à ella le duraba ſu deſtierro, bajaſſen de „ſu Empyreo Palacio, de ſu Imperial Ciudad,

„dad, à la aldea de nueſtra tierra, à la pobre choza en que ſe alvergaba, para conſolarla. De ſuerte, que caſi nunca ſe paſſaban algunas ſemanas, que ella no ſubieſſe allà à darles los parabienes de ſu gloria; ò ellos, pagandole la viſita, no bajaſſen acà para comunicarle aliento en ſus trabajos. Hay de eſto mucho en la primera Parte; y en eſta ſegunda havemos viſto, y verèmos adelante harto en capitulos diferentes de las materias que fueremos tratando; pero pareciòme en eſta que tenemos entre manos, juntar algunas particulares viſitas de los Santos, que mas dàn à entender lo mucho de perfeccion que en eſta puriſsima alma reconocian. Empiezo por eſtos tres Santos, tan inmediatos en todo à Chriſto bien nueſtro, y à ſu Santiſsima Madre, porque por eſſo miſmo miraban ellos à eſta Eſpoſa puriſsima del Señor, à eſta regaladiſsima hija de la Virgen, con ſingular cariño, y ella con igual reverencia los reſpetaba. En un papel, pues, del año de ſeiſcientos veinte y cinco, à veinte de Marzo, que es el dia en que la Igleſia celebra la glorioſa memoria del mas feliz Patriarca San Joaquin, dice aſsi:

Jueves à veinte de éſte, por la mañana, vì al glorioſo San Joaquin, que trahia en los brazos à la Santiſsima Virgen, Señora nueſtra, como ſi fuera de edad de tres años, poco mas, ò menos. Eſtaba la glorioſiſsima Señora buelta la cara al Santo, y los bracitos echados ſobre ſus hombros: yo la veia por las eſpaldas, con un ropage riquiſsimo, y hermoſiſsimo ſobre todo lo que ſe puede decir. Tenia el Santo buelta la cara ácia donde yo eſtaba, y alli comenzò à decir tan grandes, y tan divinas alabanzas de aquella benditiſsima Señora, Hija ſuya, y Madre de Dios, con modo, y lenguage tan ſuperior, que por ninguna manera ſabrè yo explicarlo. Y deſpues de haverla llamado Templo del Eſpiritu Santo, Sagrario del Verbo Eterno, y otros muchos titulos admirables, ſignificadores de la excelencia, poder, y gloria de aquella Reyna Soberana, y de los ſingulares beneficios, que por ſu medio hizo Dios al linage humano, y del ſingulariſsimo que el miſmo Santo havia recibido del Señor, haciendole tan dichoſo Padre de tan admirable Hija: deſpues, digo, de haver dicho eſto, ſe puſo el Santo de rodillas, y poniendo la bendita Niña en el ſuelo, como arrimada à ſu pecho, levantò los ojos, y las manos al Cielo, dando gracias à Dios nueſtro Señor por todos eſtos beneficios, y pidiendo à muchos Angeles, que con él eſtaban, que le ayudaſſen à dàr gracias à aquel Soberano Señor, de cuya bondad, y liberalidad los havia recibido. Hicieronlo aſsi aquellos Bienaventurados Eſpiritus, cantando alabanzas à Dios con una muſica verdaderamente del Cielo.

Levantòſe luego el Santo Patriarca en pie; y tomando à la Soberana Virgen de la mano, y en la otra una cayada, repreſentando aquella edad, y modo de tratar à ſu Sagrada Hija, como quando ella era de tres años; bajando como por unas gradas de un lugar alto, adonde havia paſſado todo lo que he dicho, ſe vino al lugar donde yo eſtaba, y acercandoſe à mi, con un lenguage muy apacible, y diſcreto, (que uſan los Bienaventurados el modo en eſto que ſolian tener acà, y debia ſin duda ſer muy diſcreto, y apacible quando vivia) me diò las gracias por el afecto que yo deſde niña havia tenido à que ſe celebraſſe en la Igleſia fieſta el dia de ſu dichoſo tranſito, y ſe rezaſſe de èl como de otros Santos: y porque por mis diligencias ſe havia ultimamente efectuado eſte intento, ayudando à él Don Andrès de las Infantas, à quien ſiendo Oidor en eſta Chancilleria de Valladolid, yo havia animado mucho à eſta devocion, y pueſto en que procuraſſe con las veras poſsibles, que ſu Santidad dieſſe licencia para que ſe hicieſſe fieſta, y ſe rezaſſe del Santo. Lo qual hizo con mayor calor ſiendo Regente de Sevilla, por medio de aquellos Canonigos, que aſsiſten en Roma, pretendiendo, que el Sumo Pontifice difina, que la Virgen Puriſsima, Señora nueſtra, fuè concebida ſin pecado original. Y como el Santo me hizo mencion de lo que Don Andrès havia hecho, aunque yo havia yà ſabido, que haviendo muerto, eſta-

taba en camino de ſalvacion; pero como no ſabia ſi eſtaba yà en el Cielo, preguntèſelo al Santo, y ſupe de él que yà ſu alma deſcanſaba entre los Bienaventurados: y añadiò, que él le havia ayudado mucho por la devocion que con él havia tenido, y que de la miſma manera ayudaria à ſus devotos.

Eſtaba la Soberana Niña, la Virgen Señora nueſtra, ſobre mi cama; y acabada la platica con ſu Santo Padre, mirandome con grande agrado, y llegandoſe à mì, me dijo en un ſecreto ſecretiſsimo, con una manera de voz delicadiſsima: (que eſte modo, y aquel en que Dios habla al alma en ſoledad, y otro en un modo de ſueño eſpiritual, ſon los tres modos de hablar mas myſterioſos, y divinos de quantos yo he experimentado) Dijome, pues, en eſte ſecreto ſilencio: Muy buenas, y alegres nuevas te traygo de parte de Dios, y ſon, que oye, y oirà las oraciones que haces por la Chriſtiandad, para que no la deſtruyan enemigos con las guerras que amenazan; y deſpidiendoſe entrambos de mì, ſe bolvieron por el miſmo lugar por donde havian bajado, y alli ſe me deſaparecieron. Sea el Señor eternamente glorificado. Amen.

„Bien ſabido es en Caſtilla el afecto „con que eſta Virgen ſolicitò, y recabò la „ſolemnidad debida, con que hoy la Igle„ſia celebra à eſte Santiſsimo Patriarca; que „parece, que como en eſte ſiglo tomò „Dios à la Virgen Santa Tereſa por inſ„trumento de la devocion que los Fieles „hoy tienen à San Joſeph; aſsi la tomò à „ella por medio para pegar al mundo la „religioſa veneracion de San Joaquin. Pa„rece que mereciò la piedad con que Eſ„paña honrò ſiempre à la Soberana Reyna „de los Angeles, y ahora trabaja por de„fender ſu Puriſsima Concepcion, que „Chriſto bien nueſtro, en premio de los „ſervicios hechos à ſu bendita Madre, le „dieſſe dos hijas tales, que por ſu medio „hicieſſe nuevos, y relevantes ſervicios à „ſu Padre putativo, y à ſu verdadero „Abuelo. Pero proſigamos con el aſſump„to de nueſtro capitulo. En otro papel, à „veinte y dos del miſmo mes, y año, dos „dias deſpues del paſſado, dice aſsi:

El Sabado, eſtando encomendando à nueſtro Señor eſtos negocios de las guerras, y ſuplicandole miraſſe por ſu Igleſia, y por el Pueblo Chriſtiano, me ſignificò ſu Mageſtad quán pocos eran los que le ſervian de veras, dandomelo à entender por la repreſentacion de una heredad, en la qual, deſpues de ſegada, ſuelen quedar algunas eſpigas pocas, y en cortas cañas. Dijome, que era aſsi la mies de eſte mundo, que ſon los hombres, porque ſe los ſiega el enemigo, llevandolos à condenacion eterna, y ſon pocos los que quedan para las trojes de Dios. Diòme eſta noticia muy grande pena, y quedando fatigada con la conſideracion de lo que havia entendido, vì al glorioſo San Joaquin, que con grandes mueſtras de caridad comenzò á hablarme, y à conſolarme para alivio del anſia con que yo eſtaba; y haviendo paſſado en eſto algunas platicas, vì, que ſe volvia al lado derecho, y luego vì junto à la Bienaventurada Santa Ana, y que el Santo tenia en los brazos à la Virgen Santiſsima en forma de Niña muy pequeñita, y que abrazandola, y apretandola à ſu ſanto pecho, comenzò à decirla dulciſsimas razones, engrandeciendo con palabras graviſsimas, y de grande ponderacion, las altas, y grandioſas virtudes de aquella Santiſsima Señora, dandole mil parabienes de las miſericordias que de Dios havia recibido, y del modo ſingulariſsimo con que ſe havia aprovechado de ellas; y con humildiſsimos afectos reconocia el inefable beneficio que Dios le havia hecho en darſela por hija. Cerca de todos eſtos puntos, dijo tantas, y tan dulces razones, tan llenas de gravedad, regalo, y ternura, que à mi parecer ningun hombre mortal acertára á formar otras ſemejantes.

Acabandolas de decir, puſo la ſoberana Niña en los brazos de la glorioſa Santa Ana, la qual, à imitacion del Santo, dijo otras razones ſemejantes, engrandeciendo las excelencias de aquella Señora, y dandole mil gracias à Dios, con humilde reconocimiento, por haverſela dado por Hi-

Hija. Apenas la Santa havia acabado ſu razonamiento, quando vì, que detràs de ella, y de San Joaquin eſtaba el ſanto Padre Luis de la Puente, veſtido como Sacerdote, no con Caſulla, ſino con Capa de Altar; y que tomando otra vez San Joaquin à laglorioſiſsima Virgen en brazos, todos tres, aſsi como eſtaban, ſe vinieron ácia mí. Entonces, poniendoſe el ſanto Padre Luis de rodillas, tomò con profundiſsima reverencia aquella Santiſsima Niña, Señora nueſtra, de los brazos de San Joaquin, y teniendola en las manos, ſin llegarla al pecho, como ſus Santos Padres la llegaban. Aſsi pueſto de rodillas, me la llegò para que le beſaſſe los pies: beſéſelos con grande ternura, y conſuelo de mi alma, y la Soberana Niña ſe inclinò, y poniendome las manos en las mejillas, me besò en la frente, y con voz clara, y de muger perfecta, me dijo: Dios te ſalve, amiga. Volviòla luego el Santo Padre Luis à poner en los brazos de San Joaquin, y tornandoſe todos à ſu lugar, donde al principio los havia viſto, ſe deſpidieron de mì, y deſaparecieron, dejando mi alma llena de ſuaviſſimo conſuelo. Sea el Señor bendito por ſus miſericordias. Amen.

„El favor que agora ſe ſigue, aunque „tiene algunos encomios del glorioſo Pa„triarca San Joaquin; pero es mas admi„rable por lo que cuenta de San Joſeph. „No tiene apuntado el año en que fuè; „pero ſegun el cómputo de los papeles „que el Padre Miguèl de Oreña dejò nu„merados, fuè dos años deſpues de los „paſſados. Tiene mucho de doctrina, y „merece ſu letra toda la atencion, y afec„to de las almas devotas. Dice aſsi:

Bien deſcuidada de que era aquel dia la fieſta del glorioſiſsimo San Joſeph, eſtaba yo con el Señor en mi oracion ordinaria, quando me inſinuò ſu Mageſtad me queria hacer alguna particular miſericordia de las que ſu bondad liberaliſsima ſuele comunicarme. Yo,con mis temores, y el deſeo entrañado de ir, y buſcar à mi Señor por el camino comun, divertia quanto me era poſsible eſta imaginacion, y me eſtaba con nueſtro gran Dios en mis ordinarios afectos. Volvia el Señor à ſignificarme ſu voluntad, y porfiaba yo encogida, y receloſa à divertir. Durò la pelea interior un buen rato. Entonces me dijo el Señor de la Mageſtad con grande blandura, y caricia: Acaba, alma: por què no quieres vèr à mi Padre Joſeph? Eſtas fueron ſus palabras, y con eſte titulo nombrò al Santo, y luego callò un poco ſu Mageſtad, à tiempo que el demonio, deſeando ſi pudiera hacerme alguna burla, ſe me puſo delante muy diſſimulado, oſtentando grande mageſtad, como ſi fuera el Señor, y me dijo: Alma, muy deſconfiada eres de mì, y muy temeroſa; pero apenas le vì, y oì eſta breve razon, quando con la divina luz le conocì al inſtante, y con un modo ſuperior, y de corage, le dije: Vete de aì, Satanàs maldito, malaventurado, que tienes atrevimiento para querer remedar las palabras de la Mageſtad de Dios. Y volviendome à mis Señores los Angeles, que me aſsiſten, les dì mis quejas. Saliò entonces el uno de ellos, que ſe llama *Miſſus Minor*, como colerico contra el demonio, y con una fortaleza grande le tirò una ſaeta de fuego, y con ella le conſumiò, y deshizo como un poco de humo; y aunque el demonio eſtuvo lejos de mì, y empezò à huir luego que le hablè, haſta que la ſaeta del Angel le alcanzò, toda me dejò fatigada uno como veneno que deſpedia. Volviò el Santo Angel muy contento de la victoria, y muy reſplandeciente, y quedème yo en una ſuſpenſion.

Quando volvì de ella, ví como de lejos, que venia el Bienaventurado San Joſeph, acompañado de muchos Angeles. Venia glorioſiſsimo, y lleno de reſplandores; y aunque repreſentaba una gravedad ſuma, era éſta acompañada de grande benignidad. Acercòſe à mí, y ſaludandome con grande caricia, dijo: Dios ſea contigo, alma: Yo ſoy Joſeph, Eſpoſo de Maria Virgen, y vengo en el nombre del Señor à viſitarte, y conſolarte. Viendo à eſte admirable Santo, y oyendo ſus dulciſsimas razones, fuè llena mi alma de un ſingular conſuelo en ſu Dios, y conſiderando las virtudes, y grandeza de tan Celeſtial Hueſped, con

con toda la devocion, y afecto de mi corazon, empecè à decirle: O gloriosissimo Santo Bienaventurado! Tù fuiste el mas dichoso varon, y el mas engrandecido de todos quantos ha tenido el mundo, y Dios ha criado; pues fuè tu dicha tan grande, que te escogiò para Esposo de la que havia de ser Madre del Verbo Divino Encarnado: y à este mismo Señor criaste, y sustentaste con el sudor de tu trabajo. O Bienaventurado, y Santissimo Varon! Oyò el glorioso Santo lo que yo le decia, y respondiòme: Bien has dicho por cierto, alma, bien has dicho; pues Dios nuestro Señor me hizo tan grande misericordia, y soberana merced de ser Esposo de su Santissima Madre, y servir al Salvador en su infancia; pero digote de verdad, que à mi Bienaventurado Padre, y Señor el glorioso San Joaquin, Padre de la Virgen Santissima Maria, le tiene Dios colocado en tan alto, y supremo lugar, que no hay lengua de los que viven, que lo pueda decir, ni entendimiento que lo pueda alcanzar. A este bienaventurado Patriarca venera todo el Cielo, y los Angeles del Señor le reconocen por Padre de Maria Virgen, y Abuelo del Redemptor. Es grandiosa, y como infinita su dignidad. En grande manera se consolò mi alma, oyendo las alabanzas que el Santo me decia de aquel gran Patriarca, porque quanto yo puedo le soy devota.

En acabando el Santo de decirme esto, hizo un movimiento con el manto, como quien le levanta de los ombros, echando de sì grandes resplandores; y mirandole yo entonces, vì que tenia en el pecho una cruz muy resplandeciente, del tamaño de una tercia: pareciòme tal, y tan mysteriosa, que no pude quitar los ojos de ella con grande consuelo mio. Viendome el Santo assi, me dijo con suavissima benignidad: Qué miras, alma? qué vès en esta cruz que tanto te consuela, y admira? Pues sabete, que ésta que padecí en el mundo, fuè todo mi tesoro, fuè toda mi grandeza, toda mi bienaventuranza, y la estimè, y estimo en mas, por ser tan agradable à los divinos ojos, que el ser esposo de Maria Virgen, y el haver criado como à mis pechos al Redentor. Fuè gravissima, y increìble la que padecì en dos ocasiones. La primera, quando vì la preñèz de Maria Virgen: la suspension que me causò esta vista, porque la amaba à ella sumamente, fuè la mayor cruz que llevè. La segunda fuè tambien grandissima en el destierro de Egypto, donde vi adorar los Idolos, y que dejaban de conocer al verdadero Dios, que tenian entre sì: lastimandome tambien los oprobrios, y malos tratamientos, que de aquella mala, y perversa gente padecia la Virgen Sacratissima: pesadissima me fuè sin duda esta cruz. La que nuestro Señor, alma, te ha dado, y te dà por el discurso de tu larga vida en este destierro, grandissima es por cierto, porque en algunas ocasiones ha hecho ventaja à los Martyres que derramaron su sangre por Jesu-Christo. Estimala como debes, y dale muchas gracias à nuestro gran Dios, y Señor por tan grande misericordia como te ha hecho, porque la cruz es un tesoro de infinitos bienes, y en los divinos ojos luce sobre manera. Es una señal, y divisa por donde sù Magestad conoce la criatura que El mismo sellò con las señales, que puso à Jesu-Christo, su Unigenito Hijo. Por ésta, ò alma! te colocarà Dios en muy supremo lugar. Consuelate, pues, en el Señor, Dios tuyo, que breves son las penas, y dolores que se pueden padecer; y eternos los descansos, y corona de gloria, y possession del mismo Dios. Quedate ahora en paz, y en tu Dios.

Fuè grande el consuelo que sentì, oyendo tan grandes prerrogativas de la Cruz, como las que el Santo decia; pero tambien sobre manera me avergonzaba, y confundia, juzgando que eran infinitas las faltas que havria hecho en ocasiones de padecer, en que pudiera agradar, y dar gusto à nuestro Señor. Esto era lo que yo entonces conocia, y sentia. Yà se queria ir el glorioso Santo, y con todo esso mi alma no podia apartar los ojos de aquella mysteriosissima Cruz, que le colgaba sobre el pecho; y viendolo el Santo, se llegò mas à mì, y con mucha caridad, sin quitarsela del cuello, me diò à besar el pie de ella. Con lo qual sentì luego una luz muy superior,

y un consuelo grande en mi alma. Luego puso el Santo la mano sobre su pecho, y volviendola à quitar, vì, que aquella mano resplandecia, y como si tuviera en ella un Sol el mas lucido: echòme la bendicion, y poniendome la misma mano sobre la frente, y cabeza, me alentò, y dejò toda como resplandeciente. A este punto me suspendì profundamente, perdiendo de vista al Santo. Volvì despues en mì, acabada la vision: halléme con una grande admiracion de las obras de este gran Dios, y Señor nuestro: dile las gracias que pude, por quien es en sì mismo, y por quien es para con sus pobres criaturas. Sea bendito para siempre. Amen.

CAPITULO XXIII.

Visitala el Apostol San Pedro.

„OTras veces se ha hecho mencion de „los favores que esta Virgen recibiò „del Principe de los Apostoles San Pedro, „y guardè para el assunto que agora prosigo „esta visita del primer Vicario de Christo, „por ser mas singular la misericordia que „el Señor le hizo por mano de este gran „Apostol suyo: que como es Padre universal de toda la Iglesia, tiene tambien es„pecialissimo cuidado de algunas almas, que „á la Iglesia Santa le son de mayor impor„tancia. Dice, pues, ella assi, despues de „haver escrito otras mercedes grandes que „havia recibido del Señor:

Passados dos dias, que nuestro Señor hizo estas misericordias á mi pobre alma, estando por la mañana en actual presencia de su Magestad, vì al Bienaventurado Apostol San Pedro, de quien por entonces en ninguna manera yo hacia memoria; y como han sido muy pocas las veces que he visto à este Santo, hizome grande novedad aquella vista. Volvime como suelo al Señor con afecto grande, supliquèle me diesse su luz, para saber quál era su divina voluntad en lo que alli se me mostraba. Aguardò el Santo mientras yo oraba al Señor; y luego, viendome aùn algo turbada, me dijo: No temas, alma, que yo soy quien has visto, y vengo à tì en el nombre del Señor, á lo que su Magestad me ha ordenado. Levantò luego el brazo, como quien queria que viesse yo lo que trahia en la mano: vì que tenia en ella una llave grande de oro, y muy resplandeciente. Volviò el Santo à bajar la mano; y luego de allì à un rato la alzò segunda, y tercera vez, mostrandome la misma llave. Yo estaba admirada, viendo aquel mysterio, y pensaba por entonces, que era mostrarme el Santo la insignia de su Oficio, y Pontificado; pero dijome luego el Santo: Alma, esta forma de llave que vès en mi mano, es un dòn, que el Señor Dios de la Magestad te hace merced de embiarte por mì: yo soy el que te le tengo de aplicar, y imprimir en el nombre del Señor. Encogìme mucho, turbada de la novedad del caso, y dijele al glorioso Apostol: Santo bendito, no entiendo bien lo que me dices, y me parece tiene gran mysterio; dime por amor del Señor, qué dón es este, y quál es la virtud de esta llave. Espera, alma, respondiò el Santo, y por amor del Señor no te turbes, que yo te dirè despacio, y de suerte que lo puedas entender, y con consuelo tuyo, de lo que el Señor quisiere obrar en tì, lo que me preguntas.

Mira, alma, el Señor Dios de la Magestad, deseando infinito la salvacion de las almas, y hacerte merced à tì, por lo que le amas, y padeces por su bondad, te ha querido tomar por instrumento para la salvacion de muchos; y assi, esta llave que te tengo de aplicar, es figura, y symbolo de una gran merced, y misericordia que Dios quiere hacerte, y quiere hacer à muchos, tomandote à tí por instrumento, como dije; y esta es, que puedas, como abrir el Cielo à las almas, en esta forma: que todas las veces que con afecto grande, y particular inspiracion de nuestro Señor, pidieres la salvacion de algunas almas, te lo concederà el Señor Dios de la Magestad. Causòme esta nueva grande admiracion: y reparando mucho en el caso, le dije al Santo Apostol: Y cómo ha de ser esto, Santo glorioso? Segun esso, podia yo pedir por la salvacion de todo el mundo, que es cosa

que deſeo mucho, y todos ſe ſalváran. Mira, el Señor Dios de la Mageſtad te inſpirará por quienes has de pedir, y te darà grande afecto à eſſo, y no ſerà à todos, ni à todo el mundo; y à eſſas almas por quien pidieres en eſta forma, las darà el Señor tal diſpoſicion, y ayudas tales, que conforme à eſſo, y ſegun las divinas trazas que tiene ſu Mageſtad para ſalvar las almas, ſeràn eſtos privilegios, y miſericordias de Dios; mas te digo, que tendràn grande parte en eſto todas las perſonas que te tuvieren afecto, y te hicieren algun bien. Quedè como atonita, por cierto, oyendo myſterios tan grandioſos, y tan ſingulares miſericordias de nueſtro gran Dios, y Señor.

En acabando de decir eſto el Santo Apoſtol, ſe llegò à mì el Santo Angel de mi guarda, y en un modo eſpiritualiſsimo, ſe abrazò conmigo, como quien me tenia, y ſuſtentaba. Entonces el glorioſo San Pedro, como quien deſabrocha un corpiño, ò almilla, en preſencia de todos mis Señores los Angeles, me abriò el pecho con dolor natural, y ſentimiento mio, y en lo interior de èl, y hondo de èl, puſo, è imprimiò aquella myſterioſa llave, y luego volviò à cerrarme el pecho, dejandole como eſtaba de antes. Quedème con un deſcaecimiento de la naturaleza, y grande admiracion en el alma; pero con todo eſſo, queriendo aprovecharme de tan buena ocaſion, como tenia preſente, me animè, y preguntè al glorioſo Apoſtol, ſi podia pedir entonces por las amigas, y conocidas, para que ſu Mageſtad les hicieſſe aquella merced que èl me havia dicho. Sì, alma (reſpondiò el Santo, con grande caridad, y agrado) sì por cierto, que la ocaſion que has buſcado es muy buena, y el Señor Dios oirà tu oracion. Causòme mucho conſuelo la reſpueſta del Santo; y luego pedì à nueſtro Señor aquella miſericordia para las compañeras de caſa, para las amigas, particularmente Religioſas, y para mis Confeſſores.

Hecho eſto, y queriendo yà irſe el Santo, le ſupliquè me dieſſe alguna limoſna por amor de Dios; y èl, metiendo la mano en ſu ſeno, y ſacando tres doblas de oro muy reſplandecientes, ſe llegò, y me las puſo en mi mano. Rehuſabalo yo, por hallarme indigna de tan grande dòn; pero el Santo me las hizo tomar, dejandome conſolada, con decirme eran ſymbolo de la caridad. Luego el Santo Angel de mi guarda, llegandoſe à mí, tomò aquellas doblas, y por un modo myſterioſo, que no sè explicar, las puſo en mi alma en el lugar adonde havian de eſtàr.

Antes de deſpedirſe de mi el glorioſo San Pedro, mirando à mis Señores los Angeles, que me acompañan, y eſtando ellos muy atentos à lo que el Santo les decia, empezò aſsi: Santos Angeles del Señor Dios nueſtro, la Divina Mageſtad os manda, y ordena, que de aqui adelante guardeis, y mireis à eſta criatura con mas cuidado, y atencion; porque el Demonio, rabioſo, y embidioſo, procurarà hacer las ſuertes que pudiere en ella, para quitalle la vida. Yo, en oyendo eſtas palabras, naturalmente me conturbè un poco; pero el Santo Apoſtol, reconociendo eſto en mì, mirandome con mucha caridad, me dijo: No temas, alma, que el Señor es defenſor de tu vida, y nadie te podrà tocar ſin ſu licencia, ni quitar un hilo de tu ropa, ni un cabello de la cabeza, porque todos los tiene contados; y ſabete, que el Señor Dios nueſtro tiene mandado à ſus Angeles, que à ſus ſiervos que le aman de verdad, los traygan en las palmas de ſus manos, para que no tropiecen ſus pies. Pero quiere ſu Divina Mageſtad, que viviendo en carne mortal, ſe ſigan las reglas de la ſanta prudencia, atendiendo à los peligros, y huyendo de ellos ſanta, y virtuoſamente, con reſignacion en la divina voluntad, y en eſta forma has de entender el myſterio que has viſto, y oìdo. Mis Señores los Angeles reſpondieron, harian con gran cuidado lo que el Señor les mandaba; y el Bienaventurado Santo, deſpidiendoſe, me dijo: Quedate en paz, y en tu Dios; y acompañado de muchos Angeles, ſe fuè. Yo he quedado admirada de las obras del Señor, que ſea eternamente bendito. Amen.

CA

CAPITULO XXIV.

Visitanla los gloriosos Patriarcas San Agustin, y nuestro Padre Sa Ignacio, y hacele aquel Santo Doctor una platica espiritual: llega el glorioso Santo Domingo como de passo.

„FUE especialissimo el favor que algu„nos Santos Patriarcas de las Sagradas „Religiones hicieron à esta purissima Vir„gen, de que se dijo mucho en la primera „parte; y no es poco lo que en esta aña„dirèmos; y antes de venir à las visitas, y „mercedes particulares, que de cada uno „de aquellos, y de algunos de sus hijos re„cibiò, pondrè primero algunas visitas que „juntos la hicieron, y las platicas espiritua„les, y sermones, con que por orden de „Dios la animaron, y esforzaron. En un „papel del año de seiscientos y veinte y seis „dice assi:

Despues de haver passado aquel myste-rio tan grandioso, y merced, que la Magestad de Dios nuestro Señor quiso hacer à mi pobre alma, de aquellas subidas, y raptos à cosas tan altas, y divinas, que fueron siete veces cada dia, por espacio de tres dias; al quarto dia, despues de los tres dichos, estando con nuestro Señor, vì, que venian los Bienaventurados Patriarcas San Agustin, y San Ignacio de Loyola, y llegandose à mì, me saludaron en el nombre del Señor. Y como en esta ocasion estaba mi alma en una profunda hondura de su propio conocimiento, sintiendo tan mal de mì, que con palabras interiormente formadas, me decia à mì mesma mil valdones, y afrentas, con vehementissimo afecto, que me llevaba toda tras sì; de ninguna manera parece que podia, ni estaba para atender à otra cosa. Y assi, en oyendo la salutacion de estos Celestiales Patriarcas, no supe responderles otra cosa, que darles quejas contra mì, y contarles las maldades que conocia en mì, suplicandoles rogassen à Dios por tan mala criatura como yo. Escucharonme los Santos; y para sossegar el afecto alborotado de mi alma, y que pudiesse atenderles, me dijo con mucha caridad el glorioso San Ignacio: Sossiegate, alma, y mira que hemos venido à tì en el nombre del Señor à consolarte, y decirte, que de aqui adelante muy de ordinario assistirèmos en este lugar adonde estàs los Santos Patriarcas San Benito, San Agustin, Santo Domingo, San Francisco, y yo, como yà lo hemos comenzado, aunque tú no lo hayas visto, ni entendido: unos dias vendràn unos, y otros vendràn otros, y yo serè el mas frequente. Digote, alma, que en las cosas del servicio de Dios, en que deseas acertar, te alumbrarà nuestro Señor, y nosotros te ayudarèmos: en el particular, que agora te dà cuidado, haràs esto. Dijome el Santo lo que havia de hacer: no lo escribo, porque yá lo sabe mi Confessor, y no hay necessidad de ponello aqui.

Con grande consuelo mio oì las palabras del Santo, y dijele: Santo bendito, mucho me has consolado con lo què dijiste, muy alentada estoy con tus santas, y admirables razones; pero dime agora, suplicotelo por amor del Señor, alguna cosa de aquella Celestial Patria, para provecho de mi alma. Entonces, tocando con un modo de grande reverencia al brazo del glorioso San Agustin, dijo: Alma, este glorioso Santo Patriarca trae orden del Señor de la Magestad, para hacer esso que pides. Estando en esto, llegò el Bienaventurado Santo Domingo, como quien venia con alguna prisa, y no queria ocupars y siendo recibido de los otros dos Santos con muestras de grande amor, me dijo: Alma, vengo à pedirte alcances de nuestro Señor, que el alma de un Religioso grave de mi Orden, que està en el Purgatorio, la saque su Magestad mañana. Era este difunto grande siervo de Dios, y viviò muy religiosamente, y cumpliendo muy bien con sus oficios: passaron en esto muchas cosas, que no digo, por no alargar este papel. El remate es, que fuè nuestro Señor servido de oìr mis pobres oraciones, y por su bondad, al otro dia, aun antes del plazo que el glorioso Santo Domingo havia pe-

pedido, ſaliò del Purgatorio. Volviendo, pues, á lo de antes, deſpidiòſe el Santo de los otros Patriarcas, y de mi pobre alma. Luego, el glorioſo San Aguſtin, cumpliendo con lo que la Divina Mageſtad le havia ordenado, haciendo la ſeñal de la Cruz en sì meſmo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Eſpiritu Santo, levantando los ojos al Cielo, y componiendo ſus ſantas manos en un modo graviſsimo de admiracion, empezò aſsi:

Grandiſsima es por cierto, alma, la miſericordia que la Divina Mageſtad te ha hecho en eſtos tres dias paſſados; y no hay lengua mortal que pueda explicarlo. Subióte, y levantóte ſiete veces en cada un dia á tan alto, y ſuperior grado como ſabes; y en la ultima ſubida de eſtas veinte y una te puſo en tan ſublime eſtado, y union con tu Dios, paſſando primero por aquel Divino Sol, y penetrandolo, donde ſe te aplicò aquel grande, è inefable teſoro de los altiſsimos merecimientos de Jeſu-Chriſto nueſtro Señor, y ſu precioſa ſangre derramada, que ſolo ſu Mageſtad Divina puede ſaber quál ſea la grandeza á que te levantò; y aſsi te has hallado tan anegada, y perdida en aquel Divino Sèr, que tù á tì miſma no te vès, ni conoces, ni te entiendes con luz clara, y eſtás en unos altiſsimos, y divinos obſcuros, con ſola la luz neceſſaria para vèr, y conocer eſta verdad, amarla, y abrazarte con ella, gozando de unas ſumas riquezas, en un modo ſecretiſſimo, y eſpiritualiſsimo. Sea nueſtro gran Dios, y Señor bendito por todas ſus obras. Aconteciòte, alma, en eſta ocaſion, como ſi un Rey, queriendo hacer merced, y darle guſto al Principe ſu hijo, y que éſte lo entienda aſsi, le ſubieſſe à un alto Caſtillo, y moſtrandole deſde alli todas las grandezas que la viſta del mozo pudieſſe alcanzar, le dijeſſe luego con amor de padre: Mira, hijo, tù eres mi heredero, y todo quanto has viſto, y mucho mas, es tuyo. Y el mozo alegre, y contento con lo poco que veìa; pero entendiendo havia mucho mas que vèr, que no alcanzaba ſu corta viſta, ſe quedaſſe admirado, y ſuſpenſo, conociendo en aquel modo obſcuro la grandeza, y ſeñorìo de ſu padre. A eſte modo, à lo que acá ſe te puede platicar, es lo que te ha paſſado, alma, con tu Dios: dale muchas gracias, y eſtate con èl, y mira que de nuevo has de hacer, aunque lo haces cada dia, una total entrega de tì miſma en tu Dios, ofreciendole, y obrando por èl todas las coſas que hicieres, con la mayor perfeccion que te fuere poſsible, viviendo en el miſmo Dios, y padeciendo en ſu nombre. Eſte ofrecimiento haràs de nuevo, y eſtà ciertiſsima, que la Divina Mageſtad te ayudarà, y recibirà tu ofrenda, como te lo ha prometido. Y mira la grande, y extraordinaria miſericordia que te hace de nuevo, por ſer quien es, y por ſola ſu bondad, que quiere, y es ſu beneplacito oìr tus ruegos, y oraciones, y concederte todo lo que pidieres, en orden à la ſalvacion de las almas, conforme à ſus Divinos decretos; pero haciendo grandes, y extraordinarias larguezas de ſu miſericordia, y poder infinito; y que demàs de eſta tan grande gracia, les comunicarà à las tales perſonas de lo que te ha dado à tì, como quando cae un rocío de olor precioſo ſobre algunos.

Admirada mi pobre alma de eſto ultimo que el Santo me decia, le preguntè, cómo havia de ſer aquello, que aunque era verdad, que Dios nueſtro Señor, y ſu bondad infinita todo lo puede, pero que yo no lo entendia. Mira, alma, reſpondiò el Santo, de aquel principio de tu propio conocimiento tan hondo, y profundo, que tuviſte en todas eſtas materias, y miſericordias recibidas de tu Dios, ſacaſte los afectos tan fervoroſos de tu deſprecio; y fueron eſtos tan agradables en los divinos ojos, y recibidos con tanto beneplacito, que dijo el Señor: Yo quiero, que las almas, por quien èſta pidiere, les toque parte del afecto, y conocimiento propio que ella tuvo, como manado de ella por aplicacion. Y eſto, alma, bien ſabes te lo dijo tu Dios en la poſtrera ſubida, y antes de la union, quando ibas, y eras llevada por aquellos ſiete grados. Sea el Señor bendito, y quedate, alma, en paz, que no dà lugar à mas tu flaca naturaleza. Levantaronſe

se los Santos de sus mysteriosos asientos, y echandome su santa bendicion, se fueron acompañados de Angeles del Señor. Sea su Mageſtad para siempre alabado, por sus obras, por sus misericordias, y altissimos juicios, Amen, Amen.

„Aunque esta plática de este gran Doc„tor es tan mysteriosa, pero tocò mas en „dàr luz particular á esta alma, de lo que „passaba por ella, que en doctrina univer„sal. Pondrèmos agora otras comunes pa„ra todos, y admirables, assi del mismo, „como de otros Patriarcas; à las quales, „por ser de la materia en que estamos, aña„dirè la que en otra ocasion, pocos meses „despues de las otras, y dos años despues de „su muerte, le hizo el Santo Padre Luis de la „Puente, que tiene algunas cosas bien sin„gulares.

CAPITULO XXV.

Platicanla los Santos Patriarcas Santo Domingo, nuestro Padre San Ignacio, San Benito, San Agustin, y luego Christo Señor nuestro, y en otra ocasion el Venerable Padre Luis de la Puente.

„LA ocasion de estas celestiales plati„ticas, lo que ellas contenian, el „orden con que, y los dias en que se hi„cieron por Junio del año de seiscientos „y veinte y seis, nos dejò la Santa Virgen „con mucha distincion, escrito en un pa„pel, adonde dice assi:

El Martes diez y seis de Junio, estando en mi oracion, y muy abrasada el alma en el amor de nuestro gran Dios, y Señor, se me excitò de nuevo un gran deseo, con que andaba algunos dias havia, de oìr alguna platica espiritual de algun Religioso devoto, y siervo de Dios, por haver veinte y quatro años, que por mi enfermedad no havia oìdo ningun Sermon; siendo assi, que toda mi vida fui inclinadissima à oìr con grande consuelo mio la divina palabra. Estando en esto, viò mi alma, que acompañados de Angeles venian los Santos quatro Patriarcas San Benito, San Agustin, Santo Domingo, y San Ignacio de Loyola. Llegaron cerca de mì estos gloriosissimos Santos, saludaronme con mucha caridad; y el Bienaventurado Santo Domingo en nombre de todos me dijo: Venimos, alma, en el nombre de nuestro Señor, y por su divina ordenacion à consolarte, y cumplir tu santo deseo, haciendote una platica espiritual; y luego, volviendose à los otros tres Santos compañeros, vì, que trataban, y conferian todos entre sì, mostrando tenerse los unos à los otros un grande, y amoroso respeto, quál de ellos havia de ser el que havia de platicar; y ordenandolo su Mageſtad, cupo aquel oficio à Santo Domingo, el qual, acompañado de Angeles, y de los otros Santos, bajando unas gradas, y llegando á un mysterioso assiento que allì estaba, á manera de silla, se sentò, y levantando los ojos al Cielo, dijo:

Bienaventurados los que mueren en el Señor, porque estos tales viviràn para siempre, pues lo hallaron todo, y pusieron debajo de sus pies, y murieron con su afecto à todo lo criado, para vivir siempre con Dios. Esto alcanzaste, alma, tù de este gran Señor, que por su bondad, y misericordia te concediò este don. Mandòles Dios, alma, à ciertos hijos de Israèl, que para estàr mas lejos del peligro de alguna ofensa grave, no solo no bebiessen vino, pero ni comiessen ubas, ni los hollejos, ni los granillos de ellas. Assi te digo, que es de mucha importancia el huir, como lo haces, qualquier polvo de falta conocida, para guardar la pureza que Dios infunde en el alma. Haviendo, pues, recibido del Señor tantas, y tan grandes misericordias, y dones, como tù sabes que recibiste, y recibes cada dia, poniendote como por medianera entre Dios, y los hombres, y fiandote la paz, y la guerrra, la pérdida, y la ganancia en cosas graves que el Señor te descubriò, y tù sabes muy bien; con todo esso, es de mucho mayor importancia, y luce sobre manera en los ojos del Señor, de sus Angeles, y Santos, el afecto que el mismo Dios te ha dado, en este caso de poner unicamente la mira en aquello que tù entiendes ser la cosa en que puedes agradar,

dar, y servir màs à Dios, poniendo todas las cosas, por minimas que sean, que puedan impedir esto, debajo de tus pies, ahogando, y pisando lo mucho, ò lo poco que obstàre al menor atomo de la mayor gloria, y servicio del Señor. Dale muchas gracias por esta gran misericordia, y don suyo, digno de sola su bondad. El sea bendito para siempre, y quedate ahora en paz, y en tu Dios.

Echòme en esto su santa bendicion, y se fuè acompañado de los otros Santos Patriarcas, que con él vinieron, dejando mi alma en gran manera edificada, humillada, y consolada. Yo estoy harto confusa, y corrida de haver referido con mi modo tibio, y grossero las palabras admirables, y divinas, que el Bienaventurado Santo dijo con tan superior, y levantado espiritu. Lo mismo me passa en repetir las otras que se siguieron; pero obligame à ello la obediencia de mi Confessor, à que no se puede faltar. Nuestro Señor, y los Santos sean benditos, y me perdonen.

Luego al Miercoles diez y siete del mismo volvieron aquellos Santos Patriarcas por el mismo orden que el dia antes: cupole la platica al glorioso San Ignacio. Sentòse, pues, en aquella silla mysteriosa, y poniendo las manos sobre los brazos de ella, levantando los ojos con un modo gravissimo, y devotissimo, dijo:

Bienaventurado el varon que teme al Señor, y anda en su Ley, y divina presencia, porque este tal amontona tesoros celestiales, y vivirà para siempre jamàs en su Dios, y en su eterna possession. Este es, alma, tu estado: este el camino seguro, y cierto por donde tu Dios, y Señor te ha llevado, y guiado desde los primeros años de tu edad, porque desde la eternidad lo determinò assi en su Divino Consistorio. Consuelate, alma, y esfuerzate en tu Dios, y Señor, porque jamàs te dejarà, ni apartarà de tí su rostro. El serà tu Maestro, tu guia, y ayudador hasta la fin, como te lo ha prometido. El sea bendito para siempre, y dale infinitas gracias, y alabanzas por quien él es en sì mismo, y por quien ha sido, y serà para tì: amale con todas tus fuerzas, y corazon, y confia en él con seguridad, y certeza. Entonces, juntando el Santo las manos, y levantando los ojos con devocion, concluyò diciendo: Quedate agora, alma, en paz, y en tu Dios para siempre; y echandome su santa bendicion, se fuè acompañado de los otros Santos.

Volvieron al Jueves diez y ocho del dicho los mismos Santos; y con el mismo orden, y por divina disposicion, hizo la platica el Bienaventurado San Benito, què acompañado de Angeles, y sus Santos compañeros, llegò à la misma silla mysteriosa, levantò sus santos ojos con devocion, y haciendo una grave accion con las manos, dijo:

Bienaventurados los pobres de espiritu, y los que padecen en el Señor, por èl, y su nombre, porque estos seràn ricos, y prosperados con altissimos, y soberanos dones, y grados muy levantados de gloria, por la mano del Señor. Dejadohas, alma, por divina ordenacion, y misericordia suya, el polvo de la tierra, con el afecto que sabes, que tu Dios te comunicò, con el qual dejaràs todos los imperios, y tesoros del mundo. Obligada te tiene tu gran Dios, y Señor, y muchas veces obligada; porque sobre este tesoro que te diò, y comunicò de su bella gracia, y sin proprios merecimientos tuyos, ha amontonado, y colmado otros muchos, tantos, y tan grandes como sabes, y otros que no sabes, ni entiendes, ni puedes agora alcanzar. Mucho en grande manera te ha fiado Dios, alma: mira como has de responder à tantas, y tan grandes misericordias, y cómo has de grangear con los talentos que te ha dado. Dale infinitas gracias, y pidele con grande humildad, y confianza, que por estas gracias, y misericordias, que te ha hecho por su bondad, te haga otra muy particular, y señalada: y es, que él mismo te dè, y comunique por quien es él, don de esta correspondencia, tan debida á tan gran Señor, y à tan grandes misericordias suyas. Y està cierta, alma, que lo alcanzaràs con grandes ventajas de tu Dios, y Señor, pues en el exercicio de todas las virtudes, y de qual-

qualquiera de ellas, siempre hay mas, y mas grados: en el que Dios te tiene, alma, él solo lo sabe; y lo que nos revela de él, es tan superior, que lo debo passar en silencio, hasta que su Magestad à su tiempo nos lo descubra à todos. Solo te digo, que viviràs para siempre en tu Dios. El sea bendito, y quedate, alma, en paz, y echandome su santa bendicion, se fuè con la misma compañia que vino.

Passóse un dia en medio, y luego al Sabado veinte del dicho mes vinieron los Santos Patriarcas por la mañana, con el mismo acompañamiento, y orden que antes: cupo la platica al santissimo Doctor San Agustin, el qual, sentado en aquella silla, levantando sus santos ojos al Cielo, dijo con grande devocion:

Bienaventurado el varon, que tiene puestos, y fijos con grande afecto los ojos, y la mira de su alma en aquel Sol del Divino Sèr de Dios; y aquel que por la divina gracia le mira de hito en hito, sin divertirse con el afecto à las cosas terrenas, como el Aguila real, que mira al Sol, y à ellá sola le es comunicada la tal virtud natural. Esta grandeza de espiritu, y este don tan grande, y superior, sola su Magestad Divina, por su bondad, y beneplacito le puede dàr, y comunicar; y assi, para conservarle el alma, y que Dios nuestro Señor guarde, y defienda este tesoro en ella, conviene mucho que essa alma, bajando su cuello à la tierra, con el pico de la consideracion, como el grano que se cria en ella para el sustento de la vida; y que mirandose à los pies feos, y terrenos, deshaga la rueda que le podia causar la hermosura de sus alas, como lo hace el pabon. Grande es por cierto la misericordia que Dios te ha hecho, alma, en esta parte, y el don que te ha comunicado: dale infinitas gracias, y estale muy atenta, y fijos los ojos en èl, que él te ayudarà, conservarà, y sacarà à luz con grande bonanza, y superior estado esta obra que comenzò en tí, y no te dejarà jamàs, como te lo tiene prometido. El sea bendito para siempre, y quedate en paz, y en tu Dios. Entonces, levantandose en pie, dijo una oracion muy devota, y echandome su santa bendicion, se fuè con sus Compañeros.

Este mismo dia, en yendose los Santos Patriarcas, viò mi indigna, y pobre alma la Magestad de Jesu Christo nuestro Señor, el qual con suma benignidad, y amor me dixo: Embiadotehe, alma, à mis Santos, para que te platicassen, esforzassen, y consolassen en mí. Agora vengo à platicarte, consolarte, y hacerte merced; y prosiguiò luego, diciendo: Bienaventurada es, y muchas veces dichosa el alma en quien Dios por su sola bondad, y divino querer puso los ojos desde su eternidad, predestinandola, y escogiendola para sí, dandole de su bella gracia todas las ayudas suficientes, y necessarias para conseguir este dichoso fin, llevandola de la mano por todo el discurso de su vida, por todos los caminos, y sendas, divirtiendola, y librandola de todos los tropezaderos que se podian ofrecer en el viage, hasta sacarla, y conducirla á puerto seguro, que es el mismo Dios, de adonde procediò. Esta misericordia te ha comunicado, alma, tu Dios. Nada te falta, ni puede faltar; pues es Dios tu guia, tu consuelo, y amparo: quedate en paz, alma, y descansa en mì.

„Estas admirables platicas de los Santos, „y del Santo de los Santos Christo bien „nuestro, no han menester ponderacion „del que escribe, sino atencion devota del „que lee, para edificar su alma, admirar „la perfeccion de dones que alcanzò esta „Virgen, y alabar à nuestro gran Dios, y „Señor, que se los concediò. Para los mismos efectos servirà la que se sigue: la qual „le hizo despues el Santo Padre Luis de „la Puente, haviendo casi dos años que „havia muerto. Refiere ella el sucesso todo por estas palabras.

La mañana de Pasqua de Navidad de este año de seiscientos y veinte y seis, despues de haverme passado otras cosas con el Señor, y descubiertome altissimos mysterios, ví venir como de lexos à los Santos Patriarcas San Benito, San Agustin, San Ignacio de Loyola, y San Bernardo, acompañados de Angeles del Señor. En medio de ellos venia el Santo Padre Luis de

de la Puente. Llegados eſtos Bienaventurados Santos, y ſaludandome en el nombre del Señor, me dieron las buenas Paſcuas; y mirando con un modo de caridad, y reſpeto al Santo Padre Luis, llegaron con él, como quien le acompañaba, à un aſsiento myſterioſo que alli eſtaba. Sentòſe el Santo Padre en él con humildad, y reverenciando à aquellos Santos Patriarcas; y deſpues que eſtos ſe ſentaron en otra parte, el glorioſo Padre Luis, juntando las manos, y levantando los ojos al Cielo, puſo luego eſſas manos ſobre un myſterioſo bufete, que tenia delante de sí, y dixo:

Llegado el tiempo que la Divina Mageſtad de Dios nueſtro Señor tenia determinado en ſu Sagrado Conſiſtorio, en que el Soberano, y Divino Hijo ſuyo tomaſſe carne humana en las Entrañas puriſsimas de Maria Virgen, y Señora nueſtra, deſpues de haverle tenido en ſu Sagrado Vientre nueve meſes; apareciò al mundo eſte Divino Sol de Juſticia Jeſu-Chriſto, nueſtro Salvador, y Señor: fuè adorado, y conocido de Paſtores, y Reyes; y la aſnilla reconociò el peſebre de ſu Señor. Con eſta miſericordia tan grande, y ſoberana, que Dios hizo al mundo, ſe alegraron los Cielos, y toda la redondèz de la tierra, y la noticia, luz, y conocimiento de eſta maravilla tan grandioſa, y miſericordia, que la Mageſtad de Dios nueſtro Señor hizo al mundo, y la buena nueva del Evangelio, llegò á toda pura criatura racional, y ſus rayos Divinos retocaron à todas ellas. En eſte tiempo, y ocaſion los demonios temieron, y temblaron, y muchos de los pecadores abominables, que con ſus torpezas afearon la naturaleza, que Dios quiſo honrar tanto, fueron confundidos, deſtruidos, y muertos. Eſte Señor Soberano, Rey de los Reyes, conversò treinta y tres años entre los hombres, y obrò obras maravilloſas, y admirables, dignas de ſu poder, y grandeza: y cumpliendo las leyes, para dàr exemplo, fuè circuncidado, preſentado en el Templo por ſu Santiſsima Madre: recibiò el Bautiſmo de ſu Precurſor, obrò nueſtro remedio en la Cruz, reſucitò, y ſubiò à los Cielos: abriò camino, y puerta para todos los que ſe quiſieſſen aprovechar de ſu precioſa ſangre derramada. Lo que nos toca à los que por los merecimientos de eſte gran Señor le gozamos para ſiempre en poſſeſsion eterna, haviendo paſſado por el mar tempeſtuoſo de la vida mortal, à la bonanza, y puerto ſeguro de la Celeſtial Patriá, es, con nuevos gozos, y gloria accidental, cantar ſus alabanzas, multiplicarlas, y ſuplicar à ſu Divina Mageſtad embie à ſus Fieles en eſta feſtividad abundantes, y muchas ayudas, para que puedan conſeguir el fin para que fueron criados, y que puedan en nueſtra compañia, pues ſon nueſtros hermanos, gozar para ſiempre de los bienes, y glorias que noſotros poſſeemos, y gozamos por la bondad del Señor, y arrimando el cornadillo del libre alvedrio.

Acabado eſte razonamiento tan eſpiritual, y myſterioſo, bolvì los ojos à otra parte de aquel como teatro, y vì que eſtaban alli muchas almas bienaventuradas de Santos de la Compañia de Jeſus, en forma humana, oyendo aquella platica. Luego, poniendo el Santo Padre los ojos en mí, me dixo con grande caridad: Y tù, alma, deſcanſa en el Señor, y tu ocupacion, y exercicio ſerà clamar à Dios por el bien comun, como lo haces: enſeñar al ſimple, y al que fuere errado con eſpiritu, y verdad: conſolar los triſtes, y afligidos, y alentar, y esforzar los flacos, y deſcaecidos en la virtud; porque eſte es el intento de nueſtro gran Dios, y Señor, y que èl ſea glorificado en ſus Santos, en detenerte en el deſtierro de tu rincon, lo qual ſerà por el tiempo que la Divina Mageſtad fuere ſervido; y tù deſcanſa, y no quieras ſaber mas en eſte punto; y daràs las buenas Paſcuas de nueſtra parte à nueſtros hermanos, y quedate en paz. Levantòſe con eſto de aquel aſsiento, y ſe fuè acompañado de aquellos Santos Patriarcas, y de Angeles, con quienes havia venido à aquel lugar. Sea el Señor bendito por todas ſus obras, y miſericordias. Amen.

CAPITULO XXVI.

Otros razonamientos del Bienaventurado San Benito. Refierese un encomio, que nuestro Padre San Ignacio hizo de este Santissimo Patriarca.

„EN este capitulo, y en el siguiente „procuré juntar los papeles, que „aunque hablan de otros Santos Patriar„cas; pero particularmente engrandecen „los favores que esta admirable Virgen „recibiò del gran Padre San Benito, y las „prerrogativas singulares de este gloriossis„simo Patriarca. El año, pues, de seiscien„tos y veinte y ocho, despues de contar „otros favores, que dia del Nacimiento de „Christo bien nuestro havia recibido de „su Magestad, añade assi:

Este mismo dia de Pascua de Navidad, vì entrar en mi aposento los Santos Patriarcas San Benito, San Agustin, Santo Domingo, San Fancisco de Assìs, y San Ignacio de Loyola. Venian todos muy gloriosos; y haciendose unos à otros cortesìas, pusieron en medio à S. Benito, y le rogaron hablasse en nombre de todos. Yo me encogì mucho, y procuraba no atender, y divertirme de mirallos. Aguardaronme buen rato; pero al fin, obligada del Señor, que me animò, y sossegò la confusion que tengo, de que tan grandes Santos me favorezcan tan á menudo, huve de atender; y sentados todos, hablò el Santo Abad, diciendo: Hermana, somos venidos hoy à darte las buenas Pascuas de parte del Señor, y de nuestra parte: tengaslas muy santas: demasiada eres en tus temores: no tienes razon. Riñome un poco por esto, y alzando los ojos al Cielo, y puestas las manos, dixo: Estos Santos, y yo sabemos vás muy bien, y seguramente: el Señor nos lo ha revelado, y descubierto las grandes mercedes que te hace: no tienes que temer. Otras cosas me dixo á este proposito; y levantandose para irse, me echò su santa bendicion en nombre de todos. Pues gloriosos Santos, dixe yo entonces, piensan irse sin darme algo? Sea assi, respondieron ellos, y de muy buena gana te darémos lo que pides. Bolvieron à sentarse, y yo me hinque de rodillas, y tendí una tohalla, con que me ví ceñida à modo de delantal. El Santo Abad me echò en ella muchas perlas, y piedras preciosas de colores diferentes; y lo mismo hicieron los demàs Santos, diciendo: Reparte de estos thesoros entre tus amigas, y conocidos. Yo lo hice con mucho consuelo, y dì de ellas á todas las amigas de los Conventos de la Madre de Dios, y de las Huelgas, y demás personas seglares que me havian pedido las encomendasse á Dios esta Pascua. Con esto se despidieron los Santos. Despues supe, que estas piedras preciosas significaban las virtudes, y gracias espirituales, que el Señor por su misericordia me concede à mì, y à las amigas. El sea bendito. Amen.

„Mucho mas admirable es el sucesso „que agora refiriré, y lo que la platicò „el mismo Santo, que segun el compu„to de los papeles, fuè por el año de seis„cientos y treinta. Escribelo ella de esta „manera:

Estaba yo con nuestro Señor en mis ordinarios ejercicios, y en esta ocasion muy sepultada en el profundo conocimiento de mi bajeza, y con encendidos deseos de agradar mas, y mas à nuestro Señor. Sobrevinome un afecto, como otras veces, de oìr algun Sermon: consuelo, que me falta tantos años hà, por no poder con mis continuas enfermedades salir à las Iglesias; pero resignème, y divertime de esta imaginacion, quedandome en mi ejercicio. Estando assi, vì como de lejos, que venian los Bienaventurados Patriarcas San Benito, Santo Domingo, y San Ignacio de Loyola, y otros Santos de las tres Religiones de los santissimos Patriarcas. Venian todos acompañados de Angeles del Señor. Llegaron de esta manera cerca de donde yo estaba; y luego el Bienaventurado San Benito, acompañandole, y honrandole los dos Santos Patriarcas, se sentò en una silla mysteriosa, y los otros dos Santos à sus dos lados en otras algo menores.

Los

Los demàs Santos, que venian en aquel ſagrado acompañamiento, ſe ſentaron en un aſsiento largo, y myſterioſo, à modo de banco, aunque diferente. Los Angeles del Señor eſtaban como en pie, acompañando aquel theatro, y Almas bienaventuradas de aquellos Santos.

Era grande la admiracion con que mi alma eſtaba viendo todo eſto, y con mis temores me quedè como pude en mi oracion, y ejercicio; de ſuerte, que vine poco à poco, y como naturalmente, à divertirme, y no acordarme por un rato del myſterio que nueſtro Señor me havia pueſto delante de los ojos de mi alma. Caí deſpues en mi deſcuido, y admirème de que de eſta manera huvieſſe podido divertirme. Entonces con grande caridad me dijo el glorioſo San Benito: Alma, divertida has eſtado naturalmente; y yo, y todos eſtos Santos, y Angeles que eſtán conmigo, de buena gana te hemos aguardado: porque he tenido guſto, y gozo en el Señor, de que teniendote ſu Mageſtad en eſtado tan levantado de eſpiritu, juntamente obras acciones naturales, de ſuerte, que Dios ſea glorificado, y honrado en haver hecho una criatura, y formadola de manera, que uſe de ſu naturaleza por una parte, y por otra de un eſpiritu tan ſuperior, y levantado, que parezca mas Angel que criatura humana, juntando el Señor en una, con ſu bondad, y poder infinito, dos coſas tan contrarias, ſin que ninguna de ellas pierda, aunque el natural, y la vida es yà como milagroſa: aſsi te lo ha dicho algunas veces nueſtro Señor, ſi te acuerdas, alma. Oía yo lo que decia el Santo; y como ſiempre eſtoy ſumida, y entonces lo eſtaba mas en el muladar de mi miſeria, aunque lo oì, no reparé mucho en ello, y como olvidado lo demàs, ſolo dije: Santo bendito, perdoname, que he ſido mal mirada, olvidandome de tu preſencia, como criatura tan vil, y defectuoſa. Bien eſtá, reſpondiò el Santo; eſſo que dices, alma: bien eſtà. Y yo me alegro en el Señor, y todos mis Santos compañeros, y Angeles, de oìr tu afecto humilde; pero eſtà agora atenta, que te vengo á platicar un poco en el nombre del Señor para tu conſuelo, y alivio. Entonces, haciendo la ſeñal de la Cruz en ſu ſanta frente, boca, y pecho, con un modo muy grave, y con grande eſpiritu, dijo aſsi:

Alma, la Santa Madre Igleſia, alumbrada del Eſpiritu Santo, nos ha propueſto la feſtividad tan glorioſa de la Encarnacion del Verbo Divino en las Entrañas Virginales de ſu Santiſsima Madre, para el remedio, y reſcate de todo el genero humano. Naciò de eſta Sacratiſsima Señora nueſtra: fué embuelto en pobres pañales, y reclinado en un peſebre: conversò entre los hombres treinta, y tres años, haciendo obras maravilloſas, y Divinas; y haviendo amado à los ſuyos con amor grande, è infinito, à la fin los amò, echando el reſto de ſu inmenſa caridad, muriendo por ellos: y lo miſmo haria por ſolo uno que huviera que reſcatar; porque haſta aqui llegò la grandeza de ſu amor, y encendida caridad. Y no ſe contentò ſu bondad infinita con menos que quedarſe con ellos haſta el fin del mundo, encubierto debajo del velo de las eſpecies Sacramentales; porque dijo eſte Señor, que aſsi amò al hombre, que algunos, y muchos venian de lejos, y tenian neceſsidad del ſocorro, virtud, y fortaleza del Divino Sacramento de la Euchariſtía, para que no desfallecieſſen, y pereciesſen en el camino. Fué eſte Señor Redemptor nueſtro, preſo, azotado, y atado fuertemente à una columna; y diciendo eſtas palabras, y levantando los ojos al Cielo el glorioſo Patriarca San Benito, ſe quedò como ſuſpenſo en una altiſsima contemplacion, y los demàs Santos que alli eſtaban, inclinaron ſus cabezas. Proſiguiò tras breve rato el Santo ſu platica, diciendo: Fué eſte Señor coronado de eſpinas con grande crueldad; y llevando la Cruz acueſtas, en que havia de ſer enclavado, fuè crucificado en ella con graviſsimos dolores, y anguſtias de ſu Sacratiſsima Humanidad: muriò en ella, y diò ſu Divino Eſpiritu à ſu Sacratiſsimo Padre con grande clamor, abriendo camino para el Cielo

lo à todos los que se quisiessen aprovechar de este grande, y costoso remedio. Entonces, poniendo el Santo Abad en mì los ojos, dijo con fervoroso afecto: Alma, ruega con grande instancia, y fervor á nuestro gran Dios, y Señor de la Magestad, que imprima con su muy abundante gracia, y selle en las almas, y corazones de los Fieles, estos tan celestiales, y Divinos mysterios de la Passion, y Muerte de nuestro Redemptor, y Salvador Jesu-Christo, para que assi sean agradecidos, y le sirvan, y amen aqui por gracia, y despues por gloria para siempre jamàs. Amen.

Luego que el gloriosissimo Santo huvo acabado esta divina, y mysteriosa platica, se levantò en pie, y con èl los demàs Santos que alli estaban, y echandome à mì, y à todo lo que estaba en mi pobre aposento, su santa bendicion, se fuè mysteriosamente como havia venido, dejandome muy consolada, y alentada en el Señor nuestro, que sea bendito para siempre por todas sus obras, y misericordias. Amen.

„Aunque la vision que ahora se sigue „toca otros muchos, y admirables mysterios; pero porque contiene tambien otro „breve razonamiento del glorioso San Be„nito, y un ilustre elogio, que de este gran „Patriarca dijo nuestro Padre San Igna„cio de Loyola, me pareciò ponerla en „este lugar; y segun se colige del or„den con que estàn numerados los papeles, „sucediò pocos dias antes que la vision „passada. Dice, pues, la Venerable Virgen „de esta manera:

Sentì en mi oracion afectos encendidos, y deseos extraordinarios de acertar en todo, y por todo con la divina voluntad. Estando afervorizada en ellos, oí un sonido celestial, y suavissimo de muchas Campanas, cuyo metal era oro finissimo. A este dulce sonido acompañaba una admirable, y divina musica de Angeles, que con sus instrumentos acordadissimos alababan á nuestro gran Dios en aquella Celestial Jerusalèn; y aunque estaba admirada oyendo aquella suavissima harmonia, todavia, con mis acostumbrados temores, procuraba divertirme, y en quanto me era possible, estarme en mi ordinario exercicio; pero disponiendolo assi el Señor, fuè fuerza atender al mysterio que su Divina Magestad queria mostrarme, sin que por ninguna via, por mas que estaba encogida, pudiesse retirarme.

Vì, pues, que de aquella Ciudad Celestial bajaban dos hileras de Angeles del Señor, con admirable orden, y muy riquissimamente aderezados, trayendo en las manos unas vanderas muy resplandecientes. En medio de esta procession venia el Arcangel San Gabrièl, hermosissimo, y à maravilla lucido, con una vandera en las manos, mucho mas bella, y superior que las otras; y tremolandola, ví que salian de ella rayos de muy grande resplandor; à cuya causa, muchos demonios que andaban por los ayres, temiendo, y temblando, se retiraron, y escondieron. Llegando esta sagrada Procession à la tierra, vì que casi al remate de ella venia, con singular magestad, y acompañamiento de Angeles, la Sacratissima Virgen Maria, Señora nuestra, con su Santissimo Hijo en los brazos, en forma de Niño pequeño, mas hermoso, y resplandeciente que el Sol. Al lado derecho de esta Señora, venia acompañandola el glorioso San Joaquin, Padre suyo; y al izquierdo, su Bienaventurado Esposo San Joseph. Venian tambien acompañando, y sirviendo à este gran mysterio muchas almas bienaventuradas, y Santos, de los quales conocì algunos pocos, en especial al glorioso San Benito, y al Bienaventurado San Ignacio de Loyola, Patriarca de la Religion de la Compañia de Jesus. Con este orden llegò este sagrado acompañamiento à mi pobre rincon, estando yo admirada, encogida, y turbada. Humillème, y postrème con todo el afecto de mi corazon, y oí à la Soberana Reyna del Cielo, que acercandose à mì con tiernas, y amorosas muestras, me dijo: Alma, y criatura del Señor, èl sea contigo, y te dè à sí mismo con mucha plenitud de su gracia: levantate, alma, y adora à tu Dios, que traygo en mis brazos; pero como yo esta-

ba

ba humillada, y casi suspensa en la admiracion, con dificultad me podia levantar. Entonces los Santos Angeles del Señor, por divina ordenacion, poniendome mysteriosamente, y en un instante, una preciosa vestidura, me levantaron; y puesta de rodillas, y las manos juntas, adorè à mi Dios con grande reverencia, y devocion. Hecho esto, llegò aquella sacratissima Señora, con aquellos dos Santos à sus lados, y diòme à besar los pies, las manos, y la vestidura de aquel Soberano Señor, que en sus brazos trahía: y quando esto hacia, reparè, que el glorioso San Joaquin, su dichoso Padre, puso la mano en las espaldas de aquella gran Señora su Hija, como quien queria llegarmela muy cerca, para que gozasse mejor de aquel bien. Fueron admirables, y singularissimos los efectos que aqui sintiò mi alma, que quedò como llena de Dios, y en una union apretadissima con su Señor. Quedème luego suspensa, poniendoseme delante uno como velo, ò nubecica, que con ser de grandissimo resplandor, bastò para encubrirme el mysterio que havia visto.

Pero no se me encubrieron los otros Santos que venian en aquel sagrado acompañamiento, en particular los dos Santos Patriarcas San Benito, y San Ignacio de Loyola; y entonces el Bienaventurado San Benito, en nombre de todos, con un modo admirable, y de mucha ponderacion, me dijo estas palabras, imprimiendolas en mi alma, y causando en ella maravillosissimos efectos: Alma, y criatura del Señor, séle muy agradecida à tu Dios, y Señor, y dale infinitas gracias, por las mercedes tan grandes, y singulares, y tan extraordinarias como te ha hecho, y hace, por sola su bondad, y porque te dispuso de su bella gracia, y te hizo capàz para recibirlas; y quedate agora en paz, y en tu Dios. Luego hablò el glorioso San Ignacio de Loyola algunas razones en mucha loa de San Benito, porque tocandole con la mano, buelto à mì, me dijo: Mira, alma, à este santissimo Varon le tiene Dios muy estimado, y le ama, y tiene muy cerca de sì. Assi lo dijo San Ignacio, y con esto se despidieron todos, y se fueron.

Passada toda la vision, me quedè en una profunda suspension, y quando volvi en mi del rapto, le daba muchas gracias al Señor por tales obras de su infinita misericordia, y bondad. Duròme esta admiracion, y afectos muchos dias, y en especial las palabras del glorioso San Benito quedaron tan fijas, y clavadas en mi alma, con tan grandes, y tan particulares efectos, que nunca las pude olvidar. Sea nuestro Señor bendito para siempre. Amen.

CAPITULO XXVII.

Revelale Dios, por medio del santo Padre Luis de la Puente, una excelencia de San Benito, entre los demàs Patriarcas Religiosos: dicele el gloriosissimo Santo, que haga un retrato suyo. Apuntase algo de la gloria admirable de San Bernardo.

„Quien con atencion leyere los Capitulos passados, repararà, que nunca esta Venerable Virgen hablò de los Santos Patriarcas Religiosos que la visitaban, sin que siempre en primer lugar nombrasse al glorioso San Benito, como quien veìa en él alguna cosa que le hacia en este genero superior à todos los demàs. Veamos agora en què se funda esta verdad, por una vision que ella tuvo el año de seiscientos veinte y nueve, à diez de Junio, que la misma escribe por estas palabras:

Dia de la Santissima Trinidad, à diez de éste, me llevò nuestro Señor al Cielo, y me enseñò aquel inefable mysterio de la Unidad de Essencia en Trinidad de Personas, representandomele por un Sol lucidissimo, infinito, è inmenso; y que siendo Uno, y pareciendo tal, se veía como tal. Mostròseme esto con tal propriedad, y claridad, que parece no dejaba lugar à la obscuridad de la Fè, porque percibia el alma aquella verdad, no como quien lo creìa, sino como quien veía. Pero quedè admirada, sobre quanto se puede decir, de vèr aquel Dios sin principio, y que en sì mismo tiene la vena de su gloria, y bienaven-

aventuranza, ſin neceſsidad de criatura alguna.

Haviendome enſeñado el Señor eſte myſterio, vì en mi apoſento al ſanto Padre Luis de la Puente ſentado; y à Marina Hernandez, tambien ſentada, pero como en el ſuelo, junto à los pies del Santo, àzia un lado. Saludòme el ſanto Padre con roſtro muy alegre; y en el modo de hablar, y de mirar, parecia que ſignificaba quererme decir, ò diſponerme para otra coſa. Eſtando yo notando eſto, vì venir al glorioſo San Benito, con los Bienaventurados San Aguſtin, Santo Domingo, San Franciſco de Aſsís, y San Ignacio de Loyola, acompañados de muchos Santos Angeles; por cuyo miniſterio ſe puſo delante de mì un rico, y myſterioſo banco, y haviendoſe apartado el ſanto Padre Luis de la Puente, ſe ſentaron los cinco Santos Patriarcas, y en medio de todos San Benito, el qual, antes de hablar conmigo, hizo à los demàs Santos un genero de cortesía, (al modo que la hacen acà los hombres unos à otros) como pidiendo à cada uno que hablaſſe èl; y haviendoſe eſcuſado todos con la miſma ſignificacion de cortesìa, hablò el Santo, en nombre de todos, con mucho agrado, ſaludandome en el nombre del Señor, y diciendome, que en èl, y por orden de ſu Mageſtad venian à viſitarme, y hacer conmigo el oficio que ſe les havia encomendado.

Ni entendia yo el intento del Santo; pero eſtando aſsi oyendo lo que me decia, vì, que algunos de aquellos Angeles, que alli aſsiſtian, le puſieron al glorioſo San Benito una como Alba, Eſtola, Capa, Mitra en la cabeza, y Baculo en la mano, y levantandoſe con èl los demàs Santos, acompañados de los Angeles del Señor, ſe fueron àcia un Tabernaculo, que yo haſta entonces no havia viſto. Era riquiſsimo, y lucidamente adornado, levantado ſobre unas gradas, por las quales ſubiò el Santo, y hecha una profunda reverencia, poſtrandoſe èl, y todos los demàs Santos, y Angeles, tomò un vaſo, ò cuſtodia, que en lo alto eſtaba, y volviendo àcia mì, (que me hallaba bien turbada, y corrida, viendome delante de aquella celeſtial multitud de Angeles, y Santos) en llegando, me puſo en la lengua una Sagrada Forma; y como ſi aquel myſterio paſſàra, no en eſpiritu, y viſion imaginaria, ſino en hecho de verdad al modo humano, aſsi ſentì el tacto de la forma en la lengua. Quedème del todo ſuſpenſa, no sè què tanto tiempo; pero en volviendo en mì, me hallè con aquellos miſmos efectos, y ſentimientos, que ſuelo tener quando comulgo ſacramentalmente, y vì, que los Santos ſe havian buelto à ſentar como antes eſtaban, acompañandoles la miſma multitud Angelica. Luego el miſmo Bienaventurado San Benito, con la ſignificacion de agrado que al principio, me dijo, que me quedaſſe en paz, y deſcanſaſſe en el Señor; y deſpidiendoſe èl, y los demàs Santos, ſe volvieron con ſu acompañamiento al Cielo.

Quedòſe conmigo el Santo Padre Luis de la Puente; y porque me havia cauſado alguna admiracion vèr à San Benito ſentado en medio de los demàs, y no à aquel gran Padre, Obiſpo, y Doctor San Aguſtin, le preguntè la cauſa, y reſpondiòme: Alma, aquellos Santos te han viſitado como Patriarcas de las Religiones, y Benito fuè el primero que viviò como Religioſo, y diò forma à los Monges de vivir debajo de Prelado en obediencia, y con reglas. Haviendo dicho eſto el ſanto Padre Luis, y dadome un recado para un Religioſo de ſu Orden, agradeciendole cierto oficio que hacia, y el hacerle por la Igleſia de Dios, y conſoladome, y dado aliento en eſta cruz que el Señor me ha pueſto, ſe deſpidiò de mì. Su Mageſtad ſea eternamente bendito. Amen.

„Quán conforme ſea lo que aqui ſe di„ce, à lo que graviſsimos Autores, y San„tiſsimos Pontifices Romanos ateſtiguan „de las glorias de eſte grande Patriarca, „vealo quien dudáre en las Coronicas de „ſu ſagrada Religion. Proſiguеſe en otro „papel, en que eſta ſanta Virgen refiere lo „que poco deſpues de las coſas dichas, le „ſucediò con el Santo Abad, por eſtas pa„labras:

Haviale dado nueſtro Señor à mi alma un

un deseo de lo que luego dirè: y aunque muchos dias me divertì de él, como lo acostumbro en semejantes materias, procurando desnudamente encaminar todas las cosas à la mayor gloria de Dios; con todo esso, el deseo dicho no dejaba de punzar algunas veces con vehemencia. Era éste de hacer pintar un retrato del glorioso San Benito en aquel modo mysterioso que le vì, quando por la divina ordenacion me hizo aquella celestial, y divina platica, fundada en aquellas palabras: Bienaventurados los pobres de espiritu, &c. como en otra parte referì. Pero aunque los deseos eran fuertes, mi inclinacion, y natural encogimiento rehusaba entrar en esto; porque recelaba mucho, que vista la pintura, pareceria luego cosa mysteriosa, y podrian colegir algunos havia yo tenido alguna vision semejante, de lo qual yo huyo quanto me es posible. Por otra parte me hacia gran fuerza el que creciesse de nuevo la devocion de los Fieles con este gloriosissimo Santo, y que Dios nuestro Señor fuesse glorificado en él.

Estando, pues, una mañana, Vigilia de Pasqua de Espiritu Santo, con su Magestad en mi ordinaria oracion, bien descuidada entonces de este pensamiento, vì al Bienaventurado San Benito, que con alegre rostro, y mucha caridad, con palabras suavissimas, y celestiales, me saludò en el nombre del Señor. Trahia el Santo en la mano un Sol mysterioso; y resplandeciente, que se llevaba los ojos. Pero yo, reverenciando al Santo como mejor pude, le pedì licencia (como suelo hacerlo quando me dán lugar, para volverme á nuestro Señor, y suspender su vista, hasta que su Magestad me alumbrasse en lo que debia hacer. Vino el Santo en ello con grande benignidad, y modo apacibilissimo. Y pidiendo yo, buelta al Señor, con grande afecto de mi corazon, su divina luz para hacer su voluntad, y conocer sus verdades, sin padecer engaño; me asseguró el Señor, y me mandò atendiesse al Santo, y à lo que en su nombre queria decirme, y á lo que por orden suya havia de obrar en mì. Con esto me hallè otra vez con grande consuelo mio á vista del Santo; el qual, con grande caridad me dijo: Alma, y criatura del Señor, tú has pedido á la Divina Magestad su divina luz para conocer sus verdades, y obrar su santa voluntad: yá te ha hecho el Señor esta merced; pero agora de nuevo quiere acrecentarla, embiandote este Sol lucidissimo, que representa la luz que de nuevo se te comunica, y es orden suyo que le recibas de mi mano. Llegòse con esto á mì aquel glorioso Santo; y con modo modestissimo, y muy espiritual, puso aquel Divino Sol sobre mi boca, y ojos, y luego sobre mi pecho, adonde le dejò como esculpido, y entrañado en el alma, con igual admiracion que consuelo de la misma alma.

En acabando el Santo de obrar este mysterio, con celestial gravedad me dijo las palabras del tenor siguiente: Vèn acà, alma, dime por amor del Señor, à quien amas, y deseas servir, què dificultad hallas, y què es lo que te embaraza, para que no hagas pintar el retrato del mysterio que te passò conmigo, quando por mandado del Señor te hice aquella espiritual platica: la qual, por la divina providencia està yà divulgada, y manifestada à muchos con gran consuelo, y provecho de sus espiritus? segun esto, què dificultad te queda? No digo yo agora, criatura del Señor, ni quiero desconsolarte, apretandote à que obres contra tu natural inclinacion (que yo tambien alabo en tì) haciendo un retrato tuyo. Lo que quiero, y te pido encarecidamente, es, que no lo impidas, ni estorves la pintura de aquella vision, y que dès cuenta de este caso à tu Confessor, para que èl vea, y juzgue por què camino se ha de executar esta voluntad del Señor, comunicandolo, que serà acertado, con nuestro hijo el Abad, y tù con esto descansaràs. Yo, alma, no hallo en esto los inconvenientes, que tù con tus temores, y buena inclinacion natural hallas agora; porque miro las cosas à los rayos de la divina luz, y no puedo errar.

Estuvo mi alma muy atenta à todo el razonamiento del glorioso Santo; y aunque era grande el consuelo que recibia con sus

ſus palabras, que tanto me ſatisfacian, y como del todo me concluìan: todavia me conſolaba mucho mas aquel modo admirable, y divino con que las decia. Con todo eſto eſtaba tan no sè como perpleja en la reſolucion de eſte negocio, que le dije al Santo: Bendito, y glorioſo Santo, ſi tú guſtas que ſe haga lo que has referido, quiſiera yo, ſiendo voluntad de nueſtro gran Dios, que eſſo todo lo dijeras tù, y enſeñáras, no à mì en ninguna manera, ſino al Abad, que es prudente, y ſiervo de Dios, y à mi Confeſſor; porque yo por mi poca humildad, y mortificacion, dificultad tendrè en hablar en la materia. Entonces el glorioſo Santo, con un modo alegre, pero graviſsimo, como de quien ſe ſonrie con grande ſuavidad, me reſpondiò: Alma, y criatura del Señor, yo no tengo orden de la Divina Mageſtad para decirlo à eſſas perſonas, que tù apuntas, ſino à tì, como à criaturilla pobre, y humilde, en quien èl, por ſu bondad, y por ſola ſu miſericordia, y juicios altiſsimos, ha pueſto los ojos, diſponiendola de ſu mano, y hallandola capàz para hacerla vaſo, en que poner el licor de ſus miſericordias: èl ſea bendito para ſiempre, y quédate, alma, en paz, y en tu Dios, y haràs lo que he dicho. Con eſto ſe deſpidiò el Santo, dejandome conſolada, y admirada en la conſideracion de las obras del Señor. El qual ſea alabado millares de millares de veces, Amen.

„Coligeſe de aqui, que rehuſaba la San„ta Virgen hacer el retrato de San Benito „en la forma que entonces le viò; porque „haviendo de pintarſe toda la viſion, era „fuerza la pintaſſen tambien à ella, à quien „ſe deſcubriò: coſa, que por ſu humildad „ſentia ſumamente. Dejo otros favores, que „la miſma recibiò de eſte gran Patriarca, „porque tienen ſu lugar en otra parte.

„Pareciòme tras las glorias de San Beni„to, añadir algo de las de ſu hijo San Ber„nardo, que aunque aquel retrato pintado, „que acabamos de decir, ſalieſſe muy natu„ral, eſte otro es retrato vivo, que mu„cho mas altamente le repreſenta. Algunas „veces viò la Virgen al glorioſo Bernardo, „como arriba apuntè: fuè eſpecial la viſion, „de quien en un breviſsimo membrete; „eſcribe aſsi entre otras coſas, que por dias „và apuntando del mes de Agoſto de ſeiſ„cientos y veinte y ſiete.

Dia de San Bernardo, vì à eſte Santo, que me hizo merced, aunque brevemente, de viſitarme: conſolòme, alentòme mucho; y el Señor me manifeſtò la grandeza de ſu raro eſpiritu, que era tal, que me puſo en admiracion grandiſsima: grandiſsimo Santo es por cierto: bendito ſea el Señor, que tal le hizo.

CAPITULO XXVIII.

Favores que recibe del glorioſo Patriarca Santo Domingo; y lo que Dios le manifieſta de la grandeza de eſte admirable Santo.

„QUán grandes beneficios haya reci„bido eſta Virgen del glorioſiſsimo „Patriarca Santo Domingo, y de „ſus ſantos hijos, aſsi los que bienaventu„rados reynaban yá con ſu Santo Padre „en el Cielo, como los que vivos milita„ban aùn en la tierra, ſiguiendo las heroy„cas virtudes de ſus mayores, queda larga„mente contado en la primera parte, y en „varios lugares de eſta ſegunda: aſsi en lo „yá eſcrito, como en lo que ſe eſcribirá „con el favor divino, ſe verán claras prue„bas de eſta verdad. Agora ſolo pondrè„mos algunos ſuceſſos mas particulares de „la materia que vamos tratando, que es „la familiaridad que tuvo con los morado„res del Cielo, como ſi viviendo en la tierra „fuera uno de ellos; ſiguiendo quanto pu„dieremos el orden del tiempo en que ſu„cedieron. En Agoſto, pues, del año de „ſeiſcientos y veinte y quatro, dice aſsi:

Dia del glorioſo Santo Domingo por la mañana, por un modo de viſion muy eſpiritual, aunque tambien era con figuras imaginarias, me moſtrò nueſtro Señor, eſtandome con èl en oracion, al Santo Patriarca, y ſe me repreſentò acá lo que allá en el Cielo paſſaba aquel dia, y era en eſta forma. Vì al Santo ſentado en un grande, y lu-

lucido trono, lleno de gloria, y mageſtad, y à ſus lados grande numero de Santos de ſu Sagrada Religion, Pontifices, Cardenales, Obiſpos, Martyres, y otros, cada uno con ſu inſignia, por las quales pude yo conocer las Dignidades que havian tenido en la Igleſia. En frente de eſte trono vì la ſoberanìa de nueſtro Gran Dios, Trino, y Uno, que à manera de Sol echaba de sì belliſsimos rayos de luz, divinos reſplandores, y tocaba con ellos al Santo Patriarca, y à ſus hijos, con que los beatificaba, y llenaba de gloria; pero en quien mas influía, era en el Santo Patriarca, porque ſe me deſcubriò en ſu alma tanta hondura, y tan anchuroſa capacidad para recibir la gloria, que hacia grandiſsimas ventajas à todos los demàs. Llenabale el Señor de sì miſmo, y comunicabale ſingulariſsimos bienes, y reſplandores, como de mil ſoles. Yo eſtaba toda ſuſpenſa en admiracion, viendo tanta grandeza en el Santo: viendo tambien conforme à mi capacidad aquel inmenſo Sèr de Dios, Trino, y Uno, de que gocè buen rato.

Eſtando en eſto, ví que llegaba gran numero de Angeles muy galanes, y ricamente aderezados, como de fieſta: traìa cada uno en los ombros cierta inſignia diverſa, ſignificadora de las varias virtudes de aquel Santo, de ſu caridad, humildad, paciencia, fortaleza, y las demàs. Venian todos cantando alabanzas del Señor Dios, y del Santo Patriarca, tocando algunos de ellos varios, y ſuaviſsimos inſtrumentos. De eſta ſuerte, paſſando por delante del Señor, y del Santo, dieron buelta à aquella Celeſtial Ciudad, regocijandola toda. En acabando, bolvieron ſegunda vez, haviendo mudado librèas, mucho mas galanes que al principio, y con nuevos blaſones en los hombros, y dieron otra buelta à la Celeſtial Patria, por el miſmo orden que la vez primera. Concluìda éſta, volvieron tercera vez con diferentes galas, ſin comparacion mas ricas que las paſſadas. Traìan todos en el hombro la inſignia de un Sol lucidiſsimo, que deſpedia de sí admirable reſplandor; y aunque cada Sol de eſtos me repreſentaba quán grandes havian ſido todas las virtudes del Santo; pero muy en particular conocí la grandeza de ſu caridad, que ſobre todas las otras campeaba. Llegaron con eſto delante del acatamiento de nueſtro gran Dios; y poſtrados en el ſuelo de aquel Cielo, le adoraron, y dieron gracias por las grandes mercedes que havia hecho à Santo Domingo: y luego, levantandoſe, y bueltos al Santo, le dieron con grande reverencia mil parabienes de la gloria que poſſeìa, y de las ſingulares virtudes que el Señor le havia dado. El Santo les mirò con grande reſpeto, y con un roſtro, que modeſtiſsimamente juntaba alegria, y gravedad, les agradeciò la caridad que le moſtraban. Deſpues ſe volvieron al Señor, el qual les echò ſu ſanta bendicion, à tiempo que yo volvì en mì de la ſuſpenſion profunda en que havia eſtado. Sea el Señor eternamente bendito, por la honra que hace à ſus Santos. Amen.

„El año ſiguiente de ſeiſcientos y veinte „y cinco, en el propio dia la favoreciò el „miſmo Santo, no deſde el Cielo, co„mo eſta vez paſſada, ſino bajando à la tier„ra para conſolarla, en un modo maravillo„ſo, que ella eſcribe por eſtas palabras:

Eran como las quatro de la mañana, dia del glorioſo Santo Domingo, y eſtaba yo en mi oracion ordinaria, delante de nueſtro Señor, eſtando preſente el Santo Padre Luis de la Puente. Repetia yo aquellos afectos, que ſuelo menudear, nacidos de mi propio conocimiento; y viendo tantas miſerias, le decia á nueſtro Señor: Mirame, Dios mio, mírame qual ſoy. Su Mageſtad con grande benignidad miraba, no ſolo lo exterior de mi alma, ſino lo mas interior de ella, y los rincones del corazon, como que ponia atencion en mirarlo todo; y dijome luego: En verdad que todo me parece bien, y que no veo coſa que me deſagrade. Yo decia mil males de mì, y à mi parecer con verdad: y el Señor ſe afirmaba en lo miſmo que havia dicho; y en confirmacion de eſto, ſu Mageſtad con ſus manos, que eran puriſsimas, blanquiſsimas, y eſpiritualiſsimas, me comulgò, dandome una forma. Parece me fuè eſta comunion toda eſpiritual; y añadiò diciendo: Deſcanſa, alma, un ra-

rato, porque vendrá mi amigo Santo Domingo à llevarte adonde tù veràs. Descansè un rato, y luego vì, que venia el Santo Patriarca revestido con capa de oro muy rica, y resplandeciente, acompañado de muchissimos Santos Bienaventurados de su Orden. Venian con sobrepellices, y en dos hileras, à modo de procession: eran tantos, que parecia hinchian un gran campo. Todos me parecian muy humildes, y como descalzos, aunque realmente no lo eran, ni lo havian sido. Llegòse à mi el Santo Patriarca, y con imperio, y sin dejarme dificultar nada, dijo: Hermana, vente conmigo, que el Señor manda que te lleve à mi Convento de San Pablo de esta Ciudad, y que visites mi Casa en mi dia. Trabòme de la mano con una gravedad, y modestia celestial, y me levantò, y llevò al Convento de San Pablo de esta Ciudad, en compañia de todos aquellos Santos que con él havian venido. Yo iba muy corrida, y encogida con el Santo; de suerte, que el santo Padre Luis de la Puente se sonrió de verme assi, como en vida, y agora conoce tanto mi encogimiento; y con esto se puso à mi lado, quedando yo en medio de estos dos Santos. En llegando al Convento, se abrieron las puertas de la Iglesia: vì aquel Templo lleno de celestiales resplandores, y un Sol divino que le alumbraba: parecia una gloria en la tierra.

En el Altar mayor vì à mi modo à Dios nuestro Señor Trino, y Uno. En la Iglesia havia gran numero de Religiosos Dominicos, de los que agora viven, arrimados à las paredes del Templo, como haciendo lugar à los Santos que entraban, que eran muchos, como dije. En entrando en el Templo se adelantò el Santo Patriarca àcia el Altar mayor, y entonces el santo Padre Luis de la Puente hizo señas à uno de los Religiosos, que se llegasse, y pusiesse à mi lado, el qual lo hizo assi: luego el Señor Dios Trino, y Uno echò su divina bendicion à todos los Religiosos, assi Bienaventurados, como vivos, y à mi pobre alma tambien. Despues el glorioso Santo Domingo, puesto en medio de la Capilla, bendijo à todos sus hijos que alli estaban, y à mì con ellos; y en acabando de visitar la Iglesia el Santo Patriarca, me trajo à mi rincon por el mismo orden que me havia llevado. Sea el Señor bendito. Amen.

„Luego por Navidad del año siguiente „de seiscientos veinte y seis, refiere lo que „por dos veces le passò con el mismo San„to; y despues de haver contado lo que le „passò con nuestro Señor, y otros San„tos, de que en su lugar hablarèmos, di„ce assi:

El otro dia de Pasqua, despues de lo dicho, ví al Bienaventurado Patriarca Santo Domingo, que me visitò, acompañado de algunos Santos, hijos suyos: debian de ser los que en vida me hicieron caridad, aunque no conocí de ellos mas que à solos dos, el uno el Padre Fray Joseph de Sena, que me havia confessado algunas veces; el otro el Padre Fray Alonso Lobete, que en algunas ocasiones me havia dicho Missa en casa, y comulgado. En entrando el Santo Patriarca me saludò con grande caricia, diciendo, que el Señor me diesse buenas pasquas, que à darmelas venia: hablamos algunas cosas santas, y de edificacion, con que me consolò mucho. Despues quise besarle los pies, y para esso me postrè; pero el Santo me levantò, y me diò à besar el Escapulario, y la mano, y echandome su santa bendicion, se despidiò de mì; y añadiò: Daràs de mi parte las buenas pasquas à mis hijos. El santo Fray Joseph de Sena no me hablò; pero mirandome, se riò conmigo, como quando vivia, que era apacibilissimo; y haciendo una reverencia, se fueron.

Luego el primer dia despues de Pasqua, vino otra vez muy de repente el mismo Santo Patriarca à mi pobre rincon, como quien venia à apercibirme, y como acompañando otras personas, que yo entonces no veìa. Entrò, y dijo: Hermana, la Santissima Virgen viene; y yo, como siervo suyo, que recibo de ella particular merced, y me mandò la acompañasse, me adelantè à visitarte: disponte, hermana, para tan gran visita. Y mirando el Santo àcia un lado, hizo ademàn de querer salir à recibir aquella gran Señora, que venia yà cerca;

pe-

pero yo con gran prisa dije: Espera, espera un poco, santo Padre, que te quiero decir cierta cosa. Esperò el Santo, y dijo: Què me quieres, alma? Dilo. Yo le supliquè me hiciesse merced de pedir al Señor, y suplicarle adunasse à las dos Religiones, la suya, y la de la Compañia, à quien yo amo con mas particularidad: que aunque con buenas, y santas intenciones estaban de ordinario no muy adunadas entre sì, porque yà que la menos union no sea entre todos, es entre muchos de ellos, el Santo, despues de otras cosas, y razones que me dijo, alabò mucho à la Compañia, diciendo, que era, y la havia Dios puesto en su Iglesia como un muro fuerte, que duraria hasta el fin del mundo, aunque tuviesse mas contradiciones; y que havia sacado el Señor de la Milicia profana al Padre San Ignacio, para Fundador de esta Santa Religion, para bien de la Iglesia. Saliòse con esto el Santo à recibir à la Virgen Santissima.

Venia esta Soberana Reyna hermosissima, ricamente adornada de joyas, y vestiduras admirables, que todas representaban bien la gloria, y grandeza de su santissima alma, y los tesoros divinos que en ella tenia encerrados. Trahìa à su Hijo Santissimo muy Niño en los brazos: saludòme su Magestad con grande amor, y caricia, diciendo: El Señor, hermana, te haya dado muy santas Pasquas, y te dè tales las que faltan: aqui te traygo à mi Santissimo Hijo, y Señor mio, para que le adores. A este mismo tiempo millares de Angeles, que venian acompañando aquella Señora, celebraban con celestial musica los mysterios del Santo Nacimiento. Yo me arrojè en el suelo, y besè los pies de aquel Santissimo Niño, Dios, y Señor nuestro, y le adorè. Echòme su Magestad la bendicion. Tenia el Sacratissimo Niño en los pies las señales de sus preciosas Llagas, que se veìan muy bien; pero entendì del Señor, que aquellas, en la edad que representaba al Niño Dios, eran como figura de las que despues tuvo, para significarme, que desde el punto de su Sagrada Encarnacion las havia tenido siempre presentissimas. Vì que lloraba este Señor amargamente, como suelen los demàs niños; y à la Virgen Santissima tambien se le caìan las lagrimas de compassion. Dabale al tierno Infante su purissimo pecho, y mamaba él del mismo modo que los otros niños recien nacidos. Diòseme una clara luz, con que conocì era verdadero Dios, y Hombre verdadero: y en medio de las lagrimillas, y del sustentarse de aquella Virginal leche, tenia con todo esso una magestad divina. El sea eternamente bendito. Amen, Amen.

CAPITULO XXIX.

Prosiguese la materia de los favores que recibiò del glorioso Santo Domingo.

„SEmejante favor al que havia recibido „el año de seiscientos veinte y cinco, „y en el proprio dia, recibiò el año de seiscientos veinte y siete, que ella brevemen„te refiere por estas palabras:

Era muy de mañana, dia del glorioso Patriarca Santo Domingo, y entendì, que el Santo me queria llevar al Convento de San Pablo de su Orden, que està en esta Ciudad, à ganar el Jubileo. Mis Señores los Angeles me dijeron, que me fuesse con ellos, y deteniendome yo con mis temores, me daban priessa, diciendo: Mira, alma, que el Señor te aguarda. Al fin me llevaron: estaban cerradas las puertas; pero los Angeles las abrieron con facilidad. Entrè dentro, y vì à la Sacratissima Persona del Espiritu Santo, y toda la Iglesia llena de gloria, y Angeles del Señor. Yo iba muy adornada de las joyas, y galas que aquel Soberano Señor me tiene dadas, como otras veces dije. En llegando me postrè, y adorè à su Magestad, y quitandome las joyas que llevaba, se las dì, y ofrecì muy de corazon, diciendo: Estas joyas son tuyas, Señor mio: Tù me las has dado, y assi te las ofrezco. El Señor se agradò mucho de esta ofrenda: yo me quedè muy pobre, y deshecha, pero muy contenta de haverselas dado: luego el Señor mandò à los Angeles me las volviessen à poner; y el mismo Señor, estendiendo

su

su divina mano, les señalaba en el lugar en que havian de ponerlas, diciendo: Poned ésta aqui, &c. Despues me diò otras joyas de nuevo; de suerte, que quedè mas rica, y mejor adornada que antes. No vì nadie en la Iglesia: hice oracion, y ganado el Jubileo, me volvieron mis Señores los Angeles à casa. Despues en ella, estando oyendo Missa, se me apareciò el Bienaventurado Santo Domingo: consolòme mucho con su vista: hablèle, y pedìle para mì, y para personas que se havian encomendado, sus santas oraciones, y con gran caridad, y agrado me prometiò lo haria. Sea el Señor bendito. Amen.

„Este mismo año, por Pasqua de Na„vidad, le hizo el mismo Santo Patriarca „otra merced, y en ella mostrò segunda „vez el favor singular con que trata à la „Compañia de Jesus, y el amor que tiene „à su Fundador. Escribe esta Virgen el su„cesso de esta manera, que fuè en ocasion „que padecia cierta persecucion la Com„pañia.

Estaba mi alma con nuestro Señor la mañana de Pasqua del Nacimiento de Christo bien nuestro; y despues de haverme passado con su Magestad otras cosas, que escribì en otra parte, vì, que venian acompañados de Angeles del Señor los gloriosos Patriarcas San Benito, San Agustin, San Bernardo, y Santo Domingo. Llegaron estos benditos Santos adonde yo estaba, y el Bienaventurado Santo Domingo, en nombre de todos, me saludò con unas palabras gravissimas, y llenas de castidad: diòme las buenas Pasquas en nombre de nuestro gran Dios, y de aquellos sus santos compañeros. Yo, con grande reverencia, y la humildad que pude, postrandome delante de los celestiales huespedes, que tanta merced me hacian, con accion de gracias, y alabanzas al Señor, recibì el favor de las buenas pasquas qne me daban, y le agradecì; y levantando la cabeza, quedandome de rodillas, llevada del afecto que entonces tenia, le dije al glorioso Santo Domingo: Bendito Santo, pues estàs tan cerca de la Divina Magestad, y te ama tanto, y tienes, y tuviste tanta caridad con los proximos, ruegale à nuestro Señor, que ayude, conserve, y aumente la Religion de la Compañia de Jesus, que tan grandes servicios hace al Señor, y à su Iglesia; y por otra parte es tan perseguida desde sus principios, procurando el demonio, por medio de personas doctas, y graves, y tambien Religiosas, desacreditarla, derrocarla, y oprimirla, usando para esto de quantas trazas pueden. Suplicote, Bienaventurado Padre, quan humilde, y encarecidamente puedo, que la encomiendes mucho à Dios: y dime por amor del mismo Señor, quál es la causa de esto? Entonces el Santo Patriarca, con grande caridad, y afecto me respondiò assi: Harè lo que me dices, alma; pero dime tambien tù agora: Ignoras quál es la causa de su persecucion? Mira, alma, levantò Dios nuestro Señor en estos tiempos un Ignacio de Loyola de en medio de las armas terrenas, para Fundador, y Patron de la sagrada Religion de la Compañia de Jesus, la qual ha hecho grandes, y insignes servicios al Señor, y à su Iglesia Catholica, convirtiendo, y trayendo à la Fè infinidad de almas, procurando con gran zelo, y grandes trabajos, y peregrinaciones su salvacion, y mayor aprovechamiento, tomando para esto innumerables medios utiles, y santos, y dando en esto grande exemplo à todos, y en especial à los que professan semejante vocacion. Con esto, viendo el demonio la guerra que le hace esta santa Religion, hase metido en algunos, que con color de zelo procuran perseguirla, y desacreditarla, y echarla del mundo, para que no prevalezca con frutos; pero esta Religion de la Compañia de Jesus es un fuerte muro: Dios la mantiene, fortalece, y dà su virtud: guardaràla, y conservaràla hasta la fin, sin que nadie la pueda contrastar, ni derrocar, que es el Señor su ayudador, y defensor. Esto es, alma, lo que passa, y tù agora ruega por todos à tu Señor Dios, y quedate en paz. Con esto se despidieron los Santos. Sea su Magestad siempre bendito. Amen.

„El año de 632. viò otra vez en el „Cielo la grandeza con que en su dia se ce„lebraba la fiesta de este Santo Patriarca. Es el

„el sucesso muy de gloria del Santo, y „honra de su sagrada Religion. Refierelo „ella por el tenor siguiente:

En el modo ordinario que suelo, estaba en mis exercicios con nuestro Señor el dia del glorioso Santo Domingo, antes de amanecer, y vì desde acà al Santo en la Celestial Jerusalèn en un trono de gloria de rara magestad, y grandeza, acompañado de todos los Santos de su sagrada Religion, y bienaventurados de su habito, y gran multitud de Angeles del Señor. Ordenòse una solemne Procession de estos Angeles, y de las benditas almas de esta Orden, y de otras: de todos los mayores Santos canonizados de ella; y à la postre, su grande Patriarca Santo Domingo. De esta manera le llevaron delante de la Beatissima Trinidad: postròse el Santo, adorando al Señor, y recibiò su santissima bendicion con grande caricia, y muestras de alegria, y contento de su Divina Magestad. Levantaronse todos, y con el mismo modo que havian venido, volvieron à llevar al Santo Patriarca al trono de antes: sentòse el glorioso Padre, y con èl todos sus santos hijos, que le acompañaban, en assientos à modo de coros; y luego comenzaron de quatro en quatro, saliendo de cada coro dos, à ir à adorar, y recibir la bendicion de la Santissima Trinidad, y luego se volvian à recibir la de su Santo Patriarca.

Haviendo hecho esto todos sus bienaventurados hijos, se levantò el glorioso Santo Domingo, y acompañado de los mayores Santos de su Orden, y de muchos Angeles del Señor, vino à mi aposento à visitarme, y hacerme merced. Yo me alterè como suelo, quando me aprietan mis temores, y se me pone delante mi indignidad. Tuve gran dificultad en verle; pero al fin se venciò, y el Santo Patriarca me hablò, diciendome venia en el nombre del Señor à visitarme en su dia, y traherme un don suyo, y llevarme consigo à la Celestial Patria. Diòme una espada muy grande, pero muy resplandeciente, y un ramillete de flores grande, muy olorosas, diciendo: Toma, alma, estas joyas, que te embia el Señor; y agora vente conmigo. No entendí entonces el mysterio de aquella espada, y ramillete: estaba como suspensa, sin saber qué significaban. Llevaronme, yendo yo en medio de los Angeles, y Santos que havian venido, y el Santo Padre à la postre. En llegando al Cielo, me presentaron delante de la Santissima Trinidad: postrème delante de aquella magestad inmensa: fui muy bien recibida del Señor, que con grande amor, y caricia me echò su santissima bendicion. Hablè entonces al Señor, y dijele: Dios mio, y Señor mio, recibe de mano de tu sierva estos dones, que Tù mismo me has embiado con este Santo Patriarca, que todo quanto soy, y tengo es tuyo, y todo lo quiero para Tí. Recibiò el Señor de mi mano el presente con mucho agrado, y dijome, que lo acetaba de muy buena gana, y parecia que olia, y se regalaba con aquellas flores. Volviòme luego los dones, diciendo se los guardasse en mì misma.

Levantaronme de alli; y luego aquellos Santos, y Angeles, con quienes havia venido, mezclados en dos hileras, caminaron, llevandome à mì en medio con la espada, y ramillete en mis manos, y detràs de todos el Santo Patriarca. Con este orden caminaban como bajando del Cielo à los ayres, y me llevaron à las partes donde agora hay guerras en Alemania, y Flandes. Anduvimos por aquellas Provincias: topamos gran multitud de demonios, que havia en ellas; y como vieron al glorioso Santo Domingo, (y sus compañeros, y à mì con espada, y ramillete, comenzaron à temer, y se metian como debajo de la tierra, huyendo como assombrados, y diciendo con vocería: Qué es esto que vemos? Con esto desaparecieron. Acabando el Santo Patriarca, y toda su sagrada compañia, de hacer este como passeo por todas las tierras de Alemania, y Flandes, y echado de alli los demonios, se volvieron à el Cielo por el mismo orden que havian bajado, llevandome otra vez delante de la Divina Magestad, adonde postrados todos, le adoramos, y fuimos muy bien recibidos de este gran Dios, echandonos su santissima bendicion. Aqui me descubriò el Señor los sym-

ſymbolos de la eſpada, y ramillete, diciendome: Eſta eſpada que te embié, alma, es figura del martyrio que has padecido por tantos años, ſufriendo graviſsimos dolores, trabajos, y penalidades en tu cuerpo. Eſſe ramillete de flores ſignifica, que de ellas ſe te labra la corona de tu martyrio, y los demonios tiemblan, y temen mucho los trabajos ofrecidos por la Igleſia, y por la deſtruiccion de los Hereges, como tù me lo has ofrecido. Guarda eſpiritualmente en tí eſſos dones: dale gracias à quien te los diò por todas ſus miſericordias. Yo otra vez le ofrecì de nuevo lo que era tan ſuyo, que es todo lo que he padecido en tan largo tiempo: y haviendo recibido ſu ſantiſsima bendicion, me trajo el glorioſo Santo Domingo en compañia de los Santos à mi rincon, de donde me quiſo llevar à ſu Convento de San Pablo à ganar el Jubileo eſte dia de ſu fieſta; pero el Señor le dijo, que no convenia, por eſtàr mi natural tan acabado, que baſtaba lo hecho. Con eſto ſe deſpidiò el Santo: yo quedè otro rato en ſuſpenſion, haſta que volví en mí. Sea el Señor bendito por ſus obras. Amen.

„Otras muchas maravillas hay que con„tar de eſte glorioſiſsimo Patriarca, que „ſe pondràn en ſus lugares. Para el inten„to preſente juzguè que baſtaban eſtas po„cas. Paſſémos agora à otro Patriarca, „igualmente admirable que el paſſado.

CAPITULO XXX.

Grandezas que viò del Seraſico Patriarca San Franciſco de Aſsis, y mercedes que de èl recibiò eſta Virgen.

„EN un papel de dos de Agoſto del „año de ſeiſcientos y veinte y qua„tro cuenta lo que le ſucediò por eſtas „palabras:

Los años paſſados me hizo nueſtro Señor mercedes de llevarme al Convento del glorioſo San Franciſco, que eſtà en Italia, el dia del Jubileo de la Porciuncula, por medio de mis Señores los Angeles. Ogaño, el miſmo dia me dijeron, que tenian orden del Señor para hacer lo miſmo; pero que me llevarian en eſpiritu, porque no recibieſſe daño el cuerpo, que eſtà tan enfermo, y quebrantado; y aunque puede el Señor preſervar eſte daño, no quiere ſu Mageſtad ſiempre ſuſpender el curſo de las cauſas naturales, y ſe acomodan los Angeles al modo comun de hablar. Yo, por la inclinacion que tengo al camino ordinario de exercicio de virtudes, y no à coſas extraordinarias, me encogí mucho, y les pedì me dejaſſen en mi rincon, ſin hacerme la merced que decian. Aparecieron entonces alli tres, ò quatro demonios, que dijeron: Pues allà hemos de ir noſotros tras tì, que tambien ha de haver juſticia para noſotros; pero moviendoſe uno de los cinco Angeles, huyeron los demonios. Volvieron à inſiſtir algunas veces los Angeles en mi ida, y tantas les hice la miſma reſiſtencia; haſta que ultimamente me dijeron: Si el Señor lo quiere aſsi, para què lo dificultas tù? Lo que el Señor quiere, reſpondì yo, ſe ha de hacer, que yo no quiero mas, ſino que ſe haga en todo ſu ſantiſsima voluntad. En diciendo eſtas palabras, vì à la Mageſtad de Chriſto Señor nueſtro, que me dijo: Por què, alma, mueſtras repugnancia à lo que mis Angeles quieren hacer? Pues yo te digo, que ſi ellos no te llevaren, te llevarè yo. A eſtas razones, humillandome mucho, dije, que ſe cumplieſſe en mì ſu ſantiſsima voluntad. En eſte miſmo punto vì con un modo muy eſpiritual à la Beatiſsima Trinidad, con Mageſtad extraordinaria, y ſoberana grandeza; y me hallè preſente, adonde eſtaba el cuerpo difunto del Bienaventurado San Franciſco, que me causò profunda admiracion, y conſuelo. Eſtaba en eſta forma:

El lugar era una Capilla, ò Bobeda pequeña, donde havia unas gradas, y ſobre ellas una peana, ſobre la qual eſtaba el ſanto cuerpo difunto en pie: con el uno aſſentaba toda la planta, y con el otro, como de puntillas: tenia las manos apartadas una de otra, bueltas las palmas ácia donde miraba el roſtro: en ellas, y en los pies tenia las ſantas llagas, y tambien en el coſtado, por el qual tenia abierto el Habito.

Era

Era eſte algò corto, que no llegaba mas que à la garganta del pie. Todo el ſanto cuerpo eſtaba con grande decencia, repreſentando una reverencia, y modeſtia admirable. Llegò à eſte tiempo un buen numero de Religioſos de ſu Orden, de los que viven: venian acompañados de Angeles, todos con cirios en las manos, y todos eran de aquellos de quien ſe hace acà menos caſo, y ſirven en oficios humildes, como Cocineros, Hortelanos, y otros ſemejantes; y eſto parece denotaban los habitos eſtrechos, y modo de ſobrepellices, de que venian veſtidos. Eran las capillas de diferentes hechuras, unas puntiagudas, y otras redondas. Todos ellos, en llegando à aquella ſagrada bobeda, ſe poſtraron con grande reverencia, y ſe llegaron por ſu orden à beſar la peana donde el ſanto cuerpo eſtaba; y acabado eſte acto, ſe ſalieron acompañados de los miſmos Angeles.

Luego comenzó aquel ſanto cuerpo difunto, como reveſtido del Eſpiritu de Dios, à echar de sí una luz tan grande, y tan copioſa, que llenando aquella bobeda, ò capilla de reſplandores, ſe me encubriò, y no le pude vèr mas. Quedéme muy ſuſpenſa, y admirada de aquel myſterioſo eſpectáculo; y dijome entonces el Señor: Què miras, alma? Haſte conſolado mucho con lo que has viſto? Mucho, Señor mio, reſpondì yo, en gran manera. Pues yo te concedo, dijo el Señor, indulgencia plenaria de tus culpillas, y conſuelate, que las que nacen del natural, en los dolores de tus martyrios ſe conſumen: y yo te concedo nuevas gracias, y dones ordenados à mayor bien, y provecho de tu alma; y diciendo eſto, me hizo una Cruz ſobre la cabeza. Luego quedè con ſu Mageſtad en una union muy eſtrecha, adonde vì mi alma, como ſi fuera tres: y admirandome de eſto, por ſer la primera vez que la veìa en eſta forma, me dijo el Señor: A todas las almas he hecho à imagen, y ſemejanza mia; pero à la tuya he hecho agora eſta merced, de darte à cada una de ſus tres potencias particulares dones, y gracias. Con eſto ſe acabò aquel myſterio, y me hallè en mi rincon. Sea el Señor bendito para ſiempre. Amen.

„Un Sabado, once de Enero del año ſi„guiente de mil y ſeiſcientos y veinte y „cinco, la llevaron otra vez ſus Santos „Angeles, con otros que la acompaña„ban al miſmo lugar. Añade algunas cir„cunſtancias à las paſſadas, y otros ſuceſſos, „que eſcribe de eſta manera:

Deſpues de los dolores, trabajos, y mercedes que en ellos me hizo el Señor, como eſcribì el otro dia; luego al Sabado once de éſte, ſe llegaron à mì los Angeles mis Señores, diciendo: Hermana, trabajada eſtàs, queremoſte llevar adonde deſcanſes un poco: yo me eſcuſaba de eſta vez, con verme tan apretada de la enfermedad, pareciendome no podria ir; pero ellos, que tenian orden de aquel Señor, que lo diſpone todo, como mas conviene, lo executaron. Era de noche: iban conmigo todos mis Señores, y otros Angeles con cirios alumbrandonos: era eſta luz hermoſiſsima, y cada cirio parecia un Sol. Fui llevada por unos campos, y rios haſta parar en Italia, en el Convento adonde eſtà el cuerpo del Bienaventurado San Franciſco. Aquella Bobeda, ò Capilla, como otras veces dije, no es grande. Lo que alli ſe vè, es una de las coſas mas admirables del mundo, y que mas devocion pone. Eſtà el Santo cuerpo en pie, encima de una peana, los ojos levantados al Cielo, con lo demàs que dije en otra parte. Quedème como ſuſpenſa viendo tan prodigioſo milagro: y conſiderando aquellas llagas, dije à un Santo Angel: O quién tuviera, Señor, un Roſario que ſe me quedò en caſa para tocarle à las llagas de eſte ſanto cuerpo! Bien eſtà, dijo el Santo Angel, no te dè cuidado. Mirèle, y tenia en la mano un Roſario mio, que en otra ocaſion havia tocado à las Llagas de nueſtro Redentor Jeſu-Chriſto, y dijele: Ay, Señor Angel, no es eſſe el que yo quiero, que ha tocado las Llagas de mi Señor, y no parece decente tocarle agora à las del Santo. Bien dices, reſpondiò el Angel. Volvile à mirar, y vile, que tenia una bolſica blanca, en la qual tenia yo algunos Roſarios, y dijome entonces: Toma eſtos, y tocalos: aſsi lo hice, y no me hartaba de mi-

mirar aquel Sagrado Cuerpo; y estando en esto, me dijeron los Santos Angeles: Ea, hermana, es tiempo yà de volvernos. Vamos, pues, mis Señores Angeles, respondi yo, dejenme rezar primero, que hasta agora no lo he hecho. En casa, dijeron ellos, rezaràs. Pusose luego una nubecita muy resplandeciente delante del cuerpo del Santo, con que se me encubriò; despues de esto me trajeron à mi rincon. Tengo yo una cuenta, con la qual, rezando los Sabados, se gana el Jubileo de la Porciuncula, que esto parece me quiso decir el Santo Angel; y asi la rezè en llegando à casa: sea el Señor glorificado en sus Santos. Amen.

„Esto es lo que en estas dos ocasiones „viò esta Virgen, tocante à los privilegios „del cuerpo de este Serafico Patriarca. Sin „comparacion es mas lo que viò de gran„dezas en su bienaventurada alma. Refie„relo ella asi, en un papel de Octubre de „este mismo año de seiscientos y veinte y „cinco.

Jueves á dos de Octubre vì al glorioso San Francisco, que aunque con mis temores ordinarios lo rehusaba, procurando divertirme, el Señor me necesitò, como otras veces, pata que atendiesse à lo que me mostraba. El glorioso Santo me dijo con grande caricia: Por què no quieres hablarme? Yo soy Francisco, mira estas manos, y pies: y luego me enseñò tambien el costado, que tenia abierto el Habito por aquel lado. Dijome, que por què no pedia alguna limosna en su casa? y hizo mucha instancia en que pidiesse, como pobre, un pedazo de pan, y una escudilla de caldo, de el que se dà à los pobres. Encogiendome yo, diciendo, que nunca pedia nada á nadie, el Santo Padre Luis de la Puente, que estaba con el Santo Patriarca, me mandò obedeciesse al Santo, y hiciesse lo que me decia. Dijo despues el glorioso San Francisco, que el dia de su fiesta me hallasse presente à un combite, que havia de hacer el Señor à todos los Patriarcas de las Religiones, y à los Santos Canonizados de ellas, en el qual havian de servir èl, y San Buenaventura, y San Luis Rey de Francia, y el Santo Fray Junipero. Admitì yo el combite, y pedìle que se sirviesse de que llevasse conmigo otras personas, señalando à mis Confessores, y à Marina, una de mis compañeras, y à una Monja, muy sierva de Dios, amiga mia. Vino el glorioso Santo de muy buena gana en el concierto, y dijome, que me fuesse con él, y me enseñaria aquel lugar del monte, adonde èl quando vivia, solia recogerse muchas veces à orar. Rehusè la ida, y pedile se sirviesse de no mandarmelo: asi lo hizo.

Llegò despues el dia de su fiesta, que fuè Sabado; y combidandome el Santo, como lo havia dicho, estos mis Señores Angeles me llevaron à la Celestial Jerusalen. Aqui vì, que el glorioso San Franciscò saliò del Trono del mismo Dios, tan hermoso, y tan resplandeciente, que parecia un humano Serafin. Iba en un carro hermosissimo, y lleno de gloria, con los brazos estendidos, acompañandole infinita multitud de Angeles, y de almas bienaventuradas, con musicas tan sonoras, y divinas, que hacian una viva representacion de los gozos celestiales. Dieron una buelta por el Cielo, como si salieran del Oriente, y fueran à parar al Occidente. Yo estaba como absorta, y pasmada de ver gloria tan grande; y quedandome asi en uno como sueño natural, volvì otra vez à ver en esse Cielo, que el glorioso San Francisco en su Habito pedia de rodillas à todos los Patriarcas de las Religiones, y à sus Santos Canonizados, que viniessen al combite. Y vì, que salian todos los Patriarcas de las Religiones, de dos en dos, entre los quales notè, que venian juntos San Benito, San Bernardo, Santo Domingo, y San Ignacio de Loyola, que parece que se tienen particular amor en el Cielo. Venia tambien alli Santa Teresa de Jesus, con otro que no conocì: y asi tambien venian todos los demàs Patriarcas, y con ellos otros Santos Canonizados de sus Religiones.

Pusieron los Angeles las mesas con grande presteza, con riquissimas tohallas, y todo el adorno de ellas era sobre manera hermoso, y precioso. Sentaronse aque-

llos

llos Santos à la meſa, en cuya cabecera eſtaba Dios Trino, y Uno. No vì entonces à la Mageſtad de Chriſto Señor nueſtro. Comenzaron à ſervirſe los platos, que eran de un manjar blanquiſsimo; y aunque yo vì que nada menos era que manteca; pero parecia en las fuentes una como manteca blanquiſsima, y freſquiſsima, y por encima unos polvos, que parecian granicos de oro. Servian los quatro que el Santo Patriarca me havia dicho; y como ſi el combite ſe hiciera en la tierra, y los habitos embarazáran para acudir con preſteza al ſervicio de la meſa; aſsi el glorioſo San Franciſco trahia bueltas las mangas del Habito. Eſtaban à una parte un buen numero de Angeles, repartiendo los manjares, y diſponiendo, y componiendo los platos. Los combidados, que eſtaban à la meſa, comian con una ſignificacion de gozo grande, y de accion de gracias, levantando los ojos al Señor, y dandoſelas como en reconocimiento de algun beneficio. Yo eſtaba à la meſa; pero con gran ſolicitud, y cuidado de vèr ſi daban algo à mis Confeſſores, y à mi compañera, y à la Monja amiga, (porque vì alli à mis Confeſſores, aunque algo apartados, y de rodillas à una parte, y à la otra la amiga, y compañera) y vì que no les daban nada, y à mì me daban muy poquito de aquello que comia. Eſtaban à eſte tiempo muchos Angeles dando muſica à los combidados; y haviendo ſervido los platos, vì entonces, que Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, que eſtaba en la otra parte, en frente de la cabecera de la meſa, ſe levantaba, y iba adonde eſtaban mis Confeſſores de rodillas, y que San Franciſco les puſo unas eſtolas, y el Señor les diò unas como manzanas hermoſiſsimas, que fuè ſu plato; y volviendo deſpues à las mugeres, hizo à cada una ſu cruz en la cabeza. Eſtaba yo contenta de vèr, que les cabia parte del combite. Y en eſto, oyendo aquella muſica, y viendo el gozo de aquellos Celeſtiales combidados, me quedè en una profunda ſuſpenſion, de la qual, quando volvì, me hallé en mi rincon con eſtos mis Señores Angeles.

Deſpues volvì à vèr al Señor, que me declarò la ſignificacion de aquel myſterioſo combite, diciendome, que aquellos manjares eran ſymbolo del particular conocimiento, que aquellos Santos tenian de las gracias, dones, y prerrogativas, que havia èl dado al glorioſo San Franciſco; de lo qual à ellos reſultaba gloria accidental, gracias, y alabanzas al Señor. Dijome mas, que los Angeles que hacian los platos, eran los que preſiden, y guardan las Religiones, cuyos Patriarcas fueron combidados. Preguntèle à ſu Mageſtad, cómo me havia cabido à mì tan poquito del manjar, que ſe repartìa, y de què les ſervìa à mis Confeſſores, y compañeras el regalo, que les havia hecho, pues ellos no lo havian ſentido. Reſpondiòme à lo primero, que à mì aquello me baſtaba por el eſtado preſente, y viviendo en eſta vida mortal. A lo ſegundo, que aſsi como los niños quando ſe alimentan del pecho de ſus madres, aunque reciben tan grande bien, y viven con èl, no lo conocen con todo eſſo; aſsi, aunque mis Confeſſores, y compañeras no huvieſſen conocido el regalo; pero que en ſus almas quedaban impreſſos los dones ſignificados por aquel manjar, los quales les eran de muy gran provecho. Sea el Señor bendito. Amen.

„Quizà el ſentarla à la meſa con los „Patriarcas de las Religiones, era por la „que ella dejò renovada de Santa Brigida, „que con tanto fundamento podemos eſ„perar, que con la divina gracia ſe vaya „eſtendiendo por toda Eſpaña, y paſſe à „mas remotas Provincias.

CAPITULO XXXI.

Coſas maravilloſas, que le paſſaron con el Seraphico Padre.

„EL ſuceſſo que ſe ſigue fué à diez „y ſiete de Septiembre, el año de „ſeiſcientos y veinte y ſiete. Eſcribelo por „eſtas palabras.

El Viernes diez y ſiete de eſte, eſtando con nueſtro Señor, vì al glorioſo Padre San Fran-

Francifco: era el dia que fe celebra la fiesta de fus llagas. Tenia el Santo el Habito muy pobre, y angofto, como el que ufaba en el mundo; pero eftaba el gloriofo Patriarca muy lleno de gloria, y con fus llagas en manos, pies, y coftado. Saludòme; y con un modo de llaneza fantifsima, me dijo eftendiendo el brazo: Hermana, vente conmigo. Yo me encogì mucho, diciendo: Santo Padre, no puedo ir, fi el Señor no me dà licencia; y deteniame. Vifto mi encogimienro, me dijo el Señor: Alma, bien puedes ir con Francifco adonde te llevàre. Alentéme algo con efto, y el Santo me dijo: Quiero llevarte à una altura, la mas empinada de la tierra, adonde el Señor me llevò, viviendo yo en carne mortal, y alli moftrarte lo que el Señor entonces me moftrò. Todavia yo eftaba como perpleja en irme con el Santo. En efto fe llegaron à mì mis Señores los Angeles, y me dijeron: Vèn, alma, que nofotros te acompañarèmos. Tomòme el Santo por el brazo, y llevòme à una altura grande, adonde havia unos arboles muy altos, y fobre todos ellos me pufo en el ayre; y dijo entonces: Aqui fué donde el Señor me levantò, y me moftrò viviendo la gloria, y bienaventuranza: Mira, alma. Mirè, y vì la gloria del Señor, y los Santos, que con fu Mageftad afsiftian, y vìlo por un modo, como otras muchas veces lo havia yo vifto; y aunque aquello era mucho, y grandiofo, me parecia, y es afsi, que el Señor me havia moftrado à mì en otras ocafiones cofas mas grandiofas que aquellas.

En viendo efto, me trajeron à mi rincon, y fe vino el Santo conmigo, y dijo: Sabe, hermana, y criatura del Señor, que afsi es verdad lo que pienfas, que mucho mayores mercedes te ha hecho el Señor à tì en el difcurfo de tu vida, que à mì me hizo, fi fe mira lo que recibì en aquella fola ocafion, y fucesfo, que agora te moftrè. Pero fabe, que como los hombres no perciben las cofas efpirituales, ni las eftiman, fino efto exterior; por efta razon, quando fu Mageftad à fus Santos los ordena para grandes bienes de la Iglefia, los acredita, y hace mercedes extraordinarias, y exteriores, para que los hombres, por lo que vén, los eftime, y precien, y con effo reciban lo que les enfeñaren, y predicaren. Y afsi à mì, porque havia de fundar una tan Sagrada Religion, quifo fu Mageftad acreditarme con darme una pobreza extraordinaria, y fingular, con levantarme por los ayres, y con imprimirme las llagas. A otros Santos hizo otras mercedes exteriores para efte fin; pero todas las mercedes, que nos ha hecho à todos, tan diferentes unas de otras, con fer tales, hacen en el Cielo una como fuavifsima mufica à los oídos del Señor, y una admirable harmonìa de grande deleyte à los Bienaventurados de aquella Celeftial Corte de nueftro Dios.

Quando yà fe queria defpedir el Santo Patriarca, le dije yo: Pues, bendito Santo, no me has de dàr algo antes que te vayas? No tengo, refpondiò el Santo con agrado, que foy pobre: no lo vès? Entonces fe pufo en oracion muy elevado, como quando acá fe està en altifsima contemplacion, levantados los ojos al Cielo, y comenzòfe luego à levantar por el ayre, defcubriendo las llagas de los pies. Quife yo llegar al Santo para befarfelas; pero retiròlos, levantandofe mas alto, de fuerte, que no las pude llegar. A efte punto, de las llagas de aquellos fagrados pies falieron dos hilos gruesfos de fangre, que cayendo abajo fobre mi cabeza, la dejaron bien mojada à ella, à los ojos, y al pecho. Luego fe empinò el Santo tan alto, que le perdí de vifta. Es de notar, que quando al principio el Santo me quifo hablar, vì que algunos demonios eftaban à fus efpaldas, que por divina permifsion querian eftorvarle, que no me comunicaffe: de manera, que quando el Santo los fintiò, hizo un ademàn, como de quien fe afufta; pero un Religiofo pequeño de fu Orden, que eftaba cabe al Santo Padre, fuè tràs ellos, y los ahuyentò.

Defpues el Miercoles figuiente, veinte y dos del mifmo mes, eftando en oracion, volvì à vér à efte Seraphico Patriarca, el qual, por divina ordenacion, me llevò à algu-

gunos lugares, adonde él solia orar quando era vivo. Mostròseme alli como arrobado encima de un arco à modo de Cruz, de quatro brazos iguales, que parecia tomaban todo el mundo. Estaba el Santo en aquella parte de la Cruz, adonde como en centro se juntaban los brazos de ella. Alli vì lo que el Santo solia vèr quando estaba elevado en aquellas suspensiones. Ví mas, que por aquellos quatro brazos de la Cruz subian, y bajaban Angeles del Cielo, y muchas almas, que agora acà en la tierra tienen opinion de gente muy espiritual, de las quales algunas conocì. Iban algunas à subir por los brazos de la Cruz, y porque no caminaban camino derecho, caìan, y no llegaban al Cielo: unos, porque no tenian buen espiritu, que era suyo proprio, siguiendo su proprio parecer, y juicio: otros, porque su espiritu era del demonio, que les trahìa engañados, subian algo, y luego caìan. Luego me mostrò el Santo al Infierno, diciendome: Mira, alma, lo que passa alli, y lo que se padece, y lo que aquellos desventurados han ganado por sus pecados.

Tràs esto me llevò el Santo à la Celestial Jerusalén, y alli me presentò á la Beatissima Trinidad, diciendo: Dios, y Señor mio, aqui te presentò esta criatura tuya, y te suplíco, que pues yo la señalè en mi sangre como oveja mia, me la dés para mi Religion, que tengo necessidad de ella, para que en ella plante su espiritu, y fervorosa oracion. Lo que el Santo pretendia era, que yo tomasse su Habito, y fuesse Monja de su Santa Orden. A este punto vì à los dos Patriarcas San Ignacio de Loyola, y Santo Domingo, que se havian presentado delante de la Magestad de Dios nuestro Señor: no les oìa decir palabra alguna, solo vì, que estaban alli en silencio. A la peticion de San Francisco, respondiò entonces el Señor, diciendo: Esta criatura se ha criado à los pechos de Ignacio, y tiene à ella accion: tambien la tiene grande Domingo; y quando los dos no la tuvieran, à Benito no le faltára, y todos tres tienen mas derecho de querella que Francisco. Alegaba el Seraphico Padre algunas razones en su favor; pero el Señor sentenciò en favor de los otros, que callaban. Estaba yo viendo, y oyendo lo que passaba, y causaba en mí un temor, y encogimiento grande, con un conocimiento proprio de mi vileza, tal, que me congojaba, y parece me estaba despedazando. Fué mucho lo que temí: pedíle al Señor su luz para no ser engañada. Entonces me dijo su Magestad: Alma, qué temes? Què te congojas? Quièn te condena? Yo no, ni tus Confessores: pues de què temes tanto? Què sé yo, Señor mio, respondì, si mis Confessores me entienden, ò si los engaño yo. No tienes razon, dijo el Señor, tù los hablas con verdad, y llaneza, y deseo de acertar, y ellos entienden muy bien, y aciertan: no temas. Acabada esta comunicacion, me hallè en mi rincon. Sea el Señor eternamente bendito. Amen.

„Como los Bienaventurados en qualquiera negocio, que emprenden, no buscan mas que lo que juzgan puede ser mayor gloria del Señor, en sabiendo su voluntad expressa, quedan suavissimamente rendidos à su gusto, igualmente gozosos de que no se ejecute lo que pedian, como si huvieran conseguido lo que deseaban. De aqui es, que el Seraphico Patriarca San Francisco favoreciò, y mirò por las cosas de esta Virgen, despues de haversela negado el Señor para su Orden. Veráse esto por el sucesso que agora escribirè, que es admirable, y digno de toda atencion por muchas circunstancias. Fué el año de seiscientos y veinte y nueve, à quatro de Octubre. Escribelo ella mas difusamente, que otros, de esta manera:

Dia del glorioso San Francisco, estando con nuestro Señor en mi oracion, bien descuidada de la misericordia, què su Magestad queria hacerme, ví delante de mì al Santo Patriarca con sus llagas en manos, pies, y costado, el qual, con alegre rostro, y grande caridad, saludandome en el nombre del Señor, añadiò despues: Alma, vengo à tí en el nombre del Señor, porque has de ir conmigo à la Celestial Jerusalèn, que es esta la divina ordenacion.

Yo

Yo le reverenciè al Santo; pero rehusando la ida, respondí: Santo bendito, no puedo hacer lo que me dices en ninguna manera. Era la cosa, que le miraba yo atentamente; y como le veìa en aquella forma, que parecia verdaderamente un Religioso vivo, y hombre como en esta vida mortal, aunque yo passaba al conocimiento de sus altissimas virtudes, de su Angelico Espiritu, y de la esclarecida gloria, que possee su santa alma, con todo, mi natural encogimiento, aun en semejantes ocasiones, suele hacer su oficio, dejandome como atajada, y corrida. Viendo el Santo la dificultad que yo mostraba, volviòme á replicar, diciendo: Criatura del Señor, mirame atentamente, y veràs como soy solo espiritu, que este exterior que vès, no es mas que una apariencia de mi cuerpo, y vestido. Algo parece que con estas palabras me allanaba yo mas en mi perplejidad; pero con todo esso miraba à una parte, y à otra, como quien buscaba alguien à quien huviesse tratado, y conocido mas. Estando assi, ví à dos, que havian sido mis Confessores, en su proprio Habito, con que me consolè mucho. Miraronme con mucha caridad, y como sonriendose, me dijeron: Alma, qué tienes? Obedece al mandato del Señor, y vete con este Santo Patriarca, y multitud de Angeles, que con èl vinieron, que nosotros, y estos Santos Angeles, que te acompañan siempre, irèmos tambien contigo.

Con esto me rendì, y dando mi consentimiento, fui llevada por aquel glorioso Patriarca, en compañia de aquellos dos Santos mis Confessores, que iban muy junto à mì, y de aquella multitud de Angeles,à la Celestial Jerusalén, adonde abriendose los Cielos, y apareciendo alli muchos Santos de la Orden del Seraphico Padre, fui recibida de ellos con grandissima reverencia, y amor. De esta manera entramos en aquella Ciudad Soberana, adonde el Santo presentò mi alma à la Santissima Trinidad, al qual vì, que colocaban en unas alturas inmensas, y resplandecientes mas que mil Soles: de suerte, que aunque los demàs Santos de su Orden cada uno resplandecia como el Sol, la luz, y resplandor del Patriarca era tal, que parece que encubria algo à las luces de sus Santos hijos, segun era de superior. Viendo yo la gloria de este gran Padre, estaba con una profundissima admiracion, y deciale, repitiendolo muchas veces: Bendito Santo, con mucha razon por cierto te llaman Seraphico, pues posees tan superior gloria. Postròme entonces el Santo delante del divino acatamiento, y el Señor me recibiò con grande amor, y benignidad, diciendome: Seas bien venida, alma: seas bien venida á este lugar: hate agradado mucho la gloria, que possee mi Siervo Francisco? Hate consolado mucho? Admiradomeha por cierto, Señor mio, dije yo: Tù seas bendito por siempre. Y diciendo esto, me quedè en una apretada union con este gran Dios; y de allí me llevò su Magestad, y me puso en una grandeza inmensa de su divino sér: de suerte, que me parecia estaba toda rodeada del mismo Dios, y de unos divinos obscuros; pues viendo, y conociendo grandezas infinitas de mi Dios, me pareciò que no veìa, ni conocia casi nada de lo que hay que vér, y entender en aquella inmensidad, à quien no podia comprehender, y abrazar mi pobre, y limitada capacidad.

Estando assi, y no sabiendo cómo fuesse possible declarar, ni dár à conocer por ninguna figura, ni semejanza, quáles eran, ni cómo eran aquellas grandezas, y mysterios altissimos, le dije à su Magestad: Dios mio, y Señor mio, por quien eres, que te muestres con mas luz, y claridad, para que pueda decir algo de tu grandeza. Diciendo yo esto, abriò el Señor de la Magestad uno como relampago de su gloria, y en aquel punto vì tales perfecciones del Sér Divino, que no pudiendo mi alma, por estàr unida con la naturaleza, con tanta luz, me estremecì toda, y dì un gran quejido. Con todo esso, con el impetuoso afecto de vèr á mi Señor, para que pudiesse yo explicar algo, y èl fuesse amado, y glorificado de todos, volvì à de-

decille: Dios mio, y Señor mio, muestrame otra vez, y mas de espacio, y con mas luz. Alma, dijo entonces el Señor, ninguno me puede vèr, y vivir. Volvì con aquel ansioso hipo à replicar, diciendo: Dios mio, aunque se parte el corazon, no se te dé nada. Viendo el Señor de la Magestad mi afecto, me entrò en medio del mar inmenso de su Divino Sèr, adonde me hallè tan anegada, y perdída, que no hallaba donde hacer pie, y todo era en mì un decir: Mas es que esto, mas es, aun es mas. Con este modo, como de anegarme, comenzò à temer; y mas temer la flaca naturaleza su desfallecimiento; y la parte superior del alma, que estaba anegada, ni podia volver atrás, porque estaba en un profundo; ni ir adelante, porque era mayor la hondura, y el Señor la sostenia en aquel passo. A este punto vì una luz clarissima de inmenso, y divino resplandor, à la qual mi alma, no sabiendo què nombre ponelle á cosa tan grandiosa, la llamò luz inaccessible. Arrebatò aquella divina luz á mi alma, uniendola á sì, y transformandola en sí misma con tal fuerza, que me quedè en ella, y en mi Dios, como perdída, sin saber de mí, y en una grande quietud.

Assi estaba, quando por divina ordenacion ví que venía el glorioso San Francisco, y con particular luz, que el Señor me diò, entendí, que su venida era para volverme á mi rinconcillo, de donde me havia traído; y como yo me hallaba en aquel dichosissimo estado con mi Dios, que me parecia no poder salir de alli, comencè con prisa à decir: A qué vienes, Santo bendito? què quieres? A què vienes aqui? Vuelvete á tu lugar, Santo glorioso, que muy bueno le tienes, y dejame á mí en mi Dios: vuelvete, Santo bendito. Pero el gran Patriarca, aunque conocia estos afectos de mi alma, reparaba mas en la necessidad mia, y que no desfallecieffe la naturaleza, que no en mi favor; y assi, dissimulando, y sin responderme cosa, se llegò á la Magestad de Dios nuestro Señor, y postrado en su divino acatamiento, dijo: Señor de la Magestad, dame licencia para volver esta criatura al lugar de donde la traje, porque no desfallezca la naturaleza con tan superior subida, y con tan íntima union, y transformacion en tí. Oyò el Señor lo que el Santo decia, y respondiòle: Bien està, Francisco, bien está esso que dices; pero no será facil, que la buelta de esta criatura à su lugar sea de essa manera. Y volviendose à mí, me dijo con grande benignidad, y amor: Alma, quieres ser buelta à tu rinconcillo, y llevartteha este Santo, que te trajo aqui? Yo, con aquella ansia, y afecto grande, que tenia de estarme con mi Dios, y no salir jamàs de alli, aunque con resignacion en su divina voluntad, dije: No Señor, no Señor, no me tengo de apartar de tì jamàs, ni hay que hablar en esso. Viendo este gran Dios el afecto, que èl mismo estaba obrando en mì, con el amor, y caricia que antes, volviò à replicarme: Y si Yo mismo voy contigo, alma, y te llevo, y me quedo contigo hasta el fin, querràs tù? Yo bien rendida me parece que estaba à la voluntad de tan benigno Señor, y todavia no pude dejar de responder, diciendo: Dios mio, y Señor mio, siempre por tu bondad, y misericordía estàs tù con tus criaturas, y conmigo, haciendome tan grandes mercedes, como tù sabes, y esso espero yo agora tambien de tu misericordia; pero yo me hallo muy bien en tì, y en este lugar; porque en el destierro temo mucho no darte disgustos, que mas querria perder la gloria, que hacer una minima ofensa tuya. Bien està esso, alma, dijo el Señor; pero yo asseguro, que el quedar agora contigo, sea con mayor particularidad, y assistencia. Sea norabuena, mi Dios, respondì yo entonces, y tù seas siempre bendito.

En diciendo yo esto, cubriendose el Señor de la Magestad con uno como pavellòn de gloria, y resplandores, y acompañado de innumerables Angeles, y del Bienaventurado San Francisco, y de dos Confessores mios, me trajo en sì mismo, y me puso en mi rinconcillo, casi sin sentir yo la bajada, hasta que volviendo de aquel éxtasis, me hallè en èl. Vuelta en mì,

mì, vì, que haviendose ido el Señor, havia quedado alli el glorioso San Francisco con aquellos dos Santos mis Confessores. Y mirando al Santo Patriarca, vì, que de sus manos, pies, y costado salian unos rayos de resplandor, como de un fuego dorado, los quales, como amagando, apuntaban à mis pies, manos, y costado. Comencè à temer, y retirarme, deseando no llegassen à mì las puntas de aquellos rayos. Estuve un rato en este modo de pelèa; y passado èl, ví, que una mano mysteriosa, (que me pareciò mano de Jesu-Christo nuestro Señor, aunque no me dì por entendida) tomando las puntas de aquellos rayos, tocò con ellas las cinco partes que he dicho de mi cuerpo, diciendo: Recibe por este modo mysterioso la virtud de mi Pasion, como la comuniquè à Francisco. Luego que el Señor huvo hecho esta misericordia à mi alma, se me encubriò, y no vì mas los rayos del Santo, aunque veìa sus santas llagas.

Significòme el Santo Patriarca se queria ir, y empezò à despedirse de mì; y entonces le dije yo: Santo bendito, hazme merced, pues me la has hecho de tantas maneras, de que no te vayas sin dejarme consolada con alguna cosa de tu santa mano. Sea norabuena, dijo el Santo; y mirando à los Angeles, que alli estaban, y entendidole ellos, en un punto, y mysteriosamente, juntaron quantas cosas de devocion yo tenia, como Rosarios, Cruces, Medallas, Agnus, Estampas, Relicarios, y Quadros; y luego llegò el Santo glorioso, y à todas aquellas, y cada una en particular, mysteriosamente los tocò con sus manos, y llagas, y echandoles su santa bendicion, dijo, que en el nombre de Dios nuestro Señor, y por su divina ordenacion, concedia à qualquiera que tuviesse una de las dichas cosas, y las trajesse con devocion, todos los privilegios que Dios nuestro Señor havia concedido en otras ocasiones à cosas semejantes, que me havian venido, y sido proprias mias, y esto con grandes ventajas, y singulares favores. Hecho esto, se despidiò el Santo de mì con grande benignidad, y caricia, y se fuè. Quedaronse alli aquellos dos Santos, que dije havian sido mis Confessores, hablando, y comunicando entre sì del estado de mi alma, los caminos por donde nuestro Señor la havia llevado en tiempos diferentes, lo que havia padecido, las misericordias, y mercedes, que su Magestad me havia hecho, y cómo yo havia correspondido à ellas; y admirandose de todo esto, con muestras de santa alegria, bueltos á mì, me dijeron: Quedate en paz, alma, y en tu Dios, y dale muchas gracias por las misericordias que te ha hecho. En acabando ellos de decir estas palabras, me suspendí yo, y los perdí de vista; y quando despues volví en mì, no cessaba de dàr gracias à nuestro gran Dios por sus obras, y misericordias. Que sea eternamente bendito. Amen.

En la revelacion que se pone del modo en que viò la Sierva de Dios Doña Marina de Escobar el Cuerpo del Seraphico Padre San Francisco, se debe advertir, que es conforme à otras dos, que estàn en el primer Tomo; y à juicio del Reverendissimo Padre General Fray Francisco Maria Rini de Policio, y de otros gravissimos Padres de la misma Religion, es muy conforme à la verdad, y asi lo testifican en un papel, que està en nuestro poder.

CAPITULO XXXII.

Las mercedes que recibiò del gran Doctor de la Iglesia San Buenaventura.

„A Imitacion de su glorioso Patriarca „San Francisco, fueron tambien „singulares los favores, que su bienaven„turado hijo el gran Doctor San Buenaven„tura hizo à esta dichosa Virgen; de los „quales juntarèmos aqui algunos, confor„me al orden de los años en que suce„dieron. Entre otras cosas, pues, que „cuenta del mes de Julio del año de seis„cientos y veinte y cinco, dice asi:

Dia de San Buenaventura, estando con nuestro Señor en mis ordinarios ejercicios, me visitò el Santo Doctor, el qual ve-

venia acompañado de Santos de su sagrada Religion: havian sido Descalzos, y de oficios bajos en su Orden, y muy humildes. Trahìan todos sus sobrepellices: detràs venia el Santo Doctor, revestido de vestiduras sagradas, con un caliz cubierto en las manos. Al entrar en mi aposento, le saliò à recibir el santo Padre Luis de la Puente, que conmigo estaba, con otros dos Santos de su Religion. Arrimòse el santo Padre Luis al lado de San Buenaventura, y venianse llegando à mi pobre lecho, donde tantos años hà que estoy enferma. En el espacio intermedio havia un estropiezo, que se le ponia entre los pies al Santo Doctor, y no le dejaba llegar adonde yo estaba. Entonces el santo Padre Luis, como con dissimulacion, y grande gravedad, quitò con el pie aquel tropiezo, que era un demonio, que alli estaba en figura de sapo, que al punto se hundiò, y desapareciò. Llegò el Santo Doctor, y puso el caliz en un Altar mysterioso, que mis Señores los Angeles le havian aparejado; y sacando de él una forma, me comulgò. Esta comunion à mi parecer fuè solamente espiritual: echòme su bendicion, y despidiendose de mì, se fuè por el orden que havia venido. Sea el Señor bendito. Amen.

„En otro papel, que segun està numerado, parece que es del año de seiscientos veinte y seis, escribe un favor que recibiò de este Doctor Serafico, por estas palabras:

Estaba con nuestro Señor en lo mas fervoroso de mis ordinarios afectos, y vinome devocion de rezar vocalmente cierta oracion por las necessidades generales del Pueblo Christiano, y una *Magnificat* à la Virgen Señora nuestra, porque fuesse mi intercessora. Empezando, pues, à rezar, vì como de lejos, que venia àcia mì el glorioso San Buenaventura. Yo (como comunmente lo hago en semejantes ocasiones, si me dàn lugar para ello) procurè divertirme de aquella vista, y proseguì rezando mis oraciones, quan devotamente podia, pidiendo juntamente luz à su Magestad para acertar en todo con sus verdades, y divina voluntad, si era servido que yo atendiesse en aquella ocasion al mysterio que se me mostraba. A este tiempo llegò el Santo adonde yo estaba, y con mucha caridad me saludò, diciendo: El Señor sea contigo, alma: no temas, yo soy Buenaventura, y tengola muy grande, porque gozo siempre de Dios; y porque vestì este santo habito del Bienaventurado San Francisco. Soy venido à tì en el nombre del Señor, à rogarte tengas devocion particular con mi santa Religion, y la encomiendes à nuestro Señor con veras: agradezcote mucho la que has tenido con nuestros humildes hermanos, animandolos à la virtud, y devocion. Estando en estas platicas con el Santo Doctor, entrò mi Confessor, que venia para reconciliarme, y decirme Missa. Entonces me dijo el Santo: Alma, estate de espacio como sueles con tu Confessor, que yo te aguardarè de buena gana. Llegò mi Confessor: confesséme, y tratè de espacio las materias espirituales que se ofrecian, sin decirle por entonces palabra del Santo que alli estaba. Acabado esto, se fuè mi Confessor al Oratorio à decir Missa.

Volviò luego à hablarme San Buenaventura, diciendo: Alma, y criatura del Señor, dime, quál es la causa de tus temores? quién te condena? Por què eres contraria à tí mesma? Tienes sano, y puro el corazon; y los deseos de acertar con las verdades de Dios, sin mezcla de otra cosa alguna: segun esto, què es lo que temes, pues nuestro Señor te ha hecho tan grandes mercedes? Esto decia el Santo, y oíale yo con grande atencion, quando de repente saliò de otra parte un demonio, haciendo sus ordinarias figuras, y embelecos, queriendo assi de presto darme à entender (aunque yo luego lo conocì) que èl era, y no otro quien yo pensaba que era San Buenaventura; però luego saliò un Angel del Señor, y espantandole, y como haciendo que iba tràs èl, huyò con mucha priessa el demonio, dando gritos, y desapareciò. Yo entonces, buelta al Angel, con un modo de queja amorosa, le dije: Señor Angel, antes huviera de haver hecho lo que agora hizo. Bien està, alma, respondiò el Angel: à muy buen tiempo hice lo que se ha-

havia de hacer. Passado esto, me dijo el Santo Doctor: Cierto que no me maravillo de que el demonio te quiera turbar, y inquietar al modo que has visto, pues tus temores son tan demasiados, que se le dà alguna ocasion. Oì estas palabras del glorioso Santo con alguna confusion, y respondì: Bendito Santo, bien sabe nuestro Señor, que mi intento, y deseo no es de tener demasìas en el temor, sino que le tengo, de que viviendo en vida mortal, estoy en estado de poder ser engañada, y engañarme, como por nuestros pecados lo vemos en otras personas. No se engañarà, dijo el Santo, el que de verdad no quisiere ser engañado, y de todo corazon desea acertar. Yo soy Doctor de la Iglesia, y agora no puedo errar: creeme lo que te digo. Bien està, Santo glorioso, esso que dices, repliquè yo; pero què sè yo si sè dàr bien, y como se debe, cuenta de mis cosas espirituales, y de lo que passa por mi interior, à mis Confessores, ò si se mezcla algo de algun deseo secreto de cosas extraordinarias, y misericordias de Dios, ò de otras materias semejantes? Mira, alma, respondiò el Santo, sabe, que en el estado en que nuestro Señor te tiene, y con la hondura de tus grandes afectos, y deseos, quando tù hiciesses algo de esso que dices, y los deseasses, no seria falta en tì, que tu voluntad està ajustada con la divina en essas materias; asi como si un Rey tuviesse un criado muy privado, con el qual se comunicasse como con amigo del alma, no seria malo, ni digno de reprehension, si este tal criado deseasse christiana, y virtuosamente, que el Rey su Señor le hiciesse alguna merced para mejora de su casa, y hacienda; asi tambien, como yà te he dicho, un alma à quien Dios por su misericordia tiene en el estado que à tì, no le hace perjuicio, ni la daña semejante cosa: y los defectos que naturalmente se mezclassen tal vez en la tal alma, como por otra parte tiene fortificado su interior por la mano de Dios, no la dañan, ni perjudican, antes muchas veces, por la misericordia del Señor, reconociendose, y humillandose, le seràn motivo de mas esclarecidas virtudes.

Oia yo grandemente alentada, y consolada lo que el Santo Doctor me enseñaba; y pareciendome que se queria yà despedir, le dije con humildad: Glorioso Santo, no te vayas sin darme algo de tu bendita mano; y el Santo con muy alegre, aunque gravissimo semblante, me dijo: Yo, alma, no tengo que te dàr, que soy pobre, y todo lo dejè quando me puse este santo habito. Bendito Santo, repliquè yo, no te pido yo oro, ni plata, ni piedras preciosas, sino alguna cosa que sea aproposito para el aprovechamiento de mi alma. Entonces el Santo Doctor, con un modo apacible, y de celestial gracia: Verè, dijo, si tengo algo que te dàr; y entrando la mano como dentro del habito, sacò una estrella hermosissima, y resplandeciente, que parecia de oro finissimo, y como de un fuego suave, y lucido; de suerte, que teniendola cerrada en la mano, echaba por entre los dedos unos rayos hermosissimos, y llegandose à mì: Toma, dijo, alma, esta joya de mi mano, y poniendome aquella estrella en el pecho, la entrañò toda en mi alma, de suerte, que me parecia quedaba toda ella bañada de luz, y resplandor. Dijome mas, que este tesoro me fortificaria, y alumbraria de nuevo. Con esto, echandome su bendicion, y dandome à besar su santa mano, se despidiò, dejandome con grande aliento, y consuelo en mi Dios, que sea millares de veces bendito por sus misericordias. Amen.

„Excelentissima doctrina, como suya, y „en materias importantissimas de espiritu, „nos diò en el papel que vimos, en sus santas palabras, el Serafico Doctor; pero „aun es mas eficàz las que nos dà con su „exemplo en el papel que veremos agora, „que la humildad de este Venerable Santo, „que trasladò de su gran Padre San Francisco, y sin duda en su vida mortal admirò à los Angeles; no pudo perderse, sino „aquilatarse mas, y lucir con mayores esplendores en la Bienaventuranza. Veràse „esto por el sucesso que la Virgen escribe „de catorce de Julio de mil seiscientos veinte y seis, adonde dice asi:

El dia de San Buenaventura, diciendose

Mis-

Miſſa, con licencia del Señor Obiſpo, dentro de mi apoſento, deſde que ella ſe comenzò, vì al glorioſo Santo, y con èl à los Bienaventurados San Benito, y San Ignacio de Loyola, que aſsiſtian à ella, ſentados en uno como banco de reſpaldar, aunque muy de otra materia que los de acà, porque eſtaba matizado de colores, y reſplandores celeſtiales. Yo me divertia de mirar à los Santos, procurando atender con todo cuidado à la Miſſa que ſe eſtaba celebrando. Entonces me hizo ſeñas el ſanto Padre Luis de la Puente (que es tan frequente, como muchas veces he dicho, en favorecerme con ſus viſitas, y aviſos) diciendome, que hicieſſe lo que Dios queria, viendo, y oyendo aquellos Santos. Mirèlos, y notè, que el glorioſo San Buenaventura tenia entre los tres el inferior lugar; y como yo tengo tanto aprecio de las excelencias de eſte Santo Doctor, causòme eſto admiracion, y preguntè al ſanto Padre Luis, cómo tenia aquel Santo el ultimo lugar, haviendo ſido tan grande Maeſtro, y ſiendo Doctor de la Igleſia? El Padre Luis, con un modo graviſsimo, me reſpondiò: Eſſas ſon diſpoſiciones de la divina Sabiduría.

Llegò el tiempo de conſagrar, y puſieronſe los Santos de rodillas, inclinando ſus cabezas caſi haſta el ſuelo de aquel pavimento adonde eſtaban, y ſe eſtuvieron aſsi, haſta que el Sacerdote conſumiò, y me comulgò à mì; y luego ſe volvieron à ſentar, como de antes, haſta el fin de la Miſſa. Acabada ella, el glorioſo San Buenaventura ſe volviò à mì, y reſpondiendo à la duda que yo havia tenido, me dijo: Aunque fui lo que dices, porque Dios lo hizo, ſin merecerlo yo, con ſu gran caridad; pero yo de mio qué tuve, ſino ſer un vil guſanillo? Otras coſas dijo en razon de eſto, con muy grandes mueſtras de la profunda humildad de ſu ſantiſsima alma; y añadiò luego: Eſtos dos Santos fueron las cepas de donde han ſalido, y ſalen tan copioſos frutos, y hijos, que tanto ſirven à Dios, y à ſu Igleſia; y aſsi, por la gracia que Dios les diò para tan grandes pueſtos, ſon dignos de grandes lugares. Yo fui una vid de la cepa de mi Padre San Franciſco; y aſsi, no te maravilles que eſtos Santos tengan los primeros lugares, y yo el ultimo. Quedò mi alma muy edificada, y conſolada con eſtas palabras, viendo el amor que los Santos ſe tienen unos à otros, y los exemplos de virtudes que nos dàn, aun en el eſtado de la bienaventuranza. Sea el Señor bendito, que los hizo tales. Amen.

„El año de ſeiſcientos veinte y nueve, „tambien à catorce de Julio, le hizo ſu „Mageſtad una ſingulariſsima merced por „medio de eſte Seraſico Doctor, que ella „refiere por eſtas palabras:

A los catorce de éſte, que era el dia de ſu fieſta, vì al glorioſo Doctor San Buenaventura, que me dijo: Alma, traygote una alegre nueva de parte de nueſtro Señor. Inmutòme con eſtas palabras, y dejando al Santo, me fui à ſu Mageſtad por el camino ordinario, pidiendole ſu luz para conocer ſus verdades, y las que ſon de ſu eſpiritu; y mientras me encomendaba al Señor, penſaba tambien, qué nueva ſeria éſta que me trahía el Santo; y ofreciòſeme, ſi acaſo ſeria el decirme, que ſe havia llegado el termino de ſalir de eſte deſtierro, que es lo que tanto deſeo, aunque reſignada en la divina voluntad. En efecto, diſponiendo el Señor que eſcuchaſſe atenta el recado que el Santo me trahìa, él me dijo, que ſu Mageſtad me hacia merced de que eſcogieſſe catorce perſonas, de las que viven, las que yo quiſieſſe, y doce animas del Purgatorio, y que daria deſcanſo à éſtas, llevandolas luego à gozar de sí; y auxilios eficaces à aquellas, para que con efecto ſe ſalvaſſen. Oì el recado, y tanto mas me turbò, quanto era mas extraordinario, y fuera de mi penſamiento; pero aſsi turbada, aunque en mì, y ſabiendo lo que hacia, eſcogì las catorce perſonas vivas; y de las animas del Purgatorio, las mas neceſsitadas, y que mas lejos eſtaban, por faltas de ſocorros, de ſalir de aquellas penas.

Deſpues, quedandome con nueſtro Señor, le decia: Cierto, Dios mio, y Señor mio, que aunque por miſericordia, y favor tuyo, reconozco, y eſtimo los que me haces; pero ſi fueras ſervido, guſtára

mas que todos quantos me haces en este genero, los guardáras para quien mejor los mereciera; y à mì me hicieras este solo, que te estuviesse yo siempre amando, y sirviendo, y haciendo tu santisima voluntad en lo grande, y en lo pequeño. Quedense, Señor mio, todas estas mercedes à un lado, y quédeme yo con ésta, que es amarte con toda mi alma, y mis potencias, que te sirva, y dè gusto siempre. Porque fuera de otras razones, Dios mio, parece que desdice de la grandeza de tu Magestad humillarla à hacer tales favores à la bajeza de tan vil criatura. Aqui, respondiò el Señor, no te espantes que haga demonstraciones tan grandes con las almas, que me costaron la sangre, y la vida, y las amo mas de lo que tù puedes entender: y si fuera necessario, volviera à morir muchas veces por ellas: y si pudiera caber en mì dolor, y pena, la tuviera vehementissima, de ver la ingratitud de tantas, que á tan conocidos beneficios responden con tan graves ofensas. Dijo esto aquel Señor con tales muestras de sentimiento, que como si fuera persona necessitada de consuelo, como yo, comencè à darsele, y à decirle: Pues, Señor mio, y bien mio, por què te has de desconsolar tù, que eres el alegria, y consuelo de todas tus criaturas, por una tan baja como el hombre? Què importa que todos nos perdamos, y vengan sobre nosotros las penas de nuestras culpas, à trueque de que en tì no causen sentimiento las de los hombres? Tú eres en el Cielo el unico gozo de essa inumerable multitud de Principes, que con tan ardiente amor, y pronta obediencia te sirven, y hante de causar acédia los viles esclavos que viven en la tierra? No, Señor mio, no ha de ser assi, sino que tù, gloria mia, goces de la que tienes en tì messmo, y nos dejes para quienes somos. Sienta el azote, y la muerte del esclavo rebelde, y tù, Soberano Rey, vive, alegrate, y goza eternamente los tesoros de tu infinita Bienaventuranza. Estas simplezas decia yo, sin saber lo que me decia, llevada del afecto, y sentimiento que causò en mì el que aquel Señor mostrò de las ofensas de los hombres; porque como entonces se representò à mi alma con tanta viveza lo que aquel gran Rey, que presente estaba, merecia ser servido de todos, atendiò solo à esto: siendo, que el mismo que me le dà, sabe quán ardiente es por otra parte el deseo que tengo de que ninguna alma se pierda: y assi con rostro apacible me respondiò: Bien està esso, alma, quedate agora en paz. Quedéme en una suspension, y quando volvì de ella, havia cessado todo aquel mysterio. Sea el Señor bendito. Amen.

CAPITULO XXXIII.

Lo que el Señor la enseñò de la gloria de nuestro Padre San Ignacio, y favores que recibiò de este Patriarca.

„SON tantas las veces que esta Virgen „trata larguissimamente en la primera parte de esta historia (y no pocas lo „havemos visto, y veremos adelante en „esta segunda) de las grandezas que viò „de nuestro Padre San Ignacio; y los be„neficios que por mano de este Patriarca „recibiò del Señor, que pudiera hacer „à parte un libro no pequeño de solo es„to. Y no es maravilla, pues quiso nues„tro gran Dios, que aunque otros San„tissimos Patriarcas favoreciessen tanto à „esta Esposa suya, solo San Ignacio fuesse „su particular Padre. Este la criò à los pe„chos de su espiritu, (como por sus mis„mas palabras del Señor lo escribe ella en „el capitulo treinta y uno) y assi nunca ve„rèmos que los otros Patriarcas la llamas„sen sino hermana, quando solo nuestro „Santo Padre la dà tambien el titulo rega„ladissimo de hija. De aqui naciò el afecto „con que ella encomendaba al Señor, y „à los otros Santos, como propias las co„sas de la Compañia: el dolerse de sus „persecuciones, como si vivissimamente le „tocáran. De todo lo qual pondrè en este „capitulo algunos breves apuntamientos „suyos, dejando lo demàs para lugares „mas convenientes. En un papel, pues, del „año de seiscientos y veinte y quatro, di„ce assi:

Dia

Dia del Bienaventurado San Ignacio, estando con nuestro Señor en el modo ordinario, que suelo ordinariamente, me mostrò su Mageſtad la grandeza de la gloria que possèia este glorioso Padre; y fuè la vision en esta forma. Vì desde acà en el Cielo una coluna muy fuerte, y resplandeciente, que pareciendo como de crystal puro, y finissimo oro, estaba embestida de unos rayos de fuego divino, y soberana luz. En esta coluna estaba el alma del Santo Patriarca con grande gloria, que el Señor, à cuya vista estaba, le comunicaba. Admiróme tan bella vista, y dejóme suspensa, de tal suerte, que no pude oìr la Missa que se estaba diciendo en nuestro Oratorio, aunque lo procuraba mucho.

Estando assi un rato mi alma, viendo este mysterio que su Dios la mostraba; y volviendo un poco sobre sì de aquella suspension, me tornò nuestro Señor à mostrar al mismo Santo en otra forma, y fuè de esta manera. Viòle mi alma sentado en un Trono glorioso, vestido del Habito Clerical, que usa su Religion, todo èl muy glorioso, y resplandeciente: tenia en su pecho esculpido el Nombre de Jesus, rodeado de luz, y rayos hermosissimos: à su lado estaba el Bienaventurado San Francisco Xavièr; y à una parte, y à otra estaban dos hileras de Religiosos de su Orden, puestos por orden con singular concierto, y compostura, como en una Procession muy bien ordenada. Todos estos Santos estaban en pie con su Habito Clerical, y encima sobrepellices blancas como la nieve; y los Sacerdotes, por insignia de su dignidad, Estolas al cuello muy resplandecientes. Luego vì, que con el mismo concierto, y quietud salian dos de aquellos Santos, uno de cada hilera; y juntos llegaban à su Santo Padre San Ignacio, y postrandose con grande reverencia, le pedian su santa bendicion. El Santo, con alegre rostro, y muestras de singular caridad, se la echaba, y luego los brazos al cuello con ternissimo amor. Por este orden fueron llegando todos, volviendose cada uno á su lugar, dandoseme à entender, que los lugares quando estaban mas cerca del Santo, denotaban mayores meritos, y gravedad de las personas. En medio de mi admiracion, notè, que todo aquel sagrado Colegio, despues de recibida la bendicion del Santo, estaba muy esclarecido, y glorificado, con señales, y demonstracion de las grandes ventajas de bienes espirituales, que sus almas havian recibido quando vivian en esta vida mortal, por haver entrado en la Religion santa, y seguido el instituto de San Ignacio. Seguianles verdaderamente, por esta misericordia que nuestro Señor les hizo de admitirlos en la Compañia, grandes ventajas de gloria, por lo qual, todos entonces alababan al Señor.

A este tiempo vì, que llegaban los gloriosos Patriarcas Santo Domingo, y San Francisco de Asis, cada uno con muchos Santos de su Orden; y acercandose à San Ignacio, mirandose con alegres, y devotissimos rostros, y reverenciandose los unos à los otros, tomò por divina ordenacion la mano Santo Domingo, en honrar, y alabar à San Ignacio; y con fervoroso espiritu, que nuestro Señor, que lo ordenò assi le infundia, dijo: O Bienaventurado, y glorioso San Ignacio! sea nuestro Señor Dios para siempre bendito, por las mercedes, beneficios, y misericordias que te ha hecho, y goces para siempre jamàs en esta eternidad de Dios, como gozaràs del premio, y gloria, que con la bondad del Señor mereciste por tus grandes, y señaladas virtudes, y obras esclarecidissimas del servicio de Dios nuestro Señor, y bien de las almas. Tù, eres, Bienaventurado Ignacio, una lumbrera esclarecida de la Iglesia: tù eres el que de nuevo con tu admirable espiritu levantaste la devocion, y fervor de espiritu en los Fieles; tanto pudiste con tus santas amonestaciones, y doctrina del Cielo; con el admirable exemplo de tu humildad, constancia, y caridad. Oyò el glorioso Santo Ignacio el razonamiento del Bienaventurado Santo Domingo, y con gran fervor, y atribuyendolo todo à su Mageſtad, le diò infinitas gracias; y luego aquellos dos Santos, con los dos esquadrones de hijos que trajeron en su compañia, se volvieron à nuestro Señor, dan-

dandole las mismas:

Conociò mi alma alli al Santo Padre Luis de la Puente, que estaba entre los graves de aquel Celestial Colegio. Miróme con rostro alegre, y señalandome con la mano, dijo à unos Santos de su Religion, y de este Bienaventurado Colegio, el lugar por donde me havian de entrar para llegar yo tambien, y tomar la bendicion del glorioso San Ignacio. Entraronme, y el Santo me la diò con agrado grande, y muestras de mucho amor, y dijo: Vete en paz, hija, y hermana nuestra, vete en paz agora. Sacaronme de alli mis Señores los Angeles: luego con un orden muy celestial (con ser de toda manera inumerables) fueron llegando todos los Santos del Viejo, y Nuevo Testamento, y con muestras de grande gozo, y gloria accidental, le daban mil parabienes de la gloria que gozaba en la eternidad de Dios, por la bondad del Señor, y por las obras heroycas que hizo en su servicio, y lo mucho que mereciò en ellas. Reparè que le daban particulares plácemes, de que nuestro Señor havia sido servido de que la Iglesia Catholica Militante le declarasse en su Canonizacion por tan grande Santo, para gloria de Dios, y bien de las almas; y juntamente alababan al Señor de la Magestad, como Autor de todos estos bienes. Ultimamente, llegò la Sacratissima Virgen Maria, Madre de Dios, y Señora nuestra, y en su nombre, y de todas las Virgenes, y Santas de aquella Celestial Corte, hizo lo propio que los demàs Santos, dandole mil parabienes con palabras admirables, y Divinas, aprobandolas con regocijo todos aquellos Santos; y añadiò la Virgen. Tù, glorioso San Ignacio, fuiste un arbol muy fecundo, y fructuoso, cuyos ramos dieron abundante fruto en la Iglesia Militante, y Triunfante.

Luego que la Virgen Santissima acabò su admirable razonamiento, comenzò à sonar en aquella Celestial Ciudad divina musica de los Espiritus Bienaventurados, que alababan al Santo en el Señor de la Magestad, y se moviò un viento dorado muy suave, y de un resplandor bellissimo, que tocando en los rostros de todos aquellos Bienaventurados, los dejaba mas resplandecientes, que siete veces el Sol, porque la Magestad de Dios nuestro Señor le movia, y estaba en aquel ayre, de suerte, que todos los Bienaventurados, y toda aquella Patria Celestial estaba llena de aquellos divinos resplandores, y luz inaccessible de Dios. Estando en este sacratissimo Mysterio, y mi alma en grande suspension, volvì en mí de este rapto, quando el Sacerdote llegò à mì à darme la Comunion. Sea nuestro Señor bendito por sus obras, y por sus misericordias. Amen.

„El año de seiscientos y veinte y cinco, „el dia primero de Agosto, que es el inme„diato à la fiesta de nuestro Santo Padre, „cuenta el favor que recibiò de èl, por es„tas palabras:

Viernes primero de éste, casi à las dos de la mañana, estando en el ordinario exercício de mis afectos con nuestro Señor, tuve algunos barruntos, como otras veces, de que su Magestad me queria hacer alguna merced extraordinaria; y por la repugnancia que aun tengo à estas cosas (quando su Magestad resueltamente no ordena lo contrario) estuve casi una hora divirtiendome, y suplicando al Señor me llevasse por el camino ordinario, que las almas tienen en tratar con su Magestad en esta peregrinacion. Estando assi, oì una suavissima musica de Angeles, con voces dulcissimas de muchas, y diversas campanas de oro, no con el modo molesto que causan las campanas de acà, sino con un sonido Celestial, con que en grande manera se regalaba el alma. Con estas voces, y musica del Cielo, quedè como arrebatada, y menos poderosa, y para resistir à lo que el Señor queria representarme. Vì, pues, que venia à mi aposento una Procession de Religiosos de la Compañia de Jesus, repartidos en dos hileras, cuyo numero seria, à mi parecer, como de trescientos: todos traían sobrepellices, y velas encendidas en las manos, con passos muy graves, con semblantes muy humildes, y modestos, y todos eran de los yà difuntos, y bienaventurados. Pusieronse todos al rededor de mi aposento, ciñendole por todas partes. Cerra-

raba la Procesion su glorioso Patriarca San Ignacio, vestido con una Alva hasta los pies, puesta una capa de coro, llena de riquissima, y hermosissima pedrerìa. Trahia en su mano un vaso riquissimo, cubierto con un velo, y à sus lados al glorioso San Francisco Xavièr, y al Santo Padre Luis de la Puente: detrás de todos venian juntos, no en hilera, como hasta doce Religiosos, que acompañaban à su Santo Padre.

Llegaron á una parte del aposento, donde con grande presteza se puso un Altar pequeño, pero ricamente aderezado, sobre el qual puso el Santo Patriarca el vaso que trahia en las manos. Postrandose todos aquellos Bienaventurados Religiosos, y haciendo una profunda, y humilde reverencia. Luego hizo el Santo una ceremonia, al modo que suelen los Obispos, quando desde el Altar echan la bendicion al Pueblo, diciendo unas palabras, à las quales todos aquellos Santos respondieron. Despues de ellas echò dos bendiciones à sus santos hijos, una à los que gozaban yà de Dios, y otra à los que aùn vivian en la tierra, y à mì con ellos; y tomando el vaso otra vez en la mano, se vino con èl ácia donde yo estaba, en medio de los Santos San Francisco Xavièr, y el Padre Luis; y en llegando, quitò el velo con que el vaso venia cubierto. Y luego San Francisco Xavièr quitò una como Patena, que debajo de èl estaba, quedando el glorioso San Ignacio con aquel Vaso, ò Caliz en la mano, del qual sacò una forma, que en modo espiritualissimo me diò; y haviendola dado, se quedò assi en pie, sin menearse, como aguardando à que passasse yo aquella forma. Tras esto, à la manera que algunas veces acà, quando sobra alguna forma se dà al que ha comulgado, y recibido yà otra; assi segunda vez me diò el Santo otra forma, la qual, assi en la boca, como al tragalla, sentì del mismo modo, como quando real, y sacramentalmente se comulga. Volviose otra vez con esto el Santo Patriarca al Altar, y quitandole aquellas vestiduras Sacerdotales que antes tenia, le pusieron un manteo, con que se quedò en el habito Clerical de su sagrada Religion.

Pusieron luego una silla, como à los pies de mi pobre lecho, en la qual se sentò el Santo, y saludandome, dijo: Dios sea contigo, criatura del Señor, hija, y hermana nuestra. Yo soy Ignacio, Padre de esta minima Compañia; (señalando con la mano todos aquellos Santos, en quien ella se representaba) yo soy la raíz de este arbol, que por la bondad de Dios produce tan copioso, y saludable fruto. Añadiò con un modo gravissimo algunas razones, en orden al consuelo de mi alma, que le tenia muy grande, mirando aquel santissimo Patriarca, cuyo rostro es muy venerable, y sus ojos llenos de una secreta santidad, y propios de una alma muy contemplativa; cosa, que entonces se conoce muy bien, y agora no sabrè yo explicar. Acabò el Santo su razonamiento, diciendome, que tuviesse siempre cuidado de encomendar à Dios su santa Religion; y diciendo, que me quedasse en paz, y me llegasse, como lo hice, para recibir la bendicion, el Santo me la echò, y yo le besè su santa mano. Levantòse con esto el Santo Padre, y comenzò aquella bienaventurada Procession à partirse por el orden que havia venido. Conocí en ella muchos Padres, que havia conocido en tiempos passados, y eran yà difuntos, particularmente, al hermano Juan Garcia, que se llegò à hablarme con aquella cara llena de risa, y de alegria, con que en esta vida mortal solia andar. Preguntèle por el hermano Baeza, y si estaba en el Cielo, y respondiòme con aquel ademán, y tono con que acá respondemos à una cosa muy segura, y cierta, diciendome: Sì, allà està. El Santo Padre Luis de la Puente me mirò con grande agrado, y assi los demàs Padres, aunque no me dijeron nada; y al tiempo que se partian, mirólos mi alma con grande gozo, aunque con igual sentimiento de su ausencia. (particularmente de la del glorioso San Ignacio porque la sentì tanto, que me durò por algun tiempo) En esta ocasion le hizo nuestro Señor otra merced, dandole á entender lo

que

que en otra revelacion, que està en el primer Tomo, le dijo su Mageſtad del beneficio que hacia á los que morian en la Compañia de Jeſus; à que añadiò en ésta el grande rieſgo à que ponian ſu ſalvacion los que ſalian de ella.

CAPITULO XXXIV.

Otras coſas que viò de nueſtro Santo Padre, y de algunos hijos ſuyos; con lo que le paſsò acerca de las perſecuciones de la Compañia.

„De todas eſtas materias ſe ha dicho „arriba, y ſe dirà en otras partes „mucho: ceñirèmos en eſte capitulo al„gunas breves viſiones, que como à tan „propia hija de eſta ſagrada Religion, acer„ca de todo eſto le enſeñò ſu Mageſtad. „En un membrete de eſte mismo año de „ſeiſcientos y veinte y cinco dice aſsi:

Dia del glorioſo Arcangel San Miguèl, le vì à eſte Bienaventurado Principe, que entraba en mi apoſento con una vandera en la mano. Seguianle dos hileras de Eſpiritus Celeſtiales, que al principio me parecieron eran todos Angeles; pero deſpues vì, que parte eran almas glorioſas, de las quales conocí algunas; porque eran las mas de ellas de hijos de San Ignacio, Religioſos de la Compañia de Jeſus, que yo havia conocido en eſta vida, y en particular, reconocì à los Padres Lara, y Hervás, y à los hermanos Juan Garcia, y Baeza, y à otros. Entre ellos venia el Santo Padre Luis de la Puente, que ſe puſo junto à mí. Sobre todos eſtos Santos Angeles, y almas benditas eſtaba un Sol hermoſiſsimo; y aunque lo explico por eſte vocablo, no era Sol, ſino la Mageſtad de Dios nueſtro Señor, que iluſtraba toda aquella Celeſtial Compañia, y me daba à conocer la grandeza, poder, y Mageſtad de aquel ſagrado Arcangel. Eſtabaſe en eſta ocaſion diciendo Miſſa en nueſtro Oratorio; y al tiempo que me havian de traer la ſagrada Comunion, el Santo Arcangel tremolò la vandera, como haciendo oſtentacion de ſu gran potencia; y quando el Padre que decia Miſſa me trajo en la mano el Santiſsimo Sacramento, recogiò ſu vandera el Santo Arcangel, y todos ſe poſtraron, adorando al Señor Sacramentado. Recibìle de mano del Sacerdote; y quedandome en una grande ſuſpenſion, quando volvì en mí, ſe havia acabado la viſion. Sea el Señor bendito. Amen.

„En el año ſiguiente de ſeiſcientos y „veinte y ſeis, dia de nueſtro Padre San „Ignacio, apunta lo que viò por eſtas pa„labras:

A treinta y uno de Julio, diciendome Miſſa un Padre de la Compañia, vì à ſu glorioſo Patriarca San Ignacio con muchos bienaventurados, hijos de ſu Religion. Bajaban todos del Cielo en dos hileras, con ſobrepellices, y velas en las manos, y el ultimo de todos venia el Santo Patriarca, veſtido como el año paſſado con Alva, y Capa de Altar, el qual ſe llegò adonde el Sacerdote ſu hijo decia Miſſa; y poniendoſe junto à èl, con un modo myſterioſo, que no sè declarar, me parecia unas veces, como que ſe infundia en el miſmo Sacerdote, y que no eran dos, ſino uno; otras veces eſtaban diſtintos, y veía yo à cada uno de por ſí. Conſagrò el Sacerdote, y todos aquellos Santos ſe poſtraron; y llegando el tiempo de comulgarme, vino el Santo Padre al lado del Sacerdote, y al darme el Santiſsimo, me pareciò, que, del miſmo modo que dije arriba, ſe infundiò en el Sacerdote el glorioſo San Ignacio.

Eſte miſmo año, à veinte y nueve de Diciembre de ſeiſcientos y veinte y ſeis, haciendome merced un Santo Patriarca, de cierta Religion, y dandole yo quejas de que algunos hijos ſuyos movian una perſecucion contra la Compañia de Jeſus, vì que el Santo ſe compuſo, y ſe le encendiò el roſtro, como ſi ſe reviſtiera de un afecto colerico, aunque con modeſtiſsima gravedad, y me dijo: No me hables en eſſa materia; porque ſi yo agora fuera capáz de pena, me la diera muy grande; y dile à eſſos (diſſelo, que lo digo yo) que no me llamen Padre, porque no ſon mis hijos; y que merecen, que como

mo Moysén quebrò las tablas de la Ley, porque no las merecia aquel Pueblo rebelde; assi merecen ellos que Dios les prive de su Regla. Otras muchas cosas me dijo el Santo, tales, que juzguè no debian escribirse; y assi, consultandolo con mis Confessores, y mandandome ellos resueltamente se callasse esto, me volviò el otro dia à aparecer el Santo Patriarca, y me dijo: Bien me ha parecido la resolucion que tomaste, de que no salga à público todo lo que te dije; pero tù no dejes de decirselo à ellos en particular, y señalòme à solos tres, ò quatro, mandandome que se lo avisasse sin falta, y con esto desapareciò el Santo.

Algunos dias despues, (era yà el año de seiscientos y veinte y siete) haviendose esforzado en una Ciudad cerca la persecucion, vi à Christo Señor nuestro sentado en un Trono, con el rostro muy ayrado; y teniendo junto à sí algunos Padres de la Religion de la Compañia, sacò à juicio algunos Religiosos, y Seglares, y volviendose à ellos, les dijo: Hijos de vivoras, (y les llamò otros nombres muy malos, que callo) por què pecado quereis apedrear estos hombres? (y señalò à los de la Compañia) El que de vosotros està sin pecado, tome las piedras, y tireselas; y dandoles luz para que conociessen sus proprias conciencias, quedaron tan avergonzados, que corridos, se fueron uno por aqui, y otro por alli. De ahí à pocos dias me volviò à decir el Señor, hablando de esta misma persecucion: Yo destruirè los obradores de maldad. Otras veces he visto estos dias al Señor, como agraviado de lo que se hace contra los Padres de la Compañia, y lo que se dice de ellos; y una vez de estas me dijo: Persiguenlos porque son de mi Compañia; pero yo fui perseguido desde que naci, hasta que morí en la Cruz, y despues alcancè honra, y entrè en mi gloria; assi les sucederá à ellos. Agora el Lunes, dia de la Santa Cruz de este mes de Mayo, vi al Santo Padre Luis de la Puente muy contento de que los de su Religion estuviessen tan apretados estos dias, y me dijo: Agora vèo yo à los de la Compañia subir por gradas altas à Dios. Sea el Señor para siempre bendito. Amen.

„Del don de magisterio espiritual para „regir las almas, y guiarlas à la perfec„cion, que el Señor por su sola bondad „comunicò à los hijos de San Ignacio, tu„vo la Virgen este año una particular noti„cia en una vision, que ella cuenta de esta „manera:

Pocos dias ha que vi à la Magestad de Jesu-Christo Señor nuestro en aquella figura que estuvo quando le quitaron sus sagradas vestiduras para atarle à la columna, y azotarle, el qual amorosamente me dijo: Aqui estoy, alma, assistiendote para enseñarte. Estaba mi alma alentada, y consolada viendole; y à este tiempo no sè por cuya mano se corriò un velo como cortina; pero era transparente, de suerte, que estando entre el Señor, y mi, podia yo vèr à este Señor, aunque no tan claramente. Tenia èl una Cruz muy hermosa, y resplandeciente: luego se corriò otro al modo que el primero, en la qual estaba un Sol bellissimo. Tràs esta se corriò la tercer, que era muy brillante, y de admirables resplandores. Diòme el Señor à entender, (yà en otra ocasion me lo havia enseñado, aunque con diferentes symbolos) que la Cruz significaba los trabajos que se han de padecer, à imitacion de su Magestad: en el Sol, la fortaleza, y aliento que el Señor dà para llevarlos: en la tercera, la luz que comunica para acertar con su santissima voluntad; y era tal la que salia de aquel tercer velo, que parece que me dejò à mi llena de luz, no solo en el alma, sino tambien en el cuerpo. Quando estas cosas se me mostraban, veia yo, aunque de lejos, al Santo Padre Luis de la Puente, que estaba en un assiento mysterioso; y haviendo desaparecido la vision del Señor, y de aquellos tres velos, se llegò à mi el Santo Padre, y me dijo: Mejorada estàs, alma, en tercio, y quinto, como decis acà; pues se ha servido el Señor de hacerse inmediato Maestro tuyo. Pues còmo, Padre, respondi yo, còmo es esto? Su Magestad no te me havia dado à ti por Maestro, y guia

de mi alma, y de acá de la tierra no me dà Confessores, que tambien atiendan á este fin? Aunque el Señor, volviò el Santo, hace lo que vès; pero con todo esso no se excluyen estos otros medios; porque somos los Sacerdotes Coadjutores de Dios en la labor de las almas; y los de esta minima Compañia de Jesus havemos recibido particular dòn del Señor para este oficio: dale gracias, y quedate en paz. Yo me quedè en una suspension grande, hasta que despues volvì en mì. Sea el Señor para siempre alabado. Amen.

„Concluyamos este capitulo con una „vision breve, que esta Virgen tuvo, acer„ca del fruto, que el Señor por su mise„ricordia concediò, que llevasse en su Igle„sia esta minima Compañia de Jesus, de „donde tambien se entenderà la causa, por „què, como vimos en el capitulo passado, „la Virgen Señora nuestra llamò à nuestro „Santo Patriarca arbol muy fecundo, y „fructuoso, cuyos ramos dieron abundan„te fruto en la Iglesia Militante, y Triun„fante. Es un papel del año de seiscientos „y veinte y quatro, adonde despues de „otros sucessos, dice asi:

El dia siguiente por la noche, haviendo estado incorporada en la cama con muy grandes dolores de estomago, y pecho, y con una quemazon, que parece me abrasaba; en dando las tres de la mañana, ví al santo Padre Luis de la Puente, que estaba sentado en una silla al modo que quando era vivo, el qual me dijo: Essa cruz de dolores la dà el Señor, porque asi se ejercitan las virtudes, y se merece; pero agora descansa, que yo quiero estàr contigo, hasta que venga nuestro hermano. (havia de venir mi Confessor à reconciliarme, y decir Missa) En diciendo el Santo Padre estas palabras, se me quitaron los dolores que tenia, y entendí era efecto de su poder, y merecimientos. Entonces el Santo Angel de mi guarda, como complaciendose en mi alivio, y significandolo en el semblante, y modo de hablar, me dijo: Descansa, hermana, descansa. Havia estado el santo Padre Luis conmigo casi tres horas, despues de las quales, vì que se levantaba: pensè queria volverse al Cielo; pero no fuè asi, sino que se levantò à recibir los Santos Patriarcas de las Religiones, y otros Santos, que venian à hacerme merced de visitarme. Llegòse el glorioso Santo Domingo al Santo Padre Luis, y le dijo tales palabras, y con tanto respeto por una parte, y por otra con tanto amor, que entendì por ellas havia sido el santo Padre Luis un tesoro, y una mina riquissima de virtudes. Estaba junto al bienaventurado Santo Domingo el glorioso San Ignacio; y de este Santo Patriarca, como de raìz, por un modo mysterioso, salia un arbol, cuyas ramas se levantaban hasta el Cielo, y se estendian por toda la tierra. Y diòme el Señor à entender, que se significaba alli el grande fruto, que San Ignacio, y sus hijos hacen en el mundo: y aunque le han hecho, y hacen tan grande las otras Sagradas Religiones; pero por alguna causa quiso el Señor enseñarme agora esto en particular de la Compañia de Jesus, y de su Patriarca. Junto à èl estaba su bienaventurado hijo San Francisco Xavièr, el qual, llegandose à mì, me dijo: Hermana, yo no soy mas que una ramita de este arbol. Estuvieron conmigo un rato todos aquellos Santos; y haviendome consolado mucho con su presencia, se volvieron todos juntos al Cielo. El Señor sea para siempre bendito. Amen.

CAPITULO XXXV.

Gloria que viò, y favores que recibiò del Venerable Padre Luis de la Puente.

„OCupóse este gran Padre, y Mysti„co Doctor de nuestro siglo en cul„tivar por orden del Señor el jardin ame„nissimo del alma de esta admirable Vir„gen treinta años enteros al riego favo„rable de la divina gracia, al céfiro suave „del Soberano Espiritu. Se debe el inesti„mable precio de las flores, que en èl, à „pasmo del mundo, à despecho del In„fierno, à admiracion del Cielo, y à tanta „gloria de nuestro gran Dios resplandecie-

„rons

„ron; pero como este Señor pidè (mos„trandose en esso mismo mas liberal) „cooperacion de sus Ministros, no hay „duda que se debe à la industria diligen„te de este insigne operario alguna parte de „las medras, con que este delicioso jardin „de Dios, el heroyco espiritu de Doña Ma„rina, llegò à tan sublime grado de perfec„cion. Gastò el santo Padre los ultimos „años de su vida, hasta el ultimo dia de „ella, en escribir la primera parte de la His„toria de esta Virgen, siendo Cronista „de los sucessos mas raros, de las virtu„des mas sazonadas, que en muchos años „han salido à luz; y diòle el Señor por „parte de su premio accidental, la honra „de que la misma Virgen, los nueve años „que sobreviviò, fuesse Cronista de la „santidad, y gloria de su Escritor, y Pa„dre espiritual. Apenas hay capitulo es„crito, ni se escribirà en esta segunda par„te, donde no se apunte algo del Padre „Luis. Con todo esso, los papeles, que „mas derechamente tocan à esto, los re„ducirè brevemente à algunos capitulos, „sacados de los membretes de esta Esposa „de Christo. Digo membretes, porque al„gunos de los sucessos, que aqui se apun„tan, cuenta ella mas difusamente con „juramento en el processo que se hizo „para la Canonizacion del Santo Padre „Luis, como en su vida de este gran „Siervo de Dios se podrà vèr. Cronista „fuè del gran Apostol de las Gentes Pa„blo el glorioso San Lucas en sus Actos; „y fuè San Pablo pregonero de las vir„tudes de San Lucas en sus Epistolas. „Mereciò el Precursor Sagrado, que le ce„lebrasse el Verbo Divino hecho Hom„bre, cuyo pregonero èl havia sido aun „antes de nacer. Saben, y suelen los Jus„tos, à imitacion de su Señor, ser agra„decidos en esta parte, para que en todo „solo el mismo Señor sea glorificado. „Todo lo que en este capitulo encadeno, „es del año de seiscientos y veinte y qua„tro, desde diez y seis de Febrero, dia „en que el santo Padre dichosamente pas„sò, por medio de una muerte santissi„ma, à mejor vida. Empieza, pues, la Vir„gen diciendo lo que cerca de esto le mos„traron por estas palabras:

La noche ultima en esta vida mortal del Padre Luis de la Puente, haviendome avisado del Colegio de San Ambrosio de la Compañia de Jesus, que le havian oleado, supliquè à mis Señores los Angeles, que aqui estàn, le fuessen à ayudar, y todos lo hicieron con grande gusto, y se hallaron à su dichosa muerte. Volvieron, y casi à la una de la noche me llevaron à su celda, adonde estaba el santo cuerpo difunto. Parecia toda la celda un Cielo, con muchos Angeles del Señor, que acompañaban el cuerpo. Lleguème junto à èl, no pude velle el rostro, que le tenian cubierto con un velo, ò tafetàn, y no me le descubrieron, no sè por què. Beséle los pies, y las manos, y luego me trajeron à mi casa. Deseaba yo saber de la alma de mi Santo Padre, y encomendabala mucho à nuestro Señor; y su Magestad, como disimulando conmigo, me enseñò el Purgatorio, como quien dice: Mira si lo vès ahí. Mirè todo aquel lugar con atencion, y no le ví. Despues como à las diez de la mañana me visitò el santo Padre Luis, hablandome como quando era vivo. Víle muy glorioso, el rostro muy lleno, y que gozaba de Dios. Consolòme mucho de su muerte, y dijome: Aunque no vivo yà en la vida mortal, con todo esso, no descuidarè de tì, antes te ayudarè, y serè mejor Maestro, pues tengo estado, adonde no puedo errar. Quedè muy contenta, alentada, y consolada. Luego se le descubriò en el pecho un Santo Nombre de JESUS con luz, y resplandor á modo del Sol, cuyos rayos descubrieron el rostro, y con esta grande luz le perdí de vista. Aparecesem e cada dia, y me visita, y mis Santos Angeles le tienen gran respeto, y reverencia; y espantandome yo de esto, me dijeron: No sabes que es Santo Sacerdote, y Ministro del Señor? Un Santo Angel me dijo, que aquella dichosa alma havia passado al salir del cuerpo à vista del Purgatorio sin alguna pena, antes con grande alegria de vér la merced que el Señor le havia hecho en preservarle de tantos tormentos.

El dia que le hicieron las Honras, estando yo con nuestro Señor en mi oracion, mientras se celebraban los Oficios le veía al Santo Padre en el Cielo, vestido del Habito negro de la Compañia, pero fondo en oro: tenia bonete en la cabeza, y estola al cuello. Estaba muy glorioso, y resplandeciente, sentado en una silla levantada sobre tres, ò quatro gradas en alto, delante de la Trinidad Beatissima, con grande autoridad, y grave aspecto; pero este gloriosissimo. Vì luego, que muchos bienaventurados de su Sagrada Religion, (debian de ser Sacerdotes) todos con estolas blancas en dos hileras, le iban uno á uno à reverenciar, y como á festejarle, y darle la norabuena de la merced que le havia hecho el Señor. El Santo los recibiò con grande caridad, y les echaba los brazos al cuello. Acabado este santo cortejo, el santo Padre Luis, y todos los demàs se postraron delante de la Santissima Trinidad, y el Señor les diò su divina bendicion. Levantaronse todos, y el Padre Luis se volviò à su asiento, y los demás se quedaron en pie. Llegaron en esto seis Angeles, y subiendose à las gradas, tres à cada lado, comenzaron á tocar dulcissimos instrumentos, cantando á ellos con suavissima melodìa alabanzas al Señor por las mercedes que havia hecho á aquella santa alma; y en acabando, se postraron otra vez delante del Señor, el qual les volviò á echar su santa bendicion. A este punto empezò á resplandecer tanto el Padre Luis, que le perdí de vista. Despues se me aparecio en mi aposento, y estuvo conmigo mas de una hora tratando cosas de espiritu; y preguntandole yo si havia sentido gloria accidental de las honras, que este dia le havian hecho, respondiòme: Sì por cierto. Pero como quando era vivo, asi hablò en orden á sí mismo, diciendo: Pudieran los mios predicar las grandes mercedes que de mi Señor Dios he recibido, y lo mal que de ellas me aprovechè, y dejar alabanzas mias: pero todo resulta en gloria accidental de las honras que en el Cielo se le han hecho.

Una mañana por Septiembre estaba yo en mis exercicios, y algo confusa con mis acostumbrados temores, quando ví al Santo Padre Luis, que sentandose en un asiento á modo de silla, me saludò, diciendome con mucha caridad: Qué temes, alma, què temes? quièn te aflige? quièn te condena? Si nuestro Señor, y tus Confessores aprueban tus cosas, por què estás asi? Pues, Padre, respondí yo, no tengo que temer? Espera, alma, dijo el Santo Padre; y volviendo los ojos á una parte, se levantò en pie, y luego llegò alli un Angel del Señor muy supremo, y tanto, que á mì me puso en grande admiracion, y saludandome, dijo: No temas, alma, que yo soy Angel del Señor de la Magestad, embiado á tì á decirte de su parte, y en su nombre, que su Magestad gobierna, y endereza todos tus caminos, y los guia, para que jamàs en tu corazon persevere la duda, y dificultad que sueles tener en creer algunas cosas, que por tì passan. Esto les dirás asi á tus Confessores, y creerloshas, y obedecerloshas. Y preguntandole yo al Santo Angel, si mis temores excedian algo contra el beneplacito de la divina voluntad, me respondiò, que los juicios de Dios eran altissimos, y secretissimos, y comprehendian infinito; y que si en mis temores havia alguna demasía, la cura de ello estaba en lo que me havia dicho de parte del Señor. Como yo le veia con tan magestuoso porte, que le juzgaba uno de los Angeles mas sublimes, le roguè, aunque con harto encogimiento, me dijesse quièn era. Respondiòme, que era un Angel de los mas superiores, que servian á la Magestad Divina, y que tambien tenia á su cargo la guarda de cierto lugar, que su Magestad me havia mostrado, en el qual los dias passados yo havia visto entrar un grandissimo esquadròn de demonios. Con esto se despidio de mì, dejandome muy consolada. Quedòse conmigo el Santo Padre Luis de la Puente, y volviendo á hablar sobre el caso de mis temores, dijo: Què temes? Por ventura son agora mayores, y mas dificultosas las cosas que passan por tí, que las que te passaron quando yo vivia? No por cierto, dijele yo, que me

me temia no tuviesse mi alma alguna secreta, y escondida inclinacion, sin que yo lo supiesse, ni entendiesse à cosas singulares; y respondiòme el santo Padre, que la mas honda, y secreta inclinacion que tenia mi alma, era un deseo muy eficàz de acertar en todo con la divina voluntad. Repliquè mas, que todos mis temores se fundaban en esso mismo que èl decia, porque temia no acertar con essa voluntad divina à mayor gloria suya. Entonces dijo, que ello mismo me asseguraba. Pedìle, aunque muy encogida, me visitasse alguna vez; y respondiòme, que sì haria en el nombre del Señor, si diesse credito à las verdades que en su nombre me dijesse. Despidiose con esto de mì, y se fuè con unos Angeles, y otros dos Santos de su misma Religion, que estaban con èl. Sea el Señor bendito. Amen.

„A los veinte y cinco de Diciembre de „este mismo año de mil seiscientos veinte „y quatro, dia del Nacimiento de Christo „Señor nuestro, le hizo su Magestad à es„ta Virgen un singular favor, el qual pon„go en este lugar, porque al fin del sucesso „que ella refiere, se colige manifiestamen„te quánto le aprovechò la enseñanza del „santo Padre Luis, para que ella se dispu„siesse à merecerlo. Escribelo todo la Vir„gen por estas palabras:

Aunque estoy por la bondad de Dios nuestro Señor resignada en su santisima voluntad, para que en todo disponga de mì, segun su beneplacito; pero siempre estoy con esta inclinacion de salir de este destierro, para gozar de la vista clara de mi Dios, y Señor; y en particular experimentè mas vivos estos primeros movimientos, oyendo decir, que se levantaban guerras entre algunos Principes Christianos, de que sintiò mi alma grande afliccion. Encomendaba este negocio al Señor, significando tambien el afecto natural que mi alma tiene de salir de esta vida à la eterna. Su Magestad entonces, por su gran bondad, y misericordia, me dijo: Que si un Rey tuviesse en alguna Ciudad enemiga un hijo, ò persona que mucho amasse, aunque la tuviesse cercada para destruirla, suspenderia el batirla, por no desconsolar, y poner en cuidado al hijo que estaba dentro con los cercados: y para consolarme, y entretener mis deseos, me dijo mas, que queria que passasse estas Pasquas con su Magestad en el Cielo. Yo mostrè, como otras veces, la dificultad en recibir estas misericordias extraordinarias, y el Señor, para disponerme, y facilitarme, dijo, que assi convenia; porque era esto à la manera con que acà se han los padres con los hijos, à quien mucho quieren, y estàn en los estudios, à quienes para alivio de ellos, y consuelo suyo, suelen traher à casa el tiempo que duran las Pasquas.

Haviendo dicho el Señor estas palabras, estos mis Señores Angeles se llegaron à mì, y me dijeron: Hermana, quedate por agora con Dios, que presto volveremos; y entre tanto se quedaràn contigo estos otros Santos Angeles, nuestros compañeros. Mirè, y vì, que quedaban alli otros tantos. Vì luego, que haviendo subido aquellos mis Señores à la presencia de Dios, estaban representando à su Magestad la dificultad que tenian en la execucion de su orden, llevandome al Cielo; y el peligro de que desfalleciesse la naturaleza, si su Magestad no acudia con nuevo favor à aquella accion. Ofreciò el Señor con muchas muestras de amor el socorro que se le pedia, y luego uno de aquellos Santos Angeles, que conmigo quedaron, que me pareciò era muy supremo, comenzò con un modo espiritualissimo à vestirme celestiales vestiduras, para presentarme en el Cielo delante de Dios. Pusome una tunica mas blanca que la nieve, y luego otra azul, con resplandores verdaderamente admirables. Ultimamente me cubriò con un manto rojo, y tan hermoso, que parecia tejido de finissimos rubìes; y à cada cosa que me iba poniendo, decia unas palabras que yo no entendì. Luego vì una grande, y bella fuente de plata; y en ella todos los instrumentos de mis martyrios, y dolores: los clavos de pies, y manos; los azotes de Christo Señor nuestro, que en una muy estrecha union se me havian impresso: la Cruz, y otros instrumentos, de que se ha di-

dicho en otra parte. Esta fuente, con todo lo que en ella estaba, llevaba en las manos un Angel, que iba delante, acompañandole todos los demàs.

Subimos asi à la Celestial Jerusalèn, à cuyas puertas saliò la Sacratisima Persona del Espiritu Santo, el qual me dijo: Seas bien venida, amiga mia, Esposa mia: vèn, y entraràs en el gozo de tu Señor. Entramos dentro, y los Santos Angeles que iban conmigo, me prostraron delante de la Beatisima Trinidad, adonde el Eterno Padre me llamò hija, y el Hijo hermana, y el Espiritu Santo esposa, todos tres con maravillosas muestras de amor. Reparè mucho en que el Hijo de Dios, Verbo Divino, me llamasse hermana, y su Magestad me dijo: Sì, hermana eres por la naturaleza humana que tomè por el hombre. Vì alli el santo Padre Luis de la Puente, muy gloriosamente alegre, y hermoso, el qual me hablò, diciendo: Nunca yo esperè menos de que gozarias de estos bienes: y aunque con tan varios medios te exercitè, y probè, y podias sospechar, que era falta de amor, y sobra de sequedad, y desabrimiento; pero todo iba enderezado con advertencia al mejor acierto de tus cosas, y tù lo lograste todo tan bien como yo deseaba, y agora veo. Hallabame yo en la presencia de aquel gran Dios, y Señor nuestro, experimentando el fin para que su Magestad me dijo otra vez, que me hacia, y me havia de hacer estas mercedes, que era para descansar, conocer, y gozar. Fuè mucho lo que alli recibì de descanso, conocimiento, y gozo; y estando reparando en esto, fui poco à poco perdiendo la vista de aquella grandeza inmensa. Y finalmente me hallè en mi rincon otra vez, con sentimiento, y pena de verme privada de aquel bien, que por la bondad del Señor havia posseìdo. Sea él eternamente bendito. Amen.

CAPITULO XXXVI.

Prosiguese la misma materia.

„LO que en este Capitulo, y en el si„guiente se escribe, sucediò todo „por el discurso del año de seiscientos vein„te y cinco. Empieza, pues, la Santa Vir„gen, diciendo asi:

Sabado once de Enero estuve toda la noche muy apretada de mis enfermedades: parecia que me queria morir, y me iban ahogando. En toda ella me estuvo acompañando el santo Padre Luis de la Puente, sentado en un asiento sobre una de las gradas por donde suben à aquella sala dorada, que otras veces he dicho. Viendome tan apretada, y congojada, el santo Padre me animaba, y ayudaba à llevar mi cruz. Yo le dije: Padre, ruegote, si es voluntad de mi Señor Dios, me alivies este mal: mira que me ahogo. El Padre con grande caridad dijo que sí haria. Diòle un santo Religioso, Coadjutor de su Orden, que con él estaba, cierta cosa, que por ser muy pequeña no la vì bien, (despues supe de él, que era una confeccion celestial) y dijole: Dale esto al Santo Angel de la guarda de esta criatura, para que se lo aplique. El Angel Santo la recibiò con grande reverencia; pero dijo: Santo Padre, aun no es tiempo de aplicarle esta medicina, porque no la quitemos el merecimiento del padecer. Si es, respondiò el santo Padre Luis, que por otro camino se suplirà esso: apliquesele esta confeccion, para que se mitiguen agora los dolores, y duren mas tiempo, y no perderà nada. Asi se hizo: llegòse à mì el Santo Angel, y pusome en el hueco que hay debajo del celebro aquella medicina, y luego mejorè, y llevè mi trabajo con gran alivio. Sea el Señor bendito. Amen.

„No ignoraba el Santo Angel esta ver„dad, que es llana, y muy usada del Señor, „de que se puede igualar el merito del jus„to que padece, (y lo mismo es en la sa„tisfaccion en penas del Purgatorio) si el „dolor intenso de un breve rato, se con„muta en que esse dolor yà remisso dure „mas tiempo; de suerte, que la intension „de aquel, se supla con la extension de es„te; pero parece que no tenia revelacion „de que el Señor gustaba se hiciesse asi „en la ocasion presente, y quiso su Ma„gestad descubrir su voluntad en esto al san„to Padre Luis, y que el Angel la supiesse

por

„por ſu medio, ò para que la Virgen fueſ„ſe cobrando mas, y mas devocion à ſu „bienaventurado Maeſtro, ò por otras ra„zones de ſu gloria. Otra diſputa, en que „alguno infiera la grandeza de eſta ſanta al„ma, pues iluminaba al Angel, ni es de „eſte lugar, ni tengo por infalible la con„ſequencia, de que por una accion parti„cular, ſe infiera en lo demàs ventaja del „iluminante al iluminado. En un papel de „veinte y tres de Febrero eſcribe aſsi:

A los veinte y tres de éſte ſe me apareciò el ſanto Padre Luis de la Puente, tratandome ſiempre materias de grande conſuelo, y aprovechamiento de mi alma; pero à los veinte y quatro por la mañana ſe encendieron en mi corazon aquellos grandes afectos, que otras veces tengo, y llevada de ellos, decia: Dónde eſtàs, Dios mio? dónde te hallarè? Dime, dónde te apacientas al medio dia? Eſtas palabras ſe me ofrecieron, no ſabiendo yo, como deſpues ſupe, que eran de la Sagrada Eſcritura. Eſtando en eſto, vì, que bajaba del Cielo el ſanto Padre Luis, y que venia hablando con otros, aunque no los conocì por entonces, ni entendì lo que trataban; pero deſpues vì, que eran Angeles del Señor. Sentòſe el ſanto Padre en una como ſilla myſterioſa, y deſde alli me preguntò: Qué dices, alma? qué afectos ſon eſtos? Santo Padre, reſpondì yo, eſtoy preguntando à mi Señor, dónde eſtà? dónde le hallarè? dónde ſe apacienta al medio dia? El ſanto Padre, levantando los ojos, y las manos al Cielo, con una gravedad, y reverencia grande, dijo: Yo te lo dirè. Aquel Divino Sèr del Señor Omnipotente eſtà en el Cielo comunicandoſe à ſus eſcogidos, y haciendolos con ſu viſta bienaventurados: y eſtà en todo el Univerſo, dando, comunicando, y conſervando el sèr à ſus criaturas; y particularmente, habitando en las almas, y corazones de los Juſtos, que viven en la tierra; y aunque tù le andas buſcando, yà le tienes, y él te ha hallado, y te poſſee en el grado ſuperior que agora tiene tu alma. Sabelo él eſſo, ſanto Padre, repliquè yo, y conoce eſta ultima miſericordia que ſu Mageſtad me ha hecho? Si sè, reſpondiò el ſanto Padre, porque Dios me lo ha revelado, y me ha cauſado grande gozo, y gloria accidental, que como te confeſsè, y tratè tu alma mas de treinta años, revelame el Señor los aumentos que vàs teniendo, y las miſericordias que te hace, y de todas me reſulta à mí gloria accidental por la razon dicha; y en nombre del miſmo Señor harè contigo el oficio que pides, de que te ayude, enſeñe, y alumbre. Yo, por orden de ſu Mageſtad, y en nombre ſuyo, te ayudarè, viſitandote muy à menudo, y te enſeñarè ſus divinas verdades, no porque las ignoras, ſino para confirmarte mas en ellas, moſtrandotelas con el dedo, à la manera que el Maeſtro và enſeñando las letras del A, B, C, al niño de la Eſcuela. Tambien te alumbrarè, para que con luz ſuperior ſe conforten tus potencias, y conozcas los divinos myſterios; porque te hago ſaber, que en la inteligencia de ellos, y en explicar las coſas del Cielo, reſpecto de lo que en la Bienaventuranza ſe conoce, y ſabe, eramos, mientras vivos, como Sayagueſes, y hablabamos como Negros bozales. Agora eſtàs bien ocupada en hacer actos de reſignacion, y en padecer la cruz que Dios te ofrece: quedate en paz, aunque no me irè luego, que aqui eſtarè un poco. Y aſsi fuè, que le vì quedarſe alli ſentado, y en ſilencio, haſta que dandome nueſtro Señor una ſuſpenſion, quando volvì de ella no le vì. Sea ſu Mageſtad alabado. Amen.

„En otra parte, deſpues de contar va„rios ſuceſſos otros, refiere otra coſa de la „materia que al preſente tratamos; y eſcri„bela por el tenor ſiguiente:

El Miercoles, à dos de Abril, me hallè en un ſueño con grande apretura, y congoja, como quien eſtaba rodeada de enemigos, y que por ningun camino podia eſcaparme. En eſtando tal, con la miſma viveza que ſi tuviera el uſo de los ſentidos, decia: Aqui no hay otro remedio, ſino llamar à la Virgen Santiſsima: aſsi lo hice, al modo que entonces pude; y luego me hallè deſpierta, y ſin aquella congoja, y vì al ſanto Padre Luis de la Puente, acompañado de algunos Angeles, veſtido de habito ordinario de ſu Religion. Divertìme, como

mo ſuelo otras veces quando ſe me dà lugar, haſta que nueſtro Señor (como tambien he dicho en muchas partes) con ſu fuerza ſuaviſsima, neceſsita al alma para que vea, y entienda lo que ſu Mageſtad le mueſtra. Yà, pues, quando volvì à verle, eſtaba el ſanto Padre Luis de la Puente veſtido de una ſobrepelliz, y ſobre ella una capa de Altar, y en la mano una riquiſsima fuente, en la qual havia una corona muy hermoſa, con ſus puas, ſemejante à la que ſuelen pintar en la cabeza de Jeſu-Chriſto Señor nueſtro; y por haverſe pueſto aquella en la mia, (como eſcribì en otro papel) la conocí en viendola, y donde quiera que la vieſſe diria: Eſta es aquella corona, que en tal ocaſion me puſieron. Luego vì, que el Santo Angel de mi guarda, llegandoſe al ſanto Padre Luis, le pedia aquella corona; alegando, que le tocaba à él guardarla, por haverle à él encomendado Dios la cuſtodia de mi perſona; pero el ſanto Padre, con mueſtras de muy profunda humildad, y con razones de gran ſabiduria, ſe eſcusò, diciendo, que à él le tocaba aquel oficio, por haver ſido tantos años mi Confeſſor, Padre Eſpiritual, y Maeſtro, y à quien ſu Mageſtad havia encomendado, no ſolo el cuidado del alma, ſino tambien de la miſma naturaleza, porque no desfallecieſſe, y ſe acabaſſe. Sea el Señor bendito. Amen.

Deſpues de haver dicho eſtas palabras, vì, que entrambos ſe havian buelto à nueſtro Señor como repreſentando cada uno ſus razones, y aguardando el decreto de ſu ſantiſsima voluntad. Quedème yo ſuſpenſa en la admiracion de lo que eſtaba viendo, y quando volvì en mì de eſta ſuſpenſion, vì, que eſtaban yà los dos, à nueſtro modo de hablar, concertados, y que el ſanto Padre Luis de la Puente ſacaba tres puas de aquella corona, y ſe las daba al Santo Angel de mi guarda. Eſtaba yo admirada de vèr eſtos myſterios, por no ſaber la ſignificacion de ellos; y penſando conmigo meſma, cómo havia en el Cielo aquellas coſas materiales, que yo eſtaba viendo, corona, puas, y fuente, con lo demàs; y el ſanto Padre Luis, conociendo mi penſamiento, y reſpondiendome à él, dijo: Tambien San Juan en el Apocalypſi dice, que los muros del Cielo tienen por fundamento doce piedras; y que cada puerta de aquella Celeſtial Ciudad eſtaba fabricada de una margarita. Noſotros ſabemos como ſon eſtas coſas: no tienes que examinarlas, que por agora no hay para qué. A eſte tiempo entrò el Sacerdote, que eſtaba diciendo Miſſa en el Oratorio, con el Santiſsimo Sacramento para darme la comunion; y el ſanto Padre Luis, deſde un lugar alto adonde eſtaba, bajò por unas como gradas haſta el ſuelo de mi apoſento, adonde ſe poſtrò, y adorò à la Mageſtad de Chriſto Señor nueſtro Sacramentado; y deſpues de haver comulgado yo, ſe levantò, y volviò al lugar donde antes eſtaba. Deſde allì me dijo, que aquella corona de eſpinas, que los dias paſſados me havian pueſto en la cabeza, no me la havian quitado haſta aquel tiempo en que eſtuve en aquel ſueño que dije al principio. Con eſto deſapareciò el ſanto, y experimentè yo la verdad de ſus palabras en los efectos, porque haviendo tenido la cabeza muy trabajada por todos aquellos dias, deſde que me puſieron la corona, haſta entonces, en deſpertando de aquel ſueño, comencè luego à ſentirla mejor.

De aì à diez dias, que eran à doce de Abril, y Sabado por la mañana, volvì à vèr al ſanto Padre Luis, con particular alegria de mi alma, mayor que otras veces, y con ella me arrojè à ſus pies, diciendo: Seas, mi ſeñor Padre, muy bien venido. El Santo eſtendiendo el brazo, me dijo: Detente, alma, y buelvete à tu lugar; y luego me comenzò à decir, y enſeñar algunas coſas: una fuè, que yà el manjar que comia, no me ayudaba para el ſuſtento de la naturaleza; pero que el Señor queria que comieſſe, para que en una vida comun, y ſin extraordinarias ſingularidades, hicieſſe ſu Mageſtad una forma provechoſa à la vida eſpiritual de los Fieles. Otra de las coſas que me dijo, fuè declararme la ſignificacion del haver ſacado tres puas de la corona que dije, y dadoſelas al Santo Angel de mi guarda. Dijo, pues, que quando me puſieron aquella corona, y inclinè la ca-

be-

beza, hicieron las tres potencias de mi alma, memoria, entendimiento, y voluntad, tres actos muy espirituales, à los quales concurriò mucho mas el espiritu sobrenatural, que la naturaleza, que en esta ocasion obrò menos que otras veces, y porque el Angel es puramente espiritual, y le encomendò el Señor mas en particular el cuidado de mi alma; y en estos actos tan espirituales tiene mas parte el ministerio de los Angeles, que el de los hombres. Para significacion de todo esto, por ordenacion de Dios, le havia dado aquellas tres puas; pero que él se havia quedado con la corona, para significarme, que el padecer los dolores que alli sentia, con actos espirituales de paciencia, y otras virtudes que de aqui resultan, en que tiene mucha parte la naturaleza, ayudada de la gracia, esso le tocaba mas à él, por tener naturaleza humana, y por haverle encomendado el Señor, no solo la direccion de mi alma en el exercicio de las virtudes, sino tambien el cuidado de la naturaleza para que no desfallezca. Esto mismo que el santo Padre Luis me dijo, me havia dicho antes nuestro Señor, en quien despues de havermelo dicho, levantando yo los ojos por un modo inefable, vì todas estas cosas; y admirandome yo mucho de verlas tan expressadas, me dijo su Magestad: Olvidada estàs: no te acuerdas, que en otro tiempo te dì la llave dorada, para que pudiesses vèr en mì lo que quisiesses, à la manera que entra en el tesoro quando quiere el que tiene la llave? Esto me dijo el Señor, y havia passado assi, que yo recibì en otra ocasion aquella llave; aunque estaba entonces olvidada de aquel singular beneficio.

„Puse esta vision de los doce de Abril, „junto à la otra vision de la corona, por „ser entrambas concernientes. Pero antes „de esta ultima, el Miercoles, que era „nueve del dicho mes, havia tenido otra „visita del santo Padre Luis; y passò la co„sa de esta manera.

Tenia yo, dice, unos Rosarios, que me havian dado embueltos en un papel, y el Santo Angel de mi guarda me dijo, que los desembolviesse, y los pusiesse alli cerca de mí: hicelo assi, y luego ví un globo de luz, como un Sol, que con sus rayos heria, y bañaba de resplandor aquellos Rosarios. Bien conocì que no era Dios, pero no sabia quién era el que venia alli; pero mirandolo con atencion, reconocì, que era un hermosissimo Serafin. Tràs esto vì al santo Padre Luis de la Puente, que estaba levantado en alto, y venia llegandose adonde yo estaba: yo me encogi, y buelta à mi Santo Angel de la Guarda, le dije: Santo Angel, qué he de hacer, ò qué he de decir aqui? Y él, como sossegandome, respondiò: Aguarda, no hay que hacer nada. Entonces el santo Padre Luis, como sonriendose, dijo: Nunca has de perder estos temores? Y levantando las manos, y los ojos al Cielo, añadiò: Pero de todo se agrada Dios. Y luego, bajando por algunas gradas al suelo de mi aposento, echò la bendicion à aquellos mismos Rosarios, y tomandolos en las manos, los besò, y se bolviò à su lugar. Preguntèle yo al Santo Angel de mi guarda, que à qué fin havia bendecido el santo Padre Luis aquellos Rosarios, pues el sagrado Serafin, retocandolos con sus rayos, les havia comunicado yà virtud? A lo qual me respondiò mi Santo Angel: Mira, nuestro gran Dios comunicò algunos privilegios à los Sacerdotes, que no comunicò à los Angeles; como es dàr virtud à cosas materiales, para que por ellas se ahuyenten los demonios, se sossieguen las tempestades, y las enfermedades se curen; y como la persona à quien has de dàr uno de estos Rosarios, ha de probar de todos estos males, en la larga jornada que ha de hacer, quiso el Señor, que este Padre, que fuè Sacerdote, y santo, les echasse su bendicion, y comunicò la virtud contra todos los dichos peligros por ella su Magestad. Volvíme yo entonces al santo Padre Luis, pero no le vì yà, porque se havia ido. Quedè sentida, y el Santo Angel me dijo: Fuese, porque de estas cosas espirituales que vès, resulta flaqueza en el natural; y porque del tuyo no se gaste demasiado, pues estàs agora tan flaca, no quiere que sean tan largas las visitas.

„Luego al Domingo trece del mismo Abril

Abril, volviò à visitarme el santo Padre Luis, y buelta yo à nuestro Señor, le dije: Qué es esto, Señor? cómo este santo me visita tantas veces? padezco acaso, Dios mio, en éste algun engaño? El Señor me dijo: Aguarda; y luego con magestad, y peso gravissimo, añadiò estas palabras: Tèn por señal de que soy yo, que mi temor santo no te faltarà jamàs. Con las quales quedò mi alma tan serena, y sossegada, y tan cierta de que son las cosas que passan por mí verdades del Señor, que me parece, que por ningun caso pudiera dudar de ellas. El sea millares de veces bendito. Amen.

„La persona que esta Virgen apunta en „este papel, à quien se diò uno de aquellos „benditos Rosarios, fuè Juan de Haro, „que entonces se embarcò para las Indias „por Gobernador de Puerto-Rico. Lo que „entonces passò este Caballero con los ene„migos de España, y de la Fè por fin de „este mismo año de seiscientos veinte y „cinco, es bien notorio à toda España, y „fuè bien celebrado en la Corte. Y quán„to le haya aprovechado el socorro espiri„tual, que llevaba de Doña Marina, cons„ta de una carta suya para la misma Vir„gen, que original de su mano, y autenti„ca, tengo en mi poder; y para gloria de „Dios, y consuelo de los Fieles pondrè „aqui; y es formalmente del tenor si„guiente:

JESUS.

Todos mis trabajos, señora, se me alivian, solo considerando tengo à V.m. por mi amparo. Yà se me ha lucido en esta ocasion, pues de ella sus santas oraciones me han sacado con victoria, y vida, que ha sido evidente milagro, pues con catorce heridas, y algunas bien peligrosas, no me diò calentura; no comiendo sino por onzas, y esto tasajos de baca, pan de palo, que llaman cazabe, y agua bien mala. A mi hermana escribo largo: ella darà de todo cuenta, que yo no puedo por mis ocupaciones. Tengame V.m. se lo suplíco por amor de Dios, muy en su memoria, que yo la tendrè toda la vida de serle obediente hijo. A mi señora Doña Isabèl beso las manos, y la suplìco se acuerde de mí en sus oraciones: y à todos los de essa santa Casa lo pido; y que me guarde Dios à V.m. como deseo, y he menester. De Puerto-Rico, à catorce de Febrero de mil seiscientos veinte y seis.

De V.m.
Juan de Haro.

Vease el Capitulo nueve del Libro segundo.

CAPITULO XXXVII.

Concluyese con las visiones mas particulares que tuvo del santo Padre Luis de la Puente.

„LA vision que agora escribo fuè por „Mayo siguiente de este mismo año „de seiscientos veinte y cinco, quando su „Confessor la mandò, que jurasse en el „Processo de la Canonizacion del Venera„ble Padre Luis de la Puente. El testimo„monio que la Virgen diò, se refiere alli „por extenso: aqui solo apunta lo que an„tecedentemente le passò; y dicelo por es„tas palabras:

Estando mi espiritu en grande obscuridad, y temiendo mucho cumplir el orden que le dieron de jurar en una ocasion apretadissima de necessidad, y gloria de nuestro Señor; y teniendome mis temores en una perplexidad grande, por ser el juramento en cosas extraordinarias, vì à San Francisco Xavièr, y al santo Padre Luis de la Puente, con quatro Angeles, que estaban en su compañia. Miròme San Francisco Xavièr con caridad, y quitandome por divina ordenacion toda la obscuridad que tenia en mi alma, y dejandola en una luz clara, y muy distinta, me dijo: En tu juramento diràs tales, y tales cosas: las quales todas escribì yo luego en un papel; y entendiendo que no havian de ser mas, dejè de escribir; pero de alli à un poco volviò el Santo à decirme otras, que tambien escribì en el mismo papel. A todo esto el santo Padre Luis no hablò ninguna cosa, ni de-

decia palabra; y reparando yo en esto, le dije: Santo Padre, cómo no me dices nada en lo que aqui oyes? Conoció el Santo Padre mi espiritu, y por què se lo decia, y respondiòme: Nó puedo ir contra las verdades de Dios, que dice este Santo. Y dijo luego San Francisco Xavièr: Dios es suma verdad, y asi, ni puede engañar, ni ser engañado.

Entonces se volviò á mí el santo Padre Luis, y me dijo con mucha caridad: Cómo estàs, hermana? cómo te vá de espiritu? Muy mal me và, respondì yo, Santo Padre, muy mal, vivo con grandisimos temores. El Santo Padre, como quando era vivo, me respondiò, repitiendo aquellas palabras, que nuestro Señor me dijo una vez; las quales èl ponderò mucho, y son estas: *Doyte por señal de que soy yo el que te hablo, que el temor santo mio nò te faltarà jamàs.* Descansa, alma, en tu Dios, pues te dà su paz, y quietud; y aunque te visito algunas veces, no son tantas, porque no me dás todo el credito que podrias con tus acostumbrados temores. Recibì gran confusion con estas palabras, y propuse la enmienda, aunque flacamente. Luego se despidieron de mì estos bienaventurados Santos, y pidieron á dos Santos Angeles de los que havian trahido consigo, se quedassen con los demàs Angeles mis Señores, y conmigo, y asi se quedaron, y hasta agora tambien me están haciendo compañia. Pareceme que es imposible dejar de creer, que estas son verdades de Dios; porque es grande la luz que he tenido de todo lo dicho. El sea eternamente bendito. Amen.

„Prosigue la Virgen escribiendo otra vi„sion en este mismo mes de Mayo, y di„ce asi:

Despues de esto, una noche ví entrar en mi aposento gran numero de Angeles con ramos verdes en las manos. Tenian los ramos unas flores blanquisimas, y resplandecian de suerte, que llenaban de luz todo el aposento, esparciendo juntamente un olor suavisimo. Pensè que venian aquellos Angeles acompañando al Señor; pero no fuè asi, sino que detràs de ellos venía el santo Padre Luis de la Puente revestido. Trahia en sus manos un vaso cubierto con un velo con grande reverencia. Llegòse à mì, y con admirable gravedad, silencio, y celestial modestia, con el licor, que era de color de sangre, que trahia en el vaso, me ungiò ojos, narices, manos, y pies, haciendome una cruz en estas partes dichas con aquel licor; y en acabando, se volviò con el mismo acompañamiento. Yo quedè admirada, y deseosa de saber este mysterio, si el Señor fuesse servido. Avivò el Señor la gana de preguntarselo humildemente al mismo. Asi lo hice, y respondiòme su Magestad: El Angel de tu guarda te lo dirà. Entonces el Santo Angel me dijo: Sabe, hermana, que este tu santo Padre tuvo deseo en vida de hallarse en tu muerte, y sacramentarte: no se lo concediò el Señor por sus altos, y secretos juicios; pero ha querido que agora te unja, y de esta Uncion sacaràs fuerzas espirituales, y corporales, y en todo quedaràs alentada. Esto me dijo el Santo Angel; pero no entendì nada de quándo havia de ser mi muerte, ni si sería presto. Hagase la voluntad de este gran Señor, que sea bendito. Amen.

„Del mes de Octubre de este mismo „año (aunque en el espacio intermedio viò „otras muchas cosas, que tocan al Santo „Padre Luis, que se han dicho, y diràn „en lugares mas convenientes) refiere lo „que se sigue.

Sabado, dia de San Lucas, entrò el demonio en mi aposento con una figura muy terrible: pareciame que trahia unos palos atravessados por la garganta, y por la cabeza. Pusose delante de mì, y luego hizo un ademàn, como de quien temia alguno que venía. Volvì los ojos, y ví al santo Padre Luis de la Puente, cuya presencia ahuyentò al demonio, que nò parò mas alli. Quedè yo con la vista de aquel enemigo muy trabajada, porque todas las veces que le vèo, parece que me arroja ponzoña, con que me hace grande impresion en las fuerzas corporales. Estando asi, me hablò el Señor, diciendo: Fati-

tigada eſtás, alma, vente conmigo, y deſcanſaràs; y mandando de hecho à los Santos Angeles me llevaſſen, comenzandonos à mover, el ſanto Padre Luis, con aquella viveza que tenia quando era vivo, me dijo: No vayas por ahì. Santo Padre, repliquè yo, no voy, ſino llevanme. El entonces, volviendoſe à mis Señores los Angeles, les dijo por donde me havian de llevar. Bien entiendo que ellos lo ſabian; pero quiere nueſtro Señor, que por aqui entienda yo, que eſte Santo deſpues de muerto tiene el cuidado de mí, que quando vivia.

Fui llevada à la Celeſtial Jeruſalèn, adonde como en medio de aquellas hermoſiſſimas plazas, eſtaba un ſumptuoſo, y belliſsimo Palacio, con un frontiſpicio mas viſtoſo de lo que ſe puede imaginar. Entramos por ſus puertas, y paſſando un admirable patio, topamos otras puertas, cuya fachada era mucho mas hermoſa, y viſtoſa que en las primeras. Entramos eſtas, y ſubimos à una ſala muy eſpacioſa, adonde eſtaba Dios nueſtro Señor, que me recibiò con grandiſsima benignidad, y ſingulares mueſtras de caricia, diciendome eſtas palabras; *Sede à dextris meis.* Enſeñòme ſu Mageſtad la dependencia que tienen de èl todas las criaturas, cómo las eſtà comunicando, y conſervando el ſer que tienen. Fuè para mì eſta viſta de grandiſsima admiracion, y conſuelo; porque me parece que vì alli todas las criaturas producidas, y conſervadas de la virtud de Dios, aſsi los racionales, como las irracionales: todos los hombres, los malos, y los buenos; y dando yo à ſu Mageſtad las gracias de tan ſoberano beneficio, me dijo: Todas las criaturas eſtàn ſujetas á mí voluntad, y ſe dejan gobernar, y llevar al fin para que las criè; ſolo el hombre, con el libre alvedrio que le he dado, me hace reſiſtencia, y ſi pudiera caber pena en mí, me la diera ſu ingratitud; pero hablando al modo que tù agora puedes entender, la complacencia, y guſto que tengo en el rendimiento de la voluntad de mis Siervos, excediera à toda la pena que me pudieran cauſar los rebeldes, ſi yo fuera capáz de ella.

Deſpues de haverme dicho el Señor eſtas, y otras ſemejantes palabras, mandò à los Santos Angeles me llevaſſen por todo aquel Celeſtial Palacio, y me enſeñaſſen lo que en èl havia. Llevaronme, pues, por una puerta, que eſtaba como al lado del trono donde aquel Señor ſe manifeſtaba, y fueronme enſeñando todas las piezas de aquel Palacio, en las quales me parecia que hallaba al miſmo Dios aſsiſtiendo en todas. Era grandiſsima la riqueza, gloria, y hermoſura de eſtas piezas, y no ſe veìa en ellas otra coſa ſino mageſtad de Dios, y reſplandores inmenſos de los demàs Divinos Atributos. Haviendo dado una buelta por eſtas piezas, me volvieron à aquella primera, adonde el Señor mas claramente ſe manifeſtaba, el qual, volviendome à recibir con la miſma ſuavidad, y caricia, me mandò ſentar como la vez paſſada. Eſtaba yo muy avergonzada, y confuſa, y aſsi me fui deslizando por aquellas gradas, ſobre quienes eſtaba el Trono de aquel gran Señor, y me quedè ſentada en la ultima de ellas, mirandole como atonita de vèr aquella Mageſtad, y hermoſura inefable. Lo que mas ſe me manifeſtò, fuè aquella incomprehenſible infinidad, que tiene en cada una de ſus perfecciones. A eſte punto ſalieron de ſu ſoberano roſtro unos reſplandores, millones de veces mas claros que los del Sol, y eſtendiendoſe ácia mí, con una ſuaviſsima fuerza me llevaron á ſu Mageſtad, con quien mi alma eſtuvo en una union eſtrechiſsima; y aunque eſtaba como anegada en aquel Divino Sér, y en aquellos divinos obſcuros, impoſsibles de explicarſe, y nunca bien entendidos, ſino de quien paſſa por ellos; parece que con particular gracia de eſte Señor ſe hallò mi alma capáz para hacer reflexion ſobre sí, y advertir lo que alli hacia, y conociò, que lo que mas obraba, era conocer mucho de aquel Dios; y que de eſte conocimiento reſultaba un gozo ſobre todo lo que ſe puede decir: yque aunque la voluntad excitaba alli el amor; pero que éſte por entonces era el que menos diſtintamente ſe conocia, y que era como una coſa que andaba junta con el gozo, y con el conoci-

mien-

miento. Eſta union, y lo que en ella ſentia, me ſucediò por tres veces; y deſpues de la ultima, quedandome en una profunda ſuſpenſion, eſtos mis Señores Angeles me trajeron à mi rincon.

Aqui me volviò à hablar el Santo Padre Luis; porque aunque le havia viſto en el Cielo, alli no me dijo nada. Acà, como decia, me hablò, diciendo, que el haverme guiado à la ida por otro camino, fuè porque el demonio eſtaba eſperandome en cierto parage; y porque no padecieſſe el daño que ſuele reſultarme de ſu viſta, ordenò que no paſſaſſe por alli.

En otra ocaſion ſe me apareciò el ſanto Padre Luis, diciendome ſi queria irme con èl. Yo le reſpondí, que sì, y deſpues me admirè mucho de eſta mi promptitud, ſiendo tan ordinaria en mì la repugnancia en ſemejantes coſas. Llevòme el ſanto Padre por una eſcalera, al parecer eſtrecha, y obſcura: iba èl à mi lado, aunque por defuera de la eſcalera. Tenia éſta tres trozos, y en cada uno un deſcanſo, con un arco ſemejante al que ſe ſuele formar en el Cielo. Al fin del poſtrero eſtaba la entrada de la Celeſtial Jeruſalèn, adonde ſalieron á recibirme algunos de los Santos del Viejo Teſtamento, los quales yo conocí alli en particular. Debiòlo de ordenar aſsi el Señor, por la devocion que ſu Mageſtad me ha dado con las Eſcrituras Sagradas, en eſpecial con los Pſalmos de David. Eſtos Santos me llevaron à la preſencia del Señor, adonde poſtrada, comencè à beſár aquellos divinos pies, hallando un ſingulariſsimo myſterio; porque de tal manera beſaba los pies de tres, que juntamente uno, y en el uno hallaba los tres, y en los tres uno; y eſto me lo repreſentaba el Señor tan vivamente, que admirada me quedè del todo ſuſpenſa. Quando volvì en mí me hallè otra vez en mi apoſento con el ſanto Padre Luis, el qual, preguntandome ſi havia entendido el myſterio de aquella eſcalera, y reſpondiendo yo, que no, me lo explicò, diciendo: Que la eſcalera angoſta, y obſcura, era el camino eſtrecho por donde Dios me havia llevado el tiempo que me havia tratado en eſta vida; y que aquellos tres trozos, con los tres arcos, ſignificaban lo que havia hecho, padecido, y amado con la correſpondencia de mi aprovechamiento; pero que agora eſtaba mi alma en otro pueſto mas ſuperior.

Deſpues de algunos dias, vì otra vez una mañana al ſanto Padre Luis, ſentado en un modo de ſilla, à la manera que quando era vivo, con grande modeſtia, y gravedad. Saludòme diciendo: Criatura del Señor, la Divina Mageſtad ſea contigo; y ſacando un libro pequeño de ſu pecho, le comenzò à mirar, y ojear con grande atencion, eſtandole alumbrando con dos velas de cera dos hermanos Religioſos de ſu miſma Orden. Eſtuvo aſsi un poco, y llegò luego otro hermano mas pequeño, veſtido con una ſobrepelliz: trahia recaudo para que el ſanto Padre eſcribieſſe; y llegandoſe à èl con mucha humildad, ſe le puſo delante, pueſto de rodillas. Entonces el ſanto Padre Luis cogiò la pluma, y hizo unos apuntamientos en aquel librito myſterioſo. Yo me volví à Dios, ſuplicandole lo que ſiempre, y me divertì quanto pude de eſta viſta; pero diſponiendo el Señor mi alma como ſuele, me volvì à hallar muy preſente à la viſion. Reprehendiòme el ſanto Padre ſuavemente eſte divertimiento, diciendo: Acaba, alma, no ſeas aſsi por amor del Señor; y levantandoſe del aſsiento en que eſtaba, y bajando unas tres, ò quatro gradas, ſe vino ácia donde yo eſtaba con un modo religioſiſsimo, y grave. Yo, por el grande reſpeto que le tengo, me empecè humildemente à encoger en gran manera. Llegò à mì, y con grande caridad me dijo: Toma, alma, eſte libro myſterioſo, y guardale en tu corazon, que tuyo es. Turbòſe mi alma un poco, y encogiòſe mas, teniendo gran dificultad en tomar el libro de mano del ſanto Padre; pero porfiando èl modeſtamente, me le hizo tomar; y tomado, lo puſe en mi corazon, como me lo mandaba. Acabado eſto, ſe volviò el ſanto Padre à ſu aſsiento, dejandome bien admirada de lo que havia paſſa-

ſa-

ſado. Eſtando aſsi un rato, y viendome tal el Santo, me dijo: Alma, en admiracion te ha pueſto el myſterio que has viſto; pues yo quiero agora por tu conſuelo, y porque el Señor lo quiere aſsi, decirte ſu ſignificacion.

Mira, ſabe que la Mageſtad de Dios nueſtro Señor deſde ſu eternidad ha tenido, y tiene en ſu mente divina todos los caminos, y momentos de tu vida, y eſtados de tu alma, deſde el principio de tu primera edad. Y eſte Señor de la Mageſtad, encomendandome à mí la viña de tu alma, como à Labrador, y Miniſtro ſuyo, para que la guardaſſe, miraſſe, y cultivaſſe, yo lo hice con grande voluntad, y afecto lo mejor que pude, y ſupe, procurando ſiempre gobernarla, y cultivarla de tal ſuerte, que dieſſe abundante fruto, qual ſe debe à la Divina Mageſtad, que la plantò para sì; y ſegun las grandes miſericordias, de prevenciones, y ayudas, que la diò, ha correſpondido con fruto admirablemente, y correſponderà con ſu divino favor, y ayuda, de lo qual yo tengo particular gloria accidental por la parte que me ha cabido de ſu gobierno; el qual myſterio quiſo el Señor ſignificarle en eſta forma de libro, poniendole en mis manos, y haciendo yo aquellos apuntamientos que viſte, para la ſignificacion de eſte punto que me toca. Y quiſo la Mageſtad Divina, que yo te le entregaſſe, como à quien le tocaba tanto eſto; pues cooperaſte con las miſericordias recibidas, y obedeciſte à los llamamientos, è inſpiraciones de tu Dios, y Señor. Eſte es el myſterio que has viſto del libro, que te hizo tanta novedad, y admiracion. Dale muchas gracias al Señor Dios tuyo por tantas, y tan grandes miſericordias como te hace.

Luego ſe quedò el ſanto Padre en un modo de ſilencio eſpiritual, y mi alma en un penſamiento ſecretiſsimo, y muy hondo, mirando tantas, y tan grandes miſericordias, como ſu Dios la ha hecho, y hace, y los fines, que para eſto ſu Divina Mageſtad tenia. Haviendo eſtado aſsi un rato, recordò el ſanto Padre de aquella oracion de quietud, y dijome: Mira, alma, en todas las coſas, y miſericordias, que Dios nueſtro Señor obra en las almas de ſus criaturas, tiene admirables, y altiſsimos fines; y aſsi de lo que obra en tì, los muy principales ſon eſtos. Primeramente, por haverte dado Dios diſpoſicion, y natural para hacer en tì ſemejantes miſericordias, las obra para mayor bien de tu alma. Lo ſegundo, para aprovechamiento de los que ſon, y vendràn deſpues de tì; y para que ſu Mageſtad ſea glorificado, y enſalzado en todas ſus obras, y miſericordias. Lo tercero, para conſolar, y alentar tu alma en eſte deſtierro, fortalecer, y entretener la naturaleza flaca, y deſcaecida; bien aſsi como la madre, queriendoſe auſentar para algun fin neceſſario de ſu hijuelo pequeño, para divertirle de la pena, y triſteza, que puede darle ſu auſencia, le dà todas ſus joyas de oro, y piedras precioſas, diciendole: Toma, hijo mio, eſtas joyas, y recreate con ellas, y pontelas, que tuyas ſon, y para tì las quiero, y con eſto le deja entretenido haſta ſu buelta; aſsi en ſu modo obra la gran bondad de Dios nueſtro Señor contigo, y con las almas, que èl es ſervido comunicarles ſus grandezas, para los fines que ſon de ſu ſervicio.

Eſtando el ſanto Padre diciendo eſtas coſas, me parecia ſonaba en mi eſpiritu una voz de eſta comunicacion, como la que hace el eco en un grande, y nuevo edificio, que lo que ſe habla aqui, reſponde acullà. Y reparando yo mucho en eſte punto, me dijo el ſanto Padre: Bien eſta eſſo, alma; pero el myſterio es de eſta manera: Como al niño que deprende à leer le và enſeñando el Maeſtro, y le dà la licion de ſuerte, que le hace decir todas las palabras que èl dice, para que aſsi eſſe niño las deprenda mejor; aſsi en ſu modo es algunas veces la comunicacion de Dios, y de ſus Santos con el alma. Habla Dios, y percibe, y oye el eſpiritu lo que dice el Señor de tal ſuerte, que le parece que Dios habla en èl, y èl en Dios. Tiene Dios nueſtro Señor infinitos modos de comunicarſe, y tù has experimentado har-

hartos, como sabes. Mira, alma, consuelate, y esfuerza tu corazon en el Señor; porque su Divina Magestad es tu Padre, y como à criado, y ayudante suyo me ha ordenado que te visite, y ayude, y manifieste de su parte las cosas que te han de ser de consuelo, y provecho: las quales, comunicadas por tu consuelo, y satisfaccion, con los que viven, podràs vivir con grande seguridad; pues tu espiritu tiene esta inclinacion, y ha hecho esta aprehension de comunicarlo todo, como mejor puedes, con tus Confessores, lo qual no era agora yà tan necessario; pero yo te lo apruebo, que es virtud, y buen espiritu hacerlo assi: y con esto, alma, quedate en paz. Fuese el santo Padre, dejandome bien consolada con tal doctrina, y admirada de la misericordia, y sabiduria de nuestro gran Dios, y Señor.

Finalmente, en seis de Diciembre, à la noche, despues de haver comido no sè què, como todo genero de comida me hace daño, estuve por mas de tres horas apretadissima de dolores de estomago. Estando con ellos, vì al santo Padre Luis, que me dijo: Què has,alma? Fatigada estàs. Yo, no haciendo caso de estos males temporales, y ordinarios, le respondì: Estoy, Padre, con grandes ansias, y unos deseos, que me abrasan de acertar à hacer la voluntad del Señor. Essos deseos, dijo el santo Padre, muchos dias hà que te los conocì yo. Repliquèle, diciendo: Pero yo lógrolos mal. Esso no, respondiò el Santo, esso no, alma, descansa agora, que yo me quiero estàr contigo aqui esta noche. Comenzò luego con mucha llaneza, pero essa llena de gravedad, y autoridad, à contarme grandezas del Cielo, y de la Gloria de los Bienaventurados, la paz, y uniformidad de aquellos Celestiales Moradores; la hartura, gozo, y alegria con que viven, y otras cosas maravillosas, con que me entretuvo casi hasta las seis de la mañana, estando como olvidada de mis dolores. Sea el Señor eternamente bendito. Amen.

CAPITULO XXXVIII.

Favores que le hizo la Virgen Señora nuestra. Mysterios, y grandezas que viò de esta Soberana Reyna.

„EN los capitulos precedentes juntè „los favores que à esta Esposa de „Christo hicieron Celestiales Moradores; „la singular familiaridad con que le trata„ron, por haver sido tal la perfeccion del „espiritu de esta Virgen, que aun vivien„do en carne mortal, la miraban yà los „Bienaventurados, como si realmente la „contáran por posseedora yà de los eter„nos bienes. Todo esto se prueba, tanto „mas claramente del modo con que la tra„tò la Virgen Señora nuestra, de las mer„cedes que le hizo, quanto hay diferen„cia entre la Reyna del Cielo, y sus cria„dos. Veráse esto en una espiritual limos„na, que ella recibiò de todos los Santos „de aquel Celestial Palacio; entre cuyos „dones, como el Sol entre las Estrellas, „sobresaliò el con que la socorriò la So„berana Madre de misericordias. Fuè el „año de seiscientos y veinte y quatro. „Cuentalo la sierva de Dios, por estas pa„labras:

Dia de todos Santos, por la mañana, me hizo merced el Señor de mostrarme en espiritu (quedandome en mi lugar) la fiesta que aquel dia se celebraba en la Celestial Patria à aquellos dichosissimos Ciudadanos. Vì en medio de aquella santa Ciudad un castillo hermosissimo, y grandioso, con las puertas abiertas, todo èl lleno de grande gloria, y belleza, como Alcazar donde moraba la Magestad de Dios nuestro Señor, Trino, y Uno. Toda la Celestial Corte parecia como abrasada en un divino fuego, y luminarias tan resplandecientes, que bastaban para alumbrar mil mundos. Oì grandes, y suavissimas musicas de dulces instrumentos, y voces Angelicas: todo era alegria, gloria, y alabanzas del Señor. Saliò de este Castillo una solemnissima Procession en dos hileras de Angeles, y Almas Bienaventuradas. En medio

dio

dio iba la Mageſtad de Jeſu-Chriſto Señor nueſtro; y por remate de la Proceſsion la Virgen Santiſsima ſu Madre, acompañada de todas las Santas Virgenes, Martyres, Viudas, y Caſadas. El canto que entretanto ſe oìa, eran alabanzas del Señor, y de ſus Santos. De eſta manera anduvò la Proceſsion en contorno de la Celeſtial Jeruſalen, que fuè un eſpacio que no puedo explicar, por repreſentarſeme la Ciudad eſtendidiſsima, y de caſi inmenſa grandeza, y vino deſpues à parar al miſmo Caſtillo. En llegando, ſe poſtraron todos, y adoraron à Dios nueſtro Señor, dandole gracias por la merced que les havia hecho, por ſola ſu bondad, de hacerlos participantes de la gloria que poſſeìan. El Señor les echò ſu ſantiſsima bendicion, y los Santos, y Angeles ſe fueron cada uno à ſu lugar, y aſsiento. Advertì, que tambien Jeſu-Chriſto, Señor nueſtro, en quanto Hombre, ſe poſtrò, y adorò à aquel Señor Dios, y le diò gracias por la merced que le hizo en unir ſu ſacratiſsima Humanidad con la Divina Perſona del Verbo Eterno.

Llegò deſpues de eſto un Angel muy ſuperior, que trahìa en ſus manos una riquiſsima fuente de cryſtal, guarnecida de oro, pueſta ſobre una belliſsima tohalla. Puſoſe delante del Señor con la fuente, el qual la bendijo, y echò en ella una rica dobla de oro, que por un modo inefable, ſiendo una ſola, eran tambien tres, ſymbolo de la Trinidad Beatiſsima. Eſta dobla ſe quedò en medio de la fuente: ſaliò el Angel de aquel ſoberano Alcazar, y como quien và à recibir ofrenda en algun Templo, ſe fuè con la fuente delante de la Santiſsima Virgen Madre de Dios, y ſu Mageſtad echò en ella una precioſa dobla, que reſplandecia como un Sol. Deſpues ofrecieron todos los demàs Santos, cada uno por sì, una dobla, mayor, ò menor, conforme la calidad de cada uno. Acabada la ofrenda, la llevò el Angel al Señor: miròla ſu Mageſtad, y contentòſe mucho de ella, y mandò à aquel Santo Angel que me la trajeſſe, para que la vieſſe yo, y mis Señores los Angeles, que eſtaban conmigo. En viendola mis Señores, ſe admiraron de ſu valor, y ſe alegraron mucho con ellas. Yo tambien me alegrè, aunque por entonces no ſabia el Myſterio. El Santo Angel volviò la fuente al Cielo, y preſentòla à la Sacratiſsima Perſona del Eſpiritu Santo, que ſe digna de llamarſe Eſpoſo de eſta ſu viliſsima Eſclava. Acabado eſto, y paſſado caſi un dia, me deſcubriò el Señor el myſterio de aquellas doblas, diciendo: Alma, no he querido que ſalgas de eſta fieſta vacìa, y ſin gran medra; pues ſabe, que aquellas doblas que la Santiſsima Virgen Maria, y los Santos ofrecieron, ſon ſymbolo de las oraciones que por tí ofrecieron en el Cielo aquel dia delante de mi divino acatamiento. Y, Dios mio, dije yo, hacen ſiempre por mì oracion? Sì, reſpondiò el Señor; pero eſte dia han ſido muy particulares, y afectuoſas las oraciones que por tí han hecho mis Santos. Sea el Señor bendito por todas ſus obras. Amen.

„El favor que ſe ſigue, es de diez de Oc„tubre del año de ſeiſcientos y veinte y „cinco, que ella refiere aſsi.

A diez de eſte por la mañana,ví, que venia bajando à mi apoſentillo pobre la Soberana Reyna del Cielo. Volvime de preſto à nueſtro Señor, como ſuelo; ſupliquèle no permitieſſe fueſſe yo engañada, ſino que me enſeñaſſe ſus ſantiſsimas verdades, y hacer ſu voluntad. El Señor, con la ſuavidad que otras veces, me neceſsitò à vèr, y oír, y hablar à aquella gran Señora. Venia ella con ſoberana Mageſtad, acompañada de grande numero de Angeles, de muchas Virgenes del Cielo, de diferentes eſtaturas, y habitos. A ſus lados trahía los dos glorioſos Patriarcas Santo Domingo, y San Ignacio de Loyola, que con las manos ſuſtentaban las puntas del manto de aquella Celeſtial Reyna. Dijome, que venia à echarme la bendicion à unos Roſarios que yo tenia delante, y mi Santo Angel havia prevenido, y ſe havian pueſto alli por orden ſuyo. Echòles, pues, deſde aquel lugar ſublime, en que me hablaba, la bendicion en el nombre del Padre, del Hijo, y del Eſpiritu Santo; y dejando alli à los dos Santos, Santo Domingo, y San Ignacio, bajò como por dos, ò tres gradas,

das, adonde yo eſtaba harto encogida; porque era ſingularisſima la reverencia que me cauſaba la Mageſtad de aquella admirable Princeſa; pero ella con ſuma benignidad, y caricia, con la una mano me levantò la cabeza, como abrazandome, y diciendome: Dios te guarde, amiga mia; y puſo la otra ſobre los Roſarios, tocandolos todos. Y añadiò, que no ſolamente queria bendecir éſtos, ſino otros, que eſtaban en una arca, que eſtà mas adentro en lo interior de la caſa. Y buelta à mis Señores los Angeles, dijo al uno de ellos, que llaman *Fortitudo*, que fueſſe por ellos. Fuè, y en un punto los trajo, y puſo en ſu brazo derecho, y alli les echò la Virgen Santiſsima ſu bendicion, como à los primeros. Luego el Santo Angel ſe los fuè dando uno à uno à eſta Señora, la qual los fue paſſando por ſus manos, tocando con ellas todas las cuentas. Acabado eſto, dijo, que los Roſarios, y cada cuenta de ellos, tendria virtud contra los demonios, y contra las enfermedades cauſadas por ellos, quando rebuelven, y alteran los humores. Deſpidiòſe eſte gran Señora, diciendome quedaſſe en paz, y con aquella ſagrada compañia ſe volviò al Cielo.

Otra vez, à veinte y ſiete de Diciembre eſte miſmo año, vì de lejos à eſta Soberana Señora, que venia ácia mì con ſu Sacratiſsimo Hijo Niño en los brazos, acompañada de ſu puriſsimo Eſpoſo San Joſeph, y de inumerable multitud de Angeles, que admirablemente cantaban alabanzas al Señor, dandole gracias por la merced ſingulariſsima que havia hecho al Genero Humano, haviendoſe hecho Hombre por noſotros. En viendola, no ſolo me encogí, ſino que me turbè, y congojè mucho, y comenzaron mis temores à hacer de las ſuyas. Y aſsi, quando yà ſe venia acercando, la dije: No, mi Señora, no hagas tal, no mi Señora, que ſoy pecadora indigna de tanta merced. Dabame mucha priſa à repetir dichas palabras con la gran congoja que tenia, haſta que ſoſſegandome el Señor, callè. Llegoſe á mí la benigniſsima Reyna del Cielo, y dijome: Toma, amiga, recibe eſte Señor, que es todo tu bien; adorale, conſuelate, y alientate en èl. Puſole, diciendo eſto, en mis brazos, y el Sacratiſsimo Niño ſe abrazò conmigo con grande amor, y caridad. Adorèle por Dios, y Señor mio: beſéle la mano, y le dì gracias, por la merced que nos hizo. Luego me quedè algo ſuſpenſa, y me parece que el Soberano Niño ſe quedaba unido con mi corazon. Volviendo en mì, aunque le tenia dentro del corazon, le hallè tambien juntamente en los brazos. A eſte tiempo ſe llegò à mí el glorioſiſsimo Patriarca San Joſeph; y tomando con grande reverencia de mis brazos al Santiſsimo Niño, le puſo en los de ſu Santiſsima Madre. Con eſto, poniendoſe una nubecita dorada entre ſus Mageſtades, y yo, me quitò la viſta de aquel regalado myſterio.

Luego en la fieſta de los Santos Reyes, haviendome enſeñado el Señor los myſterios de aquel dia, que eſcribì en otra parte, me lleguè con gran reſpeto, y reverencia à la Santiſsima Virgen, y le dije: Señora mia, hoy es dia de una de las mayores fieſtas de la Igleſia Catholica. Suplico à vueſtra Mageſtad, que en dia tan ſolemne me haga favor de darme aguinaldo, y hacer alguna merced à mis Confeſſores, y à mì. La Soberana Reyna con grande agrado me reſpondiò, diciendo: De muy buena gana harè lo que me pides, y metiendo la mano en ſu pecho, ſacò en ella tres doblas de oro muy reſplandecientes, del tamaño cada una de un real de à quatro, y dijo: Toma, hermana, eſtas tres doblas, que ſon ſymbolo de la caridad para con Dios, y para con los proximos, y repartelas entre los tres. Yo me turbè quando vì, que eſta Señora ſacaba las doblas, pero fueme forzoſo recibirlas, y las apretè mucho con la mano izquierda, que es la que de ordinario mando mejor. Agradecí quanto pude à ſu Mageſtad la merced que me hacia. Llegòſe á mì el Santo Angel de mi guarda para tomarmelas. No, Señor Angel, dije yo, que no ſon todas mias, ſino ſolo la una. Damelas todas, reſpondiò èl, que yo entregarè las dos à los Angeles de la guarda de tus Confeſſores. Diſelas, y el Santo Angel lo hizo aſsi; y deſpues que vol-

volvì en mì, me hallé en mi rincon. Fuè esto à los seis de Enero de 626.

Este mismo año, à los trece de Agosto, me llamò el Señor, y me dijo: Vèn, alma, veràs una fiesta que se hace en el Cielo à la Beatissima Trinidad, en honra de mi Santissima Madre. Fui luego, sin poder resistirme, llevada al Cielo. Y ví en un Trono riquissimo, y hermosissimo sobre todo lo que se puede pensar à la Soberana Magestad de nuestro gran Dios, Trino, y Uno: no le vì en forma corporal, sino que me daban una intelectual noticia de su Essencia, personas, y perfecciones. Ví luego, que de sus lugares salian los nueve Coros de los Angeles, cada uno de por sì, y enseñóme el Señor la naturaleza, poder, y perfecciones de cada Coro, y la diferencia que entre ellos hay: Venian sobremanera galanes, y hermosos, todos armados, y no trahian las armas sobre los vestidos, sino que por un modo admirable las mismas armas les servìan de vestidura. Era verdaderamente Celestial aquella vista, aquella gala con tanta Magestad, y grandeza. Iba cada un Coro en dos hileras, dando una buelta à aquella Celestial Ciudad, hasta hacer un circulo perfecto. En acabando, se postraron delante de aquel soberano Trono, adorando la Magestad del Señor todo poderoso, que en èl estaba. Haciase la fiesta con particular apropiacion à la Persona del Eterno Padre. Cantabanle todos divinas alabanzas, diciendo: Santo, Santo, Santo, Dios de los Exercitos. Haviendo hecho esto los del primer Coro, y prosiguiendo los del segundo por el mismo órden, yo tuve gran deseo de cantar con ellos, y decir las mismas palabras; pero no me atrevia. Entonces el Santo Angel de mi guarda, conociendo mi afecto, me dijo: Bien puedes cantar, dí con todos lo que todos dicen. Assi lo hice, repitiendo las mismas palabras. Con este tenor procedieron los demàs Coros.

Cada uno de ellos, en acabando de hacer aquella reverencia al Señor de la Magestad, se volvia à hacerla à la Virgen Gloriosissima. Estaba esta gran Señora en otro bellissimo Trono, que me parecia tan rico, y celestial, como el primero; solo que no espiraba una oculta divinidad, un no sè qué inefable, que adornaba al otro. Mostrabase esta Soberana Reyna tan hermosa, y tan bañada de indecible gloria, que decia yo entre mì: Quando no huviera otro bien que gozar en esta dichosa Patria, sino la vista de esta gloriosissima Señora, haviamos de trabajar infinitos millares de años por gozar de tan incomparable bien.

Haviendose acabado la representacion del culto que la daban todos aquellos Celestiales Coros, ví à un lado de aquellas plazas, algo lejos, un animal ferocissimo, como toro, que discurria por ellas, y hacia ademàn, como de que heria con las puntas, y volteaba alguno por el ayre; aunque veía yo que no heria à nadie, y que solo paraba todo en amago, porque no havia à quien herir. Estaba yo admirada viendo este espectáculo, y decia entre mì: Qué es esto? Si es, Dios mio, cómo està en el Cielo? Y si no lo es, à quièn puede significar este animal? Conociendo el Señor mis dudas, me dijo: No es demonio éste, sino una figura de la soberbia, terquedad, y engaño, de que se ha de alcanzar victoria, à honra de mi Santissima Madre. Sea èl bendito. Amen.

CAPITULO XXXIX.

Descubrele el Señor los Mysterios de la Purissima Concepcion de su Madre, y su Presentacion en el Templo, y otros.

„DE lo que el Señor descubriò à esta „sierva suya, acerca de los Mysterios de su Santissima Madre, y en especial de su Concepcion purissima, queda „escrito mucho en la primera parte de esta „Historia. Pondrè aqui lo que despues viò „acerca de lo mismo, y ella dictò al Padre „Maestro Fray Andrès de la Puente, del „Orden de Predicadores; de cuya letra, y „mano propia tengo en mi poder los papeles que èl iba escribiendo de boca de „la Virgen. Fuè este Venerable Varon hermano del Santo Padre Luis de la Puente,

„y uno de los Confeſſores, de quien ella „habla tantas veces: con quien el Padre „Miguèl de Oreña partia el trabajo, y en „ſus auſencias le dejaba encomendado to„do el cuidado del bien eſpiritual de eſta „Virgen. Dice, pues, aſsi, hablando del „año de 624.

Un dia de eſtos, eſtando bien deſcuidada de eſte punto, aunque en mi oracion, como ſuelo, vì à la Virgen Señora nueſtra, y à ſu lado, y muy junto à ella un Sol Divino muy reſplandeciente, que con ſus rayos la tocaba. Procurè con mis acoſtumbrados temores divertirme de eſta viſion, pero no pude. Vì como aquel Sol embiſtiò à eſta Señora, y la transformò en sì, como quando el fuego ſe apodera del hierro, que parece le convierte todo en sí miſmo. Quedò la Virgen llena de tanta claridad, y reſplandores, que la perdi de viſta. Reparaba yo mucho en eſte myſterio, y deſeaba ſaber ſu ſignificacion. Entonces me dijo el Señor: Sabe, alma, què el cuerpo de mi Santiſsima Madre fuè formado en las entrañas de Santa Ana por el modo ordinario, y natural que los demàs cuerpos humanos; pero con mas brevedad, y en mucho menos tiempo; y eſtando yà con la ultima diſpoſicion para que el alma le informaſſè, en el miſmo punto, y en el miſmo inſtante que criada el alma, le animò, fuè juntamente llena de gracia, y dones divinos, y el ſoberano Sol la bañò con ſus admirables reſplandores, endioſandola, y dandole uſo de razon, con que deſde luego empezò á merecer. Eſte es el myſterio que has viſto.

Deſpues el Domingo veinte y quatro de Noviembre volvì à vèr eſta ſoberana Señora, que me dijo: Vente, hermana, conmigo, y veràs grandezas; y aunque al principio, con mi encogimiento, y temores me eſcusè, no me valiò. Llevòme, pues, à la Celeſtial Jeruſalen, adonde aquel dia ſe hacia una grandiſsima fieſta, y quiſo la Santiſsima Virgen me hallaſſe en ella. Oì ſuaviſsimas muſicas de los Angeles, todas en alabanza de eſta gran Señora. Eran grandes las alegrias, y regocijos de aquella Celeſtial Corte. Pareciame, que de lo alto caìan en el ſuelo de aquel Cielo unas como eſtrellas reſplandecientes, y aun á la tierra nueſtra caìan ſoberanos rocios, è influencias. Eſtaba la Reyna del Cielo muy glorioſa, y alegre. Cantò dos verſos de la Magnificat, el uno fuè: *Quia reſpexit humilitatem Ancillæ ſuæ: Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* Diòle alli gracias al Eterno Padre, por las mercedes que le havia hecho en que huvieſſe ſido concebida ſin pecado original, y en haverla elegido por Madre de ſu Hijo. Cantaron luego los Angeles: *Gloria Patri, & Filio, & Spiritui Sancto.* En acabando la fieſta, me trajo à mi rincon. Dijome el Señor, que era muy feſtivo en el Cielo aquel dia; porque en el miſmo el Arcángel San Miguèl havia vencido un dragon, que impedia mucho la veneracion de la Concepcion ſin pecado original de la Virgen Santiſsima, y que ſe havia quitado un gran eſtorvo de la opinion pia.

El año de ſeiſcientos y veinte y cinco, à ſiete de Diciembre, Vigilia de la Puriſsima Concepcion, y dia del glorioſiſsimo Doctor San Ambroſio, me apareciò la Reyna de los Angeles, acompañada de eſte Santo Doctor, y me dijo: Mira, hermana, que traygo aqui à Ambroſio, que es mi amigo. Y diciendo eſto, levantò ſu Mageſtad el brazo, y con gran caridad le puſo encima del hombro del Santo. Vì con mayor claridad lo que arriba dije, que no ſolo en aquel primero inſtante, acelerado el uſo de la razon, empezò á merecer, ſino que tambien fuè confirmada en gracia. Moſtròme el Señor el eſtado de aquella ſoberana Reyna, y la ví tan llena de divinos dones, que me dejó abſorta. Acabado de vèr eſte myſterio, ſe llegò à mì eſta benigniſsima Señora, y me dijo: Hermana, no quiero irme ſin dejarte algun don de mi mano. Sacò ſu Mageſtad una ſortija de oro retorcida, eſmaltada de negro, y de otro color, y pidiendome la mano, eſtendí la izquierda; dijo entonces la Santiſsima Virgen: Dame la derecha: eſtendila, y ſu Mageſtad miſma me puſo la ſortija en el dedo junto al meñique, y ſe me entrañò en

él. Añadiò esta Señora, diciendo: Esta es una señal de que serà presto tu partida, y nos veremos en el Cielo; pero yà sabes tù, que los prestos del Señor son largos: no te turbes, que por esto el Señor no te dice la hora, y dia de tu muerte, por no turbarte. Esto me dijo la Santissima Virgen, porque yo deseaba yà aparejarme, y disponerme con diligencia para bien morir. Despidiòse su Magestad, echandome su bendicion: pedìle favor para personas que se me havian encomendado, y dijome les haria merced.

Al otro dia, que eran ocho del mismo mes, en que se celebra la fiesta de esta Señora, concebida sin culpa original, estaba yo en mi oracion ordinaria; y llevada del conocimiento, y sentimiento que tengo de mis faltas, y miseria, suplicaba à nuestro Señor con grande afecto, que me ayudasse, alumbrasse, y encendiesse mi alma con amor suyo. A vuelta de estos afectos, se mezclaban otros de que su Magestad mirasse por su Santa Iglesia, y le diesse victoria contra los enemigos de la Fè. Creciò el fervor de manera, que el mismo cuerpo padecia grandes ansias; y como si estuviera fuera de mì, hacia con los brazos grande fuerza, como quien procuraba apretar lo que deseaba. A este punto vì delante de mì à Jesu-Christo Señor nuestro puesto en una Cruz; y aunque estaba como difunto, y con la cabeza muy caida, por lo qual, y por estàr parte cubierto de su sagrada cabellera, no podia vèr del todo su divino rostro, con todo esso, me consolaba su Magestad, preguntandome, qué tenia, y combidandome à que me llegasse para descansar en él. Yo le representè las grandes necessidades de mi alma, y las de su santa Iglesia. Para consolarme, desclavò su Magestad un brazo de la Cruz, y pareciòme, que con él abrazaba muchas cosas, con que formè una noticia de que nos havia de hacer alguna misericordia de reconciliacion de los hombres consigo. Dije yo entonces: Bien lo entiendo, Señor mio, aunque vuestra Magestad me lo ha dicho tan pasito, y por enigma. Mandòme luego su Magestad, que me llegasse à sus sagrados pies; y postrada delante de ellos para besarselos, fui llevada de su Magestad à la Celestial Jerusalèn, donde vì toda aquella Santa Ciudad de gala, con particular adorno, y belleza extraordinaria.

Era lo que se celebraba el mysterio del Santissimo Sacramento: admirème mucho, pareciendome, que el dia pedia otra fiesta. Estaba en el Cielo un Altar quadrado, riquissimamente compuesto, y en èl una hermosissima Custodia, en que estaba el Santissimo Sacramento; en el qual, segun la capacidad de mi alma, vì con mucha distincion à Jesu-Christo bien nuestro, Dios, y Hombre verdadero, y en èl toda la Beatissima Trinidad, Padre, Hijo, y Espiritu Santo. Contemplaba yo este sagrado mysterio, y veìa, y conocia todo lo que dije, sin tener duda en nada; y por otra parte me parecia, que no penetraba del todo aquel divino secreto, ni tendria palabras, ni modo para explicar lo que conocia. Estando ocupada en esta noticia, vì, que toda aquella infinidad de Espiritus Angelicos, y almas bienaventuradas, se llegaban con profunda reverencia à adorar aquel soberano mysterio; y poniendose de rodillas, besaba la primera grada de tres por donde se subia à aquel grandioso Altar, en que estaba colocada la Custodia. Vì mas, que despues de haver hecho esta adoracion aquel innumerable numero de Angeles, y almas santas, se llegaba la Virgen Santissima Señora nuestra, tan colmada de gracias, tan llena de gloria, que excede à todo quanto puede alcanzar el pensamiento humano. Venia acompañada de muchissimos Angeles, y Santas Virgenes. En llegando al Altar, adorò con profunda humildad, y reverencia aquel divino mysterio, y besò todas las tres gradas; y subiendose sobre ellas, se puso de rodillas, y sentò los codos de los brazos sobre una como peana, en que inmediatamente estaba sustentado el Altar, poniendo su sacrosanto rostro sobre sus manos. Estando assi la Santissima Virgen, se me representò la Santissima Trinidad de diferente suerte que antes la havia visto en el Sacramento, (porque veìa yo entonces las Tres Divinas Personas, no con figura, y especie imaginaria como de antes, sino

con

con una noticia intelectual, y espiritualissima) y comenzò à manifestar las grandes virtudes, y singulares gracias, que en aquella admirabilissima Señora havia depositado.

Estaba yo oyendo aquellas grandezas, y alabanzas de la Santissima Virgen, y no las entendia bien, y pareceme, que era la causa el exceder tanto à mi capacidad; pero entendì bien la complacencia que el Señor tenia en aquella Soberana Señora: el amor grande que la mostraba: los parabienes que le daba de sus gracias, y gloria, y de que huviesse sido concebida sin pecado original, y de que se huviesse amasado aquel Divino Pan, y obrado aquel sacrosanto mysterio en sus Purissimas Entrañas. Concluyò el Señor todas sus alabanzas con aquellas palabras: *Tota pulchra es amica mea; & macula non est in te.* En diciendolas, vì, que todo aquel sagrado mysterio se havia unido intimamente, y entrañado con aquella Sacrosanta Virgen, y ella havia quedado tan endiosada, y con tan grandes realces sobre la hermosura, y gloria que antes tenia, que yo quedè como pasmada, y absorta. Pusoseme delante una como nubecica de hielo dorado, que me cubria la vista de aquella Soberana Reyna, dejandome unos como resquicios por donde podia descubrir algo, aunque poco, de tan agradable objeto; y como el alma estaba cebada en el deleyte suavissimo que sentia de mirarlo, andaba por una, y otra parte con vehementes ansias de bolver à mirar la gloria, y hermosura de aquel grande bien, que me tenia encubierto la nubecica. Eran dulcissimas en esta ocasion las musicas que resonaban por toda aquella Santa Ciudad; ni se veìa otra cosa mas que fiesta, y regocijos. El consuelo que yo sentia, vino del todo à dejarme suspensa. Quando volvì en mì, aunque havia passado el principal espectaculo, todavia me parecia aquella Celestial Corte como llena de fiestas, y gloria. De allì me volvieron à mi rincon, y allì me visitò esta suavissima, y Soberana Reyna, à quien con todo el afecto de mi corazon supliquè mirasse por mi alma, y por las de otras personas, à quienes le encomendè, y muy en particular por las necessidades presentes de la Iglesia; y haviendome ofrecido con grande benignidad haria todo quanto se le suplicaba, se despidiò de mì.

Despues de lo dicho, à los trece dias de este mismo mes, volvì otra vez à vèr à Jesu-Christo nuestro Señor en la Cruz; y diciendole yo lastimadissima: Què es esso, Señor mio, que no parece tiempo este para que te me muestres en essa figura? Su Magestad, con muestras de mucho sentimiento, me respondiò: Què quieres? que los pecados de estos Reynos son para tenerme crucificado delante de mi Padre. Pues, Señor mio, repliquè yo, aquella seña de los dias passados, y aquel brazo tuyo desclavado, que me pareciò atrahia à sì tantas cosas, no fuè significacion de amistad, y reconciliacion de los hombres contigo? Aunque no te engañaste, respondiò el Señor, pero no penetraste del todo lo que significquè con aquella accion: quise decirte, que la amistad era con los justos, y la final reconciliacion con los predestinados, con los quales tengo mis delicias, y regalos, à quienes hago caricias, y trato con sumo amor. Y de essos otros, mi Señor, dije yo, què se ha de hacer? hanse de perder tantas almas? Su Magestad con gran peso me respondiò: Yo no quiero que ninguna alma se pierda, antes doy à todas las ayudas necessarias para su salvacion. Y diciendo esto desapareciò.

„El año siguiente de seiscientos veinte y „seis, à ocho de Diciembre, en que se ce„lebra la fiesta de la Purissima Concepcion, „tuvo otra vision de este dulcissimo myste„rio esta Sierva de Dios, que nos dejò es„crita por el tenor siguiente:

Dia de la Concepcion de nuestra Señora, al amanecer, estaba yo pensando conmigo un negocio, que aunque tocaba al servicio de nuestro Señor, y me daba cuidado, y pena vèr, que no se hacia como yo lo deseaba à su mayor gloria, con todo esso, me daba recelo el vèr, que este pensamiento era importuno, y temia, que aunque en el negocio buscaba la execucion de la divina voluntad, no se embolviesse de mi parte alguna demasia. Con esso procuraba di-

divertirme de él, estandome con nuestro Señor, y volvia à ofrecerseme una, y otra vez. Dabame pena, y mis Señores los Angeles me dijeron, consolandome: No te congojes, hermana, que esso, que se mezcla, es natural. De aì à un rato vì à la Santissima Virgen, riquissimamente ataviada con el vestido galanissimo, bordado de admirable pedreria. Trahìa una tan divina hermosura, que se llevò tràs sí los ojos de mi alma, y toda la voluntad. Venia como quien està de prisa, y me dijo: Hermana, vente conmigo, anda acà. Veiame yo como desarropada, y mal aliñada delante de su Magestad, y respondile: Mi Señora, cómo tengo de ir contigo de esta manera? Vèn, hermana, dijo la Señora; y tomandome por el brazo, me llevò consigo con harta confusion, y verguenza mia, viendome como iba, que aun me parecia peor à mi mesma, yendo junto à la belleza, y ornato de aquella Soberana Reyna. Llevòme su Magestad de la mano por unas gradas de gloria, à quienes de alto à bajo dividia un delgado passamano. Subia su Magestad por la una, y yo por la otra parte, hasta llegar à la Celestial Ciudad. En llegando, se rasgaron los Cielos: entrò la gran Señora, y me entrò consigo, y dejandome en un rincon, harto corrida, y confusa de verme con tan vil habito, su Magestad se fuè à su lugar, y asiento.

Comenzaron los Angeles con celestial melodia à celebrar la fiesta de la Purissima Concepcion de esta Señora. Cantaban alabanzas al Señor Dios, dandole gracias por la merced que havia hecho al mundo en dàr hoy principio à nuestra redempcion. Juntaban à esto alabanzas, y cánticos à la Virgen: durò la musica buen rato. Despues se llegaron à mì los Angeles mis Señores, y con ellos el santo Padre Luis de la Puente, y dijeronme: El Divino Esposo manda, que te llevemos à sus reales recamaras, y retretes. Estando en este trage, respondì yo, me han de llevar? Sì, dijeron ellos, que assi nos lo manda el Señor. Entraronme en un Palacio grandioso, y en una sala llena de gloria, y magestad, adonde assistia la Sacratissima Persona del Espiritu Santo. En llegando, dijo su Magestad à los Angeles: Purificad, y adornad essa alma, para que se llegue à mì. Señor nuestro, respondieron ellos, esse oficio de purificar à este Santo que està aqui pertenece, que tuvo en el mundo esse oficio. Bien està, dijo el Señor, bien haveis dicho, hagalo él. Lleguème al santo Padre Luis: hinquème de rodillas, las manos puestas: el santo Padre en pie, levantando los ojos à lo alto, juntas las manos, dijo una oracion, que yo no entendí: puso luego las manos sobre mi cabeza, y despues me echò la bendicion. Al punto los Angeles me adornaron de las ricas vestiduras, que suelen, con joyas, collar, y corona. Miròme el Divino Espiritu con grande caricia, y dijome en latin: *Tota pulchra es amica mea: sede à dextris meis.* Sentème al lado de aquel Soberano Señor: sobrevino alli à mi alma una manera de sueño; y reclinème; como si dijeramos sobre las rodillas del Señor: digolo assi, porque yo no ví en esta ocasion al Soberano Espiritu en figura humana, sino en modo diferente, y debajo de forma muy espiritual. Alli, adormecida el alma, gozò de divinos mysterios, y admirables cosas, que no se saben decir, sino sentir. Estuve assi un gran rato. De alli dì uno como vuelo, entrañandome en el Señor, adonde me perdì à mi mesma de vista, adonde se quedò la parte superior del alma, aun despues que me volvieron à mi rincon.

Este mismo dia, antes que la Virgen Santissima me llevasse adonde dije, me enseñò otra vez el Señor el mysterio de su Purissima Concepcion, sin mancha de pecado original, con lo demàs que en otras partes he escrito; y añadiò, que en aquel primer instante, en que se uniò el alma al cuerpo, la primera gracia que le dieron, fuè mayor, que la que han tenido Angeles, ni Santos, y que desde alli fuè ésta siempre creciendo. Sea el Señor bendito. Amen.

„No quiere decir que la primera gracia „que se diò à la Santissima Virgen en el „instante de su Concepcion, fuè mayor „que qualquiera otra primera gracia que se „diò à Angeles, ò à hombres; que esso „bien llano estaba, y no lo dijera el Señor

por

„por cofa fingular, fino que la primera „gracia de efta Virgen, quando fuè con„cebida, era mayor que quanta por el „difcurfo del merecer alcanzaron Ange„les, y Santos. Hafta aqui faciles fon las „palabras; pero reparelas bien el Lector, „que à mi pobre juicio aùn quieren decir „mas; y es, que no folo tuvo efta gran „Señora, Madre de Dios, mas gracia en fu „principio, que qualquier Angel, ò San„to *divifivè* en fu confumacion; fino tam„bien mas que todos ellos *collectivè*. Efto „es, que no folo tuvo en fu Concepcion „mas gracia que San Miguèl, ò San Juan „Bautifta, quando acabaron de merecer, „y afsi de los demàs, cada uno de por „sì, fino mas que todos juntos: de fuerte, „que fi uno pufiera en una balanza la gra„cia de quantos Angeles, y Santos hay, „y en otra aquella primera gracia de nuef„tra Soberana Reyna, pefarìa efta mas. „Oh, adónde llegarà defpues, que por „inftantes de aquella gloriofifsima vida cre„ciò inmenfa!

„El Myfterio de la Prefentacion de ef„ta Señora en el Templo, con otras co„fas, le revelò tambien el Señor el año „de feifcientos y veinte y quatro. Efcri„belo Doña Marina por eftas palabras:

Dos dias antes de la Prefentacion al Templo, eftando yo en oracion, vì à efta Señora, que me dijo: Vente conmigo, hermana, moftrarète, y verás grandezas. Señora mia, refpondì, adonde vueftra Mageftad me pudiera llevar ferìa à vèr el Infierno, que me harà provecho, para que viendo lo que alli fe paffa, trate de enmendar mi ruin vida. No, no, dijo la Santifsima Virgen, no es effo neceffario. Llevòme fu Mageftad al Templo, adonde fuè prefentada al Señor por fus fantiffimos Padres. Vì alli quince gradas por donde mi Señora havia fubido, y vìla fubir una à una. En la primera hizo tales actos de refignacion en la divina voluntad, y de amor del Señor, y ofrecimiento de sì mifma, que quedò llena de grandifsimos merecimientos. En la fegunda, y afsi en las demàs gradas, crecieron los actos, y los merecimientos mucho; y quando llegò à la ultima, me pareciò que era el excesso de gracias eminentifsimo.

Luego me enfeñò efta gran Señora el Myfterio de fu Virginal Defpoforio con San Jofeph. Alli la ví llena de gracias, y dones del Cielo, y con mayor colmo de merecimientos, que refpondian à la fingular obediencia que havia tenido, rindiendofe à la divina ordenacion en cafarfe. Efte acto de obedecer fuè en la Purifsima Virgen de fingular merito, y agradabilifsimo al Señor. Tambien me moftrò como en el Myfterio de la Encarnacion del Verbo Divino fe rindiò à la Embajada del Angel. Vì como dando el sì, y pronunciando aquel *Fiat*, fe llenò de tales gracias, y prerrogativas, que exceden à quanto fe puede decir, y encarecer. Enfeñóme defpues el modo con que ella prefentò à fu Soberano Hijo en el Templo, y le pufo en los brazos del Santo Viejo Simèon, y cómo le dedicò al Eterno Padre en ofrenda por el Genero Humano; y como conociendo que havia de morir fu Sagrado Hijo crucificado por redimirnos, lo ofreciò con promptifsima voluntad; con el qual acto mereciò con grandes ventajas mas que en todos los actos paffados. Siguiòfe moftrarme el myfterio de quando perdiò, y hallò al Soberano Niño en el Templo, adonde ejercitò fu Mageftad excelentifsimos, y fervorofifsimos actos de refignacion en la divina voluntad, padeciendo entretanto dolores, y fentimientos acerbifsimos, iguales al gozo que tuvo defpues de hallarle. Crecieron aqui mucho fus merecimientos fobre los referidos. Ultimamente me llevò efta Señora al pie de la Cruz, adonde ella ofreciò al Eterno Padre en facrificio à fu Hijo para remedio del mundo, con fingular pena, y con igual valor, y promptitud. Aqui fuè tanto, y tan inefable lo que mereció, que excediò la gracia con que efte dia la colmaron à la que havia recibido por todos los actos juntos, que dejo dicho atrás. Acabado efto, me llevò la Soberana Reyna configo à la Celeftial Jerufalèn, adonde la vì tan llena de gloria, y refplandores,

res, que parece, que como el Sol à las Eſtrellas obſcurecia la gloria de todos los demàs Bienaventurados. Sea el Señor millares de veces bendito. Amen.

CAPITULO XL.

Proſigue con lo que viò de los Myſterios, y gloria de eſta Soberana Señora.

„ CONTINUANDO con la miſma materia „ de lo mucho que viò, de grande„zas, de favores que recibiò de la Madre „de Dios eſta Sierva, y regalada hija de „la miſma Señora, dice aſsi en un papel „de veinte y cinco de Marzo del año de „ſeiſcientos y veinte y quatro.

Dia de la Aunciacion de mi Señora, eſtando recogida, antes de amanecer, me dijo mi Santo Angel de la guarda: Hermana, diſponte, que el Señor te quiere hacer hoy alguna merced como ſuele. De ahì á algunas horas vì á la Santiſsima Virgen de la miſma edad, y manera que tenia quando fuè anunciada, tan bella, hermoſa, y llena de gracias, y dones celeſtiales, que no hay palabras como ſe explique. Oì al Santo Archangel San Gabrièl, que con grande reverencia, de parte de toda la Beatiſsima Trinidad le daba la embajada. Pareciame que toda la Corte del Cielo, aſsi nueſtro Señor, como ſus Angeles, eſtaban como colgados, à nueſtro modo de hablar, aguardando aquel *Fiat* de la boca de eſta Santiſsima Virgen; y que toda la tierra, y hombres aſsimiſmo eſtaban eſperando ſu remedio de que ella dieſſe el sì. Al punto que ſu Mageſtad pronunciò: *Ecce Ancilla Domini*, *fiat*, *&c.* vì en el Cielo grandes regocijos, y alegrias: oì celeſtial muſica, y alabanzas al Señor. Y en eſſe miſmo inſtante el Omnipotente Señor llenò aquella Puriſsima Virgen de muchas gracias, y dones ineſtimables, transformandola en sì de manera, que me parecia ella un Dios por participacion, y Madre verdadera del miſmo Dios, tomando ſolo el Verbo Eterno carne en ſus Virginales Entrañas. Luego vì que los Angeles ſe poſtraron por tierra adorandola por Señora. El Santo Archangel Gabrièl hizo lo miſmo, y hincado de rodillas, le diò las gracias por la merced que havia hecho al mundo en aceptar, y dár ſu conſentimiento á la embajada.

Eſtando yo viendo tan gran Myſterio, fuè llevada eſta Sacratiſsima Señora à la Celeſtial Jeruſalèn, acompañada de todos los Angeles: (que à mì me llevaron tambien con ella) preſentaronla delante de la Beatiſsima Trinidad, adonde recibida con ſingulariſsimo agrado, y honra, el Eterno Padre la llamò Hija mia: el Hijo Madre, y Señora mia: y el Eſpiritu Santo Eſpoſa mia. Poſtraronſe otra vez todos aquellos Angelicos Eſpiritus en el ſuelo de aquel Cielo, y con un modo de adoracion, la reconocieron por Señora ſuya. Mirabame la Santiſsima Virgen con gran caridad; y conociendo que yo tambien deſeaba darla el parabien, me llamò, diciendo: Vèn, amiga, llegate. Lleguème, poſtréme, y la adorè por Madre de Dios, y Señora mia. Eſtando aſsi poſtrada, miraba yo à una, y à otra parte, deſeando ſaber ſi havia alli algunas de mis amigas; y vì algunas, que fué para mì de gran conſuelo. Levantaronme luego, y besé los pies à mi Soberana Señora, y ſu Mageſtad me echò los brazos ſuyos ſobre mis hombros con grande caricia. Llegaron deſpues mis amigas adorando, y dando el parabien à la Celeſtial Reyna, la qual las hizo el miſmo favor que à mì. Supliquèla por perſonas que ſe me havian encomendado: reſpondiòme ſu Mageſtad, que sí haria. Trás eſto me quedé ſuſpenſa; y quando volvì en mì, me hallè en mi rincon.

En otra ocaſion vì à eſta Soberana Virgen delante del Eterno Padre, que le pedia, y ſuplicaba le dieſſe licencia para venir à viſitarme, y hacerme una gran merced de bendecir mi Oratorio, por havèrſe de hacer en él cierta obra, que el Señor me havia mandado. El Eterno Padre la dijo: Hija, y Señora, hagaſe lo que pides, ſea en hora buena. Yo reparé mucho cómo la llamaba Señora, no ſiendo el Hijo, ſino el

el Eterno Padre quien hablaba. Estaba con mi duda, y su Magestad me dijo: Sabe, alma, que despues que mi Hijo tomò carne humana, hay cierto parentesco entre Mì, y el hombre, y en particular con la Virgen; y assi, por caricia, y enseñar el respeto, que se le debe, la llamo Yo Señora. Bajò la Celestial Reyna à mi Oratorio acompañada de gran multitud de Angeles, y mucho numero de Santos, assi del Viejo, como del Nuevo Testamento, con soberana magestad, y grandeza, cubierta con manto azul, cuajado de riquissima pedreria. Tenian las dos puntas del manto los dos Patriarcas de Predicadores, y de la Compañia de Jesus, Santo Domingo, y San Ignacio; y aunque conocí otros Santos de aquel sagrado acompañamiento, particularmente conocí à estos dos, y al Santo Rey David. En entrando en el Oratorio toda aquella bienaventurada compañia, y la missma Señora, se postrò, y en señal de magestad, y reverencia, muchos Angeles la tenian la orla del manto con sus manos. Levantòse la Sacratissima Virgen, juntò sus manos, y luego bendijo el Oratorio en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. Despues puso otra vez las manos, y se postrò con grande reverencia; y levantandose, se volviò à mì, y me dijo: Quedate en paz, amiga, que agora no es tiempo de mas; y con la missma magestad que vino, se volviò al Cielo. Sea el Señor bendito. Amen.

„Solian los Emperadores antiguos, y „usanlo agora los Reyes, llamar à sus es„posas señoras, no como quienes reco„nocian el dominio de ellas sobre sus „personas, sino mostrando con aquel ti„tulo el señorio, que les havian communi„cado à ellas sobre las demàs; y como „nuestro gran Dios, y Señor, quando „habla con nosotros, usa de nuestros ter„minos, y nunca le puso en honrar à MA„RIA, llamòle Señora para enseñarnos el „vassallage de todas las criaturas à esta gran „Reyna. Prosigue Doña Marina en el mis„mo año de seiscientos y veinte y qua„tro, diciendo.

La Vigilia de la Assumpcion de nuestra Señora me dijo el Señor, que queria hacerme merced de llevarme consigo estos dias à la Celestial Patria, à la fiesta de su Santissima Madre, para que viesse allà grandezas suyas. Fuè assi, porque fuì llevada en espiritu à aquella Soberana Ciudad, y estuve en ella aquellos dias, quedandome acà, y comunicando con las criaturas, aunque con grandissima dificultad, y fuerza. Mostròme su Magestad, quando ibamos, la gloria del Alma de su Santissima Madre. Estaba llena de tan grandes, y tan heroycas virtudes, con tanto colmo de merecimientos, que con los rayos de la luz soberana que de ella salian, parece que obscurecia à los mas supremos Santos, y Seraphines, al modo que delante del Sol desaparecen las Estrellas. Despues, yà dentro del Cielo, vì esta Soberana Señora con tan eminente gloria, que me era como impossible mirarla, sino debajo de un velo, y de unos como divinos obscuros; que assi como à la grandeza, y gloria de Dios nuestro Señor, y de su sèr inmenso, por santa que sea un alma, no puede vella en esta vida mortal, sino debajo de una obscuridad, y velo; assi en su modo me parecia què passaba proporcionalmente en conocer las grandezas de esta Señora. Salian de ella unos como divinos relampagos de gloria, que daban en mi alma, con los quales conocia algo, pero luego se me acababa aquella luz; pero con todo esso me parece, que solo aquello poco que vì de la gloria del Alma de esta gran Reyna, excedia con grandissimas ventajas à la gloria de todos los Santos juntos. Dìla mil parabienes del bien que posseìa: pedìla mercedes para mì, y para los que se me havian encomendado, y prometiòme su benignidad que lo haria assi.

Al otro dia, que era el de la fiesta, vì à esta Señora yà como resucitada con su Santissimo Hijo: no vì Santo alguno, solos mis Señores los Angeles estaban conmigo. Descubria tambien unos lejos, donde havia otros muchos Angeles supremos, y admirados de contemplar esta Señora. Mostròmela el Señor en tres veces, à modo de tres grados, ò gradas. En la primera la vì tan

tan gloriosa, y llena de mageſtad, que parecia un lleno de toda la gloria. En la ſegunda, pareciendo que no havia mas que vèr, conocì aquella gloria mas crecida, y grandioſa. Pero en la tercera grada la ví tan llena de grandezas divinas, y glorias del Señor, que me quedè admirada; y ſin conocer todo lo que alli havia, eſtaba como anegada en lo que conocì; y á la manera que ſuelo quando ſe me deſcubre algo del Divino Sèr, decia tambien aqui: Aùn hay mas que vèr, mas que eſto es, mas es que eſto. Duròme eſte obſcuro conocimiento un buen rato, gozando la viſta de eſta Soberana Reyna con ſingularisſimo conſuelo. Bajaronme de alli à la primera grada, adonde al principio la havia viſto. Bajò tambien alli ſu Mageſtad, y la Santisſima Virgen, la qual benignisſimamente me abrazò con gran ternura. Es inefable la fragrancia, y olor que ſalia de eſta Señora; y pareceme que me comunicò aqui mucho de ſus admirables virtudes, ſi yo por mis faltas no lo pierdo. Dijome que ſerìa ſiempre mi amparo, y ayuda, y me havia de hacer merced à mí, y à todos los que me ayudaſſen.

El año ſiguiente de ſeiſcientos y veinte y cinco, en el miſmo dia de la Aſſumpcion, me hizo el Señor merced de moſtrarme cómo havia ſido, y que me hallaſſe, como ſi fuera entonces, en el tranſito glorioſo de ſu Madre Santisſima. Eſtaba la Soberana Virgen en una camilla modeſtisſimamente compueſta, y al rededor los Sagrados Apoſtoles, y yo con ellos; y al tiempo que aquella purisſima Alma ſe huvo de deſatar de aquel ſagrado cuerpo, ſe abrieron los Cielos, y bajò toda la Beatisſima Trinidad, acompañada de numeroſos Ejercitos de Bienaventurados Eſpiritus à aquel apoſento. Recibiò aquella purisſima Alma; y à la manera que embiſte el fuego en el hierro, y parece que le convierte en sì, de eſta manera quedò aquella dichoſa Alma como veſtida de la Divinidad, que abrazò, y uniò conſigo. No vì yo el Alma de eſta Señora en figura ninguna imaginaria, ſino moſtrandomela el Señor en una noticia puramente intelectual, dandome à entender un sèr eſpiritual grandiolisſimo, y hermoſisſimo, ſobre todo lo que nueſtro entendimiento puede concebir de las coſas de acà. Volviòſe el Señor con todo aquel ejercito de Angeles al Cielo entre ſuavisſimas muſicas, y regocijos. Yo, con grandes anſias, y derramando lagrimas, llamaba à la Virgen Santisſima, rogandola me llevaſſe conſigo. Volviame al Señor, y le rogaba lo miſmo, y que à mì, y à mis Confeſſores nos ſacaſſe yà de eſte deſtierro. Su Mageſtad, con grande benignidad, me reſpondiò, que à ellos, y à mì nos llevarìa à ſu tiempo; y para conſolarme, quiſo que en aquella ocaſion ſubieſſe à vér lo que paſſaba en el Cielo.

Fuí llevada de mis Señores los Angeles en aquel dichoſo acompañamiento; y en llegando, vì que ſu Mageſtad colocaba aquella Santisſima Alma en un trono tan alto, y levantado, que excedia en gloria à quantos Eſpiritus Bienaventurados alli havia. Quedéme ſuſpenſa, y hallème deſpues en mi rincon. Eſtando aqui, y paſſando poco mas de una hora, vì otra vez, que bajando la Sacratisſima Perſona de Jeſu-Chriſto Señor nueſtro ſeguida de innumerable multitud de Corteſanos del Cielo, trahìa conſigo el Alma de ſu Santisſima Madre al lugar del Sepulcro, donde eſtaba el ſagrado cuerpo; y abriendole, ſe juntaron otra vez Alma, y Cuerpo, quedando aquella gran Señora con una gloria inefable. Luego ſe comenzò à mover aquella triunfal compañia con muſica celeſtial, y mueſtras de ſingularisſima fieſta. Iba la Soberana Señora como arrimada al lado de Jeſu-Chriſto bien nueſtro; y aſsi penetraron los Cielos, y fuè aquella gran Reyna pueſta en un Trono de gloria, junto à ſu Sacratisſimo Hijo, adonde todas las Gerarquias Angelicas, y todas las Almas Bienaventuradas, con profundisſima humildad, y exceſsivo gozo, la veneraron, y reconocieron por Señora, y Reyna ſuya. Sea el Señor bendito. Amen.

„El papel que agora pondrè es del año „de mil ſeiſcientos y veinte y ocho, adonde, „à lo que havia viſto el dia de la glo-

„rio-

„rioſiſsima muerte de eſta Soberana Vir-„gen, añade otra circunſtancia, que en-„tonces la moſtraron, en que ſe vè, que „no ſolo bajò la Santiſsima Trinidad á glo-„rificar la Virgen, ſino tambien ſu So-„berano Hijo, Hombre, y Dios, á reci-„birla. Deſpues paſſa à contar otro fa-„vor que recibiò de eſta Señora, y eſ-„cribelo aſsi.

El Martes quince de Agoſto, me enſeñò nueſtro Señor cómo la glorioſiſsima Virgen havia paſſado de eſta vida mortal. Vì como recogida en ſu camilla havia eſpirado, y que ſu Hijo Chriſto Señor nueſtro havia recibido aquella Alma con mueſtras de reverencia, y de un amor tierniſſimo, è indecible. Deſpues, al Miercoles diez y ſeis del miſmo, vì grande multitud de Angeles, que bajaban del Cielo, è iban entrando en mi apoſento. No ſabìa yo el myſterio, y eſtando aguardando en què paraba, vì à otros, que al modo que ſuele hacerlo acà la guarda del Rey, hacian calle, y apartaban, aunque no veìa yo, ni ſupe entonces à quiènes apartaban. Luego vì entrar à la Virgen Señora nueſtra con grande mageſtad, hermoſura, y afabilidad, acompañada de muchas Almas Santas, entre las quales conocì al Padre Pedro de Leon, de la Compañia de Jeſus, que antes del Padre Luis de la Puente fuè mi Confeſſor muchos años, y à Marina Hernandez, mi buena compañera. Algunos de aquellos Santos Angeles comenzaron, quando eſta Señora entraba, à entonar el Hymno del Santiſsimo Sacramento. Oìle, y admirème, porque no entendia à què propoſito era; y penſando en eſto, mirè à la Santiſsima Virgen, y vì, que al modo que en algunos cuerpos de Imagenes ponemos acà una Reliquia con ſu viril, aſsi trahia eſta Celeſtial Señora en ſu pecho al Niño Jeſus Sacramentado. Llegò adonde yo eſtaba, y luego algunos Santos Angeles, en un inſtante (que es ſuma la brevedad con que ejecutan ſemejantes coſas, como otras veces he dicho) formaron un trono muy rico, y de gran mageſtad à un lado de la cabecera de mi pobre cama.

Delante de eſte trono ſe hincò de rodillas la Sacratiſsima Virgen; y volviendo yo los ojos, ví que debajo del dosèl de aquel myſterioſo trono eſtaba toda la Santiſsima Trinidad; y deſpues de haverla adorado, ſe levantò, y llegandoſe à mì, y ſaludandome en el nombre del Señor, me abrazò, y tocò ſu ſacroſanto pecho con el mio, y al contacto me pareciò que aquel Soberano Señor, que en el pecho ſuyo eſtaba, ſe entrañò todo en mi alma, penetrandola, y dejandola rica de aliento, y conſuelo eſpiritual. Volviò la Sacratiſsima Reyna à quedarſe en pie derecha, (porque ſe havia encorbado ſu Mageſtad para abrazar eſta miſerable eſclava ſuya, que tantos años hà que yace poſtrada en eſta cama) y dijome con grande amor: Enſeñame, hermana mia, tus manos. Saquèlas, y tomandolas con las ſuyas benditas, dijo: Sellada eſtàs con el ſello de mi hijo; y queriendoſe deſpedir, diciendo, que me quedaſſe en paz, le pedí que no ſe fueſſe ſin echarme ſu ſanta bendicion. Hizolo aſsi ſu Mageſtad, y reparè mucho, que aun en el modo de echarla quiſo parecer muger; porque no eſtendiò todo el brazo, como ſuelen los Prelados, ſino con un modeſtiſsimo encogimiento, y con ſolo la mano eſtendida. Luego ſe comenzò à auſentar de mì, no de repente, porque raras veces ſe acaban aſsi eſtas viſitas, ſino poco à poco, y aſsi la fui perdiendo de viſta, haſta que del todo no la ví. Luego ſe llegaron à mì algunos Santos Angeles, y tomandome las manos con increible modeſtia, me hicieron, ſobre las ſeñales, que en ellas tengo, una Cruz: lo miſmo hicieron en los pies, y en el coſtado.

Eſtaba yo deſpues penſando à quiènes apartaban los Santos Angeles, quando venian al principio de eſta viſion como haciendo calle, al tiempo que la Soberana Virgen entraba, y entendì, que me ſignificaban con aquella accion, que algunos Infieles, por haver oìdo de padres à hijos algunas grandezas de eſta Señora, la tienen afecto; pero como no llegan con Fé, y penitencia, ſon apartados, y no reciben el fru-

to de ſus viſitas, è interceſsion. Sea el Señor eternamente bendito. Amen.

„Acabarèmos eſta materia de las viſio-„nes que tuvo Doña Marina de la Muerte, „y Aſſumpcion de nueſtra Señora con una „revelacion ſingular, y de circunſtancias „tiernisſimas. Sucediò tambien el dia de la „propia fieſta, aunque no hallo expreſſo el „año; pero ſegun el computo de los pa-„peles, debiò de ſer el año inmediato de „mil y ſeiſcientos y veinte y nueve, ò à lo „mas largo, el de mil y ſeiſcientos y trein-„ta. Refiere ella el ſuceſſo por eſtas pala-„bras.

. El dia de la Aſſumpcion de la Madre de Dios, eſtando en mis ordinarios exercicios, y encendidos afectos con nueſtro Señor, fui llevada por miniſterio de los Santos Angeles al lugar adonde eſta Sacratiſsima Reyna falleció, y de donde ſu Alma dichoſa fue llevada à las eternas moradas. Lleguè con anſioſo afecto cerca de aquel ſagrado lecho, donde eſta ſoberana Señora eſtaba difunta. Tenia ſus veſtiduras, y ſu toca en la cabeza, como ſi eſtuviera viva, reſplandeciente, como una hermoſa Luna. Los ſantiſsimos brazos, y manos tendidos modeſtiſsimamente ſobre el ſagrado cuerpo: ſus ſagrados pies deſcalzos, pero medio cubiertos. Eſtaban al rededor los Santos Apoſtoles llorando tierniſsimamente la falta que eſta Señora les havia de hacer con ſu auſencia en el deſtierro, y ſoledad en que quedaban. Reviſtiòſe mi alma de aquel miſmo afecto, y viendo à mi Señora difunta, comencè à llorar amargamente, y con profundo ſentimiento decia: Bien mio, y Señora mia, todo mi conſuelo, y alegria de mi corazon, còmo te has ido à las eternas moradas, ſin que te haya viſto, ni deſpedidome de tì? Cómo me dejas tan deſconſolada? Llevame contigo, Señora de mi alma, y de mi vida, llevame contigo, que no quiero quedar acà. Con eſta anſia me entraba por entre los ſagrados Apoſtoles, y Angeles Santos, que eſtaban alli innumerables, y decia: Dejenme llegar á mi Señora de mi alma, dejenme llegar à ella, que me và en ello la vida; y porfiaba mucho en eſto. Aquellos Santos Angeles hacian un ademàn, como apartandome, diciendo: Calla, alma, calla: què gritas? què voceas? pero no aprovechaba, que al fin lleguè à tocar aquel ſagrado cuerpo de mi Señora, besè ſus ſantos pies, y manos, y pedila con todo afecto me llevaſſe conſigo. A eſte punto me quedè quieta, y ſuſpenſa, con un conſuelo cordialiſsimo. Eſtuve aſsi un buen rato, no sè què tanto; pero sè, que ſi fuera larguiſsimo el tiempo, me pareciera un inſtante, ſegun la dulzura que ſentí, y los bienes grandiſſimos que gocè. Sea el Señor bendito. Amen.

Paſſado eſto, me hallè en mi rinconcillo, pero ſiempre clavados los ojos del alma en mi Señora, y en aquel myſterio, que deſde acà eſtaba viendo del miſmo modo que quando allá eſtaba. Duròme algun eſpacio eſte modo de preſencia deſde mi apoſento, y luego ſegunda vez mis Señores los Angeles me volvieron à llevar al lugar donde eſtaba el myſterio. Puſieronme junto al lecho donde eſtaba mi Señora. Trataban yà los Sagrados Apoſtoles del entierro: ví como llevaron el ſagrado cuerpo con ſuma reverencia, acompañado de un numero ſin numero de Angeles: depoſitaronlo en el ſepulcro, y cerraronle, y luego beſando las loſas, y llorando tiernamente, ſe deſpidieron los Apoſtoles de aquel ſanto lugar, y ſe fueron. Quedaron alli infinitos Angeles, que rodeando aquel ſepulcro, le reverenciaban como depoſito del ineſtimable teſoro de aquel virginal cuerpo. Yo eſtaba admirada, y como abſorta, y no quiſiera jamàs apartarme de alli; pero mis Señores los Angeles, caſi ſin que yo lo ſintieſſe, me volvieron à mi apoſento. Deſpues quando del todo volví en mí, y me hallè como lejos de aquel ſagrado lugar, ſe me fijò la viſta del alma, y el afecto del corazon de manera en èl, que no fuè poſsible divertirme, durando eſto tres dias.

Ultimamente, el Viernes al amanecer eſtando con nueſtro Señor en mi oracion vì, que en la Celeſtial Jeruſalén ſe hacia grandiſsima fieſta, y ſe movia toda aquella ſoberana Corte. Abrieronſe los Cielos, ba-

bajaron innumerables Angeles, con grande orden, y cantando con admirable melodia alabanzas al Señor. Fueron llegando de eſta manera al lugar del ſepulcro de la Santiſsima Virgen, rodeandolo, y reverenciandolo. Deſpues de eſto, llegò con ſoberana, y divina grandeza toda la Beatiſsima Trinidad, y la Mageſtad de Jeſu-Chriſto bien nueſtro. Trahía eſte Señor en ſus ſantiſsimas manos el Alma de ſu Sacratiſsima Madre, que ſe me repreſentaba como un Sol de maravilloſiſsimo reſplandor, que cubria una criatura pequeña, de quien ſolo ſe veían los pies. Abriòſe al punto el ſepulcro, llegò Chriſto Señor nueſtro à aquel bendito cuerpo, con un modo de filial, y ſuaviſsima reverencia, y poniendole aquel Sol encima del pecho, y roſtro, ſe le infundiò luego, y reuniò el alma; y tocando eſte Señor el brazo de mi Señora, ſe levantò ella reſucitada, y mas reſplandeciente mil veces, que el Sol que acà vemos. Entonces la Beatiſsima Trinidad, moſtrando un inefable gozo, y llevando delante de sí aquella ſoberana Virgen, ſe ſubiò con toda aquella regocijada Proceſsion, y triunfal aparato à la Celeſtial Ciudad, adonde por mano del Señor Trino, y Uno fuè colocada eſta grande Reyna en unas alturas inmenſas, y ſoberanas, muy cerca de la Divina Mageſtad.

No he contado, por no romper el hilo del myſterio, los fuertes, y encendidos afectos de mi alma, luego que ví à mi Señora reſucitada. Era grande el anſia, y griteria interior que tenia por llegar à beſarle la mano, à reverenciarla, y pedirla me llevaſſe conſigo, y no me dejaſſe en el deſtierro. Queria romper por tanta multitud de Angeles, y muchos de los ſagrados Apoſtoles para llegar à mi Teſoro, que aſsi llamaba yo à mi Señora; pero pareciame que no havia de poder. Miraba por entre todos como mejor podia aquella gran Madre de Piedad, y Miſericordia. Ella entonces, como tal, viendome con tal hipo, y encendida en aquel afecto, mandò benigniſsima, que me dejaſſen llegar. Lleguè, poſtrème con gran reverencia, y ſingulariſsimo conſuelo à los pies de mi Señora, la qual con amor, y benignidad como ſuya, me levantò, y ciñendome el cuello con ſu ſantiſsimo brazo, parando con la bendita mano ſobre mi hombro, llegandome à sí, me dijo eſtas dulces, y regaladas palabras: Calla, alma mia, no te aflijas, ni congojes, que yo te llevarè conmigo, y vendrè por tí à ſu tiempo, quando el Señor fuere ſervido que llegue; calla agora, alma, calla. Con eſto quedé con quietud, y conſuelo en mi Dios, y proſeguì viendo ſubir aquella Proceſsion al Cielo, como poco há dije, con lo demàs.

Eſtuve un buen rato deſpues de la viſion referida, quando mis Señores los Angeles, con orden que tenian de la Divina Mageſtad, me llevaron à la Celeſtial Ciudad, y me puſieron à viſta de aquella Celeſtial Señora, à la qual pedí con grande afecto alcanzaſſe de nueſtro Señor remedio para todas las neceſsidades generales, y particulares, y favorecieſſe à todos los que ſe me havian encomendado. La Santiſsima Reyna me prometiò, que sí haria; y dandole un ramo de oliva à un Santo Angel, le mandò me le trajeſſe, y dieſſe en mi mano. Hizolo aſsi el Santo Angel, con mueſtras de grande guſto. Recibí yo el don con grande conſuelo, y dandole mil gracias al Señor, y à ſu Santiſsima Madre, me ſobrevino una ſuſpenſion profunda, deſpues de la qual, quando volví en mí, me hallè en mi rincon. Aqui ſe me volviò à fijar el alma en la viſta, y contemplacion de aquel ſagrado ſepulcro, ſin poder apartar de èl los ojos interiores. Y eſtando aſsi un rato, vì que un Santo Angel muy ſuperior, que eſtaba acompañado de otros muchos, cogia de èl una como ſabana blanquiſsima, y la guardaba en sì miſmo; y luego dos almohaditas blancas, que eſtaban ſobre dos gradas de la cabecera de aquel ſepulcro: item mas, un lienzo blanco, que los Apoſtoles havian pueſto ſobre el Sacratiſsimo Roſtro de mi Señor: guardòlo todo, y cerrò el ſepulcro, haciendo un ademán de quien empezaba á irſe. Yo, que eſtaba à la mira de todo lo que paſſaba con ardiente afecto, y vehemente codicia de participar qualquiera coſa de aque-

llas

llas santas Reliquias, comencè à vocear, como de lejos, diciendo: Señor Angel, hà Señor Angel, por reverencia de Dios, y de su Santissima Madre, que me dè algo de las Reliquias que lleva. Y con la fuerza del afecto parece que me iba acercando mas, y mas à aquel lugar. Hice mas de cerca nueva, y grande instancia al Santo Angel (que hacia del que se iba) para que me consolasse. Dissimulaba èl, y respondiame: No puedo, alma, que llevo todo esto al Sagrario. Porfiaba yo en mi peticion, y no me valia. Entonces el Santo Angel de mi guarda, y los demás, rogaron mucho à aquel Angel superior me diesse algo; y èl les diò el lienzo que havia estado sobre el rostro de la soberana Señora. Con esto quedò mi alma consoladissima en su Dios, admirada de sus obras, y dandole infinitas gracias, me hallè en mi aposento.

Aqui me dijo el Santo Angel de mi guarda, que en tal parte hallaria aquel lienzo mysterioso: tomèle, reverenciéle, y pusele sobre mis ojos, y boca; y como atonita de estos mysterios, le dije al Señor: De manera obras, y tales cosas haces, Dios, y Señor mio, por tu infinita bondad, y secretissimos juicios, que parece que son como increibles à tu Esclava, y pobre criatura. Oyò su Magestad mis palabras, y con un modo gravissimo, y de superior ponderacion, me dijo: Yo soy, alma, tu Dios, que te hablo, y me comunico à tì, como verdad infalible que soy; no temas, y descansa en mì. Con estas razones del Señor quedè consoladissima, y en una altissima suspension; y quando volví del rapto, no acababa de dar gracias à Dios por tales misericordias; duròme esto muchos dias: èl sea bendito para siempre millares de millares de veces. Amen.

„Otros muchos mysterios viò Doña „Marina de nuestra soberana Señora, y „Reyna de los Angeles, que estàn eslabo„nados con los de su Sacratissimo Hijo, „Christo bien nuestro, de que dirémos „algo mas en particular (que por mayor, „todo el libro se podia reducir à este assun„to) en los capitulos que se siguen. Dejè „lo que viò el año de seiscientos y veinte „y siete de los Mysterios de la Assump„cion, por ser muy semejante à lo yà re„ferido.

CAPITULO XLI.

Muestrale Christo Señor nuestro algunos de sus Sacrosantos Mysterios.

„COmo el camino real, y solo regu„larmente seguro para llegar à los „mas perfectos grados de contemplacion „de la divinidad (adonde perfectissimamen„te se alcanzaron las virtudes) es la me„ditacion de la Humanidad de Christo Se„ñor nuestro, y de los soberanos Myste„rios de su vida, y muerte; y Doña Ma„rina, como se vé en toda su Historia, no „solo en sus principios tirò por aqui, bus„cando una imitacion vivissima de nuestro „Redemptor, sino que tambien en sus me„dios, y fines muy de ordinario se exerci„taba en ello: quiso este Señor, que en„tre las noticias intelectuales, y recondi„tos sentimientos que tan frequentes te„nia de su divinidad, viesse muchas ve„ces el modo, y las mas particulares cir„cunstancias con que su Humanidad San„tissima havia procedido en el negocio de „nuestra Redempcion, y quán indecible fuè „el beneficio con que Dios obligò al mun„do, dandole este Redemptor. Regalò con „esto el Señor por una parte à su querida „Esposa, y parece que nos quiso enseñar „por otra quán ageno vá de las sendas de„rechas, que guian à la cumbre de Sion, à „los rayos de la contemplacion mas pura, „quien de industria se aparta siempre de „la meditacion de los mysterios de nuestra „salud. Pondrè primero algo de lo que viò „esta Virgen de ellos en comun, y algunos „favores que recibiò de nuestro amorosis„simo Dios humanado, y Salvador dul„cissimo: despues discurrirèmos por los „Mysterios suyos particulares. En seis de „Agosto de seiscientos y veinte y cinco, „haviendo referido otra vision breve, que „en bien de los proximos havia tenido, de „que dirémos en su lugar, prosigue de es„ta manera.

Este mismo dia de la Transfiguracion de Christo bien nuestro, fuí llevada en compañia de mis Señores los Angeles à la Celestial Jerusalen. En lo mas supremo de ella ví una sala mysteriosa grandissima, y muy llena de divinos resplandores, à quien rodeaban innumerables Angeles. Levantabase en el testero de ella un trono á maravilla glorioso, adonde assistia la Beatissima Trinidad, y notè, que la segunda Persona del Verbo Divino no se me representaba como otras veces en solo el Sér de Dios, sino como verdaderamente unido, y à nuestra manera de hablar, vestido de su Sacrosanta Humanidad. En frente de este soberano Trono, y en la misma sala havia unos assientos, à manera de banco mysterioso de singular ornato, y Magestad, en que estaban sentados nueve Angeles de los muy supremos, y excelentes de aquella Corte soberana. No hay lengua que pueda explicar quál se me representaba la luz, y hermosura de sus rostros, y la gala, y riqueza de sus vestidos. Vì luego, que despues de haver sonado un poco de Celestial Musica, el Señor Dios Trino, y Uno hizo una accion gravissima de infinito peso, y magestad, como de quien significaba á aquellos nueve Angeles supremos qual era su divina voluntad, y lo que ellos havian de executar. Al punto se levantò el que estaba en medio, y mostraba mayor autoridad, y postrandose delante del Señor, y recibida su bendicion, se puso en pie, y teniendo la mano izquierda en la cintura, haciendo con la derecha una accion de suma gravedad, dijo à los Celestiales Espiritus todos, que allí assistian (con un modo que no se sabe referir) estas palabras: Llegado el tiempo que la Divina Magestad de Dios nuestro Señor Trino, y Uno tenia determinado en su divino Consistorio, en que su Unigenito Hijo tomasse carne humana en las Entrañas de Maria Virgen, Reyna, y Señora nuestra, para el rescate, y remedio de todo el Genero Humano, bajando del Seno del Padre, encarnò por virtud del Divino Espiritu en sus Purissimas Entrañas.

En diciendo esto, se postrò segunda vez (y todos los demàs Angeles con èl) por reverencia de aquellas palabras; y volviendose à levantar, recibiò una luz grandiosa, y sobremanera superior de la grandeza, y valor infinito de aquel soberano mysterio: y luego por un modo mysteriosissimo, y indecible saliò de èl otra luz semejante à la que havia recibido, que bañando à los otros Angeles todos, que estaban presentes, les infundiò la misma noticia; de manera, que parecia este gran Angel un divino arcadùz del Señor de la Magestad, que concibiendo tan altos conocimientos, inmediatamente por medio suyo despues se comunicaban à los demàs. Cupole à mi pobre alma alguna partecica de aquella luz, y en mil años no se puede explicar lo que de nuevo se entienden de grandezas en aquellas palabras, que tan facilmente pronunciamos acà, lo que se concibe del saber, poder, y amor infinito de Dios, y de su inmensa misericordia con los hombres. Finalmente, segun entendì de este Santo Angel, que me alumbraba, los bienes que nos vinieron con la Encarnacion del Hijo de Dios, nunca fueron vistos, ni oidos como ellos son, ni conocidos, y entendidos del todo, sino solo del mismo Señor que los obrò; por esso quando aquella multitud grande de Bienaventurados Espiritus, conocì, con la luz que el Angel superior les comunicò, el fondo de aquellas palabras: los ví que quedaron en aquella secreta comunicacion, como pasmados, y suspensos de la bondad de este gran Dios, que de nuevo se les revelaba, dandole infinitas gracias, y alabanzas por tan soberana obra. Acabado esto, mostrò el Señor de la Magestad grande agrado de lo bien que este gran Angel havia hecho su oficio: echòle su bendicion, que èl recibiò postrado; y despues se volviò à su assiento.

Por este orden, y con las circunstancias todas que contè de este primer Angel, se fueron levantando uno por uno los otros Angeles ocho, haciendo su personage; y assi, no pondrè aqui mas de la substancia de lo que cada uno de ellos revelaba à toda aquella celestial multitud de Espiritus Angelicos, y à mi pobre alma, del mysterio que

que à él solo havia revelado el Señor. Saliò, pues, el segundo, y con la misma magestad que el primero, dijo: Y naciò de esta Virgen, y Señora nuestra, y fuè reclinado en un pesebre, y conversò con los hombres por espacio de treinta y tres años, haciendo obras maravillosas. El tercero contò con admirable ponderacion la adoracion de los Santos Reyes, y el beneficio que en aquel mysterio recibiò el mundo. El quarto dijo, como este Señor fuè presentado en el Templo por su Santissima Madre. Declarò los actos admirables de resignacion con que esta gran Señora ofreciò al Eterno Padre à su Hijo, para rescate del hombre. Aun hasta aqui se pudieran buscar algunas palabras, que de alguna manera significassen lo que estos Santos Angeles decian; pero voylo sumando todo, porque de ninguna suerte las hay para exprimir algo de la ponderacion altissima con que el quinto Angel declarò los puntos de la Passion, y Muerte del Señor, y el inmenso valor de aquella preciosissima Sangre derramada. El sexto tratò de la gloriosissima Resurreccion, declarando el mysterio con tan divinos realces, que no hay entendimiento que los rastree. De la misma manera declarò el septimo las maravillas de su soberano triunfo en la Ascension. El octavo dijo admirabilissimas cosas de la venida del Espiritu Santo, y de los incendios divinos de su infinito amor. Concluyò, y cerrò la fiesta de esta celestial representacion el nono Angel, explicando altissimamente el regalado Mysterio del Santissimo Sacramento del Altar: su valor infinito: su conveniencia para nuestra salud, y remedio: el consuelo que nos quedò en él para las almas. Diòme à entender el Señor, que lo que havia visto, y aquella luz que inmediatamente daba à cada uno de estos nueve Angeles supremos, era symbolo de la revelacion que à estos Angeles se hizo, para que ellos la comunicassen à los otros. El sea eternamente bendito. Amen.

„El papel que se sigue, es de Noviem„bre del año de mil seiscientos veinte y „seis, adonde dice assi.

Hanme reacaecido estos dias algunos malecillos corporales, que me han apretado: he padecido juntamente un humor melancolico, que me trahia desabrida à mi parecer, y con cuidado. Miròme el Señor como algo enojado, y dijome: Qué hàs, alma? qué tienes? Yo me encogì, harto temerosa. Vente conmigo, añadiò el Señor; y mandòles à mis Señores Angeles me llevassen adonde el Señor ordenaba. Hicieronlo assi, y me hallè à las riberas de un rio caudaloso, que todo èl corria sangre. Iba yo descalza, y en llegando, me mandò el Señor que entrasse en èl: temì, y detuveme en entrar. Su Magestad entonces me diò un golpe en las espaldas, à manera de impulso, como quien queria arrojarme al rio. Entrè con esto en èl como hasta la espinilla; y estando alli, me parecia estaba bañada toda yo en aquella sangre. Vistieronme entonces mis Señores los Angeles una tunica blanquissima, y encima de èsta otra mas rica, y de esta manera me llevaron por el ayre, sin saber adonde iba, hasta que llegamos al Cielo. Abriòse èste, y entrando en èl, me presentaron delante del acatamiento del Señor Dios Trino, y Uno: recibiòme su Magestad con grande caricia; y como quien hace del que desea saber, con inefable ternura me preguntò: Alma, què quieres? cómo vienes assi? quièn te ha manchado? Aquel gran Señor todo poderoso, respondì yo, me diò un golpe, y me hizo entrar en el rio de sangre, y me manchè. Su Magestad entonces, como un padre, que se entretiene, acomodandose al modo ignorante de hablar del hijo pequeñuelo, que se le queja de haver recibido algun daño, en lo que realmente recibiò favor, me dijo: Es possible que te manchò? Ea, Angeles mios, llevadla à aquel otro rio que sabeis, y lavadla en èl. Llevaronme, pues, à un rio no muy grande, pero bellissimo, y crystalino, que salia del Trono del Divino Cordero. En èste me lavaron toda, y quedè tan resplandeciente, y vertiendo tanta luz, como si tuviera un Sol en el pecho, y otro en las espaldas. Volvieron luego à presentarme delante de la Magestad del Señor, el qual mirandome con grande afabilidad, me dijo: Agora buena

na vienes, alma. Y luego mandò à mis Santos Angeles me volviessen à mi rincon, como lo hicieron. Despues me descubriò el Señor, que aquel rio de sangre significaba la preciosa Sangre de Jesu-Christo nuestro Redemptor, que se nos aplicaba en los Sacramentos, con los aumentos de gracia, que en ellos recibimos; y que el rio claro, que salia del Trono del Cordero, era symbolo de la gloria que se alcanza, y nos hace bienaventurados, en virtud de la gracia, que Christo nos mereciò. Sea el Señor bendito. Amen.

„No es maravilla que el alma en este „rapto, viendose teñida de la sangre, que „entonces no conocia, juzgasse que la havian manchado. Con este modo de ha„blar llamò Isaias, como quieren muchos „Padres, è Interpretes, à las vestiduras de „Christo, manchadas en su propria sangre, „quando subia glorioso al Cielo, cap. 63. „Aunque el Profeta quizà tiene otro senti„do mas ajustado al contexto; pero aqui „basta que tantos Padres, y Doctores de „la Iglesia digan, que es modo decentissi„mo de hablar, quando en figuras symbo„licas los Angeles, y el mismo Christo ha„blan de esta sangre, como de licor, que „mancha, siendo esmalte, que adorna. Pro„sigue la Virgen con otros favores recibi„dos de Christo, si no de mayor precio, „sì de mas ternura. Refierelo assi.

Otro dia, estando comiendo, vì à la Magestad de Jesu-Christo Señor nuestro: quedème encogida, y como suspensa. Tenia yo delante una escudilla de caldo, y una cuchara, y no podia sustentarla en la mano, ni llegarla à la boca. Dijome entonces este benignissimo Señor: Alma mia, toma lo necessario para la vida. Luego, como para quitarme el empacho, se puso una como nubecica entre el Señor, y mí, con todo esso, no podia yo llegar la cuchara à los labios. Estendiò entonces su Magestad la mano, y tocando con dos dedos el cabo de la cuchara, me la ayudò à poner en la boca.

En otra ocasion, afervorizandose mucho mis afectos, le pedì à su Magestad, como suelo, muchas cosas de su servicio. Llegaba casi el ansia de alcanzar este bien à sacarme de mí, y con esso le dije: En verdad, Señor, que pues tù lo dijiste en tu Evangelio, que yà que no merezco ser oìda por mì, he de recabar lo que te suplico por importuna, y en verdad que te tengo de ejecutar. Su Magestad me respondiò con grande apacibilidad, diciendo: Alma mia, què me has de ejecutar? Pues, y bien, ante quièn ha de ser, siendo yo el Supremo Señor? Ante tu divina misericordia, y justicia, respondì yo, te executarè, Señor mio. Tù, Señor, lo dijiste, pues haslo de cumplir. En buen hora, alma, dijo el Señor, executame, que yo cumplirè mi palabra. Tan suave, y benigno es este gran Señor, y aun infinitamente mas, como se verà por lo que agora dirè, que sucediò el Sabado veinte y uno de este mes de Noviembre.

Estaba yo revolviendo en mi pensamiento, que havia muchos años que no podia oir Missa solemne, y cantada. Acordabame de aquella santa ceremonia que se hace quando al tiempo del Credo, que el Coro canta con pausa, y reverencia aquellas palabras: *Et Homo factus est*, todos los presentes se humillan; y con sola esta memoria sentí una grande ternura, y devocion. Estando en esto, me dijo el Señor: Quieres tù, y consolartehas con oir una Missa cantada? Mi Señor, respondì yo, no quiero nada mas que lo que tù quisieres: y procurè quanto pude divertirme de este pensamiento, con recelo de que el Señor queria obrar alguna de sus maravillas. De alli à algunas horas ví bajar como del Cielo grande numero de Angeles, ricamente compuestos, y muy galanes, y resplandecientes, trayendo encima de las galas unas como sobrepellices, tan lindas, y sutiles, que no encubrian la rica tela de los vestidos. Trahian velas blancas en sus manos, y venian en dos hileras. Detràs de todos venia Jesu-Christo Señor nuestro, adornado de vestiduras Sacerdotales, y à sus lados dos Santos vestidos de Diacono, y Subdiacono, que eran Santo Domingo, Fundador de los Predicadores, y San Ignacio, Fundador de la Compañia. Quando entraron en mi

aposento, tenian yà mis Señores los Angeles, con aquella facilidad mysteriosa que suelen, un rico Altar, en que asistia la Mageftad de Dios nuestro Señor Trino, y Uno. En llegando alli Christo bien nuestro con los dos Santos, èl solo con una gravedad divina, y cantando en voz alta, aunque con tono moderado, dijo: *In nomine Dei Patris, & Filii, & Spiritui Sancti.* Respondieron los Angeles: *Amen.* Era la voz del Señor de metal tan superior, y divino, que parecia luego de persona que es Hombre, y Dios verdadero: alentaba, y consolaba sobremanera el oirla. Luego dijo su Mageftad: *Gloria in excelsis Deo.* Y los Angeles prosiguieron, y acabaron el cantico: y acabado èste sin ninguno intervalo, dijo el Señor una oracion, de la qual yo no entendì, sino solo el fin, que era: *Qui vivis, & regnas, &c.* Respondieron en su Coro los Angeles: *Amen.* A este tiempo Santo Domingo, y San Ignacio mudaron los Missales, que eran dos, del un lado al otro. Comenzò su Mageftad el Evangelio, diciendo: *Dominus vobiscum.* Y respondieron los Angeles unas palabras, que yo no entendì. Prosiguiò su Mageftad el Evangelio, que era: *Missus est Angelus Gabriel*, y llegò hasta aquellas palabras: *Ave gratia plena Dominus tecum*, y alli parò, y vuelto al Altar, tomò una pequeña forma, (vì claramente, que su Mageftad no se havia comulgado) y se vino acompañado de los Santos àcia mì, y real, y verdaderamente me comulgò con ella, que conocì bien era esta comunion Sacramental. Volviòse el Señor al Altar, hizo su inclinacion, y se fuè como havia venido, echandome primero su bendicion. Sea èl bendito. Amen.

CAPITULO XLII.

De los Mysterios de la Encarnacion, y Nacimiento del Hijo de Dios, revelados à esta Virgen.

„DEvotisimas son las circunstancias, y „algunas de ellas bien singulares, „con que el Señor revelò à Doña Marina „estos dos Mysterios; en especial las que „viò que precedieron al sagrado Nacimiento de nuestro Redemptor. Irèmos „encadenando por su orden lo que ella en „diversos tiempos nos dejò escrito de esto. „Empieza, pues, diciendo asi.

El Martes por la tarde, veinte y seis de Noviembre de este año de seiscientos veinte y quatro, vì, que aquellos mis Señores Angeles, que moran en la sala dorada, abrian las puertas de ella, y se aparejaban, y disponian cosas como para alguna fiesta. Luego salieron de alli otros Angeles del Señor en grande numero, cantandole alabanzas con grande melodia, y suavidad. Exalaba la sala un olor tan celestial, que no solo el alma, sino la misma naturaleza flaca se me alentaba con èl. Iban saliendo los Angeles poco à poco, como en procession, y llenaron todo mi aposento, y el Oratorio, y la pieza junto à èl, sin que las paredes intermedias me impidiessen el verlos. Saliò detràs de ellos Dios nuestro Señor Trino, y Uno, y en especial se me representò mas expressamente la Persona Sacratisima del Eterno Padre. Venia en forma humana, con aquel cuerpo aparente, que otras veces digo, sin comparacion mas sutil, que los cuerpos fantasticos, que suelen tomar los Angeles. Entrò este Señor en el Oratorio, y llegando al Altar, puso en el Ara de èl lo que trahia en las manos, que era una Patena al modo de las que usa la Iglesia, pero riquisima, y en ella un Niño muy chiquito, como el largo de un dedo, y con no parecer mayor, era indecible su belleza, y inmensa su hermosura. Ví luego salir de la misma sala dorada otra gran muchedumbre de Angeles, cantando tambien alabanzas à Dios; y por remate saliò la Virgen Santisima con grande Mageftad, y singularisima belleza. Entrò en el Oratorio, y se postrò delante del Eterno Padre, hincandose de rodillas, y haciendo una profunda reverencia, que casi llegò con la frente al suelo: levantò luego la cabeza, y quedòse de rodillas. Volviòse entonces à esta Soberana Virgen el Eterno Padre, con la Patena, y Niño en ella, (como quando se vuelve el Sacerdote

à

á dàr la comunion) y dijola: Señora, veis aqui à mi Eterno Hijo, que os le entrego para que tome carne humana en vuestras entrañas: recibidle, criadle, regaladle, y servidle como à Hijo mio, para que à su tiempo redima el mundo: mirad que os le fio, y entrego, porque sè que haveis de cumplir con este oficio como debeis. Humillòse mucho la Virgen; y en dando el sí, aquel inmenso Niño entrò por el pecho de la Virgen, y se entrañò en su purissimo vientre. Diò esta gran Señora ternissimas gracias al Eterno Padre por la merced que le hacia, y el Señor le echò los brazos al cuello, llamandola Hija, y dandole à entender otra vez, que havia de cumplir perfectissimamente con todo como debia. Entròse despues todo este sagrado acompañamiento en la sala de donde havia salido, quedando mi alma con mil afectos en la contemplacion del mysterio que havia visto. Sea el Señor bendito. Amen.

„Parece, que no sin alguna significa„cion le mostraron aqui à Doña Marina, „que el Verbo Divino, debajo de aquella „figura, entrò por el pecho de su San„tissima Madre, como quien buscaba pri„mero el corazon; y de alli, à nuestro „modo de hablar, bajò à tomar carne „humana en su purissimo vientre: en lo „qual pudiera quizá pensar alguno, que „se favorece aquella opinion, que Theo„logos gravissimos tienen por probable, „que de la sangre mas pura del corazon „de la Virgen Señora nuestra, que mila„grosamente bajò al lugar destinado de „sus Virginales Entrañas, se formò el „Cuerpo de Christo Señor nuestro. Pero „à mi pobre juicio, yo tengo por mas „cierto, que lo que aqui se nos enseña „es la disposicion altissima, los sobera„nos afectos del corazon de nuestra gran „Señora, con que oida la embajada del „Angel, y mucho mas lo que Dios inte„riormente le decia, se aparejò para aquel „Divino Mysterio: razon con que los San„tos Padres, y Sagrados Doctores dicen, „que la Virgen concibiò primero al Ver„bo en la mente, que en el vientre. Pri„mero en su abrasado espiritu, que en sus „Entrañas purissimas. Igualmente grandio„sa es otra vision, que de esta materia „tuvo un mes casi despues, adonde, como „en la passada, viò lo que el Eterno Pa„dre diò à sentir à la Madre Virgen, acer„ca de la Encarnacion: agora le mostra„ron lo que en esse mismo punto passò „al Padre, y al Soberano Hijo Christo „bien nuestro, lo qual ella escribe de es„ta manera.

El Jueves diez y nueve de Diciembre de este mismo año, al amanecer, vì que mis Señores los Angeles (no los de la sala dorada, sino los que assisten en mi aposento) se movian, y que en lugar de aquellos vestidos ricos, y llenos de pedreria con que los vèo de ordinario, trahian otros de mayor gala, como que se havian compuesto para alguna fiesta. Estando, pues, reparando en esto, vì que bajaba del Cielo una gran multitud de Espiritus Angelicos con el mismo orden, y musica, que arriba dije; y assi por remate al Eterno Padre en la misma forma, y con la Patena preciosa, y soberano Niño en las manos, que la vez passada. En llegando su Magestad, se postraron todos los Angeles, tocando con los rostros en el suelo, como cubriendose con sus alas, (en esta figura que acà se suelen pintar se me representan) en reverencia del Mysterio que adoraban. Entonces el Eterno Padre, hablando delante de mi con aquel sobremanera bellissimo, y admirabilissimo Niño, dijo algunas razones con tan grande peso, y magestad, que aunque ellas me quedaron esculpidas; pero el modo de pronunciallas, el pasmo, la reverencia, y otros afectos, que oyendolas sentia mi alma, es impossible darlo à entender. Las palabras formales fueron estas: Hijo mio muy amado, Yo os embio al mundo para que redimais el Linage Humano, y le guieis, y alumbreis. A este punto se me diò una noticia de que aquel sacrosanto Niño hizo un acto de obediencia, y resignacion en la voluntad de su Padre, tan heroyco, y perfecto por todas partes, que el Eterno Padre se agradò en èl sobre todo lo que se puede decir, y pensar. Luego

prosiguiò este Señor, hablandole al Niño las formales palabras, que aqui pongo: Vos sois, Hijo mio, mi diestra, y mi brazo poderoso. Yo os hago Rey, y Señor de todo lo criado, y Juez de vivos, y muertos.

En acabando su Magestad de decir esto, se volviò à mì, y me dijo: Y tù, alma, què dices à esto? Yo estaba toda absorta en la admiracion de tan grande Mysterio; pero como mejor pude, respondí à su Magestad: Digo, mi Señor, que os doy muchas gracias por el singular beneficio que hicisteis al Linage Humano en darle à vuestro Hijo para su remedio; y à vuestro Sagrado Hijo se la doy tambien, porque con tanta caridad quiso aceptar vuestro mandato, y redimirnos tan à costa suya. Y yo me ofrezco por su indigna esclava, y me resigno en su voluntad en todo, y por todo. El Señor entonces, como aceptando mi pobre ofrenda, mostrò con agradable semblante, que se complacia en ella, y se volviò à los Angeles, y echandoles su sagrada bendicion, les dijo: Yo os doy, Angeles mios, mi bendicion. Y volviendose à mì, y bendiciendome, añadiò: Y à tì, criatura mia, tambien te la doy. Luego, de la misma manera que havia venido, se volviò su Magestad con sus Angeles al Cielo. Alabenle ellos. Amen.

„Las revelaciones que Doña Marina „tuvo del Nacimiento de Christo Señor „nuestro por Navidad del año de seiscien-„tos y veinte y cinco, tuvo tambien el „otro año siguiente de mil y seiscientos y „veinte y seis; pero con algunas circuns-„tancias que de nuevo se le descubrieron „de este Sagrado Mysterio. Fuera de esto, „recibiò otros favores en èl concernientes „à la fiesta; y assi juzguè, por no mul-„tiplicar inutilmente lo mismo, poner so-„lo los papeles del año de seiscientos y vein-„te y seis, supliendo alguna vez algo del „año de mil y seiscientos y veinte y cinco, „adonde hay una, ù otra cosa mas difu-„samente contada. Dice, pues, assi.

Estos dias antes de Navidad comenzò el Señor, por sola su bondad, à mostrarme las cosas que precedieron à su sagrado Nacimiento, y que acompañasse à la Santissima Virgen en la jornada que hizo à Belèn. Iba esta Señora acompañada de su purissimo Esposo San Joseph, rodeada de muchos Angeles, que la seguian. La primera noche, que eran veinte y dos de Diciembre, llegamos à una posada, donde recibieron à su Magestad con poquissimo agrado. Tenia la casa un portal grande, y à cada lado un aposentillo bien mal acomodado. En uno de ellos entrò la Soberana Reyna: sentóse en un pequeño poyo, ò tarima levantada del suelo, y San Joseph à su lado en una como silleta de costillas. Habiase la huespeda con mucha desgracia, y mostrando quànto le pesaba de que la Virgen se huviesse apeado en su casa. Llevabalo la Soberana Señora, y su Sagrado Esposo con admirable paciencia, y humildad. Alli fuè la Virgen Santissima ilustrada con grandes luces del Señor, y supo estaba yà cerca la hora dichosa del virginal parto. Passòse toda aquella noche assistiendo muchos Angeles en aquel aposentillo. Despues vì como San Joseph, yà por la mañana, con admirable reverencia, humildad, y modestia, tomò de la mano à la Virgen Santissima, y la ayudò à subir en la cavalgadura; y quitandose su capa, cubriò con ella à esta gran Señora, y quedando en cuerpo, tomò el cabestro de la cavalgadura, y comenzò à caminar delante.

Este dia à la noche, que eran veinte y tres del mes, llegamos à otra posada muy semejante à la passada en el edificio; pero muy diferente en el hospedage. Era la mesonera una muger corpulenta, que en trage, y tocas me pareció labradora. Recibió à la Santissima Virgen con mucho contento, y grandes muestras de agassajo. Entróse esta Señora à un aposentillo pequeño, que estaba à un lado de aquel portal. Vino luego la huespeda, y combidóla con grande caricia que se fuesse à calentar à una chimenèa, à la qual se entraba por una puerta grande, que estaba en frente de la puerta principal del portal, que dije; pero la Virgen, agradeciendo mucho el favor que la hacia, no admitió el regalo, y se escusó con agrado, y humildad. Vì que esta-

taba à la lumbre, y junto à la chimenèa mucha gente, y toda parecia pobre. Havia muchas meſillas diferentes, adonde todos cenaban: la bajilla era como de pobres, toſca, y me pareciò de madera. La buena muger andaba anſioſa por regalar á la Virgen, y dijoles à los hueſpedes que comian: Ha venido una Señora, hermoſa, modeſta, y diſcreta quanto ſe puede deſear: no sè quièn es; pero ſin duda debe de ſer alguna perſona grande, y muy principal. A todos daba gana de ſaber quièn ſerìa. Sacò la piadoſa hueſpeda de cierta parte una eſcudilla gracioſa de barro muy toſco: llenòla de caldo, puſola ſobre un plato de la miſma materia, y trajola á la Virgen con otra comida, que eſcogiò de lo mejor que tenia para los otros. La Soberana Señora lo recibiò con alegria, y grande agradecimiento de mano de la devota labradora, haciendo un ademàn de comer. A todo eſtaba yo preſente con dos compañeras, una Monja, y otra ſeglar, que iban conmigo. Pareciòme que me daban de la comida, y que yo daba de ella à las compañeras, dandoles priſa porque llegaſſen à recibirla. El Santiſsimo Patriarca San Joſeph ſacò un pan blanquiſſimo, à modo de roſca, para comer, y me combidò con èl.

En todo eſte tiempo eſtaba todo el portal, y aquel rinconcillo, en que haviamos entrado, lleno de Angeles del Señor, que parecia un Cielo; pero à eſta ſazon que digo, fuera de eſtos que venian acompañando à nueſtra Soberana Señora, bajaron del Cielo doce Angeles, ò poco mas: eran de los muy ſuperiores, y moſtraban grande mageſtad. Comenzaron éſtos á cantar una tonada dulciſsima al ſon de ſuaviſsimos inſtrumentos, que hacian con las voces una celeſtial harmonìa. Era toda la letra de alabanzas del Señor. Quedòme tan impreſſo en la memoria el tono, que ſi yo ſupiera ſolfa, creo, que facilmente pudiera apuntarlo. Acabada la muſica, dieron los inſtrumentos à otros Angeles menores, que con ellos eſtaban. Quedaronſe alli un buen rato aſsiſtiendo á la Virgen Santiſsima, mirandola, y reſpetandola con grandiſsimo agrado, y reverencia, como à Reyna, y Señora ſuya, y deſpues ſe volvieron al Cielo. En ſiendo hora de caminar, ſe deſpidiò la Virgen de ſu devota hueſpeda con mucho agrado; y poniendole la mano ſobre el hombro, la dijo: El Señor Todo Poderoſo te pague, hermana, el buen hoſpedage que me has hecho, que sì harà. La buena muger, con mucho reſpeto, y alegria, ayudò à la Virgen Santiſsima à ſubir en la cavalgadura; y empezando à caminar, me ſuſpendì del todo, con que perdì de viſta la viſion.

A los veinte y cinco, à la una, deſpues de media noche, me hallè con mis dos compañeras en el Portalico de Belèn: hallé que havia yà parido la Soberana Virgen: tenia à ſu Sacratiſsimo Hijo hermoſo ſobre quanto ſe puede imaginar en ſus brazos; pero haciendo puchericos, como los otros niños, y llorando. A la Santiſsima Madre ſe le caìan tambien muchas, y tiernas lagrimas de ſus ojos; pero con una ſerenidad, y compoſtura de roſtro grandiſsima, y mas que humana. Vì abiertos los Cielos, y en lo muy alto de ellos la Beatiſsima Trinidad, con una mageſtad, y ſignificacion de grandeza verdaderamente inefable, con vivas mueſtras de alegria, y de complacencia en el Niño recien nacido: eſtaba todo aquel eſpacio, que havia deſde el Trono Real de Dios, haſta el pobre Portalico, quajado de Eſpiritus Angelicos; y oì el miſmo Señor, que ſeñalando al Niño, les decia: Eſte es vueſtro Dios, y Señor, adoradle. Y luego aquella multitud de Angeles Bienaventurados, que me parecia como infinita, poſtrandoſe humildemente, con alegria inefable, adorò al Soberano Niño. Yo tambien, aunque tan indigna, lleguè à adorallo, llamando con anſia à mis compañeras que hicieſſen lo miſmo, como lo hicieron. Quedò el alma con eſta viſta extraordinariamente regalada; y pueſta en una profunda ſuſpenſion, quando volvì de ella, me hallè en mi pobre apoſento. Sea el Señor bendito. Amen.

El ſegundo dia de Navidad, como ſi yo

yo huviera merecido algo por el consuelo, y devocion que sentì, y de que el Señor me hizo merced en los Mysterios dichos, me hizo otro nuevo beneficio. Oì en el Cielo un grande ruido de truenos, no como los de acà, sino suavissimos, un estruendo vehemente, y con la experiencia que tengo, entendí, que la Sacratissima Persona del Espiritu Santo queria obrar algo: que como muchas veces he dicho à las apariciones de este Señor comunmente precede este santo ruido. Bajò su Magestad à este aposento acompañado de muchos Angeles; pero venìa debajo de unos obscuros, y como cubierto con una divina niebla; y llegandose à mí, por una parte con gravedad inmensa, y con amor inefable por otra, me dijo: Vèn, amiga mia, conmigo, llevarète à la Celestial Patria; y como quien estiende el brazo, me levantò, y al punto sus Santos Angeles me adornaron con las vestiduras, y galas que otras veces. Llevóme su Magestad al Cielo, adonde unida estrechamente á su Divino Sèr, recibì altissimas noticias de sus inmensas perfecciones por mayor, y debajo de unos divinos obscuros. Estuve assi como anegada en la luz buen rato. De aqui me llevò el Señor á otra alteza mucho mas sublime, adonde me perdì á mí misma de vista, y gocè bienes tales, que bastaban para acabar la naturaleza, y quedarme alli muerta, si la mano del Todo Poderoso no la fortificára. Quando volví en mí, me hallè en aquel primer estado de union que dije, y se me representò el mismo Señor en semejanza de un Rey riquissimamente adornado. Tenia tres vestiduras una sobre otra, de suerte levantadas, que la de encima descubria algo de la del medio, y ésta mostraba tambien algo de lo interior. Vióme su Magestad admirada de lo que estaba viendo, y dijome: Sabe, alma, que estoy vestido de Potencia, Caridad, y Fortaleza; y es razon, que tù, que eres toda mia, y mi Esposa amada, te vistas de ellas, y te parezcas à mí en algo. Yo, con toda prisa, y solicitud, respondì: No, mi Señor: no, mi Señor: de las dos no mas, Caridad, y Fortaleza. Sea assi, dijo el Señor, que la primera, que es de Potencia, y Grandeza, Yo te la guardarè para el fin de la vida. Despues que volvì en mì de este rapto, me hallè en mi rincon. Sea el Señor bendito. Amen.

„Este favor que recibiò del Espiritu Santo, fuè el año de seiscientos y veinte y cinco: puselo aqui, porque parece que se dispuso para merecello con los afectos al Mysterio del Santissimo Nacimiento. Las tres visiones, que se siguen, son del año de mil y seiscientos y veinte y seis. Prosigue, pues, en las cosas de Christo bien nuestro recien nacido, y dice assi, despues de haver contado otros Mysterios de la Fiesta de Navidad.

Volviòme à llamar el Señor, diciendo: Vente conmigo, alma, veràs la fiesta, que las almas de los Niños, que sin proprios merecimientos, con solo la gracia Bautismal gozan de mi, hacen hoy al Niño recien nacido Dios, y Hombre verdadero. Llevòme su Magestad à la Celestial Patria, y en ella me puso en un Palacio apartado, mas abajo de lo demàs del Cielo; pero tambien era Cielo. Veìa yo que se gozaban alli grandes, y eternos bienes, y que se conocia, y gozaba del mismo Dios; pero no era con aquel primor, y grandeza con que le gozan los demàs Santos. Echabase bien de vèr la diferencia de un estado à otro. En este Palacio vì à la Santissima Virgen admirablemente adornada, y enriquecida de preciosissimas joyas de gracia, y gloria, que tenia en sus sacratissimos brazos à su Santissimo Hijo. Estaba sentada en un rico Trono de inmensa Magestad, rodeada de millares de Angeles, que cantaban dulcissimamente alabanzas del Señor, y grandezas del Mysterio presente. Salian de aquel Niño Dios unos divinos rayos de luz inmortal, y gloria, que bañaban las almas de aquellos dichosos Niños, y segun su capacidad los beatificaban. Los Niños estaban como en dos hileras, unos en pos de otros, cantando, y alabando al Señor, y dandole gracias por el beneficio de nuestra Redencion; y luego postrados, le adoraron por Dios, y

Señor suyo; y el Soberano Niño les echò su santa bendicion.

El dia de San Juan Evangelista, que era el tercero de Pascua, me dijo tambien el Señor: Vèn, alma, y hallaráste en la Fiesta que los Santos del Nuevo Testamento celebran al Verbo nacido en carne. Subì al Cielo, vì à la Mageſtad de Christo Señor nuestro yà Hombre como de treinta años, con mageſtuosa grandeza, y autoridad de supremo Rey, sentado en un Trono à maravilla rico, y hermoso. Estaba este Trono encima de un Carro Triunfal, no muy alto. Tiraban de èl seis santos animales (porque aunque la forma era de animales, conocia el alma que eran santos) de color blanquissimo, y hermosissimo: cada uno llevaba en el muslo su insignia diferente. Eran ellas Sol, Luna, Espejo, Cruz, Clavos, y Corona de espinas. Despues entendì eran figura de los Santos Evangelistas, y Profetas. Ordenóse una solemne Procession en contorno de la Celestial Ciudad de Angeles, y Santos solo del Nuevo Testamento. Cantaban alabanzas à la Humanidad de Christo Señor nuestro, y grandezas de su Nacimiento. Era la musica tan admirable, y divina, que me suspendia el alma. Parò la Procession delante del Trono de la Santissima Trinidad; y en llegando à aquel mysterioso Carro, recibiò el Eterno Padre à su Hijo con grande agrado, y le dijo: *Sede à dextris meis.* Bajò el Señor del Trono, y sentòse à la diestra de su Eterno Padre; y de alli, à los Santos, y Angeles, que postrados por aquel suelo del Cielo, le adoraban por su Dios, y Señor, les echò con inefable agrado su santa bendicion.

Este mismo dia, despues de lo dicho, estando en mi ordinaria oracion, encomendandome à San Juan, le pedí, que pues era su dia, me encomendasse à Dios, y rogasse por mi pobre alma: què como este Santo tuvo tantas revelaciones, deseaba que por su medio me diesse el Señor luz para no errar en este camino, por donde su Mageſtad se sirve de llevarme. Aparecióseme en esto el Santo, y despues de saludarme, me preguntò: Què quieres, alma? Santo bendito, respondì yo, que me dè limosna; y estendì la mano para recibilla. Toma, dijo èl, y pusome en ella una rica, y preciosa dobla como de oro, estrañamente bella, y resplandeciente. Apretèla mucho, y sentì que se me entrañó en el alma, y me llenò de bienes espirituales, dejandome muy rica; prometiòme demàs el Santo seria mi intercessor. Preguntèle: Precioso Santo, còmo no le vì en la Procession de hoy? Y respondiòme: Hermana, alli iba yo al lado del Señor, y junto al Carro; pero como acà las estrellas no lucen, ni se vén delante del Sol, assi yo delante de la Mageſtad del Señor no parecia, y por esto no me echaste de vèr. Con esto se volviò el Santo al Cielo. Sea Dios eternamente alabado. Amen.

„La vision que agora pondrè, que es „la ultima de este soberano mysterio, tu- „vo esta Virgen el dia de Navidad del año „de seiscientos veinte y ocho; y dejóla es- „crita por estas palabras.

Este dia me llevò el Señor à la Celestial Patria, y me hallè presente à la fiesta que se hacia en ella al Dios Niño recien nacido. Vì un santo, y grande alborozo: una concertadissima solicitud de los Angeles del Señor cantaban, unos alabanzas à Dios; otros, no sè cómo, en lugar de tiros, disparaban estrellas, que volaban muy resplandecientes. Tiraban otros à manera de cohetes unos como relampagos de fuego suavissimo, y lucidissimo. Hicieron una solemnissima Procession al rededor de todo el Cielo, y de alli con grande regocijo bajaron à la tierra, y à su vista huyò temblando el infernal esquadron que por acà andaba. Llegaron al Portal de Belen, hallaron al Niño Dios, y à su Santissima Madre llenos de gloria, y mageſtad. Assistia alli toda la Trinidad Beatissima. Mandò el Señor à todos sus Angeles, que adorassen aquel Niño por Dios suyo, y verdadero Hombre su Señor. Todos postrados por tierra le adoraron, y luego le besaron el pie, reconociendole por su Dios, y por cabeza de Angeles, y hombres.

Acabada esta adoracion, vì, que vinieron los Pastores, y con su santa simplicidad,

dad, movidos de los Angeles, le adoraron, y ofrecieron sus dones. Despues le adorè yo, y algunas, y no pocas Monjas, y mugeres seglares, que conmigo iban, le adoraron tambien con grande devocion; entre las quales conocì algunas personas amigas mias, Monjas de San Bernardo de las Huelgas, y Dominicas de la Madre de Dios, Conventos de esta Ciudad de Valladolid, y otros dos Religiosos de Ordenes diferentes. A la postre ví, que llegaba un Caballero, que venia en compañia de otros. Entrò solo èl, y adorò al Niño Dios recien nacido. Los otros que venian con él, se quedaron à fuera parlando, y riendo, y decian entre sì: Veamos adonde và éste. A este punto cessò la vision.

CAPITULO XLIII.

Lo que la mostrò el Señor de su Sagrada Circuncision, Adoracion de los Reyes, y Presentacion en el Templo.

„PRosiguiendo Doña Marina en referir lo que le mostraron del Niño „recien nacido, dice assi, hablando del año „de seiscientos y veinte y cinco:

Andaba yo desde la Vigilia de la sagrada Circuncision muy engolfada en una contemplacion muy sobrenatural, y con grande luz del Señor, de la admirable resignacion de este Dios Niño, y nuestro Salvador en la santissima voluntad de su Eterno Padre, en orden à redimir el genero humano tan à costa suya, y à provecho nuestro. Dos dias despues, estando oyendo Missa, me mostrò el Señor este Divino Mysterio. Tenia la Virgen Santissima en sus brazos à su Sacratissimo Hijo, como acabado de circuncidar. Lloraba tiernamente el Niño muy dolorido, y el color mudado. Vertia con semblante gravissimo lagrimas la Soberana Virgen, y dabale el Pecho purissimo al Hijo de Dios, y suyo, como procurando acallarle. Echabase de vèr en la Señora una compassion de los dolores del Niño, que la traspassaba el alma. Diòme el Señor aqui un conocimiento hondo, y de extraordinaria luz de lo que passaba en lo interior de este Soberano Niño, y de su Sacratissima Madre: conocì en él claramente un heroyco acto, una voluntad prontissima de obediencia à su Santissimo Padre, con que se ofrecia à padecer muerte, y cruz por los hombres. La Sacratissima Virgen acetaba tambien de su parte esta obediencia; y como à hijo suyo, à quien havia dado su carne, le ofrecia al Eterno Padre para lo mismo con fervorosissimos afectos.

Yo, que estaba tiernissimamente movida con este espectáculo, me lleguè al Señor, y con ternura, y lastima, le dije: Dios mio, y Señor mio, cómo ha querido vuestra Magestad padecer tantos trabajos, y penalidades, pudiendo redimir el mundo por tantos otros medios, ò con sola una gota de sangre, ò una lagrimilla? Para què fuè la costa de tantos dolores, y afrentas? No me hablò exteriormente palabra el sacrosanto Niño; pero como Dios, en un lenguage secreto, y penetrante, me dijo: Assi es verdad, hermana, como lo dices; pero por obediencia de mi Eterno Padre, he querido padecer tanto, glorificandole à èl con estas penas, y mostrando à los hombres lo mucho que les quiero, para obligarles à que me correspondan amandome, y sirviendome. Oyendo esto, me lleguè mas à mi Señor Niño; dile gracias por la merced que nos havia hecho; deseé besarle los pies, y por su benignidad inmensa se los besè. Quando llegué, vì, que tenia en ellos mysteriosamente las señales de sus llagas: digo mysteriosamente, porque realmente, ni eran llagas, ni señales visibles. Dióseme à entender, que como desde el punto de su sagrada Encarnacion tuvo el Señor presentes sus tormentos, tenia tambien los pies ofrecidos, y aparejados à los clavos, que à su tiempo los traspassaron. Estuve buen rato suspensa con esta vista, y quando volví, era tiempo de comulgar.

Despues, el dia de los Reyes, me hizo su Magestad merced de enseñarme el mysterio de esta fiesta, y lo mismo que havia sucedido quando estos dichosos Santos vi-

vinieron à adorarle. Conocì como estos tres Santos Reyes eran muy sábios, y que por la ciencia natural que tenian, y la gran noticia de las sagradas, y humanas letras, y mucho mas por la luz que el Señor interiormente les comunicò al alma, y exteriormente por medio de la estrella, conocieron que havia nacido yà en el mundo este gran Dios, y Señor nuestro. Ví, que con una fè vivissima, que tenian de su Divinidad, le buscaron, entrando en Jerusalèn con peligro, y grande riesgo de la vida, y preguntando adonde havia nacido. Despues vì, que llegaban al Portal de Belèn con mucho acompañamiento de gente, y estruendo de cavalgaduras. En entrando, hallaron al Soberano Niño en los brazos de su Sacratissima Madre, que estaba sentada en compañia de San Joseph. Estaba toda aquella pobre morada hecha un Cielo, llena de Angeles, y de gloria Celestial; aunque los Reyes Santos no veìan nada de esto, sino solo el Niño, y la Madre, que echaban de sì unos rayos tan resplandecientes, que se conocia muy bien en èl, que era Dios, y Hombre verdadero. Recibiólos la Virgen con unas muestras gravissimas de grande amor.

Entonces ellos, postrados adoraron al Niño por Verdadero Dios; y reparè, que cada uno de por sí besó primero la tierra, y luego con singular reverencia, humildad, y devocion, llegaron à besarle los pies, y le ofrecieron los dones que trahian; los quales recibió de sus manos el glorioso San Joseph. En acabando la adoracion, y ofrenda, les hablò la soberana Virgen con suavissimo, y gravissimo modo de caridad, y agrado; agradeciòles el santo zelo, fé, y dones con que havian venido. Ellos tambien hablaron à su Magestad; pero no entendì yo las razones que le dijeron. Al tiempo de despedirse se levantò en pie la sacratissima Señora, teniendo à su Hijo Santissimo en los brazos; hizo à los Santos Reyes una cortesìa, quedandose siempre en el mismo lugar. El Santo Joseph saliò fuera del Portal à despedirlos. A este punto perdì la vision. Sea el Señor siempre bendito. Amen.

„Estàn los Autores antiguos llenos de „testimonios, que prueban, que en Asia „los que adoraban à sus Reyes besaban la „tierra: y assi los santos Magos, que ado„raban al Soberano Niño por Verdadero „Dios, y legitimo Rey suyo, no es ma„ravilla usassen de esta reverencial ceremo„nia, que viò Doña Marina. Otra vez, à „siete de Enero de seiscientos y veinte y „siete, viò este mismo Mysterio con las „mismas circunstancias; pero mostraron„selo, como representado en su mismo „aposento. Solo añade el aparejo que sus „Señores los Angeles hicieron para reci„bir al sagrado acompañamiento que ba„jaba del Cielo: y como despues que aca„bò la vision, se llegaron los dichos sus „Señores Angeles à darle con grande ca„ricia las buenas Pascuas. Finalmente, el „año de seiscientos y veinte y ocho, el „mismo dia de la Epifanía, le volviò el Se„ñor à mostrar este mismo Mysterio; pe„ro con muy particulares circunstancias: y „aunque algunas de ellas parece que se „oponen à las del papel passado; si se mi„ran à bulto; pero con la nota que des„pues pondrémos, verá el Lector, que „ni aun tilde discrepan. Aqui solo advier„to, que aunque uno, ù otro Padre anti„guo pensò que los Reyes adoraron al Ni„ño, estando yà en una casa, y no en el „Portal; (opinion que algunos Doctores „modernos tienen por probable) pero la „comun sentencia de los Padres, y lo que „siente la Iglesia Catholica en el rezo de „esta fiesta; y lo que los Interpretes sagra„dos mas aprueban, es, que estaba aùn el „Niño Dios con su Santissima Madre en „el mismo Portal donde havia nacido, co„mo à Doña Marina se lo mostraron to„das las veces que viò este Mysterio. Di„ce, pues, ella lo siguiente:

Este dia de Reyes passado, deseè tener oracion, y meditar este Mysterio por el camino seguro, y ordinario, figurando en mi imaginacion las personas, y lugar; como me hallaba presente á todo lo que passò en la adoracion de este Señor. Procuraba mucho avivar la imaginacion, y no podia formar en ella figuras; porfiaba mas con-

migo, y podia menos. Entonces me dijeron mis Señores los Angeles: Hermana, no te canses, que no podràs: no te lleva yà el Señor por esse camino. A este punto vì à su Mageftad, que me dijo: Quieres tù hallarte à la adoracion de los Reyes? Yo te llevarè, y representarè muy al vivo; y mas, que harè Yo la representacion, que soy el mesmo que fuè alli adorado. No, mi Señor, respondì yo, no quiero cosas extraordinarias. Ea, que sí, volviò el Señor: si tù quieres, yo lo harè. Con todo esso yo me encogia, y significaba mi repugnancia. Acaba, alma, me dijeron entonces mis Señores los Angeles: haz lo que el Señor te ofrece, que nosotros te llevarémos al Portal de Belèn. Aun asi no me inclinaba yo, hasta que su Mageftad lo ejecutò de hecho.

Hallè aquel Portal, aunque pobre, muy limpio, y asseado. Tenia la Santisima Virgen el vestido de un paño no grossero, sino fino; su color azul obscuro, que tiraba à morado: el manto leonado, tambien obscuro. Estaba sentada en un asiento no tosco, à manera de silla; pero de madera, que parecia de la color del que acà llamamos palo santo. Tenia en sus brazos à su Sagrado Hijo, à quien daba su virginal pecho, que estaba descubierto. El Soberano Niño estaba embuelto en pañales limpisimos, y las mantillas eran muy asseadas. Mostraban la Señora, y el Niño, en medio de una blandura humanisima, tan grande mageftad, que se echaba de vèr, que él era tambien Dios, y ella Madre suya. San Joseph estaba tambien alli, aunque algo apartado. En medio de aquel Portal havia una mesa quadrada, cubierta con un mantel muy blanco, y asseado, encima un plato, y en éste una rosca de lindisimo pan, y unos otros bocados, que no vì bien de qué eran.

Estando yo mirando esto, entraron los Reyes sin hacer mucho ruido; y antes de llegar, como dos, ò tres varas, al lugar donde estaba la Virgen, se postraron por tierra, y luego, levantandose, fueron à adorar al Niño Dios. Recibiòlos la Soberana Señora con grande caricia, y gravisima modestia; no se levantò, sino que con la cabeza, inclinando algo el cuerpo, les hizo cortesìa: San Joseph fuè quien los reverenciò. Puso entonces la Virgen al Sacrosanto Niño sobre su regazo, buelto aquel divino rostro á los Reyes, los quales, adorandolo, le besaron los pies, y ofrecieron sus dones. Eran estos dos vasos como dos redomas, una de Incienso, y otra de Myrra, y Oro; pareceme à mì, que el oro eran dos pedazos como dos libras de hierro con que acà pesamos. Todo esto le pusieron encima de la mesica, que estaba en el Portal. Hecho esto, se levantaron, y se fueron los Reyes no sè adonde, porque no los vì mas. No saliò San Joseph con ellos, sino quedandose alli, llegò à la mesa, hizo dos pedazos pequeños de la rosca, y en el mismo plato se los llevò à la Santissima Virgen para que comiesse. Notè, que con un agrado modesto, y amor castisimo de Esposo, juntò el Santo Patriarca una sumision, hincando la una rodilla con grande reverencia al darle el plato à la Soberana Señora. Su Mageftad lo recibiò con grande agrado, haciendo ademàn de que comia.

Pedìle aguinaldo à esta Señora, y me lo concediò para mí, y para mis conocidos, y para las amigas que conmigo fueron, Monjas, y Seglares. Ofreciòme San Joseph de aquel blanquisimo pan: yo me encogì mucho, y no me atraví à recibirlo; pero el Santo, viendo mi encogimiento, tomò del pan, y con su mano le puso en mi pecho. Fueron grandes los afectos que sentí à vista de este mysterio, hasta que vuelta en mí, me hallè en mi rincon. Sea el Señor eternamente bendito. Amen.

„El que quando el Señor revela un „mismo mysterio dos veces, y en diversos „tiempos, descubre en la segunda algunas „circunstancias, que no se vieron la prime„ra, y omiten tambien algunas de las que „la primera vez se descubrieron, no hace „ninguna dificultad à quien lee los Profe„tas sagrados, y el Apocalypsi. Notanlo „con San Geronymo los Interpretes en el „cap. 1. y cap. 10. de Ezechiel. Por esso „Doña Marina, haviendo visto la primera „vez, que los Reyes besaron la tierra, pudo

„do no verlo la segunda; ò lo supo quando dice se postraron, y adoraron al Niño. Tampoco hay dificultad que en el Portal huviesse mesica, y silla menos tosca, porque no se puede dudar, que la prudente diligencia, y debida solicitud de San Joseph, ò de algunos conocidos de Belèn, ò de los devotos Pastores, sacaria prestadas algunas pobres alhajas, que sirviessen al Soberano Rey, y à su Madre los dias que alli havian de estàr.

„Toda la dificultad està en algunas circircunstancias que aqui añade, que parece se oponen à las otras. Dijo arriba: *Vi que llegaban al Portalico de Belèn con mucho acompañamiento de gente, y estruendo de cabalgaduras.* Aqui dice: *Entraron los Reyes sin hacer mucho ruido.* Esto no se opone de ninguna manera. Llegaron los tres Reyes con estruendo grande al Portal, pero apeados; y al entrar en él, guardaron la composicion, y quietud que les fuè posible. En la primera vision los venia ella siguiendo desde su tierra, hasta Jerusalèn, y de alli al Pesebre: cuenta el ruido que viò al llegar, que es lo que suele acontecer al llegar à la posada. En la vision presente tenianla à Doña Marina dentro del Portal, ni la mostraron el estruendo que la gente, y cabalgaduras hacian fuera, sino la reverencia compuesta, y poco ruido con que los Santos entraron dentro.

„En esta segunda vision dice de la Virgen: *No se levantò, sino que con la cabeza, inclinando algo el cuerpo, les hizo cortesìa.* Habla Doña Marina del tenor que guardò esta Soberana Señora al recibir los Santos Reyes. No contradice esto nada à lo que havia dicho en la primera vision, del modo con que los despidiò; adonde dice: *Al tiempo de despedirse, se levantò en pie la Sacratissima Señora, &c.* Convienense los tiempos: ajustaránse las verdades. Enseñaronla à Doña Marina la primera vez, quál se hubo la Reyna del Cielo al despedir los Reyes, y quál al admitirlos en la segunda. Querer apear agora por què esta gran Señora recibe sentada, y despide en pie, fuera mas comentar el mysterio, que escribir la Historia. Passo à otras mayores dificultades, en que alguno puede reparar.

„En la vision de arriba dice: *Ofrecieron los dones que trahian, los quales recibiò de sus manos el glorioso San Joseph.* En ésta, despues de describir los dones, añade: *Todo esto lo pusieron encima de la mesica, que estaba en el Portal.* Lease con atencion el contexto, que no exprime quién puso todo aquello sobre la mesica, y sin duda à mi parecer habla de San Joseph; pues consiguientemente, hablando de los Reyes, añade: *Hecho esto, se levantaron, &c.* Consta de esta vision, que nuestra Señora con su Santissimo Hijo estaba algo apartada de la mesa, que por esso se dice abajo, que de ella trajo San Joseph la comida á la Virgen Madre. Segun esto, si despues de puestos los dones sobre la mesa, se dice, que los Reyes se levantaron de adorar al Niño, no son ellos los que los pusieron; y no es duro modo de hablar, aunque sea solo San Joseph el que puso los dones, que recibiò de mano de los Reyes, sobre la mesa, que diga Doña Marina: *Pusieron.* Assi hablamos todos en casos semejantes, quando pongo por exemplo decimos, pusieronme la mesa, dieronme aguamanos, traxeronme la comida, &c. aunque sea una sola persona que lo hace; pero demos que viò aqui Doña Marina, que los mismos Reyes pusieron sus dones sobre la mesa, de la mesa los recogeria sin duda San Joseph; y assi en la primera vision, donde no le mostraron mesa, sino los dones, primero en manos de los Reyes, y despues en las de San Joseph, pudo decir con la misma verdad, que éste los recibiò de la mano de aquellos.

„La ultima dificultad, que parece mas dura, tiene, á mi pobre juicio, mas llana, y facil la salida. En la primera vision dice: *Que despedidos los Reyes de la Virgen, y del Niño Dios, el Santo Joseph saliò fuera del Portal à despedirlos.* En esta segunda dice: *Hecho esto, se levantaron, y se fueron los Reyes no sé adonde, porque no los vì mas: no saliò San Joseph*

„*con ellos, ſino quedóſe allí.* Eſtà tan fue-
„ra eſta ſierva de Dios de encontrarſe aqui „con lo que havia dicho arriba, como ol„vidada, ò varia, que antes parece claro, „que hace en eſta viſta aluſion à la otra, y „cuenta la diferencia de lo que viò. Es, „pues, la coſa, que en eſta poſtrera viſion „no le moſtrò el Señor nada de la deſpe„dida, y palabras mutuas de los Reyes, y „de nueſtra Señora, porque lo havia viſto „la primera vez; y aſsi tampoco le moſtrò „aqui la ſalida de San Joſeph del Portal, „que fuè parte de eſta ſolemne deſpedida. „Por eſſo en eſta ultima viſion no habla de „los Reyes, como deſpedidos, ſino como „de coſa, que acabada la parte de la repre„ſentacion que entonces hacian, ſe deſapa„recieron. Quedo, pues, San Joſeph para „proſeguir en la comida de la Virgen, que „entonces querian moſtrarle, ultra de lo „que la vez primera havia viſto.

„Baſta eſto para probar ninguna contra„riedad en las viſiones; y ſerà ſin duda co„ſa bien admirable à los Maeſtros que tra„tan almas, vèr, que apenas hay perſona, „por mas levantado, y ſeguro eſpiritu que „tenga, en cuyas revelaciones, aunque ſean „pocas, no cueſte ſiempre trabajo (ſegun „ſon de obſcuras las hablas, y viſiones del „Señor) ajuſtar unas à otras; y que las de „Doña Marina, ſiendo innumerables, ſean „tan coherentes entre ſí, que ſolo ſe tope „un papel que requiera ajuſtamiento con „otro, y eſte tan facil de hallar. Sea el Se„ñor ſiempre alabado, como es ſiempre „maravilloſo en ſus Santos.

„Paſſemos à otro myſterio, que el Señor „le moſtrò el dia de la Purificacion del año „de ſeiſcientos veinte y nueve, de como „ſu Mageſtad fuè preſentado en el Tem„plo; à que ſe añade otro favor, que lue„go el dia ſiguiente recibe, lo qual todo „eſcribe ella por el tenor ſiguiente:

A dos de Febrero, dia de la Purificacion de nueſtra Señora, me hizo el Señor merced que me hallaſſe en el Cielo, para gozar de la fieſta que en èl ſe celebraba de eſte myſterio. Al punto que ſubí à eſta Santa Ciudad, vì à la Sacratiſsima Virgen tan llena de reſplandor inmortal, y extremada belleza, que me causò mayor admiracion, que algunas otras veces. Tenia en ſus brazos, ſobre un velo mas luciente que el Sol, à ſu Santiſsimo Hijo hermoſiſsimo; y que en la luz inmenſa que le bañaba, probaba claramente, que era verdadero Dios, y Hombre. Fuè toda eſta viſta por junto tan admirable, que excede todo humano, y angelico encarecimiento. Ordenòſe una ſolemne proceſsion de todos los Celeſtiales Corteſanos, que iban cantando alabanzas, y dandole gracias al Señor, por haverſe hecho Hombre. Iban en contorno de toda aquella gran Ciudad, y cerraba el acompañamiento la Soberana Reyna con ſu Hijo en los brazos, y à ſu lado el glorioſiſsimo Patriarca San Joſeph. Yendo aſsi caminando, reparè, que la Santiſsima Virgen hacia en cierta parte una profunda humillacion; y deſpues ſupe del Señor era aquel lugar el que correſpondia al Monte Calvario, donde ſu Sagrado Hijo havia ſido crucificado. Llegò, y parò la Proceſsion delante del Trono de la Santiſsima Trinidad, adonde eſta Señora, hincadas las rodillas, ofreciò al Eterno Padre ſu Santiſsimo Hijo, para el remedio del Genero Humano, reſignada toda en ſu divino beneplacito; y eſto con tanto afecto, amor, y voluntad, y con actos tan heroycos, que aſſombrò à toda aquella Celeſtial Ciudad, y à mi pobre alma la dejò con un paſmo exceſsivo. Luego todos aquellos Bienaventurados Eſpiritus ſe poſtraron dando gracias al Señor, y reverenciando à la Virgen Reyna ſuya; y levantados, empezaron muſicas nuevas, cantando alabanzas del Señor por el beneficio de nueſtro remedio, y juntamente celebraban las grandezas de ſu Madre.

Paſſado eſto, ſe llegò à mì la Soberana Señora, y con grande caricia, y amor, echandome el velo que dije ſobre mis brazos, con grande temor, y pavor mio, y eſpanto de la divina miſericordia, me puſo en ellos aquel Sacratiſsimo Niño. Hallème muy corrida, y por otra parte deslumbrada de los rayos que ſalian de la divina hermoſura de aquel Señor. Con eſte ſacroſanto teſoro en mis indignos brazos, fui llevada en compañia de la Santiſsima Virgen

à

à otro lugar adonde estaba el Santo Simeon. Tenia delante de sì un Altar, y recibiendo de mis manos al Santissimo Niño con suma reverencia, comenzò à cantar: *Nunc dimittis servum tuum Domine, &c.* Luego los Angeles, con voces, y melodìa, verdaderamente celestiales, prosiguieron, y acabaron todo el cantico. Despues de esto volviò el Santo Viejo aquel Sacratissimo Niño à su Madre Santissima, la qual en sus brazos le trajo segunda vez delante de la Beatissima Trinidad. Aqui el Padre Eterno con ternissimo amor le dijo: *Sede à dextris meis, donec ponam inimicos tuos, &c.* y le sentò à su diestra. Suspendíme del todo à vista de tan altos mysterios, y quando volvì en mì, hallème en mi pobre rincon.

Luego el dia siguiente por la mañana, estando en mi oracion ordinaria, con los dolores, y cuidados que suelo, oì al Señor que decia: Cansada estàs, alma, vente conmigo, veràs lo que passa, y te consolaràs. Yo, con mis temores, rehusaba darme por entendida, y quedème en mi oracion mas de otra hora, hasta que su Magestad segunda vez me llamò, llevandome de hecho à la Celestial Jerusalèn; y poniendome junto al Trono del Cordero, vì que salia de alli un rio caudalosissimo, que regaba, y rodeaba todo el Cielo; y con ser las aguas clarissimas, y mas transparentes que el crystal, tiraban algo à color de sangre. Havia à una, y otra parte de las riberas de este rio innumerables Angeles, que bañando unos como hysopos en aquella agua, ò sangre, rociaban con ella todas las criaturas racionales. Diòseme à entender, que era aquel gran rio el de los merecimientos, y sangre del Cordero Divino, Christo bien nuestro, y que rociaban con ella à todos los hombres buenos, y malos; porque por todos havia muerto, y à todos les daba suficientes auxilios, y luz para el conocimiento del verdadero Dios, y que de parte de los malos estaba el no querer aprovecharse de tan preciosa sangre, como los buenos se aprovechaban. Vì entonces à mi lado todos mis conocidos, y amigas, y personas que se me havian encomendado en mis pobres oraciones, assi Religiosos, como Monjas, y señores seglares. Yo, sin acordarme de mì, estendia los brazos, llamandolos á todos, y pedia à los Angeles los rociassen. Assi lo hicieron, y los llenaron de aquel divino licor de la Sangre de Jesus, conforme à la capacidad de cada uno, quedando todos consoladissimos. Pedì luego à los Santos Angeles me rociassen tambien à mì. Sì harèmos, por cierto, respondieron ellos. Vìme bañada de aquella preciosissima sangre, que me dejò contenta, y alentada. Entonces, en aquel Trono soberano del Cordero se me descubriò la Persona, y Magestad de Christo Señor nuestro. Gocè un rato la gloria de aquella vista. Sea èl eternamente bendito. Amen.

CAPITULO XLIV.

Muestrale el Señor los Mysterios de su Passion.

„POR el mes de Enero del año de „seiscientos y veinte y seis, con „cierta ocasion, le representò su Magestad „à esta Virgen el tormento durissimo que „padeciò quando le coronaron de espinas. „Cuenta ella lo que sintiò compadecida „por estas palabras:

Un dia de estos me hallè presente al tormento, y dolores que passò Christo Señor nuestro quando le coronaron de espinas. Vìle à este Señor en una figura tan viva de penas, y tormentos, que se atravessò de un vehementissimo dolor mi corazon, compadecido de sus fatigas. Postréme en el suelo, reclinando la cabeza sobre mis manos: llorè amargamente los tormentos que padecia mi Señor; y era tan grande mi pena, que no podia mirar su sagrado rostro, sino passaba gimiendo, y derramando lagrimas, compadeciendome tiernamente. Oìa las voces, y la algazára de los Sayones, el ruido que havia en aquel lugar, que aumentaba excessivamente mi dolor. Llegabanse à mì mis Señores los Angeles, y con grande caricia me decian:

cian: Vente, alma, vente con noſotros. Pero yo eſtaba tan traſpaſſada de la pena, y tan deſeoſa de eſtarme à los pies de mi Señor, que tan afligido, y atormentado padecia, que no les reſpondí otra coſa, ſino: Dejenme, Señores, dejenme. Sucediò eſto algunas veces, haſta que el miſmo Señor, aunque tan lleno de penas, con grande amor, y como compadeciendoſe de mì, me dijo: Vete, alma, vete, que en otra forma me veràs allà. Con eſſo me trajeron mis Señores los Angeles à mi apoſento. Eſtando yà en èl, vì otra vez al miſmo Señor con aquella figura en que conversò con los hombres; y en viendole, me diò ſu Mageſtad una luz grande para conocer algo de lo que era aquel gran Señor en quanto Hombre, manifeſtandome aquella promptiſsima obediencia, y aquella encendida caridad con que ſe ofreciò à los trabajos, y penas, y à tan dura muerte por el reſcate del Linage Humano. Conocì ſus admirables virtudes, ſus altiſsimos merecimientos, y aquellos encendidos deſeos de nueſtra ſalvacion. Quedò mi alma del conocimiento de eſtas prerrogativas con tan rara admiracion, y en grado tan ſuperior, que me dura, y creo durarà ſiempre, de ſuerte, que no ſabrè explicarla. Bendito ſea el Señor, que nos diò, en darnos à Chriſto, tan gran teſoro. Amen.

„Porque de algunos paſſos particulares „de la Sagrada Paſsion de nueſtro Re„demptor, y de la noticia que de ellos die„ron à Doña Marina, ſe ha dicho en otras „partes; pondrè ſolo en eſte lugar la eſ„pecial revelacion, que muy por menu„do, y por ſus dias continuados tuvo „la Semana Santa del año de ſeiſcientos y „veinte y ocho, que ella refiere aſsi:

Sabado quince de Abril, viſpera del Domingo de Ramos, al amanecer, me llevò el Señor à viſta de un rio caudaloſo, y todo él de ſangre. A las riberas de éſte havia muchos Angeles hincados de rodillas, con ſemblantes muy triſtes, que adoraban aquella ſangre. Diòſeme à entender que era la Sangre de Jeſu-Chriſto Señor nueſtro. Eſtando alli, me fueron moſtrados muy por menor, y cada uno por sì, los paſſos de la Paſsion de eſte Señor: la Oracion del Huerto, el prendimiento, y aſsi los demàs, viendolos en la Perſona Sacratiſsima, que los padecia, con una ſobrenatural luz, tan diſtinta, y clara, como ſi realmente me hallára preſente al lugar, y tiempo en que ſe obraron; y aunque eſto que ſu Mageſtad exteriormente padecia, me admiraba mucho, era ſin comparacion mayor el paſmo, viendo lo interior del alma de eſte Señor, (que con la divina luz ſe me manifeſtaba mucho mas clara que la mia propria) y lo que paſſaba dentro de aquel amoroſo, y afligido corazon. Fué tan grande el dolor, y anguſtia de mi alma, que fuè mucho no perder la vida. Comencè à deſfallecer, porque vi, y ſentí tan penoſos, y laſtimoſos objetos, que no hay como ſignificarlos. A los azotes no me fuè poſſible dejar de divertir la viſta; porque me ſentí perecer à viſta de tan inhumana crueldad. No hay lengua que pueda decir algo de lo que alli padeciò mi Señor. Ví deſpues el myſterio de la Cruz, y quando levantaron en alto al Señor; y entonces, juzgando yo ſe me acababa la vida, corrí con pena, y violencia, como ſaliendo de mí, y me abracè con ſu Mageſtad, que eſtaba vivo en la Cruz: apretèle eſtrechiſsimamente: parece que me daban nuevas fuerzas mis anſias penoſiſsimas. Oí las ſiete palabras que decia; y al pronunciar aquellas: *Dios mio, Dios mio, por què me deſamparaſte*? me moſtrò el Señor muy al vivo quán grande fuè aquel deſamparo como padecia aquella Sacratiſsima Humanidad, unida al Verbo, con las miſmas anguſtias, que ſi realmente ſe quedára conſigo ſola. Era una coſa terribiliſsima: no hay cómo decilla. Quando oì la ultima palabra: *En tus manos, Padre, encomiendo mi eſpiritu*, que la dijo el Señor con un clamor grandiſsimo, y ví que eſpirò, no sè como no acabè del todo: sè que ſe llegò à mí un Santo Angel, diciendo: Detente, alma, que desfalleces: apartate, que moriràs. Yo, como pude, ſolo reſpondì: Dejeme, Señor Angel, morir

rir aqui con mi Señor; y aunque mas me porfiaba, no havia remedio de apartarme.

Llegò en esto el tiempo de darle la lanzada, y como yo estaba abrazada con aquel Sagrado Cuerpo difunto, entrò la lanza por un lado, y sin tocarme, rompiò el pecho del Señor, saliendo de la llaga un grande golpe de sangre, que me bañò toda. Creciò mi ansia lo que no puedo exagerar. Entonces, desenclavandose el Señor de la Cruz, echò los brazos encima de mis hombros; y asi, abrazado conmigo, le llevè à la Santissima Virgen su Madre, y se le puse en su regazo, diciendo: Aqui sí, mi Señor, que estareis muy bien, y en el mejor lugar del mundo. Descubriòme aqui su Magestad con una luz muy particular, quál estaba el interior de su Santissima Madre, las penas, y resignacion de aquel purissimo corazon. Pareciame que eran siete como agudissimos puñales los que le atravesaban. Es de advertir, que viendo mi alma estos Mysterios en sì mismos, y como si realmente passáran alli presentes, por otra los veìa tambien, y se me retrataban en aquel rio que dije al principio, como en un espejo claro, y crystalino.

Despues de esto vì, que los Santos Nicodemus, y Joseph, pidiendo licencia à la Soberana Señora, tomaron aquel sagrado Cuerpo, y embolviendolo en una sabana, lo pusieron en una caja, y lo llevaron al santo Sepulcro. Luego aquellas Santas Mugeres que alli havia, que no eran muchas, sino pocas, llevaron à la Santissima Virgen à su casita, consolandola; y la benignissima Señora tambien las consolaba à ellas. No vì entonces que fuessen al Sepulcro. Yo me fuì con la Soberana Reyna à su casa, y viendome en ella, queria, y pedia quedarme con su Magestad, y dijome entonces: No, hermana, que vives aùn en carne mortal, y desfalleceràs. Trajeronme entonces mis Señores los Angeles à mi rincon. Durò la vision mas de dos horas; porque quaudo volví del rapto eran las cinco.

Aqui el Santo Angel de mi guarda, viendo la flaqueza grande con que havia quedado, me alentaba; y poniendo su mano sobre mi cabeza, me decia: Ea, hermana, alientate; pero yo tenia tan vivamente presentes aquellos dolorosos Mysterios de mi Señor, que se me arrancaba el alma de pena, y nada me consolaba. A este tiempo vì, con la magestad que suele mostrarse, la sacrosanta Persona del Espiritu Santo, que me alentò, y dijo: Vente conmigo, alma, y descansaràs. Señor mio, respondì yo, no es agora tiempo de descansar, sino de padecer: dejeme, Dios mio, vuestra Magestad, adónde havia yo agora de ir? Pero viendo su Magestad que desfallecia, me rociò con un licor como sangre, y con esto me alentè, volvì en mì, y cobrè fuerzas. Sea este Señor siempre alabado, y bendito. Amen.

Asi passè, hasta que el Jueves Santo al amanecer llegaron à mì unos Santos Angeles, y cubriendome toda con un velo negro, comenzaron à entonar con una musica admirable lo que se suele cantar sobre los cuerpos muertos quando los llevan à enterrar. En acabando el canto, que me causò grande novedad, y admiracion, me levantaron por tres veces en alto el cuerpo, juntamente con la camilla en que yace enfermo, y otras tantas me bajaron. Despues de esto, me cubrieron con un rico velo de oro muy resplandeciente, y hasta agora no entiendo este mysterio.

Sentì que me querian llevar à la Celestial Jerusalèn, y rehusaba yo mucho la ida, diciendo: Agora no es tiempo de gozar, sino de padecer contigo, Señor mio. No me valiò decirlo. Llevaronme, adonde uniendome consigo el Señor estrechissimamente, gocè en aquel Sér inmenso de grandes bienes. Vì luego à su Magestad muy ayrado, y con un semblante como de terrible enojo, que me ponia gran miedo, y no me atrevia à mirarle. Señor mio, dije yo, què es la causa de tan grande enojo? Su Magestad me respondiò, que estaba asi contra el pecado de Adàn, que tanto daño havia hecho, inficionando el Genero Humano, para

ra cuyo remedio fuè necessario hacerse Dios hombre, y padecer muerte para rescate suyo. Pues, Dios mio, repliquè yo, no bastarà qualquiera obra de esse Señor Dios Hombre, por minima que fuera, para esto? Sì: muy bien bastára, dijo el Señor; pero vosotros sois tales, que si fuerades redimidos à poca costa, no hicierades caso del remedio, y asi convino lo que se hizo para esto, y para otros altissimos fines mios.

De alli me llevaron al Huerto, adonde vì à Christo bien nuestro, que oraba: mostraronme con luz particular las congojas, y aflicciones que entonces padecia, que son bastantes para acabar la vida de pena. Víle sudar sangre, que por entre sus vestiduras corria hasta el suelo. Víle hablar à los Discipulos que dormian; y al tiempo que llegaron para prenderle, llegò à mì un Angel, y me apartò de alli, porque no viesse aquel passo: parece que no fuera possible vèr la crueldad con que trataron alli à su Magestad, sin que, segun yo estaba, no me acabasse el dolor. Volvì despues, y hallème en mi rincon. Sea el Señor bendito. Amen.

El Viernes Santo me mostrò el Señor una solemne Procession, que se hacia en la Celestial Jerusalèn, que me causò singular novedad. Vì à mis Señores los Angeles con muestras de tristeza, aunque ésta no puede caber en ellos. Estaban vestidos de negro, fondo en oro. De esta manera, con todos los demàs Angeles del Cielo, ordenaron la Procession en dos hileras muy largas. En medio de ellas iban quatro Angeles mas superiores: el era uno de estos el Archangel San Miguèl, otro San Gabrièl: no conocì los otros dos. Llevaban éstos quatro vanderas negras en sus manos. A la postre iba la Santissima Trinidad, y Jesu Christo Señor nuestro vestido de sus ordinarias vestiduras, como quando vivia en esta vida mortal, con semblante de grande afliccion, y congoja. Anduvo la Procession en contorno de la santa Ciudad, con grave, y celestial musica; pero eran las canciones tristes, y lastimeras, tocantes á la Passion, y Muerte del Señor. Vino à parar aquella sagrada Procession al lugar mismo de donde havia salido. Sentòse la Beatissima Trinidad en su soberano Trono, y Jesu-Christo Señor nuestro se arrodillò, y postrò delante del Eterno Padre, el qual, echandole su bendicion, le dijo: Hijo, no puede dejar de ser que murais por el Genero Humano para su rescate. Asi conviene à mi gloria. Aceptò el Santissimo Hijo la obediencia con promptissima voluntad. Luego se levantò, y me mostrò todos los passos de la Passion, cada uno de por sì, por el mismo orden, y con el mismo dolor, y sentimiento mio, como el Sabado passado. Despues de buen rato volvì de la suspension.

Quando llegò el Sabado Santo, deseaba yo comulgar, porque me dijeron se podia decir Missa. Despues, por ser esto cosa menos usada, me pareciò mas conveniente, y de mas servicio de nuestro Señor, que aquel dia no se me dijesse Missa. Su Magestad me aprobò la resolucion, y añadiò: No perderàs por esso, hermana, el fruto de la Comunion. Sea èl eternamente bendito. Amen.

CAPITULO XLV.

Mysterios de la Resurreccion del Señor; virtud, y gloria de su Cruz.

„COMO nuestro gran Dios le daba „tanto que padecer á esta Virgen, „representandole los Mysterios de su sagra„da Passion; asi la consolaba tambien à „vista de los gozos de su gloriosa Resur„reccion. Empiezo por lo que viò de „este Mysterio à siete de Abril del año de „seiscientos y veinte y quatro, que ella „refiere asi:

Dia de Pascua por la mañana me llevò el Señor al lugar del santo Sepulcro: parecióme era un campo muy grande, y capáz. Vì rodeado todo aquel santo lugar de gran numero de Angeles, que le veneraban. Descubrióseme luego un resplandor admirabilissimo, que llenaba todo aquel campo de gloria. En èl venìa el Alma sacratissima de Jesu-Christo Señor nues-

nueftro. Entròfe en el fagrado Sepulcro, uniófe à fu facratifsimo Cuerpo, y vífe luego al Señor refucitado en pie, encima del Sepulcro, con grandifsima gloria, y mageftad indecible. Todos los Angeles le adoraron por fu Dios, y Señor. De ahì à un poco fe fuè efte Señor à cafa de fu Santifsima Madre, llevando configo todas las Almas, que havia facado del Limbo. En llegando, la faludò con fingular amor, y caricia, y con una gravifsima ternura la abrazò. Abrazóle tambien la Virgen con fuma modeftia. Defpidiòfe el Señor, diciendo iba à vifitar à la Magdalena, y à los Difcipulos, que eftaban defconfolados. Hincófe la foberana Señora de rodillas, y le pidiò à fu Sacratifsimo Hijo le echaffe fu fantifsima bendicion. Hizolo afsi fu Mageftad, diciendo, que en quanto Dios, fe la daba de muy buena voluntad; y añadiò: Agora en quanto Hombre, vos, Madre, y Señora, me la haveis de dàr à mì. La Virgen, con profunda humildad fe la echò, inclinando Chrifto bien nueftro un poco la cabeza; y luego pidiò la mano à fu Santifsima Madre, y fe la besò, y con efto fe fué el Señor.

De ahì à buen rato me hizo la Virgen Santifsima merced de vifitarme en mi rincon. Saludòme fu Mageftad, dandome las buenas Pafcuas; y añadiò: Hermana, vengo por tì: vente conmigo, que pues has padecido tanto por el Señor eftos dias, jufto es goces agora de la gloria de fu Refurreccion. Tomóme de la mano efta gran Señora, y llevóme à la Celeftial Jerufalèn. Pufome delante de la Mageftad de Dios Trino, y Uno. Alli ví que los Angeles adoraron de nuevo la facratifsima Humanidad de Jefu-Chrifto Señor nueftro, y me llegaron tambien à mí para que la adoraffe. No fe puede explicar, ni concebir la fiefta, y regocijo de efta foberana Corte efte dia. Gocè, à mi modo, de bienes inefables; y acabada la folemnidad, y recibida la bendicion del Señor, me trajo la mifma Virgen à mi rincon. Aqui pedì à fu Divina Mageftad me dieffe ella tambien fu bendicion. Hizolo, diciendo: Bendita feas tù, y quanto en tí tienes: quedate en paz.

Luego el Jueves figuiente de efta mifma femana, vì otra vez al Señor refucitado, veftido de una riquifsima veftidura hafta los pies. De las fantifsimas llagas, que tenia en éftos, en las manos, y en el coftado, falian como unas doblas de oro muy refplandecientes, que luego fe volvieron en unas como eftrellas, defpidiendo de sí una luz bellifsima. Comencè à retirarme, y encogerme con mis temores. Entonces mi Santo Angel de la guarda me diò una manera de encontron, impeliendome, y dijo: Acaba, alma, comienzas yà à temer? Sofleguème con efto, y ví, que de aquellas facratifsimas llagas, ò eftrellas, falian yà tan grandes refplandores, que me encubrian lo reftante del fagrado Cuerpo. Saludóme el Señor, diciendo: Paz fea contigo, alma: quiero que goces de la gloria de mi Refurreccion, pues te cupo tanto de los dolores de mi Pafsion; y afsi, eftos dias te vifitarè algunas veces. Yo me poftrè à fus fagrados pies, que fe me reprefentaban como pueftos fobre una myfteriofa peana. No pude entender de què; folo me pareciò, que tenian debajo de sì la muerte como vencida. Pude llegar, y atrevíme à befarle el dedo de uno de los pies de mi Señor, que el otro pie eftaba algo levantado. Gocè por algun tiempo tan grandes júbilos de aquella alegrifsima vifta, hafta que fe defpidiò el Señor, diciendo: Quedate en paz. De ahì à ocho dias, Jueves de Quafimodo, volviò el Señor à hacerme la mifma mifericordia, moftrandofeme con la mifma gloria de fu Refurreccion, aunque diò de efta vez à mi devocion mas atrevimiento, y confianza. Sea èl bendito. Porque poftrada à fus pies, besé aquellas fantifsimas llagas, y defpues lleguè à la llaga del coftado, arrimè aqui los labios, y me pareciò fe me comunicaba por ella la virtud de la fangre de efte Señor; el qual, al defpedirfe, me echò fu fanta bendicion, y fe fuè. Sea èl bendito. Amen.

Pocos dias fe pafsaron, y repitiò fu Mageftad el favor de vifitarme; pero con muy nuevas circunftancias. Víle refucitado, y gloriofifsimo; y con una particular luz que me infundiò, conocí, al modo que en efta vi-

vida mortal puede conocerse, como estaba con aquel Señor toda la Beatissima Trinidad; y como èsta tenia à la sacratissima Humanidad de nuestro Redemptor dentro de sì misma; con esta diferencia, que la segunda Persona estaba unida con aquel Cuerpo Santissimo, y Sacratissima Alma; y las otras dos, solo acompañandole. Hablòme el Señor, diciendo: Paz sea contigo, alma. Yo, postrada, fui luego à querer besarle los pies; pero su Magestad me dijo: Detente, hermana, que no es tiempo agora; como dandome à entender, que haviendoseme mostrado como entrañado en la Beatissima Trinidad, no le podia yo tocar. Retirème luego, y vì, que de las manos, y como por las puntas de los dedos de aquel Señor, salian unas gotas de sangre. Estuve mirando, y gozando de este Mysterio un rato. Despues su Magestad rociò con ella mi rostro, y pobre lecho, comunicandome su preciosissima virtud. Cubrieronme luego el rostro con un velo delgado, en el qual, mysteriosamente se empapò toda la sangre con que me havian rociado. Quitóme luego este velo el Santo Angel de mi guarda, y le guardò en sì mismo. Echóme su Magestad la bendicion, y quedème del todo suspensa; y quando volví en mì, se havia acabado la vision. El Señor sea bendito. Amen.

„El año de mil seiscientos y veinte y „siete, aunque no fuè por tiempo de „Pascua, tuvo Doña Marina otra vision „tocante à este Mysterio, y en ella otros „favores, que refiere asì:

Domingo à veinte y quatro de Enero, entre tres y quatro de la mañana, estando con nuestro Señor, y movidos con grande fuerza los afectos de mi alma, fuè èsta arrebatada de su Magestad, y puesta en èl, al modo que un pajarito preso de un hilo, suele dar uno, y otro buelo ácia lo alto. Hallème con un conocimiento grande, segun la capacidad de esta vida mortal, de los atributos de nuestro Dios, de su grandeza, inmensidad, sabiduria, y otros. Y quando llegò el Señor à darme noticia de su omnipotencia, fuè tanto lo que alli se descubrió à mi alma, que no cupo en ella, y asi quedò como anegada, y perdiendose de vista en aquel abysmo profundissimo. Volvì en mí, y fui llevada no sè como; pero en efecto, yo me hallè presente al Sepulcro de Jesu-Christo Señor nuestro. Representòseme alli aquel santisimo Cuerpo difunto, tendido en aquella losa fria, causando en mí un íntimo dolor, y sentimiento, como me acontece las veces que su Magestad me muestra algo de su Passion, y Muerte. Comencè à llorar con grande afliccion, y à decir entre sollozos, que salian de lo íntimo del alma: Levantate, Señor mio, bien mio, y Esposo mio. Y reparè despues en haver dicho esta ultima palabra; porque quando puedo del todo usar de mi libertad, no me he atrevido à usar de este termino de esposo, pareciendome, como es verdad, atrevimiento en mì, que soy tan indigna de la familiaridad que en èl se significa.

En efecto, estando asi llorando, como si fuera aquella la primera vez que se obraba aquel Mysterio, vino el Alma sacrosanta de Jesu-Christo nuestro Señor, y se uniò à su sagrado Cuerpo, convirtiendo aquella figura de muerto en una hermosura, y gloria inefable. Enseñòme su Magestad, como con aquel Cuerpo difunto estaba unida la Divinidad; y es tan grande la admiracion que causa en el alma vèr unidos aquellos dos estremos tan distantes, como Dios, y muerto, con la claridad que entonces se representan, asi la diferencia, como la union, que no se puede explicar con ningunas palabras, como ni tampoco los efectos que causa en el alma. De esta union, à mi parecer, que alli se conoce, debe de resultar el estàr aquel sagrado Cuerpo, no feo, ni con horror de difunto (aunque se representa como tal) sino apacible, y con Magestad. Al punto, pues, que ví al Señor yà resucitado, y glorioso, y mi alma trocada de repente de profunda tristeza en alegria, y gozo verdaderamente de gloria, postrandome à sus pies para besarselos, me dijo su Magestad: Tente, no toques en mì, sino vè, y dí à tus Confessores; y quedòse el Señor aqui como suspenso. Comenzaron luego en mì aque-

llos

llos temores, y recelos, que tantas veces me aprietan, nacidos del unico deſeo que tengo de acertar en todo con la voluntad del Señor, y no ſer engañada en tan extraordinario camino. Deſpues, como quien vuelve del haver eſtado ſuſpenſo, reparando en algo, añadiò el Señor; pero no ſe lo digas, no los contriſtes: y diciendo eſto, deſapareciò ſu Mageſtad. Aſsi ſe acomoda el Señor à nueſtro modo de afectos, y ſuſpenſiones, para explicar ſus Myſterios à nueſtra rudeza, como otras veces he dicho.

Quedò mi alma, oyendo eſtas palabras, mas perpleja, y eſtaba penſando ſi queria ſu Mageſtad ſignificarme con ellas, que ſe llegaba yà el tiempo de ſacarme de eſte deſtierro; quando vì al ſanto Padre Luis de la Puente, que conociendo mi turbacion, y duda, me dijo: Què es eſto, alma? Què te ha paſſado con el Señor? No te detengas en penſar agora ſi ſu Mageſtad te ha de ſacar de eſta vida mortal, ò no; que aunque te parezca que eſtà yà cercana eſta hora, ſabete, que los preſtos de Dios ſon muy largos; y entiende que muchos piden à ſu Mageſtad que te detenga en eſſa vida, y por darles guſto, y por ſu bien, condeſciende con ſu voluntad. Confuſion mia es decir eſto; pero es verdad que el ſanto Padre me lo dijo aſsi, y procurò deslumbrarme ſin decirme ſí, ni no, y con eſto ſe fuè. Hagaſe la voluntad de eſte gran Dios, que por ſiempre ſea bendito. Amen.

„Finalmente, el año de ſeiſcientos y „veinte y ocho, deſpues que por los dias „de la Semana Santa le fueron moſtrando „los Myſterios de la Paſsion, como en el „capitulo paſſado referimos, cuenta lue„go lo que el Domingo de Paſcua le moſ„traron, y dice aſsi:

El Domingo por la mañana ſe me apareciò Jeſu-Chriſto Señor nueſtro reſucitado, muy reſplandeciente, y glorioſo. Llenò mi alma de conſuelo, y alegria, al paſſo que havia ſido grande mi triſteza. Saludòme con grande amor: venia ſu Mageſtad veſtido, y metido en un Sol luciditsimo, con tantos rayos de luz inefable, que à veces ſe me encubria. De eſta manera ſe fuè llegando à mì poco à poco, y trayendo una forma, me comulgò. Al tiempo que ſu Mageſtad llegò con la forma à mis labios, me ſuſpendì, y no vi, ni ſi la recibia, ni cómo; pero halléme muy rica, y con grandes afectos, y efectos, como ſi realmente huviera comulgado; y aun fueron mayores de los que ſiento algunas veces, quando ſacramentalmente recibo al Señor. Quando volvì en mí, eſtaba yà el Señor (y le vì) veſtido en otra forma, con veſtiduras Reales, Corona en la cabeza, y lleno de ſoberana Mageſtad. Hablòme con mucha caricia, y echòme ſu ſanta bendicion à mì, y à todas las coſas de eſta caſa. El ſea alabado por todas las eternidades. Amen, Amen.

„Como todos los bienes, y teſoros que „Chriſto Señor nueſtro nos mereciò, na„cieron de lo que padeciò en la Cruz para „librarnos; quiſo ſu Mageſtad, para con„fuſion de los Hereges, moſtrar à eſta ſier„va ſuya la honra, y gloria que ſacan los „Fieles de la Cruz: la eſtima que ſe ha de „hacer de eſta ſagrada ſeñal, la adoracion „que ſe le debe, como à imagen viviſsima „de ſus triunfos. Por eſſo me pareciò deſ„pues de los Myſterios de Chriſto Re„demptor nueſtro, añadir luego lo que „nos dejò eſcrito de la glorioſa ſeñal de „nueſtra Redempcion. En Marzo, pues, „del año de ſeiſcientos y veinte y quatro „tuvo Doña Marina una viſion, que eſ„cribe de eſta manera:

A los ſeis de eſte mes por la mañana oì en el Cielo, como otras veces he oìdo, tocarſe unas campanas, que hacian una celeſtial muſica, ſumamente agradable à los oìdos del alma. Entendì que ſignificaba la reverencia que ſe debe, y ſe dà à la Humanidad Sacratiſsima de Chriſto Salvador nueſtro. Pareciame, que tocandoſe aſsi, y con la melodia que dije, bajaban eſtas campanas à la tierra, y luego volvieron à ſubirſe al Cielo. Eſtando en eſto, vì, que ſe deſcolgaba de aquella Celeſtial Ciudad un numero innumerable de Angeles con gran bizarria de armas, ſobre riquiſsimos veſtidos: formaban dos hileras, detràs de las quales venia el Archangel San Miguél con

una grande, y bellissima vandera. Notè, que tremolandola de quando en quando, con el ayre que movia llenaba la tierra toda. Detràs de este glorioso Archangel venia el Archangel San Gabriél, que trahìa en sus manos una gran Cruz de oro, de singularissimo resplandor; y no era el modo de traerla como quiera, sino como quien venia abrazado con ella. Seguianle à San Gabriél otra gran multitud de Angeles, y muchos Santos del Viejo Testamento, muchos del Nuevo, en especial Martyres, y Virgenes. Esta sagrada Cruz se fijo como en el centro de aquella parte de la tierra, que habitan los Catholicos hijos de la Iglesia Romana. Luego todos los Angeles postrados la adoraron. Llegaron despues los Santos por su orden, y con grande reverencia hicieron lo mismo, reconociendo que por ella, como por instrumento en que Christo Jesus havia padecido, y muerto, les havia venido toda su bienaventuranza. Llegò à este tiempo la Santissima Virgen Señora nuestra, à quien todos los Angeles, y Santos recibieron con profunda reverencia, y con singularissima devocion adorò aquella Cruz; mostrando, que por los meritos de Jesu Christo, muerto en la Cruz, havia ella sido elegida por verdadera Madre suya. Mientras durò la solemne adoracion de todo aquel sagrado acompañamiento, no cessó aquella suavissima musica de las campanas que dije. Acabada la adoracion, ví à Christo Señor nuestro con grande Magestad, el qual echò una copiosissima bendicion de bienes à todos aquellos Angeles, y Santos; y con esto se volvieron al Cielo por el mismo orden que havia venido. El Señor sea bendito. Amen.

„Este mismo año de seiscientos y veinte y quatro, por el mes de Junio le passò „à esta Virgen con sus Angeles una cosa, „que muestra bien la reverencia con que „aquellos soberanos Espiritus respetan las „Sagradas Imagenes del Señor crucificado, „que el blasfemo Herege para su mayor „condenacion ultraja tanto. Refiere ella „el sucesso por estas palabras:

Havianme dado un Crucifijo de bronce, y diòme el Señor deseo de darlo à cierta señora bienhechora mia, que estaba afligida de escrupulos; y como soy tan temerosa de dàr cosas mias, aunque sean tan buenas como Imagenes santas, dijeles à mis Señores los Angeles: Señores, quisiera dàr este Santo Crucifijo à esta sierva de Dios: bendiganmele. Ellos, mirandome con gravedad, como que se espantaban, me respondieron: Hermana, esso nos has de pedir? Nosotros no podemos, ni debemos hacer tal cosa. Entonces reparè yo en ella, y dijeles: Pues, mis Señores, bendigan el bronce, que es la materia de esta Sagrada Imagen. Tampoco podemos esso, dijeron ellos: no vès que està yá con la figura de nuestro Señor crucificado? Pero por darte gusto harèmos lo que pudieremos: no te desconsueles. Volví entonces los ojos à mi Señor el Angel santo pequeño, y vì, que tenia en sus manos aquel Santo Crucijo, y que hincandose de rodillas, le adoraba, y besaba los pies: y luego los otros quatro por su orden se postraron en tierra, y le adoraron; y postrandose segunda vez, llegaron à besarle los pies, y en acabando todos, me le dieron. Dile gracias al Señor, que tambien por medio de estos Santos Angeles me enseñò el respeto que quiere se tenga à las sagradas Imagenes. El sea bendito. Amen.

„Del año de seiscientos y veinte y ocho, „à tres de Mayo, en que la Iglesia Catho„lica Romana celebra la Exaltacion de la „Santa Cruz, refiere la vision siguiente:

Dia de la Cruz de Mayo, estando con nuestro Señor, vì una Cruz no grande, pero no sè còmo me parecia fuerte, y terrible, de suerte, que me causò algun temor en la naturaleza. Era su color de palo, como las otras Cruces que acá vemos. Perdì luego el miedo, como vì que salian de ella innumerables rayos de bellissima luz, y una virtud grande, que llenaba el mundo, y todas las partes de èl, y à las almas de todos los hombres las embestia; pero con grande diferencia, que à los Catholicos se comunicaban la virtud, y resplandores de esta Cruz: à los Infieles, aunque me parecia llegaba á ellos la misma virtud,

tud, y luz, como combidandoles; pero por su culpa de ellos no se les comunicaba, ni les tocaba. Estaba yo con grande consuelo mirando esta Cruz, y vì, que poco à poco se subia al Cielo; y en llegando como á las puertas de èl, vì à Jesu-Christo nuestro Señor crucificado en ella, que se me representaba como padeciendo. Cubriòse mi alma de un terrible, y profundo dolor viendole asi: dijele mil cosas, que su Magestad despertò en mi afecto. Luego ví, que el Padre Eterno le hablò con grande cariño, è inefable amor; y que millares de Angeles salieron, y le adoraron por Dios, y Señor suyo. Abrazòse el Eterno Padre con aquel Señor crucificado, desenclavòle de la Cruz, y luego le vistieron riquisimas, y reales vestiduras, y le pusieron una admirable corona en la cabeza. Entonces le dijo el Padre: *Sede à dextris meis, donec ponam, &c.* Sentado con soberana Magestad à la diestra de Dios Padre, le adorè; y quedandome asi un poco, volvì en mì. El sea eternamente bendito. Amen.

CAPITULO XLVI.

Las revelaciones que tuvo del Santissimo Sacramento del Altar.

„HAvemos visto las revelaciones que „tuvo esta Virgen de los Mysterios „de Christo Señor nuestro quando se le „mostraba descubierto. Verémos agora las „que tuvo de este Señor Sacramentado; „y aunque de esta materia se ha dicho harto, asi algunas veces que viò las fiestas, „que en el Cielo se hacian á la Eucharistìa, „como muchas que el mismo Señor, y „algunos Santos la comulgaron: todavia „guardè para este lugar, como mas propio, algunas maravillosas visiones de este Soberano Sacramento, que conforme „à la orden del tiempo que sucedieron, „irémos describiendo. Entre los papeles „del mes de Abril del año de mil y seiscientos y veinte y quatro, hay uno, donde dice asi:

Un dia de este mes, oyendo Missa, al tiempo que queria comulgar, entraron en mi aposento delante del Sacerdote gran numero de Angeles del Señor, con cirios dorados encendidos, acompañando al Santissimo Sacramento. Al lado tambien del Sacerdote venìa con su cirio encendido la Sacratissima Virgen nuestra Señora, ricamente ataviada de preciosissima pedreria, echando de sí rayos de tan vivo resplandor, que me deslumbraban. En entrando el Santissimo Sacramento, todos aquellos Angeles se postraron, adorando al Señor, y luego se levantaron. Humillòse tambien la Reyna del Cielo, y se me escondiò; porque como yà dije, segun me deslumbraba su luz, y arrebataba los ojos del alma, pareceme que no acertára yo à comulgar, si ella no se ocultára. En comulgando, se llegò à mí esta soberana Señora, y me saludó, echandome sus santissimos brazos. Suspendime luego del todo, y quando volví en mí, se havia acabado la vision. Sea el Señor bendito. Amen.

„En esta ocasion acompañò la Virgen „Santissima al Señor realmente Sacramentado, que venia à comulgar à Doña Marina. En la que agora pondrè, la misma „Reyna del Cielo le trajo à su Soberano „Hijo debajo de un symbolo Eucharistico, para que por un modo inefable le „recibiesse: es bien admirable, y devota „la vision. Fuè por el mes de Mayo siguiente del mismo año. Cuentala esta „prodigiosa sierva de Dios por estas palabras:

Estando una mañana con nuestro Señor, moviò su Magestad en mi alma diversos, y fervorosissimos afectos, aunque con mucha quietud, y consuelo, y sin hacer ruido en los sentidos, y potencias exteriores; unas veces pedia, otras amaba, y otras con humilde afecto deseaba se hiciesse en mì por todo, y en todo la divina voluntad. Figurabame yo como un pobre enfermo, y tartamudo, sin caudal, ni entendimiento, que vocea con desabrido lenguage à las puertas de un rico, pidiendo un pedazo de pan, ò cosa semejante; el qual rico, parte por su caridad, parte por evitar la vo-

vocerìa enfadosa del mendigo, suele decir à un criado: Dale à esse pobre una limosna, y embiale con Dios. En esta forma daba mi alma voces à Dios, y à su Santissima Madre, pidiendo nn mendrugo de pan, una limosna de qualquiera don suyo; y aunque toscamente sabia explicarse, era fervoroso mucho el hipo con que mi alma pedia.

Largo rato passè en este exercicio, hasta que poco à poco me fui suspendiendo, y se arrebatò el alma en su Dios. Vi entonces, que la Mageſtad de este gran Señor, en especial la Sacratissima Persona del Hijo, le dijo à la Santissima Virgen: Señora, y Madre mia, mirad que llama, y clama à nuestras puertas aquella criatura con grandes ansias, y fervor, y poniendoos por intercessora, pide limosna de un poco de pan. Suplicoos, Madre mia, la oygais, y le deis en mi nombre la limosna que pide, que tendrè gusto Yo de que se le dè por vuestras manos. En oyendo esto la Soberana Señora, le diò à su Sacratissimo Hijo muchas gracias por tan singular merced como hacia à mi alma, y à ella, queriendola tomar por intercessora, y instrumento de este beneficio. Llegaron luego dos Angeles de los muy superiores, y con grandissima reverencia echaron una tohalla, ò velo muy resplandeciente sobre los brazos, y manos de esta Celestial Reyna, y le pusieron en ella una preciosa fuente, que parecia de crystal finissimo. En esta fuente vì, que por divina ordenacion se ponia un pan mysterioso, no pequeño, mas blanco que la nieve, acendradissimo. Puso el Señor los ojos en este pan, y con grande agrado le echò su santissima bendicion, y al punto aquellos Santos Angeles, con mucho respeto le cubrieron de unas flores admirablemente bellas, y olorosas. Postraronse luego innumerables Angeles delante de la Mageſtad de nuestro gran Dios, y Señor. Humillòse tambien la Santissima Virgen, y en levantandose ella, se pusieron todos en pie, y vinieron sirviendola, y acompañandola.

Anduvo esta Sacratissima Señora unos pocos passos, y paròse un poco, como quien se suspendia en algun profundo pensamiento. Luego, dando otros passos, se volviò à detener otro poco. Entonces, dando otra vez la vuelta ácia el Trono de la Beatissima Trinidad, deseando que el Señor aplicasse otra nueva, y mas excelente virtud à aquel mysterioso pan, pidiò à su Sacratissimo Hijo, Jesu-Christo Señor nuestro, que con sus divinas palabras le consagrasse, para que la merced que se hacia à mi alma fuesse copiosissima. Otorgòlo su Mageſtad, haciendo lo que su Santissima Madre le pedia; y luego aquellos Santos Angeles, que estaban presentes, comenzaron una celestial musica, cantando el Hymno Eclesiastico del Santissimo Sacramento. Levantòse la Soberana Reyna, y puestos siempre sus ojos con singular reverencia en aquel sagrado mysterio, se vino poco à poco con passos llenos de mageſtad ácia mì. Acompañabanla delante todos aquellos Angeles con cirios encendidos, que parecian de oro: fueron assi entrando en mi aposento, hasta que ultimamente llegò à mí esta gran Señora. Estaba yo toda turbada, encogida, y medio suspensa. Llegòse entonces el Santo Angel de mi guarda, y los demás Angeles mis Señores, diciendo: Despierta, alma, deja esse espiritual sueño, y ponte atenta al mysterio que tienes presente.

Recordè con esto, y me sosseguè de aquel modo de turbacion, y embelesamiento: puse los ojos en aquel gran mysterio, y en la Señora que le trahia. Venia su Mageſtad hermosissima, cubierto el vestido de piedras preciosas, con que resplandecia como un Sol. Vì entonces, que estaba rodeada de muchas Virgenes, y Santos, y à sus dos lados tenia los dos Patriarcas del Orden de Predicadores, y de la Compañia, Santo Domingo, y San Ignacio, revestidos de habito Sacerdotal. Quitaron estos Santos las flores, que cubrian aquel mysterio, y me mandaron que llegasse, y con mucha reverencia besasse la orilla de aquella celestial fuente. Tràs esto hicieron llegar mis indignos labios al sagrado mysterio, con singularissimos afectos de mi alma. Al punto que lleguè, sentì, que por la boca, con un mo-

modo eſpiritualiſsimo, y inefable, ſe havia entrado en mi alma toda la virtud, y grandeza de aquel ſoberano myſterio, en el qual eſtaba el miſmo Dios, de la manera que la Divina Mageſtad quiſo, y ſupo obrarlo, que yo de ningun modo sè explicar, quedandome en el alma particulariſsimos afectos, y ſentimientos de la merced grande que havia recibido. Acabado eſto, tomaron los dos Santos dichos la fuente, y la tohalla en que la Soberana Virgen havia trahido el pan myſterioſiſsimo. Su Mageſtad entonces iba deſocupada, con un modo de admiracion devotiſsima, juntas las manos, y poniendo en mí los ojos, eſtuvo aſsi un ratico, y luego con alegre roſtro, y afabiliſsima gravedad me abrazò, diciendo: Amiga mia, quedate en paz, y recibe de mi mano eſta joya; y diciendo eſto, me puſo en el ſeno mas hondo de mi alma una cruz colorada. Sobrevinome luego una profundiſsima ſuſpenſion, y quando volví de ella, toda la viſion havia deſaparecido.

Quedè deſpues de eſto penſando, y revolviendo en mi corazon quál ſeria la cauſa de haverme hecho el Señor eſta miſericordia con tan ſingular modo, y por mano de la Virgen Sacratiſsima. Y dando, y tomando en eſto, me dijo el Santo Angel de mi guarda: Alma, yo te dirè agora, ſegun el orden que tengo del Señor, lo que deſeas ſaber. Mira, como ſu Mageſtad moviò en tì aquel afecto fervoroſo de pedir pan, y rogabas, y voceabas à Dios, y à la Virgen Santiſsima por limoſna, pidiendo muy en particular pan, ſin atender, ni reparar qué pan era eſte que pedias, aquella Santiſsima Señora, movida de ſu gran piedad, y miſericordia, le dijo al Señor: Pan Divino pide con tanto afecto, Hijo, y Señor mio, eſta criatura, dadſelo por vueſtra bondad. Y el Señor le concediò te traxeſſe ella el pan, que fuè amaſado en ſus Puriſsimas, y Virginales Entrañas, por obra del Eſpiritu Santo. En eſta conformidad ſe ordenò el myſterio, y te hizo nueſtro Señor eſta miſericordia. Sea él millares de veces bendito. Amen.

„Del miſmo año de ſeiſcientos veinte y „quatro es el favor ſiguiente, que ella re„fiere aſsi:

Paſſado el dia de Corpus, antes de amanecer el Viernes, me dijo el Señor: Vente, alma, conmigo, y veràs la fieſta que ſe hace hoy en la Celeſtial Ciudad. Llevòme ſu Mageſtad conſigo, y en el camino me divertì un poco con el penſamiento, no à coſa mala, ſino buena; pero al fin me vì divertida del unico cuidado con que acompañaba al Señor. Diòme eſto alguna pena, pareciendome havia ſido falta; pero ſu Mageſtad me conſolò, diciendo: No te dè cuidado eſſo, que algunas veces acaece con orden mio, que miro la flaqueza de vueſtro natural, que no puede mas, y desfalleceria. Entrè en el Cielo, y vì al Santiſsimo Sacramento en una rica Cuſtodia, colocado de tal ſuerte, que todo entero ſe veìa, y gozaba de todas partes. Vì que aſſiſtian en él todas las tres Divinas Perſonas, al modo que otra vez, aunque tan toſcamente, lo expliquè. Era grande el ruido, aunque concertadiſsimo, y admirable, de campanas, que ſe deshacian, alabando en ſu modo al Señor. Todos los Angeles muy galanes, y de fieſta: con muſicos inſtrumentos tañian, y cantaban Hymnos, y Pſalmos al Señor, dandole gracias por el ſoberano beneficio de haverſe Sacramentado entre los hombres mientras el mundo durare. Llegabanſe al pie de la Cuſtodia de dos en dos, y poſtrados por el ſuelo de aquel Cielo, por mayor reverencia, ſus roſtros, con ſus alas adoraban aquel Divino Sacramento, y luego proſeguian con ſu muſica como de antes. Aqui, fuera de gozar de tan grande fieſta, me hizo ſu Mageſtad otro favor, dandome una gran limoſna eſpiritual para bien de mis proximos, que cuento en otra parte.

Un Lunes nueve de Agoſto de eſte miſmo año, eſtando yo para oir Miſſa, en que havian de comulgarme, vì la Mageſtad de Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, que ſe paſſeaba por mi apoſento: unos ratos le veía, y otros no; y de ordinario, quando ſu Mageſtad me hace eſta merced, no me atrevo à mirarle bien; aſsi por mis temores, y encogimientos, como por la grande reveren-

rencia que me causa. Lo mismo me sucediò en esta ocasion, en que estaba con grandissimos dolores, y trabajos. Entonces me dijo el Señor con grande caricia, y amor: Alma, no me descubro del todo, ni me llego à tì como otras veces; porque como soleis decir, no tengo entrañas para verte padecer tanto. En llegando te quitára luego essos dolores, y tù perderias el merecimiento que por ellos se te recrece; pero quando venga el Sacerdote à comulgarte, Yo me vendrè con él, y te comulgarè de mi mano. Con esto se volviò el Señor à passear como de antes. De alli à un rato, parece que su misericordia no pudo consigo para dejar de hacerme merced: llegòse muy cerca de mì, y sin ser en mi mano otra cosa, le ví, y mirè muy bien: era indecible la gravedad, y belleza de sus divinos ojos, que luego parecian de un Hombre Dios. Vile acompañado de un gran numero de Angeles. Como este Señor estaba tan cerca de mì, y en pie, dijele con mi simpleza: Ay, Señor mio, que està vuestra Magestad en pie! Decia yo esto como atajada, que por una parte deseaba que el Señor se sentasse, y por otra no havia en qué. Quieres tù, respondiò con grande agrado su Magestad, que me siente? Sea en buen hora. Al punto unos Santos Angeles pusieron alli un assiento mysterioso como Trono, adonde el Señor con una admirabilissima, y inmensa gravedad se sentò. Desde alli me echò su santissima bendicion, diciendo: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo. Sonò luego una voz del Eterno Padre, templada de tal manera, que igualmente causaba en mi alma dulcissimo regalo, y profunda reverencia, y dijo: Este es mi Hijo muy amado, en el qual me agrado. Levantòse luego Christo Señor nuestro, y diòme à besar su sagrada mano, y encubriendoseme, no le vì mas por entonces. Despues, al acabar la Missa, vino el Sacerdote, y su Magestad con él, y fuè el Sacerdote quien me comulgò. En acabando de comulgar, se volviò al Altar, y luego me sobrevinieron mis temores, y como turbada decia entre mì: Pues cómo su Magestad no me comulgò como lo havia dicho? mas si me engañè, y no fuè el Señor quien me hablò? Estaba bien confusa, quando vì que volvia segunda vez el Señor, acompañado de muchos Angeles, y tomando de mano de uno de ellos un vaso hermosissimo, que parecia de una plata muy acendrada, me diò con su propria mano à beber tres tragos de un licor preciosissimo, que el vaso tenia. En bebiendo, tomò su Magestad una tohalla de mano de otro Angel: era riquissima, y llegandomela à los labios el mismo Señor, me los purificò con ella, y me dijo: Alma, este licor que has recibido, es mi preciosa Sangre: quise que la gozáras segunda vez, y esta es la comunion que te ofrecì de mi mano: quedate agora en paz, y descansa en mì. El sea eternamente bendito. Amen.

„Las dos visiones que se siguen, es la „primera del año de seiscientos veinte y „ocho, el dia de Corpus; y la otra del año „de seiscientos veinte y nueve por el mismo dia. Refierelas esta Virgen por el tenor siguiente:

A veinte y dos de este, dia del Corpus, estando con nuestro Señor en mi ordinaria oracion, oì en el Cielo un gran ruido, como de armas, caxas, mosqueteria, y otros instrumentos de guerra. Y como por otros sucessos tengo experiencia, que quando la Sacratissima Persona del Espiritu Santo obra en la tierra algunos singulares efectos, hace primero ostentacion de su magestad, y grandeza, moviendo los Cielos, y precediendo ruidos semejantes, entendí, que aquel era prevencion, y aviso de alguna venida, y manifestacion de este gran Señor; pero realmente no fuè assi, sino efecto de lo que luego me mostraron. Vì, pues, una innumerable compañia de Angeles de la Celestial Milicia, que gallardos, y ricamente vestidos, pero igualmente bien armados, puestos en orden, y à guisa de pelear, daban una buelta sobre la tierra, rodeandola toda en su defensa. Vì, que todos los demonios que en ella estaban, espantados, y temblando, con suma presteza se escondian, y despeñaban hasta el centro de essa misma tierra; y que algunos

de

de eſtos ſe arrebataban, y llevaban conſigo algunos Hereges de los mas obſtinados en negar la verdad de la real preſencia de Chriſto, con las demàs que la Romana Igleſia enſeña en el Santiſsimo Sacramento del Altar. Entendí alli el dolor, y ſentimiento que cauſa á los demonios, y á todo el Infierno la veneracion, y fieſta, que tales dias ſe hace á Chriſto Señor nueſtro Sacramentado. Eſtaba yo en eſta ocaſion encomendando al Señor ſu Pueblo Chriſtiano, y en particular le ſuplicaba ſe compadecieſſe de los pobres, y puſieſſe remedio al daño, que, ſegun me dicen, padecen algunos Pueblos de Caſtilla eſtos tiempos con la multitud de langoſta, que tala los campos; y vì, que un grande, y feo demonio (no pude entender cómo ſe quedò en la tierra) eſtaba tambien delante del Señor, haciendo muchos ademanes, y viſages, y hablando con grande ahinco, barbullaba unas palabras, de las quales yo no entendia mas, ſino que pedia que no me oyeſſe.

Pero deſpues ví, que la Beatiſsima Trinidad bajaba del Cielo à mi pobre apoſento con grande mageſtad. Dije *vì*, no porque entonces me moſtraſſen ninguna forma imaginaria, ſino porque eſta viſion, aunque meramente intelectual, no me fuè menos clara, ni de menos ſatisfaccion, y certidumbre, que las imaginarias, à que nueſtra naturaleza mas palpablemente ſe pega. Llegò el Señor Trino, y Uno, al modo que entonces ſe repreſenta, adonde yo eſtaba, y uniendome conſigo eſtrechiſsimamente, me llevò à la Celeſtial Jeruſalèn. Hallé alli à mis Señores los Angeles, à quien ſu Mageſtad mandò me adornaſſen de aquellas ricas veſtiduras, que otras veces he dicho, y al miſmo punto me hallè con ellas. Vì luego en un Tabernaculo altiſsimo, y belliſsimamense aderezado à Chriſto Señor nueſtro Sacramentado, y reparè con particular reflexion, que juntamente eſtaba yo mirando la Santiſsima Trinidad, percibiendo mi alma la diſtincion de las Perſonas en Unidad de Eſſencia, de tal modo, que ninguna coſa de las que ſe vèn acà ſe afirmaria por cierta con mas ſeguridad. Percibia tambien en la ſegunda Perſona las dos naturalezas, Divina, y Humana, y que aquel ſupueſto es verdadero Dios, y Hombre verdadero. Y viendo todo eſto, veía tambien la Hoſtia, al modo que acá la vemos; y luego, con una luz intelectual, conocia juntamente que era Dios, y Hombre aquel Señor que alli eſtaba Sacramentado. Eſtando en eſto, me acercaron los Angeles al lugar adonde eſtaba el myſterio, y besè aquella ſanta Forma con grande dulzura de mi alma. Subiòme luego el Señor á unas inmenſas alturas, adonde me diò un conocimiento de ſu infinito Sèr, tan ſuperior, que me parece impoſsible explicar cómo fuè. Quedóſe el alma anegada, y perdída de sì miſma en aquel inmenſo abyſmo de la grandeza de Dios, haſta que volviendo en mì, me hallè en mi rincon. Sea el Señor ſiempre bendito. Amen. Amen.

„En el otro papel del ſiguiente año de „ſeiſcientos y veinte y nueve dice aſsi.

El Jueves paſſado, à catorce de éſte, que fuè dia del Corpus, fui llevada de nueſtro Señor à la Celeſtial Jeruſalèn, adonde vì la fieſta, que alli ſe hacia al ſoberano Myſterio de la Euchariſtìa. Era ſin cuento el numero de aquellos Bienaventurados Corteſanos, que con grandes regocijos la celebraban. Eſtaba Jeſu-Chriſto Señor nueſtro Sacramentado en un belliſſimo Tabernaculo, que ſe levantaba ſobre precioſiſsimas columnas, detràs de viril; pero de ſuerte, que ſe podia vèr de todas las quatro partes del mundo, porque à ninguna ſe ocultaba. Aſsiſtianle innumerables Angeles: oyòſe una muſica por todo extremo ſuave de campanas de oro, que pendian de las alturas de aquel Cielo, cuyo ſonido, con un modo myſterioſiſsimo, pregonaba la gloria de Dios; pero lo que me causò mayor admiracion, fuè una viſtoſiſsima Suiza, que formò aquel Exercito Celeſtial, paſſando en dos hileras por delante de aquel ſagrado Tabernaculo, poſtrandoſe, y haciendo profundiſsima reverencia al Soberano Señor, que en èl eſtaba. Era increible el valor, y for-

taleza, que se descubria en aquellos esforzados guerreros, que me parecia que cada uno de ellos podia arruinar à todos los hombres. Daban vuelta al rededor del Cielo, disparando sus mysteriosos arcabuces ácia la tierra; y la municion que salia de ellos, eran luces preciosissimas, que manifestaban la grandeza, y verdad de aquel Divino Mysterio de Christo Sacramentado, y juntamente un fuego graciosissimo para encender à los hombres en zelo de la honra, y amor de este Señor. Mientras hacian este oficio aquellos celestiales Soldados, vì grandes esquadrones de demonios armados, que con grande atencion, y solicitud desviaban aquellas divinas valas, para que no tocassen en los Hereges, è Infieles. Hacian los infieles Soldados esto con tan grande destreza, que me causaban grima, y admiracion. Notè, que viendo estos demonios, que llegaban aquellas santas luces, y fuego à algunas tierras, adonde los Catholicos viven mezclados con los Hereges, obraban con tan grande arte, que por mas luces, y rayos de fuego que penetraban los Catholicos, ninguno les tocò à los Hereges. Solo vì, que en un Lugar de Inglaterra, (no sè cómo se llama) sobre un Palacio grande, no alto, pero sì de mucho sitio, (estaba éste por la una parte continuo con el Lugar, por la otra havia un campo, ò plaza grande) se disparaban del Cielo muchos de aquellos tiros, y los habitadores del Palacio sentian algunos efectos; pero quedabanse suspensos, y temerosos, sin determinarse por entonces á nada.

Acabada esta dichosa vaterìa, que desde el Cielo hacian los Angeles à la tierra, ví que se movia del Tabernaculo aquel soberano Mysterio, y que estaba alli toda la Beatissima Trinidad, y que el Eterno Padre tenia como arrimado à su pecho à Jesu-Christo Señor nuestro. Ví mas, que al moverse el Mysterio, se postrò por el suelo de aquel Cielo toda aquella bienaventurada multitud de Angeles, à quienes el Eterno Padre echò su santissima bendicion. Comenzòse luego à oìr una nueva musica de voces, instrumentos, y campanas, con el mayor concierto, y suavidad, que se puede imaginar, ni se hallarian nunca palabras para explicarla. Llegòse aquel gran Señor à la orilla del Cielo, como à una grande puerta, (que en esta forma me la mostraba entonces su Magestad) y alli vì, que de todas partes venian à adorar con grande reverencia, y besar aquel sagrado Mysterio. Conocí en particular à quantas personas tengo por encomendadas, de que tenia yo tan singular gozo, que llevada de èl, me olvidaba de mì misma, hasta que el mismo Señor, despues que los demàs acabaron su adoracion, volviendose à mì, me dijo: Llega tù tambien. Lleguè, y haciendo la misma adoracion, y reverencia, quando besè el Mysterio, parece que se entrañò en mi pecho, y sentí en mi alma los efectos que suelo sentir quando realmente comulgo. No vì que à las demàs personas quando llegaban les sucediesse esto. Sea el Señor por todas las eternidades bendito. Amen.

„Adviertase, que de muchos de estos „papeles de esta admirable Virgen, se co„noce, que no en symbolo, sino en rea„lidad, viò al Santissimo Sacramento en el „Cielo: con que se favorece la opinion de „algunos modernos doctos, y pios, que „en algunos casos quieren que este sobe„rano Mysterio se halle, y adore en la „Celestial Patria. Ni es à mi pobre jui„cio argumento de fuerza para negarlo, „el decir, que sobra en el Cielo el Mys„terio de Fè, adonde hay el gozo de la „vista; pues no le ponemos tal vez en la „Iglesia Triunfante con el uso, y necessi„dad que tiene de este Sacramento la Mi„litante, sino porque parece muy puesto „en razon, que una obra tan de gloria „de Dios, tan de honra de Christo Señor „nuestro, la goce tal vez allà toda la Ce„lestial Corte, adorando al Señor Sacra„mentado; pues tantas veces bajan à la „tierra para adoralle en las Missas ordi„narias, para assistille en el Sagrario in„numerables Angeles. Lo cierto es, que „hora fuesse real, hora symbolica la Eu„charistìa, que Doña Marina viò en el „Cielo, quiso enseñarnos Dios con aque-

„llas

„llas figuras de celeſtial pompa, que moſ„trò à eſta Virgen, quál ha de ſer la re„verencia, y veneracion con que en la „tierra havemos de celebrar eſte dulciſsi„mo Myſterio. Concluyamos eſta mate„ria con otro favor, que acerca del Se„ñor Sacramentado, y de la Beatiſsima „Trinidad, recibiò eſta Virgen el año de „ſeiſcientos y veinte y ſeis, que ella bre„vemente refiere aſsi:

Dia de la Santiſsima Trinidad, al tiempo que ſe decia Miſſa en el Oratorio, (deciala el Señor Preſidente Don Franciſco Marquez) vì en el Cielo à nueſtro gran Dios Trino, y Uno, rodeado de infinitos Angeles de todas las nueve Gerarquias. Causò extraordinaria admiracion en mi alma vèr, que ſiendo de tan grande mageſtad, y gloria los Serafines que cerca del Señor eſtaban, (repreſentabanſeme entonces como coſa grandioſiſsima) todavia, comparados con la gloria, y mageſtad de aquel inmenſo Dios, quedaban tan inferiores, que no ſe puede explicar: parecianme mucho menos que una hormiga, comparada con una torre inmenſa. Luego volvì à vér eſte miſmo Myſterio en la Hoſtia conſagrada. Tambien me admirò mucho el modo con que alli eſtaba la Santiſsima Trinidad; porque ſe me repreſentò, que eſtaba alli con particular manera el Cuerpo de Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, y como en ſu lugar; pero lo demàs de ſu ſantiſsima Humanidad, y Divinidad eſtaba por la union, y en eſte ſagrado Cuerpo, y como quien le hacia compañia. Alaben todas ſus criaturas à un Señor de tantas grandezas, y maravillas. Amen.

„Lo que aqui, y en otro papel arri„ba dice Doña Marina, no es mas que „lo que la Fé enſeña de eſtàr el Cuer„po de Chriſto en la Hoſtia *ex vi Ver„borum*, y todo lo demàs *per concomi„tantiam.*

CAPITULO XLVII.

Altiſsimas noticias que tuvo Doña Marina del infinito Sèr de Dios nueſtro Señor.

„APenas hay hoja en eſte primer Li„bro adonde no ſe lean altiſsimas „noticias de la divinidad con que el Se„ñor iluſtrò à eſta admirable Virgen; pe„ro porque deſde el capitulo 22. acá have„mos ido moſtrando la heroyca perfec„cion de ſu alto eſpiritu, por la fami„liaridad con que los celeſtiales Corteſa„nos la trataron, como à perſona que aun „en eſte deſtierro parecia yà dichoſa habi„tadora de la ſoberana Patria; y mas, y „con mayores favores que todos, ſu gran„de Reyna Maria Señora nueſtra, ſu Di„vino Rey Chriſto nueſtro Señor, me pa„reciò para el miſmo intento acabar la „materia con eſte capitulo, en que ſe „vean algunas mas particulares noticias que „tuvo del Sèr Divino, que al modo poſ„ſible en eſta mortal vida, parece, que „aunque por breve tiempo la hicieron „bienaventurada. En un papel, pues, del „año de ſeiſcientos y veinte y cinco, aun„que no pude ajuſtar ni mes, ni dia, eſ„cribe lo ſiguiente:

Tenianme bien fatigada los dolores, y trabajos que agora paſſan, quando vì à la Mageſtad del Señor, que con ſuaviſsimas palabras me dijo: Canſada eſtàs, alma, quiereſte venir conmigo? Sì Señor, reſpondì yo, de muy buena gana me irè con vueſtra Mageſtad. Aceptò el Señor el conſentimiento de mi voluntad, y con una eſtrechiſsima union me entrañò en sì miſmo. Deſpues de ella me enſeñò una torre hermoſiſsima por todo eſtremo, tan grande, y tan fuerte, que me ponia ſingular admiracion: penetraba con ſus cimientos haſta el centro de la tierra, y con la cima de ſu altura haſta lo interior de los Cielos, con que parecia que quedaba tan firme, que ninguna fuerza ſeria baſtante à contraſtarla. Eſtaba yo como paſmada mas de lo que puedo ſignificar, mi-

rando juntamente una suma hermosura, con una firmeza suma en aquel milagroso edificio; y dijome entonces el Señor: Esta torre, alma, de que con razon te admiras tanto, es symbolo de mi Divino Sèr, en el qual tienen las criaturas el suyo tan seguro, y firme, que nadie sin Mí se le puede quitar. De este Sèr mio tienen todas ellas tanta dependencia, que no podrian durar, ni conservarse un punto, si Yo continuamente no les estuviera conservando aquel sèr en que permanecen; porque en dejandolas Yo, dejarian de ser, reduciendose à la nada, de que las criè. Estaba yo oyendo estas palabras del Señor, que juntamente me enseñaban lo que decian, yendo mi alma con admirable luz conociendo aquellas verdades distintamente: veìa la pendencia total que tienen todas las criaturas de la continua manutencia de su Criador.

A este tiempo me entrò su Magestad con un modo inexplicable por una de las ventanas que havia en dicha torre; y luego, por lo interior de ella, me fuè subiendo hasta su chapitèl à una altura tan grande, que jamàs me havia visto en lugar tan alto. Aqui me diò el Señor un nuevo conocimiento de sus perfecciones, de su eternidad, infinidad, y sabidurìa, y assi de las demàs, no con figuras imaginarias, sino con sola noticia intelectual. Fuè esta noticia tan cruel, y perfecta, que me parecia no podia yo llegar à mayor conocimiento; y con una profunda admiracion decia: Què cosa hay como este gran Dios? què inmensidad es esta tan sin medida? què infinidad? què sabidurìa? Assi estaba yo anegada en la admiracion de estas grandezas, quando su Magestad me levantò à otra altura muy superior à la primera, adonde me diò otra inteligencia de los mismos atributos, tanto mayor que la passada, y que excedia tanto à mi capacidad, que totalmente me perdì, y la grandeza de lo que entendia arrebatò la parte superior de mi alma con tanta fuerza, que no sabìa sino decir: Mas es Dios que esto: aùn es mas; y quedéme perdída del todo. Despues de haver buelto à mi rincon, me hallo tan trocada, que me parece que no està mi alma en mí como solia, sino que aquella su parte superior se ha quedado en aquella altura como embriagada, y empapada en la vista de aquellas soberanas grandezas de su Dios, y que solamente tengo acà una parte, que sirve de dàr vida à los sentidos, y potencias corporales. No sè dàr mejor à entender cómo esto es, porque no hay palabras para explicarlo, ni creo que se puede declarar con lenguage humano. El Señor, que lo dà à conocer, sabe solamente lo que es, y cómo es. El sea para siempre bendito. Amen.

„Aunque fuè tan superior esta noticia „que Doña Marina tuvo del Sér Divi„no en esta ocasion, fué mas íntima, y „levantada la que el Señor le diò en otra, „que agora dirémos. No he podido ajus„tar el tiempo en que sucediò; pero sin „duda, segun el cómputo de los pape„les, fué despues de la passada. Escribe „ella este singular favor por estas palabras:

Estaba mi alma con nuestro Señor en su acostumbrado ejercicio de proprio conocimiento, resignandome tambien en las manos de su Magestad, para que assi del alma, como de este miserable cuerpecillo enfermo, y dolorido, se hiciesse todo lo que fuesse mas agradable à su voluntad divina. Pareciòme à este tiempo, que me iba yà este gran Dios como levantando, y llevando ácia sì; y en sintiendolo, dije: Espera, Señor mio, que no puedo, que està el cuerpo flaquissimo, y enfermo, y el alma pobre, y de poca capacidad, y no te podrà abarcar, que eres grande, è infinito. Assi es, alma, dijo el Señor; pero Yo bien te podrè abrazar à tì, y entrarte en mí mismo. En diciendo esto, su Magestad me rodeò toda, hallandose mi alma dentro del secreto Palacio de aquel Sèr Divino, como ceñida de aquel inmenso Dios, y entre unas grandezas inapeables, suspensa toda en admiraciones. No puedo decir quánto tiempo duraria el éxtasis; pero sè que luego despues subiò el Señor á mi alma à otra mayor altura, adonde assistia tambien su

Ma-

Mageſtad en una grandeza inmenſiſsima, y en una luz de infinito reſplandor. De tal ſuerte, que el alma ſe quedò en una admiracion profundiſsima, ſin poder ſu capacidad entender, quanto mas decir algo de tan remontada viſta: ſolo podia en aquel modo de paſmo, como tartamudeando decir: O Dios mio, y todo mi bien! O luz de las luces! O lumbre de las lumbres! O luz inacceſsible! Quièn te podrá comprehender, y alcanzar, para con palabras explicar algo ſiquiera de tus infinitas grandezas, y myſterioſiſsimos ſecretos, para que fueras conocido, y alabado de tus criaturas? Podrà, Dios mio, ſer eſto? No podràs, alma; reſpondió el Señor, que ſoy infinito, y ſecretiſsimo, y no podrà tu capacidad, viviendo en vida mortal, con tan grande luz; pero eſpera un poco, que yo te darè algo con que puedas. Sea el Señor bendito. Amen.

Eſtuve aſsi un grande rato en una eſtrechiſsima union con el Señor, con un altiſsimo conocimiento de ſus grandezas, y en particular de ſu Eternidad, aunque ſiempre con aquel afecto, como juntamente penoſo, y glorioſo, que me hacia decir: Mas es que eſto; mas es. Ví luego como aquel Divino, è infinito Sér de la Mageſtad alumbraba, y ſe comunicaba à las almas bienaventuradas, que aſsiſtian en aquella Celeſtial Corte, y como ellas recibian aquella luz, y participaban la Bienaventuranza de ſu Dios. Miraba, y gozabame de vèr à mi modo tan alta comunicacion, y deciale à ſu Mageſtad: Dios mio, y Señor mio, cómo podrè yo explicar como eſto es, pues no lo alcanzo del todo, y aunque veo que comunicais à los Bienaventurados vueſtra gloria, y ellos la participan, con todo no veo yo los bienes de eſſa gloria? Dirè, Dios mio, à mi modo groſero, que aſsi como la criaturilla recien nacida recibe del pecho de ſu madre la leche, con que ſe recrea, y ſuſtenta, conforme à ſu pequeñèz, y ternura, y con eſſo eſtà toda contenta, y ſatisfecha, aſsi es acá? Dirè eſto, Dios mio? O què dirè para explicarme para el fin què dije? Eſto decia yo; pero ſiempre me parecia que no havia comparacion.

En eſta manera de anſias eſtaba yo, quando la Soberana Mageſtad, queriendo cumplir la promeſſa que me havia hecho, me previno de lo que queria hacer. Empezò à temer, y temblar mi alma, aunque fortificada en ſu Dios. Y luego arrojò el Señor de ſu Divino Sèr uno como rayo de ſu luz, con el qual, por un inſtante pude probar, y gozar del Manjar Divino, con que ſe ſuſtentan las almas bienaventuradas. Aqui no hay palabras, ſino enmudecer la lengua, y ſolo decir con San Pablo, ni ojo viò, ni oìdo oyò, ni en corazon humano pueden caber las grandezas que Dios tiene aparejado para los que le aman. Quedòſe con eſto el alma con ſu Dios un rato en aquellos eternos deſcanſos. Deſpues me trajo ſu Mageſtad à mi rinconcillo, donde me hállo con una manera de paſmo grandiſsimo de las obras de eſte gran Dios, y la naturaleza flaquiſsima, y deſtruida de ſus acciones. El Señor ſea para ſiempre bendito. Amen.

„Yo no sè ſi en eſta vida mortal alguna pura criatura (ſiempre en propoſiciones univerſales ſe excluye la Virgen Madre de Dios, à quien eſta ſuprema dignidad ſingulariza para todo) llegò á vèr *raptim* la Divina Eſſencia; pero sè, que ſi á algunas ſe concediò eſte privilegio, ſe puede contar entre ellas Doña Marina. Conozco con toda la certidumbre moral, que en tales materias puede haver en eſta vida, quán ſeguro fuè el eſpiritu de eſta admirabiliſsima muger; quán puntual la veracidad con que ella refiere ſus revelaciones; y no acabo de entender, què coſa es vèr en un inſtante el objeto que beatifica las almas, probar, aunque por un ſolo momento el manjar que las hace bienaventuradas, ſino es la Beatifica Viſion, al modo que en eſta vida ſe comunica. Digolo aſsi, porque juzgo que à ninguna alma, por excelente que fueſſe, ſe comunicò la Viſion Beatifica en eſte deſtierro, aunque ſea por un inſtante, del modo que ſe comunica en la Patria. Y eſto miſmo ſe colige de las palabras del Señor, quando poco antes le dijo à eſta

„Vir-

„Virgen, que no podria en vida mortal „con tan grande luz; y añadiò: *Yo te da- „rè algo con que puedas.* Segun lo qual, „no parece que cedieron la Vision Beati- „fica en su perfeccion, sino algo de ella, „que debe de ser un supremo grado de „contemplacion inmediato à la vista bien- „aventurada; de suerte, que sea como Vi- „sion Beatifica, comparada á toda otra „contemplacion de acá; y sea una supre- „ma contemplacion, si se compara à la „vision de allà. Pero no es lugar este de li- „diar mas con la diversidad de opiniones „que hay en esta materia. Y asi, el lec- „tor docto, y piadoso podrà juzgar, con- „forme à la gracia, y doctrina que el Se- „ñor le comunicáre, que en puntos que „tienen mucho de mysticos, raras veces „bastarà la una sin la otra.

CAPITULO XLVIII.

Rabias, y despechos de los demonios contra esta Virgen.

„ES testimonio autentico de las virtu- „des del justo, la persecucion que „padece de los malos; porque no sabe el „vivo sossegarse en su propio trono, si no „llega à derribar el alcazar de la virtud age- „na. Pruebase con semejante fuerza, aun- „que por caminos tan desemejantes, la ra- „ra santidad de Doña Marina, asi de los „favores que del Cielo recibiò, como de „los contrastes que padeciò del infierno. „No assestára el demonio tantas máquinas, „tan extraordinarios tiros, en odio de esta „Virgen, à no vér por los efectos el sin- „gularisimo amor que la tenia Dios. Y „aunque de esto he dicho algo arriba, y „en la primera parte queda escrito tanto, „me pareciò, por remate de este primer li- „bro, adonde con varias razones pretendi- „mos tratar la heroyca perfeccion, que „sobre el cimiento de su humildad fundò „Doña Marina, formar el ultimo argu- „mento de la ojeriza que la tuvieron los „demonios: clarisima señal, de que por „extremo les dolia el barruntar que la te- „nia el Señor en las niñas de sus ojos. Irè „siguiendo los casos, conforme al año en „que sucedieron. Sea el primero el que „cuenta del mes de Julio del año de seis- „cientos y veinte y quatro, por estas pa- „labras:

Una noche de estas tuve una terrible pe- lea con los demonios, que passò en esta forma. Vi aquella escala, de que estos me- ses atràs he hablado tantas veces, que lle- gaba desde la tierra al Cielo. Divertime mucho de esta vista; y trabajè por atender á otra cosa un grande rato. Ultimamente, me arrebatò una canalla infernal furiosisi- ma, y con estraña violencia, y como à fuer- za de brazos me querian hacer subir por la escalera que digo. Reusabalo yo mucho, y forcejaba à no dàr passo por ella: era grande el cansancio, la fatiga, y molimien- to que me causaba tan aspera pelea; por- que eran los enemigos muchos, y fuertes, y durò gran rato, porfiando ellos siempre de salir con la suya, obligandome à que subiesse al Cielo. Estuvieron mis Señores los Angeles todo este tiempo à vista de tan dura refriega sin menearse, hasta que fi- nalmente, acudiendome, espantaron aque- lla infernal canalla, que confusa, y con grande turbacion echò à huir, dejandome libre, pero fatigadisima. Llegaronse en- tonces à mí estos mis Señores, y con gran- de caridad me alentaron, diciendome: An- da acà, alma, con nosotros; anda, herma- na nuestra, que estàs fatigada, y descaeci- da. Pusieronme en mi pobre lecho, alen- tada yá algo la naturaleza. Quedè con no- table admiracion de este caso, y no podia entender, què querria significar el que los demonios trabajassen porque yo fuesse al Cielo. Entonces dijo el Santo Angel de mi guarda: Mira, alma, sabete que el de- monio està indignado contra tì por lo que obras, y por lo que agora pretendes hacer contra èl; y desea mucho, si pudie- ra, quitarte la vida, y acabar cosas, como èl dice: y por esso, como despechado, pa- reciendole que no ha de poder tener par- te en tì, y que el todo poderoso Dios es en tu ayuda, y te tiene yà para sì, y que te ha de salvar con muchas ventajas; qui- siera se cumpliera yà su divina determina- cion,

cion, y que ſalieras de eſta vida; porque no ſeas mas inſtrumento de que èl pierda ſus infernales ganancias. Quiſo, pues, moſtrarte nueſtro gran Dios, y Señor (por lo que ſu Mageſtad ſabe) eſtos malos deſeos, y rabias del demonio, con el modo myſterioſo que has viſto, de que el demonio con eſte deſpecho quiſiera, à poder hacerlo, ſubirte al Cielo; pues yà en la tierra no podia eſperar de tì otra coſa, ſino agravios, y mas agravios, que aſsi los llama èl. Eſto es, alma, lo que el Señor te ha moſtrado: conſuelate, y dale gracias.

Algunos dias deſpues, haviendo yo hecho decir nueve Miſſas por las neceſsidades del Pueblo Chriſtiano, con orden que tuve del Señor, (de que háblo en otra parte) ví deſde mi rincon un fiero eſquadron de demonios, diſpueſtos en dos hileras grandes; venian todos armados, y con varios inſtrumentos de guerra, como picas, arcabuces, y otros ſemejantes. En eſta orden, tocando piſanos, y caxas, entre confuſa vocerìa, vinieron ácia donde yo eſtaba, ſiguiendo à uno que parecia mayor, y mas valiente, y los capitaneaba à todos. Yo me encogì temeroſa, viendo eſte horrible eſpectáculo: y entonces, eſtos mis Señores Angeles ſe llegaron á mì, como defendiendome. Paſsò junto á mì toda aquella infernal compañia, y mirandome ayrados, hablaban como entre dientes; oì ſolo que decian: Si no derribamos el cimiento no harèmos nada. Acabaron de paſſar, y vì, que llegando à un cierto Pueblo, ſe diſpuſieron todos por las calles, y plazas de èl, y comenzaron luego la bateria con increible ruido, y algazara, diſparando los arcabuces, y jugando todas las otras armas. Acordème entonces, que tenia yo allì ciertas perſonas conocidas, que me tocaban en ſangre, que ſon muy virtuoſas, y temeroſas de Dios, y dije dentro de mì: Ay, mi Señor, ſi padecen aquellas perſonas! Pero vì luego, que à ſu puerta eſtaban dos Angeles, cada uno à ſu lado, guardandoles la caſa. Acabóſe la bateria, fueronſe los demonios, y ácia una parte del lugar quedò una como nube, ò toldo negro, que la cubria; y de aquel infernal fuego que ſe havia encendido, quedaron muchas inmundicias, y mal olor. Dijeronme entonces los Santos Angeles: Vamos, hermana, y purifiquèmos aquel lugar. Llevaronme conſigo, y fuimos recogiendo todo aquel toldo negro, y todas aquellas inmundicias, haſta que dejamos todo aquel lugar purificado; y acabado eſto me volvieron à mi rincon.

Eſte miſmo año, quatro meſes antes de eſtos dos caſos, que referì, me ſucediò, por traza de eſte enemigo, aquel trabajo grande de la enfermedad extraordinaria, que à tantas otras me ſobrevino, y tan recios dolores me causò. Sea el Señor bendito. Paſsò la coſa de eſta manera. Haviame amenazado el demonio que me havia de hacer una de las ſuyas, y ſe havia de vengar de mì. Eſtando, pues, un dia en mi ordinaria oracion, (era por el mes de Marzo) vì una calle muy larga, eſtrecha, y obſcura, y de paderes muy altas, y que por ella venia el demonio en habito, y con tocas de muger, el veſtido muy viejo, y deſcompueſto. Trahia las eſpaldas bueltas ácia mì, y veniaſeme acercando, ſin que yo le pudieſſe vèr la cara. Eſtando yà poco diſtante, hizo un ademàn, y rodèo, como quien pretendia llegar, ſin que le ſintieſſen. Llegò ultimamente, y con unas tenazas, como de hierro, que trahia en la mano, meneò como atizando, las aſcuas de un braſero, ò fuego no pequeño, que èl miſmo havia encendido debajo del pobre lecho, donde tantos años ha padezco enferma. Pero viendo que el Angel de mi guarda ſe movia, como quien queria ſocorrerme, todo atemorizado, echò à huir el demonio à gran priſa, ſin hacer mas de lo que havia hecho. No debiò ello de ſer poco, porque empecè luego à ſentir crueles efectos de aquel infernal fuego, los quales fueron creciendo por eſpacio de dos meſes, con increibles dolores, y tormentos. Añadia el miſmo enemigo otros, torciendome duramente el miſerable cuerpo, imprimiendome juntamente (no sè cómo en tanta flaqueza mia) tantas fuerzas por otra parte, que me parece, que ſi aſsi era el brazo de alguno, ſe le pudiera quebrar. Finalmente, llegaron en eſte eſpacio mis dolores

res à tan ſubido punto, que ni de dia, ni de noche me daban el mas pequeño deſcanſo. Compadecido entonces el Señor de mi trabajo, me inſpirò pidieſſe favor à la Virgen Santiſsima ſu Madre. Al miſmo punto ſe me acordò de la devotiſsima Imagen de eſta Señora, que llaman *la Vulnerata*, y eſtà en el Colegio Inglès de eſta Ciudad, y con grande anſia, y afecto dije: Virgen Santiſsima, ſacadme de eſte miſerable cuerpo lo que es cauſa de tan grave pena. Apenas acabè mi afectuoſa ſuplica, quando ſalieron del cuerpo como congelados en piedras, à fuerza de aquel infernal fuego, los humores que tantos tormentos me havian cauſado; y ſiendo tal el tamaño de las piedras, no tuve al deſpedirlas mas dolor, ni ſentimiento, que ſi teniendolas en la mano, las dejára caer de ella. El Señor ſea bendito. Amen.

„Eſta Imagen de nueſtra Señora *la Vul*„*nerata*, de quien habla aqui Doña Ma„rina, y eſtà en nueſtro Colegio Inglès de „Valladolid, es de grandiſsimo concur„ſo, y devocion en dicha Ciudad, por „muchos milagros con que reſplandece, „y continuos favores, que experimentan „las almas, que la viſitan: ablanda al al„ma mas dura, y ponela tierniſsima de„vocion vèr à eſta Señora llena de cuchi„lladas, con que la perfidia heretica la mal„tratò; y parece que hizo eſta gran Madre „de Miſericordia de cada herida ſuya una „puerta de gracias celeſtiales, con que re„gala à los veneradores pios de ſus glorio„ſas afrentas. Delante de ella eſtà aùn hoy „colgada la forma de eſtas piedras, que „ſon cinco, del tamaño de nueces las qua„tro de ellas: autentico teſtimonio del mi„lagro de la Soberana Virgen, y de los „dolores que antecedentemente cauſaron „à Doña Marina; la qual paſſando al año „de ſeiſcientos veinte y cinco, proſigue aſ„ſi la materia de las perſecuciones que tu„vo del Demonio.

Martes à veinte y uno de Enero vì à la Sacratiſsima Perſona del Eſpiritu Santo, cuya viſta me inmutò mucho, porque fuè muy repentina, y ſin las ſeñales que ſuelen preceder otras veces, y dijele: Aqui eſtàs, Señor mio? Sì, alma, reſpondiò el Señor, aqui eſtoy. Acompañabanle infinidad de Angeles del Cielo, y dijo luego ſu Mageſtad à los que eſtaban en mi apoſento, que me llevaſſen adonde él eſtaba. Executaronlo con tanta velocidad, y preſteza, que ſin poder yo advertirlo, como ſuelo, me hallè en un punto adornada con las joyas, y veſtiduras con que en otras ocaſiones he hablado. Sentaronme en una rica ſilla junto à aquel Soberano Señor, el qual con grande mageſtad ſe fuè levantando, llevandome conſigo, acompañado de aquel inmenſo numero de Eſpiritus Bienaventurados. En ſubiendo un poco de la tierra, ſe comenzaron à revolver los vientos con increible braveza, à oirſe terribles truenos, y à verſe relampagos horribles. Era tan eſpantoſa la furia de todo eſto, que à mì me ponia grandiſsimo miedo, porque me parecia ſin duda me paſſaban algunas centellas de fuego por junto à la cara, y ojos. Viendome el Señor aſsi temeroſa, con mageſtuoſa ſeguridad me decia: No temas, alma, no temas. Paſſamos finalmente aquella region del ayre, en que havia la tempeſtad, y en entrando en el Cielo, el Señor me uniò con ſu Divino Sèr; y haviendo eſtado aſsi un rato, me volvieron al primero aſsiento, en que me vì quando entrè en aquel celeſtial Palacio. De aqui me ſubiò el Señor à un lugar muy alto, adonde ſuelo vèr à mi alma unida à ſu Mageſtad: alli, con la preſteza que paſſa un relampago, me deſcubriò ſu Mageſtad por un modo ſecretiſsimo ſu Divino Sèr, y cómo ſe comunica à los Bienaventurados. Fuè eſta viſta, aunque momentanea, de tanta grandeza, y lo que alli ſe vè, y entiende tan admirable, que no ſe puede explicar, ni creo que puede haver lenguage humano para ſignificarlo. Trajeronme de alli à mi rincon, adonde con un deſeo que el Señor me daba de ſaber qué era, ò qué ſignificaba aquella tempeſtad, que al ſubir havia ſentido, con humilde reſignacion lo preguntè à ſu Mageſtad. Reſpondiòme, que barruntando el demonio mis ganancias en aquella ſubida, y quán mejorada havia de volver, havia procurado poner todos los eſtorvos que

que le havia ofrecido ſu malicia, y que pertenece à la providencia divina no impedirle ſiempre eſtas execuciones, para que aſsi deje à las criaturas racionales el uſo de ſu libertad en las obras que con ella pueden hacer. Bendito ſea eſte Señor. Amen.

„La viſion ſiguiente fuè à los treinta de „Enero de 626. caſi à las ſiete de la no„che: embuelve con ella otras coſas muy „del punto que vamos tratando: por eſſo „me pareciò ponerla aqui. Cuentalo todo „la Sierva de Dios por eſtas palabras.

Pareceme que anda eſtos dias el demonio muy rabioſo contra mì: hace mil invenciones para hacerme mal; y algo debe de hacer, pues ando tan apretada de dolores, y fatigas; pero lo que mas he ſentido, que no por el demonio, ſino que por orden de nueſtro Señor, que lo ha querido, parece que me hallo pueſta en las ruedas de Santa Cathalina, y le han dado dos vueltas en ellas à mi flaco cuerpo; y aunque eſto ha ſido muy eſpiritualmente, pero los efectos que han quedado en el pobre cuerpo, ſon como ſi realmente lo huviera paſſado: tales ſon los dolores grandes, el deſcaecimiento de toda yo, y en eſpecial eſtàn muy doloridos brazos, y eſpaldas. Por otra parte el Señor no me ha hecho eſtos dias las mercedes que ſuele, ſino muy breves, y à eſta cauſa eſtà la naturaleza muy deſcaecida, y debilitada, que como cuelga tanto del vigor del alma, y èſta no acude con el ſocorro que ſolia, ſiente la falta, y desfallece.

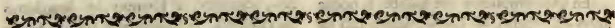
En eſta diſpoſicion me hallaba la noche antes del ultimo de Enero, ſerian caſi las ſiete, quando oí al Señor, que me dijo: Hermana, bien sè lo que te falta: Yo te quiero ſocorrer, que eſtàs muy deſcaecida. Al punto entraron en mi apoſento dos hileras de Angeles, que bajaban del Cielo, con cirios blancos encendidos en las manos, cantando el Hymno del Santiſsimo Sacramento. Detràs de ellas venia Jeſu-Chriſto Señor nueſtro en el habito con que andaba en el mundo: trahia en ſus ſacratiſsimas manos una Cruz como de una tercia, y en ella eſtaban eſtampados los myſterios de ſu ſantiſsima Vida, al modo que acà ſe forma una Cruz de Reliquias. Llegòſe ſu Mageſtad à mì, diciendo: Hermana, toma eſte Relicario, que por él ſe te comunicarà la virtud de mi Vida, Paſſion, y Muerte, y te esforzaràs. Recibì la Cruz de mano de mi Señor, el qual en sì miſmo me diò una noticia muy clara, conforme à mi capacidad, del Myſterio de la Trinidad Beatiſsima. Mientras duraba eſto, eſtaba yo viendo un grande numero de demonios armados, que hacian gran ruido, y viſajes contra mì; pero no podian llegar. Yo temia mucho, y temblaba, y dijome el Señor: De què temes? no eſtàs conmigo? Y con todo, no acababa yo de expeler los temores. Entonces ſu Mageſtad les quitò las fuerzas, y los mandò ir de alli: y luego ſe apartò à un lado àcia la cabecera de mi pobre lecho, como haciendo lugar à otro que venia. Admiròme mucho eſta accion; pero vì luego à la Sacratiſsima Perſona del Eſpiritu Santo, con la grandeza, y mageſtad que otras veces ſuele venir; y en llegando, me vì adornada de las veſtiduras, y joyas que ſuelo quando eſte Señor me viſita: puſoſe à mi lado derecho, y al otro Chriſto Señor nueſtro, y de eſta manera me llevaron en compañia de innumerables Angeles à la Celeſtial Jeruſalèn. En llegando, me ſubieron por tres gradas à un alto, à quien èſtas por todos lados rodeaban. Alli ſe puſo Chriſto Señor nueſtro, y yo à ſus pies: ſacò ſu Mageſtad una forma conſagrada, delante de la qual ſe poſtraron, adorandolo, todos aquellos Angeles; y luego levantados, repitieron el Hymno del Santiſsimo Sacramento. Comulgòme el miſmo Señor con ella real, y verdaderamente, que lo ſentì muy bien, de la miſma manera que quando acà comulgo. En acabando de recibir la ſagrada forma, ſe volvieron á poſtrar todos aquellos Angeles, y el Señor les echò ſu ſantiſsima bendicion à ellos, y à mì. Aqui volvì otra vez à conocer el myſterio de la Santiſsima Trinidad, y fuè mi alma unida con aquel Señor Dios Trino, y Uno eſtrechiſsimamente, donde gocè de admirables bienes, haſta que deſpues me hallè en mi rincon. Sea el Señor bendito. Amen.

„Eſte ultimo ſuceſſo es del año de ſeiſ-

„cientos veinte y ocho, que Doña Mari-
„na cuenta por el tenor ſiguiente.

Hablando una vez con nueſtro Señor, llevada de la luz, y afectos que ſu Mageſtad en ſemejantes ocaſiones mueve en el alma, y no hay libertad para reſiſtirlos, entre otras coſas, le dije: Señor mio, tengo de abraſar vivo al demonio. Paſsò eſto, y dentro de pocos dias ſe llegò à mí el maldito, y me preguntò: Por què me perſigues? Y ſin aguardar reſpueſta, añadiò: Pues yo te doy palabra, que me he de vengar de tì en dos coſas: la una, que en todo lo que tomares para tu ſuſtento, te he de echar veneno, para que te haga daño: la otra, que à todos los que vienen aqui les he de poner en el corazon una grande frialdad, para que no ſe aprovechen de lo que les dices. Calla, maldito, reſpondì yo, que Dios es poderoſo para que ſus palabras dèn fruto en los corazones humanos; y tù no tienes mas licencia, que la que te dà ſu Mageſtad, y no te la darà para eſto. No me la quita, replicò él, quando los hombres no ſe lo merecen. Otras demandas, y reſpueſtas huvo ſemejantes à las dichas entre mí, y el demonio, haciendo él ſiempre acometimiento con ademanes, y viſajes, para llegar à mì, y hacerme algun mal. Venia el deſventurado en figura de un mozuelo deſarrapado, y negro, ò por decirlo mejor, tiznado, al modo que andan en las fraguas, y herrerias. Yo le reſiſtia deſpreciandole, amenazandole, que le havia de quemar al modo, que nueſtro Señor me lo daba à ſentir. Eſtaban mis Señores los Angeles mirando eſta pelèa, y como ſi tuvieran afectos humanos, parece que moſtraban guſto de verla, ſonriendoſe.

Volvì los ojos ácia ellos, y tornando luego à ponerlos en el demonio, hallè que havia mudado forma, y le ví en figura de un fiero culebron enroſcado, y que con la cola, y cuerpo procuraba ceñirme los pies: hallème juntamente con una cadenilla en la mano, la qual le echè al cuello; y tirando, le llevaba, aunque él hacia extremos quejandoſe. Entrè por un camino, que parecia bueno: y llano; aqui diò èl grandes alharidos, diciendo: No vayas por aì, no vayas por aì; pero por mas que el deſventurado repetia eſto, yo paſsè adelante haſta llegar à un lugar de donde vì en lo profundo de la tierra un rio de fuego eſpantoſo, del qual ſalian tan laſtimoſas voces, quejas, y alharidos tan terribles, que ponian eſpanto, y verdaderamente me laſtimaron. Arrojè en èl aquel culebron, dando el maldito tan grande golpe en el rio, que con eſtàr profundiſsimo, ſe oyò arriba el ruido. Alli le dejè; y volviendome à mis Señores los Angeles, les dí amoroſas quejas, de que en tan gran pelèa ſe havian eſtado quedos, dejandome à ſolas con el demonio: ellos con grande caridad, y ſuavidad me reſpondieron: No te dejamos, hermana nueſtra, ni te dejarèmos, que aqui nos ha pueſto nueſtro Señor para que te aſsiſtamos, y ayudemos. Bendita ſea ſu Mageſtad por ſus miſericordias. Amen.



LIBRO SEGUNDO.

LA CARIDAD ARDIENTE DE ESTA VIRGEN para con los proximos, y los aviſos de celeſtial doctrina que nos dejò.

„ES tymbre de la benignidad ſuaviſ-
„ſima de nueſtro gran Dios, y Se-
„ñor, el que pidiendo con tan
„grandes veras, y aun con anſias la correſ-
„pondencia de nueſtro amor, ponga tantas
„veces por unica, pero evidente ſeñal, de
„que ſon legitimos los afectos con que le
„queremos à él, ſi brotan en tiernos efec-
„tos de caridad con nueſtros proximos. La
„generoſidad divina, que en las miſmas uſu-

„ras

„ras de amor, que ambiciosa solicita de „nuestros corazones, busca mas nuestro „bien, que su interesse proprio, con nada „parece se podia mostrar mejor, que en „decirnos que se dà por paga de nuestras „deudas, con que unos à los otros nos „empeñemos en obras de reciproca cari„dad. De aqui es, que como en Doña Ma„rina la perfeccion de amor para con Dios „llegò à tan alta cumbre, como en el pri„mer libro queda dicho; era fuerza, que „la caridad con los proximos fuesse tan re„levante, que vista, probasse que era fra„gua de divino amor aquel pecho, en que „pudieron forjarse tan ardientes deseos, y „obras tan provechosas á los proximos. „Pondrèmos heroycos exemplos de esta „verdad en este segundo libro; y porque „no es menos util lo que se hace en bien „de algunos, que lo que se les enseña, aña„dirèmos à las insignes obras de esta prodi„giosa Virgen, su admirable doctrina, que „aprendiendola del Señor por symbolos, y „palabras, dejò escrita para herencia co„mun de todos los Fieles, para confusion „perpetua de vicios, y perfidia.

CAPITULO I.

Era Doña Marina à las almas medio para alcanzar favores: escudo para evitar castigos del Cielo.

„INexcrutables son los juicios, admirables „las trazas del Señor. Quién viera à „una doncella particular metida en el rin„con de una humilde casa, cargada de „años, que passaban de setenta, afligida de „enfermedades continuas, de acervissimos „dolores, sin poder levantarse de una po„bre cama mas de treinta años, sin mas „abrigo en sus necessidades, que el que la „misericordia de algunas personas devotas „le ministraba, que dijera: Esta es la que „tiene Dios en el mundo para arcadùz de „sus beneficios? Esta viejecita flaca es una „de las mas fuertes colunas de la Iglesia? „Aquellas manos tullidas detienen los gol„pes, y ganan la espada à la divina Justicia, „quando mas indignada à tomar venganza „de los pecadores? Debajo de aquellos pies „incapaces yà de sostener un cuerpo ate„nuadissimo, gimen postrados los demo„nios, viendo frustrados sus intentos, y des„baratadas las trazas de destruir à los hom„bres? No parece que lo pudiera decir na„die; y todavia supo hacerlo Dios, precia„do siempre de mostrarse Autor de prodi„giosos efectos en el uso de los instrumen„tos mas flacos, para obstentacion de su „gloria, y para credito de la santidad; facili„tando la fé de estas maravillas, à quien sa„be, que un Dios, que diò à su Hijo por „precio de las almas, les darà todo lo de„màs, y todo le parecerà poco para en„grandecerlas, quando éstas, con el uso „de heroycas virtudes, corresponden à las „finezas de su amorosissimo Señor. Dispu„sose Doña Marina, como vimos, assi en „el primer libro de esta segunda, como en „toda la primera parte de su Historia; con „esso no es maravilla, que en bien de sus „proximos, para provecho de innumera„bles almas la hiciesse Dios Thesorera en „los de su misericordia, Patrona en los „estrados de su justicia. En un papel, pues, „de Septiembre de seiscientos veinte y qua„tro, dice assi:

Bien confusa de verme con tantas faltas, tan llena de imperfecciones, y admirada mas de que la Magestad Divina se dignasse de hacer tantas, y tan grandes misericordias à tan indigna criatura, havia gastado largo rato en mi oracion ordinaria, quando me hallè en una muy actual presencia de Dios nuestro Señor Trino, y Uno. Vì que salia como del lado derecho de la Sacratissima Persona del Eterno Padre su Santissimo Hijo Jesu-Christo Salvador nuestro, rodeado de innumerables Angeles, que le venian adorando, y cortejando. Venia este Dios Hombre con grandeza de verdadero Rey, assi en los vestidos, como en una corona preciosa que trahia en su Santissima Cabeza. Bajò este Señor como por dos gradas muy gloriosas; y poniendose delante de su Eterno Padre, se postrò encima de ellas, haciendole en quanto hombre esta profunda reverencia. Echòle su Sacratissimo Padre la bendicion con gran-

grande caricia; y dijo luego à toda aquella Celestial Corte: Este es mi Hijo muy amado, en quien mucho me he agradado: adoradle, y reverenciadle por vuestro Rey, y Señor. Al punto que su Mageſtad huvo dicho esto, se postraron todos aquellos Espiritus Bienaventurados, haciendo con grande veneracion, y gusto lo que se les mandaba. Levantòse luego Christo Señor nuestro, y entre aquella infinidad de Angeles, que con celestiales musicas le alababan, y poco à poco, con una gravissima mageſtad encaminò ácia mì. Turbème yo notablemente, porque es increible la grandeza de gloria con que en esta vision se me descubriò el Señor. En llegando cerca de mì, le pusieron los Santos Angeles un Trono mysterioso. Sentòse su Mageſtad, poniendo en los brazos de la silla sus santissimas manos, en las quales con grande admiracion mia, ví fresquissimas, y bellissimas las señales de sus Llagas. Era, como digo, grandissimo mi encogimiento, y turbacion, y dijome su Mageſtad: No temas, alma, ni te turbes, que Yo soy tu Dios, y tu Señor, y el que muriò por tí en una Cruz, y derramò su Sangre: no temas. Sossegóse mi alma oyendo estas palabras; pero con todo esso, le supliquè humildemente me diesse licencia para volverme á Dios por el camino ordinario. Sea norabuena, dijo este Señor; con esto me recogì quanto pude, y fuera de todas formas imaginarias puse el corazon en Dios, supliquèle afectuosissimamente me diesse luz para conocer sus verdades, y reverenciarlas.

Estando pidiendo esto con ansias, me volvì à hallar en la presencia de la Mageſtad de Christo Señor nuestro, como de antes, siempre mas admirada. Està atenta, alma, dijo entonces el Señor, à lo que te quiero decir: Sabe, que por la divina ordenacion de mi Eterno Padre, soy embiado à decirte que entiendas, que su Divina Mageſtad està muy ofendido, por los muchos, y graves pecados que comete el Pueblo Christiano: tienen estos muy provocada su ira, amenazalos con rigor grande su Divina Justicia; y aunque es verdad, que hay muchos que le aman, y sirven de corazon; pero son en grande numero los que le ofenden, y desprecian. Ruegale tù al Señor aplaque su ira; porque es grande la necessidad. Crecia mi admiracion, oyendo las palabras de nuestro Santissimo Salvador, y sin pronunciar ninguna, decia en lo interior de mi alma: Pues cómo, Dios mio, y Señor mio? Estàs à la diestra de tu Eterno Padre, abogando por los pecadores, y dicesle à una hormiguilla miserable que pida al Señor aplaque su ira? Como este gran Señor veía lo mas secreto de mi corazon, dijome luego: Bien està, alma, deja agora esto, y executa lo que te he dicho, y dirè en particular. Harás que en nueve dias se digan nueve Missas: las primeras tres seràn de la Santissima Trinidad, pidiendo en cada una de ellas, por su orden à cada una de las tres Divinas Personas tengan misericordia de su Pueblo Christiano. La quarta Missa, serà de la Assumpcion de mi Santissima Madre, poniendola por intercessora, para que el Señor aplaque su indignacion. De las otras cinco Missas se aplicarà la primera por el estado de la santa Iglesia Catholica, pidiendo su conservacion, y aumento. La segunda, por los que estàn en estado de gracia, que se conserven, y crezcan en ella. La tercera, por los que estàn en pecado mortal, que el Señor les dè su favor, para que salgan de èl. La quarta, por los Jueces de las Republicas Christianas, que los alumbre el Señor, para que administren justicia. La ultima, serà por las Animas del Purgatorio. Oyràs tù estas nueve Missas con devocion, comulgaràs en ellas, ofreciendo al Señor la Sagrada Comunion por estas necessidades; y todo lo que hicieres de obras del servicio de Dios en estos dias, todo lo que padecieres en ellos, serà por este fin. Procuraràs todo este tiempo assistir con muy particular cuidado en la presencia de Dios, pidiendo por estas necessidades: abstendràste lo mas que pudieres del trato de los proximos, para dàr mas lugar à estos exercicios, que aunque aquel no te estorva, pero quierelo agora el Señor assi, si no fuere en algun caso muy particular, y necessario, y esto con orden de tus Confessores.

Y

Y para que tu oracion sea mas eficaz, y tenga mayor fuerza, ha querido la Divina Magestad, que yo mismo en persona venga à tì à intimarte estas necessidades, y la ordenacion de su santissima voluntad.

Oyò mi alma este razonamiento, que el Señor Dios suyo la hizo, y respondì, que obedeceria con la mayor puntualidad que con su divina gracia me fuesse possible à todo lo que se me mandaba. Bien està esso, alma, dijo el Señor, quedaràste agora en paz; pero quiero primero dejarte consolada con darte alguna preséa de mi mano: y diciendo esto, entrò su divina mano en el pecho, como debajo de la ropa, y sacò una como dobla de oro finissimo, y muy resplandeciente, la qual tenia en la una parte figurado muy al vivo el rostro de su Magestad, y en la otra escrito su Santissimo Nombre, y dijome: Toma, alma, esta dobla, que serà celestial epictima para tu corazon. Encogime grandemente, y no osè tomar aquella rica joya de la mano de mi Señor; y su Magestad entonces, viendo mi encogimiento, se levantò del assiento en que estaba, y llegandose à mí, con su sacratissima mano puso aquella dobla en mi pecho; la qual mysteriosamente se entrañò luego en mi alma, y me echò su santissima bendicion. Y despues, poniendo aquella santissima mano suya sobre mi cabeza, me dejò en ella por un grande rato un resplandor lucidissimo, de suerte, que no le podian sufrir mis ojos. Ultimamente me diò à besar la sacratissima mano suya. Tocaronla mis labios, y con causar aquel tacto suma devocion, y reverencia, conociò mi alma claramente ser aquella mano de carne verdadera, y entendì del Señor me havia hecho aquella merced, para que experimentasse la verdad de que era su Magestad el mismo Señor nuestro Jesu-Christo, Dios, y Hombre Verdadero. Volviòse à sentar su Magestad, y dijome: Alma, para mayor consuelo, y devocion tuya, te quiero hacer gracia de tocarte algunos Rosarios con mis manos, y en estas llagas mias. No los tenia yo entonces conmigo, y assi, con harta verguenza, y encogimiento respondì: No estàn aqui, Dios mio; pero donde quiera que estuvieren les podràs tù dàr virtud, y hacerme à mí esta merced. Sácalos, replicò el Señor, que quiero yo que assi sea, y veas tù cómo los toco. Hice lo que el Señor me mandò: saquélos de donde estaban con harta confusion mia, y admiracion de vèr tan inmensa benignidad. El Señor los tomò en sus sacratissimas manos, y con una gravissima Magestad los trajo por ellas, tocólos à sus preciosas llagas, y luego me los diò en mis manos, que con mucho consuelo mio los besè, y puse sobre mis ojos. Con esto se fuè el Señor, acompañado de aquella infinidad de Angeles, que le iban sirviendo, y reverenciando.

Quedè yo consoladissima, aunque con cierta manera de temor, nacido de la admiracion, y novedad de tan grande mysterio. Miraba por una parte estas obras del poder, bondad, y sabiduria de nuestro gran Dios; y por otra daba, y tomaba, reparando en la novedad de ellas. Es possible, decia yo, que Dios nuestro Señor haga cosa como esta? Que embie à su sacratissimo Hijo, Jesu-Christo Señor nuestro, aquel mismo que està à su santissima diestra, abogando por los pecadores, à una vilissima criatura como yo? Esto es possible? Y con decir todo esto, no dudaba yo, porque no podia dudar de que todo lo que havia passado era verdad; pero estaba mi alma en una admiracion confusa, como pasmada.

Estuve en esto un grande rato, y entonces el Señor, como compadeciendose de mì, me dijo con grande amor algunas razones acerca de lo que la Fè nos enseña de sus Mysterios, (como las que en semejantes ocasiones, que referí en otra parte, me ha dicho) y con ellas, como con clarissimos exemplos de su póder, y amor, me dejò del todo sossegada, y consoladissima. Sea millares de veces bendito. Amen.

„Al principio del año siguiente de seis„cientos y veinte y cinco le mostrò el „Señor los amagos de tantas guerras, co„mo despues acà se vieron, y lo que ella „con sus oraciones havia de hacer, para que „el infierno, por medio de los Hereges, „no executasse la furia de sus intentos.

„Es-

„Eſcribe ella la viſion por eſtas palabras.

Una mañana de eſtas eſtaba con nueſtro Señor rezando una devocion, que ſu Mageſtad me havia enſeñado, y oíle, que con un modo apreſurado, aunque graviſsimo, me decia: Vèn acà, alma, vèn, y veràs lo que te quiero enſeñar. Reſpondíle con humildad: Luego irè, mi Señor, luego irè, en acabando de rezar eſta devocion tuya, y porfiaba mi alma en poderla acabar. Volviò el Señor à decirme: Acaba, alma, vente conmigo, que quiero que veas luego lo que te enſeñarè. No pude reſiſtir; y antes de acabar la devocion me puſo ſu Mageſtad à viſta de unas partes muy lejos de donde yo eſtaba, à mi parecer, y dijo: Mira, alma, eſſa multitud de Angeles mios, que cercan todas eſſas Provincias, è Imperios de los Reyes Catholicos. Mirò mi alma como el Señor ſe lo mandò, y viò una infinidad de Angeles, hermoſos à maravilla, armados à guiſa de ſoldados valientes, con arcabuces, y alabardas, que rodeaban todos aquellos Reynos. Iban como quien hace un paſſeo muy grande, diſparando ſus arcabuces, cuyo ſonido, aunque era terrible, y fuerte, era por otra parte ſuave, y de conſuelo á los oìdos del alma. Diòſeme à entender, que era ſymbolo de la piedad, y miſericordia de Dios. Yendo con eſte paſſeo, hicieron una crucijada en medio de todos aquellos Reynos; y luego con muy grande orden, pueſtos en dos hileras, tomaron ſu viage para venir derechamente al lugar donde yo eſtaba; y llegando à èl, fueron paſſando con el miſmo orden por delante de mì, y ſubieron por un alto, à manera de unas gradas bajas, y como de color de cielo, haſta llegar á la Celeſtial Jeruſalèn. Ultimamente, al cabo de eſta Proceſsion tan admirable, que yo con grande conſuelo eſtaba mirando, vì à la Mageſtad de Jeſu-Chriſto nueſtro Señor, que venia acompañado de muchos Santos del Viejo Teſtamento, de los Apoſtoles, Evangeliſtas, y Patriarcas de Religiones, y otros Santos particulares. Venia eſte Señor veſtido de Reales ropas de gran valor, con diadema en la cabeza. Y echabaſele bien de vèr ſer quien era Verdadero Dios, y Hombre. Llegò con grande Mageſtad, y poniendo en mì (que al punto me poſtrè) ſus ſacratiſsimos ojos, me echò ſu ſagrada bendicion, y à todo lo que havia en aquel lugar. Paſsò eſte Señor adelante, haſta llegar al Trono de la Mageſtad de Dios. Alli ſe poſtraron todos aquellos Angeles, y Santos, y el miſmo Chriſto bien nueſtro en quanto Hombre delante del Eterno Padre, y ſu Mageſtad les echò à todos ſu Santiſsima bendicion; y levantandoſe Chriſto nueſtro Señor, ſu Eterno Padre le echò el brazo al cuello, y le dijo con tierniſsimo amor: *Sede à dextris meis, donec ponam inimicos tuos ſcabellum pedum tuorum.*

Contemplaba yo eſte ſagrado Myſterio, bien admirada mi alma de tales obras de ſu Dios, quando vì, que acullà lejos eſtaban como à la mira de eſte eſpectáculo muchos eſquadrones de demonios terribles, y fieros, con ſus capitanes delante. Eſtaban eſtos en hileras, como atados unos con otros: tenian grillos en los pies, y cadenas en los cuerpos, y movianſe con grande confuſion, y rabia: moſtrabanſe armados con arcabuces à los hombros. Procuraban andar, y paſſar adelante, y diſparaban ſus tiros; pero eſtaban tan ligados, que ſi ſe adelantaban quatro paſſos, luego volvian otros tantos atràs, quedandoſe los tiros ſin fuerza, ni efecto, como en el ayre. Aqui era la rabia, y el deſpecho: confuſamente ſe mordian los unos à los otros; llamabanſe cobardes, y la mayor furia de todos, era volverſe contra ſus Capitanes. Era ſu infernal intento inficionar con la Heregia los animos Catholicos; pero viendo ultimamente, que no podian prevalecer, ſe fueron deſpeñando haſta llegar à los abyſmos. Deſpues de eſto, los ví en unas Provincias de Infieles muy lejos, que eſtaban alli ocioſos, y como quien deſcanſa. Todo eſto ſe me eſtaba moſtrando al alma, con mas viveza, ſin comparacion, que ſi lo vieran los ojos exteriores; y aunque con luz de nueſtro Señor raſtreaba algo de la ſignificacion de eſte Myſterio, todavia no acababa de entenderlo, y conocia que me faltaba mucho para penetrarlo.

En-

Entonces con un modo gravisimo, y de grande sentimiento, por lo mucho que nos ama, me dijo el Señor: Mira, alma, havràs de saber, que todo el Infierno se ha juntado, y apoderandose, con permission mia, de los corazones, y ánimos de los Infieles, con grande furor, y rabia insiste, en que haciendose todos estos à una, quiten, quanto es de su parte, la honra, y la vida à mi Hijo Christo Jesus, poniendo sus lenguas sacrilegas en su Divina Persona, en su purissima Encarnacion, y en el Sacramento de la Eucharistia. Esta es, alma, la significacion de lo que te he mostrado. Qué te parece à tì de esto? Oyendo mi alma estas palabras, y el modo con que el Señor las decia, fuè llena de grandissima pena, y dolor; y respondiendo à su Magestad, dijo: Pues segun esso, Dios mio, y Señor, no serà bueno que los Reyes, y Principes Catholicos, primero que los enemigos de la Santa Fè salgan, vayan ellos, y los acometan, y destruyan? No serà bueno agora esso, alma, dijo el Señor, no serà bueno. Dime, serialo, que haviendo en una plaza tres bravos toros, dijesse un hombrecillo flaco, y sin arte: Mejor serà acometer estos toros, que fortalecer la talanquera, y subirme en ella? Bien claro se vè, que erraria éste. Y tù, Señor mio, y Dios mio, no eres poderoso para contra todo el Infierno? No puedes tù facilissimamente destruir todos nuestros enemigos, y dàr victoria à tus Fieles? Assi es verdad como lo dices, respondiò el Señor, que soy poderoso para todo lo que quiero, y misericordioso, y por esso, como viste, embiè tantos Angeles à mis Fieles à la defensa de las verdades de la Fè, y à destruir la mentira, y engaño del demonio; pero no obstante esso, no me tienen los mios tan ganada la voluntad por sus pecados, y ruin disposicion, que ponga Yo para defensa una viejecita entre ellos, y mi justicia, y que no deje correr las cosas por el curso, y reglas ordinarias, si el caso que amenaza llegára à suceder. Oyendo esto mi alma à su Señor, y cobrando un modo de coraje, y afecto fuerte, aunque muy compassivo, respondiò entonces: En verdad, Señor mio, que si esso fuesse, que me pusiera yo entre ellos, y tu justicia, para divertir de ellos, y recibir en mì los golpes. No haràs, dijo el Señor, no harás, alma; porque no te dejarè Yo hacerlo; y si mucho porfiasses, y el caso sucediera, te sacaria Yo de en medio de ellos, y te llevaria para Mì. Què dices tù à esto? qué te parece?

Quedème como suspensa, y espantada de lo que oìa decir á mi Señor, temerosa por una parte mi alma de la justicia de Dios, y confiada por otra en su misericordia, y piedad, y hasta agora no he salido de este modo de presencia de aquel Señor. Tengo este caso como cosa que su Magestad ha puesto sobre mis flacos hombros, para clamar, y pedirle continuamente misericordia en estas necessidades de su Iglesia. El se digne de mirarnos como Padre, y sea por siempre bendito. Amen.

CAPITULO II.

Cuenta otros casos particulares de la misma materia.

„DE este mismo año de seiscientos y „veinte y cinco son los casos que „aqui refiere, y cuentalos por el tenor „siguiente.

Llevòme su Magestad, acompañandome el Santo Angel de mi guarda, á una Provincia muy lejos: passamos por unos campos desiertos, y de éstos á otros tales: pareciame que toda aquella tierra estaba sin moradores; pero que en otro tiempo havia sido habitada, porque de quando en quando se topaban las señales de algunos edificios arruinados. Admirabame yo mucho de vèr soledad tan grande, y de que en tanta distancia ni huviesse Lugares, ni pareciessen hombres, pues solo descubrì uno, que passaba de camino, y este de lejos. Volvíme al Señor, preguntandole: Dónde està, Señor, esta gente? Y respondiòme su Magestad: En el Infierno està. Y sus Ciudades, repliquè yo, las riquezas, y bienes, que

que posseyeron, què se han hecho? Todo està en el Infierno, dijo el Señor. Iba mi alma espantada, diciendo entre sì: Valame Dios! que se haya acabado todo esto, y estè tanta gente en el Infierno! Prosiguiendo assi nuestro camino, vi una luz muy grande: parecia que echaba resplandores de gloria. Llegamos à este lugar, y topamos un Monasterio pobre, de humilde edificio, adonde ví un Religioso de San Francisco. Entramos en la Iglesia, que estaba bien pobre, y mal aliñada. Alli estaba un sepulcro con una reja: tiene la losa cubierta con un paño, delante del qual me mandaron postrar. Hicelo assi, y haviendo hecho mi adoracion, y queriendo levantarme, me dijo mi Santo Angel, que me estuviesse queda. Mostròseme luego sobre el mismo Sepulcro la Magestad de Jesu-Christo Señor nuestro, como si entonces resucitára, el qual, con grande caricia me preguntò: Què es esto, alma? quièn te trajo aqui? Mi Señor, respondí yo, el Señor me trajo; y haviendo estado con su Magestad un poco, me echò su santa bendicion, como dandome prisa á que me volviesse luego, y desapareciò. Al punto vì, que por la puerta entraba un Pastorazo fiero, y mal inclinado, cercado de muchos, y grandes perros como mastines de ganado. Llegaronse éstos à mì; cercandome por todas partes. Temì algo; pero poco; pero aunque parecian feroces, no sè cómo les echaba de vèr que eran flojos, y podian hacerme poco mal. Como no pudieron dañarme, se volvieron unos contra otros, mordiendose, y despedazandose, hasta que ultimamente desaparecieron. Vì luego, que de aquel lugar del Sepulcro, por un lado de la Iglesia, salia un arroyo de sangre, y agua muy resplandeciente, y bellissimo: reparè, que no deteniendose nada de èl en aquellas tierras, passaba con prisa à otras, en quienes se explayaba, fertilizandolas, y dandolas virtud para llevar fruto. Despues de haverme enseñado el Señor todas estas cosas, me preguntò si las havia entendido? Algo se me ha traslucido, Dios mio, respondì yo; pero no todo. Pues yo te lo declararè, dijo el Señor: Todas estas tierras son de Paganos: en ellas està el Sepulcro donde fuè depositado el Cuerpo de Jesus. Aquel Pastor, y perros son demonios, que mordiendose, mostraban la rabia, y desesperacion, que les causan los Mysterios de la Passion del Salvador, los de su Muerte, y Resurreccion: significaban tambien el tormento que reciben quando tù oras. La Sangre del Redemptor, aunque passa por todos, porque por todos se derramò, pero no pára, ni fructifica en éstos, porque no quieren aprovecharse de ella. Ruegame tú por ellos, y ofreceme alguna cosa por su bien. Què puedo yo ofrecer, Señor mio, dije yo, ò què tengo que dár? Algo puedes hacer, respondiò el Señor. Ofreceme por ellos una Comunion, como la ofreces por los Catholicos de Inglaterra, y de otras partes, y todo lo que dieres se te quedarà para tì muy mejorado. Prometì al Señor que lo haria; y parece que su Magestad carga sobre estos flaquissimos hombros los unos, y los otros, y que me tiene este peso fatigada. Sirvase el Señor que les aproveche lo que por ellos hago.

Algunos dias despues padecí una afliccion, ocasionada de cierta cosa, que me havia dado cuidado, y pena. Estando assi, el Lunes veinte y uno de este mes de Octubre por la mañana ví à Jesu-Christo Señor nuestro, que con grande amor me dijo: Vente conmigo, alma, y descansaràs. Llevòme su Magestad al Cielo por una escalera de grande numero de gradas: iban cortejando, y sirviendo al Señor muchissimos Espiritus Angelicos. En llegando, me postraron delante de la Beatissima Trinidad, que me recibiò con mucho agrado. Hallabame yo adornada de aquellas vestiduras con que en semejantes ocasiones me adornan mis Señores los Angeles. Llegòme luego à sì la Sacratissima Persona del Eterno Padre, y sobre el pecho, apartando el vestido, me hizo con su sagrado dedo una Cruz, que me quedò estampada en èl, de color rojo, y muy resplandeciente. En viendome con ella aquellos Espiritus Bienaventurados, que eran innumerables, empezaron á hablar entre sì, y pre-

preguntarfe unos à otros: Quièn es efta alma? Efta, de la Encomienda es. Yo eftaba encogida, y corridifsima, al modo que lo eftuviera acà un pobrecito vil, à quien fobre un veftido de andrajos pufieran una Cruz por Habito, ò Encomienda de Caballero.

Luego el mifmo Señor nueftro Jefu-Chrifto, con quien havia ido de efta vez al Cielo, me fubiò à un alto, donde me enfeñò lo primero la manera con que Dios fe comunica à las criaturas irracionales: defpues, la con que à las racionales; y ultimamente, el modo con que fe comunica à los Bienaventurados, beatificandolos, y llenandolos de todos los bienes con la vifta de fu Divino Sèr. Eftaba mi alma grandemente admirada viendo tan ocultos, y foberanos myfterios, que aunque fe refieren con tan pocas palabras, todas las del mundo no baftan para explicar una brizna de lo que alli fe vè. Dijome entonces Chrifto Señor nueftro: Levanta, alma, los ojos, y mira. Mirè, y vì encima de toda aquella Bienaventuranza un mar inmenfo de infinitas aguas, en las quales me enfeñò el Divino Sèr, con un modo tan fuperior, que no hay lengua que lo pueda decir, ni fignificar algo de aquella mageftad, y hermofura. Luego me tornò Chrifto Señor nueftro à bajar al lugar adonde poco antes havia vifto la Santifsima Trinidad. Aqui me volviò à hablar la Santifsima Perfona del Eterno Padre, y me dijo: Mira, como los Reyes de la tierra dàn Encomiendas à algunos Capitanes para animarlos à que eftèn en las fronteras de los enemigos para pelear contra ellos en defenfa de fus Reynos; afsi te he dado Yo effa Cruz, para que delante de Mí pelees, y defiendas las Animas de fus enemigos. Agora vuelvete en paz. Y entonces, con grandes veras, de un muy encendido afecto, le dije à fu Mageftad: Señor mio, por quien tù eres no permitas que vuelva yo otra vez à la tierra: no, mi Señor, no me mandes volver, que me perderè. Efto repetia muchas veces, y con grande refolucion, hafta que la Perfona de Jefu-Chrifto Señor nueftro me dijo con grandes mueftras de amor: Alma, fi vuelvo contigo, bien podràs volver. Con vos, Señor mio, refpondí yo, à la tierra, y al Infierno irè. Y luego, por el mifmo camino, y acompañado de gran multitud de Angeles, me volviò à bajar por la efcalera que haviamos fubido, y me dejò en mi rincon.

De ahì à cinco, ò feis dias, muy cerca de la fiefta de Todos los Santos, me fignificò el Señor, que en aquella folemnidad me havia de hacer merced de llevarme configo à la Celeftial Patria. Quiero, dixo, que goces aquel dia de la fiefta, que fe hace en la Jerufalèn Celeftial à mis Santos, y quedarâfte allà por muchos dias. Fuè afsi; y el dia de Todos Santos, antes de amanecer, me llevò fu Mageftad al Cielo, como me lo havia dicho, y alli me uniò configo, donde, al modo de mi pofsibilidad, gocè de los deleytes, y gloria accidental, que aquel dia recibian los Santos de la celebridad con que la Iglefia Militante los feftejaba acà en la tierra. Fuè para mì de particularifsimo confuelo, y grande admiracion, vér aquel modo de gloria accidental que fe les añadia à los que por otra parte eftaban colmados de todo bien con folo vér à Dios, y de que á mí me cupieffe participar tambien de ella. Eftando en efte gozo me dijo el Señor: Alma, pideme lo que quifieres, que todo te lo concederè; y fentì, que el mifmo Señor me infpiraba lo que havia de pedir, y afsi dije en Latin (como fu Mageftad me lo ofrecia) aquel verfo de la Letania: *Ut inimicos Sanctæ Ecclefiæ humiliare digneris.* Al punto todos los Santos bienaventurados refpondieron: *Te rogamus audi nos.* Profeguì luego diciendo: *Ut Regibus, & Principibus Chriftianis pacem, & veram concordiam donare digneris.* Y refpondieron los Santos: *Te rogamus audi nos.* Añadì lo tercero: *Ut cunctum populum Chriftianum pretiofo fanguine redemptum confervare digneris.* Y afsimifmo añadieron los Santos: *Te rogamus audi nos.* Aqui parè, y no pedia mas. Entonces me dijeron los Angeles: Hermana, pide mas, pide: *Ut fructus terræ dare, & confervare dig-*

neris. Pedilo, pero no con aquellas veras, y conatos que en las tres primeras peticiones; ni tampoco los Santos respondieron à esta quarta, como lo havian hecho à las otras. Su Mageſtad me dijo, que me concedia todo lo que le havia suplicado. Con esto me quedé suspensa, y quando recordè, me hallè en mi rincon; pero la parte superior del alma se quedò con su Mageſtad, como me lo havia dicho. El Señor sea bendito. Amen.

CAPITULO III.

Explicale nuestro Padre San Ignacio qual sea la eficacia de sus oraciones de esta Virgen: refierense acerca de lo mismo otros sucessos admirables.

„ES mucho de ponderar, que de tal „manera le prometiò Dios à esta „Virgen, que le concederia todo lo que „le pidiesse en bien de los projimos, que „èl mismo le inspirò quáles havian de ser „las peticiones. Tenemos de esta verdad „grandes ejemplos en las Historias de los „Santos, (y escribe admirablemente de este „punto, como de los demàs, que trata „Santa Teresa) adonde leemos, que à los „que el Señor concediò este privilegio, siem„pre que han de recabar algo de Dios, pi„den prevenidos, y afervorizados de la „inspiracion divina, sin la qual se hallan „tal vez tibios para pedir, con desgana de „porfiar, y con prenuncios claros de no „conseguir. Ni les desconsuela à estas al„mas tan insignemente privilegiadas la re„pulsa de sus ineficaces efectos en tales „ocasiones; porque les queda dentro ver„de, y alegre la raíz de una voluntad efi„cáz, y generosa, con la qual solamente „desean que se haga la divina voluntad; an„tes este es el cumplimiento que en to„das sus peticiones les promete el Señor, „que por esso une primero las volunta„des humanas de estos Santos à la divi„na suya, para que en el beneplacito de és„ta, queden ellas con qualquiera sucesso „cumplidamente satisfechas. Pero dirà al„gun flaco: Pues què privilegio dà el Señor „à los tales Santos, si nivela los sucessos „por su divino beneplecito, y no por el „natural gusto de ellos? Lo primero digo, „que deben saber las almas devotas, aun„que menos sábias, que no podia Dios, „siendo como es Autor, y primera regla „de todas las cosas, dejar de ser el unico „arancèl, por donde los quereres huma„nos, si son justificados, deben regirse. Lo „segundo digo, que aqui mismo resplan„decen las grandezas del privilegio que se „dà à los Santos, dignas de la liberalidad „inmensa de la infinita caridad de nuestro „gran Dios, y Señor; pues los beneficios, y „mercedes que quiere hacer al Pueblo Chris„tiano, quiere que en su ejecucion passen, „y se aduanen en los deseos, y súplicas „de sus Santos, y à muchissimos de estos „beneficios no los determinára à lo eterno, „ni quisiera concedellos sino por medio, „y merecimientos de los tales Santos, à quie„nes como amigos, y miembros vivos de „su Hijo Christo Jesus, por quien les vino „este bien, quiso honrallos con hacellos „medianeros entre sì, y el mundo, para „remedio de tantas necessidades. Basta esto „para las almas pías, que con mas de vir„tudes, que de letras, se aplicáren à la licion „de esta admirable, y utilissima Historia.

„Mas claramente le enseñò estas verda„des à Doña Marina nuestro Padre San Ig„nacio un dia, (no pude averiguar el año „cierto) en que como à hija tan suya la „hizo otros favores grandes. Refiere ella „el sucesso con las palabras puntuales, que „aqui trasladarè. Debia de ser el tiempo „inmediato à la Quaresma, segun se co„lige; porque dice, que en su oracion, y „en aquel modo de presencia ordinaria que „tenia de nuestro Señor, le sobrevino el „deseo de oìr la palabra de Dios, el qual „dice que le cumplieron el Domingo „primero de Quaresma, como cosa que „brevemente se siguiò à lo que le havian „prometido; pero oigamoslo todo de bo„ca de la Virgen.

En la divina presencia, con mi ordinario modo de oracion, me estaba con nuestro Señor, quando me sobrevino una mane-

nera de sentimiento de haver tantos años, que por mi larga enfermedad no oìa Sermones; y al mismo punto me dijo su Magestad: Criatura mia, no te dè pena, ni desconsuelo la falta que sientes de mi divina palabra, que Yo te embiarè quien te platique en mi nombre, para consuelo tuyo. Señor mio, y Dios mio, respondì yo, por mi voluntad no serà esso, ni yo quiero, si tù eres servido, recibir de tì essas tan extraordinarias misericordias. Bien està, alma, dijo el Señor: bien està esso que dices; pero Yo harè lo que fuere mi voluntad. Quedème luego en una grande suspension, y quando volvì de ella, procurè divertirme mucho de lo que me havia passado con el Señor. Llegado el primer Domingo de Quaresma, (serìa como à las dos de la noche) estando en oracion, vì que venìa como de lejos el glorioso Patriarca San Ignacio, acompañado de muchos Angeles del Señor, y Religiosos de su Orden, con sobrepellices; y en particular notè, que trahia á su lado el Bienaventurado Patriarca un Angel muy grave, y que era superior al Santo. Con este orden llegò el glorioso San Ignacio adonde yo estaba, y saludandome en el nombre de Dios, dijo: El Señor de la Magestad sea contigo, alma. Pusieron luego alli un asiento mysterioso, à modo de silla, á quien aquel Angel superior por sus manos sacò algo mas adelante del lugar adonde primero lo havian puesto, y mandò à San Ignacio se sentasse en ella, quedandose dicho Angel en pie al lado del Santo, y como arrimado á la silla. Sentado yà el glorioso Patriarca, levantò los ojos al Cielo, juntas las manos, y luego, poniendolas sobre los brazos de la silla, con gran devocion, y espiritu, dijo asi:

Llegado el tiempo que la Divina Magestad de Dios nuestro Señor en su alto, y sagrado Consistorio tenia determinado en que su Unigenito Hijo se hiciesse hombre, para redimir el Genero Humano, vino al mundo, y sufriò gravisimas afrentas, oprobrios, y malos tratamientos de los hombres; y ultimamente padeciò la muerte en una Cruz: fuè sepultado, y resucitò al tercero dia, abriendo camino para el Cielo à todos los que quisiessen aprovecharse de tan grande, y costoso remedio, como fuè el de su sagrada Passion, y Muerte, y derramamiento de su preciosa Sangre; y dejando en el mundo dispuestas, y assentadas sus Divinas Leyes, que todos havian de guardar, y seguir, y à su Santa Iglesia muy bien proveìda de Medicos, y medicinas espirituales para curar las llagas de su Pueblo Christiano, està con todo esso agóra esse mundo, y este Pueblo de Dios muy perdido, muy divertido de su aprovechamiento, y de la consideracion de tan grandiosos Mysterios, no echando mano del remedio, ni aplicando la medicina de là Sangre de Jesu-Christo Señor nuestro à la ponzoña de sus culpas. Este es, alma, el estado presente del Pueblo Christiano: pidele á Dios nuestro Señor con veras, y de todo corazon, con el amor con que le amas, que aplaque su ira, y no le castigue como merecen sus culpas. Y tú, alma, alientate, y consuelate en tu Dios, y Señor, y està cierta, y cree sin ninguna duda, que todo lo que tu Dios, y Señor te ha prometido, se cumplirà à la letra, sin faltar una jota. Mira, alma, sabe tambien, y està muy cierta de esto, que nunca has pedido à tu Dios, y Señor ninguna cosa, que no te la haya concedido, aunque tú no la hayas entendido, pareciendote, que algunas veces pediste, y no viste, segun tu entender, el efecto de la peticion.

Oyendo mi alma con harta admiracion lo que el Santo la decia, se me excitò un interior afecto, como quien queria responderle, diciendole: Asi es, Santo bendito: es verdad que asi lo sentia, y pensaba, como tù lo dices; pero atribuìa yo à mis pecados el no alcanzar lo que pedia. Pero el Santo, viendo por divina revelacion mi interior, hizo una accion gravissima, como quien se pone el dedo sobre los labios, que era mandarme que no le interrumpiesse, con que mi alma callò, y el Santo, respondiendo á mi afecto, prosiguiò diciendo:

Mira, alma, jamàs has pedido à tu Dios, y Señor ninguna cosa, que en primer

mer lugar no sea, queriendo la tal cosa conforme à la divina voluntad, y gloria de Dios, bien, y provecho del alma de la persona para quien pides. Y aunque en la actual peticion tengas fervor, y afecto grande, aquel otro primer afecto de querer solo el divino beneplacito, siempre mora en el hondo de tu alma; y conforme á esto, es ciertisima cosa, que siempre nuestro Señor te hace merced en este particular, y tambien te la hace en otro modo superior de oraciones, y peticiones inspiradas, y asi no conviene que te estreches, ni descaezcas en pedir.

En acabando de decir esto el Santo Patriarca, aquel Angel superior, que estaba en pie à su lado, recibiò de mano de otro Angel un cierto mysterio, en que estaba un modo de Custodia, como Caliz pequeño, puesto sobre un quadrito muy resplandeciente. Tenia dicho Caliz, ò Custodia por la una parte un viril, y dentro una forma de Hostia. Levantòse en pie San Ignacio, (descubriendole aquel Angel superior la cabeza) y luego, volviendose à sentar medio humillado, llegò à aquella Hostia, al modo que un Sacerdote quando consagra, y dijo unas palabras, que aunque mi alma no las oyò, le parecieron las de la Consagracion. Puso luego el Angel superior otro viril delante de la Sagrada Hostia. Hecho esto, se levantò segunda vez el Santo Patriarca con aquel mysterio en las manos, y con grande reverencia bajò tres gradas del lugar en que estaba, y despues otras dos. Venia acompañado de aquel Angel superior, y de otros muchos Angeles, y de sus bienaventurados hijos, (éstos, todo el tiempo de la platica, havian estado sentados en un asiento largo, y mysterioso) y llegandose à mì, me puso aquel mysterio en los labios. Al punto me quedè en una grande suspension; y buelta brevemente en mì, me hallè con los mismos afectos, como si real, y verdaderamente huviera recibido el Santisimo Sacramento. En acabando esto, se volviò el glorioso San Ignacio à su lugar, y asiento, y de alli, por mandado de aquel Angel superior, me diò su santa bendicion. Entonces se puso entre mí, y aquel vistoso espectàculo, que estaba viendo, una como nubecica clara, y dorada, hasta que poco á poco, y con suavidad desapareció del todo la vision. Quedè con grande consuelo, y satisfaccion interior, dandole muchas gracias à nuestro Señor por todas sus misericordias, el qual sea bendito millares de millares de veces. Amen.

„Bien se infiere de este sucesso quán „grande aprecio hacia el Cielo de las ora„ciones de esta Virgen, en orden al re„medio de sus projimos, y quán conti„nuas deseaba que saliessen de su caritati„vo pecho. Pero aùn se verà mas claro „por lo que le pasò con el Señor el dia „que se acabaron de decir aquellas nueve „Missas, de quien hablamos en el capitulo „primero de este segundo libro, y que „ella concluyò con las diligencias que su „Magestad la mandò hacer en bien de las „comunes necesidades. Escribe, pues, asi.

Haviendose acabado de decir las nueve Missas, y lo demás, que el Señor me mandò, como arriba dije, un dia, despues, que fuè Sabado veinte y uno de Septiembre, ví á su Magestad, que bajaba del Cielo, y se venia acercando á mí. Yo con mis temores ordinarios rehusè la visita: divertí vivamente la imaginacion, volviendo quanto pude los ojos del alma á otra parte, con que me quedè en cierto modo admirada. Tornè brevemente en mì, y estaba pensando en cómo me havia podido divertir tanto, y hablòme luego el Señor, diciendo: Què he de hacer, si me desechas? Señor mio, dije yo, tù sabes mi voluntad, y conoces mi corazon deseoso de agradarte, reconocerte, y servirte; pero los temores que tengo de ser engañada, y el deseo unico que tengo de acertar con tu voluntad santisima, me obliga à estas cosas. Pues Yo te ofrezco, respondiò el Señor benignisimamente, y te doy mi palabra, que nunca por essos temores, y recato has de perder mis favores, ni el bien que te quisiere hacer; y volviendose á mis Señores los Angeles, les dijo: Tomad essa criatura con cuidado, porque no desfallezca, y trahedla á mi pre-

presencia. Fui luego llevada delante de aquella Divina Magestad; pero no pudiendo tenerme, me incline sobre las sagradas rodillas de aquel Señor, el qual dijo entonces unas regaladisimas palabras, que aunque se decian en Latin, las entendiò muy bien mi alma, y significaban esto: *Sereis puestos à mis pechos, y sobre mis rodillas os alhagarè, y harè caricias, como suele hacerlas la madre à su hijuelo, y os consolarè, y sereis consolados en Jerusalèn: veránlo vuestros ojos, y alegrarseha vuestro corazon.* Estaba yo aqui con una manera de adormecimiento, y pareciame que estaba como ociosa, y dijome el Señor: No estàs sino en la disposicion necessaria para lo que quiero hacer. Luego tomò su Magestad un globo de luz, à modo de estrella muy resplandeciente, y le puso dentro de mi pecho, diciendo: Sellado te he con mi sello. Sentì un dolor sensible, no pequeño. Acabado esto, mandò su Magestad à mis Señores los Angeles me volviessen á mi lugar.

Despues, estando en mi rincon, me visitò el mismo Señor; dijome que venia à agradecerme el servicio que le havia hecho en hacer decir las nueve Missas por las necesidades que su Magestad me havia descubierto. Pues, Señor mio, dije yo, què hice yo en ello? Qué sangre he derramado, ó que he padecido por tu servicio, y gloria, que merezca tal agradecimiento? No miro, respondiò el Señor, tanto à los servicios que se me hacen, quanto à la voluntad, y amor con que los hacen mis siervos. Y què hemos alcanzado, Señor mio, preguntè yo, con este medio, que vuestra Magestad ordenò? Mucho, respondiò el Señor, pues has suspendido la execucion del castigo, que mi justicia queria hacer en aquel lugar que sabes, y en sus moradores. Desconsoléme mucho, y repliquè, diciendo: Si no tenemos, Señor mio, mas que essa suspension, què seguridad puede haver de que volviendo ellos à sus culpas, no les castigue despues de algun tiempo vuestra justicia? Mas, Señor, mas haveis de hacer por vuestra bondad, y misericordia. Dijome entonces su Magestad con un modo ayrado, pero gravisimo: Calla, no me molestes, no me hables otra palabra en esse punto. Y luego, como preguntandome, añadiò: Pues què querias? Què piensas hacer agora? Señor mio, respondí yo toda encogida, pues no valgo, ni puedo nada, pienso hablar muy en secreto con Jesu-Christo, Señor, y Redemptor nuestro, y con la Virgen Santisima Madre suya, y nuestra Señora, y suplicarleshe con mucho afecto, que pidan à vuestra Magestad, que les deis nuevos socorros, y gracias à aquellas almas, para que vuestra justicia no tome venganza de ellas por sus pecados. Pero si acà los Reyes sienten mucho que otros encubran, ò quiten de la horca à los malhechores: si vos, Dios mio, tambien sentis que se impidan vuestros castigos, què remedio podrèmos tener? Hay grande diferencia, respondiò el Señor, yà mas blando, que ellos castigan solos los cuerpos, y conviene asi, para bien de las almas; pero mis castigos, quando son de veras, son eternos, echandolos al infierno: haz agora lo que quisieres. Encubriòse con esto el Señor: quedème à mis solas, comencè à llamar con grande afecto à la Virgen Santisima, y á mi Señor Jesu-Christo, pidiendoles con toda mi alma favoreciessen esta causa, y suplicassen al Señor diesse à aquellas almas las ayudas de su gracia, que yo deseaba, para que haciendo penitencia, se convirtiessen à su Magestad. Durè en esta súplica largo tiempo.

Luego el Domingo por la mañana, estando con estos mismos afectos, y ansias en mi oracion, volví à vèr al Señor, que con soberana grandeza, y Magestad venia acercandose à mí, y dijome: Què quieres, alma? Què dices? Què pides? Dios mio, respondì yo, estoy pidiendo à mi Señora la Virgen Maria, y à mi Señor Jesu-Christo, que os supliquen no castigueis aquellas almas. Entonces, como ví que su Magestad se iba llegando mas, y mas à mì, entendì (asi se me ofreciò) que queria quitarme aquella joya de luz, que el dia antes me havia dado; y temerosa de esto, le dije: No, Señor mio, con vuestra buena licencia, no ha de ser asi, no me haveis de

qui-

quitar lo que tanto he menester. No quiero, respondiò con grande amor su Mageſtad, quitartelo, ſino mejorarlo: quiero que me dès tu corazon, que yo te le volverè reſplandeciente como el oro, y fuerte como el fuego. Reuſabalo yo,como ſuelo, teniendome ſiempre, como lo ſoy, por indigniſsima de ſemejantes miſericordias, haſta que ſu Mageſtad, con ſu divina ſabiduria, me dá la diſpoſicion neceſſaria para recibillas en las ocaſiones que aguarda mi conſentimiento, que en otras, como Señor abſoluto, obra de hecho. Al fin, en eſta ocaſion me diſpuſo el Señor, dì el sí de darle mi corazon. Comenzaron los Angeles à cantar en voz blanda, y como de falſetes, un tono ſuaviſsimo, y verdaderamente celeſtial; y eſtando mi alma como ſuſpenſa, el Señor me arrancò el corazon del pecho; y aunque no vì cómo, ſentí un vehementiſsimo dolor. Conocì claramente, que el Señor, con ſu divina virtud, ſuplía en mí las veces del corazon, y alentaba la naturaleza, para que no faltaſſe la vida. Vì entonces mi corazon en mano de las tres Perſonas, como trayendole de una en otra. Dijome entonces ſu Mageſtad, que apartaſſe un poco los ojos, porque no desfallecieſſe. Hicelo aſsi, aunque deſpues, todas las veces que queria, podia verle.

Deſeaba yo ſaber la ſignificacion de tan gran myſterio, pero no la preguntaba; y queriendo el Señor conſolarme en eſta duda, me dijo: Mira, porque mi juſticia eſtaba inclinada al caſtigo de aquella gente, y la ha detenido mi miſericordia, pongo tu corazon como en prendas de que con mis ſocorros ſe mejoraràn aquellas almas, y haràn penitencia de ſus culpas. Pues, Señor mio, repliquè yo, quién es tu juſticia, y tu miſericordia, ſino Tù miſmo, y tu Divinidad? Lo que Tú quieres, Dios, ſe ha de hacer, y tus criaturas han de obedecer à tu voluntad. Aſsi es, reſpondiò el Señor; pero por el modo que yo lo dije, lo entenderàs tu mejor. Parece que hizo el Señor un ademàn de volverme el corazon, y dijele: No, Señor mio, tenedle allà, haſta que les deis à aquellas almas eſſos ſocorros. Supliquéle ſe compadecieſſe de ellas, pidiendole, ſegun el afecto que èl miſmo me daba, no por todas en general, ſino por aquellas perſonas, de cuya reformacion dependia la de otras. Su Mageſtad me enſeñò lo que havia de hacer con ellos, y los ſocorros que les havia de dàr. Moſtròme las miſmas perſonas, las quales no expreſſo aqui, como ni tampoco el lugar en que viven, por convenir aſsi. Con eſto ſe deſpidiò el Señor.

El dia ſiguiente, Lunes á la miſma hora, cumpliendoſe juſtamente veinte y quatro horas que me faltaba el corazon, ví bajar la Sacratiſsima Perſona del Eſpiritu Santo, con tan grande mageſtad, y grandeza, que me pareciò, que con grande ruido ſe movieron todos los Cielos, temblò toda la tierra con ſus montes, haſta los abyſmos. Venia eſte Señor entre reſplandores divinos, rodeado de innumerables Angeles. Trahía mi corazon en la mano, y ſalia de ſus dedos tan inmenſa luz, que no la podia mirar mi pobre alma. Llegòſe à mí para reſtituirme el corazon à ſu lugar: y al tiempo que eſto ſe huvo de executar, ví alli de repente à la Sacroſanta Perſona de Jeſu-Chriſto Señor nueſtro (que haſta entonces en todo eſte Myſterio no le havia viſto) el qual me hizo una Cruz en el pecho; abriòſe luego éſte, y la Soberana Perſona del Eſpiritu Santo me puſo el corazon adonde antes eſtaba, diciendo: Tù quedas en mì, y Yo en tí, y me uniò un rato conſigo eſtrechiſsimamente. Quando volví en mi, quedò la naturaleza muy fatigada, y con muchos dolores, que duran en todos los miembros de eſte miſerable cuerpo.

Paſſado todo lo dicho, ſe me apareciò el ſanto Padre Luis de la Puente, y me dijo: No quiero hablarte agora deſpacio, porque eſtàs muy fatigada; pero aunque no lo viſte, me he hallado preſente à las miſericordias que Dios te ha hecho; y hagote ſaber, que viendolas, he tenido particular gozo, y gloria accidental. Bien ſabes, que quando vivia, y con las fatigas de mis achaques, venia à verte; deſpues de haver oído algun beneficio que huvieſſes recibido de Dios, decia, que daba por bien em-

empleado el trabajo, oyendo las misericordias del Señor. Asi agora he tenido gozo, viendo la merced que Dios te ha hecho: quedate en paz. El Señor sea eternamente bendito. Amen.

„Aquellas palabras regaladissimas, que „en Latin dijo el Señor à Doña Marina al „principio de este sucesso, y ella nos dijo „en Romance, son las mismas con que el „Profeta Isaias, cap. 66. vers. 12. de parte del Señor prometiò à los Fieles las de„licias de amor con que havia de tratarlos. „Sea eternamente alabada la bondad infini„ta de nuestro gran Dios, y Señor: pues „bastando tan gran promessa, entendida en „sentido espiritual, para derretir nuestra „dureza, y abrasar al pecho mas helado „en amor de tan suave Padre, quiere su „Magestad, que tal vez, del modo que pue„de ser, se experimente cumplida à la le„tra. Creen menos estas finezas del amor „divino los que se dán mas al exercicio de „los Estudios, que de la oracion, los que „tratan mas de ser doctos, que de ser san„tos; pero dijo la Santa Madre Teresa de „Jesus, que los que no se persuaden à creer „la ternura de Dios (que es por essencia „amor comunicativo de sí mismo) en el „trato de las almas purissimas, pueden estàr „bien ciertos, que no llegaràn nunca à ex„perimentarla. Debiera ser, como es justa, „causa tambien eficáz de un dolor grande „à los Letrados, vèr, que porque no se „disponen á probar estos beneficios de „Dios, con que pudieran ser instrumentos „de obras raras, y conversiones heroycas „en el mundo, se vea comunmente el Se„ñor obligado, como para desahogar las „ansias de comunicarse, la impetuosa ave„nida de su liberalidad inmensa, à buscar el „corazon sencillo de una viejecita: harto „dejò escrito de esto Santa Teresa. Entra „su Magestad por donde puede; porque „no puede donde quisiera el que no quie„re violar las leyes à la libertad rebelde del „alvedrio humano. Prosigamos nuestra „Historia.

CAPITULO IV.

Hacela el Señor pregonera suya, en bien de las almas: da luz para conocerlas, y fuerza para ablandarlas.

„COMO la caridad de esta Virgen para „con sus proximos era tan encen„dida, y por medio de sus oraciones (que „fuè el talento, que conforme à su retiro, „y natural encogimiento la havia dado el „Señor para aprovecharlos) obraba tanto „en ellos, quiso su Magestad con algunas „visiones mysteriosas mostrarle el fin para „que la havia escogido. Lease lo que San„ta Teresa le dijo acerca de esto à Doña „Marina, y queda referido en la primera „parte de esta Historia, explicandole la di„ferencia de naturales, que el Señor ha„via dado à las dos, para los diversos mi„nisterios à que las llamaba; y como á ella „la havia cabido un animo invencible, un „corazon varonil para salir en público; y à „Doña Marina le bastaba un natural teme„roso, un encogimiento mugeríl; pues „aunque sus obras fuessen igualmente he„roycas, las havia de ejecutar por medio „de la oracion, y del trato familiar, y „secreto con sus projimos en el retiro es„condido de su casa. Quiso, pues, co„mo dije, mostrarle nuestro Señor à esta „Virgen con algunos symbolos admira„bles, para animarla en esta empressa, „quán altamente aprovechaba à sus pro„jimos en lo que oraba, y padecia por „ellos quando mas arrinconada en su re„tiro. Los dos sucessos primeros, que „aqui pondrè, segun el cómputo de los „papeles, parece que fueron no muy dis„tantes en tiempo à los passados. Dice, „pues, asi:

Estaba yo pensando los caminos tan extraordinarios por donde el Señor es servido de llevarme: brotaron luego en el corazon con increible vehemencia afectos varios, que solo exprimia mi alma, con repetir entre ellos, con un clamor profundissimo, nuevas voces: Ah, mi Señor!

ñor ! Ah , mi Señor ! Y aunque ſu Mageſtad por ſu infinita bondad me reſpondia, diciendo : Què quieres , alma ? què quieres? Yo no ceſſaba de decir : Ah , mi Señor! Haſta que del todo me quedè ſuſpenſa. Aqui ſe me moſtrò una Mageſtad inmenſa , un Sèr infinito , tal , que como paſmada mi alma , temia , y parece que temblaba. Entonces me dijo el Señor : Qué temes , alma ? Yo ſoy tu Dios , y Señor, qué es lo que temes ? Vente conmigo. Eſtaba yo temeroſiſsima , y no tenia ánimo para nada ; y el Señor otra vez con gravedad , y grandeza inefable , volviò à decirme : Vèn acà , alma , no temas , llegate á mì. Al punto unos Santos Angeles, llevandome myſteriosſamente , me poſtraron delante de aquella Divina Mageſtad. Levantate , dijo el Señor , alma , y eſtà atenta à lo que te digo , y quiero ordenarte. Mira, irás en mi nombre, en compañia de eſtos Santos Angeles,à las quatro partes del mundo,y en cada una de ellas pregonaràs lo que te dirè, y no temas ni te congojes en eſte caſo, que yo te ayudarè con mi gracia , y virtud. Lo que has de pregonar , y decir es : Almas , redimidas con la Sangre precioſa de Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, atended , y mirad quán miſericordioſo , y ſuave es nueſtro gran Dios , y Señor, y cómo ſu miſericordia và de generacion en generacion á los que le temen : hizo fortaleza , y con ſu poder derribò los ſoberbios de las ſillas , y enſalzò los humildes. Eſte gran Señor es ſupremo Juez , y recto, caſtiga los obradores de maldad , como lo hizo embiando fuego del Cielo à aquellas cinco Ciudades , y caſtigò todo el mundo con las aguas del Diluvio : implorad ſu miſericordia , y temed ſu juſticia. Eſto es lo que has de decir , y pregonar , alma : Vete en paz , y con mi bendicion. Echòmela ſu Mageſtad.

Luego aquellos Santos Angeles me llevaron à una de aquellas quatro partes, y pueſta en alto , entre Cielo , y tierra , muy eſtendidos los brazos , con grandiſsimo afecto , y fuerza de eſpiritu , y con grande , y extraordinaria voz , comencè à clamar , y dije las formales palabras , que el Señor me havia mandado pregonar. Vì luego , que toda la gente de aquella parte del mundo ſe havia alborotado , y haciendo muchos corrillos por los campos , por las plazas , calles , y caſas , decian con temor, y admiracion : Qué es eſto , que hemos oìdo ? qué voz es eſta ? què nos querrà decir ? Con eſto ſe fueron à uno, que era Rey , ò Gobernador de aquellos Lugares , à darle cuenta de lo que havian oìdo, para que vieſſe , y examinaſſe aquel caſo, y les dijeſſe cómo lo havian de entender, y qué havian de hacer. Oyóles el Rey con grande atencion , y fatigado , y turbado , les dijo , que ſe juntaſſen en los lugares acoſtumbrados , y que alli , con grande clamor , y vehemencia, pidieſſen al gran Dios los alumbraſſe , y enſeñaſſe , què es lo que les queria decir , y ordenar por el clamor de aquella voz, que havian oìdo. Eſto es lo que hice , y vì en aquella parte del mundo. Luego los Angeles me llevaron à otra parte , adonde pregonè lo miſmo que en la paſſada , y hizo el pregon en toda aquella gente , y Pueblos el miſmo efecto , que acabo de contar de los primeros. Fui luego llevada à la tercera parte del mundo , y ſucediò todo por el miſmo tenor , que en las otras dos. Quando los Santos Angeles quiſieron llevarme à la quarta parte de eſte gran mundo , para dàr eſte myſterioſo pregon, ſintiò mi alma grande dificultad , y le parecia impoſsible executarlo : pareciame que la naturaleza desfallecia , y ſe acababa del todo en aquella ocaſion. Pero los Angeles me alentaban , y procuraban animarme , obligandome hicieſſe alli lo que en las demàs partes. Ultimamente, hice lo que me mandaron : dì mi pregon con el miſmo afecto , y fuerza , que las tres primeras veces ; pero el efecto fuè muy otro , porque toda la gente de eſta parte del mundo , aunque oyò el pregon, lo dejò paſſar por alto , haciendo poco caſo de él. Decian algunos , que era coſa de ayre , y que los que referian haver oído aquella voz tan diſtinta , y vehemente , eran perſonas antojadizas , y de corazones mugeriles , que ellos tambien havian

vian reparado, ni hecho caso de ella. Con esto se quedaron en aquel como pasmo, sin querer darse por entendidos de lo que havian oìdo.

Acabado esto, aquellos Señores Angeles me tomaron luego en sus manos, y me confortaron algo, porque sin duda el cuerpecillo flaco, y naturaleza desfallecida parecia que no podia vivir. De esta manera me llevaron delante de la Divina Magestad: recibiòme el Señor con grandissimo amor, y cariño, y diciendome: Vèn acà, alma, descansa en mí, me uniò estrechissimamente consigo. Alli me quedè perdida, y anegada en aquel mar inmenso del Divino Sèr. Estuve assi algun tiempo, no sè què tanto fuè, y luego poco à poco, y mysteriosamente me soltò Dios, y puso en mi rinconcillo, quedandose por otra parte conmigo, si assi se puede decir. Quando bolvì de este rapto, me hallè con suma flaqueza, y descaecimiento; pero con grande consuelo de mi alma, y grande admiracion de tales obras, y misericordias de nuestro gran Dios, y Señor, el qual sea eternamente bendito. Amen.

„Adviertase, que las palabras de este mys„terioso pregon son todas sacadas de diver„sos lugares del sagrado Texto. Coligese que „hizo, como otras vezes solia, Doña Mari„na esta vision en cuerpo, y alma. Quál „sea esta ultima parte del mundo, adonde el „mandato de Dios no causò novedad por „la verdad de la doctrina, pero ocasionò ser „tenido por sueño, y antojo, en orden al „temor, y enmienda de las vidas, dexo li„bre su juicio al Lector prudente. Què fruto „sacò el Señor de estas voces de su sierva, y „cómo diò ocultos los auxilios, que en este „pregon publicò, lo significò à ella: él solo, „que lo hizo, puede sabello. Lo cierto, „y conocido es, que para los que le leye„ren, no tienen poca fuerza dichas pala„bras. En el papel, que se sigue, apunta la „Virgen el dia, y mes en que tuvo la vi„sion. Dice assi.

El Domingo à siete de Julio, haviendo estado bien fatigada de dolores grandes, me dixo nuestro Señor: Vèn, alma, conmigo, y descansaràs un poco. Fui luego arrebatada à la Celestial Jerusalèn, y como si la parte superior de mi alma fuera otra cosa totalmente distinta de mì misma, assi me la enseñò su Magestad, que estaba en su presencia en unas alturas inmensas; y aunque muchas veces recibo esta merced; pero entonces mas despacio estaba mirando lo que se me enseñaba de la ocupacion de aquella parte de mi alma. Viendo alli lo que por la Divina bondad experimenta de la continua presencia de su Dios, sin apartarse de ella, advertì, que allende de la atencion con que assiste alli, daba algunos buelos, con que estaba, como anhelando, y acercandome mas à aquel sumo bien. Entendí, que aquel bolar, y aquellos movimientos espirituales eran significacion de los afectos que el Señor suele mover, y actos fervorosos, que el alma hace de amor suyo. Estando, pues, ocupada en estas noticias, como si se me abriera una puerta para vèr otros Mysterios mas ocultos, y interiores del tesoro infinito de Dios, vì un Sol de inmensa claridad, que hiriò, y bañò mi rostro, y todos mis sentidos, y se invistiò en mis potencias con virtud, y fuerza tan eficáz, y atractiva, que me llevò tras sì, hasta unirme, y entrañarme consigo mismo. Conocì, que aquel Sol era el mismo Dios; y à la manera que otras veces en semejantes ocasiones ha sido servido por sola su bondad de darme à conocer algo de lo que es en sì mismo, y de la soberanìa de sus atributos, agora mas particularmente quiso enseñarme lo que era para con sus criaturas.

Oìa mi alma, y miraba lo que le decia, y mostraba su Dios, y reparè, que estando el Señor sentado, tenia colgada de la mano sobre las rodillas una llavecica de oro; la qual, aunque en todo lo demàs tenia forma de llave, pero el remate era una punta muy aguda. Entonces me dixo su Magestad: Alma, quiero hacerte una merced; y es, darte esta llave, para que con tus palabras entres en el secreto de los corazones de tus proximos, y para que con ellas, dandoles yo la disposicion proporciornada, las muevas à lo que quisieres persuadirles de mi servicio, segun la luz, y inclinacion, que yo te darè;

y aſsi de aqui adelante tendràs particular poteſtad, y fuerza para eſtos efectos en los corazones humanos. Queriendo el Señor darme la llave, yo me encogì mucho, reconociendo mi indignidad para tan grande dòn, y dixele: Señor mio, ſi eres ſervido, dála à mi Señor Angel, que la guardarà mejor. Pero ſu Mageſtad quiſo ſervirſe de que eſtuvieſſe en mì: y aſsi, llegando con un modo eſpiritualiſsimo, y dencentiſsimo, me la entrañò en el pecho con algun ſentimiento de la naturaleza; y advertí quando llegaba la llave, que en el remate de aquella punta aguda havia una Eſtrella. Quedo mi alma como del todo enagenada de sí miſma; y como quien no podia con tanto, dixe: Quedate, Señor mio, que yo me voy, que no puedo con eſto. Y ſu Mageſtad con benignidad amoroſiſsima me reſpondiò: Contigo voy, alma, y en mì te quedas. Paſſado algun eſpacio de tiempo, me hallè en mi rincon muy ſin fuerzas. Explicòme el Señor, que la punta de la llave ſignificaba la eficacia que tendrian mis palabras para mover los corazones con la luz que ſu Mageſtad les daria, ſignificada por la Eſtrella; y en orden à eſtos efectos me dixo otras razones. Todo lo he experimentado aſsi por ſu miſericordia, que por tan vil inſtrumento obra algunas coſas de ſu ſervicio. Sea èl bendito de todas ſus criaturas. Amen.

„Otro dòn igualmente myſterioſo, pero „mucho mas univerſal para el bien de ſus „proximos, le diò el Señor à eſta Virgen „à diez y nueve de Octubre del año de ſeiſ„cientos y treinta, que ella refiere aſsi.

Sabado diez y nueve de eſte vì un Santo Angel, que trahìa en las manos una Cruz, el qual, deſpues de haverme ſaludado, me dixo que me trahia aquel precioſo dòn de parte de nueſtro Señor, que de ſu mano me le embiaba. Era la Cruz del tamaño de una tercia, y tenia por todas partes unas diviſiones ſemejantes à las que ſuelen tener las cruces, que ſirven de relicarios. La materia era un oro acendradiſsimo, y de admirable reſplandor; y aunque lo he dicho algunas veces, quiero bolverlo à decir aqui, que quando en eſtas viſiones llamo Sol, piedras precioſas, oro, y otras coſas ſemejantes, no ſon como las que acà vemos en la tierra, ſino que mi rudeza no halla otras palabras con que èxplicarſe. Hay la diferencia de unas à otras mucho mayor, que entre lo vivo perfectamente, y lo mal pintado: mucho mas que ſi comparamos una aldeana fea, y toſca, veſtida de un ſayal groſſero, y manchado aſqueroſamente, à una Reyna belliſsima, y diſcretiſsima con la riqueza, y aliño mas aſſeado de ſus galas: aùn halla el alma mucho mayor diſtancia entre las coſas hermoſas, y ricas, que acà ſe vèn, con las que ſe repreſentan en eſtas viſiones ſobrenaturales. Entendí, que las diviſiones de aquella ſanta Cruz eran ſignificacion de la multitud de la ſangre, y diverſidad de dones divinos, que cauſa en las almas el merecimiento, y virtud de la ſangre de Jeſu-Chriſto S. N. derramada por noſotros en la Cruz. Dixome el Santo Angel queria el miſmo Señor con aquel precioſo dón aplicar à mi alma aquellos ſoberanos efectos por modo mas ſuperior que otras veces. Oyendo eſtas palabras, me levantè, y poſtrè delante del Santo Angel. No hagas eſſo, dixo èl, que lo que el Señor agora quiere, es, que tomes eſte dón, y le ofrezcas por las neceſsidades del mundo, y vayas à la preſencia de ſu Magſtad. Bolvì à levantarme; y abrazandome con aquella Santa Cruz, ſentì en mi alma maravilloſos efectos de amor, de luz, y ſuavidad regaladiſsima, no como ſuavidad de aquel genero, que tal vez con la abundancia de eſpiritu ſuele redundar en las potencias inferiores, ſino una dulzura, que con ſer mayor, ſe queda toda en lo mas íntimo, y ſecreto del alma.

Luego con la preſteza, y decencia que ſuelen, me levantaron mis Señores los Angeles, y me llevaron à aquellas inmenſas alturas, adonde aſsiſte la parte ſuperior de mi alma: puſieronme delante de aquella Soberana Mageſtad, que con grandes mueſtras de amor me recibiò. Al punto me ſuſpendì, quedando en un modo de ſueño eſpiritual con una comunicacion quietiſsima, y delicadiſsima del Señor; y deſpertando de él, ofrecì al Señor, en cuya preſencia eſtaba, aquel precioſiſsimo dón, que èl me ha-

havia dado, con todos los merecimientos de de la Vida, y Muerte de Jesu-Christo S. N. Hice esta ofrenda con todo el afecto de mi alma. Comencè luego à oìr un ruido como de una gran tempestad, y que con grande abundancia, como de otro Cielo superior, caìa gran multitud de piedra, y granizo sobre mì, y sobre el pavimento del Cielo, en que yo estaba; y era la prisa, y copia tanta, que brevissimamente se llenò todo de aquella preciosissima lluvia. No se puede explicar con palabras el regalo, y consuelo que causaba al oìdo, y vista del alma el ruido dulcissimo de aquella tempestad, y la hermosura de aquellas piedras: eran estas mayores, y menores, unas de este, y otras de otro color, con toda la variedad que acà reconocemos en los colores; pero con la diferencia en la belleza, y fineza que dixe al principio, que se conocia bien claro, que un solo grano de estos valia mas sin comparacion, que todo junto quanto hay en la tierra.

Vino luego un grande numero de Angeles, que por Divina ordenacion, con mucha alegria, y cantando alabanzas à Dios, cogian de aquel sagrado thesoro; y cargando de él, fueron embiados del Señor por diversas partes del mundo à tierras de Christianos, de Hereges, y de Gentiles; y en todas estas tierras vì, que por la Divina bondad, y misericordia, que usa con sus criaturas, havia personas capaces de aquel bien. Particularmente vì, que les cabia buena parte à los Catholicos, que viviendo entre Infieles, padecen mucho por conservar la Fè; y por la guarda de los Divinos preceptos. Bolvieron muy presto aquellos Santos mensajeros, muy contentos de haver cumplido con la obediencia del Señor, y hecho aquel bien à los hombres. Estaba yo pensativa de que no me diessen nada, y deseaba me cupiesse alguna parte; y assi se lo dixe humildemente al Señor, à cuyos pies estaba. Inclinòse su Magestad à mi ruego, y mandò que se partiesse conmigo. Ciñeronme con gran presteza una tohalla, y echaronme en ella una gran cantidad de aquellas joyas, para que repartiesse à las personas, que inspirada, y guiada de la Divina luz, juzgasse por conveniente. Con esta riqueza, y despidiendome el Señor con las caricias, y muestras de amor que otras veces, los Santos Angeles me bolvieron à mi rincon, adonde el Santo Angel de mi Guarda me quitò luego la tohalla, con todo el thesoro, que en ella venia, y lo guardò para su tiempo. Acabada esta vision, y deseando yo saber lo que significaba, fueme enseñado del Señor, que atendiendo su Magestad à su misericordia, y por el amor que tiene à Jesu-Christo su Hijo, y Señor nuestro; y mirando tambien el afecto con que le havia ofrecido yo los merecimientos de este Señor, y la virtud de su Passion, y Muerte, por la salud de los hombres, y remedio de sus necessidades, assi espirituales, como corporales, havia hecho ostentacion de aquella lluvia de divinos dones, y mercedes suyas, para que las recibiessen los hombres por medio de sus Santos Angeles. El sea bendito por todas sus obras. Amen.

CAPITULO V.

Otros sucessos varios, que muestran quán fiel Abogada fuè por sus proximos, y quán tiernamente sentia sus castigos esta Virgen.

„TOdos los casos, que aqui se contaràn, son del año de seiscientos „y veinte y seis: el orden con que los encadeno, es el mismo con que por el discurso de este año fueron sucediendo. „Veràse en los unos el ansia, y fervor „con que Doña Marina hacia la causa de „sus proximos delante de Dios: la pena, „y dolor con que sentia, quando no recababa el perdon, se verà en los otros; „y en todos el oficio de Abogada, que „parece le havia dado nuestro Señor para „socorrer à las comunes necessidades.

Un dia de estos de Marzo me llamò nuestro Señor, diciendo: Alma, mira, tù no sabes quál estàs. Cómo estoy, Señor mio? respondí yo. Abrióme su Magestad los ojos, y vì cabe mì gran multitud de gente Catholica, con sus Santos Angeles de la guarda; y añadiò el Señor: Sabete, que eres Madre de toda esta pobre gente: estos

ſon tus hijos. Reparè en las palabras, y encogíme mucho de oírſelas al Señor. Dijome entonces ſu Mageſtad: Sì, tus hijos ſon, y dependen de tì, como los niños pequeñuelos, y pobrecitos dependen de ſus madres; y como ellas de puerta en puerta piden pan para ſuſtentarlos, aſsi lo has de pedir tù para ſuſtentar eſta gente. Dios mio, reſpondí yo, cómo tengo yo de pedir eſſo, que ſabes que ſoy tan miſerable, y encogida? Enmudecì un poco, y volviendo luego en mì, dije: Digo que sì, mi Señor, sì harè: acudirè à tì, que eres riquiſsimo de bienes eternos, y pediréte limoſna para ellos. Bien has dicho, reſpondiò el Señor, pideme, que Yo te proveerè, para que tengas que darles; y mas, que te entregarè las llaves de mis trojes, para que tù los proveas de tu mano. Eſta gente era, à mi parecer, todos los Fieles de eſtos Reynos, y los demàs Catholicos, que andan entre Infieles, en particular los conocidos, y bienhechores mios.

Lunes veinte y dos de Junio vì al Señor que queria moſtrarme algunas coſas: hice la reſiſtencia que ſuelo quando eſto eſtà en mi mano, pidiendo à nueſtro Señor me dieſſe luz para acertar con ſu voluntad. Divertíme quanto pude, haſta que ſin poder mas, vì à la Sacratiſsima Perſona de Jeſu-Chriſto nueſtro Señor, el qual me dijo: Acaba, hermana, que te eſtoy eſperando. Viſtieronme una ropa à modo de dalmatica, y por unos caminos muy eſtrechos me llevò ſu Mageſtad conſigo haſta ponerme en una cumbre altiſsima, de donde ſe deſcubria gran parte de la tierra. Mirabala yo, y pareciame, que eſtaba toda ella deſierta, los Lugares ſolos, y ſin gente: no cruzaba nadie los caminos, ni havia comercio alguno. Viendo tan grande ſoledad, decia: Qué es eſto? Dónde eſtarà eſta gente? Reſpondióme el Señor con ſemblante grave: Aì tengo alguna para caſtigarla. Volvì los ojos, y vì en uno como corral grandiſsimo mucha gente, hombres, y mugeres: pareciame como haſta diez mil perſonas. Eſtaban todos con grande afliccion, lamentando ſu triſte ſuerte con alharidos, y voces laſtimeras. Yo, movida de compaſsion, con afectos tan vehementes, que parecia ſe me arrancaba el alma, me volví al Señor, y le pedí por ſu bondad infinita, por ſu Sangre, Paſsion, y Muerte, ſe apiadaſſe de aquella miſerable gente. No ſe moviò el Señor con mis ruegos, ni hizo caſo de ellos. Volviame yo à la Virgen Santiſsima: ſuplicabale con anſias, que intercedieſſe por aquella gente, alegandole, que era Madre de miſericordia, y Madre de pecadores, y que todos tenian pueſta ſu eſperanza en ella. Lo miſmo pedì à todos los Angeles, y á todos los Santos del Cielo; pero aſsi ellos, como la Virgen Señora nueſtra, me miraban con un modo de deſvìo, como quien no hacia caſo de lo que con tanto ſentimiento les pedia. Eſtando con eſta anſioſa pena, ſin aflojar en mis ſúplicas, vì que de repente comenzò à bajar fuego del Cielo, como de rayos eſpantoſos: diò ſobre aquella deſdichada muchedumbre, y abraſandola, la convirtiò toda en ceniza, eſcapando ſolo ocho, ò diez perſonas, que eran unas matronas, y varones graves, à las quales, bien mal paradas, ſacaron de alli los Santos Angeles, y llevandolas à las riberas de un rio muy ancho, y hermoſo, las labaron, y curaron en èl, y ſe fueron con ellas por la ribera adelante, de ſuerte, que no las vì mas. Ha quedado mi alma afligidiſsima, y harto temeroſa de algun grande caſtigo. Duelaſe el Señor de ſu Pueblo por ſu infinita miſericordia.

A los ocho de Julio, que fuè el Miercoles, oyendo decir, que aquel dia ſe corrian toros en eſta Ciudad de Valladolid, tuve gran pena de que trataſſen los hombres de holgarſe en tiempo què tanta neceſsidad tienen de hacer penitencia por ſus pecados. Y eſtando en eſte penſamiento, vì à Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, que me dijo: Tù tambien has de vèr los toros. Dijo ſu Mageſtad eſta breve clauſula con un ſemblante tan grave, con un peſo tan grande en el peſo de la voz, que deſcubria ſer quien es, y que no hablaba ſino con mucho myſterio. Con todo eſſo eſtrañè las pa-

la-

labras, por no entender lo que el Señor queria. Pero ſu Mageſtad, para deſcubrirme lo en que ſe ſervia de que yo los vieſſe, mandò à eſtos mis Señores Angeles me llevaſſen à la Plaza, y poniendome en frente del Monaſterio de San Franciſco, vì ſobre el tejado un gran numero de demonios, que como perros ſe mordian unos à otros, y andando al redopelo, caìan algunos, dando en el ſuelo grandes golpazos. Yo eſtaba recoſtada en una cama, rodeada de Angeles, y como aſsiſtida de la virtud de Dios, con tan particular proteccion, que me parecia, que ni todo el mundo, ni todo el Infierno junto me pudieran hacer daño. Vì luego ſalir los toros, y toreadores, y todo me parecia un juego de niños, y que los toreadores eran como unos chicuelos, y que los toros no tenian ninguna fuerza, ni braveza. Vivíſsimamente me lo repreſentaba aſsi el Señor. Vì luego muchos hombres que eſtaban en la Plaza, à los quales ſalian los demonios como toros furioſiſsimos, aunque en figura humana, y de cuerpos de jayanazos altiſsimos, y fieros. Eſtos arremetian à los miſerables hombres, y los deſpedazaban, haciendo en ellos una eſpantoſa riza. Eſtaba yo mirando eſte laſtimoſo eſpectáculo con una pena tan grande, que ſe me partìa el corazon, y levantando los ojos al Cielo, ví à la Beatiſsima Trinidad, que con inmenſa quietud, y gozo eſtaba llenando de gloria à todos ſus Bienaventurados Corteſanos, y como ſi las coſas humanas no eſtuvieſſen debajo de ſu providencia, aſsi parecia que no hacia caſo de ellas, ni le movian los ſuceſſos laſtimeros, que tenia yo delante de mis ojos.

Miraba eſto mi afligida alma, y no acertaba à decir, ſino ſolamente: Dios mio, y de las miſericordias grandes; y eſto lo repetìa muchas veces con encendido deſeo de que ſu Mageſtad ſe compadecieſſe de ſu Pueblo. Eſtando en eſte afecto, que crecia con vehemencia, y mirando à aquel Señor, que hacia del ſordo, y diſsimulaba en oìrme, ſaliò un Santo Angel, y con ſemblante grave, y enojado, me dijo: Què eſtás diciendo: Dios mio, y de las miſericordias grandes? Deja eſſo, y dì: Dios de la juſticia, y de la venganza. Oí eſtas palabras, y como quien temeroſa ſe mete en un rincon, eſtaba deſde alli diciendo anſioſamente lo miſmo: Dios mio, y de las miſericordias grandes; haſta que mirandome el Señor, me dijo: No te ha dicho mi Angel, que digas: Dios de la juſticia, y de la venganza? Y moſtandoſe enojado, y como que no ſe laſtimaba de los males, que en la tierra paſſaban, volvia yo con los afectos, y palabras que haſta alli: revolvia luego ſobre mì, y decia: Jeſus, Jeſus, es poſsible que eſto paſſa en Valladolid? A eſte penſamiento me reſpondiò el Señor, diciendo: No lo has entendido. Lo que te moſtrè aqui es lo que paſſa en la plaza del mundo. Diòſeme à entender, que principalmente paſſaba eſto en la Corte, moſtrandoſe muy ayrado, y amenazando de caſtigar las ofenſas que contra ſu Mageſtad ſe hacian. Yo le ſuplicaba que aplacaſſe ſu ira, alegandole muchas razones para que lo hicieſſe; y deſpues de haver paſſado ſobre eſto algunas, dandome à entender, que le ataba las manos, aplacando ſu juſta indignacion, è inclinandole à miſericordia, ſe me encubriò, y perdí de viſta todo aquel expectáculo. Sirvaſe ſu Mageſtad, por quien es, de uſar con noſotros de ſu infinita clemencia.

Domingo ſeis de Septiembre, haviendo algunos dias que el Señor no me llevaba à la Celeſtial Jeruſalén, (favor que por ſu bondad ſuele hacerme con frequencia) me pareciò que me hallaba à la viſta de aquella ſoberana Ciudad, como quando acà, eſtando de lejos, ſe vén las torres, y chapiteles de algun grande Lugar. Eſtando aſsi, vì abrirſe el Cielo: vì aquellos Bienaventurados Corteſanos, cercando el Trono de la Beatiſsima Trinidad, que ſe me moſtrò con una mageſtad inmenſa, y con grandes mueſtras de amor me combidaba, (en particular la Sacratiſsima Perſona del Eſpiritu Santo) diciendo: Vén, amiga mia; con otras palabras tan ſignificadoras de la ineſable dulzura de la caridad de nueſtro gran Dios, que aunque por mi indignidad me con-

confundo de decillas, experimento en ellas un efecto de profundisìimo desprecio mio, viendo la gravedad con que se dicen; y un agradecimiento tan eficáz, que me parece poco, y nada padecer todos los tormentos imaginables, y sufrir mil muertes por la cosa mas pequeña del servicio de tan benigno Señor. Al punto estos Angeles, mis Señores, vistiendome con la presteza decentissima que suelen, me pusieron en pie, diciendo: Ea, alma, orden tenemos del Señor para llevarte. Fuimos subiendo, quando ví, que otros Santos Angeles me impedian el passo, y no me dejaban subir. Sentia yo grandemente esta dificultad, y como si estando un cuerpo en el ayre tirassen de èl ácia arriba unos, y otros ácia abajo, padeceria tormento grande; assi en mi alma huvo un terrible sentimiento, que me obligaba à quejarme, y decir: Señor, que me despedazan. Entonces vì, que del pecho de la Soberana Persona del Espiritu Santo salian unos rayos como hilos de oro de sumo resplandor, que ciñendome toda, tiraron suavemente de mí, y me fueron subiendo al Cielo, y encogiendose en sí mismos, al passo que yo me adelantaba hasta llegar allà. Estando yà delante del Trono de aquella inmensa Magestad, se entrò la parte superior de mi alma en el pecho de aquel Divino Señor, adonde del modo, à mi possible; pero sin comparacion mas claro, que si lo viera con los ojos corporales, conocì todo lo que la Fé nos enseña de aquel escondido Mysterio de la Trinidad de Personas en Unidad perfectissima de la Essencia. En esta divina union estaba la parte superior de mi alma, quando entraron dos de mis compañeras, y comenzaron à hablarme. Oìalas yo; pero mal, y apenas podia responderles. Estuve assi buen rato hasta que se acabò el mysterio. No me declararon entonces quál fuesse la dificultad de esta subida, y por qué la estorbaban aquellos Santos Angeles; pero despues acà me la explicò el Señor, diciendo, que aquellos Santos Angeles eran los què presiden à los Reynos, y Provincias de la tierra, que no sabiendo lo que Dios tenia determinado, temieron que me havia de quedar allà, y estaban inclinados à lo contrario, pidiendolo à Dios, por lo que con mis pobres oraciones podria ayudar à la tierra, y sus intentos. Harta confusion, y verguenza me causa el decir esto; pero su Magestad sabe que passò assi, y mis Confessores me mandan que lo escriba.

Despues de esto, el Sabado siguiente doce del mismo mes, haviendome contado un Religioso siervo de Dios las guerras de Alemania, y en particular las que tenia el Rey de Polonia con los Turcos, y Tartaros, quedè con grande sentimiento, y pena del trabajo de los Catholicos, y la persecucion que nuestra Santa Fè padece de sus enemigos. Encomendéle à nuestro Señor estos negocios: supliquéle mirasse por el feliz estado de su Iglesia. Luego al Lunes siguiente me llamò el Señor, diciendo: Vén, alma, vente conmigo. Vì à la Magestad de Jesu Christo Señor nuestro en el habito, y trage, que trahia quando en vida mortal conversaba con los hombres, el qual, tomandome de la mano, como si fuera una criaturilla de pocos años, me llevò consigo. Comenzamos à caminar por un camino muy ancho, y espacioso: era grandemente apacible, y parecia enladrillado de oro finissimo. Admirabame yo mucho, y volvia à mirar à mi Señor; à la manera que suelen los niños, quando llevandolos sus padres de la mano, vàn muy contentos, hablandoles, y mirandoles à la cara, como quien tiene alli todo el bien, y amparo; assi miraba yo al Señor, como con quien no me faltaba nada, y dijele: Què lindos caminos tienes, Señor mio! qué ricos! què agradables! Respondiòme su Magestad con suavissima caricia: Alma, estos son tus passos. Corrime mucho de estas palabras, que aunque se dicen con tanta benignidad, causan en el alma sentimiento, que la penetra toda, reconociendo su bajeza, y su propria nada; y assi le repliquè: Ay, Señor mio, no me digas esso. Dissimulò entonces su Magestad.

Passando adelante, entramos en un grande campo, que parecia todo de plata, en cuya haz se descubrian muchos letreros, como epitafios. Havia tambien en varias par-

partes de èl unas piedras grandes precioſas, y otras menores. Aqui me dijo el Señor, que eſtabamos en la tierra de los Turcos. En los confines, y contorno de eſte campò havia mucha gente armada, que le eſtaba guardando con gran ruido, y voces, hablando unos con otros, y entendiendoſe; y pareciame, que eſte tratarſe era neceſſario para la cuſtodia en que eſtaban. Era eſta gente toda muy apicarada, y moſtrabalo en el trage, que era vil, y roto, y en todo lo que ſe podia colegir de lo exterior, parecia mala gente. En entrando ſu Mageſtad en eſte campo, todos ſe alteraron, y puſieron en forma de defenſa, acudiendo por todas partes otra mucha gente à darles favor, y ayuda. No ſe alterò nada el Señor, ſino moſtrando ſerlo de todo lo criado, con mageſtuoſa gravedad fuè paſſeando todo aquel campo haſta llegar à los confines de él; y en llegando alli, ſe encendiò un fuego tan grande, que en un punto abrasò todo aquel campo, y convirtiò toda la plata, piedras precioſas, y toda ſu hermoſura en una triſte laguna de aguas aſqueroſas, y hedionda, y conſumiò todos aquellos eſcritos de hombres.

Luego vi una eſcala hermoſiſsima muy ancha, ricamente fabricada, y en ella infinita multitud de Angeles, que aunque à la cuenta acompañaban aquel Señor, yo haſta entonces no los havia viſto. Comenzamos á ſubir al Cielo por ella, y en llegando al Trono de la Santiſsima Trinidad, nos poſtramos todos, y tambien el miſmo Jeſu-Chriſto Señor nueſtro en quanto hombre, el qual dijo à ſu Eterno Padre: Señor Todo Poderoſo, hechohe juicio, y juſticia de aquella infernal gente, y te traygo eſta criatura para que le dés nuevos dones, y gracias, y reciba conſuelo de la pena que le havian cauſado las guerras de los Infieles. El Eterno Padre me mirò, como otras veces, con la ſerenidad, y apacibilidad de aquellos divinos ojos, y echandome ſu bendicion, me uniò á ſu inmenſo Sér, donde entre altiſsimas noticias, ſe perdiò del todo mi alma, haſta que buelta en mí, me hallè en mi rincon, aunque la parte ſuperior de eſſa mi alma, como ſi fuera coſa diſtinta de mì, parece que ſe quedò ella con ſu Señor.

En el mes de Octubre, à los cinco de èl, que fué Lunes, haviendo eſtado toda la noche incorporada en la cama con gravès dolores, quebrantado el cuerpo, y el alma fatigada con ellos, (aunque ſiempre, por la bondad divina, con aquel modo de preſencia del Señor, que ſuelo) ví á ſu Mageſtad, que volviendoſe á mis Señores los Angeles, les dijo: Tomad eſta criatura, y llevadla adonde os dirè. Rehuſabalò la naturaleza, y dije al Señor: Dios mio, cómo ſe puede hacer eſſo, que eſtoy tan fatigada, que parece que en meneandome havrè de morirme? Suſpendiò con eſto el Señor la execucion de ſu orden, y dentro de una hora volviò á mandar lo miſmo à los Angeles, y volvì yo tambien à hacer la miſma réplica, pidiendo á mis Señores los Angeles me dejaſſen en mi lugar, ſi fueſſe el Señor ſervido. Deja hacer lo que el Señor quiere, reſpondieron ellos, que con mucha ſuavidad, y ſin ningun trabajo tuyo executarèmos ſu mandato. Luego me tomaron con mucho tiento, y me puſieron en una como almohada, y cubriendome, me llevaron à las playas de un grande, y anchuroſo mar. Eſtaba todo aquel eſpacio con poca luz, à la manera, que quando entre dos luces và amaneciendo, y deſcubriendoſe el dia. Mandaronme que tendieſſe los ojos por aquel mar, y vì que havia en él grande turbacion de olas, y que aunque en alguna parte ſe deſcubria algo de bonanza; pero en todo lo demàs havia grandes borraſcas, y tempeſtades, y que ſe derrotaban los navios, hundiendoſe unos, y otros, llegando muy mal parados á diverſas partes.

Eſtando mirando eſtos ſuceſſos tan trabajoſos, me movieron los Angeles, y me llevaron al medio del mar, y quedando ſobre las aguas, oì grandes alharidos, y voces laſtimeras de mucha gente, que con vehementes anſias, y aflicciones gritaba, como que ſe iba à fondo. Yo eſtaba clamando con grandiſsimo afecto á nueſtro Señor, y diciendole: Aguardad, Señor, aguardad. Ultimamente vì, que ſe havian hun-

hundido, y muertò en las aguas; y que de las almas de los difuntos, las mas havian ido al Purgatorio, y otras menos que eftas al Infierno, y algunas muy pocas havian bolado al Cielo. Todo efto viò mi alma con grande admiracion; y buelta à mi Señor como pafmada, y que me decia fu Mageftad, que de aquellas que havian ido al Purgatorio, muchas havian tenido aquella buena fuerte por mi intercefsion, (no las conocì, ni fupe quién eran) y que las que havian bajado al Infierno, no fe havian querido difponer, y afsi havian perecido para fiempre. Y añadiò el Señor, no pienfes que fignifica efto, que fon mas los que fe falvan, porque mas fon los que fe condenan. De donde entendí, que aquel havia fido algun cafo particular, aunque no tuve otra noticia de èl mas individual; pero tuvela de que el mar que vì, y fus tempeftades, fignificaba efte mundo, y las tentaciones, y los varios peligros que las almas tienen de perderfe. Acabado efto, me bolvieron los Angeles à mi lugar.

Finalmente, à los diez y nueve de Diciembre, haviendo eftado algunos dias bien fatigada, y canfada con algunos negocios, que fe ofrecieron de mis proximos, encomendando afectuofifsimamente, y tratando fus necefsidades con nueftro Señor, (à quien fiempre fentia con un modo de prefencia mas particular, que el que de ordinario tengo) me dijo fu Mageftad: Alma, vente conmigo, y defcanfaràs en mì. No, no, mi Señor, refpondì yo, no es tiempo efte de defcanfar: fi fe abrafa mi cafa, y la de mis vecinos, no fuera bien que yo bufcára folaces, fino que me quedára para ayudar à matar el fuego, fin huìr del trabajo. Decialo afsi, porque eran grandes las calamidades públicas que yo fabia, y las afliccíones en que eftaban mis proximos, que me laftimaban el corazon. Bien eftà, refpondiò el Señor; pero fi effe modo de dexarlos, y huìr, fueffe á bufcar una fuente de donde facar agua para matar el fuego, yà efto no fuera malo, fino bueno. Dexóme el Señor afsi como otras dos horas, y defpues me dijo fegunda vez: Agora, alma, vente conmigo, y defcanfarás. A efte tiempo vì unos Santos Angeles, que en un punto fabricaron, y adornaron entre quatro columnas lindifsimas un rico Trono, poniendo enmedio de èl una filla. Pufieronfe luego quatro de ellos arrimados à las columnas, como teniendolas de la mano, cantando eftos, y los demás muy dulcemente, y fentandome à mì en aquella filla del Trono, dijeron: El Divino Efpofo viene. Siempre que oygo efte nombre de Efpofo à los Santos Angeles, me confunde, y averguenza notablemente; y afsi les dije como otras veces: Mis Señores, no hablen de effa manera, que yo vil Efclava foy del Señor, y fierva fin provecho. Afsi es verdad, refpondieron ellos; pero fi un Rey fe defpofa con una Efclava, y la adorna, y enriquece, efpofa fuya ferà: y mas fi es poderofo para fobre la natural negrura, poner efmaltes, y belleza de oro, que es la caridad; obra que ha hecho en tì el Todo Poderofo. Llevaronme afsi fentada à la Celeftial Jerufalèn, delante de la Mageftad de Dios Trino, y Uno. Sea èl bendito. Amen.

Poftréme delante de efte gran Señor, y defcubrióſeme con particularidad la Sacratifsima Perfona del Efpiritu Santo, que tomandome del brazo, con una mageftad inmenfa, me pufo riquifsimos anillos en los dedos, arracadas en las orejas, collar viftofifsimo al cuello, y preciofa corona en la cabeza. Defpues de adornada, me bolvieron à poftrar delante de la Santifsima Trinidad, adonde, como en otras ocafiones, me quitè la corona, con todas las demás joyas, y con grande afecto fe las ofrecì; pareciendome fin ninguna duda, que fi toda la gloria de efte mundo, y de aquel Cielo fuera mia, fe la ofreciera con el mifmo gufto, y me quedára fin nada, porque el Señor lo gozára todo. Acetò fu Mageftad el ofrecimiento con grandes mueftras de agrado, y mandò, que en retorno me dieffen una veftidura à modo de Dalmatica hafta los pies, con mangas largas hafta las manos. Dióſeme à entender fignificaba el Señor con aquella merced, que me daba yà la pofſefsion de la gloria, que à fu tiempo havia de gozar. Defpues de veftida de efta rica Dalmatica, me bolviò el Señor à dár to-

todas las joyas, que le havia ofrecido, pero muy mejoradas. Con todo eſte adorno me llevò à un rico Palacio, que tenia una ſala dorada, adornada de riquiſsimas piedras precioſas, y de cada una de ellas ſalian mil reſplandores de gloria. Aqui gocè mil bienes, entrando, conforme à mi capacidad,en el abyſmo del Divino Sèr. Deſpues me ſubiò ſu Mageſtad à una grande altura de una torre hermoſiſsima; y pueſta alli, me dijo: Ea, alma, mira deſde aqui todo el mundo. Mirè, y vì todos los Reynos, tierras, mares, y ſus riquezas, y todo me pareciò un punto, comparado con la inmenſidad de lo que hávia viſto. Añadiò luego el Señor: Alma, pide lo que quiſieres, que no es razon que vuelvas vacìa. Pedìle à ſu Mageſtad, que ſe apiadaſſe de ſu Pueblo Chriſtiano, y de todos los Reynos, y los libraſſe de los enemigos de la Fè, y dieſſe ſalud à cierta perſona enferma, que deſeaba yo la tuvieſſe, para ganar ſu alma muy neceſſitada. Y el Señor me dijo abſolutamente, que eſto ſe haria (como de hecho ſe hizo.) Pedìle deſpues la venida de la flota, y que dieſſe un hijo heredero à cierto Caballero. No me dijo abſolutamente que lo haria; pero por un modo, que no sè explicar, en el negocio de la flota, me diò eſperanzas ciertas, y en lo del heredero no las tengo perdidas: aguardo lo que ſerà. Bajòme el Señor por los miſmos paſſos, haſta ponerme en el Trono de donde me havia ſacado, y en èl me trajeron mis Señores los Angeles à mi rincon. Sea ſu Mageſtad eternamente bendito. Amen.

CAPITULO VI.

Favorece algunas perſonas, y en bien de los Catholicos caſtiga algunos Infieles: à otros ayuda en orden à la Fè, con otros ſuceſſos maravilloſos.

„NO fueron menores las anſias de eſta „Virgen en bien de ſus proximos, „por el año de 627. y parece que crecie„ron los favores que à ella la hizo el Se„ñor en orden à que con mas eficacia pu„dieſſe ſocorrerlos. Veràſe todo por los ſu„ceſſos que de eſte año nos dexò eſcritos, „que ella vá refiriendo por el tenor ſi„guiente.

A ſiete de Enero, poco mas à menos, vì ſiete, ò ocho hombres, (no los conocì entonces) que eſtaban entre unos palos cruzados, como peleando; ſin que pudieſſen llegar los unos à los otros. A eſte tiempo vino un demonio, y quitò aquellos palos, quedando dichos hombres como atonitos, y temblando. Eſtaba yo admirada de eſte eſpectàculo; y yendo, y viniendo à nueſtro Señor, à quien intimamente me encomendaba, me quedè un rato ſuſpenſa; y tornando en mì, vì que aquellos hombres, eſtando de pies ſobre la miſma tierra que piſaban, ſe fueron bajando haſta unas riberas, no sè ſi era de mar, ò rio; que no atendì à eſſo; llevada de eſta otra viſta. Alli los dejè con harta admiracion mia. Luego el dia ſiguiente vì que dos perſonages graves, (parecieronme Reyes, y que trahìan inſignias de tales en las cabezas) llegando con ſu gente por aquellas riberas, los cautivaron; y llevandolos conſigo à ſu tierra, los metieron à todos en un calabozo, ſino es al uno, que no sè por què cauſa ſe quedò à las puertas de èl. Paſsè aſsi ſin poder ſacudir eſta repreſentacion de mi alma, y luego al otro dia (que era yà el tercero de eſta viſion) vì al Señor, que me dijo: Ea, alma, tù has de ir à ſacar aquellos hombres de la priſion en que eſtán. Dios mio, y Señor mio, dije yo, cómo puedo yo hacer eſſo? No es para mis pocas fuerzas empreſſa tan dificil. No temas, dijo el Señor, que eſtos Angeles te ayudarán. Señalò ſu Mageſtad para eſte efecto à dos de eſtos mis Señores Angeles, que aqui aſsiſten, y fue el uno *Fortitudo*, y el otro *Miſſus Major.* Fuimos, pues, al calabozo, adonde eſtaban aquellos miſerables hombres, adonde entrando los conocì à todos. Eſtaban los pobres afligidiſſimos, temeroſos, y temblando, como los que eſperaban la muerte, ò otro grande trabajo. Los Santos Angeles de ſu Guarda, que no los havian deſamparado, en viendonos ſe alegraron mucho, à los quales eſtos mis Señores Angeles dijeron: A eſ-

estos hombres hemos de sacar de aqui. Y diciendo, y haciendo, se abrazaron con uno de ellos, el qual parecia estár fijo en aquel lugár; como si los pies fueran de la materia sobre que estaban, al modo que si quisieran arrancar una estatua de su peana, que se huviesse labrado de la misma pieza, miramos en qué estaba aquella dificultad, y vimos que tenia aquel desdichado hombre metido, y hundido el un pie en las entrañas de la tierra, que parecia llegaba al infierno. Forcejaban los Santos Angeles, y à la manera que si fueran de carne, mostraban fatigarse, y que descansaban un poco para bolver con fuerzas renovadas al trabajo. Finalmente, tanto hicieron, que sacaron aquel hombre de alli, y poniendole fuera del calabozo, le dejamos alli bien fatigado. Bolvimos por los demás, y hallamos muchissima dificultad en arrancarlos, aunque no tan grande como la del primero. Al fin los sacamos, y puestos todos juntos yà libres fuera de la puerta, cada uno de los Santos Angeles de su Guarda se llevò el que le cabia à su casa.

Es de advertir, que estandolos sacando, se oìan encima de aquel calabozo grandes voces del dueño que los tenia à cargo, como quien atendia à lo que passaba, y mostraba gran sentimiento, y pena de que le quitassen sus prisioneros; y llamaba su gente para impedirlo; pero disponiendolo Dios assi, ninguno oyò las voces, ni acudiò à la defensa, hasta que se havia efectuado la libertad, y soltura de los Cautivos. Despues vì, que havia concurrido mucha gente, Ministros de aquel Señor; entre los quales con gran demonstracion de pena havia terrible vocería, y alteraciones, por la ausencia de aquellos Cautivos. Acabado todo èsto, me bolvieron mis Señores à mi rincon.

Estando yá en èl, tuve alguna luz del Señor de la significacion de esta historia, y que aùn queria su Magestad executar algun castigo en estos hombres. (Conozcolos yo muy bien) Bolvìme à su Magestad con grande resolucion, y con todo el afecto de mi alma le dije: No, Señor mio, no los has de castigar por ningun caso, ni hay que hablar en este punto, ni en esta materia has de hacer nada. Oyóme el Señor con grande sossiego, y con el mismo me preguntò: Pues quién serà poderoso para poner estorvo à lo que Yo quisiere hacer? Yo, con la confianza que entonces infunde el mismo Señor, (que se siente muy claramente, y no se puede explicar, cómo se compadece con la suma reverencia con que entonces le está adorando el alma) le respondì: Señor, yo te lo tengo de estorvar. Y quién eres tù? replicò su Magestad. No sabes, que no hay potestad en el Cielo, ni en la tierra, que resista à mi voluntad, y potencia? Yá lo sè, dije, Señor mio, y bien sè, que soy una hormiga; pero tambien sè, que por sola tu bondad, caridad, y misericordia, te dejas vencer de los ruegos de tus siervos, de que he oìdo exemplos de tus Escrituras en tus siervos Abrahan, y Moysén: y assi, Señor, aunque yo no soy nada, por tu benignidad te dexarás vencer de mis ruegos para no castigar à estos hombres. Estuvome el Señor oyendo con muestras de grande amor, y con las mismas me dijo: Bien has dicho, alma, muy bien has alegado en favor de lo que pretendes; y diciendo esto, se me desapareciò. He quedado con hartos deseos de que el Señor alce la mano de la venganza de sus injurias, y alumbre aquellos hombres, para que si tienen culpas, hagan penitencia de ellas, que les importa harto. Ayudelos el Señor, como puede.

Sabado veinte y siete de Febrero estaba yo llamando con ansia al Señor, y deciale: Señor mio, no me mandas nada? Suplicote me mandes alguna cosa que haga en servicio tuyo. Vì luego à la Magestad de Jesu-Christo Señor nuestro, que me dijo: Enhorabuena, Yo te quiero mandar una cosa, que hagas por servirme: harásla? Sì, Señor mio, respondì yo, de muy buena gana; y luego me puse de rodillas, y las manos puestas, mirando con gran atencion à mi Señor, para oìr muy atenta lo que queria mandarme; y bolvì los ojos à mis Angeles, deseando que ellos tambien estuviessen muy atentos. Estando assi pendiente de la cara de mi Señor, me dijo su Mages-

gestad: Irás, alma, con solo el Angel de tu Guarda, dejando los demás aqui, à los mares por donde tù dices que suelo traherte, y alli harás lo que te dijere. Fui luego llevada de mi Santo Angel à las riberas del mar, las quales no conocì, ni me parece que havia estado otra vez por aquellos lugares, y assi se lo dije al Señor: Estos, Señor mio, aunque mares, no son los por donde he andado. Havia alli cinco navios, ò galeras con gente dentro, la qual toda me parecia muy mala. Estaban estas embarcaciones como en la arena; porque solo tenian alguna poca agua debajo. Pusome el Santo Angel à la punta de uno de aquellos navios, y dijome: Entra por aì debajo. Yo temí, y mostrè alguna dificultad. No temas, dijo èl, entra, que yo voy tras tì. Entrè, no por la parte mas baja, que dicen se llama quilla, sino por lo bajo del costado, y tocandola con el hombro, haciendo fuerza, como quien dá un embion, le arrojè dentro del mar. Quedè muy admirada de lo que havia hecho. Por el mismo modo me mandò el Santo Angel entrar debajo de los otros, uno por uno, hasta que los echamos todos à la mar. Al punto vì, que se alteraron las aguas, y se levantò una tempestad tan grande, que todos se hundieron con la gente que dentro estaba. Luego vì al Señor, que como si aquella obra fuera mia, me diò las gracias por ella. Corrime, y dijele: Pues, Señor mio, què parte tengo yo aqui? O què he hecho yo en este caso? Mucho has hecho, respondiò su Magestad, que estos estaban aqui para hacer daño à los hijos de mi Iglesia: y se lo harian muy grande, si tú no los huvieras hundido. Esto vì, y esto me dijo el Señor; el qual sea alabado por las misericordias que nos hace.

El dia primero de Marzo, que fuè Lunes, ví en el Cielo una infinidad de Angeles, gallardamente vestidos, bien armados, y sobremanera hermosos. Disparaban sus arcabuces, cuyo sonido eran alabanzas de Dios. No veìa por entonces quién era su Capitan; pero comenzando à marchar, ví que saliendo del Cielo, los iba capitaneando Jesu-Christo Señor nuestro. Dieron, siguiendo à su Magestad, una buelta por todo este mundo inferior, haciendo ostentacion de grandissimo valor, y poder: ví que temblando los demonios, que havia por la tierra, y espantados de aquel grande Exercito, huyeron, y entrando por las aguas, se escondian en sus abysmos; y luego toda aquella sagrada Compañia, con su Divino Capitan, por la misma orden que havia salido, se volviò al Cielo.

De aí à quatro, ò cinco dias, estando yo ofreciendo à Dios mi voluntad, y suplicandole se sirviesse de mí en todo lo que fuesse su gusto, (porque con el fervor del afecto, no sentia entonces mi corazon la menor dificultad en cosa alguna) ví à este mismo Señor nuestro Jesu-Christo, que me dijo: Vén acà, alma, que has de ir adonde Yo te embiáre, y harás lo que Yo te dijere. Estaba yo muy contenta de que su Magestad fuesse servido de mandarme algo, y oìa con grande atencion sus Divinas palabras. Bajarás, dijo, por essas escaleras, (representabamelas este Señor con todas las circunstancias que iba diciendo) y llegarás à lo mas bajo de ellas, donde hallarás una gente, à quien preguntarás, quién son, y què ley siguen? Y si respondieren bien, haráse bien con ellos; y si no, arrojalos al Infierno, à cuya boca los hallarás: irà contigo el Angel de tu Guarda, y no te espantes, ni temas los estorvos que en el camino se te ofrecieren, que ningun daño te podràn hacer. Oìdas estas palabras del Señor, me postrè delante de su Magestad, y besè la tierra. Luego, partiendome de su presencia, empecè à bajar las escaleras: iba mi Santo Angel acompañandome; pero no bajaba por ellas como yo, sino que sustentado de su propria virtud, iba como por el ayre à mi lado derecho. De ácia el lado izquierdo salian muchos animales fieros, espantandome, y procurando estorvarme el passo. Eran como Leones, y Tigres, y de otras especies, que yo no conocì, ni los he visto jamàs: hacian presas con sus uñas, y dientes en mi brazo, pero con tan poca fuerza, como si no tuvieran ninguna. Y la virtud del Señor me animaba de suerte, que yo no las temia, ni me eran del menor estorvo. Salian tambien otros enemigos en figura hu-

humana, pero disforme, y espantable, muy mal vestidos. Disparaban sus arcabuces, cuyas balas me passaban por delante de los ojos; pero ni de la furia de estos, ni de la rabia que mostraban, ni de los espantos que me ponian, hacia yo caso; porque el Señor me daba esfuerzo, y dominio contra todos.

Lleguè finalmente hasta lo mas bajo de aquella escalera, à la qual se seguia una boca grande, dentro de la qual, allá como en el profundo, se oìa grandissimo ruido de voces confusas, alharidos lastimeros, blasfemias, quejas, y sentimientos, que bastaban à quebrar mil corazones; y era tan grande el horror, que todo esto causaba, que me mostraba bien el lugar de los eternos tormentos. Cerca de esta boca, y à las ultimas gradas de dicha escalera, estaban quatro hombres, que todos parecian Reyes, pero el uno era mas grave, y tenia en la cabeza una como Tyara muy alta. En llegando à ellos, les preguntè con grande imperio: Quién sois vosotros? Què ley guardais? Y què haceis aqui? Callaron los tres, y el otro mas grave, con un modo de desdén, me respondiò, diciendo: Mas quién eres tù, que nos preguntas esso, y què buscas aqui? Tras estas palabras hacia muchos ademanes, unas veces levantando el un brazo al Cielo, y otras cruzandolos entrambos sobre el pecho. Instaba yo, y dabales prisa, que respondiessen, què ley tenian, y à què Dios adoraban? Y respondiendome el primero: Nosotros tenemos la ley, y adoramos los Dioses de nuestros antepassados, y en esta ley hemos de ser salvos; no lo sereis, dije yo, si no adorais un Dios Trino, y Uno, à quien adoramos, y servimos los Fieles, siervos de este gran Señor, y perecereis para siempre, si no teneis su Fè, y os haceis sus siervos por el Bautismo, y penitencia. No entendemos essas cosas, replicò èl, ni sabemos mas de lo que nos enseñaron nuestros passados. Pues pedid, dije yo, de todo corazon al verdadero Dios, que os alumbre, y enseñe el camino de vuestra salvacion, que èl lo harà.

Oyeron todos estas palabras, y parece que los tres no podian responderme, sino que ultimamente solo dijeron, que harian lo que hiciesse aquel otro Rey, que, como dije, era el mas grave. Assi à este, como à los demás, tenian abrazados por las cinturas unos terribles demonios; y viendo yo el estorvo que estos les hacian para que diessen buena respuesta, les mandè con grande resolucion en el nombre del Señor, que dejassen libres aquellos miserables hombres, y se fuessen de alli. Hicieronlo al punto, aunque rabiando los demonios, y luego vì junto à cada uno de estos quatro hombres el Santo Angel de su Guarda, à quienes hasta alli no havia visto. Quedando yá libre del embarazo aquel Rey, que en nombre de todos me hablaba, con mansedumbre, y sossiego me dijo: Dile à esse Dios, y Señor, que tù adoras, que nos embie Maestros, que nos enseñen su doctrina verdadera, y la admitirémos de muy buena gana, guardando su Ley, y Mandamientos para alcanzar su salvacion, como tù nos lo prometes. Alegréme mucho oyendo esta respuesta, porque temia, que dandola descortés, y mala, se havia de executar en aquellos pobres hombres la pena con que el Señor los havia amenazado, arrojandolos por aquella espantable boca en aquel abysmo, adonde con tan terrible despecho padecian los condenados. Y assi muy alegre les respondì, y prometí, que les cumpliria el Señor sus deseos, y les embiaria Predicadores, y Maestros que les enseñassen. Quedaron contentos, y alentados con esta promessa. Yo bolvì à dár la respuesta al Señor; y como si su Magestad no huviera visto, ni oído estas cosas, assi me oyò, y diò las gracias por lo que havia hecho. A mì se me havia ofrecido, si acaso estos Reyes eran Turcos, ò Moros; y el Señor, respondiendo à mi duda, me dijo, que no, sino que eran Reyes de otras Provincias, aunque no me expecificò de quáles.

Por el mes de Julio, dia de la Visitacion de nuestra Señora, estaba mi alma clamando al Señor con grande fervor, y ansias que tenia de verme con su Magestad, desatada yá de la carcel, y grillos de esta mortal vida, y deciale muchas veces: Dios mio, vés aqui la

la deſertada, pobre, miſerable, y peregrina. Oyò el Señor mis clamores, y dijo: La peregrina eres? Pues llevenla adonde camina en ſu peregrinacion, y viſite los Lugares Santos, como lo hacen los Peregrinos. Al punto me hallè veſtida de un habito como el que trahen los tales, y mis Señores los Angeles me encaminaron à la Celeſtial Patria; pero llevabanme por unos rodéos muy grandes, por entre peñaſcos, y ſendas extraordinarias. Moſtraronme en eſte camino unos campos grandes, en los quales havia algunas Ciudades mal pobladas: aqui ſe veìa un Palacio grande, acullà otro: parecióme gente pobre, y Pagana, eran Turcos, ò Moros, y decia yo entre mì: Pues eſtos tan pobres, poco mal pueden hacer à los Chriſtianos; pero luego vì, que aquellas caſas, y Ciudades con tan poca poblacion eſtaban cercadas de montes de oro, y perlas, de que recibì grande pena, pareciendome yá, que con tantas riquezas podrian dañar mucho à la Chriſtiandad. Al fin llegamos al Cielo, y entrando, me preſentaron los Angeles delante de nueſtro Señor, diciendo: Señor de la Mageſtad, aqui trahemos por tu mandado eſta peregrina: mira, Señor, què bien adornada viene con las joyas que ſu Divino Eſpoſo el Eſpiritu Santo la ha dado. Moſtraban el collar que yo trahìa, las manillas, y cintura, y todo lo demás, y à todo eſto reſpondiò el Señor: Razon teneis, muy bien ataviada viene por cierto; pero no hay de què maravillar, pues tan Divino Eſpoſo tiene. Yo eſtaba corridiſſima delante de la Mageſtad de eſte gran Señor, ſintiendo de mì lo que de verdad es, que ſoy una viliſsima criatura, y un muladar hediondo.

Eſtando aſsi, vì venir delante de la Mageſtad de eſte gran Dios quatro Angeles muy adornados, cada uno con ſu azote en la mano, y los brazos arregazados. Parecióme, como lo merezco tanto, que venian para caſtigarme, y verdaderamente temì, y decia entre mì: Què, acá en el Cielo hay azotes? Què, los Angeles caſtigan? Mis Señores me miraban, y diſsimulando, me decian: Hermana, à San Geronymo Angeles le azotaron: con eſto temia yo mas. En llegando, adoraron al Señor, y dijeron: Señor de la Mageſtad, aqui venimos diſpueſtos para hacer lo que nos mandáres. Andad, dijo el Señor, y caſtigad, como os tengo ordenado, aquellas criaturas. Partieron al punto eſtos Santos quatro Angeles, y pareciame à mí, que llevaban tanto denuedo, y fortaleza, que pudieran aſſolar al mundo entero. Llegaron, pues, à aquella tierra de Infieles, que yo havia viſto en el camino: comenzaron à azotarlos, y maltratarlos tanto, que era compaſsion; y finalmente, bajò fuego del Cielo, que à viſta mia los abrasò à ellos, y à ſus theſoros. Trataron tras eſto mis Señores de bolverme à mi rincon, y dijoles ſu Mageſtad: Aguardad, que no es razon ſe buelva la Peregrina ſin algun dón, haviendo venido à mi caſa; y aunque parece Peregrina, no lo es del todo. Mira, alma, la morada que tienes aparejada para ſiempre, y moſtróme el lugar, que por ſolo ſu bondad me tiene aparejado. Dióme luego una rica joya de ſingular reſplandor, y blancura; y poniendomela en el pecho ſobre el corazon, dijo: Que ſignificaba un dón de pureza, y caſtidad comunicable; y que todos los que la miraſſen, y vieſſen, ſerìan libres de las tentaciones que padecieſſen contra la caſtidad. Con eſto me trajeron mis Señores los Angeles à mi rinconcillo.

Otra merced ſingular me havia hecho el Señor algunos dias antes. Eſtaba yo en mi ordinaria oracion, y oì à ſu Mageſtad, que me dijo: Alma, Yo te quiero hacer una gran merced. Turbéme mucho, y aunque pedia à ſu Mageſtad luz para no ſer engañada, crecieron de ſuerte mis temores, y llegaron à punto, que lleguè à decirle: Suplícote, Dios mio, por quien eres, que no me hables. Pero el Señor me ſoſſegò, y deſpues me dijo: Pon aí eſſe Roſario, (tenia yo uno en la mano, que es de piedra, como marmol) obedecì al Señor, el qual le echò ſu bendicion, y añadiò, diciendo, que qualquiera perſona que rezaſſe por qualquiera de las cuentas, ò de las piezas de que ſe componia la cruz de dicho Roſario, fuera de otras muchas gracias, alcanzaria de ſu Mageſtad grandes, y particulares ſocorros

ros en orden à ſalvarſe; y que la oracion que ſe havia de rezar, podia ſer la que cada uno guſtaſſe. Eſte Roſario, (dijo mas el Señor) no le dès en tu vida á nadie, ni le diſminuyas: quando te mueras, le darás à tu Confeſſor, para que le diſtribuya entre quien le pareciere. En acabando el Señor de decir eſto, mis Señores los Angeles tomaron el Roſario en ſus manos, le beſaron, y llegaron à ſus ojos, y le volvieron à poner donde eſtaba, que era encima de mi cama. Yo eſtaba admirada de la bondad de eſte Señor, y dijele: Dios mio, cómo eres tan manirroto de tus riquezas? Y reſpondióme: No ſabes, que ſoy todo poderoſo para hacer lo que quiſiere? Si doy de mis Teſoros à quien quiero, de qué te eſpantas? Bendita ſea la miſericordia de eſte gran Dios.

A los veinte y ocho de Agoſto por la mañana fui acompañada de mis Señores Angeles à unos mares, adonde havia Armadas Infieles: parecianme muchos los navios: iba yo con una eſpada en la mano hecha una leona. Entrè en el mar, y pareciame que deſvarataba las armadas, y que alli ſe hundian unos navios, acullá otros. Procuraban tirarme, y no acertaban de turbados. Embeſtia yo con los enemigos: mataba muchos, otros iban medio vivos haſta hundirſe: pareciame que quedaba la mar limpia. Y deſpues de eſto me trajeron à mi rincon.

Miercoles à ſeis de Octubre, eſtando con nueſtro Señor, me pareciò que le veìa muy enojado, y ayrado, por las grandes ofenſas que contra èl ſe hacian en eſte Reyno: no vì pecados de perſonas particulares, ſino por mayor. Congojéme mucho, clamè al Señor, pidiendole miſericordia con grandes afectos de mi alma, y deshaciame, ſuplicandole ſe apiadiaſſe de ſu Pueblo Chriſtiano. Entonces me dijo ſu Mageſtad: Vente, alma, conmigo. Hice lo que ſuelo quando me acobardan mis temores, que entonces me apretaron; pero huve de rendirme al Señor, que lo diſpuſo aſsi. Sentóme ſu Mageſtad en medio de una rueda tornaſolada, à manera del arco del Cielo; y por ſolo poder de eſte Señor, (que ni vì me acompañaſſe Angel ninguno) fui llevada á unos anchuroſos mares; no ſupe adonde caían. Trahíame ſu Mageſtad por una, y otra parte de eſte mar con conſuelo; pero no ſin algun temorcillo, aunque el Señor me aſſeguraba. Zabulleronme ſin ſaber cómo, ni quién, en medio de aquel mar, y luego me ſacaron: hizoſe eſto ſin pena mia, antes con alivio, paz, y regalo. Entendí del Señor, que ſe hacia eſto en orden á ſoſſegar el mar, y que huvieſſe bonanza en èl, para que los navegantes evitaſſen una tormenta, que la padecieran muy grande ſin eſte preſervativo. Oì luego, que à grandes voces daban priſa los Angeles de lo alto, para que me llevaſſen à la Celeſtial Patria. Temia yo oyendolas; pero ſoſſegaronme, llevandome, y preſentandome delante de la Mageſtad de Dios.

Vile en forma humana muy ayrado: pareciame que arrojaba centellas por los ojos: tenia una eſpada en la mano, como que amenazaba deſtruír, y acabar el mundo. Dióme à entender havia de ſer el fin del mundo muy preſto: (pero los preſtos de Dios, aun en coſas menudas, ſon larguiſsimos) poſtréme delante de eſta Divina Mageſtad; pedile tuvieſſe miſericordia de ſu Pueblo, y ſe apiadaſſe de noſotros. Suplicaba yo eſto con las mayores veras, con los afectos mas vehementes que me era poſſible. Parece que me ponia como entre Dios, y el mundo, para que el Señor deſcargaſſe ſobre mí las venganzas de ſu juſta indignacion, aparejada à ſufrir quantos rigores el Señor quiſieſſe executar en mí. A eſte tiempo arrojò el Señor la eſpada de ſu mano, y diò con ella cerca de mi pecho. Abracéme yo con ella apretadamente, y oì à ſu Mageſtad, que decia: Las manos me atas, alma, aplacado me has, rendido me has, las armas te rindo, y como vencido te rindo yá la eſpada. Alegréme, y conſoléme mucho oyendo las benigniſsimas palabras de aquella inmenſa bondad, conociendo las ſuaviſsimas entrañas de eſte Soberano Dios nueſtro. Luego me diò ſu Mageſtad uno como ſueño eſpiritual, en que me parecia quedaba como dormida en los

brazos de este Señor, y que soñaba havia salido yà de este mundo, y estaba en la Gloria. Veìame como unida à un Divino Sol de inmensa luz, en un colmo de todos los bienes: no sè lo que duró esto; sè, que acabada esta union, y buelta en mì, me hallè en mi rincon. Sea el Señor millares de veces bendito. Amen, Amen.

CAPITULO VII.

Prosigue la misma materia.

„DE los casos que se siguen, el primero es de veinte y quatro de Agosto de seiscientos y veinte y ocho. El quarto señala solamente el mes, y año, que es el de seiscientos y treinta. En los otros dos no hallo expressado nada acerca del tiempo. Colígese con todo el orden con que los papeles están numerados, que el segundo fuè por el año de seiscientos y veinte y nueve; y el tercero poco despues. Escribelos Doña Marina todos por el tenor siguiente.

A los veinte y quatro de éste, haviendose movido mucho los afectos de mi alma con la memoria de los males, y trabajos que padece la república; y con ardiente deseo de su remedio, pediale yo à este Dios con grandes clamores del espiritu, y con las palabras que en semejantes ocasiones nacen mas de las ansias del afecto, que del concierto de la razon: Deciale, pues: Señor mio, hay alguna limosna para esta pobre mendiga, importuna, sola, llagada, y sin alivio? explicando el alma con estos, y otros nombres los males, y miserias temporales, y espirituales, que mira como propias suyas; porque vè que sus proximos las padecen, cuyo remedio desea unicamente. Hallème, diciendo esto, á las puertas del Cielo, adonde saliò el Señor con grandes muestras de caridad, y misericordia, y me dijo: Què quieres, alma? Què tienes? Por què clamas? Respondile à su Magestad las mismas palabras, que arriba puse, cuyo fondo, è intencion conoce muy bien el Señor, como nacidas del afecto que su Magestad levanta, y mueve en lo intimo del alma; y assi me respondió: Sea en hora buena, yo embiarè al limosnero. Y luego, poniendo su Magestad los ojos en uno de los Santos Angeles que alli estaban, le dijo: Dadle à esta alma todo lo que pidiere; y diciendo esto se retirò. Quedò alli aquel Santo Angel con algunos de los que me assisten, y dijome: Agora bien, alma, què es lo que quieres? Què pides? Mi Señor Angel, respondì yo, piedad de Dios. Y què mas? añadiò èl. Pido luz, volvì yo, para conocer su santa voluntad, y sus verdades. Muy bien està todo esso, dijo èl; pero què mas pides? Yo entonces, alentada, respondì: Pureza de Dios, limpieza de corazon, y de intencion, para amarle, y buscarle à èl solo. Mucho has pedido, dijo el Santo Angel, y muy bien; pero en què lo has de llevar? Traes en què? Yo, estendiendo entonces mucho los brazos, dije: Aqui, Señor, aqui lo llevarè todo. Pues cómo? replicò el Santo Angel. No sabes que la misericordia de Dios, y su piedad es el mismo Dios? Cómo quieres abrazarle, siendo incomprehensible? Es verdad, Señor Angel, respondí yo; pero su Magestad ha hecho à mi alma capáz de sì mesmo, y al modo que le ha dado la capacidad, le llevarè. Bien has dicho, dijo el Angel; pero es necessario para esso limpiarla, y desembarazarla de otras cosas. Oyendo esto, empecè con grande ansia à escudriñar mi alma, y como si ella tuviera senos, metia las manos en el pecho, buscando con toda prisa, y diligencia lo que en ella havia, y no hallaba nada que embarazasse, y ocupasse el lugar adonde havia de llevar mi limosna. Estando assi, ví otra vez al Señor, que parece se embistiò todo en aquel Santo Angel, de suerte, que se fui à este perdiendo de vista, quedando el mismo Señor en su lugar; aunque luego volvì à vèr al Angel acullá, apartado alguna distancia. Hablòme su Magestad con mucha caricia, y dijome: Agora, alma, yà llevas lo que deseabas, vuelvete à tu rincon, porque no desfallezca la naturaleza. Quedème luego en una profunda suspension, hasta que volvì en mí, y me hallè muy trocada, dejandome esta vision,

y.

y regalo del Señor con grande aliento, y consuelo.

Dia de la Encarnacion de Christo bien nuestro, estando en mi ordinaria oracion, vì, y oí en la Celestial Jerusalen una fiesta solemnissima de todos aquellos Bienaventurados Cortesanos, y de innumerables Angeles del Señor, que con instrumentos musicos, y voces suavissimas alababan, y engrandecian la Magestad de su gran Dios, y Señor, por el inestimable beneficio de nuestra Redempcion, ponderando todas sus circunstancias divinamente. Reverenciaban luego sumamente, y con grande humildad à la Sacratissima Virgen Maria Señora nuestra, por haver sido el Sagrario adonde el Verbo Divino se havia aposentado, y vestidose de su carne. Estaba esta Soberana Reyna en un Trono altissimo, y de una inmensa gloria. Al punto que se me descubriò todo esto, que era quando comenzaba la fiesta, me dijo el Señor: Llegate acà, alma, llegate mas de cerca, y veràs los mysterios que hoy se celebran en mi sagrada Corte. Y apenas lo dijo el Señor, quando sin darme lugar à otra cosa, por ministerio de unos Santos Angeles fui llevada al Cielo. En llegando, quedè como pasmada en las grandezas de la Divina Magestad. Puso los ojos mi alma, y miraba como de hito en hito à la Beatissima Trinidad, y sin poder apartallos de alli, porque lo ordenaba asi el Señor, vì, que las tres Divinas Personas, con un modo divino, è inefable se comunicaban, y como complaciendose entre sì, decian: O què obra tan admirable, mysteriosa, y divina havemos hecho en la Encarnacion del Verbo! Qué digna de quien somos! Què inestimable es su valor! Grande cosa es, altissima, y soberanissima! Y luego agradabase mucho aquella Beatissima Trinidad del Sagrario Virginal en que aquella grandiosa obra se havia ejecutado. Con què toscas, y breves palabras refiero esto, y no bastan todas las del mundo para explicar un átomo de lo mucho que alli entiende el alma, acerca de la Alteza de este Mysterio, por la inefable complacencia de Dios en él!

Quedème en un modo de suspension, como adormecida, de la qual me despertaron nuevas, y alegres musicas de aquellos Celestiales Cortesanos, en honra, y alabanza de la Santissima Virgen, que despues, postrandose, la reverenciaban por Reyna, y Señora suya. Vì luego, que la Virgen soberana, acompañada de infinitos Angeles, bajaba por unas mysteriosas gradas del Trono en que estaba, y en llegando delante de la sacrosanta Trinidad, se postrò con profunda humildad, y suma reverencia, reconociendo, que todo lo que era, y tenia, lo havia recibido de la mano de aquel liberalissimo Señor. Agradòse singularmente su Magestad en aquellos afectos humildes, y agradecidos de la Virgen, y con tiernissimo amor, nuestro gran Dios, como Uno, y Trino, le echò su santissima bendicion, y le concediò muchos dones, y gracias, para que en su divino nombre pudiesse repartirlas, haciendo merced à las criaturas. Seràn estas, añadiò el Señor, las por quien te rogáre, y suplicáre aquella alma, que alli està: (y apuntò su Magestad à mí: harto me corro de decillo) levantòse luego la Soberana Señora, dando infinitas gracias à su Dios por aquella misericordia que le havia hecho; y sentandose en un Trono mas bajo, puso los ojos en mì, significandome que pidiesse, que ella me haria merced, segun el orden que tenia del Señor Dios de la Magestad. Fuè singularissimo el gozo, y contento que yo recibì con la liberalissima oferta de esta Soberana Reyna; y olvidandome totalmente de mì, sin pedir cosa en provecho propio, empecè à grande prisa à llamar à quantos se me havian encomendado, y à quantas personas conocia: volviame á una, y otra parte, meneando los brazos, y diciendo: Venid, amigos, y amigas mias, venid aprisa, no os detengais un punto.

Estando con esta ansia, y afecto, que era en mì fervorosissimo, ví llegar á quantas personas llamaba conocidas: eran de todos estados, y calidades. Venian tambien otras de diversas tierras, à quienes yo encomendaba à Dios, aunque no las conocia, y muchos infieles. Cada una de estas personas ve-

venia acompañada de ſu Angel de la Guarda; pero de los infieles, algunos venian como por fuerza; á unos trahìan ſus Angeles à cueſtas, à otros tirandolos del brazo, algunos venian de menos mala gana. Toda eſta multitud de gente ſe quedò como al rededor de aquella Celeſtial Ciudad, y fuera de ella, aunque eſtaba como à viſta ſuya. Luego, con grandiſsimo conſuelo mio, y con admirable orden ſuyo, fueron entrando los Santos Angeles de la Guarda de eſtas perſonas; y poſtrandoſe delante de eſta Sacratiſsima Virgen, recibia cada uno de mano de eſta Soberana Señora el dòn que havian de comunicar al alma ſu encomendada. Por eſta manera ſe fueron repartiendo por todas aquellas almas proporcionados dones, y gracias, que por los merecimientos de Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, è interceſsion de ſu Santiſsima Madre ſe les concedian. Luego volvieron los Angeles à llevar à ſus lugares aquellas almas, que alli myſterioſamente ſe me havian repreſentado.

Eſtaba yo alegriſsima con eſta viſta: dabale de todo mi corazon gracias al Señor por tan grandes miſericordias; y poco à poco, entre admiraciones, júbilos, y accion de gracias, me fui ſuſpendiendo, y perdiendome à mi miſma de viſta. Eſtuve aſsi no sè qué tanto tiempo. Quando volvì en mì de eſte rapto, eſtando dandole gracias al Señor por la grandeza de ſus incomparables beneficios, vì, que acompañada de innumerables Angeles, que la venian ſirviendo, venia ácia mí la Sacratiſsima Virgen; y llegandoſe cerca, con harta confuſion, y admiracion mia, me ſaludò, diciendo: Nueſtro Señor ſea contigo, alma: nueſtro Señor ſea contigo, por cierto, alma, que ha ſido grande tu caridad con los projimos; pues olvidandote de tì miſma en el myſterio, que el Señor te moſtrò, toda tu anſia, y afecto era en primer lugar en bien, y provecho de aquellas por quien pedias, y rogabas; pero eſtà cierta que no lo perderàs, ni lo has perdido por eſſe camino, pues yo vengo à tí en nombre del Señor à darte mi bendicion, y con ella aplicarte nueva gracia, virtud, y ſocorros del Señor Dios tuyo. Y diciendo eſto, me echò aquella Soberana Reyna ſu ſantiſsima bendicion à mí, y à quanto havia en mi pobre apoſentillo. Y luego los dos Angeles pequeños que me aſsiſten, tomando unos inſtrumentos dulciſsimos, empezaron juntos, con una melodía celeſtial, aunque en tono bajo, á cantar alabanzas del Señor de la Mageſtad, y de ſu Santiſsima Madre. Hacian un coro eſtos dos Angeles, y à verſos les reſpondian todos los demás, que alli eſtaban en otro coro. Tambien aqui con una ſuavidad grandiſsima me ſuſpendí del todo; y quando volví en mí, ſe havia acabado la viſion; pero quedème deshaciendo en darle gracias à tan benigno, y miſericordioſo Señor.

En otra ocaſion, encomendandome à ſu Mageſtad en el modo ordinario, pero fervoroſo, ví como à deshora à Jeſu-Chriſto Señor nueſtro enclavado en la Cruz. Admiróſe mucho mi alma, y retirandoſe todo quanto pudo, procurò divertirſe, quedandoſe en ſu ordinaria oracion delante de Dios, y reſignandoſe en ſus manos ſantiſsimas, para que hicieſſe ſu voluntad en eſta eſclava ſuya. Eſtuve aſsi un poco, y luego ſe me volviò à moſtrar la Mageſtad de Jeſu Chriſto Señor nueſtro, al modo dicho, y yo ſegunda vez con mis temores procurè divertir la imaginacion, y volverme al Señor por la via ordinaria, haſta que tercera vez ſe me deſcubriò eſte Señor aſsi crucificado, y vì, que con un modo eſpiritualiſsimo, y myſterioſiſsimo (que no ſabrà explicar mi alma, aunque tan claramente lo veía) ſe inclinò eſte Señor aſsi clavado en la Cruz como eſtaba, y con ſu ſagrada cabeza tocò la mi indigna de tan grande merced, y miſericordia, y de la miſma manera me tocò el pecho, manos, y pies. Y luego, vuelto al miſmo lugar en que havia eſtado, ſe puſo entre eſte Señor, y mi alma una como nubecica dorada, y muy reſplandeciente, con que le perdiò de viſta. Quedè con una admiracion grande de la novedad del myſterio, ſin entender ſu ſignificacion; y deciale à Dios: Señor mio, què es lo que quieres obrar en eſta miſerable cria-

criatura? qué es lo que la quieres enseñar en esto? Daba, y tomaba en esto, hasta que dandole su Magestad una grande, è interior luz à mi alma, para que se viesse à sí misma, (con mas claridad, que si fuera con los ojos corporales) viò que tenia figurada, y esculpida en sí la imagen de aquel Señor crucificado, de la misma manera que le havia visto, como si realmente quedára transformada en aquel Señor suyo crucificado, y con un modo de participacion de su divina virtud.

Con este conocimiento fuè incomparablemente mayor la admiracion, humillacion, y confusion de mi alma, que la que tuvo al principio, aunque con grande consuelo; y realmente me sentia tan trocada, y tan otra, no solo en las interiores potencias, sino tambien en los sentidos exteriores, que apenas me conocia, y parece que no sabia si era yo la que obraba, y hablaba exteriormente. Duròme esto muchos dias. Passando, pues, assi con este modo de enagenamiento, me dijo una vez su Magestad con suma benignidad, y caricia: Què tienes, alma? Quál es la causa de tu grande admiracion? Por qué agora tanto con tus afectos humildes, y reconocimiento de tu propria vileza, afliges el juicio, y temes de cómo puede ser possible de que Yo obre en tì semejantes misericordias? Mira, sabete, que Yo, como havràs oìdo, levantè en el Desierto por mano de Moysén aquella Serpiente de metal, figura de Jesu-Christo crucificado; y por serlo, puse en ella tal virtud, que todos los que la miraban, quedaban sanos de las mordeduras de las serpientes. Pues si yo quiero agora por mis altos juicios, y por mi infinita bondad poner en el alma de mi criatura, que hice à mi imagen, y semejanza, la Imagen de mi Hijo crucificado, y su virtud, y obrar por este camino tales maravillas, que todos los que la miraren, alcancen socorro, y gracia mia para ser curados de las mordeduras de la infernal serpiente, y si conviniere, sanen tambien de las enfermedades naturales: si Yo quiero obrar esto en mi criatura por mi misericordia, y por la disposicion buena que hallo de ella, querràs tù por ventura estrechar mi misericordia con la demasìa de tus temores? No hagas assi, alma mia, sino fiate de mí, que Yo te alumbrarè, y enseñarè: Yo te ayudarè, y no te faltarè jamàs, como te lo he prometido: quedate agora en paz. Esto me dijo el Señor, y realmente dentro de muy poco tiempo experimentè algunas misericordias del Señor en esta materia para bien de mis projimos. El sea millares de veces bendito por quien es en sí mismo, y por quien es para con sus pobres criaturas, buscando siempre muchos modos para ayudarlas en el camino de la salvacion.

Sucediòme otra vez, que teniendo á mi miserable cuerpo agravado mucho de los dolores de tan grave, y prolija enfermedad; y teniendo con todo esso, como suelo, atenta el alma à su Dios, y en su ordinaria oracion, oì al Señor, que como quien llama à toda prisa, me dijo: Vèn acá, alma, vèn acà, llegate aqui. Yo, como estaba de la manera que digo, y con notable descaecimiento de la naturaleza, respondì: No puedo, Señor, que la flaqueza grande de este pobre cuerpo no me dá lugar á poder levantarme. Vèn, alma, replicò el Señor, que te ayudarán para que puedas. Levantème, ayudada del Santo Angel de mi guarda, y arrimada à un baculo, anduve unos pocos passos, y lleguè como con trabajo cerca de una pared. Volvíme á ella sin saber qué mysterio podia ser éste, y si nuestro Señor por mis pecados queria castigarme; porque me fatigaba el verme alli. Entonces me dijo el Señor: No temas, alma, espera un poco. Llegò à este tiempo un Angel, y abriò una ventana, que estaba en aquella pared. Volviò luego el Señor à decirme: Mira, alma, lo que verás aí: no temas. Mirè yo, pero con mucho temor, porque ví unas bestias abominables, y fieras, como leones, ossos, y otras tales, encerradas en un aposento muy obscuro, las quales, mordianse unas á otras con un ruido, y alboroto estraño. Entrò luego un Angel del Señor en aquel lugar con semblante de ceño, y enojo, y con un baston que

tra-

trahia en la mano, empezò á espantarlas, y como dandolas de palos, las iba encaminando á que saliessen por una puerta pequeña de aquel aposento, mandandolas que se fuessen á los abysmos del Infierno, sin hacer daño en ninguna parte á ninguna criatura. Assi lo hicieron, y se entraron bramando en las profundidades.

Veia yo este espectáculo con grande pavor, y volviendome al Señor, le dije: Dios mio, y Señor mio, qué es lo que me has querido mostrar en esto? Luego lo sabrás, alma, dijo el Señor, vuelvete agora á tu pobre lecho. Cerróse luego aquella ventana, y el Santo Angel de mi guarda, tomandome por el brazo, con harto trabajo mio, y descaecimiento natural, me trajo á mi lugar. Descansè un poco de la grande fatiga con que estaba, y luego me dijo el Señor: Alma, bien sabes que me has pedido con muchas veras, y con grande instancia, que destruyesse á los mas principales, y perjudiciales demonios, que atizaban las ocasiones de las guerras, que se han movido entre los Principes Christianos, y los Infieles; permitiendolo Yo assi por mis secretos juicios, y porque me han dado causa para ello. Pedisstemelo de suerte, y con tal eficacia, instandome tantas veces los echasse de alli, que no te lo he podido negar, y hice que los trajessen á vista de tus ojos, y que por orden mia los encerrasse mi Angel en el Infierno, para que ni ellos puedan dañar, y tù, viendo cumplido tu deseo, descanses, y te consueles. Admirada quedò mi alma de lo que viò; pero mucho mas de lo que oyò al Señor, conociendo su infinita bondad, y misericordia, que daba oìdos á las oraciones de tan indigna, y miserable criatura. El sea eternamente bendito por todas sus obras. Amen. Amen. Passóme esto à los principios de Marzo del año de seiscientos y treinta.

CAPITULO VIII.

Concluyese la materia del bien que hizo à los projimos en comun.

„LAS visiones que pondrè en este capitulo, aunque no señalan el tiempo en que sucedieron, coligese con todo esso, que fueron desde el año de seiscientos y treinta, hasta el ultimo de su dichosa vida, que fuè el de seiscientos y treinta y tres; porque el cómputo de los papeles, que en semejantes dudas observo, pone todos estos despues del ultimo con que acabè el capitulo passado. Seguirè, pues el orden con que los hallo numerados. Escribe Doña Marina de esta manera.

Es mi cotidiano ejercicio estos dias ahondar mas, y mas en el proprio conocimiento de mi vileza, con el qual de ordinario se halla bien mi alma. Estando, pues, una vez con grande fervor en este modo de oracion, me dijo el Señor: Vente conmigo, alma, y llevarète à la Celestial Jerusalèn. Fuè el modo con que el Señor me dijo estas palabras admirable, y de mucho consuelo; pero como mi alma estaba entonces con aquellos afectos, y consolada de verse como en lugar proprio suyo, en el muladar de su vileza, teniendose, como lo es, por indigna de tan grande favor, respondí con afecto humilde, pero resignado en la divina voluntad: Bien estoy aqui, Señor mio, y Dios mio, bien estoy aqui, que es mi proprio lugar: adónde quieres que vaya? cómo quieres llevarme adonde no merezco? Bien està, alma, dijo el Señor, bien està esso que dices; pero agora vente conmigo, y no lo dificultes. Aqui està tu indigna esclava, Dios mio, respondì yo, hagase en mi tu santissima voluntad. Al punto me llevò el Señor por su mano, y por sola su propria virtud à unas alturas inmensas de aquella Celestial Ciudad, donde me hallè en una soledad quietissima de Dios, sin vèr criatura alguna, ni Angel, ni Alma bienaventurada, sino solo una glo-

gloria inmensa de aquella Divina Magestad: de suerte, que me parecia que no havia alli mas que Dios, y yo, que estabamos à solas en aquel dichosissimo lugar.

Estando en este silencio, que era profundissimo, y en esta como estacion solitaria, se llegò el Señor como muy cerca de mì, y como quien en gran secreto queria hablar solo al oìdo del alma, y manifestarle con muestras de grande sentimiento sus quejas, me dijo: Mira, alma mia, sabe que mi Pueblo Christiano, aquel que particularmente redimì con mi Sangre, aquel à quien hago cada dia tantos, y tan grandes beneficios, està como perdido: todo lo mas de èl son mentiras, embelecos, pecados, abominaciones, incredulidades, y poco conocimiento de mis verdades, y de lo que se le dice de mi parte; porque teniendo obscurecida la razon, estàn deslumbrados, y yerran. Estoy, alma, sentidissimo de estas cosas en gran manera, y como determinado de limpiar el trigo, y cogido, encerrarlo en mi granero, y poner fuego à la paja, y abrasarla. Qué te parece à tì, alma, de esto? Mira tambien la razon que tengo, pues te la mostrè, quando mirando tú al espejo clarissimo de mi Divino Sèr, viste tambien toda esta maldad, que contra mì se comete, y de que con tanta justicia me quejo. Oìa yo con grande sentimiento, y admiracion lo que el Señor me decia: procuraba disculpar algunas de aquellas cosas, que à mì me parecia podian tener alguna disculpa, como el que no diessen credito à revelaciones particulares, y cosas semejantes. Pero el Señor de la Magestad no quiso admitir disculpas, diciendome, que les havia dado muy bastantes fundamentos, y luz para que las creyessen; pero que ellos obscurecian, y ahogaban esta luz con faltas, y defectos naturales. Decia su Magestad esto con un modo tan superior, y de tan inmenso peso, que no hay entendimiento que lo pueda rastrear. Y luego, por su infinita bondad, como mostrando compassion de su Pueblo, y dificultad en ejecutar lo que le dictaba su Justicia, me dijo: Alma, quedate agora en paz: ruega, y pide por todos. Sea su Magestad eternamente bendito. Amen.

A este punto me suspendì, y me hallè luego en un modo de sueño espiritual, y union estrechissima con este grande Dios, y Señor, adonde conocì grandezas inefables de èl mismo. Despertóme de este suavissimo sueño (no sin grande dificultad, y como repugnancia mia) una celestial musica de los Angeles. Entonces su Magestad, que lo havia ordenado assi, mandò al Santo Angel de mi guarda, y à los demàs Angeles mis Señores, que alli aparecieron, que con grande cuidado, y atencion me volviessen à mi lugar. Ellos lo hicieron como el Señor se lo mandaba.

Tuve harta dificultad en volver acà; pero siempre resignada en la voluntad de este gran Dios. Desde que se acabò este rapto, no me ha faltado una manera de sentimiento compassivo (no sè cómo le llame) de las quejas, que tan justamente daba el Señor, como si estuviera penado de nuestra ingratitud, y con grande hipo de pedirle misericordia para mì, y para todo el Pueblo Christiano. Sea èl alabado. Amen.

Pocos dias despues me hizo el Señor una misericordia, que referì en otra parte; y de ahì casi à una hora, estando dandole gracias por la referida, me llamò otra vez su Magestad con un modo apresurado, pero gravissimo, diciendo: Vèn acà, alma, vente conmigo, y veràs lo que te quiero mostrar; y diciendo, y haciendo, me llevò à la Celestial Jerusalèn. Ví alli una grande multitud de Angeles, los quales estaban yà como aprestados para partirse à ejecutar algun orden del Señor, y parece que havian yà recibido su divina bendicion. Entonces me dijo su Magestad: Alma, aparejate, y disponte, que tomada tambien mi bendicion, has de ir con estos Angeles mios adonde Yo los embio. Postrème luego delante de aquel gran Señor; y confessandome indigna esclavilla suya, me resignè para todo lo que fuesse su santissima voluntad. Levantate, dijo el Señor, y vete luego con essos Angeles; y recibida su santissima bendicion, vì

luego al Santo Angel de mi guarda, y à los otros mis Señores, y compañeros, que llevandome al Esquadron numerosissimo de aquellos Santos Angeles, que dije, me pusieron casi en el medio (ò poco mas abajo) de aquellas Celestiales Compañias. Con este orden salimos de aquella Soberana Ciudad, y conocia yo llevaban intento de dàr una buelta à todo el mundo. Assi parece que se executò: y aunque yo al principio no dejaba de padecer algun temor viendome en tan nuevas Regiones; pero animada del Santo Angel de mi guarda, y de los otros mis Señores yá conocidos, iba prosiguiendo el viage con aliento. Dimos buelta à unos mares anchissimos, à unas estendidissimas tierras, adonde con luz interior del Señor conocì diversissimas Provincias, y Reynos, y en estos infinidad de gentes varias en los estados, costumbres, leyes, y sectas, que de todo esto me daba noticia Dios por ministerio de mis Santos Angeles. Finalmente, despues de haver rodeado todo el Universo, bolvimos con el mismo orden à entrar en la Celestial Jerusalèn, adonde postrados todos delante de la Beatissima Trinidad, como en premio de haver executado su orden, bolvimos à recibir su sagrada bendicion.

Quedo mi pobre alma en una admiracion grande, (mejor dirè en una perplexidad confusa) y decia conmigo misma: Valgame Dios, què havrà querido este gran Señor de la Magestad significar, y dàr à entender con este mysterio? Para què me havrà mostrado tanta gente en todo el mundo, si despues de rodearlo, no parece que se ha hecho cosa de provecho, ni en bien de las almas, ni para gloria del mismo Señor? De què sirve que yo haya visto tantas criaturas, que el Señor criò con su poder, y con su providencia gobierna divididas en tanta diversidad de sectas, y Naciones? No hallaba pie en mi duda. Estando en esto, vì, que aquel grande Dios, y Señor llamò aquella multitud de Angeles, con quienes yo havia ido, diciendo: Venid acà, Angeles mios, y decidme, què es lo que haveis hecho en esta jornada, y mission à que os embiè? Haveis hecho algun fruto, y conseguido algun bien en orden à la salvacion de las almas, para gloria mia? Los Santos Angeles, como enmudeciendo, se compusieron, y quedaron suspensos. Su Magestad entonces, como quien tan intimamente penetraba la causa de aquella mudèz mysteriosa, les dijo: Assi es, Angeles mios, assi es como lo haveis visto, que son tantos los impedimentos, que ponen de su parte las criaturas, para recibir mi luz, y mi doctrina, tanta su obscuridad, y ceguera, que aunque haveis ido à inducirlos, y alumbrarlos, ni os han visto, ni conocido, y aun à vosotros, por causa de su ruin disposicion, en cierta manera se os apagò la luz de vuestra antorcha para con ellos; y parece, que viendolos, no los visteis, y conociendolos, no los conocisteis.

Luego, bolviendose su Magestad à mì, me dijo: Vèn acà, alma, y dime: Què es lo que has hecho en esta mission, à que con mis Santos Angeles te he embiado? Què provecho has hecho en las almas? Cómo te has habido con ellas? Què las has dicho? Què te han respondido? Quedè yo admirada con la pregunta de aquel grande Dios; y encogida, respondì: Dios mio, y Señor mio, ninguna cosa he dicho, ni he sabido, ni entendido, que poder hacer; porque nada soy, nada valgo, y nada puedo sin tì. Bien està esso, alma, dijo el Señor; la razon de esso està reservada à mì solo, à tí no te toca. Lo que tù agora has de hacer, y lo que te ordeno, y mando, es, que clames à mí con las veras, y afecto, que Yo te infundirè, y solicites mi misericordia; porque por mi bondad infinita, y piedad immensa, y por la disposicion que para ello te he dado, en esto consiste el remedio, y salvacion de aquellas almas que viste, y à este fin te fueron mostradas; vete ahora en paz, y descansa en mì. Echòme su Magestad su santa bendicion; y mis Señores los Angeles me traxeron à mi rinconcillo, adonde despues que se acabò esta vision, no cessò de clamar por aquellas almas, que me parecieron muchissimas, à nuestro gran Dios. El me oyga por las entrañas de su misericordia, pues yo tan poco

lo

lo merezco, y sea eternamente bendito. Amen.

„Adviertase, que no dice Doña Marina, „que aunque rodeò todo el mundo, viesse „todas las almas que havia en èl; sino que „con el termino, que vulgarmente solemos „hablar, llamò *infinidad de gentes* à las „que despues llamò *muchissimas.* Cómo, „pues, esta Virgen ardiendo en amor de „Dios, y de sus proximos, deseaba la con- „version de todo el mundo, assi de las Pro- „vincias Catholicas à la penitencia, como „de las no tales à la Fè, mostròla Dios divi- „dido por todo el mundo un grande nu- „mero de personas, cuya salud eterna havia „su Magestad determidado por sola su bon- „dad, y misericordia, que se consiguiesse „por medio de sus oraciones de ella. Gran „privilegio, pero mas, ò menos comuni- „cado à muchos Santos, à quienes los me- „recimientos, y gracia por Christo Re- „demptor nuestro, subieron à tan grande „alteza de perfeccion, que no solo se salven „à sí mismos con tantas ventajas, sino que „tambien con su oracion sean instrumentos „de la salud agena. En otro papel, que està „poco despues del que acabo de referir, di- „ce assi Doña Marina.

Hallème una vez, despues de larga ora- cion, en una estrechissima union con mi Dios, y Señor; era ésta tan apretada, que no me parecia possible salir de ella jamàs. Salian del alma, como à borbollones, mu- chos, y fervorosissimos los afectos, y con ser tantos, y tales, parece, no sè cómo, que solo en uno se encerraban todos, à la manera, digamos, que acà de muchas di- versas flores con la fuerza del fuego sale des- tilada una sola confeccion de agua olorosissi- ma. El alma entonces, como embriagada del amor divino, no advertia realmente à lo que hablaba; pero parece que explicaba el afecto que digo, con decir, y repetir mu- chas veces esto: Dios mio, y Señor mio, no se puede mas, no hay que hacer, no se puede mas, perdona, bien mio, que no se puede mas. No puede una pobrecilla alma salir de tì, perdona, que no se puede mas. Oyò el Señor de la Magestad lo que mi al- ma, movida de èl mismo, le decia, y con grande benignidad, y caricia, me preguntò: Què dices, alma? Què es esso que dices? declarate, y díme, què es lo que quieres decir, quando dices, no se puedes mas, no se puede mas? No, Señor mio, y Dios mio, respondí yo, no sè, no se puedemas. Bien està, dijo el Señor, Yo te entiendo muy bien, quedate ahora en mí, y descansa. En di- ciendo esto su Magestad, me hallè como entrañada dentro del Divino Sèr, con suma paz, y quietud. Quedème como rodeada de aquella divina grandeza, como en un Palacio de gloria, donde no havia puerta, ni portillo para poder salir. Estuvo assi un grande rato mi alma, gozando de inefables bienes; aunque en medio de ellos revivia un temor santo, un afecto amorosamente humilde, y sin turbacion, que le hacia mas estimables, y venerables los favores que re- cibia de su Señor.

Despues de passado este rato, me volviò à hablar su Magestad, diciendo: Què ha- ces, alma? Duermes, y descansas en tu Dios? Recuerda agora, y sal un poco à fue- ra, y subirás por essas alturas inmensas; pondraste en los miradores altos, y veràs desde alli lo que te serà mostrado. Oìa yo à el Señor; pero pareciame como cosa im- possible el salir de alli, y el subir tan alto; y assi le respondí à su Magestad: Cómo ha de ser possible lo que dices, Dios mio, y Se- ñor mio? Soy flaca, miserable, pobre, è indigna criatura de tan grandes misericor- dias tuyas: soy polvo, y ceniza, soy nada; adónde quieres que vaya fuera de tan apre- tada union, y à tan superior subida? cómo ha de ser possible? Podràs, alma, dijo el Señor, ayudandote Yo? Entonces, humi- llandome yo mas, me resignè del todo en la divina voluntad, reconociendome por su esclava vilissima. A este punto se llegò à mí un Angel gravissimo, y superior, y tocan- dome mysteriosamente la planta del pie de- recho, con un modo de violencia suave, y con suma ligereza, me subiò à unos como miradores de aquella inmensa altura. Veía yo desde alli à todo el mundo; pero apenas me parecia todo èl un pequeño punto. Aqui con una luz superior me diò su Ma- gestad noticia de su infinito poder, con que

lo

lo criò todo, y como en su acatamiento todo quanto hay criado es un átomo. Conocí la facilidad con que pudiera criar otros mil millares de mundos, con innumerables otras criaturas de nuevo, y como el sèr de todas ellas pende de su infinita bondad, y providencia.

Entendia yo todas estas cosas mientras miraba al mundo, y aquel gran Angel que me havia subido, estaba junto à mí, como arrimado à los mismos miradores. Viendo yo, pues, que no se me mostraba otra cosa, sino lo que he dicho, me bolvì à èl, diciendo: Señor Angel de la Magestad, què me quieres significar, mostrandome este mundo, que no me parece mas que un solo punto? Respondiòme que lo hacia, para que con esta vista, y la luz que Dios me comunicaba, subiesse al conocimiento de los divinos attributos; y añadiò luego: Assomate bien, alma, à esse mirador en que estàs, y verás con mas distincion, y claridad esse mundo, que ha parecido un solo átomo. Hicelo asi, y ví al mundo mas clara, y distintamente; y pareciame, que no podia comprehender toda su grandeza. Lo que veìa, y podia alcanzar, era infinidad de males, y pecados, abominaciones, errores, malicias, mentiras, engaños, y desaciertos. Veìa yo estas cosas, no cada una de por sí, con distincion, sino confusamente, y como quien vè una cima de todos los males juntos, y estos innumerables. Causòme grandissima pena, y fatiga, y no sabia otra cosa que decirme, repitiendola muchas veces, sino solamente: Señor mio, y Dios mio, tèn misericordia, y piedad de tu Christiano Pueblo. Estuve con esta ansia un rato bien fatigada.

Llevòme luego el Santo Angel, que he dicho, delante del Trono de la Beatissima Trinidad, adonde humildemente me postrè. Mandòme este gran Señor levantar, y dijo: Has visto, alma, la perdicion, abominacion, y mal trato del mundo? Què te parece à tí de esto? Y toda temblando respondí: Señor mio, y Dios mio, tèn misericordia, y piedad de tu Pueblo Christiano. Bien està, dijo su Magestad, como enojado; y bolviendose à aquel superior Angel, que me havia trahido, le dijo con superioridad grande: Coge un arco, y vete à aquellos miradores, y tirale desde alli una saeta de fuego fuerte, y abrasador al mundo, con que le destruyas, deshagas, y consumas. Oyendo esto aquel gran Angel (que siempre desde el principio me havia parecido que era algo mas que Angel, y no sè cómo barruntaba, que estaba alli disfrazado Christo Señor nuestro) se postrò delante del divino acatamiento; y luego, quedando de rodillas, y descubriendoseme quién era, con descubrir las llagas de sus sagrados pies, manos, y costado, ví, que este Redemptor, y dulcissimo Señor nuestro, en quanto hombre, mostrando aquellas llagas à su Eterno Padre, abogaba por nosotros, y con grandissimas veras, y eficacia suplicaba à aquel gran Dios, que por su bondad infinita, y por la muerte que èl havia padecido por el linage humano, se apiadasse del Pueblo Christiano, y huviesse misericordia. Alegaba tambien los altissimos merecimientos de su Santissima Madre (à quien en este punto ví, que estaba presente) quando la nombrò, como mostrandosela à su Eterno Padre; y reparè, que con un modo de ternura, y gravedad inefable, la tocò con su bendita mano. Esta Soberana Señora, tambien de su parte con igual humildad, que eficacia, pedia instantemente misericordia.

Oía el Señor de la Magestad los ruegos de su Sacratissimo Hijo, y de su Madre bendita; y mostrando que se aplacaba algo su divina ira, permitiò se suspendiesse por entonces el castigo, que con aquella saeta destruidora se huviera de executar; y bolviendose segunda vez à mí, me dijo: Què te perece, alma, de todo esto? Díme, què te parece à tí. Yo otra vez temblando, y con grande conocimiento de mi vileza, dije: Dios mio, y Señor mio, no puedo responder otra cosa, sino conformandome con la peticion de mi Señor Jesu-Christo, y de su santissima Madre, suplicarte tengas piedad de tu Pueblo Christiano, segun la grandeza de tus misericordias. Y vèn acà, replicò aquel gran Señor, parecete à tí que serà bien arrinconar mi justicia, y no usar de ella? pues mira, sabete, que tiene la ira mia

su

ſu lugar, como la miſericordia, y que yà ſe và acercando el tiempo en que ſe ha de encerrar el trigo puro, y limpio en el granero, y la paja ha de ſer abraſada, y echada en el fuego. Pero pues te hace tanta compaſsion el que Yo caſtigue al mundo, tèn esfuerzo, corazon, y ánimo para decirles à los Gobernadores de la Republica Chriſtiana, que en quanto les fuere poſsible deshagan los yerros que han hecho en lo que en otras ocaſiones les avisè por tu boca. Turbème con eſtas palabras del Señor, y encogime en gran manera, y como pude dije: Dios mio, y Señor mio, cómo quieres, y mandas que diga yo eſſo, pues ſabes, que por la mala diſpoſicion de las almas de los que gobiernan, no ſe ha hecho caſo, ni pueſto por obra ninguna coſa de las que ſe les ha dicho en tu nombre, antes todo al revés? Creo ſin duda que ſerà ahora lo miſmo, y aun ſerà poſsible tener lo que ſe les dijere por diſparate, è impertinencia; y eſto no sè yo que tan bien les pueda eſtàr à ellos, y ſi ſerà motivo de irritar mas tu Juſticia. Demàs, Dios mio, que à tu gloria, y à la veneracion que ſe debe à tus verdades, tampoco veo, que tan bien les eſtè verſe deſpreciadas. Lo que yo te pido, y ſuplico, quan humilde, y encarecidamente puedo, por quien eres, y por tu bondad infinita, es, que tù à ellos les inſpires, y hables al corazon, para que hagan lo que dices que les diga yo, y para que acierten en todo con tu ſantiſsima voluntad, y buen gobierno de la República Chriſtiana.

Entonces el Señor Dios, con una Mageſtad, y ſuperioridad grandiſsima, me dijo: Mira, alma, tù no me has de dár à mì conſejos, ni decirme lo que tengo de hacer, y lo que ſeria mejor, ſino con gran reſignacion obedecer à lo que te mandáre, y ordenáre. Oì la reprehenſion de nueſtro gran Señor: hallème como culpada: poſtrème delante de ſu divino acatamiento; y ſupliquèle me perdonaſſe, diciendo: Señor mio, aqui eſtà tu indigna eſclava, hagaſe en mì tu ſantiſsima voluntad, y mandame lo que quiſieres. Bien eſtà, dijo el Señor, y no volviò à apretarme en que dijeſſe lo que me havia ordenado. A eſte tiempo me ſuſpendì un poco muy profundamente, y quando volvì en mì, me hallè en aquella Celeſtial Patria, à viſta de unos bienes de gloria inefables, clavados los ojos del alma en aquel Divino Sèr, que luego me arrebatò, y uniò à sì tan eſtrechamente, que perdida del todo, no ſupe mas de mì. Quedòſe allí mi parte ſuperior, y à la inferior, que me parecia que era toda yo en alma, y cuerpo muy reſplandeciente, la trajeron ſus Santos Angeles à ſu rinconcillo. Aqui, buelta en mì de eſte rapto, me hallè admirada de las obras, y miſericordias indecibles de Dios; y la naturaleza tan ſumamente poſtrada, y flaca, que no fue poſsible contar por entonces à mi Confeſſor el myſterio que me havia paſſado. Dèle ſu Mageſtad luz à eſta pobre criatura para acertar con ſus verdades en camino tan extraordinario, por el qual fuè ſervido llevarme deſde los primeros años de mi niñèz. Gracias à Dios, que ſea eternamente bendito. Amen.

„En el camino por donde nueſtro Señor llevò à Doña Marina, y lleva agora, „y llevò deſde el principio de ſu Igleſia almas ſemejantes, apenas hay coſa mas difi„cil, y trabajoſa para ellas, que verſe obli„gadas à dàr aviſos de parte del Señor del „Cielo à los Señores, y Gobernadores de „la tierra. Nace la dificultad en los prime„ros lances, de que como todo buen eſpi„ritu en almas contemplativas, trahe con„ſigo el recáto grande, y afecto ſingulariſ„ſimo al verſe olvidadas, y deſconocidas „del mundo, poniendoſe eſtrechiſsimas le„yes de ſilencio, para no comunicar los „favores divinos que reciben, quando deſ„pues ſe vèn obligadas del miſmo Dios à ſa„lir como en público, dando recaudos „de ſu parte, como perſonas familiares „del Cielo, es terrible la confuſion que pa„decen, el alboroto, y diverſidad que „ſienten en el juicio de ſus razones, inſufri„ble, y el combate, y perplexidad de ſus „afectos intolerable. Toda repugnancia „de un natural ſantamente encogido les „atormenta, como ſi fuera libre rebeldìa „contra el mandato de aquel Señor, à „quien por darle guſto dieran mil vidas;

„y por otra parte, qualquiera promptitud „que en esta parte sienten para obedecer, „la juzgan por inclinacion perversa de querer lucir vanamente, y campar de santas: „tiemblan si se rinden, rebientan, si no lo „hacen, y hace aqui mas que nunca el Demonio de las suyas; excitales duda, y „aun desconfianza de su buen espiritu: si „creen, persuadeles que son faciles, y expuestas à perpetuos engaños, y que son „protervas; y atan las manos à la Divina „Misericordia, si no creen: de suerte, que „las que al oìr la Divina voz estuvieron ciertisimas de la infalible verdad de quien les „hablaba; al querer executar el mandato, „encubierta aquella luz clara, se hallan tal „vez en un profundo pielago de tinieblas.

„Esto es en parte (es indecible el todo) lo „que passa una alma de estas en los primeros lances, ò en las primeras ocasiones en „que el Señor las hace sus mensageras. No „mengua el trabajo, antes crece mas, y „mas, quando el Señor por el discurso de „la vida les và dando semejantes ordenes. „Cada recado con que les embia de nuevo, „tiene junta la dificultad de todos los passados alguna vez; y quando cesse (por ser la „luz mayor, y mas assistente) la confusion „que dije poco hà, redoblase la dificultad „en la ejecucion. Yà no es solo temor, „sino experiencia manifiesta de lo poco que „aprovechan con sus avisos, el poco credito que se dà à sus revelaciones, à quienes el mas cortés, y comedido, llama „buenos afectos, y zelo santo, sin noticia „de los negocios en que los Ministros, y „Gobernadores ahondan tanto mas: otros „las califican, quando menos, con nombres „de temores mugeriles: unos dicen, que „son sueños, ò devanéos de cabezas flacas; „y otros, ò que son embustes de almas embelecadoras, ò ilusiones del Demonio, „deseoso por este camino de estorvar los „fines tan à gloria de Dios, y bien de la „República Christiana, que los Gobernadores por medios tan cuerdos, y tan repetidamente consultados vàn disponiendo. „Y todos (aun hombres Religiosos, y temerosos de Dios) finalmente, concluyen, que el gobierno debe correr por los „modos, y aranceles ordinarios, que el Señor nos dejò, sin buscar extraordinarios „caminos de revelaciones particulares, tan „expuestas al engaño de quien las examina, y tan sujetas á precipitar consigo à „quien las sigue. Esta experiencia, pues, de „vèr ultrajada la verdad divina, retarda sumamente estas almas, tàn altamente veneradoras de su Señor. Juntase por el „amor ardiente que tienen à sus proximos, „un temor grande, no sea que multiplicado el desprecio, que los Gobernadores „hacen de semejantes avisos, se multipliquen justisimas las causas de la divina indignacion; y que deseando ellas, con dàr „su recaudo, verle admitido, para desenojar, y desarmar al Señor, con darle para „ser despreciado, ocasionalmente apresuren los riesgos de su venganza. Creo que „fuè esta una de las mayores, y mas pesadas cruces que passò Doña Marina, segun se colige de algunas cartas para su „Confessor, que tengo suyas en mi poder.

„No es, ni de este lugar, ni de este assumpto mostrar à los Consejeros, y Gobernadores, quáles se deban haber en esta „materia; pero quedára corto, si para inteligencia de lo que se ha dicho, y se ha „de decir despues, no apunrára brevemente el peligro que puede haver en el uso „de ella. Advierto lo primero, que es „igualmente malo en sì, y perjudicial al „gobierno el admitir las mentiras, y embelecos de personas embusteras, ò engañadas por revelaciones divinas, y el desechar las verdades de Dios dichas à personas verdaderamente santas, y embiadas de „este gran Señor, como si fueran, ò sueños, ò patrañas. Despeñanse en lo primero algunos Gobernadores de un natural facil, indiscreto, aunque pio, y con „mas violencia, quando las personas, y „Confessores suyos, con quienes consultan la revelacion, tienen mas de lo que „el mundo llama devotos, que de cuerdos, „y doctos, mucho de una sencilla piedad, „y casi nada de letras, y experiencia. Estos „tales todo lo admiran, creenlo todo, y „todo lo abonan. A lo segundo, se precipitan los Gobernadores de un ingenio du-

„ro, demasiadamente astuto, y poco inclinado à piedad: con tanto mas confiado arrojamiento, quanto sus Confessores, y Consultores en semejantes materias fueren hombres mas doctos, y que con solo una virtud ordinaria, y una vida christiana la passan toda revolviendo Autores, ojeando, y escribiendo libros, sin oracion retirada, ni uso de tratar de espacio con nuestro Señor. Hombres de este genero suelen calificar sus estudios con hacer donayre de los avisos divinos. Llaman beatos á los que los apoyan: no dàn fé à lo que no experimentan, quizá porque no pueden sufrir que no se les comunique à ellos, con una vida, á su parecer ajustada con tantos estudios, y trabajos, tan en servicio de la Iglesia, como ellos dicen, lo que el Señor enseña à un Religioso encerrado, y desconocido, ó à una viejecita arrinconada. Advierto lo segundo, que no es Dios nuestro Señor hoy menos liberal con su Iglesia, (antes tanto mas largo, quanto mas la quiere) de lo que lo fuè antiguamente con la Synagoga: y pues en ésta, fuera de los Profetas públicos (que no es menester los haya agora) tuvo algunas personas particulares, como consta del Sagrado Texto, intimamente amadas, por quienes, para consuelo de su Pueblo, daba algunos avisos importantes; razon es, que creamos tiene en la Ley de Gracia Almas regaladissimas, à quien se comunique, y por quienes à un Pueblo que tanto mas ama, embiò avisos necessarios algunas veces. Tales fueron algunos Santos, y Santas de los siglos passados, y aun de los nuestros, cuyas revelaciones hoy veneramos cumplidas, siendo assi, que en sus dias no les faltò el trabajo de murmuradas.

„Supuesto que esto, y que la materia es de tanta importancia, miren bien los Gobernadores cómo se han en examinarla; que à mi pobre juicio, aunque las tales personas tienen tanta dificultad, como dije, en dàr estos avisos, y manifestar su revelacion, no es menor la que se ofrece à qualquiera Gobernador, (en especial á los principios, antes de experimentado el mensagero) para que prudentemente pueda, y deba admitir, ò desechar estos avisos; ni veo cosa para que mas necessidad haya de luz del Cielo, pedida con instantes oraciones á Dios, y solicitada con un deseo sincerissimo de acertar, à mayor gloria de este gran Señor. Solo puedo decir, que las revelaciones que llevaren el sobrescrito de Doña Marina, prudentemente deben ser admitidas. Eran de una persona conocidamente santa con la certidumbre moral que en esta materia puede haver, aprobadas, y examinadas por uno de los hombres mas doctos, experimentados, y santos que viò nuestra edad, que fuè el Venerable Padre Luis de la Puente. Eran los avisos como de Dios, medidos al tiempo, sérios sobremanera, totalmente desinteressados; prudentissimos à la razon humana, en lo que embolvian de presente; calificados en lo que prometian, ò amenazaban de futuro: pues sabe toda España, que los que en casos gravissimos se admitieron de esta Virgen, tuvieron puntualissimo el cumplimiento. Déles el Señor gracia à los que gobiernan para no errar en semejantes ocasiones; y nosotros volvamos à nuestra Historia.

CAPITULO IX.

La caridad con que Doña Marina orò, y trabajò por el bien de España.

„QUien leyò desde el principio de este libro los afectos santos con que el corazon tiernissimo, y capacissimo de esta Virgen abrazò à todas las naciones del mundo, assi Catholicas, como Infieles, para con instantes oraciones solicitar su remedio delante de Dios, aplicando para este efecto los trabajos, y cruces en que este Señor la ponia, yà no se podrà espantar de que para con España, Patria suya, se mostrasse tan solícita, y cuidadosa. Tienen los justos por esmalte de su santidad el ser agradecidos; y reconocen, que es la primera obligacion del debido agradecimiento, la que contraje-

„ron à la tierra, de la qual recibieron el „sér primero, tanto mas ansiosos de des„empeñarse, quanto mejor entienden que „dividiò su Mageſtad con particularissima „providencia por todas las Provincias del „Orbe los nacimientos, y cunas de sus ami„gos, para hallar en cada una de ellas pren„da, que le llevasse los ojos, y le inclinasse „à ser liberal de sus misericordias con mu„chos por amor de los pocos que alli es„coge. Sea este gran Señor eternamente „bendito, que con tanta franqueza distri„buyò por España tantos hombres insig„nes en virtud, tantas mugeres heroycas „en santidad, que apenas hay Reyno en „ella que no cuente hijos señaladissimos en „el Cielo, que en su tiempo fueron co„lumnas firmissimas de la Iglesia. Referi„rémos, pues, desde aqui en algunos capi„tulos lo que España le debe à esta prodi„giosa hija suya, y las mercedes que por su „medio recibiò de nuestro gran Dios, y „Señor: y siguiendo quanto fuere possi„ble el orden de los tiempos, ceñirè en „este capitulo todo lo sucedido en el año „de seiscientos y veinte y cinco, que em„pieza Doña Marina de esta manera.

El Sabado passado, que fuè primer dia de Marzo, dia del Angel de la Guarda, vì, que de un fortissimo Castillo (el qual, segun me dieron á entender, era symbolo del Sèr Inmenso, y Omnipotencia de Dios) salia una innumerable multitud de Angeles, deputada para la guarda de los hombres. Iban en dos hileras, y el primero de la una era el Archangel San Miguèl, y el de la otra, el Archangel San Gabriél, todos vistosissimamente armados: disparaban de quando en quando un modo de mosqueteria, cuyo sonido no ofende, como la de acá; antes, como otras veces he dicho, es suavissimo, y agradabilissimo à los oidos del alma, que reconoce en èl, no solo musica consonancia, sino tambien alabanzas del Señor. Cerraba este esquadron un Angel hermosissimo, y muy superior á todos. Y diòseme à entender, que debajo de aquella forma iba el Angel soberano del gran Consejo, Christo Señor nuestro. Dieron una buelta, como haciendo alarde, y reseña, y vinieron otra vez à parar á las puertas de aquel gran Castillo, adonde todos se postraron, y Christo bien nuestro tambien en quanto Hombre, para recibir la divina bendicion. Recibida ésta, se levantaron, y tomaron su camino ácia la tierra, para cumplir la voluntad de Dios. Yo entonces con encendidissimos afectos de mi corazon les supliquè bajassen à aquellas partes, y contra aquellas gentes infieles, que se conjuraban para dañar à España. Condescendieron con mis ruegos; y bajando allá, vì, que aquellos Espiritus Angelicos, à guisa de gente de peléa, se havian encontrado con los enemigos, y disparando contra ellos, mataban à unos, à otros ahuyentaban, y à otros dejaban como turbados, y atonitos: yo quedè consoladissima, porque por la misericordia de Dios ví, que aquellas partes quedaban pacificas. Sea el Señor bendito. Amen.

„El Padre Miguel de Oreña, su Con„fessor, al pie de este papel, dice de su le„tra, que fuè esto quando Don Fadrique „de Toledo fuè al Brasil, y que se aguar„daba el sucesso. Quán cierta fuesse la vi„sion, pruebalo la insigne victoria que en„tonces alcanzò España alli tan facil, y di„chosamente de tan porfiados enemigos. „Prosigue luego Doña Marina.

Lunes doce de Mayo me dijeron, que de Italia havian venido trabajosas nuevas del estado de las guerras, que hay enderezadas contra el Rey de España por algunos Principes: y haviendo hecho luego el Martes siguiente oracion con este cuidado por el buen estado de la Iglesia, y aumento de la Fè Catholica, comencè à decir las Letanias de los Santos: no pude acabarlas, ó por la gran flaqueza natural con que estoy estos dias, ò por la vehemencia de fervorosos afectos que entonces se me movieron; y quedandome un poco suspensa en nuestro Señor, vì à los Santos Angeles, que assisten à los dos lados de mi aposento, que se havian movido; y juntandose en medio de èl, hablaban entre sí, como consultando alguna cosa de importancia. Pareciòme que se querian ir à alguna parte, y comencè á congojarme por su ausencia,

cia, preguntandoles, adónde querian irſe? Ví luego al Santo Padre Luis de la Puente, que me dijo, que no me congojaſſe, dandome à entender, que los Santos Angeles no ſe apartarian de mì; y aſsi fuè, porque ſubiendoſe al Cielo, y poſtrandoſe delante de la Santiſsima Trinidad, en eſſe miſmo tiempo me hallè alli con ellos. Preſentaron eſtos mis Señores à ſu Mageſtad mi oracion, y las Letanias que havia dicho por el buen ſuceſſo de eſtas guerras: el Señor con apacible ſemblante dijo, que sí haria; y volviendoſe à otros Angeles, les mandò fueſſen á dár el ſocorro que yo le ſuplicaba. Luego vì una Capitania de Santos Angeles hermoſiſsimos; pero diſpueſtos, y armados en forma de pelear, los quales marchando, enderezaron los paſſos ácia aquella parte donde ſe hacia la guerra; y aunque yo no conocia los lugares, me dieron à entender que era tierra de Saboya. Eſtaba alli un grande exercito de demonios, contra los quales comenzaron à pelear los Santos Angeles. Turbaronſe aquellos malaventurados eſpiritus con la viſta de eſtos grandemente, y comenzaron à huìr, levantandoſe unos por el ayre, aunque luego caían en tierra, y ſe hundian en ella; y otros ſe metian en las aguas, adonde ſe hundian. Quedaron todos vencidos, y alcanzada la victoria, aquel Angelico Eſquadron ſe bolviò al Cielo. Daba deſpues de eſto yo priſa à mis Señores los Angeles nos bolvieſſemos à mi rincon; porque aunque me hallaba tanto mejor en aquella Celeſtial Patria, no sè cómo temia, que embiandome à mì, ſe havian ellos de quedar allá. Pero à eſte tiempo me infundiò ſu Mageſtad una grande ſuſpenſion; y quando bolví de ella, me hallè en mi apoſento, en compañia de eſtos mis Señores.

Por Agoſto, dia mas à menos del en que ſe celebra la Fieſta de la Transfiguracion de Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, me llamò ſu Mageſtad con mucha priſa, diciendo: Vén, vén, y verás una batalla. Al punto fui llevada adonde eſtaban combatiendoſe dos Exercitos contrarios, uno de los Catholicos, y otro de Infieles. Pareciame que peleaban en el mar, y que alli paſſaba aquella refriega. Vì que los nueſtros, ſiendo muy inferiores en fuerzas, vencian à los contrarios. Maravillème mucho de eſta victoria, porque ſe me repreſentaban los nueſtros como niños, y pocos en numero, y los enemigos como hombres robuſtos, y en grande multitud. Entonces el Señor, como reſpondiendo à la duda, y admiracion mia, me dijo: Buelve los ojos à eſſotra parte, y verás la cauſa de eſta victoria. Bolvìlos adonde el Señor me mandò, y ví tres mugeres ancianas, y pobrecitas, orando con grande afecto, y devocion, que ſuplicaban à nueſtro Señor dieſſe victoria à los Catholicos contra los Hereges, y enemigos de nueſtra Santa Fè. No conocì aquellas mugeres; pero el Señor por ſu bondad me dijo deſpues, con grande confuſion mia, que era yo una de ellas. Sea el Señor bendito por tantas miſericordias.

A los primeros de Diciembre me moſtrò nueſtro Señor en sì miſmo, por una manera muy ſuperior, algunas coſas del gobierno de eſtos Reynos, que no ván como ſu Mageſtad quiſiera, y que hay algunos deſaciertos, aunque ſin mala intencion: que hay pecados públicos que ſe debian remediar, y jornadas que fuera bien ſuſpender por ahora: que hay poco agradecimiento à beneficios recibidos de ſu mano milagroſamente: que fuera bien que el Pueblo ſe ſobrellevaſſe de tributos, y ſe hicieſſen en materias ſuperfluas menos gaſtos; y otras coſas à eſte talle. Llamaba yo à la Divina Mageſtad por el remedio de eſtos males, y perdon de eſtas culpas. Moſtraba el Señor, que oìa con enfado mis clamores; y con ſemblante muy enojado me dijo: Quitate de ahì, y dejame. Yo quedè muy laſtimada por verle tan enojado, y el alma penadiſsima por mis proximos, temiendo el caſtigo, y que las coſas havian de ſuceder al revès de lo que acá ſe penſaba. Apiadóſe el Señor algo de mis gemidos, y dijome: Yo te digo de verdad, que todo lo que ſucediere ſerà por bien de mis eſcogidos. No quedè conſolada con eſta reſpueſta, juzgando que ſin duda ſería aſsi, pero que era reſpueſta general. Bolvì à llamar al Señor con todo el afecto de mi alma por el bien

de

de estos Reynos, suplicandole se desenojasse, y al fin me dijo: No tengas pena, hermana, que mientras vivieres en este mundo no te desconsolarè, ni executarè cosa que te aflija. De aqui me naciò (contra toda mi ordinaria inclinacion) una ansia grande de vivir por el bien comun de estos Reynos: y pido al Señor me alargue la vida, cosa que jamás havia hecho. Alabenle sus Angeles. Amen.

„Notese aqui quál era la caridad de esta „Virgen con España; pues siendo antes su „unico deseo el morir para verse con su „Dios, deseaba yá con suspension de la „Gloria mas larga la vida, por suspender „los castigos que amenazaban à sus proxi„mos; y adviertase, que algunas calamida„des, que havemos padecido en comun, „y en particular, fueron despues de su „muerte. Prosigue la Virgen con otras dos „visiones del mismo mes, diciendo asi.

Martes diez y seis de este mismo, haviendose movido los afectos de mi alma con una viva representacion de mi propria miseria, y las necesidades interiores de esta vida pendientes siempre del socorro Divino, me quedè asi un rato en la presencia de su Magestad, quejandome interior, y aun exteriormente de mí misma. Estando asi, se apareciò un Santo Angel muy hermoso, y me preguntò, què queria? diciendo, que el Señor le embiaba para que me ofreciesse de su parte lo que le pidiesse. Yo, sin que por entonces se me huviesse acordado las necesidades de España, y de las guerras que hay, (porque havia estado, como dije, metida toda en lo particular de mis miserias, dije todavia: *Ut inimicos Sanctæ Ecclesiæ humiliare digneris, & Regibus, & Principibus Christianis pacem, & unitatem largiri digneris.* Y bolviendome à estos mis Señores Angeles, les pedì que me ayudassen, y ellos al punto, ayudando mi súplica, dijeron: *Te rogamus audi nos.* Entonces el Santo Angel, que estaba hablando conmigo, dijo: Bien està esso: què otra cosa quieres? Quando me dijo esto, reparè que tenia en su brazo una avecita muy linda, con el cuello de tornasoles dorados, la qual andaba meneandose de una parte à otra, y como regalandose con el mismo Santo Angel. Declaròme despues era symbolo de los afectos de mi alma.

Haviendome passado algunas razones, dijo, que de parte del Señor queria ponerme en el dedo de la mano una sortija, que tenia en la suya: asi lo hizo, y al punto la sortija parece que se entrañò con el mismo dedo, de suerte, que se hizo una misma cosa con él; y con esto desapareciò este Santo Angel. Luego vì que bajaban del Cielo otros Angeles, los quales trahian una hermosa corona; y poniendose delante de mì, me dieron las gracias de la oracion que hacia por aquellas Provincias que estaban à su cargo, y debajo de su custodia, y por los buenos sucessos que Dios la havia dado. Yo quedè harto confusa, y ahora lo refiero con grande verguenza, conociendo quán indigna soy de que el Señor ponga sus Divinos ojos en mis peticiones: aunque en esso descubre mas la grandeza de su misericordia. En efecto, aquellos Santos Angeles me pusieron la corona en la cabeza; la qual, despues de haverla tenido algun tiempo, me quitò el Santo Angel de mi Guarda para guardarla, aunque no vì adónde la llevò, ni què hizo de ella.

El dia siguiente, que era Miercoles diez y siete del dicho mes, fui llevada à la Celestial Jerusalén, y puesta delante de la Beatisima Trinidad, la qual me echò su santisima bendicion. De alli fui llevada à un lugar alto, lleno de inestimable gloria, adonde me parece, que todo quanto veia, y conocia, era un *para siempre*, vida para siempre, gozo para siempre, bienaventuranza para siempre, con un regalo, y suavidad del alma inexplicable. De aqui, por orden del Señor, encerrada en una como nubecica dorada, me trajeron à un lugar muy remoto, que me pareciò era una buena Villa, ò una Ciudad pequeña. Vì alli una fortaleza, que estaba cercada de enemigos, no por todas partes, sino por un lado, y como frente de ella. Peleabase de una parte, y otra, y llevaban lo peor los acometedores, y de la nube donde yo estaba salian algunos rayos de luz, con que deslum-

lumbrados estos enemigos, algunos se ahogaban, y otros desmayaban. Con todo esso, se tornaban à esforzar para combatir de nuevo à los que estaban en la Fortaleza, que eran Catholicos, y Españoles. En este estado los dejè; pero con esperanzas, que su Magestad havia de dár victoria à los nuestros. El lugar, segun me dieron las señas, es Puerto-Rico. Sea el Señor eternamente bendito. Amen.

„Lease lo que de este punto escribe en „una carta suya Juan de Haro, Goberna„dor que entonces era de Puerto-Rico, pa„ra Doña Marina, à cuyas oraciones atri„buye la victoria. Hallase la carta, con lo „demás que toca à este sucesso, al fin del „capitulo 36. del libro primero de esta se„gunda Parte, adonde lo escribí.

CAPITULO X.

Refierense varios sucessos, que sobre favorecer à España le passaron con el Señor.

„EN el año de seiscientos y veinte y „seis fueron muchas las cosas que „sobre esta materia le passaron à Doña Ma„rina con su Divina Magestad, y es fuerza „nos ocupen algunos capitulos: irémos si„guiendolas todas por el orden de los tiem„pos, y meses en que sucedieron. Fue tra„bajosissimo el principio de este año à al„gunos Lugares de España, y particular„mente de Castilla, por las súbitas inunda„ciones de los rios, que causaron lastimo„so destrozo. A esto alude la Virgen, que „empieza assi.

A los diez y nueve de Febrero estuve muy cansada, y apretada de dolores, y no menos por la pena de los trabajos de mis proximos. Entonces me dijo el Señor: Hermana, fatigada estás mucho, descansa en mí, y duerme un poco. Quedòse el alma en el Señor, y el cuerpo en un sueño natural breve, pero suave, con que se reparó un poco. Quando despertè de èl, me pareciò que Jesu-Christo Señor nuestro hacia un ademán como de venir ácia donde yo estaba. Quise salir à recibirle al camino, y como si hablára à una compañera que entonces me assistia, dije entre mì: Vamos. A este tiempo vì, que me dijo el Santo Padre Luis de la Puente: Passo, hermana, què quieres hacer? Aguarda al Señor, que èl vendrà à tì. Con esto me sosseguè, y aguardè. Llegò su Magestad acompañado de gran numero de Angeles, en el trage, y modo con que anduvo en el mundo; pero trahìa encima una rica ropa, y una preciosissima diadema en su sagrada cabeza, con el aspecto gravissimo, y de grande autoridad, que mostraba ser sumo Rey. Venia à su lado un passo mas atrás un Angel muy superior, que trahia en la mano una campanilla de oro, cuyo sonido parecia voz Angelica, que intimaba atencion. En oyendolo los demás Angeles, se postraron por el suelo; y el Señor, que estaba en pie, les echò su santissima bendicion. En recibiendola se levantaron, y Christo Señor nuestro, con grande Magestad, les dijo assi: Angeles mios, iréis à todas las partes adonde se ha executado estos dias mi justicia, y en el nombre del Padre, y mio, y del Espiritu Santo, y en virtud de la Sangre que derramè en la Cruz, rodeareis la tierra, (levantò entonces su Magestad el brazo, y con una gravissima accion significò el circulo de ella) y les diréis à los mortales, como mi misericordia se ha apiadado de ellos; inspirareislos que hagan penitencia de sus culpas, y que enderecen sus caminos, obras, y corazones en orden à su salvacion: que oygan à fruto la Divina palabra, y la guarden. Quanto à lo temporal, restaurareis lo caìdo, fortalecereis lo flaco, y repararéis lo menos acabado. Bolvióse entonces à mì este Señor, y dijome: Y tù, ruega à Dios por esta gente, que se disponga para recibir la Divina misericordia.

Congojéme oyendo decir à su Magestad, que rogasse yo para que ellos se dispusiessen; porque yo quisiera que su clemencia lo hiciera todo, y los dispusiera. Luego miróme el Señor, y dijome: Yo tengo dispuestas las cosas de suerte, que el hombre haga de su parte lo que debe, que aunque soy Todo Poderoso, assi conviene à mi suave disposicion. Los Angeles con grande promptitud, y alegria se ofrecieron à la

exe-

execucion de quanto fe les mandaba. Trabò luego el Señor conmigo platica, diciendo: Ahora vén acá: què te parece à tì de efta obra de mi jufticia? Yo, encogiendome, como era razon, refpondì: Señor mio, bafta que Tú lo hayas executado, para que todo eftè bien hecho. Bien eftá, bolviò el Señor; pero què te parece à tì: fuera mejor que mi mifericordia fe huviera apiadado de efta gente, ò que fe haya executado mi jufticia? Señor mio, refpondí yo, Tù fiempre haces lo mejor, y obras lo mas conveniente; y afsi, lo hecho es lo mejor, pues Tù lo hicifte. Contentadomehas con la refpuefta, dijo el Señor: afsi es la verdad, que ha fido mejor lo hecho. Llegófe fu Mageftad à mì, que me poftrè à fus pies, y echandome fu fanta bendicion, me pufo una de fus fagradas manos en la cabeza, y pude befarle la otra. Entonces conocì, que en realidad de verdad era quien me hablaba, y tocaba el mifmo Jefu-Chrifto Señor nueftro en fu propria perfona, fin poder dudar de ello. Unióse fuertemente mi efpiritu con aquel Señor; y quando defpues bolvì en mì, fe havia acabado el Myfterio.

Otra vez, eftando laftimadifsima de los muchos trabajos, y calamidades, que eftos dias, fegun me contaban, han venido fobre eftos Reynos, por mas que me refignaba en la Divina voluntad, no acababa de quietarme, y entonces me dijo el Señor: Sofsiegate, alma, que afsi convino para caftigo de los muertos, y enmienda de los vivos. Mira, no has vifto un Maeftro de niños, que quando eftos fe defcuidan de leer, y parlan, fe levanta èl de la filla, y con el azote les dá à dos, ò tres de ellos algunos zurriagazos por las cabezas, y orejas, y con efto los efpanta à todos, que temerofos fe ponen à leer? Pues afsi lo hice Yo en efta obra.

Al otro dia defpues me moftrò fu Mageftad el provecho que havian hecho los Santos Angeles, que dije arriba, en la execucion de lo que fe les havia mandado. Vì, que los Angeles de la guarda de aquellas almas, à quien infpiraron lo que el Señor les dictò, trahìan los brazos abiertos, medio eftendidos, y colgando de ellos, à modo de rofcas, muchas cadenas de oro finifsimo à trechos con riquifsima pedrerìa.

Iban eftos Bienaventurados Efpiritus en procefsion, reprefentandofeme, que aunque gozofifsimos, caminaban muy canfados, no tanto para fignificar el precio, y como pefo de las riquezas que llevaban, quanto el cuidado, y diligencias que havian puefto en la conquifta de las almas. Subieron por unas gradas bellifsimas al Cielo: prefentaron aquellas joyas delante de la Mageftad de aquel Dios, Trino, y Uno; el qual, moftrando complacerfe mucho en ellas, las mandò guardar en un Celeftial Caftillo muy fuerte de fu fagrado theforo. Dióseme à entender, que el fer cadenas las joyas myfticas, que alli fe me moftraron, era para fignificarme, que los Angeles tenian yà como prefas en el Señor aquellas almas para fiempre, y que no fe havian de perder, ni faltar nunca al amor que debian à tan buen Dios. Sea èl eternamente bendito por fus mifericordias. Amen.

Un Martes, à diez y feis de Marzo, me hizo merced de vifitarme la Sacratifsima Perfona del Efpiritu Santo. Vino efte Señor con la grandeza, y mageftad que fuele, aunque fin preceder aquel ruido, y movimiento que otras veces he dicho. Llevóme fu Mageftad à unos mares bien lejos: vì aqui tres Lugares, ò Caftillos murados, y con fus torres, dos de ellos dentro del mar, aislados, y el otro à la orilla. No fupe la Provincia en que eftaban; pero sì que eran Catholicos: dijome el Señor: Mira muy bien effos Caftillos. Mirélos mucho por todas partes, vílos muy defproveìdos de toda municion, y gente de guerra; y laftimada, dije al Señor: Ay, Dios mio, muy malo eftá efto, muy flaco eftà efto, y muy fujeto à que fi llegan los enemigos, los deftruyan! Pues què fe ha de hacer? dijo el Señor. Suplico à tu Mageftad Divina, refpondì yo, que mandes á tus Angeles, que guarden eftas fuerzas. Sea enhorabuena, dijo el Señor, y mandò à feis Angeles quedaffen en guarda de aquellos Caftillos. Vìlos, que en forma humana fe pufieron abajo, como à las efquinas de aquella fuerzas: Quedè con efto contenta, y dile gracias

al

al Señor por la merced que me havia hecho; pero vì despues, que aquellos Angeles, dejando las esquinas, que havian ocupado, se subieron à lo alto, y torreones de los Castillos, quedando lo bajo de ellos como solo, y desamparado, à tiempo que yo me quedè como suspensa en el Señor.

De ahì à ocho dias, que fuè el Martes siguiente por la mañana, me llamò el Señor muy aprisa, diciendo: Vén, vén, alma, y veràs. Volvì los ojos del alma, y vì estas mismas fuerzas como flacas, por haverse los Angeles subido arriba como dije. Volvì à suplicar à su Magestad me hiciesse favor de socorrer aquella necessidad; y parece que el Señor se hacia de rogar, y al fin me dijo: Bien està. En un punto fui llevada à la Celestial Jerusalèn, y en una gran plaza de ella, en que me hallè, vì muchos Santos Angeles, que estaban como aguardando que el Señor les mandasse algo de su servicio, al modo que en las plazas de este mundo hay obreros, que esperan quien les conduzga para el trabajo. Estaban muy hermosos, y galanes: preguntéles entonces: Señores, què hacen aqui? Estamos, respondieron ellos, aguardando que el Señor nos mande algo en que le sirvamos. Y querràn, mis Señores, repliquè yo, ir à socorrer, y guardar ciertas fuerzas Catholicas, que estàn muy necessitadas de amparo? Nosotros sí harémos, respondieron ellos; pero has de pedirlo tù al Señor, y negociarlo con su Magestad, que nos lo mande. Fuime à nuestro Señor con grande confianza, y dijele: Señor mio, estos tus Santos Angeles se ofrecen para socorrer aquellos Castillos, si Tù se lo mandas: suplicote, por quien eres Tù, me hagas merced de mandarselo. Sí harè, dijo el Señor; pero tú, qué me has de dár por ello? Mi Señor, respondí yo, para què dices esso? Cómo hablas assi? Qué soy yo, ò qué tengo que darte, siendo una pobre, y miserable criatura, que si algo tengo es todo tuyo?

Quedème assi como colgada del Señor, y aguardando qué me diria; pero no oí cosa, porque en esse mismo instante volví á hallarme en mi rincon. Entonces se llegaron á mí todos estos mis Señores Angeles, que aqui assisten, y con aquel modo de rocar espiritualissimo, y decencia Angelica, que suelen, me descubrieron los pies, manos, y costado, partes que su Magestad tiene señaladas con sus sagradas insignias. Estaba cada una de estas partes atravessada con un clavo durissimo, de donde uno de los Santos Angeles los fuè arrancando uno á uno, con tan grande dolor, y sentimiento mio, que me estremecia toda, como si me arrancáran el alma: pareciame que corria mucha sangre de las heridas. Puestos los cinco clavos en una fuente, me dijo el Angel de mi guarda: Ea, hermana, embia al Señor essos clavos, que esso es lo que quiere que le dés. Mi Señor Angel, dije yo, y qué doy yo en esto á su Magestad? Mucho, respondiò èl: dásle los deseos, y voluntad de que siempre que el Señor quiera volver à repetir las heridas en essas partes, con estos mismos clavos, lo haga conforme à su divino beneplacito: dásle la resignacion, y paciencia en los dolores vehementes, que de aqui te resultan. No te resignas tú, y quieres todo esto, hermana, como el Señor lo quisiere? Sí por cierto, de muy buena gana, respondí yo. Llevaronse los clavos delante de la Magestad de nuestro gran Dios, el qual, aceptando el presente con muestras de grande gusto, mandò luego à sus Angeles, que fuessen, y guardassen aquellas fuerzas.

Muy pocos dias despues, estando bien descuidada, me arrebataron de mì pobre cama, (no vì entonces quièn, aunque supe despues que era buen espiritu) y assi como estaba descalza, me sacaron fuera del aposentillo, y de mi casa: fui caminando por una callejuela angosta, que sale de ella à Cantarranas: entrè por la Plateria, Plaza, calle de Santiago, Puerta del Campo, hasta venir à parar al Convento de las Agustinas Recoletas: alli me levantaron en alto, de suerte, que pude muy bien divisar el rio por la parte del Espolòn: víle que se alborotaba, y que moviendole los demonios, crecian las aguas, y se levantaban mu-

mucho las olas, con que pretendian aquellos infernales espiritus destruir, è inundar quanto havia por aquellas partes. Comencè, viendo esto, à dàr voces, y decir: Yo os conjuro, malos espiritus, en el nombre del Señor, que dejeis essas aguas, y no las perturbeis, ni hagais daño à los Fieles. Ellos como exasperados se embravecian mas; pero tanto mas levantaba yo la voz, y con mayor ansia decia: Mirad, que os mando en el nombre del Señor Todo Poderoso, que no dañeis à nadie. Repetìa yo esto con hipo, y muchas veces. Al fin, forzados, y rabiosos, se fueron, y las aguas se sossegaron. Luego los Santos Angeles, que entonces se me descubrieron, me llevaron à mi rincon. Volvì en mì, y decia: Valgame Dios, què imaginacion la mia! Lo que puede esta potencia! Y aunque por otra parte me parecia bien clara cosa, que no era imaginacion la que havia passado, por otra, mis acostumbrados temores me obligaban à no darme por entendida de lo que havia visto. Estuve con esto lidiando inquita, hasta que el Señor me sossegò, diciendome: No fuè imaginacion tuya, sino verdad. Pues, Señor mio, dije yo, por què lo has hecho assi? Bien pudieras Tù mandar à los demonios, y à las aguas, y se sossegára todo, sin que yo fuera allà de la manera que fui. Assi es verdad, respondiò el Señor, que pudiera facilissimamente; pero no quise, sino embiatte en nombre mio, que lo executasses. Mira, no has visto, que estando un hombre en su aposento, y sintiendo que se alborota abajo el gallinero, porque se le descubre abajo alguna ave de rapiña, llama à un muchacho, y le dice: Vete corriendo abajo, y espanta à aquella ave? Pues assi lo hice Yo agora; y viendo que los demonios, con la licencia que tienen mia estos dias, querian alborotar el rio, y dañar à esta Ciudad, movida mi piedad de compassion, te embiè à tì, que fueras à espantarlos, y no lo quise hacer Yo, como enfadado de vuestros descuidos, y poca enmienda de vida, despues de tantas misericordias como haveis recibido. Todo esto me dijo el Señor. Causò esta ida en mi flaco cuerpo un refriado grande, y sobre mi ordinaria enfermedad, quedè malissima, con un terrible apretòn de pecho algunas noches; y como yo no puedo decir la causa, y mis compañeras con su mucha caridad luego llaman los Medicos, passo lo que Dios es servido. Estos me hallaron entonces bien flaca, y descaída.

Otro dia, rogando à nuestro Señor por estas necessidades presentes, y las de todo el Reyno, se apiadasse de nosotros, me dijo su Magestad: Alma, en tu mano pongo la paz, y la guerra: sè tù Juez entre Mí, y mi Pueblo. Què mas quereis que haga? El sea millares de veces bendito por sus misericordias. Amen.

„No tiene cosa que no sea muy digna de la boca de Dios. La comparacion „del ave de rapiña, que acomete al gallinero, quando sabemos, que Christo „bien nuestro se comparò à sí mismo à „la gallina, que como à polluelos deseaba „amparar à sus ingratos hijos; por otra „parte es proprissima, y que muestra la „Magestad de este gran Dios, que por medio de una tierna, y pobrecita Virgen „puede espantar, y ahuyentar un esquadron de demonios. Muestrase de camino „la vileza, y cobardía de éstos, pues no „se comparan al ave de rapiña como quiera, sino á las que son bastardas, y rateras, como Milano, solamente valientes con un gallinero, á quienes ojèa, y „hace huir el menor muchacho de casa.

CAPITULO XI.

Prosiguese en lo mismo con otros casos de este proprio año.

EL Domingo passado, diez y siete de Mayo, me llamò nuestro Señor, diciendo: Vèn, alma, y veràs lo que te quiero mostrar. Fui luego llevada en espiritu à las riberas del mar de Inglaterra, adonde vì muchos oficiales Hereges fabricando navios, y entre ellos algunos demonios, que les ayudaban; pero advertì, que si por una parte parecia que tra-

bajaban con ellos en fabricar, y reparar los navios, por otra hacian esto engañosamente, trazando las cosas de suerte, que dejaban los navios flacos, y la obra mal segura. Sacóme de alli el Señor, y me puso à las riberas de los Catholicos del mar de España. Vì aqui grande numero de Angeles en forma de Carpinteros, que con sus hachas, y los demàs instrumentos edificaban no sè què fabricas: parecieronme casas. Otros como Canteros reparaban murallas: algunos de ellos fabricaban navios. Otros como proveedores preparaban jarcias, tiros, y vituallas. Subianse algunos, como atalayas, à las torres mas altas, para descubrir de alli al enemigo; y finalmente, no pocos, à manera de Marineros, andaban sobre la mar en sus embarcaciones.

A este tiempo vì, que de Inglaterra venìa una poderosa Armada, con grande aparato, y muy bien proveìda de todas las cosas necessarias para la pelèa; y segun el gran poder, y fuerza, que mostraba, parece que havia de echar à fondo quantos navios se le opusiessen en el mar, y en tomando puerto desmantelar los muros, y derribar las fortalezas, que embistiesse en la tierra. Vì luego, que de España le salieron al encuentro algunos pocos navios, y essos flacos, y menos bien artillados que los del enemigo. Comenzò el Inglès à combatir los nuestros con grande ruido, y con tan fuertes cargas, que pareciò, que à las primeras los havia de afondar à todos. Notè, que aunque el estruendo era tanto, era muy poco el efecto, porque las valas llegaban tan cansadas, que apenas hacian daño à nuestros navios. Disparaban tambien èstos su artillerìa, con valas al parecer pequeñas, y que hacian poco ruido; pero el efecto, y la riza era tan grande, que iban à toda prisa destrozando la Armada enemiga; y finalmente, la trataron tan mal, que echando aqui uno, acullà otro navio à fondo, vinieron à dejar bien pocos de los enemigos; y aunque èstos peleaban con grande furia, è impaciencia, de vèr que tan pocos resistiessen à tantos, ellos quedaron vencidos, y los nuestros vencedores. Quedè admirada de este espectàculo, que bien conocia yo que era symbolico, pero no sabìa lo que el Señor me queria significar con èl. Despues entendì de su Magestad, que le conviene à España no ir à buscar à sus enemigos, sino esperarlos, reparando, y fortaleciendo sus navios, castillos, y fronteras, que assi vencerà, y si los và à buscar, no serà tal el sucesso. Sea el Señor bendito, y use de su misericordia con su Pueblo. Amen, Amen.

„Pongo en este lugar un favor, que el „Señor le hizo à esta Virgen en bien „de los projimos; porque aunque fuè co„mun para algunas personas estrangeras, „que vinieron à buscarla para tratar con „ella las dudas de su espiritu; pero en par„ticular se lo dieron para provecho de „innumerables almas Españolas, que con „los consejos, doctrina, y direccion de „esta Virgen, hallaron acierto en negocios „enmarañados, y principalmente en ma„terias espirituales, en que se vieron ra„ras mudanzas de vida, y singularissimas „mejoras en perfeccion. Fuè este el dòn „de lenguas, al modo que lo expliquè en „otro sucesso semejante en el libro pri„mero. Haviendo, pues, contado la Vir„gen una merced, que el Señor la hizo „à dos de Junio de este año, (que fuè el „ultimo dia de Pascua de Espiritu Santo) „de que hablarè en otra parte, prosigue „assi al proposito presente.

El mismo dia oì otro ruido mucho mayor que el passado, y era tan grande, que parecia que temblaban los Cielos, y se conmovia toda la màquina del Universo: causabame grande encogimiento, con singular respeto, y temor reverencial; por lo qual estos mis Señores Angeles se llegaron à mì, y me alentaban. Vì luego una escalera grande, que bajaba del Cielo à la tierra, por la qual, con apresurados passos, subian, y bajaban Angeles del Señor, significandome la diligencia, y fervor con que acuden à las obras del divino servicio. Bajò luego por ella la Sacratissima Persona de Jesu-Christo Señor nuestro con grande magestad: eran Reales sus vestiduras, y trahia una preciosissi-

ſima corona en ſu cabeza. En llegando à mi apoſento, me dijo con grandes mueſtras de amor: Vente, alma, conmigo al Cielo; y ſin darſeme lugar à ninguna propoſicion, fui luego llevada con aquel gran Señor. En entrando en aquella ſoberana Corte, y un poco antes de llegar al pueſto adonde la Mageſtad de Dios ſe deſcubria, no sè què temor ſobrevino à mi alma, que me detuve un poco; y volviendoſe à mì Chriſto Señor nueſtro, me dijo: Anda, que conmigo bien puedes llegar.

Entrè como en una grande pieza, adonde vì la Soberana Perſona del Eſpiritu Santo, como un grande, y hermoſiſsimo Sol, cuyos rayos ſe remataban en unas lenguecitas de oro, que eſtaban ſobre toda aquella dichoſa Compañia: parecia todo aquel ayre un reſplandor dorado, y quanto alli ſe veìa era gloria. Luego el miſmo Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, que me havia llevado, hablando con toda la Santiſsima Trinidad, (aunque yo con eſpecialidad ſolo veìa la tercera Sacroſanta Perſona del Eſpiritu Santo) dijo: Aqui traygo eſta alma para ejecucion de la obra, que deſde tu eternidad has determinado; y ponderaba mucho el Señor la grandeza de eſta obra. Salieron luego de aquel Soberano Sol muchos de aquellos rayos, que penetraron todos mis ſentidos. Dióſeme à entender ſe me havia comunicado el dòn de hablar varias lenguas, como otra vez el Señor me lo havia ſignificado; pero ni entonces, ni agora lo entendì materialmente de las diverſas lenguas que ſe hablan en la tierra, ſino eſpiritualmente: de modo, que por qualquiera via ſe pueda hacer operacion en las almas. Los Santos Angeles me llevaron por todos los Apoſtoles, y demàs Santos que dije, y todos me recibian con grande caridad, en eſpecial la Soberana Reyna del Cielo, que me puſo ſu bendita mano ſobre el hombro, y me prometiò de ſer ſiempre mi Señora, y ayudadora. Sea el Señor bendito por ſus miſericordias. Amen.

„Proſigue Doña Marina con otros caſos, cuyos efectos ſe vieron mas palpablemente, y dice aſsi:

Lunes à veinte y ſiete de Julio vì à nueſtro Señor muy ayrado, particularmente contra algunas perſonas de Madrid, contra quienes le he viſto otras veces con mueſtras de mucho ſentimiento; y fuera de otras cauſas, lo moſtraba en eſpecial por no haver dado credito à algunas coſas, que para bien de ſus almas, y del Reyno ſe les havian aviſado, y atajar con eſto otras que ſe les querian aviſar: ſupliquè à ſu Mageſtad ſe compadecieſſe de ellos, y no los caſtigaſſe. Entre otras coſas me reſpondiò, ſeñalandome à uno: No baſta que no le he quitado la hija? Y quedóſe el Señor aſsi; y à mi parecer no moſtrò determinacion de no quitarſela. Volvì à replicar, y dijele: Señor, dame licencia para que les hable yo. Muy en hora buena, dijo ſu Mageſtad; y luego me hallè en eſpiritu preſente á Madrid, y con dichas perſonas. Comencè à darles voces, exortandoles ſe volvieſſen à Dios, y que reconociendo ſu indignacion, procuraſſen aplacarle con ſus ſantas obras. Oìanme, y puedo decir que no me oìan: porque à la manera que quando un pregonero pregona alguna coſa, de los que vàn por la calle, unos paſſan ſin atender à lo que ſe dice; otros, parandoſe tantico, luego ſe vuelven à ſu negocio; aſsi lo hicieron todos aquellos con quien hablaba. Hallème deſpues cuidadoſa de eſto en mi rincon. Remedie el Señor nueſtros males, que no ſon pequeños los que nos amenazan.

Luego, al Jueves treinta del miſmo, me enſeñò el Señor en eſpiritu la Flota de Eſpaña, que trahe la plata: parecióme, que al ſalir de un parage ſe encontraba con navios enemigos, y que peleando entre sí, eſtaban unos, y otros para irſe à fondo. Yo quedè tan congojada con eſpectáculo tan repentino, que levantando los ojos al Señor, con grandes voces, y encendido afecto, le dije: Aguarda, mi Señor, aguarda. Su Mageſtad entonces, como ſuſpendiendo la ejecucion, dejando aquellos navios pendientes, ſin perderſe, ni

ni salir del todo de peligro, me respondiò: Què quieres, alma? Señor mio, toda turbada dije yo, que te aguardes un poco, que no vayas tan apresurado á este castigo. Bien, dijo el Señor, y què haràs con esso? O què se seguirá de ahí? No hay ninguno de vosotros, que les diga á essos cara à cara, (y señalò las personas) lo que les conviene oír? No, Señor mio, respondí yo, no hay quien se lo diga, porque no quieren oírlo; pero si gustas, yo irè, y se lo dirè. No me respondiò á esto nada el Señor; pero dijo: Yo te doy mi palabra, que los he de castigar; y si viene à salvamento algo del tesoro que aguardan, no les ha de entrar en provecho. Esto le oí al Señor; y aunque sè que està su Magestad muy indignado, y temo que ha de ejecutar sus amenazas; pero con efecto no sè, ni ví hasta agora lo que serà, porque es grande su misericordia. El sea bendito para siempre.

A los trece de Agosto, despues de haver visto en el Cielo una grande fiesta en honra de la Virgen Señora nuestra, que referí en otra parte, estando yá en mi rincon, tuve una vision de esta manera: Vì muchos hombres, que con grande prisa caminaban por encima del mar, como en hilera. El denuedo era tal, que se atropellaban unos á otros, hasta que passando todas aquellas aguas, llegaron à tierra, y subieron por unas asperas montañas; y luego, bajandolas por la otra parte, encontraron otro mar, donde anduvieron, como quien busca alguna cosa con grandissima atencion; y no hallandola, mostraban singular pena. Aqui los perdí de vista.

Inmediatamente me puso el Señor á la presencia de la Flota de la plata: ví que los nuestros se daban gran prisa para salir de alli, ò por temor de enemigos, ò por otra causa, que yo no entendí; pero oí que la vocerìa era muy grande, y muy penosa, y la fuerza que padecian tal, que parecia que se quebraban los mastiles, y los navios se hacian rajas, y que algunos se hundian, y de los demàs, uno iba por aqui, y otro por alli, y que algunos llegaban à un Puerto malparados, y bien trabajados. Grandes temores tengo: no vendrá la plata tan entera como se desea. El Señor por su misericordia se apiade de nosotros, y acuda á tantas necessidades. Amen.

„Todos estos fueron amagos de la Di„vina Justicia, con ocultas, pero eficaces „trazas de la misericordia divina, que bus„caba por esta via aumentar el fervor de „las oraciones de Doña Marina, y con „ellas, y con la diligencia de su ardiente „caridad, sacar suavemente el remedio de „algunas cosas, que embarazaban mucho „al servicio de Dios, y buen gobierno de „España. Inspirada, pues, de este gran Se„ñor Doña Marina, dispuso, que por es„te tiempo fuesse su Confessor el Padre Mi„guèl de Oreña à la Corte (harto lo mur„muraron algunas lenguas vulgares, que mi„ran á toda materia de espiritu con ojos la„gañosos) para tratar à boca de esta ma„teria; el qual, con su mucha religion, y „prudencia, y mucho mas con la divina „gracia, hablando, y exortando secreta„mente à las principales personas del go„bierno, recabò se tomasse resolucion „en algunos puntos mas graves, y se ata„jassen algunos daños mas sobresalientes, „que era lo que por entonces queria Dios „se hiciesse. Tengo en mi poder una Car„ta de cinco paginas, en pliego entero, y „toda de su propria mano, en que el ma„yor Ministro de aquella edad escribe „agradecido à Doña Marina: pide mas „oraciones, y promete hacer de su parte lo „possible. Ablandóse con esto la Magestad „Divina, y mostróle à su querida Sierva, „que tan penada estaba de vèr quánto cre„cian las necessidades públicas de sus proji„mos, sin el socorro de la Flota, el modo „con que la venìa conduciendo. Escribelo „ella en un membrete por estas palabras.

Ví à los principios de Septiembre, que algunos demonios perturbaban el mar, no por aquella parte, y rumbo ordinario que suelen traher las Flotas de Indias, sino por otro, que era como travesìa del viage. De ahì à pocos dias ví algunos Angeles del Señor, que sossegaban aquella turbacion

cion de olas, que los demonios havian levantado. Salieron luego de un Puerto algunos pocos navios; pero apenas comenzaron su viage, quando alborotado el mar, unos se hundieron, otros aportaron à diversas partes, y algunos se retiraron al mismo Puerto de donde havian salido. Vì despues, que una grande, y bellissima Capitania de Angeles baxaba del Cielo à un Puerto; parecian todos muy fuertes, y poderosos, y de alli, puestos en hilera, dieron un passéo por todo aquel mar. De aì à otros pocos dias vì, que de este Puerto mismo de donde havian salido los Angeles del passéo, salian con buen orden, y con musica, y muestras de alegria muchos navios: parecieronme hasta treinta, y aun mas, los quales llegaron con bonanza al Puerto deseado, y fueron recibidos con grandissimo contento. De aì à buenos dias me mostraron, que de dicho Puerto salian otros navios, no tantos à mi parecer como los passados. Vì, que antes de salir todos, se levantò una tormenta, que ni podian caminar adelante, ni volverse atrás; (parecióme que en esta ocasion se havia perdido algun navio) pero alentandose, y confiando en nuestro Señor, se hacian fuerza à seguir su viage. Estando en este aprieto, llegò aquel Angel del Señor, llamado Fortitudó, y arrimando el hombro al segundo navio de los de delante, los llevò à todos con bonanza hasta llegar al parage seguro de su desembarcacion. Advierto, que quando vì el passéo de aquella vistosa compañia de Angeles, me parecia que era como assendcrear el camino de aquella nueva derrota, y travesìa. Estos mismos Angeles, un Sabado cinco de Septiembre, dieron favorable socorro à una grande nave, à quien vì cercada de muchos navios; y aunque procuraba defenderse, era poco lo que podia; pero los Angeles la rodearon, y cegando, y ahuyentando los enemigos, la traxeron à ella à salvamento.

Por los primeros de Noviembre, encomendando à Dios la venida de la Armada, y clamando con grandes afectos, porque el Señor la traxesse en paz, me dijo el Señor: Espera, alma, y veràs. Mostròme el Señor una sala, y en ella quatro hombres, que con toda atencion, y cuidado estaban en una obra muy de ofensa de Dios. Vì otro, que estaba en pie mirandolos, y como melancolico de verlos, deseaba avisarlos, y reprehenderlos, pero no se atrevia. Conocì à los tres de ellos, no à los otros dos. Dijome entonces el Señor: Mira, alma, lo que passa: cómo quieres tù que les haga merced, y use de misericordia con estos? Diòme gran pena el vèr al Señor otra vez enojado: proseguì con mis pobres oraciones à solicitar su divina clemencia. Passaronse muy pocos dias, y estando una noche orando, vì de repente en mi aposento una serpiente monstruosa, tenia alas, y el rostro al parecer de hombre; y despues de haver passado algunos otros lances, se fuè volando al mar de Inglaterra, y zabullendose en èl, le dexò alborotado. Bolò luego adonde andaba una Armada Inglesa, y zabullòse blandamente debajo de ella, llegandose à los navios, como quien andaba aconsejando à sus Gobernadores lo que havian de hacer, y cómo havian de dañar à la Flota, y Armada de España. Desde alli bolò adonde navegaba nuestra Flota, y zabullendose tercera vez, alborotó las olas, procurando causar alguna borrasca. Despues se anduvo por todo aquel gran mar, que havia entre las dos Armadas, haciendo quanto mal podia.

Yo estaba delante del Señor à la mira de lo que passaba, y dijome su Magestad: Alma, vès lo que passa? Sì, mi Señor, respondi yo; pero no entiendo lo que es. Sabete, dijo el Señor, que el demonio hace quanto puede por destruir la Armada Catholica. Atreverte has tù à ir à aquellos mares? Encogìme mucho, y dije: Sí harè, Señor, todo lo que fuere tu voluntad. Ahora bien, dijo el Señor, consultalo con tus Angeles, y vè lo que te aconsejan. Bolvime à mis Señores, y dijeles: Mis Señores, à su consejo me remite el Señor Dios, que me digan lo que harè en esto. Miraronse unos à otros, como quien delibera; y respondiòme el Santo Angel de mi guarda en nombre de todos: Hermana, resignate en la voluntad del Señor, y pidele que te dè un

un Santo Angel de los poderosos, que te acompañe, y lleve; y como si fuera menester, que bolviera yo con mi respuesta à aquel gran Dios, que lo vè todo, le dije: Mi Señor, y Dios mio, yà lo he consultado; aconsejanme que me resigne en tu santisima voluntad: asi lo hago de muy buena gana. Dicenme mas, que te pida un Santo Angel que me lleve, y que éste sea de los muy poderosos. Sea asi, dijo el Señor. Al punto me vì vestida de una ropa blanca; y un Santo Angel, tomandome por el brazo, me llevò à aquellos mares por donde andaba la serpiente, (la qual de lexos me miraba rabiosa) alli me zabullò, entrando èl mismo tambien debaxo de la Armada enemiga; y diòseme à entender, que con aquel contacto se desvanecian, y no tendrian efecto los ardídes, y consejos que el demonio havia inspirado à nuestros contrarios. Llevòme luego al parage por donde venia nuestra Flota, y alli nos zabullimos tambien, y se sossegò toda la mar, quedando en bonanza, y quitado el daño, que el demonio havia hecho. Desapareciò con esto la serpiente, y el Santo Angel me traxo à mi rincon. Ha quedado la pobre naturaleza con harta flaqueza, y sensibles efectos de estos zabullimientos. El Señor sea por siempre bendito. Amen, Amen.

„Podria bien algun curioso rebolver el „diario de este año de seiscientos y veinte y „seis; y por las relaciones, asi de Indias, „como de Sevilla, embiadas à la Magestad „Catholica, y sus Ministros, vèr si estos „symbolos mostrados à Doña Marina, cor„responden puntuales à la verdad de los „sucessos de aquella Flota. Nosotros prosi„gamos con nuestra Historia.

CAPITULO XII.

Refierese lo que en los años siguientes hizo por España.

„NO fuè menos lo que esta fidelissima „sierva de Dios, y afectuosissima „hija de su querida Patria, hizo en su favor „por los siguientes años, que lo que have„mos visto en los passados. Veràse claro „de los papeles que irèmos encadenando „por su orden. En el año de seiscientos y „veinte y nueve dice asi.

El Sabado doce de Junio me llamò el Señor, diciendo: Vèn, alma, conmigo, y descansaràs. Yo con mis temores rehusabalo algo; pero mis Señores los Angeles me llevaron por unos campos muy amenos, y deleytosos à la Celestial Patria, acompañandome su Magestad. Dì por el Cielo tres, ò quatro passéos, no muy largos, y al ultimo comencè à desfallecer, y parece que me caìa de mi estado. Alientate, alma, me dijo entonces el Señor, y esfuerzate. Llegaronse à mì los Angeles, confortaronme mucho, con que bolvì sobre mì; y llevandome por aquella Celestial Ciudad, que estaba llena de gloria, y Bienaventurados Cortesanos, me dijo su Magestad: Sube, alma, por essas gradas; y despues de haver subido à una inmensa altura, me hallè como en un Castillo muy levantado, adonde bolviò à decirme el Señor: Ea, alma, mira de aì lo que passa, que para esso te he trahido acà. Mirè, y vì, que una Armada nuestra Catholica iba caminando por la mar; y que de lo interior de èl salia otra Armada de Hereges mas gruessa, y fortalecida que la nuestra, à quien empezò à seguir. Como era de tanto mayor poder, causò temor en los nuestros: Vì luego, que muchos Angeles del Señor se ponian en medio de las dos Armadas, y que reprehendiendo à los nuestros de que mostrassen flaqueza, les decian: Por què teneis poca Fè en el Señor, que os ayudarà? Comenzaron los contrarios à cañonear nuestra Armada; pero no acertaban à hacer cosa de provecho, con que se despechaban mucho: dabales voces, y prisa su General, y ellos respondian: Señor, que tiramos en vano, y gastamos la municion, sin hacer cosa de monta. Levantòse à este tiempo una gran tormenta, y los nuestros se recogieron à un Puerto, donde se libraron. Los enemigos se engolfaron en alta mar con esta tempestad, que los iba siguiendo, hasta que los desvaratò: perecieron de ellos, hundidos, muchos navios: otros destrozados se derrotaron, y dividieron, que no los vì mas.

Los

Los nuestros se salvaron todos, quedando alegrissimos. Sea el Señor bendito. Amen.

„Al pie de este papel dexò escrito el Padre Miguèl de Oreña estas palabras: Esta Armada de Infieles fuè la de Inglaterra, quando saliò à tomar nuestra Flota, que venia de Indias, y despues se derrotò, como fuè notorio en España. Prosigue Doña Marina; y passando al año de mil seiscientos veinte y ocho, dice assi.

Estando en oracion el dia primero de este mes de Febrero, pidiendole con grandes afectos al Señor remedio para las necessidades temporales de este Reyno, que me decian eran muchas, me dijo su Magestad: Vente, alma, conmigo, vèn, y veràs en què està la perdicion de España, y de dónde nacen los trabajos que me dices. Llevòme el Señor à unos mares, y vì que venian unos navios pequeños cargados de moneda de vellon. Trahian amarrados à sì con maromas unos como barcos grandes; y estaban buen trecho desviados de los Puertos, aguardando como à hurtadillas, que viniesse la gente de tierra por aquella moneda. Dijome entonces el Señor: Mira, alma, lo que passa: esto es lo que se havia de remediar, que esto tiene perdida à España. Quieres tù que los hunda Yo agora à todos estos? Reparè en la cosa, y dije: No, mi Señor, sino hunde essa moneda que trahen, en que està el daño. No, sino à todos ellos tambien, replicó el Señor, no vès que son Hereges? Clamaron luego dos Santos Angeles, que alli estaban, diciendo: No, no, Señor, por tu misericordia, no los anegues, que podrá ser que se conviertan. Yo tambien dije: No, mi Señor, que poderoso eres tù para convertirlos à tì. Levantòse luego en la mar una grande borrasca; y los navios entraron en una como ria, adonde se hundiò quanto trahian, y la gente se salvò. Sea el Señor bendito.

El Viernes ocho de Septiembre de este mismo año de seiscientos y veinte y ocho me hallè desde acá presente à lo que passaba en el Cielo, donde vì la Beatissima Trinidad, y en su mente divina, como estampado aquel eterno decreto de criar en tiempo à la Soberana Virgen Maria para Madre del Redemptor del genero humano; y vì, como haviendola criado essenta de culpa original, que todos los demás hijos de Adán tenemos, la misma Beatissima Trinidad hizo significacion de alegria, viendo la belleza, y perfeccion de aquella obra, que era la mas acabada, que hasta entonces havia salido de sus divinas manos; y para que sus Padres, demás del gozo natural que tenian, por el fruto que Dios les havia dado, quando por su mucha edad lo podian esperar menos, recibiessen tambien especial júbilo espiritual, les embiò el mismo Señor algunos Angeles, que le diessen el parabien del nacimiento de aquella gran Señora; y à ella le diò el Señor muchos Angeles, que en esta vida mortal la assistiessen, y sirviessen. Y porque en el Cielo, adonde era mas conocido, fuesse celebrado el beneficio que se hacia en esto à los hombres, y à las Jerarquias Angelicas, ordenò el mismo Señor, que se hiciesse alli particular fiesta, en señal de nueva alegria, la qual hicieron todos aquellos Espiritus Angelicos con musicas, y regocijos, vistiendose (al modo que entonces el Señor lo representa) de nuevas galas, con singular hermosura.

Ocupabase mi alma mirando estos mysterios con grande consuelo, quando el Señor por su misericordia quiso hacerme otra, para que fuesse yo participante à mí modo de las que en el Cielo se gozaban. Y hablando el Señor con aquella multitud de Angeles que estaban en su divina presencia al uso humano, dijo: Quando hay una grande fiesta, y en ella mesa esplendida, se suele embiar algun plato al amigo que no puede hallarse presente; y assi es justo, que lleveis uno à aquella alma, dandole parte de vuestro regocijo. Luego dos Angeles del Señor en particular, acompañandoles otros, trayendo en las manos un canastillo cubierto con una tohalla, partieron del Cielo cantando dulcissimamente alabanzas al Señor; y llegando á mi aposento, assentando el canastillo, todos con grande reverencia se postraron. Inmutòme la novedad de la accion, y volviendo los ojos ácia aquella parte, ví á mi lado derecho á Jesu-Christo Señor nuestro crucificado, de

que

que me admirè tanto mas, quanto el myſterio de aquel dia era tan otro. Dijome ſolas eſtas palabras: Abrazate, alma, con mi Cruz. Oìlas, y repreſentaronſeme viviſsimamente en un inſtante las fatigas que en ella ſe padecen: hizo la naturaleza ſu oficio, ſobreſaltada de algun temor, y rehuſando padecerlas; pero volviendo en mì, y procurando con la divina gracia reſignarme en la voluntad de aquel Señor, que me hablaba, me abracè con aquella Cruz por la parte que havia deſde ſus ſagrados pies al ſuelo. Luego me dijo: Oye, eſtá atenta á lo que te quiero decir: Mira, aunque en el Cielo, alma, no eſtoy crucificado, pero mueſtroteme en eſta figura, porque mejor entiendas como ofrezco á mi Padre los tormentos que padecì en la Cruz por el linage humano: ſuplicale ſe compadezca de los hombres, particularmente del Pueblo Chriſtiano. Agora es neceſſario, que tù ofrezcas por el miſmo fin todo lo que hicieres, y padecieres por la ſalud, y remedio de la Chriſtiandad, haſta que ſe te diga otra coſa. Quedòſe mi Alma como ſuſpenſa oyendo eſtas palabras; y aquel Señor comenzò á levantarſe, haſta que le perdì de viſta, aunque dexandome muy impreſſo en el corazon lo que me havia dicho.

Entonces ſe levantaron aquellos Santos Angeles del lugar donde eſtaban poſtrados, y tendiendo ſobre mi pobre cama aquel celeſtial lienzo con que venia cubierto el canaſtillo, ſacaron de éſte lo que tenia dentro, y puſieronlo ſobre el lienzo. Era una cadena de oro de las minas del Cielo, de ricos eslabones, pero no grande: un manojo de precioſiſsimos Roſarios, y otras piezas. Llegò luego el Santo Angel de mi guarda, y cogiendo aquel lienzo por las quatro puntas, lo recogiò con todo lo que en èl havia; y con eſto, deſpidiendoſe los otros Santos Angeles, ſe ſubieron al Cielo. Volvìme al Santo Angel de mi guarda, y dijele: Mi Señor Angel, de eſtas joyas que el Señor embiò, quál de ellas es para mì? Ninguna, reſpondiò èl; y diciendo, y haciendo, me enſeñò, y repreſentò alli para quiénes eran. Vì, pues, que ponia aquella cadena de oro al Rey Felipe Quarto, nueſtro Señor, y que poniendoſela, le havia la virtud divina comunicado á ſu corazon un particular afecto á la defenſa de nueſtra Santa Fè. De los Roſarios diò uno á cierta perſona, que es de los mayores Miniſtros de ſu Mageſtad; y aunque la conocì muy bien, no vì el efecto que cauſaba en èl. Deſpues fuè dividiendo todos aquellos Roſarios, y las demás piezas por otros Miniſtros Reales, que yo conocí; pero bien entendí, que eran otros dones en orden á querer Dios de ellos vigilancia en el gobierno, zelo puro de ſu ſervicio, y de ſu Santa Fè; y de mí, que clame por eſte fin, y por èl miſmo ofrezca lo que ſu Mageſtad me diere que haga, y padezca. Sea èl ſervido de ayudarme, para que en todo haga ſu ſantiſsima voluntad. Amen.

„Quánto reſplandezca deſde ſu niñéz „eſte afecto de defender la Fé, heredado „de ſus mayores en el Catholico pecho „de Felipe Quarto, Rey, y Señor nueſtro, „ſabelo todo el mundo: ſi ha crecido éſte „deſde el dia que apunta aqui Doña Mari„na, remitolo á quien tiene mas obſer„vacion de los ſuceſſos de aquel tiempo, „mas noticia de las coſas de Palacio, y á „la miſma experiencia de ſu Mageſtad Ca„tholica, Dios le guarde. Lo cierto es, „que aunque eſtas coſas no ſe pueden me„dir, vemos tan claros, y tan amenudo „los efectos de ſu Real ánimo en defenſa de „la Fé, en veneracion de la Igleſia Roma„na, y en todas materias, que tocan á pie„dad, y culto divino, que no ſe puede „dudar, que le diò liberaliſsimo el Señor „muy particulares dones en eſta parte. „Vuelvo á la Hiſtoria, adonde en el año de „630. dice aſsi eſta Virgen, anſioſsima de „la pérdida de Bolduc.

Una mañana, á los veinte y quatro de eſte año de 630. eſtando mi cuerpo miſerable debilitadiſsimo, recreciendole á mi larga enfermedad graviſsimos dolores, y el alma en ſu ordinaria oracion; moviò nueſtro Señor en mì unos extraordinarios afectos, con tanta vehemencia, que no pudiendo la flaca naturaleza con ellos, parecia que de quando en quando me dexaban como muerta: nacian eſtos de una fatiga, y pe-

pena, que de algunos dias acá tengo como assentada en lo hondo del alma, por haver permitido los secretos juicios de este gran Dios, que los Hereges Holandeses cogiessen la Ciudad de Bolduc, è hiciessen un gravissimo desacato à una Sagrada Imagen de la Virgen Santissima, y estuviessen tan orgullosos, y soberbios, por esta, y otras victorias contra los Catholicos. Aumentaba mi sentimiento la noticia de las guerras, que los Principes Christianos mueven, y contra España, y la que tengo de las necessidades generales del Reyno, y de las particulares de los pobres. Con la fuerza, pues, casi violenta de este sentimiento, con el ansia de estos afectos, empecè à clamar, diciendo: No descansarè, ò Beatissima Trinidad, no darè sueño à mis ojos, ni descanso à los dias de mí vida, hasta que me vengues de estos Hereges, y vuelvas por tus Fieles. O Señor! clamarè, hasta que, ò los conviertas à estos perfidos Hereges; ò si no han de convertirse, los assoles, y destruyas, para consuelo de tus Catholicos, para gloria de tu Nombre. Y añadia con el mismo fervor: Piensas por ventura tù, Señor mio, y Dios mio, que nosotros acà amamos, y estimamos poco à tu Santissima Madre, y que no la reverenciamos con todo el afecto de nuestras almas, para que podamos sufrir, y vèr los desacatos que la hacen? Pues en verdad, Señor mio, que lo has de hacer; y no ha de haver otra cosa en ninguna manera, y has de remediar estas necessidades, y aplacar estas guerras, y no has de passar adelante con tu indignacion, por tu bondad, y misericordia, y por amor de tu Unigenito Hijo, y su Sacratissima Madre. Decia yo esto, y quedabame sin aliento, cerrados los ojos, y como difunta un rato; y el Señor dissimulando, sin hablarme, ni responderme una palabra.

Volvia mi alma à querer clamar: y como el natural estaba tan exhausto, no podia; pero como el afecto estaba en su misma fuerza, me animè otra vez, y dije: No pienses, Dios mio, y Señor mio, que aunque me quites las fuerzas para vocear, y gritar, que por esso tengo de callar, que con el corazon, y con el deseo, que està en lo íntimo de esta alma, te tengo de llamar hasta la muerte; y si no me oyeres, ni respondieres, irè yo à buscarte: yà sè el camino, y sè por donde tengo de ir, que tù me le has mostrado. A todo esto callaba su Magestad, sin responder; pero ni por esso callaba yo, ni desconfiaba, y dijele: Què es esto, Dios mio, y Señor mio? Por què me quitas el aliento para clamar à tì? Qué causa tienes para esto, bien mio infinito, que parece que me desechas de tì? Cómo permitiste, mi Señor, la pérdida de aquella Ciudad? Entonces, con un modo gravissimo, y de grande sentimiento, me dijo el Señor de la Magestad: Quitate de aì, alma, no me hables en esso, ni seas importuna en pedir, que à tí te quitarè tambien del medio, porque no me hables en essas materias, como quité las nubes porque no lloviessen. Oia mi alma esto; y aunque temia, y temblaba, pero no sè què veía, y sentia por un modo secretissimo en aquel gran Señor, que me parecieran mas aquellas amenazas, que querer ejecutar mayores golpes de su justicia: y assi, con todo el temor que tenia, no desconfiaba del todo. Añadiò el Señor con el mismo peso que de antes: Heles embiado mis recados, y quien los alumbre, y diga las verdades, y declàre mi voluntad: y teniendo bastantes causas para creer lo que se les ha dicho, no han hecho caso de ello, y han ido por los caminos de la prudencia humana, adonde se mezclan faltas muy secretas, sin confiarse de mì. Bien està esso, Señor mio, dije yo, mucha razon tienes; pero què remedio? Señor mio, lo passado, passado; no repares en esso, por quien eres: no, no, Dios mio, por tu misericordia. El remedio es, alma, dijo el Señor, el que yà saben reconocer las faltas, y dolerse de ellas, y enmendar lo venidero; y de lo hecho remediar lo que se pudiere. Pues, mi Dios, volvì yo, dales tu luz, y disposicion, que se requiere para recibirla, pues sabes nuestra miseria, y lo poco que podemos, y valemos sin tì. Bien està, dijo el Señor con el mismo modo gravissimo, bien està, alma, descansa agora, descansa un

un poco en mì, que eſtàs fatigada. Quedéme en el Señor con una ſuſpenſion, entre confianza, y temor, aunque mas inclinada à que eſtas eran amenazas para nueſtra enmienda. Dentro de pocos dias tuve nuevas de mejor diſpoſicion, en materia de guerras, y otras coſas. Remedielo el Señor todo, como puede. Amen.

„Muchas otras coſas hizo Doña Marina en provecho comun de Eſpaña, que „por tocar mas derechamente otros puntos, ſe puſieron arriba en otros tratados, „y ſe pondràn abajo en ſus lugares.

CAPITULO XIII.

Tiernißima caridad de eſta Virgen para con los Ingleſes Catholicos.

„A Todas las Naciones del mundo, co„mo ſe viò deſde los principios de „eſte libro, tenia Doña Marina en ſu co„razon para ſolicitar ſus cauſas delante de „Dios; pero fué particulariſsimo el cuida„do, ardentiſsimo el afecto que le diò eſ„te Señor para acudir à los Ingleſes Catho„licos; ò ſea porque ſon los que mas pa„decen en las naciones del Norte, que tie„ne emponzoñadas la heregìa; ò porque „ſon los á quien con menos libertad pue„den dár el debido, y neceſſario ſocorro „los Obreros Evangelicos de la Igleſia Ro„mana. Y quiſo el Señor ſuplir con la ora„cion de Doña Marina los eſpirituales ſub„ſidios, que por otros caminos ſe les im„pedian. Lo cierto es, que eſta puriſsima „Virgen, que miraba à todos los del mun„do como à proximos, à ſolos los Ingle„ſes Catholicos mas en particular llamò „hijos; y la que como hermana acudiò à „tantos otros, à eſtos con entrañas de ma„dre ſuaviſsima los amparò. Algo ſe ha „dicho de eſto arriba, y en otros lugares, „abajo ſe volverà à tocar: ceñirèmos los „ſuceſſos mas ſingulares de eſta materia. „Deſcuidarè de apuntar los años en que ſu„cedieron, (ſino tal, ò tal vez, que parezca „neceſſario) porque para eſte punto lo ten„go comunmente por eſcuſado. Empieza, „pues, Doña Marina de eſta manera:

Un dia del Corpus, que fui arrebatada al Cielo para vèr la fieſta que alli ſe hacia al Santiſsimo Sacramento, deſpues de otras particularidades, y myſterios, que referì en otra parte, vì, que comenzò alli un ſuaviſsimo torbellino de truenos, y relampagos ſagrados, que oìdos, y viſtos regalaban al alma. Llovia fuego de Amor Divino, que abraſaba aquellos Celeſtiales Corteſanos: granizaba, y caían riquezas de Dios en forma de piedras precioſas. Yo, muy codicioſa de llevar limoſna para mis hijos los Ingleſes Catholicos, comencè à recoger, pero no tenia adonde las echar. Mirè à mis Señores los Angeles, los quales con agrado me dijeron: Coge bien, hermana, que noſotros te lo guardarèmos. Aſsi lo hice, y les iba dando lo que cogia. Yá que huve acabado, deſeaba irme à repartir mi limoſna. Entonces me dijo el Señor: No podràs, Marina, ir agora tan larga jornada, que no eſtà tu natural diſpoſicion al preſente para eſſo; tus Angeles ſe lo llevarán. Al miſmo punto ví, que eſtos ſe partian à llevar aquella eſpiritual limoſna de las divinas gracias, que el Señor les embiaba. Quedóſe ſolo conmigo el Santo Angel de mi guarda; el qual, deſpues que gocè un buen rato los bienes de aquella ſoberana Ciudad, me trajo à mi rincon.

Otra vez vì en mi apoſento una peſtilencial caterba de perros rabioſos, que ladraban, y ahullaban terriblemente. Conocí que eran demonios, que ſe quejaban al Señor. Tenialos ſu Mageſtad atados, y deſeaban ſoltarſe para hacer mal á los Fieles. Procuraban tambien eſtorvar las obras en que el Señor me tiene eſtos dias ocupada, è impedirme para que no trate con los projimos. Al fin, no pudiendo aqui nada, ſe eſparcieron por varias partes del mundo. Luego vì entrar grande numero de hombres, y mugeres, todos acompañados de ſus Angeles de la guarda, que acudian à mí, como à Madre, pidiendome limoſna, y pan en particular. Sus Santos Angeles me mandaban tambien, que ayudaſſe aquella gente neceſsitada. Acudì al Señor, diciendole: Dios mio, dame el pan divino, y la lumbre de tus miſericor-

dias

dias para eſta gente. Su Mageſtad, haciendo del que no havia entendido à mis ruegos, me dijo: Què me pides? Què quieres, alma? Yo repetia lo miſmo, y volvia el Señor à hacer del diſsimulado. Encendiaſe con eſto mucho mas mi laſtimado afecto, y daba voces al Señor: Dios mio, dame pan divino, y lumbre de miſericordias. En hora buena, dijo entonces ſu Mageſtad, tú tienes la llave de las miſericordias mias, reparte como te pareciere. Todos eſtos eran Ingleſes, è Irlandeſes Catholicos, y à bueltas de ellos venian tambien algunos Hereges, cuyos Angeles me decian: Danos algo, ruega tambien por éſtos. No, mis Señores, reſpondia yo, no ſe ha de dàr el pan de los hijos à los perros. Aſsi es verdad, replicaban ellos; pero de las migajas que ſe caen de la meſa comen los perros. Eſtando en eſta plática, fui llevada en eſpiritu à las Islas de Irlanda, è Inglaterra; y me parecia, que los Catholicos de aquellas tierras, con las lagrimas en los ojos me decian: Madre, y amparo nueſtro, no nos deſampares, quedate con noſotros. Conſolabalos yo quanto podia, animandolos à padecer ſus trabajos con paciencia; acariciabalos, diciendo: Hijos mios, ſi yo pudiera hacerme partes, y quedarme con voſotros, lo hiciera ſin duda con grandiſsima voluntad; pero yà que eſto no puede ſer, delante del Señor nunca os olvidaré. Deſpedìme de ellos, y acabada la viſion, me hallè en mi apoſento.

Eſto que ſu Mageſtad me dijo de la llave de ſus miſericordias, me moſtrò de aì à poco mas de un mes por otra viſion, que fuè en eſta forma. Hallème en aquellas partes adonde eſtà el Sepulcro de Chriſto Señor, y Redemptor nueſtro, y vì, que algunos Fraylecitos ſe lababan en aquel myſterioſo arroyo de ſangre, y agua, que referì en otra ocaſion. Eſtabanlos mirando muchos Infieles, y decianſe unos à otros: Mirad què ſucios, y aſqueroſos ſon aquellos Frayles, que ſe laban con ſangre. Otros de eſtos miſmos Infieles decian: No ſon por cierto, antes del baño ſalen muy limpios: no veis como reſplandecen? Luego eſtos ſe volvieron à mì, y clamando con grandes voces, me decian: Madre, ayudanos. Yo me enternecì, y buelta al Señor, le llamaba con mucha anſia. Què quieres, alma? dijo ſu Mageſtad. Dios mio, reſpondí yo, ſubir à eſſe Cielo, adonde eſtàs, y entrar en tus deſpenſas. No sè como fuè tan grande mi oſſadìa, que añadì: Ea, Señor mio, allà voy. Vèn, alma, dijo entonces benigniſsimo el Señor. En eſte miſmo inſtante me hallè en la Celeſtial Jeruſalèn, delante de la Beatiſsima Trinidad, como à viſta de una inmenſa gloria. Eſtaba alli un cofre muy grande, hermoſiſsimo, y riquiſsimo ſobremanera: tenia tres cerraduras; y en vèr yo que eran tres realmente diſtintas, me parecian que eran unà ſola coſa. El miſmo myſterio ví en la llave, que con ſer una ſola, por otra parte me parecia tres. Llega, me dijo entonces el Señor, y abre eſſe cofre. Lleguè, y quiſe abrir con la llave que havia viſto; però dijome ſu Mageſtad: Deja eſſa, que ahì traes tu llave con que abrir. Mireme, y ví, que colgaba de mi cinta una llave dorada, que hacia à todas tres cerraduras. Abiertas éſtas, era tan grande, y de tan inmenſo peſo la tapa de aquel cofre, que no me fuè poſsible de ningun modo levantarla.

Eſtando con eſta anſia, ví à la Sacratiſsima Perſona de Jeſu-Chriſto nueſtro Salvador, y Señor, que rodeado de infinita multitud de Santos Angeles, con grande amor, y caricia ſe llegò à mì, y con ſu bendita mano faciliſsimamente levantò la tapa del cofre, dando toda aquella ſagrada Compañia de Bienaventurados Eſpiritus ſingulares mueſtras de alegria, de que el Señor huvieſſe abierto, y franqueado aquel Teſoro. Llegaron por divina ordenacion el Santo Angel de mi guarda, con los demàs mis Señores; y entrando las manos en el cofre, las ſacaban llenas de unas riquiſſimas perlas, y aljofares de incomparable precio, y belleza, y me las iban echando en una como tohalla, ò delantal, de que me ví ceñida; y con ſingular atencion eſtaba mirando como ſacaban: y era ardentiſsimo el hipo, y deſeo que ſentia de que me dieſſen mucho. Al fin, haviendome lle-

llenado aquella tohalla, con el ansia que tenia de socorrer aquellas personas que dije al principio, sin reparar en mas, me quise luego partir á repartirselo; pero advirtiòme el Santo Angel de mi guarda, que hiciesse primero reverencia, y diesse las gracias à aquel gran Señor, que tan liberalmente me havia enriquecido de misericordias, para sus predestinados. Hicelo assi, pidiendo perdon de mi descuido. Pensè que ibamos luego à aquellas tierras de junto al Sepulcro, pero mis Señores los Angeles me pusieron primero en el Reyno de Inglaterra, donde comencè à repartir à mis Catholicos aquellas misericordias, y dones del Cielo, dando à unos, y otros con grande afecto, y con singular deseo de dejarlos muy satisfechos, y remediarles todas sus necessidades.

Acabada esta obra, me llevaron á la tierra, y lugar del Santo Sepulcro, adonde aquellas almas me pidieron el socorro que dije arriba; y queriendo repartir con aquella gente, por el mismo modo que havia repartido aquellas riquezas entre mis Catholicos Ingleses, mis Señores los Angeles me dijeron: Aguarda, detente, alma, que no se ha de hacer el repartimiento aqui por el mismo tenor que acullá, sino muy de otra suerte. Y luego, tomando estos mis Señores Angeles de aquellas perlas, y aljofares que yo llevaba, empezaron à arrojarlos sobre aquella gente, esparciendolas por el ayre, al modo que el labrador esparce à puños el grano para sembrarlo. Despues de esto me bolvieron à mi aposento, adonde luego bolví à vér à Jesu-Christo Señor nuestro, acompañado de muchos Angeles. Comenzaron à salir de su Magestad unos rayos hermosissimos, que embistiendo en mí, me perturbaron toda, arrebatandome ácia el lugar en que estaba aquel Señor; el qual, uniendo mi alma à su soberano Espiritu, me subiò consigo al Cielo. Gocè alli à mi modo de bienes inefables, hasta que bolviendo en mì, me hallè en mi rincon, admirada de las grandes misericordias de este Señor, que sea para siempre bendito, y alabado. Amen.

„Esta vision està llena de Sacramentos, „faciles de entender con qualquiera mediania de estudios: las almas devotas para su „edificacion, basta que entiendan brevemente lo que aqui apuntarè. Clara cosa „es, que el cofre de tres cerraduras, que „todas tres eran una, era symbolo de Dios „Uno, y Trino, en quien estàn con suma „eminencia los tesoros, y gracias que comunica à las almas. Symbolo parece tambien de lo mismo la llave una, y trina, „que en èl viò Doña Marina; pero en especial, representaba el poder liberalissimo „de este gran Dios, comun à las Tres Personas, con que de hecho puede, y suele comunicar estos bienes, sin tomar otro „instrumento para ello; y por esso ordenò „el Señor, que no con esta, sino con la „otra llave que ella trahia, como Vicaria „de la primera, abriesse ella aquel mysteriosos cofre, para significarle; que tomaba su oracion por instrumento de sus „misericordias, al modo que los Santos „llaman à la lengua de Elias llave del Cielo. Pero porque toda intercession, y favor de los Santos tiene su raìz, y fuerza en los meritos de Christo nuestro Señor, le mostraron à esta Virgen, que ella „ponia su cornadillo en abrir con la llave; „y lo de mayor importancia, que era levantar la tapa, se reservò à la virtud de „Christo. No se enojò el Señor (aunque la „advirtiò el Angel de lo mejor) de que esta „su sierva, en viendose rica, sin despedirse „de èl, fuesse à repartir con las almas necessitadas; porque dissimula su Magestad „suavissimamente en algunos descuidos naturales, que en la oracion se nos ofrecen, „nacidos del perpetuo cuidado de nuestros „proximos; antes tal vez le hallamos mas „favorable en ellos, que en sì mismo, „quando solamente los buscamos à ellos „por amor de èl. Aquel modo diverso con „que se dividieron los dones, dandose como en las manos à los Ingleses Catholicos, y à los Paganos que havian de convertirse, como quien los sembraba sobre „sus cabezas, parece queria significar, que „los Catholicos todos, por lo menos con „la Fè, y muchos de ellos con la caridad „tambien, como hijos de la Iglesia, estaban

„yá

„yá hechos vaſos capaces de recoger los „teſoros de Chriſto ; pero los Paganos „eran como tierra eſtéril , adonde haſta „que la gracia , ſembrada con ſu coopera-„cion de ellos, echaſſe raìces de Fè, no ha-„llaba, à nueſtro modo de hablar, el Señor „vaſo en que poner ſus dones. Bendito èl „ſea para ſiempre. Proſigue Doña Marina „con ſu Hiſtoria.

No havian paſſado dos meſes deſpues de lo dicho, quando haviendo oìdo decir à unos Padres de la Compañia Ingleſes la furia con que el Rey de Inglaterra perſe-guia los Catholicos de ſus tierras ; tuve un grande afecto, y deſeo encendidiſsimo de que el Señor les comunicaſſe paciencia , y fortaleza, con muchos otros de ſus divinos dones, para ſufrir tan grandes trabajos, co-mó verdaderos hijos de la Igleſia Romana. Y deſpertando ſu Mageſtad en mí vehemen-te la memoria de los Celeſtiáles dones, que de ſu Divina meſa yo havia repartido con ellos otras veces, me ví llevar en eſpiritu al Cielo, donde me hallè ceñida con una to-halla blanquiſsima, y muy capáz , y con una eſcobilla en la mano, como para bar-rer aquellas Celeſtiales meſas, y recoger ſus eſpirituales migajas, para repartir con aque-llos afligidos Catholicos. Entrè con grande denuedo por aquellas Celeſtiales Salas, y ſalióme al encuentro un Angel ſuperior, de grande autoridad, que me parece preſidia en aquellos lugares, el qual con grande im-perio me dijo : Dónde vás , alma ? Eſpera-te, què quieres ? Señor Angel, dije yo, voy à coger las migajas de mi Señor, para mis hijos los Catholicos de Inglaterra. Yá otra, reſpondiò èl, madrugò mas que tù: bien te puedes bolver. Quedè algo ſuſpenſa con eſta reſpueſta ; pero holgandome mu-cho de que huvieſſe quien hicieſſe eſte ofi-cio. Ablandóſe luego eſte Santo Angel, y no ſolo no impidio el paſſo, ſino que tam-bien me enſeñó por donde havia de ir. En-trando, pues, por una ſala, ví, que eſtaban en ella diſpueſtos unos como bancos, ò aſ-ſientos ; y paſſando por entre ellos, ſaliò otro Angel, que me dijo : Què es eſto ? Es eſſa la eſcobilla del afecto que tienes à tus hijos ? Ahora paſſa adelante.

Lleguè finalmente à la cabecera de las meſas, donde el Señor eſtaba ſentado: poſ-tréme à ſus ſagrados pies, y impelida no sè de què afecto, comencè à cantar. Eſta-ban los Santos Angeles que alli aſsiſtian mi-randome, y preguntabanſe : Quién es éſta? Qué es lo que buſca ? Su Mageſtad les dijo: Dejadla, que canta alabanzas à ſu Dios, y viene à buſcar el ſuſtento de los que Yo le he encomendado. Mandò luego, que me dieſſen lo que deſeaba, y entonces los An-geles me fueron echando en aquella tohalla que dije, un manjar, que como ſu Ma-geſtad me lo repreſentaba, eran de forma de unas perlas precioſiſsimas : fueron lle-nandola, haſta que me pareciò que no ca-bia mas. Levantéme, y con el ardor de mi afecto bajé al punto à mis Ingleſes Catho-licos, entrè en ſus caſas, (pareceme que las conozco yá) repartì con ellos muy liberal-mente. Veíalos, que quedaban muy con-tentos, y alentados, y con grande esfuer-zo para padecer por nueſtro gran Dios. Bol-ví luego al Cielo, adonde el Señor eſtaba; poſtréme à ſus ſoberanos pies, y unióme ſu Mageſtad à ſu Divino Sèr en abrazo tan eſtrecho, con un modo tan ſuperior, que las noticias que alli me comunicò de la grandeza, y mageſtad de ſu Eſſencia, de la perfeccion de ſus atributos, fueron tales, y tan levantadas, que lo que eſta vez cono-cì (que fuè un Martes treinta de Junio de ſeiſcientos y veinte y ſeis) fuè lo mas, y con mayor claridad de todo quanto en mi vida haſta alli havia entendido, ſiendo tantas las veces que el Señor me havia hecho mer-cedes ſemejantes. Acabada eſta Divina co-municacion, acompañada de eſtos mis Se-ñores Angeles, bajé por una eſcalera ancha muy hermoſa, haſta que me hallè en mi rincon. Sea ſu Mageſtad eternamente alaba-do. Amen. Amen.

CAPITULO XIV.

Proſigue con el cuidado que tuvo de los Catholicos Ingleſes.

DE aì à poco menos de mes y medio, eſtando en oracion, llevada de mis afectos, con la voz à que dà lugar mi fla-que-

queza, comencè à cantar aquel verso de David: *Domine ne in furore tuo arguas me, neque in ira tua corripias me.* Estaban à la mira estos mis Señores Angeles, como contentos de oìrme; y el Santo Angel de mi guarda me dijo entonces: Muy bien lo has hecho, sabete, que con esta musica has agradado mucho al Señor. Fuime luego al Señor à darle gracias por este beneficio, de que se agradasse en cosa tan poca, y de tan vil criatura. Recibióme su Magestad con mucho amor, y dijome: Toma, que te quiero dár algo por lo bien que lo has hecho, que si los Señores de la tierra suelen hacer merced de un vestido, ò cosa semejante à un criado por un dicho gracioso, acomodado à su gusto, razon es que Yo te dè algo por el recibido con tu canto. Y sacando como del seno una joya riquissima, al modo de un ladrillo de oro, me la dió, y dijo: Reparte esto con tus hijos. Tomé yo la joya; y à la manera que los pobres quando les hacen alguna gruessa limosna, no caben en sì de placer, y besandola, dicen muchas palabras afectuosas, en agradecimiento del beneficio recibido, y en significacion del contento que sienten; assi me estaba yo alegrando en aquel dón precioso; y como fuera de mí, decia tales cosas en alabanzas del dón, y mas del dador, que juzgo son mas para sentidas, que para escritas; porque no sabrá conocer su fondo, quien no tiene experiencia de lo que en semejantes júbilos suele decir un alma, que está como embriagada del contento. Fui luego à repartir de aquel tesoro con los Catholicos de Inglaterra, à quienes Dios me ha encomendado, y adonde voy tantas veces, que yá me parece conozco muy bien sus casas. Repartiales con grande abundancia; y pareciame, que con darles tanto, no se diminuìa nada el oro que llevaba. Comunicabaseles firmeza en la Fè, fortaleza para padecer por ella, y deseo de los bienes del Cielo. Quedaron muy contentos, y yo me hallè en mi rincon.

Un dia Domingo, ultimo de Febrero del año de seiscientos y veinte y siete, estando con muy fuertes, y ardientissimos afectos de amor Divino, despues de haverme passado otras cosas bien mysteriosas con el Señor, moviò su Magestad en mi corazon un deseo vehemente de pedirle una limosna para mis pobres hijos, que assi suelo llamar à los Fieles que están cautivos en tierra de Moros, y à los Catholicos que están en Inglaterra, que aunque no son cautivos, padecen de aquel mal Rey Herege grandes vejaciones, sufriendo una increíble persecucion, y trabajo; y muchas veces, por la divina bondad, y misericordia de nuestro gran Dios, me hallo en compañia de mis Señores los Angeles en estas dos partes, visitando, yá aquellos Cautivos, yá estos Ingleses Catholicos, consolando en el Señor tan afligida gente, y animandola quanto puedo. Con este deseo, pues, clamaba al Señor, y le decia: Há, Señor Dios de la Magestad! (y repetia este titulo à menudo) aqui está tú criatura, aquella miserable, indigna de parecer delante de tu divino acatamiento. Soy, Señor, aquella pobre importuna, dame limosna por quien eres, y por tu Santissima Madre, para mis pobres, y afligidos hijos los Catholicos de Inglaterra, sujetos à un tan malo, y cruel Rey; y para los que están en tierra de Moros cautivos, desconsolados, y afligidos, Señor de la Magestad, dame una limosna, pues eres tan poderoso, rico, y misericordioso, para estos mis pobrecitos, y amados hijos.

Oyendo el Señor los clamores del afecto, que èl mismo movia en mì con un modo, aunque sumamente grave, pero amorosissimo, me respondiò, diciendo: Què has, alma mia? Què tienes? Què es lo que pides con tan grande afecto? Todo se te darà de muy buena gana, descansa en mì, y sube agora con mi bendicion por essas gradas mysteriosas que aì vès; vente à mi Celestial Corte, y Sacro Palacio, que en entrando en èl, verás una abundante, y mysteriosa mesa, adonde assiste la Beatissima Trinidad, y dá de comer regaladissimamente à sus hijos, manteniendolos con el pasto de su gloria. Entrarás, alma, adonde se hace este combite, pedirás tu limosna à aquel gran Rey, y à sus dichosos combidados.

dos. Llenòse mi alma de admiracion, y consuelo, oyendo estas divinas palabras, y quedème en una profunda suspension. Quando volvì de ella, vì una escala de mysteriosissimas gradas, que llegaba desde la tierra al Cielo; y luego, movida de Dios, sin pedir la licencia que otras veces suelo à mis Señores los Angeles, empecè à subir por ella con grande fervor, y prisa. Apenas lleguè à la puerta de aquel Soberano Palacio, quando se me puso delante un Angel muy de los supremos, que en un modo gravissimo me dijo: Adónde vienes, alma? Qué es lo que quieres? Quién te ha trahido aqui, y con qué licencia pretendes entrar tù en el Sacro Palacio, adonde está la Sacra Magestad de nuestro gran Dios, y Señor? Quedè corridissima, y con grande verguenza, por la reverencia que el Santo Angel, y la gravedad de sus palabras me ponian; y como el Señor en semejantes sucessos suele probarme con obstaculos semejantes, para que me humille, y reconozca, con todo encogimiento le dije: Señor Angel, yo soy una pobre alma, y criatura de mi Dios, y soy venida aqui por su divina ordenacion à pedir limosna: tengo muchos hijos pobres, pidenme pan del Cielo, y no lo tengo yo para darsele. Déxeme entrar, Santo Angel, por amor del Señor, à quien sirve. Moviòse à compassion de mì este Bienventurado Espiritu, è hizome muy buen passage.

Entrè en aquella mysteriosa sala, en que estaba la divina mesa de nuestro gran Dios con sus santos combidados, hallando todas las cosas como el Señor antes me havia dicho. Hice muchas postraciones delante del Señor, y muy profundas reverencias delante de sus Santos, muy al modo que suele hacerlas un pobre delante de los ricos, para inclinarlos con su humildad à misericordia. Empecè luego à pedir mi limosna, y andaba con grande afecto, y codicia de uno en otro por todos aquellos bienaventurados Combidados, y todos ellos con muestras de mucha caridad me daban alguna cosa. Era grande mi consuelo, y alegria de que me diessen tanto para mis hijos, que para mì no pedia cosa en aquella ocasion à estos Santos. Teniendo, pues, yá llenos todos los senos, y unas como alforjas que llevaba, con semblante de despedirme hice una grande reverencia al Señor, y à sus Santos; y apresurada con el ansia de venir á repartirlo, tirè ácia la escalera por donde havia subido. Entonces con benignissima caridad me dijo el Señor: Vuelve acá, alma, vèn acá, tù no vès que no llevas la principal limosna, que es la del Rey, y Señor de este combite? Vèn, y recibirásla de nuestra mano. Caì en mi cortedad, y confusa, y humillada me lleguè à su Magestad, y recibì de cada una de las Tres Divinas Personas una gran limosna. Es de notar, que mientras yo andaba recogiendo la limosna de los Santos, me dijeron unos Santos Angeles: Què haces tù aqui? Quièn te ha trahido acá? Y el Señor benignissimo, como volviendo por mì, les dijo: Dexadla, que aunque no vive acá, de casa es. Obranse estos mysterios acomodandose aquel gran Dios en ellos al modo humano; y quiso decir, segun yo lo entendì, que aquel ser yo de casa, era à la manera, pongo por exemplo, que una labandera entra, y sale en casa de algun Caballero à labar, y servir en ella muy ordinariamente, y la tiene como por criada de su casa, aunque ella se vaya à dormir à otra.

Al fin, yo salì rica, y llena de mil bienes, cantando el *Te Deum laudamus, &c.* Topéme en saliendo de aquella mysteriosa sala al Santo Angel de mi guarda, y à los demás mis Señores, y baxando con ellos por la escalera dicha, al fin de ella me hallè en Inglaterra à las puertas de una casa cerrada, donde muchos Catholicos angustiados, y afligidos se havian juntado à tratar, cómo saldrian de la dura vejacion de aquel mal Rey, y decian: Dexemos nuestras casas, y nuestras haciendas, y vamonos como pudieremos à tierras Catholicas; pero luego se les ofrecian dificultades grandes, por las mugeres, hijos, y otras cosas. Estando en esta afliccion, dos Angeles de los que iban conmigo llamaron à la puerta; respondieron los de dentro con un modo de turbacion triste, no sabiendo quién tocaba; pero los Santos Angeles, hablando con grande

de caridad, y blandura, hicieron que se les abriesse la puerta. Entramos todos los que ibamos, y al punto aquella casa, que estaba como escura, y lóbrega, quedò como bañada de resplandor, y muy claras y aquellos Catholicos fueron llenos de una grande alegria espiritual, consuelo, aliento, y fortaleza, que les parecia que no se conocian à sì mismos: yá de buena gana querian padecer por su Señor Jesu-Christo, y ser crucificados por èl de mano de aquel impìo Rey, y sacrilego Herege. Este fuè el efecto de la limosna, que los Celestiales Combidados les embiaron conmigo; pero el grande afecto que yo sentìa para con estos mis queridos hijos, y trabajados Catholicos, no me dexaba sossegar con darles solo lo que havia pedido, y me havian dado para ellos, sino que deseaba darles de lo que aquel gran Dios Trino, y Uno me havia dado para mì, que era un nuevo dón de amor de Dios, y la aplicacion por un nuevo modo de la preciosissima Sangre de Jesu-Christo Señor nuestro, y la pureza del alma. Queriendo, pues, comunicarles de esto quanto yo pudiesse, me lo impidiò el Santo Angel de mi guarda, diciendo: Alma, esto te dieron agora para tí solamente, y no para que comuniques. Salimos de aqui, dexando aquellos Catholicos con grande aliento, y aprovechamiento de sus almas.

De alli nos fuimos à los calabozos, y mazmorras de Berberia, adonde aquellos Cautivos Christianos padecian increibles trabajos de aquella barbara, y cruel gente. Repartiòse tambien con estos hijos mios muy buena parte de aquella espiritual limosna, dandoles luz, aliento, y fortaleza á sus ánimos, que estaban muy caídos, y postrados con la profunda tristeza de sus penas, y quedaron por la misericordia de Dios bien alentados. De alli me traxeron estos Señores Angeles á mi aposento. Fuè mucha la luz que de su Divino Sèr, y atributos me comunicò el Señor mientras anduve en este mysterio. El sea eternamente bendito. Amen.

CAPITULO XV.

Concluye con otros casos de esta materia.

„NO se estrechaba la caridad ardien„te de esta Virgen à solos los In„gleses Catholicos, sino tambien à los „mismos Hereges de la misma Nacion; „deseando, y pidiendo instantemente su „reduccion à la Fè Catholica à los que „se havian de disponer à tanto bien, y „el assolamiento de aquellos à quienes el „Señor conocia, que por sus culpas ha„vian de acabar en su perfidia. Este es el „espiritu con que la Iglesia Romana, que „es sola verdadera Iglesia de Christo, en „el Oficio del Viernes Santo ora por la „conversion de los Hereges, y en la Col„lecta de los Sacrificios quotidianos pi„de su destrùccion. Es piissima, y está re„vestida de las entrañas de Dios esta gran „Madre de los Fieles, Esposa de Christo, „y no desea vér assolados los Hereges „absolutamente, sino supuesto que han de „vivir solo para escandalo de la Fè, ver„dugos de los Catholicos, aumentando „mayor caudal de pecados, y grangeando „mayor infierno, quanto mas tarde mu„rieren en su perfidia. Esto no es abor„recer los hombres Hereges, sino la He„regia de aquellos hombres. Vestiase Do„ña Marina de este mismo zelo santissi„mo, y discretissimo, de que yá se viò „algo quando tratè las cosas de Espa„ña, y se verá mas claramente en lo que „ahora escribiere, que ella refiere por el „tenor siguiente.

Refiriòme un Padre de la Compañia el martyrio de algunos Padres de su Orden, y de las de Santo Domingo, San Francisco, y otros Fieles, que en el Japòn murieron por la Fè quemados vivos el año de 622. y agora llegò la nueva, que son catorce de Julio de seiscientos y veinte y quatro. Dióme grandissima pena la perdicion de aquel Reyno, y que llegasse à tanta crueldad, que matasse los Santos Ministros del Evangelio. Crecieron tanto las an-

ansias de mi alma, que aun à mi flaco cuerpo se le recreciò buena parte de dolores. Clamaba al Señor, y parece que me deshacìa por el remedio de tantas almas como alli se perdian. Fué grandissima esta pena: de suerte, que el Santo Angel de mi guarda me miraba con mucha lastima, y con afectuosa caridad me decia: Descansa, alma: descansa un poco. Ví luego al Señor enojadissimo con aquella gente, y dijome: Qué quieres, alma, que haga con ellos? Son hijos del demonio, son serpientes, son vivoras: Yo les embio Ministros para su bien, mira tù cómo me los tratan. Callè un poco de cansada; y de ahí á tres horas, poco mas á menos, en que se fuè aumentando la pena, yà yo no podia mas, rebentaba de dolor, y lastima de la condenacion de tanta gente, redimida con la Sangre de mi Señor, y que tan grande precio se perdiesse en ella. El Señor con su acostumbrada piedad me volviò à decir: Pues, alma, qué quieres? Señor mio, dije yo, la salvacion de esta gente, y de todo el mundo. Alma, respondiò el Señor, no quieres tù la mayor gloria, y honra mia? Pues mira, alma, que aunque la misericordia mia es siempre la que và delante; pero conviene tambien que se guarde mi justicia. Yo he dado à los Japones los socorros que se requerian: heles embiado Predicadores de la verdad, y hanmeles maltratado, y muerto. Al Inglès bien sabes tù que le traje à estos Reynos, para que viesse el trato de la Iglesia Catholica, adonde pudiera aprovecharse, y reducirse: no lo hizo: mi justicia clama, y à mi gloria conviene que sean castigados. Yo, con todo esso, suspiraba por el remedio de todos. Entonces su Magestad, como acallandome, dijo: Agora, alma, vente conmigo, y descansaràs. No Señor, respondì: no, Dios mio, respondí yo. Ea, que sì, volviò el Señor, vente conmigo: pues conmigo no quieres venir? No, mi Señor, repliquè yo: cómo puedo ir à gozar de tu descanso, y misericordias, viendo delante de los ojos la perdicion de las almas de mis projimos, y hermanos? El Santo Angel de mi guarda me decia: Alma, descansa en el Señor, que estàs muy fatigada. Al fin, el Señor por su inmensa clemencia me dijo consolandome: Ahora bien, Yo les darè nuevos socorros de mi gracia, por si quisieren aprovecharse de ellos. Con esto descansè un poco en su Magestad, que sea eternamente bendito. Amen.

„Aludese en este papel à la venida, que „poco antes havia hecho à España el Principe de Gales, despues infaustissimo Rey „de Inglaterra, que obstinado en su perfidia, muriò el mismo año, que estoy „escribiendo esto, en cadahalso público, „condenado por sentencia de sus vassallos. Hanse visto muchos Reyes, y Emperadores, à quien el tropel comun, „ò la furia particular de un vassallo quitasse la vida, aun en Provincias muy politicas. No se me ofrece exemplo en estas, adonde por tela judiciaria executasse „su mismo Pueblo contra su Rey semejante atrevimiento. Vibrò la Justicia Divina contra el desventurado Carlos Estuardo el rayo mas duro, en lo que toca „à penas de esta vida, en la permission „del ejercicio de la justicia humana mas „iniquo. Y siendo este ultrage de la Magestad Real tan fuera de los limites ordinarios, que nunca le recelò Principe legitimo, no es mas que sombra de la „confusion con que en la vida eterna lamentarà su protervia. No sé qué barruntaba de este desdichado Rey Doña „Marina, que con ser tan modesta, y „medida en sus palabras, siempre, como „vimos, le llamaba cruel, y malo. Há „mas de treinta años, en tiempo de nuestro piissimo Rey Phelipe Tercero, quando se empezò à rugir algo acerca de „las bodas de Carlos en España, que Doña Marina, por mandado expresso de „Dios, avisò, que por ningun caso se „hiciesse el casamiento, si èl no se redujesse à la Fè. Dejólo assi escrito en la „primera Parte de esta Historia el Santo Padre Luis de la Puente, el qual, en un papel „suyo, que tengo en mi poder, afirma, que „èl lo avisò assi à su Magestad Catholica, y „al Duque de Lerma, valído en aquel „tiem-

„tiempo. Prosigue esta admirable Virgen „con sus revelaciones, y dice assi.

Havia muchos dias, que con todas las veras de mi alma, y afectos de mi corazon suplicaba en la oracion à Dios, que si este Rey de Inglaterra, y sus vassallos Hereges no se havian de convertir, los destruyesse su Divina Magestad; assi porque no multiplicassen tantos, y tan enormes pecados para su mayor condenacion, como porque no infestassen con su poder nuestros Catholicos Reynos. Creciò una vez este afecto vehementissimamente, y estando con èl, en un instante me hallè en la Celestial Jerusalèn, en presencia de la Divina Magestad. Puso este gran Señor los ojos en mí, y con un modo de inmensa gravedad me dijo: Adónde vienes, alma, con tanta prisa? qué quieres? qué pides? Yo, como estaba fervorosissima con el afecto que dije, respondì luego: Señor Dios mio de la Magestad, vengo à pedirte, y suplicarte, que me dès una Capitanìa de Angeles fuertes, y valerosos, para que ellos, y yo vamos á assolar, y destruir á aquellos infernales Hereges de Inglaterra. Miróme el Señor, y dijo: Què dices, alma? Pues esso has de pedir? Y volviendose á los muchos Angeles, que alli estaban, les preguntò: Angeles mios, à vosotros, qué os parece de esto? Haveis visto tal afecto de alma? Ellos con grande reverencia, como encogiendo los hombros, hicieron un ademàn, como de cosa que les causaba novedad. Miróme otra vez el Señor, y dijome: Vuelvete, alma, à tu lugarcillo, y veráse tu negocio mas despacio. Yo, verdaderamente como embriagada de mi fervor, le dije: Qué es esso que dices, Señor mio? Qué es esso de vuelvete? Aqui tengo de assistir, à Tì solo tengo de venir, y solo à Tì tengo de volverme, y no à otra parte, ni lugar alguno. Pero su Magestad lo hizo de hecho de suerte, que en un punto me hallè en mi rincon.

Viendome alli, comencè con el desapoderado impetu de mis afectos à clamar llena de lagrimas, y de increible sentimiento: Ah, Señor Dios de la Magestad! oyeme, que clamo à voces. Ay Dios, que me han echado de la Celestial Jerusalèn por mis pecados, y porque no supe lo que pedia! Ay de Dios, y del Rey! Entendia yo con este nombre de Rey à Christo Señor nuestro, y repetìa estas palabras, y este grito muchas veces. Compadecióse, viendome en este estado, su Magestad de mì, y dijoles á mis Señores los Angeles: Ahora bien, trahedme acà essa alma. Hicieronlo assi, y en llegando delante de su divino acatamiento, me dijo con grande caricia este Señor: Vèn acá, alma, cómo quieres tù que haga una cosa como essa que pides? Cómo quieres que pueda Yo conmigo, y mi bondad infinita embiar de una vez tantas almas al Infierno? cómo quieres que haga tal? Yo te pongo à tì por Juez de esta causa: què me dices á esto? Callè un poco, y volvì luego con el mismo tesòn: Sì, Señor mio, sí, que arrebaten los demonios á tan mala gente, si ha de quedar acá para no convertirse, y hacer tan grave daño á los Catholicos. A este tiempo me quedè suspensa, y mis Señores los Angeles me volvieron á mi aposento.

Aqui, estando algo mas sobre mì, como atonita de las obras de este gran Dios, y de esta manera de comunicacion con una criatura tan vil, y miserable, decia entre mì: Si serà lo que agora ha passado alguna imaginacion mia, nacida de los fuertes afectos que estos dias traygo de vèr, ò reducidos à la Fè, ò extinguidos, si han de ser peores, á los Ingleses Hereges? Y buelta al Señor, le decia: Si serà imaginacion, Dios mio, ò qué serà? Tù sabes que no quiero, no tengo deseo, ni inclinacion alguna, mas que acertar puramente con tus verdades, y santissima voluntad, y no por Cielo, ni por tierra querria otra cosa sino servirte. Estuvo mi alma con esta perplejidad, y dura fatiga un grande rato. Consolabanme mis Señores los Angeles, diciendome: Alma, nunca el Señor te dejò, ni dejarà à obscuras. Tornabame con mas ansias à su Magestad en esta confusa lucha: repetiale muchas veces me alumbrasse en mis dudas, y oìale en-

entonces, que me dijo: Alma, si no crees que soy Yo el que te hablo, preguntalo à tu Confessor, y creele. Todavia me dejaba el Señor en mi obscuridad, pero sin menguar un punto los afectos primeros; el qual, volviendome otra vez à arrebatar à la Celestial Patria, teniendome en su presencia, me dijo: Vén acà, alma, contentaráste con que Yo quite las fuerzas à aquella mala gente de los Hereges, para que no haga daño à estos Reynos Catholicos? Yo, con hipo de vellos consumidos de una vez, respondì: Contentaréme, á mas no poder, Señor. Y contentaràste, replicò el Señor, con que aún los enflaquezca mas? Respondì lo mismo. Tercera vez volviò à decir su Magestad: Y si los arruinàre, y menguáre mas, y mas, contentaráste? Entonces dije yo: Dios mio, y Señor mio, haz aquello que Tù quisieres, y sabes que conviene mas.

Passado esto, me volví à hallar en mi aposento, y volvieron à embestirme mis temores, con la misma obscuridad que antes. Entonces, con grandes veras de resignacion, y afecto en la voluntad del Señor, le dije: Dios mio, y Señor mio, yo quiero de todo corazon, alma, y afecto, vivir en esta obscuridad, siendo gusto tuyo, todo el tiempo que quisieres, y como mandares, con tal, que no me desvie un punto de tus verdades, y santissima voluntad. Hice yo este acto con grande fervor; y dijome su Magestad: Verdaderamente, alma, que por todas las partes que te miro, y pruebo, me coges à las manos, y te hallo fiel; y assi te digo, que Yo soy el que te hablo, y me comunico contigo, y harè en lo que me has pedido aquello que mas conviniere à mi gloria, y servicio, y bien de todos: de suerte, que tù quedes consolada, y sasisfecha, de que todo lo que Yo hiciere, es lo mejor, y lo que mas conviene. Con estas palabras se serenò el nublado de mis dudas, y quedò el alma alentada, y satisfecha de que es su Dios quien la habla, y enseña tan grandiosos mysterios. El sea eternamente bendito por tantas misericordias. Amen. Amen.

„Concluye Doña Marina esta materia „de los Ingleses con otra regaladissima vi„sion, en que alcanzò otra limosna es„piritual para sus queridos hijos los Ca„tholicos de aquel Reyno. Cuentala por „estas palabras.

Vigilia de la Ascension de este año de seiscientos y veinte y siete, estando en mi oracion ordinaria, vì que en la Celestial Patria se aparejaban, hablando à nuestro modo, grandes fiestas para el dia siguiente. Pareciame que se entoldaba todo el Cielo con ricas colgaduras, que adornaban las mansiones, ò moradas de los Angeles, de los Santos Patriarças, Apostoles, Martyres, Confessores, y assi las demàs. Estaban todas estas colgaduras admirablemente lucidas, y en cada una de ellas, por un modo inefable, y divino, me parecia que estaba estampado cómo el Eterno Padre, por los meritos de su Unigenito Hijo, hecho Hombre, havia hecho merced à todos aquellos Bienaventurados, criando los Angeles por el Hijo, y rescatando, y beatificando los Santos por su Passion, y Muerte. Todo esto veià mi alma desde mi rincon: alegrème, pareciendome seria buena ocasion de sacar limosna para mis hijos; y assi se lo decia al Señor; y mas quando vì allì puesta una rica mesa, muy opulenta, poblada de manjares divinos, que por estàr cubiertos, no veìa yo sino por mayor. Ví mas, que al pie de esta mesa estaban tres cestas grandes, muy resplandecientes: tenian sus assas, y estaban llenas de unas rebanadas de blanquissimo pan: cubrianlas à cada una de por sì su tohalla, y havia otra tohalla grande, que las cubria todas. A este tiempo llegaron unos Santos Angeles, y despues de una profunda reverencia, que hicieron al Señor, cogieron dichas cestas, pusieronlas sobre sus cabezas, y cantando alabanzas al Señor, anduvieron rodeando aquella sagrada mesa, hasta que vinieron à parar delante de su Divina Magestad: allì se postraron, y presentando las cestas, echò el Señor su santissima bendicion à aquellos panes. Volvieron los Santos Angeles à cogerlas, traje-

jeronlas al lugar adonde eſtaban primero, y luego ſe volvieron à humillar, y con grande reverencia adoraron al Señor.

Acabado eſte myſterio, oì muy como de lejos, que ſe tocaba un atambor de guerra, dandole ſolo tres golpes. Hizoſe eſto como diez veces; y á cada vez que ſe hacia, ſe oía tambien allà como muy de lejos, y del profundo un alharido grandiſsimo de voces tan laſtimeras, que me quebraban el corazon, y me movian à compaſsion tierniſsima. Eſtaba yo admirada, quando ví, que ſaliendo del Cielo dos Angeles muy ſupremos, ſe puſieron como en pie ſobre la redondèz de la tierra, y mirando à una parte, y à otra, haciendo graviſsimos ademanes con los brazos, como previniendo atencion à las criaturas racionales, à una dieron voz en alta en eſte pregon: Atended, hombres. El gran Dios, y Señor de la Mageſtad, deſde ſu Eternidad determinò de embiar al mundo en el tiempo determinado por ſu bondad à ſu Unigenito Hijo: hizoſe Hombre, padeciò tormentos de muerte de Cruz, ſaqueò el Infierno, reſucitò, y ſubiò á los Cielos,abriendo el camino à los Juſtos. Hoy es el dia en que ſe hace fieſta à eſte triunfo del Señor. Los que teneis orejas para oìr, oìd, alabad, y bendecid à eſte Señor, dandole gracias por eſtas miſericordias, que os ha hecho. Quien tuviere orejas para oír, oyga. Dieron formalmente eſte pregon en las quatro partes del mundo, y luego ſe ſubieron al Cielo. Deſpues, al ſon de aquel atambor, ſe ordenò alli una Proceſsion de Angeles: iban en dos hileras, á modo de Soldados viſtoſiſsimos; y bajando á la tierra, la rodearon toda, ahuyentando los demonios, que eran (como entonces ſupe) los que havian dado aquellas triſtes voces, y lamentables gemidos de pena, deſpecho, y rabia de ſu perdicion; y luego ſe volviò á ſu lugar aquella ſagrada Soldadeſca á la Celeſtial Ciudad, adonde ſe ordenò otra mas ſolemne Proceſsion de todos los Angeles del Señor, los quales, riquiſsimamente aderezados, rodearon todo el Cielo, y vinieron à parar delante de la Trinidad Beatiſsima, donde poſtrados todos humildemente, la adoraron. Sea el Señor eternamente bendito. Amen.

Eſtuve yo á viſta de todo eſto deſde mi rincon; y á eſte punto, con orden de ſu Mageſtad, mis Señores los Angeles me ſubieron al Cielo, poſtrandome delante de aquel Señor; y deſpues de haverle adorado, pedí limoſna para mis hijos. Reſpondiòme el Señor muy benignamente, y mandò me dieſſen aquellas tres ceſtas que dije. Yo muy alegre, me volví al Santo Angel de mi guarda, y dijele: Mi Señor Angel, cómo tengo de llevarlas? Ponte la una en la cabeza, dijo èl, y las otras cada una en ſu brazo. Hicelo aſsi, y no ſentia carga ninguna. Caminè luego, llevada de mis Señores los Angeles, para Inglaterra. Llegamos á las puertas de los Catholicos, y pareciòme que eſtaban como aviſados de la bendicion que les iba; porque ſalieron ellos miſmos à la puerta á recibir ſu limoſna, que ſe les diò con abundancia. Lo que ſobrò llevaron mis Señores los Angeles á los Cautivos de Berbería. No fui yo allá de eſta vez, ſino que deſde acá veìa cómo viſitaban las Mazmorras; y en acabando eſto, volvieron por mì, y me trajeron á mi rincon. Sea el Señor bendito. Amen.

„Es de advertir, que no ſolo eſta vez, „en que no fuè Doña Marina à Berberia, „ſino tambien las otras, en que fuè à entrambas partes, ſiempre la primer jornada era à Inglaterra, y ſe llevaba à los demàs lo que ſobraba de los Ingleſes Catholicos. Eran eſtos los hijos primogenitos mas queridos, y parece que veìa eſta „Virgen, que era mas dura la perſecucion „de Londres, que la de Argél. Aqui en „poder del Moro padecen ſolos los cuerpos, que no atiende à mas que à ſacar „el reſcate de ſus cautivos. Acullà en poder „del Herege ſe afligen tambien las almas; „porque los afligidos Catholicos no ſolo „padecen diſpendio en la hacienda, y vida, ſino perpetuas invaſiones contra ſu „Fè. En otro quaderno, en que Doña Marina apunta algunos myſterios, que viò „por

„por Junio del año de feifcientos y veinte „y feis, cuenta uno de la adoracion del „Santifsimo Sacramento; en el qual, porque tambien defcubre con el fervor que „en los paffados fu afecto para con los „Inglefes Catholicos, me pareciò ponelle „en efte lugar. Refierelo ella afsi.

Lunes paffado ví en el Cielo una grande fiefta, en la qual todos los Angeles, y Almas bienaventuradas moftraban particular alegria, y regocijo. Eftaba en un Trono muy levantado, y viftofifsimo una hermofifsima Cuftodia con el Santifsimo Sacramento; en el qual mi alma con figura imaginaria no veìa mas que unas Efpecies Sacramentales, como las que acà vèn los ojos corporales; pero con una intelectual, y purifsima noticia eftaba viendo alli à todo Chrifto, Dios, y Hombre verdadero, y à toda la Beatifsima Trinidad, con aquel modo diverfo de eftàr, que dije en otra ocafion. Eftaban à rededor de efte Trono, adorando al Señor, innumerables Angeles; havia otros, no pocos, armados, y galanifsimos, à guifa de foldados, que me parecia formaban una Compañia, como acá la Guarda, que defiende una Real Perfona. Tiraban eftos de quando en quando, difparando fus arcabuces, à la manera que otras veces he referido. Admirème yo de efta manera de Guarda; y llegandome à los primeros, les preguntè: Señores, à quièn guardan? No guardamos á nadie, refpondieron ellos, fino efpantamos, y amenazamos de muerte à los que defprecian, y no creen en efte Divino Sacramento. Luego vì, que fe ordenaba una folemnifsima Procefsion con tanta mufica de voces dulcifsimas, tan acordados inftrumentos, y en lo demàs con tanta gala, y hermofura de aquellos Celeftiales Cortefanos, que con ningunas palabras puede explicarfe.

Iban muchos de ellos en habito Ecleſiaftico; pero entre eftos havia tres con veftiduras Sacerdotales de extremada riqueza, y hermofura. No conocì quiénes eran; pero entendí que eran de los Santos muy antiguos del Viejo Teftamento. Eftos, haciendo una profundifsima reverencia, fubieron por las gradas de aquel Trono; y haviendo uno de los Laterales incenfado con una mageftuofa autoridad, pero junta con una humilde, y profunda veneracion, luego el que venia en medio tomò la Sagrada Cuftodia, y bajando con ella debajo de un hermofifsimo Palio, con todo aquel grandiofo acompañamiento, diò una buelta por la Plaza de aquella Celeftial Ciudad; y acabado efto, volviò con fuma reverencia à poner la Cuftodia en el lugar de antes.

Eftaba yo con grande confuelo mirando tan foberanos myfterios, y pareciame, que fe efparcia entretanto fobre la tierra una lluvia de divinos dones, y Celeftiales riquezas; è infundiendome el Señor un fubito, y ardentifsimo defeo de llamar à mis Catholicos de Inglaterra, para que vinieffen à gozar de tan ricos Teforos, comencé con grande prifa à romper por entre aquellos Santos Angeles, diciendo: Dejenme paffar, Señores, dejenme paffar. Deteníanme ellos, y preguntabanme: Adónde vas, alma? Què quieres? Yo, llevada de mi hipo, no decia mas, que repetir: Dejenme paffar, Señores, hafta que mi Santo Angel de la guarda, deteniendome, dijo: Aguarda, alma, que no puedes bajar de aqui, fi no te bajan. Entonces defde alli, como pude, comencè à llamar aquellos Catholicos, y deciales: Hijos mios, hijos mios, venid, venid. Ellos me refpondian: Madre, Madre, ayudanos, ayudanos. Luego ví, que Jefu-Chrifto Señor nueftro los rociaba defde alli con un licor preciofifsimo, el qual ellos recibian con grande devocion, y gufto. Teniale yo muy grande, de vèr quán ricos quedaban con las mercedes que el Señor les hacia. Acordème entonces de los otros Fieles, que viven entre Paganos, y llamabalos de la mifma manera que à los primeros: y folo vì, que à aquella Matrona, de quien hablè en otra parte, aunque eftaba en tan lejas tierras, le cupo tambien fu porcion.

Quedème à efte tiempo como fufpenfa; y quando volvì de efte rapto, comencè à decir: Pobre de mì, que he quedado yo fin parte de eftos bienes, por acudir à mis hijos. Dije efto por tres veces, como fintiendo pena de lo que havia perdido; pero

ro vì luego à Jesu-Christo Señor nuestro, el qual, llegandose à mì, me dijo: Sossiegate, alma, no tengas pena, que no has perdido nada; y metiendo la mano derecha en la sagrada Llaga de su Costado, y sacandola teñida en su sangre, me hizo con ella una cruz en la frente, significandome, que aquella era la parte que me cabia. Yo me postrè á sus sagrados pies, y le besè el uno, en el qual vì la Llaga, la qual era al modo de una rosa fresquissima, y bellissima. Sea el Señor siempre bendito. Amen.

CAPITULO XVI.

Su caridad à projimos, y personas particulares.

„HAvemos visto la caridad de esta Virgen, como en comun, para con „todas las almas del mundo, y luego mas „en especial para con las Naciones Española, è Inglesa. Bajemos agora en particular à lo que hizo en bien de algunas familias, y de algunas personas, à quien individualmente socorrió. Y empecemos „por aquella Matrona, de quien nos acaba de decir, que conocia por sierva de „Dios, y participe de sus gracias en tierra „de Paganos remotissima. Quién fuesse esta gran muger, que no solo fuè Fiel, sino „tan fervorosa, que juntaba Fieles para „Christo, los amparaba, y buscaba Maestros que los enseñassen, no lo quiso decir Dios à Doña Marina, como ni tampoco quál era la Provincia Pagana en que „vivia; pero mostròle la persona muy individualmente, é hizo que la hablasse, para „que se moviesse mas à tener mucho cuidado de ella, y de su familia en sus oraciones. Empieza, pues, Doña Marina de „esta manera.

A dos de Junio, de este año de mil seiscientos y veinte y cinco, que fuè ultimo dia de Pasqua de Espiritu Santo, al tiempo que se estaba diciendo Missa en el Oratorio, oì un gran ruido en el Cielo, y tras èl vì una lluvia copiosissima, que de allà bajaba. Era toda ella como de hermosissimas perlas; y llegando à la tierra, se deshacia, como algunas veces sucede quando caen copos de nieve no bien fraguados; pero reparè, que en unos lugares pequeños, donde havia pocas casas en pie, y essas pobres, y muchas otras derribadas, allí no se derretia la lluvia; y saliendo gente de aquellas casillas, que toda parecia pobre, hacia montones de aquellas ricas perlas, è ibanlas recogiendo en su casa, quedando los montones tan enteros como de antes. Diòseme à entender, que estos eran los Catholicos, que vivian entre Hereges.

Ví tambien un numero de gente (no podrè decir quántas personas serian) que estaba con grandes deseos de conocer la verdadera Ley, y creencia en que los hombres se salvan. Era como Maestra, y Caudillo suyo una muger alta, morena, carilarga, que si la viera agora, la conociera muy bien. Esta Matrona me llamaba á voces, y me decia: Madre, Madre, ayudanos. Ví un Sacerdote vestido con una sobrepelliz, que los rociaba á todos con agua bendita. Solo entendì, que toda esta gente era de una Provincia de Paganos muy apartada: à este tiempo, el Padre que me decia Missa, me trajo el Santissimo Sacramento, y cessò la vision. Pocos dias despues la vì en espiritu mas distintamente. Vive en el campo, adonde tiene su casa, que es à modo de casa de grangeria, aunque grande, y capàz, adonde viven sus criados, y la gente que cuida de su hacienda. Llevòme ella, como por la mano, à otro lugar, que era un trecho de campo, todo bañado en sangre, y dijome: Sabete, Madre, que aquella manadica de gente, que los otros dias viste debajo de mi enseñanza, que estaba tan deseosa de conocer el camino de la salud eterna, toda ella, por la misericordia de Dios, se bautizò; y porque con grande fervor se declararon todos por Christianos, à todos juntos los martyrizaron aqui, dando con grande constancia la vida por la Fè. Preguntéla yo, por què no se la havian quitado tambien à ella? Y respondióme: Tengo yo en esta tierra ciertas calidades, y preeminencias, por las quales no se han atrevido, ni se atreveràn à martyrizarme. Dijome mas, que iba yà juntando, y catequizan-

zando otra manadita, que sirviesse à nuestro gran Dios, y Señor, y quiera el Señor ayudarla en tan heroyca obra. Despues, por mediado Agosto, haviendome este Señor nuestro hecho una gran limosna de un mysterioso ladrillo de oro, y trahidome mis Señores los Angeles para repartirle con los Catholicos Ingleses, me llevaron luego á visitar esta gran Matrona, y à los Fieles que estaban con ella, que llegarà yá el numero como à treinta personas. Viven como retirados, y escondidos en aquel campo, en la morada de esta Señora, que como dije, no es Palacio sumptuoso, sino casa baja, aunque capáz, ò una junta de casas humildes; pero con puertas secretas, por donde se mandan: debe de ser cautela contra los Infieles, que martyrizaron à los otros, que por medio de esta Señora se havian convertido. A ella, y à ellos comuniquè liberalmente parte de aquella Celestial riqueza, y quedaron todos contentissimos. El Señor sea bendito. Amen.

„Hasta aqui Doña Marina, hablando de „esta gran Matrona, cuyo nombre, tierra, „y lo demás de su vida, deseára yo saber, „para dejarla celebrada à los siglos venide„ros en este libro; pero pues el Señor gus„tò de encubrirnoslo, contentemonos con „creer piamente, que la tiene en su eterno „libro de la vida, y quizá guarda su Histo„ria para que alguno de los Missioneros „Evangelicos, que por alli andan, mas co„piosamente nos la refiera. Prosigamos ago„ra con la de nuestra admirable Virgen, „que prosiguiendo particulares casos, que le „passaron con sus proximos, dice assi.

El ultimo de Enero del año de mil y seiscientos y veinte y cinco, estando muy afligida, y fatigada de mis dolores, se llegò à mí el Santo Padre Luis de la Puente, y me dijo: Hermana, quieres venirte conmigo, y llevaréte adonde el Señor me tiene ordenado? Yo me encogì notablemente, y me volvì à nuestro Señor, pidiendole luz para acertar con su voluntad, y supliquéselo mucho. Viendome assi el Santo Padre, como sonriendose de mis temores, alzó los ojos à un Santo Angel muy superior, que luego vì alli, y le dijo: Esta alma no tiene disposicion para que yo la lleve, llevala tù, Santo Angel, y irà con mas consuelo. Llegóse à mí aquel Santo Angel, y dijome: Vente conmigo, alma, adonde el Señor manda. Y adónde quiere llevarme, Santo Angel? respondì yo. Quando estès allá, dijo èl, lo sabrás, y verás. Ni con esto me resolvia del todo, y bolviame à su Magestad, pidiendo luz. Entonces me preguntò el Señor benignissimamente: Alma, y conmigo no irás? Sì, mi Señor, respondí yo, con vuestra Magestad irè adonde quiera. Ea, pues, vén en buen hora, dijo èl, y este Angel mio te llevará, que assi conviene. Llevóme, pues, este Santo Angel, acompañandome tambien mis Señores, y el Santo Padre Luis, aunque éste algo apartado, al Reyno de Sicilia, enseñandome de una altura todos los Lugares de èl, y Ciudades principales. Bajé à una de ellas, donde ví muy grandes Palacios; y poniendome aquel Santo Angel (que despues supe era el Custodio, y Protector de aquel Reyno) en medio de una espaciosa Plaza, me dijo: Hermana, hincate de rodillas, y haz oracion al Señor por este Reyno, y pide à su Magestad le conserve en la Fè, y servicio suyo. Hice lo que me mandò lo mejor que pude, y en acabando, me mandò le echasse al Reyno la bendicion. Estuve suspensa, ignorando el Mysterio; y entonces me dijo aquel Santo Angel: Mira, hermana, el Señor me tiene encomendada la guarda de este Reyno, y por respeto del bien que te ha hecho, y hace la persona que se trata venga ahora à gobernarlo, se te ha pedido hiciesses oracion, para que quando èl, ò quizá otro llegáre, estén las cosas en mejor estado. Despues de esto, me bolvieron à mi rincon.

„No le mostraron à Doña Marina de „cierto si iria la persona, porque era el „tiempo en que el negocio empezaba à „tratarse: despues fue de hecho. Era la per„sona, como lo dejò apuntado à la mar„gen el Padre Miguèl de Oreña, el Mar„quès de Tabara, insigne bienhechor, y „devotissimo de nuestra Virgen, y Princi„pe muy christiano. No fue menos regala„da hija de Doña Marina su muger de es-

„te

„te Caballero la Marquesa Doña Isabél de „Moscoso, Princesa tan esclarecida por su „sangre, como por sus virtudes: ayudóla „mucho en vida con sus consejos Doña „Marina, y no le faltò despues de su muer- „te. Enfermò la Marquesa por casi todo „este año con tan grande mal, que puedo „afirmar, que viendola (con ocasion de que „saliendo de su Lugar para curarse en Va- „lladolid, adonde en llegando muriò, pa- „rò un dia en Villa-Garcia, donde yo en- „tonces vivia) me inmutò por extremo; pa- „recióme un esqueleto vivo, un retablo „de dolores, y dejónos à todos los Padres „del Colegio, que la visitamos, y procu- „ramos assistir, como à tan particular de- „vota de nuestra Compañia, no solo edi- „ficadissimos, sino tambien singularissima- „mente embidiosos de su extremada pacien- „cia, y conformidad con Dios en tan flo- „ridos años. Escribe, pues, Doña Marina „lo que le passò con esta dichosa difunta „por estas palabras.

Haviendose muerto la Marquesa de Tabara Doña Isabél de Moscoso Viernes, dia de San Francisco, à las once de la noche, encomendéla mucho à nuestro Señor, porque la tenia yo grande amor por su virtud, y pureza de conciencia, que siempre en ella conocí. Luego entre dos, y tres de la mañana del Sabado siguiente, inclinandose el Señor à mis pobres ruegos, me la mostrò en el Purgatorio, y vìla en esta forma. Estaba como entre el Cielo, y la tierra, atados pies, y manos: tenia los ojos levantados al Cielo, y el semblante tan triste, y con muestras de tan grande ansia, que no hay acá cosa à que lo pueda comparar. Estaban al rededor de ella algunos Angeles, y mas cerca que todos, y muy junto à la misma, el de su guarda. Dijome el Señor, que aplicasse por aquella alma la Comunion de aquel dia. No, mi Dios, dije yo, no, por quien eres, y por tu infinita misericordia, que hay casi tres horas de aqui à que se me pueda decir Missa, y has de usar de tu benignidad, en que no dure tanto la pena de esta alma: yo tengo cuentas de Indulgencia para este efecto, rezarè luego lo que Tù me ordenáres, y harásme la merced que te suplíco. Norabuena, dijo su Magestad: Reza tres veces el Pater noster, con el Ave Maria. Hicelo assi, y en acabando, vì, que con grande presteza el Santo Angel de su guarda le soltò las ataduras de pies, y manos, y en un punto èl, ella, y los demás Angeles bolaron al Cielo. Pareceme, que la mayor pena que padeciò aquellas pocas horas, fuè la privacion de la vista de su Dios, y ansia que tenia de verle. El sea bendito. Amen.

„Comunicò Doña Marina esta misericor- „dia del Señor con su Confessor el Padre „Oreña, el qual, encomendandolo à Dios, „le mandò muy prudentemente, que en „viendo al Marquès, le diesse esta dichosa „nueva para consolarle de la pena en que vi- „via, por la falta de consorte tan dignamente „querida. Fundóse el Padre Miguél de Ore- „ña, en que convenia hacerse assi por lo „que agora dirè. Havia el Marquès los años „atrás, en vida del Santo Padre Luis de la „Puente, tenido un negocio gravissimo, y „pidióle à Doña Marina, como tan fami- „liar suyo, encomendasse el buen sucesso al „Señor, si convenia à su santo servicio. Te- „nia yá el Marquès en su favor mucho an- „dado, y le parecia, que con pocas diligen- „cias tendria el fin deseado. Encomendò „Doña Marina el negocio al Señor, el qual „le respondiò, no le convenia al Marquès. „Avisò el Santo Padre Luis de la Puente de „esto al Marquès, y con ser esta pildora tan „dura de digerir, que qualquiera rehusára „la obediencia de tragarla, el Marquès, co- „mo tan Christiano, valerosamente se rin- „diò al Señor; y dando el credito que so- „lia à los avisos de Doña Marina, la recibiò „con tan buen talante, que luego alzò mano „del negocio, y no quiso hacer mas en èl „la menor diligencia. Esto le moviò al Pa- „dre Oreña, segun lo hallo escrito en un „membrete suyo, à que Doña Marina le „aliviasse agora con esta alegre nueva, co- „mo en premio de la heroyca resignacion „con que havia recibido la penosa. Juntè „aqui los sucessos de estos dos Excelentissi- „mos Consortes, para que à la Nobleza de „España, y en especial à los de su clarissi- „ma familia, les puedan ser dechado de vir- „tud.

„tud. Acabemos eſte capitulo con otra ac- „cion de la caridad de Doña Marina con „cierta perſona, aunque no de tan buen „ſuceſſo como las paſſadas. Refiere ella el „caſo de eſta manera.

Por Noviembre de ſeiſcientos y veinte y quatro, poco antes de la fieſta de la Preſentacion de nueſtra Señora, eſtando en mi oracion, en el modo ordinario, me trajo ſu Mageſtad à la memoria el grande peligro en que vivia cierto ſugeto, que haviendo ſido muchos años Religioſo, havia dejado la Religion, y al juicio de los que le conocian, y tenian noticia de las cauſas que tuvo para dejarla, eran poco ajuſtadas. Comenzaronſe luego à mover en mi alma vehementes afectos; y como ſi eſtuviera hablando con èl, à grande priſa, y con mucha anſia, le decia: Mira, hombre, que te has de condenar. Y no sè con què fervor dije dos veces: Y ſi te llevàre, llevado ſeràs. Fueron creciendo los deſeos de verle remediado; y volvìme à mis Señores los Angeles, y dijeles: Mis Señores, quàl de ellos me harà merced de ir à aquel hombre, y darle una fuerte inſpiracion con que ſe convierta à Dios, y ſe vuelva à ſu Religion? Por amor del Señor que vaya alguno, y lo haga. Miraronme todos, y como encogiendo los hombros, me reſpondieron: Hermana, no tenemos orden de Dios para eſſo: tratalo tù con ſu Mageſtad, y ſi èl nos le diere, al punto lo executarèmos. Volvì à llamar al Señor con grande afecto, y reſpondiòme ſu Mageſtad: Què tienes, alma? Què quieres? Dios mio, dije yo, deſeo mucho que aquel hombre ſalga del peligro en que vive, y ſe vuelva à ſu Religion. No me reſpondiò el Señor nada; antes, como quien ſe auſenta, ſe me eſcondiò. No ceſsè: volvia à llamarlo, y reſpondiame; y en tratandole del punto, ſe me auſentaba. Eſtando en eſto, vì delante de mì aquel hombre: eſtaba como tendido à la larga con muy mala cara, y con unos ojos eſpantables, y me dijo le encomendaſſe à Dios. Señor, le dije yo, humilleſe, reconozca ſus culpas, y vuelvaſe à ſu Religion. Sì hiciera, reſpondiò èl; pero no puedo: mire còmo eſtoy. Mirèle de preſto, y vì, que tenia atadas las manos, y los pies, y que por todas partes eſtaba ligado con muchas ataduras, y como impoſsibilitado para moverſe. Eran todas ſignificacion de los lazos, y impedimentos que le detenian en el ſiglo. Viendo eſto, comencè à exortarle con muchas veras, que ſe animaſſe, y hicieſſe de ſu parte lo que pudieſſe, que Dios le ayudaria, y que yo ſe lo ſuplicaria à ſu Mageſtad. Eſtandole diciendo eſto, ſe me deſapareciò, y ceſsò la viſion, dejandome con grande cuidado, y fatiga el peligro con que vive de ſu ſalvacion.

CAPITULO XVI.

Como ſocorriò algunas Almas del Purgatorio.

„HAY de eſta materia un tratado bien „largo, y admirable en la primera „parte de eſta Hiſtoria: y aunque en eſta „ſegunda ſe tocò yà eſte punto, y ſe to- „carà algunas veces, todavia harè aqui par- „ticular capitulo de algunos caſos, que en „eſto le ſucedieron; de los quales, no ſolo „ſe infiere la ardiente caridad de eſta Vir- „gen para con las Almas del Purgatorio, ſi- „no que tambien ſe ſacaràn muy provecho- „ſos exemplos para nueſtra enſeñanza. Refie- „relos, pues, ella por el tenor ſiguiente.

Eſtando en mi oracion, me moſtrò ſu Mageſtad el alma de cierta perſona, que havia muchos dias que era muerta, la qual padecia tan grandes, y exquiſitos tormentos, que exceden todo encarecimiento; y por eſto, en viendola, ſe me ofreciò, ſi acaſo eſtaba condenada à penas del Infierno: tan ſemejantes me parecieron ſus tormentos à los que he viſto en aquel infeliciſsimo lugar; pero ſalì luego de eſta duda, porque volviendoſe à mì aquella pobre alma, me pidiò la encomendaſſe à Dios: pidiòlo con un apreſuramiento grande, y muy como de paſſo; porque en el miſmo inſtante, con ſuma velocidad, me la arrebataron de delante de los ojos, ſin ſaber yo quièn la havia arrebatado, ni por què cauſa ſe havia hecho accion tan repentina. Quedème à mis ſolas laſtimadiſsima, con grande ſentimien-

to, y dolor del que padecia en ſus tormentos aquella pobre alma. Era ſingular mi compaſsion, y con ella me volví à nueſtro Señor para hacer oracion por ella, y rezar en unas cuentas que tengo de Indulgencia, à quien ſu Mageſtad tambien havia echado ſu bendicion, aſſegurandome ſacaria qualquier Anima del Purgatorio, rezando en ellas las oraciones ſeñaladas. Queriendo empezar, vì al Señor con ſemblante ſevero, y como reveſtido de ſu Divina Juſticia, que me dijo: Què haces, alma? De qué tratas? No me ruegues por eſſa alma, aplicando por ella las oraciones de Indulgencia, ni apliques ninguna de las Comuniones, con que por privilegio mio ſueles ſacar Alma de Purgatorio; porque eſta alma ha ſido juſtamente condenada à aquellas penas que viſte haſta el dia del Juicio Univerſal: y no fuè condenada à las del Infierno por grande miſericordia mia, atendiendo, para diſponerla à penitencia, à la inſtancia que el Angel de ſu guarda me hizo, repreſentandome algunas obras, que aunque pequeñas, provocaron mi benignidad, por haverſe hecho en bien de una perſona, à quien yo quiero mucho; y mira, que aunque hizo otras muchas obras de ſuyo buenas; pero porque las hizo mas por guſto ſuyo, y por fines humanos de honra, y credito, que por mì, caſi no le han ſervido de nada, y aſsi puſo ſu ſalvacion à grande rieſgo. Eſto todo me dijo ſu Mageſtad, de que yo quedè admirada; pero no me quitò el rogar por ella por el modo ordinario de otras oraciones, como no fueſſen aquellas en que ſu bondad me havia dado particular privilegio.

De aì à caſi dos horas, me moſtrò el Señor muchas almas de niños pequeños, como de ſiete años abajo, que me parecia à mì padecian grandes penas en el Purgatorio. Eſtaban como crucificadas, eſtendidos los bracitos, y dijome ſu Mageſtad: Mira por eſtas almas, por eſtas me ruega, como ſueles, y aplica las Comuniones. Pues, Señor mio, dije yo, eſtos niños, còmo vàn al Purgatorio, y padecen tanto? Penas padecen, reſpondiò el Señor; pero no ſon tan grandes còmo à tì laſtimada de verlos te parecen. Sabe, que ſon eſtas almas de niños de poca edad, que murieron con culpas ligeras, y veniales, y es neceſſario que las purguen: que como voſotros, quando eſtos tales mueren, les llamais Angelitos, y penſais que luego ſe vàn al Cielo, y con eſſo no ofreceis Miſſas, ni haceis bien por ellos, vienen à quedarſe con ſolos los ſufragios comunes de la Igleſia, y detienenſe en ſus penas, haſta ſalir por ſus cabales. Por eſtos, pues, me ruega tù, y haz oracion por ellos. Hice lo que el Señor me mandaba, quedando harto enſeñada para conocer quán puntual es la Divina Juſticia en purificar las almas que han de ir à gozarle.

Por el año de ſeiſcientos y veinte y ſeis vì al ſanto Padre Luis de la Puente, que trahía conſigo otro Religioſo, que tambien era yá difunto: venia éſte muy triſte: quejóſe de mì, porque me havia olvidado. Padre, reſpondì yo, cierto que entendì, que en muriendo te havias ido al Cielo: dime agora, cómo vienes tan triſte? Adónde eſtás? En haciendo yo eſta pregunta, ſalió un demonio del otro lado ácia donde yo eſtaba, y dijome: Eſtá en el Infierno, y echò à huìr. Maldito, dije yo, mientes, como quien eres; y volviendome al Religioſo, le preguntè otra vez: Adónde eſtás, Padre? El entonces, llorando amarguiſsimamente, y con mueſtras de ſingular afliccion, y deſconſuelo, me dijo: Eſtoy en el Purgatorio, por haver tenido demaſiado afecto à mis parientes: encomiendame à Dios, y haz que me digan ſiete Miſſas, para que ſe ſirva el Señor de abreviar mis penas. De aì à pocos dias volvì à verle, y me dijo, que eſtaba yá gozando de Dios; pero como le vì con el roſtro ſevero, y no con aquel ſemblante modeſtiſsimamente alegre, con que veo à los Bienaventurados, preguntéle la cauſa de eſto, y reſpondióme: Mira, ni eſtoy triſte, ni yà por la miſericordia de Dios puedo eſtarlo en toda la eternidad; pero quiſo el Señor, que te me mueſtre agora aſsi, para ſignificarte, que ſi pudiera caber en mì triſteza, la tuviera, por haver perdido tantos grados de gloria, que pudiera haver grangeado, ſi no me huviera eſtorvado la falta que dije, del demaſiado afecto à mis parientes.

Po-

Pocos dias despues, otro Religioso, que estaba cercano à la muerte, me embiò à pedir muchas veces que le encomendasse à Dios: yo lo hice con todas veras, y à la misma hora que espirò entrò contentissimo en mi aposento, diciendo: Madre, victor, que me voy al Cielo; haviendo passado por el Purgatorio, como quien passa por una llama muy aprisa. Halième dias antes de morirme con el corazon muy desasido de todas las cosas de la tierra, y por esso me ha hecho Dios tan grande misericordia. Otra vez, poco despues, estando hablando conmigo el santo Padre Luis de la Puente, me visitaron estos dos Bienaventurados Religiosos, haciendo al santo Padre Luis una grande reverencia; y preguntandoles yo, por què le tenian tanto respeto, haviendo sido Sacerdotes, como èl? Me respondieron: Porque en merecimientos, y gloria nos hace grandes ventajas. Sea el Señor en todos alabado eternamente. Amen.

„No nos dexò Doña Marina escritos los „nombres de estos dos Religiosos, que se„gun las circunstancias, y el venir juntos „con el santo Padre Luis, parece que fue„ron de nuestra Compañia. Tampoco en „el papel que ahora pondrè, declara el „nombre de una señora, à quien ayudò „mucho para salir del Purgatorio: solo ha„llo à la margen de èl escritas estas pala„bras, de letra del Padre Miguél de Oreña: „Esta Señora fué una Dama de la Reyna: „preguntaréle à Doña Marina el nombre. „Harialo él asi; pero no lo dexò apunta„do, ni yo pude hacer otra diligencia. El „caso es bien admirable, y refierelo esta „Virgen por el tenor siguiente.

Llevòse nuestro Señor à una persona grave, que me tenia mucho afecto, y me socorria con grande caridad en mis necessidades. Obligada yo de esto, en sabiendo su muerte, suplicaba de todo corazon à nuestro Señor, que si estaba en el Purgatorio, la librasse de aquellas penas, y la llevasse à su eterno descanso. Passé en esta peticion unos pocos de dias, y ultimamente, me mostrò las penas que tenia en el Purgatorio. Estaba esta alma en un rincon, buelto el rostro à la pared, y casi cosido con ella: diòme grandissima lastima verla de este modo; y como la veìa de la misma manera otras muchas veces, iba creciendo siempre mi fatiga: clamaba mas, y mas, rogando al Señor por ella, y trahiala siempre muy presente en mi memoria. Entonces me dijo su Magestad: Marina, no te aflijas, ni congojes tanto, por vér lo que padece aquella alma, que muchas veces es mas lo que tù padeces en essa cama, que lo que ella passa en su purgatorio. Con todo esso, Dios mio, y Señor mio, dije yo, hazme merced por quien tù eres de sacarla de aquellas angustias, y llevarla à tu Gloria. Bien està, respondiò el Señor, descansa tu agora. Luego me sentì movida del Señor, para mandar decir por aquella alma unas Missas de devocion, de que hablo en otra parte, que por experiencia sé que son provechosissimas para este efecto: hice la diligencia para que se empezassen à decir luego. Dijose la primera dia de Pascua de Resurreccion; pero mostrandome el Señor poco despues à esta alma en la misma forma que de antes, fué grandissima mi ansia: llamaba con gritos interiores, y grandes al Señor, diciendo: Ah, mi Señor, Dios de la Magestad, por el santissimo Mysterio de esta fiesta, te suplíco libres esta alma de las penas en que està. Hacia el Señor del dissimulado, callaba, y no me respondia nada. Crecia con esto mas mi fervor, y repetia muchas veces la misma plegaria con las palabras que he dicho, sin poder decir otra cosa.

Oyendo el Señor la griteria de mi espiritu, y viendo la vehemencia de mi afecto, siendo asi, que él mismo le estaba moviendo en mi corazon, con todo esso, con un modo gravissimo de quien mostraba enfado con mi importunacion, me dijo: Qué quieres, alma, que tal griteria levantas? Yo volvia à decir lo que siempre, sin poder añadir, ni mudar palabra. Entonces, mas blando su Magestad, ordenò à un Angel lo que havia de hacer, el qual, en execucion de esso, entrò en el Purgatorio, y mudandola de postura á aquella alma, la dexò como arrimada de espaldas á dicha pared. Vì lue-

go, que ella levantò los ojos al Cielo, y trás ellos tambien las manos puestas, significando una pena grande de no vér à Dios. Dijome entonces su Magestad: Criatura mia, yá tiene menos penas aquella alma: estás agora contenta? Yo como la veía con aquel hipo tan angustiado, respondì: No, mi Señor, no estoy contenta; y sin poder refrenarme, volvì á repetir la misma oracion: Señor Dios de la Magestad, por el santissimo Mysterio de esta fiesta te suplíco libres esta alma de las penas en que está; y no podia callar, ni dexar de repetir esto muy à menudo. Entonces, cosa rara! el Señor, que era el mismo, como dije, que me movia à rogarle, haciendo como del cansado de mi importunacion, se levantò de un asiento mysterioso en que yo le estaba viendo, y acompañado de muchos Angeles se fuè. En viendo mi alma, que se iba su Magestad, creciò mas en sus ansias, y sin poder detenerse, se fuè corriendo trás èl, dando voces, y repitiendo siempre dicha oracion. No me respondia nada el Señor, ni los Angeles que le acompañaban. Llegó su Magestad à una puerta vistosissima, que parecia de un hermosissimo Castillo, y estaba algo lexos del asiento en que yo le havia visto; y entrando dentro, y trás èl los Angeles, cerraron luego la puerta como de golpe, dexandome de fuera con harto dolor, y sentimiento mio.

Con todo esso, cobrè ánimo, y afervorizado mas el afecto con la misma repulsa, por unas no sendijas, sino ventanitas, como hechas aposta, aunque muy pequeñas, que vì en aquella puerta, proseguì con mi griteria, y repetia las palabras que siempre. Estuve en esta fatiga un rato, hasta que ultimamente su Magestad con su infinita clemencia dijo à aquellos Señores Angeles: Abrid la puerta à aquella criatura, y traedmela aqui. Hicieronlo ellos al punto. En entrando me puse de rodillas, las manos juntas, delante de aquel gran Dios, y Señor, el qual, mirandome con mucha benignidad, me dijo con caricia: Qué quieres, Marina? Qué pides con tan grande afecto, y fervor? Señor Dios de la Magestad, respondì, pido que por tu misericordia libres aquella alma de las penas en que està con esta primera Missa de devocion, que se ha dicho en esta festividad; y añadì luego: (bien sè, que movida del Señor, pero con las simplezas mias, y con la groseria, aunque amorosa, de mi estilo) Anda, mi Señor, por quien eres, no repares en que están por decir las cinquenta y tres; no se te dè nada, mi Dios, que luego se dirán. Mostraba el Señor, que oìa con gusto lo que yo decia. Dijome: Muy bien está, alma, lo que dices, muy bien está; Yo te quiero dár gusto, y consolarte en lo que me pides. Llamò luego al Angel de la guarda de aquella alma, y mandòle, que fuesse con los Angeles mis Señores, y la sacassen del Purgatorio. Fueron todos con gran presteza, y llegando, como si dijessemos, à las puertas del Purgatorio, pusieron los ojos en aquella alma: ella tambien los mirò con grande consuelo suyo, y dijeronla: Vente con nosotros, que orden tenemos de su Divina Magestad para llevarte à su presencia. Ella alegrissima se vino luego por un modo mysterioso ácia los Santos Angeles, y el de su guarda la tomò en los brazos, y acompañado de los demás, la traxo delante del Señor. Miròla su Magestad con caricia, y mandò à aquellos Angeles la colocassen en su lugar. Obedecieron ellos con grande contento, y en especial le mostraba grandissimo el Santo Angel de su guarda, è hicieron lo que el Señor les mandò. Estaba yo viendo estas misericordias de nuestro gran Dios, rebosando de alegria, y dandole mil gracias por esta merced, que le havia hecho à mi amiga, y bienhechora. Quedème en una grande suspension, y quando volvì de ella, aunque se havia acabado la vision, me duró el consuelo grande de tan felìz sucesso; porque me havia dado grandissima pena, y lastima todo el tiempo que la vì en sus angustias. Sea el Señor millares de veces bendito. Amen.

„Hay mucho que admirar en este su„cesso: mucho que ponderar de la caridad, „y agradecimiento de Doña Marina; pero „mas que todo llevará à los Lectores devo„tos la consideracion de la piissima benigni„dad de este grande Dios, y Señor nuestro, „cu-

„cuya admirable sabiduría, y admirabilissi„ma clemencia, buscò tan cariñosas trazas, „para que à esta primera Missa saliesse del „Purgatorio aquella alma bendita, que cor„riendo por sus cabales, huviera de esperar „algunas otras. Tambien las Señoras de „Palacio pueden, y suelen algunas hacer „obras tan agradables en los Divinos ojos, „que el mismo Señor, despues de muertas, „solicite quien con sufragios, y indulgencias „las socorra, para que queden ilesos los fue„ros de su Divina Justicia, entrehaciendo de „las suyas su incomparable misericordia. Ben„dito sea èl, y alabado eternamente de sus „Angeles, que nos diò la Sangre de su Sa„cratissimo Hijo, de cuyo Tesoro sacamos „tan inestimables riquezas. Del mismo te„nor es el sucesso que se sigue, con que „darè fin à este capitulo. Refierelo assi Do„ña Marina.

Por Enero de seiscientos y veinte y ocho, el dia de la Octava de los Reyes, haviendose muerto la Condesa de Nieva, estaba yo en oracion encomendandola à Dios, y dijele à su Magestad: Mi Señor, adónde me tienes el alma de esta mi amiga? Dexa esso, Marina, dijo el Señor, no comiences yá. En verdad, Señor mio, repliquè yo, que con tu buena licencia no lo quiero dexar, que la debo mucho: acuerdate, mi Señor, que à mí, y à mis pobres compañeras nos hizo muchas limosnas. Ea, dexa esso, volviò el Señor, que en buen lugar te la tengo. Mi Señor, dije yo, está en el Cielo? Como instaba tanto, respondiòme su Magestad: En el Purgatorio está, qué quieres tù agora? Señor mio, dije yo, que la saques; y dime, mi Dios, qué harè yo por ella? Mostròmela su Magestad: no tenia grandes penas, sino moderadas; porque en su larga enfermedad era mucho lo que havia padecido. Con todo esso se hacia el Señor de rogar; pero al fin me dijo: Y bien, què harias tù por ella? Harèle, Señor mio, respondì yo, decir algunas Missas, y aplicarèle la Comunion. Norabuena, dijo el Señor, haz que se le digan las tres Missas de la Santissima Trinidad, y la quarta de la Virgen Maria, y aplicale la Comunion de hoy, y saldrá luego. Al punto, que eran las seis de la mañana, procurè se dijessen las quatro Missas, y poco despues comulguè: y en comulgando, vì, que baxaban muchos Angeles al Purgatorio, y entrando solo el de su guarda dentro, la sacò; y cantando todos alabanzas à Dios, la llevaron al Cielo. El sea bendito. Amen.

CAPITULO XVIII.

Concluyese con los sucessos de esta materia.

„AUnque son muchos mas de los di„chos los exemplos, que pudiera„mos traher de la caridad de Doña Marina „para con proximos particulares; pero „porque en ellos se tocan otros puntos, „que hacen mas al proposito de otra mate„ria, los reservè para ella, contentandome „con añadir aqui algunos pocos, que con„cluyan el assumpto de que tratamos. Pro„sigue, pues, la Virgen, diciendo.

Una mañana, acabando de comulgar, antes de pedir al Señor cosa alguna para mì, comencè con grande afecto à pedirle buen sucesso en las cosas comunes de la Republica; pero en especial le pedì remedio para algunas personas particulares, que se me havian encomendado, y vivian afligidas, y muy necessitadas de consuelo. Con grande ansia, pues, y muy aprisa, empecè à decir: Há, Dios mio! Há, Dios mio! Su Magestad con un modo gravissimo me respondiò: Quién me llama? Quién eres tù, que hablas de essa manera? Yo, igualmente corrida, y temerosa, me arrojè à sus pies, y me estuve alli confusa, como quien pide perdon. De aqui me llevaron à la presencia de la Beatissima Trinidad, donde volví à clamar, y pedirle remediasse tantas necessidades, como le havia representado. El Señor, con la misma gravedad que antes, me dijo: Quién eres tù? Mi Señor, respondí, soy embiada à tí. Quién te embia? replicò el Señor. Dios mio, y Señor mio, dije yo, la necessidad me embia. Dijome entonces su Magestad: Assi, que la necessite embia? Pues díles tù á essas personas nec-

ces-

cesſitadas, que Yo ſoy el Dios de las grandezas, Dios de los Dioſes, y Señor de los Señores, y que ſus culpas tienen provocada mi juſticia; y ſi mi grande miſericordia no la huviera templado, y detenido, ſe huvieran executado yà terribles caſtigos: que ſe humillen, y rindan à mi voluntad, y ſe conformen con ella, que me pidan perdon, y ſuſpiren por mi clemencia, y con eſſo la alcanzarán: diſelo tù, anda, diſelo aſsi. Levantème muy orgulloſa, como dejando al Señor con la palabra en la boca, y pareciòme que iba en eſpiritu à todas las perſonas, que me havian pedido mis pobres oraciones, y les daba el recado de parte de Dios, diciendo á cada uno de por sí: Alma, humillate à la voluntad del Señor: pidele miſericordia, y la alcanzarás. Quiera ſu Mageſtad oírnos à todos, por quien èl es. Amen.

„Haſta aqui Doña Marina en eſte papel, que en otro de Febrero del año de ſeiſcientos y veinte y ocho cuenta un caſo, que mueſtra bien quán para el remedio de las neceſsidades particulares de ſus projimos la tenia Dios en eſte mundo; pues aun de neceſsidades de perſonas, que no conocia, la infundia conocimiento, y la obligaba à ſer interceſſora. Eſcribe ella la viſion por eſtas palabras.

El Sabado veinte y ſeis de éſte, eſtando con nueſtro Señor, me dijo ſu Mageſtad: Vèn, alma, veràs lo que paſſa. Empecème à eſcuſar con mis temores, diciendo: Adónde quieres llevarme, Señor mio? Qué neceſsidad tienes Tú, mi Dios, de moſtrarme nada? Añadì otras muchas razones à eſte tono. Bien eſtà, Marina, reſpondiò el Señor, deja eſſo, vèn agora, y vè lo que paſſa. Moſtróme el Señor un modo de acompañamiento de un entierro grandioſo. Llevaban à la ſepultura à una grande Señora: à mí pareciame Reyna. Componiaſe eſte numeroſo acompañamiento de muchos Caballeros, y Señores, unos Catholicos, y otros Hereges. Los Catholicos (ſegun ſe me diò à entender con luz interior) penſaban que ella lo era; y los Hereges por el contrario entendian que ella era de ſu ſecta. Iba caminando el entierro, y todos con gran triſteza, y dolor, haſta llegar à la falda de una altura. Aqui ſe pararon los Catholicos, y el cuerpo, ſeguido de los Hereges, fuè paſſando por entre los Catholicos que dije, haſta ſubir à lo alto, de donde, aſsi los Hereges, como el cuerpo, ſe deſpeñaron, haſta dár en el profundo del Infierno. Dijome entonces el Señor. Què te parece? Mira lo que paſſa. Aqui me deſcubriò quién era aquella gran Señora, que vì como difunta. Dióme grandiſsima pena eſta viſion, y como el Señor no me la declaraba mas, procurè ſuſpender todo juicio, ſin inclinarme à juzgar nada, ſobre ſi aquella Señora havia dejado la Fè, y condenadoſe, ò no. Eſtando en eſta confuſion, entendì del Señor, que en eſta repreſentacion no ſe me havia moſtrado lo que era, y ſe havia hecho, ſino lo que corria rieſgo que ſucedieſſe. Dijome, que dicha perſona eſtaba en manifieſto peligro de perder, ò la Fé, ò la vida, de negar à Dios, y condenarſe, ò padecer muerte; y que me la havia moſtrado, para que ſe la encomendaſſe en mis oraciones: hagolo yo aſsi deſde entonces con mucho cuidado, y parece que ſiento conſuelo en hacerlo. El Señor por ſu divina miſericordia la esfuerce, y la dè grandes ſocorros de ſu gracia. Amen.

„No he podido hallar en los papeles de Doña Marina el fin de eſte ſuceſſo; pero ſin duda los pronoſticos por lo menos ſon dichoſos. Gana tenia de favorecer el Juez Divino, que no ſolo admitia, ſino tambien ſolicitaba interceſsiones. Y tienen las Almas Santas por ſeñal muy clara del buen deſpacho, quando ſienten aliento perſeverante, y conſuelo en lo que piden: que como al corazon amoroſo de nueſtro gran Dios ſe le hace duro negarles á las tales lo que deſean, quando no conviene conceder la coſa, les quita tambien la gana de perſeverar en la peticion. Paſſa Doña Marina á otro ſuceſſo, y dice aſsi.

Por eſte miſmo año, à veinte y ocho de Abril, me hallè en la oracion con exceſ-

cessivas ansias del bien de mis projimos, y en particular de las personas, que encaminadas del Señor vienen aqui á contarme sus trabajos, assi espirituales, como temporales. Con este ardiente afecto clamè á su Magestad, diciendole: Ah, Dios mio! Ah, Señor mio! Vès aqui la pecadora pobre, andrajosa, miserable: dame limosna para mì, y para mis hijuelos, y otras tantas personas necessitadas. Ví entonces que se assomaba el Señor, como à una ventana del Cielo, y dijo: Quièn dá voces? quién me llama? Angeles mios, mirad quién es. En diciendo esto, se entrò adentro, y con un passo de suma magestad, pero apresuradissimo, iba caminando por el Cielo, como quien queria alejarseme. Reconocieronme los Angeles, y fueron como corriendo trás el Señor, y decianle: Señor, es la que suele clamar: Marina es. Aguardala, Señor de la Magestad, por quien eres, y oyela; pero el Señor caminaba adelante, y parecióme á mì, que tal vez subia por unas gradas, y bajaba por otras. No cessaban de seguirle los Santos Angeles, intercediendo por mì. Al fin, parò su Magestad, llegaron los Santos Angeles, è instantemente le suplicaban me oyesse. Traedla, dijo el Señor, á mi presencia, veamos lo que quiere. Al punto me llevaron al Cielo, y delante de aquel gran Dios, que estaba yá sentado en un Trono de inmensa magestad, me postrè yo humildemente, y empecé á clamar por misericordia para los pecadores. Y bien, Marina, dijo el Señor, qué es lo de que tienen necessidad essos pecadores? Dios mio, respondí yo, los unos conocen yá sus culpas, y arrepentidos, te piden perdon de ellas: dásele, mi Señor, pues sabes que son tan flacos. Los otros padecen necessidades temporales, están en grande trabajo, y te piden socorro, que eres padre de las misericordias. Enternecióse el Señor, y con grande benignidad me respondiò, que sì haria.

Comenzò luego á llover de lo alto aquella celestial lluvia, de que suelo hablar otras veces: caìan sobre mì unas como perlas ricas, y piedras preciosissimas, figura de los dones, gracias, y socorros, que su Magestad les embiaba. Halléme como atajada, por no tener en qué recoger aquel tesoro: estendì el regazo de la basquiña, recibì en él lo que pude, y luego fui echando en él mucho de lo que havia caìdo al rededor de mì, hasta que le vì lleno. Entonces contenta, y rebosando alegria, sin atender á despedirme del Señor, ni darle gracias por tan grande beneficio, me partí ansiosa para repartirlo entre mis projimos. Havia dado bien pocos passos ácia la puerta del Cielo, quando ví, que me saliò al encuentro un Angel, con el semblante de colerico, que con mucho enojo me dijo: Adónde vás, alma? Parecete bien tu descortesía, è ingratitud? Hate hecho el Señor tanta merced, y te vás sin darle gracias, ni despedirte de èl? Vuelve por aqui al lugar de donde saliste, y pon todas essas riquezas á sus divinos pies; y diciendo, y haciendo, me llevò otra vez delante de su Magestad.

Arrojè mi tesoro delante de él: postréme, y humildemente le pedí perdon, assi de haver sido ingrata, como de haver andado tan descortés. Miróme benignamente aquel gran Señor, y dijome: Bien está, alma, ni en lo uno, ni en lo otro has hecho falta: vuelve á coger tus riquezas, y toma de nuevo estas otras, que te doy. Dióme su Magestad, bendito él sea, otras muchas, que solo quiso, por medio de aquel Santo Angel, hacerme volver corrida, para embiarme mas rica. Carguè alegre con todo; y en saliendo de la puerta del Cielo, empecè à dár voces, diciendo: Venid, hijos mios, los de Inglaterra. Luego llamè à las amigas Religiosas, y Religiosos conocidos; y assimismo, à todas las personas seglares, que se havian encomendado en mis pobres oraciones; y conforme al genero de la necessidad de cada uno, fui repartiendo con todos; y siendo sus estados diversissimos, y tan varias sus necessidades, todos llevaron su parte, sin que el tesoro se me disminuyesse. De alli me trajeron á mi rincon.

No

„No es tanto de admirar que Doña „Marina tuviesse tan grande lastima à las „personas conocidas, que familiarmente „se encomendaban en sus oraciones, quan-„to que tuviesse la misma con los que „la perseguian, que es proprio de una „virtud heroyca. Diò de esto Doña Ma-„rina grandes exemplos: pondrè en este „lugar uno solo; porque aunque ella le „escribiò brevemente, tiene algunas cir-„cunstancias, que manifiestan al vivo su „caridad en esta parte. Sucediò el primer „dia de Abril del año de mil y seiscien-„tos y veinte y seis. Dicelo ella por es-„tas palabras, escribiendo à su Confessor.

Miercoles, primer dia de este mes, vì un Santo Angel, que venìa ácia donde yo estaba con passo acelerado, y con el rostro como encendido en ira. Trahia de la mano una alma en figura de un mozuelo pequeño; y poniendose delante de mì, y volviendose à aquella alma, le dijo con voz indignada, y con aspecto terrible: Poneos aì de rodillas, (con grande confusion mia lo digo; pero en efecto lo dijo asi el Santo Angel) y pedidle perdon à esta Sierva de Dios de esto, y de esto. (apuntandole tres, ò quatro cosas de que havia de pedirlo) El alma, con mucha resolucion, respondiò: No quiero pedir tal, no quiero; y comenzò à hacer fuerza, tirando de su mano para desprenderla de la del Santo Angel, y escaparse. Deteniala el Angel; y à la manera que acà suele hacerse quando un muchacho es rehacio, y temoso en no obedecer, alzò el otro brazo el Santo Angel, y diòle à aquella alma un bofetòn; pero tan recio, que diò con ella en el suelo, y la dejò sin sentido. Yo quedè lastimadisima, y miraba con entrañable compasion en qué paraba aquel caso, y vì, que el Santo Angel, con el semblante indignado, como de antes, con violencia la levantò, y arrebatandola del brazo, la llevò, sin que la viesse mas. Esta es, Padre, el alma de aquella persona, delante de quien yo me puse como escudo, para que los tiros, y golpes de la divina venganza, que contra ella se disparaban, descargassen, y diessen en mì, y à ella no le hiciessen daño.

„Esto escribe Doña Marina: ni apunta „à la margen nada de esta persona su Con-„fessor; porque no fuera razon que se „diera mas noticia de sus culpas, mien-„tras no fuessen públicas. Remato con otro „papel, testigo de la caridad de esta Vir-„gen con sus proximos, aunque por des-„cuido de éstos se malbaratò el dòn di-„vino, que por medio de sus oraciones de „ella se les havia comunicado. Sucediò el „caso el mismo año de seiscientos y vein-„te y seis, y refierelo de esta manera.

El Lunes once de Mayo me hallè en la oracion con grandes afectos, y muy encendidos deseos, que nuestro Señor alumbrasse à ciertas personas, para que tomassen acertada resolucion en un negocio de muy grande importancia. Llevada de esta ansia, daba voces de lo interior de mi alma al Señor, diciendo, como quien llama: Ah, Señor! Ah, Dios mio! Respondióme su Magestad, preguntandome qué queria? Ir allá, mi Señor, dije yo. Pues muy en hora buena, respondiò el Señor: abrante luego las puertas. En esse mismo instante me hallè en la Celestial Jerusalèn. Apenas entrè, quando su Magestad, con aquel modo secretisimo que otras veces, que es como de quien habla muy pasito, pero muy claramente, al oìdo del alma, me dijo: Con esta presteza has de abrir tù á los projimos, que te buscaren, y quisieren hablar para consuelo de sus necesidades. Trás este divino consejo, empezò à hablarme con muestras de grande caricia, y amor. Como mi alma iba toda puesta en lo que deseaba recabar, y como revestida solamente de aquel afecto, le dije à su Magestad: Mi Señor, no vengo agora para oìr regalos en favor mio; y diciendo, y haciendo, me postrè humilde delante de la Sacratisima Persona del Espiritu Santo, suplicandole con todo mi corazon alumbrasse aquellas dos por quien intercedia. De muy buena gana, dijo este benignisimo Señor: vente conmigo, que quiero que tù misma veas como lo ejecuto.

ro. Hallème luego presente adonde estaban dichas dos personas, y oì al Señor, que con gravedad divina les decia: Hombres dormidos, y desalumbrados, por què no haceis lo que dice quien os avisa en nombre de Dios? Turbaronse ellos grandemente, y mirandose el uno al otro, comenzaron à conferir la inspiracion divina entre sì; pero luego, passado aquel primer fervor de lo que sintieron, y aquel susto primero, que les turbò, se volvieron al sèr, y dictamenes en que antes estaban, olvidados totalmente de la divina voz. A este tiempo me diò su Magestad una suspension; y quando volvì de ella, havia passado la vision. Sea el Señor eternamente bendito, y alabado. Amen.

„Havia mostrado Doña Marina à algunos Ministros quán del Cielo eran sus „avisos, y con algunos sucessos milagrosos, „que ellos reconocieron, debieran con „esta experiencia admitir otros, que en „materia de semejante importancia les „embiaba, tanto mas, quanto, aun en „prudencia humana, agradaba la resolucion, „que la Venerable Virgen aconsejaba à „muchos Ministros doctos, que apoyaban su util con razones muy sólidas. Permitiò el Señor, en castigo de nuestros „pecados, se siguiesse el consejo contrario, no por mas fundado, sino por „mas aparente, ò por ser mas poderosos „los que le daban. Lo que Dios sintiò „esto, escribe Doña Marina en varios apuntamientos desde este año, hasta el de „treinta y uno; pero con tales circunstancias, (como de quien hablaba clara, „y sencillamente à su Confessor) que pareciò no ponellos aqui; solo digo, que „las amenazas para el comun de la pérdida de dos Ciudades en Flandes, y de „una Flota de Indias, y el tumulto de algunas guerras; y para en particular, la „muerte de algunos herederos de algunos Ministros, que Dios revelò á Doña Marina, en pena de la dureza de querer seguir sus caprichos, todas ellas se „vieron cumplidas à la letra. Passemos á „la otra parte de este segundo libro, que „es de la maravillosa enseñanza con que „aprovechò à sus projimos en vida, y „aprovecharà, (como lo espero de la misericordia divina) escrita despues de su „muerte à los venideros.

CAPITULO XIX.

Algunas visiones que el Señor le mostrò à Doña Marina para reformacion de nuestras costumbres.

„APenas hay vision en todo lo que „dejamos escrito en esta Historia, „de quien el Lector atento, fuera de los „afectos de admiracion, y consuelo, que „experimentará, viendo la inmensa benignidad del Señor, en el trato suavissimo „del alma, que se dispone para servirle, „no pueda tambien sacar estimulos vehementes, que con la divina gracia le inciten à una generosa mudanza de su vida, y à „una reformacion perfecta de sus costumbres. Con todo esso, como este gran„de Dios, y Señor nuestro escogiò á esta „admirable Virgen para tan raro instrumento de su gloria, en beneficio comun „de las almas, y quiso, que no solo con „sus continuas oraciones, sino tambien con „su singular doctrina les aprovechasse tanto, ordenò con su altissima providencia, „que muchas de estas visiones tuviessen particularissima fuerza para este efecto, dejandonos en ellas admirables exemplos, „algunos del passado, los mas de nuestro „tiempo, á cuyo espejo vivamente compusiessemos nuestras acciones, con cuya vista, pena de dàr en protervos, y despeñarnos, hiciessemos dàr la buelta al desbocamiento de nuestros apetitos, enderezando el cuidado por la senda segurissima de „las virtudes. Quiera su Divina Magestad, „que como estos exemplos son de suyo „eficacissimos para nuestra enmienda, assi „nuestra dureza no los enflaquezca, ni „embote el diamante de nuestros corazones aquellos filos, contra quienes el „acero mas duro no hallára, à poder experimentarlos, resistencia. Empieza, pues, „assi Doña Marina.

Domingo nueve de Febrero de este año de

de mil feiſcientos y veinte y cinco, ſe me puſo delante una figura, la qual con la luz que nueſtro Señor me comunicò, conocì luego, ſin atender á ella, que ni era del Señor, ni del demonio; y por eſſo, aunque ſe me ponia muy delante, reuſaba mirarla, divirtiendome à otras coſas, y decia entre mì: Es cierto que no es nueſtro Señor, y aſsi ſea lo que ſe fuere, no quiero verlo. Paſsè con eſta pena caſi haſta las diez del dia: y entonces, con la voluntad de nueſtro Señor, que me hizo fijar alli los ojos del alma, vì diſtintamente un hombre de maliſsima figura, y con un roſtro eſpantable, que moſtraba eſtàr padeciendo crueles tormentos. Eſtaba el triſte pendiente de una Cruz, ſuelto el un brazo, con el qual tenia apretada conſigo una muger. Eſta con grande rabia le eſtaba como mordiendo, y chupando el corazon: tormento que èl padecia con grandes mueſtras de pena; y por eſſo con aquel miſmo brazo, que tenia ſuelto, la arañaba, y con todas las veras, y fuerza que podia, procuraba deſpedazarla. Haviendoſeme moſtrado vivamente eſte laſtimoſo eſpectáculo, ſe deſapareciò. Quedè admirada, penſando en la ſignificacion de eſta viſion; y eſtando aſsi, vì al Señor, que me dijo: Bien has andado, alma, y acertaſte, reconociendo, aun ſin advertirla del todo, que la figura, ni era mia, ni del demonio: agora que la has viſto bien, te quiero declarar ſu ſignificacion. Sabe, que aquel hombre es el mal ladron, que eſtuvo á mi lado quando morì en la Cruz, y aquella muger, amiga ſuya, porque eſtaba el deſventurado muy preſo de eſtos dos vicios, hurto, y deshoneſtidad. Oì eſtas palabras de ſu Mageſtad, y dijele: Bien eſtá eſſo, mi Señor; pero á què propoſito coſa tan nueva, y que tan lejos eſtaba de mi penſamiento? Para què ſirve haver viſto tales perſonas? Quiſe, reſpondiò el Señor, que las vieſſes, para que te ſirvan de deſpertador, y memoria, con que hagas oracion por los que eſtàn en eſtos vicios; porque apenas hay otros mas perjudiciales para las almas, ni hay pecados que mas pueblen al infierno. Enſeñòme entonces el Señor por una parte la grande bondad, y miſericordia ſuya, con que compadeciendoſe de los pecadores, procura por tantos medios ſu converſion; y por otra, la grandeza, y ſeveridad de ſu juſticia, con que caſtiga, y ha de caſtigar eternamente las almas, que deſpreciando las riquezas de ſu miſericordia, ſe dejaron llevar de ſus antojos, quebrantando ſus preceptos, ſin reducirſe à verdadera penitencia. Sea el Señor eternamente bendito. Amen.

„Es admirable para Gobernadores, que „aunque no con mala intencion, ſe aferran „demaſiado en ſu propio juicio, el exem„plo, que poco deſpues del paſſado nos „refiere eſta Virgen por el tenor ſiguiente.

Eſtaba yo en oracion con la ordinaria preſencia de nueſtro Señor, y vì un ſujeto grave, y de mucha calidad, rodeado de quatro, ò cinco demonios, que hacian grande fuerza para llevarle à la ſoledad de un campo; y aunque ſu Angel de la guarda eſtaba con èl, y lo defendia mucho, inſtando contra los demonios, que no ejecutaſſen ſu mal intento, ultimamente, eſtos ſalieron con la ſuya, permitiendolo aſsi nueſtro Señor, y le llevaron á un páramo. Compadeciaſe mucho de èl ſu Santo Angel, y con licencia de ſu Mageſtad le fuè acompañando. Llegados á aquella ſoledad, ſentaron los demonios à dicho hombre encima de una piedra, que eſtaba como en medio de eſte campo, y corriendo deſde lejos uno à uno los demonior contra èl, le hacian graviſsimos malos tratamientos, ſin que el Angel de ſu guarda le amparaſſe. Fueron tales las miſerias que alli padeciò, que acabada la perſecucion, y haviendoſe ido los demonios, quedò el pobre hombre caſi muerto: y entonces, llegandoſe à èl ſu Santo Angel, le tomò en ſus brazos, y le trajo al lugar de donde los demonios le havian ſacado. Admirada quedò mi alma, y laſtimadiſsima de vèr tan miſerable eſpectáculo. Volvime à nueſtro Señor, y ſupliquele ſe compadecieſſe de aquella criatura; y eſtaba penſando quáles ſerian las cauſas por donde el Señor permitia tan aſpero caſtigo en aquel hombre. Paſsé aſsi algunas horas, procurando deſ-

echar

echar este pensamiento; porque por la bondad de Dios, por ningun caso deseo saber nada de nadie; y solo admito, y no sin grandes temores, lo que su Magestad gusta de descubrirme. Estando asi en presencia de este Señor, me dijo èl en aquel modo de hablar secretisimo, que otras veces apuntè: Mira, alma, permito el castigo que has visto en aquel hombre, porque en cosas de mucha importancia, y algunas gravisimas, tiene vehemente inclinacion à seguir su propio juicio: y con esta inclinacion aferrada, y como ciega, desea, y procura, aunque sin particular malicia, que todos vengan à su ciego, y afectuoso parecer; y esto en personas públicas, como Gobernadores, Jueces, y otros tales de grande calidad, es de grandisimo daño, y perjuicio, y estàn muy cerca de hacer grandisimos yerros, y causar daños gravisimos con la obscuridad de semejantes pasiones, è inclinaciones naturales, aunque parezca que tienen buenos deseos de acertar. Este es el caso, alma, ruega por los tales, para que se dispongan, desnudandose de sì mismos, à recibir la luz que les fuere comunicada, si asi lo hicieren; y agora quedate en paz, y descansa en mì. Esto fuè puntualmente lo que el Señor me dijo, que sea para siempre bendito. Amen.

„Notese, que quizá por esso viò Doña „Marina, que para ejecutar los demonios „dicho castigo, le llevaron à un páramo, „y le sentaron sobre una piedra à este hombre; porque un juicio de estos, duro, y „como empedernido, aun quando busca „consejeros, se mira como en soledad, pro„curando que todos vengan en lo que à „èl solo le parece; y aunque haya otros, „que juzguen lo mismo, siempre viene à „regirse por sí solo; porque no tanto „sigue con humildad à otros, quanto li„sonjéa su soberbia en vér calificado su „parecer con essos votos. Si es util este „exemplo para Gobernadores, no lo es „menos el que se sigue, aunque mas uni„versal, para todos los à quien pretensio„nes de Corte, felicidades de Palacio, „glorias del mundo, trahen embaucados. „Refierelo esta gran sierva de Dios por „estas palabras.

Jueves à dos de Abril, del año de seiscientos y veinte y seis, me dijo el Señor: Vèn, alma, y veràs una cosa que quiero enseñarte. Fui luego, sin poder resistirme, llevada en espiritu à las orillas de un rio de aguas crystalinas, y hermosas, y mas claras que quanto acà se vè. Corria este por un campo amenisimo, adonde ví, que de la una parte, ò ribera de èl crecian muchos arboles hermosisimos, unos vestidos de flores sobremanera bellas, y apacibles; otros junto con las mismas flores, tenian tambien muy agradables, y medrados frutos. Y con ser todos estos arboles bellisimos, era tan grande la diferencia que havia entre ellos, no solo en lo alto, sino tambien en lo hermoso, que ponia admiracion. Puse luego los ojos en la ribera del otro lado, vì, que en lugar de arboles estaban hincados unos palos, à modo de estacas, no solo secos, sin hoja, ni verdor alguno; pero tan como tostados, y resequidos, que al parecer, en ningun tiempo podian mudar calidad, ni reverdecer. Iba como atónita yo, reparando en la estraña diversidad de tan desemejantes margenes de un mismo rio; y caminando poco à poco, miraba la orilla donde estaban los palos secos, notaba las formas de estos, que eran muy diferentes entre sì, unos muy grandes, otros muy pequeños, y otros, finalmente, eran medianos: en especial reparè en uno de estos, que era como un tronco disforme, altisimo, y muy gruesso, y mucho mas resequido que todos los demàs. Paréme un poco, estandomele mirando, como suspensa, y entonces me dijo el Señor: Què miras? muy buen tizon del infierno es esse.

Estando asi, vì al Marquès de Siete Iglesias Don Rodrigo Calderon, en habito de gloria hermosisimo, y que à la vista del alma se representaba como muy valiente, y de grande fuerza. Trahìa al cuello aquel collar preciosisimo, con que tantas veces le he visto, y en la mano un baculo, al modo de las muletillas que trahe la gente flaca, y regalada; y llegandose à aquellos palos secos, hacia con el baculo en ellos no sè què diligencia: diòseme à en-

tender, que procuraba que aquel riego de aquel rio cryſtalino los beneficiaſſe, para que ſe transformaſſen en arboles tan floridos, y fructuoſos, como los que poblaban eſta otra margen; pero por mas que trabajaba, y hacia ſus diligencias para eſſo, ellos ſe quedaban tan ſecos, y tan ſin jugo, como de antes.

Todo eſto eſtaba mirando yo con igual atencion, y admiracion, quando perdiendolo todo de viſta, oì al Señor, que me preguntaba: Has entendido, Marina, la ſignificacion del myſterio que te moſtrè? Señor mio, reſpondí yo, algo parece que ſe me ha traslucido de èl; pero no he acabado de penetrarlo. Pues yo te le quiero declarar, dijo ſu Mageſtad, y advierte, que en lo que te digo, no entran las almas de gente vulgar, y ordinaria, ni tampoco las de gente retirada; ſino ſolamente las de aquellos que tienen oficios Reales, cargos públicos, mandos, y autoridad en la República Chriſtiana. Todas eſtas, pues, eſtàn al riego de la Igleſia, todas gozan, y participan de los Sacramentos; pero en ſus diſpoſiciones, y efectos, hay entre unas, y otras tanta diferencia, como la que has viſto entre los arboles de la una orilla, y los palos ſecos de la otra: unos llevan flores de buenos deſeos, y apenas llegan à mas; otros con eſſas flores juntan tambien los frutos de ſantas obras, y tienen ſus almas fértiles, y adornadas: en otros, por ſu ruin diſpoſicion, ni los Sacramentos, ni las divinas inſpiraciones, ni los exemplos hacen el menor efecto, y no ſolo no brotan en frutos eſpirituales, pero ni aun en deſeos de producirlos. Con la repreſentacion que viſte, del que procuraba que las ſagradas aguas de aquel myſterioſo Rio beneficiaſſen, y fertilizaſſen la eſterilidad de aquellos palos ſecos, te quiſe dár à entender, que aunque pudieran, y debieran aprovecharſe de muchos exemplos antiguos, les pongo delante los ojos eſte mas reciente, para que con la memoria de èl buelvan ſobre sì, y no ſe fien de la falſa ſeguridad de los preſentes tiempos, ſin temor de los futuros, ſino que ſe aprovechen de mis miſericordias, y hagan frutos dignos de penitencia. Y con ſer tan eficaz eſte exemplo moderno para deſengaños de lo que es mundo, y ſus glorias, ninguna coſa les aprovecha, porque no quieren abrir los ojos para vèr la luz que les dà en ellos. Eſto es lo que entendí del Señor: quiera ſu Mageſtad diſponernos para que nos aprovechemos de ſus miſericordias. Amen.

„Aunque en el exemplo que ſe ſigue, „y pondrèmos agora, callò Doña Mari„na los nombres, por parecerle debido „recato; pero puſo tales ſeñas en una de „las perſonas, que ſe conoce claramente, „que es el miſmo Marquès Don Rodrigo „Calderon. El otro perſonage tampoco „es dificultoſo dár en èl, à quien tiene no„ticia de eſtas materias, y no parece que „ſe le harà agravio, pues mirandole en el „Purgatorio, yà le venera de camino para „la Gloria. Lo cierto es, que el exemplo „tendrà gran fuerza, ſi quieren valerſe de „èl, aſsi para Jueces, como para teſtigos, „que con buena intencion de hacer juſti„cia, mezclan tambien ſus naturales afectos, „mas inclinados al rigor, que á la piedad, „en eſpecial contra reos arrepentidos, „adonde es juſto, y muy conforme, no „ſolo à la voluntad divina, ſino tambien à „nueſtra humana compaſsion, que viertan „aquellos tantas lagrimas, quanta ſangre „ſe vèn obligados à derramar de eſtotros, „y que como ſe vèn forzados à ejecutar ri„gores, ſe vean deſeoſos de hallar camino „á la miſericordia, y ſe ſientan laſtimados „de no topalle. Eſcribe Doña Marina el ſu„ceſſo por eſtas palabras.

Un dia, que era por fines de Noviembre de eſte miſmo año, me moſtrò el Señor dos almas, que por divina ordenacion ſe comunicaban. La una, que era bienaventurada, y con grandes grados de gloria, era de cierto Caballero, á quien veía en figura de un gran Capitan, ricamente aderezado, con un collar viſtoſiſsimo al cuello, al modo de Toyſon, que todo me repreſentaba quán eminente pueſto tenia en el Cielo. La otra era de otro perſonage de nada inferior calidad, que eſtaba en el Purgatorio afligidiſsima. Vì luego, que éſta hincada de rodillas, y pueſtas las manos,

le

le pedia con grande humildad, y sumision al alma glorificada rogasse à Dios por ella, para que fuesse servido de librarla de las penas que padecia. El alma gloriosa la miraba con semblante muy benigno, y caritativo, apiadandose mucho de ella, y dijole: Sí haré de muy buena gana; y està cierta, qué si pudiera volver al mundo, y padecer otra vez lo que padecí, y sufrir otra muerte como la que passè, aunque fuera con mil otros generos de tormentos, á todo me pusiera con mucha voluntad, por aliviarte en estas penas. Eran sin duda muy grandes las que alli passaba esta persona. Y con luz que me diò el Señor, conocí, que la causa de ellas era, porque viviendo las dos en esta vida mortal, esta, que agora pena tanto, havia sido el incentivo, aunque con buena intencion, y pensando que acertaba, de los trabajos, y muerte que la otra persona, que agora estaba en tanta gloria, havia padecido; porque à bueltas de aquella intencion, que parecia buena, se havia mezclado algo, y aun mucho de su natural inclinacion, y dejandose llevar de passiones, que debiera moderar.

Volvióse luego à mì esta afligida alma, y me dijo, que estaba condenada à siete años de aquellas terribles penas, en que entonces la veìa. Y añadiò: Ordena, sierva de Dios, que se escriba esto que has visto, y oído, para que los hombres, y en particular los Jueces, aprendan cómo han de juzgar à sus proximos, y cómo se deben haber quando les vieren padecer, y escarmienten en mì. Sentì yo en gran manera la pena, y angustias de esta persona; porque fue mucho lo que yo le amè en el Señor, y lo que le debi en vida. Volvìme, pues, à su Magestad; supliquéle muy encarecidamente se apiadasse de ella, y la librasse de tan asperos tormentos: quise para este efecto luego rezar en las cuentas que tengo de Indulgencia, y aplicarsela; pero vì luego al Señor, que con un modo gravissimo me hizo una seña, como (hablando en la grosería de nuestro lenguage) quien se pone el dedo sobre los labios, significandome, que no rezasse tal, que no era voluntad suya, que usasse por entonces de Indulgencias, y que solo aplicasse à aquella alma las oraciones comunes por el modo ordinario de la Iglesia.

Despues, à los diez y siete del mes siguiente de Diciembre, estando yo bien descuidada, me volviò à aparecer esta afligida alma; y aunque la entreconocí, pero no bien del todo, porque trahía una sombra obscura en la cara, como quien se pone la mano delante del rostro. Hablóme, y preguntéle, quién era? No me conoces? dijo; y quitandose entonces aquella como sombra de sobre el rostro, quedandome del todo patente, respondì: Sí, alma, yá te conozco muy bien. Sabete, que son gravissimas penas las que padezco, y que està hasta agora en su vigor la sentencia de que duren los siete años. Suplícote, por quien Dios es, y por lo mucho que te estimè, y deseè servir en vida, que me encomiendes à este gran Señor, y le pidas tenga misericordia de mì, que porque mi severidad en vida no tuvo misericordia de los pecadores arrepentidos, ni me apiadè de ellos, padezco justissimamente estos tormentos. Prometíle muy de corazon hacerlo, y dijele: Consuelate, alma, y animate en el Señor, que aunque es verdad que agora padeces tanto, pero esso se ha de acabar, y has de gozar de Dios eternamente. Dijele à este talle otras cosas, porque me parecia se consolaba. Haviendose ido, me volvì al Señor, y le roguè lo mejor que pude se apiadasse de tan angustiada alma; y su Magestad parece que como quien me detenia, me dijo: Marina, juicios son altissimos mios, y secretissimos, y mi Justicia tiene su lugar, como la misericordia. Ruegame tù por èl con el modo ordinario, como por las Almas del Purgatorio. Pues, Señor mio, repliquè yo, tantas Missas como se han dicho por èl, y tu Sangre, que se aplicò en ellas, no han bastado? Yo te digo, respondiò el Señor, que si esso no fuera, mucho mayores penas fueran las suyas. Esto me passò. Con todo esso, tengo esperanza, que el Señor se ha de apiadar de esta alma; y por la Divina misericordia estas Pasquas de Navidad, que he rogado por ella, he sentido, que se han aliviado mucho

cho

cho las penas que padece. El Señor le libre del todo. Amen. Amen.

CAPITULO XX.

Prosigue con otros sucessos para nuestra enseñanza.

„BIen sospecho , que quien leyere el „primer caso de los que pongo en es„te capitulo , se harà tan dificultoso de en„tender el modo con que se ejecutò el mar„tyrio de que trata , como se ha hecho à „algunos hombres doctos,que le han leìdo; „y no es maravilla , pues à la misma Doña „Marina , como luego verémos , no le pa„reciò la vision tan facil como otras. Pero „pues el Señor la asegurò , de que era „verdadera , y le obligò à que la refiriesse „con las demás , aunque reserve à su eter„na sabidurìa la significacion de la parte „symbolica , si acaso la huvo aqui , por lo „menos dejò un exemplo de lo que le agra„dan los que con zelo Catholico pelean „contra Ingleses. Escribe la Virgen el suces„so de esta manera.

A los once de Octubre de seiscientos y veinte y siete , estando en mi oracion ordinaria , me hallè con espiritu presente à las playas de un mar, donde havia una refriega de no mucha gente : peleaban de una parte algunos Catholicos , entre los quales campeaban mas dos mancebos Españoles , contra casi otros cien hombres Estrangeros , y Infieles. Vencieron los Catholicos , y mataron à todos sus contrarios. Fuè para mì la vision mysteriosissima ; porque ví luego, que aquellos dos mancebos se salieron con las espadas desembaynadas , y sangrientas en las manos , como huyendo, y no veìa yo por què , ni de quien huìan. Entraronse la tierra adentro , por medio de unas montañas peñascosas , buscando camino , y no le hallaban : toparon poco despues una Ermita ; y entrando en ella , saludaron à un santo Ermitaño, que alli vivia. Consolaronse con èl , y pidieronle les enseñasse el camino por donde pudiessen llegar à poblado. El santo Ermitaño les dijo , que fuessen à cierto puesto que les señalò , y que en el camino hallarian dos Angeles del Señor, que los guiarian. Obedientes los mancebos , se partieron , y encontraron los dos Angeles , los quales los llevaron delante de la Magestad del Señor Dios nuestro ; al qual oì entonces , que les decia : Varones esforzados de la Nacion Española , haveisslo hecho muy bien , y me doy por servido , y os doy mi palabra de concederos en esta vida Corona de Martyrio , por lo bien que lo haveis peleado. Alegraronse los dos Soldados mucho por la merced prometida , y dieronle muchas gracias al Señor ; y desde luego empezaron à encenderse en deseos de padecer martyrio por su Dios , y aguardaban con gusto al Tyrano, que pensaban les havia de quitar la vida. A este tiempo los Angeles , que hasta alli los havian acompañado , los llevaron por un monte adentro , adonde toparon otros dos Angeles , que les salian al encuentro. Luego los dos primeros Angeles , abrazandose cada uno con su Soldado por las espaldas , bueltas las caras à los Angeles que de nuevo llegaban , los detuvieron. Estos con grande suavidad , y sutileza , como quien sangra , picaron à los mancebos las gargantas , y los dejaron muertos. Ví , que sus almas bolaron al Cielo , y sus cuerpos por manos de los Angeles fueron sepultados en un lugar decente. Esto es sin duda lo que se me representò ; y siendo assi, que estaba muy en mí , y muy despierta, dí en pensar , si era sueño , ò imaginacion mia : y parece que me determinè à tenerla por tal , sin hacer caso de ella , ni referirla. Pero quando vino mi Confessor, entendí del Señor era verdad lo que havia passado con tanta claridad , que me vì obligada à contarselo. Quiénes fuessen estos dos mancebos Españoles,y en què tierra estaban, no me lo explicò el Señor. El sea bendito.

„Mas claros , y por esso mas provecho„sos son otros exemplos que agora referi„rè , y la Virgen nos dejò escritos por el „tenor siguiente. Habla del mes de Abril „del año de mil y seiscientos y veinte y „ocho.

El otro dia , con algunas ocasiones de mi enfermedad , empecè naturalmente à sen-

sentir la falta que me hacia mi santa compañera Marina Hernandez, que no la pueden suplir otras, que aunque de grande caridad, no tienen tanta experiencia de mis males. Estando asi, se me apareciò ella, con muestras en el rostro de la admirable gloria en que otras veces la he visto; y llegandose à mì, muy risueña, y alegre me dijo: Mi señora, y madre mia, aqui me tienes, y vengo con el habito ordinario que trahìa en el mundo, para que mejor me conozcas, mandame, que yo lo harè todo. Bien està esso, alma santa, respondí yo; pero tienes yá estado diferente, no puedes hacer lo que de antes hacias. Estaba cabe mì una compañera arrodillada delante de la cama, haciendome un oficio de caridad, que no veìa, ni oìa lo que yo passaba con esta santa alma, que entonces añadiò: Ea, que sì, yo me llego, que no ocupo lugar, ni nadie me puede impedir; y llegandose à mì sin estorvo, me abrazò, y me tomò las manos, como quando era viva, y me las trajo, como lo solia hacer en las ocasiones forzosas de tener encogidos los nervios, con un recio dolor, que era el mal que yo entonces padecia. Estando asi, con mucho consuelo, y contento mio, comunicando con ella, ví passar por mi aposento un demonio muy fiero (y esta alma santa, quando oyò el ruido, volviò la cabeza como para vèr lo que era) el qual passò adelante, y muy aprisa, y vì, que en un campo encontrò una pobre muger de tocas largas, que yo no conocì. Embistiò con ella, y la acoceò, y arrastrò, dejandola muy maltratada, y luego se fuè huyendo, y se despeñò al Infierno; pero al punto llegaron otros muchos demonios, los quales, echandole un lazo al cuello, la arrastraron de nuevo, hasta que la despeñaron, sepultandola en el Infierno consigo. Entendí que era una mala muger hechicera. Entonces me dijo el alma santa, que estaba conmigo: Muchos pecados hay en el mundo de estos el dia de hoy, encomiendalo, madre mia, al Señor, para que ponga remedio en tan grande mal; y prometiendo, que me havia de visitar muchas veces, se despidiò de mí.

Martes once de Abril de este mismo año de seiscientos y veinte y ocho, despues de la media noche, me adormecí; y durmiendo, me hallè mysteriosamente presente en el sagrado Convento de Santa Cruz de esta Ciudad, en la celda de Doña Luisa de Guzmán, que se estaba muriendo. Vì la celda muy resplandeciente, que parecia un Cielo, y en ella muchos Angeles, con dos carrozas muy gallardas, que parecian formadas de un oro lucidissimo. Señores, les preguntè yo entonces, à què vienen con essas carrozas? A llevar, me respondieron ellos, el alma de una persona que agora se muere, delante de la Divina Magestad. Entendì, que era el alma de esta señora sierva de Dios. Pues para què, repliquè yo, trahen dos carrozas? La una, dijeron ellos, es la en que ha de ir esta alma, y la otra no irá vacia, porque havemos de ir en ella nosotros acompañandola. Entonces recordè, y acabò la vision, que entre sueños me mostrò el Señor; y aunque no vì llevar aquella alma, por lo menos quedè muy persuadida, que llevaba muy seguro camino de salvacion.

Luego al Lunes siguiente diez y siete del mismo mes, me mostrò el Señor, aunque con grande repugnancia mia (que quando se esfuerzan mis temores, todo lo que es extraordinario me los aumenta, y rehuyo, quanto es de mi parte toda vision, hasta que el Señor suavemente me necessita) mostróme, digo, que aún esta bendita alma no estaba en el Cielo, sino en un modo de Purgatorio, que era solo una privacion de vér à Dios. Hizome el Señor fuerza por tres, ó quatro veces para atender à esto, y luego me dijo: Agora, Marina, no me pidas nada, que no ha de salir de alli, sino con el curso ordinario de mi Divina disposicion. En el mismo modo benignissimo con que el Señor me dijo estas palabras, entendì luego, que nada mas deseaba, sino que le rogasse por ella. Sea èl bendito. Y asi le dije: En verdad, Señor, que me has de perdonar, que tengo de ayudarla; y asi comulguè por ella el mismo dia. Algunos estuvo asi, y siempre la veìa yo en la misma forma: des-

despues dejè de verla, y pienso gozaba yà de Dios. Entendì de su Mageftad, que la causa de este modo de purgatorio fueron deseos que tuvo de sacar licencia para ir algunos dias à Madrid, à casa de aquellos señores sus deudos; y aunque pidiendo ella consejo à personas espirituales sobre este negocio, y respondiendole, que la causa no era urgente, para que una persona de su proceder dexasse el Convento, aunque fuesse por pocos dias; y aunque en èl, segun su instituto, no se professa tan estrecha la clausura, y ella se rindiò al consejo, y no fuè, todavia el natural hizo su oficio, y se dexò llevar demasiado del sentimiento. Entendì mas, quán pesadamente lleva el Señor, que las almas Religiosas, que se desposaron con èl, soliciten semejantes desahogos, aunque no haya en ellos culpa grave.

Dia de la Resurreccion por la mañana, que fuè à veinte y tres del dicho mes, y en el mismo año, despues de haverme hecho su Magestad un favor, que contè en otra parte, me hicieron merced los Santos Patriarcas de las Religiones de visitarme: eran los Gloriosissimos San Benito, San Agustin, Santo Domingo, San Francisco de Asís, y San Ignacio de Loyola. Diòme las buenas Pascuas, en nombre de todos, el Bienaventurado Santo Domingo; y luego San Benito, con un agrado gravissimo, dijo: Si: como apoyando lo que el otro Santo havia dicho; y añadiò: Y dáles en nombre nuestro las buenas Pascuas à nuestros hijos, y amigos, y que tù conoces. Tambien vì alli al santo Padre Luis de la Puente, aunque mas de lejos, y no me hablò. Pedìles à estos Santos favor para algunos de sus hijos, que especialmente se me havian encomendado, y en particular me acordè de un Religioso de San Francisco enfermo, que tiene lisiada la cabeza, y le dije al Santo: Serafico Padre, pide al Señor sane à tu hijo. Bien entendiò el Santo por quien yo le rogaba, y con un modo de despego me dijo: Cómo? esse no es mi hijo. Mira, todos los Religiosos que no perseveran en su primera vocacion, y mudan Habito, no los tengo yo por hijos, ni lo son legitimos. Con esto se despidieron los Santos. Siempre he conocido del Señor quán mal hacen los que dejando su vocacion primera, se mudan à otra Religion, que, ò no se logran, ò ponen su salvacion en duda. Lleva su Magestad muy mal estas mudanzas. El sea bendito.

„Notese este exemplo, y ponderense las „palabras de esta sierva de Dios, que aun„que esta regla comun, como otras, pa„dezca alguna excepcion, y tenga el Serafi„co Padre por uno de sus mas queridos, y „legitimos hijos à San Antonio de Padua, „que del Orden de Canonigos Reglares se „passò à la suya; este es caso singularissi„mo, è inspirado por el mismo Dios, co„mo lo probò el efecto en circunstancias de „tiempo, y persona, que prudentissima„mente buscaba,à mayor gloria de Dios, su „perfeccion mayor. Las mudanzas que „agora ordinariamente se usan, todos ex„perimentan, que nacen de tentacion, y „vencen à unos naturales, ò vanamente fa„ciles, ò escondidamente ambiciosos, ò „acomodados con demasìa, ò sujetos á una „melancolia demasiada. Yo, por lo menos, „à ninguno conozco, que no haya dado „señal de que no fué à renovarse en espiritu „en la nueva Religion, y que haya muda„dose à mejores costumbres con la mudan„za del Habito.

„La vision que agora pondrè, aunque „no tiene historia de personas mas particu„lares, tiene con todo esso admirable ense„ñanza moral, para la reformacion de cos„tumbres en comun, y es muy propia del „assumpto que tratamos. Escribela à lo „largo Doña Marina por estas palabras.

El Sabado veinte y seis de Octubre de este año de seiscientos y veinte y cinco, estando como otras veces delante de nuestro Señor, se movieron varios afectos en mi alma; y llevada de su fuerza, comencè à quexarme, y à decir: Ay, Señor! ay, Señor! Repetia esto mucho; y en este ay, le decia à su Magestad muchas cosas de mi propio conocimiento, con que veìa mis defectos, y miseria, y de los deseos que tenia de agradarle, y hacer en todo su santissima voluntad. Preguntòme entonces el Señor: Què tienes, alma? Qué quieres? Tù

lo

lo ſabes, mi Señor, reſpondì yo, tù lo ſabes mejor. Yo sè que no hay ninguna alma en el mundo peor que la mia, y que tengo muchas culpas de ſoberbia, y otras: fuilas contando todas, y concluì: Eſtas ſon, Señor, las culpas que hay en mì, y tù ſabes muy bien que las tengo. Su Mageſtad, con grandes mueſtras de benignidad, me dijo: Eſſo no. Y aunque eſta palabra por una parte me conſolò, por otra me diò à conocer mas profundamente à mì miſma, y mi propia nada, con tanta luz, que parece que me deshacia. Añadia el Señor: Vente conmigo agora, y deſcanſarás. No, mi Señor, reſpondí yo, que no es tiempo de regalos. Dexòme ſu Mageſtad aſsi un poco, proſiguiendo yo con el ſentimiento de mis afectos. Entonces volviò el Señor à decirme: Vente conmigo, de ſuerte, que no pude reſiſtir, que quando ſu Mageſtad quiere, el decir es hacer, y no eſtà en mano del alma reſiſtirle. Llevòme conſigo, y no sè cómo explicarlo; porque me parecia, que iba yo en el Señor, y el Señor en mí.

Subimos por una eſcalera, que tenia ſus bueltas, y deſcanſos, y à trechos unas torres muy bien edificadas, y haviendo paſſado cinco de eſtas, llegamos à una hermoſiſsima, cuya cumbre tocaba en lo alto del Cielo. Aqui paramos, yví, que del cuerpo de eſta torre ſalia una eſcalera alta, derecha, y agria; pero muy hermoſa, y de color de Cielo, que llegaba haſta las puertas de la Celeſtial Patria. Baxaban por ella muchos Angeles, que enrrando en la torre, negociaban en ella, y deſpues ſe volvian à ſubir, y aſsi eſtaba ſiempre dicha eſcala llena de Angeles, unos que baxaban, y otros que ſubian.

Eſtando mirando eſto, ví, que de aquella torre ſalian quatro, ò cinco almas, tan hermoſas, y claras, que cada una de ellas tenia mas hermoſos reſplandores, que dos ſoles juntos: eſtas, acompañadas de muchos Angeles, en un inſtante ſubieron por aquella eſcala, y entraron en el Cielo. Ví luego otra eſcala, que ſalia de la miſma parte, y baxaba haſta el corazon de la tierra, à un lugar de donde ſalian tan tremendas, y eſpantoſas voces, que grandemente afligieron mi alma. Oíanſe confuſos alharidos, bramidos, y ahullidos, como de fieras rabioſas, que vivamente ſignificaban la miſeria, y tormentos que alli ſe padecian. A otro lado de dicha torre ví otra eſcalera, aunque no tan abaxo como la que acabo de decir, parando en un lugar, de el qual ſalian voces laſtimeras, anſioſos ſuſpiros, como de perſonas deſeoſas de ſalir de alguna eſtrecha, y riguroſa carcel.

Eſtaba yo mirando todas eſtas coſas deſde el pie de la eſcalera, que ſubia de eſta gran torre al Cielo, y entonces aquellos Santos Angeles que andaban por ella, me dijeron, ſi queria ſubir allá? No Señores, reſpondí yo, no puedo yo ſubìr. Si tù quieres, volvieron ellos, noſotros te llevarèmos con facilidad. No podrè ſubir, repliquè yo, porque aquellas almas que ſubieron, eſtaban yá deſnudas de la mortalidad, de que yo eſtoy veſtida; porque vivo en la vida mortal haſta agora. No importa eſſo, dijeron ellos, que con que tù quieràs te ſubiremos. Por lo menos, reſpondì yo, ſi es que he de ſubir, no podrè ir aſsi: ſerá meneſter quitarme las veſtiduras viejas, y ponerme otras nuevas. Al punto que dije eſto, me viſtieron como otras veces, con tunica blanca, y manto azul; y ſubiendome por la eſcalera, me entraron en aquella Celeſtial Ciudad. Alli me poſtraron delante de la Beatiſsima Trinidad; y ſentiame yo, que eſtaba como canſada, y deſmayada, ſuſtentandome los Angeles, como ſi huviera quedado con fatiga de algun trabajoſo exercicio. Entonces, mirandome el Señor, ſe volviò à los Angeles, y les preguntò: Quién es eſta criatura? Y luego, volviendo à mirarme, acomodandoſe à nueſtro modo de hablar, dijo aſsi: Yá la conozco. Yo me hallè con las ſeñales en pies, manos, y coſtado, que el Señor me ha impreſſo; y ví en mi pecho la herida de la ſaeta myſterioſa de los dias paſſados, y la Cruz colorada, que con ſu ſacratiſsimo dedo me hizo ſu Mageſtad, dandomela como Encomienda, para los fines que en otro lugar he referido. Parecióme, que verdaderamente yo eſtaba alli toda en cuerpo, y alma, y lo miſmo me parece agora. Dios ſabe ſi fuè aſsi. En-

tonces me dijo el Señor, que descansasse, y mirasse lo que havia en aquella Celestial Ciudad. Luego, con particular luz, me comunicò la vista à mi modo de su Divino Sèr: y luego trás esto, la Sacratissima Persona de Christo Señor nuestro me dijo: Mira agora à mi Santissima Madre. Volví los ojos de mi alma à mirar aquella soberana Señora, y salian de ella unos resplandores de tanta gloria, que parecian mas que de mil Soles, tanto, que esparciendose por toda aquella Bienaventuranza, perdí de vista à los demás Bienaventurados, como quando en presencia del Sol se esconden las Estrellas. Trás esto me mandò, que mirasse los Angeles, y ví aquellos gloriosos Espiritus, que eran como infinitos en el numero, y llenos proporcionalmente de un inefable bien. Ultimamente, ví las almas bienaventuradas hermosissimas, y dichosissimas, sobre todo lo que se puede decir.

Haviendo gozado de tan soberana vista, mandò el Señor à los Angeles, que me volviessen à mi rincon; y hablando ellos con su Magestad, como dificultando à mi parecer el modo de volverme, aquel gran Señor con su omnipotencia, inclinando la grandeza de aquel Cielo, sin que yo sintiesse en mí la menor agitacion, me puso en mi lugar. Estando yá en èl, me volviò à hablar su Magestad, diciendo: Qué te parece de lo que has visto? Sabes lo que significa? Yo, aunque havia entendido algo, esperè que el Señor me lo explicasse mas claro, el qual, con su acostumbrada benignidad, me dijo: La escalera por donde comenzaste à subir, es el camino por donde se vá de esta vida à la eterna: Las cinco torres que topaste, son los cinco Sacramentos de necessidad: Aquella grande torre, que despues viste, es mi Iglesia, adonde baxan, y negocian los Angeles la salud de los hombres, de los quales algunos se aprovechan tan bien de mi gracia, y del magisterio de mis divinas inspiraciones, que saliendo de esta vida, vuelan luego al Cielo; pero estas son pocas, como viste: La escalera que baxaba al lugar donde las almas suspiraban con ansia de verse libres para gozarme, te representaba el estado de las que están en el Purgatorio: El otro lugar, finalmente, adonde se baxaba por la escalera, que penetraba el centro de la tierra, y adonde están tantas almas, como entendiste, es el Infierno. No me dijo mas su Magestad, ni yo supe si de los Christianos eran mas las almas que se condenaban, ò las que se salvaban; pero supe muy bien, y vì, que eran muy pocas las que subian luego al Cielo, y muchas las que estaban en el Purgatorio, y las que padecian en el Infierno muchissimas.

Un poco despues que havia passado este mysterio, vì un toro de grandeza extraordinaria, que con terrible fiereza, y furia salia contra los hombres: mostraba, fuera de la saña horrible, tan grandes fuerzas, y vigor, que segun se le representaba à mi alma, parecia que con sola una coz, ò una cornada, trastornára el mundo, si Dios le diera licencia para usar de su valentia. Arrojaba por narices, y boca unos vapores venenosos, con que inficionaba la gente. Estaba mi alma con grande afliccion mirandole, temiendo, y sintiendo mucho el estrago que havia de hacer; quando vì de repente un grande Esquadron de Angeles, que armados le salian al encuentro, y le defendian el passo. Alegrème mucho, y decia entre mì: O bendito sea Dios, que ha puesto remedio à este mal! Agora vereis, infernal toro, como os vá; y si viene mi Señor el Arcangel San Miguèl, èl os pondrà como vos mereceis. Estando en esto, le acometieron los Santos Angeles, y èl à ellos; y pudo tanto, que al fin rompiò por el Esquadron, y se escapò de sus manos. Fuese corriendo con notable ligereza, dando espantosos bramidos, con mayor furia, y coraje, que al principio: mostraba, que de hecho queria arruinarlo todo. A este punto saliò otro Esquadron de Angeles mas fuertes, y mejor apercibidos que los passados. A vista de este nuevo socorro, parece que cobraba aliento mi alma, y respiraba. Cercaron, pues, estos al toro, y comenzaron à herirle, dandole muchas cuchilladas por la cara, y otras muchas heridas por todo el cuerpo. Embrabeciase mas el to-

toro, y teniase en buenas, y de una, y otra parte se peleaba con grande ardimiento; y al fin, vino tambien esta vez à escaparse el toro de entre las armas de aquel Celestial Esquadron. Sea el Señor eternamente bendito, y alabado. Amen.

Entròse por un campo adelante, haciendo espantosos visages, bramando terrible, y corriendo desapoderadamente, hasta llegar à una Iglesia pequeña que alli havia. Vì, que dentro estaba un Sacerdote diciendo Missa, y que al tiempo que éste alzaba la Hostia, assomaba el toro à la puerta, y que en viendo lo que se hacia, se cayò como postrado, à mas no poder. Yo reparaba mucho en esto, y decia entre mì: Que serà? Esta maldita fiera no adora, ni reconoce de gana à mi Señor? Mas si acaso se ha desangrado, y cayò muerto? Lidiando yo con esta duda, vì gran multitud de demonios, que se llegaron à èl, diciendole mil baldones, y zahiriendole su flaqueza; tiraban unos de una parte, y otros de otra, arrastrandole, hasta que hundidos todos en la tierra, desaparecieron.

Entonces me hablò el Señor, y me dijo: Yá has visto lo que passa: entiende, pues, que es esta la fiereza con que el demonio persigue à los hombres: su negligencia, y mala disposicion de ellos, hace que el socorro, de suyo poderosissimo, que una, y otra vez les doy de mis Santos Angeles, quede ineficáz, y prevalezca contra sus almas el enemigo infernal; para reparo de estos daños, no hay mejor, ni mayor remedio, que el uso de los Sacramentos, en particular el de la Sagrada Comunion. Esto te significò vèr el toro derribado delante de èl. Sea este Señor millares de veces bendito. Amen.

CAPITULO XXI.

Otros casos, que en diversas materias, y todas en enseñanza moral, le passaron con el Señor.

„DEL mismo año de seiscientos y veinte y cinco son los dos papeles que „se siguen: el primero, de fines de Octu„bre; y el segundo, de mediado de Noviem„bre. Juntarè otros de poco despues, aun„que no sè el tiempo cierto. Dice la Vir„gen assi.

Estaba delante de nuestro Señor pensando en mi propia miseria, y en este lodo hediondo, de que estoy compuesta; y oìa à su Magestad, que me decia, que me fuesse con èl à sacar un monton grande de tierra, que estaba en cierta parre. Estrañò mi alma aquel mandato, y dandome como por desentendida, me volvì à mi exercicio, diciendole al Señor: Aqui està, mi Dios, un alma mentirosa, y engañadora. Decia yo esto con un profundo afecto, y gemido interior; porque en aquel estado se me representaba tan al vivo mi vileza, que realmente me parecia que estaba, no solo falta de todos los bienes, sino tambien colmada de todos los males. Respondiòme su Magestad: Sucedete, Marina, à tì agora lo que sucederia à un niño, que passando un rio profundo, y caudaloso en los hombros de un Gigante, llegando à lo mas hondo de su corriente, y viendose en medio de tantas aguas, que ván furiosas; y llegando à tocarle, temeroso del peligro, lloraria, y daria voces, diciendo: Que me ahogo, que me ahogo; siendo cierto, que por las fuerzas del Gigante no correria riesgo, sino que saldria salvo à la ribera. Esto es lo que passa por tì, que mirando lo que eres de tu cosecha, y los peligros de la vida mortal, te parece que corres peligro, siendo assi que no le tienes, pues te llevo Yo en mis brazos, y en ellos estás tan segura, que no peligrarás; y assi dexa por agora esso, y vente conmigo, sacarás aquel monton de tierra, que te dije; y diciendo, y haciendo, me llevò el Señor à la falda de un monton de tierra grandissimo, y me dijo: Que comenzasse à quitar aquella tierra. Escusabame yo, alegando mi flaqueza, y enfermedad, que no me dexaban fuerzas para tan grande obra. Con todo esso, animate, replicò el Señor, y en essa espuerta (vì luego una junto à mì) vè echando tierra, y llevando. Estando en esto, vì algunos Angeles, que cantando, y muy alegres en el semblante, y dispuestos para hacer alguna obra, se havian

puesto de la otra parte del monton, y en unas espuertas comenzaron à echar de aquella tierra, y à llevarla à otra parte; y viendoles yo, comencè animada à coger puños de la misma tierra, y echarla en mi espuerta; y à poco que havia hecho, vì, que todo el monton se havia desaparecido. Entonces me dijo el Señor: He querido, alma, mostrarte, que aunque parecen dificultosas algunas cosas que las almas deben hacer para su aprovechamiento, animadas con mi gracia, y con la ayuda de mis Angeles, si quieren poner algo de su parte, con facilidad se las hallan hechas despues: la falta está en no querer aprovecharse de mi gracia, para mortificar su voluntad, y vencer los vanos miedos que se le representan; y con esso, ni vencen sus siniestros, ni alcanzan aprovechamiento en las virtudes. Esto me enseñò el Señor, èl sea bendito.

En aquella ocasion, que en otra parte escribì, quando por Noviembre de mil seiscientos y veinte y cinco me mostrò el Señor en el Cielo algunos secretos suyos; ví tambien un rio cristalino, y caudaloso, que passaba muy cerca del lugar adonde están las almas bienaventuradas de los niños que murieron con la primera gracia. Pareciame este rio una cosa muy Celestial, y Divina; y à la manera que en el rigor del Invierno suele haver en las margenes, y riberas de los rios de acá algunos trechos de agua helada; assi por aquellas riberas de este sagrado rio, à lo largo, estaban unas como cintas muy lucientes: eran como plata, oro, y diamantes. Estando yo con grande gozo mirando este rio, y sus hermosas margenes, oì como de lexos muy dulces, y sonóras musicas de Angeles, y juntamente un ruido de golpes, à la manera que se suelen oìr en los labaderos quando se laba ropa. Mirè, y vì, que en entrambas riberas estaban los Angeles labando unas como tunicas, y ropa blanquissima, aunque unos la sacaban mas blanca, y hermosa que otros. Admirème mucho de este espectáculo, y decia entre mì: Valgame Dios, què querra decir, que los Angeles hagan oficio de labanderos?. Dijome entonces el Santo Angel, que me guiaba: Este rio, hermana, es figura de la Sangre de Jesu-Christo nuestro Señor, que derramó por los hombres, y se comunica à las almas, mediante el Sacramento de la Penitencia: el qual ministran los Sacerdotes, que por la alteza de su oficio se te representan como Angeles del Señor: unos sacan las almas mas blancas que otros, conforme à la disposicion que los penitentes llevan, y el modo con que se aprovechan de este Sacramento.

Haviendo visto este mysterio, me dijo el Angel: Ea, alma, vamonos, que es yá tiempo, y te llevarè à tu rincon. No, Señor Angel, dije yo, aguarde por reverencia de Dios un poquito, dexeme vèr esto bien. Norabuena, respondiò el Santo Angel, mirale à tu gusto. Mirè por todo aquel rio, ácia donde iban sus corrientes, y pareciame, que rodeaban todo el mundo; y allá lejos vì muchos Paganos, hombres sin Fè, y entre ellos algunos demonios, aunque pocos, que como los tienen yá posseìdos, parece que los dexan al descuido. Estos Infieles no se lababan en el rio, antes intentaban echar en èl inmundicias: pero à la manera que los rayos del Sol, aunque passen por lugares inmundos, se quedan limpios, y resplandecientes; assi aquellas aguas no recibian daño de quanto asqueroso les arrojaban, sino que quedaban tan puras, y cristalinas como de antes. Con esto nos partimos de alli, aunque yo apenas podia apartar los ojos de aquellas bellissimas cintas, que como al principio dije, se tendian à lo largo de aquellas riberas; y el Angel me dijo, que eran figuras de las tres virtudes, Fè, Esperanza, y Caridad. Eternamente alaben todas sus criaturas à tan bueno, y poderoso Dios. Amen.

Pocos meses despues, estando en oracion, y en el exercicio mas ordinario en mì, que es el conocimiento de mis faltas, y propia vileza, junto con entrañables deseos de acertar con la divina voluntad, vì como de lejos, que venian algunos Angeles (à mi parecer eran cinco) distantes algo uno de otro: caminaban con una santa alegria, y trahian en los hombros un talego grande, y lleno; y aunque me admirò la vista, procurè apartarla de alli, y quedarme

con

con nueſtro Señor en mi exercicio. Pero quando el Señor quiere de hecho moſtrar el myſterio que repreſenta, no aprovechan humanas diligencias; y aſsi, aunque mas procuraba divertirme, me hizo ſu Mageſtad advertir à la viſion que ſe me proponia. Llegò, pues, el primero de aquellos Santos Angeles cerca de donde yo eſtaba, y deſcargando aquella forma myſterioſa de talego, le vaciò en el ſuelo, haciendome patente un precioſiſsimo teſoro de plata acendrada, oro finiſsimo, ricas perlas, y piedras precioſas de diverſas figuras, y colores, y todas de ineſtimable valor. Hecho eſto, ſe volviò cantando Hymnos, y alabanzas al Señor. Por eſte orden llegaron cada uno de por sì los otros, que en vaciando las riquezas de ſu talego, ſe volvian cantando. Eſtaba yo como ſuſpenſa viendo aquel monton grande de tantas precioſidades, alegre, y conſoladiſsima, entendiendo con luz divina, que eran figura, y ſignificacion del valor de las obras virtuoſas, y acciones heroycas, que los Juſtos, y verdaderos Siervos de Dios hacen en ſu ſervicio. Tenia como enclavados los ojos de mi alma, y parece que no podia apartarlos de tan hermoſa, y agradable viſta, quando de repente vì, que al redor, y como à la orilla de todo aquel riquiſsimo teſoro, ſe levantaba un humo ſutil, de indecible, y ſuaviſsimo olor, que nacia de un fuego, igualmente fuerte, como ſuave, que poco à poco iba abraſando, y conſumiendo aquel precioſiſsimo monton. Con eſto crecia mas, y mas aquel humo delgado, y vapor ſoberano, y ſubia, aunque blandiſsimamente, tan alto, que me parecio que llegaba como al olfato del miſmo Dios, y que éſte Señor ſe agradaba ſumamente en èl, y lo ateſtiguaba à ſus Celeſtiales Corteſanos. Fuè ſubiendo eſte eſpiritual humo, ò eſte eſpiritu, como evaporado mas, y mas en el miſmo Dios, haſta que pareciò que en el miſmo Señor ſe perdia de viſta, y deſaparecia. Finalmente, el teſoro todo ſe comunicò de ſuerte, que caſi no dejò raſtro, ni ſeñal de lo que havia ſido.

No podrè explicar con palabras mias la admiracion que me cauſaba eſta viſion, que era tanto mayor, quanto menos entendia ſu myſterio. Tuvome nueſtro Señor en eſta perplejidad, y duda de la ſignificacion de lo que havia viſto, y luego me dijo: Mira, Marina, bien ſabes tù, que el oro fino ſe cria en las minas de la tierra, y alli ſe conſerva, de donde deſpues le ſacan, y entregan en las manos del ſabio Maeſtro, que le ha de purificar en la fragua una, y mas veces, ſi fuere meneſter, para fabricar de èl un vaſo rico, ò una joya precioſa, que pueda ſervir à la meſa, ò cuello de algun Rey; pues aſsi paſſa en las obras ſantas de mis fieles Siervos. El oro de ſus virtudes ſe cria, y conſerva en la tierra vil de un natural flaco, que parece que las cubre, y eſconde; porque con las faltillas caſi naturales, que vèn en sì, ahondan profundamente en el conocimiento proprio de ſu vileza, y ſe humillan haſta el abyſmo: ſingular medio para que las virtudes crezcan mas puras, y ſe conſerven mas ſòlidas. Al modo tambien con que la nieve ſe conſerva, y perſevera mas pura, y mas entera metida entre lo flaco de la paja. Sabe tambien, que eſtas faltas, y defectos naturales de mis amigos, ſon en mi acatamiento, como las pajas delante de un fuego inmenſo; porque con los actos de humildad, y el incendio del amor divino, que Yo les comunico, ſe abraſan, y conſumen todos eſſos defectos, y ſus virtudes quedan mas acendradas, puras, y eſpiritualizadas. Por eſſo viſte, que todas aquellas riquezas, à poder de aquel ſuave, y eficàz fuego, ſe convertian en aquel humo eſpiritualiſsimo, y ſuaviſsimo; y aùn eſte deſpues, ſubiendo mas, como mas eſpiritualizado, ſe te perdiò de viſta, quedando como transformado en Mì, que es la ſuprema perfeccion de las almas, que à Mí me agrada tanto. No vés tù, que de diverſas flores oloroſas, echadas en una alquitara, parece, que perdiendo ellas ſu proprio ſer con la virtud del fuego, ſale una ſola agua, que por ſu precioſo, y ſuave olor, la llamais voſotros de Angeles?

Pues

Pues asi es acà, que estando el alma rica con muchas, y diversas virtudes, el fuego de mi espiritu viene à producir un afecto simplicissimo, y unitivo, que sumamente me regala. Bien huele un pebete quando primorosamente conficionado, se llega à las narices asi entero; pero es sin comparacion mayor su fragrancia, quando consumido con el fuego, se convierte en humo, que se adelgaza, y espiritualiza mas. Esta es, Marina, la significacion del mysterio, que te mostrè, y tan suspensa te tuvo: hetelo mostrado, y explicado, para que se entienda, que en las obras santas, y en los buenos afectos de mis fieles Siervos, por mas que parezcan preciosos, siempre hay que purificar, y les voy Yo purificando por el amor que les tengo; y ellos deben mirar siempre la mayor perfeccion en lo que obran, pues son tantos los grados de ella, à que pueden subir, y à que deben anhelar. Quedate agora en paz, y descansa en mì.

Al acabar el Señor su divino razonamiento, me quedè del todo suspensa, y quando volvì en mì, no acababa de darle infinitas gracias por tan soberana enseñanza. Olvidóseme de decir, que entendí con luz divina, que el venir los Angeles igualmente cargados, y alegres con aquellas riquezas, era darme à entender la mucha parte que tienen, y lo mucho que nos ayudan en el negocio de nuestro aprovechamiento. Sea el Señor millares de veces bendito. Amen. Amen.

„Todas las comparaciones con que nues„tro gran Dios explicò este mysterio à „Doña Marina, son tan admirables, y „proprias, como suyas. El sea eternamen„te glorificado, que se dignò de comu„nicarnos tan soberana doctrina, y con „tan claros terminos explicada, que la „puede percibir el mas ignorante. Solo „advierto para nuestro consuelo, y para „encargar el espiritu con que se deben los „Santos Padres, y sagrados Doctores estu„diar, que todas ellas (sino es una) se „hallan en sus escritos, ò las mismas, ò po„quissimo diferentes; y si este lugar lo „pidiera, lo probára clarissimamente con „muchos testimonios; de donde se saca, „que habla el Señor por los suyos, y „escriben enseñados de èl, y que depren„deremos de ellos lo mismo que del Se„ñor, si los leemos con deseo de enten„derlos, y sumarlos para provecho de „nuestros projimos, y no con curiosi„dad, y hipo de sacar agudezas frívolas, „y tal vez falsas. Solo la comparacion „de la nieve, conservada en paja, no se „me acuerda haver leìdo en los Santos; „pero es tan propria, y acomodada à un „alma Española, que lo havria visto mu„chas veces, que no se pudiera pensar al „proposito otra mas cabal. Quiera el Se„ñor que no se malógre por nuestra cul„pa tan importante, y regalada doctri„na. Prosigue nuestra admirable Virgen „con otro papel.

Al principio de Enero del año de seiscientos y veinte y seis vì algunas veces al Señor puesto en una Cruz, y particularmente la una de ellas ví, que desclavando el brazo derecho, y tomando con su sagrada mano un azote, à manera de latigo, se le echò encima del brazo de la Cruz. Procuraba yo con mi temor divertirme, y aun persuadirme que podia ser imaginacion mia, que mas verdadera vision, porque no se proponia tan clara à los ojos del alma, ni tan de asiento como otras; pero despues de algunos dias me dijo el Señor: No fué imaginacion tuya, sino vision verdadera la que tuviste. No entendiste entonces el mysterio, y agora te le quiero declarar. Acuerdate, que padecias en aquel tiempo no pequeño trabajo, nacido de la contradicion, que hace à tu natural el de aquella persona que sabes, y que tan de continuo te exercita. Quise, pues, con lo que viste significarte dos cosas en aquella accion de echar el latigo sobre mi Cruz. La una, que de ella reciben valor las Cruces, azotes, y trabajos de mis Siervos, y que unidos con ella, seràn bien remunerados: y que de la misma tambien reciben aliento para padecellos con paciencia, como Yo te la doy à tì. La otra, que todos los trabajos, que todos mis Siervos han padeci-

cido, padecen, y padeceràn, los tomè Yo sobre Mì, y passè por ellos, probando la pena, y amargura, que en ellos se halla; y asi, aun como experimentado, los miro con grande compasion, y les ayudo en todas sus tribulaciones. Quedò mi alma alentada, y consolada con estas palabras de su Señor. El sea bendito por la benignidad dulcisima de su amoroso corazon.

Luego, à la entrada de Febrero siguiente, estando afligida, y lastimada con las nuevas que venian de las inundaciones de Sevilla, y Salamanca, y con la pérdida de tanta hacienda, y gente como havia padecido, compadeciendome tiernamente de los trabajos de mis projimos, y encomendandolos à Dios con todo el afecto, vì al Señor, que con grande caricia me llamaba, diciendo: Muy fatigada estàs, alma, vente conmigo, y descansaràs. Ay, Señor mio, respondì yo, adónde quieres que vaya, dejando à mis projimos con tan grandes trabajos? Hijos tuyos son, redimidos con la Sangre preciosa de mi Señor Jesu-Christo: quiero con tu licencia estarme con ellos, y padecer con ellos. Vèn, replico el Señor, y en esso mismo veràs algunas cosas, que te seràn de consuelo. Volvì à suplicalle me dejasse entre los que padecian; porque la lastima, que en semejantes ocasiones tengo à mis projimos, y la compasion de lo que padecen, me lleva tanto, que à trueque de ayudarles tantico, perderè de buena gana todo quanto bien temporal se me puede ofrecer en esta vida. Ultimamente, usando el Señor de su poder, me llevò à la Celestial Jerusalèn, y me enseñò algunas almas, que poco antes havian entrado en aquella dichosa Ciudad, y eran de aquellos que se havian anegado en las inundaciones de los lugares dichos. Estaban hermosisimas, y contentisimas, como las que gozaban de aquel sumo bien. Entonces me dijo el Señor: Mira, no pienses que todos son rigores, que misericordias son tambien las que usè. Las almas que aqui vès se han salvado por este medio; y corrieran gran peligro de perderse, si estuvieran mas en el mundo; y mi eterna providencia, con mi piedad, previno essos lances, sacandolas de la vida mortal estando en gracia mia; y con los que se condenaron usè tambien de misericordia, porque si vivieran mas, multiplicáran sus culpas, por las quales merecieran mayor pena de la que agora padecen. Oì lo que el Señor me enseñaba, y venerando sus altisimos juicios, alabè su inmensa misericordia.

De ahí à diez dias, poco mas, ò menos, oí un ruido de atambores, que tocaban al arma. Alteréme al principio, y dióme pena; pero viniendose poco à poco acercando adonde yo estaba, me sossegué, porque echè de vèr, que el sonido era apacible, que hay grande diferencia de éste al ruido que hacen las cajas, y atambores de los demonios, que uno es apacible, y otro espantoso, y pone grima. Vì, pues, que era un lucido Esquadron de Santos Angeles, todos muy bien armados, y que iban marchando en busca del enemigo. Llegaron donde estaba otro esquadron de demonios, los quales huyeron con gran presteza: estaban à las riberas de un lugar donde havia mucha agua: no discerní si era mar, ò algun grande, y espacioso lago; pero vì, que los demonios, metiendose debajo de dichas aguas, levantaron tanto, y con tan grande alboroto las olas, que parecian torres. Iban los Santos Angeles tràs ellos, como en el ayre, por encima de las olas, hasta que saliendo los demonios de la otra parte de la ribera, los fueron siguiendo aquellos Celestiales Espiritus, y los ahuyentaron de manera, que no los vì mas. No entendì otra cosa mas de lo que he referido; pero todos estos dias me dà nuestro Señor à entender las grandes ansias, que los demonios trahen de hacer mal à los hombres. Su Magestad por su misericordia se compadezca de nosotros, que le tienen muy irritado nuestras culpas; y asi, por estos mismos dias, á qualquiera parte que volvía los ojos del alma, veìa à Jesu-Christo bien nuestro crucificado; y reparando yo mucho en ello, me dijo èl mismo: Asi estoy en los cora-

razones de los hombres, que me tienen como crucificado.

Tambien un dia de estos vì en mi aposento tres personas, que unas veces me parecian que eran dos hombres, y un demonio, otras veces dos demonios, y un hombre: todos decian, y hacian abominables maldades. Estaba yo con estraña admiracion viendo tan maldito espectáculo. Deseaba con todas diligencias evitarlo; pero no podia, y no sabìa entender cómo podia ser que fuessen hombres, y demonios juntamente. Entonces me dijo el Santo Angel de mi guarda: Hermana, en esto se dà à entender, y se te enseña, que hay algunos hombres tan possèidos del demonio, que cometen tan grandes pecados, y con tanta malicia, como si fueran demonios, y que los demonios se aprovechan de la protervia, y malicia de algunos hombres para obrar por ellos de modo, que sin perder éstos su libertad, sino antes aumentando su desverguenza, hacen á una, y unas mismas maldades con los demonios; y mira, quando hay en la República algunos hombres de estos, provocan grandemente la ira de Dios contra sí. Esto me dijo el Santo Angel: socorranos el Señor por quien èl es. Amen.

„Lo que este Santo Angel enseñò à Do„ña Marina es lo mismo que los Santos „Padres, y Sagrados Interpretes enseñan „sobre aquellos lugares del Evangelio, en „que Christo bien nuestro llamò hijos del „demonio à los Judios, y à Judas demo„nio, y de quien San Juan dice, que re„vestido del demonio, que se le entrò en el „corazon, osò vender à Christo. Ay de „los que llegan à tan refinada malicia, à „protervia tan dura, que viven de suer„te, que yà sus obras, y palabras no lle„gan à diferenciarse de las que dicen, y ha„cen los mismos demonios, en cuyos abo„minables efectos no puso mas caudal de „malicia, mayores intentos de la divina ofen„sa un infernal espiritu, que un corazon „humano! Remedie el Señor, y ataje por „su preciosìsima Sangre tan enorme ma„nera de precipicio.

CAPITULO XXII.

Prosigue lo mismo.

POR el mes de Junio del año de mil y seiscientos y veinte y seis, dia de los Apostoles San Pedro, y San Pablo, vì à Jesu-Christo Señor nuestro, que me dijo: Vèn, alma, conmigo, y descansaràs un poco; y luego de hecho me llevò su Magestad à una sala muy hermosa, y alli se comenzò à passear, llevandome à mí à su lado. Diò dos, ò tres bueltas por ella, á vista de innumerables Angeles, que estaban al rededor de la sala. Daba yo con grande confusion, y verguenza mia los mismos passeos con el Señor, aunque su Magestad me mostraba muy apacible rostro; y para quitarme el encogimiento, me puso dos veces su sagrada mano sobre el hombro. Despues se sentò con grande magestad en una silla, y yo à sus sagrados pies, con el mismo encogimiento, y verguenza que antes. Poco despues, levantandome en pie, vì un fiero demonio, apartado una buena distancia del lugar donde estabamos. Era terrible su vista: tenia muchas cabezas, que salian todas de un cuello. Hablaba, pidiendo cierta cosa à Jesu-Christo Señor nuestro, pero no le entendia yo, porque parecia que lo decia entre dientes, y sin distincion de palabras. De aquel donde le havia visto, se passó ácia las espaldas del mismo Señor, y entendí, que le pedia licencia para dañar à ciertas personas. Pero el Señor, con suma gravedad, y como indignado, le dijo: Vete de aí, contentate con que por la mala disposicion que otros tenian, y por haverse hecho sordos à mis voces, llevandose de sus antojos, les arrojè fuego del Cielo, y echè sus almas en el Infierno. Con esta respuesta se fuè el demonio muy despechado: yo me quedè pensando cómo esto tenia correspondencia con lo que ví los dias passados de aquellos à quien la Divina Justicia havia castigado.

„Alude Doña Marina al papel, que „dejò escrito en el capitulo quinto de este „se-

„segundo libro, y nosotros saquemos para nuestra enseñanza, quán indigna cosa, y quán ciego engaño es hacer alianza con este infernal enemigo, que induciendonos con alhago à la culpa, solicita luego con terrible crueldad, que se apresure la pena para atajar el remedio à la enmienda. „Otra vision tuvo esta Virgen, (y segun se colige del computo de los papeles, conjeturo que fuè el ultimo año de su santa vida) adonde en una figura symbolica, muy semejante à la que el demonio tomò en la vision passada, le mostraron el infernal espiritu de la soberbia, con los vicios que de èl proceden; y juntamente el socorro que el Señor embia á sus amigos para vencerle. Adviertase, que venia el demonio revestido de la bestia que aqui se describe, como se colige del mismo papel que la Virgen dejò escrito, y expressamente lo nota à la margen el Padre Miguèl de Oreña, cuyas notas eran siempre comunicadas con ella. Aprovecharános mucho la vision para conocer, y huìr el contagio de este afecto, para amar, y servir à un Señor, que por medio de sus Angeles tanto cuidado tiene de socorrer à sus siervos, que para todo esto hallarémos aqui grande enseñanza. Refiere Doña Marina el sucesso de esta manera.

Una mañana de estas, estando en mi ordinaria oracion, fuè creciendo en mi alma extraordinariamente el afecto de mi desprecio, à la luz grande que el Señor me daba de mi propio conocimiento. Iba mas, y mas ahondando en esta noticia, con la qual llegò à parecerme, que estaban en mì sola todos los defectos, faltas, y culpas que podia haver en todas las criaturas; porque quando mi alma llega aqui, como està toda metida en despreciarse, no parece que mira las cosas con los ojos de la razon, sino con los del afecto: facilmente cree todo lo que en orden à su abatimiento se le representa. Particularmente ahondaba en materia de soberbia, y decia: No es posible, sino que en lo hondo de mi alma està aquella mala, y perversa raiz de la soberbia, que brota de sì tan malas ramas, y lleva peores frutos; y que yo en esta parte tengo grandissimas faltas, y defectos; y añadì: Esto en mi opinion, Dios mio, es ciertissimo; y pues Tù, bien mio, eres mi Medico, y mi salud, curame, Señor, y saname de esta lepra, y mal contagioso. En esto estaba, quando volviendo los ojos del alma, ví, algo lejos de mì una mala bestia grande, y fierissima: tenia en un solo cuello siete cabezas, y en cada una su rostro abominable, que aunque en algo se parecian entre sí, eran en lo demás de muy diferentes modos, y especies. Hacia esta infernal bestia diversos visages con aquellas siete cabezas, y movialas espantosamente. Con la una tristissimamente gemia; con la otra lloraba; parecia que se queria alegrar con la otra; y con otra levantaba un grito terrible, y assi las demás, todas con terrible diversidad de afectos, y figuras.

Conocì con luz interior, que era representacion de la soberbia, y de todos los vicios, y culpas que ella trahe consigo. Y como mi alma estaba en el exercicio que arriba dije, y ví aquella infernal bestia delante de mì, no se puede explicar el temor que me causò: gemia de lo profundo de mi corazon, y daba interiores gritos, diciendole al Señor: Dios mio, y Señor mio, mira por quien eres, que me quiere tragar esta bestia: vén presto, mi Dios, y librame de ella. Luego, volviendome à mis Señores los Angeles, y en especial al de mi guarda, los invocaba à todos, y les decia: Vengan, mis Señores, vengan todos muy aprisa por amor del Señor de la Magestad: miren aquella infernal bestia, no se detengan, que me tragarà, destruyanla, mis Señores, y matenla en el nombre del Señor, y con su Divina virtud. Explicaba yo con este modo de temor, y miedo de no ser tragada de aquella bestia, el temor que tenia de que el espiritu de la soberbia no me acometiesse, y hiciesse caer en algun pecado de arrogancia, contra la fidelidad que debo al amabilissimo Dios, y Señor mio. Viendo mis Señores los Angeles la fatiga, y congoja grande de mi pobre alma, se llegaron todos diez con grande prisa à mì, y rodeandome por todos lados, con grande caridad me dijeron: Què has, alma? Què has? No te afli-

jas, ni temas de ninguna manera, que no hay de què; porque el Señor es defensor tuyo, y nadie te podrà contrastar, ni ofender: no temas, que aqui estamos en tu guarda, y no te dejarémos jamás; y lo que pretende esta mala bestia, no es mas que espantarte, y afligirte; pues sabes tù, que no permite el Señor por su bondad, que llegue à tì afecto, ni pensamiento de soberbia.

Mucho se consolò mi alma con lo que mis Señores los Angeles, y en especial el de la guarda, me dijeron; y estando asi un poco, me dijo éste: Vuelve los ojos al lugar donde està la bestia, y mira lo que passa. Hicelo asi, y vì, que bajaba del Cielo una Capitanìa de Angeles bellisimos, y fortissimos, todos armados, unos con arcabuces al hombro, y otros con lanzas en la mano: dispararon aquellos contra ella, y luego estos, cercandola, se fueron llegando cerca de ella, y cogiendola enmedio, la alancearon, y mataron, y deshicieron; y alcanzada tan gloriosa victoria, se volvieron à la Celestial Jerusalèn, adonde adorando à la Divina Magestad, confessaban haver recibido de este gran Dios la virtud, y fortaleza. Entonces, volviendose à mì los Angeles mis Señores, me dijeron: Estás agora consolada? Estás contenta, alma? Mira, sabe que asi libra Dios, y aparta de los pecados, y preserva de las culpas à los que le temen, y aman de corazon: asi destruye, y confunde à los que les son incentivos de maldad. El sea bendito para siempre, y tú descansa agora, alma, en tu Señor. Con esto se apartò cada uno de estos mis Señores à su lugar, y yo quedè bien consolada, y alentada en mi Dios, que sea eternamente alabado por sus obras, y misericordias. Amen.

Por Agosto de seiscientos y veinte y seis, vispera de San Lorenzo, vì un Trono de gran magestad, adonde assistia el Señor: delante de èl, como à un lado, estaba una gran multitud de pobres; y al otro lado un numero grande de ricos. Los unos, y los otros aguardaban para pedir algo al Señor. En el espacio que havia entre esta gente, y aquel soberano Trono, se andaba passeando un Angel muy superior, y de grande autoridad; el qual, llegandose à los pobres, les dijo: Què pedis vosotros? Señor, respondieron ellos, pedimos comida, vestido, y lo demás necessario para passar la vida. El Santo Angel, aunque con rostro severo, pero con tono blando en la voz, les dijo: Y cómo no pedís lo principal? Y luego, passando ácia donde estaban los ricos, con un modo mas aspero, les preguntò: Y vosotros, què pedis? Ellos mudaron el color, y comenzaron à temblar, y mostraban, que si pudieran, querrian huìr, pero no podian: entendia yo, que como presos los tenia alli la Divina virtud. Ultimamente, apretandoles el Angel à que respondiessen, dijeron: Pretendemos privanza con Principes, Oficios, Dignidades, y riquezas, y estas cosas pedimos. No les respondiò nada el Santo Angel; pero mirólos muy ayrado desde su Trono el Señor de la Magestad, y dijoles: Mirad lo que haceis, que si no buscais, y pedìs el bien de vuestras almas, yo os echarè mi maldicion para siempre. Volviòse luego à los pobres con semblante menos severo, y como quien se compadecia de su ignorancia, y miseria, les dijo: Buscad à Dios, y guardad su Ley, que esso que pedìs, se os dará cumplidamente, no como paga principal, sino como añadidura. En este punto se me desapareciò la vision.

„Añade Doña Marina en este mismo „papel otra vision, que al otro dia, que „fuè el de San Lorenzo, tuvo, y pareció„me juntarla con la passada, porque pare„ce como confirmacion de la palabra que „el Señor diò à los pobres, de que buscan„dole á él primero, lo temporal necessa„rio se les añadiria. Pobre, y mucho, fuè „Doña Marina, y no solamente la trajo el „Señor limosnas para remediar su necesi„dad, sino que la hizo como depositaria „para socorrer à otros muchos. Fueron in„numerables los à quien ella socorriò. Ca„sò honradamente algunas doncellas, à „muchas mas entrò en Religion, dando„las à todas dote competente. En tiempo „de hambre, y necesidades públicas, la „llenaba el Señor de limosnas, para que „por ella, como por arcadùz, se derivas„sen al Pueblo necesitado. O alta, y ocul-

„tis-

„tiſsima Providencia de nueſtro gran Dios, „que ſe vale de una pobre viejecita para „remediar à tantos pobres; y parece que „buſca trazas, y artificios en eſta materia, „quien facilmente puede criar, y enrique- „cer mil mundos: yá hablamos de eſto „mas largo en otra parte. Aqui ſolo aña- „do para nueſtra enſeñanza la viſion breve „que dije, que ella refiere aſsi.

Luego al dia de San Lorenzo pedia yo al Señor con encendidos afectos, que me hicieſſe muy pobre, y que no me embiaſſe tantas limoſnas, que aunque por ſu miſericordia ſe gaſtan bien, vengo yo à no padecer las neceſsidades, que tuve en otro tiempo. Proſeguì en mi oracion con otros afectos varios, y concluì diciendo: Deſeo, mi Señor, que à la manera que dicen, que la culebra, entrando por el agujero eſtrecho de una piedra, ſe renueva, dexando el camiſon viejo: aſsi yo tambien me renovára, quedando mi alma de todo pura delante de tì, con un amor tuyo ſincerìſsimo, ſin mezcla de coſa alguna terrena. Eſtando en eſte exercicio, me moſtrò Dios nueſtro Señor à mi alma, tan en sì miſma, como ſi haviendo entrado yo por algun lugar muy eſtrecho, huviera quedado ella ſola, y dexado totalmente todo lo que es cuerpo, y todos ſus terrenos afectos, ſacando ſolo conſigo un puro deſeo de agradar, y ſervir à ſu Dios en todo, y por todo. Yo no sè cómo es eſto, que ſiendo aſsi, que yo veia mi alma con la pureza que acabo de decir; por otra parte, viendo que un Santo Angel la tomaba con ſus manos, muy ſin mentir le dije: Santo Angel, no haga tal, no la toque, no enſucie ſus puras manos con coſa tan mala. No, no me enſuciarè, reſpondiò el Angel. Teniendola, pues, aſsi, ſe convirtiò en una palomica muy blanca, à la qual puſo luego en las manos del Señor, y que ſu Mageſtad la regalaba, y moſtraba complacerſe mucho en ella. Volviòſe entonces à mì eſte gran Señor, y dijome: Recibe las limoſnas que vienen, y eſtènſe aí, que Yo sè para qué las quiero, y el para què las hacen las perſonas que las dàn. Quedème luego en una union apretadiſsima con el miſmo Señor, haſta que paſſada ella, me hallè en mi rinconcillo. Su Mageſtad ſea bendito, y alabado. Amen.

„Aunque Doña Marina dice, que no „ſabia como era verſe, por una parte con „tanta pureza en las manos del Angel, y „por otra, reconocerſe por tan aſqueroſa, „que con verdad temia el poder manchar- „le; con todo eſſo, bien entendia ſe com- „ponian, que como conocia, que toda la „pureza, y hermoſura de ſu alma, era dón „recibido de Dios, mirabalo como coſa „agena, y ſolo tenia por propios los defec- „tos, y manchas, que de ſuyo, y dexado „en sì miſmo llevára ſu natural. Los peca- „dores ſon los que por vivir, como dice el „Apoſtol, en tinieblas, truecan en eſta ma- „teria los juicios, y ſin vèr lo hediondo de „ſus manchas, qualquiera bien que reciben „de las divinas manos, ſe lo atribuyen à sì „miſmos. La obſcuridad que en ſemejan- „tes materias padece el mundo, nos dexò „ella eſcrita en un membrete del año de „mil ſeiſcientos y veinte y ocho, el dia „diez y nueve de Febrero, adonde dice aſsi.

Halléme eſta mañana como ſola, y à eſcuras en mi apoſento, y dije: Ay, Dios, que eſtoy à eſcuras, y ſola! Sentì luego à la Mageſtad de Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, que me reſpondiò: No eſtàs ſola, que aquí eſtoy Yo contigo. Señor mio, volvì yo, no te veo bien con eſta obſcuridad. Luego me verás, dijo el Señor. Y à eſte punto le rodeò à ſu Mageſtad una luz belliſsima, como de rayos, y lo miſmo à unos Santos Angeles, que con èl eſtaban: con la qual el apoſento quedò clariſsimo, y pude vèr muy bien al Señor, y al ſanto Padre Luis de la Puente, que eſtaba cabe mì, à quien dije: Santo bendito, qué eſtabas tù aqui, y no te veìa? Y el Señor me dijo: No eſtaba aqui Luis, hermana, que agora vino. Llevòme el Señor por medio de una profunda obſcuridad haſta llegar al Cielo; adonde uniendome à ſu Divino Eſpiritu, me diò por ſu miſericordia grandes noticias de ſu Divino Sèr, y del modo con que beatifica à los Celeſtiales Corteſanos, como otras veces he dicho. Eſtaba yo deſpues como admirada de la novedad de aquel obſcuriſsimo camino, por donde eſta vez me llevaron,

ron, y entonces me dijo el Señor: Quise significarte el estado presente que agora tiene el mundo, adonde todo es obscuridad, y tinieblas. Su Magestad sea bendito, y nos dè su luz. Amen.

CAPITULO XXIII.

Algunos avisos que esta admirable Virgen dexò escritos, para acertar en el camino de la virtud.

„DEspues de haver escrito las visiones, „que en materia de enseñanza mo„ral tuvo Doña Marina del Señor, me pa„reciò poner aqui algunos avisos, y do„cumentos para el mismo fin, que ella diò „à diversas personas, que estàn llenos de „celestial sabidurìa, como sacados de un „pecho, à quien su Magestad comunicaba „tanta luz; y serviràn de singular estímulo, „para seguir, y aprovechar en el camino „de la virtud à todas las personas que los „leyeren, y en especial à sus santas hijas „del sagrado Convento de Santa Brigida, y „à los demás, que con la divina gracia es„peramos se fundarán de su Religiosissima „Orden. En un papel, pues, que escribe à „las devotas hijas, y compañeras, que en„tonces tenia consigo, y procuraba enca„minar à altissima perfeccion, dice assi la „Venerable Virgen.

Carissimas hermanas mias en el Señor Dios nuestro: Para que vuestras almas sean digna morada de este grande Dios, y Señor, y tenga èl en ellas sus delicias, como èl mismo lo dice; Yo en su nombre os ruego humilde, y encarecidamente, que le purifiqueis la morada, y le aparejeis el retrete de vuestros corazones, adonde este Señor de la Magestad se ha de aposentar. Mirad, que es amante, pero muy zeloso de la pureza, y limpieza del corazon. Para fundar, pues, con su divina gracia un soberano edificio de sólidas, y perfectas virtudes, que son el adorno de este dichoso tálamo, donde descansa el Celestial Esposo, el primer fundamento serà la zanja, y sacar la tierra de los ruines afectos, y passiones de nuestra alma, y en su lugar poner las piedras fundamentales, y firmes del propio conocimiento, humildad, y desprecio de nosotras mismas, juntando fé, y confianza viva en nuestro Dios, y Señor, que acabarà, y perficionarà en nuestras almas la obra, que ha comenzado por su sola bondad, y misericordia infinita. El sea bendito.

Hecho esto, que es como haver echado el fundamento, haveis de ir, hermanas carissimas, trabajando, y como poniendo el labor de vuestras manos, como mejor supieredes, y pudieredes, mortificando las passiones del alma, y sus inclinaciones, arrancando las malas raìces, y plantando generosas plantas, que lleven fruto agradable à los divinos ojos. Los de vuestras almas estèn siempre atentos, y fixos, quanto os fuere possible, en aquel Sol clarissimo del Divino Sèr, que à la luz de sus soberanos rayos trabajareis con singular consuelo, presteza, y aprovechamiento. Nunca, hijas mias, me perdais de vista à este Divino Señor: entended, que es la Estrella resplandeciente, el Norte Divino, que nos ha de guiar, y que sin èl erraremos sin duda el viage. Navegamos, hijas, por el mar tempestuoso del mundo, donde son tantas, y tan terribles las olas que combaten el navio de nuestra alma; y solo con esta guia podrèmos al fin de la navegacion llegar à tomar puerto seguro en aquella Celestial Patria, que es la tierra de los que viven para siempre en el Señor Dios de la Magestad, que le dà luz, y beatifica à toda aquella soberana Ciudad, en la qual, por su bondad, y misericordia infinita, quiera èl que todos nos veamos. Pensad esto, hermanas mias carissimas, y obrad assi, que este exercicio es provechosissimo para el alma, y de èl se agrada muchissimo nuestro Señor. Sea èl bendito millares de millares de veces. Amen.

„En otro papel, con admirable espiritu, „pone tres puntos, cuya consideracion „grandemente adelantan al alma para alcan„zar la perfeccion que desea: y añade lue„go tres medios muy eficaces para que este „exercicio se haga con el fervor, y cuidado „que se requiere.

En

En nombre sea de nuestro Señor Jesu-Christo, y de su Santissima Madre. Pidieronme mis compañeras con mucha instancia, que les dijesse, y platicasse alguna cosa de nuestro Señor, para el aprovechamiento de sus almas, juzgando, que como las trato, y conozco, les seria esto de mucha importancia. Rehusèlo mucho, y escusème, pareciendome havia hartos libros de que podian mejor deprender lo que deseaban; assi se lo dije, y añadì: Que hablarles en forma de platica espiritual, ni era de mi inclinacion, ni venia à proposito, por ser yo muger, y poco espiritual. Supolo mi Confessor, y mandòme concediesse à mis compañeras lo que con humildad, y buen espiritu me pedian, ò fuesse de palabra, ò por escrito, para que ellas lo tuviessen à mano, y se aprovechassen mas. Con esto me fuè fuerza escribir estos breves renglones, dividiendo la materia en dos partes. Ojalà sea à gloria del Señor, y de su Santissima Madre, que sea eternamente alabado.

Carissimas hermanas, y amigas mias en el Señor: Para que vuestras almas, à gloria de nuestro gran Dios, medren, y crezcan con mas presteza en su aprovechamiento, yo os ruego por el Señor Dios nuestro, à quien vuestro corazon desea amar, y servir, considereis con atencion, y traygais siempre delante de los ojos del alma tres cosas, ò puntos, que os seràn de grande utilidad para el fin que os he propuesto.

El primero es, ahondar con la consideracion en la miseria, y nada de que fuimos hechas, y lo nada que valemos sin los auxilios de la divina gracia, despreciarnos, y humillarnos con esta verdad hasta el polvo de la tierra, que es nuestro propio lugar, donde havemos de volver.

El segundo punto, considerar atentamente el amor eterno, è infinito, que Dios nuestro Señor por sola su bondad nos tuvo desde su eternidad; pues desde entonces determinò en su Mente Divina de criarnos, haciendo nuestras almas à su imagen, y semejanza, poniendonos por su misericordia en la Santa Iglesia Catholica Romana, dandonos la luz del Evangelio. Sacònos del abysmo de nuestra miseria, y nada, para un tan alto fin, como es el poder verle, y gozarle eternamente, si por nuestra culpa no queda; pues para alcanzar este fin nos dá tantas, y tan grandes ayudas, y nos hace tan grandes beneficios, y tan singulares mercedes, como sabemos, fuera de otras muchas, que agora no vemos, ni podemos alcanzar en nuestro conocimiento.

El tercero, serà considerar muy en particular aquel amor inmenso con que este Señor nuestro nos diò à su Unigenito Hijo para Redemptor, Maestro, guia, y exemplo, y para todo nuestro bien, y consuelo. Y luego considerar el amor con que este mismo Hijo de Dios, y Señor nuestro se nos diò todo desde el Pesebre à la Cruz; y como no contentandose su ardentissima caridad con havernos dado su santissima vida, y toda su preciosa Sangre, se quiso quedar con nosotros hasta la fin del mundo, debaxo del velo de las Especies Sacramentales, à cuyo proposito tambien dijo aquellas regaladissimas palabras: Si los dexáre ayunos, desfallecerán en el camino, porque algunos vinieron de lejos. Y en otro lugar dijo à sus amigos: Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua; descubriendo con esto las ansias de su amor, como que le parecia, que tardaba la hora de hacer entrega de sì para nuestro rescate en mano de pecadores.

Para que estos tres puntos tan principales os entren mas en provecho, y sean mas eficaces para el fin que pretendemos, deseo mucho, carissimas hermanas, que los acompañeis con otros tres puntos, ò medios, que serán poderosissimos para conseguir el bien à que anhelamos.

El primero es, tomar por Patron, Señor, y Dueño de esta espiritual obra, al Señor Dios Uno, y Trino, suplicando humildemente al Eterno Padre os comunique su poder, para salir con esta empressa de vuestro aprovechamiento, à su mayor gloria, y servicio; y al Santissimo Hijo os conceda su virtud, para tener el afecto, y fervor que se requiere para emprehender con aliento tan alto fin; y al Espiritu Santo, que os conceda luz, fortaleza, y preste-

teza para lo mismo.

El segundo medio, y muy poderoso para fundar nuestra esperanza, es tomar por Abogada, è intercessora vuestra à la Sacratissima Virgen Maria nuestra Señora, à quien la Divina Magestad mira con tan benignos, y amorosos ojos, que ninguna cosa dexarà de alcanzar de su bondad, y misericordia.

El tercero, muy util, y provechoso para esta pretension, es rogar con afecto humilde al Santo Angel de vuestra guarda, sea vuestro Ayudador, y Protector, que pida, y suplique à la Divina Magestad os dè espiritu, y perseverancia para acabar con perfeccion esta obra, y perficionar el edificio de las sólidas, y perfectas virtudes, reduciendolo todo à un abrasadissimo Amor Divino, que es la clave con que se cierra este tan admirable edificio.

Por este camino, carissimas hermanas, de afectos, y consideracion, mediante la Divina Gracia, alcanzarèmos de nuestro gran Dios, y Señor lo que deseamos. En estos puntos deseo mucho os exerciteis; porque fio de la bondad divina sacareis de ellos grande fruto, y provecho para vuestras almas. El lo haga por quien es, y sea bendito, y alabado millares de millares de veces. Amen.

„Para mostrar el camino verdadero de „la virtud, y aprovechar en los exercicios, „que sólidamente fortalecen el espiritu, se„rà de mucha importancia ponderar los „avisos que esta Virgen escribe en una car„ta à cierto Religioso, que le havia remiti„do cierta persona para que la examinasse, „y dijesse su parecer acerca de su espiritu. „La carta, trasladada à la letra, dice assi.

No he dado cuenta à vuestra Paternidad hasta agora de lo que me pareciò de la sierva de Dios, que vuestra Paternidad me embiò, hasta mirar bien el caso, y encomendarlo à nuestro Señor. Digo, pues, mi Padre, que me ha parecido muy bien su virtud, bondad, y llaneza, su espiritu fervoroso, y los afectos encendidos del divino amor, que moran en su alma; pero como estas materias de espiritu son tan hondas, y dificultosas de apear, y entender, y es menester mirarlas, y considerarlas tanto, hallo aqui cosas que alabar, y otras en que reparar; porque lo mejor, y mas perfecto del espiritu, es, que los afectos, y sentimientos fervorosos de amor de Dios, y otros semejantes, se queden en lo mas hondo, ò en lo mas superior del alma; y assi obren, y se arrayguen, sin hacer ruido, y alboroto en la parte inferior de ella, ni en los sentidos exteriores, privandolos de sus naturales operaciones; porque si dejamos à los afectos salir, como dicen, con la suya, se hacen señores de nuestra alma, y de sus potencias, haviendo de ser al revès, que los ha de señorear à ellos el alma, para el mejor uso, y exercicio de las virtudes. Esta sierva de Dios tiene mucho de esto, à mi parecer; porque como tan llena, sincera, y bien intencionada lo abraza todo, como cosa de nuestro Señor, sin reparar de dónde nacen aquellos alborotos, ò ruidos exteriores, que vuestra Paternidad vè en ella: de lo qual le puede resultar grande daño, no solo en las acciones naturales, sino en el mismo espiritu; porque toda passion espiritual, que no conoce de las reglas de la prudencia (y esta es quien sazona todas las virtudes, y afectos) es perjudicial, y dañosa.

Es muy ordinario, Padre nuestro, como vuestra Paternidad mejor sabe, meterse à la parte con el espiritu, aunque este sea bueno, la naturaleza con sus inclinaciones, y conforme à su caudal; de donde nace, que si no hay grande cuidado en esto, assi por la novedad, y poca experiencia de estas materias, como por los grandes ardides del demonio, vaya errado, y mal fundado esse espiritu; y es de grande importancia fundarlo bien en los principios, que se crie fuerte, valeroso, libre, y señor de sus afectos, de suerte, que pueda obrar, y juzgar de entrambas manos, diestra, y siniestra: quiero decir, servir para la vida activa, y contemplativa: que no se embriague, y cebe con poco vino del amor de Dios, sino que tenga aptitud, y fortaleza para recibir del Señor mas, y mas, sin quedar luego derribada el alma, y hecha un tronco, con que casi se halla sin ser buena para nada.

El remedio para perficionar femejantes efpiritus, es el que en las fabricas folemos tomar; y afsi folemos decir: Vá un edificio no bien fundado, porque lleva flacos cimientos; pues derrocarle antes que fuba mas, y zanjarle bien de nuevo. Lo mifmo digo acà: pongamos de nuevo à efta Sierva de Dios en una oracion fólida, y ordinaria, como la enfeñan los Santos; y quando fe le ofrecen aquellos afectos vehementes, que la facan de sì, reprimalos, y diviertafe; y fi fuere menefter, deje por entonces la oracion, y acuda à las obras de caridad exteriores, y oficios de humildad; y aunque le parezca que es arrebatada, y que no puede mas, porfie, y hagafe fuerza, que de ordinario fon eftas flaquezas naturales del efpiritu, y adonde muy de fecreto fuele tambien entrar el demonio; y fi efta Sierva de Dios hace efto de veras, y con voluntad buena, poco à poco, con la divina gracia, vendrà à falir con ello; y aunque ella de fu parte ha de hacer eftas diligencias con blandura, y fuavidad, y confianza en nueftro Señor; pero V. P. mueftrele algun modo de afpereza, como quien hace poco cafo, ò ninguno de effas cofas, y ruidos exteriores, y extraordinarios, con tal difcrecion, que no llegue el rigor à defconfolarla, y afligirla demafiado; pues en eftas exterioridades no debe haver culpa, fino naturales defectos de efta perfona; los quales ella por fu poca experiencia no fabe conocer. Y de efta manera ha de perfeverar V. P. en el gobierno de efta alma, que fi es nueftro Señor quien obra en ella, yo le affeguro, que no perderà por effo fus favores, antes los recibirà con mayores ventajas.

Adviertafe, que fi hechas eftas diligencias no alcanzáremos la victoria, que defeáremos, y ésta fe quedáre con las exterioridades dichas, fe debe entender, que fon permifsiones de Dios, y juicios fuyos altifsimos: han de fufrirla, y ayudarla con caridad, como à un enfermo que padece fin poder mas. Sea nueftro Señor bendito, y èl por fu mifericordia nos ayude, enfeñe, y alumbre à todos, como havemos menefter. Gracias à Dios, &c.

„En otra Carta, no folo enfeña à quitar exterioridades, fino tambien à deponer todo defeo de cofas fingulares, y revelaciones en la oracion: enfeñandola, que es fólida para defarraygar vicios, y plantar virtudes, que es la de la vida de Chrifto Señor nueftro. Efcribióla à cierto Convento de Efpaña, que padeciò harto trabajo en materia de defaciertos en efta parte. Y aunque hay otras muchas Cartas de efta Sierva de Dios para dicho Convento, en las quales, de parte de nueftro Señor, les previene los lances, y dà convenientes avifos para no caer en el atolladero, que defpues fe viò; pero porque tocan materias efcabrofas, y feñalar perfonas, pareciò jufto callarlas, y poner folo éfta, en que no hay particular incomodo, y tiene comun enfeñanza para todas. Dice, pues, en ella afsi Doña Marina.

Nueftro Señor fea en el alma de vueftras Reverencias, y dè fu fantifsimo, y divino amor. Señoras, y Madres mias, carifsimas, y muy amadas en el Señor Dios nueftro, Abadefa, y Priora del Convento de, &c. Hago faber à vueffas RR. y à todo effe Santo Convento, como la Mageftad de Dios nueftro Señor me ha dado afecto, y defeo eficáz de comunicarme en fu nombre por eftos renglones en vueftras Caridades, para que con efta comunicacion, dandole efte Señor fu divina virtud, fean nueftras almas perficionadas, y encendidas de fu divino amor; y efte Señor, y Dios nueftro fea honrado, y glorificado en nofotras fus pobres criaturas.

Digo, pues, Madres, y Señoras mias, à gloria de nueftro Señor, y confufion mia, (pues de todo me he fabido aprovechar tan poco, y mal) como por efpacio de los treinta años primeros de mi edad, fiempre fuè llevada mi alma por fu Dios al pie de la Cruz de Jefu-Chrifto Señor nueftro, crucificado en ella por nueftra falud, y remedio. Alli eftaba mi alma muy atenta, y fus ojos muy clavados en aquel Señor, y Dios fuyo; y fu Mageftad

tad desde aquella Soberana, y Divina Cathedra perpetuamente le enseñò esta admirable, y provechosissima doctrina. El que se humillàre, serà ensalzado de su Dios; y el que se ensalzàre, serà humillado. Daba este Señor muchissimas gracias à su Eterno Padre, porque havia descubierto, y manifestado sus altissimos secretos, y mysterios à los humildes, y los havia encubierto à los sabios, y poderosos poco humildes. Rumiando yo, y como ahondando con la consideracion, y luz, que el Señor me daba, en esta tan superior doctrina, hallaba tres cosas principalissimas, y de grande utilidad para el alma.

La primera, es aquel tesoro grande, y de inestimable valor, que està encubierto, y encerrado debajo de la tierra de la humildad, y hondura del proprio conocimiento, adonde se abre la zanja, y se echan los cimientos fuertes, y poderosos para el edificio de las esclarecidas virtudes, sólidas, y perfectas, de donde se sube por sus gradas à un perfecto amor divino, y comunicacion de Dios, y el alma, que es la clave con que este soberano edificio se cierra. La segunda cosa, que le ofrecia à mi alma, el destierro en que està una persona, y tan lejos de Dios, quando està pobre, y falta de este tesoro que he dicho: quán facil, y secretamente entra en ella la polilla de la vanidad, y soberbia, y otros defectos semejantes: quánto aborrece Dios, y quán mal le parece esta ruin sabandija, apartando de ella sus ojos, quitandola su trato, y comunicacion, que es el mayor mal de los males, que padece un alma. Finalmente, la tercera cosa, que se me ofrecia en esta consideracion, era la fineza de amor, que un alma debe tener à su Dios por quien èl es, con que en todas sus cosas, grandes, y pequeñas, siempre ha de tener por su fin, y blanco la mayor gloria de este Señor, y en èl solo morir, y vivir, buscando en todo su divino beneplacito, sin mezcla de ningun terreno, ni celestial interès: de tal suerte, que sea como el agua, que de nada ha de tener sabor, y por sí sola debe satisfacer, y quitar la sed.

Importa sumamente en el trato espiritual mirar esto, y atender à ello con muchos ojos: de manera, que en las hablas interiores, revelaciones, y visiones de Mysterios, nada quiera, y de verdad nada busque, à nada tenga aficion, no deseando mas, que el mayor aprovechamiento de su alma à gloria de su gran Dios. Procure estarse sumida en el abysmo hondo de su miseria, y muladar, rayendo su lepra con la teja de su tierra vil. Tema, y tiemble de oìr hablas extraordinarias, de vèr, y entender cosas superiores, que no dicen con su pobre, y corta capacidad; y quando nuestro Señor le ofreciere semejantes cosas, pidale perdon, y licencia, y por el camino ordinario se vaya à su Dios. Rueguele con sincero afecto, sin mezcla de otra cosa, le dè su divina luz, para acertar à conocer sus verdades, y hacer en todo su santissima voluntad, y no haya miedo el alma, que pierda por aqui à su Dios, antes le ganarà mucho, porque este Señor, con su infinita sabiduría, conoce el cómo, y quándo ha de hacer mercedes al alma, sin que ella entre, ni salga en esso, ni sea nadie, sino solo Dios, el que quiere obrar en ella sus misericordias, y poner sus dones.

Esto es assi verdad: por otro camino estarà muy cerca de errar, y ser engañada. Tenga el alma silencio: recojase con su Dios: no sea mysteriosa: hable poco de revelaciones; porque para mì, quien es facil en decirlas, mucho me temo no las tiene verdaderas; porque Dios nuestro Señor es Espiritu, y de ordinario engendra en el alma afectos espirituales, que sean secretissimos. Huya el alma, quanto le fuere possible, extremos, singularidades, y novedades, y busque à nuestro Señor con perfeccion; pero por el camino ordinario, que nos enseñan los Santos, y su Iglesia, que por aqui le havemos de hallar à èl, y sus verdades. El sea bendito para siempre, que tanta doctrina nos dejò en esta su Iglesia, y en sus Santos, y èl nos alumbre, ayude, y enseñe, para que en todo acertemos con su santissima voluntad,

tad,

tad, que sin ella, y su divina gracia, nada somos, nada podemos, ni valemos; y à vuessas RR. Madres mias, carissimas de su Divino Espiritu, con muchos aumentos de su gracia, y sea vida eterna de sus almas de vuessas Caridades. Valladolid, quince de Mayo. Humilde Sierva de vuessas RR. &c.

„Hasta aqui Doña Marina en la pri„mera Carta, que escribiò à aquel Con„vento: pluguiera Dios que la huvieran „dado credito.

CAPITULO XXIV.

Algunas visiones, y avisos para la buena enseñanza del gobierno público.

„NO solo enseñò Dios nuestro Señor „à esta Virgen la doctrina moral, „que havemos visto, en orden à la re„formacion de las costumbres, y apro„vechamiento de virtudes particulares, sino „que tambien la diò avisos de celestial po„litica en orden à las Republicas Catho„licas, y su gobierno. Y aunque de esto „se ha visto mucho arriba, pondrè en es„te capitulo algunas cosas mas especiales, „y de singular enseñanza para este inten„to. En un papel de seis de Abril del año „de seiscientos y veinte y seis dice assi.

Lunes à los seis de éste, vì una infinidad de Santos Angeles, que parece cercaban todos los Reynos Fieles. Estaban todos en formas de Esquadrones fortissimos, y riquissimamente aderezados, mostrando igual esfuerzo, y hermosura. Notè, que con singularissima destreza disparaban sus arcabuces contra los Infieles. Mostraronme tambien, que à los confines de las Provincias de Hereges, y otros Infieles, havia muy grandes esquadrones de demonios, que tambien disparaban su artillería; pero con mucha diferencia, que la de los demonios ponia pabor, y hacia un ruido tremendo, y la de los Angeles era con grande suavidad, y parece que regalaba los oídos aquel sonido. Estando assi, aquellos Esquadrones de los Santos Angeles hicieron una como Cruz, poniendose en dos hileras, y comenzaron á marchar ácia donde yo estaba, tocando sus cajas, y pifanos, y moviendose con passos muy honestos, y graves. Iban en la delantera los Santos Archangeles San Miguèl, San Gabrièl, y San Rafaèl; y haviendo passado un numero como infinito de estos Soldados Celestiales, vì que por remate de todos venìa Jesu-Christo Señor nuestro, à quien yo hasta entonces no havia visto. Venía su Magestad acompañado de algunos Patriarcas, Profetas, Apostoles, Evangelistas, y Fundadores de Religiones: de los otros Santos venian muy pocos, y uno de ellos era el Santo Padre Luis de la Puente. Llegando el Señor cerca de donde yo estaba, se parò, echandome su santa bendicion à mí, y à todas las cosas, que estaban en mi aposento; y passando adelante, se subiò con todo aquel sagrado acompañamiento à la Celestial Jerusalèn, adonde todos, y el mismo Señor en quanto hombre, se postraron delante del Eterno Padre. Este Soberano Dios, y Padre les echò à todos su santissima bendicion, y à su Hijo Christo Jesus le echò demàs el brazo al hombro, y con un modo de sumo amor, y Magestad, le dijo: *Sede à dextris meis: donec ponam inimicos tuos, scabellum pedum tuorum.*

Volví luego los ojos, (à la manera que su Magestad entonces lo ordena) y vì, que todos aquellos esquadrones de demonios acà abajo se movieron para querer marchar à imitacion de los Santos Angeles; pero movianse unos tràs otros à modo de Galeotes, metidos en su cadena, y haciendo grande esfuerzo para passar adelante: no aprovechaba, que si daban algunos passos, volvian otros tantos atràs; y viendo su flaqueza para los intentos que llevaban, era tanto su despecho, y rabia, que se volvian unos contra otros, mordiendose como perros. Los delanteros, que eran como Capitanes, y en la figura exterior mas altos, mas robustos, y fieros, se quejaban de los demàs, reprehendiendo con grandissima aspereza à los demàs, como

à flojos, y cobardes. Eſtotros ſe quejaban de ellos, y de ſu cobardia, pues ſiendo los primeros, no acometian con valor, y eſfuerzo à ſus enemigos. Finalmente, deſpues de haver paſſado algun tiempo en eſta rehierta con rabioſos ſentimientos, aſsi como quando cae de lo alto alguna coſa con mucha furia, no pudiendo ſuſtentarſe aquellos demonios, ſe dejaron caèr en tierras de Infieles, que ſegun entendì eran del Imperio de los Turcos, adonde al parecer quedaron deſcanſados; porque alli no havia quien hicieſſe reſiſtencia à ſus dañados intentos.

Deſpues de eſto, volviendome al Señor (porque entendì que me queria declarar los myſterios, que me havia enſeñado) oì que me dijo aſsi: Sabete, que todos eſtos Hereges, è Infieles pretenden quitar del mundo la Fè de la Encarnacion de mi Hijo, el haver ſido concebido por Eſpiritu Santo, y la verdad de ſu Real Preſencia en el Sacramento del Altar, y para eſto hacen ligas, y ſe confedéran contra los Catholicos. Pues, Señor mio, dije yo, ſi eſſo es aſsi, bien ſerà que los Principes Catholicos junten Armadas, y formen Ejercitos para ir contra ellos. Dime, volviò el Señor, ſi un hombre vieſſe dos toros bravos en una plaza, y ſe pudieſſe poner en talanquera, què havia de hacer? Sería bien acometerlos para desjarretarlos, ò ponerſe en ſalvo? Mi Señor, reſpondì yo, eſſo dicho ſe eſtà: temeridad ſerìa de un hombre ſalir contra eſſos toros con tan manifieſto peligro de ſer muerto. Pues aſsi es acà, dijo ſu Mageſtad, ſiendo los enemigos tan poderoſos, mejor ſerà que defiendan ſus fronteras, y ſe eſtèn quedos. Bien, Señor, repliqué yo; pero contra Tì, quién puede prevalecer? Contra Mì, reſpondiò ſu Mageſtad, ninguno; pero no me tienen los Fieles tan obligado, que haya de ſacar por amor de ellos las coſas de ſu curſo comun, ni pondrè entre Mì, y ellos una viejecita para que los defienda de mi indignacion. Pues, Señor, dije yo entonces, en verdad, que con tu licencia me he de poner delante de tu Mageſtad, para que no caſtigues tus Catholicos Reynos, ſino que los defiendas de ſus enemigos. Lo que yo harè, replicó el Señor, ſerà quitarte del mundo para que no lo hagas.

Eſto me paſsò con el Señor, del qual entendì lo que los dias paſſados otras veces he dicho, que no le conviene al Rey de Eſpaña hacer invaſion à Inglaterra, ſino reparar ſus fronteras, y defenderlas, y eſtarſe quedo. El Señor nos dè luz para que acertemos con ſu voluntad.

„El papel que ſe ſigue es del año de „ſeiſcientos y treinta y dos, por principio „de Julio, once meſes antes que eſta Vir„gen paſſaſſe à mejor vida. A la margen „de èl dice el Padre Miguèl de Oreña „de ſu letra eſtas palabras: Eſte papel con„tiene lo que la paſsò à Doña Marina „con nueſtro Señor, quando el Rey de „Suecia hacia guerra en Alemania, y los „Holandeſes havian venido ſobre Maſtric. „Haſta aqui ſu Confeſſor, que trataba „con la Virgen à boca todas las parti„culares circunſtancias, que ella dejaba de „expreſſar en ſus eſcritos. Dice, pues, la „Virgen de eſta manera.

Eſtando mi alma en la divina preſencia en grande manera laſtimada, y quejandoſe à ſu Mageſtad tiernamente de cómo permitia, aunque nueſtros pecados eran tan grandes, que los Hereges tuvieſſen tal poder contra los Fieles de ſu Igleſia; añadì con ſentimiento, y dolor grande: Tantas Ciudades, tantas fuerzas, y Lugares, Dios mio, y Señor mio, han perdido, y ſe hayan apoderado de ellas nueſtros enemigos! En verdad, Señor, que no sè cómo lo haces aſsi, teniendonos con tan grande afliccion, y anguſtia. Eſto no puede ſer, mi Señor, ni ha de paſſar aſsi: por tu infinita bondad, y miſericordia, que te apiades de tu Catholico Pueblo. Eſtas, y otras ſemejantes palabras repetia, y con el ardiente afecto que el miſmo Señor movia en mi corazon, concluì, diciendo: Tengo de ir allà, Señor, con tu licencia: tengo de ir allà, y matarlos, y aſſolarlos à aquellos Hereges, haciendo en eſſo quanto pudiere con tu gracia. Al acabar de decir eſto, parecia que mi alma queria partirſe yà de la preſencia de ſu Dios

para ir à aquellos lugares. Viendome el Señor asi, me dijo con superioridad: Què es esso que dices, alma? Tù no debes de estàr en tì: no has de ir en ninguna manera à essas partes, y està cierta de esso. Sì, mi Señor, decia mi pobre alma, dame licencia para ir. No has de ir, alma, volviò el Señor, ni tu ida serìa de provecho: dejame agora à mì, que yo te digo de verdad, que han de saber los de aquellas Ciudades con quién lo han, y que mi justicia ha de tener su lugar: y mira, sabe, que me tienen muy ofendido los pecados de los que llamais Catholicos de aquellas Ciudades, porque no me son todos tan fieles como pensàis; y asi no me hables agora en essa materia. Tengo de abrasar, y quemar la paja, y encerrar el trigo limpio en mis graneros; y nadie tocará à mis escogidos, porque les tengo contados hasta los cabellos de su cabeza, y no les faltará ninguno, y mandado à mis Angeles los traygan en las palmas de sus manos, porque no tropiecen sus pies. Sabe tambien, que tienen gran necessidad, y les corre igual obligacion à los Reyes Catholicos, y Principes Fieles, de havèr puesto, y poner de presente Gobernadores muy fieles à su Dios, y à su Rey, porque de no ser esto asi, resultan grandissimos daños; y aunque gustára de que lo dijeras, dexalo, que no es de provecho, ni lo ha sido quanto se les ha dicho de mi parte, teniendo razones muy bastantes para creerlo, asi en sus corazones, como en la prueba que se les ha hecho de esto, de donde han resultado tan grandes desconsuelos, pobreza, y ruina del Pueblo Christiano.

Oyò mi alma todas estas razones de su Dios, dichas con un modo gravissimo, tan superior, y de tanto sentimiento, que se quedò atónita, y con grandissima admiracion, y asi se postrò à los pies de su Señor; y aunque todavia le quedaba à mi alma una secreta confianza en la bondad de aquel gran Dios, que la alentaba; pero con todo esso, viendo que al principio havia al parecer yo hablado al Señor con ossadía, y atrevimiento, pedìle humildemente me perdonasse el desacato. Bien està, alma, dijo el Señor, bien està, que no has hablado tan sola como à tì te parece. Seas bendito para siempre, dijo entonces mi alma, que con esso que has dicho, me has consolado; porque me parece, que como tu bondad es tan grande, tienes los pies de plomo para castigarnos, y no lo puedes acabar contigo, y usas de lo que un padre amoroso con su hijo, que mereciendo castigo, tiene tanta dificultad en hacerlo, que le dice à los criados, y esclavos, quiero espantar este mozo, y pudiendo castigarlo, quiero usar de benignidad; y asi harè solamente el ademán del castigo, y vosotros llegareis à hacer las paces, y quitarmele de las manos. Esta confianza viva, Dios mio, y Señor mio, pienso tener siempre en tì en todas las ocasiones, y decir en nombre de todos aquello de Job: Aunque me mate, esperarè en èl. Con esto se quedò mi alma en una profunda suspension, y quando bolvì del rapto, no acababa de dár gracias à su Dios, y bendecirle por todas sus obras, y misericordias. Amen.

„Con este papel hallo otro del mismo „año, y mes, adonde el Padre Miguèl de „Oreña apunta lo que le passó con Doña „Marina acerca de dichas guerras, que „aunque tiene menos de enseñanza; (que „es agora nuestro particular assumpto) pe„ro por ser concerniente al passado, quise „ponerle aqui, para que se vea quánto ayu„dò esta Virgèn con sus oraciones, para „atajar la furia del Sueco. Dice, pues, asi „de su mismo letra el Padre Oreña: Dia „de Santa Ana de seiscientos y treinta y „dos, en que esto se escribe, me dijo Do„ña Marina, que ocho dias ántes havia „visto salir del Cielo un grande Exercito de „Angeles armados con grande ruido de ca„jas, clarines, y pifanos; y que marchan„do con buena orden, se fueron ácia aque„lla parte donde están los Exercitos Catho„licos, y los enemigos; y que viendo esto „un innumerable esquadron de demonios, „que alli estaba, al mismo punto desampa„raron sus puestos, y huyendo con increíble „velocidad, se abalanzaron al mar, y se „entraron debajo de las aguas, de suerte, „que por entonces no los viò mas, y que „los Santos Angeles, despues de havèr da-

„do una buelta, como haciendo alarde de „su poder, se volvieron al Cielo. Otro dia „viò, que aquellos demonios que se havian „zabullido debajo de las aguas, salieron à la „tierra; pero como golpeados, y maltra„tados, y quebrantadas las fuerzas. Dijo „tambien Doña Marina, que antes de ayer, „vispera de Santiago, viò salir del Cielo el „mismo Exercito de Angeles en la misma „forma dicha: no viò entonces los demo„nios, pero viò, que de aquel Celestial „Exercito, que era innumerable, se havian „quedado muchos entre los Soldados de „los Exercitos Catholicos. Estabalos ella „mirando, y haciendo su cuenta, al modo „que alli se lo representaban: le parecia, „que para quatro enemigos havia quedado „un Angel: los demás se volvieron al Cie„lo. Hasta aqui su Confessor el Padre Mi„guél de Oreña; y vuelvo à la materia de „nuestra enseñanza, y acabo este capitulo „con una carta de esta Virgen à cierto Per„sonage, Titulo de España, y Ministro del „Rey Catholico nuestro Señor, que estaba „ausente, y deseaba volver para recogerse, „dejando oficios públicos. Avisale, que à „quien Dios dà prendas, y libra de ambi„cion para los puestos, no conviene siem„pre dejarlos, sino exercerlos à gloria de „Dios, y servicio de su Rey. Dice, pues, „assi Doña Marina.

Nuestro Señor sea en el alma de V. S. y le dè su santissimo, y divino amor. Señor mio, he recibido dos cartas de V. S. y tengo à merced el avisarme de su salud; aunque siento no sea esta tan cumplida como yo deseo. Espero en el Señor, que volviendo à España le irà mejor: traygale Dios à V. S. con bien, como yo en mis pobres oraciones se lo suplico, que harto me consuelo en el Señor, de que me diga V. S. serà la partida muy en breve; y mucho mas de lo que me avisa de su espiritu, y buenos deseos de su alma, con que hipa por poder en quietud, y desocupado, servir à nuestro Señor con grandes veras. Pero en fin, como V. S. bien dice, cada uno ha de seguir el orden que nuestro Señor le diere, y dispusiere en sus cosas; porque, señor mio, los talentos que este grande Dios dà, y entrega à cada uno, no se han de enterrar, ni poner la luz debajo del celemin, sino hase de usar de ellos, y emplearlos, segun la mayor honra, y gloria, amor, y sercio de este Señor, y al mayor agrado de su santissima voluntad, poniendo siempre los ojos en este dichoso, y divino blanco, en que consiste el bien unico de nuestra alma, y su eterna bienaventuranza. Suelo yo decir, señor mio, que las ocupaciones santas, los oficios utiles, y necessarios, que los Reyes tienen, y encargan à los Vassallos en sus Republicas, no hacen à los hombres malos, ni imperfectos, sino el usar mal de ellos, no siguiendo la voluntad divina, las leyes, y mandatos de Dios nuestro Señor; de suerte, que el seguirle, y obrar sea à la letra, sin glossa, como dicen: y como yo creo, y fio de nuestro Señor, V. S. vá, y irá por este camino real, y seguro de la divina voluntad, y guarda de sus santissimos Mandamientos, no me dá mucho cuidado, ni pena verle ocupado en el servicio de nuestro Rey, à quien debemos servir, como à Señor natural; pues nos le ha dado por tal el Supremo Rey de Reyes, y Señor de los Señores. Sea su Magestad bendito para siempre, y le dè à V. S. su Espiritù Santissimo, y divino amor. Yo tengo, y tendrè mucho cuidado de hacer lo que V. S. me manda en mis pobres oraciones. Heme consolado mucho, que mi señora Doña Inès, y essos señores niños, tengan la salud que les deseo: gracias à nuestro Señor, que guarde à V. S. &c.

CAPITULO XXV.

Enseña el grande bien, que hay en el padecer.

„COmo esta Virgen padeciò tan gran„des, y exquisitos trabajos, tan „asperas, y nuevas cruces por su Señor, „quiso su Magestad para animarla, mostrar„le en algunas visiones el tesoro escondido „que hay en la Cruz, y como los trabajos, „llevados con paciencia, son las minas, de „donde, mas que de ninguna otra parte, „saca el alma sus espirituales riquezas: y „aun-

„aunque de eſto queda dicho tanto, pondrè en eſte breve capitulo algunos particulares exemplos de eſta verdad, que nos ſirvan de aliento, y enſeñanza para la glorioſa empreſſa de padecer con Chriſto, bien nueſtro, à que debemos animarnos, pena de quedarnos ſin dár el primer paſſo en el camino de la perfeccion. Dice, pues, aſsi Doña Marina, hablando de lo que paſſó por Noviembre del año de mil ſeiſcientos y veinte y ſeis.

Mas de quince dias paſſé con grandes dolores, y quebantamientos del cuerpo, ſin poder ſoſſegar un punto de noche, ni de dia: parecia que me derrivaban de mi pobre lecho, y me ponian ſobre alguna coſa duriſsima. Llegò el dia de San Andrès Apoſtol, y entonces me deſcubriò el Señor la cauſa de eſte quebranto. Vì una Cruz grande, de la altura de eſte mi apoſento; era peſadiſsima, que tenia pueſto el pie, y cargaba toda ſobre mi pecho. Llegaronſe à mì los Angeles mis Señores; y aſsi tendida à lo largo como eſtaba, y con la Cruz ſobre el pecho, al modo dicho me llevaron á la Celeſtial Jeruſalèn, y al llegar me quitaron la Cruz, dexandola fuera, y me entraron dentro de aquella dichoſa Ciudad, y me preſentaron delante del Señor. Recibiòme ſu Mageſtad con grande caricia, y amor, diciendo: Seas bien venida, amiga mia, y echòme ſu ſantiſsima bendicion; y mi alma, al modo que ſi fuera una paloma, diò uno como vuelo, y ſe entrañò en aquel Divino Sèr, donde gozò buen rato de inefables bienes. Deſpues me trajeron mis Señores à mi rincon; y preguntandoles yo, por què no havia entrado en el Cielo con la Cruz, que haſta ſus puertas havia llevado? Me reſpondieron, que en el Cielo no hay, ni entra cruz; porque todo es deſcanſo alli, que la cruz ſe havia de llevar, y padecer en eſta vida.

De aì à pocos dias, perſeverando ſiempre las fatigas, y quebrantamiento de mi miſerable cuerpo, me vì en mi cama, tendida ſobre una Cruz, con exceſsivos dolores de eſpaldas, hombros, y brazos; y que mis pies juntos eſtaban ſobre el pie de la Cruz. Veìa mas, que quatro Angeles del Señor ſuſtentaban la Cruz por ſus quatro eſtremidades, como ſollevandola algo para que no tocaſſe en la cama. De eſta manera me ſubieron ſegunda vez à la Celeſtial Patria; pero llevanme por unos como campos ameniſsimos de grande regalo, y gloria, donde como de paſſo gocè con mucha ſuavidad de grande deſcanſo, y eſpiritual deleyte. Alli ſe quedò la Cruz; y entrando en el Cielo, me preſentaron delante de la Mageſtad de Dios nueſtro Señor; el qual, recibiendome con grande agrado, y haciendo del que no ſabia lo que havia paſſado por mì, me dijo con mucho amor: De dónde vienes, alma? Cómo vienes? Yo, con gran llaneza, y ſimplicidad, le contaba al Señor, como me havian trahido los Santos Angeles encima de aquella Cruz por aquellos campos deleytoſos, el gozo grande que havia recibido, y el aliento, y deſcanſo con que los havia paſſado.

Ahora, alma, ſeas muy bien venida, dijo el Señor, y reſpondeme demás de eſſo à lo que te pregunto: Quál quieres tú mas, padecer la cruz que eſtos dias has llevado, ò gozar de los deleytes, que recibiſte en aquellos tan apacibles campos? Eſcoge tù lo que quiſieres, y te darè lo que fuere mas de tu voluntad, y te darè guſto en ello, y te doy mi palabra de dartelo; y advierte, que qualquiera de eſtas dos coſas que eſcogieres, ſerà conforme à mi voluntad: no te dè cuidado eſſa duda. Oì lo que el Señor me proponia, y con el mayor afecto de mi alma que pude, y muy de todo corazon, le reſpondì: Mi Señor, eſta vida mortal no es tiempo, ni lugar de deſcanſo; mas quiero ſin comparacion padecer la Cruz que me has pueſto, que gozar aquellos deleytes, y gloria que me has moſtrado. Entonces ſu Mageſtad, con grandiſsima caricia, me dijo: Sea aſsi como lo has eſcogido, que es lo mejor, y mas agradable à mis ojos; y Yo te doy mi palabra, como quien ſoy, de darte por eſte acto que has hecho, eſcogiendo el padecer, tantos grados de gloria, quantos tù no puedes agora raſtrear, ni alcanzar tu entendimiento. Mandò luego el Señor me volvieſſen à mi rincon; pero que me llevaſſen primero al rededor de aquella Celeſ-

lestial Ciudad, para gozar de lo que havia en ella; y con ser tal, y tan grandioso el bien de aquella vista, deseaba que se abreviasse, con el hipo de venirme à padecer mi cruz; y asi, en llegando à mi aposento, me hallè sobre ella tendida, con los dolores que de antes; y estoy de la misma suerte en ella, quando esto se escribe, que es à dos de Diciembre. El Señor sea eternamente bendito. Amen.

„Al pie de un papel grande, que escribì yà en otra parte, adonde Doña „Marina cuenta una vision que tuvo del „Señor un Domingo veinte y quatro de „Enero de seiscientos y veinte y siete, „dice al proposito, que agora tratamos, „estas palabras.

Este mismo dia, à las dos de la tarde, haviendome dormido un breve rato, despertè sobre mis males ordinarios con gravissimos dolores de estomago, y con unos tan grandes ardores en el pecho, y espaldas, como si echandome en este fuego material, que acà vemos, me estuviera abrasando en èl. Passè con indecible fatiga esta pena toda aquella noche, y no vì à estos mis Santos Angeles en toda ella hasta el otro dia. Entonces les dije: Adónde han estado, mis Señores, que no les he visto en este gran aprieto? Respondióme por todos el Santo Angel de mi guarda: Aqui hemos estado presentes todos à tu dolor. Pues qué hacian? repliquè yo. Estabamos, dijo èl, con grande regocijo, y gusto, viendote pelear con tus trabajos, al modo que se alegran acà los que estàn viendo toros en una plaza, quando vèn las buenas suertes que se hacen.

„Hasta aqui este membrete, cuya doctrina es muy conforme à lo que escribe el „Apostol, y los Santos Padres, quando dicen, que los Justos atribulados son „un espectáculo, y como juegos de alegria á Dios, y à sus Angeles; y no es „menester que las cosas que se padecen „sean siempre tan grandes al parecer humano, como las referidas de cosas que „podian juzgarse por pequeñas, miradas „en sì: sabe el Señor sacar cruces pesadas para sus amigos, y darles ocasion de „inestimable merito, en lo que acà juzgámos por cosa de poca monta. Arriba „vimos, que una condicion natural de „cierta persona, era tan dura de sufrir à „Doña Marina, (aunque la soportaba con „mucha paciencia) que se le mostrò el Señor en figura de un aspero latigo. De esta „misma habla al fin de la vision siguiente, „que refiere por estas palabras.

Martes quince de Junio de seiscientos y veinte y siete me dijo el Señor: Vèn, alma, conmigo, y descansaràs. Llevóme su Magestad consigo al Cielo, y allí me puso en una altura muy suprema, adonde vì al Señor, y su Divino Sèr, como solo, y apartado de todos los Celestiales Cortesanos, dandome à conocer con una noticia patente, y distinta lo que la Fè nos enseña, y en otras visiones semejantes he dicho, la independencia, que su Magestad tiene de los suyos, y como por sì mismo, y consigo solo es infinitamente Bienaventurado, y que por sola su bondad, y liberalidad inmensa comunica à los tales el preciosissimo tesoro de su gracia, y gloria. Ví mas, como de esta Divina Fuente sacaba cada uno, conforme à su caudal, y estado; y con ser tanto lo con que los hartaba, quedaba ella con la misma plenitud, y abundancia, que de antes. Luego saliò de aquel Soberano Sèr una luz, y resplandor de fuego divino, que me embistiò, y apoderandose de mì, me inflamò, y abrasò toda, como un hierro, que metido en la fragua, parece todo fuego. Pareciame yo à mí misma un bolcan de amor de mi Dios, y gozaba entre tanto de bienes tan grandiosos, y divinos, que no hay lengua que pueda significarlos. Despues de esto vì á la Magestad de Jesu-Christo Señor nuestro, en cuyas sacrosantas manos me caì como desmayada; y quando volví en mí, me hallè en mi aposento. En llegando á èl, un Santo Angel muy superior, me mostrò una Cruz muy grande, que à mì me pareciò pesadissima. Hizo su oficio la naturaleza, y temiò, pensando me amenazaba algun grande trabajo, como suele. Entonces me dijo el Santo Angel: Alma,

no

no temas, que aunque parece peſada, no te ſerà tan penoſa. Dióme el Señor à entender, que era aquella Cruz la que llevo de ordinario con ſufrir el natural de cierta perſona. El ſea bendito, y alabado. Amen.

„Como eſte grande Dios, y Señor nueſ„tro, conoce, y eſtima tanto el valor de „los frutos, que las almas fielmente aman„tes ſuyas ſacan del padecer, buſca be„nigniſsimamente trazas, para que quan„do les falta el padecer de hecho, pa„dezcan con el afecto, y ſuſpendiendo „las penas, con que no pudiera la flaca „naturaleza, alienta la gracia para que las „deſee, y ſaquen por eſte camino las al„mas la ganancia miſma, que la real „ejecucion de ſufrir pudiera acarrearlas. „Veráſe eſto por lo que caſi al ultimo „año de ſu dichoſa, y trabajoſa vida le „paſsò à Doña Marina con nueſtro Señor, „y ella nos dejò eſcrito por el tenor ſi„guiente.

Sabado á trece de Marzo de eſte año de ſeiſcientos y treinta y dos, à las doce de la noche, poco mas, ò menos, me moſtrò nueſtro Señor una terrible Cruz, que me puſo grande terror, y eſpanto, no por la grandeza ſuya, pues no excedia à la que baſta para poner en ella un cuerpo humano de proporcionada eſtatura, ſino por lo mucho de penalidad, y trabajos, que ſu Divina Mageſtad en ella me repreſentaba. Yo iba, y venía con mis cuidados, y afectos, ofreciendome, y reſignandome en el divino beneplacito lo mejor que podia; y ſi el alma ſe divertia algo de eſta vjſta, volvia luego à ella con grande ſentimiento, y triſteza del natural. Eſtando, pues, como luchando con eſtos temores, y congojas, ví que aquella Cruz ſe inclinaba ácia mì, y poco à poco ſe puſo à tal diſtancia, que podia yo abrazalla. Entonces me diò el Señor una grande fortaleza, y reſignacion, con la qual me abracè con la Cruz, ofreciendome à padecer todo lo que ſu Mageſtad fueſſe ſervido. Luego ſe levantò la miſma Cruz, y comenzò à reſplandecer con unos rayos, y luces maravilloſas, y rodeada de Angeles, ſe fuè ſubiendo ácia el Cielo, haſta que del todo la perdí de viſta.

A eſte tiempo me hablò nueſtro Señor, y me dijo: No pienſes, alma, que lo que has viſto es prenuncio de algun grande trabajo, que quiero que padezcas agora en particular, ſino que ſolo fuè medio, y traza mia, para que ofreciendote tú, como lo hiciſte, à padecer con toda reſignacion por amor mio, crezcas en eſſe miſmo amor, y en merecimiento de mayores medras eſpirituales. Y para que veas las que agora has conſeguido, vente conmigo. Diciendo, y haciendo, me llevò ſu Mageſtad á la Celeſtial Patria à unas alturas inmenſas, donde todo lo que eſte Señor me deſcubria, no era otra coſa ſino ſu Mageſtad, ſu grandeza, ſus perfecciones, manifeſtadas por un modo de noticias inefables; y haviendo paſſado aſsi algun tiempo, no sè què tanto, me volviò el Señor à bajar por unas como gradas, haſta que ultimamente me hallè en mi rincon. Sea èl bendito. Amen.

CAPITULO XXVI.

Algunas devociones, y oraciones provechoſiſsimas, que deprendidas del Cielo, nos enſeñò eſta admirable Virgen.

„ANtes de paſſar à otros modos mas „altos, y reconditos de la doctri„na, aſsi dogmatica, como myſtica, que „eſta gran muger, tan alumbrada de Dios, „nos dejò eſcrita, y para gran bien de las „almas trataremos adelante; me pareciò al „fin de los exemplos, y aviſos morales, „que havemos proſeguido, tratar de las „devociones, y oraciones, que el Señor, „y ſu bendita Madre le enſeñaron à eſta „Virgen, como eficaciſsimas para ſuſpen„der la ira divina, y recabar de la inmenſa „miſericordia de nueſtro Señor Dios en el „conveniente remedio de todas nueſtras „neceſsidades. Permita ſu Mageſtad, por „quien es, darnos aliento, y diſponernos „para que las obremos, y digamos con el „aparejo, y diſpoſicion, que de nueſtra „parte ſe requiere, que con eſſo, aſsi co„mo

„mo con prudente, y debida piedad cree-„mos que fueron dictadas del Cielo, pa-„ra provecho comun; assi podemos espe-„rar de la divina clemencia veremos cum-„plidas sus promessas en dichosissimos efec-„tos para nuestras almas. Empieza, pues, „Doña Marina esta materia, diciendo.

Estando mi alma con unos afectos fuertes, y encendidos deseos de acertar en todas las cosas grandes, y chicas, de qualquier modo, y calidad que fuessen, con la divina voluntad, ofreciendole de mi parte todo lo que yo podia, mi vida, mi alma, y quanto havia recibido de su bondad divina, le dije à mi Señor: Qué harè, Dios mio, para alcanzar de tu misericordia este bien tan grande, que con todas las fuerzas, y con todo el corazon deseo tanto? Quierome ir, Señor mio, con tu licencia, à tu Santissima Madre, à pedirle, y rogarle, quan humildemente pueda, que me diga, y enseñe cómo harè esto, cómo pediré cosa, que tanto me importa, y que con tantas ansias desea mi corazon. Vè en buen hora, alma, me dijo entonces el Señor con grande agrado, y benignidad. En oyendo esto, me fui con mucha prisa, y grande afecto à la Soberana Reyna Señora nuestra; y postrandome delante de ella, le dije con toda humildad: Suplicote, Sacratissima Señora mia, Madre de Dios, que me enseñes cómo, en qué modo, por quièn, y con qué palabras pedirè à mi Señor lo que mi alma tanto desea, que es acertar en todo con la divina voluntad. Con rostro alegre, y benigno oyò aquella Soberana Señora mis ruegos, y peticion; y con grande caridad me dijo: Espera, alma, espera agora un poco, que estàs como absorta de tu afecto. Detuvose su Magestad un rato breve; y como yo estaba tal de mis ansias, me parecia largo tiempo el que se tardaba en responderme. Luego esta Soberana Reyna, haviendolo, à mi parecer, tratado aquel negocio con nuestro Señor, me dijo con un amor muy tierno assi: Alma, oìdohe tus fervorosos ruegos, y peticion, y respondiendo à ellos, te digo, que quando nuestro gran Dios, y Señor moviere en tu corazon los deseos, que agora tienes, le pediràs su cumplimiento con estas palabras:

Señor Dios mio, suplicote humildemente por aquel admirable, y soberano acto de caridad, que hiciste por el hombre, al mismo punto que tomaste carne humana en las Entrañas de Maria Virgen, me concedas esta misericordia que te pido, y suplico, para que con ella te agrade, sirva, y ame de corazon.

Esta es la oracion que me enseñò esta gran Señora: este es el medio que me diò, como muy eficáz, para recabar del Señor el cumplimiento de los deseos con que hipamos por una grande luz, y conocimiento, para entender todo aquello que fuere su santissima voluntad, y para su mayor gloria, y beneplacito, y con que deseamos gracia para ejecutar, y poner por obra lo que aquella divina luz nos dictáre, y enseñáre: y aunque esta admirable devocion, y oracion tiene su particular fuerza para recabar favores, y las gracias dichas en materias de espiritu, graves, y hondas, y particulares de aquellas almas, à quienes el Señor lleva por camino extraordinario; con todo esso me dijo esta misma Soberana Señora nuestra, que seria eficáz tambien, y tendria admirables efectos en qualquiera persona que la usasse, para pedir à Dios todo lo tocante à la salvacion, y mayor aprovechamiento del alma, y para necessidades, y peligros particulares del alma, y cuerpo; y finalmente, para todo lo temporal, que no se opusiere al servicio de Dios. El sea eternamente bendito, que como por su bondad infinita tiene tanto gusto de hacernos mercedes, nos enseña tambien varios modos, para que las recibamos de su liberal mano. Gracias à su Magestad. Amen.

„Hasta aqui Doña Marina; y para que „las almas devotas, que quisieren platicar „esta devocion, se puedan afervorizar con „el conocimiento de este heroyco acto, que „en el primer instante de su Encarnacion hi-„zo Christo Señor nuestro, y nuestro Re-„dempor, lo explicarè brevemente, dan-„do à las personas sencillas, y que no es-

„tu-

„tudiaren, proporcionada noticia à ſu capacidad, del medio altiſsimo que toman „para recabar del Señor lo que deſean.

„Al miſmo punto que en las Entrañas „puriſsimas de la Virgen Señora nueſtra „ſe viſtiò el Verbo Divino, Hijo Eterno „de Dios, de nueſtra naturaleza, y quedò formado Chriſto Dios, y Hombre „verdadero, luego aquella Alma de eſte Soberano Redemptor nueſtro fuè tan iluſtrada, y bienaventurada, como lo es agora, y ſerà por toda la eternidad. Conociò, que ſiendo en lo natural hechura de „ſu Eterno Padre, por ſola ſu infinita miſericordia eſtaba el ſer de Hombre unido al Sèr de Dios, y que en ſu Perſona „era Hombre, y Dios: viò lo que debia „por eſte beneficio, y pagò con igual „admiracion, humildad, y amor, todo lo „que conocia haver recibido. Nunca ſe „havia viſto, ni ſe podia vèr, Dios nueſtro Señor honrado cabalmente de alguna criatura, porque el mas ſupremo „Serafin, aunque creciera millones de veces mas en excelencia, ſiempre, como pura criatura, queda limitado, y corto para honrar cabalmente á un Criador infinito. Solo un Hombre Dios, como „Chriſto bien nueſtro, pudo deſempeñar „la deuda de todas las criaturas, y honrar cumplidamente à la Mageſtad Divina, „porque ſervia con prendas de infinita, y „divina dignidad.

„Entre eſtas noticias, y afectos inefables de Chriſto bien nueſtro, viò juntamente eſte Señor, que eſte Soberano „Myſterio ſe havia obrado, para que obedeciendo à ſu Padre, fueſſe, como era, „Principe, Redemptor tambien del genero „humano. Conociò el pecado de Adàn, „derivado à todos noſotros, excepta ſu „Madre Santiſsima, y todos los demàs pecados que ſe han hecho, y harán mientras „duráre el mundo. Viò la Divina Juſticia, „fulminando la ſentencia de la comun condenacion, à quien ſolo podia reprimir ſu „precioſiſsima, è inocentiſsima Sangre, „derramada por noſotros pecadores; y „con la miſma caridad que amaba à ſu „Padre, nos amò à todos juntos, y à „cada uno en particular: de manera, que „con afecto cordialiſsimo ofreciò para nueſtro reſcate todo lo que paſsò, y ſufriò deſde eſte miſmo inſtante, haſta eſpirar en „una Cruz. Eſto es en ſuma lo que aquel „acto contiene. Dénos el miſmo Señor „luz para raſtrear de alguna manera una „brizna ſiquiera de lo infinito que encierra, que luego ſe nos harà facil creer, „que ſi con el debido aparejo le pedimos, y requerimos por èl, no ſabrà „negarnos nada ſu benignidad. Eternamente ſea glorificado tan amable Redemptor, y ſu Eterno Padre, que nos le diò. „Proſigue nueſtra Virgen con otra devocion del miſmo porte, y circunſtancias „mas tiernas, aunque mas breves.

Deshaciame en ardentiſsimos afectos, cauſados de un hondo conocimiento de mi propria vileza, que el Señor ponia en mi alma, con el qual concebia mil males de mí miſma, y le decia al Señor: Dios mio, vès aqui la pecadora perdida, ingrata, llena de todas las faltas, y miſerias, indigna de parecer delante de ſu divino acatamiento: ſuplicote por::: y en llegando aqui, no sè cómo paraba, que no me atrevia à paſſar adelante: al fin me esforcè à proſeguir con mi oracion, y dije: Suplicote por aquella hora, en la qual, colgado en la Cruz, entregaſte tu Eſpiritu en las manos de tu Eterno Padre, que::: Entonces el Señor, con un ademán de ſuma mageſtad, y amor, me atajò diciendo: Calla, alma, calla: eſſo guardalo para tì ſola, que te digo de verdad, que por aì alcanzaràs quanto quiſieres, y no hay coſa que no ſe conſiga por medio de eſſa peticion: tan eficáz, y agradable es à mis oìdos. Eſto me dijo el Señor, que ſea bendito, y alabado. Amen.

„Aunque aquel acto primero de caridad, de que arriba hablamos, con que „Chriſto bien nueſtro, tan á gloria de ſu „Eterno Padre, tan á coſta ſuya, tan à provecho nueſtro, ſe ofreciò à la Cruz para „reſcatarnos, fuè tan admirable, y grandioſo, como dejamos apuntado: no lo „fuè menos eſte ultimo acto de la vida „mor-

„mortal, con que en essa misma Cruz, „concluido yà el negocio de nuestra Re„dempcion, encomendò su Espiritu en las „manos de su Eterno Padre; porque con„tento mas este Soberano Salvador nues„tro de haver puesto el timbre à las glorias „de su Padre, que de haver acabado con „sus tormentos: mas de vèr satisfecha la „Divina Justicia, que de vèr concluida „su Pasion, entregò su Espiritu, y acabò „la vida mortal con tal resignacion en la „voluntad de su Padre, con tanto amor à „los hombres que rescataba, que si fue„ta menester para gloria del Señor, ò para „mejora nuestra, que durasse en las ago„nias de aquella Pasion por toda la „eternidad, ò que repitiesse todos sus tra„bajos millones de millones de veces por „por qualquiera de nosotros, se hallaba su „caridad con denuedo, y constancia para „executarlo. Bendita sea la bondad de las „suavisimas Entrañas de nuestro Cordero „Jesus, que con tan alto modo de Rhe„torica parece que atajaba à Doña Ma„rina à que no prorrumpiesse en esta divi„na forma de conjuro, para explicarle me„jor su eficácia; y quando le dice aqui que „calle, y guarde para sì sola una peticion, „à la qual no sabe negar nada, en mil par„tes otras le manda, que no deje de es„cribir todo lo que le passa con èl, para „que llegando esto à noticia de todos, „entiendan todos cómo podràn saquear „el tesoro de sus misericordias. Passemos „à otra devocion, que à esta Virgen le „enseñò en otra ocasion su Magestad. Re„fiere ella el sucesso de esta manera.

Haviendo yo, por orden, y mandato de nuestro Señor, y con acuerdo de mis Confessores, escrito algunas Cartas para Madrid, à ciertas personas del gobierno, en orden à la reformacion de costumbres, y otras advertencias, que el Señor me declarò, y mandò decir, las quales llevò à la Corte el Padre Miguèl de Oreña, Rector del Colegio de San Ambrosio de la Compañia de Jesus, y suplicando yo à este gran Dios, que fuessen bien recibidos estos recados, pues eran suyos, le pedì juntamente me enseñasse, què queria su Magestad que yo hiciesse de mi parte; y su Magestad me mandò, que por nueve dias aplicasse por el buen sucesso todo lo que en ellos hiciesse, y padeciesse, y que en todos ellos rezasse cada dia siete veces una oracion, que su Divina Magestad me enseñò, en lugar de las siete Horas Canónicas, que reza la Iglesia. La oracion formalmente fuè esta.

Señor, Dios mio, Todo Poderoso, y Misericordioso, suplicote, quan humildemente puedo, por quien eres, y por la preciosa Sangre derramada de tu Unigenito Hijo, por sus altisimos merecimientos, y por los de su Santisima Madre, tengas misericordia, y piedad de tu Pueblo Christiano, y encamines, y endereces todas nuestras obras à tu mayor gloria, y servicio, y bien de las almas; y á mì me ayudes, enseñes, y alumbres por tu bondad. Amen. Gloria Patri, & Filio, & Spiritui Santo, sicut erat in principio, & nunc, & semper, & in sæcula sæculorum. Amen.

Despues de esto, hablando mi pobre alma con su Magestad, le dijo: Mi Señor, y qué le daràs à quien rezáre esta oracion cada dia las siete veces que mandas? Respondióme el Señor con un modo gravisimo, diciendo: Eres tù como Pedro en otro tiempo, que haviendo dejado unas redes rotas, pidiò luego precio? Parò con esto su Magestad un buen rato: yo estaba corridisima. Trás esto añadiò el Señor: Darè à quien la rezáre lo que doy à los buenos Religiosos, que con devocion rezan las siete Horas Canonicas: que pues Yo les enseño lo que me han de pedir, no tengo de ser contrario à mì mismo, negandoles lo que en ella me piden. Pues, Dios mio, repliquè yo, no es esso comun à todas las oraciones que se hacen como se deben hacer? Bien està, respondiò el Señor, mas no has visto un padre de familias, que les dà à sus hijos, y criados de continuo todo lo necessario para su sustento; pero en las Fiestas, y dias solemnes les dà algun extraordinario? Pues esse extraordinario les darè yo à quien rezáre essa oracion al modo dicho. Esto me pas-

paſsò con ſu Mageſtad, que ſea bendito para ſiempre. Amen. Fuè en Septiembre de ſeiſcientos y veinte y cinco.

„La devocion que ſe ſigue, aunque es „ſabida, y platicada muchos años há en „Eſpaña, eſpero, que deſde agora ſe to„mará con mayor fervor, viendola apro„bada del Cielo, que para eſto nos la „dexò eſcrita Doña Marina, la qual refie„re lo que le paſsó ſobre ella con el Señor „por eſtas palabras.

Por Febrero del miſmo año de ſeiſcientos y veinte y cinco, haviendo paſſado con el Señor otras coſas, que eſcribì en otro papel, y ordenandome ſu Mageſtad le encomendaſſe los que miſerablemente viven en pecado, añadiò: En el eſtado que agora tienes, y con tantas enfermedades, poco puedes rezar: una devocion ſolias tù tener, rezando cinco Pater noſter, con cinco Ave Marias, en reverencia de mis cinco Llagas: yá te acuerdas; pues Yo te digo, que hacias grande bien con ella à las almas de tus proximos. Entendì de eſtas palabras del Señor, que aunque la Oracion Mental ſuele durar mas tiempo, y tener mayores efectos; tambien qualquiera oracion bocal, ſi ſe hace como debe, es agradabiliſsima en ſus divinos ojos; y para que la devocion dicha ſe comunique à algunas perſonas, que acaſo no lo ſaben, quiero ponerla aqui del miſmo modo, que yo la platiquè deſde muchacha, y me la enſeñò mi Confeſſor: El primer Padre nueſtro, con ſu Ave Maria, à la precioſa Llaga de la mano derecha, ofreciendolo al Señor por el feliz eſtado de la Santa Madre Igleſia: El ſegundo, à la mano izquierda, ofreciendolo por las Almas del Purgatorio: El tercero, à la Llaga del pie derecho, por las cabezas de la República, Jueces Ecleſiaſticos, y Seglares, ſuplicando à nueſtro Señor les dè luz para cumplir con las obligaciones de ſus eſtados, y oficios: El quarto, à la del pie izquierdo, por los que eſtán en pecado mortal, rogando al Señor les conceda eficaces ſocorros para ſalir de él: El quinto, à la ſacratiſsima Llaga del coſtado, por los juſtos, y que eſtán en gracia del Señor, ſuplicando á ſu Mageſtad les conſerve en ella, y les conceda el ſoberano dòn de la perſeverancia. Sea eſte Señor glorificado en ſus criaturas. Amen.

„Otras devociones de cierto numero de „Miſſas le enſeñò el Señor, y ſu ben„dita Madre à Doña Marina, las quales ella „nos dexò eſcritas, y à quienes alude en „algunos papeles, que arriba quedan eſcri„tos. Quiera ſu Mageſtad, que como el „uſo de ellas ſerá provechoſiſsimo, ſeá „tambien frequente à las almas pias, que „para eſte efecto las pongo aqui con las „miſmas palabras de eſta Virgen, que di„ce aſsi.

La Mageſtad de Dios nueſtro Señor por ſu bondad le enſeñò à mi alma eſta ſantá devocion, que agora dirè, diciendome erà de grande monta, y utilidad para el mayor aprovechamiento de las almas.

Haſe de decir una Miſſa de la Encarnacion de nueſtro Señor, y Redemptor Jeſu-Chriſto, y nueve en reverencia de los nueve meſes, que la Mageſtad de eſte Señor anduvo encerrado en las puriſsimas Entrañas de la Sacratiſsima Virgen, Madre ſuya, y Señora nueſtra. Otra Miſſa mas del ſantiſsimo Nacimiento de eſte Señor, y Salvador nueſtro. Son por todas once.

En la primera Miſſa, hemos de pedir à nueſtro gran Dios Trino, y Uno, por los merecimientos de Jeſu-Chriſto, y por el Myſterio altiſsimo de ſu Encarnacion, nos haga gracia, y miſericordia de conceder à nueſtras almas unos nuevos, fervoroſos, y eficaces deſeos de emprender, y comenzar una nueva vida de gran virtud, y perfeccion, y alcanzar un eſpiritu encendido, y abraſado en ſu divino amor.

En las nueve Miſſas ſiguientes ſe ha de pedir por aquellos nueve meſes, que ſu Sacratiſsima Mageſtad por nueſtra ſalud, y remedio ſe quiſo eſtrechar, y andar encerrado en las Virginales Entrañas de ſu Puriſsima Madre, que nos conceda una nueva gracia, y diſpoſicion, para que nos ciñamos, y ajuſtemos en todo à ſu ſantiſsima voluntad, ſiguiendo, no ſolo los preceptos de ſu Ley, ſino tambien los conſejos de ſu Evangelio.

En la ultima Miſſa, que es del Nacimiento, hemos de pedir à Dios por el

Myſterio de eſte Señor recien nacido, nos conceda por remate de todas ſus miſericordias una dichoſa muerte, principio de la verdadera vida, y bienaventuranza eterna, adonde comience nueſtra alma à vivir en ſolo ſu Dios, y gozarle por ſu infinita bondad. Bendito èl ſea. Amen.

„Adviertaſe, que no ſeñala Doña Mari„na materia en las nueve Miſſas interme„dias, como lo hace en la primera, y ul„tima; y aſsi parece, que pueden ſer de las „ocurrentes en aquellos dias, ù de las Vo„tivas, que la devocion de cada uno eli„giere. La ſegunda devocion de treinta y „quatro Miſſas, de que ella uſaba en gran„des aprietos, y neceſsidades, mandando„las decir, y oyendolas en ſu Oratorio, re„fiere ella por el tenor ſiguiente.

Inſpirò ſu Mageſtad de Dios nueſtro Señor à mi alma otra devocion de treinta y quatro Miſſas; y deſpues me dijo, que la aprobaba, y echaba ſu ſantiſsima bendicion, y haria grandes mercedes, y miſericordias à las perſonas que la uſaſſen, y pidieſſen por eſte medio ſu favor. La práctica de la devocion es eſta.

Tres Miſſas à la Encarnacion de Jeſu-Chriſto Señor, y Redemptor nueſtro.

Tres de ſu Santiſsimo Nacimiento.

Tres de ſu Sagrada Circunciſion.

Tres de la Adoracion de los Reyes.

Tres de quando ſu bendita Madre le preſentò en el Templo à los quarenta dias.

Tres de la huìda à Egypto.

Tres de la Fieſta del Niño Perdido, quando le hallò ſu Madre entre los Doctores.

Tres del Bautiſmo de eſte Señor.

Tres de ſu Paſsion, y Muerte en la Cruz.

Tres de ſu Glorioſa Reſurreccion.

Tres de ſu admirable Aſcenſion.

Una de la Triunfal Aſſumpcion de ſu Santiſsima Madre la Virgen Maria.

Eſtas primeras treinta y tres Miſſas ſe han de ofrecer à los treinta y tres años, que nueſtro Soberano Redemptor anduvo entre los hombres, y viviò en eſta vida mortal, obrando nueſtro remedio, y pedir humilmente à la Beatiſsima Trinidad, por los merecimientos de eſte Salvador, nueſtro Señor Jeſu-Chriſto, y ſu precioſa Sangre, derramada para nueſtra ſalud, nos conceda una vida ſanta, y tan llena de virtudes, que ſea muy agradable à ſus divinos ojos, y una muy ſanta, y dichoſa muerte, por la muerte ſantiſsima de Chriſto nueſtro bien, y nos libre por todos eſtos Santiſsimos Myſterios, y nos remita las penas, que por nueſtros pecados mereciamos en el Purgatorio. La ultima Miſſa de la glorioſa Aſſumpcion ſe ha de ofrecer à Dios en honra de eſta Señora, à fin de que ella ſea nueſtra interceſſora delante de la Divina Mageſtad, para conſeguir todas eſtas miſericordias.

Dicha devocion es eficaciſsima, no ſolo para alcanzar lo que havemos apuntado, ſino tambien qualquiera coſa temporal que deſeáremos, con que no ſe oponga à la mayor gloria de Dios, y bien del alma que la pide.

Dijome mas eſte gran Señor nueſtro, que para ganar eſtos favores, quien no pudieſſe decir las Miſſas, baſtaria que las oyeſſe con el miſmo intento, y para el miſmo fin; y quien por algun impedimento legitimo, ni aun pudieſſe, ganaria lo miſmo rezando treinta y tres Pater noſter, y otras tantas Ave Marias, en lugar de las treinta y tres Miſſas, y ſegun el orden de los Myſterios dichos; y en lugar de la ultima Miſſa, tres Salves à ſu Madre Santiſsima. Sea eſte gran Señor bendito, que tan liberal ſe mueſtra en hacernos mercedes. Amen. Amen.

„Finalmente le enſeñò la Virgen, Seño„ra nueſtra, otra devocion de quatro „Miſſas, que la miſma Doña Marina, co„mo coſa provechoſiſsima para impetrar „grandes bienes, nos dexò eſcrita aſsi.

Jueves à diez y ocho de Diciembre de ſeiſcientos y veinte y cinco, antes de amanecer, eſtando con dos de mis compañeras hablando coſas eſpirituales, y provechoſas para el alma, contandome ellas el aprovechamiento, que algunas perſonas havian recibido de oìr, ò hacer decir unas Miſſas, de que en otra parte hablè, vì à la Virgen Señora nueſtra, la qual me hablò con

con grandes muestras de amor; y despues de otras razones, me dijo, que me queria enseñar otra devocion breve de Missas, y tan provechosa para las almas, que me diò à entender tenia muchos mayores efectos de lo que yo aqui puedo significar; no solo para frutos espirituales, sino tambien para bienes temporales, y salud corporal, que no se opusieren al aspiritu, y honra del Señor. La devocion es de quatro Missas, las tres dichas à la Santissima Trinidad, una à cada Persona Divina, y la quarta Missa à la misma Virgen Santissima, en reverencia del Sagrado Mysterio de la Encarnacion del Hijo de Dios en sus Purissimas Entrañas. Mi Señora, y Soberana Reyna del Cielo, dije yo entonces, cómo se han de ofrecer estas Missas, que tan grandiosos efectos tienen? Bastará que se digan las tres primeras en honra de las Tres Divinas Personas, por su orden; y luego en la quarta, que se dice en honra de aquel Sagrado Mysterio, quando concebistes al Hijo de Dios, se pongan todas en vuestras sacratissimas manos, para que vos las ofrezcais al Señor, por la intencion, y necessidades de quien las dice, ò manda decir? Norabuena, respondiò esta gran Señora: bien estarà assi, que el Señor se sirve de manifestarmelo todo, para que Yo interceda por las personas que se me encomiendan. Esto me dijo nuestra Soberana Reyna. Bendita ella sea, y bendito el Fruto de su Vientre. Amen.

„Concluyo este capitulo con avisar al „Lector lo que la Virgen Santissima estimaba, y agradecia à Doña Marina el servicio, que à ella, y à su Santissimo Hijo le hacia, en promover semejantes devociones. Veráse esto por un exemplo, y successo, que le passó con esta Sacratissima Reyna del Cielo, acerca de los Rosarios benditos, de que tantas veces se habla en esta Historia, con que Doña Marina alentaba la devocion del Rosario en algunas almas. Refierelo ella por estas palabras.

Domingo à siete de Marzo de este año de seiscientos y treinta y dos oí hablar à la Virgen Señora nuestra, y luego conocì su voz. Trás esto la vì acompañada de innumerables Angeles, que con muy apacible semblante me dijo: Amiga, vengo à agradecerte un servicio que haces à nuestro Señor, y à mì, que es adelantar la devocion del Rosario con los que dás à tus proximos. En premio de este servicio, te traygo una presea del Cielo, con la qual se te comunicará luz, para que aciertes, à gloria del Señor, à decir, y hacer las cosas de su servicio. Yo, oyendo estas palabras, mirè lo que tenia en sus sagradas manos, y vì en ellas una como Patena, en que estaba una Hostia resplandeciente como un Sol; y llegando aquella Soberana Señora con su mano à mi pecho, como si desabrochára un jubon, me le abriò sin ningun dolor, ni sentimiento mio, y poniendo dentro de èl aquella celestial joya, volviò con la misma facilidad à cerrarmele. Luego con mucha apacibilidad, y muestras de amor, me dijo: Quedate agora, amiga, en paz; y acompañada de todos aquellos Bienaventurados Espiritus, se volvieron à ir, y la perdì de vista. Sea Dios eternamente alabado, que tan liberal es en sus misericordias. Amen.

CAPITULO XXVII.

Visiones, y doctrina con que nuestro Señor le enseñò el modo con que su Magestad suele guiar las almas.

„DEspues de la doctrina moral, y devociones piissimas con que Doña „Marina nos puede aprovechar tanto, aun „à los que fueremos tardos en el conocimiento, y frios en el afecto, empezarèmos à tratar otro genero mas alto de „enseñanza, que por visiones, y palabras „le mostrò Dios à esta Esposa suya: serà „provechosissima para personas que empiezan de veras el camino de la perfeccion, „y aun para los Maestros que las guian; „porque se consolarán de vèr aqui platicados los documentos, que los Santos Padres, y Lumbreras de la Iglesia nos dexaron escritos de esta materia. El primer „pa-

„papel que topo de este punto, es uno, en
„que ella dice asi.

„Havia dicho un Religioso, siervo de Dios, que confessaba à una persona virtuosa, que vivia interiormente muy regalada, y favorecida de Dios, con grandes afectos, y sentimientos en su alma, devocion tierna, y amor de su Señor, y cosas semejantes, de suerte, que apenas podia apartarse de èl, ni atender à otras cosas. Haciale nuestro Señor la costa en este estado; y asi en las tribulaciones, y trabajos, que no pueden faltar en esta vida, se hallaba muy resignada en la divina voluntad, exercitando las virtudes con facilidad, y consuelo. Parecieronme bien los principios espirituales de esta alma, en quien nuestro Señor puso primero el pie del amor, suavidad, y dulzura, que el del temor, y dificultades en el exercicio de la perfeccion: señal de la necessidad de esta alma flaca, y niña, y ayudada de su natural. Estando pensando esto delante de nuestro Señor, me dijo su Magestad: Mira, Marina, con essa alma, y con otra qualquiera, que tengo en semejante estado, me hè de la manera que agora te dirè: Conozco con mi eterna Sabidurìa el natural, las inclinaciones, la flaqueza por una parte, y por otra la buena disposicion à la virtud de la tal criatura: comienzola, pues, à criar como madre à mis pechos, sustentola con leche dulce, traygola en mis brazos, para que no tropiecen sus pies: regalola, y acariciola, y facilitola todas las cosas de virtud, y con esso anda ella descansada, y como en litera, poniendo toda su confianza en mí. Criola de esta manera, hasta que la veo fortalecida, y arraygada en mi amor: luego poco à poco comienzo à destetarla, y sacarla de mantillas, y que coma yà pan con corteza, y ande por sus pies, aunque la traygo por la mano, y con andadores, y la dispongo à que sepa haberse en la tentacion de las dificultades, trabajos, escuridades, ausencias mias, sin desbarrar, ni perder la confianza viva en mì, rompiendo yà como de suyo, y trabajando con mi ayuda, que no le puede faltar, enderezando el cornadillo de su libre albedrio, à todo lo que fuere mi voluntad, y observancia de mis leyes, no queriendo, ni deseando consuelos, aunque sean mios.

Quando yá el alma llega à este estado, empiezo à tratarla de otra manera, como à quien ha recibido de mì tal virtud, y fortaleza, que puede yà ponerse à brazo partido con sus enemigos, por fuertes, y feroces que sean, y rendirlos, y ponerlos à sus pies, alcanzando dichosa victoria de ellos, y hacer grandiosas, y maravillosas obras de mi servicio; porque haviendo sabido grangearme la voluntad con su buena correspondiencia à mis vocaciones, de suerte, que se me rinde toda para obras de caridad, y bien de las almas, llega à ponerse como muro fuerte entre mì, y mi Pueblo, para impedir la indignacion, y castigo de mi justicia, diciendome, igualmente humilde, que animosa: No ha de ser esto, Dios mio, no ha de ser; en mì han de topar primero los golpes de tu ira, que en tu Pueblo Christiano. Llegando à este estado, me alaba, y bendice de corazon, confessando de veras ser mia, y no suya toda la virtud, y fortaleza, que por mi bondad infinita le comunico: conoce, y cree, fuera de toda duda, que es inutil de suyo, y sin provecho para nada, y que su miseria, flaqueza, poquedad, y ruin disposicion para recibir mis dones, es como infinita, y un pozo sin suelo, adonde jamás hallò pie. De esta manera, y en este estado vá subiendo de grada en grada, y creciendo en admirables virtudes, hasta llegar con mi gracia à una cumbre altissima de perfeccion, y amor divino, en el grado que yo le tengo determinado desde mi eternidad.

Estos son, Marina, los caminos, y estados por donde comunmente llevo las almas, hasta ponerlas en la cumbre de la perfeccion, si ellas saben seguirme, y ofrecerseme del todo, sin quedarse, ni con el menor átomo de propria voluntad, adheridas siempre à una puntual observancia, no solo de mis preceptos, sino tambien de todos mis consejos Evangelicos: y aunque estos son mis caminos ordinarios en guiar las almas à dicha perfeccion; pero

con

con mi alta ſabiduria tengo otros muchos extraordinarios, aunque todos debaxo de eſta regla (y ninguno fuera de ella) de que han de dexar en todo, y por todo, en lo poco, y en lo mucho, ſu propia voluntad, para ajuſtadiſsimamente ſeguir la mia. Agora quedate en paz.

„Quien tuviere noticia de lo que la „Eſcritura enſeña, de lo que los Santos „eſcriben en eſta parte, verà claramente, „que dictò el Señor á Doña Marina aqui „una admirable ſuma de quanto bueno hay „en los ſagrados Libros, para la enſeñan„za de tan importante materia. Semejan„te doctrina le enſeñò ſu Mageſtad otra „vez, no ſolo por palabras, ſino tam„bien por ſymbolos, que ella cuenta de „eſta manera.

A los trece de Septiembre de ſeiſcientos y veinte y cinco me enſeñò nueſtro Señor en una viſion los caminos por donde lleva las almas eſpirituales à la perfeccion, y fuè de eſta forma: Eſtando ſignificando à ſu Mageſtad los afectos de mi alma con grande conocimiento de mi miſeria, y de lo que tengo de mi coſecha, (reſultando de aqui aquellas anſias vehementes con que el alma ſuele ſentir una pena, y fatiga ſuave, que ſe explica mal con palabras, aunque la conocen bien los que vàn por eſta via) vì la Perſona de Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, que me dijo: Fatigada eſtás, alma, vente conmigo, y deſcanſarás; y diciendo, y haciendo, me llevò ſu Mageſtad á las riberas de un rio anchuroſo, y hondo, aunque ſus corrientes eran de curſo bien arrebatado: aqui me dijo, que paſſaſſe, que queria vèr la deſtreza con que paſſaba aquellas olas yendo ſola, y que puſieſſe los pies ſobre las luzes que veria, y que aſsi podia paſſar ſegura de la otra parte de la ribera.

Diſpuſeme para paſſar, y al punto que iba à poner el pie en las aguas, vì una luz como eſtrella, ſobre la qual puſe la planta, y me ſuſtentò ſin hundirme; y luego al tiempo de aſſentar el otro pie, ví otra luz ſemejante à la primera; y aſsi ſobre toda la tabla de aquel gran rio fui aſſentando los pies ſobre las luces, al modo que en arroyos pequeños ſe ſuelen poner piedras para paſſarlos; y acompañandome el Santo Angel de mi guarda, lleguè haſta la margen del rio, que eſtaba de la otra parte.

Al tiempo de ſalir, ví, que en la ribera havia una cueſta agria, y dificiliſsima de ſubir, y no ſabiendo por donde havia de ſubirla, me volvì al Santo Angel de mi guarda, que me lo enſeñaſſe. El me moſtrò por dónde, y vì, que por aquella parte eſtaban unos arbolicos floridos, de muy gracioſa viſta, à cuyas ramas aſida, ſubì haſta lo alto de la cueſta. Aqui volvì otra vez à vèr à Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, el qual me llevò por un camino llano, y breve, trás quien ſe ſeguia luego una bajada à otro rio, por el qual paſſé con muy grande facilidad; porque el miſmo Señor por ſu bondad paſſó conmigo. Saliendo de èl, lleguè à un belliſsimo, y ameniſsimo prado, al qual vino una grande multitud de Angeles del Cielo, y de almas bienaventuradas, todas hermoſiſsimas, y llenas de regocijo, y gloria; y tomando muchos de aquellos Santos Angeles inſtrumentos muſicos, comenzaron á tañer, y cantar ſuaviſsimamente con una melodìa verdaderamente del Cielo. Eſtaba mi alma llena de un conſuelo inefable; y quiſiera decir con San Pedro, que nos quedaſſemos alli en tan dichoſo lugar: pero deſpues de haver gozado un buen rato (no sè que tanto) de aquella muſica, y ſanta compañia, fui llevada à la Celeſtial Jeruſalèn, à aquel lugar, donde pocos dias antes havia recibido del Señor una ſingular merced, de que hablè en otra parte, en unas celeſtiales gradas, en los brazos de los Santos Angeles, me quedè en una grande ſuſpenſion; y eſtando aſsi, comenzò à caer ſobre mí una copioſa, y ſuaviſsima lluvia de aljofares, perlas, y piedras precioſas, que me cubrian toda; y en aquel como ſueño eſpiritual, y ſuſpenſion, me diò ſu Divina Mageſtad un altiſsimo conocimiento de los bienes que tenemos en Chriſto, Señor, y Redemptor nueſtro; y como por ſus merecimientos ſomos guiados en el camino de eſta vida mortal, para paſſar à la eterna; y como

con la gracia que èl nos mereciò, vencemos las dificultades del camino, hasta tomar la possession de la Bienaventuranza.

Acabada esta suspension, se sirviò el Señor de explicarme la significacion de todas las demàs cosas que havia visto, y por donde havia passado, mas menudamente, por el tenor siguiente. El rio primero, era symbolo de las tentaciones, y trabajos de esta vida, y las luces que en él se descubrian, y por donde èl se paraba, son las que Dios comunica al alma, assi las interiores, como las exteriores de las Escrituras, Maestros, y Confessores, con las quales, caminando el alma advertida, y cuidadosa, aunque con trabajo, y peligro, ayudada del Santo Angel de su guarda, passa por todas aquellas olas sin hundirse.

La cuesta agria, que estaba despues de este rio, son las grandes dificultades que el alma espiritual tiene para subir à la perfeccion, aun despues de haver padecido tentaciones varias, y trabajos corporales, y visibles. Los arbolicos floridos, son las verdades, à las quales, asida el alma, se alienta à subir, y mas con la esperanza que tiene de alcanzar los bienes que desea; y esta esperanza se significaba en las flores suaves de dichos arbolicos.

El camino llano es la quietud espiritual, que siente algunas veces el alma quando el Señor la visita, la qual suele ser por breve tiempo, como tambien fuè corto aquel espacio del camino llano por donde fui llevada.

La bajada, y el rio segundo, significaba, que en este estado, aunque el alma padece algun trabajo; pero es como quien camina cuesta abajo, que se hace con poca fatiga, y cansancio, y à todas las olas que suelen levantarse de tribulaciones interiores, ò visibles las facilita el Señor, que assegura, y acompaña el alma.

El prado amenissimo, celestial musica, y bienaventurada Compañia de los Cortesanos del Cielo, significaban la comunicacion que las almas que llegan à este estado suelen tener con los moradores de la Celestial Ciudad, tratando familiarmente con ellos, sintiendo en este dichoso trato gozos suavissimos, y probando algo de lo que ellos gozan en la presencia, y vista clara del Señor.

La subida al Cielo, y aquel sueño espiritual que alli tuve, denotaba los efectos que quedan en el alma de aquella comunicacion; porque subiendo al Cielo por la contemplacion, conoce los bienes de ella, y el Autor por quien se alcanzan, que es Christò Señor nuestro, de donde nace la estima, agradecimiento, y amor, y los demàs afectos con que el alma descansa en el unico deseo de unirse mas, y mas à su Dios, fuera del desassossiego, y turbacion, que los cuidados profanos suelen acarrear. Sea su Magestad eternamente alabado. Amen. Amen.

„En otras dos ocasiones la enseñò el Se-„ñor como el camino real, y verdadero „para subir à contemplar la Divinidad, „era la consideracion de los Mysterios de la „preciosissima Humanidad de Jesu-Christo „bien nuestro. Refiere Doña Marina los su-„cessos de esta manera.

A seis de Marzo del año de seiscientos y veinte y siete vì à la Persona Sacratissima de Jesu-Christo, que con grande caricia me llamaba, diciendo: Vèn, alma, vèn acà, y descansaràs. Señor mio, decia yo, à tus pies quiero estàr toda la vida. Fui luego llevada adonde estaba su Magestad sentado, y poniendome de rodillas, arrimè la cabeza en las rodillas de aquel Soberano Señor, quedandome en un sueño espiritual, y estando en él, (assi se le representaba vivamente à mi alma) sentì que me caìa como muerta à los pies de su Magestad: pareciame que estaba yo alli toda en cuerpo, y alma. Mandò entonces el Señor à mis Santos Angeles me levantassen; y haciendolo ellos assi, el mismo Señor me puso su sacratissima mano sobre mi cabeza, con que volvì en mì; y luego, en un instante, fui llevada á unas inmensas alturas, adonde se me diò tan grande noticia del Sèr, atributos, y grandeza de Dios, que fuè la mayor que havia tenido en mi vida. Volvì despues en mì,

y hallème en mi rincon, adonde estando pensando en aquel mysterio, y en lo que podria significar, porque no podia entenderlo, su Magestad, que por su misericordia no me deja sin luz en estas dudas, me dijo: Mira, las dulces consideraciones, y regaladas noticias de mi Humanidad, comparadas con las de mi Divinidad, son tan imperfectas, como las cosas que no tienen vida, comparadas con las que la tienen; pero del conocimiento de mi Humanidad se sube al de mi Divinidad, quedando por entonces aquel como dormido, y muerto, y éste como despierto, y vivo. Esto es lo que te quise enseñar. Esto me dijo el Señor, que sea bendito. Amen.

Otra vez, en seis de Mayo de seiscientos y veinte y ocho, estando muy fatigada de unos grandes afectos, y ansias, que el Señor me dà del bien de mis projimos, y mas en tiempos tan calamitosos, me llevaron mis Señores los Angeles à darme (dijeron ellos) un poco de alivio junto à un largo rio, que al contrario de los que acà vemos, parecia caminaba ácia arriba. Su agua era clarissima, y admirable: su hondura poca, que á mi vèr no passaba de media vara; y el suelo por dò corria era todo como de oro, perlas, y piedras preciosissimas. Iba yo descalza, y mis Señores los Angeles me entraron por este rio, unas veces dentro del agua, otras encima de ella; y aunque yo caminaba con la corriente ácia arriba, era grande la suavidad, y alivio que yo sentìa. De esta manera me llevaron hasta llegar à las puertas del Cielo, y al Trono del Cordero Jesu-Christo, bien nuestro, del qual salia, y adonde tenia su nacimiento aquel precioso rio. En llegando, me dijo el Señor: Seas bien venida, alma: vén, y descansaràs de tus fatigas, y trabajos; y al mismo punto aquel Señor todo poderoso, uniò consigo à mi alma, y todas sus potencias estrechissimamente, adonde estuve gozando grande rato de bienes, y noticias inefables, que ni se pueden decir, ni se saben imaginar; y quedandose alli la parte superior de mi alma, despues que volvì en mì, me hallè en mi rincon. Preguntèle despues, movida del mismo Señor, á su Magestad la significacion del aquel mysterio, y respondióme asì: Aquel rio tan claro, y glorioso por donde subiste, es la Sangre del Cordero Christo Jesus, Dios, y Hombre verdadero; y las riquezas grandiosas, que viste en èl, son la virtud, y tesoros de aquella preciosissima Sangre. Veniste por el rio; porque los que quisieren gozar de la union de la Divinidad en sólida, y verdadera contemplacion, han de entrar por la consideracion de su Passion, y Muerte, y Sangre derramada por su rescate. Bendito sea este Redemptor nuestro, que es vida, verdad, y camino por donde subimos seguros á su Divinidad. Amen.

„De todo lo que en este capitulo, y „en muchos de los passados, hemos visto, se conoce claramente como vá poco á poco Dios nuestro Señor subiendo „las almas á mas, y mas perfeccion, sin „poner limite á sus misericordias, si ellas „no ponen raya á procurar disponerse, y „no atajan por su pereza, y cobardia la „influencia de la divina liberalidad, que las „criò capaces de poder recibir tesoros in„mensos. Pero veráse esto mas claramen„te por lo que le passò á esta Virgen con „el Señor un Lunes siete de Septiembre „del año de seiscientos y veinte y seis. „Cuenta ella el sucesso de esta manera.

Lunes, llevada de los mismos afectos, que otras tantas veces, con que hipo por estár en una soledad con Dios, sin estorvo de criaturas, le estaba pidiendo esto á su Magestad con toda vehemencia, y deciale entre otras cosas: *Cor mundum crea in me Deus, & spiritum rectum innova in visceribus meis.* Porque el motivo de estos mis deseos, era el dàr todo mi corazon á Dios, y que no se me pegasse á èl cosa ninguna criada; y con esto añadia: Oh si me llevasses, Señor, à un monte muy apartado! A este tiempo oì al Señor, que me respondiò, diciendo: Sea assi muy en hora buena, vente conmigo; y en esse mismo punto me llevò á un monte altissimo, adonde estan-

do con ſu Mageſtad en un gozo, y quietud verdaderamente divina, vì, que de repente ſe encendiò alli un grande fuego, que rodeaba aquel monte por todas partes, y que creciendo, ſe acercaba al lugar adonde yo eſtaba con el Señor. En viendo eſto, empecè á dàr voces, y decia: Librame, Señor mio, de eſte peligro, mira que me quemarè. Diſsimulò ſu Mageſtad, y embiſtiendome aquel fuego por todos lados con fuerza igualmente poderoſa, y eficáz, que ſuave, y regalada, me penetrò toda, y parece que me dejò otra, y del todo purificada, como ſi acà echáran en el fuego algun vaſo cubierto de orin, de cuya llama ſalieſſe purificado. Viendome tal, buelta al Señor, le dije: Verdaderamente, Dios mio, muy mala debo de ſer, pues es meneſter tanto fuego para purificar, y limpiar la fealdad de mis culpas. Su Mageſtad, que quando paſſaba todo eſto tenia mi alma en ſus brazos, me reſpondiò: Alma, es tanto lo que una criatura racional puede recibir de perfeccion, y dones mios, que aunque reciba mas, y mas, ſiempre es capáz de mayores aumentos, y ſiempre le puedo yo dàr mayores gracias, ſi ella ſe và diſponiendo mas, y mas, uſando bien de las recibidas. Aſsi lo ejecutè agora contigo, no para purificarte, y limpiarte de tus culpas, que yà eſtàs limpia, ſino para perficionar los dones que te he dado, y realzar los beneficios que te he hecho.

En diciendo eſtas palabras, aſsi como eſtaba, me trajo el Señor en ſus brazos à mi apoſento, y poniendome alli, hizo un amago de que ſe volvia al Cielo. Yo, viendo que me dejaba, comencè con grandes afectos à ſuplicarle, que no ſe fueſſe, y deciale: O! no me dejes, Señor mio, no me dejes: no te vayas, por quien eres. Moſtraba ſu Mageſtad quererſe ir; y porfiaba yo en ſuplicarle que no ſe fueſſe. Viendo el Señor mi porfia, me dijo: Pues haſta quándo quieres que eſtè aqui? Entonces, con aquel afecto, que por la bondad divina mi alma tiene tan arraygado de no querer ſino lo que Dios quiere, le reſpondí: Mi Señor, haſta quando tú quiſieres. A eſto, con grande amor me dijo ſu Mageſtad: Pues Yo te prometo, que por eſſa reſignacion en mi voluntad, no me he de apartar de tì para ſiempre. Con eſto ceſsò el myſterio. Sea eternamente bendito eſte Señor. Amen.

CAPITULO XXVIII.

Del cuidado con que guia ſu Mageſtad à eſtas almas.

„VImos los caminos por donde ſu Mageſtad guia las almas, haſta ponerlas „en la cumbre de la perfeccion: veamos ago„ra el cuidado, y atencion con que las guia, „y como deſde el vientre de ſu madre mira „con particulariſsimo afecto à las que tie„ne deſtinadas para ſubir à tan encum„brada cima; y deſpues las và ſiempre lle„vando con la atencion mas tierna, y „vigilante, que ningun padre amoroſiſsi„mo puſiera en conducir al Puerto los „hijos que mas quiſiera. Conoceráſe „eſto en el modo con que el Señor „cuidò de eſta Virgen, y ella nos de„jò eſcrito en una larga viſion del mes „de Noviembre del año de ſeiſcientos y „veinte y quatro, adonde cuenta lo ſi„guiente.

Eſtando en mi ordinaria oracion muy temeroſa de mis faltas, llevada de un grande afecto, le dije à ſu Mageſtad: Dios mio, y Señor mio, por quál de mis pecados, de los que contra Tì he cometido, merezco el Infierno? Y por quál de los titulos de tu bondad me has librado de èl? Su Mageſtad, con una apacibilidad graviſsima, me reſpondiò luego, diciendo: Vèn, alma, conmigo, y veràs. Quedè algo temeroſa de eſta reſpueſta, y por otra parte con grande confianza en la bondad del Señor. Quitóme ſu Mageſtad eſte no sè què de temor que yo tenia, y llevóme en eſpiritu, y moſtróme el lugar del Infierno, y lo que paſſaba en èl. Mira, dijo el Señor, lo que hay en eſſe lugar. Halléme à la boca de un grande, y profundo pozo, adonde vì grandiſsimo numero de condenados, y

de

de demonios: oì llantos, tristissimos ahullidos, terribles desesperaciones, y eran espantosos, è indecibles los tormentos que se padecian alli. Passaba por lo hondo de aquel pozo un rio caudaloso de aguas pestilenciales, que gravissimamente les atormentaba. Fuè tanto de malo lo que alli oì, y vì, y quedè tan assombrada, que si el Señor no me confortára, me hiciera grandissimo daño aquella vista. Luego me llevò el Señor à vèr el Purgatorio muy de passo; pero conocìle muy bien, porque me le havia su Magestad mostrado otras veces. Passé de alli al Lymbo de los niños, que antes del uso de la razon murieron sin gracia. Eran muchos: hicieronme grandissima compassion: vílos en un lugar obscuro: estaban muy callados, y como bobicos, sin pena, ni gloria.

De aqui me llevò el Señor à un campo raso, donde vì grande numero de hombres, y demonios juntos. Era el campo figura de este mundo: estaban todos encadenados unos con otros, como quando llevan los Galeotes con argollas metidos en una cadena. Trahian los demonios como arrastrando aquellos miserables hombres. Havia alli, entre otras innumerables maldades, tantos embelecos, mentiras, embustes, marañas, y trayciones, que me hacia grandissima lastima vèr tanta perdicion. Entonces me dijo el Señor: Vès, alma, lo que passa? veslo? Pues esto es lo que corre por el mundo. Llegamos despues à otro lugar, al qual se bajaba por unas gradas anchas, y apartadas unas de otras. Mandóme su Magestad passar por ellas. Señor mio, dije yo, no podrè, que son muy agrias. Conmigo, dijo el Señor, sì podràs. Llevóme consigo, y con todo esso passè por ellas con dificultad.

Luego, bajando una cuesta muy agria, en que me cansè mucho, llegamos à un grande campo, que estaba orillas de un rio caudaloso. Andaban por èl en barcos Angeles del Señor, tocando, y cantando admirablemente alabanzas del Señor. Entraronme en uno de ellos, y passaronme con suavidad grande, y musica, à la ribera frontera; pero mientras navegabamos, se levantaron unas muy grandes olas, que venian de la parte contraria, y venian como à embestir con el barco, que me pareciò se havia de anegar. Yo temia mucho; pero los Santos Angeles no se mudaban, ni alteraban, sino que proseguian el viage con gran paz, y alegria, continuando su musica. Al llegar aquellas olas, vì que passaban por encima del barco, salvandole, sin hacer daño alguno. Llegamos finalmente al Puerto con grande consuelo mio, y de alli me volvieron à mi rincon.

Despues de esto, en haviendo descansado un poco, vì que en el Cielo se aparejaba una gran fiesta: sonaban unas mysteriosas campanas con gran concierto, y harmonìa: oíanse grandes musicas: disponianse, y aderezabanse los Angeles con muchas galas, con que se mostraban hermosissimos; y aunque sabian por disposicion, y revelacion del Señor, que se havia de hacer fiesta, no sabian á quièn; y assi, hablando entre sì, se preguntaban unos à otros: Quièn serà esta alma tan dichosa, para quien su Magestad apercibe tanta fiesta? Y quando unos se admiraban de esto, decian otros: De què nos admiramos? pues Dios nuestro Señor diò su Hijo al mundo para bien de los hombres, qué no harà por ellos? Todo esto, aunque es tanto, es mucho menos que morir Dios por el hombre. De esta manera platicaban entre sì aquellos Soberanos Espiritus. Vì luego que bajaban todos ellos à mi aposento, acompañando à la Sacratissima Persona del Espiritu Santo, el qual venìa, no en forma humana, sino en un modo muy espiritual, debajo de un rico palio, ò pavellon, que se me representaba tan grande como todo el mundo. Era grande la magestad, y grandeza con que este Señor venia, y en llegando à mì, me dijo: Vèn, alma, al gozo de tu Señor, y desnudate de la vestidura del viejo Adàn, y vestirtehas de nuevas vestiduras de gracia. Llevóme el Señor cabe sì debajo de aquel palio à la Celestial Jerusalèn; y en llegando, me uniò su

ſu Mageſtad à sì miſmo eſtrechiſsimamente, entrandome en el abyſmo inmenſo de ſu Divino Sèr, con tan grande ſentimiento, que parece ſe me arrancaba el alma. Aqui, luego al modo à mì poſsible, pero divino, y admirable, conocì grandezas inefables de aquel Señor. Reparaba yo muy bien en lo que veìa; y como quien en medio de tanta plenitud reconocia lo que le faltaba, decia: Mueſtrame yà, Señor, eſte gran ſecreto, mueſtramele yà bien. Gozè de eſta íntima union un buen rato, y acabada ella, ſe halló (y halla al preſente) mi alma con otra manera de eſtár, como entrañada en Dios, deſcanſando, entendiendo, y gozando de ſu Mageſtad, al modo que un hombre pobre, ſi ſe vieſſe con una rica joya de grandiſsimo valor, ſe holgaria con el conocimiento de ſu precio, de verla, y poſſeerla por ſuya, y aſsi la eſtaria mirando, y remirando ſiempre. Acabado eſte Myſterio, me trajo otra vez el Señor à mi rincon.

Aqui me explicò ſu Mageſtad la ſignificacion de las coſas que en el myſterio paſſado havia viſto, diciendome aſsi: Hete moſtrado las penas del Infierno, para que conozcas la merced que te hecho en haverte tenido de mi mano, preſervandote de que no cayeras en los pecados, por los quales ſe incurren aquellas penas.

Moſtrète el Lymbo de los Niños, de quienes te compadeciſte tanto, para acordarte, que te librè de un gran peligro en el vientre de tu madre, adonde el demonio te quiſo matar, trabajando por ahogarte, para que fueras à aquel lugar, y me agradezcas agora la merced que entonces te hice. Quando el Señor me dijo eſto, reparè en lo que muchas veces me contaba mi madre, que al tiempo de parirme, ſe havia viſto en grandiſsimo aprieto, y eſtuvo para rebentar. Proſiguiò el Señor, diciendo: Aquellas como gradas tan agrias por donde baxaſte, ſon otros peligros tan grandes como el que dije, de los quales te librè en la vida paſſada; yà viſte el primero. El ſegundo fué, que ſiendo niña, te quiſo deſpeñar el demonio de un lugar bien alto, y le detuve, para que no lo executaſſe. El tercero, poco deſpues, que el demonio quiſo perſuadirte te arrojaſſes por una ventana abaxo, diciendote, que eſtaba alli muy junto el ſuelo, y no te harias daño. El quarto fuè, quando junto al Convento de San Pablo un caballo desbocado iba à atropellarte, y te matára ſin duda, ſi un Angel mio en forma humana, tirandote reciamente del brazo, no te apartára. El quinto, fuè ſemejante à éſte, de que en otra ocaſion te librè. El haverte entrado en el barco con mis Angeles, y las olas que te amenazaron ſin dañarte, es ſignificacion del eſtado que tenias quando ſucedieron las coſas dichas, que vivias en las olas de eſte mundo; pero acompañada de mis Angeles, que te defendian, para que no te empecieſſen los peligros. Eſto me dijo el Señor, que ſea ſiempre bendito por ſus miſericordias.

„No sè cómo es, que parece, que deſ„de el vientre de ſu madre conoció, à lo „menos barruntò el demonio la guerra „que le havia de hacer Doña Marina, que „deſde entonces procurò perſeguirla. Lo „cierto es, que huviera bien pocas de eſtas „almas grandes, que ſi Dios les abriera los „ojos para vér los peligros de que las librò, „no pudieran contarnos otros mil ſuceſſos „ſemejantes. Aun los que arraſtramos por „el ſuelo verèmos en la eternidad innume„rables peligros, no ſolo del alma, ſino „tambien del cuerpo, de que el Señor, y „ſus Santos Angeles nos libraron. En otra „viſion que tuvo Doña Marina por la fieſta „de la Aſcenſion del año de ſeiſcientos y „veinte y cinco, ſe reconoce tambien el „cuidado, que el Señor tiene con las almas „de los que le ſirven, aſsi en ſolicitarles la „interceſsion de ſus mayores amigos, co„mo en diſponer las mercedes que les ha „de hacer, aun quando ellos no ſe acuer„dan de recibirlas. Cuenta ella el ſuceſſo „por el tenor ſiguiente.

Algunos dias antes de la fieſta de la Aſcenſion me havia ſignificado el Señor, que me havia de llevar al lugar de donde ſu Mageſtad havia ſubido à los Cielos, y deſpues me preguntò con quién queria ir, y à quién guſtaba de llevar conmigo, porque me havia de hacer merced de que no fueſſe ſola. Yo dije à ſu Divina Mageſtad, agradeciendo-

dole el favor, que llevaria conmigo à mi compañera Marina Hernandez, y à una Religioſa muy ſierva del Señor, mi amiga, y à quien debo mucho. En buen hora, reſpondiò el Señor: Y à quién quieres llevar mas? Nombrè algunas otras amigas, y à las compañeras de mi caſa. Dijome el Señor: Que tambien irian, aunque diferentemente, porque ſe quedarian algo apartadas. Pedile tambien, que llevaſſe dos Padres, à quienes yo tengo particulares obligaciones; y reſpondiòme ſu Mageſtad: Que tambien eſtos irian en compañia del ſanto Padre Luis de la Puente.

Haviendo paſſado eſto, y eſtando yo bien deſcuidada de ello, el dia de la Aſcenſion, à las diez, poco mas, ò menos, vì en mi apoſento aquella Religioſa, con ſemblante muy devoto, y humilde, hincada de rodillas, y como quien aguardaba la hora. Divertì quanto pude los ojos del alma de eſta vida: deſpues, entre las doce, y la una del dia, vì, que mis Señores los Angeles eſtaban de fieſta, muy galanes, y reſplandecientes; y llegandoſe à mì, me dijeron: Hermana, yà es hora, vente con noſotros, y te llevarèmos à que veas ſubir el Señor à los Cielos. Llevaronme à un campo muy grande, y conmigo à mi compañera Marina, y à la Religioſa que dije; y en llegando, me hallè muy cerca del Señor, y eſtas dos compañeras detrás, algo apartadas, y las otras amigas, con las demás de caſa, mas lejos. Vì por mayor los ſagrados Diſcipulos, y al ſanto Padre Luis de la Puente, que tenia en ſu compañia los dos Religioſos que dije arriba.

Hizo nueſtro Señor Jeſu-Chriſto una devotiſsima platica à todos, y en acabando, comenzò à ſubir à los Cielos, en compañia de millares de Angeles, que havian bajado al recibimiento, y de los Santos Padres, que havia ſacado del Lymbo, llevandome à mì, y à toda mi compañia en ſu ſeguimiento, con grande regocijo, y muſica de aquellos Celeſtiales Eſpiritus. Yà que ſubiamos muy altos, ſe puſo una nube en medio del Señor, y de los Apoſtoles, y Diſcipulos, que quedaron abajo, con que eſtos le perdieron de viſta. Deſpues ſe deſhizo la nube, à manera de niebla, y ſe raſgaron los Cielos, y entrò eſte Señor triunfando, y fuè recibido con ſuma alegria de ſu Eterno Padre, que le dijo: *Sede à dextris meis, donec, &c.* Y mandò à todos ſus Angeles le adoraſſen. Eſtos, luego, poſtrandoſe, le adoraron por ſu Dios, y Señor, y le dieron gracias por la merced què havia hecho al mundo, y por los Myſterios que obrò por el remedio de las almas. Eſto es en ſuma lo que alli paſsò; porque no hay palabras para ſignificar la mageſtad còn que cada coſa de eſtas ſe le repreſentaba alli al alma, y la admiracion con que ella las eſtà mirando. En acabando eſta adoracion, me dijo el Señor: Alma, vente en paz, que no has de quedar acá agora, ſino en otra ocaſion, que ſerá preſto; y haviendome echado ſu bendicion ſantiſsima à mì, à los Padres, y à las Compañeras que iban conmigo, me hallè en mi rincon. De alli à un grande rato me uniò el Señor conſigo, y me llevò otra vez à la Celeſtial Jeruſalèn, adonde me quedè por todos eſtos dias de las Octavas, como el Señor lo havia dicho.

Deſpues, eſtando con el ſanto Padre Luis de la Puente, le preguntè: Santo Padre, ſi aquellos Religioſos, y mis Compañeras no vieron, ni gozaron lo que yo, cómo, y de què les ſirviò el haverſe hallado alli preſentes? Y reſpondióme el Santo: Aunque no hayan viſto, ni entendido lo que tù, y aunque huvieſſen eſtado en aquel tiempo divertidos, y ocupados en otra coſa (que no digo yo agora que lo eſtuvieron) les ha ſido de gran provecho, pues les cupo la bendicion que ſu Mageſtad les echò. Mira, no has viſto un padre que tiene hijos, à quien ama mucho; y quando ellos, que ſon niños, eſtán durmiendo, y deſcuidados, eſtá ſu padre ſolícito, procurandoles todo bien, y penſando cuidadoſo lo que les ha de dár, y el pueſto en que ha de ponerlos quando ſean grandes? Pues aſsi lo hace el Señor, que aun quando eſtais deſcuidados, os eſtá haciendo mercedes, y como amoroſiſsimo Padre cuida en la diſpoſicion de vueſtros aumentos, y de cómo añadiros miſericordias ſuyas. Sea bendito tan benig-

no

no Señor, y tan digno de ser amado. Amen.

„El modo con que este Señor permite, „que en semejantes almas haya falticas muy „ligeras, y casi naturales, para mayor hu„mildad suya, y sacar de alli otros grandes „bienes, y el modo regalado, y tierno, „con el qual, como madre suavissima, cui„da de quitarles estas manchicas, asseando„las, y puliendolas mas cada dia, le enseñò „su Mageftad à Doña Marina pocos meses „despues del sucesso passado, en una vision, „que ella dejò escrita por estas palabras.

A diez de Julio, al amanecer, de este mismo año de seiscientos y veinte y cinco, estando en mi ordinaria oracion, con actos fervorosos de rendirme en todo à la voluntad divina, me hallaba dispuesta, con la divina gracia, à baxar à las penas del Infierno, si el Señor tuviera gusto de esso, y fuera sin culpa mia. A este punto representò el Señor à mi alma un pozo hermosissimo, que tendria de ancho como dos de los de acá, y brotando de la tierra, tenia el brocal tan alto, que passaba de la otra parte del Cielo: era su agua purissima, con cuya claridad no tienen comparacion quantos crystales vemos acá. Divertíme de esta vista quanto pude; pero mis Santos Angeles me tomaron, y me entraron por lo baxo de aquel pozo, y me fueron subiendo por medio de sus aguas, hasta llegar à la boca de èl, que salia à la Celestial Jerusalèn. Alli me hallè delante de la Beatissima Trinidad con una vestidura hermosissima, blanca como la nieve, y resplandeciente como el Sol. Y el mismo Señor Trino, y Uno, hablandome con grandes muestras de amor, me dijo: Vèn, paloma mia, amiga mia, que estàs hermosa, y agradable à mis ojos. Dios mio, y Señor mio, dije yo, no soy nada: si algo tengo, tuyo es, y esta vestidura tù me la has dado. Assi es, dijo el Señor, y si algun polvo se te pegáre de la vida mortal, millares de veces te purificarè, y te dexarè mas limpia, y mas hermosa. Quedè por una parte consolada, y por otra llena de grandissima confusion. Y respondile al Señor: Grande mal es, Dios mio, que siendo tù tan bueno, tan misericordioso, y liberal con las almas, haciendolas tan singulares beneficios, y tratandolas con suavidad, seamos tan descuidadas, que nuestras culpas manchen, y afeen la hermosura, que con tu gracia, y caridad pones en ellas. Tù me labas, Señor mio, y me blanquas en el rio de tus gracias, y buelvo yo à mancharme: pareceme que soy como una criatura, à quien su madre assea, y engalana; y en dexandola, se vuelve à sus niñerias, y, arrastrando por el suelo, se cubre de polvo, ò se llena de lodo, y assi soy yo, Dios mio. Pues si millares de veces, dijo el Señor, volvieres al polvo, y manchitas que dices, otras tantas volverè Yo à purificarte; y como la madre no se cansa de assear à su chicuelo, no me cansarè Yo de hermosearte. Mira, Marina, essas manchillas de que tù hablas, essos defectos naturales, y que brotan del alma con poca advertencia, y que estàn como vinculados á la mortalidad, no ensucian, ni afean el alma de suerte, que me desagrade, antes de estas falticas saco Yo grandes bienes de humildad, y conocimiento propio para essa misma alma, con que ganan, y mejoran mas que pierden. Quando el que trata en minas saca el oro mezclado con la tierra, no por esso le parece mal; purificalo al fuego, y dexalo acendrado. Un Pintor, que hizo una Imagen muy prima, no la desprecia, porque dexada en el aposento, se le cubriò de polvo, sino que con grande facilidad, y gusto la sacude, y la dexa como de antes, y aun mas linda. Lo mismo passa en este punto que te enseño.

Haviendo dicho el Señor estas palabras, me hallè con otras vestiduras riquissimas, sembradas de preciosissima pedreria; y volviendose su Mageftad à sus Santos Angeles, les dijo: Llevad essa alma por toda essa Celestial Ciudad, para que se alegre, recree, y goce algo de los bienes que hay por acà. Hicieronlo assi aquellos Santos Cortesanos, y llevandome por aquellas Celestiales Plazas, me enseñaron soberanas grandezas, comunicandome entre tanto el Señor altissimas noticias de su Sèr infinito, de sus inmensas perfecciones, y de la gloria de sus San-

Santos; y à la manera que acá de una ventana, que cae ſobre la Plaza, un dia célebre de mercado, aſſomada una perſona, vè por mayor lo que hay en ella, lo que paſſa en aquel bullicio de gente, beſtias, tiendas, y mercaderìas: aſsi me puſieron aquellos Santos Angeles à uno como mirador de aquella gran Ciudad, y me moſtraron toda la grande plaza de eſte mundo llena de confuſion, y tráfago humano, los empleos vanos, y mal empleadas ocupaciones de los hombres. De alli me llevaron otra vez à la preſencia de nueſtro grande Dios, y Señor, el qual apretadiſsimamente me uniò conſigo; y quando bolvì en mì, me hallè en mi rincon, y en la oracion ordinaria con que havia empezado.

De aì à una hora, poco mas, ò menos, vì, que baxaba del Cielo Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, acompañado de innumerable multitud de Angeles, con repreſentacion de grande mageſtad: veniaſe llegando à mi pobre apoſento: eſtaba yo encogida, y confuſiſsima, y pareceme que quiſiera eſconderme ſi pudiera; pero ni pude, ni me dexaron libertad para deſechar eſta viſion. Sentòſe el Señor con mageſtad graviſsima en una rica, y myſterioſa ſilla, y poſtraronſe delante de èl todos aquellos Celeſtes Corteſanos, y dijome: Soſsiegate, alma, y eſtá atenta à lo que quiero obrar en tì. Hallème entonces veſtida, al modo que ſolia los años antes, que cayeſſe enferma en eſta pobre cama; y poſtrada delante de aquel gran Señor, baxò ſu Mageſtad como dos, ò tres gradas al lugar adonde yo eſtaba: vì, que trahia en la mano una joya, à modo de Relicario, ò Agnus guarnecido, en que eſtaban como eſculpidos todos los ſagrados myſterios de ſu vida; y aun me parecia, que el miſmo Señor realmente eſtaba alli, y ſe trahia à sì miſmo en ſus propias manos, como la noche de la Cena ſe tuvo en ſus miſmas manos Sacramentado. Llegòſe, pues, à mì, y apartandome la veſtidura del pecho, me entrañò en èl aquel Divino Relicario; y al tocarme con ſu puriſsima mano, parece que experimente ſin duda era mano de verdadera carne; porque es muy diferente, y ſe conoce mucho el tacto otro, de que uſan las Divinas Perſonas, ò los Santos Angeles quando toman cuerpos aparentes. Volviòſe el Señor à ſentar, dexando como caìdos ſus ſacratiſsimos brazos ſobre los de la ſilla. Entonces, levantandome los Santos Angeles, y poniendome delante de èl de rodillas, con el ánimo, y licencia que me diò, le besè uno de ſus ſagrados pies, y luego el otro, y por el miſmo orden besè ſus ſantas manos.

Acabado eſto, hizo ſu Mageſtad un ademán de querer irſe: ſentìlo mucho, y llevada del fervoroſo afecto de mi amor, y como ciegos los ojos à mi vileza, le dije: Pues, Señor mio, tan preſto te vás? Entonces ſu Mageſtad, como doliendoſe de mì, mandò à los Santos Angeles me llevaſſen conſigo otra vez al Cielo: aſsi ſe hizo; y poſtrandome delante de la Beatiſsima Trinidad, me quitò Chriſto Señor nueſtro el Relicario que me havia pueſto; y luego el Señor Trino, y Uno me uniò ſegunda vez à ſu Divino Sèr, de donde, quando bolvì, me hallè en mi rincon.

Eſtaba dudoſa de la ſignificacion de aquel Relicario, y de quál ſeria la cauſa, por que Chriſto Señor nueſtro me le quitò en el Cielo, y penſando en eſto, vì al ſanto Padre Luis de la Puente, el qual me ſacò de eſta duda, diciendome, que el havermele pueſto era ſignificacion de que me ſe aplicaban los merecimientos de Chriſto Señor nueſtro, por los quales tenemos derecho, y entrada en la Celeſtial Patria; pero que eſtando en ella, ceſſa eſſa aplicacion, que ſe hace por los Santos Sacramentos, de que en el Cielo no hay uſo, y gozamos del premio, que aquellos merecimientos nos acarrearon. Bendito ſea el Señor para ſiempre. Amen.

„Poco deſpues de eſta viſion le moſtrò „ſu Mageſtad à Doña Marina otro myſte-„rio, en que le enſeñó el modo ſuaviſsimo, „que tiene de conſervar, no ſolo los bienes „del eſpiritu, ſino tambien las fuerzas de la „naturaleza en ſus amigos. Paſſó el ſuceſſo „à los diez y nueve del dicho mes de Julio, „y en el propio año. Refierelo ella aſsi.

Jueves diez y nueve de éſte me dijo el Señor, que queria combidarme, y hacerme un banquete. Fuè grande mi temor, y fui-

fuime à su Mageſtad por el camino ordinario, y modo de mi oracion : ſupliquèle me dieſſe luz, y hice otros muchos actos à eſte propoſito. Mientras yo me ocupaba en ellos, no podia dejar de vér, que junto à mi camilla ſe ponia una meſa myſterioſiſsima, aunque pequeña. Sentaronſe à ella mis Señores los Angeles, que eſtán en mi compañia: el Angel chiquito eſtaba como en pie, como para ſervir à la meſa, y el de mi guarda à mi lado. A la cabecera de la meſa ſe ſentò una perſona, que à mi parecer, entonces parecia Angel ſuperioriſsimo. Yo me daba gran priſa à pedir al Señor luz, y decia en mi corazon, que ſolo á èl queria, y buſcaba. Entonces, aquel que yo penſaba era Angel ſupremo, ſiendo aſsi que era el Señor, me dijo : Sosiegate, alma, que Yo ſoy el miſmo que buſcas : y el Santo Angel de mi guarda tambien me hacia ſeñas que me quietaſſe. Con eſto me ſoſſeguè de todo punto, y ví en la meſa unas fuentes de myſterioſa comida: una era como de fruta, y otra como de yervas; y aunque me parecian aſsi, veía yo claramente, que ni eran yervas, ni fruta. Tomò el Señor un bocado de las yervas, y dióle à mi Angel de la guarda, el qual me le puſo en la boca : guſtéle yo, traguéle, y ſentíle en el eſtomago. Luego ſe me diò otro de la fruta por el miſmo orden, y trás eſto aquella fuente, con lo reſtante de la fruta, ſe entregò al Angel pequeño, que ſervia, el qual ſe partiò, como quien iba à preſentarla : no ſupe à quién. Dieronme otro tercer bocado de una coſa que reſplandecia muchiſsimo : rehuſaba yo recibirla; pero ultimamente huve de tomarlo, y con eſto ſe acabò el combite, y fuè quitada la meſa. Tomaron luego inſtrumentos muſicos, y cantaron á ellos dulcemente aquel verſo de David : *Domine labia mea aperies*, *&c.* Y deſpues : *Gloria Patri, & Filio*, *&c.* Y en acabando de oìr eſta celeſtial muſica, me hallè en mi ordinaria oracion, y en el modo de preſencia de Dios, que ſuelo tener.

Havianſe paſſado ſiete, ò ocho horas, y eſtaba yo penſando en el myſterio paſſado, y aunque lo deſeaba, no podia entenderlo. En eſte tiempo vì al ſanto Padre Luis de la Puente cabe mì, el qual me dijo : Sabe, hermana, que ſe te han dado eſſos bocados para por una parte fortalecerte la naturaleza flaca, y por otra darte aumento de gracia, y conſervarte la que tienes. Parece que me congojò algo el oìr eſto, y dijele : Segun eſto, ſanto Padre, muy mala debo yo de ſer, pues es neceſſaria tan extraordinaria coſta del Señor para conſervarme en gracia. Por cierto, hermana, reſpondiò èl, que eres demaſiada, y terrible en tus temores : tù no ſabes yà, que ſon neceſſarios para aumento, y conſervacion de la gracia, los ſocorros del Señor, y que colgamos todos de ſu amoroſa providencia? Preguntèle deſpues, à quién havia llevado el Santo Angel pequeño aquella fuente? Y reſpondiòme, llevóla à quien con grande fervor, y caridad te embia muchas veces lo que comes en tu enfermedad, y por eſta limoſna que te hace la ha querido regalar el Señor. El ſea eternamente bendito. Amen.

CAPITULO XXIX.

Diſpoſicion del alma para la contemplacion, y para recibir en eſta favores ſingulares.

„EL amoroſiſsimo cuidado del Señor, „que havemos viſto en guiar eſtas „almas, trahe de ley ordinaria la diſpoſicion con que ellas ſe aparejan, diſponiendo à la gracia de la Divina vocacion, „que las llama, y endereza à tan nuevo „camino, trillado de tan pocos, y la perpetua correſpondencia à las mercedes recibidas. Bien es verdad, que hay muchas „almas ſantas, y puras, que muy de veras „ſirven, y agradan al Señor, ſin probar „nunca las migajas de la Celeſtial Meſa, las „delicias ſuaviſsimas, que de ordinario ſe „guſtan en la perfecta contemplacion. Son „ocultiſsimos los juicios de nueſtro gran „Dios, y ſabe dár fortaleza para el trabajo, ſin los gajes del ſalario, guardandoles por eſſo miſmo para la eternidad mas „aventajado el colmo de premios inmor-

„ta-

„tales. Pero aunque hay almas purissimas „sin contemplacion, nunca hay contem- „placion de assiento, trato mystico que „dure, sino en almas purissimas. Dije de „assiento, y que dure; porque suele algu- „na vez, como pródiga de sus misericor- „dias la bondad infinita de este gran Se- „ñor, levantar de repente un alma prin- „cipiante, y imperfecta à perfecta contem- „placion, como medio eficacissimo para „de una vez detestarla de todo lo que son „terrenos afectos; pero estè cierta la tal „alma, que le quitarán brevemente tan „soberano don si usa mal de èl, si no em- „pieza à corresponder con la generosidad „que pide la grandeza del beneficio reci- „bido. Esta disposicion de quitar de sì el „alma todo lo que sabe à gusto proprio, le „enseñò su Magestad à Doña Marina en- „tre otras cosas que le mostrò por Julio „de seiscientos y veinte y quatro, que ella „refiere assi.

Hizome nuestro Señor merced de enseñarme el inefable Mysterio de la Beatissima Trinidad, y mostrandome tres gradas grandes, que estaban en la tierra, me llamo diciendo: Vén acà, alma, y sube por estas gradas. Mi Dios, respondì yo, no podrè. Llega, replicò el Señor, que sì podràs con mi ayuda. Lleguè, y era la primera grada tan alta, que me llegaba à los pechos, y me parecia impossible de subir, y assi lo dije; pero aquel Señor Uno, y Trino, inclinando su Magestad, y grandeza, me ayudò. Dióme el Eterno Padre la mano, y subì esta primera grada. Luego me la diò el Hijo, y subí la segunda; y dandomela finalmente el Espiritu Santo, pude subir la tercera. Aqui me quedè en una union perfectissima con este Divino Espiritu, donde vì como se comunicaba la gloria à las almas, y mirando aquel Infinito Sér, eran Bienaventuradas. Estando como absorta en la vista de estas maravillas, me dijo el Señor: Vente, alma, conmigo, que te quiero enseñar otras cosas muy grandes; y llevandome en su compañia, me tocò con su sagrado dedo en una oreja; y admirandome yo de esto, y temiendo yo, como suelo, por ser accion extraordinaria, su Magestad dissimulò, y passando adelante, volviò à tocarme otra vez como la primera, y me dijo: Oye, hija, vè, inclina tu oreja, y olvidate de la casa de tu padre. En oyendo estas palabras, comencè à temer, y recelar, si me havia quedado algo, que no le huviesse dado al Señor; y humildemente le preguntè, què era de lo que me havia de olvidar, y ofrecerle de nuevo à su Magestad? Respondiò, que me enseñaba en aquello, que para llegar las almas à perfecta contemplacion, no solo havian de dár todas las cosas de la tierra, y dejar los afectos de ellas, sino tambien todos los regalos, y gustos espirituales, resignandose perfectissimamente en la voluntad Divina, sin querer otra cosa, sino el beneplacito, y gusto de este Señor en todas las materias.

Luego me enseñò su Magestad las Gerarquìas, y Coros de los Angeles, y como todos gozaban de su Gloria, y eran Bienaventurados, contemplando aquella Divina sustancia; y causóme extraordinaria admiracion, que siendo todos desemejantes, y diferentes, hacian una maravillosa consonancia, y harmonia en aquella gloria, y vista de Dios, comunicandola su Magestad, segun la capacidad de cada uno, à la manera, que acà diferentes voces, y resultaba una suave, y acordada musica. Alli reconocì en particular el Santo Angel de mi guarda, y à otros Santos Angeles, à quienes he tratado algunas veces, y tuve en esto particular consuelo, como quien yendo por Reynos estraños, reconoce alli alguna gente de su tierra. Haviendo visto, y gozado de estas cosas, que su Magestad fuè servido de enseñarme, se dignò el mismo Señor de volverme por los propios passos que havia ido à mi rincon; y admirandome yo de esta singular merced, por ser menos usada, le preguntè la causa, y respondióme, que queria enseñar con esto, que assi como es impossible subir un alma, sin particular ayuda, y favor suyo, à vèr, y gozar de bienes tan grandiosos: assi lo es tambien volver al estado de esta vida mortal sin particular favor, sin el qual desfalleceria la naturaleza. El sea bendito. Amen.

„Quanto à la correſpondencia fiel , y „perpetua , que las almas que empiezan à „recibir eſtos favores del Señor , le deben „à ſu Mageſtad , con lo qual ſe habilitan „para recibir otros de nuevo , aunque de „ello ſe ha dicho algo en el libro prime- „ro de eſta ſegunda parte , con todo eſſo „pondrè aqui à eſte propoſito un papel de „eſta admirable Virgen , que lo ſuma to- „do , y fuè eſcrito (ſegun el cómputo que „digo , quando no hallo el tiempo cierto) „por los ultimos dias de ſu vida , adonde „dice aſsi.

Moviò el Señor en mi alma un encendido , y abraſado afecto de amor ſuyo ; y à eſte acompañaban otros muchos , que miraban à varias virtudes , en eſpecial uno muy vehemente de mi deſprecio , nacido del proprio conocimiento de mi vileza , el qual por la miſericordia Divina mora en mì muy de aſsiento , y me acompañò caſi toda la vida. Siguiòſe de aqui lo que de ordinario en ſemejantes ocaſiones ſuelo ſentir, que es una ſuſpenſa admiracion de la bondad , y ſabiduría infinita , y de ſus altiſsimos , y ſecretos juicios , en comunicar con tanta familiaridad à tan vil criatura ; y arrebatada de eſte ſentimiento le dije al Señor : Cómo es poſsible , Dios mio , que obres en mì tantas maravillas , y me comuniques de tantas , y tan diverſas maneras por todo el diſcurſo de tan prolija vida , deſcubriendome altiſsimos ſecretos tuyos , ſiendo yo un muladar tan ſucio , y abominable , y un vaſo de barro groſero, y mal cocido , que no puede retener el licor que ſe hecha en èl , un algibe roto, que vierte el agua pura , y clara de que le llenan ? Eſto, mi Señor , es verdad infalible; pues què quiere decir , que ſiendo yo tal, me trates Tù aſsi ? Y à eſte tiempo eſtaba el alma como embriagada , llevada mas del afecto , que de la razon , capáz apenas de conocer lo que dice ; y con eſſo , como ſi el Señor pudiera recibir tédio , y molimiento , proſeguí diciendo : Dime , bien mio, y Señor mio , por quien eres , y por tu bondad infinita , dime de una vez , porque no te canſe , y te muela , quál es la cauſa de que aſsi arrojes , y malbarates tus miſericordias , y las derrames tan pródigamente ſobre una alma tan vil , miſerable , y incapáz de todo lo bueno , tan indigna de recibir eſtos beneficios ? Acaba yà , Dios mio, dime eſto , que te pregunto , por quien Tù eres.

Oyò el Señor Dios de la Mageſtad con ſumo agrado , y caricia lo que encendida, y arrebatada de ſus afectos le decia mi pobre alma , y con el miſmo amor la reſpondiò aſsi : Alma mia , cierto que has preguntado mucho ; porque has de ſaber , que mis Divinos juicios ſon altiſsimos , y ſecretiſsimos , y ſolo yo con mi eterna ſabiduría puedo comprehenderme à mì miſmo; pero mirando à tu grande afecto , puro, limpio , y ſencillo , y al amor con que te amo , te quiero conſolar , y reſponderte à tu pregunta del modo que puede entenderlo tu capacidad. Llaméte deſde los principios de tu primera edad , y luego que oiſte mi voz , y llamamiento , me reſpondiſte con verdad , y eficacia , como tù ſabes ; y haviendote yo diſpueſto para ello , y dadote las prendas , no ſolo eſpirituales , ſino tambien naturales , te fui ayudando , alumbrando , y enſeñando por todo el diſcurſo de tu vida : correſpondiſte ſiempre , aventajandote de grado en grado en la fidelidad, y cuidado que ſe debia à tantas miſericordias mias. Con eſto , alma , has llegado à un eſtado muy capáz de que obre en tì mis maravillas , y te comunique mis dones de la manera que tù ſabes , y ſabrá deſpues el mundo. Yo te amo , y me agrado en tì. Eſta es , alma , la reſpueſta de tu pregunta. Quedate agora en paz , y deſcanſa en mì. Eſto dijo el Señor. Quedème con gran ſerenidad , y conſuelo ; y quando volví de eſte rapto , no acababa entre humildad , y admiracion de darle gracias à eſte grande Dios, por la excelencia de ſus obras , y admirables efectos de ſu Divina miſericordia. Bendito èl ſea por quien en sí miſmo es , y por lo que ſu amor infinito hace en ſus miſerables criaturas. Amen. Amen.

„Aunque la fiel correſpondencia , que „las almas contemplativas deben , y tienen „con ſu Señor , es en todas las materias „que

„que ſe ofrecen ; pero como eſta via unitiva es toda de amor, y eſte ſolo halla „legitimo contraſte en el padecer conſtante por ſu Señor, el modo mas frequente, „las acaſiones mas continuas, con que ſu „Mageſtad las prueba, y afina, ſon las del „tormento interior, ò exterior, ſufrido „valeroſamente por el amado. Eſte es el „camino real de eſtos Juſtos, eſte el que „en toda ſu vida por diverſos, y increibles „generos de fatigas, y penas trillò Doña „Marina, como en todo el diſcurſo de eſta „larga hiſtoria tantas veces ſea viſta. La verdad, y ſeguridad de eſte camino le enſeñò ſu Mageſtad entre otras coſas una vez. „Dejónos ella, para exemplo nueſtro, el „ſuceſſo eſcrito por eſtas miſmas palabras.

Viernes à treinta de Mayo de mil ſeiſcientos y veinte y cinco ví una eſcala, que con una punta eſtaba fija en la tierra, y con la otra, no ſolo llegaba al Cielo, ſino que le penetraba muy arriba, haſta arrimarſe al pecho del miſmo Dios. Hice todo el esfuerzo que pude por apartar los ojos del alma de eſta viſta, como ſuelo hacerlo, ſiempre que en ſemejantes ocaſiones me dejan libertad para ello. En eſta preſente no me la dejaron ; aunque con mas vehemencia, que otras, llevada de mis temores, y encogimientos, procuraba reſiſtirme, deſeando irme al Señor por el medio ordinario de mi oracion. Finalmente, eſtos mis Señores Angeles, y otros, tomandome de la mano, comenzaron à ſubirme por aquella eſcalera, aunque con repugnancia mia, porque no del todo havia perdido el poder ſi quiera hacer alguna reſiſtencia. Comencè aſsi à ſubir, ayudandome los Santos Angeles ; y à los primeros paſſos vì, que debajo de dicha eſcalera havia grande multitud de alanazos fieros, que levantandoſe contra mí, procuraban impedirme el paſſo. Daban terribles ſaltos ácia arriba por alcanzarme, con ímpetu de quien deſeaba, y pretendia deſpedazarme ; y como no podian, mordian de los paſſos de la eſcalera, y pretendian deſpedazarme con rabioſa furia.

Paſsè adelante, ſubiendo haſta el fin de la eſcalera, y aun mucho mas adelante, haſta hallarme dentro de Dios, no en lo profundo de eſte Divino Sér (aſsi ſe le repreſentaba al alma) ſino como ſi dijeſſemos en lo mas ſuperficial ; y pareceme à mì, que eſtos modos de eſtár en Dios en tales ocaſiones, ſe pudieran de algun modo explicar por eſte exemplo. Tiene una madre un hijo pequeñuelo, à quien ama, y regala mucho : eſte afecto, y regalo ſe lo mueſtra de una de tres maneras, ò trayendole de la mano, yendo el niño à ſu lado por ſus pies, o tomandolo ſobre ſu regazo, para que deſcanſe alli, ò poniendolo à ſus pechos, dandole el ſuſtento de ſu miſma ſuſtancia. Aſsi, quando el alma recibe eſtos regalos de Dios, que ſon efectos de ſu Divino amor, aunque la tiene conſigo, parece que unas veces la tiene como de la mano, como à hija querida, y regalada, y que alli la habla, y comunica de palabra: otras la llega mas cerca de sì, moſtrandola mayor afecto con eſtrechos abrazos, llenandola de mayores, y puriſsimos conſuelos, comunicandole mas claras noticias de ſu Divino Sèr, y atributos; pero otras parece que la entra dentro de ſu Divino Sèr, y de ſu miſmo corazon, adonde todo lo dicho es en grado mucho mas perfecto, y en un modo tan levantado, y ſuperior, por lo mucho que conoce, y goza de aquel inmenſo abyſmo de gloria, que por ningun camino ſabe el alma cómo pueda explicarlo ; y aunque muchos años eſtuviera el alma penſando cómo decir una brizma de lo que alli paſſa, no pudiera.

Por eſtos tres grados me llevò el Señor en eſta ocaſion, paſſando de aquella como ſuperficie que dije à lo mas interior, y de aqui al centro de ſu Divinidad, que ni es centro, ni ſuperficie ; pero yo no sè otra manera de explicarme. Quando volví en mì, deſeaba ſaber la ſignificacion de aquel myſterio, porque aun no ſe me havia dado la inteligencia de èl. Supliquéſelo al Señor, y ſu Divina Mageſtad, con la benignidad que ſuele, me dijo dos coſas. La primera, que el camino de la Cruz era el mas cierto, y ſeguro para llegar à èl, dandome à entender, que lo que padezco, y la dificultad que ſiento en ir por eſtos ca-

minos extraordinarios, ſon medios para que ſu Mageſtad me haga eſtas miſericordias. La ſegunda, que los medios por donde las almas ſuben à Dios, como por eſcala, ſon dones, y miſericordias ſuyas, que tienen ſu fundamento en el pecho amoroſo, y corazon de Dios, de donde ſe deriban, y decienden à las almas, y con ellas vuelven al miſmo Señor; y que eſto ſignificaba el tener aquella eſcala por donde ſe bajaba, y ſubia arrimada à ſu pecho. No vì de eſta vez al Señor en forma alguna corporal, como otras veces, ſino con viſion meramente intelectual, ſin forma alguna imaginaria en lo que toca à èl: pero tan clara, y diſtintamente, que es ceguera, comparada con eſte modo de vèr ojos, toda viſta de los exteriores, y toda repreſentacion de la fantasìa. Sea eſte Señor eternamente bendito. Amen.

„En otro papel cuenta Doña Marina el „modo de taracear Dios el camino de los „contemplativos de cruces, y deleytes eſ„pirituales, como que de aquellas eſpinas „nazcan eſtas flores, y ſe dèn eſtos celeſ„tiales relieves, para confortar, y alentar „el alma à recibir de gana los azibares del „tormento con que la prueba, y hace mas „robuſta, y fiel en ſu ſervicio. Dice, pues, „aſsi en el quaderno de Junio del año de „ſeiſcientos y veinte y cinco.

Poco antes del dia de San Juan vì un Angel de los pequeños, que tenia en las manos una Cruz, cuyos brazos eran iguales, y de la punta del uno à la del otro un liſton, con que ſe hacia un arco redondo por toda ella. En la junta de los dos brazos tenia una punta de hierro muy aguda, y larga, como una tercia, poco mas, ò menos. Divertì los ojos del alma de eſta viſta, volviendome à nueſtro Señor, como otras veces. Entonces vì al ſanto Padre Luis de la Puente, que hablando con aquel Santo Angel, le dijo: Eſſa punta ha de cauſar mucha novedad, y temor en el alma de eſſa criatura; y luego el Señor Angel de mi guarda, oyendo eſtas palabras, ſe llegò à mì, animandome, y conſolandome, y dijome: No podrà hacerte daño eſta punta, paſſando por mis manos. Con eſto ſe llegò al otro Santo Angel pequeño, y paſsò las manos por aquella punta, como quien la regalaba, y hacia ſuave. Quedò, oyendole aquellas palabras, y viendo lo que hizo, ſerena, y conſolada mi alma. Fueſe luego llegando à mì aquel Santo Angel que trahia la Cruz (eſtaba yo neceſsitada del Señor para vèr, y atender quanto ſe obraba) y deſcubriendo ſu pecho, vi, que tenia en èl una abertura, ò llaga hermoſiſsima, como ſi eſtuviera compueſta de finiſsimas roſas, y de una luz como un Sol. En llegando à mì, arrimò aquella Cruz à mi pecho, y con la punta que dije, me traſpaſsò el pecho, y corazon, haſta paſſar la otra parte de la eſpalda. Sacóla luego, y quedaronme, aſsi en lugar del pecho, como de la eſpalda, por donde la luz havia entrado, y ſalido, dos hermoſiſsimas ſeñales de luz muy reſplandeciente: la del pecho era mayor, y mas bella, y ſemejante à la que vì en el pecho del Angel: la de la eſpalda, era como una Eſtrella. Executado eſto, deſapareciò aquel Santo Angel, y no le vì mas.

Quedème yo admirada de eſte myſterio, y hablando con nueſtro Señor, le decia: Què es eſto, Dios mio, y què obras en mì? A què fin vàn eſtas coſas ordenadas? Por què las haces, y què pretendes con ellas, ſabiendo Tù, mi Señor, que me ponen en tanta confuſion? Entonces el ſanto Padre Luis de la Puente me dijo: Sabe, hermana, que es tan grande el amor que tiene Dios al alma, que le ama, y ſirve, que ſe hà con ella à la manera que una madre con una hija, à quien ama tiernamente, que aunque niña, y en aquel eſtado, y edad incapáz de las muchas galas que la tiene guardadas, con todo eſſo no deja de ponerle un dixe, y otro, yá en los cabellos, yà en las manos, yá en las orejas, yà en el veſtido, no con otro fin, que de holgarſe, y entretenerſe con ſu niña. Aſsi nueſtro gran Dios, y Señor, cuyas delicias ſon tratar con los hijos de los hombres, les hace eſtas particulares caricias, moſtrandoles con ellas ſu Divina complacencia, y el amor tierniſsimo que les tiene. Pero fuera de eſto, ha querido en eſta oca-

ocaſion enſeñarte dos coſas. La primera, que por la llaga que viſte en el pecho del Angel, que es ſeñal propria del cuerpo humano, entiendas el parenteſco, y union, que Angeles, y hombres tienen en Dios; y en el haver tocado, y atraveſſado tu corazon con aquella punta, ſe te enſeñò como las almas ſon elevadas con la divina gracia, y favor del Señor, y con la fuerza de ſu amor à la contemplacion, que es propria de los Angeles; para que entiendas, que como el Verbo Divino es Autor de los Angeles, y hombres, aſsi lo es tambien de que los Angeles ſe bajen à comunicar con los hombres, comunicando por caridad en algun modo lo que es proprio de ellos, como los hombres ſuben á participar algo de lo que gozan los Angeles. La ſegunda coſa que aqui deprendes, es la que tù miſma experimentas, como en eſta vida mortal anda el padecer, y gozar tan junto, que no ſe divide lo uno de lo otro; porque en los favores, y regalos de Dios nunca falta cruz, ni la cruz, que Dios dá á las almas que le ſirven, viene tan à ſolas, que no venga templada con ſuavidad, y dulzura de eſte Señor. Eſto me dijo el ſanto Padre, con que me dejò muy conſolada. Sea eſte Señor millares de veces bendito. Amen.

„Eſte ſegundo punto que el ſanto Padre dijo à Doña Marina, ſe ſymbolizaba bien claro en el miſmo myſterio; „porque qué otra coſa era eſtàr la Cruz, „y punta entre un arco de liſton, y ſendal delgado, ſino moſtrar el Señor, que „no es flecha dura la con que hiere á los „ſuyos, por mas que lo parezca, pues la „deſpide de un arco, que es tan blando, „ſuavizandola demàs las manos de ſu Angel? Y què pudo ſer, que la llaga eſtè „como compueſta de roſas, y en forma „de celeſtial luz, ſino moſtrar, que es ſuaviſsima la dulzura de ſu tormento? Alaben ſus Angeles la caridad de un Señor, „que de eſta ſuerte trata las almas que „le ſirven.

CAPITULO XXX.

Diverſos favores, y modos con que Dios trata las almas contemplativas.

„DEſpues de haver viſto en los capitulos paſſados los caminos, y „cuidado por donde, y con que Dios „guia las almas, que anhelan à la perfeccion, y la diſpoſicion que les pide à „los que ſuſpiran en la via unitiva por „ſu contemplacion; dirèmos los favores, y modos con que ſu Mageſtad „les dà à probar los celeſtiales favores de „eſte manà eſcondido, que tiene reſervado para los amigos íntimos, y que „lo dejaron todo por ſu Señor, amandole de todo corazon, y ſirviendole à „èl ſolo con todas veras; y aunque es „verdad, que debiendo pretender, y „deſear el alma unirſe con ſu Dios por „medio de una pura contemplacion, (que „es fin de todas nueſtras meditaciones ordinarias) no debe por ningun modo „pretender, ni deſear eſtos favores ſingulares de viſiones, hablas, revelaciones, y coſas ſemejantes, pues moſtraba con eſte deſeo arrogancia de preſente, y de futuro ſe expuſiera à peligros inſuperables de engaños, è iluſiones del demonio, y perdiera el dòn de verdadera contemplacion, que havia recibido; „con todo eſſo, es neceſſario que entienda, que haviendo paſſado yà lo mas „trabajoſo, y llegado à conocer, y amar „à ſu Señor por medio de eſta dulce ſabidurìa, no debe aflojar el arco, ni dejar de diſponerſe para todo lo que el „Señor quiſiere obrar en ella; porque „una coſa es pretender temerariamente „eſtos eſpeciales favores de ſu Dios, de „los quales nunca de ſu parte puede ſer „digna, otra querer á ſabiendas, y por „ſu mala diſpoſicion hacerſe indigna de „ellos. A las almas, pues, à quienes Dios „hace, y harà ſemejantes favores, les ſerà de grande conſuelo leer lo que ſe „ha eſcrito en toda eſta Hiſtoria, y muy „en particular lo que ſe eſcribe en los „ca-

„capitulos ſiguientes; porque veràn ſueltas ſus dudas, aſſegurados ſus temores, platicados los modos con que Dios ſe comunica à los corazones puros, que ſin duda quiſo nueſtro gran Dios, y Señor dejar en eſta admirable, y prodigioſa Virgen un ſingular dechado, un exemplar milagroſo, de donde mas copioſamente que de otros, conozcamos muchos de los modos, que en el trato myſtico, que hay entre Dios, y el alma, ſuelen hallarſe. Empieza, pues, Doña Marina, poniendonos delante una viſion, en que le moſtraron aquellas regaladiſsimas migajas, (verdadera hartura del eſpiritu en eſta mortal vida) que de la meſa celeſtial gozan las almas contemplativas; y dice aſsi en un papel del año de ſeiſcientos y veinte y cinco.

Sabado, viſpera de Pentecoſtès, paſsò por un lado de mi apoſento un grande eſquadron de demonios, que iban en hilera enſartados en una cadena; y algunos de ellos, quantos cabian en aquel eſpacio del apoſento, quedaron alli como atrancados, y clavados. Mis Señores los Angeles los miraban, y ni les decian nada, ni hacian movimiento. Los demonios hacian viſajes, tomando unas veces figuras de unos picarones deſgarrados, y deſvergonzados, y otras de perros, y fieras, que unos à otros ſe mordian con rabia, haſta que ultimamente paſſaron, y ſe fueron de alli. Yo me volvì à nueſtro Señor, y empezandoſe à mover con vehemencia los afectos de mi alma, llevada de ellos, y abraſada en amor de ſu Mageſtad, le dije: Cierto, Señor, que ſi fuera mio todo el mundo, todo el Cielo, y toda la Gloria, y quanto mas puede haver, todo os lo diera. Agradóſe mucho ſu benignidad de eſte ofrecimiento mio, y reſpondióme: Has dicho, alma, todo lo que ſe puede decir: vente conmigo, que quiero llevarte à un banquete mio; y ſin darme lugar à mas, fui luego llevada à la Celeſtial Jeruſalèn, adonde vì, que los Angeles Santos, con maravilloſa preſteza, y deſtreza ſingular, puſieron unas ricas meſas, muy aſſeadamente aderezadas, mas de lo que ſe puede imaginar. Sentaronſe à ellas los eſcogidos de Dios, y vì por un modo eſpiritualiſsimo, y ſecretiſsimo, que el miſmo Señor era el manjar, que en aquella meſa ſe ſervia, con el qual era inefablemente regalada, y alimentada aquella infinidad de Eſpiritus, y Almas bienaventuradas. Advertí mas otras mil coſas, que todas me maravillaban.

Pero en particular vì, que debajo de aquellas ſagradas meſas andaban unos animalillos como perrillos, à maravilla lindos, y gracioſos: tenian todos ellos unos hermoſos letreros, que decian cuyos eran: à la manera, que ſi un perrillo de falda, muy regalado, y eſtimado de alguna gran Princeſa, trajeſſe una cedulita, en que dijeſſe era de la Reyna. Andaban eſtos donoſiſsimos perrillos muy liſtos, y apreſurados, cogiendo con mucha goloſina las migajas, que de aquella ſoberana meſa caìan: y conocì muy bien, que era el miſmo Dios el que ſe dejaba como caer en migajas para ſuſtento, y regalo de eſtos animalillos. Acabada aquella repreſentacion de combite, ſaliò un Angel muy apreſurado, queriendo hurtarlos de alli; pero ſu Mageſtad le dijo: Detente, Angel mio, y no los eches ſin darles alguna preſa, con que vayan conſolados. Obedeciò el Angel con grande agrado, y puſoles à cada uno de los perrillos uno como collarcito, y una corona, con que quedaron contentos, y mas hermoſos. Luego ſe llegaron muchos Angeles del Señor, y con grande guſto, y conſuelo, cada uno cogiò en los brazos ſu perrillo, y acariciandolos, vì como que los bajaban à la tierra.

Eſtaba yo con igual paſmo, que guſto, mirando todo eſto. Bien entendia, que no podian ſer beſtezuelas verdaderas las que ſe ſuſtentaban del Señor; pero no acababa de conocer què almas ſerian, ò què myſterio el que en aquella forma ſe me repreſentaba. Entonces el Señor por ſu miſericordia me lo deſcubriò, enſeñandome, que me havia moſtrado en aquella figura las almas contemplativas que vi-

viven en este mundo; las quales, con grande solicitud, y desvelo andan buscando agradar à su Señor, que las sustenta del Manjar Celestial, porque solo tienen hambre de conocer, y amar à su Magestad, y hastìo de quantos bienes, y regalos puede darles la tierra. Y el Señor, que con suma misericordia se deja hallar de quien tan fielmente le busca, les dà en este destierro algunas migajas de los consuelos, y gustos, que los Bienaventurados gozan abundantemente en la Patria, à la qual suben en su manera estas almas por la contemplacion, y de la qual parece que bajan otra vez à la tierra, quando guiadas de sus Santos Angeles de la guarda, vuelven à las acciones exteriores del divino servicio, con que se disponen, y alcanzan mayores meritos, para mas frequentes, y mas gloriosas subidas. Sea su Magestad eternamente bendito. Amen.

„Dos meses despues de esta vision le mostrò este gran Señor à Doña Marina el modo con que su inmensa liberalidad busca trazas, con que ciñendo, y estrechando sus dones, y beneficios, los haga mas gozables à nuestra corta capacidad; y le enseñò la razon, por què con ardientisima caridad tan frequentemente se comunica con las almas puras. Està lleno el papel de celestial sabidurìa, en el qual la Virgen dice asi.

Oraba yo en mi modo ordinario, y con aquella presencia, que suelo siempre tener de nuestro Señor; y aunque estaba con serenidad, y paz del corazon, no le faltaban al alma sus acostumbrados temores, viendose por una parte quán indigna era, y por otra quán estrañas misericordias recibia de su Señor. Llevada, pues, de los afectos, que de aqui brotaban, le dije à su Magestad: Dios mio, y Señor mio, cómo me dejas en este modo de temores con que vivo? Alma mia, respondiò benignisimamente el Señor, sabete, que no conviene en esta vida mortal vivir sin algun temor: baste, Marina, que lo que por tì passa son todas verdades mias, como tú lo sabes. Sì por cierto, respondì yo, con humilde, y amoroso reconocimiento, esso me basta, Dios, y Señor mio, y aun me sobra, y no quiero de Ti otra cosa sino conocer tus verdades, y acertar à darte gusto, haciendo en todo tu santisima voluntad, aunque yo viva en pena: y es verdad; pero mira, Señor mio, que puede parecer cosa increible al mundo el que yo reciba de tu mano tales misericordias, y favores. No tengas pena de esso, dijo su Magestad; pues sabes lo que yo te he dicho acerca de este punto en otra ocasion: dejalo por mi cuenta, que Yo lo tengo de hacer, y dàr cuenta de ello.

Admiròse mi alma con esta palabra, y con el mismo amoroso afecto que antes, le repliquè: Qué es lo que dices, Señor mio? qué es lo que dices? Por ventura tienes tù superior, ò puedes tenerlo, siendo Dios de inmensa Magestad, infinitamente sabio, y poderoso, de quien cuelgan, y por quien hipan todas las cosas? No por cierto; pues siendo esta eterna verdad, è infalible, què quiere decir que digas tù, Dios mio, que daràs cuenta de ello? Sì, Marina, dijo el Señor, sí darè cuenta de ello; pero no à otro sino à Mì mismo. Sabete, que mi bondad infinita de tal manera hace sus misericordias à las almas puras, y limpias, que si estas corresponden, estimando las gracias recibidas, aprovechandose, y creciendo en virtudes, buscando en todo mi divino beneplacito, y suspirando con afectos fuertes por acertar con mi voluntad, y conocer mis verdades, para no errar en mi servicio, yá las deja habiles para que puedan delante de mi Divino Sèr, y de mi justicia requerirme en cierto modo á que buelva por las verdades que les enseñè, y por las mercedes que les hice, para que sean creìdas, y aprobadas del mundo, à mayor gloria mia, y para que no sirvan de escandalo los favores que en particular las hice, ordenados al comun provecho de los projimos.

En acabando su Magestad de decir estas palabras, vì que en el mismo lugar en que este gran Señor estaba, empezò à resplandecer una estrella grande como un lucero

ro bellisſimo, que echaba de sì unos rayos de grande reſplandor, los quales, tocando con ſus puntas en toda mi alma, y en el pecho, manos, y pies del miſerable cuerpo, comenzaron con ſu divina virtud à traherme à sì, llevandome poco à poco, haſta quedar la parte ſuperior de mi alma como entrañada en aquella hermoſiſsima eſtrella, la qual me parecia que era una figura viva de la grandeza del Divino Sèr. Eſtuvo el alma en eſte rapto, gozando de inefables bienes toda ſuſpenſa. Quando volvì en mì, deſpues de haver pedido al Señor con humildes, y amoroſos afectos detuvieſſe la corriente de tan prodigioſas miſericordias para conmigo en eſta vida, le preguntè à ſu Mageſtad: Dime, Dios, y Señor mio, por quien eres, cómo ſiendo Tù infinito, è inmenſo, has querido en eſta ocaſion abatirte, y eſtrecharte à una forma de eſtrella? Por què lo has hecho aſsi, mi Señor? Alma, reſpondiò ſu Mageſtad, hagolo aſsi, porque me puedas abarcar, y llenar todos tus ſenos, y vacìos, ſegun tu capacidad. Quando el alma me conoce à ſu modo en mi propria grandeza, y mageſtad, deſeando con fuertes afectos abrazarme, y abarcarme, y no pudiendo, ſe vè la pobrecilla en grande aprieto, y afliccion; por eſſo algunas veces mi inmenſa caridad hace que me ciña, y me eſtreche à Mì miſmo, como componiendome à la medida del alma, con que ella deſmiente ſu anſia, y engaña ſu ſed, como ſi en cierta manera me abarcára todo.

Grande fuè la admiracion que le causò à mi alma eſta reſpueſta del Señor, y mas el modo ſuaviſsimo de la familiaridad con que me lo decia; y haviendole ſuplicado no fueſſe tan pródigo de ſus precioſiſsimos teſoros, con quien tan mal los merecia como yo, añadì: Señor Dios mio, Tù ſabes por ventura con quièn hablas? Bien sè que lo ſabes, mi Señor: pues ſiendo aſsi que conoces la que ſoy, cómo me tratas con eſte agrado? dimelo por tu bondad. Entonces el Señor, con la miſma apacibilidad graviſsima que de antes, volviò à reſponderme aſsi: Mira, alma, algunos de mis Theologos dicen, que eſtando un alma en gracia, tiene baſtante diſpoſicion para recibirme cada dia en el Sacramento; y dicen bien, hablando por mayor, y en general, que llegando al caſo en particular, no conviene hacerſe aſsi, que es grande irreverencia, deſacato, y temeridad, que no tratando un alma de veras de ſu mayor aprovechamiento, y no teniendo mortificadas ſus paſsiones, con otros aparejos que ſe requieren, quiere llegarſe à Mì con eſſa frequencia; ſin embargo de eſto, tienen aquellos por razon ſuficiente la ſuya para conceder la Comunion de cada dia. Pues ſegun eſto, quánto mas pueſto en razon, y mas conforme à mi bondad ſerà, que à un alma limpia, y pura, que ſiempre aſsiſte en mi preſencia con anſias, y deſeos eficaces de agradarme, y eſte es el fin, y blanco de todos ſus penſamientos, palabras, y obras, me la comunique Yo tan familiarmente, la alumbre, enſeñe, y deſcubra mis verdades? No es eſto mucho por cierto, ſegun mi bondad, y ſegun el amor con que amo à ſemejantes almas, y ſegun el con que ellas me correſponden, ſiendome tan fieles. Eſta es la reſpueſta de tu duda. Agora quedate en paz, y deſcanſa en Mì. Quedè humilde, y conſolada oyendo eſte gran Señor, que ſea para ſiempre alabado. Amen.

„Aquel modo de comunicarſe el Señor al alma, eſtrechandoſe para templarſe à ſu capacidad, le enſeñò ſu Mageſtad otras veces à Doña Marina, y refiere ella aſsi.

A los diez y ſeis Febrero de ſeiſcientos y veinte y cinco, que fuè primer Domingo de Quareſma, eſtando meditando los myſterios del Evangelio de aquel dia, y admirandome mucho de la bondad divina, que quiſo para nueſtro exemplo, que el Hijo de Dios, deſpues de tan largo ayuno, padecieſſe hambre, y tentaciones del demonio, para enſeñarnos à pelear contra èl, y vencerle, fui arrebatada à aquel eſtado, en que eſtos dias de ordinario ſe halla mi alma, en el qual mira la inmenſidad, y grandeza infinita

del

del Señor: de modo, que conoce que siempre hay infinito mas que conocer, con que queda con unas ansias indecibles por mas. Estando asi, me dijo el Señor: Mira, que si uno tiene frio le està bien llegarse al fuego en distancia proporcionada para calentar el cuerpo, y alegrar la vista con la hermosura de la luz; pero si entrasse dentro de esse fuego, perderia essos provechos, y quedaria abrasado. Puesto uno à las riberas del mar, goza de sus ayres suaves, y de la vista apacible de sus aguas; pero si quisiesse meterse dentro de èl se anegaria en ellas. Asi passa à las almas en el estado de esta vida. Pero aguarda un poco, y veràs. Luego vì un Angel de extraordinaria grandeza, magestad, y poder, y con un modo secretissimo se me daba à entender que aquel era, y se llamaba el Angel del Gran Consejo. Estaba junto à èl otro Angel muy hermoso; pero muy inferior al primero. Vì tambien un mar inmenso de unas aguas celestiales clarissimas, y como doradas, cuya vista era hermosissima, y sobre manera apacible. Tomóme aquel Angel supremo, y zabullóme en aquellas aguas, y subitamente me sacò, y me levantò à una luz, que parecia como material, aunque inaccessible; y estandola mirando, me zabullò segunda vez, y me sacò luego con la misma presteza, levantandome à otra luz no material, sino intelectual, adonde sin figuras me enseñò el Señor muchas, y grandiosas cosas de sì mismo; y zabullendome tercera vez, me sacò, como las dos primeras, à otra luz tambien intelectual, aunque mas superior, y delicada, en que me descubriò tantas, y tales cosas, que á la manera, que echando grande copia de agua en un pequeño vaso queda lleno, y se vierte la mas; asi tambien no cupo en mì tan grande luz, y yo quedè como anegada, y perdída en ella, aunque no sin conocimiento de aquellas cosas; pero esse tal, que yo no sè darle à entender. El Señor, que sabe cómo esto es, nos dè gracia para estimar sus dones, y servirselos. Acabada esta vision, me hallè junto à la Divina Persona de Jesu-Christo Señor nuestro, que con grande suavidad me volviò à mi rincon, y me descubriò, que su Magestad era aquel Angel supremo, que me havia mostrado dichas maravillas.

Pocos dias antes, en otra ocasion, acerca de este punto mismo de ceñirse el Señor, y no comunicarse todo à las almas por su incapacidad, me havia dicho estas palabras para consolar mis ansias: Marina, no te aflijas, que si à una persona que tuviesse la vista flaca, y corta, le diessen un grande tesoro de todas las riquezas del mundo, para que fuesse Señor de todo èl, y como tal le posseyesse, y aunque no le pudiesse vèr todo tan claramente como otro, que tuviesse aguda, y clara vista, no por esso dejaria de ser dueño de aquel tesoro; asi acà, aunque no veas, ni comuniques todo el bien que se propone à tu alma, no por esso dejas de tener la possesion de èl. Bendito sea tan buen Señor, que con esta familiaridad trata à sus pobres criaturas. Amen.

Este mismo año, à ocho de Mayo, me dijo el Señor: Vente, hermana, conmigo, y enseñaréte un jardin, el mejor que has visto en tu vida, y alli te harè un combite muy regalado. Fui luego llevada de su Magestad al Cielo, y puesta en un jardin hermosissimo, y vistosissimo, sobre todo lo que se puede imaginar, donde me enseñò este Señor tantas grandezas, tan llenas de magestad, y gloria, que con grande admiracion, y gozo le dije: Este es jardin, mi Señor? Cumplida Bienaventuranza es esta. Luego, en medio de aquel glorioso jardin pusieron los Angeles una mesa pequeña, pero llena de resplandores de gloria, con manteles, y tohallas riquissimas. Sentóse á una parte de la mesa la Sacratissima Persona del Espiritu Santo en figura humana; pero luego perdì de vista aquella imagen, y quedò este Señor en un modo espiritualissimo, representandome su Divino Sèr: representacion, que aunque la conoce, y entiende tan claramente el alma, es impossible hallar palabras para explicarla. Luego le sirvieron unos platos espiritualissimos, de los quales este Divi-

vino Espiritu me diò tres bocados, diciendo unas palabras que yo no entendì, y haciendo entre bocado, y bocado una pausa, como aguardando à que uno se incorporasse en el estomago antes del otro. No sè decir cómo esto es; pero sè cierto, que el un bocado á mi alma le supo à Dios: el otro à luz, y conocimiento del mismo Dios; y el tercero fué como si me huviessen dado à todo Dios entero. Aqui me dijo el Señor: Dásete de nuevo un gran dòn de sabidurìa, y conocimiento divino. A este punto me quedè en aquel suavissimo sueño espiritual, que tantas veces he dicho, adonde descansò, y gozò el alma con grande quietud, y serenidad bienes inefables; y luego me uniò el Señor consigo en una estrechissima union, en que estuve un rato, hasta que volviendo en mì, me hallè en mi aposento. Sea este gran Dios bendito. Amen.

CAPITULO XXXI.

Prosigue la misma materia.

JUeves quince de Mayo, y Octava de la Ascension, estando fatigadissima de dolores de pecho, y estomago, se llegaron à mì estos mismos Señores Angeles, y me dijeron con un modo suavemente imperioso: Vente, hermana, con nosotros; y luego, sin poderlo yo reusar, me llevaron à la Celestial Jerusalèn, y me presentaron à su Magestad, el qual les dijo, que me llevassen por aquella Bienaventurada Patria, para que me recreasse, y alentasse un poco con su vista. Assi se hizo: trajeronme por algunas calles, y plazas bellissimas de la Celestial Ciudad, adonde es impossible contar lo que se vè de gloria, y hermosura, tan diferente de quanto acá puede imaginar el pensamiento; y despues de haverse gastado en esto algun rato, me volvieron à baxar à mi rincon.

Estando en èl, y haviendome sossegado un poco, oì à estos mis Señores Angeles, que decian: El Divino Espiritu viene. Con esto levantè los ojos del alma, y vì, (al modo que entonces se representa) que se movia en el Cielo el Soberano Espiritu de Dios, y que en reverencia de aquella Inmensa Magestad se movian los Cielos, y havia en toda aquella Corte una comocion tan grande, y uno como estruendo significativo de adoracion, y respeto, que no hay palabras para declararlo. A este mismo tiempo vi un Sol bellissimo, que baxaba del Cielo, y venia ácia donde yo estaba, con un movimiento espacioso, y gravissimo, à quien acompañaba un exercito innumerable de Espiritus gloriosos, sirviendo muchos como de pavellon, otros de trono, à aquel Divino Sol, y otros como de cortejo, y séquito á este Señor, protestanse con un modo de suma veneracion por siervos suyos. Bien entendì con luz superior, que no era este Señor la Sacratissima Persona del Espiritu Santo; pero no conocì por entonces quál de las otras dos podia ser. Llegòse cerca de mì este Soberano Sol, y despidiendo de sì un rayo clarissimo, y agudissimo, me hiriò pecho, y corazon con tan grande fuerza, que la misma naturaleza padeciò dolor: salieron luego otros quatro, que me hirieron pies, y manos, adonde tengo las sagradas señales, haciendo la misma impression de dolor, y sentimiento, que el primer rayo havia causado en el corazon, quedandome en todas estas partes un modo de palpitacion bien dolorida, que durò algun tiempo; y à este punto conocì, que era la segunda Persona de la Beatissima Trinidad la que especialmente me havia hecho esta merced, y venia dissimulada en aquella forma de Sol, el qual con la misma magestad, y acompañamiento que havia baxado, se bolviò otra vez al Cielo.

Quedème à mis solas, pero siempre con aquella presencia ordinaria que tengo del Señor; y en este modo de oracion me volví à èl, y le dije: Qué es esto, Dios mio? Verdaderamente las mercedes que me haces son tan frequentes, y tan grandes, y yo tan ruin, y tan incapáz de ellas, que me hallo sobre manera confusa, y pudiera dudarse, si eres Tù el Autor de ellas. Respondiòme entonces el Señor con grande benignidad: Dì, alma, quién es el que por

amor de todos los hombres ſe hizo hombre en las Virginales Entrañas de Maria? El Hijo de Dios, Señor. Bien, replicò ſu Mageſtad: Y quién es el que por amar tanto naciò en un peſebre, el que fuè huyendo à Egypto, y viviò toda la vida con tanta falta de lo neceſſario? Reſpondi tan preſto: El Hijo de Dios, Señor mio. En eſta forma me fuè preguntando el Señor por todos los paſſos myſterioſos de ſu vida, y muerte ſantiſsima, y reſpondia yo por el miſmo tenor. Deſpues de eſto, concluyò ſu Mageſtad diciendo: Pues ſi el Hijo de Dios por los hombres hizo, y padeciò tanto, y por qualquiera de ellos, ſi fuera neceſſario, hiciera, y padeciera lo miſmo, qué maravilla es, que por un alma, à quien tan particularmente amo, haga las miſericordias, que experimentas? Doyte por ſeñal de que ſoy Yo el que obra en tì eſtas maravillas, que mi temor ſanto no te faltarà jamás. Con eſto callò el Señor.

Luego oì en el Cielo otro movimiento ſemejante al paſſado, con aquel eſtruendo, y aquel modo de commoverſe todas las columnas de aquella Celeſtial Ciudad, y al parecer todo el mundo, ſignificando la Mageſtad, y grandeza de Dios, que bajaba, y vì, que la Sacratiſsima Perſona del Eſpiritu Santo, que mis Señores Angeles dijeron al principio de eſta viſion, venia à mi apoſento acompañado de infinita multitud de Corteſanos del Cielo. No ſe me moſtrò entonces eſte Soberano Señor con forma alguna corporal en viſion imaginaria, ſino en viſion intelectual. Entrò, pues, en mi apoſento, eſtando yo con harta confuſion, y encogimiento; y aludiendo à lo que poco antes havia obrado en mì el Hijo de Dios, me dijo: Agora eſtás bien diſpueſta para lo que he de obrar. Luego vì ſolamente dos dedos de una mano divina, que con un modo eſpiritualiſsimo, y decentiſsimo como de Dios, me veſtian, y adornaban con los ricos, y myſterioſos atabíos de que hablo en otros papeles; y deſpues de adornada de eſta manera, me uniò ſu Mageſtad conſigo, y me llevò à la Celeſtial Jeruſalèn, donde en aquel Divino Sèr deſcansè, y gozè los bienes, que ni puede, ni ſabe explicar el humano lenguage; y deſpues, vuelta en mì de eſte rapto, me hallè en mi lugar. El Señor ſea bendito. Amen.

„Hablando Doña Marina de los favores „que recibiò de la liberaliſsima mano del „Señor, por el mes de Septiembre de eſte „miſmo año de 625. refiere un nuevo gra„do de contemplacion, que el Señor le „comunicò, qual nunca en tantos años de „tan íntimo trato de eſpiritu havia experi„mentado. Es mucho de notar lo que en „eſte papel eſcribe por eſtas palabras.

Eſtos dias ſe me han ofrecido muchas ocupaciones de tratar con proximos, que aunque todas las coſas que ſe comunican ſon del ſervicio de Dios, ò yá temporales, ò eſpirituales; con todo eſſo me embarazan algo para mis exercicios, y eſtán los afectos del alma como repreſſados; y quando ceſſa la ocupacion ſalen impetuoſamente, y prorrumpen con mayor fuerza, que parece quiero reventar por ſu vehemencia. Eſtando, pues, aſsi, me dijo el Señor: Fatigada eſtás, alma, con la fuerza de los afectos, que nacen del conocimiento de tu vileza, y del anſia de acertar con el mayor agrado de mi voluntad: vente un poco conmigo, y deſcanſarás. Al punto me llevò el Señor conſigo en una eſtrecha viſion, y me parecia, que eſtaba como ſentada à los pies del Señor en oracion de quietud, y ſueño eſpiritual, arrimada la cabeza à ſu ſagrada rodilla, conociendo en eſte modo de contemplacion mucho del Sèr de Dios, y de ſus Divinos Atributos: ſoſſegados, y como adormecidos todos los ſentidos exteriores, y ſuſpenſas en un profundo ſilencio las inquietudes de la imaginacion, cerradas las puertas del alma à todas las coſas de eſta vida mortal, ſiendo aſsi que nunca mas ſe verá.

Eſtando aſsi, con grande conſuelo mio, me levantò el Señor à otro mas alto grado de contemplacion, el qual en el modo ſe me hizo nuevo, porque nunca le havia experimentado. Paſsò la coſa aſsi, como acà quando uno duerme ſoſſegadamente, tal vez tiene algunos ſueños ſuaves, en que le parece vè coſas que le dán guſto: aſsi puntual-

tualmente (quanto nos podemos valer del exemplo) adormecida mi alma en la quietud que dije, se puso en otro modo de noticias, como si realmente soñára. Soñaba, pues, que me havia muerto, y que el alma apartada del cuerpo, gozaba yá de Dios en la Bienaventuranza, y realmente me parecia, que en esta contemplacion gozaba de bienes eternos, al modo que los gozaban los Bienaventurados, y hallabase yá el alma llena, harta, y satisfecha de Dios. Duróme esto buen rato; pero al mejor tiempo despertè, como si dijeramos, de estos sueños, y me hallè en aquel primer grado de contemplacion con que empecè, que era, hablando à nuestro modo, un espiritual dormir, y sossegar en el Señor, pero sin soñar mayor bien. Entonces, con suaves afectos del alma, le dije à su Magestad: Ay, Señor mio, y Dios mio, soñaba el ciego que veìa, y soñaba lo que deseaba! Bien conozco agora, que aùn estoy en la vida mortal: aquello de que era muerta, y te gozaba bienaventurada, sueños fueron. No, hermana, dijo el Señor, en cierta manera todas fueron verdades. Vèn acá, si una Princesa, que es de lejas tierras, y está yá desposada por poderes con un grande Rey, quando viene por el camino à tomar possession de su Corona, soñára, que se sentaba yá en el Trono Real, y gozaba de las riquezas de su Palacio, posseyendo las glorias, y opulencia de su estado, no se diria, que este no era sueño tan à secas, ni la alegria, que havia recibido durmiendo, era del todo hueca, y desvanecida, pues realmente havia de hallar, y gozar todo lo que havia soñado dentro de pocos dias? Pues en su modo te ha acontecido à tí lo mismo con estos que tù llamas sueños, y fueron verdades: te mostraron no à secas, sino con gozo, y experiencia, la Gloria, que muy presto has de posseer, quando, no como dormida, y enagenada, sino despierta en la luz inmortal, entrares à gozar el Reyno, que te tengo aparejado. Quedè consoladissima con estas palabras del Señor; y quando volvì en mì del todo, me hallè en mi rincon. Bendito sea mil veces tan benigno Dios. Amen.

„En el capitulo siguiente se toca otra „vez este modo de contemplacion.

„En otro papel de este mismo año, que, „aunque no señalamos el dia, se colige „fuè el caso poco despues del passado, dice „assi.

En el estado en que el Señor tiene mi alma como otras veces he dicho, es grande el hipo, y ansia que padece por conocer mas, y mas de aquel Sumo Bien, que es Dios, para poder amarlo mas, y mas; porque aunque el alma lo tiene à la vista, por mas que vea, y ame, siempre está conociendo, que es infinito lo que le falta por vèr, y amar de su Señor. Con esto crece un entrañable deseo de passar adelante, y quanto mas le muestran de aquel Divino Sèr, tanto mas le aumentan el hambre de conocer mas. Y es cosa maravillosa, que estando el alma en esta fragua de deseos tan ardientes, que parece la consumen, sin poder reprimirlos, ni satisfacerlos, està realmente por otra parte no sè cómo, tan resignada en la voluntad, y gusto de su Señor, que como si no deseára nada, no quiere mas, que el que el Señor ordenáre.

Como este Señor es tan benigno, y se compadece tanto de quien pena solo por èl, para consolarme me ha enseñado de muchas, y varias maneras, que segun la capacidad de esta vida mortal, no le es posible à la pobre alma alcanzar el perfecto cumplimiento de sus deseos. Entre otras, pues, una vez me enseñò lo mismo en esta forma: Vì à Jesu-Christo Señor nuestro en figura de Angel Supremo, que segun la luz que entonces me comunicò, no conocí mas, sino que era el Angel del Gran Consejo, y dijome: Vente conmigo, alma, que quiero enseñarte una cosa maravillosa. Rehusèlo quanto pude, hasta llegar à aquel punto, que no està en mano del alma resistir. Llevòme su Magestad por estraños caminos, por laderas de montes, y luego por valles, cayendo entretanto del Cielo unas como hojas de rosa, con la multitud, y espesura, que quando nieva suelen caer los copos. Llovian sobre mì muchas de estas, tocandome en el

ros-

rostro, y en otras partes, con grande suavidad, y consuelo de mi alma. Fuimos caminando hasta llegar à las riberas de un grande mar, cuyas aguas estuve mirando sin estender mas la vista, que al espacio, que suele ocupar un grande rio: pareciame sus aguas como doradas, pero que se tornasolaban en varios colores, como los de que viste el arco del Cielo; y dabame el Señor à entender, que aquel mar inmenso era symbolo del Sèr Divino, y los colores varios significaban los Divinos Atributos. Luego aquel Supremo Angel, viendome asi, y que no levantaba los ojos, ni estendia la vista mas que aquel breve espacio que dije, me mando que alzasse los ojos, y lo mirasse todo. Mirè, y vì asi por mayor un mar estendido por todas partes, tan dilatado por inmensos espacios, que me parecia infinito. Admirandome yo de tan singular espectáculo, me dijo aquel grande Angel: Quieres passar este mar? Atreveste à passarle? No Señor, respondì yo. Ea, passale, replicò èl, y entra por essas aguas. No, no, Señor, dije yo, que me anegarán, y me ahogarè en ellas. Y tan presto volvìme à èl, y preguntèle: Y el santisimo Angel atreveráse à passarle totalmente? Respondiòme por una manera, que no sabrè explicar; pero con que entendì claramente, que por una parte me decia que sì, y por otra me decia que no. Y con esto le dije luego: Pues, Señor, si no se atreve èl, cómo quiere que yo me atreva?

Estando en esto vì, que caìan del Cielo infinita multitud de aquellas rosas, que por el camino havian llovido; y que cayendo sobre aquel mar, como si entendieran, con un modo indecible, le adoraban, y hacian reverencia. A este punto entendì, como el Supremo Angel que me havia guiado era Christo Señor nuestro, el qual en quanto Dios podia de todo punto passar, y comprehender el mar inmenso de la Divinidad; pero no de la misma manera en quanto Hombre. Entendì mas, que aquellas rosas significaban los Angeles del Señor, que le adoraban, y que en los montes, y valles, que eran la variedad de los caminos, y sucessos de esta vida mortal, nos ayudan, alientan, y consuelan, como Ministros de este grande Dios, al qual pueden contemplar las almas como desde la ribera, mas, ò menos, segun la divina misericordia las dispusiere; pero que entrar en su profundo, y navegarle del todo, no es posible. Volvì en mì, rica, y consolada con tan divina enseñanza, y hallème en mi rincon. Sea su Magestad bendito. Amen.

„En la primera parte de esta Historia hay „otra vision, en que Doña Marina dá á „entender, que aunque Christo Señor „nuestro, en quanto Hombre, conoce to„do lo que Dios, pero no totalmente, „ni con la misma perfeccion; y esto mis„mo es lo que dice aqui, no podia Chris„to en quanto Hombre passar totalmente „el mar de la Divinidad; porque aunque „le passasse todo de alguna manera, no „es con la perfeccion, y comprehension „total que puede en quanto Dios. En „otro papel cuenta lo que le passò con „el Señor el año de 626. por Agosto, „y escribelo con las palabras siguientes.

Hallème muy cansada del trato con los proximos, à quienes estos dias con gusto del Señor, y orden de mi Confessor, comuniquè mucho, para el remedio de algunas necessidades espirituales, y temporales. Con esta ansia, aunque muy resignada de estár à solas con Dios, le decia: Há, Señor mio, si me llevaras à una soledad, adonde sin estruendo de criaturas pudiesse hablar à solas contigo! Al mismo punto vì à su Magestad, que me dijo: Norabuena, alma, que prometido tengo Yo, que llevarè las almas que me desean à una soledad, donde en secreto, y sin bullicio puedan hablar conmigo. Vì luego à muchos Angeles del Señor, que en unas inmensas alturas, con increible presteza edificaban un Tabernaculo, y en acabandole, con essa presteza misma le compusieron, y adornaron, dejandole riquisimamente aderezado, y tan resplandeciente, como si fuera de un fuego celestial. Estaba dentro de èl un riquisimo Trono, adonde se sentò la Magestad de Dios nues-

nuestro Señor, el qual, llamandome, me llevò assi, y me entrò dentro de su sagrado pecho, donde se hallò mi alma engolfada en Dios, con una paz serenissima, y un gozo inefable; y estando en esta quietud suavissima de un divino descanso, que no se sabe explicar, me dijo el Señor: Esta es, alma, la soledad à que te puedes retirar, y de que podrás gozar cada, y quando que quisieres; y diciendo estas palabras, se acabò aquel mysterio.

Al otro dia, que fuè à treinta de Agosto, hablando con el Señor en mi oracion, le decia: Dios mio, y Señor mio, aqui està una pobre mendìga, enferma, y llagada, y otras palabras semejantes, con que representaba à su Mageſtad todas mis miserias, y lo que sentia de mì; y luego me volvì à mis Santos Angeles, y les dije: Mis Señores, diganlo ellos al Señor, que lo sabrán decir mejor: Bien lo dices tú, respondieron ellos, bien puedes proseguir. A este tiempo vì à Christo Señor nuestro, que con mucha caricia me dijo: Qué has, alma, qué tienes? Tù, Señor mio, respondì yo, eres Omnipotente, y me podrás librar de mis males. Venia su Mageſtad en el habito que solia traher quando vivia en el mundo; pero todo èl estaba resplandeciente, y glorioso, y dijome: Omnipotente soy, Dios, y Señor tuyo, tu Maestro, y tu Medico; y te digo, que nò tienes enfermedad de que curarte, sino necessidad de confirmarte en la salud. Y luego, poniendome à vista de la Santissima Trinidad, y delante de aquel Divino Trono, me echò una bendicion, diciendo: En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espiritu Santo, te confirmo en la salud, y en la vida. Reparè yo mucho en aquella palabra, y en la vida, y parece que aquella bendicion me penetrò toda, y me esforzò el alma con todas sus potencias, y hasta el cuerpo parece que sentia nuevos alientos.

Estando assi, me vino à la memoria, què havia de responder à cierta duda, que un Religioso me havia propuesto, en orden à guiar una alma, que estaba à su cuenta, y juntamente se me ofrecia la respuesta, que le havia de dár. Diòme pena este pensamiento, y procuraba divertirle de mis y assimismo reparaba, que aquel Soberano Señor atendia con muestras de atencion à estos mis cuidados. Yo entonces, no sin confusion, le dije: Corrida estoy, Señor mio, de pensár en otra cosa, estando delante de tì, sino solo en lo que Tù me dices. No haces mal en esto, respondiò el Señor, antes essos pensamientos me dán muy grande gusto: porque à la manera que una Maestra se alegra de vèr, que una doncella, que fuè discipula suya desde los principios, està tan adelante en el primor de las labores, que puede yá ser Maestra de otras; assi tambien me alegra, viendo en tus pensamientos essa doctrina, que has de enseñar à quien te preguntò, porque Yo te la enseñè, y de mì la deprendiste. Sea este Señor bendito para siempre. Amen.

„Concluyamos este capitulo con otra „vision, que esta admirable Virgen tuvo „à 6. de Mayo del año de 628. donde se „conoce mucho la benignidad de las en„trañas amorosissimas de nuestro grande „Dios, y Señor en comunicarse à las al„mas puras. Refierela ella por el tenor „siguiente.

Oraba yo con grandes afectos, nacidos de mi propio conocimiento, y de la verdad que conozco de mi vileza: juntabanse deseos de acertar con la divina voluntad, y caminar apresurada à la perfeccion por el modo ordinario, que las otras almas suelen comunmente. Vì luego à Jesu-Christo Señor nuestro, que me dijo: Què tienes, alma? Què quieres? Señor mio, respondí yo, nada, sino à Ti. Pues no quieres, dijo el Señor, otra cosa, vente à mì, y descansarás. Llevò este Señor à mi alma en sus manos (veìala yo en figura de una luz espiritual muy resplandeciente) à la Celestial Jerusalèn: presentòme delante de su Eterno Padre, à quien adorè postrada, y luego me levantè. Pusome luego Christo bien nuestro en los brazos de su Eterno Padre, el qual me uniò consigo, y me subiò à unas inmensas alturas de su sèr, adonde me perdì del todo, como anegada en el pielago de tan alto conocimiento.

Vol-

Volvì en mì deſpues de un rato, y conociendo la merced que havia recibido, dije aquel ſagrado verſo: *Magnificat anima mea Dominum, & exultavit Spiritus meus, in Deo ſalutari meo.* De aqui me puſo ſegunda vez Chriſto nueſtro Señor en los brazos de ſu Eterno Padre, que recibiendome con grande caricia, me dijo: O, alma, cómo me has contentado con eſſe cantico que has dicho! Y volviendoſe à ſu Sacratiſsimo Hijo, le dijo: Tomad, Hijo mio, eſſa alma, y cuidad de ella, amparadla haſta ponella en la ſeguridad de la vida eterna. Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, en quanto Hombre,ſe poſtrò adorando à ſu Padre Eterno, y con grande agrado aceptò la obediencia que le ponia: recibiòme en ſus brazos, y puſome à ſu mano derecha, diciendome: *Sede à dextris meis.*

Luego unos Santos Angeles me adornaron con un riquiſsimo collar, y otras joyas, que el Señor les mandò: puſieronme una corona en la cabeza, y en la una mano cetro, y una llave dorada en la otra. Eſtaba yo como encogida, mirando coſas tan grandes, y deciale à ſu Mageſtad: Mi Señor, qué myſterio es eſte? Sabe, alma, reſpondiò el Señor, que todos los Moradores del Cielo ſon Reyes, y ſe les debe Cetro, y Corona, para que como tales ſirvan al Rey de los Reyes. Denotan, pues, eſtas Reales Inſignias, con que te vès agora, que tomas poſſeſsion del Reyno, que à ſu tiempo has de gozar eternamente. Y eſta llave, Señor mio, repliquè yo, para què ſerà? Bien eſtà, alma, dijo el Señor: deſpues lo ſabrás. A eſte tiempo me ſumieron, y como hundieron tres veces en el ſuelo de aquel Cielo, y otras tantas me ſubieron ácia arriba; y entonces me dijo el Señor: Ea, alma, yà es hora que te vuelvas à tu rinconcillo. Oìa yo eſte mandato con ſentimiento, y de mala gana, y no pude dejar de decille à ſu Mageſtad: Ay, Señor mio! no haces mas de ſubirme, y bajarme otra vez à mi pobre rincon. Quándo me tengo de quedar contigo para ſiempre? Bien, alma, dijo el Señor, eſſo ſerà à ſu tiempo, agora vete en paz. Pues, Señor mio, dije yo, no me dàs algo? Qué quieres tù que te dè? reſpondiò ſu Mageſtad: què me pides? Mi Señor, dije yo, muchas coſas te pido yo, y Tù no las haces. Cómo dices eſſo, alma? replicò el Señor: todo quanto me pides te doy. Vèn acà, quando algo me pides, no es ſiempre con deſeo, que lo haga yo como conviniere à mi ſantiſsima voluntad, y mayor gloria? Pues quando no lo hago es porque no conviene à mi ſervicio; y el negarte entonces la peticion, es muy conforme à lo que tù mas deſeas. Luego me explicò el Señor la ſignificacion de la llave, que era un dòn para ſubir à los ſecretos, y alturas del divino conocimiento quando quiſieſſe; porque ſin eſta llave, que es la divina licencia, ninguna perſona puede ſubir alli. Con eſto me deſpedi del Señor, y me hallè en mi rincon.

Buelta à mis ſentidos, me hallè con la miſma llave en la mano, y dije à mis Señores los Angeles: Què he de hacer de eſta llave, mis Señores? quièn me la guardará? Ellos me miraron muy de eſpacio, y comenzaron à cantar alabanzas del Señor con grande melodìa, dandole gracias por quien es, y por las mercedes que me hacia. Y luego el Santo Angel de mi guarda, me dijo: Llega eſſa llave à tì, que aì hay donde la guardes. Apliquèla à mí, y ſentì, que ſe me entrañò dentro del alma. Sea eſte gran Señor bendito por tantas maravillas. Amen.

„El decir Doña Marina, que con aque„lla llave le diò licencia el Señor para „ſubir al divino conocimiento ſiempre que „quiſieſſe, ſe ha de entender al modo de „otros dones, y promeſſas univerſales, „que el Señor ſuele hacer à ſemejantes „almas, ſiempre que quiſieſſe ſubir à eſtas „altiſsimas noticias; pero nunca queria, „ſino quando ſu Mageſtad la llamaſſe efi„cazmente à ello; y porque el Señor la „llamaba à la comunicacion de eſta luz „tan amenudo, como vemos, ſe pudo „muy bien decir, que tenia llave de eſta ſa„grada Camara, para entrar à ſu volun„tad.

CA-

CAPITULO XXXII.

Otros modos myſterioſiſsimos con que Dios ſe comunica à las almas ſantas.

„LAS viſiones que pondrè en eſte capitulo ſon bien myſterioſas, y ſingulares; y aunque no pude ajuſtar el tiempo cierto, conjeturo probablemente ſon del año de ſeiſcientos y veinte y ſeis, poco mas, ò menos. Empieza aſsi la primera Doña Marina.

Es nueſtro gran Dios, y Señor tan grande Maeſtro, Artifice tan Divino de ſoberanos edificios, que ſabe, y puede con ſu Sabiduria Infinita, y Omnipotencia juntar tan diverſas maſas, como ſon oro, y barro, y hacer de ellas un edificio tan fuerte, y precioſo, y por todas partes tan admirable, y bien acabado, que quantos le miráren podrán juzgar que todo èl es oro finiſsimo; porque el barro eſtà pueſto con tal primor, y deſtreza, que no deſdice del oro, ni deslustra, ni hace de menos valor el edificio levantado, y ſus ſólidos fundamentos, antes le hermosèa, y dà luſtre, como lo dá el eſmalte à la joya del metal mas precioſo. Sea èl bendito millares de millares de veces por tales obras, efectos claros de ſu bondad, poder, y ſabidurìa, que à mi parecer es eſto lo que paſſa puntualmente en lo que ſu Mageſtad obra en las almas de ſus pobres criaturas, quando por ſu infinita clemencia, y por el amor con que las ama, las llama, y las diſpone en ſu precioſiſsima gracia, y ellas correſponden, poniendo de ſu parte el cornadillo vil de ſu libre alvedrio. Otras mil millares de veces ſea èl bendito.

Eſtaba yo en la preſencia de eſte gran Señor, apretada de mis continuos dolores, y con grandes deſvelos ſobre la enfermedad de tan largos años, y ſolo conſolada en que ſu Mageſtad guſta de que eſtè aſsi. Entonces, con afecto humilde, y amoroſo le dije: Mi Dios, y Señor mio, quieresme dàr licencia, para que por eſpacio de eſta noche eſtè arrojada à las puertas de tus Celeſtiales Moradas? Eſtarè, mi Señor, callando, ſin hablar palabra, y eſperarè la limoſna que me dieres de tu liberal, y rica mano, como el pobre llagado, que ſe arroja à las puertas del Palacio, y aguarda á que ſalga el Rey, para que viendolo tan enfermo, y neceſsitado, ſe apiade de ſu pobreza, y le mande remediar. Mira, Dios mio, que eſtà mi alma enfermiſsima, pobriſsima, y neceſsitada de todo bien. Oyò el Señor de la Mageſtad lo que con tantas anſias, y afectos le ſuplicaba, y poniendo en mì ſus ojos beniſsimos, con grande amor me dijo: Sì por cierto, alma, sì te doy licencia de muy buena gana para lo que me pides. Dijo el Señor eſtas palabras con un modo tan ſoberano de darſe à conocer por Omnipotente Dios por una parte, y por otra, moſtrandoſe tan amoroſo Padre, tan tierno, y compaſsivo de mis males, que aunque mi alma no lo ſabrá explicar, ſupo muy bien ſentirlo, y con tanta vehemencia, que brotando en afectos fuertes de amor de eſta ſuma bondad, por un poco me quedè ſuſpenſa, y arrebatada en aquel gran Dios. Volvì brevemente de eſte rapto, y dijele à ſu Mageſtad: Mi Dios, y Señor, bien ſabes Tù que ſoy de tierra, y miſerable, y no puedo hacer con mis fuerzas ſubida ſemejante: ſin Tì lo errarè todo, que no puedo nada de mì; pero tampoco quiero nada, ſino ſolo hacer tu ſantiſsima voluntad, como eſclava tuya, aunque tan indigna. Bien eſtà eſſo, alma, dijo el Señor: bien conozco tus afectos: vèn agora al lugar que dijiſte, que mi Angel de tu guarda en mi nombre, y con orden mio te pondrà en èl.

Mirò luego ſu Mageſtad à mi Santo Angel, como quien le ordenaba lo que havia de hacer; el qual, con un modo apreſurado, pero graviſsimo, me levantò de mi pobre lecho, quedandome yo en ſus bracos en uno como ſueño eſpiritual de altiſsima contemplacion; y en un inſtante me ſubiò à las puertas de aquella Celeſtial Jeruſalèn, à cuyos umbra-

brales me puso; y aunque yo estaba en aquel sueño mystico, bien conocì que se havia quitado el Angel su sagrado manto, y lo havia puesto como almohada debajo de mi cabeza. Aqui proseguì un rato con aquel modo de oracion de quietud, y sueño espiritual. Pero poco despues, (à la manera que apuntè en otra parte) à este como dormir quieta, y descansadamente, sobrevino otro mas alto grado de contemplacion, que es un modo mysteriosissimo de soñar. Soñaba, pues, que no lo sè explicar de otra manera, lo mismo que la vez passada, con mas reflejas, y claridad, que havia salido yá mi alma de la carcel del cuerpo mortal, que havia concluido con esta vida, que gozaba yà para siempre de Dios en la Bienaventuranza, y que esto iba yá de veras, que yo sin duda lo experimentaba assi. Pareceme realmente, que se passò en esto un grande rato, aùnque no podrè decir quánto.

A este tiempo, como acá, à fuerza de algun ruido, despierta uno del sueño en que descansa, y deja lo que soñaba con alegria, despertè yo del todo à las voces suavissimas de una musica celestial, que los Angeles, cantando, y tocando dulcissimos instrumentos, daban al Señor, alabandole, y bendiciendole por su bondad, y poder infinito. Levantème al punto, y con grande prisa me fui ácia donde sonaba aquella divina melodia; y aunque iba tan andrajosa, y mal vestida, y era grande la confusion, y verguenza que padecia viendome entre aquellos Señores Angeles tan ricamente vestidos, y aderezados, era por otra parte tan grande la ansia, y afecto de alabar con ellos, cantando al Señor Dios, que no estaba en mi mano dejar de llegarme à ellos: retirabame la vileza del traje con que me veìa, y mas la rusticidad de mi voz desentonada; pero yo parece que no me podia detener; y quanta mas fuerza me hacia por refrenarme, con tanto mas ímpetu me impelia mi afecto à darle alabanzas à nuestro gran Dios, y Señor. Acometì, pues, algunas veces, y otras tantas me retirè, hasta que à la ultima llegò un Santo Angel, y me llevò, y puso en medio de aquellos Sagrados Musicos, y Celestial Capilla, que estaba como en frente del Trono del Señor.

Luego su Magestad ordenò à este Santo Angel, y à mí, que cantassemos solos, y juntos: *Gloria in excelsis Deo.* Assi se hizo, y no sè cómo era, que mi voz con la del Angel hacia admirable consonancia. Luego todo aquel Celestial Coro prosiguiò, hasta llegar à aquel verso, que dice: *Quoniam tu solus Sanctus*; y entonces se postraron todos delante de la Divina Magestad, y volviendose à levantar, acabaron el Salmo. Mandò otra vez el Señor al mismo Santo Angel, y à mì, que cantassemos otro verso, y fuè: ***Sit nomen Domini benedictum***; al qual respondieron todos: ***Ex hoc nunc, & usque in sæculum.*** Tercera vez entonamos, y dijimos: ***Benedicat nos Omnipotens Deus, Pater, & Filius, & Spiritus Sanctus***; y respondieron todos: ***Amen.*** Volvieronse todos à postrar, y el Señor de la Magestad los bendijo; y entendia yo muy bien, que eran como tres bendiciones de las tres Divinas Personas, que no sè cómo componian una bendicion sola, y de un solo Dios.

Estaba yo admiradissima de vèr tales maravillas del Señor, y no poco de verme à mì, reparando en que no tenia yà los andrajos, y habito vil, con que havia venido, sino vestida de gala, y resplandores. Pareceme sin duda, que estaba yo alli toda en alma, y cuerpo, porque sentí muy bien, que la parte superior del alma se suspendiò, y uniò estrechissimamente con su Señor Dios, como enagenada, y perdida del todo, que le parecia impossible salir de alli; pero la porcion inferior con la naturaleza de barro, aunque tan lucida entonces, y resplandeciente, estaba yà por otra parte tan flaca, y descaecida, que fuè menester, que el Señor Dios, y el Santo Angel de mi guarda, como con alhagos, la alentassen, fortificandome, hasta que me pusieron otra vez en mi pobre rinconcillo, adonde me siento con estraño descaecimiento de la naturaleza, como

cosa, digamos, que me falta la mejor parte del alma, que me vivificaba.

Asi estoy ha dos dias. Sea el Señor bendito, que asi lo quiere. Una noche de estas vì dos demonios, que andaban como afanados, y desesperados, haciendo mil ademanes con las cabezas, brazos, y cuerpos, y volviendo à una, y otra parte decian: Què havemos de hacer? què harèmos, malaventurados de nosotros? Arrebata Dios esta alma adonde nosotros no tenemos licencia, ni permission de llegar: què harèmos, que no la podemos atormentar, ni quitar la vida? Tienela el Señor consigo, y no la dejarà: hay de nosotros, que no tenemos remedio! Diciendo esto, y como assombrados de que se movia uno de mis Señores Angeles, se fueron huyendo, y se despeñaron hasta el Infierno. Yo, por la bondad de Dios, como yà los conozco, y de que no tienen mas poder, que el que quiere el Señor, hago poquissimo caso de ellos; y me quedè dando mil gracias à este gran Dios, que sea bendito. Amen.

„Adviertase, que al Cantico, ò Hymno Eclesiastico de la Missa, que empieza: *Gloria in excelsis Deo*, llamò Doña Marina en este lugar Salmo. Tambien la Santa Madre Teresa, contando una gran vision que tuvo de la Beatissima Trinidad, dice que le sucediò rezando el Salmo: *Quicumque vult*, &c. siendo asi, que era el Symbolo de San Athanasio, para que se confundan los doctos, que con tantas letras, y noticias conocen lo que rezan, sin merecer el espiritu, que se comunica à unas doncellas ignorantes, que ni los nombres saben de lo que con tanto fervor ejecutan: que vale mas en los ojos de este gran Dios un adarme de humildad, que muchos quintales de sabidurìa. Prosigue nuestra Virgen con otra vision, que cuenta asi.

Estando con nuestro Señor en mi oracion ordinaria, vì al santo Padre Luis de la Puente, el qual me dijo despues de haverme saludado, y con el semblante alegre: Alma, sabe que el Señor de la Magestad te quiere hacer una gran misericordia: disponte, y aparejate para recibirla. Y aunque el Santo me dijo esto con alegre rostro, no sè cómo del modo de hablar le pareciò à mi alma, que la merced que Dios le queria hacer era alguna cosa penosa, y trabajosa à la naturaleza; y con esto empezò ésta à hacer su oficio, y temer. Conociò el santo Padre mi recelo, y consolóme, y alentóme, diciendo: No temas, criatura del Señor, no temas, que lo que tu Dios obráre, serà mayor bien tuyo, y no serà esta cruz pesada de llevar, sino ligera, y suave. Alentème con las palabras, y presencia del Santo, y vì luego que bajaba del Cielo un Ejercito innumerable de Angeles, que acompañaban à la Sacratissima Persona del Eterno Padre, y á su Santissimo Hijo, Christo Señor nuestro. Llegaron asi à mi aposento: yo, temerosa, encogida, y temblando, suplicaba en mi modo ordinario de orar à la Magestad Divina con grande afecto me alumbrasse, y no permitiesse que errasse yo en conocer sus verdades, ni me apartasse un punto de su sacratissima voluntad. Entonces este gran Señor, con grande amor, y benignidad me dijo: Bien està, criatura mia: bien està esso que dices, mucho me has agradado con esse afecto, y peticion; pero està agora atenta á lo que quiero mostrarte, y obrar en tì.

En oyendo esto, fijè los ojos del alma en aquel sagrado mysterio, sin podellos apartar un punto de alli, y vì al Eterno, y Soberano Padre en forma humana, pero sutilissima, y espiritualissima, que teniendo à su diestra à su Unigenito Hijo Jesu-Christo Señor nuestro, con un modo gravissimo le quito de su sagrada cabeza una diadema riquissima de oro, resplandeciente mas que el Sol, y con la misma gravedad le quitò una vestidura preciosissima que tenia puesta, que era como de Rey, dejandole vestido de otra tunica interior preciosissima, y mas blanca que la nieve. Vì luego, que este Señor nuestro Jesu-Christo, desde su sagrada cabeza hasta sus sacratissimos pies, empezò à sudar gotas de Sangre, que corrian hasta el suelo, en que

su

su Mageſtad eſtaba, el qual ſuelo me parecia à mì del color de un Cielo hermoſiſsimo. Quedò con eſto toda aquella blanca, y myſterioſa veſtidura como ſembrada, y bañada de las gotas de aquella Sangre precioſiſsima. Eſtuvo aſsi un rato eſte amabiliſsimo, y Divino Salvador nueſtro, repreſentandole à mi alma muy al vivo el dolor, congoja, y deſamparo que havia padecido la noche, que en el Huerto orò à ſu Eterno Padre, y ſudò ſangre.

Quitò luego eſte Soberano Padre eſta veſtidura enſangrentada à ſu querido Hijo, dejandole con otra, que era de una blancura, y reſplandor de gloria indecible, y mandóles á unos Santos Angeles, à quienes la entregò, que me viſtieſſen aquella ſacroſanta tunica, bañada de la precioſiſsima Sangre de ſu Hijo. Hicieronlo ellos aſsi, y no hay lengua humana para explicar los efectos, que mi alma ſintiò con aquel veſtido, ni el modo con que entendia ſe le aplicaba la virtud de la precioſiſsima Sangre de nueſtro Dios, y Salvador Jeſu-Chriſto, y el fruto colmadiſsimo de ſus merecimientos; y fuè coſa maravilloſa, que eſtando el alma enriqueciendoſe con tan gran teſoro, como diſpuſo el Señor, que la naturaleza ſintieſſe una como pena, cruz, y aprieto. Tuve algun rato eſta veſtidura: no sè qué tanto; y luego los miſmos Santos Angeles, que me la havian pueſto, me la quitaron, y la depoſitaron no sè adónde, que no quiſo el Señor que lo vieſſe; y deſpues, con un modo de tohalla myſterioſa, me enjugaron lo que de aquella divina Sangre ſe me havia pegado, y dieron con mucha reverencia dicha tohalla al ſanto Padre Luis de la Puente, que con la miſma la recibiò en ſus manos, y la enſeñò à los demàs Santos Angeles, que alli eſtaban, y ellos la veneraron, como Relicario en que conocian la Sangre Inmaculada del Divino Cordero. Volvió el ſanto Padre à dàr la tohalla al Angel que ſe la havia entregado, el qual la llevò, y tampoco fuè ſervido el Señor, que vieſſe yo adonde la ponia.

Haviendo paſſado algun eſpacio, en el qual, con profunda admiracion, eſtuve viendo tan divinos myſterios, ſe me encubriò la viſion; y llegandoſe à mì dos Angeles del Señor, y viſtiendome una riquiſsima veſtidura, me llevaron, poniendoſeme cada uno à ſu lado, à la Celeſtial Jeruſalèn, y me preſentaron delante de la Divina Mageſtad. Miróme el Señor con mucho agrado, y dijome: Seas bien venida, criatura mia: ſeas bien venida: què es lo que quieres de tu conſuelo, y guſto? dimelo. No ſupe yo, ni pude reſponder à las palabras ſuaviſsimas de aquella inmenſa Mageſtad; ſolo ſentì, que excitandoſe en mi alma un afecto vehementiſsimo de divino amor, me vì toda abraſada, y luego en una perfecta, y apretadiſsima union con eſte gran Señor, en quien la parte ſuperior de mi alma ſe engolfó, y anegò de todo punto, y la inferior ſe quedò como de antes: ni sè, ni aunque ſupiera, pudiera explicar por ningun modo, cómo eſtas dos partes de una miſma alma ſe vèn como coſas diſtintas. Luego los miſmos dos Santos Angeles me llevaron à un lugar myſterioſiſsimo del Cielo, adonde ví como eſculpida una forma, y figura mia, que otras veces he viſto, (que es la coſa que mas admiracion me pone, y menos sè entender de quantas el Señor me ha moſtrado fuera de sì en aquel Celeſtial Palacio) y con vèr eſta imagen mia, eſtaba juntamente conociendo, que la parte ſuperior de mi alma eſtaba juntamente eſcondida en Dios.

Deſpues de haver paſſado en eſta vida un rato con grande ſuſpenſion, por miniſterio de los miſmos dos Santos Angeles fui trahida à mi rinconcillo, adonde me hallo con tan grande paſmo de tan grandes obras, qne parece que ni quiſiera hablar, ni acordarme de tal myſterio. Encójome delante de nueſtro gran Dios, venéro ſus altiſsimos, y ſecretiſsimos juicios: doyle las gracias que puedo, por quien es en sì, y por quien es para con ſus pobres criaturas. El ſea millares de veces bendito. Amen.

CAPITULO XXXIII.

Concluyese este punto: ponense otros modos mas admirables de comunicarse Dios al alma santa.

„SI son admirables los modos de comu„nicarse nuestro gran Dios, y Señor „à las almas santas, y contemplativas, que „hasta aqui havemos visto, es admirabilis„simo sin duda el favor con que su Ma„gestad tratò à Doña Marina en una vi„sion, que le mostrò por muy largo tiem„po, en el qual, sin perder esta de vista, „tenia otras visitas de Bienaventurados, y „nuevos modos de vision estrechissima con „su Señor. Parece, segun mi cómputo, y „por algunas otras circunstancias, sucedió „esto mediado el año de 626. Dà ella cuen„ta de todo à su Confessor, diciendo assi.

En nombre sea de nuestro Señor, y de su Santissima Madre. Amen. Haviendo passado sobre mi larga enfermedad terribles aprietos; y accidentes, que me redujeron à terminos de muerte, y me pareciò llegaba la hora de salir de este destierro, y disponiendo su Magestad, con sus altos, y secretos juicios, las cosas de manera, que, aunque en medio de tantos males, y dolores no me faltaba la ordinaria presencia de este Señor, me faltassen todavia las visitas regaladas, y favores de descubrirme sus mysterios, con que solia alentarme tan de continuo, y si algun favor de estos me hacia, era brevissimo, y muy de passo, como quien reparaba en las postradas fuerzas del natural, que no estaba entonces para servir, y ayudar al espiritu en mayores cosas; sucediò, que estando una mañana de la suerte que digo, viò mi alma que bajaba del Cielo con suma grandeza la Magestad de nuestro gran Dios, sin otras formas, ni figuras, mas que la de una materia espiritual, y sutilissima, à manera de espejo transparente, en quien venia como revestido un Sol clarissimo, que con sus divinos rayos formaba una luz purissima, y inaccessible. Cubria algun tanto à este mysterio un velo espiritualissimo, que por una parte parece que templaba, y acomodaba à mi capacidad aquella luz inmensa, y por otra fortificaba la vista de mi alma, para que pudiesse assistirle, y conocerle. Venia al lado de este gran Señor, y Dios nuestro, uno, que à mí me pareciò Angel superiorissimo, de tanto resplandor, y magestad, que deslumbraba mi alma: ni pudo por entonces de ninguna manera conocerle. A este Soberano Señor, y al Supremo Angel que trahia consigo, acompañaba un Exercito innumerable de Espiritus Bienaventurados, y los Santos Patriarcas de las Religiones, de quienes pocos dias antes me havia dicho su Magestad, que me visitarian mas frequentemente, una vez unos, y otra otros.

Llegò, pues, esta gran vision en la forma dicha muy cerca de donde yo estaba: pusose el Señor frontero de mì, y aquel Supremo Angel ácia mi lado izquierdo, con increìble admiracion, y encogimiento mio. Al punto me uniò su Magestad à sì, con un modo de presencia de su Divino Sèr, tan vivo, tan íntimo, y penetrativo, que estaba yo mucho mas en aquel Sèr inmenso, que en mì misma, de suerte, que ni la flaqueza del natural, ni los dolores vehementes, que con maravillosa disposicion de Dios duraban en todo su vigor, me podian apartar, ni estorvar un punto de esta estrechissima union. Crecia, y apretabase tan fuertemente ésta algunas veces, que sin duda me parecia, que me hallaba yo muerta, y mi alma en las manos de Dios; y quando volvia algo en mì era con un modo tan extraordinario, que pudiera realmente juzgar, que resucitaba. Durò esta vision mucho, y quando en este tiempo hablaba, conocia clarissimamente, que havia dentro de mì otro que meneaba la lengua, y me formaba las palabras, que la naturaleza flaca por ningun caso podia. Y como era cosa que yo nunca havia experimentado, reparaba mucho en ello, y entonces, por orden del Señor, me dijo mi Santo Angel de la guarda, que èl mismo era quien movia mi lengua, y hablaba por mì. Admirabame mucho vèr, que siendo grandissimo el consuelo, y aliento, que recibia con la vis-

vista de aquel gran Dios, y de aquel Angel superiorissimo, que estaba à mi lado, con todo esso no aflojaba un punto del rigor de la Cruz la acervidad de los dolores que padecia, conociendo con evidencia, que el Señor, en quien estaba, era el que alentaba mi descaecido natural, y milagrosamente me conservaba la vida, y durò este modo de milagro casi tres meses.

Una vez, en este mismo tiempo, con un modo inefable, unida àl mysterio que he dicho, me arrebatò su Magestad à la Celestial Jerusalèn, adonde me descubriò indecibles grandezas de su Divino Sèr, y de la Gloria, que gozan los Bienaventurados, dandole à probar à mi alma una como gota de aquel divino licor, de que aquellos Celestiales Cortesanos están llenos, y satisfechos. Fuè esto un breve rato; y luego me volviò el Señor à bajar à mi rincon, adonde por un ademán, que su Magestad, y juntamente aquel Supremo Angel hicieron, entendí que se querian ausentar, y privarme de la vista del mysterio, que por tan largo tiempo havia gozado; porque me dijeron: Quedate en paz, alma, haciendo que se iban. Yo, llevada de un afecto vehementissimo, y sacando fuerzas de mi flaqueza, me levantè, diciendo à voces doloridas del alma: No, mi Señor, no te has de ir, Dios mio, no tengo de dejarte; ò me has de llevar, ò te has de quedar conmigo: mira tù, Dios, quál de estas cosas te agrada mas, que una de ellas ha de ser. Y con esta ansia indecible me abracè con los pies de aquel Angel Supremo; y como lleguè tan cerca, vì, que havia en ellos, y en las manos, y costado las Llagas, y reconocì, que era nuestro Redemptor, y Señor Christo Jesus. Aqui, como perdiendo los estrivos del sossiego, empecè à decir ansiosissima: Què, tù eres, Dios mio, y Señor mio? Tù eres, Jesus de mi alma? Y cómo encubierto, y disfrazado tantos dias? Pues en verdad, que algo se me trasslucia, que eras Tù, Jesus mio, Dios mio, y Señor mio. Y con esto me apretaba mas con aquellos Sacratissimos pies. Entonces me dijo su Magestad: Levantate, alma, y descansa en mì, que ni tù me dejaràs, ni Yo me irè. Con esto se hallò mi alma en una profundissima suspension, y totalmente enagenada en el Señor, y quando volvì de ella me hallè à vista del mismo mysterio, como de antes.

Por este tiempo visitaban los Santos Patriarcas de las Religiones mi aposento à menudo: unas veces unos, y otras otros; pero siempre con singular respeto, y admirable reverencia à la Soberana Magestad, que alli assistia; y en particular un dia, llegando el Glorioso San Benito à visitarme, le mandò el Señor se sentasse, y me hiciesse una breve platica espiritual, para consuelo mio, y aliento de mi alma. Postróse el bendito Santo delante del Señor, y tomada su divina bendicion, se levantò, y acercandose à mì, y sentandose, dijo assi: Alma, y criatura del Señor, apretada te tiene con tantos dolores la Magestad Divina: de su misma mano te atormenta, hasta parecer que desfallece del todo la naturaleza; pero amontona en tì por este camino tesoros grandiosissimos de gracia, que te merezcan semejante Gloria, para que assi con su divino favor llegues à aquel estado superior, que desde su eternidad te tiene determinado. Animate, pues, y consuelate en tu Dios, pues son breves las penas, y eternos los descansos. Dale infinitas gracias al Señor Dios tuyo por el estado en que agora te tiene, donde gozas de este grande, y soberano mysterio, que tienes pressente, con tal modo de particulares circunstancias, y admirables grandezas, para mayor bien de tu alma, que no hay lengua que pueda explicarlas, ni decir cómo esto passa; y assi se queda para el mismo Dios, que lo obra con su infinita sabiduria, y omnipotencia. Tan solamente te digo, alma, que por una alta, y indecible union tù estás en Dios, y èl está en tì, con un vinculo tan apretado por la mano de tu Dios, que nunca quebrará, ni dejará de ser. Quedate agora en paz, y en tu Dios. Acabò el Santo, y volviendo à postrarse delante del Señor, le suplicò me diesse su divina bendicion, y su Magestad al Santo, y à mì nos la diò benignissimamente. Fuese con esto el Santo Patriarca, acompañado de mu-

muchos Angeles, que iban con mucha alegria, como dandole las gracias del Espiritu de Dios con que me havia hablado, y alentado.

Otra mañana, estando empleada en la vista de este soberano mysterio, se moviò en el alma aquel afecto, que vive siempre en lo hondo de mi corazon, de agradar à este gran Dios perfectissimamente. Y con este deseo, que entonces estaba fervorosissimo, comencè à decir unos versos, que significaban mi ansia, y como los decia, me iba suspendiendo; y luego me pareciò que estaba yo de rodillas cantando mis versos, y que de quando en quando, à ciertas palabras, me postraba delante de aquella Divina Magestad. La postrera vez, pues, que me levantè de estas postraciones, vì un Angel del Señor, que havia estado escribiendo los versos, que yo cantaba en mi interior. Causòme grande admiracion, y fuime enagenando mas, y mas: y quando volví en mi, hallème acostada en mi camilla, como lo estoy siempre.

Passòse mas de una hora despues de esto, y entonces aquel Soberano Señor, que estaba presentissimo, con grande benignidad me dijo: Dí, alma, parecete à tì, que podrás tù penetrar por este divino mysterio, que tienes presente? Respondì, con la presteza que suele un ardentissimo afecto: Sì, mi Señor, sì podrè, Dios mio. Ea, pues, volviò el Señor, vén alma, y haz lo que dices. Entonces me detuve un poco; porque miraba, y remiraba mi alma con nueva admiracion suya aquel sagrado mysterio; y muy poco à poco, como lo dispuso el Señor, se iba llegando à èl en una forma espiritualissima, á modo de un vaporcito, como de un humo blando de suave olor. En esta figura llegò, y penetrò mi alma por aquel sagrado mysterio, como passaba de la otra parte. Y en este mismo punto fuè llevada à la Celestial Jerusalèn, perdiendo por entonces de vista aquel sagrado mysterio, por medio del qual havia penetrado. Luego que llegò à aquel sagrado lugar, unos sagrados Angeles la postraron delante de la Beatissima Trinidad, y mostraron el papel de los versos que yo cantè, y el otro Santo Angel havia escrito, y el Señor se agradò en ellos, y à mi alma le echò su bendicion, y dijole: Alma, sube adelante à unas inmensas alturas, adonde me hallaràs, y verás en otra forma.

Fuè luego llevada mi alma (que quando se postrò delante de la Santissima Trinidad, se viò en figura humana) en figura de aquel vapor espiritual, à una superiorissima altura, donde en llegando la vì otra vez en figura humana. Allì la descubriò el Señor cosas altissimas, y le diò particularissimas noticias de su Divino Sèr, y perfecciones; y luego la dijo: Passa adelante, alma, que aùn has de subir mas alta, y allì veràs los mysterios que Yo te mostrarè. Dicho, y hecho, llevòla su Magestad à una inmensa, y soberana altura, que no hay lengua que pueda decir cómo es. Aqui se hallò el alma en un modo secretissimo de soledad, y en su Dios, de suerte, que parecia, que no havia en aquel lugar mas que Dios, y mi alma, y no hacia esta en tan superior grado de union, sino mirar admirada à una, y otra parte, sin vér otra cosa que Dios, y mas Dios. Luego apareciò en aquel soberano lugar un Cielo idmirabilissimo, y divino, lleno de estrellas hermosissimas, y resplandecientes, que con sus rayos llegaban à la tierra, y tocaban en los pechos, y corazones de muchos siervos, y siervas del Señor, que estaban en diversas partes. Enmedio de este Cielo estrellado (el qual à modo de pavellon cubria aquel mysterioso lugar de la soledad) estaba particularmente una estrella tan grande, y tan brillante, que parecia un Sol. De esta mysteriosa estrella, ò divino Sol, saliò arrojada, con la fuerza que suele despedirse una flecha, una divina luz, que tocando el pecho, y corazon de mi alma, (que como dije yà estuvo en forma humana) la derribò, dejandola como muerta. Llegaron luego unos Santos Angeles, y cubriendome con un mysterioso velo, me tomaron en sus brazos, adonde me suspendì, y perdí del todo, y quando volví de este rapto me hallè en mi rincon; pero con vehemente dolor del corazon, y levantado el pecho con la fuerza del espiritu. Quedéme en esto en pre-

ſencia, y con la viſta del myſterio en que ſu Mageſtad me tiene tantos dias hà, el qual me dijo, que los Angeles me havian bajado de aquellas alturas por los miſmos grados, que èl me havia ſubido: ſolo que à la buelta no havia penetrado por medio de aquel myſterio, como à la ida.

Finalmente, ſon tantas, y tan grandes las maravillas, y novedades, que experimento à viſta de eſte ſoberano myſterio, que deſeando ſumamente darle à entender, y explicarle mas en particular, para que algunos entendimientos capaces lo percibieſſen, y ſe aprovechaſſen, hallè que era totalmente impoſsible à mi corta capacidad; y dando, y tomando en eſto, ſin poder hallar ſalida à mi deſeo, el Señor, que lo conociò, me dijo: Mira, alma, Yo ſoy Todo Poderoſo, y miſericordioſiſsimo, y tengo infinitos modos de comunicarme à las almas con diverſiſsimas materias. El deſeo amoroſiſsimo de ſu ſalvacion me hizo quedar en el Sacramento debajo de los accidentes de pan, y vino, eſtando todo en todo, y todo en qualquiera partecita ſuya, para que con eſte disfráz, y cubierto con eſte velo, pueda el alma, que con Fè viva me conoce, recibirme, unirſe conmigo, y participar mis gracias, y eſpiritu. Pues ſi mi amor, poder, y ſabiduría hicieron éſta, y otras obras, que exceden todo humano entendimiento, què mucho, que ſiendo el miſmo ſiempre en ſaber, poder, y en amar mis criaturas, haga otras muchas de nuevo, que por altas, y myſterioſas ſean dignas de quien ſoy? Tal es el myſterio que tienes preſente, y la forma en que le penetraſte, que como ſoy Dios inmenſo, infinito, y omnipotente, como eſtoy en el Cielo, eſtoy tambien en toda otra parte, y lugar; y conforme à mi gracia, y la diſpoſicion del alma, à quien me quiero comunicar, me le mueſtro en el modo myſterioſo, que ella puede percibirme, templandome à ſu capacidad, y la eſpiritualizo, y conforto de ſuerte, que en ſu modo me pueda abarcar, y llenar todos ſus ſenos; y como tú agora en aquella forma, penetrando por el myſterio que vés, te uniſte conmigo, y fuiſte ſubiendo unas, y otras alturas, haſta llegar à aquella myſtica ſoledad, y notando aquella figura del Cielo eſtrellado, en que me comunico à mis amigos, experimentaſte algunos modos de mi comunicacion, y por todo el diſcurſo de tu vida has experimentado otros muchos; aſsi tambien en mi Omnipotencia me quedan infinitos otros modos, y grados diverſiſsimos de comunicarme à mis queridas almas, que à todos, y à cada uno de ellos, ſolo Yo cabalmente pueda comprehenderlos. Eſta es, alma, la reſpueſta de tu duda, y lo con que puedas acallar tu deſeo. Eternamente ſea bendito eſte gran Señor, por tales, y tan raras maravillas. Amen. Amen.

„Concluyamos eſte capitulo, y la ma„teria que vamos tratando, con un raro fa„vor, que Chriſto Señor nueſtro le hizo à „Doña Marina, eſcribiendo, y firmando „un papel para ſu conſuelo de eſta Virgen, „que aunque de eſto eſcribì largo en el pri„mer Libro de eſta ſegunda Parte, reſervè „para eſte lugar una regalada viſion, de „donde admirablemente ſe conozca, quán „íntima, y familiar ſuele ſer la comunica„cion del Señor con el alma ſanta. Refie„re eſta admirable Eſpoſa ſuya el ſuceſſo „por eſtas palabras.

Moviò ſu Mageſtad en mi alma ardientes afectos, y vehementes deſeos, con extraordinaria fuerza, de hacerle una nueva entrega de mì miſma, con todo mi corazon, ſin que quedaſſe coſa, ni cuidado, que no le conſagraſſe à mi gran Dios, dandole por entero, à ſu mayor gloria, y ſervicio, todos los penſamientos, palabras, y obras de mi miſerable vida. Llevada, pues, en mi ordinaria oracion de eſte interior impulſo, que era fortiſsimo, le decia à ſu Mageſtad: Dios mio, y mi Señor, quiero, con tu licencia, eſcribir con mi miſma mano unas palabras, que comprehendan todo lo que agora eſtoy ſintiendo, y firmar eſta cedula de mi nombre, para que perpetuamente, trayendola ſiempre conmigo, eſtè diciendo, y repitiendo lo miſmo ſin ceſſar. Pareceme à mí, Señor mio, que tuvieran mis anſias en eſto grande conſuelo. Reparaba en lo dicho, y volvia luego

à decir: Pero què harè, mi Dios, que por mi larga enfermedad, y estremada flaqueza, y por estár yá sin vista casi ciega, no puedo escribir, y estas cosas no son para escribirlas por mano agena?

Estando en esta diversidad de afectos, que como un volcan ardian en lo mas hondo de mi alma, vì à Christo Señor nuestro, que mirandome con grande benignidad, con igual agrado me dijo: Què haces, alma? Qué exercicio es el tuyo? Què afectos son estos, que te tienen tan encendida, y abrasada? La vista venerabilissima, y la dulcissima suavidad de las palabras del Señor me suspendieron un rato, y volviendo en mì, le dije: Dios mio, y Señor mio, bien sabes Tù mi corazon, y todos los senos suyos, y que deseaba escribir una cosa, à mayor gloria tuya, y consuelo, y satisfaccion mia; pero no puedo escribir, que estoy con la flaqueza, y falta de vista, que Tù sabes. Esto era lo en que estaba, mi Señor, y assi no sé què me haga. Bien está, alma, dijo el Señor, muy buen exercicio es el tuyo, bien me parece, y en lo que toca à no poder escribir por tu flaqueza, no te dè pena, que aqui estoy Yo, que escribirè por tì todo lo que quisieres, y fuere de tu consuelo. En diciendo esto, llegaron dos Angeles con recado de escribir, puestos de rodillas al lado del Señor. Tomò éste la pluma, y con una magestad divina, en que reconocia el alma un sèr de Dios, y Hombre, comenzò à escribir en un pergamino mas blanco que la nieve todos mis afectos, y deseos, ciñendolos mysteriosamente à cosa, segun me parecia, de cinco renglones, y con unas letras de azul, y oro, estando entretanto mi alma suspensa, y atentissima à tan alto mysterio, clavados en èl los ojos, sin que pudiesse divertirse un solo instante. En acabando de escribir, se volviò el Señor à mì, diciendo: Alma, quién ha de firmar esta escritura? Quién te parece à tì que harà esto? Como yo havia aprendido, que me queria obligar por ella, con gran presteza, y fervor, respondì luego yo: Mi Señor, yo tengo de firmarla. Tù la has de firmar? dijo el Señor: miralo bien, alma, si es conveniente que tù la firmes. Sì, mi Señor, dije yo, bien mirado lo tengo, yo la he de firmar. Pues vén acà, replicò el Señor: dime, alma, quando uno paga à otro lo que le debe, quién ha de firmar la carta de pago sino el que recibe, y cobra? Segun esso, pues tù principalmente procuras desempeñarte, pagandome lo mejor que puedes, lo mucho que me debes, Yo soy el que tengo de firmar. Hay, mi Señor, dije yo entonces, assi es verdad como Tù lo dices, que yo soy una simple miserable, que no sè entenderme. Luego su Magestad firmó el papel, y puso: YO CHRISTO JESUS; y como quien reconocia en este nombre la virtud de su divinidad, en quanto Hombre la besó con reverencia, y le diò el papel à un Santo Angel, que estaba à su lado, que me le trajesse.

Vino à mì el Santo Angel, y puesto de rodillas en reverencia de las letras, y firma que trahia de nuestro gran Dios, y Señor, me dijo: Alma dichosa, y regalada de tu Dios, por su infinita bondad, y misericordia, recibe este don suyo, y queriendo darme el papel, se llegò el Santo Angel de mi guarda, diciendo, que à èl le tocaba aplicarme el don, que su Magestad me embiaba. El otro Santo Angel proseguia en querer aplicarmele, pues el Señor le havia embiado con el don. Entonces con grande agrado los mirò su Magestad, y con un modo inefable les declarò su voluntad en aquel punto. Luego mi Señor Angel de la guarda, con la facilidad de quien desabrocha un jubon, me abriò el pecho, y recibiendo del otro Santo Angel la escritura, me la aplicò, y puso en lo interior de mi alma, y el Santo Angel que la havia traido llegò, y me cerrò el pecho, dejandole como de antes, y diò lugar otra vez à mi Señor Angel de la guarda, y este me puso encima el vestido con que yo de antes me cubria, que en todas estas menudencias, por quererlo assi el Señor, reparò mi alma muy distintamente.

Quedéme, à vista, y con la consideracion de la benignidad, y misericordia de tal Señor, en una grande suspension, y volviendo

do un poco de ella, vì que ſu Mageſtad ſe deſpedia, y echandome ſu ſanta bendicion, dijo, que quedaſſe en paz, y con eſto, acompañado de muchos Angeles, ſe iba: pero mi pobre alma, como eſtaba tan agradecida, y tierna del favor recibido, ſintiendo amargamente vèr que ſe auſentaba, comenzò à dár voces, diciendo: Cómo te vás, Dios mio? cómo me dejas, mi Señor? cómo aſsi? cómo no me llevas contigo? No me dejes aqui, mi Dios. Diſsimulò ſu Mageſtad, y ordenò à dos Angeles, que volvieſſen à conſolarme. Hicieronlo ellos aſsi: dijeronme, que no me afligieſſe, que preſto preſto ſeria mi partida. Pero yo, arrebatada de mi afecto, y como deſlumbrada de mi dolor, aunque ellos me decian eſto, les reſpondì: Ay, mis Señores Angeles, que dicen eſſo de ſuyo, y por conſolarme en tan terrible aprieto, que no oì yo al Señor, que les dieſſe tal recado para mì. Ellos, mirandome compaſſivamente: Pues, y bien alma, dijeron, no ſabes tù, que no podemos noſotros hacer, ni decir coſa ſin la voluntad del Señor? A eſte tiempo ſe me puſo delante una nieblecita dorada, como otras veces, con que perdiò el alma de viſta al Señor, y ſus Angeles, y con que ſe ſuſpendiò del todo. Quando deſpues volvì de eſte rapto, era eſtraña mi admiracion de tales obras del Señor, ni podia apartar la memoria de lo que havia viſto, bulliendo mas, y mas fervoroſos los afectos de amor, y agradecimiento à tan buen Señor, que aſsi ſe comunica à la mas vil, y miſerable criatura. El ſea millares de millares de veces bendito. Amen.

CAPITULO XXXIV.

Enſeñanza myſtica, y aviſos que dexò eſta Virgen, para entender el trato interior del eſpiritu, y la comunicacion de Dios, y el alma.

„EN los capitulos paſſados nos enſeñò „eſta Virgen, como tan iluſtrada de „Dios, la práctica del trato eſpiritual; por„que no ſon otra coſa las viſiones que nos „contò, ſino ponernos delante de los ojos „unos como clariſsimos dechados de los „varios modos, con que eſte liberaliſsimo „Señor ſe comunica à las almas ſantas, y „contemplativas, en los quales ſe vèn real„mente practicados los aviſos, y documen„tos, que los Doctores Myſticos, y los „Santos Padres, ſobre el Cantico de Salo„mon, mas particularmente nos dejaron „eſcritos. En los capitulos que agora ſe ſi„guen verémos algo de la Theotica, que „como à doctora de eſta ſecreta, y no„biliſsima ciencia del eſpiritu, le comunicò „el Señor, que aunque para los doctos no „ſean nuevas las coſas, pues ſe hallan to„das caſi eſcritas en los Santos Padres de la „Igleſia; pero aun para los tales ſerà de „grande conſuelo, y no pequeño motivo „de chriſtiana humildad vèr una doncella ſin „letras hablar en materias tan altas, con „el acierto, reſolucion, y prudencia, que „pudiera el hombre mas verſado en las tres „Theologias, Eſcolaſtica, Expoſitiva, y „Moral, ſin cuya noticia ſon peligroſos los „paſſos, que ſe dán en lo Theorico de eſta „quarta Theologia Myſtica; como tambien „ſuelen ſer poco ſeguros, y tal vez total„mente deſcaminados los juicios de algu„nos, que con ſolo las tres primeras Theo„logias, ſin ninguna noticia de la quarta, „(que las almas ſantas deprenden en el „libro de la contemplacion, y los doctos en „el eſtudio de los libros admirables que „hay de eſte genero) intrépidamente inter„ponen ſu autoridad en aprobar, y defen„der, ò reprobar, y condenar eſpiritus, „con la miſma facilidad, y confianza, que „tuvieran en reſolver un caſo moral, ò en „calificar alguna propoſicion. Mas luz de „Dios pide, y mas dificultad tiene el punto „de calificar eſpiritus.

„No ſeguirè en eſto mas orden, que „el que hallo en ſus originales, que es con„forme à la ſucceſsion del tiempo en que los „iba dictando eſta admirable Virgen. Em„pieza, pues, aſsi, declarando la ſatisfaccion „con que ſuele quedar el alma acerca del „negocio, que en íntima comunicacion „tratò con el Señor.

Eſta divina comunicacion de entre Dios, y el alma, à lo que puedo decir, paſſa de

esta manera: Comunica su Magestad à la parte superior del alma, fuera de todo bullicio, y estruendo de imaginaciones, y figuras, por sola su bondad, una muy grande luz, con que segun la capacidad de la criatura, se deja conocer un bien infinito, un sér inmenso, lleno de inefables perfecciones. Entiende con esto el alma, que es su Dios quien habla, conoce la verdad que le enseña, y asi dispuesta, ama à su Señor, hablale, preguntale, pidele, y respondele; y todo esto sin ruido de palabras de parte de Dios, ni del alma. Es el trato, y coloquio secretisimo, è indecible; porque aun las mismas hablas, preguntas, y peticiones del alma, parece que las dispone, y obra el mismo Dios, dejando su Magestad fixa en el alma la resolucion del negocio, que en tan comunicativo silencio se tratò, como si dos personas se encerrassen à una camara retiradisima à tratar alguna cosa de mucho peso, y comunicandose intimamente los dos lo mas íntimo de sus corazones, saliesse de aquella junta el buen acierto, y la conclusion del punto que se tratò. Queda el alma satisfecha, y cierta de que sabe, tiene, y conserva en sì misma la verdad, y resolucion, que estaba en el Sagrario eterno del divino pecho: siendo asi que essa resolucion, y verdad se queda en aquel pecho divino como de antes, à la manera que el Sol, imprimiendo sus rayos, y forma en un espejo crystalino, parece que le deja transformado en otro Sol, siendo cierto, que se queda esse Sol con todo su sèr, virtud, y resplandor, como superior causa, que sin perderlos, ni enegenarlos, le comunicò al espejo algunos rayos suyos.

„Luego, tratando Doña Marina la dife„rencia que hace la verdad concebida, „quando la luz divina como de suyo se „imprime en el alma, ò quando essa al„ma anda como solicitando, y poniendo„se delante de essa divina luz, con admi„rable resolucion, y acierto, dice asi.

Hay algunas cosas miradas à una misma luz, que si os poneis de este lado, muestran una forma, y si del otro, yá forman otra imagen muy diferente, que parece que mudaron figuras, y colores. Lo mismo acaece en las cosas que se conocen, y en las verdades que se entienden, miradas à la luz del divino Sol, que mirandolas como de diversos lados, yá nos muestran visos diversos, y formas diferentes. Es la causa de esto, à mi pobre juicio, la que agora dirè: Embiste el mismo Dios como de suyo à una alma, y retocala con sus divinos rayos, levantandola para que conozca la cosa que le muestra, ò la verdad que le enseña acerca de algun negocio: quedale esta vista, y verdad estampada como realmente es, y como Dios se la mostrò; pero sucede, que el alma (por el deseo grande que tiene, à mayor gloria de Dios, de vèr aquel negocio concluìdo, que es muy del divino servicio) se ponga despues à considerar lo mismo, haciendose como fuerza, y una secreta violencia para representarse la misma cosa, que havia visto, y oìdo, y hacerse muy capáz de ella; y como tiene tanto uso de estár en la divina presencia, y verse retocada de aquellos divinos rayos, vè la misma cosa, pero con muy diferentes visos, aunque siempre buenos, y del divino servicio: porque aunque la luz sea la misma, con todo esso se comunica de diferente modo; porque en el primer caso nos embiste la luz, como de suyo, ella nos combida, nos lleva, nos arrebata, para vèr el objeto. En el segundo parece que la combidamos nosotros, que la procuramos, y atrahemos como con violencia, para que nos le vuelva à mostrar; y quando asi le vemos, yá le topamos con diversa forma, y figura diferente de la primera, como si nos pusieramos de otro lado para verle.

Preguntase agora, à quál de estas cosas que se muestran, que entre ambas son buenas, y del servicio divino, se ha de arrimar el alma, para juzgar, y obrar segun ella? Por quál de estas enseñanzas se ha de gobernar, para disponer la mejor execucion del negocio? Respondo, que à la primera que la divina luz de suyo le mostrò; porque aunque en la segunda ocasion estaba en la divina presencia, y à vista de aquella luz, no era esta quien le mostraba el

el objeto, sino que la misma alma, aunque con buena intencion, discurria en èl, y todo lo que topa diverso, es muy inferior, y menos eficáz, que lo que el Señor le havia mostrado. Vese esto, en que aquella primera verdad, y traza divina, queda como esculpida, y fija en el alma para siempre, por mas cosas que al parecer se levantan para descomponella. En la segunda parece que no hace presa el corazon, que es como una cosa, que se desvanece, y de quien el alma puede divertirse. Finalmente, en la primera ocasion vèse una natural obra de la divina luz: en la segunda uno como artificial remedo, que nuestro mismo espiritu và componiendo. No serà facil à vista de una misma luz distinguir lo verdadero de lo remedado, sino en quien tuviere experiencia larga del trato interior.

„Los modos con que comunica el Se„ñor noticias secretissimas de sí mismo: el „camino ordinario por donde sube el al„ma à la contemplacion: los peligros, y „engaños del demonio, que puede haver „aqui, con otras advertencias de gran pro„vecho para el magisterio de espiritu, apun„tò Doña Marina en un papel, adonde di„ce assi.

Algunas veces arrebata Dios al alma, por su divina bondad, y misericordia, sin pedirla, como dicen, licencia, ni parecer, que ella haya tenido parte en esso; porque ni estaba representando nada, ni aprovechandose del uso de las potencias inferiores. Aqui de repente, uniendola à su Divino Sér en una profundissima suspension, y comunicandola una divina luz, la muestra como cifrados en un punto altissimos mysterios. Vè una inmensidad, una infinita grandeza: vè, segun la capacidad de esta vida mortal, y de la luz que le dán, què cosa es Dios; y esto en unos divinos escuros, que el mismo Señor ilustra, y ella no puede apear, quanto mas explicar. Solo parece que dice con el Profeta: Hà! Hà! Hà! Ví secretos de Dios, vì divinos mysterios; y con San Pablo: Ni ojo viò, ni oreja oyò, ni entendimiento humano puede entender los bienes, que Dios tiene aparejados para los suyos. Conoce como de la providencia, y manutenencia de este Señor cuelga todo lo criado: como el es el objeto de la bienaventuranza de los Angeles, y almas gloriosas: como es un principio, y fin de todas las cosas, que no tiene fin, ni principio: una primera causa, y un supremo, y absoluto dominio de todas cosas. Y finalmente, se halla el alma en esta ocasion como en un mar inmenso de Dios, y mas Dios, donde es impossible hacer pie, ni hallar suelo. Venle entonces los Divinos Atributos como en cifra, sin hacer distincion de ninguno en particular; y aunque suele algunas veces, al comenzar, ò acabar semejante rapto, mostrar el Señor al alma algunas formas, y figuras imaginarias; pero quando se entra en la íntima union, que dije, no hay habla, forma, ni figura, que pueda proporcionarse à la imaginacion, y sentidos interiores, quanto mas à los exteriores; todo passa en la porcion superior del alma, y es purissimamente intelectual.

Y si quando vuelve en sì de este arrebatamiento, preguntamos à esta alma, qué ha visto, y conocido en su Dios? dificultosissimamente sabe decirlo, y solo con una rustica barbaria puede dár unas ligeras señas, como las que arriba dije, para que su Maestro de espiritu haga algun concepto de lo que passò por ella. Si le preguntamos mas, què afectos ha causado en ella la vista de tales grandezas, responderà, que un pasmo admirable, una admiracion indecible: un particularissimo, y experimental conocimiento de su Dios: una manera de haver como gustado algo la Bienaventuranza de los Santos: un amor tan penetrante, y fuerte, tan puro, y generoso de aquel Señor, que si pudiesse poner en una balanza todos los bienes de acá, y quanto tienen de gloria los Bienaventurados en el Cielo, y en otra un pecado venial, el mas pequeño hecho à sabiendas, y le dijessen: Si esta ofensa haces à tu Dios, te darán para siempre toda aquella Bienaventuranza, sin ninguna duda, y con grande resolucion, querria perder antes todo aquel tesoro, y quantos otros fueran imaginables,

que cometer aquel pecado venial, solo por ser contra aquella infinita bondad, dignisima de ser amada, y que ella conociò. Es esto con tan honda, y clara deliberacion de su juicio, con tan impetuosa vehemencia de su afecto, que si por imposible, trocadas las suertes, ella passàra à ser Dios, y Dios se redujera à ser ella, le parece sin duda dejaria ella la divinidad, porque la posseyesse su amado; y quedandose pobre mendiga, y miserable, estaria contentissima de haver hecho aquel trueque en su servicio. Esto es lo que por agora, con mi mucha rudeza, puedo decir de la condicion, y efectos de aquel rapto.

En lo que toca à la seguridad de ser infalible obra de Dios la que aqui passa, tengolo por cosa averiguada, porque en esta union estrechissima, donde no hay nada de imagines, ni figuras en aquellos divinos escuros, ilustrados del mismo Dios, que passan en la porcion superior del alma, y se incluyen en solo el entendimiento, y voluntad, no he visto, ni experimentado, que el demonio pueda tener parte, ni arte, à quanto yo puedo entender, y conforme à la luz particular, y noticia honda, que su Magestad le ha dado à mi pobre alma, para conocer estas materias tan interiores.

A la señal de haver subido el alma à tan íntima union, y gozado tan profundos mysterios, es quedarse con una noticia, y memoria de estas cosas, tan viva, è indecible, que puede con grande consuelo, y provecho suyo, cada vez que quiere, hallarse como à la vista de lo que passò con su Dios, que parece que retiene un no sè què modo de centellas de aquella grandiosa luz, que alli recibiò. Y como el que viò alguna vez à Roma, quando vuelve à España se acuerda quando quiere de lo que alli viò; assi es acà, aunque esta comparacion es bajissima para explicar esto, y hay la diferencia en estas materias, que hay del Cielo à la tierra. Finalmente, son tan de otra manera las noticias que quedan, que si un entendimiento agudissimo quisiesse por la via ordinaria, y sin aquella luz, ponerse como à la vista de semejante mysterio, le fuera totalmente impossible; y por mas que assi vaya subiendo, crea que es obra de su discurso, y que con millones de millares de grados no llega al punto que dije.

„La grande diferencia, que Doña Ma„rina pone entre la memoria del que es„tuvo unido à Dios, y de la del que viò à „Roma, parece que se puede explicar; por„que la de éste conserva especies en su ima„ginacion, que se disminuyen, y emboran „con el tiempo, y quando no lo hagan, „son como figuras muertas, è intenciona„les de formas vivas, y reales, que dejò „en Roma. La memoria del que se uniò à „Dios, como no viò forma, ni figura, no „dejò en la imaginacion nada, que pueda „embotarse: todo fuè mero intelectual: pa„rece que retiene al mismo Dios indefecti„ble, y le siente como realmente presente, „y que vè lo que antes conoció, aunque „mucho menos, claramente, como deba„jo de algunos velos; de donde nace, que „aunque la memoria de las cosas naturales, „que se vieron, causen algunos efectos, „son ordinarios, y como mortecinos: „aquella memoria del objeto los produce „vivos, y tan eficaces, como queda dicho. „Prosigue nuestra Virgen con la enseñanza „de otras sagradas noticias, y dice assi.

De otra manera suele tambien nuestro gran Dios alumbrar al alma, levantandola del camino ordinario, y en la mitad de èl tomandola como de la mano, para encumbrarla, y llevarla à un alto conocimiento de su Divino Sèr, y soberanos Atributos, y passa la cosa assi: Empieza el alma su oracion ordinaria, considerando con humildad, y atencion, y excitando afectos amorosos, ò exercitando actos de otras virtudes: la grandeza de su Dios, su infinito poder, bondad, sabiduria, y otros semejantes mysterios, y parece que llega entonces Dios, y la llena de luz, habilitandola para que vea algo del Divino Sèr, y sus perfecciones; pero nunca llega esta noticia à la grandeza, que se topa en aquella suprema union, que dije arriba; porque en lo que agora trato, parece que sale una luz de Dios, como un her-

hermosissimo relampago, que baña el alma: en lo que tratè arriba no sale la luz de Dios para el alma, sino que entra el alma en el centro de la misma luz, y comunmente suele preceder al conocimiento que aqui comunica el Señor, el formar, y mostrarle su Mageltad al alma algunas imagenes, y figuras symbolicas de mysterios, las quales produce en la imaginacion, ò el mismo Dios, ò el Angel, ò el Santo que su Mageſtad guſta, que viſiten al alma. Eſtas formas, y figuras imaginarias tienen una gran fuerza, y trahen una como verdad consigo, que causan en el alma que las vè grande satisfaccion: son muy otras en todo de las que suele formar nueſtra propia imaginacion; y si la persona que tiene oracion es demasiada en formar eſtas, corre peligro, porque le es muy facil al demonio (permitiendolo el Señor) transformarse en Angel de luz, y remedar las figuras del buen espiritu: aunque al alma, que es pura, sencilla, desengañada, y no desea mas, que servir, y amar à Dios sin apetito ninguno, antes con adversion à singularidades, hipando solo por el camino ordinario, el mismo Señor la alumbra, y la dá su particular luz por un modo indecible, para que no se engañe, y conozca lo que es cada cosa de eſtas, distinguiendo unas imagenes de otras, y conozca las que son del bueno, ò del malo, ò del propio espiritu. Los efectos que eſtas visiones imaginarias, quando son de Dios, dejan en el alma, son bonissimos; y trahen consigo gran provecho; porque son eſtas viſtas muy conformes à nueſtro modo de conocer en la vida mortal, que siempre entendemos ayudados de especies, y figuras. Entiendese por aqui muy bien el alma con su Dios, y se vá disponiendo para el grado superiorissimo de la union, que arriba dije.

20 „Notese la diferencia, que la Virgen pone entre las noticias, que se perciben en „aquel primero rapto, de que arriba tratò, „ò en eſte segundo, de que agora habla, en „los quales el mismo objeto, que es Dios, „se conoce tan diferentemente, porque en „aquel entra el alma, como en el centro „de la divina luz; en eſte sale una luz de „Dios, para bañar al alma, que es como si „dijeramos: En el segundo assiſte Dios al „alma, y se le mueſtra como quien la visita, y eſtà con ella en un mismo aposento: En el primero, no tanto eſtá el alma „con Dios, como en Dios; no es trato, ni „junta como quiera, sino union: En el segundo, es como embiar Dios un plato „de la mesa de su Gloria à un alma, que „eſtà con èl en la misma sala, pero algo apartada: En el primero, es como „sentarla consigo à la misma mesa, y que „como Esposa coma de todo, y en el mismo plato con su Señor: En el segundo, „goza el alma del Señor, que conoce, aspirando à èl: En el primero, no tanto le „goza, y conoce, como quien aspira à „un bien, que eſtá apartado algo, quanto „como quien respira un bien con quien eſtá „entrañada. Finalmente, en el segundo, „Dios, su gozo, y conocimiento entran „en el alma, como eſtrechandose à su corta medida: En el primero, al modo de los „Bienaventurados, entra el alma en su Dios, „y en sus tesoros, como quien alli se dilata, y ensancha para gozallos todos. Muchas otras cosas dicen los Santos Padres „en eſte punto, como experimentados, „que los que carecemos de tan dichosa experiencia, aunque las leemos, apenas las „raſtreamos, y quanto mas decimos es señal que lo entendemos menos, que la „viſta en eſta materia, parece que se prueba con la mudèz que deja; y los Santos, „quando mas, y mejor quieren explicarnos „lo que sintieron, es confessando la ignorancia de explicarse. Prosigue Doña Marina con otra enseñanza igualmente importante, aunque mas perceptible.

En el camino ordinario de meditacion, y en especial à los principiantes en eſte santo exercicio, es de grandissimo provecho el uso de formar especies, y representar figuras con su propia imaginacion: si se medita la vida de Chriſto Señor nueſtro, formar las imagenes del myſterio, como si se piensa el Nacimiento, representarse el Portalico de Belèn, el pesebre, y todo lo que alli hay: si se medita la Passion, hacerse presente al Calvario, con todo lo que alli pas-

passa. Son muy buenos los efectos, y grandes los frutos que de aqui se sacan; y aunque el demonio suele algunas veces remedar estas figuras muy al vivo, poniendolas en nuestra imaginacion para envanecer el alma, creyendo tiene yà visiones divinas, y engañarla despues hasta despeñarla; pero si el alma no quiere engañarse à sì misma, y con verdad, y llaneza dá cuenta al Maestro experimentado, y cuerdo, es facil de descubrir el enredo; porque estas representaciones del demonio suelen dejar el alma tibia, sin los efectos fervorosos de la verdadera comunicacion con Dios, dejandola como triste, y desabrida, y sin gusto de volver à la oracion; aunque este enemigo es tan mañoso por otras mil maneras, que es menester gran recato, y luz, para que no salga con la suya. Seamos humildes, contentemonos, y demosle mil gracias al Señor, de que nos deja estár en sus zaguanes, y entrar por la puerta de Christo Crucificado, por donde si el Señor quiere, y se dispone el alma, se viene à alcanzar todo nuestro bien, y subir à la perfeccion, al amor divino, y union de Dios, y el alma, y à lo demás que de aí se sigue.

Yo por lo menos nunca he visto, ni experimentado, ni tampoco he entendido nunca de nuestro Señor, que pueda un alma llegar à estos divinos altos, sin haver entrado primero por aquella puerta real de Jesu-Christo nuestro bien, y Señor, y haverse cebado, y enriquecido con los celestiales, y divinos tesoros de su preciosa Sangre, de su santissima vida, y muerte de Cruz, lo qual le ha de haver quedado como estampado, y sellado, de manera, que tenga como escrito en sì misma un libro de los sacrosantos Mysterios de nuestra Redencion; y quando todo esto hay en todas las grandezas, y cosas superiores, que un alma puede alcanzar de su Dios, siempre siente algo de estos bienes por un modo espiritualissimo, sin que esto la embaraze, ni ocupe en aquello supremo en que Dios la tiene. Esto es lo que yo he visto, ni nunca su Magestad me ha dicho cosa en contrario: pero esto no quita, que este gran Dios, y Señor pueda, si quiere, levantar un alma à estos superiores, y divinos altos, sin llevarla por las gradas ordinarias, que aqui escribo.

Quando al alma le pareciere, que la han subido de esta manera de buelo, debe mucho considerar, y examinar quién ha hecho esta subida, cómo se ha hecho, por qué, y què efectos deja, que puede haver aqui muy particulares, y diversas causas; y la Magestad Divina raras veces hace esto, sino con grandes causas de sus altissimos, y secretissimos juicios; y assi de nuestra parte debemos siempre humildes sumirnos en el abysmo de nuestra nada. El Señor sea bendito. Amen.

CAPITULO XXXV.

Prosigue la misma materia, y enseñanza.

„DEjando algunos modos de hablas „mas conocidos, que suelen tener „los contemplativos, como son palabras „realmente formadas en el ayre, que entran por los oìdos exteriores, y otras „mas delicadas, y sutiles, que solo las „percibe la imaginacion, los quales dos „generos pueden ser del bueno, ò del „mal espiritu; y aunque haya dificultad en „dicernirlas, hay muchas, y muy claras „señales en los sagrados Doctores, para „que el Maestro de espiritu pueda rastrear „de ordinario, y algunas veces conocer el „principio de donde nacen. Entra Doña „Marina enseñando otro modo de hablas „meramente espirituales, y que passan en „solo el entendimiento, con que el buen „espiritu se comunica en el alma, y las „señales que hay para conocerlas, que „verdaderamente no es mas que explicar, „quanto sufre la humana rudeza lo que „San Pablo llamò lengua de Angeles, por „la comunicacion de los conceptos. Dice, „pues, assi.

Quando nuestro Señor, ò su Angel, ò algun Santo, hablan al alma pura, y limpia, y humilde, y que està totalmente agena de todo vano apetito de semejantes favores extraordinarios, dejando otros mas sen-

ſenſibles, tienen un modo de hablar muy intimo, y ſuperior, porque ſe infunde una luz grande al alma; con que en hablando el Señor, ó el Angel, ò el Santo, conoce claramente el alma quièn la habla, con mucho mayor diſtincion que acà, aunque no la veamos, conocemos la voz de la perſona à quien tratamos muchas veces; y aunque por entonces no ſe deſcubra Dios, ni ſus Celeſtiales Miniſtros, en lo miſmo que ſe dice, por un modo inefable, ſe entiende muy bien quièn lo dice, y ſiempre lo que ſe dice es ſanto, provechoſo, y neceſſario. Eſtas delicadiſsimas hablas no tienen ſonido, ni metal de voz, no ſon delgadas, ni grueſſas, ni coſa ſemejante; y ſi alguno dijere que hay algo de eſto en ellas, ſerà ſin duda porque no las conoce, ni experimentò el genero de hablas de quien aqui tratò, ſino otro mucho mas inferior; porque el modo de hablar, que digo, es todo eſpiritual: y le llamo hablas, y palabras, porque como ſi lo fueſſen, nos repreſentan las verdades que el Señor, ò ſus Celeſtiales Miniſtros tienen en ſu mente, como ſi de alli le trasladaſſen à la nueſtra. Los efectos de eſtas hablas ſon muy conocidos; porque engendran en el alma una profunda reverencia, un admirable reſpeto al Señor que habla, y proporcionalmente al Angel, ò Santo, un temor ſanto, que ſiempre acompaña ſemejantes ſuceſſos: una profunda humildad, y reconocimiento de lo poco que merece: un grande afecto al ſilencio de las palabras naturales, aunque ſea en coſas buenas, quando no es preciſo hablar para el aprovechamiento de las almas, y otros ſemejantes efectos, que toda celeſtial comunicacion trahe conſigo.

Otros modos hay de hablas igualmente ſutiles, è interiores, que tiene el Señor muchos en eſte genero, como es quando algunas veces imprime una verdad en el alma, dejandola alli como eſculpida, è indeleble: otras veces, quando ſu Mageſtad quiere que el alma vèa algun myſterio, que le ponen delante, tiene un modo inefable de hacerla advertir; y como acà una perſona à otra la manda vèr cierta coſa, en que no havia reparado, apunta con el dedo al objeto, y le dice: *Mira aquello*; aſsi el Señor, ſin apuntar, ſin decir palabra, parece que apuntando le dice al alma, que mire lo que le mueſtra; y fijaſe eſte ſagrado imperio en el alma de ſuerte, que no ſabe, cómo ſin apuntarle con la mano, la eſtàn ſeñalando la parte cierta adonde ha de mirar, y no otra; y ſin decille nada, la eſtàn diciendo que mire. Otras muchas maneras hay ſemejantes; pero eſtoy agora flaquiſsima de fuerzas, y no puedo decir mas. El Señor ſea ſiempre bendito.

„Aunque todos los efectos, que dice „aqui Doña Marina, ſon comunes à qualſ„quiera comunicacion ſobrenatural; pero „el particular afecto al ſilencio, el rehuſar „platicas, aunque ſean buenas, parece „que tiene mas proporcion con eſtas ha„blas: porque aſsi como del trato del Cria„dor ſe pega naturalmente un deſpego de „criaturas; aſsi de hablar con él nace un „tedio de decir, ni oìr palabras humanas: „y como acà, à quien ſabe el idioma „polido de la Corte, le diſuena el ruſtico „lenguage del Sayaguès; aſsi tambien, de„prendiendo el alma la lengua de la Ce„leſtial Corte el idioma de los Angeles, „tan ſin ruido de voces, ni muchedum„bre de palabras, tiene yà por groſſera „la lengua humana, y le dà como en roſ„tro, por mas que ſea elegante el modo „tartamudo con que ſe explica.

„En otro papel, bajando Doña Mari„na à tratar de la profundidad, y modo „ocultiſsimo con que algunas veces habla „eſte Señor, y del ruido que de aqui ſe „le ſigue al alma, quando, porque le pa„reciò que lo havia entendido todo, ha„lla, que no reſponde en todo el ſuceſſo „à lo que ella entendiò, pone algunos avi„ſos de grande importancia, que aun à los „mas doctos, y experimentados Maeſtros „de eſpiritu pueden ſer de provecho, y di„ce aſsi.

Tiene nueſtro gran Dios, y Señor, como en sì miſmo, aſsi tambien en ſu trato coſas ſecretiſsimas, tan grandes, y myſterioſas, que admiran à los mas altos Serafines. De aqui es, que quando le habla

al alma por tan diverſas maneras, como he dicho algunas veces, no puede eſſa alma con la luz comunicada à ſu capacidad, penetrar todas las circunſtancias de lo que ſe le dice, ni lo hondo, y condiciones calladas, con otras ſecretiſsimas cautelas, y ocultos ſentidos, que tiene la ſentencia, que percibiò, y lo que deprendiò de lo que le moſtraron; como ſi acà ſe puſiera un hombre à la orilla de un mar inmenſo, y eſtendieſſe la viſta conforme à ſus fuerzas à mirar con atencion la anchura, largueza, y hondura de aquel Occeano, lo mucho que alli ſe produce, ſus altos, y bajos, las entradas, y ſalidas de ſus aguas, y los ſecretos ſenos, y caminos por donde ſe deriban, y todo lo que encierran en ſus entrañas, verìa quando mucho un poco, y eſſo de lo mas ſuperficial; aſsi tambien à ſu modo le paſſa al alma con ſu Dios en eſta ſuperior comunicacion; por lo qual ſucede tal vez (diſponiendolo aſsi con ſecretiſsimos juicios, y para mayor bien el Señor) entender el alma una verdad de Dios; pero en volver eſte Dios eſta miſma verdad con tales circunſtancias, y velos tan ſecretos, y ſutiles, que el alma pobrecita, ſin entender que ſe lo encubren, no entiende lo mas myſterioſo de ella; porque ſe queda en el miſmo Dios, que como es incomprehenſible en ſu Sèr, lo es tambien en ſu hablar.

Acaece luego, por divina diſpoſicion, que lo que el alma à ſu corto, y limitado juicio oyó, y entendiò del Señor, teniendolo por llano, y cierto, aſsi como ſonaba, no ſale, ni ſucede como ella lo eſperaba; y he aqui la turbacion indecible, la congoja laſtimoſiſsima de la pobre alma, daſe yà por iluſa, y le parece, que como en eſta ocaſion ſe engañò teniendo por habla de Dios la que no lo era, pues no ſe cumpliò al modo que ella lo eſperaba; aſsi tambien ſe havrà engañado en todo lo demàs. La bolina que de aqui levanta el demonio, para afligir, y meter en deſconfianza el alma, y turbar al Maeſtro, que la rige, ſi es menos docto, y experimentado de lo que conviene, no hay palabras que puedan explicarla.

Pero quando eſto acaeciere à una alma, que vive en verdad con temor ſanto de Dios, y deſeos entrañables de acertar con la divina voluntad, y conocer ſus palabras, y ſeguirlas, y que tiene todas las demàs circunſtancias, y calidades, que pide la virtud, y perfeccion de vida, y las ſeñales en lo demàs, de que la rige buen eſpiritu, no ſe turbe eſta tal alma, ni crea và errada, y engañada, y que lo que en eſta ocaſion entendiò no fuè habla divina, ſino embeleco de mal eſpiritu. Sepa que pudo ſer divina verdad, y lo fué de hecho, ſi experimentò los efectos, y ſeñales, que otras veces he dicho. Trahe conſigo la divina voz; pero encubrieronla el modo, ò condicion de quien colgaba el cumplimiento de ella, de donde renaciò el engaño de ſu juicio. Puedeſe temer mucho, que aun tambien à alma ſanta la tiente el demonio por medio de eſta deſconfianza, para derrocarla, y derribarla en quanto le fuere poſsible de la alteza de ſu contemplacion, y ſu trato con Dios, que ſeria grandiſsimo mal, y daño, no ſolo para eſta alma, ſino tambien para otras muchas coſas de gloria de Dios, y bien de otras almas, que es lo que el demonio pretende por eſte camino; y aſsi como ſerìa graviſsimo mal, y daño, qual no ſe puede decir, tener al demonio por Dios, y ſus hablas por divinas; aſsi en ſu manera es terrible, y graviſsimo mal trocar las manos, y tener à Dios por demonio, y ſus verdades por mentiras de mal eſpiritu, ò á lo menos por engaños de eſpiritu proprio, y delirios de nueſtra imaginacion. El Señor nos ayude por quien es, y nos dè ſu ſantiſsima luz en materias tan dificultoſas, para que acertemos en todo con ſu ſantiſsima voluntad. Amen.

CAPITULO XXXVI.

Otros aviſos de myſtica enſeñanza.

„ ACerca del miſmo punto, que acabamos de tratar, eſcribiò Doña „ Marina otro breve, pero importante avi- „ ſo, por el qual puede entender el alma, „ quando (conociendo que la habla el Se- „ ñor

„ñor) deba pensar que su Magestad no le „dijo todo lo que havia en el caso, y le „encubriò alguna condicion, y dice asi.

Quando un alma de suyo temerosa, y deseosa de acertar en todo con las divinas verdades, y beneplacito de su santisima voluntad de nuestro gran Dios en su intima comunicacion, oye algunas palabras de este Señor, y quedandose como suspensa, no pierde sus temores, ni puede decir con libertad si serà, ò no serà aquel suceso futuro que la revelan, antes en su interior parece que se dice á sì misma: què puedo yo entender de estas grandezas? En estado estoy de poderme engañar si Dios no me alumbra, y luego empieza á dudar, no de si le hablò el Señor, sino de si entendiò, ò no entendiò ella lo que la dijo, es señal de que no la dijo su Magestad todo lo que havia en el negocio, y por algun alto fin se lo encubrio; pero suele su Magestad de ordinario declararselo, quando despues el suceso sale otro de lo que parece se havia entendido. Pongo por ejemplo. Pide el alma al Señor la vida de una persona, que enfermò gravemente, y responde: *No morirà*; y todavia se vè que muriò la persona de aquella vez, no se pudo engañar el Señor, ni quiso, ni pudo engañar al alma, sino que reservò en su divino entendimiento otra palabra, como decir: *No morirà para siempre*; porque con la muerte temporal entendia darle la salud eterna, ò decir: *No morirà segun las causas naturales*; aunque veia el Señor, que por efectos que colgaban del libre alvedrio, y èl por entonces callaba, aquella muerte havia de ser cierta. Dijome el Señor algunas veces, que sucede esto por altos fines, y secretos juicios suyos, siendo buen espiritu el que habla. El sea bendito.

„De lo que dice aqui Doña Marina se „saca claramente, que en aquellas revela„ciones adonde el alma queda con temo„res, y duda, sino entendiò, y pene„trò lo que le querian decir, no hay „que hacer caso para obrar segun ellas, „hasta que el Señor se declàre del to„do. En otra ocasion le enseñaron á esta „Virgen la diferencia que hay quando es „la voz del buen espiritu, ò del espiritu „proprio, que ella escribe asi, con otros „puntos importantes, y singulares.

En una ocasion, que con la vehemencia de mis afectos prorrumpì en una pregunta, que hice al Señor, estando en la oracion ordinaria, pero fervorosa, me respondiò el Señor con un modo gravisimo lo que convenia. Oyò mi alma la respuesta, y luego como confusa, mirando, y reparando en el modo de aquella habla, y comunicacion de su Magestad, decia entre mì: Valgame Dios! cómo, y en què conozco yo que esta es habla del Señor? Y respondiame yo á mí misma: Debe de ser al modo que un hijo conoce la vóz, y lenguage de su padre, aunque no le vèa; y si habla otro, conoce que no es aquel su padre; y como un amigo conoce, que èl habla à otro amigo, con quien trata de ordinario, aun quando están à obscuras. Esto decia yo, aunque conocia, que havia otras razones mucho mas superiores de la certeza de este conocimiento. Volvióse luego mi alma al Señor, diciendole: Dios mio, enseñame, por quien eres, à conocer el habla del proprio espiritu. Y respondióme el Señor: Bien està: agora preguntas esso? Bien parece que lo oyes pocas veces, ò casi nunca; y volviendose al Santo Angel de mi guarda, le dijo: Enseñale, Angel mio, à essa alma para su consuelo lo que pregunta. Entonces el Santo Angel, buelto à mì, me dijo: Mira, alma, el habla del proprio espiritu no causa los efectos de luz, y conocimiento de lo que dice, ò muestra al alma, que hacen las palabras divinas del Señor, y de sus Celestiales Ministros, ni trahe consigo aquella eficacia, como de quien hace un asiento hondo en lo íntimo del corazon; y aunque el habla sea buena, y verdadera, no se fija como la de Dios; y de ordinario son las palabras del proprio espiritu, aun quando mas ilustrado, y fervoroso, como soplos del viento, que no dejan rastro por donde han passado.

Con grande consuelo oyò mi alma estas razones de su Santo Angel, y reparando en ellas, dijo luego: Bien està, mi Señor Angel, muy bien lo entiendo; pero esso que agora me

me estàs hablando, y comunicando, parece que resuena en mi espiritu, y que èl se lo platica à sì mismo. Alma temerosa, respondiò entonces mi Señor Angel, cómo puedes tú negar que soy yo el que te hablo, pues me vès, y me oyes? y decir, ò querer entender otra cosa, no es verdad, como tù lo sabes, aunque quieras cerrarte los ojos. Y en lo que agora reparas, de que hablandote yo parece que mis palabras te resonaban allà dentro, y las decia tu proprio espiritu, es en el modo que agora te dirè. Tiene nuestro gran Señor, y tenemos sus Celestiales Mensajeros, muchos modos de comunicar, y hablar al alma: unas veces como un Maestro que enseña à rezar al niño, el qual le hace que vaya el chico diciendo, y repitiendo las mismas palabras que oye, para que assi à la corta capacidad de esse niño se le imprima mas la leccion, y deprenda mas facilmente lo que le enseña; y de este modo de enseñar usè yo agora, que iba tu espiritu repitiendo lo que oìa. Otras veces habla el Señor, y hablamos los Angeles, y Santos como Maestros en la Cathedra, que tienen los discipulos yà crecidos, y capaces; y quando aquellos vàn enseñando, basta que los oyentes estèn atentos, recogiendo aquellas verdades en sus entendimientos, sin que vayan repitiendo las palabras. Todo esto obra nuestro gran Dios, y Señor conforme à la capacidad, necessidad, y mayor bien del alma à quien se habla, acomodandose todo al mayor aprovechamiento de su criatura. Esto me dijo mi Santo Angel: sea el Señor por siempre bendito. Amen.

„Notese esta manera de sagrado eco, que „tal vez las palabras del buen espiritu hacen „en el alma, que no se hallarà quizà escrito tan claramente en otra parte; y dijera „yo, que se ha de entender esto, quando „el habla es imaginaria, ò entra por los „oìdos exteriores, (que en entrambas con „dicha repeticion se multiplican, y fijan „mas las especies para que duren) no de „aquellas hablas íntimas, è intelectuales, „que dijo al principio, y parece que de la „primera vez que se oyen se fijan indelebles.

Passa de aqui Doña Marina à la dis„tincion que hay en los afectos santos, y „los principios de donde brotan en el alma, „para que por ellos se juzgue quáles, y de „què espiritu son las hablas, y visiones que „despues se siguen. Es doctrina de gran pro„vecho, y mucho de notar, que ella escribe „assi.

De dos maneras me parece à mì, que brotan los deseos fervorosos, y los afectos fuertes en una alma que sirve à Dios, pretendieudo con ellos un grado insigne de virtud, ò una obra heroyca del divino servicio. La primera, quando de tal manera la mueve nuestro Señor, cuyo es todo bien, que se conoce claramente, que và ella tambien usando del cornadillo de su libre alvedrio, y cooperando con toda libertad con la gracia, que el Señor le comunica; y en este caso se puede poner en question, si lo que entonces se le ofrece al alma de hablas, y visiones extraordinarias, muy conforme à los afectos en que estaba, es obra pura, y verdaderamente de Dios, y nacida de èl solo, ò efecto de los deseos que tiene, que le hacen parecer oyen lo que pretendian, sirviendose de su propria imaginacion, que en tales ocasiones es gran pintora. Realmente es materia de mucha duda, y sucede ser assi no pocas veces, aunque otras suele obrar estos efectos sobrenaturalmente Dios por su misericordia infinita.

Digo, pues, que en persona de buen espiritu, de virtud ordinaria, de trato familiar con nuestro Señor, por medio de la oracion, y meditacion comun, que enseñan los libros, y los Santos, que es el camino real, y loable, y utilissimo ejercicio para llegar à la cima de las virtudes, y alta perfeccion de amor divino, no hay que estrañar, ni tener luego por novedad, y embeleco, si estando en sus afectos, y deseos fervorosos, sintiere hablas, ò vistas nacidas del Señor; porque como su Magestad es liberalissimo, y Señor absoluto de sus dones, y tesoros, puede, y suele por su infinita misericordia comunicar estos favores extraordinarios, quando conviene á su mayor gloria, y bien de essa alma, à quien por esse camino trahe mas à sì; y quando otras hablas, ò vistas sean del pro-

prio espiritu, quando el alma procede sincera, y humilde, no es materia de grande peligro; pero havriale grandissimo en que el Maestro Espiritual no examinasse esto, para advertirla luego al principio, y le dexasse à cada cosa su lugar; porque poco à poco se podria ir criando un espiritu imperfecto, no bien conocido, y enseñado, que despues de algun tiempo, y echadas raìces hiciesse grande daño, y huviesse grande dificultad en la cura, por el habito que yà tiene hecho el alma, y una viva aprehension, al mismo modo con que cree que todo lo que vè, y oye es sobrenatural, y de Dios; y como se presupone que no ha llegado esta alma à la perfeccion de virtudes necessarias, suele ser dificultoso que se rinda, y deje su primera aprehension.

La segunda manera con que los deseos fervorosos, y afectos vehementissimos brotan en el alma, es maravillosa, y dificil de entender á quien no los experimenta; porque no tanto parece que los hace el alma, como que los recibe del Señor, y que no tiene alli parte su alvedrio, sino que son pura gracia, y dadiva totalmente del Señor. Quando, pues, el alma està con tan raros, y singulares afectos, pareceme cosa muy cierta, que las hablas, y visiones, que entonces siente, nacidas, digamos, de ellos, y muy conformes por lo menos à los mismos, son pura, y verdaderamente de solo Dios, sin mezcla de otra cosa natural; porque assi como aquella primera causa de los afectos fuè puramente gracia del Señor, y dòn suyo, assi los efectos que de aí se siguen se deben atribuir al mismo Dios solamente.

Conocerà el Maestro Espiritual, siervo de Dios, docto, y experimentado, quál es cada uno de estos espiritus, afectos, y visiones, que de ellos proceden, en que los afectos de este postrer genero no se dán sino á un alma pura, y limpia, libre, y desambarazada de todo afecto humano, que toda su fiducia, sus deseos, obras, y pensamientos, son siempre la mayor gloria de Dios, y servicio suyo, sin mezcla de interès terreno, ni celestial, y cuyo trato íntimo con Dios es muy antiguo, examinado mucho, y conocido por verdadero. El alma, pues, à quien el Señor por sola su misericordia infinita hace esta merced tan grande de tenerla en este grado de virtud, quando enmedio de sus afectos, à quienes no precediò propria meditacion, y consideracion, oye, ò vè cosas mysteriosas, estando con atencion, y temblor delante de su Señor, y conociendo quanto le es possible su propria vileza, que vive aun en estado de poder enagenarse; esta tal alma, digo, en quien concurren todas estas señales, puede quedar segura, y tener por cosa certissima, que es Dios solo el Autor de todas aquellas hablas, y vistas, que todo este trato, y espiritu es suyo; porqne su Magestad no es, ni puede ser contrario de sì mismo, ni engañarse, ni engañarnos. El sea eternamente bendito. Amen.

„ En otro papel explica assi Doña Mari„na, quál sea aquella luz que el Señor co„munica al alma, para que estando en gra„do superior de santidad, por otra parte „se reconozca por pecadora, y llena de de„fectos; y aunque de esto dijo algo al prin„cipio del primer libro de boca de su Santo „Angel, añade aqui otras cosas de muy „buena doctrina por estas palabras.

Puesta un alma à los rayos clarissimos de la divina luz, se vè à sì misma, como en un clarissimo espejo vè su natural miseria, sus culpas, y defectos, sin que se les escape en este genero la menor cosa, el atomo mas pequeño. Vè por otra parte alumbrada del Señor, segun su capacidad, la inmensidad, omnipotencia, y sabidurìa, con las demàs perfecciones de aquel Infinito Sèr, y lo que merece ser amado, y servido solo por quien èl es. Con estos como antojos de larga, y penetrante vista, que su Dios le ha puesto, aunque de suyo sea cegatona, viene à cobrar una grande noticia de entrambas cosas; y luego parece que con un modo altissimo las compara entre sì, de donde nace, que la menor falta suya, el defecto mas pequeño, conociendose cometido contra aquella inmensa Magestad, se le hace tan grande, y disforme, que le parece un monte de estraña grandeza, un horrible monstruo. Es de suerte esta vista, que parece que sa-

ſale de sì el alma. Son increìbles los afectos, y ſentimientos de ſu deſprecio, que cobra de aqui, y ſolo en ellos halla conſuelo; porque le parece que la reducen al lugar que ella merece, adonde ſe halla, quanto es de ſu parte, como capáz de todas las miſerias, culpas, y pecados, que puede haver en todas las criaturas. Es coſa admirabiliſsima, cómo ſe reconoce aqui la ſabiduria, y poder de eſte gran Dios, que de tal ſuerte alumbra eſta alma, que ſin que ella haga ningun diſcurſo, con ſola una ſimple, y agudiſsima noticia de Dios, y de sì, pueda ſin duda, y con gran verdad decir, que es la peor, y mas abominable criatura, que pueda haver en el mundo.

Como eſtas coſas ſon tan ſuperiores, que ni aun debajo de humano entendimiento, que naturalmente diſcurra, ni en reglas ordinarias de meditacion, por mas que ahonde, apenas ſabe decir el alma cómo es eſto, ſi ſe lo preguntan, ni cómo ſe pueda entender, y verificar, que ſea la peor de las criaturas, pues ſabe, que por la divina miſericordia no cometiò nunca pecados graves, antes toda ſu vida es anhelo à mayor perfeccion, y amor divino, procurando con todas ſus fuerzas, y deſeos ayudar à ſus proximos quanto le es poſsible. Aqui no hay mas, es infinito el poder, ſu vér, y amor del gran Dios; y como ſupo guiſar al Pueblo de Iſraèl un ſolo manà, que ſupieſſe à todas las comidas, conforme al guſto particular de cada uno, ſabe tambien hacer de la noticia ſuya, y con darſe à conocer à sì miſmo, un plato al alma, que le ſepa à todo lo que es meneſter para ſuſtento eſpiritual, y ſu mayor aprovechamiento; y en tales ocaſiones quiere que el alma ſe ſuſtente de profundiſsima humildad, ſin que ſe ſepa de dónde pueda nacer en aquella luz divina, de que ſe mantiene, eſte ſabor, con que à sì miſma ſe ſabe à la peor alma del mundo. Sea eſte gran Dios bendito. Amen.

„El modo con que algunas veces deſcanſa el alma contemplativa en ſu Dios, explicò Doña Marina hablando de una vez que la arrebataron al Cielo, y dice aſsi.

Havia yo padecido graviſsimos dolores por voluntad del Señor, y quiſo ſu Mageſtad, que me fueſſe à deſcanſar un poco con èl en ſu Celeſtial Palacio, adonde no ſentì mas, que gloria, y mas gloria. Y aunque en ſemejantes ocaſiones lo mas ordinario es eſtár el alma como abſorta en lo que Dios le enſeña, ſin poder hacer otros reflexos; pero algunas veces dá el Señor lugar para que repare el alma, y con alguna advertencia note lo que paſſa. Aſsi fuè agora, que eſtaba yo reparando cómo era aquel deſcanſo en que me hallaba, y pareciame que era como quando uno viene muy canſado de algun largo, y eſcabroſo camino, y ſe acueſta en una blanda, y regalada cama, adonde todos los miembros del cuerpo, no ſolo deſcanſan, y reparan, ſino que parece que cada uno de ellos ſiente el regalo, como ſi ſolo èl le gozaſſe. Pero fuera de eſto ſentí, que tenian allí el alma, y ſus potencias otro ſuperior modo de regalo, y deſcanſo en ſu Dios, en ſu Divino Sèr, y atributos, en cuyo conocimiento, y afecto tiene el alma dulciſsima recreacion. Deſpues de algun tiempo me volviò el Señor à mi rinconcillo.

„Finalmente, en una viſion que tuvo à los veinte y uno de Abril del año de ſeiſcientos y veinte y ocho, entre otras coſas que ella nos enſeña, la enſeñò el Señor quán impoſsible es, que la propria imaginacion pueda formar las figuras, y dejar los efectos, que las verdaderas viſiones trahen conſigo. Eſcribelo todo aſsi Doña Marina.

Pedia yo à nueſtro Señor con grande afecto dieſſe paz à los Principes Chriſtianos. Eſtando en eſta oracion, vì una eſcalera, que parece llegaba de la tierra al Cielo, y oì al Señor que me decia: Bien eſtá eſſo, alma; pero agora ſube por eſſa eſcalera, y vente à deſcanſar à eſta Patria, y à tomar algun alivio de tus trabajos, (eran grandes los que yo aquellos dias havia padecido con varios dolores, y muy intenſos) pero eſtaba tan llevada del anſia, y deſeo de vèr en paz los Reyes de Eſpaña, y Francia, ſin que ſe proſiga en las guerras que ſe temen, y de vér à ſus vaſſallos libres de las calami-

da-

dades que ellas trahen conſigo, que con grande reſolucion reſpondí: Señor mio, no puedo ſubir, ni ſubirè, ſi vueſtra Mageſtad no me hace eſta merced que le ſuplico. Inſtaba el Señor, y entonces unos Santos Angeles (hallandome yo de repente decentemente veſtida) me levantaron por los brazos, y me puſieron al pie de la eſcalera, la qual, en comenzando yo à ſubir por ella, ſe çayó, aunque como quien ſale por lo claro de los paſſos, me hallè libre, quedando la eſcalera tendida ſobre la tierra. Los Santos Angeles me tomaron por los brazos, y con grande ſuavidad me llevaron à la Celeſtial Jeruſalén. Deſde alli me ſubieron à unas inmenſas alturas de aquella ſanta Patria, adonde me hallè metida en el Divino Sèr, y en aquellas inefables grandezas ſuyas, con tales noticias, y regalo de mi alma, que no ſe puede explicar; porque en el sèr inmenſo de aquel Sèr Divino, ſe me daban à conocer todas las criaturas del Cielo, y de la tierra, y del modo que eſtaba en todas, y todas participaban de ſu virtud, de ſuerte, que parecia que todas ſabian à Dios, y en todas ſe veía Dios, y no havia apartar à ninguna de la participacion de aquel sèr que ſe le eſtaba dando à todas. Quedabaſe luego el alma en aquellos divinos obſcuros que ſuelo decir; y llamolos aſsi, no porque haya alli tinieblas, porque antes todo eſtà legiſsimos de ellas, ſino porque es tanto lo que le falta al alma para abarcar, y penetrar lo que alli ſe le repreſenta, y excede tanto aquella grandeza à ſu capacidad, que queda como ſumida en aquel inmenſo abyſmo, ſin hallar, ni conocer ſalida.

Con eſte empleo del alma, y conato vehemente de ſus potencias en aquel exercicio, queda tan enflaquecida la pobre naturaleza, que paſſado aquel myſterio me traxeron los Santos Angeles en ſus brazos, como quien lleva con grande tiento à una perſona muy debilitada, y cercana à la muerte, porque no acabe de eſpirar en ſus manos. Aſsi vine yo en las de aquellos Santos Angeles, caída la cabeza, remiſſo el aliento, y caſi acabadas las fuerzas de la naturaleza, haſta que me puſieron en mi rincon. Aqui entendí la ſignificacion de aquel haverſe caído la eſcalera quando comencè à ſubir por ella al Cielo; y es, que en los deſeos que me ha dado nueſtro Señor de acertar con ſu voluntad en eſtos caminos extraordinarios por donde me lleva, ando ſiempre reparando en lo que paſſa por mí; y los dias antecedentes à eſta viſion havia penſado muchas veces, ſi el alma con la figura de ſu imaginacion podria formar tales eſpecies, y tan vivas, que en ellas ſe pudieſſen repreſentar las coſas, al modo que el Señor las repreſenta al alma, con las eſpecies que èl las comunica; y aunque à mì me parecia cierto, que no era poſsible haver fuerzas en la naturaleza para remedar lo que Dios obra por eſtos medios ſobrenaturales, quiſo todavia ſu Mageſtad confirmarme en eſta verdad con la viſion paſſada, dandome à entender, que el intentar el alma con ſus fuerzas naturales ſubir à la contemplacion, y alcanzar con ellas ſolas los raptos, y viſiones, con los efectos que entonces obra el buen eſpiritu, era como querer ſubir al Cielo ſin eſcalera, que es coſa impoſsible à las fuerzas humanas; y ſi ſe hicieſſe, sería efecto proprio de las divinas, como aqui por orden, y poder ſuyo me llevaron ſus Santos Angeles ſin eſcalera. El ſea bendito. Amen. Amen.

CAPITULO XXXVII.

De las iluſiones, y engaños, que en eſte camino myſtico ſuelen acontecer.

„AL fin de la enſeñanza myſtica, que „eſta admirable Virgen nos dejò eſ„crita, pondrè agora los engaños, que la „miſma, alumbrada del Señor, conociò „podian, y ſolian padecer algunas almas „en eſte camino. Son eſtos engaños en al„gunas perſonas gravemente culpables, en „otras ſin culpas graves. Una vez nacen de „que la perſona es embelecadora, y finge „lo que no hay: otras, de que las embe„leca el demonio; y finalmente, alguna „vez las engaña ſu propria imaginacion. „No llevarè en eſto otro orden, que el

„que

„que se vá siguiendo en los papeles. Dice, „pues, asi.

Muchas veces acaecerà, que nuestro gran Dios, y Señor, por sus altos, y secretos juicios, y por su infinita bondad, permita, para evitar mayores males, y mas graves inconvenientes, que se dissimulen en una persona por mucho tiempo extraordinarias, y singularissimas cosas, y grandes exterioridades; y siendo assi que no son de su Mageftad, puede ser sin culpa de la tal persona que las tiene, porque piensa que son de Dios, por haverselo dicho otros, à quien ella le parece debe dár credito; y aunque en estas ocasiones no dejarán de mezclarse faltas, y defectos, es este Dios tan pío, y misericordioso, que quanto es por esta parte, (si por otra no hay pecado grave que lo impida) no dejarà de salvar la tal criatura, despues que acà por penitencia, ò allà por el Purgatorio pagáre cabalmente los defectos que alli se entretejieron.

Una vez me enseñò su Mageftad algunas maneras de engaños, que se padecen en este camino de la contemplacion, por el tenor siguiente. Una mañana, en acabando de comulgar, se le represéntò à los ojos del alma una escalera, que llegaba desde la tierra al Cielo. Procuraba yo mucho divertirme de esta vista, y estarme por el modo ordinario de oracion con el Señor, que havia recibido; pero finalmente, sin poder mas resistirme, me hizo el Señor atender à lo que me mostraba. Vile à su Mageftad en habito de Rey Supremo, con indecibles muestras de grandeza, el qual me dijo: Vén, alma, conmigo, y subirás por aquella escalera en mi compañia à la Celestial Jerusalén. Al punto, como quien me travaba de la manga de la ropa, me llevò consigo. Iba yo subiendo con grande alegria, y contento con el Señor, à quien acompañaban innumerables Angeles, que dulcemente cantaban alabanzas de este gran Dios, y le daban gracias por las extraordinarias mercedes, que hacia à las almas; y muy en particular por haverse quedado Sacramentado para remedio, y consuelo de su Iglesia. Quando iba subiendo, sentì que detrás de mì subian gentes: no conocí quiénes eran, porque no volvì à mirarlos. Iban con ellas algunos espiritus, que tampoco conocí si eran Angeles, ò no. Al tiempo que lleguè à la cumbre de la escalera, entrò su Mageftad en el Cielo, entrandome consigo, y luego cerrò la puerta como de golpe, dejando fuera toda aquella gente, y los espiritus que venian con ella. Gocè en aquella Celestial Patria, conforme à la capacidad, los bienes que otras veces, que son inexplicables, hasta que el Señor me redujo à mi rincon, viniendose conmigo.

Yà que estaba acá, empecè à reparar, què gente, y què espiritus serian aquellos que sentí à la subida, y se havian quedado fuera del Cielo. Y con reparar en esto, no deseaba saberlo, antes con mis temores dudaba yo si havia sido imaginacion mia. Su Mageftad me sacò de esta duda, diciendo: Alma, la gente que sentiste iba como en pos de tì, y queria subir al Cielo, y se le cerrò la puerta, son muchas almas, que dejandose llevar de sus naturales blandos, è imaginaciones aprehensivas, ò tal vez engañadas del demonio, por mis secretos juicios, les parece iban por caminos sobrenaturales, y que tienen revelaciones, arrobos, y cosas semejantes, y juzgan de sì que ván muy bien, y muy seguras. Engañanse, aunque sin malicia, en esta parte, porque las ciega la blandura, y aprehension de su natural, ò la astucia del demonio. Ván muy erradas, y no pueden entrar en las quietudes del Cielo serenissimo de la verdadera contemplacion, que les doy con la puerta en los ojos. Los espiritus que sentiste las acompañaban son sus proprios espiritus, y no Angeles de luz. Mira, estas tales almas dán señal de lo que son, y se conoce su poco fondo, en que tienen espiritus parleros: hablan bien de mì, pero con demasía, debiendo gozar mis dones en silencio: espiritus de vanidad, y singularidad: desean ser llevados por caminos extraordinarios: ni se dejan gobernar conforme à la doctrina de mis Santos. Esto me dijo el Señor, delante de cuyos juicios quedè humillada, y admi-

mirada. El ſea bendito.

„Semejante es à eſta la doctrina, que por „Octubre de ſeiſcientos y veinte y quatro, „le enſeñò ſu Angel en cierta ocaſion, que „ella refiere por eſtas palabras.

Eſtando con graves dolores en aquellas partes de las manos, y pies adonde eſtán impreſſas las ſeñales, particularmente en el pie derecho, y mano izquierda, como la vehemencia del dolor me afligia mas que otras veces, comencè à reparar, y recelarme, ſi por algun camino tendria el demonio parte alguna en eſtas ſeñales. Eſtando con eſte temor, ſe acercò à mì el Santo Angel de mi guarda, y me dijo: No tienes que temer, que el demonio no ſe llegarà tan cerca de tì, que el Señor te tiene por todas partes defendida, y pertrechada, para que no padezcas engaño, ni te dañe en eſto. Y ſabete mas, que es Dios muy zelador de ſus teſoros, y ſabe bien adónde los depoſita: y aſsi como ningun hombre prudente depoſitaría las piezas, que mucho eſtimaſſe, enmedio de una plaza, donde los lechones las hozaſſen, ni los ladrones pudieſſen robarlas, ni un Rey diſcreto pondria ſu teſoro en la parte mas pública de ſu Palacio, ni à viſta de todos ſus criados, de que ſolos algunos de confianza tuvieſſen noticia; aſsi tambien depoſita Dios el teſoro de ſus dones, quando ſon precioſiſsimos, en gran ſecreto, adonde pocos, y eſſos muy eſcogidos amigos, tengan noticia de èl: no en una como plaza, adonde todo genero de gente le pueda vér. Eſto es, hermana, lo que paſſa de ley ordinaria en eſtos caſos. Eſtas fueron las razones de mi Santo Angel, y dióme à entender, mientras las decia, el recato con que han de admitir coſas exteriores las almas que ſirven à Dios; y que las llagas, y otras ſeñales que ſe ſuelen tener por del Señor, no ſolo no ſon todas veces de ſu Mageſtad; pero que antes raras veces ſon ſuyas. El nos dé luz. Amen.

„Mas alta es la enſeñanza que ſu Ma„geſtad le comunicò à Doña Marina acer„ca de algunas almas engañadas en eſte „camino, y ella nos dejò eſcrita por el „tenor ſiguiente

Conocí una perſona ſierva de Dios, à mi parecer, la qual tenia un eſpiritu muy extraordinario, y ſus caminos, afectos, y modo de proceder en coſas eſpirituales, y del ſervicio de Dios, lo eran tambien; y aunque tratè à eſta criatura, y la hablè muchas veces, y le oìa las coſas que me contaba de ſu eſpiritu, y modo interior, jamás me pudo ſatisfacer, ni contentar ſu eſpiritu del todo, ni tampoco ſu natural; porque era fogoſiſsimo, colérico, aprehenſivo, y terrible; no porque yo penſaſſe que maliciosamente eſta alma tuvieſſe engaño, ni yerros, antes tenia buenos deſeos de ſervir à Dios, y con ſer ſu natural el que dije, no obraba coſas malas, ni ſe dejaba llevar de èl deſcompueſtamènte, ſino que me parecia que con ſimpleza abrazaba qualeſquiera coſas que ſe le ofrecian, como ſi todas fueran de nueſtro Señor, ſin reparar en examinarlas, ni temer mucho ſer engañada del demonio. Era al parecer obediente à ſus Confeſſores, y tenia mueſtras, y obras de caridad con los proximos.

Anduvo mi alma mucho tiempo con eſta perplexidad; y ſiempre que en la preſencia divina me acordaba del eſpiritu de eſta perſona, hallaba un no ſe què de no vá eſto bueno, ni es eſpiritu de Dios eſte, que ſea puro, limpio, y ſin mezcla de otra coſa. Procuraba yo con muchas veras echar de mì eſte penſamiento, diciendo, que nueſtro Señor no me havia hecho Juez de eſta cauſa; y aſsi, que ſu Mageſtad la ayudaſſe, y enſeñaſſe: diſculpaba todo lo que notaba lo mejor que podia, y deſeaba perſuadirme à mì miſma, que ſeria buen eſpiritu. Pero por otra parte, conociendo aquel natural tan terrible, como he dicho, movida del miſmo Señor, le dije una vez à ſu Mageſtad: Es poſsible, Señor mio, que ſea tanta tu bondad, que en un natural como éſte, quieras encerrar el licor ſuaviſsimo, y precioſiſsimo de tu eſpiritu? Bendito Tù ſeas. Oyóme el Señor, y con modo grave, y ſuave, apaciblemente me reſpondiò aſsi: Pues vén acá, Marina, quién me quitarà à mí, ſi Yo quiero, recoger

ger un licor muy precioſo en un vaſo de barro muy toſco, y mal hecho? Quién me podrà impedir eſto? Nadie por cierto, Señor mio, reſpondí yo; pero tambien es verdad, Dios mio, que en vaſos de barro toſcos, y mal cocidos, ſe ſuele perder, y traſvinar qualquier licor que ſe les eche, por mas precioſo que ſea. Muy bien has dicho, alma, volviò el Señor, muy bien has dicho: eſtame, pues, agora atenta, que Yo te quiero dibujar cómo es eſſe eſpiritu, y otros muchos que hay à eſſe modo.

Hay unos naturales, à la manera de eſſe que tù conoces, terribles, y duros como una peña, por una parte coléricos, y fogoſos, y por otra melancólicos, y aprehenſivos. Eſtos tales, no empleandoſe en uſos malos, tienen buenos deſeos de ſervirme; pero tienen tambien afecto à coſas ſingulares, y extraordinarias, con que vienen à concebir en ſu aprehenſion unas figuras vanas, y repreſentaciones huecas, de ſuerte, que les parece vén lo que paſſa en el Cielo, y en el Infierno, y que conocen las coſas futuras, que han de paſſar en el mundo: en todo lo qual tiene mucha mano el demonio, permitiendolo Yo por cauſas muy legitimas. Andan con eſto eſtas almas en un devanéo perpetuo de coſas ſin virtud, ni ſuſtancia, y de poco provecho, como el que eſtuvieſſe embeleſado dias enteros mirando un Mapa, y diciendo: Vele allì el mar, vele aqui la tierra, eſte es tal Reyno, y aquella tal Provincia, ſin deprehender coſa, ni ſacar otro fruto; aſsi andan eſtos eſpiritus embeleſados, hablan mucho, y ſienten poco, ſon inclinados à comer, y beber, y ſu virtud, aunque al parecer la obran, es tan débil, y flaca, como la cauſa que la mueve, y de donde procede; y aſsi facilmente quiebran, y desfallecen.

En gran manera ſe admirò mi alma de lo que ſu Mageſtad me enſeñaba, y dijele: Pues Dios mio, y mi Señor, què remedio tienen ſemejantes eſpiritus? Cómo ſe han de curar, y reducir à la virtud, y razon? Será facil el remedio con mi gracia, reſpondiò el Señor; porque conociendo el Maeſtro que gobierna la tal alma ſu natural, debe mirarlo mucho, y trabajar por ahondar, y penetrar por todos lados las inclinaciones del tal ſugeto, ſus deſeos, y obras, y tomar la medida de ſu virtud, en quanto fuere poſsible, que ſi el Maeſtro eſpiritual, y ſabio lo hizo aſsi, facilmente deſcubrirà la hilaza, y toparà con aquel mal eſpiritu, mal encaminado, vano, y ſin provecho. Hecho eſto, enderece à eſta pobre alma con blandura, y ſuavidad; ſi es humilde, pongale en buenos, llanos, y ſeguros principios, en modo ordinario de oracion, y perfectas virtudes, que ſi no tiene malicia eſta alma, y deſea acertar con mi divina voluntad, lo llevarà bien, y con paz; y aunque ſienta alguna pena en eſte mudar camino, no es eſſo malo, antes en cierta manera es buena ſeñal. Guardeſe, que no fatigue, ni aflija con aſpereza la tal alma, ſino tratela con mueſtras de caridad, y deſeo de ſu aprovechamiento; porque no haviendo malicia, por aqui ha de caminar el remedio de ſemejante eſpiritu. En la práctica ſe ha de tomar por dechado para acertar en eſtas coſas alguna de las almas enſeñadas, y alumbradas por mì en materias eſpirituales, à quienes riguroſamente examinaron por todos lados, y aprobaron los Maeſtros calificados en virtud, eſpiritu, y letras. Mireſe como caminaron eſtas almas, quál fuè ſu natural, ſu virtud, ſus afectos, ſus temores, ſu recato en coſas de eſpiritu, y de eſtas ſe tome el modelo para conocer mejor lo que hay, y cómo ſe han de regir los eſpiritus, y perſonas que he dicho, que importarà eſto mucho. Dijete todas eſtas coſas, para que ſe entienda doctrina tan neceſſaria, y provechoſa. Aqui acabò el Señor, que ſea bendito. Amen.

„Lo que haſta aqui ſe dijo es de almas, „que con poca, ò ninguna malicia viven „engañadas. Acabemos con una horrible „viſion que tuvo Doña Marina acerca de „almas engañadoras, y malicioſamente hy„pocritas de la vida contemplativa. Suce„diò un Domingo à quatro de Mayo del „año de ſeiſcientos y veinte y cinco, y re„fierela eſta Virgen aſsi,

El

El Domingo por la mañana, deſpues de haver reſiſtido un buen eſpacio, me obligò el Señor para que entendieſſe lo que èl era ſervido de moſtrarme. Ví, pues, como otras veces, una eſcalera, que llegaba deſde la tierra al Cielo, y que por ella iba ſubiendo un alma en figura de muger, veſtida de un habito muy deſcompueſto, fuera de ſer muy viejo, y hecho pedazos; y haviendo ſubido algunos paſſos, vì que bajaron del Cielo algunos Angeles con unas eſpadas de fuego en las manos, moſtrando grande indignacion en ſus roſtros. Pararonſe como quatro gradas arriba de adonde eſtaba el alma, impidiendola el paſſo, y amenazandola con las eſpadas, moſtrando terrible ſaña contra ella. Eſpantóſe la miſerable, y quedóſe como yerta, y elevada en aquella grada, ſin poder ſubir, ni bajar. Eſtando aſsi, ſe llegò à ella el Santo Angel de ſu guarda, y tomandola por un pie, con mueſtras de enfado, y enojo, con grande fuerza la arrojò de la eſcalera, y diò con ella en el ſuelo. Entonces diò de repente ſobre ella una gran multitud de fieras de varias eſpecies, y figuras; las quales, haciendo en ella mil generos de crueldades, parece que la querian deſpedazar. Deſpues de haverla maltratado mucho, ſe puſieron eſtas figuras, que eran demonios, en pie, y viſtieron aquella deſdichada alma de un habito pardo, roto, y triſte: era muy corto por delante, y muy largo por las eſpaldas, con las mangas muy largas, y muy anchas: cubrieronle la cabeza con una capilla, que todo era un funeſtiſsimo eſpectáculo. Luego la llevaron à un pozo muy hondo, en el qual la arrojaron, arrojandoſe tambien ſobre ella las miſmas fieras. Deſpues vì, que por otra parte ſalia un rio de fuego muy arrebatado, y furioſo, en el qual venian la miſma alma, y las fieras que dije; y ſaltando fuera de èl, volvieron otra vez à maltratarla, y hacerle muchas burlas, y quitandola aquel habito pardo, le viſtieron otro negro triſtiſsimo, y de la miſma hechura que el paſſado; y haviendole eſcarnecido múcho, y maltratado, dieron finalmente con ella en el Infierno.

Atonita eſtaba yo mirando eſtas coſas, que haciendo en mi alma una impreſsion notable, y volviendome al Señor con grande pavor, y afecto, le ſupliquè me enſeñaſſe lo que queria que yo deprendieſſe de tan horrible viſion. Y ſu Mageſtad con muy apacible ſemblante me dijo aſsi: Mira, hay algunos eſpiritus en algunas perſonas maliſsimos, y diabolicos, que llevados de ſu ſoberbia, con deſenfrenado apetito de vanidad, hacen algunas coſas, que parecen ſantas, y obras que llevan al Cielo: y ſiendo aſsi que las enderezan todas à tan perverſo fin, quieren que Yo las apruebe, y autorice con efectos, que parezcan milagroſos. Almas de tal eſpiritu, y que ván por eſte camino, es mucho lo que indignan à mis Angeles, y no ſolo no ſube por la eſcalera del verdadero eſpiritu, ſino que caen en los lazos de los demonios, que con apariencias de ſantidad les hacen grandes burlas, haſta que ultimamente tienen el paradero, que has viſto de penas eternas. Eſto me enſeñó el miſmo Señor, y eſto me dijo, dejandome con harta admiracion. Quiera èl por ſu miſericordia enſeñarnos los verdaderos caminos, para hacer en todo ſu ſantiſſima voluntad con ánimos muy humildes, y ſea bendito. Amen.

CAPITULO XXXVIII.

Lo que el Señor la enſeñò en confirmacion de algunos puntos de la Fè Catholica Romana.

„NO ſolo fuè admirable la doctrina, „que en materias morales, y myſticas enſeñò ſu Mageſtad à Doña Marina, „como haſta agora vimos, ſino tambien „fuè tal la que en materias dogmaticas, y „puntos de nueſtra Santa Fè ſe comunicò. „Y ſi bien de eſto hay tanto en toda la primera parte de eſta Hiſtoria, y en lo que „en eſta ſegunda dejò eſcrito, adonde con „tan ſoberanos ſymbolos, tan apacibles „comparaciones, explica Doña Marina en „ſus viſiones, caſi todos los Sagrados Myſterios, que la Igleſia Romana, nueſtra „Madre, nos propone; con todo eſto guardè para eſte lugar algunas coſas mas parti-

„culares, que pueden ſer de grande con-„ſuelo à los Fieles: viendo, que aun antes „de la muerte, deſcubre Dios à ſus amigos „la noticia caſi clara de las verdades, que „entre las obſcuridades de nueſtra mortali-„dad, entre velos de Fé, creemos en la pre-„ſente vida, y havemos de vèr deſcubier-„tas en la futura. Empecemos por lo que el „Señor la moſtrò acerca de ſer ſola la Fè „Romana la que mueſtra el verdadero ca-„mino de la ſalvacion. Dice, pues, aſsi en „un papel del mes de Junio del año de „624.

Una noche de eſtas, eſtando con nueſtro Señor en mi oracion, vì una eſcalera, que llegaba al Cielo, angoſta por la parte ſuperior, y ancha por la parte con que eſtriva en la tierra. A la puerta del Cielo vì à la Mageſtad de Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, y con luz muy particular, que èl me comunicò, conocì algo de ſu Divino Sèr. Yo eſtaba como ſuſpenſa mirando eſte myſterio, y ſu Mageſtad con grande amor me dijo: Qué miras, alma? Quieres venirte conmigo? Sube por eſſa eſcalera. No puedo, reſpondì yo, Señor mio, no puedo, y no me atrevia à ſubir. Cantaban entretanto alabanzas al Señor muchos Angeles, que le acompañaban: reparè entonces, que eſtaba acá en la tierra al pie de dicha eſcalera mucha gente vil, y deſarrapada, de malas caras, que ſe abalanzaba à querer ſubir por la eſcalera, pero no podia; y no sè cómo era, que yo con grande zelo procuraba eſtorvarla, ſin dejarla ſubir, por mas que ella lo intentaba. Inmutabame eſto, y decia entre mì: Valgame Dios, què ſerá que otras veces llamo yo à todas las gentes à las bodas del Cordero, y deſeo con anſia que ſe ſalven todos, y agora las impido? cómo hago eſto? Al fin nadie ſubiò, antes vì luego, que como del pie de eſta eſcalera, que he dicho, bajaba otra haſta el profundo del Infierno, y que por eſta, como atropellandoſe unas à otras, bajaron con grande voceria todas aquellas perſonas, haſta llegar à aquel terrible calabozo, adonde entre penas, y alharidos ſe conſumian.

Quedème yo paſmada à viſta de eſte myſterio, ſin que pudieſſe entender ſu ſignificacion; y entonces me dijo ſu Mageſtad: Mira, alma, aquella gente que viſte, y queria ſubir por la eſcalera al Cielo, ſon los Paganos, Judios, y Hereges, que pienſan, que ſiguiendo ſus ſectas, y errores han de ſubir à gozarme: viven engañados, que no pueden ſubir, antes ſe precipitan al Infierno; y por eſſo tù no les dejabas ſubir, denotando, que mientras duran en ſu perfidia, no llevan camino de ſalvacion. Tampoco tù pudiſte ſubir entonces: hicelo para enſeñarte, que nadie por sì miſmo puede ſubir à mi Gloria, ni à la contemplacion de mi Divino Sèr, ſino quando Yo le doy mi gracia, y le ſubo. Suſpendìme con eſto, y quando volvì en mì, ſe havia acabado la viſion.

„Como à Doña Marina le dolia tanto „la condenacion de tantos Infieles como „mueren fuera de la Igleſia Romana, le „quiſo el Señor moſtrar algo de los altiſsi-„mos juicios de ſu Divina Providencia en „eſte gran negocio, en otra viſion, que „ella refiere aſsi.

Una mañana, que eſtaba en oracion, encendiò el Señor mi alma, y la abraſsò en ſu divino amor: recrecieron luego unos fuertes, y extraordinarios afectos, con un anſioſo hipo de la ſalvacion, y mayor aprovechamiento de todas las almas redimidas con la Sangre precioſa de Jeſu Chriſto nueſtro Señor. Empecè à pedir eſto con un fervor grande, por eſpacio de tres horas enteras, à ſu Mageſtad, el qual con un amor tierniſsimo me dijo: Vèn acá, alma, que eſtas fatigada, y deſcanſarás en mì. Al miſmo punto ſe hallò mi alma en ſu Dios, y como recogida dentro del miſmo sèr, adonde oì otra vez al Señor, que con increìble benignidad me volviò à decir: Què quieres agora, alma? què pides? Pideme lo que quiſieres, que todo te lo concederè. Oyendo eſto al Señor, parece que mi alma ſaliò de sì; y ſiendo tan grande el afecto, y fervor, que ſentia, no acertaba à pedir lo que con tanto hipo deſeaba, que era la ſalvacion de todo el mundo. Con todo eſſo, yendo yá à hablar en medio de mi turbacion, vì al Señor, que haciendo un ademán graviſsimo, como que ſe ponia

el

el dedo sobre los labios, me dijo: Espera, alma, calla: qué es esso que quieres pedir? Tú no sabes que no ha de ser, ni puede ser esso que dices hasta su tiempo? Como mi afecto me tenia yá tan fuera de mì, respondì luego: Ay, Dios mio, no me digas esso, no me digas tal cosa, mi Señor, sino cumpleme la palabra que me diste: hasmela de cumplir, mi Señor, que si Tù miras las cosas como Dios, y con tus altissimos juicios, yo no las veo sino como una pobre criatura, ansiosa de la salvacion de las almas; y assi cumple la palabra que me diste, Dios mio, que yo no sè mas, ni entiendo mas. Espera, alma, replicò el Señor, espera, que Yo te la cumplirè; pero en la forma que me pediste al principio de tu oracion, que realmente no pedias mas, que ayudas, y socorros para todas las almas de los Fieles, y en particular para las de aquellos Catholicos, que viven entre Infieles, y las que de essos Infieles desean la luz del Evangelio. Esto es lo que al principio me pedias, acuerdatè, y esto Yo te lo darè.

Quedò mi alma alentada con estas divinas palabras, y como suspensa en su Dios; y en este estado, vì à deshora, que assi como quando nieva, y caen espesissimos copos sobre la tierra, assi bajaban almas de Infieles, y entre ellas algunas de Fieles al Infierno. Fué grandissima la angustia, y afliccion que sentì, viendo tan horrible espectáculo, y con increible sentimiento comencè à decir: Què es esto, Dios mio? què es esto? Es possible que assi se ha de desperdiciar, y malbaratar el valor, y fruto de la Sangre de Jesu-Christo? No te congojes, alma, no te congojes, que el fruto, y valor de essa preciosissima Sangre no se puede perder, ni malbaratar: no se dijera que se perdian los tesoros del mundo, si todos ellos se recogieran à una hermosa, grande, y fuerte Ciudad; pues tampoco se pierden los frutos de aquella Sangre, porque Yo los atesorè, como en Ciudad fuerte, en la Iglesia Catholica Romana.

Bien està esso, mi Dios, dije yo, muy bien està; pero pues eres infinitamente bueno, sábio, y poderoso, por què permites que tantas almas se condenen, como agora he visto, pudiendo absolutamente salvarlas todas? Alma, respondiò el Señor, quando criè al hombre le hice capáz de mì mismo: dìle su libre alvedrio, con todos los socorros necessarios, y suficientes para su salvacion, y mayor aprovechamiento: à todos llegò por su modo la luz del Evangelio; y estos socorros de mi gracia son tan bastantes para el fin à que les destinè, que nadie se puede quejar de mì: à ninguno criè para que se condenasse, sino para que se salvasse, si por él no quedáre. Mira, alma, quando se edifica una grande, y hermosa Ciudad, no basta que se levanten los Palacios Reales, que se formen calles con edificios sumptuosos, y se dejen, y adornen vistosas plazas, con otras obras semejantes, sino que tambien es necessario que haya deguasaderos, y albañales, y son estos importantissimos para la conservacion, y limpieza de essa Ciudad: assi en mi Iglesia, que es Ciudad mia, y en la Congregacion de los Fieles, regida por el Espiritu Santo, es necessario, y debido, que haya albañales que desaguen en el Infierno, para que el mundo quede limpio, y la República Christiana, que se estiende por todo èl, purificada. Yo te consolarè agora, alma, en dár à quantos Fieles hay en gracia mia nuevos socorros, para su mayor aprovechamiento, y muy particulares dones à los que estuvieren dispuestos para recibir misericordias mias.

Mucho se consolaba mi alma con lo que oìa à su Señor; pero con el ansia que tenia de la salvacion de todos, no pude dejar de decir: Bien, Dios mio, pero à los que están en pecado mortal, y en tu desgracia, què les darás? Dáles algo bueno, mi Señor, por quien Tù eres. Bien està esso, alma, dijo el Señor; pero parecete à tì, que sería bueno, que un Principe rico, y poderoso, despreciando sus tesoros, y las piedras preciosas de èl, las arrojasse à los perros, para que con su bestial hediondéz las gozassen, quebrassen, è inutil, y asquerosamente las engullessen? Serìa bueno, que un gran Maestro, subiendose à la Cathedra, y conociendo à los oyentes, sabiendo que son simples, y casi bestiales, incapaces de

aprender, con pródigo desperdicio les trataſſe los puntos altos, y ſutíles de la ciencia? Sería bueno eſto? No por cierto. Pues aſsi ſería en ſu modo el derramar Yo mis dones, y miſericordias en unos corazones duros, y mal ſazonados, en unas almas ſordas, y ciegas, para no oìr las voces de mis inſpiraciones, y para no vèr la luz de mis verdades. Señor mio, repliquè yo, de infinito peſo, y verdad ſon eſſas razones, como tuyas; pero ſuplicote yo, quan humildemente puedo, que pues es tan inmenſa tu bondad, y tienes ſabiduría, y poder para diſponer à eſſas miſmas almas, les ayudes agora eficazmente con tus inſpiraciones, y les concedas nuevos dones tuyos.

Verdaderamente, alma, reſpondiò el Señor, que me atas las manos con tus afectos, para no dejar de oirte, aceptar tu peticion, y conſolarte; y aſsi digo, que te darè guſto en lo que me pides. O gran Dios mio, y mi Señor, dije yo, no digas eſſo, no lo digas aſsi, pues ſabes, que no ſoy yo la que te ata, y rinde, ſino tu bondad inmenſa, el amoroſiſsimo deſeo, que tienes de hacernos miſericordias: de donde nace, que eficázmente tocas, y penetras el alma à quien eſcoges, y la enciendes en caridad, y amor tuyo, y de ſus proximos; para que aſsi diſpueſta de tu divina mano, tenga fuerza, y eficacia en ſus ruegos para contigo. Seas Tù ſiempre bendito por tantas miſericordias. Quedème con eſto en una profunda ſuſpenſion; y quando volvì de ella, aunque ſe havia acabado aquel divino coloquio, ſentia el alma tan herida, y ocupada del amor de eſte benigniſsimo Dios, que en algunos dias no podia aſsiſtir à ningun trato humano, à ninguna accion natural, ſi no era con grandiſsima dificultad. Sea eſte gran Señor eternamente bendito. Amen.

„El Articulo de Fè de la Comunion de „los Santos, que viven en la Igleſia Mili„tante, y en eſpecial quánto aproveche la „oracion, y obras de un juſto perfecto à „ſus proximos; y la cauſa porque éſte, „mientras vive en eſte deſtierro, tal vez re„caba mas de Dios, que ſi eſtuviera yà glo„rificado en la Patria, le declarò el Señor „à eſta Virgen con una apacible compara„cion, que ella refiere aſsi, dejando otras „coſas de eſte punto, que pondrè en el ca„pitulo quarenta.

Por Noviembre de ſeiſcientos y veinte y ſeis, viendome el Señor canſada, y afligida de mis trabajos, me dijo: Alma, quieres venir conmigo? Yo, entendiendo que lo decia el Señor para ſacarme yà de eſta mortal vida, reſpondì muy apriſa: Sì, mi Señor. Pues adónde, volviò ſu Mageſtad, querrás que te lleve? Quieres ir à aquella ſoledad divina, que tú ſabes? Parece que tenìa eſta razon, que como havia entendido la primera de la muerte, deſeaba, ſi el Señor guſtára, de morirme. Entonces añadiò el Señor: Y bien, qué han de hacer tus proximos, y hermanos? Cómo los quieres dejar? Pues, Dios mio, repliquè yo, què bien les puedo yo hacer, ſiendo de tan poco provecho para nada? Demás, que ſi Tú me llevas para Tí, de allá les podrè yo ayudar mucho mejor. No podrás, reſpondiò ſu Mageſtad. Dìme, quándo alcanzarà mayores mercedes de ſu Rey un grande Capitán, quando actualmente peléa, y padece grandes trabajos en la guerra en compañia de ſus Soldados, expueſto, y determinado à dár la ſangre, y vida por ſu Rey, ſi fuere neceſſario; ò quando, dejando los Soldados en la guerra, ſe retira à deſcanſar, y gozar de los premios en ſu caſa? Claro eſtá eſſo, dije yo, mi Señor, bien cierto, que alcanzarà mas mientras ſirve guerreando. Muy bien has dicho, concluyò el Señor: y aſsi mas puedes tù agora alcanzar de mì para tì miſma, y para tus proximos, mientras vives entre ellos trabajando, y padeciendo, que quando reynares conmigo en la Gloria. Eſto me dijo el Señor, que ſea bendito. Amen.

CAPITULO XXXIX.

Proſigue la miſma materia: cuenta algunas coſas notables acerca de las almas de los niños, y del oficio de ſus Angeles.

„EN apoyo de la Fè Romana, y con„denacion de la heregía, es ſingu„lar

„lar una vision, que Doña Marina tuvo „por Abril del año de seiscientos y veinte y cinco, que ella dejò escrita por estas „palabras,

El Domingo de Quasimodo, estando con nuestro Señor en mi ordinaria oracion, vì en mi aposento un Angel muy superior, que tenia en las manos una criatura, que parecia que estaba muerta, y la cubria un lienzo à modo de mortagita. Procurè con mis temores divertirme dos, ò tres veces, hasta que el Señor me necesitò à vèr atentamente lo que se me mostraba. Vi, pues, que volvia en sì aquel niño, como quien resucitaba, y alegre, y risueño echaba los bracitos al cuello de aquel Santo Angel, como una criatura que se abraza con su madre; y el Angel con grande agrado le recibia tambien, y agassajaba. A este tiempo vì, que un esquadron de demonios de diferentes formas, venian todos armados contra aquel niño; y aunque èl estaba en los brazos de su Angel, y otros Angeles tambien le defendian, con todo esso, permitiendolo el Señor, se le sacaron de los brazos, y le llevaron à una soledad, dandole golpes, y porrazos, y alli procuraban matarle, aunque no pudieron, y al fin le dejaron tan maltratado en aquella soledad, que parecia como muerto, aunque realmente estaba vivo. Llegaron de nuevo otros demonios, en otras diversas figuras, y con su pestilencial aliento le quisieron acabar de matar, y no pudiendo, le dejaron como medio vivo, y con poco aliento. Entonces apareciò alli un Sol, que tocando con sus rayos al niño, le calentò, alentò, y esforzò, y finalmente le entrañò en sí mismo, de suerte que no le vì mas. Esta fuè la vision, que me dejò admirada, y cuidadosa, sin entender el mysterio, que solo me diò el Señor por entonces luz para conocer, que el Angel lo era verdaderamente, y que el niño assimismo era una criatura de pocos años.

Despues de passar una hora me descubriò su Magestad la significacion de lo que havia visto. Era aquel niño hijo de un Caballero herege, de los muy nobles de Inglaterra: quando le ví muerto en los brazos del Angel, era recien nacido, y muerto al sèr de la gracia por el pecado original: despues por el Bautismo resucitò, recibiendo vida de gracia, y el Angel de su guarda se alegrò, y abrazò con èl. Al tiempo que este niño llegó à los años en que amanece el uso de la razon, deliberó en materia de la Religion que havia de seguir; y aunque no perdió la Fè, ni pecó mortalmente, tuvo grandes tentaciones del demonio, grandes assaltos de los suyos, grandes dares, y tomares consigo mismo, en que se mezclaron algunas culpas ligeras, y veniales. Al fin, con la divina gracia, y consejo de los Catholicos que le assistian, conservó la Fè Romana, murió niño, y se salvó; pero fué llevado al Purgatorio, (significado por aquel Sol que le entrañó consigo) adonde purificado con el fuego, se dispuso para ir à gozar de Dios.

Decia yo entre mí: Valgame Dios, à qué proposito querria su Magestad que viesse yo todo esto? Y entonces el Santo Angel de mi guarda me dijo: Mostrótelo el Señor, porque quiere que algunas veces vean sus amigos, y sepan las obras de su infinita misericordia, que usa con sus predestinados, y en especial para que encomiendes à Dios los hijos de los Infieles, rogandole que los ayude para que se salven.

„Algunas veces, en lo que arriba dejo „escrito, hizo Doña Marina mencion del „lugar, y gloria, que tienen los niños, „que sin proprios merecimientos, con so„la la gracia que recibieron por Christo, „passaron de esta vida. De esto mismo mas „especialmente trata en las dos visiones si„guientes, y justamente del ministerio, „que con los tales exercen algunos Ange„les. En la primera de estas visiones dice „assi.

En veinte y ocho de Noviembre, estando en el modo ordinario encomendandome al Señor, se llegó à mì uno de mis Señores Angeles, el mas pequeño, y muy alegre, y regocijado me dijo: Hermana, vente con nosotros, y te llevarèmos à descansar un rato. Rehusèlo yo como suelo, y èl replicò: Agora bien, no sea assi: vente conmigo, y llevarète adonde nunca has

has ido. Llevóme este Santo Angel (porque aunque los otros cinco iban tambien con nosotros, era este solo el que me sostenia, y llevaba) por unos campos amenissimos, y de vista muy deleytosa. Havia por este camino unos pajaritos muy lindos, cuyas plumas parecian doradas, que bolaban sobre mì, como que querian ponerseme siempre delante de los ojos: eran por estremo graciosos, y los Santos Angeles lo miraban con agrado, como holgandose de verlos. Por este camino me llevo mi Santo Angel pequeño à la Celestial Jerusalèn, y en ella à un apartado, ò seno, aunque dentro del mismo Cielo Empyreo (no sè cómo lo explique, porque havia como un quartel aparte de los otros Bienaventurados.) Vì mucho numero de almitas muy hermosas, y lindas, que todas igualmente gozaban de la Gloria, y vista clara de la Divina Essencia. Grandissimo contento, y alegria me causò vèr esta vista; porque verdaderamente era cosa admirable, y divina vèr el bien que posseìan.

Dijome entonces este mi Señor Angel: Hermana, estas son las almas de los niños, que murieron recien bautizados antes del uso de la razon, y son, y serán eternamente Bienaventurados, solo por los merecimientos de la Sangre de nuestro Señor Jesu-Christo. Pareciame que se ocupaban aquellas almas en una continua alabanza del Señor, por la merced que les havia hecho de haverlas glorificado por sola su misericordia, con que las hizo participantes por el Sacramento de los meritos de nuestro Redemptor. Añadiò este Santo Angel, que Dios le tenia encomendado à èl, que algunas veces acompañasse al Cielo algunas almas de los tales niños, que morian solo con la gracia Bautismal. Miraba yo con gran regalo, y atencion à todos estos dichosos niños, y conocì algunos sobrinitos mios, que havian muerto de esta edad: mirè mas, si veìa una sobrina mia, que havia muerto en la Ciudad de Toro, y tendria de cinco à seis años, y como no la vì, preguntè al Santo Angel por ella, y respondióme: Essa no està aqui, sino en lugar mas superior; porque el Señor por sola su bondad le acelerò el uso de la razon, y con la paciencia en la enfermedad, y otros actos, mereciò mas grados de gloria. En otras ocasiones escribì yá lo que me passó con esta Bienaventurada niña; y lo demás que el Santo Angel me mostrò de ésta, dejo escrito en otra parte. Sea el Señor bendito. Amen.

„Lo que este Santo Angel pequeño le „dijo à Doña Marina, que le havia el Se„ñor encomendado, que acompañasse al„gunas almas de estos benditos niños, y „llevasse al Cielo, frisa con otra cosa, que „la Virgen Señora nuestra le dijo acerca de „este mismo Angel, que por ser singular, „y nueva, la reservè para este lugar. Alu„diendo, pues, Doña Marina à un gran„dioso favor, y regalada visita, que le hi„zo la Virgen nuestra Señora, (referìla en „el capitulo 7. de este segundo Libro) „adonde al despedirse este Santo Angel pe„queño, y el otro tambien pequeño, su „compañero, cantaron suavissimas ala„banzas de esta Soberana Reyna. Añade à „nuestro proposito lo que se sigue.

Haviendome mandado mi Confessor, que escribiesse muy por menudo todo el mysterio que me havia passado el dia de la Encarnacion del Hijo de Dios, como lo referì en otra parte, por permission divina se me olvidaba el ultimo lance de èl, y lo puntual que me havia passado con la Virgen Señora nuestra, quando me visitò en mi aposento. Con el deseo, pues, que tengo de no escribir en semejantes casos, sino lo que puntualissimamente passa, me resolvì à no escribir el trozo ultimo de aquel sucesso, hasta que el Señor, como suele en semejantes ocasiones, me avivasse la memoria de todo lo que havia passado. Con esta resolucion passé dos, ò tres dias, pidiendole à su Magestad perdon de mi descuido, y confiando, que si era su gloria, que aquello se escribiesse, èl me lo mostraria, pues sabia de mi corazon, que no lo dejaba por falta de obediencia, sino por gana de ser puntualissima en lo que refiriesse. Passados, pues, los dias que dije, estando bien descuidada de esta materia en mi oracion ordinaria, vì à la misma Sacratissima

Virgen Señora nueſtra, que con un modo muy cariñoſo me dijo: Nueſtro Señor ſea contigo, alma: vèn acá, cómo eſtás tan olvidada del poſtrer punto, que te paſsò en el Myſterio, que viſte de la Encarnacion de mi Hijo? No ſe te acuerda eſto, y eſto? y refiriendo todo lo que paſsò con eſta manera de preguntas, me refreſcò la memoria de todo tan vivamente, como quando paſsò, y del modo que arriba lo dejo eſcrito.

Refiero eſto para añadir una coſa particular, que me paſsò aqui; y es, que quando llegò eſta gran Señora à hacerme mencion de lo que los dos Angeles pequeños cantaron, á quienes deſpues los otros fueron ſiguiendo, me dijo aſsi: No te acuerdas, alma, de que los dos Angeles pequeños del Paraìſo empezaron à cantar con inſtrumentos muſicos, y los demás proſeguian? Acordéme yo muy bien de todo; pero hizome grande novedad, que les llamaſſe Angeles del Paraìſo, porque nunca le havia oìdo dàr eſte nombre; y quedandome un ratico como ſuſpenſa, le dije à mi Señora: Qué llama vueſtra Mageſtad Angeles del Paraìſo? que no lo entiendo. Entonces eſta Soberana Reyna, como ſonriendoſe, con grande agrado, reſpondiò á mi duda, diciendo: Yo te lo dirè, alma, por tu conſuelo, yo te lo diré. Sabete, que en aquella Patria Celeſtial tiene Dios muchas moradas, y cada una de aquellas Almas bienaventuradas tiene ſu proprio lugar, y gloria, conforme á la divina miſericordia, y ſus proprios merecimientos. Es todo aquel admirable ſitio, lleno de los ricos teſoros de bienes eternos, con que el Señor beatifica ſus eſcogidos, como un divino jardin de flores, dividido en diverſos, y belliſsimos quadros. Entre eſtos hay tambien uno, adonde gozan de Dios, y ſon bienaventuradas las almas de los niños, que murieron con ſola la gracia, que ſacaron del Bautiſmo, ſin proprios merecimientos: y como entre las demás Almas Santas, y bienaventuradas moran muchos Angeles, que las aſsiſten; aſsi tambien en eſte como quartèl de las Almas de eſtos Bienaventurados hay ſus proprios Angeles que moran con ellas. Pues mira eſtos dos Angeles entre los otros que el Señor tiene aqui en tu compañia; y aunque ſe te repreſentan como pequeños, tiene grande virtud, poder, y fortaleza: ſon del numero de aquellos que aſsiſten en el lugar adonde gozan de Dios las almas glorificadas de los niños. Pero porque la gloria que eſtos niños gozan, aunque tan grande, es pequeña, comparada con la que gozan las otras almas, que ricas de proprios merecimientos, reynan en el Cielo, llamè yo al lugar en que eſtàn con nombre de Paraìſo, y à eſtos dos Angeles, porque ſon de los que moran con ellas, les dì el titulo de Angeles del Paraìſo. Eſta es, alma, la reſpueſta de tu duda: quedate agora en paz, y en tu Dios. A eſte tiempo me ſuſpendì, y quando volvì ſobre mì, yà no vì à la Santiſsima Virgen, que con aquel modo myſterioſo, que otras veces ſuele, ſe havia ido. Sea el Señor bendito. Amen.

„Adviertaſe, que parece claramente de „las palabras de Doña Marina, que no le „moſtrò el Señor en eſtas acaſiones las al„mas de los niños, que en la Ley Natu„ral, y Eſcrita ſe ſalvaron en virtud de la „Sangre, que Chriſto Señor nueſtro havia „de derramar, ſino ſolo las almas de los „niños Chriſtianos, que fueron deſpues „de Chriſto Señor nueſtro, y de ſu triun„fal muerte, y gozaron del Bautiſmo en „la Ley de Gracia, porque ſiempre habla „de niños bautizados; y quizá por eſſo „dijo arriba, que todas eſtas almas go„zaban igualmente de la gloria, lo qual „no parece ſe pudiera decir, ſi con eſtos „niños de la Ley de Gracia eſtuvieran jun„tos los Fieles, que murieron ſin uſo de „razon en la Ley Natural, ò Eſcrita; por„que eſtos llevaron menos gracia, y por „conſiguiente gozaràn menos gloria que „los nueſtros, quanto es menos lo que „obraban los Sacramentales antiguos, que „borraban la culpa original, que lo que „obra el Sacramento de nueſtro Bautiſmo, „en el qual, por la miſericordia de Dios, „es muy conforme à los Santos, y Theo„logos, que la primera gracia es mas abun„dante.

„Otras

fieſta, y me hallè en mi apoſento. Sea el Señor bendito.

CAPITULO XL.

Juſta indignacion de Chriſto Señor nueſtra contra las ſectas falſas: myſterios de ſu precioſa Sangre: Comunion de los Santos.

„POR Abril de ſeiſcientos y veinte y „ocho le moſtrò Chriſto bien nueſtro „à eſta Virgen ſu juſtiſsima indignacion „contra las ſectas falſas del Moro, Judio, „y Herege, y el ſentimiento que tiene „contra los Catholicos, que viven mal. „Refiere ella la viſion por eſtas palabras.

Eſtando en oracion, vì à la Mageſtad de Jeſu-Chriſto Señor nueſtro, que me dijo: Vèn, alma, conmigo, y veràs; y aunque con mis temores reſiſtì como ſuelo, al fin no pude mas. Llevóme ſu Mageſtad como à la puerta del Cielo, adonde le vì ayrado, y con un roſtro tan grave, y ſevero, que me puſo temor, y eſpanto. Vì luego, que acá en el mundo, como en un campo eſtendido, havia gran multitud de gente. Unos eſtaban en pie, pueſtas las manos, y las cabezas levantadas; pero derribadas ácia atràs: otros eſtaban de rodillas pueſtas las manos, y las cabezas caìdas. Havia otros, que ni bien eſtaban en pie, ni bien de rodillas, pero muy deſvergonzadas, y caìdas tambien las cabezas. Eſtaban finalmente otros poſtrados en tierra, y las cabezas pegadas al ſuelo.

Llamólos el Señor à juicio, y dijo à los primeros: Voſotros quiènes ſois? Què ley profeſſais? Somos Moros, reſpondieron ellos: ſeguimos la ley de Mahoma. Miròlos ſu Mageſtad con aquel ſemblante ayrado, y diòles una grave reprehenſion, y los mandò apartar de alli, y ſe puſieron detràs del Señor ácia el lado derecho. Luego preguntò à los ſegundos: Voſotros quiènes ſois? Y reſpondieron: Somos Judios: eſperamos al Meſsias prometido en la Ley de Moyſén. Miròlos el Señor con mayor indignacion que à los primeros: reprehendiòlos mas gravemente, llamandolos ingratos, incredulos, tardos, y dudos de corazon; y mandòlos apartar, y poner con los primeros. Llegaron los terceros, que eſtaban deſcaídos, y preguntóles el Señor: Quiènes ſois voſotros? Fuimos Catholicos, reſpondieron ellos, agora ſomos Hereges, y profeſſamos varias ſectas. Contra eſtos fuè mayor, que con todos los paſſados, la ira del Señor; y tràs otras graviſſimas razones que les dijo, añadiò: Deſventurados, que erades arboles à las riberas de los rios de mi Igleſia, y agora eſtais ſecos por vueſtras culpas; y mandólos apartar con los demàs. Finalmente, llegaron los ultimos, y dijoles ſu Mageſtad: Quiénes ſois voſotros? Y reſpondieron: Somos Catholicos, profeſſamos la Ley Evangelica, y Fè Romana; pero vivimos en graves pecados. El Señor les diò una grave reprehenſion; porque, ſiendo hijos de la Igleſia, havian ofendido à Dios, y perdido la gracia.

Hizo en eſto un ademán como de quererlos mandar apartar con los otros tres generos de gente, para que juntos recibieſſen el juſto caſtigo; pero los Angeles de ſu guarda ſe puſieron ſolicitos delante de ſu Mageſtad, diciendo: Mira, Señor, que pecaron de flaqueza. Suplicamoſte, Soberarano Rey, te apiades de ellos, que aunque ſon pecadores, viven con eſperanza de tu miſericordia, y deſean que no les coja la muerte, ſino en eſtado de verdadera penitencia. Ablandóſe algo el Señor, aunque eſtaba tan enojado, moſtrando, que por los ruegos de los Angeles ſe compadecia de ellos, y los eſperaba para que ſe enmendaſſen. Comenzò luego à llover fuego del Cielo ſobre aquellos tres tercios de gente, que eſtaba apartada, y muchos demonios la iban arrojando al Infierno, adonde ſin remedio ſe abraſaba toda. Deſpues que todos eſtos Infieles deſaparecieron tragados de aquel eterno fuego, comenzò una tempeſtad recia à granizar ſobre los pecadores Catholicos, que los trataba muy mal; pero ſus Santos Angeles los defendian quanto era poſsible, y los llavaron de alli à otra parte mas ſegura. Eſte fuè el eſpectáculo à que aſsiſtì, lle-

llena de increible pavor.

Volvióse luego su Magestad à mì, y dijome: Alma, què te parece de lo que has visto? Tenia aún este Señor el semblante con muestras de su justa indignacion. Yo toda turbada de verle tal, le respondì: Mi Señor, por quien eres, que no me mires con esse rostro ayrado, que me pones grima, y no estoy en mì: mirame como sueles por tu amor. Entonces me dijo su Magestad: Mostrète esta vision, para que me ruegues por los pecadores Catholicos, que les dè mi gracia con que salgan de pecado, y no padezcan el castigo, que viste de los Infieles. Sea este Señor bendito. Amen.

„El tercero que tenemos en la Sangre „de Jesu-Christo Redemptor nuestro, có„mo se aprovechan de èl los buenos, y no „puedan, por mas que lo pretendan, des„lucirlo los malos, con otras cosas de mu„cha enseñanza, le mostrò el Señor en „la vision siguiente, que ella refiere asi.

Un dia antes de amanecer, era por veinte de Enero de seiscientos y veinte y cinco, estando en oracion, vì à Christo Señor nuestro enclavado en la Cruz, con aquel semblante angustiado, y muestras de dolores que tuvo antes que espirasse en ella. Al pie de esta Cruz ví postrado al santo Padre Luis de la Puente, y à otro Santo de su Religion, à quien no conocì, ni reparè mucho en quièn serìa, que me llevaba toda tràs sì la compassion, y ternura de vèr asi à mi Señor, que es grandissimo el sentimiento que hace mi pobre alma siempre que el Señor se le muestra en esta forma. Fuese acercando à mì asi como estaba, creciendo siempre mas, y mas en mí el afecto compassivo de esta visita. Yà que llegò adonde yo estaba, se clavò el pie de aquella Soberana Cruz sobre mi pecho, abriendolo, y penetrandolo hasta lo íntimo. Saliò luego grande abundancia de sangre de los sagrados pies del Señor crucificado, la qual Sangre, entrando por la abertura, que la Cruz havia hecho en mi pecho, me llenò todo el interior hasta rebosar. Apartóse con esto el Señor asi como estaba clavado en su Cruz, y volviòse al lugar en que primero le havia visto.

Alli vì, que de sus sacratissimas Llagas corrian tan copiosos arroyos de sangre, que llenaban toda la tierra. Estaba yo con grande admiracion notando estos mysterios, quando oì al Señor que me decia: Què te parece, alma, de esto que vès? Mi Señor, respondì yo, que eres infinitamente bueno, y que por sola tu bondad inmensa derramaste tu sangre por todos nosotros. Por esso te he dicho, añadiò el Señor, y te digo agora de nuevo, que aunque se levanten todas estas guerras que tù temes, y amenazan tanto à la Christiandad, no pretendo con ellas destruir la Republica Christiana, sino probar mis fieles siervos. Cada uno de los quales me agrada mas de lo que me enojan todos los que me ofenden, y à cada uno de ellos quiero tanto, que por uno solo diera por bien empleado todo lo que padecì, y de nuevo, si fuera necessario, lo volviera à padecer.

Acabando de decir el Señor estas suavissimas palabras, vì que mucha multitud de gente andaba por la tierra bañada de aquella preciosa sangre, y que unos la recogian en botecicos, y otros vasos, besandola con grande reverencia, y abrazandose con ella con afectuosa devocion, significando un grandioso afecto de aquel divino tesoro. Otros procuraban mancharla, y destruirla con sus manos, y hollarla con los pies, haciendo en esto grande esfuerzo, y passando por esso grandes afanes, y congojas. Pero de estos intentos resultaba, que aquella sagrada Sangre no recibia detrimento ninguno, antes quedaba muy hermosa, y resplandeciente, y los que afanaban por destruirla quedaban enflaquecidos, y tan debilitados, que parece que no les quedaba brio, ni aliento para cosa. Bajaron despues los Angeles à mirarme, y vì, que de la grande copia de sangre, que havia entrado en el pecho, (como que no cabia en el cuerpo) salia de èl por el lado izquierdo un grande borbollòn, y vì que algunos Santos Angeles, recogiendola en unos vasos, la llevaron à un lugar, adonde se havia yà recogido toda la demás sangre, que

Chris-

Christo Señor nuestro havia derramado de sus sagradas llagas, y con que se havia bañado toda la tierra, y alli la echaron, quedando toda junta.

Luego el mismo Señor, que todavia estaba clavado en la Cruz, como al principio, les dijo à mis Señores los Angeles, que me llevassen adonde su Magestad estaba. Hicieronlo con gran presteza, y y poniendome al pie de la Cruz, y estando yo con grande suspension mirando à este Señor, se fuè èl levantando, hasta llegar à la Celestial Ciudad; y en entrando en ella dejè yo de verle crucificado, y le vì en la forma ordinaria, que suelo vèr à su Magestad; y poniendo à mi alma en aquella alta union en que la miro como entrañada en el Divino Sèr, estuve alli gozando de aquel sumo bien, quanto se compadece con esta vida mortal, hasta que fuè el Señor servido, que me volviessen à mi rincon, adonde empecè à pensar en la significacion de aquel mysterio de haver rebosado aquella divina Sangre por el costado de mi pecho, con tanta abundancia, como cosa que no cupiera toda dentro. Pero su Magestad entonces me la declarò, confirmando lo que el santo Padre Luis de la Puente me dijo quando era vivo; y era, que estuviesse cierta, que en mi muerte bolaria mi alma desde la cama al Cielo, sin passar por el Purgatorio; y que no solo tendria bastante caudal para esto, sino que me sobraría para ayudar à otras personas. Efectos son de la infinita misericordia de este gran Dios, y Señor nuestro, frutos de su preciosa Sangre. El sea millares de veces bendito. Amen.

„La vision que se sigue nos pondrà de„lante de los ojos aquel Articulo de Fè, „con que creemos la Comunion de los „Santos, y cómo los fieles tienen unos „parte en las buenas obras de los otros, „y se pueden ayudar espiritualmente, con „otras algunas cosas de gran consuelo, que „Doña Marina cuenta de esta manera, y „de que yà queda dicho algo al fin del „capitulo 38.

Domingo diez y seis de Septiembre de seiscientos y veinte y nueve, estando pensando en mis muchos defectos, y ahondando en mi proprio conocimiento, fui arrebatada en espiritu, y oì una voz del Señor, que me decia: Vèn, alma: sube acá por essa escalera. Volvì los ojos, y vì una, que llegaba desde la tierra al Cielo: comencè à subir por ella con grande prisa; y llegando à las puertas del Cielo saliò un Santo Angel, que parecia hacia oficio de Portero; el qual, deteniendome con semblante grave, y palabras severas, me dijo: Detente, alma, adónde vàs? Parème yo toda turbada, y luego me postrè toda delante del Santo Angel, el qual, viendome assi, con la misma severidad que antes, añadiò: Levantate, y responde à lo que te he preguntado. Y respondì: Vaya: mi Señor, que me llama, y me manda que vaya adonde està su Magestad. Pues bien, replicò èl, cómo sabes tù, que el Señor es el que te llama? Volvì à postrarme con la misma turbacion, y reverencia, y èl à decirme que me levantasse, y respondiesse à la pregunta. Hicelo assi, y dije, que con la luz que el Señor me diò, conocì, que su Magestad era quien me llamaba. Entonces èl, como quien me permitia la entrada, aunque con semblante, y tono de voz poco apacible, me dijo: Entra.

Entrè dentro, y à pocos passos me hallè con el Santo Angel de mi guarda, y con otros dos Angeles, los quales, llegandose à mì, y descubirendome un hombro, y parte de la espalda, comenzaron á dàr golpes en ella uno, y otro, al modo que los herreros dàn golpes al hierro en una misma parte. Passè mi castigo, y acabado éste, me llevarón delante del Señor Trino, y Uno, el qual me recibio con mucha caricia, y haviendome echado su santa bendicion, mandò à los Santos Angeles me llevassen à otro lugar. Hicieronlo ellos assi, y subieronme à unas alturas inmensas, à una soledad de Dios; y llámola soledad, (siendo assi que es la mejor compañia) porque alli se halla el alma tan medida en solo su Dios, que todo lo que oye, conoce, y goza, es puramente Dios, sin otra cosa. Dejóme su Magestad aqui al-

guna libertad para hacer reflexion ſobre el eſtado en que me hallaba, y conocì, que eſtaba el alma entendiendo, amando, y gozando grandezas, y glorias del Señor; y queriendo paſſar adelante, y buſcar cómo ſe podria explicar lo que entendia, y gozaba de aquella grandeza, conocì, que era eſto impoſsible, y que no ſe podia declarar, ni dár à entender la ſoberanìa de aquella Gloria; porque ultra de que ningun lenguage humano llega à explicar coſa que tanto excede à todo lo de acá, ni hay criatura en todos los limites de lo que naturalmente ſe alcanza, por cuya ſemejanza, y comparacion ſe declare lo que alli conoce, y goza el alma, aun el miſmo entendimiento conoce, que ni èl, ni las demás potencias, abarcando el bien que alli ſe repreſenta, ſino que ſu medida, y capacidad es muy eſtrecha, y corta para comprehender la grandeza, y gloria que alli hay; y aunque como inmenſo, y infinito lo que le mueſtran, ſabe que es mucho mas, y mas lo que no alcanza. A la manera, pues, que ſi à uno le enſeñaſſen millares de millares de joyas, cada una hermoſiſsima, y precioſiſsima, y labrada ella ſola con otros tantos primores, ſi quiſieſſe eſte tal hacerſe fuerza para conocerlas todas juntas, con todas ſus perfecciones, deſſalleceria, y quedaria como abſorto, y ſuſpenſo, mirando ſolo, y gozando aquella hermoſiſsima viſta por mayor; aſsi mi alma, vencida de la grandeza de la Gloria, que deſeaba notar para eſcribirla, ſe quedò anegada en ella, y como perdida, ſin ſaber de sì, haſta que me volvieron à mi rincon.

Deſpues de eſtár aqui, y de haver penſado en las grandezas de eſte inmenſo Dios con grande admiracion, y conſuelo, comence à dudar por quáles faltas havia permitido, ò mandado el Señor, que fueſſe yo caſtigada de aquellos Santos Angeles; porque ſi bien cierto es que hago muchas faltas, pero no conocia entonces ninguna particular, y extraordinaria, ſobre quien cayeſſe aquel extraordinario caſtigo. Paſsè çon eſta fatiga algun tiempo, juzgando havia hecho alguna gran culpa, y temiendo, que como eſta ſe me ocultaba, dejaria de conocer otras muchas. Eſtando penſando en eſto, y ofreciendome con grande reſignacion à la voluntad de nueſtro Señor, oì una voz que me dijo, que el demonio havia dado una querella de mì delante del Señor, diciendo, que èl havia tenido licencia para dár un exercicio penoſo à una criatura, la qual eſtaba prompta para padecer aquella pena, y que yo me havia pueſto à defenderla, de ſuerte, que èl no havia podido ejecutar la licencia, y que aſsi pedia fueſſe ſu Mageſtad ſervido de mandarme caſtigar, aſsi por haver ſido eſtorvo de que ſe ejecutaſſe ſu orden, como por haver quitado el merito de la paciencia à aquella criatura; y que el Señor havia reſpondido, que yo padecieſſe algo por aquella criatura, que ofrecido por ella, recompenſaſſe lo que la miſma huviera de ganar, y merecieſſe yo tambien por la caridad que con ella havia tenido, y por la paciencia con que havia ſufrido aquella pena, aſsi de los golpes que me havian dado, como de la fatiga que ſentí con el temor de haver hecho alguna culpa, y tener quizá otras muchas que yo conocia; y es aſsi, que antes que me paſſaſſe lo que he referido, me havia yo ofrecido à nueſtro Señor para padecer lo que ſu Mageſtad fueſſe ſervido, por librar de trabajo à dicha criatura. Deſpues de haver oído eſto que dejo referido, quedè con otra duda; porque conocì, que no era aquella voz de nueſtro Señor, y veìa por otra parte, que tampoco ſe me havia antojado, ni era de mi proprio eſpiritu; pero preſto, por la divina miſericordia, ſalì de eſta duda, porque el ſanto Padre Luis de la Puente ſe me apareciò, y aſſegurò, que la voz no era de mal eſpiritu, aunque no me dijo cuya fueſſe. Poco deſpues me dijo el Santo Angel de mi guarda, que uno de los otros Santos Angeles que me aſsiſten, me havia dicho todo aquello por orden del Señor, el qual ſea eternamente bendito. Amen.

CA-

CAPITULO XLI.

Como el Señor asseguraba à esta Virgen de la verdad de su espiritu.

„SIendo tan admirables las visiones, tan „grandiosa la enseñanza, con que su „Mageſtad iluſtraba à Doña Marina, que „asſi por el numero de las voces que se le „descubria, como por el modo familia„rissimo con que la trataba, apenas se ha„llarà Hiſtoria mas singular en esta mate„ria; no es maravilla que el espiritu hu„mildissimo de esta purissima Virgen andu„viesse receloso de sì mismo, y que quan„to menos reconocia en sì merecimientos „para tan extraordinarias misericordias, „tanto temiesse mas la novedad de tan pe„regrinas sendas, los passos de un camino „tan poco sendereado. De aqui es, que „como se ha visto, su continua oracion „era pedir al Señor luz para conocer sus „verdades, y que su Mageſtad muchas ve„ces, con íntimas, y infalibles iluſtracio„nes, le asseguraſſe que èl era quien la ha„blaba. En un papel, que muy pocos dias „antes de su dichoso transito à mejor vida, „escribiò el santo Padre Luis de la Puen„te, dando algunos avisos importantis„simos al Confessor, que despues hu„viesse de regir à Doña Marina, sacados, „asſi de su prudencia singular, y divina luz, „como de la experiencia con que treinta „años, y mas la havia gobernado, despues „de otras cosas, dice asſi: Yo pienso que „nunca el demonio la engañò. Es este pa„pel, que tengo en mi poder escrito, por „lo menos despues de los cinco dias de Fe„brero de seiscientos y veinte y quatro, „siendo asſi, que muriò à los diez y seis „del mismo mes, y año; y es cosa singu„larissima, à quien tiene noticia de estas „materias, lo que le passo à Doña Marina „con nueſtro Señor sobre este punto al„gunos años despues, y ella refiere por „las palabras siguientes.

Eſtando mi alma con unos grandes, y eficaces deseos, que nueſtro Señor le daba, de acertar en todo, y por todo con su divina voluntad, y muy particularmente en los caminos tan extraordinarios por donde su Mageſtad es servido de llevarla, para que en todo le agradaſſe, le decia à su Mageſtad con afecto grandissimo: Dios mio, y Señor mio, si havrà tenido mi alma agora, ò en algun tiempo, por el discurso de mi vida, algun yerro, ò engaño en las cosas interiores, y extraordinarias que le han passado, y passan cada dia? Que aunque en ello, Señor, no haya havido malicia, sino ignorancia, permitiendolo Tù por tus altos juicios, seria con todo esso esta una cosa de grandissima pena, y angustia para mi corazon. Oyóme el Señor, y con un modo gravissimo me respondiò, diciendo: Vén acà, alma, dime: Seria mucho de maravillar, que una niña, deprehendiendo las primeras labores, y deseando acertar, erraſſe la labor? Eſto no seria mucho, ni la Maeſtra se maravillaria, ni le daria en roſtro à la niña despues de haver crecido en años, y aprovechado en el arte, diciendola: Quando eras niña errabas la labor, y no sabias lo que agora; pues asſi yo, Señor, y Maeſtro de las almas, no me maravillo, ni me dà en roſtro, que en los principios de espiritu una alma yerre, ò no entienda alguna cosa de las que le mueſtran, quando de corazon desea no errar, y acertar á conocer mis verdades.

Oyò mi alma lo que su Dios le dijo; y pareciendome me daban à entender havia errado alguna vez en el conocimiento de las cosas, que me eran moſtradas, entriſtecime, y afligime notablemente, y dijele al Señor: Dios mio, y Señor mio, segun esso que me dices, errado he algunas veces, y no te he entendido? Entonces su Mageſtad, con un modo superior, y gravissimo, me respondiò: No has errado, alma, ni desacertado; porque desde tus principios Yo te enseñè, y gobernè, y he sido tu Maeſtro; pero agora poſtrate, y reconoce tu miseria con resignacion, y dejandome poſtrada, las manos juntas, y la frente, y rodillas en tierra, con grande confusion mia, se ausentò el Señor de la Mageſtad. Eſtuvo mi alma en esta forma un grande rato, haſta que mis Señores los Ange-

geles se llegaron à mì, y con mucha caridad, y compasion me levantaron, y pusieron en mi lugarcillo, adonde estuve otro gran rato corrida, y confusa en gran manera. Estando asi, vì un Angel del Señor muy supremo, que en llegando à mì, con grande peso, y gravedad me dijo: Alma, yo vengo à tì en el nombre del Señor, à enseñarte, y catequizarte, y darte à entender, què cosa es estár perfectamente resignada. Consiste, pues, esto, demás del conocimiento que el alma debe tener de su flaqueza, miseria, y poquedad, en tener tan honda la resignacion en el querer de su Dios, que si èl por sus altos, y soberanos juicios quisiere permitir, que el alma que desea sumamente acertar en el conocimiento de las cosas interiores, y extraordinarias, que le son mostradas, errase, ella se resigne en la voluntad, y permision de su Dios, no afligiendose demasiadamente en este caso, y reconociendo quál es su ignorancia, ceguedad, y miseria, con que caeria en muchas, y graves faltas, si su Dios, y Señor no la ayudára, y preservára por la qual misericordia debe darle muchas gracias. Esto es, alma, lo que has de hacer, y entender, y quedate agora en paz. Con esto se despidiò, dejandome por una parte consolada con su enseñanza, (porque aunque nuestro Señor por su bondad, me havia desde mis principios enseñado este punto de resignacion; pero agora fijóse esta doctrina con un modo grandioso, y particular) y por otra parte me quedè con aquella confusion, y corrimiento.

Passè casi dos dias de esta manera, y estando asi, me dijo el Señor con un modo algo severo: Alma, vente conmigo; y diciendo, y haciendo, me llevò con algun poco de temor mio à la Celestial Jerusalèn; y parece que se andaba conmigo por todos aquellos Coros de Angeles, y Almas Bienaventuradas, como quien miraba el lugar en que me havia de poner. Ultimamente, me puso su Magestad en un alto, como enmedio de aquella Ciudad sagrada, en un asiento mysterioso, que parecia de oro, y piedras preciosas, y resplandecia admirablemente. Estando aqui como à vista del Sèr Divino de Dios, que en forma de un Sol inefable se me representaba, vì que salian de èl unos divinos rayos, los quales tocando à mi alma la volvian mas resplandeciente que el oro, y pedreria preciosa, y parecia que estaba encendida en llamas de un divino fuego. Estuve asi un rato, y luego aquel Señor, tomando mi alma en sus manos, la puso en un bajo muy inferior al primer asiento, porque era en lo mas bajo de los Coros de los Angeles. Viendose alli mi alma, (que le parecia estár como un perrillo, que debajo de las sillas de los señores, y combidados come de las migajuelas que caen de aquella rica mesa) no hacia sino mirar como podia à la luz, y rayos de aquel Divino Sol de Justicia de su Dios, y Señor; pero no podia vér todo lo que deseaba.

En este modo como penoso estuvo mi alma un grande rato, y de alli fuè llevada de su Dios à una inmensa altura, adonde rodeado del mismo Dios, y mirando aquel espejo clarisimo del Divino Sèr, le conocia, amaba, y gozaba en un modo altissimo, y en unos divinos obscuros, porque no era capáz el alma de vér con toda claridad cosas tan grandiosas. Despues de estár asi algun espacio de tiempo, no sè si por el mismo Señor, ò si por ministerio de los Santos (que no pude advertirlo) fui traìda à mi rincon.

Passado un dia, (en el qual todavia estaba aùn el alma como corrida, y confusa de lo que al principio le havia passado con la reprehension de su Dios, y bien admirada de cosas tan maravillosas) me dijo el Señor con el mismo modo grave, y superior: Alma, lo que te se ha mostrado en esta vision son tres estados tuyos: el primero de aquel asiento resplandeciente en que te viste, fuè forma de los grandes, y eficaces deseos que tienes, y te he dado Yo de acertar en todo con mi voluntad, y conocimiento de mis verdades, aborreciendo sumamente toda mentira, y ilusion. El segundo de aquel bajo, en que te viste inferior à los Coros de mis Angeles, fuè representacion de la aprehension fuerte, y al-

algo dura que tuviſte, con que querias no haver tenido antes, ni tener deſpues coſa alguna en el conocimiento de objetos interiores, y extraordinarios, que no fueſſe, y huvieſſe ſido mia, puriſsima, y ſin mezcla de otra coſa, en lo qual te reprehendì de menos reſignada. El tercero eſtado en que te viſte levantada à tan alto grado de conocimiento mio, fuè figura del en que has quedado deſpues de reprehendida, humillandote, y reſignandote en todo, y por todo à mi voluntad, ò permiſsion, ſegun mi ſabiduria, y juicios ſecretiſsimos. Eſta es la declaracion de la verdad de los myſterios que has viſto. Eſto me dijo el Señor; y aunque, como dije, me hallaba yo en mi rincon, todavia la parte ſuperior de mi alma ſentia yo que ſe eſtaba en aquella alteza, à que havia ſido llevada por ſu Dios. Paſſaronſe en eſto otros tres, ò quatro dias.

Deſpues de ellos, me dijo otra vez ſu Mageſtad: Vén conmigo, alma; y al punto fui llevada de eſte gran Dios à una altura mucho mas ſuperior, y levantada que la paſſada, adonde mi alma quedò anegada, y ſumida en aquel inmenſo mar del Sèr Divino, adonde le fueron moſtradas coſas muy recónditas, y myſterios altiſsimos de los Atributos Divinos de ſu Supremo dominio, con que ſin depender de nadie, cuelga de èl todo quanto hay, y puede haver; y con parecer que ſon tantos, y tan diverſos eſtos atributos, y grandezas, que me parecia que eſtaban todas myſterioſamente como cifradas en una; y con vér tanto el alma, eſtaba ſiempre diciendo: mas es que eſto, mas es Dios que eſto, aún queda infinito por vér. Durò eſta viſta un gran rato; y luego ſentí unos Angeles del Señor, que me daban grande priſa, diciendo: Ea, alma, yá es tiempo de bajar de aqui. Sentia yo grande dificultad en eſſo; y replicaban ellos con la miſma priſa: Acaba, alma, que no puedes eſtár mas aqui, que desfallecerá del todo la naturaleza, y no ha llegado el tiempo, y con eſto empezaron à querer bajarme por unas ſiete gradas muy glorioſas, por las quales pienſo que en eſta miſma ocaſion me havian ſubido. Temí yo al principio, y el Señor de la Mageſtad ſe llegò à mì, y me dijo: No temas, alma, la bajada, que Yo contigo voy, y te llevo. Bajadas eſtas ſiete gradas, fui poco à poco, y con ſuavidad llevada por miniſterio de los Angeles por los miſmos lugares myſterioſos, que à la ſubida, haſta ponerme en mi rincon.

Eſtando yá aqui, y admirada de tales obras de eſte gran Dios, le decia: Què ſiete gradas ſerán, Señor, aquellas por donde me bajaſte, y ſegun pienſo me havias ſubido? Eſtuve en eſta ſuſpenſion algun rato, y deſpues de èl me dijo el Señor: Mira, alma, ſabete que eſſas ſiete gradas por donde ſubiſte, y bajaſte, ſon figuras de ſiete muy heroycas, y levantadas virtudes, por donde el alma ha de ſubir para llegar à un eſtado perfectiſsimo, adonde te he pueſto à tì. La primera grada es ſymbolo de un conocimiento proprio muy interior, y hondo, que el alma debe tener de ſu miſeria, bajeza, y poquedad. La ſegunda, de una profunda humildad, con la qual ſe rinda, y humille à toda criatura, poniendoſe à ſus pies. La tercera, un deſprecio de todo lo criado, con que lo piſa todo. La quarta, ſignifica el amor de ſu Dios, y Señor ſobre todas las coſas. La quinta, es figura de la pureza, y limpieza que el alma debe tener. La ſexta, es forma de la mayor perfeccion del amor divino, à que el alma ha de anhelar. La ſeptima, ſignifica una totál reſignacion, que el alma debe tener en todo, y por todo con la voluntad de ſu Dios, con ſu beneplacito, y permiſsion, ſegun la alteza de ſus altiſsimos juicios. Eſta es, alma, la llave con que ſe cierra eſte admirable, y levantado edificio de las ſólidas virtudes; y para ejercitarlas, y no caer por eſtas gradas myſterioſas, conviene mucho al alma que quiere llegar à la cumbre de la perfeccion, que no le falte jamás el temor ſanto de ſu Dios, junto con la confianza, conſuelo, y ſeguridad en el miſmo Dios, lo qual te repreſentè en el temor con que bajabas las gradas, juzgando ſiempre, y temiendo de tì miſma, que ſiempre bajas, y nunca ſubes, ni comienzas à dár paſſo en eſſa ſubida. Eſte es, alma, el myſterio: ago-

agora consuelate, y descansa en mì, que Yo estoy contigo. Sea este Señor siempre bendito. Amen.

„Notese este papel, que si se lee con „atencion, (aunque hay algunas palabras „que parece adelantan mas la cosa) solo se „infiere claramente, si yo no me engaño, „que la assegurò el Señor, que no havia „errado, ni desacertado, en lo que toca „à padecer ilusion del demonio, y tener „alguna de sus hablas por divinas, que „no fuè poco privilegio; pero no se infie- „re de aqui, que en las que eran hablas de „Dios, no dejasse Doña Marina de enten- „der algo, ò lo entendiesse de otra ma- „nera de lo que era el intento del Señor: „pues quizá de su propria experiencia en „algunas pocas ocasiones sacò ella el aviso, „que nos dió en el Capitulo 35. de este „Libro; y asi, con la cautela, y pru- „dencia que suele, solo dice el Padre Luis „de la Puente en los avisos, que al princi- „pio de este Capitulo apuntè, que nunca „el demonio la engañò. Prosigamos con „otros sucessos, en que el Señor la asse- „gurò de ser èl quien le hablaba, y mos- „traba tan singulares mysterios, que Doña „Marina refiere asi.

Estando yo confusa, sin saber cómo havia de acertar à escribir, y dár cuenta de tantos, y tan grandes mysterios, como nuestro Señor descubria à mi pobre, y miserable alma, y no pudiendo echar de mì esta pena, y confusion, me dijo su Magestad con grande caricia: No temas, alma, pues escribes verdades: Yo te las enseño, y Yo hablo por tì: dilas tù con las razones que supieres, y pudieres, que Yo las apruebo por mias, pues lo son.

En otra ocasion, diciendo yo con grande afecto à su Magestad: Dios mio, quién ha de creer cosas tan grandiosas como passan por esta alma, y que estas sean tuyas? Y respondióme el Señor. Cómo he hecho Yo que sean creídas otras semejantes, que enseñè à mis Santos? Y digote de verdad, que muy bastantes razones, y suficientes causas tienen mis Ministros para dár credito à tus cosas; y lo que mas es, que la creencia de ellas està yá en mi eterna determinacion. Fuè esto por Agosto de seiscientos y veinte y quatro.

Una vez, acabando de comulgar, (era Domingo à diez de Enero de seiscientos y veinte y siete) y considerando la merced que Dios havia hecho al mundo en quedarse en este inefable, y sagrado mysterio, llevada de un afecto grande, nacido de la certidumbre de Fè, que tengo de este Soberano Sacramento, dije: Bendito seas, Señor, que ni puedes engañarte, ni engañarnos, ni nosotros podemos errar, oyendo, y obedeciendo à tus verdades. Suplicote, Señor mio, que asi, ni yo me engañe, ni quiera engañar à nadie, ni nadie se engañe por mì. Respondiòme su Magestad: Muy bien has dicho, alma: asi serà, y Yo te darè prendas de ello. Vì luego las tres Divinas Personas en aquella figura humana, y sutilissima, que otras veces apuntè: y llegandose à mì, se me abriò el pecho, y vì en mi corazon una como mano estendida, significadora de mi deseo, en la qual cada una de las Personas Divinas puso una como dobla de oro finissimo muy resplandeciente, (y era de notar, que unas veces me parecian las doblas tres, y otras una) y cerrandose luego aquella mano, todas las doblas se entrañaron en mi alma, redundando el efecto en todas mis potencias interiores, al modo que se estiende un olor suavissimo por todo un aposento, aunque se haya puesto en solo un lugar de èl; y luego, echandome su sagrada bendicion, desaparecieron.

Año y medio antes de esto, que acabo de escribir, que fuè por fin de Julio de seiscientos y veinte y cinco, acabando tambien de comulgar, ví à la Magestad de Dios nuestro Señor en vision intelectual, con que conocia, conforme à mi corta capacidad, un Sèr Divino, è inmenso, y juntamente, con vision imaginaria, vì una mano de este Soberano Dios, de tal manera formada, que como otras veces he dicho, excede mucho en sutileza à las manos que los Angeles, y almas santas, quando tambien se visten de figura humana, suelen representar. Tenia esta divina mano en los dedos una pluma delgada

da. Procurè, como otras veces, en viendola, divertirme; y volviendo los ojos de mi consideracion à la Mageſtad de Jesu-Christo Señor nuestro, que tenia en mi pecho, y havia recibido poco antes, le dije: Señor mio, pues os tengo conmigo en vuestra real presencia, pues en ella os acabo de recibir, y en esto no hay duda, ni la puede haver, suplicoos, por las entrañas de amor, que os trajeron à la tierra para la salud de los hombres; y por las Entrañas Virginales de vuestra Santiſsima Madre, que me deis luz para conocer vuestras verdades, y no permitais que sea engañada en cosa ninguna. A este modo, con vehementes afectos pedia à su Mageſtad esta luz, alegandole otros titulos; y juntamente, con la presteza que podia, examinaba mi alma, mirando si acaso hallaba en ella algun deseo que desdijesse algo de este intento, y no hallè por la bondad del Señor cosa, sino ansias de acertar con su santiſsima voluntad, y hacerla en todo.

Entonces vì, que aquel Señor Dios, con aquella mano imaginaria que dije, se llegò à mì, y haviendome el Santo Angel de mi guarda estendido el brazo, y mano derecha, su Mageſtad con la plumita que tenia en sus dedos, hizo en las hiemas de los mios unas Crucecitas, diciendo ciertas palabras, que yo no entendí. Estaba yo muy encogida, y como con verguenza, y repugnancia (que en tales ocasiones, si en algun modo soy señora de mì, siempre la tengo à estas cosas extraordinarias, por el deseo grande con que vivo de acertar con la divina voluntad por el camino llano de la Fè.) Estando asſi, uno de mis Señores Angeles, que estaban al lado izquierdo, se llegò à mì, y estendiendome el brazo de aquel lado con alguna fuerza, como reprehendiendo estas mis repugnancias, me abriò la mano, en cuya palma el Señor hizo otra Cruz. Luego vì à Jesu Christo Señor nuestro, que poniendose de rodillas, en quanto Hombre suplicaba à la Mageſtad de Dios Trino, y uno, concediesse, que todas las personas à quien tocasse con mi mano sanassen de qualquiera enfermedad que tuviessen, no siendo contra la salud espiritual, y salvacion de sus almas. Concediòlo el Señor con grande benignidad, y volviendose à mì, me dijo: De esta gracia usaràs, quando tuvieres inspiracion para ello, y guarda este favor para tì, y para tus Confessores. Agradeciò mi alma este don con estima, y reverencia; pero preguntè: Mi Señor, y si mis Confessores me mandan, que ponga las manos sobre algun enfermo, què he de hacer? Será necessario, respondiò el Señor, que ellos miren bien esto.

Deseaba yo saber la significacion de aquellas Cruces, que puso el Señor en mis dedos, y supliquè à su Mageſtad me la declarasse; pero luego, volviendo sobre mì, y resignandome en su santiſsima voluntad, dije, que no queria saber nada, sino ponerme en sus santiſsimas manos, y hacer lo que él quisiesse en todo, y por todo. El Señor, que hasta entonces se havia detenido, con grandes muestras de amor respondiò: Agora te lo dirè: (dandome à entender quánto le agradaba aquella resignacion, y que por ella respondia à mi deseo) Tù me pides luz para acertar en todo con mis verdades, y voluntad: Yo te la he dado, y puestola en tus manos, significada por las Cruces que en ella puse; y asſi como el que lleva la luz en las manos, aprovechandose de ella, no yerra el camino, ni cae, ni tropieza, asſi tù, con la que te he dado, acertarás mis caminos, y con el cumplimiento de mi voluntad, que es lo que deseas. Sea èl bendito para siempre. Amen.

CAPITULO XLII.

El temor santo de esta Virgen, y como el Señor la asseguraba mas, y mas.

„QUien con atencion huviere leido „esta Historia desde sus principios, „havrá notado tambien, que son „muy pocos los papeles, en que Doña

„Marina no haga mencion de los temores „con que siempre vivia, sobre si eran del „Señor las mercedes que recibia, si acer- „taba con la divina voluntad, nacidos to- „dos de aquellas dos principales virtudes, „que tan vivas, y arraygadas tenia en su „purissimo pecho, que eran una profunda „humildad, con que se juzgaba por in- „digna de todo favor, y una caridad ar- „diente con que deseaba sumamente el „unico beneplacito, y gloria de su Señor: „y aunque su Magestad muchas veces la „asseguraba, y mientras duraba aquella luz „actual perdia nuestra Virgen todo recelo, „y quedaba su alma serenissima; todavia, „escondidos aquellos rayos, volvian con „mas fuerza los temores, estando tan fue- „ra nuestro amorosissimo Dios de quitarse- „los de una vez para siempre, que antes, „como cosa importantissima para la ma- „yor medra de su espiritu, se los dejaba „arraygar mas. Y lo que es mas de notar, „(como en muchos lugares atrás dejamos „escrito) le daba por señal, de que era èl „quien la regia, y hablaba, el que este san- „to temor, y recatada cautela nunca le „faltaria.

„Y porque no se espante nadie, de „que siendo assi, que la perfecta caridad „despide todo temor, durasse éste toda la „vida à una Virgen, que fué un purissi- „mo archivo de los acendrados amores de „nuestro Dios; es bien que sepa, que aun- „que la caridad perfecta se desnuda de todo „temor servil, con todo esso abraza de ma- „nera al filial temor, que no crece aquella „un punto, sin que éste igualmente la „acompañe: y porque en esto se funda casi „lo que en su vida refiere nuestra Virgen, „tuve no solo por util à los que leyeren, „sino tambien por necessario à tan maravi- „llosa Historia, sumar aqui brevemente lo „que el Sagrado Texto, y los Santos Pá- „dres dijeron de este filial temor, de esta „temerosa reverencia, que inseparable- „mente se une al amor, de donde se conoz- „ca, quán seguros fueron los passos por „donde el Señor guiò à esta Esposa suya.

„Es, pues, éste aquel temor casto, de „quien dicen los Santos, que no admite „resabio de cosa terrena: un temor san- „to, à quien celebra David, como per- „severante en los siglos de los siglos; por- „que aunque no segun todos, durarà con „todo esso, segun algunos efectos suyos, „por toda la eternidad en las almas bien- „aventuradas. Con éste, en quanto es una „amabilissima reverencia, y total resigna- „cion del rendimiento que debe à su Cria- „dor la critura, se dice, que los Serafines „temen, y tiemblan delante de la Divina „Magestad, no es amor, porque no se asse- „gura en el amado, pero tiene mucho de „amor; porque solo se emplea en la vene- „racion, y respeto de lo que ama: y co- „mo tal vez acá, en el ramo de algun tron- „co, ingerta una pua, lleva diferente fruta „de la demás que nace en el mismo arbol; „pero de tal manera, que sabe siempre à la „raiz adonde se ingiriò; assi parece, que „en el tronco real de la caridad se ingirieron „no se què afectos temerosos, que en co- „lor, digamos, olor, y sabor, estàn siem- „pre mostrando, que tienen yá mas gene- „roso origen, y que es solo el amor la „raiz de donde nacen.

„Tomen las almas mas santas, mientras „viven en el destierro, no la pena en que „pueden incurrir, sino la culpa en que „pueden peligrar: no las compone el rece- „lo del castigo, sino el ódio santo de la „ofensa: saben, que estàn aùn en el esta- „do de poder disgustar à su Dios, y tiem- „blan la menor sombra de tan terrible eje- „cucion, y entre los conocimientos de la „amabilidad de su Señor, y de la fragilidad „de nuestra naturaleza, nace un afecto de „tan peregrina forma, que buelto à Dios, „parece todo amor, y parece todo temor „vuelto à nuestra flaqueza: inflamase, luce, „anhela à transformarse, (calidades todas „del amor) quando mira la bondad suma, „que le arrebata: hielase, escurecese, y en- „cogese, (naturales accidentes del temor) „si atiende à lo resbaladizo de nuestro sèr. „Bastára para quitar la vida à los justos, y „perfectos la congoja de lo que temen de „sì mismos, si no sobrára para alentarlos „en la confianza el vigor con que se experi- „mentan fortificados del Señor.

„No

„No temen perder los bienes eternos, „que este Señor les promete; porque tie- „nen por bien unico al Señor mismo: es- „peran premios, pero no los pretenden. „Igualmente procurarán merecerlos, aun- „que supiessen, que nunca se los darian: „quieren la Gloria, porque crezca en ellos „la de su Dios, y solo saben temer el no „conseguirla; porque saben que gusta su „Señor de comunicarla: conocen (y por „esso le quieren mas) interessado al Señor „en sus proprios interesses; y temen solo „no ganar para sì, porque su amado no „quede perdidoso. Es su total recelo no „conseguir, y adelantar, apretando mas, „y mas el nudo de aquella union, en que „se hagan un espiritu con su Dios; y con „ser la union de dos estremos, hipan con „toda ansia, à que quanto es possible, aque- „lla tan estrecha union se convierta en uni- „dad, y no tanto quede un todo de dos „partes, quanto sin partes un todo sim- „plicissimo: temen no se mezcle en esta „union apretadissima la menor brizna me- „nos generosa; porque huyen como de „imperfeccion, si apetecieran à Dios uni- „do à sì mismos, y no antes à sì unidos à „Dios; y aunque no pueden dejar de „posseer, posseidos, saben con el afecto „tirar al mejor blanco, y quieren solo ser „possession del amado, y no que el ama- „do sea possession suya.

„Cómo se puede llamar temor, quien „tiene tantas finezas del amor mas puro? „El es sin duda un amor temeroso, un te- „mor amoroso, que se rinde de grado, „tiembla sin violencia, padece sin fuerza, „y sin miedo se estremece. De esta casta „eran los temores de Doña Marina, que „no cobardeaba, ni porque le diessen pe- „nas, ni porque le negassen premios, sino „porque en el mas puntual servicio de su „Señor, en el buscar la gloria mas pura de „su Dios, no se mezclasse algo, que en el me- „nor átomo deslustrasse la sinceridad de „sus afectos. Prosigamos agora con lo que „ella escribe de estos temores suyos, y el „modo con que sin quitarselos, nunca del „todo la asseguraba. En un papel del año „de 626. dice assi.

Halléme una mañana con fuertes, y vehementes afectos en mi alma, estando delante de mi Señor, con los quales suplicaba à su Magestad, que por su bondad infinita me diesse luz para conocer sus verdades, y me guiasse, y alumbrasse èl mismo en tan extraordinarios caminos, como son estos por donde gustò de llevarme; y para alcanzar este bien, le ofrecia à este gran Dios todo mi sèr, mi corazon, y vida, y todo lo que posseìa, y havia recibido de su inmensa liberalidad: ofreciame por su esclava, y proponia muy de veras la enmienda de mi vida. Naciame con esto una confianza, de que por su misericordia havia de alcanzar lo que le suplicaba. Estando assi, oì al Señor que me dijo: Qué tienes, alma? qué sientes? de qué te quejas? qué es la causa de tus temores? Mira que es cierto, que vàs bien, y que es impossible que puedas errar por el camino por donde Yo te llevo.

Estaba mi alma mirando de hito en hito al Señor, y como colgada de èl mientras decia esto, el qual con sumo amor, y caricia añadiò luego: Qué miras, alma, què me miras? Yo soy el que te hablo, Yo soy tu Dios, y Señor, alientate en mì, y lleva la cruz de estos temores; pues el temor santo mio permanece para siempre en su fruto, y bastete à tì mi gracia, como le dije à Paulo, y caminar por el camino derecho de mi voluntad: y si te parece con tus temores, que obras lo que te ordeno con alguna escuridad, y que esso te aflige en negocios graves, que no dicen con la condicion, è inclinacion, que Yo te dì, y quisieras antes parar, y estarte queda, si Yo lo quisiesse assi, y no te abrasasse en caridad mia, y del proximo; digote de verdad, que no caerá, ni tropezarà el que es llevado en los brazos del fuerte, y de la luz; y el que no camináre aprisa, y desatinadamente por el camino dificultoso, y que tiene tantos altibajos, aquel acompaña al santo temor: aquel que mira adonde pone un pie, y luego el otro, no errará. Mis juicios, alma, son secretissimos, y soberanos, y llevo, y encamino las almas por diferen-

tes modos, y estados, y tù en medio de los por donde te guio, y de mi santo temor, tèn gran confianza en mi bondad, y misericordia, y con Abrahan espera en mì contra la esperanza, y obedece à mi mandamiento. No digas, no tengo de decir nada, porque dirás todo lo que Yo te ordenáre, porque Yo serè tu guia, y tu luz: Yo estarè contigo, y si fuere menester, te llevarè por un cabello à dár de comer al que está en el lago de los Leones. Mira como mi justicia, con las causas que se le dán, se apresura à la venganza, y mi misericordia la detiene por amor del hombre, à quien redimiò; asi en su modo passa en tí, y tu espiritu: unas veces, viendo la ruin disposicion de los sugetos, dice en su interior: No quiero decir nada; y luego el zelo de la gloria de Dios, y deseo grande de la salvacion de las almas te hace decir otra vez: Tengo de hablar lo que sè de mi Dios. Todo esto se ordena, alma, porque no se empeore el caso, y me vea obligado à castigar: detengome, y voy despacio, y te detengo à tì, hasta que es yá fuerza hablar. De esta manera passa, alma, aunque tù no lo entiendas, ni Yo te lo doy à entender todo, porque asi conviene. Todo esto le passó à mi alma con su Dios en esta comunicacion. El sea millares de veces bendito, amen, por sus altos, y soberanos juicios.

„Por Enero del año de 627. escribe „Doña Marina un membrete, del qual se „colige claramente el humilde temor con „que recelaba siempre su poco aprovecha„miento, reconociendose digna del divino „castigo. Dice asi.

El Miercoles, despues de haver comulgado, vì al Señor en mi alma debajo de las especies Sacramentales, y luego vì, que venian ácia donde yo estaba seis Santos Angeles. En viendoles, comencè à decir conmigo: Qué querrán agora estos Señores? si viniessen à castigarme por el mal aparejo con que he recibido à su Mageſtad? O, y què bien harian! Ibanse acercando à mì, y yo turbandome algo: no era la turbacion de tal manera medrosa, que trajesse consigo inquietud, sino la que siento en qualquiera novedad. Viendome el Señor, que estaba en mi pecho, de esta suerte, me dijo: No te turbes, y llegandose su Mageſtad á aquellos Santos Angeles, y haciendole profunda reverencia, oyeron con grande respeto, y atencion lo que les dijo. No lo entendí yo, ni ví adonde enderezaron su camino: solo vì, que en recibiendo el recado se partieron, tomando diferentes veredas. El Señor sea bendito.

„Mas notable es lo que passò por el mes „de Marzo de 628. à esta Virgen, que ella „refiere por estas palabras.

Estando en mi oracion con grandes afectos de acertar con la divina voluntad, y suplicandole al Señor, no me dejasse errar, y esso con tanto ahinco, que me deshacia, se me apareciò un Santo Angel, que me dijo: Alma, qué has? de qué te fatigas, y qué temes? Respondíle lo que deseaba, y estaba pidiendole al Señor. Contèle la afliccion, que me causaban mis temores, lo que recelaba errar, y ser engañada en tan extraordinario camino, como el por donde su Mageſtad me llevaba. El Santo Angel me alentò, y consolò, y me dijo de parte del Señor, que jamás me dejaria su misericordia, ni se apartaria de mì su Mageſtad. Y en señal de esto, añadió, te traygo una joya, que nuestro gran Dios te embia. Sacò entonces del pecho una Cruz del tamaño de un jeme, en cuyos óbalos, como si fuera Cruz de Reliquias, estaban muy al vivo estampados los passos de la Passion del Señor, no como pintados, no, sino de otra manera, que vivamente los exprimia. Venia cubierta la Cruz con un velo negro, al modo que suelen cubrirla el Viernes Santo. Llegòse, pues, à mì este Santo Angel, y entrañòmela en el pecho, y comenzò luego la Cruz dentro de mì à resplandecer admirablemente como mil Soles, y à echar de sì grandes rayos: hallème muy alentada, y consolada. Dijome despues el Santo Angel: Que aquel velo negro era symbolo de la angustia, que padezco en la Cruz, de los temores que el Señor me ha dejado en medio de las mercedes, y favores, que recibo suyos. El sea bendito.

Este mismo mes, y año, en otra ocasion, orando con grande ansia, y pidiendo con

con extremado afecto al Señor dos coſas en particular, pero con intencion, como ſiempre la tengo, que las hicieſſe ſu Mageſtad, ſi fueſſen para gloria ſuya, y bien de las almas; oì al Señor como quien queria conſolarme, y acallarme, que me decia: Bien eſtà, alma, bien eſtà, ſea eſſo como dices. En oyendo eſto, empezaron mis temores à darme grande bateria: fuime al camino ordinario, que la Fè enſeña, pidiendole à Dios con grande fuerza, y afecto, me alumbraſſe por ſu bondad para acertar à conocerle, y ſeguir ſolo el camino de ſus verdades. Entonces me volviò à decir ſu Mageſtad: Vèn acà, alma, qué es lo que temes, y qué es la cauſa de ſus fatigas? Dime, ruegotelo: ſi vinieſſe à tì un alma con las circunſtancias de la tuya, y que tuvieſſe lo que à ti te he dado, què la dirias, y aconſejarias en materia como la que tienes preſente, y otras ſemejantes? Callaba yo, deſpues de haver oìdo al Señor, y no ſe me ofrecia qué reſponder. Porfiaba el Señor en ſu pregunta, y obligabame à que le reſpondieſſe, diciendo: Di, alma, reſponde à lo què te digo. Entonces, alumbrada de èl miſmo, reſpondì: Pareceme, Dios mio, y mi Señor, que à un alma de las condiciones que dices, le dijera yo, que ſi de veras deſeaba, y ſolo tenia afecto puro de hacer, y acertar con la voluntad de ſu Dios en aquellos caminos; y por otra parte obedecia en todo à ſu Confeſſor, que eſta tal alma caminaba bien, y con ſeguridad. Bien has dicho, replicò el Señor; pero pregunto Yo agora: Què razon hay, para que haviendote à tì dado eſſo miſmo, temas tanto como temes? Señor mio, reſpondì yo, bien eſtá eſſo, pero como yo le digo à mi Confeſſor: Padre, el Señor Dios me ha dicho eſto, y eſto, creerálo èl aſsi, porque le parecerà verdad, que yo no le miento: pero yo, pobre, temome ſi te entiendo, y ſi te conozco, Dios mio. Y vèn acá, alma, volviò el Señor, quando ello miſmo que agora me dices, le dijiſte, y preguntaſte à tu Confeſſor, que de tantos años, y tan bien te conocia, qué te dijo, y què te reſpondiò? Mi Señor, reſpondióme, dije yo, que aunque quando yo ſe lo decia me creía; pero que no ſe gobernaba por ſolo eſſo, ſino porque tenia otras muy particulares, y grandes razones, y cauſas para entender, y juzgar era Dios el que me hablaba, y ſe me comunicaba. Eſto es, mi Dios, lo que el Confeſſor me reſpondiò.

Pues ſegun eſſo, alma, concluyò el Señor, y que tù tratas verdad con toda ſencilléz, què es lo que temes? Bien vás, alma, y con ſeguridad; y mira, quando te pareciere que lo que me has pedido, como en eſte preſente caſo en que te he dicho, que ſe haga como lo pides, vieres que lo tal no ſe cumple à la letra, y como ſonaba, no te has de afligir, ni temer demaſiado, ni penſar luego que fué engaño lo que oiſte, ò entendiſte, ſino creer, que ſe te dá lo que pides, aunque tù no lo entiendes; porque ſiempre quieres en ſemejantes coſas haga Yo lo que conviniere à mi gloria, y ſalvacion de las almas: que mis juicios, y los modos de comunicarme al alma, ſon muchos, altiſsimos, y ſecretiſsimos, que voſotros no los podeis alcanzar, ni penetrar; y aſsi no hay ſino confiar en mì, que no puedo faltar à los que me aman, y ſirven, y con eſto quietarte, y deſcanſar en mì.

Eſto fuè lo que en eſta ocaſion me paſſó con el Señor, de lo qual quedè conſolada, y alentada en èl, dandole infinitas gracias por ſu miſericordia. Díle cuenta de eſte ſuceſſo, y doctrina en á mi Confeſſor, y èl la aprobò, y dijo iba muy bien, y que no hicieſſe mudanza en mi eſpiritu, y fueſſe caminando por donde Dios me llevaba; y que lo contrario de eſto tuvieſſe por tentacion, y como á tal la deſechaſſe de mì. Sea el Señor para ſiempre bendito.

Amen.

LI-

LIBRO TERCERO.

LA DICHOSA MUERTE DE ESTA VIRGEN, ſus glorioſas Exequias, y milagros, que Dios obró por ella.

„EL deſvelo comun de la humana „naturaleza, es la incertidumbre „de quàl ſerá ſu fin, eſtando por „otra parte tan cierta de que ha de lle- „gar éſte. Anſioſo cuidado le cauſa à qual- „quiera alma, en quien no eſtá muerta „toda la lumbre de la razon, quál, y „cómo ſerá la muerte, que ha de po- „ner termino fatal à tantos, y tan diver- „ſos ſuceſſos de la vida. Todo eſte tro- „pel de penſamientos, eſte potro de aſuſ- „tadas imaginaciones, aprieta incompara- „blemente con mas fuerza à las almas „Chriſtianas, à quienes no ſolo la luz de „la humana razon, ſino tambien el farol „de la Fè Divina, hacen mas ſolícito, y „congoſo eſte recelo, mas frequente, y „deſvelada eſta memoria. Alma Catholica, „à quien no atemoriza quál ha de ſer „aquel punto de quien cuelga toda una „eternidad, ò tiene los afectos de yerro, „ò los diſcurſos ſepultados en un abyſmo „de tinieblas. Pero nueſtro gran Dios, y „Señor, cuya inmenſa piedad no deja ſin „el conſuelo de algun remedio ninguna „de nueſtras miſerias, nos dejò en la en- „crucijada obſcura de tantas dudas una ſen- „da mas clara, por la qual (aunque no „ſiempre infalible) comunmente raſtrea- „mos, cómo, y quál ſerà nueſtro para- „dero. Diónos la vida por indice de la „muerte: es éſta efecto de aquella: mori- „rémos bien, ò mal, conforme à como „huvieremos vivido. Quien ha leído haſta „aqui las heroycas virtudes con que ador- „nò ſu vida nueſtra ſanta Virgen Doña „Marina, claramente raſtrearia, quál ſerìa „la ſantidad, y dicha de ſu muerte. En „el triunfo de éſta, en la gloria de ſus „Exequias, ſe empleará eſte tercer Libro. „Añadirè algunos milagros, que perſonas „fidedignas, y juradas ateſtiguan obrò el „Señor por eſta eſpoſa ſuya, á quienes no „ſolícito mas fé, ni doy mas autoridad, „que la que la piedad Chriſtiana, y la „verdad humana pide en ſemejantes mate- „rias, haſta que el juicio infalible de la „Sede Apoſtolica Romana las examine, y „apruebe, poniendolas en el eſtado juſtiſ- „ſimo, que conviniere.

CAPITULO I.

Algunas revelaciones, que de ſu muerte tuvo eſta Virgen en los años ultimos de ſu vida.

„AL fin de la primera parte de eſta „Hiſtoria nos dejò el Venerable „Padre Luis de la Puente eſcritas algunas „revelaciones, que de ſu dichoſa muer- „te tuvo Doña Marina: el tiempo que di- „cho ſanto Padre la tratò: de cómo ſe „veria en ella, y en la gloria de ſu entier- „ro, y exequias, en vez de pompa fú- „nebre, un triunfal aparato: lo qual todo, „no por dicho de diez, ò de veinte per- „ſonas, ſino por teſtimonio de una Ciu- „dad entera, la noble, y populoſa Valla- „dolid, à viſta de ojos, puntualiſsimamen- „te ſe viò cumplido, como en el capitulo „ſiguiente ſe verà. En éſte pondrè otras „revelaciones, que eſta Virgen tuvo del „Señor los ultimos nueve años, que ſo- „breviviò à ſu venerable Confeſſor. En un „papel, pues, del año de 626. à los 15. de

„de Enero, dice aſsi.

Hizome nueſtro Señor merced eſtos dias paſſados de Paſcuas, de enſeñarme la grandeza de aquellos myſterios, levantando tanto mi eſpiritu, que engolfado en aquel incomprehenſible Sèr de Dios, me perdí del todo de viſta, quedandoſe el eſpiritu mio en aquellos divinos obſcuros, que otras veces he dicho. Haviendo eſtado aſsi algunos dias, el Jueves por la mañana 15. de eſte mes, me enſeñò el miſmo Señor à mi alma en figura de un pajarico muy gracioſo, que con un movimiento ſuave, y ligero bajaba del Cielo, y llegando adonde yo eſtaba, y poniendoſe ſobre mi pecho, clavó el pico en mi corazon con tanta fuerza, que el miſmo corazon de carne hizo ſentimiento. Paróſe alli un poco, y luego, tirando de mì con el miſmo pico, (obrandolo aſsi el Señor con ſu admirable poder) me llevò haſta el Cielo, poniendome delante de la Beatiſsima Trinidad. Alli vì mi cuerpo difunto, y tendido como tal en el ſuelo de aquel Cielo; y eſtando aſsi, vinieron unos Angeles del Señor, y le cubrieron con un paño azul, ſembrado de eſtrellas de oro, tan reſplandecientes, que parecia, que haſta el miſmo Dios llegaba la reververacion de ſus reſplandores. Mi eſpiritu, en figura de aquel lindo pajarico que dije, ſe volviò al lugar donde havia ſalido, engolfandoſe en el incomprehenſible abyſmo de ſu Dios. Comenzaron luego los Angeles à cantar unos Pſalmos, y me pareciò que no eran los que ſuelen decir en las exequias, ſino otros de ſolemnidad, y fieſta.

Haviendo hecho eſte Oficio, ſe me llegaron eſtos mis Señores Angeles, que ſiempre me aſsiſten, y quitando aquel paño, me levantaron, no del todo, ſino como incorporandome, ò ſentandome en aquel miſmo lugar en que havia eſtado. De aqui me llevaron à un trono alto, y reſplandeciente, de grande, y admirable riqueza, que à ninguna coſa de acà ſe puede comparar: hallème alli veſtida con los precioſos atavios, que otras veces he referido. A eſte tiempo, como volviendo en sí mi alma, reparò adonde eſtaba, cauſandome aquella grandeza tan grande confuſion, que quiſiera arrojarme del Trono abajo; porque con la luz que nueſtro Señor me daba, conocia con grande claridad mi propria vileza, mis muchas faltas, y miſerias, y cotejando todo eſto con la gloria, en que ſin merecerla me havian pueſto, no podia ſufrir diferencia tan grande; pero aquel ſoberano Señor, que con tanta miſericordia amontona unos beneficios ſobre otros, ſe llegò à mì, y rodeandome las tres Divinas Perſonas, el divino eſpiritu me dijo unas palabras regaladiſsimas, y tocandome con ſu ſoberana mano, y como quien hacia demoſtracion de las ſagradas ſeñales, que tengo eſculpidas en pies, manos, y coſtado, moſtraba ſe complacia en ellas. Las palabras fueron las que otras veces he dicho: *Tota pulchra es amica mea*; que refiero con harta confuſion, y verguenza mia, por hallarme indigna de tan ſeñalada merced, y como atónita mi bajeza del favor, que recibo de eſta ſoberaniſsima Perſona, que con inefable caridad ſe digna llamarſe eſpoſo de un alma tan pobre como la mia: y aunque acá pronunciamos dichas palabras, y las entendemos como ſuenan, es tan grande la diferencia de eſte modo de decirlas, y entenderlas à aquel con que ſu Mageſtad las dice, y las entiende alli el alma, como vá de una coſa viva, à una coſa muerta, y mucho mayor. Aſsi tambien quando digo, que en eſta ocaſion me tocò con la mano, y es aſsi verdad: pero no es mano de carne, ni la vì en eſſa figura, ni el tocar es como el de acà, ſino todo en un modo eſpiritualiſsimo, y diviniſsimo, que totalmente es inefable; porque realmente, aunque lo que digo es verdad, y paſſó aſsi; pero yo por ningun modo tengo palabras para explicar cómo aquello ſe hace.

Eſtaba yo gozando con tan grande ſuavidad de aquellos maravilloſos myſterios, y tan llevada de ellos, que deſeaba ſumamente quedarme alli, y no volver mas á la tierra; pero vì que mis Señores los Angeles ſuplicaban al Señor ſe acabaſſe aque-

aquella vision, y les diesse licencia para volverme à mi lugar; y entendì que era la causa de esta peticion, porque la flaca naturaleza no recibiesse daño de la fuerza, y vehemencia con que el alma es arrebatada al conocimiento, y gozo de aquellos bienes. Pero su Magestad, que sabe, y puede quando quiere, y suele hacerlo tal vez, quiso detenerme alli mas largo espacio sin dispendio de la naturaleza, hasta que uno como ayre de aquella Celestial Patria (que se hace visible à los ojos interiores, y es al modo de un resplandor dorado) se fuè espesando, y haciendose como una nubecita, la qual, cubriendome, y dejandome como en una suspension; me detuvo un rato; y quando volvì de ella, me hallè en mi aposento con mis Señores los Angeles. Sea este gran Dios eternamente bendito.

Despues me declarò el Señor la significacion de aquella figura de mi cuerpo difunto; y fuè decirme, que antes de mi muerte tendrè una suspension tan grande, que todos me juzgaràn por difunta, aunque en efecto no lo estarè, porque volverè en mì de ella, y poco despues morirè. Esto mismo me ha dicho el Señor en otra ocasion.

Luego, à los diez y nueve del mismo mes, vì un rayo de luz, à modo de un hilo hermoso, y delicado, que bajando del Cielo, y de aquel lugar adonde la parte superior de mi alma, que otras veces he dicho, està como entrañada, y engolfada en el inmenso Sèr de su Dios, tocò luego este rayo la parte inferior de mi alma, y tirando de ella, se la llevò consigo al Cielo, y la puso à la vista de aquellas grandezas, y bienes infinitos de Dios; y aunque yo no acabo de entender, cómo en el alma, siendo una, haya estas dos partes; pero sin duda experimentò estos dos efectos; y son, que aquella parte superior, (obrandolo asi el Señor) aunque no abarca aquellos bienes; pero à su modo se hace capáz de ellos, y los conoce, vè, y goza; pero essa otra parte no parece que puede, ni sabe llegar à gozarlos; porque á la manera que quando una luz se llega muy cerca de los ojos, estos se deslumbran, y desde lejos la vèn mejor, y con mas suavidad; asi tambien experimento, que segun esta parte inferior del alma, no puedo percibir, ni vèr aquellos bienes con la facilidad, suavidad, y gozo, que con la otra superior. Estando asi, me comunicò el Señor un rayo de luz, con la qual, à modo de relampago, me enseñò lo que es eternidad, aquel para siempre gozar de Dios. Esto fuè tres veces; pero à cada una con la brevedad que digo de relampago. No se puede explicar con ningunas palabras lo mucho que en tan breve momento descubre alli su Magestad al alma. El sea bendito. Amen. Amen.

„Antes de passar à otra vision, adon„de el Señor le diò à esta Virgen por se„ñal de su muerte vecina el mismo arro„bo largo de que aqui habla, con otras „circunstancias muy regaladas, me pare„ciò desatar aqui una duda, que à to„dos los que atentamente leyeren esta ad„mirable Historia, parece que no puede „dejar de ofrecerseles. Es ella, como en „esta vision, y en otras muchas, que atràs „dejo escrito, llama esta Virgen à la ter„cera Persona de la Trinidad Beatissima, „al Espiritu Santo con nombre de Esposo „purissimo de su alma; siendo asi, que „tan difusamente en la primera Parte de „esta Historia, y con tan admirables cir„cunstancias, refiere ella su purissimo, y „espiritualissimo desposorio con la segun„da Persona el Verbo Encarnado, Dios, „y Hombre Verdadero, que es Jesu-Chris„to Señor nuestro; y realmente la duda „no es tan somera, que à la misma Vir„gen no le diesse cuidado; pero su Ma„gestad le declarò el mysterio, y conso„lò en sus temores, lo qual todo en un „breve membrete del año de seiscientos y „veinte y cinco nos dejò ella escrito por „estas palabras.

En veinte y ocho de Diciembre de este mismo año, estando yo pensando en las misericordias, que el Señor me havia hecho, y en especial en la del desposorio, decia con ansias dentro de mì: Siendo

Dios

Dios uno, y una Divina Essencia, aunque Trino en Personas, cómo son dos los desposorios? Fuè el primero muchos dias antes con Jesu-Christo Señor nuestro, y despues con la Sacrosanta Persona del Espiritu Santo: cómo serà esto? Dudaba yo en este mysterio, no de la verdad de que huviesse passado, sino de cómo havia sido hecho. Entonces me dijo el Señor: Mira, alma, no sabes tú, que un Rey muy de ordinario se desposa por poderes con una Princesa, y le embia joyas, y ella las recibe, y despues èl por su persona le desposa, y vela? Pues asi en su modo te ha acaecido à tì. Primero se desposò contigo Jesu Christo como por poderes del Espiritu Santo, Esposo tuyo, y te diò joyas; y despues la misma Persona del Divino Espiritu, como proprietario, se desposò, y recibiò por verdadera esposa suya, y te enriqueciò como has visto.

„Hasta aqui Doña Marina sobre este „punto. Vuelvo al intento de la revela„cion de su dichosa muerte; y aunque „no pude ajustar, ni año, ni dia cierto, „en que le sucediò la que agora escribo; „pero del orden con que estàn numera„dos los papeles, entiendo que fuè poco „antes que esta Virgen muriesse. Refiere „ella el sucesso por estas palabras, despues „de contar otro, (que en su lugar escri„bo) y le havia sucedido primer Domin„go de Quaresma.

El Viernes siguiente, estando en mi oracion ordinaria, vì venir como de lejos al gloriosissimo Patriarca San Benito, acompañado de muchos Santos Monjes de su Orden, y Angeles del Señor; el qual, llegandose à mí con grande magestad, y sentandose en un mysterioso assiento, que los Angeles, con la brevedad, y asseo, que otras veces he referido, le compusieron, con muestras de grandissima caridad me dijo: Nuestro gran Dios sea contigo, alma: yo vengo à tí, por orden, y en nombre de este Señor, à dos cosas muy importantes, que tu Dios quiere que sepas, y tengas noticia de ellas. La primera es, que muy de veras, y con mucha instancia le pidas à su Magestad, para su mayor gloria, el buen sucesso en una eleccion que brevemente se harà. Yà sabes como en mi Religion se congregan agora presto mis Monges para elegir cabeza, y tràs esso los Superiores particulares de todos los Conventos: el negocio es gravissimo, y de mucha importancia su buen acierto para gloria del Señor, y bien de la Religion; y aunque por la divina ordenacion assistirémos al Capitulo quatro Patriarcas, (que à peticion mia lo concediò assi su Magestad) que seremos, yo, como cabeza del Orden, y San Agustin, San Bernardo, y Santo Domingo; pero el demonio, y sus allegados, por permission divina, y por secretos juicios de este Señor, han de hacer grandissimo esfuerzo para dañar: sembraràn ponzoña para divertir lo que es justo, y que no se haga lo que mas conviene. Ruegote, pues, alma, quan encarecidamente puedo, por amor de aquel Señor de la Magestad, à quien amas, y deseas servir, que con grande eficacia, y fuerza de espiritu, y mucha continuacion, pidas, y alcances de tu Dios el buen sucesso à gloria suya, y bien de la Religion en negocio tan importante.

La segunda cosa à que vengo, alma, que para tì serà de grande consuelo, es para enseñarte quál serà el modo de tu dichosa muerte, passo de esta presente vida à la eterna, y possession de tu Dios. Digote, pues, que este transito serà en breve, y despues de haver tenido una larga suspension en el Señor. En volviendo del éxtasis, hallaràs, y veras à la Santissima Virgen en tu pobre aposentillo, y à los Bienaventurados Patriarcas San Ignacio, San Agustin, Santo Domingo, San Francisco, y à mí, que acompañarèmos à la Soberana Reyna Señora nuestra, y estarèmos muy cerca de tí. Hallaránse juntamente muchos Angeles del Señor, fuera de los que su Magestad te ha dado para tu compañia. Luego despues bajará con suma grandeza la Magestad de Christo nuestro Señor, con vestiduras Reales, y Corona en su sagrada cabeza; y llegandose á tí

con grande agrado ſuyo, y conſuelo tuyo, ſe abrazará con tu alma, y deſpojandote del cuerpo mortal, y veſtidura del Adán viejo, para veſtirte de la inmortal, y precioſa, te llevará conſigo, y en ſus proprias manos á aquella Celeſtial Patria, adonde vivimos para ſiempre, y ſomos bienaventurados en el miſmo Dios, acompañado de ſu Santiſsima Madre, de noſotros los Patriarcas, y de otros Santos, de tu Angel de guarda, y de los demás, que he dicho; y de eſta manera te colocará la Divina Mageſtad en el lugar que te tiene deſde ſu eternidad ſeñalado, ſegun ſu infinita bondad, y tus merecimientos, y lo mucho que padeciſte en el diſcurſo de tan larga vida. En eſte caſo, y obra de eſte gran Dios, ſerá mucha la admiracion de la Corte Celeſtial, y con grandes alabanzas á Dios, dirán cantando: Quièn es eſta alma tan dichoſa, y bienaventurada, que el poderoſo Señor de la Mageſtad inmenſa trahe en ſus miſmas manos, y la coloca en tan ſupremo lugar? De eſta manera, criatura de Dios, ſerá tu poſtrimerìa dichoſa. Conſuelate, alma, en tu Dios, y dale infinitas gracias.

Luego que huvo dicho eſto el Santo Patriarca, y oídole yo con grande conſuelo mio, ſe levantò en pie, y ſe llegaron á èl con grande reverencia los Santos Monges ſus hijos, que le acompañaban, entre los quales conocì á uno, que hoy vive, y le puſieron una capa, y muceta muy reſplandeciente, y una mitra en ſu ſanta cabeza, y baculo en la mano, y poniendole delante de una myſterioſa meſa, como Altar, que los Angeles formaron, y dando el baculo al Monge vivo, que poco antes dije, levantò el Santo Patriarca los ojos al Cielo, y con una voz admirable, y divina, entonò devotiſsimamente. *Per omnia ſæcula ſæculorum*; á lo qual los Angeles del Señor que alli eſtaban, reſpondieron: *Amen*. Proſiguiò el Santo Padre con lo que dice en el Prefacio; y reſpondian los Angeles haſta que llegò á decir el *Sanctus* tres veces. Entonces ſe poſtraron todos por tierra, y luego, levantandoſe, proſiguieron lo demás.

Acabado eſto, ſe volviò el glorioſo San Benito á ſu aſsiento, y el Monge vivo le quitò la Mitra, y el Santo Patriarca ſe llegò con grande reverencia á una pequeña Cuſtodia; pero riquiſsima, que eſtaba ſobre aquel Altar, y ſacando de ella con grande devocion una Forma conſagrada, y poniendola ſobre una Patena, ſe vino ácia á mí, acompañado de todos aquellos Santos Angeles, y me la puſo en los labios, diciendo no sè què palabras ſantas, que yo no pude percibir, y quando de alli á un poco volvi en mí, ſentí los miſmos afectos, y efectos, que ſuelo quando comulgo ſacramentalmente. Volvióſe el Santo á ſu aſsiento, adonde yá no ví el Altar de antes: de alli me echò el Santo Patriarca tres bendiciones, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Eſpiritu Santo; y añadiendo: Quedate, alma, en paz, y en tu Dios, ſe volviò al Cielo con toda aquella ſanta compañia. Millares de veces ſea bendito el Señor por ſus miſericordias, que mi alma quedo notablemente conſolada con eſta viſta.

CAPITULO II.

Feliz muerte de eſta Virgen: ſu triunfal entierro, y glorioſas exequias.

„TUviera por delito grave contra la „puntualidad de la Hiſtoria, ſi en „eſte punto contára lo ſucedido con „palabras mias, que no me hallè pre„ſente, teniendo el teſtimonio autenti„co del Padre Miguèl de Oreña, que „como Confeſſor de eſta Virgen, la aſ„ſiſtiò ſiempre haſta el ultimo inſtante „de ſu vida, y viò todo lo que paſsò „en ſus honras. En una Carta, pues, que „anduvo impreſſa por toda Eſpaña, y otros „Reynos, eſcrita al Conde Duque de Oli„vares Don Gaſpar de Guzmàn, Priva„do entonces del Catholico Monarca, di„ce aſsi el Padre Oreña.

COPIA DE UNA CARTA, que el Padre Miguèl de Oreña, Rector del Colegio de la Compañia de Jeſus de San Ambroſio de Valladolid, eſcribiò al Excelentiſsimo Señor Conde Duque, de la muerte de la ſeñora Doña Marina de Eſcobar, cuyo Confeſſor era.

PErdone vueſtra Excelencia la mano agena, que no puedo aprovecharme de la propria para eſcribir lo que paſsò en la muerte de la ſeñora Doña Marina de Eſcobar: y porque vueſtra Excelencia no tiene tiempo para leer largas Hiſtorias, ceñirè eſta en breves palabras. El Jueves, dia de la Solemnidad del Corpus, fui à confeſſarla, y à decirla Miſſa à las quatro y media de la mañana, como lo hacia otros dias; y dandome cuenta, me dijo, que dos horas antes, poco mas, ò menos, havia viſto en ſu apoſento al demonio haciendo repreſentacion de la Perſona de Jeſu-Chriſto Señor nueſtro; pero que ella le havia conocido luego; y que en el miſmo inſtante, uno de aquellos Santos Angeles, que ſiempre la aſsiſtian, havia acudido, y dandole muchos golpes con un latigo, le havia echado de alli; y añadiò: Temo que me ha hecho algun daño, y arrojadome algun veneno; porque luego ſe llegò à mì el Santo Angel de mi guarda, y me trajo la mano por la frente, y por la cabeza, como alhagandome, y aplicandome alguna medicina. Poco deſpues viò bajar del Cielo à Jeſu-Chriſto Señor nueſtro rodeado de muchos Angeles, que eſtuvo con ella conſolandola, y alentandola, y la comulgò eſpiritualmente. Eſto, y otras coſas, que paſſaron, me refiriò muy de eſpacio, y yo dije Miſſa, y la comulguè; y me volvì à mi caſa, adonde fueron poco deſpues ſus compañeras à confeſſarſe, y comulgar, y me dijeron, que apenas havia ſalido yo de la ſuya, quando de repente havia dado à ſu ſeñora un dolor de hijada muy fuerte con que quedaba muy afligida. Oìlo, y aunque ſoſpechè era efecto del demonio, no reparè mucho, por ſer en ella tan frequentes los dolores, y variedad de tormentos, que continuamente padecia.

Continuóſe eſte dolor aquel dia, y comenzaron otros de pecho, y eſtomago, que aunque la tenian en grande afliccion; pero la mayor reſultaba de unas anſias de corazon, y unas congojas tales, que ella, y los Medicos, y yo, que la aſsiſtia con las de caſa, echabamos de vèr, que no podian proceder aquellos efectos de cauſa humana; pero porque ella fuè ſiempre muy inclinada à proceder en todo por los caminos, y medios ordinarios, ſe dejò curar de los Medicos, que le aplicaron los remedios de que era capáz ſu flaqueza; pero todos tan ſin provecho, que antes, como ellos miſmos reconocian, aumentaban los dolores; los quales ſe eſtendieron por todas las partes del cuerpo, de ſuerte, que ninguna dejaron libre, ſino ſola la cabeza, adonde el Santo Angel havia tocado con ſu mano, previniendo aquella parte para que pudieſſe proſeguir el ejercicio en que continuamente eſtaba de la preſencia de Dios, y comunicacion con ſu Mageſtad, y con los Angeles, y Bienaventurados del Cielo.

Con eſtos tormentos tan riguroſos ſe fuè eſtenuando la naturaleza de ſuerte, que juzgaron los Medicos que era conveniente darle el Santiſsimo Sacramento por Viatico; pero porque aquel dia havia comulgado por la mañana, por ſer contra el uſo comun de la Igleſia comulgar dos veces en un dia, hice que ſe dilataſſe para el ſiguiente, en que le dimos el Señor à las ſeis de la mañana, trayendole de ſu Parroquia, para ejemplo de todos, aunque en caſa comulgaba cada dia. Recibióle con grande ſoſsiego, aunque le durò poco mas de una hora; porque luego volvieron los dolores con grande fuerza, y tan grandes, que los Medicos, eſpantados del eſpectáculo, no hacian ſino encoger los hombros, y volverſe ſin aplicar remedio, ni aun decir palabra. Las compañeras, y yo, que aſsiſtiamos de dia, y de noche, tampoco podiamos hacer mas que llorar, y compadecernos con grande ſentimien-

to de vèr padecer tanto à una tan ſanta criatura. Preguntabale algunas veces, cómo le iba en lo interior del alma? Y reſpondiame: Padre, con grandes obſcuridades, y deſamparos me tiene nueſtro Señor; pero hagaſe en mì ſu ſantiſsima voluntad, y vengan ſobre mì muy en hora buena todos los tormentos, que ſu bondad permitiere; sì bien el que mucho ſiento es un modo de rabia, (que aſsi lo decia) que deſpierta en mí el enemigo, que me dà bien en què entender. No ceſſaba uno, y otro, y con ſer de ſu natural muy repoſada, y por ſu ſantidad tan ſufrida, que muy grandes dolores (como ſe verà por lo que luego dirè) raras veces la hacian quejar; eſte paſſaba de dia, y de noche en un grito, con modo tan ſentido, que ſe deſcubria bien la fuerza del tormento.

Y para que ſe haga algun concepto, dirè à V. Excelencia lo que paſſó diez años há, pocos dias antes que murieſſe el ſanto Padre Luis de la Puente. Viò en aquella ocaſion al demonio, que en una figura horrenda venía ácia donde ella eſtaba bueltas las eſpaldas, y andando ácia atràs, y à poca diſtancia ſe volviò à ella, y con una preſteza increìble, juntando el polvo del apoſento, la abriò la boca, y ſe le hizo tragar; y luego con la miſma velocidad la puſo debajo de las eſpaldas un grande braſero encendido, con que le parecia à ella, que la havia abraſado, y que el tormento no havia ſido menor, que ſi la havieran arrojado en una grande hoguera. Con aquel polvo, y calor, ſe le cuajaron en el cuerpo cinco piedras, que la tuvieron poco menos de cinco meſes con grandes tormentos; y con ſer aſsi, que una como un piñon, ò menor los ſuele cauſar tan grandes, como la experiencia enſeña en muchos, y ſer cada una de eſtas piedras, quando las echò, tan grandes como la hiema de un huevo; con todo ſufriò aquellos tormentos por tan largo eſpacio con tan gran ſufrimiento, y paz, que raras veces ſe le oyò levantar la voz quejandoſe; pero en eſta ocaſion, como era la ultima, que Dios daba al demonio, como èl la deſeaba, y ella ſe lo oyò decir muchas veces, y me lo referia à mì, aprovechóſe de ellas con toda ſu potencia, permitiendolo Dios para mayor corona de ſu Sierva, y para que no le faltaſſe la del martyrio, que ella tanto tiempo havia deſeado.

Paſsò aſsi haſta el Lunès antes de ſu muerte, que à la una de la noche me dijo, que la parecia, que ſerìa bueno que la dieſſen la Extrema Uncion. Embiamos por ella, y recibióla, ſoſſegandoſe entonces por un breve rato, y volviendo luego los dolores con la miſma furia, y con el miſmo ſentimiento, y quejar ſuyo, que oyeron muchas perſonas, que deſde fuera del apoſento la oían con grande compaſſion, y quebranto, durando haſta el Miercoles à las nueve y media de la noche, en que ceſſaron todos, y pude hablarla algunas palabras, pero pocas; porque luego comenzò à ſuſpenderſe en un rapto eſpiritual, que durò deſde aquella hora haſta el Jueves poco antes de la diez del dia. En eſtos raptos, y ſuſpenſiones la havia hecho Dios tan ſingular merced, que aunque eſtuvieſſe en eſtrechas uniones con Dios, y en altas revelaciones, y viſiones, podia reſponder quando la llamaban, y comunicar con alguna perſona, ſi en tal ocaſion entraba à hablarla, aunque, como ella decia, coſtaba à la naturaleza algun trabajo, por eſtàr por entonces el alma tan llevada del amor de Dios, y atenta à los myſterios que la enſeñaba, y ſecretos que la deſcubria; y como yo ſabía eſto, preguntèla, eſtando preſentes ſus compañeras, ſi ſe acordaba de Dios? Reſpondióme con grande paz, y gracia, como ſonriendoſe, y dijo: Bueno eſtà eſſo. Porque ſabía que no ignoraba yo, que havia muchos años que en ninguna ocaſion, comunicando con criaturas, ò padeciendo dolores, y tormentos, apartaba jamàs de Dios la viſta de ſu alma. No quiſe decirla mas; porque me acordè, que la havia revelado nueſtro Señor muchos años havia, y deſpues de la primera vez otras muchas, que no la queria decir la hora de ſu muerte, porque no la convenia; pero que le daria nna ſeñal, y era, que antes

tes de ſu muerte tendria un rapto, y ſuſpenſion de ſentidos, que duraria muchas horas; y ſolia decirme, que eſtuvieſſe atento à aquella revelacion, porque no la enterraſſen viva. Pues viendo yo que duraba tanto, juzguè que aquella era la ultima ſeñal, y que aunque eſtaba tan ſoſſegada, y no con malos pulſos, eſtaba cercana la muerte, y el dichoſo tranſito de aquella alma, que tanto, y tan de veras havia amado, y ſervido à Dios en la vida mortal; y aſsi tomè un Santo Chriſto, que muchos años havia tenido à ſu cabecera, y poniendole delante de ſu roſtro, me eſtuve con èl en la mano, haſta la hora dicha de las diez poco menos del dia, (que fuè nueve de Junio) en que haciendo un pequeño movimiento, diò ſu eſpiritu à Dios, que para tanta gloria le havia criado, dejandome con firmes eſperanzas de que ſe cumpliria una revelacion, que el ſanto Padre Luis de la Puente tuvo, y ſe la eſcribiò en un papelico, eſtando èl en la cama muy apretado de dolores; y le dice en èl eſtas palabras de ſu mano, y con ſu firma: Quierola decir para ſu conſuelo lo que haſta agora la he callado. Eſtè cierta, que deſde la cama bolarà al Cielo, y le ſobrarà mucho; y es conforme à otras, que ella tambien tuvo de nueſtro Padre San Ignacio, y de otros Santos Patriarcas, que la dijeron, que en ſu tranſito ſe hallarian preſentes con muchos Angeles, y Almas bienaventuradas, y la llevarian conſigo à la Celeſtial Jeruſalèn, donde tuvieſſe por toda la eternidad la poſſeſſion de aquellos bienes, de que el Señor tantas veces la havia enſeñado alguna partecica.

Supoſe luego en el Lugar la muerte de eſta ſanta Señora, y movida la gente con afecto de verla, y beſarla los pies, acudiò en tanta frequencia, y multitud, que para que no ſe ahogaſſen unos à otros, y la caſa, que es pequeña, y vieja, no ſe hundieſſe, fuè neceſſario, que Don Pedro Carrillo, Colegial de Santa Cruz, Proviſor del Señor Obiſpo, embiaſſe ſeis Sacerdotes, para que con penas, y cenſuras apartaſſen la gente, y no la dejaſſen entrar; pero no ſiendo eſto baſtante, mandò el Acuerdo, que aſsiſtieſſen alli los Alcaldes para eſte efecto, los quales vinieron luego; y con aſsiſtir de dia, y de noche Don Juan Arias de la Rua, Alcalde del Crimen, y el Alguacil Mayor de la Chancillería, y el Teniente de la Ciudad, eſtando uno à la puerta con muchos Alguaciles, y otro á las eſcaleras, y otro donde eſtaba el ſanto cuerpo, todos con Alguaciles, no podian apartar la gente, que de todos eſtados acudiò la que havia en Valladolid con grande piedad, y devocion, aſsi Religioſos, como ſeglares, y todos, pueſtos de rodillas, la beſaban los pies, y pedian le tocaſſen los Roſarios en ſus manos; y en eſto ſe paſsò aquel dia, y gran parte de la noche, haſta el Viernes à las cinco de la tarde, que con ſer muy copioſa la lluvia, ſe eſtaban mojando en la calle, ſin querer apartarſe, volviendo una, y muchas veces muchos de la gente mas granada para beſarla los pies.

En eſte tiempo, la Igleſia Mayor, y algunos Capitulares, con deſeo de tener ſus Reliquias, trataron de mirar ſi havia alguna cauſa para que pudieſſen llevar aquel ſanto cuerpo. Y viniendo à mi noticia eſta diligencia, hicela con el Acuerdo, para que en caſo neceſſario me dieſſen ſu favor, para que ſe cumplieſſe la voluntad de la difunta, y la de Dios, que muchos años antes havia declarado, de que ſu cuerpo ſe enterraſſe en la Compañia, donde ſu alma havia ſido enſeñada en los myſterios divinos deſde los principios de ſu niñèz. Pero ningun medio, ni auxilio de la juſticia fuè neceſſario; porque haviendo el Padre Fray Andrès de la Puente, de la Orden de Santo Domingo, manifeſtado eſta voluntad de Dios à los del Cabildo, y Ciudad, que en ſecreto le havian conſultado el intento, confirmaron la ſuya con la divina, y de una, y otra parte me embiaron Comiſſarios, dos Prebendados, y dos Regidores, ofreciendoſe, y tomando por ſu cuenta deſde entonces todo lo que ſe huvieſſe de hacer, aſsi en el entierro, como en el novenario, que penſaban hacer à la memoria de eſta ſanta veci-

cina, que fuè tan grande la devocion con que esta piadosa Ciudad abrazò este acuerdo, que fuè uniforme, y general, que deseando cada uno para sì la suerte de esta comisśion, y no queriendo ninguno cederla en otro, se tomò por conveniencia el sortearla, y asśi se hizo. Y desde luego la Ciudad diò orden, que se hiciesse un atahud cubierto de carmesì, con franjones de oro, forrado por de dentro con raso blanco, con seis cerraduras doradas, para que se diessen dos llaves al Cabildo, dos à la Ciudad, y otras dos quedassen en nuestro poder. En lo qual vine con mucho gusto, por haverme assegurado, que el intento era solo la custodia de aquel santo deposito.

Puesta en el atahud, y cessado con particular providencia divina la lluvia, que hasta entonces havia sido muy copiosa, se juntaron todas las Religiones, la Clerecia de la Ciudad, y Cabildo de esta Iglesia, y todas las Cofradías con sus Pendones, dando la cera à su costa el Vizconde de Viloria, que fuè toda blanca. (y de esse color se ha gastado todo el Novenario) Sacaron el cuerpo los Regidores de la Ciudad sobre sus hombros; y por consuelo del Pueblo, que estaba todo por las calles, y ventanas, le llevaron por las mas públicas, mudandose unos despues de otros, queriendo todos tener parte en aquel oficio de piedad; y llegando à la primera possa donde se havian de parar con el santo cuerpo, al tiempo que le iban à poner sobre un bufete, que para esto estaba aderezado, fuè tanta la gente, que de tropèl acudiò à tocar los Rosarios, y otras cosas, que para esto trahian, que à palos no podia apartarlos la justicia; y porque no sucediesse algun desmán, se resolvieron Cabildo, y Ciudad de no hacer otra parada, y asśi prosiguieron por las demás calles, y Plaza mayor, tocandose à este tiempo todas las campanas de la Ciudad, hasta llegar à la Casa Professa de la Compañia, donde estaban yá los Alcaldes Don Pedro Alarcon Ocon, y Don Juan Arias de la Rua, para hacer lugar à los Eclesiasticos, y donde los que hay de la Compañia en estas tres Casas, y los Caballeros del Hospital de Esgueva, estaban esperando el santo cuerpo. Alli le recibieron, y colocaron en un tumulo bien aderezado con grande cantidad de velas, y hachas, haciendo el Oficio la Iglesia mayor, asśistiendo el Cabildo, y Ciudad en forma, con grande multitud de todos estados; y acabadose, despidieron, dejando el cuerpo sobre el tumulo, por haverse ofrecido al Pueblo, que le gozaria alli dos, ò tres dias, porque pudiessen verle, y lograr su devocion: que asśi honra Dios, y saca à público à los que por su amor se quieren esconder, y sepultar en vida, como esta santa Señora, que por espacio de treinta años havia estado padeciendo tan graves tormentos en un calabozo, que tal era su aposento, donde no se veìa luz, sino es la de un candil, que de noche, y algunas horas del dia, estaba encendido, continuandose alli un perpetuo milagro; pues en todas las necesśidades à que la miseria humana està sujeta, y en cuerpo tan afligido de varias enfermedades, jamás se sintiò en aquel aposento mal olor, mas que si estuviera enmedio de un campo ventilado por todas partes.

Passada aquella noche, quando amaneciò el dia siguiente, volviò el señor Obispo, que el dia antes havia estado encubierto; y juzgando que se passaria mucho trabajo en el entierro, si se supiesse la hora, mandò que le diessen sepultura en una bobeda, que para este efecto se havia hecho en en el Presbyterio del Altar mayor, y llegando al cuerpo, y hallandole con algun mal olor contra lo que se esperaba, y dandome aviso de esto en mi Casa de San Ambrosio, hice que llamassen à sus compañeras, que havian compuesto el cuerpo difunto, y llegando ellas, y mirandole, hallaron que havia echado por la boca grande cantidad de sangre, y materia, que era la que causaba el mal olor; porque haviendole quitado aquella materia, quedò el cuerpo sin algun genero de mal olor, y tan tratable, como si estuviera vivo. Entonces se conociò la verdad de lo que ella me havia dicho, que sin duda el demonio la havia arrojado algun veneno, y éste fuè el

el que causò aquella apoſtema, como en la otra ocaſion el fuego, y polvo las piedras; y de alli ſe havian derribado los tormentos à las demás partes del cuerpo, de las quales ninguna deſde la cabeza à bajo quedò libre; porque los tuvo vehementiſsimos en la garganta, pecho, eſtomago, coſtado, brazos, y piernas, con tan grande extremo, que ninguno puede formar concepto de lo que alli paſsò, ſino es los que eſtuvimos à la viſta; y aun el Doctor Canſeco que la curaba, llegandoſe à mirar ſi tenia alguna inflamacion en la garganta, notò que en otras ocaſiones de corrimientos, y dolores de muelas, era el olor de ſu boca de un cuerpo ſano, y bien acomplexionado, y en eſta ſintiò aquel mal olor, que procedia de la apoſtema: y aunque por entonces no reparò en la cauſa; pero deſpues, haciendo reflexion, y advertencia, la reconociò.

El Martes ſiguiente ſe comenzò el Novenario, que ſe repartiò entre las Religiones de Santo Domingo, San Franciſco, San Aguſtin, Carmelitas Calzados, Trinitarios, Mercenarios, Clerigos Menores, la Compañia, Igleſia mayor, y Ciudad. Y ſi bien los dias antecedentes era mucho el concurſo de gente, que acudia à viſitar el ſanto cuerpo; pero deſde aquel dia haſta el ultimo, que fuè antes de ayer, han ſido tan copioſos, que con volverſe mucha gente, y ſer la Igleſia capáz, ſe llenaba toda deſde la puerta haſta el Altar Mayor, ſin dejar deſocupado otro eſpacio mas del que ocupaban los que decian la Miſſa, ſubiendoſe los que podian ſobre los Confeſſonarios, ſobre las cornijas de la Igleſia, y ſobre los bancos del Coro, aſsiſtiendo alli deſde la mañana haſta la una del dia, que es la hora en que comunmente ſe han acabado los Sermones, en los quales ſe han dicho muchas coſas de ſus virtudes, y algo de ſus revelaciones, profecìas, y milagros; pero todo lo que ſe ha dicho, y ſe dirà en otros de Cabo de Año, y Honras, que perſonas particulares, Caballeros, y Comunidades quieren hacerle, y proſeguiràn deſde el Lunes, todo es nada, reſpecto de lo mucho que ſe puede decir; pero dos coſas (fuera de muchas milagroſas, que han ſucedido deſpues acà) ſe han notado en eſtos concurſos. Una es, que deſde que ſacaron aquel cuerpo de ſu caſa, haſta que le trajeron à la Igleſia, no ſe viò perſona que ſe cubrieſſe la cabeza. Ni en todo el novenario ſe ha viſto en la Igleſia, que paſſadas de quatro, ò cinco perſonas, ſe hayan pueſto el ſombrero. La ſegunda, que viendoſe muchas veces en ſemejantes concurſos llegarſe los Caballeros mozos, y otros hombres à hablar con mugeres, aun eſtando deſcubierto el Santiſsimo Sacramento, en eſta ocaſion, entre tanta gente, y tan numeroſos concurſos, no ſe ha viſto hombre ninguno hablar con muger, ni haver ruido en la Igleſia, ſino es un ſilencio grande, como ſi la gente fuera mucha menos. Concluyo con decir, que viendo el ſeñor Obiſpo la aclamacion univerſal del Pueblo, las anſias con que todos piden, y buſcan qualquiera coſa que haya ſido de eſta Santa, y la eſtiman, y veneran por grande reliquia, me ha llamado dos veces, y me dà mucha priſa, para que hagamos las informaciones: y para obedecerle, y à la devocion de Ciudad, y Cabildo, que quieren hacerſe parte en eſte negocio, me retirarè dos, ò tres dias para hacer el interrogatorio. Sirvaſe el Señor de mi deſeo, y guarde à V. Excelencia con los aumentos de ſus divinos dones, que ſiempre le ſuplíco. De Valladolid, y Junio veinte y quatro de ſeiſcientos y treinta y tres.

Haſta aqui en ſu Carta el Padre Miguèl de Oreña, por cuyo teſtimonio, y de las demás perſonas, que ſe hallaron preſentes, ſe vè claramente cumplida la ſeñal, que el Señor en las dos revelaciones, que en el capitulo paſſado eſcribì, y en otras muchas ocaſiones le havia dado; pues durò eſte rapto ultimo caſi doce horas, y trás èl, volviendo brevemente en sì, deſmintiendo las eſperanzas, que de ſus mejorados pulſos ſe podian concebir, y verificando el credito de ſus revelaciones, diò el alma à aquel Señor, que con tanta dulzura de bendiciones, deſde los primeros alientos de ſu vida la havia prevenido. Lo que le

le pafsò en efte ultimo rapto, quién podrà raftrearlo, pues ella no quifo, y quizá no pudo defcubrirlo? Infinuelo por lo menos en la paz grande, y con la gracia con que fonriendofe, refpondiò à la pregunta de fu Confeffor. Grande fin duda fuè la fuavidad, que baftò para ferenar aquel mar de anguftias, que inmediatamente antes la oprimia: relieves fueron del Cielo los que pudieron defterrar dolores, que havian fido vicarios de un martyrio ejecutado por manos, y con la crueldad de un infernal miniftro. Què podia temer de lo que efperaba, quien al efpirar fe fonrie? O fueffe un fanto defprecio de quanto acà quedaba, ò un alegre regocijo de lo que iba à poffeer; ello es cierto, que quien con acuerdo prudente fe fonriò muriendo, no fe fentia laftimada del aguijòn de la muerte. Defpuntadas tiene éfta fus flechas contra los juftos, aunque fean ordinarios: què tales eftarian para contra el pecho de una Virgen, à quien con tan extraordinario favor, como vimos tantas veces, y por tantos años, el amor divino havia hecho blanco de fus faetas? Dichofa vida, que fe gaftò cafi toda entre mortales dolores, para cobrar, en vez de las aflicciones, que fuelen acompañar la muerte, un forvo de los foberanos deleytes, en cuya fuente poco defpues havia de matar fu fed, quedando fatisfecho fu efpiritu por una eternidad, trocando en pofsefsion pacifica, y gozofa lo ardiente de fus purifsimos defeos.

Pero cómo podia fer efto de otra manera, fi como poco antes oìmos de la boca del Patriarca San Benito, no fuè guadaña de muerte, fino un abrazo de Chrifto en union purifsima de fu amor, quien defuniò aquella alma fantifsima de fu virginal cuerpo. No puede fer amarga la muerte à un alma, que con divina luz probable, y piadofamente cree que eftà en gracia, cómo dejaria de fer dulcifsima à quien con otras noticias tan fuperiores, no folo fe juzgaba graciofa en los divinos ojos, fino abrazada con el Principe de las gracias, y como poffeedora yá de fus riquifsimos teforos? Vino de boda nueftro Divino Cordero; pero como dijo el Gloriofo San Benito en habito de Rey, quizà para moftrar que no era efta alma de las que ordinariamente ván al Cielo, para fer como doncellas, y criadas del Efpofo Divino en fu Sacrofanto Palacio, fino una de aquellas fefenfa Reynas, que con iluftre titulo de efpofas acompañan al Soberano Salomón, guias del blanco Coro que le figue, y como Maeftros de Capilla en el Virginal cantico, que le entona. Cómo fe puede dudar de que fubiò como Reyna, à quien firvieron de litera para efta entrada las mifmas reales, y divinas manos de fu Efpofo? Afsi lo afirmò, como vimos, el mifmo San Benito; y que la revelacion en efta parte, que fe efcondiò à nueftros mortales ojos, fueffe verdadera, fe prueba claramente de la otra parte, que tan manifieftamente vimos cumplida.

Bolad, pues, alma dichofifsima al lugar de vueftro defcanfo, al fitial de vueftra gloria, que es talamo de vueftras bodas: gozad eternamente lo que la liberalidad inmenfa de Dios os comunicò, lo que vueftros merecimientos os grangearon: aquel en cierta manera pródigo en dàr: eftos realmente prodigiofos en correfponder; y pues mortal tan defveladamente os ocupafteis en folicitar favores à vueftros devotos, y en efpecial al Catholico Felipe, à fu Monarquìa toda, y con particularifsimo afecto à Efpaña, vueftra Patria, agora yà gloriofa, con tanto mayor luz de lo que conoceis, fin ningun embarazo de lo que padeciades, con mas eficacia, y mas continuacion profeguid el mifmo oficio de fidelifsima abogada, hafta recabarnos la paz, y felicidad que defeamos: afsi lo creemos piamente de lo que podeis con un Dios, que tanto os amò: afsi lo efperamos del retorno de efte Señor, à quien fervifteis tanto. Buelvo à la Hiftoria.

CA-

CAPITULO III.

Prosiguese contando algunas circunstancias de su triunfal entierro, y gloriosas exequias.

AUnque con el sucesso de la feliz muerte de esta Virgen nos apuntò el Padre Miguèl de Oreña algo de la gloria de sus exequias; pero por la brevedad, que prometiò en su Carta, fuè fuerza dejarse algunas circunstancias, que aunque menudas, son dignissimas de saberse: estas, con otras que oyò en los Sermones del novenario, describiò Don Francisco de la Viñuela en una relacion, que impressa ha corrido el mundo, dedicada al Oidor Don Luis de Castilla, que ausente en esta ocasion de Valladolid, estaba haciendo oficio de Corregidor de Guipuzcoa. Pondrèla aqui fielmente; porque todo lo que de otras partes, y de personas que se hallaron presentes he sabido, concuerda puntualmente con dicha relacion, que es la siguiente.

Carta de Don Francisco de la Viñuela à Don Luis de Castilla, Oidor de Granada, y Corregidor de Guipuzcoa, de la muerte de la sierva de Dios, la señora Doña Marina de Escobar.

LA noticia que Vmd. ha tenido de las cosas de la señora Doña Marina de Escobar en vida, no me espanto aviven sus deseos para saber lo sucedido en su muerte: mandame Vmd. tan apretadamente se lo refiera, que juzgo por obligacion forzosa no faltar à su mandamiento, si bien havrà de perdonar el no poder dilatarme en los sucessos de estos dias, como piden las cosas, que esso es assumpto mas para libros enteros, que para Carta tan breve. Digo, pues, Señor, que el Jueves nueve de este, casi à las diez de la mañana, se sirviò nuestro Señor de dár fin glorioso à la gloriosa vida de la señora Doña Marina. Antes de su dichoso tránsito, recelosa esta Ciudad de que perdia este tesoro, juntò su Cabildo para señalar Diputados, que assistiessen à la disposicion de lo que pensaban hacer en servicio de esta señora. Fuè competida la Diputacion de todos los señores Regidores, y no cediendo el afecto de ninguno al de otro, se huvieron de echar suertes, que cupieron al señor Don Pedro de Vega, y Don Pedro de Barcena: tanta fuè la ambicion que todos tuvieron de los cuidados de su servicio. Apenas saliò su bendita alma de su cuerpo, quando se supo en toda la Ciudad, y toda, movida de un interior impulso, se fuè à vèr, y reverenciar su santo cuerpo. Temieron los Padres de la Compañia de Jesus, en cuya Casa Professa mandò se diesse à su cuerpo sepultura, algun grave inconveniente en tan desordenado concurso; y para prevenirle, mandó de oficio Don Pedro Carrillo, Colegial de Santa Cruz, y Provisor, poner seis Sacerdotes por guardas de la casa, y del santo cuerpo, que por no poder resistir à la gente, acudieron à los Alcaldes de Corte les ayudassen; y todos juntos no pudieron negar el passo à los impulsos del Cielo, con que todos se sentian heridos de reverenciar su cuerpo, y recrear sus almas con su vista; y assi fué necessario dár lugar à que entrassen en la pobre casa con algun orden, y concierto. Y asseguro à Vmd. como testigo que soy de vista, que no uno, sino mil milagros sucedieron en no acabar la vida ahogados tantos, como en tan estrecha habitacion, tan impetuosamente entraron, pensando cada uno perdia un gran tesoro, si le faltaba la dicha de ser testigo de la hermosura con que dejaron à esta Santa tan largos, y extraordinarios trabajos en ochenta años de su dichosa vida. Fuè cosa sin duda milagrosa la apacibilidad de su rostro, blandura, y fragancia de su cuerpo, y manos, todos indicios claros de su santidad.

Estuvo todo aquel dia manifiesto este tesoro; y el Pueblo, nunca satisfecho de verle, porfiò à sus puertas hasta mas de las once de la noche, en que se afirmaron mejor, temiendo darian con ellas en tierra. Guardaronle aquella noche cinco Religiosos de la Compañia de Jesus, y Don Diego Calderon, Alguacil Mayor de esta Chan-

Chancilleria; y apenas volviò el dia quando se previno la gente à vèr à la Santa, que este es el nombre con que la aclaman todos. Diòse poco à poco lugar á los deseos tan piadosos de tantas Comunidades enteras de Religiosos, que vinieron à besar sus pies, y todo lo granado de la Ciudad, assi Eclesiasticos, como Seglares, tocando todos sus Cruces, Medallas, y Rosarios en sus benditas manos, codiciando algo de sus vestidos, y reliquias. Debieron de ser mas de diez mil las personas à quien se abriò la puerta, satisfaciendo à los demás, con que se llevaria à su entierro descubierta, y la tendrian en el Templo tres dias patente à todos. Ardid santo, con que no se negaron, sino se dilataron los deseos de tanta muchedumbre; sì bien perseverò à la puerta mas de tres horas, que no cessò de llover à cantaros. El Cabildo Eclesiastico, y Seglar tomaron à su cuenta el aparato del entierro. Hizo la Ciudad una caja aforrada por de dentro de raso blanco, y por defuera de terciopelo carmesì, barreteado con passamanos, y clavazones de oro, y cerrado con seis llaves, dos para la Ciudad, dos para la Santa Iglesia, y dos para los Padres de la Compañia, que no fiaron à menos candados, y guardas tesoro de tanta estimacion.

Convocaronse todas las Sagradas Religiones, Parroquias, y Cofradìas para el Viernes despues de Visperas diez de este mes, y todas vinieron, sin temer inconvenientes de precedencias, con ansiosos deseos de vèr, y reverenciar tan santas reliquias: diòse à todos velas de cera blanca; y como era pobre la Santa, la diò de limosna el Vizconde de Viloria. Estuvose el Cielo deshaciendo en agua la tarde toda de aquel dia; y resolviendo se defiriesse el entierro para el otro, de repente se serenò todo, y saliò el Sol claro: parece que para vér ansioso à la que tantos años se havia negado à su luz en el rincon de un obscuro aposentillo. Tuvose à favor del Cielo, y assi concurrieron todos à la fiesta de su entierro (assi dicen llamo meses antes la Santa este dia.) La Ciudad, siempre honradora de sus hijos, se quiso honrar este dia con llevar en sus hombros el dichoso cuerpo; y porque todos quisieron parte de esta carga, se diò orden, para que à trechos la dejassen unos en hombros de otros. Saliò de su casa con el mayor triunfo que se ha visto en estos siglos. Iba vestida como solia andar antes de caer en la cama, su tocado ordinario, ropa de vayeta, saya de gerga, y un escapulario encima, gravado en èl un Jesus, que labrò la Santa de seda naranjada para este dia: havrà quarenta años, y tantos han estado esperando los vestidos, tan limpios, aunque pobres, como si pocos meses se huvieran usado.

Y para satisfacer al deseo comun, la bajaron por la calle de las Damas al Cañuelo, llevaronla por Cantarranas, la Plateria, Ochavo, Plaza mayor, Rinconada, y San Benito, à la Compañia de Jesus. Juzgaron muchos, y no con poco fundamento, que en esta ocasion se havia multiplicado Valladolid, porque ni huvo balcon, ventana, ni terrado, puesto, de donde se pudiesse alcanzar à vèr la Santa, que no estuviesse lleno de gente, y toda tan apiñada, que con dificultad se podia romper por las calles. Y lo que sumamente admirò entonces, que nadie se atreviò à estár, sino quitado el sombrero, y lo mismo ha sucedido en todos los concursos à su Novenario, y Sermones de sus alabanzas. Estaban en quatro puestos de las calles quatro estancias donde havia de parar el santo cuerpo, para cantar con toda solemnidad un responso. El primero en Cantarranas; pero apenas le bajò de sus hombros el Regimiento, quando atropellado un mar de gente, quiso llegar à tocar sus Rosarios, de que viendose oprimidos, fuè necessario, sin dár lugar à mas descanso, tomar otra vez el cuerpo, y no dejarle de sus hombros, por no verse en semejante peligro, de que no pudieron librarlos las Justicias, por mas prevenidas que estuvieron, para desviar el tropel grande de la gente, que por ser infinita, era impossible. Llegò à la Casa Professa de la Compañia de Jesus, donde aquellos santos Padres la tenian com-

compueſto un túmulo de ſu gravedad, y aliño, ſi bien cercado de una reja de hierro, para que pudieſſe ſer eſtorvo à los acometimientos impetuoſos del vulgo. La Igleſia acertò à eſtár colgada ricamente, para la fieſta del Santiſsimo Sacramento, que alli ſe havia celebrado; y aunque ſiempre es un Cielo aquel Templo, eſte año, y en eſta ocaſion excediò el cuidado de ſu adorno à todos los paſſados: aqui le hizo el Oficio la Igleſia mayor con ſu muſica, y el ſeñor Deán, reveſtido, fuè el Sacerdote de eſta accion. Cerróſe la Igleſia al reſto de la gente, que aunque para grandes concurſos es baſtante, para éſte fuè muy pequeña, pues obligò à muchos à rodear la cornija para no perder de viſta à la Santa. La Igleſia quedò llena de las Comunidades Religioſas, y de lo mas granado, Ecleſiaſtico, y Seglar de eſta Ciudad, eſtimando haſta los mas ancianos; y venerables Prelados de las Religiones el tener alguna parte en ſus Honras, y ſer teſtigos de viſta de los extraordinarios afectos, que Dios plantaba en los corazones de todos, que era la mocion no afectada, ſino ſin duda del Cielo; pues con tan univerſal conſpiracion de ánimos, heridos de Dios, deſeaban todos no faltar al teſtimonio de tan raro ſuceſſo. Toda la noche del Viernes eſtuvo alli; y el ſeñor Obiſpo, para evitar inconvenientes de la inconſideracion de un vulgo, aconſejò à los Padres dieſſen el Sabado ſepultura al ſanto cuerpo, à que ſe hallò ſu Iluſtriſsima con ſingulares mueſtras de reverencia, y devocion, y ſe hizo con la ſolemnidad que pedia la eſtimacion de eſta Reliquia. Colocaronla en una bobeda, que ſe hizo en el Presbyterio, al lado de la Epiſtola, en el Altar mayor: lugar, que dicen dejò ſeñalado la ſeñora Condeſa de Fuenſaldaña, Fundadora de aquel Templo, por el amor, y eſtimacion que tenia de eſta Sierva de Dios.

Determinò la Ciudad autorizar la feſtividad de eſtos dias con Novenario de Honras, en que cada Religion tomaſſe el ſuyo por ſu antiguedad, y publicaſſen ſus mejores Predicadores en Sermones Panegyricos, ſus virtudes excelentes. Hizoſe aſsi, y diò principio la Sagrada Religion de Santo Domingo, que como tan eſtimada, y reverenciada de eſta inſigne Matrona, ſupo dárle las gracias del afecto que ſiempre le ha tenido por medio del Padre Fray Franciſco de Peralta, que ſi fuè ſiempre lucido ſu talento, no sè qué luces le añadiò ſin duda Dios eſte dia, con que ſaliò tan ayroſo de la accion, como eſtimado de todo ſu auditorio, que fué infinito; y eſtèſe dicho para en adelante, que el concurſo de auditorios en todos eſtos dias, ha ſido coſa jamás oìda, ni viſta; y baſte para encarecimiento, que ninguno puede haver en eſte punto, el decir, que nunca ſe pudo decir la Miſſa pueſtos en orden los Miniſtros de ella, ſino arrimados al Altar; y lo que excede toda credulidad, es la deſeſtimacion que ſe hacia de pueſtos, ò lugares; porque ſiempre ſe pensò lugar decente, y autorizado, aun para los grandes Caballeros, el que ſe hallaba, en que pudieſſen oìr las alabanzas de eſta Señora, que era extraordinaria la prevencion en tomar pueſtos; y eſto fué el Martes dia primero. El Miercoles cupo à la Serafica Religion de San Franciſco: predicò el Padre Fray Buenaventura de Salcedo, Predicador Mayor de eſte Convento: ſatisfizo al Pueblo, y la obligacion. Jueves, ſe ſiguiò San Aguſtin, y predicò el Padre Fray Juan de Valbuena. Viernes, el Convento del Carmen Calzado: predicó Fray Alonſo Perez. Sabado, la Santiſsima Trinidad, cuyo Prelado, el Padre Maeſtro Fray Juan de Avendaño, no quiſo fiar à otro las alabanzas de tan inſigne Señora, y las dijo con extraordinario aplauſo, y gran talento, de que han hecho todos debida eſtimacion. El Domingo ſiguiente veinte y uno de éſte, fuè del Convento de nueſtra Señora de la Merced, y el Padre Fray Diego de Santa Gadea, Comendador de eſta Caſa, tuvo el Pulpito, y ſu ordinaria eloquencia hiciera grande el dia, quando la materia de las virtudes, y elogios de la Santa no le huviera hecho grandiſsimo; fuèlo el concurſo, y aplauſo. El Colegio de los Padres Clerigos Menores hizo ſuyo el dia ſiguiente: predicò el Padre Geronymo Pardo, con novedad en la ma-

materia, y en las cosas fuè oído con general gusto. La Casa Profeſſa, deposito dichoso de este tesoro, mostró su agradecimiento el Martes, y cupo el Sermon al Padre Miguèl de San Román, que como persona, que tuvo gran comunicacion con esta Santa, le pareciò poco tiempo mas de una grande hora, para decir las heroycas virtudes, y grandezas singulares de la difunta: fué Sermon riquissimo, y lleno de cosas preciosas de su vida.

Bien pronosticó la Ciudad el sucesso, porque à ser sus oyentes, concurrió multitud indecible de gente, y assistió el Acuerdo de la Real Chancillería de esta Ciudad. El Miercoles, dia nono, y ultimo, fuè del Illustrissimo Cabildo de la Santa Iglesia, y de la Nobilissima Ciudad, que assistieron à la Missa, y Sermon del Doctor Don Fernando de la Bastida, que con ser corta su salud, fuè mucho su talento, y grande el aplauso con que se oyeron las excelencias, que dijo de esta Santa. De proposito no digo lo que en estos Sermones he oìdo; porque ni es para carta, ni lo sufren los tiempos: algo de sus virtudes serà preciso, para que de ellas se infiera la verdad de lo demás que se dijo; advirtiendo, que nada dirè, que alli no se haya dicho. Fuè esta Sierva de Dios natural de Valladolid, hija del Doctor Diego de Escobar, Cathedratico de Sexto de esta Universidad, y de Doña Margarita Montaña de Monserrate, sus padres, que fueron Santos; y solia ser voz entre algunos: Santa es la señora Doña Marina, pero mas santo es su padre. Niña de veinte y dos meses supo amar à Dios sobre todas las cosas, acelerado el uso de la razon, para que comenzasse presto à caniar el edificio de virtudes, que havia de subir tan alto. Deseó, siendo doncella, ser Religiosa, discipula de la Santa Madre Teresa, gloria de nuestra España; y pidióla con ternura, y afecto la diesse el Habito. Miróla la Santa, y respondióle: Anda, hija, no has de ser Monja, que te quiere Dios para grandes cosas en el rincon de tu casa. Gran profecía de lo que fuè Doña Marina, que viendo cerrada la puerta à sus deseos por voluntad divina, no estrechó el animo, antes le ensanchó, y se hizo Religiosa en el corazon, segun lo sufria la capacidad de su estado, haciendo voto de castidad virginal, y pobreza perpetua, y obediencia à sus Confessores, que guardó con toda exaccion toda su vida, para no torcer en ella; porque yà Dios se havia apoderado de su corazon, con indicios de cosas grandes, que havia de obrar en ella, y por ella. Se entregó à la enseñanza, y direccion de los Padres de la Compañia de Jesus, y entre ellos al Padre Pedro de Leon, hombre de grande virtud. Tomó à su cargo este santo Padre la labor de esta alma, y en poco tiempo salió perfecta.

Mandòla un dia, que con una escudilla debajo el brazo fuesse à comer à la puerta de algun Convento con los demás pobres; y siendo persona tan principal, fuè una, y muchas veces; y viendose yá pobre, se valia de la traza de pedir limosna siempre que veía alguna conversacion de hombres, y mugeres menos decente, adonde llegaba à pedir limosna, y era tan importuna, que no los dejaba hasta obligarlos à dejar la conversacion. Assi pobre passaba su santa vida, sin vestir camisa, ni dormir en cama, que la suya fué muchissimos años unos manojos de sarmientos: sus ayunos à pan, y agua continuos, y mas continuas sus disciplinas, con que se hacia sangre, y sus silicios, con que andaba continuamente vestida. De su modestia virginal se dijo una cosa rara, y es, que al santo Padre Luis de la Puente, Confessor suyo de tantos años, jamás le viò el rostro, ni conociò de vista. De su paciencia, no es la mayor los treinta años de cama, con tantos dolores, y tormentos, causados de Dios, y permitidos, sino el no haverle, en medio de tantos trabajos, visto jamás el rostro menos sereno, grave, y compuesto; con que podia dudarse, de si estaba en tormentos, ò en descanso. En esta materia baste, el que dijo un dia à quien lo predicò: Que si Dios nuestro Señor le pusiera la salud, y el descanso tan à mano, que no le costára mas trabajo que estenderla, no la estendiera; porque en el Cielo, señor, (añadiò la Santa) no hay trabajos, y hemos mences-

nester ser codiciosos mercaderes de estas joyas, y hacer gran carga de ellas, que se venden allá muy caras. Fuè por estremo humilde, y despreciadora de sì misma: veniale de muy niña, porque siendolo, quando su tia decia à las que la visitaban, que era linda niña, se ponia colorada, y vergonzosa: y acabada la visita, con lagrimas rogaba à su tia no dijesse aquellas cosas: que no sabia apenas pronunciar las palabras, quando supo tener en el corazon su desestima.

Prohibieronse el año de catorce los Oratorios, y juzgò, que la poca reverencia con que tenia el suyo, havia obligado à Dios à dàr aquel mandato, sin que pudieran consolarla sus Confessores, assegurandola no era assi. Necessitaba en la cama de dár cuenta de lo que passaba por su alma à su Confessor el santo Padre Luis de la Puente: como era forzoso valerse de mano agena para escribir sus cosas, tenia niñas en casa, por cuya mano escribia. Un dia acertò à tener una, que no sabia escribir: mandole tomar recado, y respondiò la niña, que no sabia, y ella le dijo: Escribe, escribe: y escribiò todo lo que la Santa le dictò; y otra vez hizo lo mismo con otra niña, que ni sabia leer, ni escribir, y ambas viven hoy Monjas en esta Ciudad, sin haver tenido necessidad de mas escuela para su letra, como ni para su virtud, y recogimiento con que todas las ha criado. Diez y ocho son las que ha metido Religiosas; de las que la han servido, y con ser todas mozas, y de buen parecer muchas, jamás se ha oìdo, ni visto la menor accion menos buena, aun en la apariencia, en ellas, el tiempo que han estado en aquella casa. Sin duda por particularissima providencia de Dios, pues aun en Conventos de Religiosas, tal vez se vè lo que en aquella pobre casa, estando esta Señora en el rincon de una cama, no se ha visto. En su remedio passan de treinta mil ducados los que ha gastado de limosnas que la dieron, de que jamás gastó cosa consigo.

Ha sido su casa remedio comun de pobres, y afligidos, viviendo ella, y sus criadas de limosna, y el año de la hambre, sin negarla jamás à nadie, con siete panes, y de ellos los quatro enteros se daban à tres personas necessitadas, comian los de casa, y daban à todos los pobres, que la pedian, espantandose las criadas de tanto pan como se daba, sin faltar para lo que ordinariamente era una racion escasa, multiplicandolo Dios manifiestamente, para que no faltasse que dár à la que no supo negar limosna en su puerta. Su pobreza ha causado admiracion en quantos la han oìdo; y si aceptò limosnas, fué para remedio de pobres, que quiso Dios valerse del amor, que todos la tenian, para que socorriendola ella, que no la havia de gastar consigo, fuesse socorro por su mano de todos los necessitados. En una camilla sin cortinas ha estado echada treinta años, llena de enfermedades, y dolores, y jamás sintiò una llaga, ni mella en su santo cuerpo, mudandose las sabanas de ocho en ocho meses, porque le era gran tormento el hacer la cama, y se hallaban tan limpias, lisas, y olorosas, como quando las havian puesto, siendo assi, que muchas veces le hacian algunos medicamentos, y ponian aceytes, y unguentos. Su aposentillo estrecho, obscuro, y cerradas las ventanas por lo mucho que la atormentaba la luz, jamás á ninguna hora del dia, ni de la noche tuvo olor, que no fuesse muy apacible; y à no haver sido tan larga, y tan advertida la experiencia de esta verdad, pareciera cosa impossible.

Aquel gran Padre del espiritu de esta santa señora, el Padre Luis de la Puente, estando cercano à su muerte, dijo: Lo que sucederà en la muerte de Doña Marina de Escobar, no lo sè; pero lo que ha passado en su vida, es de lo mas raro, que ha sucedido en la Iglesia de Dios. Dijose una cosa rara de la estimacion, que este gran varon tuvo de esta señora: y fuè, que el dia de su muerte, estando yá tan cercano à ella, que le faltò el habla, viendo entrar un Religioso en su aposento, que solia escribir las cosas de esta Santa, cobrò la voz, y llamò, y mandò tomar recado de escribir, y los papeles que de esta materia tenia escritos, y estuvole dictando algunas cosas, que faltaban de escribir, y acabado, se volviò

viò à Dios, y dijo: Yà, Señor, he cumplido con mi obligacion; ahora: *In manus tuas Domine commendo ſpiritum meum.* Y le faltò el habla, y muriò preſto, dando à entender, que tuvo por obligacion el no faltar à eſcribir todo lo que ſabia, y por grande diſpoſicion para ſu muerte tan cercana el eſcribir eſtas coſas. Admirò eſte hecho à todo el auditorio, y causò una nueva reverencia à eſta ſanta ſeñora, que es extraordinaria la que en eſta Ciudad ſe tiene al ſanto Padre Luis de la Puente, que naciò el miſmo año que la ſeñora Doña Marina, y anduvieron juntos à la eſcuela. Deſpues de ſu muerte la trataron el Padre Miguèl de Oreña, de la Compañia de Jeſus, Rector de San Ambroſio, ſu Confeſſor, y el Padre Fray Andrès de la Puente, de la ſagrada Religion de Dominicos, y hermano del ſanto Padre Luis de la Puente, que à eſtos dos hermanos tuvo ſingular reſpeto, y à eſtas dos Religiones un indecible amor, y devocion à ſus Santos Fundadores, de quienes ſe ha dicho mucho lo que la han correſpondido, y favorecido para gran bien de ſu alma. Grandemente la llamò un Predicador *Theatrum Divinorum*, que dijo Dionyſio de Hieroteo, Theatro donde ſe repreſentaron coſas divinas, y admirables: tales ſon las que han dicho paſſaron en eſta bendita alma de favores de Chriſto Señor nueſtro, de ſu Madre Santiſsima, del Glorioſo San Joachin, de quien fuè ſingularmente devota, y fuè cauſa de que ſe publicaſſe ſu rezo en la Igleſia de los Santos Patriarcas de las Religiones, en particular Santo Domingo, y San Ignacio, que le platicaban coſas celeſtiales, y divinas.

Aſsiſtieronle muchos años once Angeles continuos en ſu apoſento: han ponderado ſus milagros en vida, y en muerte, profecìas, éxtaſis, revelaciones, noticias celeſtiales, virtudes de ſus Roſarios, Cuentas, Cruces, y Medallas: que la firmò una eſcritura Chriſto, de que nunca le dejaria, y que ſiempre ſerìa ſuya: que la diò cedula en blanco para todo lo que le quiſieſſe pedir: que la deſpoſſó conſigo el Eſpiritu Santo con admirables coſas de eſte deſpoſorio: que viò eſcrito en ſu corazon con letras de oro: *Aqui mora Jeſus*, y en él dormido al Niño Jeſus, como en cama de ſu deſcanſo: que le dió un lienzo que ſe guarda en San Pablo, con que limpiar el ſudor, cauſado de un incendio de ſu amor: que la ataviaron los Angeles con varias joyas; y la Virgen le diò el Niño Jeſus recien nacido, y San Pedro las llaves del Cielo; y allà era ſu converſacion ordinaria, de cuya diſpoſicion, y lugares tenia tan prompta noticia, como de las pobres alhajas de ſu caſa, y le era tan facil ponerſe à vèr todo lo de allá, como lo fuera aſſomarſe à la ventana, para vèr lo que paſſaba por la calle. Y eſtando en tan admirable converſacion del Cielo, recibiendo todas las viſiones, y apariciones con que Dios la favorecia, tenia los ſentidos corporales, è imaginacion tan deſembatazada, que juntamente atendia al deſpacho de los negocios exteriores: que por orden de Dios deja fundada una Religion de Santa Brigida en Eſpaña, para que hizo Conſtituciones, y Reglas, que confirmadas por el Sumo Pontifice el año de veinte y nueve, eſtàn en el Colegio de San Ambroſio.

Fundó Dios nueſtro Señor los regalos, y favores, que hizo à ſu Sierva, no ſolo en ſu piadoſa liberalidad, ſino en ſus continuos, y excelentes merecimientos, adquiridos por los mas exquiſitos, y extraordinarios trabajos, que ſe leen en las Hiſtorias ſagradas, y profanas. Padeció continuas enfermedades, dolores, y quebrantamientos en ſu cuerpo, dudas, temores, obſcuridades, y deſamparos en ſu alma, à cuya virtud fiò Dios mas ſangrientas batallas, que à Job; pues la llegó à quitar la vida el demonio, à quien para ſu confuſion ſe lo permitiò Dios. Tuvola una noche entera aſſandola à grande fuego en un aſſador: crucificòla como à Chriſto Señor nueſtro: aſſaeteòla como à San Sebaſtian, y como à San Lorenzo la puſo en parrillas: paſſó las ruedas de navajas, que Santa Cathalina Martyr, y la corona de eſpinas de la de Sena, y por las Animas del Purgatorio varias veces ſus penas, y tormentos; y finalmente tantas, y tan raras,

y

y exquisitas cosas, que ni yo puedo decirlas, ni ellas son para carta, y assi las dejo para los Libros, que se publicarán de estas cosas à su tiempo. El de estos dias ha sido el mas célebre que se ha visto en España siglos há, y no permite la devocion, y afecto que Dios ha plantado en todos se acaben; porque el Lunes veinte y siete de este hizo el Cabo de Año el Colegio de San Ambrosio de esta Ciudad de los Padres de la Compañia de Jesus, Casa singularmente amada de la Santa, por ser relicario del cuerpo del Santo Padre Luis de la Puente: predicò el Padre Diego de Baeza, que como Padre, y Maestro de Predicadores de estos tiempos, fuè singular en la agudeza, y ponderaciones de su vida admirable, ajustadas al Evangelio, que canta la Iglesia à los difuntos. Concurriò toda la Ciudad como los primeros dias: fuè accion grande, y que causò nueva devocion: reverencia de la santidad de esta señora. Martes siguiente veinte y ocho de éste, fuè de los Caballeros de esta Ciudad, que no contentos con haver hecho lucidos los auditorios de todos con su assistencia, quisieron este dia por suyo, para mostrar en èl su piadoso afecto à la Santa, por medio del Padre Juan Fernandez de Saavedra, Predicador de la Casa Professa de la Compañia de Jesus; y dicho se está, que havia de haver grande concurso, assi por ser el dia consagrado de la Nobleza, como por el credito, y talento del Predicador, que es grande, y lucido. Fuèlo el Sermon, y lleno de cosas admirables de la vida, virtudes, y milagros de la señora Doña Marina. Jueves treinta de este dió fin à las fiestas en la Casa Professa la devocion de muchos ilustres Ciudadanos, que hicieron Cabo de Año solemnissimo, haciendo Panegyrico de la vida de la Santa el Padre Maestro Fray Placido de Aguilar, de la Sagrada Religion de la Merced. Fuè accion admirable en la eloquencia, ingenio, talento, y gracia, con que refiriò, y ponderò tantos sucessos de la vida, y muerte de esta Venerable Matrona. Ayer Lunes hizo las Honras el insigne Convento de San Pablo, de la Sagrada Religion de Santo Domingo, que no contento con haver tenido el primer dia por suyo en la Casa Professa de la Compañia de Jesus, quiso en la suya festejar segunda vez los agradecimientos, que tiene su Santa Religion à lo mucho que la reverenció, comunicó, y estimó la Santa en vida. Su gran Templo de San Pablo ocupó este dia toda la Nobleza, y Religiones, con infinita multitud de oyentes: predicó el Padre Maestro Navarrete, que quisieron dár à entender aquellos Santos Padres, era grande este dia, y esta fiesta, pues nos dieron el mayor Predicador, tan reverenciado en todo el mundo por sus escritos, y en toda su Religion por su gran zelo. Confirmò con singular gravedad, y eficacia de razones la verdad que dijeron los que predicaron antes, y añadiò cosas harto singulares de su vida, milagros, y profecias.

El túmulo fuè riquissimo, lleno de flores, y coronas, y en èl puesto un retrato de la Santa, cuya vista causò grande reverencia, y consuelo à todos; y entonces se viò claro, con quánta razon dijo el Padre Diego de Baeza en su Sermon, ser gran indicio de la verdadera santidad de Doña Marina, el haver convenido en ella con singulares afectos los Padres Dominicos, y los de la Compañia, que sintiendo en otras cosas con tanta diferencia, no la han tenido; antes suma union, y concordia en dár testimonio verdadero del espiritu de Dios, que en ella ha obrado tantas maravillas. El sea bendito en sus Santos, y guarde à V.md. como deseo. Valladolid, y Julio 5. de 1633.

En esta carta de Don Francisco de la Viñuela, solo hay que notar, que aunque es verdad, que la depositaron en la boveda al lado de la Epistola, que èl dice; pero no era este el lugar de su sepulcro, que ella por divina revelacion havia visto, sino el lado derecho del Evangelio, como al fin de la primera Parte nos los dejò escrito el Venerable Padre Luis de la Puente: y assi, despues de diez y siete años, á la parte derecha del Altar de nuestra Casa le formaron decente urna, y colocaron sus Sagradas Reliquias, (excepto un brazo, que para el consuelo de sus hijas se le diò al Real

Con-

Convento de Santa Brigida) adonde aguardando hasta el ultimo dia su resurreccion gloriosa, descansan en el Señor, veneradas, quanto sufre la piedad del estado presente de toda aquella Ciudad, que fuè su dichosa Patria.

CAPITULO IV.

Lo que testigos autenticos, y dignos de toda fe juraron, acerca de las virtudes heroycas de esta Virgen.

AUnque el Venerable Padre Luis de la Puente al principio de la Historia de esta Virgen en particular, y despues por todo el discurso de ella, nos dejò escritas sus virtudes, como seguro fundamento del edificio de los favores celestiales, y otros dones singulares, que el Señor labrò sobre ellas, y bastára testigo tan mayor de toda excepcion, para que en las personas, que, ò por haverle conocido, ò por haver leído sus Obras, hicieron justo aprecio de su calidad, recabasse con su dicho el credito, que se debe à quanto de esta Virgen dejò escrito. Y aunque de los mismos papeles suyos, en que esta Sierva de Dios nos refiere las mercedes, que recibiò de su divina mano, se colijan bien claras la humildad, caridad, paciencia, y la pureza de vida, con que se disponia para merecerlas, pues por mas que ansiosa procure en ellos disminuirse hasta aniquilarse, en esso mismo prueba mas claramente la santidad de su alma, la verdad sincerissima de su espiritu; con todo esso, para consuelo de tantas almas devotas como tiene hoy esta Virgen, para exemplo de las que desean imitarla, para gloria de nuestro gran Dios, que aunque se mostrò liberal en tantas visitas, como por sì, por sus Angeles, y Santos la hizo, lo fué sin comparacion mas en las virtudes sólidas, que en grado eminentissimo la concediò. Tube por conveniente, y aun por necessario, poner aqui algo de lo mucho, que acerca de estas materias hallo escrito en las informaciones autenticas que tengo en mi poder, las quales, para embiarlas à la Sagrada Congregacion de Ritos, en orden à promover la Canonizacion de esta Virgen, hicieron el señor Don Gregorio de Pedrosa, Obispo de Valladolid, y otros Prelados Ilustrissimos de España, citando para este efecto canonicamente mas de quarenta testigos, dignissimos de toda fé, por insignes los mas de ellos en santidad, letras, y nobleza, y que casi todos, ò trataron familiarmente à la santa Virgen, ò tuvieron muy suficiente noticia de sus virtudes.

El Padre Fray Andrès de la Puente, del Orden de Santo Domingo, Varon de tan insigne santidad, como España conoce, y que por espacio de mas de 36. años tratò familiarmente, y confessó à esta Virgen, afirma con juramento, la tuvo siempre por muger de heroyca virtud, y digna de compararse à todos los Santos antiguos, cuyas Historias celebra la Iglesia. Lo mismo jura el Padre Miguèl de Oreña de nuestra Compañia, como quien tantos años examinò su espiritu, y la hace semejante, no como quiera à los Santos, sino à los que con grandes ventajas se señalaron en el divino servicio. En esta conformidad juraron las compañeras todas, que havian vivido con la santa Virgen, assi las que se hallaron presentes à su muerte, como las que ella en vida havia recogido en diversos Monasterios, adonde con su santa conversacion, confirman bien la escuela en que deprendieron. Y dejando otros Religiosos gravissimos en virtud, y letras, que de diversas Ordenes trataron à Doña Marina, y con particular ponderacion afirman juramentados la singular estima, que siempre hicieron de sus virtudes; dirè solo en este capitulo en particular, lo que algunas personas ilustrissimas en sangre, puestos, y piedad, juraron acerca del aprecio, que tuvieron de la santidad, que siempre en esta Virgen reconocieron.

El Excelentissimo Señor Don Alonso Pimentèl, Conde de Benavente, cuyo christiano proceder sabe el mundo, y dejo yo de escribir, por no causar empacho à su modestia, jura en su deposicion, que experimentò en esta Virgen un caudal grande de to-

todas las virtudes; y que viſitandola, y conſultandola en todos los ſucellos, aviſos temporales, y en los trances mas apretados, y luchas eſpirituales de ſu alma, hallò ſiempre en ella aviſos, y conſejos de mucho conſuelo, y de ſingular cordura, y que le aſſentaban tan bien, que por ningun caſo ſe apartaria de ſus ordenes, ſintiendo particular conſuelo, y ſingulares efectos en viſitarla, y con cuya preſencia cobraba èl grande aficion à la caſtidad, y daba gracias à Dios de que le huvieſſe hecho tan pura à eſta Virgen, que de verla gozaſſe èl los relieves de eſta virtud. Depone mas, que ſiempre que la veìa ſentìa otros muy particulares efectos, que le cauſaban grande reverencia, y atencion à la Santa; y que en entrando ſentìa un particular afecto de reverenciar à tantos Angeles, como (ſegun lo havia oìdo decir) la aſsiſtian; y que ſi alguna vez al entrar ſe olvidaba de eſta debida veneracion à aquellos Celeſtiales Eſpiritus, era luego interiormente movido ſu penſamiento à la memoria de lo que debia hacer. Y que le eſpantaba la humildad profundiſsima con que ſe admiraba mucho eſta Virgen de que èl quiſieſſe entrar en aquella caſa.

El Iluſtriſsimo Señor Don Franciſco Calderon y Vargas, Conde de la Oliva, Marquès de Siete Igleſias, en ſu Teſtimonio jurado, dice entre otras coſas, que èl miſmo, y los ſeñores ſu padre, y ſu abuelo trataron muy familiarmente, y por muchos años à eſta gran Sierva de Dios; y que era tan grande la veneracion, y eſtima que todos ellos tenian de ſu rara virtud, y dotes ſobrenaturales, que no hacian ninguna coſa ſin darle cuenta de ella, y encomendarla en ſus oraciones, y que era eſto en tanto grado, que poco antes que prendieſſen à ſu padre, teniendo ſu Señoría aviſos ciertos del mal eſtado de ſus negocios, y de que le querian prender, ſe lo dijo à la Santa, y le pregunto, què haria; y que ella le reſpondiò, que ſi queria el bien de ſu alma, ſe eſtuvieſſe quedo; y que por la grande fè que tenia con ella no hizo movimiento ninguno, y aguardò la priſion. Añade dicho ſeñor, que admirò ſiempre en ella un eſtremado cuidado de que ſus palabras no parecieſſen afectadas, (quiſo decir myſterioſas) y que tuvo, y tiene eſto por uno de los mayores indicios de ſu ſantidad, haviendo, y concurriendo en ella todos los neceſſarios para prudentemente juzgarla por grande. Concluye tràs otras muchas coſas, de que harémos mencion en ſus lugares, que era tan grande el reſpeto, que en vida tuvo à eſta Santa, que entrando en ſu apoſento, jamás cubrio la cabeza, ni ſe acordò de que llevaba ſombrero para eſte efecto. Quien conoce el caudal de prudencia, y otras prendas de eſte Caballero, verà el aprecio que ſe debe hacer de ſu teſtimonio; que yo no ponderarè nada de lo que eſcribiere, que fuera hacerles agravio à tan calificados teſtigos, y ſe alargára con hojas la Hiſtoria, quando con ſolos ſus frutos queda cumplidiſsima.

El Iluſtriſsimo Señor Don Franciſco Franco de Guzmáz, Vizconde de Villoria, deſpues de decir lo mucho que en el trato de eſta Virgen havia colegido de ſus heroycas virtudes, concluye ſu Teſtimonio jurado con eſtas palabras: Que ſabe que la general opinion que ſe tiene de eſta Sierva de Dios es de grandiſsima Santa, y que como de tal hablan todos, buſcando, y venerando qualquiera coſa ſuya como reliquia de una gran Santa; y muchas perſonas hacian reverencia, y particular veneracion à la caſa donde viviò eſta dichoſiſſima ſeñora quando paſſaban, ſiendo viva, por ſu calle; y lo miſmo hacen agora deſpues de muerta, haciendo eſtimacion de dicha caſa, como de un gran Santuario.

El Iluſtriſsimo Señor Don Joſeph Gonzalez, Caballero del Orden de Santiago, de los Conſejos de ſu Mageſtad en el Real de Caſtilla, y Camara, tan venerado en Eſpaña por ſus inſignes letras, tratò mucho à eſta ſeñora viviendo en Valladolid, y jura de ella en la forma ſiguiente: Conocì à la Señora Doña Marina de Eſcobar de veinte años acà con la miſma fama de Santa, que quando muriò, y por tal la tuve yo ſiempre; y añade, que tra-

tando con ella muchas veces, viò, y conociò en ella, que todo ſu exterior era un claro eſpejo de los grandes reſplandores, y ſantidad de ſu alma.

El ſeñor Don Juan Arias de la Rua, del Conſejo de ſu Mageſtad, y ſu Alcalde del Crimen en la Real Chancillería de Valladolid, deſpues de decir mucho, y con muy ponderoſas palabras, de lo que èl ſentia, y havia experimentado acerca de las grandioſas virtudes de eſta Virgen, y que juzgaba excedian à quanto ſe decia de ſu ſantidad, con decirſe tanto, añade lo ſiguiente: Sè, que las perſonas que paſſaban por la calle en que viviò, y muriò la Sierva de Dios, ſe quitaban el ſombrero, y veneraban como à Santuario; y aſsi de eſta Ciudad, como de los Lugares vecinos, acude mucha gente à viſitar ſu ſepulcro con grande devocion, y reverencia, teniendola todos por Santa, y yo la tengo por tal, y he procurado algunas coſas ſuyas, que guardo con grande veneracion; y muchas, aſsi de aqui, como de Madrid, y otras partes, me las piden, y han pedido, deſeando tenerlas con grande afecto.

Con lo que tan calificados teſtigos han jurado, conforman otros muchos; y en lo que toca à la veneracion de Santa en que la tenian todos los que la trataron, ſolo quiero poner unas palabras piiſsimas, que en ſu Teſtimonio dà un teſtigo llamado Millán de Zupide, que deſpues de referir largamente lo que experimentò de las virtudes de eſta Santa, dice aſsi: Las veces que entrè en ſu apoſento mandaba la Venerable, y ſanta ſeñora me puſieſſen un aſsiento; pero yo nunca le tomè, aunque me hacia inſtancia, ſino que de rodillas, y con veneracion, como ſi hablára con criatura mas que humana, pegado á la cama de la Santa, le hablaba. Lo demás que añade ſe pondrà en ſus lugares. Solo advierto, que era el dicho teſtigo perſona tan calificada, como todos conocen, Secretario de Camara del Juzgado de Vizcaya, en la Real Chancilleria de Valladolid, adonde tratò à eſta Sierva de Dios algunos años.

CAPITULO V.

Apuntaſe algo del ejercicio de ſus virtudes mas en particular.

BAjando de eſta como idèa comun, que de las virtudes ſingulares de eſta gran muger, nos dibujaron teſtigos tan fidedignos, veamos yà lo que en particular nos cuentan del ejercicio que tuvo de todas ellas, y empecemos por lo que nos refieren de la afliccion corporal (que comunmente llamamos penitencia) con que macerò ſu carne, y la diſpuſo para ſer aptiſsimo inſtrumento de ſu eſpiritu. No ſuele Dios nueſtro Señor, que tanto ſe agradò en las penalidades, tormentos, y llagas del Cuerpo de ſu Hijo Jeſu-Chriſto, poner el balſamo precioſiſsimo de ſus dones en una alma depoſitada en cuerpo regalado: parecele à los divinos ojos coſa monſtruoſa, que no ſe parezcan los miembros à la cabeza, y que cubierto el Redemptor de eſpinas, ſe afeminen entre roſas los redimidos. En el Jardin gracioſiſſimo de la Igleſia (para confuſion del impìo Herege, cuyo deſignio unico es popar ſu carne) no ſabe conſervar el lirio de una vida ſanta intacta ſu blancura, ſino cercado de cambrones, que la puncen; ni conoce un alma pura mejor baño que el de la ſangre de un cuerpo deſpedazado à penitencias por ſu amado.

El uſo de eſtas en eſta prudente Virgen empezò proporcionalmente deſde caſi los dos primeros años de ſu edad, (porque ſiendo de veinte y dos meſes afirman muchos teſtigos, y con buen fundamento, le accelerò Dios el uſo de la razon) y le durò el afligir ſu cuerpo todo el tiempo que le durò una ſalud quebrada por lo menos, y haſta que el Señor la diò las enfermedades, que todos vimos, y trocò aflicciones voluntarias en los dolores tanto mas penetrantes, y agudos con que la fuè labrando. En el tiempo, pues, que pudo, fuè extraordinario el rigor con que ſe tratò de vigilias, ayunos, ſilicios aſperiſsimos, muchas diſciplinas de ſangre, y coſas ſeme-

mejantes, como meterse en el calzado cosas con que los pies estuviessen siempre lastimados. Era de natural sanguineo, y fogosissimo: necessitaba comunmente de mas agua, y mortificaba este apetito, ò lo que es mas cierto, trampeaba esta necessidad de suerte, que con suma penalidad passaba muchos dias arrèo sin beber gota. Era en ella la camisa de lienzo (que por dissimular con sus padres, y hermanas se ponia) no mas que velo, y funda de una tunica asperissima de gerga, que desde el pecho hasta los pies, à raiz de las carnes martyrizaba su cuerpo virginal.

Mucho tiempo no comiò carne, ni pescado, ni cosa que bien la supiesse, y con achaque de ser ella la que repartìa en la mesa de sus padres á tan numerosa familia las viandas, podia sin reparo quedarse sin probrarlas en un frequente ayuno. Salia despues rebozada à las Porterias de los Conventos entre los pobres, á quienes daba lo mejor de lo que le cabia, y recibia tal vez denuestos de los mismos à quienes regalaba: quedabase con solos algunos regojos menos apetecibles, los quales ella comia con mas gusto, afirmando los tenia por reliquias. Era naturalmente de poco sueño, y jura una de sus compañeras, que le oyò decir à la misma Virgen en cierta ocasion forzosa, passaba quando moza muchas horas juntas en oracion de rodillas sin menearse de un lugar. Eran despues el regalo de la cama unos sarmientos asperos, hasta que el Confessor, vistas sus enfermedades, la mandò mudar de lecho, y dejar los sarmientos, y piedra que tenia por almohada.

Apuntè brevemente lo que sus Confessores, y compañeras nos dejaron escrito de las mortificaciones corporales de esta Virgen. Añado solo las palabras con que el Padre Miguél de Oreña (que es casi lo mismo, que tambien jura el Padre Fray Andrès de la Puente) concluye en su Testimonio esta materia, y son las siguientes: Justamente se podia llamar toda la vida de esta gran Sierva de Dios una rigurosissima, y continuada penitencia, por las continuas, y rigurosas enfermedades, y agudos dolores, que siempre havia padecido, siendola de singular tormento la cama, y la comida, que suelen ser los dos alivios, y alientos de un enfermo; porque solian passar tres, quatro, y seis meses, sin podersele hacer dicha cama, à causa de las grandes fatigas que padecia; y por estàr casi siempre en ella de una postura, sin poder estàr de otras, me decia muchas veces, como à Confessor suyo, que se le hacia pedazos el cuerpo, y que se hallaba como si estuviera echada en unas grandes piedras; y de la comida decia, que si atendiera à solo el tormento, escogiera antes el de la muerte, que el que le causaba el manjar; porque segun los efectos que le hacia, y las bascas, y dolores que le despertaba en el estomago, era como poner en èl un poco de rejalgar; pero que comia por padecer, y por no ser singular en ninguna cosa: y con haverle revelado el santo Padre Luis de la Puente, yà difunto, que el manjar no se le convertia en propria substancia, y haverla insinuado nuestro Señor, que sin comer podria passar, no quiso aceptar este favor, antes decia: No Señor, he de comer como comistes Vos, y comiò vuestra Santissima Madre, que no soy Angel, sino una mortal, y miserable muger. Hasta aqui el Padre Oreña.

Veráse mas claramente esta verdad si se mira la calidad de sus enfermedades, y la heroyca paciencia con que las passò. De lo primero será fidelissimo testigo el Doctor Gabrièl de Canseço, Familiar del Santo Oficio, Protho-Medico de su Magestad, Varon pìo, y doctissimo, y dos veces Cathedratico de Prima de aquella Universidad de Valladolid, donde siempre assistiò á esta Santa Virgen; el qual en muchas paginas, y muy doctas, que en su Testimonio jurado gasta en esta materia, dice lo que sobre este punto sintiò; las quales sumarè con la brevedad mayor que yo pudiere; pero sin dejar cosa substancial, por ser tan importante punto este de la Historia de esta admirable señora, cuya vida gastò su mayor parte en estas enfermedades, en cuyo sufrimiento se apoyaron los meritos mas lucidos de su espiritu. Dice, pues, assi este testigo.

Oì decir, que desde su juventud fueron grandes, y continuos los trabajos corporales, que passò con peligrosas, y continuas enfermedades; y desde el tiempo que me cupo la buena suerte de ser Medico suyo, que ha diez años tengo noticia mayor de ellas, y tambien la tengo del grande recato, prudencia, y virtuoso temor con que vivia; porque por orden expresso, y mandato de sus Confessores (que prudentemente lo dispusieron assi, para que yo me hiciesse capáz de la causa de sus males, y aplicasse à los efectos algun remedio) me refiriò ella un terrible golpe, que le havia dado el demonio, y con modestia, y humildad, me dijo el grave daño que de alli se le ocasionò, y desde aquel dia aquella parte izquierda donde cayò el golpe fiero, quedò tan ofendida, que de alli naciò el gravissimo dolor, que sentìa en ella, que era tal, que en ocasiones parecia desencajarselé las costillas, y huesso del pecho; y desde entonces quedò rendida á la cama, de la qual entiendo no se pudo màs levantar sin medio milagroso. Eran graves, y continuos los dolores, que padecia en diversas partes del cuerpo; y algunas veces crecian estos, y la congoja que causaban de manera, que parecia impossible à la naturaleza conservarse la vida con ellos.

Sè mas, que siendo esto assi, los llevaba con tal paciencia, y compostura, que si bien por señales sensibles se demostraba el rigor de ellos; pero de parte de su querella, y queja de esta Virgen, parecia no era ella quien los padecia: tal era su sufrimiento, y conformidad con la voluntad de Dios. Solia quando mucho decirme: Señor Doctor, siento la ocasion que à V.m. y à mis compañeras, y à todos les doy de inquietarse; pero yo solo soy buena para que los que me assisten, ejerciten en mì su mucha piedad. Tengo larga experiencia, que aun lo que en otros enfermos suele ser de alivio natural, como es el sueño, y mantenimiento tempestivamente, y en calidad, y cantidad conveniente ofrecido, en esta santa señora, contra las leyes de naturaleza, le era molesto, grave, y muy penoso; y tanto, que significandome lo que en esto padecia, me decia: Señor Doctor, no sè lo que sienten los que se mueren; pero à mi entender, y juicio no me parece pueden sentir mayor daño que el que yo siento; y por esso con su humildad, que era profundissima, me pedia perdon de lo que me cansaba, llamandome à menudo para que juzgasse si havia riesgo en la vida. Tal era su cuidado en traherla ajustada, y en subordinar su juicio, y sentimiento al Medico corporal en las passiones del cuerpo, como es notorio fuè siempre rendida al Medico espiritual en las materias del alma.

Ingiere luego este testigo una cosa milagrosa, que otros muchos juraron, y todos vimos, de que adelante harè mencion; y luego, prosiguiendo con nuestra materia, dice assi: Siempre entendì de las personas, que antes que yo trataron de la salud de esta señora, que muchos de los males, y accidentes, que padecia, eran nacidos de causa superior à la naturaleza. Assi me lo afirmaba el Doctor Martinez Polo, y el Doctor Mercado, entrambos Cathedraticos de Prima, y este general Proto-Medico de estos Reynos. Yo tambien en muchas ocasiones, despues que la tratè, juzgaba, y juzgo agora ser assi verdad, conforme à buenos principios de mi facultad, que muchos de sus males eran ocasionados de causas sobrenaturales, porque observaba en ella, y en ellos tales accidentes, que queriendo con diligencia descubrir, y assentar las causas naturales de ellos, no las alcanzaba, ni à mi juicio las havia.

Y despues que este testigo con muy philosophicos, y muy proprios principios de su Arte confirma su razon, trayendo ejemplos de lo que experimentaba en las enfermedades de esta Virgen, añade luego: De estos, y de otros principios, reconocì entonces, y reconozco agora, que las tales destemplanzas, y enfermedades no tenian causa natural, y que lo que las ocasionaba era sobrenatural. De aqui naciò, que en cierta ocasion, no hallando me-

medio al ſocorro de los males de eſta ſanta ſeñora, aunque con voluntad, atencion, y noticias de mi facultad ſe le procuraba, como por gracia la dije: Ayudeme vueſtra merced, ſeñora, à diſcurrir en las cauſas de ſus males, para que le elija el remedio que para ello le deſeo, que no me entiendo con vueſſa merced; porque es la ſeñora mas fuera de razon que he tratado. Ella que entendiò mi intento, con grande humildad, y un grave donayre, me reſpondiò: Tal ſoy yo, ſeñor, que ſolo ſirvo de que vueſſa merced, y los demás trabajen conmigo, y ejerciten ſu caridad. Y luego, obligada de ſus Confeſſores, que en ſemejantes ocaſiones la havian mandado me dieſſe alguna luz, para ſaber cómo havia de portarme, con grande prudencia, y elegancia, pero con profunda humildad, añadiò eſtas palabras: Ahora, ſeñor, dado caſo que el demonio, permitiendoſelo Dios, fueſſe cauſa de la deſtemplanza de un cuerpo humano, y le ocaſionaſſe enfermedad, una vez hecha eſta, bien admite remedio el efecto producido: como ſi acà un fuego produjera otro fuego, ò el demonio, en la manera que puede, le encendiera por sì miſmo, aplicandoles à dichos fuegos agua ſuficiente, parece ſe apagarian entrambos. Procurémos, pues, ſeñor, acudir al efecto producido, ſea de eſta, ò de aquella cauſa. Mi ſeñora, repliquè yo, ſi el fuego que tiene cauſa ſobrenatural, la tiene tambien perſeverante, aunque el contrario natural ſe le aplique, no ceſſarà, por ſer éſte inferior, y perſeverar ſiempre obrando aquella otra; y lo miſmo digo de la enfermedad. Con todo eſſo, ſeñor, volviò la ſanta ſeñora, hagamos lo que vueſſa merced juzga por ſu ciencia, y dejemos lo demàs à Dios.

Trás eſto deſcribe dicho teſtigo largamente la enfermedad que paſsò eſta Virgen, quando el demonio la hizo (como arriba eſcribì) tragar el tamo, y vaſura del apoſento, y deſpues ſe la congelò en piedras, que tan terribles dolores la cauſaron; y prueba con grandes argumentos de ſu facultad, que aſsi la enfermedad, como el modo con que ſanò de ella, no pudieron dejar de ſer ſobrenaturales. Lo miſmo dice de otras ocaſiones. Conforma con lo dicho el Teſtimonio jurado, que ſobre eſte punto dà el Doctor Torres Jordán, que tambien fuè Medico ſuyo, en que afirma, que muchos de ſus males no tenian cauſa natural, y que en ellos vivia eſta Virgen de milagro.

Quáles ſerian, pues, los dolores, y tormentos, que el infernal verdugo cauſaba à una Virgen, con quien por la guerra que le hacia tenia ojeriza tan mortal? Mas es para la conſideracion, admirando à Dios en ſus obras, que para fiarlo de la pluma. Pero ſin comparacion es mas admirable la paciencia que el Señor le comunicaba en eſtos males, de quien graviſsimos teſtigos, que ſiempre la aſsiſtian, dicen maravillas. Y yo brevemente ſolo ſumarè alguna de ſus palabras. La Madre Soror Maria de la Trinidad, que deſde niña ſe criò en ſu caſa, y deſpues fuè Monja en las Recoletas Bernardas de Santa Ana, jura, que quanto mas era trabajada eſta Virgen, eſtaba mas tratable, y apacible, con ſerlo ſiempre mucho; y que era tanta la paciencia con que padecia, que aunque tuviera encima de la cama la ſalud, no eſtendiera la mano para tomarla. Doña Maria de Obregòn, compañera tambien de nueſtra Virgen, y hoy Monja Trinitaria en el Convento del Roſario, jura, que en ſus riguroſiſsimos dolores, y congojas, ſiempre la viò con grandiſsima paciencia, y alegria, y con fè tan viva, que nunca eſtaba mas contenta, que quando mas padecia. De ſuerte, que à mì (añade dicho teſtigo) me parecia, que eſta Sierva de Dios ſe ſuſtentaba, y vivia de trabajos, y que ellos eran ſu pan, y ſu ſuſtento, dia, y noche. Y dejando otros muchos teſtigos, Maria de la Lama, (hoy la Madre Maria del Santiſsimo Sacramento, y Abadeſa del Convento de Santa Brigida) ſiete años fideliſsima compañera de eſta Virgen, y que la acompañò haſta ſu muerte, en ſu Teſtimonio jurado ſobre el preſente punto dice aſsi.

Vì ſiempre à eſta Sierva de Dios con grande paciencia, y reſignacion, con ſer los

los dolores tales, y tan continuos, como se ha dicho, y apenas se puede decir tanto como era, sin poder estàr en algunas ocasiones sossegada un Credo, sino en nuestros brazos, que la passabamos de un lado al otro con mucho trabajo suyo, por estár tan impedida; y aunque el natural sentimiento era tan grande, que era fuerza estàr en un perpetuo quejido, en medio de todo esto daba muestras del gusto con que padecia, y mostraba en su interior mas gozo, y mas consuelo; y nos le causaba à nosotras verle decir en el modo que podia, Hymnos, y Motes à nuestro Señor, aunque las fuerzas no le daban lugar para alzar mucho la voz, diciendo se hallaba muy bien el alma debajo de su crucecilla à los pies de nuestro Señor. Y temiendo yo en semejantes aprietos si era aquello morir, y preguntandole què era lo que sentía, respondiò: No lo sè mas que tù: essa misericordia me hace su Magestad, que quando se padece es à solas, y con tal obscuridad, que parece es el Cielo de bronce, y la tierra de metal, que à no ser esto asi no fuera Cruz; y es para mì de tan grande gusto, y consuelo esto poquito que su Magestad me dà que padecer, que no lo trocára por los regalos, y misericordias que me hace, que aunque las estímo como favores, y mercedes suyas, mayor consuelo siente el alma con los trabajos, y dolores llevados con resignacion. Plegue à èl estè yo bien resignada.

Hacia luego actos de resignacion, y con no decir jamàs cosa que desdijesse de ella, se ponia à hacer examen sobre si se havia quejado algo alto, ò si havia dicho: Ay, pobre de mì; y nos pedia perdon del mal ejemplo. Esto nos enternecia, y causaba harta confusion; y es cierto, que à no ser tanta la apacibilidad, mansedumbre, y sufrimiento, con que llevaba sus males, no huviera fuerzas para verla padecer, ni estàr alli tantas horas; y asi, quando tal vez nos faltaba yá el aliento, y estabamos molidas, y quebrantadas, no se nos cansaba el ánimo, y con ansia de asistilla, andabamos todas à porfia, sobre quiènes dia, y noche la asistiriamos mas.

En todas ocasiones era siempre la missma en resignarse toda con grande paciencia en la divina voluntad. Tuvo una particular, y de mucha ternura quando la llevò nuestro Señor à su santa compañera Marina Hernandez, que la havia asistido veinte y cinco años: era esta sus pies, y sus manos en las còsas espirituales, y temporales, y asi para el trato de los projimos, como para lo demàs de su consuelo; porque podia hablar con ella en todas materias, por ser persona de gran virtud, y entendimiento, y de edad muy à proposito, que tenia cincuenta años. Llevóla luego nuestro Señor otra compañera, que la havia asistido diez y seis años; y luego à su hermana, y compañera la señora Doña Isabèl; y siendo estas cosas tan para sentir, y sentirlas ella naturalmeute, lo llevò todo con la igualdad, que si no la tocáran, sin despegar su boca, sin decir mas que: Hagase su santisima voluntad en todo. Hasta aqui este testigo.

Son muchos los casos, y bien apretados, en que otros muchos testigos juran la heroyca paciencia de esta Virgen, que dejo, porque nunca acabára, si hiciera mas que apuntar un breve rasguño de cada punto.

CAPITULO VI.

Del cumplimiento perfectissimo de sus votos.

HIZO esta purissima Virgen, como en la otra Parte de esta Historia se dijo, los votos de castidad, y obediencia, para con esso unirse mas à su Soberano Esposo, y hacerse del modo que podia Religiosa, y dejar en sì misma un dechado perfectissimo à tantas hijas como el Señor le havia de dàr en la nueva Religion de Santa Brigida, que con Bulas de nuestro muy Santo Papa Urbano VIII. reformò, y de nuevo dejò fundada à grande gloria de Dios en estos Reynos de España. La pobreza, que no pudo votar perpetua por su estado, y por el fin à que Dios la guiaba de criar, y remediar muchas don-

doncellas, y acudir à otras muchas necessidades de sus projimos, no la defraudò con todo esso de su corona, pues fueron singularissimos los afectos, con que como verdadera pobre de espiritu, amò esta preciosissima virtud, y clarissimos los efectos con que probò, que à ser en su estado de mayor gloria de Dios el votarla para siempre, huviera juntado este voto à los otros dos, de lo qual, al fin de este capitulo dirémos algo.

Empezando, pues, por su virginal pureza, de cuyo intacto candor el santo Padre Luis de la Puente nos escribiò maravillosos ejemplos en la primera Parte de esta Historia, à quien remito al Lector, apunto solo algo de lo que los testigos aqui juraron. El Padre Miguèl de Oreña dice, que los nueve años que la confessò, reconocia por señal de su rara pureza no haverla oìdo casi palabra ninguna tocante à esta virtud, ni al vicio contrario, sino que tenia sepultada esta materia en un profundo silencio como si fuera puro espiritu, y que èl tenia en su mano el papel original, en què esta Virgen havia escrito su voto; y concluye su dicho, jurando, que tiene por cosa cierta, y constante, que muriò esta Santa con la gracia Bautismal, sin nunca haver cometido culpa grave; si bien que ella lloraba siempre las de su juventud, quando se las referìa à èl; porque con la luz grande que tenia de lo que debia à Dios, se confundia en todo. Lo mismo jura el Padre Fray Andrès de la Puente, que en lugar de su santo hermano el Padre Luis (que por sus grandes achaques no podia acudirla siempre) la confessò treinta años, trayendo los argumentos que tiene para juzgar por cierto, que no solo fuè Virgen en cuerpo, y alma perfectissima; pero que tambien conservò siempre la primera gracia, que sacò del Bautismo. La Madre Maria del Sacramento, despues de referir el voto, y pureza de esta Virgen, y el recato que enseñaba à sus compañeras, añade: Con tener particular dòn de nuestro Señor para alentar, y dàr consejo en las aflicciones interiores, en materia de castidad no sabìa hablar mas que por mayor, ni la entendia, y decia en estas ocasiones, no sabìa què poder decir; porque no la havia fiado nuestro Señor nada en esta materia. Item sè, por haverlo escrito, que en este particular la hizo nuestro Señor à esta su Sierva gran misericordia, no solo para sì, sino tambien para los que la mirassen. Oì decir à la señora Doña Marina de Neyra, y à otras señoras de su tiempo, que quando era moza, è iba con su madre à la Compañia, era tan rara la compostura, modestia, y sossiego de esta Virgen, assi en ir por la calle, como en estàr en la Iglesia, que movia à devocion con su ejemplo; y en siete años que la servì, nunca vì en ella cosa, que ninguna materia se pudiesse atribuir à culpa venial. Lo mismo jura Doña Angela Ossorio, tambien su compañera. La Madre Soror Marina de Christo, Monja en Porta-Cœli, jura, que considerando la pureza de esta Virgen los siete años que viviò en su casa, juzgaba, que era Dios quien siempre la assistia, y la queria solo para si; y añade: Pensando yo conmigo cómo era aquello, y cómo se podia alcanzar tan grande dòn, se lo preguntè à esta Venerable señora, y respondióme: Hija mia, el trato familiar con Dios hace Virgines, y puras las almas, y con este no se da lugar à malos pensamientos.

La señora Doña Ana de Quiñones y Valdès, viuda de Don Diego de Pernea, Teniente de Cazador Mayor de su Magestad, jura, que quando iba à visitar à esta Virgen, componia su vista à los criados que llevaba; y el tiempo, dice, que yo la assistia, aunque tuviesse causa de estàr con penas, y trabajos, jamàs las sentí estando en su presencia. El Excelentissimo Señor Don Rodrigo Sarmiento de Sylva, Conde de Salinas, jura, que le consta à su Excelencia del recogimiento, modestia, gravedad, y reposo de esta Virgen, y que componia á los que la miraban; porque èl la viò, y experimentò en sì este mismo efecto. Dejo otros muchos testigos que hablan de la virginal pureza de esta señora.

Vengo al cumplimiento exacto de su voto de obediencia. El Padre Miguèl de Ore-

ña

ña, despues de apuntar lo que acerca de la sujecion rendida à sus padres, y del voto de obediencia á sus Confessores, dejò escrito el santo Padre Luis de la Puente en su Testimonio jurado dice lo siguiente: Lo mismo experimentè los nueve años que la confesè, en los quales sucediò algunas veces tener ella luz de nuestro Señor para hacer, ò decir alguna cosa, y no viniendo yo en que se hiciesse, ò dijesse, ella obedecia, y dejaba totalmente aquel intento, encomendando siempre à nuestro Señor la ejecucion que le havia ordenado, para que suavemente dispusiesse lo que mas convenia; y su Magestad la oìa de manera, que en tales ocasiones siempre dispuso mi ánimo de suerte, que voluntariamente, y por mocion interior, y hallando conveniencia de razones que deshacian la fuerza de lo que antes me movia à lo contrario, venìa à juzgar lo que ella decia haver entendido de nuestro Señor, y le ordenaba que lo hiciesse, ò dijesse; y en los buenos efectos que de aì resultaba, experimentaba yo, y echaba de vèr sus aciertos, y que era nuestro Señor quien la gobernaba. Mostrò nuestro Señor tambien en esta materia su paternal providencia por algunos sucessos; como una vez, que padeciendo la Virgen una sed ardiente, y estando el agua que havia muy caliente, pidiò licencia à su Confessor para que se trajesse un poco de nieve, à que se arrimasse un jarro de agua, que se refrescasse. Negóselo el Confessor, pareciendole no era la necessidad tan grande como otras veces, y volvióse á su casa, quedandose la Virgen con la congoja de tan rabiosa sed, y con el consuelo de padecerla por obediencia. Pero apenas saliò el Confessor, quando de repente se mudò el ayre, y el Cielo, con admiracion de dicho Padre, de vèr tan súbita mudanza, porque le cogiò la tempestad en el camino; y haviendo caìdo una nubada de piedra en el patiecico de la casa de esta Virgen, una niña, que havia en ella, movida à lo que se entendiò del mismo que havia movido la piedra, junto el granizo, y le puso encima un botijon lleno de agua; y llegando la hora de la noche en que le havian de dàr à la santa enferma su colacion, le dieron de aquella agua; y vista la frescura, preguntando, y oyendo la causa, reconociò con harta confusion suya el efecto de la bondad, y largueza del Señor, y me contò despues lo que havia passado.

El Padre Fray Andrès de la Puente, despues de otras cosas, que reconociò en la puntual obediencia de esta Virgen, añade: Era tan bien observante de esta virtud, que no escribia carta alguna de importancia, sin registrarla primero con alguno de nosotros; y si el caso era grave, con entrambos: y asi, muchas veces, antes que yo entrasse en su aposento para reconciliarla, me embiaba fuera à la salica delantera las cartas para que las leyesse; y despues de entrado, me preguntaba, si se podian embiar, ò no. Esto mismo hacia quando iba el Padre Miguèl de Oreña, y lo havia ejecutado toda la vida con el Padre Luis de la Puente mi hermano. Quando el Señor le ordenaba alguna cosa, no la hacia hasta que entrambos lo viessemos, y se lo mandassemos; y decia muchas veces, que no la havia dejado Dios otro modo de acertar, que la regla de obedecer à quien la gobernaba, que eran sus Confessores. En tiempo de moza tuvo deseo de ser Religiosa Carmelita Descalza: tratólo con la Santa Madre Teresa, que entonces estaba en Valladolid, fundando su Convento. Examinò la Santa Madre sus deseos, y le pareciò muy bien, y le diò palabra de recibirla allì. Fuè despues esta Venerable Virgen à saber el dia en que le havian de dàr el habito, y cómo se disponia esto; y Santa Teresa, con revelacion del Señor, la dijo, que para mayores cosas la tenia guardada su Magestad; y la despidiò diciendola, que no tratasse mas de aquel negocio. Esto me contò à mì muchas veces la misma Doña Marina. Hasta aqui el Padre Fray Andrès.

La Madre Marina del Sacramento refiere largamente lo que de esta virtud experimentò tantos años en esta Venerable Virgen, y resumido à puntuales, aunque mas ceñidas palabras, su juramento es el que se si-

sigue: Fuè puntualisima en esto, aun en cosas muy menudas, y sentia en dár cuenta de todo à sus Confessores gran consuelo, y alivio, y nos aconsejaba hiciessemos lo mismo. Movianos con su ejemplo, viendo la lisura con que daba cuenta de lo que havia hecho, pensado, y escrito, ò fuessen cosas graves de su alma, y trato de projimos, ò caseras: no contentandose con que lo supiesse uno de sus Confessores, sino entrambos, y que ellos se conformassen en un parecer. Y sucedia muchas veces venirle las cartas muy tarde, y de importancia; y con estár muy apretada de sus dolores, responder luego por el consuelo de los projimos; y como no era hora de que pudiessen venir los Padres, y por otra parte, yo la veìa con fatiga, y con gana de que fuessen para el remedio de la necessidad, que le escribian, deciale: Vayan agora, mi señora, estas cartas, que despues se lo dirà à los Padres Confessores; y deciame: Menos importa que no vayan este correo, que no que vayan sin haverlas registrado mis Padres, que esto es lo seguro: bendita sea la Magestad de Dios, que nos ha dejado tan grande bien en su Iglesia: yo no sè cómo pueden tener consuelo los que se gobiernan por su cabeza. Notè muchas veces, que no solo obedecia esta santa Virgen à la voz de sus Confessores, sino tambien à la insinuacion; y el no responderle ellos tan presto, era para ella ley; y decia: No se haga tal cosa, que preguntandola à mi Padre me respondiò no tan presto, y parece que no gusta que se haga. Y esto era aun en cosas muy menudas, y de poquissima importancia; pero en cosas mayores ponia rara atencion, y cuidado en obedecer. Entre otras, vì una vez, que escribiò una carta de grande importancia por inspiracion del Señor, que la mandò la embiasse. Venia tambien en ello uno de los Confessores; pero el otro no estaba tan resuelto, por parecerle tenia cierto inconveniente, por lo qual se dilatò la ida de esta carta largo tiempo. Deciala yo: Señora, vaya esta carta, pues su Magestad lo manda, y el Padre Fulano lo aprueba; y la Santa me respondia: Calla, que no lo entiendes; esso havia yo de hacer? No corre la cosa por mi cuenta, sino por la de Dios, èl la dispondrá quando fuere su santisima voluntad. En efecto, lo dispuso el Señor, fuè la carta, y tuvo el efecto que se deseaba: son muchas las cosas otras que vì à este modo. Prosigue este testigo contando cosas rarisimas, del modo con que esta Virgen sirviò, y obedeciò en tiempo de moza à sus padres carnales: gloriosos ensayes del con que despues obedeciò à los espirituales. Todo esto, aunque con diversas palabras, pero del mismo peso, juran otros muchos testigos, que dejo para quien de solas las informaciones quisiere hacer nueva Historia de las heroycas virtudes de esta admirable Virgen.

De lo que toca à la pobreza, virtud tan tiernamente amada de Christo Señor nuestro, y à quien por esso tenia Doña Marina en las niñas de sus ojos, jura lo siguiente el Padre Fray Andrès de la Puente. Amò siempre la pobreza, y en los primeros años, en muriendo su padre, hizo voto de ella temporal, y no lo hizo perpetuo, por no dejarla su Confessor por justos respetos. Tambien sè que renunciò la legitima de sus padres, y se quedò sin hacienda, y vivia de limosnas, que personas devotas le hacian. Viviendo en esta pobreza santa, se le apareciò nuestro Padre Santo Domingo, y le rogò acudiesse à sus Religiosos, y à su Convento por lo necessario, dandole palabra, que en su Religion serìa socorrida, assi en lo espiritual, como en lo temporal mientras viviesse. Era esto una mañana, dia del Angelico Doctor Santo Thomás, y estaba ella sin tener aquel dia que comer, ni con què comprarlo, dando gracias à Dios porque se veìa pobre. Llamò entonces à su puerta un Religioso de nuestro Convento de San Pablo, que ella conocia, y entrando en su aposento la hallò enagenada en Dios en alta contemplacion de sus divinos mysterios, y le dejò junto à ella cosa de dos ducados en plata; porque viendo que la Virgen con grande dificultad podia responderle, no quiso estorvarla, y se saliò luego. Quedò la Virgen admirada de la bondad de Dios, en remediar su necessidad, y como Santo Do-

mingo tan presto la havia socorrido por medio de aquel Religioso, que nunca havia entrado en su casa hasta aquel dia, y desde èl siempre, y en todas ocasiones ha sido socorrida de nuestra Orden, como ella misma me lo ha dicho muchas veces en lo temporal, y en lo espiritual. Y cumpliò nuestro Santo Padre tan bien su palabra en acudirla, assi por sus hijos, como por sì mismo, que me solia ella decir con santo donayre, que bien parecia que Santo Domingo havia sido Caballero. Sè de mas de treinta años à esta parte, vivia con grande congoja de verse socorrida de lo necessario, y de verse sobrada, y assi le decia à Dios: Mi Señor, para qué quieres que tenga este estiercol? que assi llamaba al dinero; y le pedia con instancia se le quitasse, y le diesse licencia para no recibirlo, y su Magestad la respondio: Bien lo gastas en remediar huerfanas, y en lo demás que Yo te ordeno. Mira, essas limosnas que recibes, si tù no las recibieras, se havian de gastar mal, y à ti te las dán con devocion que te tienen, y si tù no las recibieras, no ganarian ellos el premio que les tengo de dár: no te aflijas, que no sabes tus mis intentos; y assi haz lo que te mandáren tus Confessores. Assi lo hacia ella, que no queria recibir limosna, si no venia por mano de ellos, y con su licencia. Y aconteció una vez, que haviendola embiado una Religiosa de la Madre de Dios cierta limosna, no tocò à ella, hasta que me escribiò un papel de su letra, que tengo guardado, pidiendome licencia para recibirla. Hasta aqui el Padre Fray Andrés de la Puente.

El Padre Miguèl de Oreña, despues de otras cosas, como las arriba dichas acerca de este punto, dice: No miraba como hacienda suya lo que le daban de limosna, sino que tomando de ella lo que era precisamente necessario para su sustento, y para el de las doncellas que tenia en su compañia: lo demás lo miraba como hacienda de Dios, y no disponia de ella, sino en las obras de su servicio, que su Magestad la enseñaba; y assi, de estas limosnas la resultaban cuidados; uno, de ser muy agradecida à quien las hacia; (porque en la virtud del agradecimiento fuè muy señalada) otro, de acertar con la voluntad de Dios en la eleccion de las obras de su servicio, que con ellas havia de hacer; y solia decir, que estuviera muy consolada si no tuviera nada, y lo que tenia ponia siempre à los pies de nuestro Señor, suplicandole, que la enseñasse el empleo de su mayor gloria, que queria tuviessen aquellas limosnas, y por este zelo, y afectos santos llenos de caridad la proveìa nuestro Señor con tan puntual, y amorosa providencia, que no solo no le ha faltado lo necessario para su casa, y para dár à otros, sino que se lo daba con abundancia; y faltando algunas limosnas por ausencia, ò muerte de quien se las hacia, despertaba su Magestad luego el corazon de otros, que substituían por aquellos. Hizo tambien esta Sierva de Dios voto de no tener hacienda de raìz por su voluntad, si no se lo ordenaba su Confessor, que era entonces el Padre Pedro de Leon, y fuè esto año de mil quinientos y noventa y siete, como me consta de un papel de su letra.

Doña Angela de Ossorio jura, que havia oìdo, que despues que esta Virgen renunciò su legitima, se sustentaba de la labor que hacia, sin tener un rato ocioso, aunque era tan delicada, y enfermas y añade, contaba ella algunas veces, lo que se reìan sus hermanos de que venian à casa las labradoras, preguntando por la costurera de Fuensaldaña, porque para este Lugar, y otras Aldeas vecinas hacia ella toda la costura que podia. Despues que nuestro Señor la socorriò con limosnas, decia: Nada de lo que tengo es mio, todo es de Dios: yo no soy mas que un pobre Mayordomo, que desea dár buena cuenta: plegue à èl que yo aciérte à darla, y con su santissima voluntad. Quando le daban gracias de alguna que metia Monja, respondia: Yo no hago; ni soy mas que un pobre instrumento: mis señoras, y amigas lo hacen todo por Dios. Lo mismo jura la Madre Maria del Santissimo Sacramento. La Madre Soror Mariana de Christo, despues de otras cosas,

concluye su juramento con estas palabras. Quando la embiaban à esta Venerable señora alguna limosna, la oìa yo decir: Bendito sea Dios, que asi provee à sus criaturas. Hermanas mias, (asi nos llamaba à nosotras) fiense mucho de nuestro Señor, que èl las socorrerà, no solo en lo espiritual, sino tambien en lo temporal; y sobre esto nos decia muchas cosas. Yo conocì todas las diez y ocho doncellas, que esta santa Virgen metiò Religiosas, y vì por mis ojos hacer la profesion à algunas, y otras tomar el Habito, y de todas sè que professaron. Tambien sè, que otras muchas personas, asi hombres, como mugeres, por sus oraciones, y consejos entraron en Religiones, y otras personas que se casaron, à quienes ella ayudò para su remedio. La Madre Juana de Christo, professa en el Convento de Santa Ana, despues de otras cosas, jura una de mucha edificacion en esta materia, por ser nuestra Venerable Virgen yá de setenta años, y tan llena de enfermedades, como sabemos, quando ella la asistia. Dice, pues, asi: Era tan ajustada, que si quedaba un poquito de carne del puchero que se le hacia hoy, ordenaba se le diessen el dia siguiente: y si alguna vez acaecia ser necessario, por alguna flaqueza grande de su estomago, socorrerla con algo de comida, aunque lo que havia quedado no fuesse à proposito, y huviesse en casa otra cosa mas acomodada, jamás se pudo acabar con ella, que tomasse, ni comiesse otra cosa, sino lo poco que aquel dia, ò el de antes huviesse sobrado.

Concluyo este punto con lo que jura la señora Doña Magdalena de Cisneros, amiga de esta Virgen mas de sesenta años, y insigne bienhechora suya. Dice, pues, asi: Quando la señora Doña Marina tenia casi diez y ocho años, concurria yo con ella en la Casa Professa de la Compañia, y me acuerdo muy bien la tenian entonces por santa, y la miraban, y respetaban por tal. Miraba yo con advertencia su rostro, y en èl se descubria muy bien la compostura de su alma, y sus virtudes.

Era rara su modestia, y en el mismo color del rostro se descubria una cosa sobrenatural. Siempre he visto continuarse esta fama por mas de sesenta años, y en ellos tratandola intimamente: quanto vì en ella me confirmò en esta opinion de santidad rara; y en estos ultimos años de su vida en que la tratè, se me representò en su rostro aquella sobrenaturalidad de color, que me admiraba, y mostraba los afectos divinos, que ardian en su corazon. Conocì yo muy bien una persona muy fidedigna, que fuè testigo en la renunciacion que esta Santa hizo de la legitima de sus padres; y vì con mis ojos la singular providencia, que su Magestad tuvo en proveerla para sì, y para las que tenia en su casa, de todo lo necessario: y experimentè en mì una cosa bien singular, y es, que no solo era grande el gusto con que la socorria, sino que nunca echè menos en mi casa lo que daba à esta sierva de Dios; y sucediòme siendo mi renta moderada, darla en un año docientos escudos, sin echarlos menos, ni hacerme mella. Lo qual siempre tuve por cosa maravillosa, con que Dios queria significar lo que le agradaba la limosna hecha à esta señora.

CAPITULO VII.

Su rara prudencia en todo, y singular gobierno de su familia.

SUele comunmente nuestro Señor à las personas, que no solo para el bien proprio, sino tambien para el universal provecho de su Iglesia, levanta à grados excelentes de santidad, prevenirlas con una natural prudencia, acomodada à la sobrenatural gracia, que les apareja; porque aunque su Magestad no mendigue la habilidad de los instrumentos que toma para sus obras, y tal vez de lo tosco de aquellos haga nacer mayor admiracion lo precioso de estas; todavia, como Autor que no solo ejecuta con eficacia, sino que tambien dispone con suavidad, hace de ordinario, que de manera se dèn las manos, gracia, y naturaleza, que sea esta en su modo proporcionada vasis à la insigne colum-

lumna con que la otra ſe levanta al Cielo. No acaban, pues, los teſtigos, à todas luces grandes, de decir lo mucho de los talentos naturales, y relevante caudal que Dios puſo en eſta eſcogidiſsima Virgen ſuya, bien ſeñalada en el numero de las prudentes, que como cimbria ſirvieſſen à la ſobrenatural architectura del edificio ſagrado de ſu eſpiritu.

Pero por la brevedad que afecto en eſte tercer Libro, juzguè que baſtaba poner parte de lo que jura el Padre Fray Andrès de la Puente, porque ſon ſus palabras una breve ſuma de quanto los demás experimentaron. Dice, pues, aſsi eſte teſtigo.

Segun la opinion de quantas perſonas trataron à Doña Marina, aſsi hombres doctos, y Maeſtros, como ſeñores, y ſeñoras, no ſe puede dudar, ſino que fuè la muger de mayor entendimiento, caudal, prudencia, y diſcrecion, que ſe ha conocido en nueſtra era. Por eſpacio de treinta y ſeis años tratè con eſta ſierva de Dios muchos negocios de importancia, aſsi de coſas eſpirituales, como de materias de gobierno univerſales, ò domeſticas: y vì ſiempre que era admirable la prudencia, y peſo de ſus palabras, el reparo, y advertencias que hacia en todo: prevenia los inconvenientes: daba medios para vencer dificultades, reſpondiendo à las obligaciones, guardando à cada coſa, y perſona el lugar que ſe le debia. Y aunque es verdad, que en eſtas materias ſe reconocia en eſta Virgen la gracia, y luz divina que el Señor la daba para ellas, y para el buen acierto de las acciones, aſsi prudenciales, y prácticas, como de las eſpeculativas, è intelectuales; (porque ningun natural parece las pudiera guiar con tan ſeguro, y cabal conſejo) pero otras veces ſe deſcubria el caudal grande, y excelentes dones naturales que Dios la havia dado, y por eſſo ſu padre, (hombre tan cuerdo, tan docto, y tan ſanto) ſiendo ella muy moza, le diò el exterior gobierno de ſu caſa; y sè yo que en coſas de importancia le pedia ſu parecer, y le daba ella muy acertado. Infiereſe tambien el caudal grande que tenia de labor de manos, pues podia ſer maeſtra de mugeres en todas materias de lino, ſedas, bordados, y otras labores; todo lo ſabia hacer, y lo entendia todo con eminencia. Haſta aqui el Padre Fray Andrès, que concuerda mucho con lo que ſu ſanto hermano el Padre Luis de la Puente nos dejò eſcrito de eſte prodigio de las Virgenes de nueſtro tiempo.

De eſta natural prudencia, tan iluſtrada con ſoberanos retoques de la divina gracia, naciò el acierto grande con que criaba las doncellas, que nueſtro Señor trahia à ſu compañia, guiandolas por los caminos mas ſeguros de la virtud, haſta ponerlas en eſtado de perfeccion. Pondrè acerca de eſte punto (y menos ceñido de lo que ſuelo ir en otras materias) lo que de èl eſcriben, y juran ſus miſmas diſcipulas, que hoy ſon yá maeſtras de eſpiritu en los Sagrados Conventos adonde viven; porque deſeo que no ſe olvide eſte ejemplar, y quede ſiempre como vivo dechado à las que gobernáren el Convento que nueſtra Virgen dejò fundado, y à los demás, que ſegun eſpero de la divina miſericordia ſe fueren edificando.

La Madre Maria del Sacramento jura lo ſiguiente: Por viſta de ojos conocì haverla dotado Dios de todas las prendas naturales, que ſirven à las ſobrenaturales: diòle grande entendimiento, y memoria, maduro juicio, y prudencia; y eſto tambien lo oì decir muchas veces à otras muchas perſonas, que lo ſabian entender. En ocaſiones que ſe ofrecian, hablaba ſegun la capacidad de cada uno para el provecho de ſu alma, y acierto de ſus negocios: no ſe le perdia palabra, por ſer todas de grande ſuſtancia, y que parecian mejor à quien mejor entendia. Y con ſer ſus reſpueſtas tan extraordinarias en el peſo, era el modo con que las daba ordinario; pero eſtos conſejos ſolo los daba à quien la conſultaba en ſus neceſsidades, que ſin eſſa ocaſion hablaba con la llaneza que yo, y qualquiera otra perſona podemos hablar. Y ſi en converſacion le decia alguna de caſa: Señora, à Fulana le dije, y aconſejè eſto, ò aquello, nos reſpondia: Por mejor tengo callar, no ſe metan en eſſo; porque ordina-

nariamente no ſomos buenas las mugeres para dár conſejo : tomemoslos para noſotras. Eſta era ſu inclinacion , y no hacia ella otra coſa , ſino haciendola fuerza nueſtro Señor para que reſpondieſſe à lo que la conſultaban , y eſſo deſpues de muy mirado. Moſtraba el natural lindo , dócil , repoſado , y advertido , que nueſtro Señor le havia dado, con tan grande eſtremo, que ſoliàmos noſotras decir , que aun à ſus acciones naturales parecia que arrimaba ſu Mageſtad algo ſobrenatural , ſin parecernos poſsible otra coſa ; porque enmedio de tantos aprietos , y ocupaciones de eſcribir , y ayudar proximos, de modo, que ni dia , ni noche , (como los dolores no fueſſen tales , que del todo la impidieſſen) ceſſaba , tenia con todo eſſo advertencia à las coſas mas minimas de caſa , preguntandolas , y previniendolas todas con ſu gobierno , como ſi las viera , y anduviera en pie ; pero con particular cuidado en las eſpirituales , y de cada uno de por sì. Tenia repartidos los dias de confeſsiones de todas , yendo unos dias eſtas , y otros aquellas : prevenianos la noche antes las que haviamos de ir , ò quedar en caſa , deſcuidando todas , y ella ſola cuidando.

Parece que infundia eſta Virgen à ſus compañeras , aſsi niñas , como mugeres, compoſtura , modeſtia , y ſoſsiego. En el Convento de las Huelgas , ò en caſa de la ſeñora Doña Iſabél Rejon , adonde yo eſtaba antes de venir à la compañia de eſta Santa , acudian algunas veces ſus compañeras à viſita , y antes de reconocerlas, decia yo con ſolo vér ſu compoſtura : Sin duda que la gente que alli eſtá es de la familia de la ſeñora Doña Marina. Oì algunas veces à perſonas que eſtaban conmigo , decirle : Andad acà à hablar con aquellas doncellas ; y reſponder las otras : No harémos tal , temblamos en ſolo imaginarlo , que las tenemos miedo. Conocí yo en eſte tiempo ſantas criaturas de aquellas compañeras , que era conſuelo , y aliento grandiſsimo el que ſe participaba de ſu trato ; y en todas materias eran de grande enſeñanza ſus reſpueſtas.

Doña Angela de Oſſorio , entre otras coſas , dice aſsi : Quando ſus criadas iban al Convento adonde yo eſtaba , antes de venir à caſa de eſta Sierva de Dios , à viſitar algunas Religioſas , temblaba yo ſolo de hablarlas ; y me ſucediò hartas veces eſconderme de ellas , por el miedo , y reſpeto que las tenia ; y aunque deſeaba hacerlo por vér el conſuelo con que quedaban las amigas , que las trataban , por ſer ſus platicas en todas materias de mucha admiracion , y enſeñanza , con todo eſſo no me atrevia. Quando deſpues vine à ſu caſa conocì lo mucho que Dios havia dado à ſu ſierva. Nunca vì en ella accion , que ſe pudieſſe interpretar à pecado venial ; y aunque la vì reñir , y reprehender à algunas de caſa , todo era neceſſario , y por nueſtro mayor aprovechamiento , con gobierno , y prudencia , cuidando de todas las coſas de caſa , menores , y mayores , como ſi eſtuviera ſolo en cada una de ellas. Haciaſe amar , y temer juntamente con la fuerza de ſus reprehenſiones , y no teniamos mayor conſuelo , y recreacion todas noſotras , que ſervirla , y eſtár ſiempre en ſu apoſento aſsiſtiendola , y andabamos como à porfia , ſobre quien dormiria menos para acudir à ſus dolores ; porque ſiempre era rara , y extraordinaria ſu manſedumbre , ſu apacibilidad , y ſu agrado.

La Madre Mariana de Chriſto jura en eſta forma. Vì ſiempre en eſta Venerable ſeñora tal pureza , gravedad , y compoſtura , que me eſpantaba , y decia entre mì: Eſta muger no es poſsible que lo ſea : eſta es Angel ; y de cierto sè , que lo parecia en la mageſtad , y condicion , y pureza por una parte , y por otra con la afabilidad, y llaneza con que hablaba à ſus compañeras. Jamás la vì enojada , aunque veìa algunas ocaſiones , ni decir palabras , ni hacer acciones que nos turbaſſen à las que oìamos. Reprehendianos con ſolo mirarnos , y baſtaba ; porque la diò el Señor tal gracia , que nos penetraba los corazones , y noſotras quedabamos corridas , y mas admiradas de ſu paciencia, y diſcrecion. Jamás contaba coſa , ſino es para nueſtra entera enſeñanza , y exemplo : enderezaba la platica à la que tenia mayor neceſsidad ; pero con

con gran disʃimulacion, que parecia que Dios ſe lo havia dicho. No conſentia ſe hablaſſe palabra, que no fueſſe buena, y neceſſaria; pero aun aſsi havia de ſer muy pura; y las que mi ſanta Madre decia eran puriſsimas, y puriſsima la intencion; y aſsi ſiempre nos moſtraba, y enſeñaba eſto con obras, y palabras. Haviala dado nueſtro Señor grandiſsimo entendimiento, como ſiempre lo vì en todo lo que trataba, y tal memoria, que ſi era meneſter nos declaraba mucho de lo que nos convenia de la Sagrada Eſcritura, y muchos Pſalmos, y eſto ſin tomar libro en las manos; porque no podia yá por ſu mucha flaqueza. Verdad es, que mandaba algunas veces nos juntaſſèmos todas delante de ella, y leyeſſe una algun rato, y de eſta leccion eſpiritual ſacaba lo que luego nos decia, y mas nos convenia à cada una, conforme à ſu neceſsidad; y creo que ſabia mejor la que cada qual teniamos, que las miſmas que las padeciamos. Hablaba con tan grande mageſtad, que parecia hablaba Dios por ſu boca, y aſsiſtia dentro de ſu alma, que de otra ſuerte parecieran los efectos impoſsibles; porque las mas veces, y de ordinario, ſe veìa claro ſer Dios quien la enſeñaba el remedio que à cada una havia de dár conforme à ſu neceſsidad, dejandonos contentas, y pacificas, y remediados los eſcrupulos, en los quales nueſtros Confeſſores muy doctos, apenas hallaban con que conſolarnos.

De eſte tenor ſon los demás Teſtimonios, que otras compañeras ſuyas, dignas de toda fé, dieron juramentadas ſobre eſte punto. Añado ſolo lo que otras algunas ſeñoras, dignas de toda fé, y que aunque no domeſticas, la trataron íntimamente, juran en eſta materia. La Illuſtriſsima ſeñora Doña Iſabèl de Silva, Marqueſa de Monte-Alegre, dice: El tiempo que la tratè conocì en ella un entendimiento muy ſublimado, una memoria muy cumplida, un juicio muy acertado, y maduro, repoſado, y advertido. En las veneraciones con las perſonas que la viſitaban era muy modeſta, y agradable à todas, grave en el ſemblante, y en ſus palabras, y obras muy ajuſtada. Todas las perſonas que la trataron, conocieron como yo tan grande acierto en los conſejos que daba, que nadie ſe le pidiò, y ejecutò con verdad, que erraſſe, y eſto en todo genero de materias, y eran eſtos conſejos tan ajuſtados al natural de las coſas, que en sì miſmos ſe trahian la aprobacion; y eſto lo sè por experiencias proprias, y de otras perſonas, que quiſieron valerſe de ſu favor por cartas, y de palabra.

La ſeñora Doña Magdalena de Ciſneros jura lo ſiguiente: No ſolo oì decir à otros las muchas prendas naturales de que Dios la dotò, ſino que fui teſtigo de viſta de ellas, y conocì en eſta ſeñora un grandiſsimo entendimiento, caudal, y prudencia. En ſu natural una apacibilidad muy grande: rara manſedumbre, mucho ſoſſiego, y madureza en ſus palabras, ordenando ſiempre eſtos dones al ſervicio de nueſtro Señor. Era finalmente perſona ſin ficcion ninguna, y de grande liſura. En lo que toca à ſus compañeras, que han ſido muchas, y muchas de ellas de poca edad, nunca oì coſa que olieſſe à liviandad, ſiempre han tenido muy buena fama, y muchas de ellas han ſalido para Religioſas, dando en eſte eſtado muy buen ejemplo, que ſe echaba muy bien de vér la leche que havian mamado en caſa de ſu ſanta ſeñora. A las que han tomado otro eſtado he viſto proceder muy bien, y conforme à la buena enſeñanza que tuvieron. Vì todas las que eſtaban en ſu compañia frequentar los Sacramentos, y aſsiſtir à los Sermones muy continuamente; y sè eſta ſierva de Dios cuida de eſto con gran ſolicitud, y vigilancia. En eſpecial conocì en ſu caſa à Marina Hernandez, perſona de raro ejemplo, y ſantidad, la qual teniendo baſtante hacienda para paſſar la vida conforme à ſu eſtado, lo dejò todo por venirſe à ſu compañia, y acudirla como ſi fuera ſu criada, por la eſtimacion que tenia de la ſantidad de eſta ſeñora, à la qual acudia en reverencia de la Santiſsima Virgen, y por emplear ſu vida en ſervir à perſona tan ſanta, y para perficionarſe con ſu trato en la virtud, à que aſpiraba con grandes veras; y en compañia de dicha ſeñora acabò ſu vida

da con opinion de grande ſantidad.

En eſta conformidad ván jurando todos los demás teſtigos, con grande admiracion todos de lo que vieron,de conſumada prudencia, y acertadiſsimos conſejos en eſta Virgen, que en el rincon humilde de un retirado apoſento havia pueſto Dios como celeſtial luz, como ſagrado oraculo de nueſtro ſiglo.

CAPITULO VIII.

Refierenſe en ſuma otras excelentes virtudes de eſta gran Sierva de Dios.

AL modo que haſta aqui celebraron tantos teſtigos la ſingular prudencia de nueſtra Virgen, ſe hacen tambien lenguas en celebrar las otras tres virtudes, que llamamos Cardinales, apuntando algunos exemplos de ſu juſticia, atentiſsima en diſtribuir las limoſnas, que el Señor la embiaba, de quien ſolo ſe tenia por mayordomo, ſin dár à parientes ſuyos neceſsitados una brizna, mas de aquello que diera à otros pobres, que ſe vieſſen en aprieto ſemejante, ſin que ninguna fuerza, ni importunacion la pudieſſen torcer nunca à que ſe rindieſſe à afectos de carne, y ſangre, à quien ſolo trabajos, y neceſsidades conmovian. Su templanza en el ſuſtento fuè eſtremada, y quien la aſsiſtiò afirma, que en tiempo de ſus enfermedades le parecia maravilla ſuſtentarſe con tan poco: pero poco es de maravillar eſto en una Virgen, que en tiempo de ſu ſalud, como vimos, guardò ſiempre un ayuno perpetuo, y una riguroſiſsima abſtinencia. Dicen, y no acaban los teſtigos de lo que experimentaron de ſu heroyca fortaleza, en padecer conſtantemente el tropel de trabajos tan graves en el genero, tan muchos en el numero, con que ſu Mageſtad la probò: en proſeguir con admirable perſeverancia, ſin deſiſtir un punto del bien comenzado, ſin que jamás huvieſſe medio que la hicieſſe mover, quanto mas tornar atrás de lo que una vez prudentemente aſſentaba: era la mayor gloria de ſu Señor.

De ſu humildad queda eſcrito mucho en entrambas partes de eſta Hiſtoria: aſſombra à quien conoce los eficaces ardídes de la vanagloria, la ſutileza con que ſe ingiere al corazon humano eſta carcoma, que juren Confeſſores ſantos, y doctos de eſta Virgen, que por lo que oyeron de ſu confeſsion de ella, y de lo que con toda atencion experimentaron de ſu trato, tienen por cierto, que jamás ſintiò en ſu alma movimiento alguno de ſoberbia, y ateſtiguen todas quantas perſonas la trataron, que daba de sì preciofiſsimo olor de una humildad profunda, todo quanto oyeron, y vieron en eſta Santa. Jura el Padre Miguèl de Oreña, que era tal el afecto de eſta Virgen à la humildad, que al juicio de algunos flacos pudiera parecer eſtremo lo que en ſus efectos moſtraba. No baſtarán muchos pliegos para poner en ſolo compendio, lo que difuſamente refieren de eſta virtud los originales autenticos, que voy citando.

Fuè maravilloſiſsima en eſta Virgen la veracidad, el horror à todo genero de mentira: era enemiga, no ſolo de toda trampa, y ficcion en coſas ſérias; pero tambien de toda burla, y juego, adonde ſe vieſſe el más pequeño raſtro de menos liſura; y eſto no ſolo en ſu perſona, (claro eſtaba) ſino tambien en las doncellas, aun quando muy niñas, que la aſsiſtian, de ſuerte, que ſi alguna muchacha, eſtando à la labor, eſcondia alguna coſa à otra compañera por burlarſe, y entreterſe un poco, no podia ſufrirlo, y le decia luego à eſta dónde le havian eſcondido lo que buſcaba. Baſte eſte breve raſguño de las virtudes morales de eſta gran Sierva de Dios. Apuntemos algo del grado perfectiſsimo en que el Señor le comunicò las Theologales.

Vivimos todos los hijos de la Igleſia Catholica Romana en Fé: eſta es la unica luz infalible de nueſtras tinieblas, la guia ſingular de nueſtro viaje, los ojos de nueſtro eſpiritu, con que ſe vèn los myſterios ſoberanos; pero hay entre otras eſta grande diferencia en las almas, que las fieles ordinarias parece que tienen como cubierta eſta viſta con un velo baſto, y groſero, por el qual

qual solo divisan algo de aquel secreto; pero à las almas santas parece que les venda los ojos algun cendál sutíl, y delicado, por el qual casi distinguen los objetos que se creen. Cerrados sin duda los tiene la Fé; pero à nosotros, que vulgarmente vivimos, estàn como en una caja de cedro, que aunque preciosa por la materia, impide su espesura el que puedan verse: à los Santos como en un escritorio de crystal, que aunque no se les abre, à lo menos por lo transparente deja penetrarse. En fé vivia en esta vida mortal Doña Marina; pero essa de tan altos quilates, tan retocada de los divinos rayos, que en cierta manera parece que estaba viendo lo que creìa, y sin dejar de creer gozaba lo que estaba deseando, y possèìa lo mismo, en cuya diligente busca se desvelaba. Esto quiso decir el Padre Miguèl de Oreña, quando en su juramento dice acerca de esta virtud de nuestra Virgen estas palabras: La fé que esta Sierva de Dios tuvo de los divinos mysterios, se puede conocer por la grandeza de luz, que Dios le havia comunicado para penetrarlos; pues decia que se admiraba mucho, de que huviesse cabido en ningun entendimiento duda de sus verdades. De aqui resultaba, que quando trataba de estos mysterios, no hablaba como quien tenia de ellos sola la luz de la Fè, sino como quien los havia visto: tanta era la claridad, y facilidad con que los explicaba. Lo mismo puntualmente jura el Padre Fray Andrès de la Puente.

La Madre Maria del Sacramento, su compañera, y que no pocas veces le sirviò de Secretaria, dice asì: Comunicóla nuestro Señor una fé muy viva, por la qual con grande gracia hablaba de las cosas del Cielo, y las escribia, aunque fuessen dos, y tres pliegos, con tanta facilidad, como si escribiera qualquiera otra carta; y preguntandola yo, cómo tenia memoria para escribir tan facilmente cosas tan altas, me respondiò: Haceme nuestro Señor esta misericordia de tener tan presente el mysterio, como quando passa por mí, que à no hacerme el Señor esta merced, no me atreviera à escribirlo; y bien se le lucia esta luz, recibida en las palabras que se le oían, y en la satisfaccion con que quedaban las personas à quienes las decia, y en el modo tan facil, y claro con que explicaba las cosas espirituales, y el exercicio de todas las virtudes, trayendo comparaciones muy à proposito, que yo, y qualquiera podiamos entenderlas. Oí decir à Maestros muy graves, en especial al Padre Maestro Fray Diego de Guevara, del Orden de San Agustin, y su Provincial, que no havia oido en su vida persona, que mejor se declarasse en cosas de este genero, ni hablasse mas al corazon de la persona que la consultaba.

De aqui le nacia à nuestra Virgen aquel ardiente deseo, de que la Fè se conservasse pura en los Reynos Catholicos, se redujessen los Hereges, y los Gentiles se convirtiessen. Hay de esto singularissimos exemplos, afectos fervorosissimos en los papeles suyos, que en el segundo Libro atrás dejamos escritos; y jurò con prudencia, y razon Doña Maria de Obregon, su compañera, que eran milagrosos los efectos, que con esta virtud obrò esta Sierva de Dios, assi en la facilidad, propriedad, y gracia con que explicaba las cosas divinas, como en los deseos de la pureza de dicha Fè en estos Reynos, y que se propagasse en los estraños.

Es la virtud de la esperanza el ancora firmissima contra las tempestades continuas de nuestra navegacion: el almibar con que en la vida espiritual se traga lo amargo de tantas pildoras: es la esperanza espuela con que el alma, aun quando mas fatigada, apresura su carrera: la que le alivia en lo penoso, le facilita lo arduo: la que le entretiene en su destierro: el Rafaèl de su peregrinacion. Quien ha leìdo los trabajos, los caminos tan escabrosos por donde Dios llevò à Doña Marina, bien verá, que solamente pudo no rendirse à ellos, por arrimada al baculo seguro de esta virtud. De la qual dice assi el Padre Fray Andrès de la Puente: Siempre conocí en ella, todo el tiempo que la tratè, que fueron treinta y seis años, que vivia con grande esperanza de su salvacion: fundabala en los merecimientos de Chris-

Christo Señor nuestro, cooperando ella siempre por la divina misericordia con sus heroycas virtudes; aunque en su opinion de ella por su profunda humildad, todo quanto ponia de su parte era nada; y assi, aunque se leen tantas veces en sus escritos las congojas, recelos, y temores con que vivia, no fueron estos nunca acerca de su salvacion, sino sobre si el camino por donde Dios la llevaba de tantas visiones, era seguro. De aqui le nacian las ansias, y ardentissimos deseos de salir de esta vida miserable, y vèr à su Magestad en la eterna; pero eran estos siempre muy resignados en la santissima voluntad de su Señor. De estos deseos santamente confiados, nacidos de su vivissima esperanza, añade en su Testimonio jurado el Padre Miguèl de Oreña estas palabras: Solia muchas veces decirme, que era su alma al modo que havia visto un pajarico atado con un hilo por un pie, y que siempre estaba bolando ácia arriba, haciendo fuerza para soltarse; y si lo pudiera alcanzar, se subiera por essos ayres, alejandose de los hombres: y que assi su alma, presa con las cadenas de la mortalidad, siempre estaba aleando con los afectos, deseando verse suelta para gozar del assiento de aquellos bienes inmortales, que tantas veces le mostraba el Señor, suspirando por ellos de dia, y de noche. Deciame tambien, que preguntaba algunas veces à su Magestad, quándo havia de amanecer aquel deseado dia? y que la respondia el Señor, que no se fatigasse, que presto seria; y añadia luego: Ay, Padre, què largos son los prestos de nuestro Señor.

La Madre Maria del Sacramento, despues de referir muchas cosas acerca de los actos generosos de esta virtud, que notò en su santa señora, jura tambien lo siguiente: Con estár con esta confianza tan grande, y tan bien fundada en los altissimos merecimientos, y preciosa Sangre de Christo, y con tener tan ardientes deseos de que nuestro Señor la llevasse, era esto con tanta conformidad, y resignacion, que decia: Que si era voluntad del Señor, y havia de ser de algun provecho à sus proximos, estuviera acà de bonissima gana hasta el fin del mundo. A este proposito la oì decir el año passado, estando bien fatigada, de vèr que se hacian algunas cosas contra el beneplacito del Señor, que pues no era yá de ningun provecho, bien pudiera su Magestad llevarla para sì. Entonces la dije yo: Ay, mi señora, valgame Dios, si yo fuera tan dichosa, que viera à V. md. levantada de esta cama, y que fuera con nosotras à la Iglesia! Y respondióme: Yo fio de nuestrò Señor no será assi, que fuera esso para mí de tan grande pena, como la que tuviera un navegante, que despues de haver tenido muchos trabajos, y haverle costado mucho el verse yá cerca de desembarcar, viera levantada una borrasca, que le volviesse à lo mas profundo del mar. La señora Doña Magdalena de Cisneros jura, que mostraba nuestra Virgen grandes deseos de morirse, y hablaba en esto con grande afecto, y que quando trataba de esta materia, se le mudaba el rostro, quedando con un semblante del Cielo, que movia à alabar à Dios. Baste esto acerca de su esperanza, para que nos dè lugar en este mismo Capitulo à referir algo de su ardiente caridad.

En ésta, como reyna de todas las virtudes, assi tambien la forma que las vivifica, el aliento con que respiran, y la gala que las hermosea; y pues las vimos todas tan floridas en esta Venerable señora, clarissima señal es, que era copiosissima la fuente de caridad que las regaba. Fuè el amor de Dios en el purissimo corazon de esta Virgen, desde su mas tierna infancia, hasta la muerte, un bolcan vivo de llamas inmortales, un rio perene de afectuosas olas, un hipo perpetuo, una aspiracion continua de su cuidado, un indefectible movimiento ácia su centro. Fuè este amor una embriaguèz sóbria de su alma, insaciable hydropesìa de su afecto; una santa, y cuerdissima locura de su razon; una hartura que siempre la dejaba hambrienta; una mortal herida de que vivia; un dolor que la regalaba; un secreto regalo que la hacia Martyr: un deliquio que la fortalecia; y finalmente una fortaleza, que de nuevo la enternecia mas, y mas con su amado: porque todos estos titulos con que los Santos Padres, y

ſagrados Doctores llaman à la caridad, quando llega al grado eminente de una union apretadiſsima con ſu Dios, y los efectos que ella cauſa, ſe vieron tan vivamente expreſſos en nueſtra Virgen, que no eſcribiò papel, no tratò negocio, y caſi no hablò palabra, que no fueſſe manifieſto indicio de eſta verdad.

El Padre Fray Andrès de la Puente en ſu Teſtimonio jurado dice aſsi: Vivia abraſada en amor divino, y de aqui le reſultaban à la naturaleza unos grandes fuegos exteriores, que era neceſſario ſocorrerla con agua; y era coſa notoria, que la ſed inſaciable que padecia, era cauſada de los incendios de eſte divino fuego, que era tan grande por las razones ſiguientes: La primera, por el conocimiento altiſsimo que tenia de Dios, que eſſe miſmo Señor le havia comunicado, que como es ſumo bien, y objeto altiſsimo de amor, quanto mejor ſe conoce, es mas amado: La ſegunda, por la pureza de vida, que guardò ſiempre eſta Venerable Virgen, ſin querer otra coſa mas que à Dios: La tercera, por las grandes viſitas, revelaciones, y favores, que tuvo de eſte Señor, que no los hace tales, ſino à almas muy enamoradas de ſu inmenſa perfeccion: La quarta, por la continua preſencia que tenia de eſte grande Dios, que jamás ſe apartaba de ſu Mageſtad, y eſto por tantos años continuada, que fueron caſi ochenta, y con tanto exercicio de todas las virtudes: Y finalmente, porque teniendo ella un natural de los mas agradecidos que he conocido, haviendo recibido tanto de Dios, ſería muy extraordinaria, y ſobre todo encarecimiento la grandeza de ſu amor. Entenderáſe mejor eſto de un papel ſuyo, en que dá cuenta de ſu alma, y dice entre otras eſtas palabras: Qué hará un alma que eſtà herida, y ha enfermado gravemente de amor de ſu Dios, hambrienta de èl, y ſedienta en gran manera de eſte bien ſuyo? Si come, bebe, y ſe ſatisface ſegun ſu gran neceſsidad de eſte manjar, y licor del alma, transformandoſe en ſu amado Dios, y Señor, olvidaſe de la miſerable, y flaca naturaleza humana: ſi no come el alma, y ſe harta, hinchendo ſus ſenos de eſte divino manjar, eſſa miſma naturaleza miſerable que dije, (por haverſe unido, y hermanado tanto, y como hechoſe una con el eſpiritu, y haver participado en alguna manera ſu condicion) desfallece, y ſe acaba tambien; pues què remedio? Haſta aqui eſte teſtigo, de quien no tomè mas que una brizna de lo mucho que jurò en eſta materia.

Aun mas difuſamente la jura el Padre Miguèl de Oreña, y pondera muy à lo largo las razones, que el ſobredicho teſtigo apuntò; y añade luego los efectos de eſte amor, que ſe percibian con los ſentidos: yo miſmo reparè muchas veces en el calor, que con la reſpiracion imprimia en mi mano al darle la Sagrada Comunion; y viendo yo el grave daño, que recibia en el cuerpo, por el incendio que del alma redundaba en èl, le ordenaba que templaſſe la fuerza de los actos de amor de Dios, procurando ſe quedaſſen eſtos en la parte ſuperior del alma, quietando quanto pudieſſe las potencias materiales. Los Medicos, por la noticia, y experiencia que tenian de eſtos afectos, la mandaban tomaſſe entre dia algunos tragos de agua, que templára aquellos fuegos, que eran tan grandes, que una vez me dijo Marina Hernandez, aquella ſu compañera, grande ſierva de Dios, que parecia que eſtaban toſtando al fuego à ſu ſeñora.

La Madre Maria del Sacramento jura lo ſiguiente: Como el amor de Dios, que ardia en ſu corazon, y pecho, era tan grande, procedian en èl grandes fuegos en el roſtro, y manos, tanto, que era fuerza en el rigor del Invierno, que con un abanico de papel le hicieramos ayre à dichas manos, porque parecia ſe le quemaban, y le dabamos algunos tragos de agua fria, por eſturarſele la comida en el eſtomago. Otras veces ſe levantaba la miſma tabla del pecho, y era neceſſario apretarſele con toda la fuerza que yo, y mis compañeras teniamos: y que eſte calor no fueſſe natural, ſe le echaba bien de vèr, en que ni por el tiempo invernizo, ni por ſu edad tanta, ni por ſu mucha flaqueza podia ſuceder: demás, que ſi le entraba por algun reſquicio algun po-

qui-

quito de ayre, la penetraba, y destruia, causandole nuevos dolores, y achaques. Añade Doña Angela Ossorio: Que se levantaba à veces con tanta fuerza la tabla del pecho, y estomago, que por no poder ella, ni sus compañeras detener aquel impulso, usaban de una escudilla de madera, que con toda su fuerza le cargaban encima para detenerle.

Lo que el Doctor Gabriel Canseco, varon, como arriba dije, por su virtud, y doctrina tan señalado, sentia de estos efectos, escribiò en su juramento por estas palabras: Todo el tiempo que comuniquè à esta señora, siempre conocì en ella una caridad en grado heroyco para con Dios, y para con los proximos; y esta misma conocen, y publican de ella todos quantos la trataron en su vida. Infinitas veces reconocì, tanto por su relacion de esta señora, como por los accidentes que la molestaban, que eran dificultad de respiracion con frequencia, y celeridad. Item, sensible, y molestissimo calor en el tacto, y raptos nidorosos que la afligian, y el ayre ardiente, y encendido, que con mucha pena respiraba: que todos ellos testificaban el ardentissimo calor, è incendio que padecia en la cabidad del pecho, y estomago; y reparando yo muchas veces, quán vehemente era, me persuadì no tenia causa adequada *merè* natural, que pudiesse serlo de tan intenso, y molesto afecto, y consiguientemente, que nacia de causa sobrenatural, &c. Vá luego dando las razones muy doctamente, de que estos incendios no podian tener causa natural en la edad, complexion, y sustento de esta Virgen, de cuya cura èl tenia tanta experencia; y si la causa sobrenatural podia ser el amor divino que ardia en su corazon, ajustarànlo (dice) los que tratan mucho con fervoroso espiritu del amor de Dios. Añado solo à este Testimonio (con que concluyo el punto) los muchos exemplos, que de estos interiores incendios hay en muchos Santos, y se pueden leer algunos en el Padre Diego Alvarez de Paz, doctissimo, y santissimo Maestro de la vida mystica; ni faltaron en nuestro siglo: pues à nuestro Santo Hermano Stanislao, era menester al tiempo de estos afectos, refrigerarle el corazon con agua. Y al Santo Felipe Nerio (como lo testifica el Breviario Romano en su leyenda) se le encorvaron milagrosamente dos costillas del pecho, dando lugar à los amorosos impulsos de su corazon, que reventára sin duda, à no tener dilatados los terminos naturales de su morada. Lo que toca al modo con que los afectos sobrenaturales alteran tan vehementemente al cuerpo, no se distingue nada de èl, con que los naturales afectos de nuestra voluntad mueven, è inmutan à esse mismo cuerpo: antes quanto aquellos por la luz divina, que el entendimiento participa, son mas vivos, y eficaces, tanto la impression que hacen en la parte sensitiva, serà mas poderosa. La Filosofia en esto (aunque entre diversas sentencias de Theologos) es llana para los doctos: al Lector que no professa letras le bastára creerla; esforzandose mas con la divina gracia à conseguir los provechos de experimentarla, que à sondear las especulaciones para entenderla.

CAPITULO IX.

Su caridad ardiente para con los proximos, y lo mucho que hizo por ellos.

AUnque lo que hasta aqui se ha dicho, prueba muy bastantemente el amor fervoroso de esta Virgen para con Dios; pero la señal moralmente evidente de esta verdad, se ha de tomar de lo mucho, que por amor de esse Señor hizo en bien de los proximos, assi en socorros espirituales, como corporales. Y porque en esta materia se dilatan difusamente los testigos, y no tuviera termino la Historia, si lo huvieramos de decir todo, harè una breve suma de lo que hallo escrito, sin poner cosa, que no la juren algunos, y poniendo muchas, en que muchos, como vistos por sus ojos, contestaron.

Lloraba esta admirable Virgen con tan grande dolor, y sentimiento las miserias, y calamidades de sus proximos, que solia decir à sus Confessores, que tenia yà el co-

corazon partido, y deshecho por esta causa; y que si pudiera caber cansancio en Dios, le tuviera yá cansado, y molido con sus importunaciones, por las voces, que dia, y noche continuamente le daba, suplicandole se compadeciesse de la flaqueza, y miseria humana; y como su Magestad ama tanto à los hombres, le hacia muchas revelaciones del estrago de las costumbres, perdicion, y condenacion de las almas, que no era mas, que poner leña al fuego, con que mas vehementemente se abrasasse, solicitando con ansias su remedio: y se vieron casos raros en diversas personas de la eficacia, que estas oraciones tenian, para que se dejassen pecados, y se consiguiesse la gracia del Señor, ò el aumento de la virtud en otras. Pudo esta conocerse mas palpable en la mudanza estraña, que hacian de su vida, que no la eficacia igual por lo menos, que tuvieron essas mismas oraciones para ayudar las Almas del Purgatorio; pero solo la protervia de algun corazon duro recateará el credito de lo que no se vió con los ojos, quando lo visto por ellos lo persuade tanto. Mas dificultoso es recabar gracia de Dios, que haga salir un alma, ò yá de su pecado, ò yà de su tibieza; pues pide cooperacion de nuestro rebelde alvedrio, que recabarle el perdon de las penas que debe en el Purgatorio, que solo cuelga de la misericordia liberalissima del Señor; y pues se tocò con las manos lo primero en tantos casos, crease lo segundo, que por lo invisible no puede sujetarse à nuestras experiencias.

De este mismo amor de Dios naciò en Doña Marina (aunque tuvo harto que hacer, y por muchos años, en hacer fuerza en su profunda humildad, que rehusaba allanarse à ser instrumento de tan gran obra) el conato que puso despues que el Señor la obligò con la significacion expressa de su beneplacito, en fundar en España, y reformar el Orden de Santa Brigida, para tanta gloria de Dios, y provecho de las almas, que hoy militan yá debajo de esta Regla, que con el divino favor se espera se ha de dilatar con grandes aumentos por todo el Reyno. Alentòla el Señor à esta gran Sierva suya à los trabajos, y dificultades que en esta empressa havia de padecer: ordenòla lo que havia de hacer, si su Magestad la llevasse de esta vida antes que con efecto se fundasse el primer Monasterio: señalóle las reglas que de nuevo se havian de poner, mudando, ò reformando otras antiguas, acomodandolas á los tiempos presentes, y à los naturales de nuestros Reynos; y enseñandole las mismas reglas, despues de escritas mysteriosamente, esculpidas en el corazon, y pecho de Jesu-Christo Señor nuestro, para darle à entender, que todas eran suyas, y como obra suya las amaba, y queria que se guardassen como tales. Visitóla al principio de esta empressa la Virgen Señora nuestra, acompañada de Santa Brigida, à nuestra Virgen: enseñòla el Habito proprio de aquella Religion, de quien antes Doña Marina no tenia la menor noticia: ordenóla, que añadiesse à dicho Habito un Escapulario, para acomodarse al uso comun de las Monjas de España. Mandòle finalmente Christo Señor nuestro, que de su parte del mismo Señor, dijesse à su Confessor el Padre Miguèl de Oreña, se encargasse de dár con solicitud calor à esta obra: tomòla éste muy à pechos con el fervor que solia las obras del divino servicio: guiòla con grande prudencia, ayudado del consejo, y oraciones de la santa señora; y viendo que era el primer passo en este negocio el que el Vicario de Christo aprobasse dicha Regla, por medio del valído de aquel tiempo, solicitò el favor de su Magestad Catholica, Felipe Quarto, que Dios guarde, el quàl con su piadosissimo zelo escribiò luego à su Embajador, y al Cardenal de Borja, para que lo solicitasse de nuestro muy Santo Papa Urbano Octavo; y éste, despues de bien informado, expidiò una Bula, en que confirmò la Regla, como Doña Marina se la propuso; y no contento su Magestad con lo hecho, fundò con Real magnificencia el primer Convénto.

Fuè tambien admirable esta fidelissima Sierva de Dios en la misericordia, y compassion con los pobres, à quienes en Christo

to amaba tiernamente, y padeciò hartas perſecuciones de cierta perſona en tiempo de ſu mocedad por eſta cauſa. Y contaba ella, (reduciendo humildiſsimamente el ſuceſſo à la bondad divina, ſin que tuvieſſe en èl la menor parte ſu virtud) que en una ocaſion de grande hambre le havia dado ſu padre una carga de trigo para ſocorrer à los pobres, y que amaſandola por ſus miſmas manos, diò de ella con liberalidad à quantos le pedian limoſna, con admiracion de toda ſu caſa, de que aquella harina duraſſe tanto, que rentò para dàr à pobres caſi todo el tiempo que durò la neceſsidad. El año de 630. que en Caſtilla la Vieja fuè eſteriliſsimo, le embiaron perſonas caritativas limoſnas para el ſuſtento de ſu caſa, y para ſocorrer algunas neceſsidades de los projimos: parece ſin duda, à juicio de fideliſsimos teſtigos, que le multiplicaba Dios lo que recibia, porque ſe diò en ſu caſa mucho à pobres mendígos: embiabaſe ſocorro à quatro, ò cinco familias de gente honrada vergonzante: acudia á Conventos neceſſitados con cargas enteras de trigo, que à no multiplicarlo Dios, pareciò impoſsible baſtar para tantas expenſas lo recibido. Notóſe con particularidad, que trayendoſe el pan cocido, ſegun la venta, y peſo, que ſolian gaſtar ſus compañeras, hecho el cómputo, deſpues ſe hallò, que quedando todas ſuſtentadas, ſe havia dado por otra parte todo aquel peſo de pan à los mendígos, como ſi ellas no huvieſſen conſumido nada del miſmo: eſpantabanſe ellas, y reſpondiales la Santa: No os admireis, hijas, que tengo larga experiencia, de que eſtima Dios tanto á los pobres, y lo que ſe hace por ellos, que multiplica lo poco, para que baſte à muchos.

Quién no ſe admira que pudieſſe una doncella pobre, y ſin ningun patrimonio, que vivia de las limoſnas de los Fieles, hacerlas ella por otra parte tan copioſas, y que pudieſſe dar dotes à diez y ocho doncellas, que metio en diverſos Conventos, y poner en eſtado de matrimonio, por lo menos otras quatro? fundar renta en algunos Conventos para la lampara del Santiſsimo Sacramento, y dotar algunas Miſſas en los miſmos? y finalmente, acudir à otras tantas obras pías, como era público, y notorio á tan graves teſtigos que lo juran? Era inmenſo el trabajo que cada coſa de eſtas le coſtaba, y no menos el de acomodar algunas niñas, y niños huerfanos con Señoras, y Caballeros, que deſpues le amparaſſen en ſolicitar con algunos Prelados Religioſos del recibo de algunos mancebos virtuoſos, que ſe le encomendaban; y mas que todo, el verſe obligada de Dios, que ſe lo mandaba expreſſamente, ſiendo de ſu natural encogidiſsima en eſta parte á recibir mas limoſna, y tal vez á pedilla de lo que era meneſter para ſu perſona; y todo para acudir à las neceſsidades de ſus projimos.

Pero á mí mas me admiraba el modo con que nueſtro gran Dios, y Señor depoſitaba en ſu Sierva eſtas limoſnas, que aunque le apuntan otros teſtigos, pero la Madre Maria del Santiſsimo Sacramento, como mas íntima, lo deſcribe, y jura con mas particularidad, cuyas palabras pondrè aquí, y ſon las ſiguientes: Apretabala nueſtro Señor hicieſſe eſtas obras, y tomaſſe las limoſnas, que le daban para eſtos fines: obedecia, y uſaba de eſtas coſas tan deſaſidamente, como ſi no le tocára ſu diſpoſicion: no las miraba como coſa ſuya, ſino como hacienda que tenia alli depoſitada nueſtro Señor, ni gaſtaba coſa alguna ſino lo muy forzoſo. Por eſta cauſa examinaba mucho á las que venian á recogerſe en ſu compañia, y les decia lo miraſſen muy bien, porque ella no les podia dar nada; y que cómo podrian paſſar ſin lo que huvieſſen meneſter. Sucedióme algunas veces decirle: Mi Señora, ha, mire vueſſa merced, que fulana, nueſtra compañera, le falta baſquiña, ò otras coſas á eſte modo; y reſpondiame: Pues què harémos? miralo por amor de Dios: bien les dije yo que lo miraſſen primero, y que ſe havian de entriſtecer ſi ſe vieſſen ſin lo neceſſario, y que no tienen quien ſe lo dè: ſi yo tuviera, ſe lo diera de boniſsima gana; mas eſſo que eſtá aì no es mio, ni me atreverè à llegar à ello. Y mira, como ſabes

otras

otras cosas mias, te digo tambien esta: Yo no soy como los dueños de acá, que pueden disponer de lo que tienen, y darlo á quien les dà gusto: soy despensera, y nuestro Señor me dice: Haz esto, y no hagas estotro; y este es el mayor consuelo de mi alma, y à no ser asi me fatigára mucho; porque deseè siempre, con todas las veras de mi corazon, desnudarme de todo, y ser pobre por Jesu-Christo. Esto me decia, y disponia por otra parte el remedio de la necessidad de la compañera, dandolo otra persona, sin haverlo pedido, ni haver dicho nada; y aun asi no lo tomaba la compañera sin licencia, ni otra cosa que se trajesse á casa. Y era rara la providencia de Dios en esta materia; porque la compañera, que no guardaba este temor, y las demás reglas, que teniamos, no perseveraba en casa; porque aunque la Sierva de Dios no la despidiesse, el mismo Señor parece que la echaba. Si alguna compañera tenia de suyo con que sustentarse, no se le daba nada de casa, sino se embiaba á otras pobres. Quando nuestro Señor la ordenaba lo que se havia de hacer, especificandole la obra de su servicio, en que queria se gastasse la limosna que se havia trahido, era grande la brevedad con que lo ejecutaba, quedando la casa sin un maravedì, y siendo tal vez necessario, como yo lo vì, quitarse alguna manta de su pobre cama para cumplir la partida. Entonces quedaba contenta, y aliviada, y con particular gozo, y alegria de vèr quedaba sin nada; sì bien duraba esto poco, porque tenia su Magestad gran cuidado en proveerla luego de otras limosnas; y muchas veces por medio de personas de quien menos lo pudieramos entender, ni esperar. En una ocasion de estas, que lo havia dado todo, se le ofreciò, que estando tan apretados los tiempos, yá no podia remediar otras necessidades de sus projimos; y asi le dijo á nuestro Señor: Yá, mi Dios, está hecho esto, no se podrá hacer mas, que es el aprieto de los tiempos grande; y respondióla su Magestad: Haz quanto quisieres en esta parte, que yo te daré con que lo hagas; y cumpliólo su Magestad, que en breve la socorriò, y le embiò, con que metiò tres Religiosas, y hizo otras obras del divino servicio, lo qual todo passò por mis manos.

Era mucho lo que costaba de trabajo el gobierno en todas materias de tantas compañeras, y cada una que de nuevo venia era un nuevo cuidado; porque no nos miraba como criadas, sino como mas que á hijas, atendiendo al mayor aprovechamiento de nuestras almas, enseñandonos, y padeciendo no poco; porque tenia cada una su natural, y eran algunos de ellos trabajosos. Conocia la Sierva de Dios el de cada una de nosotras harto mejor que nosotras mismas nos conociamos, y echaba de verlo para què era buena cada una; y conforme à lo que conocia de caudal, y virtud, iba encaminando la disposicion del estado que le havia de dár; y con hacer todas estas cosas con luz de nuestro Señor muy particular, no resolviendo ninguna sin encomendarlo muy de veras á su Magestad, y tomando el parecer de sus Confessores, y poder ella darle con su gran caudal á todos, era tanta su humildad, que nos pedia parecer, como pudieramos pedirla cada una de nosotras á su merced, y esto era en todas materias. En alguna ocasion de querer traher otra compañera á casa, hablandome sobre ello la decia yo: Mi señora, hartas somos, y tambien se lo murmuran à vuessa merced, y les parece que somos muchas, y realmente siento mucho esta murmuracion. Reiase la Santa, y decia: Tienen razon, que muchas somos; mas si nuestro Señor lo quiere, qué importa? Cumplase su santissima voluntad, que ha sido servido de llevarme por estos caminos tan agenos de mi inclinacion. Hasta aqui parte de lo mucho, que sobre este punto de la caridad con los projimos jurò la Madre Maria del Santissimo Sacramento.

No se contentaba con lo dicho en bien de sus projimos el generoso, y amorosissimo corazon de nuestra Virgen, sino que tambien, escribiendo mientras pudo, y despues dictando espirituales documentos, y consejos saludables á todo genero

de

de perſonas,les ayudò notablemente. Reparaba yo muchas veces (dice en ſu juramento el Padre Miguèl de Oreña) con grande admiracion, en que una muger tan trabajada pudieſſe acudir á tanto, oyendo á unos, y eſcribiendo á otros, cuidando del ſocorro de los pobres, y del aprovechamiento eſpiritual de las compañeras, del conſuelo de las Monjas, de la direccion de todos eſtados, eſcribiendo direcciones admirables, llenas de prudencia divina para las almas, y para los Maeſtros que las gobiernan, eſtendiendoſe ſu caridad á los muy diſtantes; pues eſcribiò una carta de grande aliento á los Catholicos de Inglaterra. Pediale á Dios con grande afecto la converſion de aquel Reyno, y concedióſela ſu Mageſtad, aunque advirtiendola, que no ſeria en ſus dias. Era tanto el tiempo, que de dia, y de noche gaſtaba en eſtas obras de caridad, que no ſolo me admiraba de que ella pudieſſe con tanto trabajo, ſino tambien de que pudieſſen tolerarle ſus compañeras, y les tenia yo laſtima por lo mucho que en eſtas obras velaban de noche; porque Doña Marina, entre noche, y dia, no dormia mas de hora y media, poco mas, ò menos, y algunos dias nada, y todo lo reſtante del tiempo gaſtaba en celeſtiales contemplaciones, en padecer, y en trabajar en beneficio de ſus projimos.

Añade à lo dicho el Padre Fray Andrès de la Puente eſtas palabras: Como la Venerable ſeñora nunca dormia mas de hora y media, y algunos dias no dormia nada, tuvo tiempo para entre tantas obras otras eſcribir tantos, y tan admirables tratados para bien de ſus projimos. Uno fuè de los modos ſobrenaturales que Dios tiene de comunicarſe al alma: otro de cómo conoce el alma à Dios por hablas interiores. El tercero, de los medios por donde ſe alcanza el perfecto amor de Dios, y las coſas que le impiden. El quarto, de la cauſa, y medios de la actual preſencia de nueſtro Señor en el alma. El quinto, de cómo la Eſpoſa de Chriſto ha de amar la cruz, à imitacion de eſte Señor. El ſexto, de en què conſiſte la preſencia actual de nueſtro Señor en el alma. El ſeptimo, de doctrina de Confeſſores para aprovechar las almas. El Octavo, para los Prelados de las Religiones. Todos eſtos tratados, aunque breves, tienen ſoberana doctrina, y que ha pueſto admiracion à hombres muy doctos. No puedo dejar de decir como eſta Virgen eſcribiò en medio de ſus dolores, no ſin inſpiracion divina, la vida de Marina Hernandez, y ſu muerte. Fuè eſta ſanta muger compañera ſuya veinte y cinco años: era ſus pies, y manos de Doña Marina, y grande Sierva de Dios. Cuenta nueſtra Virgen mucho de ſus virtudes, como teſtigo de viſta: havia ſido caſada, y aſsi en el eſtado de matrimonio, como en la viudèz, viviò ſantiſsimamente, haſta que à la hora de la muerte viò nueſtra Doña Marina la cama de ſu compañera Marina Hernandez rodeada de Angeles, y luego ſu dichoſa alma en el Cielo con grande gloria. Todos eſtos tratados eſtán en mi poder. Haſta aqui el Padre Fray Andrès.

Deponen en eſte punto lo mucho que obſervaron ſus compañeras, y ſecretarias; y ſumando brevemente ſu juramento, refieren lo ſiguiente: En todas ocaſiones la vimos con amor grande à ſus projimos, con el qual, ò havia de eſtàr padeciendo, ò eſcribiendo à varias partes, y diverſas perſonas, papeles, y cartas de grande conſuelo, y enſeñanza, llenas de luz divina, que nueſtro Señor le comunicaba, que à no inſpirarla el Señor que las eſcribieſſe, no lo haria ſin duda; porque era encogida, y enemiga de meterſe en vidas agenas. Eſto de apretarla nueſtro Señor à que eſcribieſſe, ſe echaba bien de vèr en ocaſiones, quando algunos Religioſos le pedian que eſcribieſſe con eficácia à tal, y tal perſona, que no vivia bien, ù otras coſas ſemejantes, à lo qual reſpondia, que no ſeria de provecho ſu carta, ni ſabia què les poder decir, ſi ſu Mageſtad no la deſcubria otra coſa. Porfiaban ellos, y empezaba la Venerable ſeñora à eſcribir, y no acertaba, y con efecto lo dejaba con harto ſentimiento ſuyo, por no poder conſolar à quien le pedia la carta, ni ayudar al projimo, que neceſsitaba de conſejo. Al contrario, quan-

quando eſcribia por orden de nueſtro Señor, era con grande facilidad, y tenian efecto ſus conſejos, y amoneſtaciones. Y con ſer tres las que ſabiamos eſcribir, havia que hacer para todas; y quando los aprietos no la daban lugar à eſtos ejercicios de caridad, lo ſentìa mucho, por no poder aſsiſtir à ſus projimos como quiſiera.

CAPITULO X.

Del ſingular eſpiritu de profecìa, que el Señor comunicò à eſta Virgen.

Prometì en el Prologo de eſte tercer libro referir algo del eſpiritu profetico, que nueſtro Señor comunicò à eſta puriſsima Eſpoſa ſuya, y de los grandes milagros, que obrò por ella, en acabando de contar ſu dichoſa muerte, y ſus glorioſas exequias; y parece que puede alguno notarme de menos puntual à lo propueſto, pues me detuve, ò me divertì en todos los ſeis capitulos paſſados en epilogar las heroycas virtudes de eſta Virgen, que en el curſo largo de caſi ochenta años de vida, con infatigable perſeverancia ejercitò felizmente. Pero à mi pobre juicio no he ſalido nada de los terminos ſeñalados, ni deslicè un punto de la ſenda que voy ſiguiendo, ora ſea porque en la ſérie de los milagros de eſta Venerable ſeñora, tengo por el primero, y por el mayor de todos ellos la altiſsima perfeccion á que la ſublimò el uſo de las virtudes; ora porque ſe hicieran menos creíbles, quanto al origen de ſer de buen eſpiritu ſus milagros, y profecìas, al que no ojeára primero lo grandioſo, y ſólido de ſus virtudes. Una eſtatua, quanto mas alta, y viſtoſa ſe levanta, tanto con mas prudencia ſe teme ruinoſa, ſi ſu vaſis deſmiente à lo mazizo, y firme que ſe requiere. No es ſiempre ſeñal de ſantidad el eſpiritu profetico, pues puede haverlo con culpa. Obras maravilloſas à los ojos humanos no ſiempre ſon efectos de la virtud, pues ſabe remedarlas muy al vivo Satanás, y hacer que le parezcan ſobrenaturales, aun al entendimiento mas deſpavilado; pero quando la ſantidad excelente, y las virtudes ſobreſalen con la evidencia moral, que puede haver de eſta materia en el eſtado ciego de nueſtra peregrinacion; entonces en la perſona que las poſſee tenemos con mucha probabilidad ſus profecìas por divinas, y juzgamos ſus milagros por verdaderos; y eſſos miſmos milagros, y profecìas, juzgadas por tales, nos dejan mas calificada la grandeza de eſſas virtudes; pues ſuele la liberalidad de nueſtro gran Dios, y Señor honrar con ſemejantes dones una ſantidad que ſe deſuella inſigne en ſu ſervicio. Eſta fuè la cauſa de eſcribir los capitulos paſſados, y mas en eſte lugar inmediato à los del eſpiritu profetico, y obrador de milagros, que no en otro: que el eſcribillos en alguno de eſta ſegunda Parte era forzoſo, pues no pudo el ſanto Padre Luis de la Puente en ſu primera de eſta Hiſtoria, referir lo que tantos años deſpues juraron los teſtigos. Empezando, pues, de la verdad puntual, con que ſe vieron cumplidas ſus profecìas, muchos años antes anunciadas, y algunas de ellas en materia que exceden todo poder, y ſaber de criaturas, por colgar del libre alvedrio humano, ceñirè à pocos pliegos lo que en proceſſos autenticos, y jurados, difuſamente refieren perſonas mayores de toda excepcion, y es lo ſiguiente.

Con las anſias de un filial afecto, que nueſtra Compañia de Jeſus tenia de vèr honrado de la Igleſia à ſu gran Padre, y Patriarca San Ignacio, la pidieron à Doña Marina los Padres, que entonces la trataban, tomaſſe eſte negocio muy por ſu cuenta, encomendandole á la Divina Mageſtad. Hizolo aſsi la Virgen; y con grande aſſeveracion, recibida la luz del Divino Oraculo, dijo à ſus Confeſſores:

Ni el Papa que agora vive, ni el que ſe le ſeguirá, que ha de vivir poco, ſino el otro tercero, en orden à los dos, ha de beatificar à nueſtro Santo Padre San Ignacio.

Divulgóſe luego eſto por toda nueſtra Provincia, y jura el Padre Miguèl de Oreña, que ſiendo èl Hermano Eſtudiante, lo oyò decir à los Padres ancianos, y que eſtuvo ſiempre à la mira, obſervando ſi ſe

se cumplia la cosa, y viò por sus ojos que fuè puntualmente assi; porque el que entonces vivia era Clemente VIII. à quien se siguiò luego Leon XI. que durò pocos dias; y à este succediò Paulo V. que beatificò al Santo Patriarca. Lo mismo jura el Padre Hernando de Espinosa. Añade el Padre Fray Andrès de la Puente en su juramento estas palabras: Revelóla el Señor muchos años antes, que havian de canonizar al glorioso Padre San Ignacio; y aun antes de su Beatificacion me dijo à mí algunas veces, que era cierto; y aunque sabìa, que à personas poco afectas, les parecia lo contrario, se lo vì yo assegurar á ella muchas veces; y añadia, que lo havia ella de vèr antes que Dios se la llevasse. Lo uno, y lo otro por la bondad de Dios se viò cumplido.

Estando el Padre Christoval de Ribera, à quien por sus muchas virtudes llamaron el Santo, visitando, como Provincial que era, nuestro Colegio de Oviedo el año de 1599. le avisò esta Virgen por medio de su Confessor, que se saliesse luego de alli con toda presteza, que si se detenia le cogeria la peste, y le quitaria la vida. Ejecutólo el Padre Provincial, y poco despues entrò la peste en el Lugar que havia estado sano, y peligrò todo genero de gente.

Al Padre Miguèl de Oreña le dijo Doña Marina, que cierta persona moriria presto, y que Dios le quitaba la vida, porque estaba enojado con otra, à quien la que havia de morir tocaba muy cerca. Respondióla el Padre, que Dios era misericordioso, y sabia suspender la sentencia del castigo si se mejoraba la vida del culpado. Verdad es esso, replicò la Virgen; pero en esta ocasion será ejecutiva, porque vì que nuestro Señor tirò á matar. Estaba la persona distante muchas leguas; pero probóse con evidencia, que al otro dia enfermò dicha persona, y aquella misma semana muriò.

Un Religioso de Santo Domingo muy virtuoso, y de santo zelo, quiso passar à las Indias para ayudar à las almas. Aconsejóse con la Santa, la qual le divirtiò de la empressa; porque aunque el zelo era bueno, no era prudente, por tener dicho Padre la condicion rígida, y menos acomodada para tratar con gente flaca, y recien convertida. No quiso obedecer; y un año antes, que sucediesse su muerte, se la profetizò esta Virgen, y se la dijo al Padre Fray Andrés de la Puente, que lo jura, y sucediò como ella lo havia dicho; porque estando yà para embarcarse, le dieron unas tercianas, y la tercera le matò; y sus compañeros, que le assistian, y sabian que la Santa le havia aconsejado que no fuesse, le avisaron hiciesse penitencia, y pidiesse á Dios perdon de no haver obedecido á su Sierva.

Del caso que se sigue es testigo de vista el Padre Fray Andrès, que jura passò todo por sus manos; y assi, aunque lo refieren otros testigos, lo pongo solo con las palabras de dicho Padre. Tenia Doña Marina una hermana, por nombre Doña Juliana, tan escrupulosa, que nadie en Valladolid la queria confessar: daba yá en locura; y en quarenta y seis años, que ha que trato almas, no vì en esta materia cosa tan terrible, ni semejante. Encomendabala mucho á Dios Doña Marina: consolabanla hombres muy doctos: nada bastaba; y ultimamente, con palabras muy claras le dijo nuestra Virgen à dicha hermana, que tuviesse paciencia, que no convenia al bien de su alma, que los escrupulos se le quitassen mientras vivia; pero que á la hora de la muerte, y en la confession, que entonces haria, Dios le sossegaria. Sucediò assi. Llamaronme para confessarla, y con harto miedo mio, y quédeme espantado de las obras de Dios; porque se confessò con gran paz, y quietud, y recibiò todos los Sacramentos como si nunca huviera tenido escrupulos.

Despues de otras cosas añade dicho Padre Fray Andrès: Sè de cierto, por haverlo experimentado muchas veces, que algunas personas por no haver recibido sus avisos, ni tomado sus consejos, fueron castigadas de nuestro Señor con castigos temporales, graves, y de grande sentimiento. Avisabame la Virgen algunos meses antes, y señalabame el castigo en particular con que Dios las amenaza-

ba. Prevenia yo à las perſonas con lo miſmo, y quedandoſe duras, llovia ſobre ellas puntualmente el caſtigo. Por el contrario, à las que obedecian á ſus ſantos conſejos, las vì ſuceder el negocio proſperamente; y tengo de eſto larga experiencia de varios caſos en tantos años como la tratè, que no refiero en particular, por el inconveniente de que dichas perſonas ſe conozcan.

Dijole una mañana Doña Marina al Padre Miguèl de Oreña ſu Confeſſor, ſiendo Rector de nueſtro Colegio de San Ambroſio: Padre, eſta noche me llevaron eſtos mis Señores Angeles à ſu Igleſia de vueſſa Paternidad, y me moſtraron el cuerpo del ſanto Padre Luis de la Puente, y cierto que le venerè como à cuerpo ſanto. Preguntóle entonces el Rector, cómo eſtaba dicho cuerpo? Y reſpondiò ella: No eſtà del todo entero, ni deshecho del todo, ſino comenzado à gaſtar: de ſuerte, que ſe puede conocer el roſtro, y con ſu cabello en la cabeza, y barba. Diò con eſtas otras ſeñales muy individuales de lo que havia viſto. Volvióſe el Padre Rector, y aquella tarde, embiando à todos los Maeſtros, y Hermanos Eſtudiantes à recrearſe à la huerta, ſe encerrò con los hermanos Coadjutores en la Igleſia, hizo deſenterrar el cuerpo, abriò el atahud, ſin decilles haſta deſpues el fin que le movia, y hallóſe en la forma puntualiſsimamente, y con las ſeñales, ſin diſcrepar una, que la Virgen le havia dicho. Una vez le dijo nueſtro Señor à eſta Virgen: Vente conmigo apriſa: vente conmigo, y te moſtrarè lo que ſe hace: llevóla ſin darle largas á un lugar bien diſtante de Valladolid, y moſtróla cierta obra, y ocupacion de unas perſonas conocidas del Padre Oreña. Notò la Virgen el ſitio, las acciones, ſemblantes, y diſpoſicion de todas, y contólo todo al dicho Padre Oreña ſu Confeſſor; el qual, por carta, avisò para bien ſuyo de eſte ſuceſſo, y quán ſentido eſtaba nueſtro Señor, á una de aquellas perſonas, dandole todas las ſeñales individuales de lo que havia paſſado. Reſpondiò la perſona, confeſſando que era aſsi, con grande admiracion de que coſa tan diſtante, y tan ſecreta ſe huvieſſe ſabido tan preſto, y con tan clara noticia de todas las circunſtancias.

Cayò enfermo en nueſtro Colegio de San Ambroſio el Padre Lope Otèo de Angulo, y por ſer muy Religioſo, y muy util en el oficio, que por la obediencia hacia, pidiò mucho el Padre Rector à Doña Marina le encomendaſſe à Dios, que ſe ſirvieſſe de darle ſalud. Hizolo ella aſsi, y deſpues le dijo: Padre, hice lo que V. P. me mandò; pero el ſanto Padre Luis de la Puente me ha deſauciado, y me dijo que èl havia de preſentar el alma de eſſe Religioſo en el divino acatamiento en eſpirando, ò poco deſpues. Muriò el enfermo dentro de dos, ò tres dias: y es de notar, que havia ſido muy hijo del Padre Luis de la Puente, y ſu enfermero todos los años, que eſtudiò Artes, y Theologia.

El ſocorro que eſta Virgen diò à Puerto Rico, y todo lo que alli paſsò, y ſabe toda Eſpaña, y dejo yo eſcrito en otra parte, jura el Padre Miguèl de Oreña, que muchos meſes antes que acá ſe ſupieſſe, lo havia oìdo de ſu boca de ella con mucha individuacion de lo que alli iba ſucediendo. Tambien eſcribe como librò nueſtra flota de la armada Ingleſa, poniendo una niebla en medio de las dos, para que la enemiga no embiſtieſſe con la nueſtra. Y eſto que al deſembarcar los nueſtros ſe ſupo en Eſpaña, juran los dos Confeſſores de eſta Virgen ſe lo oyeron mucho antes, y que por dias les iba dando cuenta de lo que ſucedia con nueſtra flota, à quien ella ſiempre venìa acompañando.

Item, juran los dos, que una vez les dijo eſta Venerable ſeñora, que ſu Mageſtad le havia moſtrado en la mar una gran varaunda, y que los enmigos havian tomado la plata, que venìa de las Indias. Preguntóle el uno de ellos, què ſe havia hecho de tantas almas? (porque ſolia ella en ſemejantes refriegas vèr las que ſe ſalvaban, ò condenaban) y reſpondiò, que no le havia enſeñado el Señor ninguna. Oyendo ellos eſto, y conjeturando, que

los

los Españoles no se darian sin pelear, y que era moralmente imposible, si peleassen, no haver havido muertes, la dijeron: Parece que essa toma no ha sido de la plata, y flota, sino de algunas naves mercantiles, que vendrian á España: No, Padres, replicò ella, sino de la plata, y tesoro, que de las Indias suele venir al Rey, y á los particulares, se perdiò, y se lo llevaron los enemigos. Quedaron confusos, y despues de algunos meses vieron verificado el sucesso, y viò trás algunos años España degollar al Capitan General, que sin disparar cañon, ni desembaynar espada, entregò tan rica presa al Holandès.

Apareciósele á esta Virgen un Santo Patriarca de cierta Religion, (creo fuè el mismo año de su muerte) acompañado de algunos Santos Patriarcas de otras Religiones, y la dijo: Yá vès que mis hijos han de tener agora su Capitulo, para elegir nuevo Prelado que los gobierne, y tratar cosas de su Comunidad: pidote que los encomiendes à Dios. Encogióse ella, diciendo quán poco valia; pero que por obedecerle, haria lo que le mandaba, y que esso podia èl hacer mejor, que gozaba de Dios. Sì harè, respondiò el Santo; pero tù ofrece tambien tus oraciones, que estima el Señor mucho las de los Justos, que viven en la tierra; y sabete, que me he de hallar yo en el Capitulo con estos Santos Patriarcas que aqui vès. Despidieronse con esto los Santos de la Virgen, y contò ella, como solia, dando cuenta de su alma, la vision á su Confessor; al qual, de aì à pocos dias, dijo: Aqui estuvo ayer Fray Fulano, (era un Religioso grave de la Orden, que vivia alli) y me dijo, que el Superior que acababa el oficio, y otros dos, ò tres de los Capitulares, havian de llegar presto, y que le parecia traherian yá hecha la eleccion: dando à entender, que venian concertados para elegir, y repartir los oficios à su voluntad. Finalmente, llegò el tiempo señalado: entraron los Capitulares en su junta cierto dia, y al otro por la mañana, yendo su Confessor á reconciliarla, y decille Missà, le dijo Doña Marina: Halléme ayer presente por orden de nuestro Señor al Capitulo de aquellos Religiosos; y vì, que en sentandose entrò su Santo Patriarca, acompañado de los otros Santos que dije á V. P. y llegandose con rostro severo á uno de aquellos Religiosos, que estaban sentados, le asiò de los habitos, y con gran ímpetu, y fuerza le echò de la sala, que no pareciò alli mas. Luego se llegò á otro, asiendole para echarle tambien; pero èl hizo alguna resistencia, alegò algunas causas, y con todo no le valieron, ni el Santo las aprobò, y con esso fuè echado de la pieza como el primero. Despues echò el Santo Patriarca mano de otro, el qual hizo mayor resistencia, y diò razones, de las quales, aunque no mostrò el Santo Patriarca quedar satisfecho, pero dejóle como en fiado. Esto es lo que la Santa contò à su Confessor. Estuvo èl á la mira del sucesso, y lo que resultò fuè, que dentro de poco mas, ò menos de ocho dias, muriò el primero de aquellos: el segundo, de ahi à poco, porque ambos murieron en el Capitulo; y el tercero enfermò gravemente, y aunque escapò, dijo muchas veces que no acabaria su oficio; y fué assi, que muriò presto.

Embiaron de Madrid un proprio con aviso, de que la Señora Infanta estaba enferma, para que Doña Marina la encomendasse á Dios. Avisóla su Confessor de esto, pidiendole que lo hiciesse assi. Oìdo el recado, parando un poco, y recogiendose al corazon la Virgen, respondiò: La señora Infanta se morirà de esta enfermedad; y assi sucediò dentro de pocos dias.

CAPITULO XI.

Prosiguese la misma materia de la verdad de sus profecìas.

QUando Adolfo, Rey de Suecia, y assombro del mundo, entropor Alemania, á vista de los daños que hizo à los Catholicos, y del miedo de otros mayores, que amenazaba, empezò Doña Marina, como solia, á zelar el

el bien de la Iglesia Romana, y á encomendar este negocio mucho á Dios; y aunque pedia à su Magestad la reduccion de este Herege, lastimada, como ella decia, de que un hombre de tan noble natural, de tantas prendas, y de tan gentil disposicion se malograsse, todavia sentìa en su corazon un nuevo, y grande deseo de matarle, y acabar con aquel enemigo de la Fé, yà que se obstinaba á no querer reducirse. Passaron sobre este caso con nuestro Señor grandes cosas, de que en el libro segundo apuntè algo. Hablóle ella al impío Rey en espiritu muchas veces; y fuè cosa rara, que le dibujaba tan al vivo en color, y modo de cabello, facciones de cara, talle, disposicion, y edad, que juran sus Confessores entrambos, que quando despues se trajo un vivisimo retrato suyo de Ungria, parecia puntualissimamente sacado de las palabras con que esta Venerable Virgen le havia dibujado. Dijo siempre (al tiempo que la prosperidad del Tyrano parecia mas duradera, y sus fuerzas mas incontrastables) à sus Confessores, que vivian temerosos, y afligidos de lo que podia peligrar la Christiandad, que tuviessen buen ánimo; porque el Herege Principe moriria. Todo sucediò asi; porque con sus oraciones alcanzò de nuestro Señor le quitasse unos demonios familiares, que trahìa consigo, y quedandose aún tràs esto duro, y mas despechado por falta del infernal socorro, que antes le asistia, yá como à flaco le embistiò esta Virgen con unas armas invisibles, que nuestro Señor le diò (symbolo de la eficácia de sus oraciones) y le derribò en tierra, y le viò muerto delante de sus ojos. Todo esto juran el Padre Miguèl de Oreña, y Padre Fray Andrés de la Puente, se lo oyeron à la Virgen mucho antes que sucediesse; y depone en su Testimonio jurado la Madre Maria del Sacramento, su Secretaria, que meses antes que acá se supiesse nada, havia ella escrito por su mano, de boca de su santa señora, dando cuenta à sus Confessores, la muerte de este Tyrano, y como el Señor le havia dado una espada invisible, y mysteriosa para este efecto, y que metiendosela por la boca, le viò muerto delante de sì. Lo mismo jura Doña Angela Ossorio su compañera, que con cierta ocasion pudo oìr lo que la Santa tantos meses antes estaba dictando à la susodicha Secretaria, que lo escribìa. Lo mismo jura otra compañera llamada Doña Dorotèa.

Muchos dias antes que sucediesse una persecucion contra la Compañia de Jesus, (de que en otra ocasion hice mencion) avisò esta Virgen à su Confessor, que el demonio andaba con vehementes ganas de darnos una gran pesadumbre. Levantóse despues de algun tiempo la borrasca: viò una vision (que en el lugar citado escribì) la Santa del fin dichoso que haviamos de tener. Todo sucediò asi, y se retiraron personas bien graves, que estaban instigadas del demonio à fomentar la tempestad: tuvimos con la divina gracia próspero sucesso con admiracion nuestra, y reconocimiento de la divina proteccion.

La señora Doña Magdalena de Cisneros, contemporanea, como arriba dije, y grande amiga de esta Santa, cargada de años, y de achaques, la fuè una vez à vèr, y le dijo: Encomiendeme à Dios, que me siento muy mala, y me parece me morirè presto. Sonrióse Doña Marina, y con agrado, y asseveracion le respondiò:

No, mi señora, que se ha de hallar vuessa merced à mi fiesta, (asi llamaba el dia de su muerte) y ha de vestir, y ayudar à componer este cuerpo mio difunto.

Cumplióse puntualmente: trajola Doña Magdalena la camisa, que se vistiò à la santa difunta, y se hallò al componer su cuerpo.

A la señora Doña Casilda de Rótulo, grande bienhechora, y amiga suya, embiò una vez à llamar nuestra Virgen, y al parecer sin ocasion precisa: fuè luego la ilustre señora, y Doña Marina se despidiò de ella tiernamente, como cosa que no se havian de vér mas. Volvióse la señora Doña Casilda à su casa, diciendo: Sin duda se

se nos muere nuestra Santa, que hoy se ha despedido de mì. El sucesso fuè, que dicha Doña Casilda enfermò dentro de seis dias, y se muriò, bien asistida de las oraciones de la santa amiga, assi en la enfermedad, como en el Purgatorio, sobre lo qual juran algunas cosas maravillosas los testigos.

Tres personas bien graves por todos titulos estaban determinadas de hacer cierta cosa, que tenian por muy del servicio de nuestro Señor: escribieron à la Santa, que era muy conocida suya, encomendasse este negocio à su Magestad, y les dijesse su parecer sobre èl. Hizolo assi la Virgen, encomendólo al Señor, y respondiólas en un papel, que escribiò la Madre Maria del Santissimo Sacramento, que aunque la cosa parecia pia, no convenia, ni era voluntad de Dios se hiciesse; y que no les sucederia bien, si no mudaban de intento. Pero dichas personas, que estaban yá empeñadas, y muy persuadidas de que la cosa era muy de gloria de Dios, llamaron al Confessor, propusieronle razones muy fuertes, que dijesse à nuestra Virgen, para que viniesse en apoyar la materia: ella se ratificò en lo dicho, y à las otras que procuraban con grande hipo llevar la suya adelante, y disponian yà lo necessario para el efecto, las atajò su Magestad, dandoles à todas tres enfermedades gravissimas, de que murieron las dos, y la otra estuvo muchos dias en gran peligro.

Lo que muchos, y grandes testigos juran acerca de penetrar esta Venerable señora los corazones, y necessidades de las almas mas ocultas, y calladas, y de prevenirles el remedio, es tanto, y en casos tan individuales, que se pudieran gastar muchas hojas en referirlos; y assi, dejandolos, passo à otros sucessos exteriores, cuya verificacion se prueba mas claramente à nuestros ojos.

Siendo su compañera de esta Venerable señora la Madre Mariana de Christo, vinieron à verla sus padres: entraron despues à visitar à la señora, llevando consigo un hijuelo. Rogóle el padre le encomendasse aquel niño à Dios. Sì harè, respondiò la Virgen: ponganle al estudio, que ha de ser Frayle Dominico, y muy buen Religioso. Otro tengo mejor, replicò el padre, para esso; y otro dia, mi señora, se le traherè à Vmd. para que me le bendiga. Vino otra vez, y trajole el segundo niño: puso la santa los ojos en èl, y dijo luego: O qué valiente Soldado ha de ser este niño, Dios le guarde. Todo sucediò assi: el primero fuè Frayle, y muy siervo de Dios en dicha Orden: el segundo fuè Soldado de gran credito: ocupò buenos puestos, sin mas favor que el de Dios, y de sus brazos, y al tiempo que el testigo, que se hallò presente à todo, jurò esto, era Sargento mayor en el Brasil.

En tiempo de grandes calores, y hora muy desacomodada, porque era la una del dia, muy contra el estilo de la Virgen, que en tales tiempos no embiaba sus doncellas fuera, sino à negocio de precisa necessidad, llamò ella con apresuramiento à Doña Maria de Obregon, y la dijo: Vete luego à casa del Doctor Torres Jordán, y preguntales de mi parte cómo están sus mercedes. Admiróse mucho Doña Maria, de que en tal tiempo, y con recado, que parecia de tan poca monta, la embiasse fuera su señora, y mas con aquella prisa; pero por el respeto grande que le tenia fuè sin dilacion: hallò à Doña Ana de Guzmán, muger de dicho Doctor, que estaba abajo junto à una cuba, que se levantò luego à recibir la amiga, admirada de que à tal hora, y con tal recado la huviesse embiado la Venerable señora; pero apenas se levantò, y aparto del lugar donde gran rato havia estado sentada, quando con un estallido grande rebentò uno de los arcos mas fuertes de la cuba, y à estár donde antes dicha Doña Ana, la dejára muerta del golpe, ò estropeada, y no pudieron dudar, dandole mil gracias à Dios, de que la Santa viò el peligro de su amiga, y con aquel medio dissimulado, le previno el remedio.

Una persona que servia à Dios, deseosa de mayor perfeccion, pidiò consejo à nuestra Virgen, sobre si le estaria bien entrarse Religiosa en el Convento de San Placido de Madrid: respondióle, que no lo hi-

hicieſſe: no quiſo obedecer, y fuè una de las que padecieron el daño, que deſpues ſe reconociò en aquel Convento; ſobre cuyas materias tuvo grandes iluſtraciones de Dios Doña Marina, y avisò, y previno por cartas lo que convenia, que por juſtos reſpetos ſe dejan de poner aqui.

El año de 631. eſtaba en la Inquiſicion una muger obſtinada en ſus errores, y reducido yá el Santo Tribunal à relajarla al brazo ſeglar para ſer quemada: ſupolo Doña Marina, compadecióſe de ella, encomendóla à nueſtro Señor. Llevaronla ſus Santos Angeles à la carcel donde eſtaba la miſerable muger cercada de ocho demonios. Tomò Doña Marina un latigo que le diò ſu Mageſtad, y ahuyentólos de alli, y al miſmo punto empezò à ablandarſe la obſtinada: pidiò miſericordia, y confeſsò ſu culpa. Diò la Sierva de Dios ſeñales tan individuales de la edad, facciones, y veſtido de la muger, que quando deſpues ſaliò al Auto público, el teſtigo, que mucho antes ſabia las ſeñas de boca de la ſanta, la conociò al punto, ſin que ni una ſola de ellas diſcrepaſſe.

El Padre Fray Bartholomè de la Cruz, del Orden de Santo Domingo, y Maeſtro de Novicios en el Convento de San Pablo, fuè una vez afligido à vér à nueſtra Santa, pidiendo le encomendaſſe à Dios cierto Novicio de prendas, que eſtaba yá rendido à la tentacion, y reſuelto del todo à dejar el Habito, y volverſe à ſu caſa. La Sierva de Dios, ſonriendoſe con mucha gracia, le reſpondiò: No tenga pena, mi Padre, que no ſerá: vuelva V. P. y digale, que ſe detenga ſiquiera un dia: volviò el Maeſtro, y hallo al Novicio mudado, y firme en la vocacion: profeſsò con mucho conſuelo ſuyo, y reconocio la miſericordia que nueſtro Señor le havia hecho por medio de Doña Marina; y aſsi la llamaba ſiempre Madre ſuya.

Doña Ana de Villafaña, deuda de eſta Venerable Virgen, deſeaba mucho entrar Religioſa en Santa Ana de Recoletas Bernardas: conſultólo con ella, y reſpondiòle: No me parece vocacion de Dios, ni tendrás fuerzas para el rigor, y aſpereza que profeſſa aquel Santo Convento. No ſe conſolò la doncella con el aviſo: tomò el Habito, y el primer dia que entrò, antes de tener tiempo de vèr la caſa, le ſalteò una calentura recia. Llevaronla luego à la enfermería, donde agravandoſe el mal, eſtuvo algunos meſes, haſta que mal convalecida ſe volviò à ſu caſa.

La Excelentiſsima ſeñora Doña Maria de Toledo, Duqueſa de Alva, preguntò à la ſanta, què le parecia de dos doncellas que queria meter en ſu Convento de la Laura? Reſpondiòla Doña Marina: Bien puede V. Excelencia dár el Habito à fulana; pero à zutana no me parece que conviene. No quiſo creerlo la Duqueſa, recibiò tambien à éſta; pero preſto ſe deſengañò, porque dentro de poco tiempo dejo la miſma el Habito, y Monaſterio.

Eſtando la ſeñora Doña Magdalena de Ciſneros yá deſauciada de una enfermedad, le embiò Doña Marina à decir, ſabiendo muy bien eſtaba en aquel trance, que le beſaba las manos, y que le hicieſſe merced de verſe con ella en eſtando buana; porque le havia meneſter para cierto negocio. Al punto que oyó el recaudo ſe ſintiò muy aliviada: ſanò preſto, y fué á verſe con ſu amiga. Jura eſta miſma ſeñora, que en muchos aprietos, y achaques ſuyos ſolia orar aſsi: Santo Angel de mi guarda, decidles à los Santos Angeles que acompañan à mi ſeñora, y amiga Doña Marina, la digan me encomiende à Dios en eſte aprieto, y que luego la embiaba un recado nueſtra Virgen, con que ſe le aliviaba mucho aquel trabajo, del qual por ninguna via humana podia haver tenido noticia dicha Virgen. Otras coſas ateſtigua mas, que eſcribi arriba.

El Doctor Torres Jordán, y ſu muger Doña Ana quiſieron ir à cumplir una promeſſa de viſitar à nueſtra Señora de las Virtudes. Eran los dos devotiſsimos de Doña Marina, y eſtandoſe aparejando para la jornada, les embiò ella un recado con una compañera ſuya, rogandoles ſuſpendieſſen la ida por quatro, ò cinco dias: reſpondieron, que no podia ſer, por eſtár yá hecha

cha la coſta, y pagado parte del carruage. Entonces ſe llegò à la oreja de Doña Ana, y le dijo: Mire Vmd. lo que hace, que à mi parecer, quando mi ſeñora me embiò con eſte recado, me dijo las palabras con algun myſterio. Como ellos tenian tan grande fé, y experiencia del peſo de las palabras de Doña Marina, fuè luego dicho Doctor à verſe con ella: dijole las razones, y empeños que havia para partirſe luego, y que lo harian ſi les daba palabra de encomendarlos à Dios. Reſpondió la Santa, que pues las coſas eſtaban en aquel eſtado, fueſſen norabuena, que ella haria lo que le pedian. Salieron de Valladolid con ſus hijos: llegaron con bien à Medina del Campo, y al ſalir de eſta Villa en proſecucion de ſu jornada, eſtando el dia claro, y ſereno el ayre, media legua de Bobadilla, à las nueve del dia ſe levantò una tempeſtad terrible de truenos, y relampagos, de ſuerte, que fuè neceſſario cerrar las cortinas del coche: empezaron à encomendarſe à Dios, acordandoſe de las palabras de nueſtra Virgen; y en eſte aprieto, las mulas, ſin poder detenerlas, nadie ſe deſcaminaron, entrandoſe à toda priſa por un reſtrojo, y luego en el camino real, por donde huviera de ir el coche, cayò un rayo, y matò un hombre que les havia acompañado deſde Medina, y en aquel paſſo no quiſo ſeguir el coche, como los otros criados lo hicieron, y eſcaparon del peligro. Acabada la romerìa, y vuelto à Valladolid, fuè dicho Doctor à viſitar à Doña Marina, y contarle lo ſucedido. Y jura, que dicha ſeñora le prevenia todos los lances del peligro, como ſi ſe huviera hallado à todos ellos. Juran el dicho Doctor, y ſu muger otros caſos del eſpiritu profetico de eſta Virgen.

El Padre Preſentado Fray Clemente de Chavarria, (juralo èl miſmo) rogò al Padre Fray Andrès de la Puente, dijeſſe à Doña Marina le encomendaſſe à Dios la acertada reſolucion de cierta duda, ſin decirle mas nada. Hizolo aſsi el Padre Puente. Volviò, y de boca de la Virgen le dijo al Padre Chavarria todo lo que paſſaba por ſu alma, y la duda en que andaba, ſiendo aſsi, que era la materia muy grave, y tan oculta, que ſolo Dios, y èl la ſabian.

El Doctor Gabrièl de Canſeco ſe fuè à deſpedir de eſta Venerable Virgen, porque iba à ſeguir un pleyto ſuyo à Madrid, para volverſe luego: reſpondiòle la Virgen: Vaya Vmd. que allá le harán quedar de aſsiento. Aſsi ſucediò: aſsi lo jura èl, y añade: Meſes antes que en eſta Ciudad, y Reynos ſucedieſſen algunos trabajos públicos, y calamidades, como eran enfermedades epidemiales, hambre, langoſta, los previno, y dijo eſta Santa, y todo ſucediò aſsi; y quando yo lo veìa cumplido, cobraba ſiempre nueva veneracion al eſpiritu profetico de eſta Virgen.

El Padre Fernando de Eſpinoſa jura, que eſta Virgen le dijo mucho tiempo antes cierta coſa que le havia de ſuceder, la qual viò deſpues puntualmente cumplida, y que era la materia de calidad, que no ſe podia ſacar por diſcurſo humano, y ſolo ſe podia conocer por divina revelacion. Baſta lo dicho, para que ſe crea con toda certidumbre moral, que la materia ſufre el eſpiritu profetico, que nueſtro Señor comunicò à eſta puriſsima, y regaladiſsima Eſpoſa ſuya.

CAPITULO XII.

Las obras maravilloſas que Dios obrò por ella.

EMpiezo por un milagro continuo, y notorio, que juran muchos teſtigos, y pudieramos jurar todos los que algunas veces entramos à viſitar, y conſolarnos con los conſejos, y oraciones que le pediamos à eſta Venerable Virgen; y es, el que eſtando 30. años ſin levantarſe de una cama en un apoſentillo eſtrecho, y ſiempre cerrado, por el daño que en los ojos recibia de la luz, ejercitandoſe en èl los miniſterios de que neceſsita un cuerpo, y los que pedia el remedio medicinal de tantos accidentes; y finalmente, eſtando caſi todo el dia lleno, ò yá de ſus compañeras, ò yá de perſonas que venian à viſitarla, todavia nunca en dicho apoſento ſe ſintiò nin-

ningun genero de mal olor, mas que si fuera un campo expuesto à todos ayres, ni tampoco bueno, sino es que le trajessen las personas que entraban, que à los achaques de la Virgen le hacia notable daño. Pondrán todos esto con grande admiracion, y con la misma, añadiendo su mucha piedad, y doctrina, con que examinò el caso, lo jura assi el Doctor Gabrièl de Canseco en el Testimonio autentico que diò sobre este punto, adonde dice assi.

Sè tambien, que conforme à las leyes ordinarias de la naturaleza, observadas de todos, y de mì en particular en tantos años de uso de mi professión en que visito enfermos, es singular lo que passò en aquel aposento, en que la Santa estuvo enferma casi treinta años. Tiene dicho aposentó de alto, y ancho once pies y medio en cada medida, y de largo trece pies: havia en el una alcoba hecha de tablas en que estaba la cama: tiene de largo siete pies justos, y otros tantos escasos de ancho, y de alto ocho, medidos por mì. Adornabase esta alcoba en el Invierno con tres mantas, y con tres sabanicas en el Verano, con que la capacidad de dicho aposento, con ser tan corta, quedaba mucho menor. Estaba sin luz natural, ni ventilacion, por hacerse daño à sus achaques: ardia en èl perpetuamente un candil de noche, y casi todo el Invierno tambien de dia, fuèra de otras luces que se encendian al tiempo de decirle Missà. Quién no vè que pudiera resultar en tan largo tiempo, (aun en aposento mas largo, y espacioso) algun humo que le tuviera tiznado, y todavia no ha havido, ni tiene rastro de èl?

El uso de remedios, y fomentos de cocimientos de yerbas, y aceytes, y otras cosas de que necessitaba enfermedad tan prolija, y enferma, que à veces era impossible menearla de un sitio à otro en aquella pequeña cama, ni aun para el socorro de las evacuaciones naturales, y de las que tal vez intentaba el arte con ayudas, y otros medios: la assistencia continua de las compañeras en tan estrecho sitio, parece que natural, y necessariamente havia de ocasionar en tantos años en aposento tan corto, y no ventilado vicio, y alteracion en el ayre contenido en èl, haciendole desapacible, y aun intolerable al olfato, como se vè siempre en otros sitios semejantes, y aun mucho mas capaces, y abiertos; y que solo un candil encendido, y perseverante en ellos los ahuma: con todo esso contra las leyes de naturaleza sucediò en el aposento de esta santa señora tan al contrario, que no obstante las cosas dichas, jamás huvo en èl hasta el dia en que Dios la llevò, ni despues tizne del humo de las luces, ni mas novedad en el olor por infeccion del ayre, que si estuviera expuesto à lindos vientos, y libre de las causas dichas, cosa, que infinitas veces estimè, y celebrè por milagrosa, y hoy lo hago tambien; porque sè con verdad, que para conservarse el ayre de dicho aposento en esta agradable disposicion, no hacia artificio, ni humana diligencia; y que si alguna de las personas que entraba à visitar esta Venerable señora llevaba olor bueno, era ocasion de aumentarla sus dolores, por ser sujeta à passiones uterinas, que con buen olor se despiertan, y para su defensa se valia la santa en semejantes ocasiones de los desapacibles, y contrarios. Hasta aqui este doctissimo, y fidelissimo testigo, el qual, despues de algunas paginas, añade otra cosa semejante à la passada, que jura tambien por milagrosa, y refiere por estas palabras.

Tambien tengo por cosa sobrenatural, que en tantos males, y dolores, y en tantos años de cama, se pudiesse conservar un cuerpo (y mas siendo por su complexion de carnes blandas) fresco, y sin lesion en el cuero, y esto en ocasiones que huvo de no poderse menear, ni la menearon de un sitio en aquella estrecha cama seis meses; y tal vez diez, y de ordinario dos, ò tres meses, que en mucho menos suelen otros sugetos llagarse. Y tambien se pondere, que en tales ocasiones se le quitaban la camisa, y sabanas, como si huviera solo ocho dias que las huviessen echado. Y no obstante, que no ignoro los monstruos que en el arte, y naturaleza suelen suceder en materia de salud, y enferme-

medades, como lo dice Aberroes, sè que eſte no es de ellos, ni puede ſerlo, por las raras circunſtancias, y ſobrenaturales fundamentos, que eſte caſo, y otros que tuvo eſta ſanta ſeñora tienen; que todas faltan en otros, de quienes Aberroes, Marcelo, Donato, Elquenquio, y otros hacen mencion.

Eſta ſegunda maravilla, por lo menos en alguna parte ſuya, ſe confirma tambien con el juramento de Doña Maria de Obregon, Monja profeſſa Trinitaria en el Convento del Roſario, y antiguamente compañera de nueſtra Virgen, la qual en ſu Teſtimonio depone lo ſiguiente. En muchas ocaſiones yo, y otras compañeras, que la aſſiſtiamos, gozabamos de una fragrancia de olor ſuaviſsimo, que en particular le ſalia à la Santa, y Venerable ſeñora de las manos. La camiſa que la quitaban para mudarſe, que ſolia ſer de dos à dos meſes, olia como ſi la ſacáran de entre muchas flores de muy ſuave olor. La cantidad de comida con que ſe ſuſtentaba entre noche, y dia, no le puedo dár nombre de comida, y ſe veìa muy bien no podia vivir con ella, y que la ſuſtentaba Dios milagroſamente. Añado, que de todo lo que aqui digo ſoy teſtigo de viſta. Haſta aqui Doña Maria de Obregon.

Todo lo que haſta aqui ſe ha dicho en eſte capitulo, jura tambien ſu fideliſsima compañera la Madre Maria del Santiſsimo Sacramento, Abadeſa hoy en el Real Convento de Santa Brigida, de cuyo teſtimonio jurado ſolo entreſacarè algunas clauſulas mas notables, que ſon las ſiguientes.

Lo que paſſaba en no hacerſe la cama algunas veces diez meſes, y en no mudarſe la camiſa ordinariamente en ſeis, y ſiete ſemanas, paſſaba tambien en el apoſento, con ſer tan eſtrecho. Soliala yo decir algunas veces: Mi ſeñora, eſte apoſentillo ha de tener arañas de Verano, y de Invierno: quándo ha de llegar el dia que ſe ſacuda, que no ſe vè yá de qué ſon yá las Imagenes, ſegun eſtán cubiertas de polvo? Y ſi alguna vez las limpiabamos, era muy paſsito, por no hacer ayre, que la dañaba mucho. Eſtando, pues, dicho apoſento ſin mas aſſeo, y cuidado, tras tanto uſo de medicinas, tanta aſsiſtencia de perſonas, jamás, ſentì en èl coſa de mal olor, ni de bueno, ſino es que entraſſe alguna viſita de perſonas, que le trahian conſigo, y à mi ſeñora le hacia gran daño, y era meneſter deſpues darla humaradas de lana, ò de papel quemado para aliviarla.

Eſtaba aquel ſanto, y pobre cuerpo tan coſido con la cama, que aſiendonos algunas veces, quando la curabamos, los alfileres, que deſpues la laſtimaban, no podiamos meter la mano entre el cuerpo, y la ſabana para ſacarlos: y con eſtár en eſte ſitio muchos meſes, nunca ſe llagò aquel virginal cuerpo, ni criò inmundicia alguna; antes algunas veces ſentiamos, que ſalia de èl un olor, y fragrancia, no de las de acá, ſino de otra manera de ſuavidad, y conſuelo, y eſto experimentamos no ſolo noſotras, que fuimos ſus ultimas compañeras, ſino las que nos precedieron, à quienes yo lo havia oìdo, y deſpues lo vì por mis ojos. Añade, y advierte Doña Angela de Oſſorio otras circunſtancias, que aun hacen mas evidente los milagros continuos de un apoſento, rara vez barrido, y eſſa no mas que ſuperficialmente, con todo lo dicho, ſin tener mal olor; y el de un cuerpo ſin menearſe, ni mudar ropa tantos meſes, tan limpio, y entero, como la carne virginal de una criatura de dos años, reſpirando algunas veces de sì una celeſtial fragrancia. Paſſemos à otras materias.

Hizo el Señor favor à eſta ſierva ſuya, de que dieſſe ſalud à los que tocaſſe con ſus manos (ſegun, y con las circunſtancias que en otra parte eſcribì) coſa que ella ſentia amargamente, por vèr que ſe podia reparar, y tenerla por ſanta, tan contra lo que ſu humildad la hacia creer de sì miſma; con todo, algunas veces, ò tocando enfermos ſin reparo, ò ſin poderlo evitar por orden de ſus Confeſſores, obrò Dios por ella tan patentes maravillas en eſta materia, con que ſe probò clariſsimamente el privilegio que à ſu puriſsima eſpoſa le havia concedido.

Los Illustrissimos señores Joseph Gonzalez, y Doña Cathalina de Valdès su muger, juran lo siguiente, de lo que sucediò al señor Don Juan Gonzalez, su hijo, quando niño, y que hoy ocupa uno de los mayores puestos de España. Juranlo otros muchos: resumo solo las palabras de un Varon tan grande por todos titulos, tan admirable en letras, y prudencia como dicho señor Joseph Gonzalez, que en su testimonio autentico dice assi: Tengo al presente un hijo llamado Juan, à quien de edad de quatro, ò cinco años le diò un penoso, y peligroso mal, que los Medicos llaman Epilepsia, tan apretado, y continuo, que cada noche se podia temer, que havia de ser la ultima de su vida. La forma del mal era, que luego que comenzaba à dormir, daba un ronquido grande, y continuadamente empezaba à torcer la boca, y menear los ojos, temblandole todo el lado del corazon. Duraba el accidente al principio como cosa de dos Credos, despues le iba durando mas, perdia siempre el sentido, y era necessario assistirle toda la noche, porque le solia dár quatro, y seis veces, y algunas noches mas de diez y seis. Continuóle dicho mal hasta los diez años de su edad, sin embargo de haverle hecho diversos, y multiplicados remedios, como à hijo unico, que solo tenia, con que à mí, y à su madre nos tenia con el dolor, y pena que se puede entender. Hallandonos, pues, sin remedio humano, acudì al Padre Miguèl de Oreña, Confessor de la santa Doña Marina, que de su parte le pidiesse permitiesse que mi hijo fuesse à su casa, y le diesse la mano, y le echasse su bendicion. Hizose assi: llevò dicho Padre à mi muchacho à la santa señora: lo que entre ellos passò no lo alcanzo, su Paternidad lo dirá, que lo explicará mejor. Lo que yo digo es, que el muchacho refirió su mal, y que le dijo la Virgen algunas palabras de caricia, y que ultimamente le echò la bendicion, y añadiò, que esperaba en Dios, que no havia de tener mas aquel mal; y que dijesse à su madre, que le dejasse ir à jugar con los otros niños, para que le diesse el ayre. Fuè tan poderosa la bendicion de esta santa señora, que desde aquel dia (que à lo que me puedo acordar fuè por Mayo, ò Junio de 1625.) hasta hoy, que son siete de Diciembre de 633. por la misericordia de Dios, no se ha reconocido en el muchacho aquel mal, ni señal de èl, haviendo quedado en el mismo sér, y estado, que si nunca le huviera tenido, haviendole apretado antes de manera, que los Medicos se dieron por vencidos. Su madre, y yo, que tenemos buena noticia del mal referido, y del efecto eficáz con que la santa Doña Marina le remedió, tenemos, y creemos por milagrosa esta cura, para que Dios sea glorificado en sus Santos, como lo fuè esta señora. Hasta aqui dicho testigo. El Padre Miguèl de Oreña, que se hallò presente, solo añade, que al echarle la bendicion hizo la Virgen sobre el niño la señal de la Cruz.

Antes de passar à otros milagros semejantes al passado, dirè uno, que el mismo Illustrissimo señor Don Joseph Gonzalez, hoy Presidente de Hacienda, jura en su testimonio, por estas palabras. Demás de lo referido, teniendo yo un intenso dolor de cabeza, que me durò muchas horas, y me necessitò à hacer cama, (siendo assi que no puedo sufrir en ella un cendal por delgado que sea) me puse sobre ella una toca gruessa, que havia sido de esta Sierva de Dios, y me la havian dado por reliquia; y con ser tan gruessa, y en tiempo caluroso, y ser de mio yo fogoso, y congojado, con el calor hallaba consuelo particular en tenerla puesta; y luego sentì alivio en el dolor, y se me fuè mitigando hasta quitárseme del todo. Lo qual assimismo tengo por milagro, como el que antes referi. Hasta aqui dicho señor.

A Doña Manuela Ximenez de Espinaredo, muger del Oidor Don Joseph de Colmenares Hurtado de Mendoza, le naciò una hinchazon en la garganta debajo el oìdo: creciò hasta el tamaño de una naranja: aplicaron los Medicos varios remedios; pero en vano; y desauciados yá, por ser el mal de humores frios, y en parte esponjosa, la condenaron à hacerse dos fuentes,

tes, no para ſanar del mal, que les parecia incurable, ſino para atajarle à que no creciesse mas. Viendoſe, pues, eſta ſeñora ſin remedio humano, buſcò el divino: rogò al Padre Fray Andrès de la Puente pidiesse à la Santa Doña Marina le encomendaſſe à Dios. Prometiò el Padre de hacerlo; y añadiò: Y pues vueſſa merced es amiga de la Sierva de Dios, vayaſe allá, como de viſita, y entre otras materias, hable de ſu mal, y à lo diſsimulado, como quien le quiere moſtrar quán grande es la hinchazon, haga que ella la tiente con ſu mano. Ejecutòlo puntualmente Doña Manuela; y como quien ſe quejaba de quán grande era la nacida, hizo que la Virgen la tocaſſe: hizole otras dos viſitas en tiempos diferentes; y con el miſmo achaque, y diſsimulo de vèr como iba el mal, hizo tambien que la Virgen le tentaſſe. Lo que reſultò de eſto fuè, que al primer toque ſintiò conocida mejoria, y éſta con los otros ſe fué continuando, de ſuerte, que ſin buſcar nuevo remedio, ni aplicar ninguno de los que daban, ſe halló dentro de muy pocos dias libre del todo de un mal tan deſeſperado, aſsi por ſu calidad, como por el tiempo, pues le havia durado ſiete años: aſsi lo jura dicha Doña Manuela, y ſu marido; y añade, que todos los Medicos afirmaban era evidente milagro, por ſer la cura impoſsible á la medicina.

La miſma ſeñora jura aſsimiſmo, que eſtando apretada de cierta enfermedad muy peligroſa, embiò una noche à ſuplicar à nueſtra Virgen la encomendaſſe mucho à Dios, y que luego ſe quedò dormida, y le pareciò entre ſueños, que Doña Marina la hablaba, y venia al miſmo apoſento en que ella eſtaba. Deſpertò mejorada de ſu mal, y la mejoria ſe fuè continuando, haſta que del todo eſtuvo buena; y que contando ella el ſueño al Padre Miguèl de Oreña, èl (como coſa que vá la ſaliva de boca de la dicha Doña Marina) la reſpondio: No fuè ſueño vano, ſino verdadera viſita, la que à vueſſa merced le hizo la Sierva de Dios.

Item depone, que haviendo eſtado Doña Marina de Colmenares, ſu hija, todo un año con un mal grande, y con calenturas recias, que la apretaban mucho, vino una criada de Doña Marina à viſitarla, y le diò de parte de la ſanta un recaudo, y una medallita de laton, que ſe ſuelen traher en los Roſarios, la qual le puſo, y dejò à la enferma; y que luego al otro dia amaneciò buena, y ſin calentura. Otras coſas jura dicha ſeñora Doña Manuela, y el ſeñor Oidor Don Joſeph Colmenares, ſu marido (perſonas por ſus prendas, y virtud tan conocidas) que dejo por ſer ſemejantes à otras, que eſtàn eſcritas.

El Excelentiſsimo Señor Don Juan Alonſo Pimentèl, Conde de Benavente, entre otros depone en ſu juramento eſtos dos caſos, que con ſus miſmas palabras referirè: Sè que tenia mi ſeñora la Marqueſa de los Velez una Turca, llamada Moloca, muy pertinàz en ſu ſecta, la qual enfermò de muerte, ſin arroſtrar à coſa que olieſſe à converſion: pidiò mi ſeñora à la ſierva de Dios Doña Marina la encomendaſſe à ſu Mageſtad: lo que yo vì, fuè, que la Turca empezò à dár gritos, diciendo: Roſario de Doña Marina Chriſtiana, y eſto repetia muchas veces, y aſſeguraba havia eſtado con ella aquella noche Doña Marina, y nueſtra Señora, y que la llamaban para llevar al Cielo; y aſsi fuè, que bautizada, muriò luego. Eſtaba la muger tan fervoroſa, aun antes de bautizarſe, que ſi alguien la llamaba Moloca, decia: Moloca, no; Maria, sì. Eſto fuè coſa ſabidiſsima en caſa de mi ſeñora la Marqueſa. Haſta aqui el Excelentiſsimo Principe, que como tan cuerdo, y temeroſo de Dios, no quiſo jurar mas que lo que èl miſmo oyò, y viò por ſus ojos; y para que ſe entienda, que es aquello à que ſu Excelencia alude, quando habla del Roſario, pondrè lo que ſobre eſte punto jura el Padre Fray Andrès de la Puente, que deſpues de contar lo demàs, añade: Con el recado de la ſeñora Marqueſa hizo Doña Marina ferviente oracion à Dios por la Turca; è inſpirada de ſu Mageſtad, le dijo à ſu compañera Marina Hernandez: Hagame placer de ir à vèr aquella eſclava, y tome eſte Roſario, y con diſsimulacion, ſin

que nadie lo entienda, tóquela con èl, y vuelvamele. Hizolo aſsi Marina Hernandez; y en viendola entrar la Marqueſa, ſe entrò tràs ella, y viò que aplicaba el Roſario á la enferma, que haviendo eſtado pertináz toda ſu vida, pidiò luego el agua del Bautiſmo. Eſto fuè público, y notorio en todo aquel Palacio, y me lo contò à mì la miſma Marqueſa, pidiendome con grande afecto aquel Santo Roſario: pero huvo de contentarſe con una ſola cuenta de èl, que dì à ſu Excelencia. Eſto jura el Padre Fray Andrès, y caſi todos los teſtigos hacen mencion de dicho milagro. Proſigo con otro milagro, que dicho ſeñor Conde de Benavente jura por eſtas palabras.

A mi hija Doña Magdalena Pimentèl tuve los dias paſſados muy apretada de una enfermedad de calentura continua con dos crecimientos; y un dia, que ella pensò ſe moria, ſentì un grande impulſo de llevarle el retrato de la ſanta Doña Marina: llevéſele, y à la mañana la hallaron los Medicos buena; y à mì me causò grande admiracion, haviendo viſto quál eſtaba el dia antes, y haviendo muchos que duraba la enfermedad.

CAPITULO XIII.

Eſcribenſe otros milagros de Doña Marina.

A Doña Magdalena de Ciſneros (juralo la miſma ſeñora tan noble, y virtuoſa, como todos conocimos) le ſalteò una enfermedad tan terrible, que la deſauciaron los Medicos, y la mandaron hacer luego teſtamento, y diſponer de todo lo neceſſario: à eſte tiempo llegò una criada de nueſtra ſanta Doña Marina, y la dijo: Mi ſeñora beſa à V. md. las manos, y que tiene neceſsidad de V. md. que ſe vaya luego allá. Al punto repentinamente ſe ſintiò mejor, y ceſſó el peligro; y aſsi pudo ir à caſa de la Venerable Virgen, como ſe lo havia mandado. Otras muchas coſas jura eſta ſeñora milagroſas, aſsi de propria experiencia, como de noticias muy ciertas; y dejadas eſtas, pondrè ſolo las que ella experimentò, y con las proprias palabras, que breves, y ſignificativas puſo en ſu juramento, y ſon las ſiguientes.

En otra ocaſion, vá para veinte años, eſtando Sacramentada, y yá para morir, entrò Marina Hernandez, la compañera de nueſtra ſanta Virgen, à viſitarme. En viendola, le dije: Agora es tiempo de que me encomienden à Dios, que me dè buena muerte. No tratamos agora de eſſo, reſpondiò ella, ſino de que ſe levante, y conſuele à ſu ſobrina, que lo ha bien meneſter. (Era eſta ſobrina perſona que ſentia mucho mi falta) En el miſmo punto que Marina Hernandez me dijo eſto, me ſentì luego mejor, y eſtuve buena. Juzgue el Lector, ſi eſte efecto ſe debe atribuir à la ſanta Doña Marina, ò à ſu criada Marina Hernandez, de cuya ſantidad ſabemos tanto, que yo proſigo con lo que jura Doña Magdalena.

Eſtaba yo una vez muy afligida en alma, y cuerpo: fui à vèr à mi ſanta amiga Doña Marina: pedìla que muy de veras me encomendaſſe à Dios. Sì harè, reſpondiò ella; y cogiendome con grande afecto la mano, la llegò à ſu pecho: luego repentinamente me hallè muy aliviada; y tengò por cierto, que algunos aprietos, que la Virgen padeciò aquellos dias, que fueron mas de quince, fueron ſatisfaciendo el alivio que me causò à mì.

Muchas perſonas neceſsitadas, aſsi Religioſas, como Seglares, ſabiendo de la antigua amiſtad, y favor, que me hacia nueſtra ſanta, me pedian le rogaſſe encomendaſſe à Dios algunos negocios. Haciaſo yo aſsi, y dentro de pocos dias venian à darme las gracias del buen ſuceſſo que havian tenido, diciendo ſe havia moſtrado la eficacia de las oraciones de Doña Marina. En eſpecial sè, que havrá once años, poco mas, ò menos, que la muger del Herrador, que vive à la puerta de San Juan, vino á mì, y me contò, (no obligandome à ſecreto) que haviendo hecho voto de caſtidad, ſe havia caſado ſin hacer mencion de ello, y que tenia por cierto la caſtigaba nueſtro Señor; porque de tres partos, que havia tenido, deſpues de caſarſe, ninguno

ſe

ſe le lograba, ſino que ſe le morian las criaturas en el cuerpo, y ella llegaba à punto de muerte para echarlas; y que el Cura la havia abſuelto para morirſe, y que ſanando con el favor divino, por orden del ſeñor Obiſpo la havia vuelto à abſolver, y dado diſpenſacion: que me pedia quando vieſſe à la ſeñora Doña Marina, le contaſſe eſte caſo, y le pidieſſe mucho ſus oraciones. Tuvele grande laſtima, porque era conocida en caſa, muy amiga de una criada mia. Fuime à vèr à mi Santa: contèle el caſo: dijome que le parecia muy factible, que fueſſe caſtigo del Señor lo que paſſaba en aquellos partos, por la culpa paſſada; que ella la encomendaria à ſu Mageſtad. Conſolè con eſto à la pobre muger, y dila un Roſario de mi ſanta Doña Marina. Deſpues acà ha parido dos veces con grande facilidad: La primera vez, una niña, que viviò tres meſes: y deſpues un niño, que el otro dia me lo trajo à vèr, con el Roſario, que yo le havia dado, en la mano, y publicando à voces, que por las oraciones de la ſanta Doña Marina, y por la virtud de aquel Roſario le havia hecho Dios tan grandes miſericordias. Paſſemos à otros teſtigos.

La ſeñora Doña Ana de Quiñones, viuda que es de Don Diego de Pernia, Cazador Mayor de ſu Mageſtad, jura, que tiene por cierto, que por interceſsion de la ſanta Doña Marina de Eſcobar, à quien comunicò algun tiempo en Valladolid, la ha librado Dios de grandes peligros de cuerpo, y alma: y aſsi la llama, è invoca en todas ſus aflicciones, por haver experimentado en eſſo grande conſuelo. En particular refiere, que en cierta jornada, que determinaba hacer, viò que una criada de Doña Marina reparaba algo, como coſa que ſu ſeñora havia reparado; y que eſtando ella ſobre la ida, le dijo Doña Marina: Yo la encomendarè à nueſtro Señor, para que le ſuceda bien à vueſſa merced. Hizo la ſeñora ſu jornada: ſucediò, que al ſubir una cueſta agria, recejaron las mulas del coche con tanta furia, que parecia ſin duda iba à deſpeñarſe à un rio. En eſte conflicto ſe acordò de ſu ſanta Doña Marina, y pararon las mulas, teniendo todos quantos la acompañaban el caſo por milagroſo.

En otra ocaſion, deſpues de ocho años de haver muerto nueſtra Virgen, ſe viò la miſma Doña Ana de Quiñones en otro mayor peligro; porque ſe le traſtornò el coche en que venia con otras ſeñoras, y ſe quedò debajo de todo el peſo impoſsibilitada de todo remedio humano, por no venir mas que un ſolo criado con ella, que para el efecto era de ninguna monta: reſignòſe en la divina voluntad: ofreciòle con todo corazon aquel genero de muerte; y llamò à ſu ſanta, y amiga Doña Marina, que deſde el Cielo le ayudaſſe: y luego, ſin ſaber cómo, le pareciò la ſacaban la cabeza de debajo de aquel peſo, y ſe viò libre; y era cierto que ella no tenia fuerza para ſacarla. Jura la dicha ſeñora, que todas las que iban en el coche, y ella mas que todas, porque havia conocido mejor ſu rieſgo, tuvieron el ſuceſſo por milagroſo, y que el favor de ſu ſanta le havia librado.

Entre los milagros, que deſpues de ſu muerte hizo el Señor por nueſtra Venerable Virgen, fuè muy célebre el que obrò en nueſtro Colegio de Arevalo con el Padre Pedro Bonfrerio, Flamanco, que por haver leído, y oído las virtudes, y obras maravilloſas de eſta Virgen, le cobrò eſpecial devocion, y la tomò, como èl dice, por Patrona, y Abogada ſuya; y en ſu Teſtimonio autentico jura el favor, y ſalud, que por ſu interceſsion recibiò de nueſtro Señor, por eſtas palabras: En Marzo del año de 636. caì en una grave enfermedad de ſufocacion, y detencion de orina, que ſe quedaba en lo interior del cuerpo, ſin llegar à la vejiga, como lo echaron de vèr los Medicos, que entrandome muchas ſondas, las ſacaban del todo ſecas: duròme la retencion caſi quince dias, no ſolo ſin orinar nada, pero tambien ſin ſentir la menor gana de eſſo. En los ultimos ocho dias de los quince que dije, empecè à echar la orina por la boca con ſumo aſco, y con ella lo poco que comia, inficionado del mal olor. Deſeſperò el Medico de mi vida, trás haver hecho innumerables remedios; y apartandoſe con los que eſtaban preſentes, oí que les decia: Eſto no tiene yà remedio, ni

ni he visto jamás, que enfermo de este mal, y con estas circunstancias haya escapado: vuestras Paternidades, esta misma noche le hagan dár luego todos los Sacramentos. Confesséme para morir, y como volvia toda la comida, reparòse mucho en darme el Santissimo Cuerpo de nuestro Señor: tomóse por medio, se experimentasse si acaso podia retener una forma por consagrar: retuvèla, y con esso nos asseguramos, y me trajeron el Viatico, y con la divina misericordia le recibì, y retuve. Fueronse para traherme poco despues la Extrema-Uncion: quedè con solo el Enfermero; y viendome sin remedio en la tierra, acudí con mas fervor al Cielo; y con mucha confianza invoquè el favor de la Venerable Virgen Doña Marina de Escobar: y al mismo punto sentì gana de orinar, que todos los quince dias, como dije, no havia sentido, y en breve rato llenè cinco veces el vidrio ordinario, y me ví libre del peligro, dandole infinitas gracias à Dios, y à su Santa. Fué el Enfermero à dár alegre la nueva à toda la Casa; y hallò que tenia yà el Sacristán apercibidos los ornamentos negros, y dispuesto todo lo demás necessario para mi entierro. Sea el Señor bendito.

Las informaciones, que para proceder à la Canonizacion de nuestra Virgen se hicieron en Madrid, passaron ante Bernabè Hurtado, Caballero del Habito de San Mauricio, Escribano del Rey, y Notario Público Apostolico, y con lo que escribiò, y oyò de su santidad, cobrò grande afecto, y devocion à la Venerable Santa; y parece que quiso Dios, que experimentasse en su persona el favor que otros juraron delante de èl havian recibido de la misma. Diré el caso con las mismas palabras con que èl mismo dà de èl fé, y testimonio público, que son las siguientes: El primer dia de Pascua de Navidad del año de 633. me hallè con un penoso, y fastidioso catarro, que me obligò à acostarme, por la gran fatiga, y flaqueza con que me hallaba muy desmayado: apretóseme el pecho, sin fuerzas para arrancar, ni calor para cocer las flemas, que me ocupaban la garganta: à las cinco de la tarde se me recreciò à este mal un dolor tan intenso de cabeza, que no podia abstenerme de dár gritos, y quejarme ansiosamente: duróme incessablemente toda la noche, sin pegar los ojos, ni dormir un instante, ni dejar dormir à mi muger, que estaba lastimadissima de vèrme tal. A las seis de la mañana (estaba aún todo obscuro) le pedì, me apretasse la cabeza con alguna medida bendita de alguna Santa Imagen. No se halló: dijele entonces, que me diesse el Rosario, que con tres Agnus me havia dado el Padre Miguèl de Oreña, de los que se hallaron quando muriò la Santa Doña Marina. No estaba el Rosariò à mano, y acordème, que en un Escapulario de San Francisco, que traygo siempre conmigo, tenia yo puesto, y asido uno de los mysteriosos Agnus de esta gran Sierva de Dios, como grande reliquia: tomèla en mis manos, y con fervoroso afecto le supliquè à la Santa Doña Marina, que por las singulares gracias, y favores que siempre havia alcanzado de nuestro Señor, intercediesse con su Magestad me quitasse aquel dolor. Con esta buena fé la puse sobre mi cabeza, y dentro del espacio que se puede rezar un Credo, se me fuè mitigando tan aprisa el dolor, que me dormì al punto, y quedé por la misericordia de Dios, y por la intercession de esta Venerable Virgen, esposa suya, como si jamás le huviera tenido, y tan alentado, como si estuviera en buena, y entera salud: creyendo firmissimamente, que hizo Dios en mì este milagro por su intercession, como otros muchos, que yo he compulsado, y visto compulsados en las informaciones que han passado por mis manos. Añade este Testigo otras muchas palabras de su piedad, y afecto, que muestran bien lo que sentia del favor milagroso de su Santa.

El Padre Geronymo Pedralviz, Lector de Theologia, y Rector que ha sido en muy graves Colegios de esta nuestra Provincia de Castilla, en su Testimonio jurado refiere lo siguiente: Estando una noche con un intensissimo dolor de dientes, me acordè de esta Santa: encomendème à ella; y tomando una reliquia que tengo suya,

la apliquè à la parte dolorida, y le supliquè me alcanzasse de nuestro Señor alivio en aquel dolor ; y en poco mas del espacio que se gasta en rezar un Ave Maria, me sentì sin dolor, y pude reposar el resto de la noche: lo qual siempre tuve, y tengo por especial merced, que el Señor me hizo por medio de esta gran Sierva suya ; y me parece que no pudo naturalmente quitarse dolor tan vehemente, sino por intercesion de esta gran Santa, à quien invoquè ; pues ni apliquè medicina, ni remedio alguno natural: y confirméme mas en esto, viendo que á la mañana se me havia hinchado la boca, y las encias con la abundancia del humor que corria, &c.

Volvamos à otros milagros de su vida, que nuestro Señor obrò por nuestra Santa. La Illustrisima señora Doña Isabèl de Sylva, Marquesa de Monte-Alegre, que viuda, fuè Dueña de Honor de la Reyna nuestra Señora, en su Testimonio, entre otras muchas, jura una maravilla, que ella misma experimentò. Sus palabras son estas: Tenia yo un hijo, que el año de 625. comenzaba à estudiar, y aquel año, y el antecedente le diò un corrimiento à los ojos, que le estorvaba el poder asistir à los libros, y se los ponia muy encarnizados. Acordème de la amistad que tenia con la santa Doña Marina: fui á verla, y comunicarla mi pena: oyòme la relacion que le dì de la enfermedad de mi hijo: detuvose algun poco de espacio en responderme, y luego me dijo: No le dè cuidado, que ni le impedirá el estudio al niño, ni passarà adelante esta enfermedad. Asi sucediò, que desde entonces hasta hoy, que son 6. de Diciembre de 633. no le ha acudido el corrimiento, ni hecho impedimento ninguno à sus exercicios. Tambien sè, que encargandole à la Santa la salud de algunos enfermos, luego que se le havian pedido sus oraciones mejoraban: dandolo la Santa à entender con palabras disimuladas; y à las personas que no sanaban, porque no convenia, sè que las ayudaba en su muerte con particulares socorros de nuestro Señor. Añade luego dicha señora Marquesa un caso bien particular, en prueba de esto, que jura por el tenor siguiente.

Oì decir algunas veces, que asistia la Santa en la muerte de algunas personas que la invocaban, aun siendo viva. A mì me sucediò en la muerte de Doña Luisa de Guzmán, hermana del Marquès mi Señor, y mi marido, lo que agora dirè: Era esta señora Religiosa en el Monasterio de las Comendadoras de Santa Cruz de Valladolid, y muy amiga de la santa Doña Marina, à quien avisaron, que estaba en tan gran peligro, que no saldria de aquel dia. Estando, pues, yo asistiendo à la enferma con aquellas señoras Religiosas, y todas con el sentimiento debido à perdida de tal persona (porque era Doña Luisa muy santa, y muy amada de quantas la trataban) al mismo punto que espirò la enferma, sintieron todas las circunstantes un gozo interior, y un aliento tan particular, que yo reparè, de qué podia nacer un contento, y alegria tan extraordinaria ; y estando en esta suspension, saliò Doña Teresa Enriquez, hija del Marquès de Avila-Fuente, Religiosa de aquel Convento, y nos preguntò: Sienten todas el consuelo, y alegria en el alma, que yo estoy sintiendo? Respondimos casi todas, que sì. Y prosiguiò ella diciendo: Pues esto no puede ser, sino que tenemos aqui à Doña Marina, aunque no la vemos. Passó aquel afecto, y quedè con moderacion en mis penas, conformandome con la divina voluntad. Al otro dia fuì yo à hablar al Padre Fray Andrès de la Puente: preguntèle, contandole lo que nos havia passado, y lo que se havia dicho, si tenia algun fundamento ; y que para mi consuelo me lo dijesse, despues que hablasse à la Santa. Hizolo èl asi, y respondiòme despues: Fundamento tiene. Hasta aqui lo que jura la señora Marquesa de Monte-Alegre sobre este caso ; y quán verdadero fuesse el fundamento, y al modo con que al espirar Doña Luisa se hallò alli nuestra Virgen, con mil otras maravillas, se verà en lo que escribì arriba en el Libro segundo, cap. 20.

Antes de passar à otros milagros, quiero acabar este capitulo con una breve suma

ma de muchos, que jura este mismo testigo, que por ser por tantos titulos tan calificado, y hablar de lo que viò, y passó por sus manos, no serà razon defraudar al Lector de tan piadosa lectura. Prosigue, pues, la señora Marquesa, y concluye su juramento con estas palabras.

Diòme el Padre Fray Andrès de la Puente algunas Cuentas de un Rosario de los mysteriosos de esta Santa Virgen: dìlas à personas necessitadas, y afligidas con males de espiritu, ò de cuerpo; aunque no les decia cuyas eran, volvieron despues à darme gracias, por haverselas dado, refiriendo el gran provecho, y beneficio que havian recibido, el remedio en sus trabajos, despues que las trahian consigo, y tambien de las personas à quienes las havian aplicado, por no estár las tales capaces de pedirlas; y viendo yo estas experiencias, animè à los Confessores de la Santa, que la hiciessen dár Rosarios, y me ofreci à darselos, para que benditos yá tuviessen que repartir; y despues que estoy en Palacio la he embiado muchos, y despues que me los remitian, con las gracias, que el Señor les comunicò por medio de su Sierva, los he repartido en Palacio, y fuera de èl, y à personas que han ido à las Indias, y todos reconocen provecho; y particularmente se experimenta en disponerse bien los que se mueren, y que salgan del atolladero los de mal estado: assimismo he dado de estos Rosarios à personas rusticas, y à otras de poca edad; y los Confessores suyos me decian, que admiraban, quán diferentes de antes estaban los sugetos. Hasta aqui la dicha señora.

CAPITULO XIV.

Prosigue la misma materia de sus milagros.

SON muy celebrados, porque se publicaron mucho, aquellos dos milagros de nuestra Virgen, con que de repente enseñò à escribir à dos doncellitas de las que criaba para Dios; y porque se tenga clara, y verdadera noticia de cómo sucedieron estos casos, los contarè con las palabras mismas que ellas lo juran. La Madre Soror Maria de la Trinidad, Monja en el Religiosissimo Convento de Santa Ana de Recoletas Bernardas, que se havia criado en casa de nuestra Virgen, en su Testimonio autentico, despues de otras muchas cosas, refiere, y jura lo siguiente: Yo misma soy la persona à quien aconteciò lo de escribir sin saber; y passó el caso assi: Como la Sierva de Dios yá no podia con la suya, mandòle nuestro Señor que escribiesse por mano agena. Llamòme, pues, en cierta ocasion, y dijome: Niña, toma la pluma, y escribe lo que yo te dijere. Era yo pequeña, y escuseme, porque no lo sabia, ni jamás havia escrito, ni deprendido nada de esto; y dije: Señora, no sè escribir, ni jamás lo hice. Pues hazlo agora, replicò la Santa, y escribe; aunque sean unas letras, como las de los libros. Hicelo assi, y escribì tan bastantemente, y tan legible, que se pudo leer todo, con ser un papel largo; y de alli adelante hice lo mismo, y proseguì en escribir lo que la Sierva de Dios me dictaba. Esto es lo que la Madre Maria de la Trinidad jura sobre este caso.

Aun es mas admirable lo que le passó à la Madre Soror Mariana de Christo, Monja professa en el Sagrado Convento de Portaceli; porque no solo no sabia escribir, pero ni tampoco leer, aunque el modo de ejecutar nuestra Virgen el milagro fuè mas rebozado. Dice, pues, en su juramento la Madre Mariana estas palabras: No tenia mi Venerable Señora entonces ninguna compañera, que supiesse escribir, (sino es la señora Doña Isabèl su hermana, que escribia las cartas; porque para papeles de otra materia, nunca supe que la Santa Doña Marina la llamasse) y no sabiendo yo escribir, ni aun leer, porque solo conocia las letras, me llamò una noche, y me dijo: Niña, por què no escribes? Porque no sè, señora, dije yo. Lee tù, replicò la Venerable Señora, y escribe, que no dexarás de salir con ello. Yo me sonreì, y volviò ella entonces, diciendo: Trahe recado de escribir. Fuí por èl, y trahido,

me

me dijo la Santa: No sabes hacer una N? Sì sabrè, dije yo. Pues hazla, respondiò ella; y asi me fuè ella diciendo cada letra de por sì, hasta que lleguè à escribir: Nuestro Señor. Y entonces dijo la Santa: De esse misma suerte diràs todo lo que quisieres, si perseverares en ello, y en leer un rato cada dia. Asi fuè: que nadie mas me diò licion, ni tuve mas materia, sino es unas pocas de letras, que me hizo la misma Sierva de Dios.

Entre otras cosas, que tambien jura de oìdas la misma Madre Mariana de Christo, que con testimonio de las mismas personas por quien passaron dirè abajo, refiere las siguientes de su propria experiencia, y las jura como todo lo demàs. Estando yo con unos terribles trabajos de alma, y cuerpo, me trajo de parte de la Sierva de Dios el Padre Fray Andrès de la Puente un Rosario, y me dijo: Dice su señora, que se ponga este Rosario al cuello, y que nunca se le quite. Asi lo hice; y sin duda es milagroso; porque todos los trabajos de las materias que entonces sentìa de tal suerte cessaron, que yo no me conozco, ni puedo dejar de pensar, que es remedio del Cielo.

Item, estando la Madre Priora de este nuestro Convento de Porta-Cœli desauciada de los Medicos, me pidieron una faja, que tengo de mi Venerable señora Doña Marina. Entrè en la celda de la enferma, llevando conmigo la faja; y viendo à mi parecer á dicha enferma yá casi difunta, dije entre mí: A buen tiempo, por cierto, me piden la faja de mi santa Madre, quando yá la Madre Priora está muerta. Con todo esso se la apliquè, y en el mismo punto se le volviò à componer el rostro, y se conociò la mejorìa, que fué siempre en aumento, y vive hoy. Depondrán de esto todas las que se hallaron presentes. Hasta aqui este testigo; y en este ultimo caso contestan otros.

La Madre Maria de la Trinidad, de quien dije al principio de este capitulo, jura otro milagro, que experimentò en sì del tenor siguiente: Una vez, siendo yo niña, me descalabrè: empecè à llorar mucho, y viendome la Sierva de Dios, me llegò à sì, y tocandome la herida con la mano, me dijo: Ea, yà se ha quitado, no llores. Fuè asi: que al punto se me quitò el dolor, y la herida, quedandose la sangre como seca. Hasta aqui dichos testigos: passo à lo que juran otros.

Un niño, hijo del Doctor Torres Jordán, padecia unas tercianas recias, y dobles, y con dos frios, y crecimientos cada dia. Embiò la Sierva de Dios Doña Marina à su madre del niño unas alcercillas en un vidrio para regalarle. Reparò dicha madre, que el vidrio iba mejorado, y preguntò la causa, y respondiò la criada, que le havia trahido: Mi señora Doña Marina acabò agora de beber en él. La madre en oyendo esto, con la fé grande que tenia de la santidad de nuestra Virgen, aunque era la hora yá de venir el frio al enfermo, y decirle los circunstantes, que darle entonces agua le haria grande daño, le diò una alcercilla de aquellas, y agua en el vidrio, diciendo: Con beber mi hijo en este vidrio, y comer de lo que embiò la Santa, ni ésta, ni otra terciana le ha de venir. Respondiò Dios à su fé, y quedò el niño desde aquel punto sin tercianas.

A Soror Maria del Sacramento, Religiosa en el Convento de Porta-Cœli, le diò una hinchazon à modo de empeyne debajo del brazo, que le cogia desde el hombro hasta el codo, la qual se le abriò, y manaba de èl mucha materia. Era cocinera entonces, y con el fuego, y calor de la chimenéa se le inflamò el brazo de manera, que le causaba intensissimos dolores. Descubrióse solo à dos Religiosas, sin decirlo à las demàs, por no causarlas asco, ni dejar el oficio humilde, que la santa obediencia le havia encargado. Llegò à no poder dormir del dolor, y latidos que padecia; y viendose en este aprieto, se fuè al coro, y puesta delante de su Magestad, le pidiò, que por los merecimientos de su Sierva Doña Marina se sirviesse de darle salud. Aplicò tràs esto al brazo un Rosario de nuestra Santa, que el Padre Fray Andrès de la Puente le ha-

via dado, y al mismo punto se le aplacò el dolor, y pudo dormir con sosiego aquella noche, y fuè desde entonces mejorando; y finalmente, se resolviò en unas como escamas el mal, que se le caìan de la parte lesa, y sanò del todo, sin que nunca le haya buelto semejante enfermedad.

Cathalina Gonzalez, viuda que es hoy de Pasqual Martin, y muy devota de la Santa, depone en su juramento, que estando desauciado yá su marido de los Medicos, de una enfermedad, que llaman colica passa, embiò un recaudo à la Venerable Virgen, pidiendole remedio para tan extrema necessidad. Embiόla un Rosario, que puesto al enfermo, al punto se conociò la mejoria, y dentro de quatro, ò cinco dias estuvo bueno. A la criada de dicha Cathalina Gonzalez, que llevò el recaudo, dijo Doña Marina: De este mal sanarà tu amo con el favor de Dios; pero despues vivirà poco. Esto segundo no lo digas agora à tu ama. Sucediò assi; porque muriò despues, dentro de catorce meses.

A un niño de una vecina suya, que estaba yà tan malo, que havia quatro dias que no comia, tocò dicha Cathalina Gonzalez con el mismo Rosario de nuestra Santa, que havia dado salud à su marido, y jura, que quando le puso el Rosario, dijo estas formales palabras: En el nombre de la Santissima Trinidad, Padre, Hijo, y Espiritu Santo, tres Personas distintas, y un solo Dios Verdadero, y de la señora Doña Marina de Escobar, te pongo este Rosario, que si ha de ser para servir à Dios, te dè salud, y si no, te lleve; y añade: Con lo qual, antes que yo saliesse de alli, mejorò el niño, comiò, y estuvo luego bueno, y està hoy vivo.

La Madre Maria del Santissimo Sacramento, Abadesa en el Real, y Religiosissimo Convento de Santa Brigida, entre otros muchos milagros que refiere, viniendo à los de su propria experiencia, jura los siguientes: Lo primero, que dandole una vez un mal terrible, con señales de que la enfermedad serìa muy larga, y turbadas todas las compañeras por la falta que su indisposicion havia de hacer à su santa Doña Marina, con solo las oraciones de esta Virgen, y recibir una reliquia, que ella le embiò, estuvo luego mejor, y se pudo levantarse sana el otro dia.

Item, que el año de las tercianas de que muriò tanta gente, enfermaron dos compañeras suyas, criadas tambien de nuestra Virgen, y que embiaron con ella à preguntar à su señora, què harian? porque estaban yà sangradas; y que le respondiò la Santa: De mi voto no se vuelvan à sangrar, que si se sangran se morirán. Volviò con el recaudo à las compañeras, y dijo à una, que estaba con menos mal lo que la santa decia, y que porfiando en sangrarse, y usar de otros remedios, se muriò; y que la segunda, que tenia las tercianas mucho mas recias, en oyendo, que el parecer de su señora era que no se sangrasse mas, y se levantasse, lo hizo assi, y quedò luego buena, sin venirle mas la terciana.

Diόme, dice, en otra ocasion un dolor de muelas muy grande; y por no dár pena à mi señora con mi mal, llamè un Barbero, que me sacasse la una, que estaba dañada: quebrómela, dejandome la boca muy mal tratada, y los raygones dentro. Passè tres meses en un grito, rabiando de dolores; porque temian todos, que si me sacaba los raygones corria grande riesgo de mayor mal, por estár muy metidos adentro. Llamóme una vez mi santa señora, lastimadissima de verme padecer, y dijome: Por tu vida que me hagas placer de sacarte hoy essos raygones, que me aflige el verte assi, que yo fio de nuestro Señor te sucederà bien, y yo se lo suplicarè. Al punto llamè al Barbero: sacómelos sin sentirlo yo, y quedè buena de todo el corrimiento, sin haver tenido mas dolor.

La Madre Juana de Christo, compañera que fuè de esta Venerable Virgen, y despues Monja Bernarda Recoleta en el Convento de Santa Ana, despues de jurar otras cosas milagrosas, que viò en otros, jura de sì misma las siguientes: Naciόme en la mano un lobanillo, y como cre-

crecia, iban al mismo passo creciendo los dolores. Aconsejabanme los Doctores, que era menester hacer remedios: fuilo à decir à mi santa señora; la qual, tomando un poco de su saliva, me estregò con ella la mano mia enferma, diciendo: Mira que es muy bueno hacer esto para este mal. Desde entonces, sin aplicar ningun otro remedio, se me fué disminuyendo el lobanillo, sin quedarme rastro de él.

Dióme una vez cierto dolor grandissimo: embiè desde la cama à decir à mi señora me encomendasse à Dios, para que me diesse fortaleza, y que supiesse, que me parecia, que si el dolor durasse media hora no podria vivir. Embióme la respuesta, diciendo, que tuviesse paciencia; porque havia de durar veinte y quatro horas, y que entonces se me quitaria. Sucediò todo assi puntualmente. Continuóseme despues à tiempos este mismo dolor, y menudeaba de manera, que temì se me havia de hacer habitual, y continuo, y díle cuenta de mi pena à mi santa señora, y de que la mayor era recelar, que esta enfermedad me havia de impedir ser Monja Recoleta Descalza, que era todo mi deseo; y respondióme: No te dè pena, y yo fio de nuestro Señor no te impedirá este mal para tomar esse estado, y yo se lo pedirè en mis pobres oraciones. Cumplióle assi: soy Religiosa Descalza por la misericordia de Dios, y en mas de diez años no me volviò el dolor.

Doña Maria de Obregòn, hoy Monja Trinitaria, y en otro tiempo compañera tambien de esta gran Sierva de Dios, entre otras cosas que refiere de las yà dichas, como testigo de vista, añade de propria experiencia las siguientes. A un mancebo enfermo, que estaba yá oleado, aplicò su madre una medalla, que yo le dì de la Santa; y èl, sabiendo cuya era, la abrazò con grande afecto. Sanò tan presto, que dentro de tres dias saliò de casa.

Diego de Bustamante, criado del Conde de la Oliva, estaba muy malo de una herida, y en poniendole en ella una toca de esta Venerable Señora, estuvo luego bueno.

Estando yo en la Montaña en la Villa de Reynoso, hallè en casa de una amiga mia un niño, hijo suyo, que padecia sangre lluvia. Díle à su madre una cuenta de las de mi santa señora, y en poniendosela, se le quitò, y quedò sano.

Estaba de parto una muger, y decian, que impossibilitada de poder parir, por ser ella muy chica de cuerpo, y la criatura dàr señales de muy grande. Acudieron à mì, que les diesse algo de la Santa: fui yo misma à verla, y apliquéla un Rosario suyo, y al punto en mi presencia pariò dichosamente. Y despues de jurar otros milagros semejantes, concluye refiriendo éste.

Quando volvì de mi tierra à Valladolid, me diò una enfermedad muy peligrosa estando alvergada en casa del Licenciado Pulgár, Abogado de la Real Chancillerìa: Recibì el Viatico, y tratabase aquella noche de darme la Extrema-Uncion: dejaronme un poquito de tiempo sola, y vì de repente junto à mi cama à mi Venerable señora Doña Marina, que me acompañaba, aunque no me hablaba; y aunque yo recibia gran consuelo, con todo, ò con la turbacion, ò con la gravedad de mi mal, no la decia nada. A este tiempo entrò en el aposento una hija del Doctor Pulgár à verme, y que lo solia hacer à menudo, y como iba entrando, se iba retirando mi santa señora ácia un quadro de Santo Domingo, que estaba sobre un Altar, que se havia aderezado para quando me dieron el Viatico, y allí se me desapareciò. El efecto fuè, que à la mañana me hallaron buena, y siempre lo tuve, y tengo por milagro. Hasta aqui dicho testigo.

CAPITULO XV.

Concluye con la relacion de sus milagros.

EL Padre Fray Andrès de la Puente, Confessor de la Virgen treinta y seis años, como tantas veces se ha dicho, Va-

ron de la santidad, y prudencia, que todos conocieron, y del Orden de Santo Domingo, en su Testimonio autentico jura muchos milagros de esta Virgen, (algunos son de los que nos dejò escritos el santo Padre Luis de la Puente su hermano) de los quales todos dice que los sabe, y los examinò, callando otros muchos, que por el gran secreto con que esta Sierva de Dios los obraba, no pudo averiguar tan claramente. De los que examinò hay tambien otros, que yo dejo escritos arriba. Fuera de estos hay muchos, que supo de boca de la misma Virgen, quando le daba cuenta de su alma; y aunque estos en mi juicio, y de quantos conocieron la virtud heroyca, la verdad sincerissima, y profundissima humildad de esta gran Señora, tienen mayor, ò por lo menos igual credito, que quanto he escrito de lo que hallo jurado en tan calificados testigos; todavia determinè dejarlos, para que quando (como lo espero de la bondad divina) la Iglesia la honràre, salgan de nuevo à luz, tanto mas autorizados por ser de su boca, quanto mas autorizada estuviere su persona.

Lo mismo que he dicho en esta parte acerca del juramento, que hace dicho Padre Fray Andrès en los milagros de Doña Marina, digo tambien del juramento del otro Confessor suyo el Padre Miguèl de Oreña de nuestra Compañia de Jesus, que succediò en el oficio al santo Padre Luis de la Puente; pues de estas razones de los processos de dichos Confessores, solo sacarè algunos pocos milagros, que no quedan apuntados arriba; y estos dos calificados testigos, y à uno, y à otro, y comunmente entrambos contestes, citadas las partes, juran por notorios, y publicos, y son los siguientes.

El ilustre señor Garcia de Vera, Correo Mayor de Valladolid, marido de la señora Doña Calilda de Rotulo, muy singular amiga de nuestra Virgen, enfermò gravissimamentee de mal de piedra, que afirmaban los Medicos, con muy probables conjeturas, seria mayor que un grande huevo. Las vigilias de muchos meses, y dolores, que de aqui se le recrecieron, fueron increibles. Compadecida, pues, nuestra santa de este mal, assi por ser de su projimo, como por amor, y particulares obligaciones que tenia à las tales personas, le encomendò con todo afecto à nuestro Señor, al mismo tiempo que los Medicos decian, que moriria rabiando. Passò algunos dias en esta oracion, suplicando à nuestro Señor, que por el medio que fuesse servido remediasse aquel trabajo. Oyóla nuestro Señor, y una noche la llevaron sus Santos Angeles à casa del enfermo à Doña Marina, y dispuso Dios, que con un modo decentissimo, qual ella no supiera imaginar, le desmenuzasse la piedra, convirtiendola en una materia liquida. Hecho esto, la volvieron à su casa: diò ella cuenta de esto à su Confessor. Estuvo èste à la mira para vèr el efecto, y saliò verdaderissimo, y se remite en esto à lo que juran los testigos que le vieron; y porque el milagro es tan insigne, pondrè puntualmente las palabras con que en su Testimonio lo jura Juana Enciso, muger de mucha virtud, y enfermera de èste Caballero, y dicen assi: Fuè echando por via de la orina una cosa deshecha de color de ceniza, y entre esto unos pedacitos de piedra, como cabezas de alfileres de à blanca, y otras menores, y despues un humor gruesso, y mas quajado, que echado de la ventana en la calle, causaba un ruido como de piedra, y no se deshacia. Muriò mi señor con la mayor paz, y quietud, que se puede imaginar, haviendo afirmado los Doctores que moriria rabiando de dolor; y como despues de muerto porfiassen, que sin duda tenia una piedra en la vegiga, mayor, decian ellos, que los dos puños juntos, le abrieron, y ni señal hallaron de haverla tenido.

A Doña Isabèl de Villagutierre, muger del Oídor Don Nicolàs Enriquez, le nacieron dos tumores duros, à modo de lobanillos, sobre los parpados de los ojos, y havian crecido tanto, que no podia abrirlos sin pena, y sin aprovechar ningun remedio de muchos que se le havian hecho. Viviendo en este desconsuelo, oyò decir

cir la ſalud, que Doña Manuela Ximenez havia alcanzado con haverla tocado nueſtra Santa, como arriba dije. Cobrò fé, y buena eſperanza de ſemejante ſuceſſo. Fuè à viſitar à la Sierva de Dios; y deſpues de contarle ſu mal, con una precedente diſsimulacion añadiò: Mire vueſſa merced, y tiente, qué crecidas eſtàn eſtas hinchazones, y qué duras; y tomandole la mano à la Virgen, la llegò à ſus ojos, y con ſolo eſto, dentro de pocos dias quedò buena, y ſana, ſin raſtro, ni ſeñal del mal que havia padecido.

El año que huvo peſte en Valladolid fueron dos Religioſos de nueſtra Compañia à vivir al Hoſpital de los Apeſtados para curarlos: murióſe el uno en tan pio miniſterio. El otro, que ſe llamaba Bartholomè de Baeza, fuè tan fuertemente herido del mal, que aunque eſcapo con la vida; pero quedò con un brazo tan baldado, que le trahía caído, ſin poder ayudarſe de èl para nada. Tuvo Doña Marina inſpiracion de Dios para que le ſanaſſe, y rehuſabalo ella, temiendo que ſe echaria de vér: apretóla nueſtro Señor, y con eſſo, viendole ſolo en nueſtra Igleſia de la Caſa Profeſſa, le dijo: Hermano Bartholomè, cómo trahe eſſe brazo tan caìdo? Si ella, reſpondió el Hermano, fuera buena, yá con ſus oraciones huviera recabado de nueſtro Señor, que le pudieſſe alzar. Pues en verdad, dijo la Virgen, que ha de levantarle. Aſióle del brazo, y al miſmo punto quedó ſano. Yo, añade el Padre Miguèl de Oreña, conocí à dicho Hermano antes de la peſte, y deſpues de ella baldado; y ultimamente ſano, y bueno haſta que murió.

Antonia Garcia, criada de nueſtra Virgen, padeciò un mal de muelas, que le apretò gravemente, que no ſoſſegaba de dia, ni dormia de noche, ni podia comer. Eſtuvo aſsi algunos dias: tuvola grande compaſsion Doña Marina, y con la mayor diſsimulacion que pudo la llamó, diciendo: Vén acá, que quiero vér qué tienes en eſſas muelas. Tocóla con eſſo el roſtro, y lado donde tenia el dolor, como quien la acariciaba: al punto quedò ſana, y diò voces de placer, diciendo: Ay, mi ſeñora, que me ha quitado el dolor. Congojóſe mucho la Virgen: mandóla callar; pero fuè pública, y notoria la coſa en caſa, y todas las que entonces vivian lo aſſeveraron al Confeſſor, que lo jura, que es el Padre Fray Andrés de la Puente. Y añade luego.

Eſtando enferma la Madre Soror Beatriz de Caſtro, Religioſa en el Convento de la Madre de Dios de nueſtra Orden, que por ſu virtud, y gobierno ha ſido alli Priora, embiò à pedir à eſta Virgen le encomendaſſe à Dios: lo miſmo hicieron con grande inſtancia otras muchas Religioſas conocidas de Doña Marina, que ſentian amargamente la pérdida de tal perſona. Creciò el mal: recibiò los Sacramentos, y deſpues de darle la Extrema-Uncion, me quedè yo alli aquella noche con muchas Religioſas, para reconciliarla ſi lo pidieſſe, y decirle la recomendacion del alma. Quedóſe la enferma un poco dormida, y deſpertò dando voces: Quién ſe me ha ſubido en eſta cama, y me ha tocado? Lleguème à la cama: preguntéle ſi havia conocido quien la tocò; y reſpondióme: Parecióme la Venerable Doña Marina, aunque no me hablò palabra. El efecto fuè, que comenzò luego à mejorar, y breviſsimamente eſtuvo del todo buena, y viviò deſpues otros cinco años. Como de repente la vì aquella noche tan mejorada, en amaneciendo ſalì del Convento, y me fui à caſa de Doña Marina. Preguntéla ſi havia eſtado en dicho Convento: Dijome que sì, que ſus Señores Angeles la havian llevado, y à què hora, y como ſe ſubiò encima de la cama, y abrazò la enferma, y la dejò luego mejor: todo tan individualmente, como la enferma me lo havia dicho. Eſto fuè muy notorio en todas las Religioſas, que ſe hallaron preſentes.

Yo miſmo, concluye dicho Padre Fray Andrès, experimentè en mì los efectos milagroſos de la virtud de eſta Venerable Sierva de Dios. Dieronme unas tercianas dobles muy terribles: no tenia frios; pero

ro con los crecimientos tenia unos dolores de cabeza tan vehementes, que me privaban del juicio. Vime apretado, y desconsolado del mal, y mas de verme morir sin sentido. Pedile à nuestro Señor por intercessión de esta sierva suya me quitasse el dolor de la cabeza, y que le mudasse en otra cosa, que su Magestad fuesse servido. Puseme una escofia de la Santa, que me havia dado una hermana suya, en la cabeza. Llegò el tiempo del crecimiento, vinome un moderado frio, y luego calentura, que todo durò no mas de dos, ò tres horas: quedóme la cabeza muy buena, y yo del todo sano, que nunca mas me volviò terciana. Gracias sean dadas à Dios. Hasta aqui los pocos milagros que saquè de los muchos que juran estas dos personas gravissimas, Confessores de esta santa Virgen.

Concluyo toda esta materia con un milagro, que sucediò al tiempo que se celebraban sus honras de esta Santa; y como cosa pública lo juran muchos testigos, y hizo mas regocijado el Novenario de la gloriosa difunta. Dejò Juan Garcia, Escribano del Numero de Valladolid, un hijo mozo, y de los muy libres del Lugar, y de los mas desordenados de aquella República, y muy desobediente à su pobre madre, viuda, persona muy virtuosa. Entre este modo de vivir, sucediò que dicho mozo, sobre un excesso grande à la comida, hizo otro mayor à la cena; con que le diò una apoplegìa fuerte, que à juicio de los Medicos era de las que Hypocrates llama impossibles de curar; y nunca nadie viò, que al que la padece, se le restituyesse sentido, y movimiento. En estas angustias, despues de haversele aplicado quantos remedios sabe el arte, era el unico dolor de la lastimada madre, vér morir un hijo de vida tan rota, sin remedio de confessarse. Assistiòle siempre presente el Licenciado Cubillas, Beneficiado, y Teniente de Cura de la Parroquial de San Salvador, por vér si daba alguna señal con que pudiesse absolverle. No havia rastro de ello. Estaba en esta casa una doncellita, sobrina de una compañera de nuestra Santa, à quien la Venerable Virgen havia dado poco antes de caer mala un Rosario de su misma mano, diciendole lo guardasse muy bien, y lo rezasse cada dia. Acordóse, pues, la doncella de que tenia tan rica prenda, y dijole à la afligida madre del mozo: Señora, este Rosario me diò la Venerable Virgen Doña Marina: pongamossele, por si acaso nos hace Dios merced. Tomò el Cura Cubillas el Rosario, aplicòle al corazon del mozo, y al mismo punto que lo hizo: cosa prodigiosa! abriò el mozo los ojos, levantò las manos, aunque nunca hablò, dió algunas horas grandes muestras de contricion, y dolor de sus pecados: oìa, y entendia quanto le decian: reconocia los parientes: pedia por señas perdon à su madre, hasta que con fervorosas muestras de penitente, y absuelto por el Cura, diò por la mañana el alma à su Señor, dejando à su madre, enmedio de tantas penas, consoladissima, y à todos los circunstantes admirados, y haciendose lenguas en alabanzas de Dios, y de su Esposa Doña Marina.

Esta no es mas que una parte de los muchos, y prodigiosos milagros, que tantos, y tan fidedignos testigos juraron havia obrado el Señor por esta Venerable señora, con el realce de la circunstancia, que casi todos ellos, y aun sin casi, apuntan del recato, y dissimulacion con que los hacia, el disfráz que les daba, para que no se conociessen por tales, y el amargo sentimiento, y pena que padecia, quando entendia llegaban à publicarse: caracter, y calificacion de todos los milagros que obran los Santos, y el mayor de todos ellos; pues enmedio de tantas glorias viven tan despreciadores de ellas, tan firmes con el ancora de su humildad, que ningun viento humano, no solo no les trastorna, pero ni ligeramente puede tocarles.

El mismo tenor de humildad guardò tambien nuestra Virgen en aquel prodigioso milagro, que Christo Redemptor nuestro obrò, no tanto por ella, como en ella, imprimiendole las señales de sus sacra-

cratiſsimas Llagas, que de quando en quando, con modos myſterioſiſsimos, iba repitiendo, ò refreſcando, de que en los Libros de arriba, y en la primera parte queda eſcrito tanto. Porque las llagas de pies, y manos eran inviſibles, y las cubria el cuero, pero la del coſtado eſtaba abierta, y manaba de ella à tiempo ſangre, y agua, y diſsimulaba ella de manera, que nunca ſus compañeras ſe la vieron, ſino en los afectos de las manchas que dejaba aquel ſagrado licor en un lienzo de muchas dobleces, que ſobre aquel lado trahia pueſto, y de quando en quando ſe lababa. Aſsi lo juraron conteſtes las compañeras que le aſsiſtieron. Y aſsimiſmo juran, que deſpues de muerta la Santa, les ordenò el Padre Miguèl de Oreña, y el Padre Fray Andrès de la Puente, (que por la decencia no quiſieron hallarſe preſentes) vieſſen en què eſtado havia quedado, y què forma tenia dicha llaga, y hallaron, que eſtaba ſeca, con cinco ſeñales, ò cicàtrices, como los que ſuelen quedar de las heridas. Sea ſiempre alabado eſte gran Señor, que tan admirable ſe mueſtra en ſus Santos.

CAPITULO XVI.

Mueſtrale nueſtro Señor à una ſierva ſuya la gloria del alma de Doña Marina.

SUele nueſtro gran Dios, y Señor (como lo vemos aſsi en las antiguas, como en las Hiſtorias modernas de los Santos) revelar à algunos ſiervos ſuyos en eſta vida la gloria que en la otra poſſeen ſus amigos, aſsi para que aquellos que gimen en el deſtierro ſe esfuercen mas à la imitacion de la Cruz, que tales frutos lleva, como para que aquellos que triunfan yá en la Patria, ſiendo mas conocidos, con mayor confianza ſean invocados de los Fieles, y honrados, para ejemplo, y corona de ſu Igleſia.

No pudo faltarle eſta prerrogativa al blaſon de las glorias de nueſtra Virgen: moſtróle el Señor, y en muchas ocaſiones, à una grande ſierva ſuya las excelencias de la bienaventuranza de eſta Venerable ſeñora. Y porque quanto fuere mas calificada la virtud de la perſona à quien ſe hizo dicha revelacion, que dará Doña Marina aſſumpto ſingular de nueſtra Hiſtoria, mas dignamente celebrada, recabando con nuevos, y legitimos titulos la pìa veneracion que ſe le debe; es fuerza detenerme mas de lo que ſuelo en probarlo, ò por decirlo como ello es, en repetir ſumado lo que jura en eſta parte un teſtigo mayor de toda excepcion, por Religion, óficio, y experiencia de coſas eſpirituales, que es el Reverendo Padre Fray Franciſco de la Aſcenſion, de la Orden de San Franciſco Deſcalzo, Guardian del Convento de San Joſeph, ſituado en Medina del Campo.

Dicho Padre, pues, en el Teſtimonio jurado que diò ſobre lo que ſabia de las virtudes, y milagros de la Venerable Virgen Doña Marina, ſiendo preguntado legitimamente del Iluſtriſsimo ſeñor Don Gregorio de Pedroſa, Obiſpo de Valladolid, ſe remite en todo à lo que ſabe por via de una hija de confeſsion, muger de inſigne virtud, de quien èl cuidaba, y de quien jura tiene todas las ſeñales de que es ſólida ſu ſantidad, y bueno el eſpiritu que la rige, como ſon, pureza de coſtumbres, y uſo de oracion deſde niña, gravedad, y modeſtia en ſus acciones, humildad rara, rendidiſsima obediencia à ſu Confeſſor, retiro de criaturas, liſura grande en el trato, paciencia incanſable en las perſecuciones humanas que padeciò, y en los tormentos horribles, con que por divina permiſsion comunmente la afligen los demonios, pobreza grande de todo, aflicciones voluntarias de ayunos, ſilicios, y diſciplinas de ſangre, &c. Con lo demás que ſe requiere para hacerſe juicio moralmente ajuſtado, de que vive Dios en un alma; y para mayor confirmacion de eſta verdad, (que ſin duda es lo mas que en eſta materia puede decirſe) jura tambien lo ſiguiente.

Como eran tan grandes los exceſſos de amor divino que padece eſta alma, tan ma-

maravillosos los efectos que Dios causa en ella, que llegò una vez à abrirle el corazon, y imprimir en èl todas las insignias de su Sagrada Passion, con otras maravillas frequentes, igualmente singulares, que faltan palabras para significarlas; dabame su gobierno gran cuidado, y mucho en qué pensar; y permitiendolo Dios para sacar mayor luz de las tinieblas, cayò en mi corazon un genero de duda, ò no tanta credulidad de estas obras del Señor. Pediale à su Magestad me diesse luz muy ordinariamente; y en una ocasion, que andaba con mis apriatos, acabando de reconciliar à esta Sierva de Dios, la dije: Encomendasse mucho à Dios un negocio, y le pidiesse remedio para cierto trabajo, sin decirle quál era, ni quién le padecia: (y era realmente lo que yo passaba con mi incredulidad) prometióme lo haria con muchas veras, y fuese à comulgar. Yo me fui à decir Missa poco despues, y haviendo dado gracias, hice la prueba que otras veces suelo de mandarla mentalmente me viniesse à hablar al Confessonario; y entrando en èl, dentro de breve rato volvì à llamarla otra vez, tambien mentalmente: acudiò luego, y me dijo: Dos veces me llamò V. P. no pude acudir al punto à la primera, por tenerme ocupada su Magestad, à quien acabo de vér con su Santissima Madre, y nuestro Padre San Francisco, y San Antonio. Encomendéle al Señor lo que V. P. me mandó, con todas las ansias de mi corazon. Respondióme su Magestad: Dile à tu Confessor, que hasta quándo ha de ser incrédulo, y repitió esta reprehension tres veces. Mostróme lo que passaba por su corazon de V. P. y el aprieto de dudas en que andaba, y vile todo como si le estuviera leyendo, que son estas, y estas. Dijomelas todas; y prosiguió diciendo: Escusabale yo à V. P. y disculpabale con el Señor, escusandome tambien de decirle este sucesso, y las misericordias que recibo. Y respondióme su Magestad: Hasta agora, hija, no ha llegado tu Confessor à beber en el rio de mis grandezas: y como bebe en arroyuelos, espantase de las que Yo hago à tu alma; pero diselo, y no le calles nada. Y la Reyna de los Angeles, como consolandome, me dijo tambien: Como tu Padre no ha llegado à la verdadera union, le causan estas cosas admiracion; y de aqui le procede la tentacion de incredulidad. El modo con que la Sierva de Dios me dijo esto, era tal, y las palabras tan eficaces, y llenas de espiritu, que parece que mi alma no pudo dejar de rendirse al Divino, que hablaba en ella. Dejò con esto curada mi llaga, y reprehendida mi incredulidad, y con no pequeña ganancia mi alma. Hasta aqui dicho Padre, dejando otras muchas cosas que trahe, y jura, para calificar el espiritu de esta Sierva de Dios. Vamos à lo que ella, dandole cuenta de su alma, le dijo de la gloria de nuestra Venerable Doña Marina, y èl en su juramento dice de esta manera.

Como esta Sierva de Dios padece tanto de los infernales ministros, y es tan continuamente atormentada de ellos, oyendo este año de seiscientos y treinta y tres lo mucho que se decia de la santa Doña Marina de Escobar, sus grandes virtudes, las maravillas que Dios obraba con los que se encomendaban à ella; y en particular quán martyrizada havia sido de los demonios, cobróle muy cordial devocion, y empezò à encomendarse à esta Venerable Virgen, para que la amparasse, y defendiesse de tan crueles enemigos. Hacelo assi la bendita santa Doña Marina, como agora dirè.

Despues de otras quatro, ò cinco veces que la santa Doña Marina se le mostrò, y consolò, fuè muy particular la que tuvo por casi mediado Agosto de este mismo año, porque la viò gloriosissima sobre todo encarecimiento. Consolóla la Santa, y animóla à sufrir aquellas penas, y dolores por amor de Dios; y añadiò: Mira, toda esta gloria que gozo, y de que te admiras tanto, me la diò su Magestad por lo que padecì por su amor: animate, que yo prometo ayudarte muy de veras. Venia en compañia de la santa Doña Marina nuestro Padre San Francisco, que tambien la consolò mucho, y con palabras muy

muy tiernas, esforzandola à padecer los dolores que sentia en la Passion de Christo Señor nuestro. En otra aparicion semejante de nuestro Padre San Francisco, Santo Domingo, San Agustin, y otros Santos, se le apareciò tambien la santa Doña Marina, llegandose à ella muy amigablemente, y hablandola con mucha caricia, y haciendola muchas promessas.

Vióla otra vez à la santa Doña Marina, como anegada en un abysmo de gloria, y metida en el pecho inmenso de Dios, tan en los adentros, y profundidades de Dios, que ni el entendimiento lo puede rastrear, quanto ni mas la lengua significarlo: solo supo decirme: Padre, quando Dios me muestra à quien èl es servido dentro de su Divino Sér, quanto las almas estàn mas escondidas, y anegadas en lo íntimo de aquel abysmo de gloria, y pecho inmenso de Dios, se me dá tambien à entender, que es mayor la gloria que gozan; y conforme al lugar que me fuè mostrado tenia en aquel sagrado pecho mi santa Doña Marina, su gloria es indecible.

Al ultimo de Agosto, despues de comulgar, se le apareciò la misma Santa, llegandose muy familiar, y animandola à padecer por Christo nuestro Señor los dolores en que actualmente estaba, assi interiores, como exteriores, que la tenian como crucificada; y añadiò la misma santa Doña Marina: Tambien à mì llevò el Señor por el mismo camino de padecer continuamente por su amor, y si te es penoso el tratar con las criaturas, no te desconsueles por esso, que saca el Señor de ahì su gloria, y provecho de las almas, que esso me hizo à mì llevar essa Cruz tantos años, hablando, y comunicando con las personas que venian à consolarse conmigo.

En otra admirable vision que tuvo esta mi confessada de las once mil Virgenes, de quien es devotissima, viò con ellas à la santa Doña Marina, y à su parecer muy mas hermosa, y resplandeciente que ninguna de ellas.

Un dia, despues de comulgar, y haver recibido indecibles favores del Señor, la dijo su Magestad: Vente conmigo, y diciendo, y haciendo, la llevò su Magestad al Cielo, adonde viò lo que no se sabe, ni puede decir. Lo que mas en particular la llevò los ojos del alma, fuè la vista de los Santos sus devotos, y tambien las almas yá gloriosas de algunos Confessores suyos, y de otras personas que ella havia conocido quando vivian; pero quienes mas familiares se le mostraron, fueron las dos siervas del Señor, que havian muerto poco tiempo havia, la una la Santa Doña Marina de Escobar, y la otra Soror Ana Maria de San Joseph, Monja Francisca Descalza en el Convento de Salamanca. Estas dos Santas havian assistido à esta mi confessada toda la mañana, que havia estado en la Iglesia, haciendola tan particular favor, y prometiendola con tanto amor su proteccion mientras viviesse, y haciendole tan patente su gloria, y hermosura, que parecia las veìa tambien con los ojos del cuerpo; porque ora los cerrasse, ora los abriesse, gozaba del mismo modo su presencia. Los resplandores de que venian rodeadas, vestidas del habito que trajeron acá, era inexplicable. Mas admirable, y gloriosa le parecia se le mostraba Doña Marina: trahia la bendita Soror Ana de San Joseph en la mano una Cruz muy preciosa, y un anillo riquissimo, y la santa Doña Marina trahia otra Cruz de la misma manera, y tres anillos admirables. La causa de estas mejoras no las supo por entonces. La ocasion que huvo para vèr la bendita Ana de San Joseph, que fuè la primera vez que se le apareciò, fuè haverle yo dicho el dia antes su grande santidad, y quán bien escrito estaba un libro que havia salido de su vida, y virtudes. Despues de este dia fueron muy frequentes las visitas que de esta bendita Monja tuvo, apareciendole juntamente con la santa Doña Marina, y la consolaban, y alentaban mucho.

Hicieronsele tan familiares estas dos benaventuradas Esposas de Christo, que le parecia que las trahia siempre à su lado, y que gozaba de la admirable hermosura, y

y gloria con que cada dia ſe las moſtraba adornadas el Soberano Eſpoſo. Entre otras ſe le aparecieron dos veces tan llenas de precioſa pedreria, que aun el calzado no ſe dejaba mirar por fuerza del reſplandor. Trahia la ſanta Doña Marina ſus tres anillos: la ſanta Soror Ana uno ſolo, y ambas al cuello unas Cruces maravilloſas. En una de eſtas apariciones preguntò la ſierva de Dios à la bienaventurada Doña Marina, ſi era verdad lo que ſe decia, de que ſu Mageſtad le havia dado una firma en blanco para que pidieſſe lo que quiſieſſe. Y reſpondiòle, que puntualmente havia ſido aſsi. Una de las muchas veces en que las veìa mas claramente, le pareciò que las piedras ricas de la corona, y veſtidos de Doña Marina eran à manera de rubìes, y los de Soror Ana como diamantes.

Haviale ordenado yo à mi confeſſada, que para gloria de Dios, y de ſus Santas, les preguntaſſe el myſterio de los anillos, y por qué la una trahia tres, y la otra uno ſolo. Y en una ocaſion que las viò de la miſma ſuertè, con grande humildad, y encogimiento, por obedecerme ſe lo preguntò; y reſpondiòle la ſanta Doña Marina: El uno de eſtos anillos ſe me diò como à Eſpoſa, aunque indigna de mi Señor: el otro es la inſignia de Virgen: y el tercero de Martyr, que fuè grande el martyrio, y los dolores que paſsè por ſu Mageſtad, y me dieron mayor premio por èl, que à ninguna de las once mil Virgines, como otra vez notaſte.

Eſtaba ella una vez en actual preſencia de nueſtro Señor, y acompañada de ſu fidelíſsima abogada la ſanta Doña Marina. Eſtando entretanto atormentandola terriblemente los demonios; y preguntóle: Santa mia, cómo ſe atreven eſtos enemigos à atormentarme, y obran tan ſeguros, eſtando preſentes à eſta Divina Mageſtad? Y reſpondióla Doña Marina: No te admires, que lo miſmo me ſucedia à mì: permitelo aſsi el Señor para mayor corona de ſus ſiervos, y confuſion de los miſmos demonios. Y viene eſta reſpueſta de la Santa con lo que ellos miſmos confeſſaron en otra ocaſion à eſta miſma perſona, que les era de mayor pena el atormentarla, que los miſmos tormentos del Infierno, y en orden à eſto paſſaron coſas bien notables, que no ſon agora de nueſtro intento. Dijola en otra ocaſion la miſma ſanta Doña Marina, à propoſito de conſolarla en cierta coſa, eſtas palabras: Entre las grandes mercedes, que innumerables veces recibì de la liberalidad de nueſtro Dios, y Señor mientras vivì en el mundo, fuè favor exceſsivo el que recibì en una aparicion, que en mi apoſento tuve de la Beatiſsima Trinidad, eſtando preſente la Reyna de los Angeles: fuè eſte favor, y los bienes que entonces recibì tan ſin comparacion grandes, que por mas que acá los entendimientos humanos quieran ſubirles de punto, ſiempre quedarán cortos. Dijo mas, que havian ſido tantas, y tan continuadas las veces que el Señor la havia viſitado, que apenas tenian numero; y añadiò: Animabame ſu Mageſtad ſiempre mucho à ſufrir con paciencia lo que por èl padecia, conformandome en todo con ſu divina voluntad. Y concluyò la ſanta Doña Marina, entre otras, diciendole, que havia ſido grande la conformidad que el Señor le havia dado con ſu divino beneplacito, y quán de ſu mano la havia tenido ſiempre para no caer en culpas veniales; porque culpa mortal nunca, por la divina miſericordia, la havia cometido.

Aparecióſele, entre otras ocaſiones que dejo, una, la miſma ſanta Doña Marina, y la veſtidura que trahia era tan quajada de pedrería, à manera de diamantes, y rubìes, y de tanto reſplandor, que no ſe dejaba mirar. Era el fondo de eſta veſtidura como blanco, y encarnado, colores que le ſignificaban ſu pureza virginal, y ſu continuado martyrio: trahia el anillo de rubìes que le havia dado el Eſpoſo, y las miſmas piedras tenia en ſu glorioſa corona. Venian en compañia de eſta Santa la bendita Soror Ana de San Joſeph, y Santa Brigida, la qual trahia tambien otra veſtidura admirable. Moſtraronſele eſtas tres Santas muy favorables; pe-

ro

ro quien mas se señalaba en acariciarla, era la santa Doña Marina, exhortandola, como siempre, à padecer por su Esposo Christo Señor nuestro. Y para mostrarle de la manera que se prevenia en el Cielo el padecer por su amor, se quitò de la cabeza la corona que trahia puesta, y se la puso en la cabeza de esta su devota, la qual assi trajo invisiblemente casi dos dias, con tan grande gozo, y júbilos de su alma, quanto se puede imaginar. Passados estos dos dias, volviósele à aparecer la santa Doña Marina, en compañia de nuestro Señor, el qual con sus manos quitò à esta sierva suya la corona, que la Venerable Doña Marina le havia dado, y la puso una corona de espinas, diciendo: No quiero que en esta vida tenga mi Esposa otra corona, sino de espinas, que lo que mas me agrada en ella es, que padezca por mì.

CAPITULO XVII.

Prosigue la misma materia del passado.

AUnque es bien admirable todo lo que hasta aqui depone en su Testimonio jurado el Padre Fray Francisco de la Ascension, no lo es menos lo demás con que prosigue, que èl refiere por el tenor siguiente.

Con cierta ocasion le mandè una vez à dicha mi confessada, que quando volviesse à vèr à la santa Doña Marina la preguntasse, què gracias, y favores le havia concedido nuestro Señor à los Rosarios, Cruces, Medallas, y Agnus; y si era verdad lo que de esta maravillosa concesion se contaba. La primera vez, pues, que despues de esto la viò, le hizo la pregunta que yo le havia mandado; y la santa Virgen le respondiò: Que todo era assi como se decia, y como ella lo havia dejado escrito; y que ayudarian mucho para la salvacion à quien los trajesse, y tuviesse à la hora de su muerte. Dijole tambien el numero de los Angeles que el Señor le havia concedido, los quales quiso su Magestad que viesse esta persona, y quán grande era su hermosura. Iten, la dijo en esta ocasion el altissimo grado de gloria à que havia subido en el Cielo, por lo mucho que acà havia padecido, añadiendo muchas promessas, y de como le havia de favorecer, ayudar, y cuidar muy particularmente de ella.

Una vez que à dicha mi confessada la perseguian mucho los demonios, permitiò tambien el Señor, que el dueño de la pobre casilla en que moraba, la tratasse muy mal de palabra, por ser hombre muy arrojado: fuè menester que yo, y algunas personas piadosas la favoreciessemos. Acudiò ella à nuestro Señor por medio de la oracion, que sola es su sagrado, como de todos los que en ella quisieren valerse del Señor.

Apareciósele alli el demonio, amenazandola rabiosamente, y diciendola, que la havia de desollar como à un conejo, y ponerla como un San Bartholomè. Y aunque otras veces no le tiene miedo, en esta se afligiò mucho el natural. Viò luego al Señor, que tan cerca està de los afligidos, y que le llaman de veras: confortóla, y animóla à padecer por su amor esta, y las demás tribulaciones que se le ofreciessen, y no le faltò aqui el consuelo de su fiel devota la santa Doña Marina, que se le apareciò muy gloriosa; y llegandose à ella muy familiarmente, la dijo: Animate à padecer estos trabajos que se te ofrecen, causados por el demonio, y ejecutados por los hombres, que en esto segundo me aventajas; porque yo siempre fui muy querida, y estimada de las gente mientras vivì en el mundo.

Algunos dias despues, estando en nuestro Convento, entre otros favores que recibiò del Señor, fuè uno, visitarla nuestro Padre San Francisco con singular gloria, el qual la acariciò, alentandola mucho à padecer por el Señor los dolores de su Passion. Pareciale que el Glorioso Santo la llegaba à sus llagas, y que de la del costado se destilaba en su alma una suavidad inexplicable: con la qual, y con el agrado de las palabras del Santo, quedò muy animosa para padecer. Bien lo huvo menester, pues

pues trás breve rato, los demonios que la trahian amenazada, alli mismo en la Iglesia adonde estaba, dieron en ella con tan grande rabia, que parecia la querian acabar la vida, atormentandola el cuerpo con crueles dolores, y el alma con unos aprietos, que la deshacian en un cierto modo dentro de sì misma: pareciale entre tanto, que la arrastraban por la Iglesia. Levantaba ella el corazon à Dios, que desde lejos, y como en escondido, la miraba, y deciale à su Magestad: Cómo, Esposo, y Señor de esta pobre alma, permitìs esto? Mirad, Señor, que no hay fuerzas para tan rigurosos tormentos. Y como el Señor no la respondia, deciale à su grande Abogada la santa Doña Marina: Cómo, amiga mia, y querida mia, se sufre esto, que los demonios me traten asi delante de mi Señor Dios? Favorecedme, mi Santa. Y respondiòla: Asi lo permite su Magestad para su mayor gloria: no se dán estas joyas, con que vès que se adorna mi alma, dadivas del Soberano Esposo, sino à quien pelea fuertemente por su amor.

No pararon aqui los mysterios de este dia, sino que despues de algunas otras cosas, se le apareciò el Arcangel San Miguèl, cuya festividad se celebraba, y de quien ella es devotissima: mostròsele muy favorable, defendiendola de los demonios, que aquellos dias la havian maltratado tanto, y dejandola libre de ellos, y entre millares de Angeles que assistian en la Iglesia, donde ella estaba, y hacian estado al Rey de la Gloria, y à su Santissima Madre, en compañia de muchos Santos, que todos parecia havian bajado à celebrar la fiesta del Glorioso Archangel. Viò que los que mas se señalaban en favorecerla eran nuestro Padre San Francisco, San Antonio, San Luis, y la santa Doña Marina, que venia en el Coro de las once mil Virgenes, y se ponia muy cercana de esta su devota; y como se señalaba tanto en hacerla favores, le hizo uno en particular, que à ella le puso en admiracion, y fuè, que se quitò la Santa del cuello algunas de las joyas, con que gloriosamente venia adornada, y se las diò para que adornasse con ellas su alma: pero Christo bien nuestro se las quitò, y las volviò à dár à la Santa Marina, y por las que le quitaba, le iba dando otras aun mas preciosas: mostrandola tambien una Cruz muy rica que su Magestad trahia, y haciendola que conociesse, que estaba dicha Cruz mucho mas preciosa que quando se la mostrò pocos dias antes, que fuè el dia de la Cruz de Septiembre, significandole, que con lo que havia padecido desde entonces, que havia sido mucho, se havia adornado mas aquella preciosa Cruz.

Todo esto passó dia del Archangel San Miguèl por la mañana; y volviendo à la tarde à Visperas, volviò à vèr millares de Angeles en nuestra Iglesia, que assistian al Señor de todos ellos con amor, y temblor: pareciale que su Magestad se havia llegado à ella con su Santissima Madre, y que se quitaba la Corona de gloria con que venia coronado, y se la ponia à su vilissima esclava; y con ser la Corona tan gloriosa, como de tal Rey, la hizo tanto peso, y la lastimò tanto, que le pidiò à su Magestad se sirviesse de quitarsela, porque no podia con ella. Quitòsela el Señor, diciendo: Estas ricas piedras se han de gozar con espinas. Y no por haversela quitado se le quitò del todo el dolor de cabeza, sì bien quedò con algun alivio, para que el otro dia, que era Viernes, pudiesse ser coronada de espinas, y traspassado su corazon con los dolores de la Passion del Señor. Al Viernes, pues, por la mañana quando comulgò, se le apareciò su Magestad sobre manera lastimado, para lastimar mas su traspassado corazon. Aparecieronse con èl nuestro Padre San Francisco, y la Santa Doña Marina, animandola mucho à passar aquellos dolores. Quitòse la Santa, como otras veces solia, algunas de sus joyas, y entre ellas un anillo, y diòselos à esta su encomendada. Y el Señor, como agradeciendo, que ella favoreciesse, y honrasse à quien su Magestad amaba tanto, le diò de su mano à la Santa Doña Marina un anillo mucho mas precio-

cioſo, que el que ella havia dado à ſu devota, dejandola como dicen contenta, y pagada.

Lo miſmo le paſſó en otra ocaſion, haſta quitarſe la Santa Doña Marina la precioſa corona que trahia en ſu cabeza, y ponerſela à eſta ſierva de Dios, para conſolarla, y alentarla en los dolores, que entonces padecia, ocaſionados de la afectuoſa meditacion de la Paſsion del Señor; y humillandoſe ella delante de quien tantos favores le hacia, le dijo: De dónde à mì, querida, Señora, y amada mia, tanto favor? Y reſpondiòle la Santa Doña Marina: Digote, hija, que te amo tanto, que ſi fuera meneſter darte la gloria que yo gozo, te la diera. Tanto como eſto ha ſido el amor, que la Bienaventurada Doña Marina cobrò à eſta criatura.

Un Sabado por la mañana, à hora de prima, eſtando en nueſtro Convento oyendo la Miſſa que ſe decia de la Puriſſima Concepcion de nueſtra Señora, viò à eſta Soberana Reyna, y à ſu Sacroſanto Hijo: tenia la Santiſsima Virgen en la mano una corona muy viſtoſa de flores encarnadas, y blancas, ſembrada tambien de piedras precioſas; y viò que la Sereniſsima Reyna dió aquella corona à la Santa Marina, que aſsiſtia preſente; y haviendola tenido la Santa aquel dia, al otro ſiguiente ſe la diò de ſu mano à eſta perſona, para que entraſſe à la parte de tan gran favor, que parece que anda eſta Santa cuidadoſa, y como acá decimos, deſvelada, buſcando como hacer mercedes à eſta criatura; pues las joyas que le dá el Divino Eſpoſo, y ſu Santiſsima Madre, luego ſe las comunica con grande gloria de eſte Soberano Rey, que ſe goza en vèr à ſus Santos tan liberales con ſus amigos. Demás de eſto, hizo en eſta ocaſion ſu Mageſtad una demoſtracion, como de enamorado zeloſo, (que todo eſto, para ſignificarnos la ternura de ſus afectos, ſabe, y ſuele hacer eſte gran Dios) y fuè quitarle à eſta criatura las joyas, y dones que la glorioſa Marina le havia dado, las quales tuvo un dia en ſu poder; y dijome à mì, que le parecia, que en eſte tiempo moſtraba la Santa Doña Marina un no sè què de humilde, y amoroſo ſentimiento de que el Señor le huvieſſe quitado los dones, que ella le havia dado; pero volviòſelos deſpues: y preguntandole la cauſa por qué ſe los havia quitado, le reſpondiò benigniſsimo, que para volverſelos mejorados. Tales vinieron ellos, deſpues de eſtár un dia en las manos del Señor, y demás de eſſo, acrecentados con otra joya de mucho mayor valor, que era una Cruz por todo extremo rica, y myſterioſa. En eſta ocaſion, que eſta criatura eſtaba por una parte con gozo celeſtial de lo que recibia, y por otra ſumiendoſe en el abyſmo de ſu miſeria, reconociendoſe indigna de todo bien, como lo ſuele en ſemejantes ſuceſſos, le dijo la Santa Doña Marina, que havia de favorecer mucho à cierta perſona ſu devota, por el afecto con que trabajaba en orden à honrar la miſma Santa: por cuya interceſsion le diò el Señor à dicha perſona dos de los Angeles, que havian acompañado à la Santa en eſta vida: y en otras revelaciones le ha dicho, que à eſta, y otras dos perſonas en particular, que trabajaban en la calificacion de ſu vida, y milagros, las ha de favorecer mucho delante de Dios. En otra ocaſion venìa la Santa Marina acompañada de Santa Brigida, ambas tan glorioſas, que le robaban la viſta, y la ponian en admiracion, en eſpecial la Santa Doña Marina, la qual le dijo entre otras razones: Bien te quiſieramos, hija, para nueſtro Convento; pero Franciſco ſe ha levantado contigo: dandole à entender, que ſerìa Monja de nueſtro Santo Padre.

Havia el Señor trahido llena de dolores à eſta criatura, atormentada con la pena de vèr quántos pecados ſe cometen contra la Divina Mageſtad, y por otras razones del divino ſervicio; y deſpues de haverla conſolado tambien ſu Santiſsima Madre, la hizo un favor de ſu Real mano, y fuè, que en vez de las dos coronas de eſpinas, que aquellos dias havia

tra-

trahido esta sierva de Dios, le puso la soberana Corona de su misma cabeza. Hallòse presente à este favor la Bienaventurada Doña Marina, y gozosa, y como en alguna manera obligada, de que persona à quien ella quiere tanto recibiesse tan singular merced, quiso como pudo, y al modo que el amor la daba licencia, hacer una humilde recompensa; y quitandose la corona que trahia en su cabeza, la ofreciò con profunda humildad, y reverencia à la Sacratissima Reyna de los Angeles; y volviendose luego à su devota, le hizo las caricias, y favores que suele, animandola à padecer mas, y mas, por todo lo que fuere del divino servicio.

Despues de otros gravissimos dolores, y tormentos que esta criatura havia passado por el Señor, y despues que su Magestad liberalissimamente se los havia con favores de su mano remunerado, se le apareciò tambien nuestro Padre San Francisco, y la bendita Doña Marina, que con palabras tiernissimas la alentaron, y como si cada uno de ellos tomára por proprios los beneficios que se le hacian à ella: el Santo Padre daba las gracias à la Santa Virgen; y ella de la misma manera se las volvia al Santo, de la merced que hacian à su devota. Demàs de esto se quitò el Santo Padre una bellissima corona que trahia en su cabeza, y la diò à la Santa Virgen, y con ella una riquissima Cruz, que le colgaba al cuello, en que estaban esmaltadas las cinco llagas de nuestro Redemptor, diciendole: Por el amor que tienes, y favores que haces à esta mi devota, te doy, Virgen, de Christo estas joyas mias. Pagòle la Santa, como acá decimos, en la misma moneda, y con las mismas palabras ofreciòle al Santo Padre la corona que trahia en su cabeza, y otra Cruz que le colgaba al pecho. Era esta Cruz de la Santa, fuera de ser riquissima, que con su resplandor escurecia à quanto lucido oro se puede imaginar, muy llena tambien de mysterios: estaba esculpido en lo alto de ella el Mysterio altissimo de la Beatissima Trinidad, y mas abajo Christo nuestro Señor, y los mysterios de su Sagrada Passion; y en los demàs espacios muchos Santos, y Santas, Martyres, Virgenes, y Confessores, con las mismas insignias que acá suelen pintarse. Quedò esta criatura arrebatada en la vista de tan mysteriosa Cruz, y quanto mas veìa en ella, mas deseosa estaba de entender su significacion. Y entonces le dijo la Santa Marina: Hija, esta Cruz, y joya, con los retratos que vès de tantos Santos, me diò el Divino Esposo, porque padecì en vida todos los tormentos de los Santos, que en ella vès dibujados. Y esto mismo que la Santa le dijo, se lo diò tambien à entender la Magestad Divina con una luz muy interior à esta criatura. Otra joya (que cada dia se le aparecia con nuevas, y vistosissimas galas) viò que trahia la Bienaventurada Marina, en esta misma vision, que era un apretador de admirable pedreria, el qual dijo, que le havia dado el Señor, por lo que padeciò en la cabeza quando la coronaban de espinas, y quando el demonio la atormentaba en ella.

Finalmente, dejando otras muchas apariciones, en que la Santa Doña Marina se le mostrò à esta su devota, y siempre como dije con nuevo ornato, y galas celestiales, fuè muy singular el modo con que en cierta ocasion se le representò tan por extremo compuesta, y hermosa, que le pareciò à dicha criatura, que nunca la havia visto con mayor ornato. Era su atavìo, y galas al modo que acá suele retratar la Iglesia à Santa Inès: la vestidura era de una tela blanca, y encarnada, sobremanera rica, y vistosa, sembrada de alcachofas de oro finissimo, esmaltadas de pedreria preciosa, blanca, y colorada, symbolo de su virginal pureza, y glorioso martyrio: al cuello las joyas que su Soberano Esposo Christo, y nuestro Padre San Francisco le havian dado: las manos con preciosissimos anillos; y en las sandalias, y lazos suyos, perlas, y piedras admirables; y sobre todo, era la corona de su cabe-

za

za de ineſtimable belleza: cauſaba con eſta glorioſiſsima preſencia un genero de gozo, y gloria en eſta criatura, que la tenia ſuſpenſa, y arrebatada en ſu contemplacion. Aumentaba eſte gozo la familiaridad ſuaviſsima con que la conſolaba, y regalaba, esforzandola à padecer mucho por ſu amado. Poco deſpues (porque fuè al otro dia) la volvio à vèr la Santa acompañada de nueſtro Padre San Franciſco; y deſpues de otras coſas maravilloſas, que aqui paſſaron, le dijo la glorioſa Marina lo que otras veces; eſto es: Al fin, aunque Franciſco ſe alza contigo, no por eſſo te dejarè jamás, ni dejarè de hacer favores à los Religioſos de eſte Convento. Haſta aqui dicho Padre Fray Franciſco de la Aſcenſion en ſu juramento; y aunque dice que dejò muchas otras revelaciones de la Santa Doña Marina, hechas à eſta ſierva de Dios, por eſcribir de las que èl eſcribiò, he dejado yo no pocas, por ſer del miſmo tenor de las paſſadas. Sea el Señor eternamente bendito, que es admirable en ſus Santos.

F I N.



